

Marqués de Sade
Justine
o
Los infortunios de la virtud



La sensualidad

Annotation

Juliette se inicia en el exceso de la mano de la superiora Delbène, en el convento de Panthemont, donde se desarrollan orgías en que participan clérigos, monjas y novicias en un ambiente macabro. Tras dedicarse a la prostitución, Juliette, con diecisiete años, se acerca a depravados como el libertino Noirceuil o el bello Saint-Fond, ministro de Estado. Sus aventuras la llevan a Italia, donde conoce a célebres criminales de su época, como el caníbal Minski, y a personajes como la princesa lesbiana Borghèse, la incestuosa Lady Clairwil o la envenenadora Durand. Los crímenes y transgresiones se suceden hasta que, como afirma Octavio Paz, «al final de su peregrinación, Juliette puede decir, como el monje budista: todo es irreal». En esta obra, singular entre las escritas por el «Divino Marqués» debido al papel preponderante que en ella desempeñan las mujeres, y de manera destacada Juliette, el autor se inspiró en hechos reales acaecidos en su época y aprovechó para arremeter contra los que le habían arrebatado su libertad.

- [MARQUES DE SADE](#)
- [Sinopsis](#)
- [Juliette o Las prosperidades del vicio](#)
 -
- [Primera parte](#)
 -
- [Segunda parte](#)
 -
- [Tercera parte](#)
 -
- [Cuarta parte](#)
 -
- [Quinta parte](#)
 -
- [Sexta parte](#)
 -
- [Notas](#)
 -

MARQUES DE SADE

Juliette o Las prosperidades del vicio

Traducción de Pilar Calvo

Sinopsis

Juliette se inicia en el exceso de la mano de la superiora Delbène, en el convento de Panthemont, donde se desarrollan orgías en que participan clérigos, monjas y novicias en un ambiente macabro. Tras dedicarse a la prostitución, Juliette, con diecisiete años, se acerca a depravados como el libertino Noirceuil o el bello Saint-Fond, ministro de Estado. Sus aventuras la llevan a Italia, donde conoce a célebres criminales de su época, como el caníbal Minski, y a personajes como la princesa lesbiana Borghèse, la incestuosa Lady Clairwil o la envenenadora Durand. Los crímenes y transgresiones se suceden hasta que, como afirma Octavio Paz, «al final de su peregrinación, Juliette puede decir, como el monje budista: todo es irreal».

En esta obra, singular entre las escritas por el «Divino Marqués» debido al papel preponderante que en ella desempeñan las mujeres, y de manera destacada Juliette, el autor se inspiró en hechos reales acaecidos en su época y aprovechó para arremeter contra los que le habían arrebatado su libertad.

Título Original: *Histoire de Juliette, ou les Prospérités du vi*

Traductor: Calvo, Pilar

Autor: Sade, Marques de

ISBN: 9788483831106

Generado con: QualityEbook v0.72

Juliette o Las prosperidades del vicio

«*El vicio divierte y la virtud cansa*», afirma Juliette, la protagonista de esta obra que el marqués de Sade publicó en 1796 (y fue inútilmente prohibida). En ella, Juliette, que ha visto el amargo final de su hermana Justine —la heroína de *Justine o Los infortunios de la virtud*—, se entrega sin escrúpulos al vicio y al crimen, pues los considera, entre otras cosas, medios para obtener placer.

Juliette se inicia en el exceso de la mano de la superiora Delbène, en el convento de Panthemont, donde se desarrollan orgías en que participan clérigos, monjas y novicias en un ambiente macabro. Tras dedicarse a la prostitución, Juliette, con diecisiete años, se acerca a depravados como el libertino Noirceuil o el bello Saint-Fond, ministro de Estado. Sus aventuras la llevan a Italia, donde conoce a célebres criminales de su época, como el caníbal Minski, y a personajes como la princesa lesbiana Borghèse, la incestuosa Lady Clairwil o la envenenadora Durand. Los crímenes y transgresiones se suceden hasta que, como afirma Octavio Paz, «*al final de su peregrinación, Juliette puede decir, como el monje budista: todo es irreal*».

En esta obra, singular entre las escritas por el «Divino Marqués» debido al papel preponderante que en ella desempeñan las mujeres, y de manera destacada Juliette, el autor se inspiró en hechos reales acaecidos en su época y aprovechó para arremeter contra los que le habían arrebatado su libertad. Título original: *Histoire de Juliette, ou les Prospérités du vice*

Marqués de Sade, 1796

Traducción: Pilar Calvo

Ilustración de la portada: Johann Baptist Reiter, *Mujer dormida*

Diseño de portada: TaliZorah

Primera parte

JUSTINE y yo fuimos educadas en el convento de Panthemont. Ustedes ya conocen la celebridad de esta abadía, y saben que, desde hace muchos años, salen de ella las mujeres más bonitas y más libertinas de París. Es este convento tuve como compañera a Euphrosine, esa joven cuyas huellas quiero seguir y quien, viviendo cerca de la casa de mis padres, había abandonado la suya para arrojarle en brazos del libertinaje; y como de ella y de una religiosa amiga suya fue de quienes recibí los primeros principios de esta moral que han visto con asombro en mí, siendo tan joven, por los relatos de mi hermana, me parece que, antes de nada, debo hablaros de la una y de la otra... contaros exactamente estos primeros momentos de mi vida en los que, seducida, corrompida por estas dos sirenas, nació en el fondo de mi corazón el germen de todos los vicios.

La religiosa en cuestión se llamaba Madame Delbène; era abadesa de la casa desde hacía cinco años, y frisaba los treinta cuando la conocí. No podía ser más bella: digna de un retrato, una fisonomía dulce y celeste, rubia, con unos grandes ojos azules llenos del más tierno interés, y el porte de las Gracias. Víctima de la ambición, la joven Delbène fue encerrada en un convento a los doce años, con el fin de hacer más rico a un hermano mayor al que ella detestaba. Encerrada a la edad en que comienzan a desarrollarse las pasiones, aunque Delbène no hubiese elegido todavía, amando el mundo y los hombres en general, sólo después de inmolarle a sí misma, después de triunfar en los más rudos combates, había conseguido que naciese en ella la obediencia. Muy avanzada para su edad, habiendo leído a todos los filósofos, habiendo reflexionado prodigiosamente, Delbène, al tiempo que se condenaba al retiro, había conservado dos o tres amigas. Venían a verla, la consolaban; y como era muy rica, seguían proporcionándole todos los libros y caprichos que pudiese desear, incluso aquellos que debían excitar más una imaginación... ya muy exaltada, y que no enfriaba el retiro.

En cuanto a Euphrosine, tenía quince años cuando me uní a ella; llevaba ya dieciocho meses como alumna de Madame Delbène cuando me propusieron ambas que entrase en su sociedad, el día en que yo acababa de cumplir mis trece años. Euphrosine era morena, alta para su edad, muy delgada, con unos ojos muy bonitos, mucha gracia y vivacidad, pero menos bonita, mucho menos interesante que nuestra superiora.

No necesito deciros que la inclinación a la voluptuosidad es, en las mujeres recluidas, el único móvil de su intimidad; no es la virtud lo que las une; es el vicio; gustas a la que se inclina hacia ti, te

conviertes en la amiga de la que te excita. Dotada del temperamento más vivo, desde la edad de nueve años había acostumbrado a mis dedos a que respondiesen a los deseos de mi cabeza, y, desde esta edad, no aspiraba más que a la felicidad de encontrar la oportunidad de instruirme y lanzarme a una carrera cuyas puertas me abría ya con tanta complacencia la naturaleza precoz. Euphrosine y Delbène me ofrecieron pronto lo que yo buscaba. La superiora, que quería hacerse cargo de mi educación, me invitó un día a comer... Euphrosine se hallaba allí, hacía un calor insoportable, y este ardor excesivo del sol les sirvió de excusa a ambas para el desorden en que las encontré: hasta tal punto era así que, excepto una blusa de gasa, sujeta simplemente con un gran lazo rosa, estaban prácticamente desnudas.

—Desde que entrasteis en esta casa —me dice Madame Delbène, besándome negligentemente en la frente— estoy deseando conoceros íntimamente. Sois muy bella, parecéis inteligente, y las jóvenes que se parecen a vos tienen derechos seguros sobre mí... Enrojecéis, pequeño ángel; os lo prohíbo: el pudor es una quimera, resultado únicamente de las costumbres y de la educación, es lo que se llama un hábito; si la naturaleza ha creado al hombre y a la mujer desnudos, es imposible que al mismo tiempo les haya infundido aversión o vergüenza por aparecer de tal forma. Si el hombre hubiese seguido siempre los principios de la naturaleza, no conocería el pudor: verdad fatal que prueba, querida hija mía, que hay virtudes cuya cuna no es otra que el olvido total de las leyes de la naturaleza. ¡En qué quedaría la moral cristiana si escrutásemos de esta forma todos los principios que la componen! Pero ya charlaremos de todo esto. Hablemos hoy de otra cosa, y desvestíos como nosotras.

Después, acercándose a mí, las dos bribonas, riéndose, me pusieron pronto en el mismo estado que ellas. Entonces los besos de Madame Delbène tomaron un carácter muy diferente...

—¡Qué bonita es mi Juliette! —exclamó con admiración—; ¡cómo empieza a hincharse su delicioso y pequeño seno! Euphrosine: lo tiene más grande que el tuyo... y, sin embargo, apenas tiene trece años.

Los dedos de nuestra encantadora superiora acariciaban los pezones de mi seno, y su lengua se agitaba en mi boca. En seguida se dio cuenta de que sus caricias actuaban sobre mis sentidos con tal ímpetu que casi me sentía mal.

—¡Oh, joder! —dijo, sin contenerse ya y sorprendiéndome por la energía de sus expresiones—. ¡Dios santo, qué temperamento! Amigas mías, dejemos de entorpecernos: ¡al diablo todo lo que todavía vela a nuestros ojos atractivos que la naturaleza no creó para que estuviesen ocultos!

A continuación, tirando las gasas que la envolvían, apareció a nuestra vista bella como la Venus que inmortalizaron los griegos.

Imposible estar mejor hecha, tener una piel más blanca... más suave... unas formas más hermosas y mejor pronunciadas. Euphrosine, que la imitó casi en seguida, no me ofreció tantos encantos; no estaba tan rellena como Madame Delbène; un poco más morena, quizás debía gustar menos en general; pero ¡qué ojos!, ¡qué ingenio! Emocionada con tantos atractivos, muy solicitada por las dos mujeres que los poseían a que renunciase, como ellas, a los frenos del pudor, podéis creer que me rendí. Dentro de la más dulce embriaguez, la Delbène me lleva hasta su cama y me devora a besos.

—Un momento —dice, toda encendida—, un momento, mis buenas amigas, pongamos un poco de orden en nuestros placeres, sólo se goza de ellos planeándolos.

Tras estas palabras, me estira las piernas separándolas, y, acostándose en la cama boca abajo, con su cabeza entre mis muslos, me besa el sexo mientras que, ofreciendo a mi compañera las nalgas más hermosas que puedan contemplarse, recibe de los dedos de esta bonita muchacha los mismos servicios que me presta su lengua. Euphrosine, conocedora de los gustos de la Delbène, alternaba sus escarceos con vigorosos golpes sobre el trasero, cuyo efecto me pareció seguro sobre el físico de nuestra amable institutriz. Vivamente electrizada por el libertinaje, la puta devoraba el caudal que hacía brotar constantemente de mi pequeño coño. Algunas veces se paraba para mirarme... para observarme en el placer.

—¡Qué hermosa es! —exclamaba la zorra—. ¡Oh!, santo Dios, ¡qué interesante es! ¡Sacúdeme, Euphrosine, menéame, amor mío; quiero morir embriagada de su jugo! Cambiemos todo —exclamaba un momento después—; querida Euphrosine, debes querer lo mismo de mí; no pienso devolverte todos los placeres que tú me das... Esperad, mis pequeños ángeles, voy a masturbaros a ambas a la vez.

Nos pone en la cama, una junto a la otra; siguiendo sus consejos, nuestras manos se cruzan, nos acariciamos mutuamente. Su lengua se introduce primero dentro de la coña de Euphrosine, y con sus manos nos cosquillea el agujero del culo; de vez en cuando deja la coña de mi compañera para venir a succionar la mía, y recibiendo cada una de esta forma tres placeres a la vez, podéis imaginar hasta qué punto echábamos copiosamente. Al cabo de unos momentos, la bribona nos da la vuelta. Le presentábamos nuestras nalgas, nos meneaba por debajo acariciándonos el ano. Alababa nuestros culos, los estrujaba, y nos hacía morir de placer. Saliendo de allí como una bacante:

—Hacedme todo lo que yo os hago —decía—, meneadme las dos a la vez; estaré entre tus brazos, Juliette, besaré tu boca, nuestras lenguas se juntarán... se apretarán... se chuparán. Me hundirás este consolador en la matriz —prosigue mientras me da uno—; y tú, Euphrosine mía, tú te encargarás de mi culo, me lo menearás con este

pequeño instrumento; infinitamente más estrecho que mi coño, es todo lo que le hace falta... Tú, putuela mía —continuó mientras me besaba— tú no abandonarás mi clitoris; este es la verdadera sede del placer en las mujeres: frótalo hasta que salte, soy dura... estoy agotada, necesito cosas fuertes; quiero destilar mi flujo con vosotras, quiero descargar veinte veces seguidas, si puedo.

¡Oh Dios!, ¡cómo le devolvimos lo que nos prestaba! Es imposible trabajar con más ardor para proporcionar placer a una mujer... imposible encontrar otra que lo saborease mejor. Nos entregamos.

—Ángel mío —me dice esta encantadora criatura—, no puedo expresarte el placer que tengo en haberte conocido; eres una muchacha deliciosa; voy a asociarte a todos mis placeres, y verás que pueden saborearse algunos muy fuertes, aunque estemos privadas de la sociedad de los hombres. Pregunta a Euphrosine si está contenta conmigo.

—¡Oh, amor mío, mis besos te lo probarán! —dice nuestra joven amiga precipitándose sobre el seno de Delbène—; a ti te debo el conocimiento de mi ser; tú has formado mi espíritu, lo has liberado de los estúpidos prejuicios de la infancia: sólo por ti existo en el mundo; ¡ah!, ¡cuán feliz será Juliette, si te dignas tomarte las mismas molestias por ella!

—Sí —respondió Madame Delbène—, sí, quiero encargarme de su educación, quiero disipar en ella, como lo hice en ti, esos infames vestigios religiosos que turban toda la felicidad de la vida, quiero reducirle a los principios de la naturaleza, y hacerle ver que todas las fábulas con las que han fascinado su alma no están hechas más que para ser despreciadas. Comamos, amigas mías, recuperémonos; cuando se ha descargado mucho, hay que reponer lo que se ha perdido.

Una comida deliciosa, que hicimos desnudas, nos devolvió enseguida las fuerzas necesarias para volver a empezar. Volvimos a masturbarnos... volvimos a sumergirnos las tres, mediante mil nuevas posturas, en los últimos excesos de la lubricidad. Cambiando constantemente de papel, algunas veces éramos las esposas de las que un momento después nos convertíamos en maridos, y, engañando de este modo a la naturaleza, la forzamos un día entero a coronar con sus voluptuosidades más dulces todos los ultrajes a los que la sometimos.

Pasó un mes de esta forma, al cabo del cual Euphrosine, enloquecida de libertinaje, dejó el convento y su familia para lanzarse a todos los desórdenes del putanismo y de la crápula. Volvió a vernos, nos pintó el cuadro de su situación y, demasiado corrompidas nosotras mismas para encontrar equivocado el camino que había tomado, nos abstuvimos de compadecerla o de aconsejarla que cambiase de rumbo.

—Ha hecho bien —me decía Madame Delbène—; he querido cien

veces lanzarme a esa misma carrera, y lo hubiese hecho sin duda alguna si hubiese sentido dentro de mí que el gusto de los hombres superaba el gran amor que tengo por las mujeres; pero, mi querida Juliette, el cielo, al destinarme a una eterna clausura, me ha hecho muy feliz al no inspirarme más que un deseo muy mediocre por otro tipo de placeres que no sean los que me permite este retiro; es tan delicioso el placer que se dan las mujeres entre sí que no aspiro a casi nada más. Sin embargo, comprendo que pueda amarse a los hombres; entiendo a las mil maravillas que se haga cualquier cosa para conseguirlos; lo concibo todo en lo que se refiere al libertinaje... ¿Quién sabe si incluso no estaré por encima de lo que puede captar la imaginación?

»Los primeros principios de mi filosofía, Juliette —continuó Madame Delbène, que estaba muy apegada a mí desde la pérdida de Euphrosine— consisten en desafiar la opinión pública; no puedes imaginarte, querida mía, hasta qué punto me burlo de todo lo que puedan decir de mí ¿Y, por favor, cómo puede influir en la felicidad esta opinión del vulgo imbécil? Sólo nos afecta en razón de nuestra sensibilidad; pero si, a fuerza de sabiduría y de reflexión, llegamos a embotar esta sensibilidad hasta el punto de no sentir sus efectos, incluso en las cosas que nos afectan más directamente, será totalmente imposible que la opinión buena o mala de los otros pueda influir en nuestra felicidad. Esta felicidad debe estar dentro de nosotros mismos; no depende más que de nuestra conciencia, y quizás todavía un poco más de nuestras opiniones, que son las únicas en las que deben apoyarse las inspiraciones más firmes de la conciencia. Porque la conciencia —prosiguió esta mujer llena de inteligencia— no es algo uniforme; casi siempre es el resultado de las costumbres y de la influencia de los climas, puesto que es evidente que los chinos, por ejemplo, no sienten ninguna repugnancia por acciones que nos harían temblar en Francia. Luego, si este órgano flexible puede llegar a tales extremos, sólo en razón del grado de latitud, la verdadera sabiduría reside en adoptar un medio razonable entre extravagancias y quimeras, y en formarse opiniones compatibles a la vez con las inclinaciones que hemos recibido de la naturaleza y con las leyes del gobierno en que se vive; y tales opiniones deben crear nuestra conciencia. Por ello nunca es demasiado pronto para adoptar la filosofía que se quiere seguir, ya que sólo ella forma nuestra conciencia, y a nuestra conciencia le corresponde regular todas las acciones de nuestra vida.

—¡Cómo! —digo a Madame Delbène—, ¿habéis llevado esta indiferencia al punto de burlaros de vuestra reputación?

—Totalmente, querida mía; incluso confieso que interiormente gozo más con la convicción que tengo de que esta reputación es mala,

que si supiese que es buena. ¡Oh Juliette!, grábate bien esto: la reputación es un bien sin ningún valor, nunca nos compensa de los sacrificios que hacemos por ella. La que está celosa de su gloria experimenta tantos tormentos como la que la descuida: una tiene constantemente el temor de que se le escape, la otra tiembla por su despreocupación. Así pues, si hay tantas espinas en la carrera de la virtud como en la del vicio, ¿a qué viene atormentarse tanto por la elección, y a qué viene no entregarse plenamente a la naturaleza en lo que nos sugiere?

—Pero, al adoptar estas máximas —objeté yo a Madame Delbène —, yo tendría miedo de romper demasiados frenos.

—En verdad, querida mía —me respondió—, ¿me gustaría tanto que me dijeras que tienes miedo de obtener demasiados placeres! Y entonces ¿cuáles son esos frenos? Atrevámonos a considerarlos con sangre fría... Convenciones humanas, casi siempre promulgadas sin la sanción de los miembros de la sociedad, detestadas por nuestro corazón... contradictorias con el buen sentido: convenciones absurdas, que no tienen ninguna realidad más que para los tontos que quieren someterse a ellas, y que sólo son objeto de desprecio a los ojos de la sabiduría y de la razón... Charlaremos sobre todo esto. Te lo dije, querida mía: yo te educaré; tu candor e ingenuidad me demuestran que necesitas un guía en la espinosa carrera de la vida, y soy yo quien te serviré de guía.

En efecto, no había nada más deteriorado que la reputación de Madame Delbène. Una religiosa a la que yo estaba encomendada, disgustada por mis relaciones con la abadesa, me advirtió que era una mujer perdida; había corrompido a casi todas las pensionistas del convento, y más de quince o dieciséis habían seguido, de acuerdo con su consejo, el mismo camino que Euphrosine. Me aseguraban que era una mujer sin fe, ni ley, ni religión, que pregonaba impudicamente sus principios, y habrían tomado represalias contra ella de no ser por su dinero y su nacimiento. Yo me reía de estas exhortaciones; un sólo beso de la Delbène, uno sólo de sus consejos ejercían más fuerza sobre mí que todas las armas que pudiesen emplearse para separarme de ella. Aunque me llevase a un precipicio, me parecía que preferiría perderme con ella a instruirme con otra. ¡Oh amigos míos! Es delicioso alimentar este tipo de perversidad; arrastradas por la naturaleza hacia ella... si la razón fría nos aleja de ella por un instante, la mano de la voluptuosidad nos devuelve a esa perversidad y ya no podemos abandonarla.

Pero nuestra amable superiora no tardó en hacerme ver que no era yo la única que atraía su atención, y pronto me di cuenta de que había otras que compartían placeres en los que había más libertinaje que delicadeza.

—Ven mañana a merendar conmigo —me dijo un día—; Elisabeth, Madame de Volmar y Sainte-Elme estarán allí, seremos seis en total; quiero que hagamos cosas inconcebibles.

—¡Cómo! —digo yo—, ¿así que te diviertes con todas esas mujeres?

—Claro. ¡Y qué! ¿Acaso crees que me limito a esto? Hay treinta religiosas en esta casa; veintidós han pasado por mis manos; hay diecinueve novicias: sólo una me es todavía desconocida; vosotras sois sesenta pensionistas: solamente tres se me han resistido; las voy poseyendo a medida que llegan, y no les doy más de ocho días para pensarlo. ¡Oh Juliette, Juliette!, mi libertinaje es una epidemia, ¡tiene que corromper todo lo que me rodea! Y la sociedad tiene una gran suerte en que yo me limite a esta dulce manera de hacer el mal; con mis inclinaciones y mis principios, quizás adoptase otra que sería mucho más fatal para los hombres.

—¿Y qué harías tú, amada mía?

—¡Y yo qué sé! ¿Acaso ignoras que los efectos de una imaginación tan depravada como la mía son como las riadas de un río que se desborda? La naturaleza quiere que provoquen desastres y lo hacen, no importa de qué manera.

—¿No estarás atribuyendo —respondo a mi interlocutora— a la naturaleza lo que sólo es obra de la depravación?

—Escúchame, ángel mío —me dice la superiora—, no es tarde y nuestras amigas no llegarán hasta las seis; quiero responder a tus frívolas objeciones antes de que lleguen.

Nos sentamos.

—Como no conocemos las inspiraciones de la naturaleza —me dice Madame Delbène— más que por este sentido interno que llamamos conciencia, sólo mediante el análisis de la conciencia podremos llegar a profundizar con sabiduría en qué consisten los movimientos de la naturaleza que cansan, atormentan o hacen gozar a tal conciencia.

»Se llama conciencia, mi querida Juliette, a esa especie de voz interior que se eleva en nosotros por la infracción de algo prohibido, sea de la naturaleza que sea: definición muy simple y que, a primera vista, ya demuestra que esta conciencia no es más que la obra del prejuicio recibido por la educación, hasta tal punto que todo lo que se le prohíbe al niño le causa remordimientos en cuanto lo viola, y conserva esos remordimientos hasta que el prejuicio vencido le haya demostrado que no existía ningún mal real en la cosa prohibida.

»De la misma forma, la conciencia es pura y simplemente la obra de los prejuicios que nos infunden o de los principios que nos creamos. Esto es hasta tal punto cierto que es posible formarse con principios enérgicos una conciencia que nos atormentará, nos afligirá,

siempre que no hayamos cumplido, en toda su extensión, todos los proyectos de diversiones, incluso viciosas... incluso criminales que nos habíamos prometido realizar para nuestra satisfacción. De aquí nace ese otro tipo de conciencia que, en un hombre por encima de todos los prejuicios, se eleva contra él cuando, para llegar a la felicidad, ha tomado un camino contrario al que debía conducirle a ella de una forma natural. Así, según los principios que nos hayamos construido, podemos arrepentirnos igualmente o de haber hecho demasiado mal o de no haberlo hecho en un grado suficiente. Pero tomemos la palabra en su acepción más simple y más común; en este caso, el remordimiento, es decir, el órgano de esta voz interior que acabamos de llamar conciencia, es una debilidad totalmente inútil, y cuya influencia debemos ahogar con toda la fuerza de que seamos capaces; porque el remordimiento, una vez más, sólo es obra del prejuicio engendrado por el temor de lo que puede sucedernos después de haber hecho algo prohibido, sea de la naturaleza que sea, sin examinar si está bien o mal. Eliminad el castigo, cambiad la opinión, aniquilad la ley, eliminad la influencia del clima en el sujeto, él crimen seguirá existiendo, pero el individuo no tendrá ya remordimientos. Así pues, el remordimiento no es más que una reminiscencia fastidiosa, resultado de las leyes y de las costumbres adoptadas, pero que de ninguna manera depende de la especie del delito. Y si no fuese así, ¿sería posible apagarlo? Y, sin embargo, ¿no es muy cierto que se consigue esto, incluso con las cosas que pueden tener las más graves consecuencias, en razón de los progresos del espíritu y de la forma en que se esfuerza uno por la extinción de sus prejuicios; de suerte que, a medida que estos prejuicios desaparecen con la edad, o que la costumbre de las acciones que nos hacían temblar llega a endurecer la conciencia, el remordimiento, que era tan sólo el efecto de la debilidad de esta conciencia, se aniquila completamente, y se llega así, en la medida que se desee, a los excesos más terribles? Pero quizás se me objete que la clase de delito debe hacer más o menos fuerte el remordimiento. Sin duda, porque el prejuicio de un gran crimen es más fuerte que el de uno pequeño... el castigo de la ley más severo; pero aprended a destruir todos los prejuicios por igual, aprended a poner todos los crímenes al mismo nivel, y, al convencerlos de su igualdad, sabréis conformar el remordimiento a estos, y, como habréis aprendido a hacer frente al más pequeño remordimiento, pronto aprenderéis a vencer el arrepentimiento más fuerte y a cometer todos los crímenes con igual sangre fría... Mi querida Juliette, el hecho de que estemos persuadidos del sistema de la libertad y digamos: *¡qué desgraciado soy por no haber actuado de manera diferente!*, es lo que hace que sintamos remordimientos después de una mala acción. Pero si quisiésemos convencernos de que este sistema de libertad es una

quimera, y que una fuerza más poderosa que nosotros nos empuja a todo lo que hacemos, si quisiésemos convencernos de que todo es útil en el mundo, y que el crimen del que nos arrepentimos se ha hecho para la naturaleza tan necesario como la guerra, la peste o el hambre con las que ella asola periódicamente los imperios, nos sentiríamos infinitamente más tranquilos acerca de todas las acciones de nuestra vida, y ni siquiera concebiríamos el remordimiento; y mi querida Juliette no diría que me equivoco atribuyendo a la naturaleza lo que sólo debe ser efecto de mi depravación.

»Todos los efectos morales —prosiguió Madame Delbène— responden a causas físicas a las que están encadenados irresistiblemente. Es el sonido que resulta del choque del palillo con la piel del tambor: si no hay causa física, no hay choque, y, necesariamente, no hay efecto moral, es decir, no se produce el sonido. Ciertas disposiciones de nuestros órganos, el fluido nervioso más o menos irritado por la naturaleza de los átomos que respiramos... por el tipo o la cantidad de partículas nitrosas contenidas en los alimentos que tomamos, por el curso de los humores, y por otras mil causas externas, determinan a un hombre al crimen o la virtud y a ambos a la vez, con frecuencia en un mismo día: este es el choque del palillo, el resultado del vicio o de la virtud; cien luises robados del bolsillo de mi vecino, o dados del mío a un desgraciado, es el efecto del choque, o el sonido. ¿Somos dueños de estos segundos efectos, cuando los necesitan las primeras causas? ¿Puede ser tocado el tambor sin que resulte de aquí un sonido? ¿Y podemos oponernos nosotros a este choque cuando él mismo es el resultado de cosas tan extrañas a nosotros, y tan dependientes de nuestra organización? Así pues, es una locura, una extravagancia, no hacer todo lo que nos apetece, y arrepentirnos de lo que hemos hecho. Según esto, el remordimiento no es más que una pusilánime debilidad que debemos vencer, en la medida que dependa de nosotros, por la reflexión, el razonamiento y la costumbre. Por otra parte, ¿qué cambio puede aportar el remordimiento a lo que se ha hecho? No puede disminuir su daño, puesto que nunca llega más que una vez cometida la acción; rara vez impide que se cometa de nuevo, y, por consiguiente, no sirve para nada. Una vez que se ha hecho el daño, suceden necesariamente dos cosas: o es castigado o no lo es. En esta segunda hipótesis, el remordimiento sería con toda seguridad una tontería vergonzosa: porque ¿de qué serviría arrepentirse de una acción, fuese de la naturaleza que fuese, que nos haya aportado una satisfacción muy intensa y que no haya tenido ninguna consecuencia enojosa? En un caso así, arrepentirse del daño que esta acción haya podido causar al prójimo sería amarlo más que a uno mismo, y es totalmente ridículo sentir lástima por la pena de los otros, cuando esta pena nos ha

proporcionado placer, cuando nos ha servido, agradado, deleitado, en el sentimiento que sea. Consiguientemente, en este caso, el remordimiento no tiene razón de ser. Si la acción es descubierta y castigada, entonces, si queremos realmente analizarnos, tendremos que reconocer que no nos arrepentimos del daño causado al prójimo con nuestra acción, sino de la torpeza con que la hemos realizado para que haya sido descubierta; y entonces, sin duda, nos entregamos a las reflexiones resultantes de la lamentación de esta torpeza... sólo para aprender de ellas una mayor prudencia, si el castigo os deja vivir; pero estas reflexiones no son remordimientos, porque el remordimiento real es el dolor producido por el que se ha ocasionado a los otros, y las reflexiones de las que hablamos no son más que los efectos del dolor producido por el daño que se hace uno mismo: lo que hace ver la extrema diferencia que existe entre cada uno de estos sentimientos, y, al mismo tiempo, la utilidad de uno y la ridiculez del otro.

»Cuando llevamos a cabo una mala acción, por muy atroz que pueda ser, ¡cómo nos compensa del daño que ha producido sobre nuestro prójimo la satisfacción que nos proporciona, o el beneficio que obtenemos de ella! Antes de cometer esta acción, ya habíamos previsto el daño que resultaría para los otros; sin embargo, este pensamiento no nos ha detenido: al contrario, con frecuencia nos produce placer. La mayor tontería que puede hacerse es insistir sobre este pensamiento una vez cometida la acción, o dejarle que actúe dentro de nosotros de manera diferente. Si esta acción influye en que nuestra vida sea desgraciada, porque ha sido descubierta, pongamos todo nuestro empeño en descubrir, en analizar las causas que han permitido que fuese descubierta; y sin arrepentirnos de algo que no podíamos hacer de otra forma, pongamos todo en práctica para que en el futuro no nos falte la prudencia, extraigamos de la desgracia que ha podido sobrevenirnos por esta equivocación la experiencia necesaria para mejorar nuestros medios, y asegurarnos en adelante la impunidad, corriendo un tupido velo sobre el involuntario desorden de nuestra conducta. Pero nunca llegaremos a extirpar los principios por vanos e inútiles remordimientos, porque esta mala conducta, esta depravación, estos extravíos viciosos, criminales o atroces, nos han complacido, nos han deleitado, y no debemos privarnos de algo agradable. Sería como la locura de un hombre que porque un día le hubiese sentado mal la cena, quisiera dejar de cenar para siempre.

»La verdadera sabiduría, mi querida Juliette, no consiste en reprimir los vicios, porque, siendo los vicios casi la única felicidad de nuestra vida, sería un verdugo de sí mismo el que quisiera reprimirlos; la sabiduría consiste en entregarse a ellos con tal misterio, con tan grandes precauciones, que nunca nos puedan sorprender. Y que nadie tema que esto disminuirá sus delicias: el misterio aumenta el placer.

Por otra parte, una conducta semejante asegura la impunidad, ¿y no es la impunidad el alimento más delicioso de los libertinajes?

»Una vez que te he enseñado a dominar el remordimiento nacido del dolor de haber hecho el mal con demasiada evidencia, es esencial, mi querida amiga, que ahora te indique la manera de extinguir totalmente en uno esta voz confusa que, en los momentos de reposo de las pasiones, viene todavía algunas veces a protestar contra los extravíos a los que nos condujeron aquellas; ahora bien, esta manera es tan segura como dulce, puesto que consiste en repetir tan a menudo lo que nos ha provocado los remordimientos que la costumbre de cometer esta acción, o de combinarla, impida toda posibilidad de lamentarse por ella. Esta costumbre, al aniquilar el prejuicio, al obligar a nuestra alma a moverse con frecuencia en la forma y la situación que primitivamente le desagradaban, acaba por hacerle fácil el nuevo estado adoptado, e incluso delicioso. El orgullo sirve de ayuda; no sólo hemos hecho algo que nadie se atrevería a hacer, sino que además nos hemos acostumbrado de tal forma a ello que ya no podemos existir sin esa cosa: este es un primer goce. La acción cometida engendra otra; ¿y quién duda de que esta multiplicación de placeres no acostumbra pronto al alma a plegarse a la forma de ser que debe adquirir, por muy penoso que haya podido parecerle, al comenzar, la situación forzada en la que le ponía esta acción?

»¿No sentimos lo que te digo en todos los pretendidos crímenes presididos por la voluptuosidad? ¿Por qué no nos arrepentimos nunca de un crimen de libertinaje? Porque el libertinaje pronto se convierte en una costumbre. Lo mismo puede decirse de todos los otros extravíos; como la lubricidad, todos pueden transformarse fácilmente en hábito, y, como la lujuria, todos pueden provocar en el sistema nervioso una excitación que, muy semejante a esta pasión, puede llegar a ser tan deliciosa como ella, y por consiguiente, como ella, metamorfosearse en necesidad.

»Oh Juliette; si quieres como yo vivir feliz en el crimen... y yo cometo muchos, querida mía... si quieres, digo, encontrar en él la misma felicidad que yo, trata de conseguirla, con el tiempo, una costumbre tan dulce que te sea imposible poder existir sin cometerlo; y que todas las convenciones humanas te parezcan tan ridículas que tu alma flexible, y a pesar de eso enérgica, se vaya acostumbrando imperceptiblemente a convertir en vicios todas las virtudes humanas y en virtudes todos los crímenes: entonces te parecerá que ante tus ojos se abre un nuevo universo; se filtrará por tus nervios un fuego devorador y delicioso, abrazará ese fluido, eléctrico donde reside el principio de la vida. Feliz por vivir en un mundo al que me exila mi triste destino, cada día te trazarás nuevos proyectos, y cada día su realización te colmará de una voluptuosidad que sólo será conocida

por ti. Todos los seres que te rodean te parecerán otras tantas víctimas entregadas por la suerte a la perversidad de tu corazón; ni lazos ni cadenas, todo desaparecerá pronto bajo la llama de tus deseos, ya no se elevará ninguna voz en tu alma para ahogar el eco de su impetuosidad, ningún prejuicio militaré ya en su favor, todo habrá sido suprimido por la sabiduría, y llegarás insensiblemente a los últimos excesos de la perversidad por un camino cubierto de flores. Entonces será cuando reconozcas la debilidad de lo que en otro tiempo te ofrecían como inspiraciones de la naturaleza; cuando te hayas burlado durante unos años de lo que los estúpidos llaman sus leyes, cuando para familiarizarte con su infracción te hayas complacido en pulverizarlas, entonces verás a la pícara naturaleza, encantada de haber sido violada, doblegarse bajo tus deseos, llegar por sí misma a ofrecerse a tus cadenas... presentarte las manos para que la hagas tu cautiva; convertida en tu esclava en lugar de ser tu soberana, enseñará delicadamente a tu corazón la forma de ultrajarla mucho mejor, como si se complaciese en el envilecimiento, y como si te indicase que el mejor modo de obedecer sus leyes es insultarla hasta el exceso. No te resistas nunca cuando hayas llegado a este punto; insaciable en sus pretensiones sobre ti, en cuanto hayas encontrado el medio de dominarla, te conducirá paso a paso de extravío en extravío; el último cometido no será más que el principio de otro por el que se someterá a ti de nuevo; como la prostituta de Sybaris, que se entregaba bajo todas las formas y adoptaba todas las posturas para excitar los deseos del voluptuoso que la pagaba, igualmente te enseñará cien formas de vencerla, y todo esto para, a su vez, encadenarte con más fuerza. Pero una sola resistencia, te lo reverga, una sola te haría perder todo el fruto de las últimas caídas; no conocerás nada si no lo conoces todo; pero si eres lo suficientemente tímida como para detenerte, se te escapará para siempre. Abstente sobre todo de la religión, nada como sus peligrosas inspiraciones para desviarte del buen camino: semejante a la hidra, cuyas cabezas renacen a medida que se las corta, te importunará sin cesar si tú no te cuidas de aniquilar constantemente sus principios. Temo que las extrañas ideas de ese Dios fantástico con que empozoñaron tu infancia vengan a perturbar tu imaginación en medio de sus más divinos extravíos: ¡Oh Juliette, olvídala, desprecia la idea de ese Dios vano y ridículo!; su existencia es una sombra que disipa en un momento el más débil esfuerzo del espíritu, y nunca estarás tranquila mientras que esa odiosa quimera no haya perdido sobre tu alma todas las facultades que le dio el error. Aliméntate constantemente de los grandes principios de Spinoza, de Vanini, del autor del *Sistema de la Naturaleza*; los estudiaremos, los analizaremos juntas; te prometí discusiones profundas sobre este tema, mantendré mi palabra: nos llenaremos las dos del espíritu de estos sabios

principios. Si todavía te surgen dudas, me las comunicarás, yo te tranquilizaré: siendo tan firme como yo, pronto me imitarás, y como yo, nunca volverás a pronunciar el nombre de ese infame Dios más que para blasfemarle y odiarlo. Confieso que la idea de tal quimera es la única equivocación que no puedo perdonarle al hombre; lo justifico en todos sus extravíos, lo compadezco en todas sus debilidades, pero no puedo pasarle por alto el que haya erigido a semejante monstruo, no le perdono que se haya forjado él mismo las cadenas religiosas que tan violentamente le han subyugado, y que él mismo haya presentado el cuello bajo el vergonzoso yugo que había preparado su estupidez. No acabaría nunca, Juliette, si tuviese que entregarme a todo el horror que me inspira el execrable sistema de la existencia de un Dios: mi sangre hierve ante su solo nombre; cuando lo oigo pronunciar, me parece ver alrededor de mí las sombras palpitantes de todos los desgraciados que esta abominable opinión ha destruido sobre la superficie del globo; me invocan, me conjuran a que utilice todas las fuerzas o el talento que haya podido recibir, para extirpar del alma de mis semejantes la idea del repugnante fantasma que les hizo perecer sobre la tierra.

Aquí, Madame Delbène me pregunta hasta dónde había llegado yo en estas cosas.

—Todavía no he hecho mi primera comunión —le digo.

—¡Ah!, mucho mejor —me respondió abrazándome—; ángel mío, yo te evitaré tal idolatría; respecto a la confesión, cuando te hablen de ella, responde que no estás preparada. La madre de las novicias es amiga mía, depende de mí, te recomendaré a ella y no te molestarán. En cuanto a la misa, tenemos que ir a ella a pesar de todo; pero, toma: ¿ves esta bonita colección de libros? —me dice mostrándome unos treinta volúmenes encuadernados en piel roja—; te prestaré estas obras, y su lectura, durante el abominable sacrificio, te compensará de la obligación de ser testigo de él.

—¡Oh amiga mía! —digo a Madame Delbène—. ¡Cuántas cosas te debo! Mi corazón y mi espíritu ya se habían adelantado a tus consejos... no respecto a la moral, puesto que acabas de decirme cosas demasiado fuertes y demasiado nuevas como para que se me hubiesen ocurrido ya a mí; pero no te había esperado para detestar, como tú, la religión, y cumplía los horribles deberes religiosos con la mayor repugnancia. ¡Qué feliz me haces prometiéndome ampliar mis luces! ¡Ay de mí al no haber oído nada sobre estos objetos supersticiosos!, el costo de mi pequeña impiedad no se debe todavía más que a la naturaleza.

—¡Ah!, sigue sus inspiraciones, ángel mío... son las únicas que nunca te engañarán.

—Sabes —proseguí— que todo lo que acabas de enseñarme es

muy fuerte, y que es extraño estar tan instruida a tu edad. Permíteme que te diga, amada mía, que es difícil que la conciencia haya alcanzado el grado que parece tener la tuya sin algunas acciones muy extraordinarias; y ¿cómo, perdona mi pregunta, cómo, en tu interior, tuviste la ocasión de los delitos capaces de endurecerte hasta ese punto?

—Algún día sabrás todo eso —me respondió la superiora levantándose.

—¿Y por qué esta tardanza?... ¿Temes?

—Sí, horrorizarte.

—¡Nunca, nunca!

Y el ruido de las amigas que llegaban impidió que Delbène me aclarase aquello que yo ardía en deseos de saber.

—¡Chist, chist! —me dice—, ahora pensemos en el placer... Bésame, Juliette, te prometo que algún día tendrás mi confianza.

Pero nuestras amigas aparecieron; es preciso que os las pinte.

Madame de Volmar acababa de tomar los hábitos hacía alrededor de seis meses. Con apenas veinte años, alta, delgada, esbelta, muy blanca, de pelo castaño, y el cuerpo más hermoso que pueda imaginarse, Volmar, dotada de tantos encantos, era con razón una de las alumnas preferidas de Madame Delbène, y, después de ella, la más libertina de todas las mujeres que iban a asistir a nuestras orgías.

Sainte-Elme era una novicia de diecisiete años, con un rostro encantador, muy animosa, ojos hermosos, un pecho bien moldeado, y el conjunto excesivamente voluptuoso. Elisabeth y Flavie eran dos pensionistas, la primera de apenas trece años, la segunda de dieciséis. El rostro de Elisabeth era fino, con rasgos muy delicados, formas agradables y ya pronunciadas. En cuanto a Flavie, tenía el rostro más celeste que se pueda ver en todo el mundo: no existe una risa más bonita, unos dientes más hermosos, un pelo más bello; nadie posee un talle más perfecto, una piel más dulce y más fresca. ¡Ah!, amigas mías, si tuviese que pintar a la diosa de las flores, no elegiría jamás a otra modelo.

Los primeros saludos no fueron largos; sabiendo todas el motivo de la reunión, no tardaron en ir al grano; pero confieso que sus propósitos me asombraron. Ni en un burdel se realizan unos actos de libertinaje con la soltura y la facilidad de estas jóvenes; y nada era tan agradable como el contraste de su modestia, de su recato en el mundo, y su gran indecencia en estas reuniones lujuriosas.

—Delbène —dice Madame de Volmar según entra—, te desafío a que me hagas manar hoy; estoy agotada, querida; he pasado la noche con Fontenille... Adoro a esa bribonzuela; ¡en mi vida me lo han movido mejor... nunca he vertido tanto líquido, con tanta abundancia... tan deliciosamente! ¡Oh, querida, qué cosas hemos

hecho!

—Increíbles, ¿verdad? —dice Delbène—. Pues bien, quiero que nosotras hagamos esta noche otras mil veces más extraordinarias.

—¡Oh, joder!, apresurémonos —dice Sainte-Elme—, yo estoy excitada; no soy como Volmar, me he acostado sola. —Y levantándose el vestido—: Mirad, ved mi coño... ¡ved cómo necesita ayuda!

—Un momento —dice la superiora—, esta es una ceremonia de recepción. Admito a Juliette en nuestra sociedad: es preciso que cumpla las formalidades de rigor.

—¿Quién? ¿Juliette? —dice como aturdida Flavie, que todavía no me había visto—. ¡Ah!, apenas si conozco a esta bonita muchacha... Así pues, ¿te excitas, corazón mío? —continuó acercándose a besarme en la boca— ... Así que eres libertina..., ¿eres lesbiana como nosotras?

Y la bribona, sin más preliminares, me agarra el coño y el pecho a la vez.

—Déjala —dice Volmar, que, levantándose la falda por detrás, examinaba mis nalgas—, déjala, tiene que ser recibida antes de que nos sirvamos de ella.

—Mira, Delbène —dice Elisabeth—, mira cómo besa Volmar el culo de Juliette: la toma como a un muchacho; ¡la zorra quiere darle por el culo!

(Observad que la que hablaba así era la más joven).

—¿No sabes —dice Sainte-Elme— que Volmar es un hombre? Tiene un clitoris de tres pulgadas, y, destinada a ultrajar a la naturaleza, sea cual sea el sexo que ella adopte, es preciso que la puta sea alternativamente lesbiana y tipo; no conoce término medio. —Después, aproximándose a su vez y examinándose por todos lados, en vista de que Flavie mostraba mi delantero y Volmar mi trasero—: Es cierto —prosiguió— que la zorrilla está bien hecha, y juro que antes de que acabe el día conoceré cómo sabe su jugo.

—¡Un momento, un momento, señoritas! —dice Delbène intentando restablecer el orden.

—¡Eh, santo Dios!, date prisa —dice Sainte-Elme—, ¡me voy yo sola! ¿A qué esperas para empezar? ¿Tenemos que rezar nuestras oraciones antes de excitarnos el coño? ¡Fuera los vestidos, amigas mías!...

Y al momento veríais seis jóvenes muchachas, más bellas que el sol, admirarse... acariciarse desnudas y formar entre ellas los grupos más agradables y variados.

—¡Oh!, de momento —respondió Delbène con autoridad— no podéis negarme un poco de orden... Escuchadme: Juliette va a tumbarse en la cama, y cada una de vosotras irá, alternativamente, a probar el placer que queráis obtener con ella; yo, al frente de la operación, os recibiré a todas a medida que la vayáis dejando, y las

lujurias iniciadas con Juliette acabarán en mí; pero yo no me daré prisa, mi líquido eyaculará cuando tenga a las cinco sobre mí.

La gran veneración que sentían por las órdenes de la superiora hizo que estas se realizasen con la más precisa exactitud. No es difícil que comprendáis lo que cada una de estas criaturas, siendo tan libertinas, exigió de mí.

Como llegaban siguiendo el orden de edad, Elisabeth pasó la primera. La bonita bribona me examinó por todas partes, y, después de cubrirme de besos, se entrelazó entre mis muslos, se frotó contra mí, y ambas nos extasiamos. Flavie fue la siguiente; hizo más tanteos. Después de mil deliciosos preliminares, nos tendimos en sentido inverso, y; con nuestras lenguas cosquilleantes, hicimos brotar torrentes de flujo. Sainte-Elme se acerca, se tiende sobre la cama, hace que me siente sobre su cara, y, mientras que su nariz excita el agujero de mi culo, su lengua se sumerge, en mi coño. Doblada encima de ella, puedo acariciarla de la misma manera; lo hago: mis dedos excitan su culo, y cinco eyaculaciones seguidas me prueban que la necesidad de la que hablaba no era ilusoria. La correspondí por completo; nunca hasta entonces había sido yo tan voluptuosamente chupada. Volmar sólo desea mis nalgas, las devora a besos, y, preparando la vía estrecha con su lengua de rosa, la libertina se pega a mí, me hunde su clítoris en el culo, entra y sale durante mucho tiempo, da la vuelta a mi cabeza, besa mi boca con ardor, chupetea mi lengua y me excita dándome por el culo. La maldita no se detiene aquí: con un consolador que me ató a la cintura, se presenta a mis embestidas, y, dirigiéndolas hacia el trasero, la zorra es sodomizada; mientras la excitaba pensaba que iba a morir de placer.

Después de esta última incursión, me situé en el puesto que me esperaba sobre el cuerpo de la Delbène. Así es como la puta dispuso el grupo:

Elisabeth, de espaldas, estaba situada al borde de la cama. Delbène, entre sus brazos, se hacía excitar el clítoris por ella. Flavie, de rodillas, con las piernas colgando, la cabeza a la altura del coño de la superiora, se lo besaba y le apretaba los muslos. Por encima de Elisabeth, Sainte-Elme, con el culo encima de la cara de esta última, ofrecía su coño a los besos de Delbène, a la que Volmar daba por el culo con su clítoris ardiente. Me esperaban para completar el grupo. Un poco doblada cerca de Sainte-Elme, yo presentaba para lamer lo contrario de lo que aquella besaba por delante. Delbène pasaba sin plan fijo y rápidamente del coño de Sainte-Elme al agujero de mi culo, lamía, chupaba ardientemente uno y otro, y, removiéndose con la agilidad más increíble bajo los dedos de Elisabeth, la lengua de Flavie y el clítoris de Volmar, la zorra no dejaba ni un sólo momento de derramar torrentes de flujo.

—¡Oh, Dios! —dice Delbène, retirándose de allí roja como una bacante—, ¡rediós!, ¡cómo he soltado! No importa, sigamos nuestras operaciones; ahora colocaos cada una de vosotras en la cama; Juliette exigirá de vosotras, una por una, lo que le convenga, estáis obligadas a prestaros a ello; pero como todavía es nueva, la aconsejaré; el grupo se formará sobre ella, como acaba de hacerse conmigo, y la haremos que eyacule su flujo hasta que pida que la dejemos.

Elisabeth es la primera que se ofrece a mi libertinaje.

—Colócala —me dice Delbène que me aconsejaba— de manera que tú puedas besar su bonita boquita mientras que ella te excita; y, para que seas acariciada por todas partes, yo me encargo del agujero de tu culo durante toda la sesión.

Flavie sustituye a Elisabeth.

—Te aconsejo los bonitos pezones de esta muchachita —me dice la abadesa—; chúpaselos, mientras que ella te excita... A causa de los gustos de Volmar, tienes que hundir tu lengua en su culo, mientras que, inclinada sobre ti, la bribona te besará... En cuanto a Sainte-Elme, —prosiguió la superiora—, ¿sabes que haré con ella? Me colocaré de forma que pueda chuparle a la vez el culo y el coño, mientras que ella hará lo mismo contigo... Y en cuanto a mí, ordena, vida mía, estoy a tus órdenes.

Calentada por lo que había visto hacer a Volmar:

—Quiero darte por el culo —digo— con este consolador.

—Hazlo, amada mía, hazlo, —me responde humildemente Delbène ofreciéndose a mis golpes— este es mi culo, te lo entrego.

—¡Muy bien! —digo mientras sodomizo a mi instructora—, puesto que el grupo debe colocarse sobre mí, que empiece enseguida. Querida Volmar —continué—, que tu clitoris devuelva a mi culo lo que yo hago al de Delbène; no puedes imaginarte hasta qué punto se exalta mi temperamento con esta manera de gozar. Con cada una de mis manos, excitaré a Elisabeth y a Sainte-Elme, mientras que chupo el coño de Flavie.

Ya que las órdenes de la superiora eran agotarme, no me tomé el trabajo de decir nada: las situaciones cambiaron siete veces, y siete veces mi flujo corrió entre sus brazos.

Los placeres de la mesa siguieron a los del amor: nos esperaba una soberbia comida. Al calentar nuestras cabezas diferentes tipos de vinos y de licores, volvimos al libertinaje; se perfilaron tres grupos. Sainte-Elme, Delbène y Volmar, como las de más edad, eligieron cada una a una excitadora; por azar o por predilección Delbène no me abandonó; Elisabeth fue elegida por Sainte-Elme, y Flavie por Volmar. Los grupos estaban colocados de manera que cada uno gozase de la vista de los placeres del otro. No pueden hacerse una idea de lo que hicimos. ¡Oh! ¡Cuán deliciosa era Sainte-Elme! Apasionadas

ardientemente la una por la otra, nos excitábamos ambas hasta el agotamiento: no dejábamos de hacer cualquier cosa que imaginásemos. Por último, todo se mezcló, y las dos últimas horas de este voluptuoso libertinaje fueron tan lascivas, que quizás en ningún burdel se hayan cometido tantas lujurias.

Una cosa me había sorprendido: el extremo cuidado que tenían por la virginidad de las pensionistas. Sin duda no se observaban las mismas leyes respecto a aquellas cuya vocación era muy pronunciada; pero se respetaba, hasta un punto que yo no podía comprender, a aquellas que se destinaban al mundo.

—Su felicidad depende de eso —me dice Delbène, cuando le pregunté sobre esta reserva—; queremos divertirnos con estas muchachas, pero ¿por qué perderlas?, ¿por qué hacerles detestar los momentos que han pasado junto a nosotras? No, nosotras tenemos esa virtud, y por muy corrompidas que nos creas, nunca comprometemos a nuestras amigas.

Estos procedimientos me parecieron magníficos; pero creada por la naturaleza para proporcionar la maldad sobre todo lo que me rodease, un día el deseo de deshonorar a una de mis compañeras me calentó la cabeza por lo menos tanto como el de ser deshonorada a mi vez.

Delbène se dio cuenta enseguida de que yo prefería a Sainte-Elme a ella. Efectivamente, adoraba a esta encantadora muchacha; me era imposible dejarla; pero como era infinitamente menos inteligente que la superiora, una inclinación natural me llevaba invenciblemente hacia esta.

—Como te veo devorada por la pasión de desvirgar a una muchacha, o por serlo —me dice un día esta encantadora mujer— no me cabe la menor duda de que Sainte-Elme te ha concedido estos placeres, o te los promete para pronto. De ninguna manera hay peligro con ella, porque está destinada como yo a pasar el resto de sus días en el claustro; pero, Juliette, si ella hace contigo otro tanto, nunca podrás casarte, y ¡cuántas desgracias podrían sobrevenirte como consecuencia de esta falta! Sin embargo, escúchame, ángel mío, sabes que te adoro, sacrifica a Sainte-Elme y yo satisfago al instante todos los placeres que tú deseas. Elegirás en el convento a aquella cuyas primicias quieras recoger, y seré yo la que mancillaré las tuyas... Los desgarramientos... las heridas... tranquilízate, yo arreglaré todo. Pero estos son grandes misterios; para ser iniciada en ellos, necesito tu juramento de que a partir de este momento, no volverás a hablar a Sainte-Elme: de otra forma, no pondré límites a mi venganza.

Como amaba demasiado a esa encantadora muchacha para comprometerla, y como, además, ardía en deseos de probar los placeres que me esperaban si renunciaba a ella, lo prometí todo.

—¡Y bien! —me dice Delbène al cabo de un mes de prueba—, ¿has hecho tu elección? ¿A quién quieres desvirgar?

Y aquí, amigos míos, ¡no adivinaríais en vuestra vida sobre qué objeto se había detenido con complacencia mi libertina imaginación! Sobre esta muchacha que tenéis ante vuestros ojos... sobre mi hermana. Pero Madame Delbène la conocía demasiado bien como para no hacerme desistir del proyecto.

—¡Pues bien! —digo—, dame a Laurette.

Su infancia (apenas si tenía diez años), su bonita carita despierta, la altura de su cuna, todo me excitaba... todo me inflamaba hacia ella; y la superiora, viendo que casi no había obstáculos, en vista de que esta huerfanita no tenía como protector en el convento más que a un viejo tío que vivía a cien leguas de París, me aseguró que ya podía dar por sacrificada la víctima que mis deseos inmolaban por adelantado.

El día ya estaba elegido; Madame Delbène, haciéndome ir la víspera a pasar la noche en sus brazos, hizo recaer la conversación sobre las materias religiosas.

—Mucho me temo —me dice— que hayas ido muy lenta, hija mía; tu corazón, engañado por tu mente, todavía no está en el punto que yo desearía. Esas infames supersticiones te fastidian todavía, lo juraría. Escucha, Juliette, préstame toda tu atención, y procura que en el futuro tu libertinaje, apoyado en excelentes principios, pueda con desfachatez, como en mí, entregarse a todos los excesos sin remordimientos.

»El primer dogma que se me ocurre, cuando se habla de religión, es el de la existencia de Dios: comenzaré razonablemente con su examen puesto que es la base de todo el edificio.

»¡Oh Juliette!, no hay ninguna duda de que sólo a las limitaciones de nuestro espíritu se debe la quimera de un Dios; al no saber a quién atribuir lo que vemos, en la extrema imposibilidad de explicar los ininteligibles misterios de la naturaleza, gratuitamente hemos erigido por encima de ella un ser revestido del poder de producir todos los efectos cuyas causas nos eran desconocidas.

»Tan pronto como se consideró a este abominable fantasma el autor de la naturaleza, hubo que verlo igualmente como el del bien y el del mal. La costumbre de creer que estas opiniones eran verdaderas y la comodidad que se hallaba en esto para satisfacer a la vez la pereza y la curiosidad, hicieron que pronto se diese a esta fábula el mismo grado de creencia que a una demostración geométrica; y la persuasión llegó a ser tan fuerte, la costumbre tan arraigada, que se necesitó toda la fuerza de la razón para preservarse del error. No hay más que un paso de la extravagancia que admite un Dios a la que hace adorarlo: nada más sencillo que implorar a lo que se teme; nada más natural que este procedimiento que quema incienso en los altares del

mágico individuo que se constituye a la vez en el motor y el dispensador de todo. Lo creían malo, porque resultaban malos efectos de la necesidad de las leyes de la naturaleza; para apaciguarlo se necesitan víctimas: y de ahí los ayunos, las laceraciones, las penitencias, y todas las otras imbecilidades, frutos del temor de unos y del engaño de otros; o, si lo prefieres, efectos constantes de la debilidad de los hombres, porque es cierto que allí donde estos se encuentran se hallarán también dioses engendrados por el terror de tales hombres, y homenajes rendidos a tales dioses, resultados necesarios de la extravagancia que los erige. Mi querida amiga, no hay duda de que esta opinión de la existencia y del poder de un Dios distribuidor de bienes y males es la base de todas las religiones de la tierra. Pero ¿cuál de estas tradiciones es preferible? Todas alegan revelaciones hechas en su favor, todas citan libros, obras de sus dioses, y todas quieren ser la que prevalezca sobre las demás. Para aclararme en esta difícil elección no tengo más guía que mi razón, y en cuanto examino a su luz todas estas pretensiones, todas estas fábulas, ya no veo más que un montón de extravagancias y de simplezas que me impacientan y sublevan.

»Después de haber dado un rápido recorrido a las absurdas ideas de todos los pueblos sobre este importante tema, me detengo por fin en lo que piensan los judíos y los cristianos. Los primeros me hablan de un Dios, pero no me explican nada de él, no me dan ninguna idea suya, y no veo más que alegorías pueriles sobre la naturaleza del Dios de este pueblo, indignas de la majestad del ser al que quieren que yo admita como el creador del universo; el legislador de esta nación me habla de su Dios sólo con contradicciones sublevantes, y los rasgos con los que me lo pinta son mucho más propios para hacer que lo deteste que para que lo sirva. Viendo que es este mismo Dios el que habla en los libros que me citan para explicármelo, me pregunto cómo es posible que un Dios haya podido dar de su persona nociones tan propias para conseguir que los hombres lo desprecien. Esta reflexión me impulsa a estudiar tales libros con mayor cuidado: ¿qué ocurre cuando no puedo impedir ver, al examinarlos, que no solamente no pueden estar dictados por el espíritu de un Dios, sino que además están escritos mucho tiempo después de la existencia del que se atreve a afirmar que los ha transmitido de acuerdo con el Dios mismo? ¡Y bien!, ¡así es como me engañan!, exclamé al final de mis investigaciones; estos libros santos que me quieren presentar como la obra de un Dios no son más que obra de algunos charlatanes imbéciles, y en ellos se ve, en lugar de huellas divinas, el resultado de la estupidez y de la bobería. Y en efecto, ¿hay mayor necedad que la de presentar por todas partes, en estos libros, un pueblo favorito del soberano recién creado por él, que anuncia a las naciones que sólo a él

habla Dios; que sólo se interesa por su suerte; que sólo por él cambia el curso de los astros, separa los mares, aumenta el rocío: cómo si no le hubiese sido mucho más fácil a ese Dios penetrar en los corazones, iluminar los espíritus, que cambiar el curso de la naturaleza, y como si esta predilección en favor de un pequeño pueblo oscuro, abyecto, ignorado, pudiese estar de acuerdo con la majestad suprema del ser al que vosotros queréis que yo conceda la facultad de haber creado el universo? Pero por más que yo quisiera estar de acuerdo con lo que me enseñan estos libros absurdos, pregunto si el silencio universal de todos los historiadores de las naciones vecinas sobre los hechos extraordinarios que en ellos se consignan, no debería bastar para que dudase de las maravillas que me anuncian. ¿Qué debo pensar, por favor, cuando es en el seno del mismo pueblo que tan fastuosamente me habla de su Dios donde encuentro la mayor cantidad de incrédulos? ¡Qué! ¿Este Dios colma a su pueblo de favores y de milagros, y este pueblo querido no cree en su Dios? ¡Qué! ¿Este Dios truena desde lo alto de una montaña con la más imponente aparatosidad, dicta sobre esta montaña leyes sublimes al legislador de este pueblo, que, en la llanura, duda de él, y se elevan ídolos en esta llanura para mofarse del Dios legislador que truena sobre la montaña? Por fin muere, ese hombre singular que acaba de ofrecer a los judíos tan magnífico Dios, expira; un milagro acompaña su muerte: ¡y los descendientes de los que fueron testigos de tantos milagros no creen en Dios! Pero, más incrédulos que sus padres, la idolatría derriba en pocos años los vacilantes altares del Dios de Moisés, y los desgraciados judíos oprimidos no se acuerdan de la quimera de sus ancestros más que cuando recobran su libertad. Entonces, nuevos jefes les hablan: desgraciadamente las promesas hechas no se corresponden con los acontecimientos. Los judíos, según estos nuevos jefes, deberían ser felices si fuesen fieles al Dios de Moisés: nunca lo respetaron tanto, y nunca la desgracia los oprimió con mayor dureza. Expuestos a la cólera de los sucesores de Alejandro, no escapan a los hierros de estos más que para caer bajo los de los romanos, quienes, cansados por fin de su eterna rebelión, derriban su templo y los dispersan. ¡Y así es como les sirve su Dios! ¡Y así es como ese Dios, que los ama, que sólo en su favor modifica el orden sagrado de la naturaleza, así es como los trata, así es como mantiene lo que les ha prometido!

»Así pues, no será entre los judíos donde buscaré el Dios poderoso del Universo; al no encontrar en esta miserable nación más que un repugnante fantasma, nacido de la imaginación exaltada de algunos ambiciosos, aborreceré al Dios despreciable ofrecido por la maldad, y dirigiré mis miradas hacia los cristianos.

»¡Qué nuevos absurdos se presentan aquí! Ya no son los libros de un loco sobre una montaña los que deben servirme de reglas; el Dios

del que ahora se trata se hace anunciar por un embajador mucho más noble, ¡y el bastardo de María es mucho más respetable que el hijo abandonado de Jocabed! Así pues, examinemos a este impostor: ¿qué hace, qué imagina para probarme su Dios?, ¿cuáles son sus credenciales? Piruetas, comidas de putas, curaciones de charlatanes, juegos de palabras y engañosas. Se me anuncia como el hijo de Dios, ese patán que ni siquiera sabe hablarme y que, desde ese día, no escribió ni una línea; es el Dios mismo, debo creerlo porque él lo ha dicho. El zorro es colgado, ¿qué importa?, lo abandona su secta, todo esto da igual: sólo él es el Dios del universo. Solo pudo engendrarse en una judía, sólo pudo nacer en un establo; es por la abyección, la pobreza, la impostura por lo que debe convencerme: y si no le creo ¡tanto peor para mí, me esperan eternos suplicios! ¿Puede esto definir a un Dios y hay en él un solo rasgo que eleve el alma y la persuada? ¡Es el colmo de la contradicción! La nueva ley se apoya sobre la antigua, y sin embargo, la nueva aniquila a la antigua. Entonces, ¿cuál será la base de esta nueva? Entonces, ¿ahora es Cristo el legislador al que hay que creer? Solo él va a explicarme el Dios que me lo envía; pero si Moisés tenía interés en predicarme un Dios del que obtenía su fuerza, ¡cuál no será el interés del Nazareno en hablarme de Dios, del que dice que desciende! Por supuesto, el legislador moderno sabía mucho más que el antiguo: al primero le bastaba charlar familiarmente con su amo; el segundo es de su misma sangre. Moisés, atribuyéndose milagros de la naturaleza, persuade a su pueblo de que el rayo sólo se enciende para él; Jesús, mucho más astuto, hace él mismo el milagro; y si los dos merecen el eterno desprecio de sus contemporáneos hay que convenir al menos en que el nuevo supo, con más picardía, conseguir la estima de los hombres; y la posteridad que los juzga asignando a uno una sala en los manicomios, no podrá, sin embargo, abstenerse de dar al otro uno de los primeros puestos en el patíbulo.

»Puedes ver, Juliette, en qué círculo vicioso caen los hombres en cuanto su cabeza se pierde por estos absurdos... *La religión prueba al profeta, y el profeta a la religión.*

»Al no haberse mostrado todavía este Dios, ni en la secta judía, ni en la otra secta tan despreciable de los cristianos, lo busco de nuevo, llamo a la razón en mi ayuda, y analizo a esta para que me engañe menos. ¿Qué es la razón? Es esa facultad que me ha sido dada por la naturaleza para determinarme hacia tal objeto y huir de tal otro, en proporción a la dosis de placer o de daño recibido de esos objetos: cálculo sometido de modo absoluto a mis sentidos, puesto que sólo de ellos recibo las impresiones comparativas que constituyen o los dolores de los que quiero huir o el placer que debo buscar. Como dice Fréret, la razón no es más que la balanza con la que pesamos los

objetos, y por la cual, poniendo en el peso aquellos objetos que están lejos de nuestro alcance, conocemos lo que debemos pensar por la relación existente entre ellos, de tal forma que sea siempre la apariencia del mayor placer lo que gane. Puedes ver que esta razón, en nosotros como en los animales, que también la tienen, no es más que el resultado del mecanismo más tosco y más material. Pero como no tenemos otra antorcha, sólo a ella podemos someter esa fe, imperiosamente exigida por los bribones, hacia objetos sin realidad, o tan prodigiosamente envilecidos por sí mismos, que sólo merecen nuestro desprecio. Ahora bien, sabes, Juliette, que el primer efecto de esta razón es establecer una diferencia esencial entre el objeto que se manifiesta y el objeto que es percibido. Las percepciones representativas de un objeto son de diferentes tipos. Si nos muestran los objetos como ausentes, pero como presentes en otro tiempo a nuestra mente, es lo que llamamos memoria, recuerdo. Si nos presentan los objetos sin expresarnos ausencia, entonces es lo que llamamos imaginación, y esta imaginación es la causa de todos nuestros errores. Pues la fuente más abundante de estos errores reside en que suponemos una existencia propia a los objetos de estas percepciones interiores, una existencia separada de nosotros, de la misma forma que las concebimos separadamente. Por consiguiente, yo daría, para que me entiendas, daría, digo, a esta idea separada, a esta idea surgida del objeto que imaginamos, el nombre de *idea objetiva*, para diferenciarla de la que está presente, y que yo llamaría *real*. Es muy importante no confundir estos dos tipos de existencia; no puedes ni imaginarte en qué torbellino de errores se cae cuando no se tienen en cuenta estas distinciones. El punto dividido hasta el infinito, tan necesario en geometría, pertenece a la clase de las existencias *objetivas*; y los cuerpos, los sólidos, a la de las existencias *reales*. Por muy abstracto que esto te parezca, querida mía, tienes que seguirme si quieres llegar conmigo al final al que quiero conducirte por mis razonamientos.

»En primer lugar, observamos, antes de ir más lejos, que no hay nada más común ni más ordinario que engañarse torpemente entre la existencia real de los cuerpos que están fuera de nosotros y la existencia objetiva de las percepciones que están en nuestra mente. Nuestras mismas percepciones se diferencian de nosotros, y entre sí, según que perciban los objetos presentes, sus relaciones, y las relaciones de estas relaciones. Son pensamientos en tanto que nos aportan las imágenes de las cosas ausentes; son ideas en tanto que nos aportan imágenes que están dentro de nosotros. Sin embargo, todas estas cosas no son más que modalidades, o formas de existir de nuestro ser, que no se distinguen ya entre sí, ni de nosotros mismos, más de lo que la extensión, la solidez, la figura, el color, el

movimiento de un cuerpo, se distinguen de ese cuerpo. A continuación, se imaginaron forzosamente términos que conviniesen de manera general a todas las ideas particulares que eran semejantes; se ha dado el nombre de causa a todo ser que produce algún cambio en otro ser distinto de él, y efecto a todo cambio producido en un ser por una causa cualquiera. Como estos términos excitan en nosotros al menos una imagen confusa de ser, de acción, de reacción, de cambio, la costumbre de servirnos de ellas ha hecho creer que teníamos una percepción clara y distinta, y por último hemos llegado a imaginar que podía existir una causa que no fuese un ser o un cuerpo, una causa que fuese realmente distinta de cualquier cuerpo, y que, sin movimiento y sin acción, pudiese producir todos los efectos imaginables. No hemos querido reflexionar sobre el hecho de que todos los seres, actuando y reaccionando constantemente unos sobre otros, producen y sufren al mismo tiempo cambios; la íntima progresión de los seres que han sido sucesivamente causa y efecto pronto cansó la mente de aquellos que sólo quieren encontrar la causa en todos los efectos: sintiendo que su imaginación se agotaba ante esta larga secuencia de ideas, les pareció más breve remontar todo de una vez a una primera causa, imaginada como la causa universal, siendo las causas particulares efectos suyos, y sin que ella sea, a su vez, el efecto de ninguna causa.

»Este es el Dios de los hombres, Juliette; esta es la estúpida quimera de su débil imaginación. Ves cuál ha sido el encadenamiento de sofismas con el que han llegado a crearla; y, según la definición particular que te he dado, ves que este fantasma, al no tener más que una existencia objetiva, no podría estar fuera de la mente de los que lo consideran, y por consiguiente no es más que un puro efecto de la turbación de su cerebro. Sin embargo, ¡este es el Dios de los mortales, este es el ser abominable que han inventado, y en cuyos templos han hecho correr tanta sangre!

»Si me he extendido —prosiguió Madame Delbène— sobre las diferencias esenciales entre las existencias reales y las existencias objetivas, es, querida mía, porque era urgente que te demostrase las variedades que se encuentran en las opiniones prácticas y especulativas de los hombres, y para hacerte ver que dan existencia real a muchas cosas que sólo tienen una existencia especulativa: ahora bien, al producto de esta existencia especulativa es a lo que los hombres han dado el nombre de Dios. Si todo esto sólo tuviese como consecuencia falsos razonamientos, el inconveniente sería mínimo; pero desgraciadamente tiene mayor alcance: la imaginación se inflama, se crea la costumbre, y nos habituamos a considerar como algo real lo que sólo es obra de nuestra debilidad. Todavía no nos hemos convencido de que la voluntad de este ser quimérico es causa

de todo lo que nos sucede, cuando ya estamos empleando todos los medios para serle agradables, todas las formas de implorarlo.

»Así pues, sólo podemos decidirnos a adoptar un Dios después de reflexionar sobre lo que acaba de ser dicho, y con la iluminación de reflexiones más maduras, persuadámonos de que, al no poder presentarse la idea de Dios más que de una manera objetiva, sólo pueden resultar de ella ilusiones y fantasmas.

»Por muchos sofismas que aleguen los partidarios absurdos de la divinidad quimérica de los hombres, no os dicen más que no hay efecto sin causa; pero no os de muestran que sea preciso llegar a una primera causa eterna, causa universal de todas las causas particulares, y que ella misma sea causa creadora e independiente de cualquier otra causa. Estoy de acuerdo con que no comprendemos la relación, la secuencia y la progresión de todas las causas; pero la ignorancia de un hecho nunca es motivo suficiente para creer o determinar otro. Aquellos que quieren convencernos de la existencia de su abominable Dios se atreven con descaro a decirnos que, porque nosotros no podemos asignar la verdadera causa de los efectos, tenemos que admitir necesariamente la causa universal. ¿Se puede razonar tan imbécilmente? ¡Como si no fuese preferible aceptar la ignorancia a admitir una cosa absurda!; ¡o como si la admisión de esta cosa absurda se convirtiese en una prueba de su existencia! La confesión de nuestra debilidad no tienen ningún inconveniente, no hay duda alguna; la adopción del fantasma está lleno de escollos contra los que chocaremos constantemente si somos sabios, pero contra los que nos romperemos la cabeza si esta se exalta: y las quimeras exaltan siempre.

»Si se quiere, concedamos por un momento a nuestros antagonistas la existencia del *vampiro* que les da la felicidad[1]. En esta hipótesis, yo les pregunto si la ley, la regla, la voluntad con la que Dios conduce a los seres, es de la misma naturaleza que nuestra voluntad y nuestra fuerza, si Dios, en las mismas circunstancias, puede querer y no querer, si la misma cosa puede gustarle y disgustarle, si no cambia de sentimientos, si la ley por la que se conduce es inmutable. Si es ella la que lo conduce, no hay más que ejecutarla: y desde ese mismo momento, no hay ninguna fuerza superior. Esta ley necesaria, ¿qué es en sí misma?, ¿es distinta de él o inherente a él? Si, por el contrario, este ser puede cambiar de sentimiento y de voluntad, pregunto por qué cambia. Es evidente que necesita un motivo, y un bien más razonable que los que nos determinan, porque Dios debe ganarnos en sabiduría, como nos supera en prudencia; ahora bien, ¿puede imaginarse este motivo sin alterar la perfección del ser que cede a él? Digo más: si Dios sabe de antemano que cambiará de voluntad, ¿por qué, desde el momento en que todo lo puede, no ha

dispuesto las circunstancias de forma que esta mutación siempre fatigosa, y que siempre prueba una cierta debilidad, se haga innecesaria?, y si lo ignora, ¿qué es un Dios que no prevé lo que debe hacer? Si lo prevé, y puesto que no puede equivocarse, como hay que creer para tener de él una idea correcta, está obligado entonces, independientemente de su voluntad, a actuar de tal o tal forma; ahora bien, ¿cuál es esta ley que sigue su voluntad?, ¿dónde está?, ¿de dónde saca su fuerza?

»Si vuestro Dios no es libre, si está determinado a actuar siguiendo leyes que lo dominan, entonces es una fuerza semejante al destino, a la fortuna, a la que no afectarán los deseos, no doblegarán las oraciones, no apaciguarán las ofrendas, y a la que es preferible despreciar eternamente que implorar con tan escaso éxito.

»Pero si, más peligroso, más malvado y más feroz todavía, vuestro execrable Dios ha ocultado a los hombres lo que era necesario para su felicidad, entonces su proyecto no era hacerlos felices; entonces no los ama, entonces no es ni justo ni bienhechor. Me parece que un Dios no debe querer nada que no sea posible, y no lo es el que el hombre observe leyes que lo tiranizan o que le son desconocidas.

»Este Dios villano hace todavía más: odia al hombre por haber ignorado lo que no le ha enseñado; lo castiga por haber transgredido una ley desconocida, por haber seguido inclinaciones que sólo procedían de él. ¡Oh Juliette! —exclamó mi instructora—, ¿puedo concebir a ese infernal y detestable Dios de otra forma que no sea como un tirano, un bárbaro, un monstruo, al que debo todo el odio, toda la furia, todo el desprecio que pueden exhalar a la vez mis facultades físicas y morales?

»De este modo, deben llegar a demostrarme... probarme la existencia de Dios; deben lograr convencerme de que ha dictado leyes, que ha elegido hombres para ponerlos de testigos ante los mortales; hacerme ver que reina la más completa armonía en todas las relaciones que proceden de él: nada podría probarme que le complazco siguiendo sus leyes, porque, si no es bueno, puede engañarme, y mi razón, que procede de él, no me tranquilizará, puesto que entonces puede habérmela dado para precipitarme con mayor seguridad al error.

»Prosigamos. Ahora os pregunto a vosotros, los deístas, cómo se conducirá ese Dios, que admito por un momento, frente a los que no poseen ningún conocimiento de sus leyes. Si Dios castiga la ignorancia invencible de aquellos a los que no se les han anunciado sus leyes, es injusto; si no puede instruirlos, carece de poder.

»Es cierto que la revelación de las leyes del Eterno deben llevar en sí caracteres que prueben el Dios del que emanan; ahora bien, yo pregunto, ¿cuál, de todas las revelaciones que nos han llegado, lleva

ese carácter tan evidente como indispensable? Así pues, por la religión se destruye el Dios que anuncia esa misma religión; ahora bien, ¿qué ocurrirá con esta religión cuando el Dios que establece solo tenga ya existencia en la cabeza de los imbéciles?

»Poco importa para la felicidad de la vida que los conocimientos humanos sean reales o falsos; pero no ocurre lo mismo cuando se trata de la religión. Cuando los hombres han hecho suyos los objetos imaginarios que ella presenta, se apasionan por estos objetos, se persuaden de que estos fantasmas que revolotean en su mente existen realmente, y, desde ese momento, nada puede contenerlos. Cada día hay nuevos motivos para temblar: tales son los únicos efectos que produce en nosotros la peligrosa idea de un Dios. Esta sola idea causa los males más perniciosos de la vida del hombre; ella es la que lo obliga a privarse de los más dulces placeres de la vida, en el terror de provocar la ira de ese repugnante fruto de su imaginación delirante. Así pues, mi querida amiga, es necesario liberarse lo antes posible de los terrores que infunde esta quimera; y para eso, sin duda, sólo hay que descargar la hoz sobre el ídolo, sólo hay que pulverizarla con energía.

»La idea que quieren darnos los curas de la divinidad no es otra que la de una causa universal, de la que son efectos todas las otras. Los imbéciles, a los que se han dirigido estos impostores, han creído que existía tal causa... que podía existir separadamente de los efectos particulares que ella produce, como si las modalidades de un cuerpo pudiesen ser separadas de ese cuerpo, como si siendo la blancura una de las cualidades de la nieve, fuese posible separar de esta tal cualidad. ¿Acaso abandonan las modificaciones los cuerpos que modifican? ¡Y bien!, vuestro Dios no es más que una modificación de la materia en perpetua acción por su esencia: esa acción que creéis poder separar de ella, esa energía de la materia, ese es vuestro Dios. ¡Examinad ahora, estúpidos adoradores de un ser semejante, de qué homenaje es digno!

»Los que sólo atribuyen a la primera causa el movimiento local de los cuerpos, y dan a nuestras mentes la posibilidad de determinarse, limitan esta causa y la despojan de su universalidad, para reducirla a lo más bajo que hay en la naturaleza, es decir, a la simple función de poner en movimiento a la materia. Pero como todo está relacionado en la naturaleza, porque los sentimientos espirituales provocan movimientos en los cuerpos vivos, y los movimientos de los cuerpos excitan sentimientos en las almas, no se puede recurrir a esta suposición para establecer o defender el culto religioso. Sólo como consecuencia de la percepción de los objetos que se nos presentan tenemos voluntad; sólo con motivo del movimiento excitado en nuestros órganos tenemos percepciones: por lo tanto, la causa del

movimiento es la de nuestra voluntad. Si esta causa ignora el efecto que producirá en nosotros el movimiento, ¡qué indigna es la idea de un Dios! Si lo sabe, es su cómplice, y consiente en él; si, sabiéndolo, no consiente en él, se ve obligado a hacer lo que no quiere; por consiguiente, existe algo más poderoso que él: y está obligado a seguir leyes. Como nuestras voluntades provocan algunos movimientos, Dios está obligado a competir con nuestra voluntad; por tanto, está en el brazo del parricida, en la llama del incendiario, en el coño de la prostituta. Dios no lo consiente y entonces ahí lo tenemos, menos fuerte que nosotros, obligado a obedecernos. Por tanto, por mucho que se diga, hay que confesar que no existe causa universal; o si deseáis con todas las fuerzas que exista una, tenemos que convenir que consiente todo lo que nos sucede y nunca quiere nada distinto; tenéis que confesar además que no puede amar ni odiar a ninguno de los seres particulares que emanan de ella, porque todos le obedecen por igual, y que, según esto, las palabras de castigos, recompensas, leyes, prohibiciones, orden, desorden, no son más que palabras alegóricas, sacadas de lo que ocurre entre los hombres.

»Si no estamos obligados a considerar a Dios como un ser esencialmente bueno, como un ser que ama a los hombres, podemos creer que ha querido engañarlos. De esta forma, aunque fuesen verdaderos todos los prodigios sobre los que se basan los que pretenden conocer las leyes que ha revelado a algunos hombres, como todos nos confirman que es un ser injusto, inhumano, no tenemos ninguna seguridad de que no haga tales prodigios con el fin expreso de engañarnos, y nada nos autoriza a creer que la más estricta observación de sus leyes pueda convertirme nunca en amigo suyo. Si no castiga a los que han observado estas leyes, su observación es inútil; y como esta observación es punible, vuestro Dios, al promulgarla, se ha hecho culpable de inutilidad y de maldad: entonces, os pregunto si este es un ser digno de nuestros homenajes. Por otra parte, estas leyes no tienen nada de respetable: son absurdas, contrarias a la razón, repugnan a la moral, afligen al cuerpo; los que las anuncian, las violan constantemente; y si hay algunos individuos en el mundo a los que se les ocurre poner fe en ellas, escrutemos su espíritu detenidamente: pronto los reconoceremos como imbéciles. Cuando quiero profundizar en las pruebas de ese fárrago de misterios y de leyes dictadas por ese Dios ridículo, no las encuentro apoyadas más que sobre tradiciones confusas, inseguras, y siempre victoriosamente combatidas por los adversarios.

»Digámoslo claramente: de todas las religiones establecidas entre los hombres, no hay ninguna que legítimamente pueda prevalecer sobre las otras; ni una que no esté llena de fábulas, de mentiras, de perversidades, y que no ofrezca al tiempo los peligros más inminentes,

junto a las contradicciones más palpables. Cuando los locos quieren imponer sus sueños, apelan en su ayuda a los milagros: de donde resulta que, siempre en el mismo círculo, en ese momento el milagro prueba la religión, mientras que hasta entonces la religión probaba el milagro. Como si no hubiese más que una que pudiese apoyarse en prodigios: pero todas los citan, todas los ofrecen.

»Y el hermoso cisne de Leda
»bien vale la paloma de María.

»A pesar de todo, si aceptamos que todos estos crímenes son ciertos, resulta necesariamente que Dios ha permitido que sean hechos tanto por las falsas religiones como por las verdaderas, y, según esto, el error lo conmueve tanto como la verdad. Lo que es gracioso es que cada secta esté igualmente convencida de la realidad de sus prodigios. Si todos son falsos, tenemos que concluir que naciones enteras han podido creer prodigios supuestos: por consiguiente, en el capítulo de los prodigios, la firme persuasión de una nación entera no prueba su verdad. Pero no tenemos más que la persuasión de los que creen en ellos para probar la verdad por consiguiente, no hay ninguno cuya verdad esté suficientemente demostrada; y como estos prodigios son los únicos medios que tienen para obligarnos a creer en una religión, debemos concluir que ninguno está probado, y considerarlos como obra del fanatismo, del engaño, de la impostura y del orgullo.

—Pero —interrumpí yo, llegado a este punto—, si no hay ni Dios, ni religión, entonces, ¿quién gobierna el universo?

—Mi querida amiga —respondió Madame Delbene—, el universo se mueve por su propio impulso, y las leyes eternas de la naturaleza, inherentes a ella misma, son suficientes, sin una causa primera, para producir todo lo que vemos; el perpetuo movimiento de la materia lo explica todo: ¿qué necesidad hay de suponer un motor para lo que siempre está en movimiento? El universo es un conjunto de seres diferentes que actúan y reaccionan recíproca y sucesivamente unos sobre otros; yo no descubro ninguna limitación en esto, sólo veo un paso continuo de un estado a otro, en relación a los seres que adquieren sucesivamente varias formas nuevas, pero no creo en una causa universal, distinta de él, que le dé su existencia y que produzca las modificaciones de los seres particulares que lo componen: incluso confieso que veo todo lo contrario, y creo haberlo demostrado. No nos inquietemos en absoluto por sustituir las quimeras por otra cosa, y no admitamos nunca como causa de lo que no comprendemos algo que comprendemos todavía menos.

»Después de haberte demostrado la extravagancia del sistema

deísta —prosiguió esta encantadora mujer— no me costará mucho trabajo, sin duda, destruir en ti los prejuicios inculcados desde la infancia sobre el principio de nuestra vida. En efecto, ¿hay algo más extraordinario que la superioridad que se arrojan los hombres sobre los otros animales? En cuanto se les pregunta en qué se basa esta superioridad, responden estúpidamente: nuestra alma. Pero si les ruegas que te expliquen lo que entienden por esta palabra alma, ¡oh!, entonces los verás balbucir, contradecirse: es una sustancia desconocida, dicen; es una fuerza secreta distinta de su cuerpo; es un espíritu sobre el que nada sabemos. Pregúntales cómo ha podido ese espíritu, al que, como a su Dios, suponen totalmente desprovisto de extensión, cómo ha podido combinarse con su cuerpo extenso y material; os dirán que no saben nada de él, que es un misterio, que esta combinación es producto de la omnipotencia de Dios. Estas son las ideas claras que se forma la imbecilidad sobre su sustancia oculta, o más bien imaginaria, de la que ha hecho el móvil de todas sus acciones.

»A esto yo sólo respondo una cosa: si el alma es una sustancia esencialmente diferente del cuerpo y que no puede tener ninguna relación con él, su unión es algo imposible; por otra parte, al ser esta alma una sustancia esencialmente diferente del cuerpo, debería actuar necesariamente de forma diferente a él; sin embargo, vemos que los movimientos experimentados por el cuerpo repercuten sobre esa pretendida alma, y que estas dos sustancias, diversas en su esencia, actúan siempre de común acuerdo. Nos dirán todavía que esta armonía es un misterio, y yo responderé que no veo mi alma, que lo único que conozco y siento es mi cuerpo, que es el cuerpo el que siente, piensa, juzga, sufre, goza, y que todas sus facultades son resultados necesarios de su mecanismo y su organización.

»Aunque a los hombres les sea imposible hacerse la menor idea de su alma, aunque todo les pruebe que no sienten, no piensan, no adquieren ideas, no gozan y no sufren más que por medio de los sentidos o de los órganos materiales del cuerpo, sin embargo están convencidos de que esta alma desconocida está exenta de la muerte. Pero, aun suponiendo la existencia de esta alma, decidme, por favor, si puede impedirse reconocer que ella depende totalmente del cuerpo, y que sufre conjuntamente con él todas las vicisitudes por las que este atraviesa. Y sin embargo, se lleva el absurdo hasta creer que, por su naturaleza, no tiene ningún parecido con él; se pretende que pueda actuar y sentir sin la ayuda de este cuerpo; en una palabra, se pretende que, privada de este cuerpo y liberada de los sentidos, esta alma sublime podrá vivir para sufrir, gozar del bienestar o sentir terribles tormentos. Y sobre parecido montón de conjeturas absurdas es sobre lo que se ha construido la maravillosa opinión de la

inmortalidad del alma.

»Si pregunto qué motivos hay para suponer al alma inmortal, me responden con prontitud: es que el hombre, por su propia naturaleza, desea ser inmortal. Pero, replicaré yo, ¿se convierte vuestro deseo en una prueba de su realización? ¿Por qué extraña lógica se atreven a decidir que una cosa no puede dejar de suceder solamente porque se la desea? Los impíos —continúan ellos—, privados de las halagüeñas esperanzas de otra vida, desean ser aniquilados. ¡Y bien!, ¿no tienen ellos el mismo derecho que vosotros de concluir que serán aniquilados, así como vosotros os sentís autorizados a creer que existiréis simplemente porque lo deseáis?

»¡Oh Juliette! —prosiguió esta mujer filósofa con toda la fuerza de la persuasión—. ¡Oh, mi querida amiga!, no te quepa la menor duda de que morimos por completo, y de que el cuerpo humano, una vez que la Parca ha cortado el hilo, no es más que una masa incapaz de producir los movimientos que constituían la vida. No vemos entonces ni circulación, ni respiración, ni digestión, ni palabra, ni pensamiento. Pretenden que, en ese momento, el alma se ha separado del cuerpo; pero decir que esta alma desconocida es el principio de la vida es no decir nada, es decir sólo que una fuerza desconocida es el principio oculto de movimientos imperceptibles. Nada más natural y más sencillo que creer que el hombre muerto ya no existe; nada más extravagante que creer que el hombre muerto está todavía en vida.

»Nos reímos de la simpleza de algunos pueblos cuya costumbre es enterrar provisiones junto con los muertos: así pues, ¿es más absurdo creer que los hombres comerán después de la muerte, que imaginarse que pensarán, que tendrán ideas agradables o molestas, que gozarán, sufrirán, sentirán arrepentimiento o alegría, cuando los órganos, propios para proporcionarles sentimientos o ideas, estén disueltos y reducidos a polvo? Decir que las almas humanas serán felices o desgraciadas después de la muerte es como pretender que los hombres podrán ver sin ojos, oír sin oídos, gustar sin paladar, oler sin nariz, tocar sin manos, etcétera. Sin embargo, naciones que se creen muy razonables adoptan ideas parecidas.

»El dogma de la inmortalidad del alma supone que el alma es una sustancia simple, en una palabra, un espíritu: pero seguiré preguntando qué es un espíritu.

—Me enseñaron —respondí a Madame Delbène— que un espíritu era una sustancia privada de extensión, incorruptible, y que no tiene nada en común con la materia.

—Pero si es así —respondió vivamente mi institutriz—, ¿cómo nace tu alma, crece, se fortalece, se altera, envejece, en las mismas proporciones que tu cuerpo?

»Siguiendo el ejemplo de todos los imbéciles que tuvieron los

mismos principios, me responderás que todo eso son misterios. Pero, imbéciles, si son misterios, entonces no comprenderéis nada de ellos, y si no comprendéis nada, ¿cómo podéis decidir afirmativamente una cosa de la que sois incapaces de formaros una idea? Para creer o afirmar algo, hace falta saber al menos en qué consiste lo que se cree o se afirma. Creer en la inmortalidad del alma es decir que se está convencido de la existencia de algo de lo que es imposible formarse una verdadera idea, es creer en palabras sin poder darles ningún sentido; afirmar que algo es tal como se ha dicho es el colmo de la locura y de la vanidad.

»¡Cuán extraños razonadores son los teólogos! En cuanto no pueden adivinar las causas naturales de las cosas, inventan causas sobrenaturales, imaginan espíritus, dioses, causas ocultas, agentes inexplicables, o más bien palabras más oscuras que las cosas que se esfuerzan por explicar. Permanezcamos en la naturaleza cuando queramos darnos cuenta de los efectos de la naturaleza; no nos alejemos de ella cuando queramos explicar sus fenómenos; ignoremos las causas demasiado separadas de nosotros para ser comprendidas por nuestros órganos, y convenzámonos de que, si nos salimos de la naturaleza, nunca encontraremos la solución de los problemas que la naturaleza nos presenta.

»En la hipótesis misma de la teología, es decir, suponiendo un motor omnipotente de la materia, ¿con qué derecho negarían los teólogos a su Dios el poder de dar a esta materia la facultad de pensar? ¿Le sería más difícil crear esas combinaciones de materia, de las que resulta el pensamiento, que espíritus que piensan? Al menos, suponiendo una materia que pensase, tendríamos algunas nociones del sujeto del pensamiento o de lo que piensa en nosotros; mientras que al atribuir el pensamiento a un ser inmaterial, nos es imposible hacernos la menor idea de él.

»Se nos objeta que el materialismo hace del hombre una pura máquina, lo que se considera muy humillante para la especie humana; pero ¿será más honrada esta especie humana porque se diga que el hombre actúa por impulsos secretos de un espíritu o de un cierto no sé qué que sirve para animarlo sin que se sepa cómo?

»Es fácil darse cuenta de que la superioridad que se ha dado al, espíritu sobre la materia, o al alma sobre el cuerpo, se basa sólo en la ignorancia que se tiene de la naturaleza de esta alma, mientras que se está más familiarizado con la materia o el cuerpo, que se cree conocer y cuyos resortes se imaginan descubiertos; pero los movimientos más simples de nuestro cuerpo son, para todo hombre que los medite, enigmas tan difíciles de adivinar como el pensamiento.

»El aprecio que tiene tanta gente por la sustancia espiritual no parece tener otro motivo que la imposibilidad en que se encuentran de

definirla de una manera inteligible; el poco caso que prestan los teólogos a la materia no procede más que del hecho de que la familiaridad engendra el desprecio. Cuando nos dicen que el alma es mejor que el cuerpo no nos dicen nada, sólo que aquello que no conocen de ninguna manera debe ser mucho más hermoso que aquello de lo que tienen alguna idea.

»Constantemente nos enorgullecemos de la utilidad del dogma de la otra vida; se pretende que, aunque sea una ficción, sería ventajosa porque se impondría a los hombres y los conduciría a la virtud. A esto yo pregunto si es verdad que ese dogma hace a los hombres más prudentes y más virtuosos. Por el contrario, me atrevo a afirmar que no sirve más que para volverles locos, hipócritas, malvados, atrabiliarios, y que se encuentran más virtudes, mejores costumbres en los pueblos que no tienen ninguna de estas ideas que en aquellos en que constituyen la base de las religiones. Si los que están encargados de enseñar y de gobernar a los hombres tuviesen luces y virtudes, los gobernarían mucho mejor con realidades que con quimeras; pero bribones, ambiciosos, corrompidos, los legisladores han encontrado más fácil adormecer a las naciones mediante fábulas que enseñándoles verdades... que desarrollarles su razón, que impulsarles a la virtud por motivos sensibles y reales... que gobernarles, en fin, de una forma razonable.

»No hay ninguna duda de que los curas han tenido sus motivos para imaginar la ridícula fábula de la inmortalidad del alma: ¿hubiesen puesto a los moribundos a contribución sin estos sistemas? ¡Ah!, si estos espantosos dogmas de un Dios... de un alma que nos sobrevive, no son de ninguna utilidad para el género humano, convengamos que al menos son de una necesidad imperiosa para aquellos que se han encargado de infectar con ellos la opinión pública[2].

—Pero —objeté a Madame Delbène— ¿no es consolador para el desgraciado el dogma de la inmortalidad del alma?, ¿no es un bien para el hombre creer en que podrá sobre vivirse a sí mismo, y gozar algún día en el cielo de la felicidad que se le ha negado en la tierra?

—En verdad —me respondió mi amiga—, no veo que el deseo de tranquilizar a algunos imbéciles desgraciados valga la pena de envenenar a millones de gentes honradas. Por otra parte, ¿es razonable hacer de sus deseos la medida de la verdad? Tened un poco más de valentía, doblegaos a la ley general, resignaos al orden del destino cuyos decretos son que, al igual que todos los seres, caeréis en el crisol de la naturaleza para salir de él bajo otras formas. Porque, en realidad, nada perece en el seno de esta madre del género humano; los elementos que nos componen se unirán bajo otras combinaciones; un eterno laurel crece sobre la tumba de Virgilio. Esta transmigración

gloriosa, ¿no es, imbéciles deístas, tan dulce como vuestra alternativa del infierno o el paraíso? Porque si este último es consolador, tendréis que estar de acuerdo conmigo en que el otro es terrible. Imbéciles cristianos ¿acaso no decís que para salvarse se necesitan gracias que vuestro Dios no concede más que a muy poca gente? Por cierto que son ideas muy consoladoras; ¿y no es cien veces preferible ser aniquilado que arder eternamente? Según esto ¿quién se atreverá a sostener que la opinión que libera de estos temores no es mil veces más agradable que la incertidumbre en que nos deja la admisión de un Dios que, dueño de sus gracias, no las concede más que a sus favoritos, y que permite que todos los demás se hagan dignos de los suplicios eternos? Sólo el entusiasmo a la locura puede hacer que se prefieran conjeturas improbables que desesperan a un sistema evidente que tranquiliza.

—Pero ¿qué será de mí? —digo todavía a Madame Delbène—; esta oscuridad me aterra, ese eterno anonadamiento me atemoriza.

—¿Y qué eras tú, por favor, antes de nacer? —me respondió esta mujer genial—. Unas porciones llenas de materia no organizada, que no había recibido todavía ninguna forma, o que habían recibido una de la que no puedes acordarte. ¡Y bien! Volverás a las mismas porciones de materia, listas para organizar nuevos seres, en el momento en que las leyes de la naturaleza lo crean conveniente. ¿Gozabas? No. ¿Sufrías? No. Entonces ¿es un estado tan penoso?, y ¿cuál es el ser que no estaría de acuerdo en sacrificar todos sus goces a la certeza de no tener nunca penas? ¿Qué sería si pudiese concluir este trato? Un ser inerte, sin movimiento. ¿Qué será después de la muerte? Positivamente lo mismo. Entonces, ¿de qué sirve afligirse, puesto que la ley de la naturaleza nos condena positivamente al estado que aceptaríais de buena gana, si tuvieseis la posibilidad? ¡Y bien! Juliette, la certeza de no existir siempre ¿es más desesperante que la de no haber existido siempre? Ya, ya, tranquilízate, ángel mío; el terror de dejar de existir no es un mal real más que para la imaginación creadora del absurdo dogma de otra vida.

»El alma, o, si se quiere, ese principio activo... vivificante, que nos ama, que nos mueve, nos determina, no es otra cosa que la materia sutilizada hasta un cierto punto, medio por el que ha adquirido las facultades que nos maravillan. Es evidente que todas las porciones de materia no serían capaces de producir los mismos efectos; pero combinadas con las que componen nuestros cuerpos, se hacen susceptibles de ello, de la misma manera que el fuego puede convertirse en llama cuando se combina con cuerpos grasos o inflamables. En una palabra, el alma no puede ser considerada más que bajo estos dos sentidos, como principio activo y como principio pensante; ahora bien, bajo uno u otro aspecto, vamos a demostrar que

es materia por dos silogismos sin réplica. 1.º Como principio activo, se divide; porque el corazón conserva su movimiento mucho tiempo después de su separación del cuerpo. Ahora bien, todo lo que se divide es materia; el alma, como principio activo, se divide: luego es materia. 2.º Todo lo que periclita es materia; lo que fuese esencialmente espíritu no podría periclitar. Ahora bien, el alma sigue las impresiones del cuerpo: es débil en la tierna edad, agobiada en la edad decrepita; luego siente las influencias del cuerpo; sin embargo, todo lo que periclita es materia: el alma periclita, luego es materia.

»Atrevámonos a decirlo y volverlo a decir constantemente no hay nada asombroso en el fenómeno del pensamiento, o al menos nada que pruebe que este pensamiento sea distinto de la materia, nada que demuestre que la materia, sutilizada o modificada de tal o cual forma, no pueda producir el pensamiento; esto es infinitamente menos difícil de comprender que la existencia de un Dios. Si este alma sublime fuese efectivamente la obra de Dios ¿por qué sufriría todos los diferentes cambios o accidentes del cuerpo? Me parece que, como obra de Dios, esta alma debería ser perfecta y no lo es el modificarse al igual que una materia tan llena de defectos. Si esta alma fuese la obra de un Dios, no tendría que sentir ni experimentar sus gradaciones; ni podría ni debería; se uniría al embrión totalmente formado, y desde la cuna, habrían podido componer Cicerón sus Tusculanas, Voltaire su Alcira, etcétera. Si esto no ocurre ni puede ocurrir, entonces el alma observa las mismas gradaciones que el cuerpo. Luego, tiene partes, puesto que crece, baja, aumenta o disminuye; ahora bien, todo lo que tiene partes es materia: luego el alma es materia, puesto que está compuesta de partes. Convengamos en que es absolutamente imposible que el alma pueda existir sin el cuerpo, y este sin la otra.

»Por lo demás, no hay nada de maravilloso en el poder absoluto del alma sobre el cuerpo; no es más que un mismo todo, compuesto de partes iguales, estoy de acuerdo, pero en el que, sin embargo, las partes groseras deben estar sometidas a las partes sutiles, por la misma razón del poder que tiene la llama, que es materia, sobre el cirio que consume, que es igualmente materia; y este es el ejemplo, como en nuestro cuerpo, de dos materias enfrentadas, en las que la más sutil domina a la más grosera.

»Y aquí tienes, Juliette, más de lo que te hace falta para convencerte, me imagino, de la nada de la existencia de Dios y del dogma de la inmortalidad del alma. ¡Qué habilidad la de aquellos que inventaron estos dos monstruosos dogmas! ¡Y qué no emprenderían sobre un pueblo, erigiéndose en los ministros de un Dios cuyo odio o amor poseía tanto interés para la vida futura! ¡Qué crédito debían tener sobre el espíritu de las gentes que, temiendo las penas o las

recompensas futuras, estaban obligadas a recurrir a estos bribones, como a los mediadores de un Dios, únicos capaces de evitar unas y conseguir otras! Así pues, todas estas fábulas no son más que el fruto de la ambición, del orgullo y de la demencia de algunos individuos, alimentadas por la absurdidad de otros, pero que sólo merecen nuestro desprecio... la extinción... absorbidas por nosotros, hasta el punto de que nunca más vuelvan a aparecer. ¡Oh!, ¡hasta qué punto te exhorto, mi querida Juliette, a que las detestes conmigo! Se dice que estos sistemas conducen a la degradación de las costumbres. ¡Y!, luego, ¿son más importantes las costumbres que las religiones? Sometidas de un modo absoluto al grado de latitud de un país, sólo dependen de la arbitrariedad. Nada nos está prohibido por la naturaleza: sólo las leyes se creen autorizadas a imponer ciertos límites al pueblo, relativos a la temperatura del aire, a la riqueza o pobreza del clima, a la especie de hombres a los que dominan. Pero estos frenos, puramente populares, no tienen nada de sagrado, de legítimo a los ojos de la filosofía, cuya luz disipa todos los errores, y sólo deja en el hombre sabio las inspiraciones de la naturaleza. Ahora bien, nada es más inmoral que la naturaleza: ella nunca nos impuso frenos; nunca nos dictó leyes. ¡Oh Juliette!, me encontrarás tajante, enemiga total de todas las cadenas; pero voy a rechazar completamente esta obligación tan infantil como absurda que nos dice *no hacer a los otros lo que no quieras que te hagan a ti*. Es precisamente todo lo contrario de lo que nos aconseja la naturaleza, puesto que su único precepto es *deleitarnos, no importa a costa de quien*. Puede suceder, sin duda, que nuestros placeres turben la felicidad de los otros: ¿serán menos intensos por eso? Esta pretendida ley de la naturaleza, a la que quieren someternos los estúpidos, es, pues, tan quimérica como la de los hombres, y nosotros sabemos convencernos íntimamente de que no hacemos mal en pisotear a unas y a otras. Pero volveremos sobre estos temas, y me enorgullezco de convencerte en moral como creo haberte persuadido en religión. Ahora, pongamos nuestros principios en práctica, y después de haberte demostrado que puedes hacer cualquier cosa sin incurrir en un crimen, cometamos alguna villanía para convencernos de que lo podemos hacer todo.

Electrizada por este discurso, me arrojo a los brazos de mi amiga; le doy mil gracias por los cuidados que se toma por mi educación.

—¡Te debo más que la vida, mi querida Delbène! —exclamé—, porque ¿qué es la existencia sin la filosofía? ¿Acaso merece la pena vivir cuando se languidece bajo el yugo de la mentira y de la estupidez? Bien —proseguí con calor— ahora me siento digna de ti, y sobre tu seno juro por lo más sagrado que nunca más volveré a las quimeras que tu tierna amistad acaban de destruir en mí. Sigue enseñándome, dirigiendo mis pasos hacia la felicidad; me entrego a

tus consejos; harás de mí lo que quieras, y ten por seguro que nunca habrás tenido una alumna más ardiente, ni más sumisa que Juliette.

La Delbène estaba embriagada: para un espíritu libertino, no hay mayor placer que el hacer prosélitos. Se goza con los principios que se inculcan; se deleitan con mil sentimientos diversos al ver a los otros entregarse a la corrupción que nos mina. ¡Ah!, ¡cómo se ama esa influencia obtenida sobre su alma, obra únicamente de nuestros consejos y nuestras seducciones! Delbène me devolvió todos los besos con los que yo la colmaba; me dijo que me convertiría en una muchacha perdida, como ella, una muchacha sin costumbres, una atea, y que ella, como única causante de mi desorden, tendría que responder ante Dios del alma que le robaba. Y al ser sus caricias cada vez más ardientes, pronto encendimos el fuego de las pasiones con la llama de la filosofía.

—Toma —me dice Delbène—, puesto que quieres ser desvirgada, voy a satisfacerte al momento.

Borracha de lujuria, la bribona se arma al punto con un consolador; me excita para adormecer en mí el dolor que, dice ella, va a causarme, y a continuación me embiste tan terriblemente que mi virginidad desapareció al segundo golpe. No puede decirse lo que sufrí; pero, a los punzantes dolores de esta terrible operación, pronto sucedieron los más dulces placeres. Delbène, a la que nada agotaba, estaba lejos de sentirse cansada; abrazada a mí, su lengua sumergida en mi boca, y acariciando mi trasero con sus manos, hacía una hora que yo descargaba en sus brazos, cuando al fin le pedí una tregua.

—Devuélveme todo lo que acabo de hacerte —me dijo en seguida — ...estoy devorada por la lujuria, yo no he gozado mientras tú te deleitabas; quiero descargar a mi vez.

De querida amada me convertí en el amante más apasionado: encoño a Delbène, la froto. ¡Dios!, ¡qué extravío! Ninguna mujer había sido tan digna de ser amada, ninguna se había dejado llevar por el placer como ella; diez veces seguidas se extasió la bribona en mis brazos, creí que se derretiría en flujo.

—¡Oh amada mía! —le digo—, ¿no es cierto que cuanta más inteligencia se tiene mejor se saborean las delicias de la voluptuosidad?

—Evidentemente —me respondió Delbène—, y la razón de eso es muy sencilla: la voluptuosidad no admite ninguna cadena, nunca goza mejor que cuando las ha roto todas; ahora bien, cuanto más inteligente es un ser, más cadenas rompe: luego el hombre inteligente será más propicio que ningún otro para los placeres del libertinaje.

—Creo que la extrema delicadeza de los órganos también contribuye mucho a ello —respondí.

—No hay duda —dice Madame Delbène—: Cuanto más pulido

está el espejo, mejor recibe y refleja los objetos que se le presentan.

Por fin, agotadas ambas, recordé a mi instructora la promesa que me había hecho de desvirgar a Laurette.

—No la he olvidado en absoluto —me respondió Madame Delbène—, es para esta noche. En cuanto todas estén en los dormitorios, tú te escaparás, Volmar y Flavie harán otro tanto. No temas por lo demás; ahora ya estás iniciada en nuestros misterios: mantente firme, sé valiente, Juliette, y te haré ver cosas asombrosas.

Dejé a mi amiga para volver a la casa; pero pensad cuál no sería mi sorpresa cuando oí contar que una pensionista se había escapado del convento; enseguida pregunté su nombre: era Laurette.

—¡Laurette! —exclamé—; escapada: ¡Oh Dios!, con la que yo contaba; ella, ¡que me había encendido hasta tal punto!... Pérfidos deseos, así pues, ¿os habré concebido en vano?

Pido más detalles, nadie puede dárme los; vuelo hasta Delbène para informarla, su puerta está cerrada, me es imposible hallarla antes de la hora a la que me ha citado. ¡Cuán larga me pareció esta hora! Por fin suena; Volmar y Flavie se me habían adelantado; estaban ya en el cuarto de Delbène[3].

—¿Y bien? —digo a la superiora—, ¿cómo cumplirás la palabra que me diste? Laurette no está aquí: ¿por quién sustituirla ahora? —Y después, con un poco de acritud—: ¡Ah! Ya veo claramente que nunca gozaré del placer que me has prometido.

—Juliette —me dice Madame Delbène con aspecto muy serio—, la primera de las leyes de la amistad es la confianza: si quieres ser de las nuestras, querida, tienes que ser más reservada y menos suspicaz. ¿Sería verosímil que yo te hubiese prometido un placer que no pudiese hacerte saborear? ¿Y no debía creerme con la suficiente habilidad... creerme con el suficiente crédito en esta casa para que, al depender solamente de mí los medios de estas voluptuosidades, nunca tuvieses que temer no gozar de ellos? Síguenos, todo está en orden. ¿Acaso no te había dicho que te haría ver cosas singulares?

Delbène enciende una pequeña linterna; va delante de nosotras; Volmar, Flavie y yo la seguimos. Una vez que llegamos a la iglesia, ¡cuál no sería mi asombro al ver que la superiora abre una tumba y penetra en el asilo de los muertos! Mis compañeras la siguen en silencio; doy muestras de un cierto terror, Volmar me tranquiliza; Delbène vuelve a bajar la piedra. Y hémos aquí en los subterráneos destinados a servir de sepultura a todas las mujeres que muriesen en el convento. Avanzamos, levantan una piedra, y después de bajar unos quince o dieciséis escalones, llegamos a una especie de sala con techo bajo artísticamente decorada, que se ventilaba con aire del jardín. ¡Oh amigas mías! Adivinad quién estaba allí... Laurette, preparada como las vírgenes que antiguamente se inmolaban en el templo de Baco... el

abad Ducroz, vicario del arzobispado de París, hombre de unos treinta años, con un rostro muy agradable, encargado especialmente de la vigilancia de Panthemont, y el padre Télème, religioso, moreno, guapo, de treinta años, confesor de las novicias y las internas.

—Tiene miedo —dice Delbène acercándose a ambos hombres y presentándose a ellos—; aprende, joven inocente —continuó mientras me besaba— que sólo nos reunimos aquí para joder... para entregarnos a horrores... a atrocidades. Si nos sumergimos en el fondo de la región de los muertos, es para estar lo más lejos posible de los vivos. Cuando se es tan libertino, tan depravado, tan criminal, se desearía estar en las entrañas de la tierra, con el fin de poder huir mejor de los hombres y de sus absurdas leyes.

Por muy adelantada que estuviese yo en la carrera de la lubricidad, confieso que este principio me intimidó.

—¡Oh cielos! —digo completamente emocionada—, ¿qué vamos a hacer en estos subterráneos?

—*Crímenes* —me dice Madame Delbène—; vamos a mancharnos con ellos ante tus ojos, vamos a enseñarte a que nos imites... ¿Temes alguna debilidad?... ¿Me habré equivocado al responder de ti?

—No temas —respondí yo con prontitud—, juro entre tus manos que no me aterrorizaré por lo que pueda ocurrir.

Enseguida, Delbène ordena a Volmar que me desnude.

—Tiene el culo más bonito del mundo —dice el gran vicario en cuanto me ha visto completamente desnuda.

Y enseguida cubren mis nalgas con besos... caricias, después, pasando una de sus manos por mi montecillo, el hombre de Dios trataba de que su miembro pudiese frotarse fuertemente contra mi trasero para excitarse lúbricamente: pronto penetra casi sin trabajo, y en ese mismo momento Télème enfila mi coño. Los dos se corren, y confieso que los sigo enseguida.

Juliette —me dice la superiora—, acabamos de proporcionarte los dos mayores placeres de los que puede gozar una mujer: es preciso que nos digas con toda franqueza con cuál de los dos te has deleitado mejor.

—En verdad, señora —respondí—, ambos me han dado tanto placer que me sería imposible pronunciarme al respecto. Todavía siento, por reminiscencia, sensaciones al mismo tiempo tan confusas y voluptuosas que difícilmente podría asignarles su verdadero valor.

—Hay que hacerla recomenzar —dice Télème—; el abad y yo cambiaremos nuestros ataques, rogaremos a la bella Juliette que examine sus sensaciones, y nos dé un informe más exacto de ellas.

—¡De acuerdo!, de buena gana —respondí—. Creo como vos que sólo recomenzando me será posible decidir.

—Es encantadora —dice la superiora—; tiene madera para que

hagamos de ella la putilla más bonita que hemos formado desde hace mucho tiempo. Pero es preciso disponer todo esto no solamente para que Juliette goce deliciosamente, sino además para que repercuta sobre nosotros algo de los placeres que va a experimentar.

Como consecuencia de estos libertinos proyectos, así es cómo se dispuso el cuadro:

Télème, que acababa de joder mi coño, se colocó en mi culo; lo tenía un poco más gordo que su compañero, pero, sin duda la naturaleza me ha creado para estos placeres, porque no sufrí la diferencia, siendo tan novicia como era. Yo estaba tendida boca abajo sobre la superiora, de forma que mi clítoris reposase sobre su boca, y la bribona, cómodamente tumbada en el suelo, lo chupaba separando los muslos. Entre sus piernas, Laurette, inclinada, le devolvía lo que me hacía a mí, y el placer que la zorra recibía, lo hacía repercutir voluptuosamente sobre Volmar y Flavie, a las que masturbaba a derecha e izquierda. Ducroz, detrás de Laurette, se restregaba ligeramente sobre sus nalgas, pero sin penetrar dentro: el honor del uno y la virginidad del otro, de esta muchacha, me pertenecían exclusivamente.

Todas las escenas de fornicación comienzan con un momento de calma: parece que se quiera saborear la voluptuosidad por entero y que se tema dejarla escapar al hablar. Me habían aconsejado que gozase con atención, con el fin de comparar; yo estaba en un éxtasis delicioso; y tengo que confesar que los increíbles placeres que recibía de las vivas y reiteradas sacudidas del pene de Télème en el agujero de mi culo, las angustias lúbricas en que me sumergían los lengüetazos de la abadesa sobre mi clítoris, las escenas lujuriosas por las que estaba rodeada, por último, tantos episodios lascivos juntos, tenían a mis sentidos en un delirio en el que habría querido vivir eternamente.

Télème fue el primero que trató de hablar, pero sus susurros, sus suspiros entrecortados, expresaban mucho menos sus ideas que su desorden. Todo lo que pudimos comprender es que juraba mucho, y que el extremado calor y la presión de mi ano le hacían saborear grandes placeres.

—¡Estoy listo para correrme en el más divino de los traseros! — exclamó por fin—; no sé si Juliette se deleitará más con el recibimiento de mi semen en su culo que con la eyaculación en su coño; pero en lo que a mí respecta, juro que siento mil veces más sodomizándola de lo que sentí en el fondo de su vagina.

—Es *cuestión de gustos* —dice Ducroz, que se excitaba con el culo de Laurette y besando a Flavie.

—Es *filosofía*, es razón —dice Volmar excitada fuertemente por Delbène y lengüeteando a Ducroz— aunque mujer, pienso igual, y juro que si yo fuese hombre no jodería nunca más que por el culo.

Y la voluptuosa criatura se corre nada más pronunciar estas impuras palabras. Télème la sigue al momento; se pone furioso; al volver mi cabeza hacia él, sumerge su lengua en mi boca; Delbène me chupa tan voluptuosamente mientras tanto que yo me abandono. Quiero gritar de placer, pero la cosquilleante lengua de Télème rechaza mis palabras, el libertino se traga mis suspiros; inundo los labios y el gáznate de mi chupadora quien, a su vez, lanza torrentes en la boca de Laurette; pronto se une a nosotros Flavie, y la encantadora libertina pierde su jugo jurando como un carretero.

—Pasemos a otra cosa —dice Delbène levantándose—. Ducroz, encoña a Juliette; ella se acostará en vuestros brazos; Volmar, igualmente boca abajo, le acariciará el culo; yo me deslizaré debajo de Volmar para succionarle el clítoris; mientras que Télème me encoña, Flavie se las arreglará con Télème, el cual acariciará el coño de Laurette, y todo esto mientras me jode.

Nuevas libaciones a Cypris pusieron fin a esta segunda prueba, y me preguntaron.

—¡Oh amiga mía! —digo a Delbène que me preguntaba—, puesto que tengo que responder la verdad, diré, que el miembro que se ha introducido en mi trasero me ha producido sensaciones infinitamente más agudas y más delicadas que el que ha recorrido mi delantero. Soy joven, inocente, tímida, poco acostumbrada a los placeres con los que acabo de ser colmada; puede ser que me equivoque sobre la especie y la naturaleza de estos placeres en sí mismos, pero me habéis preguntado lo que he sentido y os lo digo.

—Ven a besarme, ángel mío —me dice Madame Delbène— eres una muchacha digna de nosotros. No hay duda —prosiguió con entusiasmo— no hay duda de que no existe ningún placer comparable al del culo: ¡desgraciadas las muchachas lo suficientemente simples, suficientemente imbéciles, para *no atreverse* a estos lúbricos extravíos: nunca serán dignas de hacer sacrificios a Venus, y nunca la diosa de Pafos las llenará de favores[4]!

»¡Ah!, que me den por el culo —exclama la puta arrodillándose sobre un canapé—. Volmar, Flavie, Juliette, armaos con consoladores; vosotros, Ducroz y Télème, excitaos, que vuestros vergas se entrelacen con los miembros postizos de estas zorras; aquí está mi culo: ¡jodedlo todos! Laurette estará delante de mí durante este tiempo y le haré todo lo que se me pase por la cabeza.

Se obedecen sus órdenes. Por la forma en que la libertina recibe tales ataques, se ve fácilmente hasta qué punto está acostumbrada a ellos; mientras uno de los actores la trabaja, otro, inclinándose sobre ella, le frota el clítoris o la parte interna del monte. La voluptuosidad aumenta con la unión de ambos actos; no es completa hasta que una dulce masturbación por delante viene a dar, a las intromisiones del

culo, la sal picante que puede resultar de este goce. A fuerza de excitación, Delbène se puso furiosa; las pasiones hablaban impetuosamente en esta mujer ardiente, y no tardamos en darnos cuenta de que la pequeña Laurette servía más bien a sus furores que a sus caricias; la mordía, le daba pellizcos, la arañaba.

—¡Cago en Dios! —exclamó al fin, sodomizada por Teléne, acariciada por Volmar—. ¡Oh!, ¡joder, me corro!, ¡me habéis hecho morir de voluptuosidad! Sentémonos y hablemos. No está todo en sentir emociones, hay que analizarlas además. Algunas veces, es tan dulce saber hablar de ellas como gozarlas, y cuando ya no se puede más en este sentido, es divino lanzarse al otro. Hagamos un círculo. Juliette, cálmate, ya leo tu inquietud en tus miradas; ¿acaso tienes miedo de que faltemos a la palabra? Esta es tu víctima —continuó, mostrándome a Laurette—; la encoñarás, le darás por el culo, no hay ninguna duda: las promesas de los libertinos son sólidas como su desenfreno. Télème, y vos, Ducroz, poneos cerca de mí; quiero manosear vuestros penes mientras hablo, quiero hacer que se erecten, quiero que la energía que encuentren bajo mis dedos se comunique a mis discursos, y veréis cómo crece mi elocuencia, no como la de Cicerón, en razón de los movimientos del pueblo que rodea la tribuna en las arengas, sino como la de Safo, en proporción al flujo que obtenía de Damofila.

»Confieso —nos dice Delbène, una vez que se puso en estado de discurrir— que no hay nada en el mundo que me asombre tanto como la educación moral que se da a las jóvenes: parece que los principios que se les inculca no tienen otro fin que contrariar en ellas todos los movimientos de la naturaleza. Me gustaría que alguno me respondiese para qué sirve una mujer buena en el mundo, y si hay algo más inútil que esas prácticas de virtud con las que no dejan de aturdir a nuestro sexo: existimos en dos situaciones en las que se recomiendan tales prácticas, y voy a intentar probar su inutilidad en ambas épocas de nuestra vida.

»¿Para qué sirve, pregunto, que una muchacha conserve su virginidad hasta su matrimonio? ¿Y cómo puede llevarse la extravagancia hasta el punto de creer que una criatura femenina debe valer más por el hecho de que tenga una parte de su cuerpo un poco más o menos abierta? ¿Con qué objeto ha creado la naturaleza a todos los humanos? ¿Acaso no es para ayudarse mutuamente, y por consiguiente para proporcionarse todos los placeres que dependen de ellos? Ahora bien, si es cierto que un hombre debe esperar grandes placeres de una muchacha, ¿no contrariáis las leyes de la naturaleza imponiendo a esta pobre muchacha una virtud feroz que le prohíbe prestarse a los deseos impetuosos de este hombre? ¿Podéis permitirlos semejante barbarie sin justificarla con algo? Ahora bien, ¿qué me

algáis para convencerme de que esta muchacha hace bien en guardar su virginidad? ¿Vuestra religión, vuestras costumbres, vuestros hábitos? ¿Y hay algo, por favor, más despreciable que todo esto? No hablo de la religión, os conozco lo suficiente a todos como para estar convencida del poco caso que la hacéis. Pero las costumbres, ¿qué son las costumbres, me atrevo a preguntaros? Me parece que se llama así al tipo de conducta de los individuos de una nación, entre sí y con los otros. Ahora bien, estas costumbres, estaréis de acuerdo con esto, deben estar basadas en la felicidad individual; si no aseguran esta felicidad, son ridículas; si la ahogan, son atroces, y una nación inteligente debe trabajar por la rápida reforma de estas costumbres, desde el momento en que ya no sirven para la felicidad general. Ahora bien, pido que se me pruebe que hay algo en nuestras costumbres francesas que, relativo al placer de la carne, pueda cooperar a la felicidad de la nación: ¿en virtud de qué obligáis a esta joven a conservar su virginidad, a pesar de la naturaleza, que le dicta que la pierda, y a pesar de su salud, que la prudencia trastorna! Me responderéis que es para que llegue pura a los brazos de su esposo: pero esta pretendida necesidad, ¿es otra cosa que la historia de los prejuicios? ¡Qué!, ¿es preciso que esta desgraciada se sacrifique diez años para que un hombre goce del frívolo placer de cosechar primicias; es preciso que apene a quinientos individuos para deleitar tristemente a uno solo? ¡Dónde se ha inmolado el interés general más cruelmente que en leyes tan absurdas! ¡Vivan para siempre las naciones que, lejos de estas puerilidades, no estiman a las jóvenes de nuestro sexo más que en razón de sus desórdenes! Sólo en esta multiplicidad reside la verdadera virtud de una muchacha: cuanto más se entrega, más digna es de ser amada; cuanto más jode, más felices hace, y más útil es a la felicidad de sus conciudadanos. Por consiguiente, que renuncien, estos bárbaros maridos, al vano placer de coger una rosa, derecho despótico que sólo se arrojan a expensas de la felicidad de los otros hombres; que dejen de subestimar a una muchacha que, al no conocerlos, no pudo esperarlos para hacerles el presente de lo más precioso que tenía, ¡y que ciertamente no lo sería si hubiese consultado a la naturaleza! ¿Examinamos la necesidad de la virtud de los seres de nuestro sexo bajo su segundo aspecto, quiero decir, cuando estamos casadas? Esto nos conduce al adulterio, y quiero tratar a fondo este pretendido delito.

»Nuestras costumbres, nuestras religiones, nuestras leyes, todas esas viles consideraciones locales no merecen ninguna consideración en este examen: la cuestión no estriba en saber si el adulterio es un crimen a los ojos del lapón que lo permite, o del francés que lo prohíbe, sino en si la humanidad y la naturaleza se sienten ofendidas por esta acción. Para poder admitir semejante hipótesis, sería

necesario desconocer la extensión de los deseos físicos con los que esta madre común de los hombres ha dotado a ambos sexos. Sin duda, si un hombre bastase a los deseos de una sola mujer, o que una mujer pudiese contentar los ardores de un solo hombre, entonces, en esta hipótesis, todo lo que violase la ley ultrajaría también a la naturaleza. Pero si la inconstancia y la insaciabilidad de estos deseos son tales que la pluralidad de hombres sea tan necesaria a la mujer como la de mujeres a los hombres, me confesaréis que, en este caso, toda ley que se oponga a sus deseos se vuelve tiránica y se aleja visiblemente de la naturaleza. Esta falsa virtud a la que se da el nombre de castidad, al ser con toda seguridad el más ridículo de todos los prejuicios, en la medida en que esta manera de ser no coopera en nada a la felicidad de los otros y perjudica infinitamente la prosperidad general, puesto que las privaciones que impone esta virtud son necesariamente muy crueles, esta falsa virtud, reverga, al ser el ídolo al que se inciensa, con el temor de que cometa adulterio, debe ser colocada, por todo ser sensato, entre los frenos más odiosos con los que el hombre ha querido cargar a las inspiraciones de la naturaleza. Atrevámonos a descubrir el velo; la necesidad de fornicar no es de menor importancia que la de beber y comer, y estas dos últimas se permiten sin la menor restricción. Estamos completamente seguros de que el origen del pudor no fue más que un refinamiento lujurioso: se estaba de acuerdo con desear durante más tiempo para excitarse más, y en seguida los estúpidos tomaron por una virtud lo que no era más que un refinamiento del libertinaje[5]. Es tan ridículo decir que la castidad es una virtud, como lo sería el pretender que también lo es el privarse de alimentación. Que se observe con cuidado: casi siempre es la necia importancia que ponemos en cierta cosa lo que acaba por erigirla en virtud o en vicio; renunciemos a nuestros imbéciles prejuicios sobre esto; que sea tan simple decir a una muchacha, a un muchacho, o a una mujer, que se tiene ganas de divertirse con ella, como lo es, en una casa extraña, pedir los medios de apaciguar su hambre o su sed, y pronto veréis que el prejuicio desaparecerá, que la castidad dejará de ser una virtud y el adulterio un crimen. ¡Y!, ¿qué daño hago, por favor, qué ofensa cometo, al decir a una hermosa criatura, cuando me encuentro con ella: *¿me prestáis un momento la parte de vuestro cuerpo que puede satisfacerme?, y gozad, si eso os complace, de la parte que pueda seros más agradable del mío?*

»¿En qué puede dañar mi proposición a esta criatura, cualquiera que pueda ser? ¿En qué medida se perjudicará aceptándola? Si yo no tengo nada de lo que necesita para ser complacida, entonces que el interés sustituya al placer, y que, mediante una compensación convenida, me conceda al instante el goce de su cuerpo, y que se me permita emplear la fuerza y todos los malos tratos que trae consigo, si,

satisfaciéndola en la medida que pueda, con mi bolsa o con mi cuerpo, no se atreve a darme al momento lo que estoy en mi derecho de exigirle. Sólo ella ofende a la naturaleza negando lo que puede satisfacer a su prójimo: no la ultrajo yo cuando propongo comprar lo que me conviene de ella, y pagar lo que me cede al precio que ella pueda desear. ¡Y no, no!, una vez más, la castidad no es una virtud; no es más que una convención, cuyo origen primero no fue más que un refinamiento del libertinaje; no está de ninguna manera en la naturaleza, y una muchacha, o un muchacho, una mujer que concediese sus favores al primero que llega, que se prostituyese con descaro en todos los sentidos, en todos los sitios, a cualquier hora, sólo cometería algo contrario, estoy de acuerdo con eso, a los hábitos del país en que quizás habite ese individuo; pero no ofendería en nada ni a su prójimo, al que más que ultrajar lo serviría, ni a la naturaleza, siguiendo a la cual no ha hecho más que complacerla al entregarse a los últimos excesos del libertinaje. Estad bien seguros de qué la continencia no es más que la virtud de los estúpidos y los entusiastas; tiene muchos peligros y ningún efecto bueno; es tan perniciosa para los hombres como para las mujeres; es perjudicial para la salud, en la medida en que acumula en los riñones el semen destinado a ser expulsado, como las demás secreciones. En una palabra, la más terrible corrupción de las costumbres tiene infinitamente menos inconvenientes, y los pueblos más célebres de la tierra, así como los hombres que más la honraron, fueron incontestablemente los más libertinos. La comunidad de mujeres es el primer designio de la naturaleza es general en el mundo, los animales nos dan ejemplo de esto; es absolutamente contrario a las inspiraciones de este agente universal unir a un hombre con una mujer, como en Europa, y a una mujer con varios hombres, como en ciertos países de África, o a un hombre con varias mujeres, como en Asia y en la Turquía europea; todas estas instituciones son indignantes, contrarían los deseos, fuerzan a los humores, encadenan las voluntades, y, de estas infames costumbres, sólo desgracias pueden resultar. ¡Oh vosotros, que os metéis a gobernar a los hombres, absteneos de unir a ninguna criatura! Dejadla que haga sola sus combinaciones, dejadla que se busque ella misma lo que le conviene y pronto os daréis cuenta de que todo funciona mejor.

»Entonces, ¿qué falta hace, dirán todos los hombres razonables, que la necesidad de perder un poco de semen me ligue a una criatura a la que nunca amaré? ¿Qué utilidad puede tener que esta misma necesidad encadene a mí a cien infortunadas que no conozco de nada? ¿Por qué es necesario que esa misma necesidad, con cierta diferencia en la mujer, la someta a una obligación y una esclavitud perpetuas? ¡Y qué!, esta desgraciada muchacha tiene un temperamento ardiente; la

necesidad de tranquilizarse la consume, y, para satisfacerla, ¿vais a unir su suerte a la de un hombre... lejos quizás del gusto por estos placeres, y que o no la verá más que cuatro veces en su vida, o se servirá de ella para someterla a placeres en los que no podrá participar esta joven? ¡Qué injusticia por ambas partes! ¡Y cómo se lograría que se evitase aboliendo vuestros ridículos matrimonios, y dejando en libertad a los dos sexos para que se busquen y encuentren recíprocamente lo que les hace falta! ¿Qué bien instauran los matrimonios en una sociedad? Lejos de reafirmar los lazos de unión, los rompen. ¿Qué sociedad parece la más unida, la de una sola y misma familia, como lo sería cada gobierno de la tierra, o la de cinco o seis millones de individuos, cuyos intereses, siempre personales, dividen necesariamente el interés general y lo combaten eternamente? ¡Qué diferencia de unión... de cariño entre todos los hombres, si todos por igual, hermanos, padres, madres, esposos, intentando pelearse o perjudicarse, perjudicasen o combatiesen lo que más amasen! Pero esta universalidad, diréis, debilita los lazos; desaparecerían a fuerza de tenerlos. ¿Y qué importa? Es mejor que no haya lazos de ningún tipo a tenerlos con el fin de hacerlos desaparecer. Echemos una ojeada a la historia. ¿Qué habría sido de las ligas, de los diferentes partidos que dividieron a Francia porque cada uno seguía a su familia y se unía a ella para luchar; qué habría sido de todo esto si no hubiese habido en Francia más que una sola familia? ¿Se habría dividido esta familia en grupos para combatirse recíprocamente, para adoptar unos el partido de un tirano y los otros el partido contrario? No más casas de Orleans contra Borgoñeses, no más Guisas contra Borbones, basta de todos estos horrores que han asolado a Francia, y cuyo único objeto era la ambición y el orgullo de las familias. Estas pasiones se aniquilan con la igualdad que yo propongo; se olvidan con la destrucción de esos vínculos ridículos llamados matrimonios. Sólo un objetivo, sólo un proyecto, sólo un deseo en el Estado: vivir felices juntos, y defender juntos la patria. Es imposible que la máquina subsista mucho tiempo más con las costumbres adoptadas hasta ahora. Manteniéndose las riquezas y el crédito, que se buscan constantemente, antes de un siglo habrá necesariamente una parte del Estado tan poderosa y tan rica que aplastará a la otra, y entonces he aquí a la patria desolada[6].

»Si se analiza bien todo esto, es fácil ver que nunca han tenido otras causas los disturbios. Una potencia aumentada sordamente ha acabado siempre por intentar aplastar a la otra, y lo ha logrado. ¡Cuántos obstáculos suprimidos, cuántos inconvenientes previstos, si se aboliesen los matrimonios: no más cadenas aborrecidas, no más arrepentimientos amargos, no más crímenes, frutos de esos abusos monstruosos, puesto que la ley es la única que comete crímenes, ya que el crimen desaparece en cuanto la ley deja de existir! Ninguna

cábala más en el Estado, no más desigualdades chocantes de fortuna. Pero ¿los niños... la población?... De esto vamos a tratar.

»Comenzaremos por establecer un hecho de difícil respuesta, según creemos: y es que, durante el acto del goce, nos ocupamos muy poco de la criatura que puede resultar de él; el que fuese bastante estúpido como para pensar en él, seguramente se perdería la mitad del placer. Es una ridiculez irritante, sin duda, ver a una mujer sólo con esta idea o concebir esta misma idea al verla. Es una equivocación suponer que la propagación es una de las leyes de la naturaleza: sólo nuestro orgullo nos hace concebir semejante estupidez. La naturaleza permite la propagación, pero no hay que confundir la tolerancia con una orden. Ella no tiene la menor necesidad de la propagación; y la destrucción total de la raza, desgraciada consecuencia de la negación de la propagación, la afligiría tan poco como si la especie entera de los conejos o las liebres desapareciese sobre nuestro globo, y no por ello interrumpiría su curso. De esta manera, ni la servimos con la propagación, ni la ofendemos con la no propagación. Convenzámonos de que esta interesante propagación, que nuestro orgullo erige tontamente en virtud, es, respecto a las leyes de la naturaleza, la cosa más inútil y que menos debe importarnos. Dos seres de sexo diferente, a los que el instinto acerca, deben dedicarse a probar el placer en toda su extensión, y a aplicarle, para aumentarlo y mejorarlo, todos los refinamientos que puedan conseguir; después deben burlarse de las consecuencias, tanto porque estas no son en absoluto necesarias, como porque la naturaleza carga con ellas[7].

»En cuanto al padre, se desentiende por completo del cuidado de esta criatura. ¿Y cómo podría preocuparse por él, con la comunidad que yo imagino? Un poco de semen soltado en una matriz común, no puede convertirse en una obligación de ocuparse del embrión germinado, y no puede imponerle deberes hacia este embrión, como no se los impone el insecto que ha hecho salir con sus excrementos al pie de un árbol: en ambos casos es la materia con su necesidad de liberarse y que se convierte en lo que puede. En el caso supuesto, sólo la mujer se convierte en la dueña del embrión; como único propietario de este fruto ridículamente precioso, puede disponer de él a su antojo, destruirlo en el fondo de su seno, si la molesta, o una vez que haya nacido, si la especie no la conviene, y en cualquier caso nunca se le debe prohibir el infanticidio. Es un bien enteramente suyo, al que nadie reclama, que no pertenece a nadie, que la naturaleza no necesita, y al que, por consiguiente, ella puede alimentar o ahogar, según desee. ¡Y!, no temamos que falten hombres; habrá más mujeres de las que se desee ansiosas de criar el fruto que llevan dentro; y siempre tendréis más brazos de los que os hagan falta para defenderos y para cultivar vuestras tierras. Entonces, cread escuelas públicas,

donde sean educados los niños, una vez que no necesiten el regazo de su madre; que, depositados allí como niños del Estado, olviden hasta el nombre de esa madre, y que, uniéndose promiscuamente a su vez, hagan como sus padres.

»Según estos principios, ved lo que sería el adulterio y si es posible o cierto que una mujer pueda hacer algún mal entregándose a quien mejor le parezca. Ved si no subsistiría todo de la misma forma, incluso con la completa destrucción de nuestras leyes. Pero, por otra parte, ¿son generales estas leyes? ¿Sienten todos los pueblos el mismo respeto por estos vínculos absurdos? Hagamos un rápido examen de aquellos que los han despreciado.

»En Laponia, en Tartaria, en América, es un honor que su mujer se prostituya con un extranjero.

»Los Ilirianos tienen asambleas muy particulares de libertinajes, en las que obligan a sus mujeres a entregarse al recién llegado, ante ellos.

»El adulterio estaba públicamente autorizado entre los griegos. Los romanos se prestaban mutuamente a sus mujeres. Catón prestó la suya a Hortensio, que deseaba una mujer fecunda.

»Cook descubrió una sociedad en Otaítí donde todas las mujeres se entregaban indiferentemente a todos los hombres del pueblo. Pero si una de ellas se quedaba embarazada, el niño era ahogado en el momento de su nacimiento: ¡Cuán cierto es que existen pueblos bastante sabios como para sacrificar a sus placeres las leyes fútiles de la población! Esta misma sociedad, con algunas diferencias, existe en Constantinopla[8].

»Los negros de la costa de la Pimienta y de Riogabar prostituyen a sus mujeres con sus propios hijos.

»Singha, reina de Angola, estableció una ley que permitía la *promiscuidad* de las mujeres. Esta misma ley les impedía quedarse embarazadas, bajo pena de ser emparedadas: ley severa, pero útil, y que debe seguir siempre a la prohibición de los vínculos de la comunidad, con el fin de poner límites a una población cuya proliferación podría llegar a ser peligrosa.

»Pero se puede limitar esta población con medios más suaves: por ejemplo, concediendo honores y recompensas al *safismo*, a la *sodomía*, al *infanticidio*, como descubrió Esparta. De esta forma se equilibraría la balanza sin necesidad de, como en Angola o en Formosa, destruir el fruto de las mujeres en su propio seno.

»En Francia, por ejemplo, donde la población es mucho más numerosa, al establecer la comunidad de la que hablo, habría que fijar el número de hijos, y matar sin compasión al resto, y, como acabo de explicar, venerar los amores ilegítimos entre sexos iguales. El gobierno, dueño de estos niños y de su número, contaría

necesariamente con tantos defensores como hubiese creado, y el Estado no tendría que alimentar a treinta mil desgraciados, en las grandes ciudades, en épocas de hambre. Es llevar demasiado lejos el respeto por un poco de materia fecundada el imaginarse que no se pueda, cuando sea necesario, destruirla antes del plazo o incluso mucho después.

»En China existe una sociedad parecida a las de Otaïtí y Constantinopla. Se las llama los *maridos cómodos*. No casan a sus hijas más que con la condición de que se prostituyan a otros: su casa es el asilo de todas las lujurias. Ahogan a los niños que nacen de este comercio.

»En Japón existen mujeres que, aunque casadas, se ponen, con el consentimiento del marido, en los alrededores de los templos y de los caminos principales, con el seno descubierto, como las cortesanas de Italia, y están siempre dispuestas a favorecer los deseos del recién llegado.

»En Camboya hay una pagoda, lugar de peregrinación adonde van todas las mujeres con la mayor devoción; allí se prostituyen públicamente, sin que los maridos tengan nada que decirles en contra. Las que han amasado una cierta fortuna en este oficio compran, con este dinero, jóvenes esclavas a las que enseñan la misma costumbre y a las que a continuación llevan a la pagoda para que se prostituyan a su vez[9].

»En Pegu, un marido desprecia soberanamente los primeros favores de su mujer; se los ofrece a un amigo, incluso a menudo a un extraño. Pero no hará lo mismo con las primicias de un joven: este goce es el más delicioso de todos para los habitantes de estos países.

»Las indias de Darien se prostituyen al primer llegado. Si están casadas, el esposo se encarga del hijo; si son doncellas, sería una deshonra estar embarazada, y entonces se hacen abortar o, en sus goces, toman precauciones que las liberen de esta inquietud.

»Los sacerdotes de Cumane recogen la flor de las jóvenes casadas: el esposo no la aceptaría sin esta previa ceremonia. Por lo tanto, esta preciosa joya no es más que un prejuicio nacional, igual que ocurre con otras cosas sobre las que nunca hemos querido abrir los ojos.

»¿Durante cuánto tiempo tuvieron este derecho los señores feudales en varias provincias de Europa, y especialmente en Escocia? Por consiguiente, son prejuicios como el pudor... como la virtud... como el adulterio.

»Estamos muy lejos de que todos los pueblos hayan estimado igualmente las primicias. En América septentrional, cuantas más aventuras galantes hubiese tenido una muchacha, más esposos encontraba que la deseaban. No la hubiesen querido si fuese virgen: era una prueba de su escaso mérito.

»En las islas Baleares, el marido es el último que goza de su mujer: los padres, los amigos, todos lo preceden en esta ceremonia; se convertiría en un hombre muy deshonorado si se opusiese a esta prerrogativa. Esta misma costumbre se observaba en Islandia, y entre los Nazamenos, pueblo de Egipto: después del festín, la esposa, desnuda, iba a prostituirse con todos los convidados y recibía un presente de cada uno de ellos.

»Entre los Masagetas, todas las mujeres pertenecían a todos: cuando un hombre encontraba una que le agradaba, la hacía subir a su carro sin que ella pudiese defenderse; colgaba sus armas de la parte delantera, y esto bastaba para impedir que los otros se acercasen.

»No fue creando leyes de matrimonio, sino, por el contrario, estableciendo la perfecta comunidad de mujeres, como los pueblos del Norte fueron lo bastante poderosos para aplastar tres o cuatro veces Europa e inundarla de sus emigraciones.

»Por consiguiente, el matrimonio es perjudicial para la población, y el universo está lleno de pueblos que lo han despreciado. Por lo tanto, es contrario a la felicidad de los individuos, a los ojos de la naturaleza, y en general a todas las instituciones que pueden asegurar la felicidad del hombre sobre la tierra. Ahora bien, si es el adulterio el que pulveriza el matrimonio, el adulterio el que destruye sus leyes, haciendo volver a las de la naturaleza, el adulterio podría pasar fácilmente por una virtud en lugar de ser un crimen.

»¡Oh, tiernas criaturas, obras divinas, creadas para los placeres del hombre!, ¡dejad de creer que no estáis hechas más que paró el goce de uno solo; arrojad a vuestros pies, sin ningún temor, esos vínculos absurdos que, al encadenaros a los brazos de un esposo, ahogan la felicidad que esperáis del amante deseado! Pensad que al resistirle ultrajáis la naturaleza: al formaros el más sensible, el más ardiente de los sexos, grababa en vuestros corazones el deseo de entregaros a todas vuestras pasiones. ¿Os indicaba acaso que cautivaseis a uno solo cuando os daba la fuerza de cansar a cuatro o cinco seguidos? Despreciad las vanas leyes que os tiranizan; sólo son obra de vuestros enemigos, desde el momento en que no habéis sido vosotras quienes las habéis hecho: desde el momento en que os abstendríais con toda seguridad de aprobarlas, ¿con qué derecho pretenden someteros a ellas? Pensad que sólo existe una edad para gustar, y que en vuestra vejez derramaréis amargas lágrimas si cuando fuisteis jóvenes no gozasteis: ¿y qué fruto obtendréis de esta prudencia, cuando la pérdida de vuestros encantos no os permita aspirar a ningún derecho? La estimación de vuestro esposo ¡qué triste consuelo!, ¡qué compensaciones por semejantes sacrificios! Por otra parte, ¿quién responde de su equidad?, ¿quién os dice que vuestra constancia le es tan preciosa como vosotras creéis? Por tanto, ahí os

quedáis reducidas a vuestro propio orgullo. ¡Ah!, mujeres dignas de ser amadas, el más pequeño de los goces que da un amante vale más que los de uno mismo: todos esos goces íntimos son puras quimeras en las que nadie cree, en los que nadie confía, nadie os agradece, y destinadas a ser sus víctimas, moriréis como tales por prejuicios en lugar de serlo por el amor. Servidlo, jóvenes rebeldes, servid sin temor, a ese Dios encantador que os creó para él: a los pies de sus altares, en los brazos de sus partidarios, encontraréis la recompensa de las pequeñas penas que os produjo el primer paso. Pensad que este es el único que cuesta; pero desaparece en cuanto se abren vuestros ojos: ya no es el pudor el que colorea de rosas vuestras mejillas frescas y blancas, es el pesar de haber podido respetar por un minuto el despreciable freno con el que se atrevieron a ataros un solo día la atrocidad de los padres o los celos del esposo.

»En el terrible estado en que están las cosas —que es lo que constituirá la segunda parte de mi discurso— en este molesto y terrible estado, sólo nos queda dar a las mujeres algunos consejos sobre la manera de conducirse, y examinar si realmente resulta un inconveniente ese fruto extraño que el marido se ve obligado a adoptar.

»En primer lugar, veamos si no es una vana quimera que el marido deposite su honor y su tranquilidad en la conducta de una mujer.

»¡El honor!, ¿y cómo puede haber otro ser distinto de nosotros mismos que disponga de nuestro honor? ¿No será esto un medio astuto que han utilizado los hombres para obtener más de sus mujeres, para encadenarlas con mayor fuerza a ellos? ¡Y qué!, ¿se le permitirá a este hombre injusto que se entregue a todos los libertinajes que le plazcan, sin que manche este frívolo honor; y lo deshonra esta mujer cuando recurre a otro, esta mujer a la que descuida, esta mujer viva y ardiente de la que no contenta ni la cuarta parte de sus deseos? Pero con toda seguridad, este es el mismo tipo de locura que el del pueblo en el que el marido se acuesta cuando la mujer da a luz. Por lo tanto, convenzámonos de que nuestro honor está en nosotros mismos, que nunca puede depender de nadie, y que es una extravagancia pensar que las culpas de los otros pueden afectarle en lo más mínimo.

»Por consiguiente; si es absurdo pensar que un hombre puede sentirse deshonorado por la conducta de su mujer, ¿qué otra pena pensáis que puede afectarle? Una de dos: o este hombre ama a su mujer o no la ama; en la primera hipótesis; desde el momento en que ella le engaña, es que ya no le ama; ahora bien, decidme si no es la mayor de las extravagancias amar a quien ya no os ama. Por consiguiente, el hombre de que tratamos debe dejar de sentirse unido a su esposa desde ese mismo momento, y, en esta suposición, se le

debe permitir la inconstancia a tal esposa. Si es el segundo caso y es el marido el que ha dado lugar a esta inconstancia con su falta de amor, ¿de qué puede quejarse? Tiene lo que merece, lo que necesariamente debía sucederle al comportarse como lo ha hecho. Por lo tanto, cometería la mayor injusticia si se quejase o si lo encontrase mal: ¿acaso no tiene diez mil objetos como compensación en torno suyo? ¡Y que deje divertirse en paz a esta mujer!, suficientemente desgraciada ya por verse obligada a forzarse, en tanto que él no necesita ocultarse y no hay ninguna opinión que lo condene. Que la deje gustar tranquilamente los placeres que él ya no puede ofrecerle, y su complacencia puede además hacerle amigo de esta mujer... ultrajada si utiliza con ella procedimientos contrarios. Entonces, el reconocimiento hará lo que el corazón no pudo lograr, nacerá la confianza por sí misma, y ambos, una vez que hayan llegado al declive de sus vidas, se compensarán mutuamente, en el seno de la amistad, de lo que les negó el amor.

»Esposos injustos, dejad entonces de atormentar a vuestras mujeres si os son infieles. ¡Ah!, si quisierais analizaros, encontraríais que siempre fuisteis vosotros los que cometistéis la primera equivocación, y lo que convencerá al público de que esta equivocación es siempre vuestra es que todos los prejuicios se refieren todavía a la mala conducta de la mujer; porque ellas tienen infinidad de lazos que franquear para ser libertinas, y porque no es natural que un sexo dulce y tímido llegue a esta situación sin buenas razones. ¿Acaso es falsa mi hipótesis? ¿Es la esposa la única culpable? ¿Y qué le importa al marido? ¡Que no se hubiese engañado poniendo en eso su tranquilidad! ¿Siente él dolores físicos por las bobadas de su mujer? ¡Claro que no!, todas ellas son imaginarias. Le disgusta algo que le honraría a quinientas o seiscientas leguas de París. ¡Que arroje los prejuicios! ¿Se piensa en las faltas del himeneo cuando se está en el seno de los placeres de la lujuria? Estos son los más sensuales de todos, que se entregue a ellos y pronto se habrá olvidado de todas las faltas de su mujer.

»Entonces, ¿es ese fruto... ese fruto que no ha sembrado él y que sin embargo tiene que recoger, esto es lo que provoca su desolación? ¡Qué ingenuidad! Dos cosas se presentan aquí: o vivís con vuestra mujer, fiel, de forma que os dé herederos, o no vivís con ella; o vivís con ella como algunos esposos libertinos, de forma que podéis estar seguros de que el fruto no es vuestro. No tenéis que aterrorizaros en este último caso: vuestra mujer es lo bastante lista como para no daros hijos; dejadla hacer y no los tendréis; una mujer suficientemente astuta como para conducir una intriga no se comprometerá con tal torpeza. En el otro caso, desde el momento en que os afanáis como vuestro rival por la multiplicación de la especie, ¿quién puede

aseguraros que el fruto no os pertenece? Se puede apostar tanto en favor como en contra, y es una extravagancia no seguir el partido que os tranquilice más. O dejáis de ver por completo a vuestra mujer en cuanto sospechéis una intriga, lo cual es la forma más segura y mejor de burlarla; o, si seguís cultivando el mismo jardín que su amante, no acuséis a este, sino a vosotros mismos, de haber sembrado el fruto que germina. Estas son las dos objeciones respondidas: o no tenéis hijos; o, si los tenéis, se puede apostar lo mismo a favor o en contra de que os pertenezcan a vosotros o a vuestro rival; incluso hay una probabilidad más en favor de esta última opinión: las ganas que debe tener vuestra mujer de tapar la intriga con un embarazo, lo que, estad seguros, la llevará a hacer cualquier cosa para tenerlo con vos, porque es fijo que nunca se sentirá más tranquila que cuando os haya visto poner el bálsamo en la herida, y porque con este proceder obtendrá la seguridad de poder arriesgarse en adelante a cualquier cosa con su amante. Por consiguiente, vuestra inquietud respecto a esto es una locura: el hijo es vuestro, estad seguros de ello; vuestra mujer tiene el mayor interés en que os pertenezca, y, por otra parte, vos habéis trabajado para eso. ¡Y bien!, con estas dos razones juntas tenéis la certeza de lo que queráis saber: el hijo es vuestro, esto es evidente, y lo es por el mismo cálculo que hace que de dos corredores, llegue el primero el que ha sido pagado mientras que el otro no obtenía nada en la misma carrera. Pero supongamos por un momento que no sea vuestro: ¿Qué os importa en realidad? Queráis un heredero, ahí lo tenéis: es la educación lo que da el sentimiento filial, no la naturaleza. Creed que este niño, sin saber que es vuestro hijo, acostumbrado a veros, a llamaros, a quereros como a su padre, os considerará como tal, y os amará tanto, y quizás más, como si hubieseis cooperado a su existencia. Por tanto, sólo quedará en vosotros la imaginación de enfermo, ahora bien, nada se cura tan fácilmente como estos males. Dad una sacudida más viva a esta imaginación, llenarla con algo que tenga más fuerza, más actividad sobre ella, pronto la reduciréis a lo que queráis, y su enfermedad se curará. En todos los casos mi filosofía os ofrece un medio. Nada es tan vuestro como nuestros hijos; os los damos, os pertenecen todavía más, porque no hay nada tan nuestro como lo que se nos da. Utilizad vuestros derechos, y recordad que un poco de materia organizada, bien que nos pertenezca o que sea propiedad de los otros, le importa muy poco a la naturaleza, que en todo momento nos dio el placer de desorganizarla a nuestro antojo.

»Ahora a vosotras, esposas encantadoras, ahora os toca vuestra lección, amigas mías. He tranquilizado el espíritu de vuestros maridos; les he enseñado a que no se disgusten por nada con vosotras; ahora, voy a instruiros en el arte de engañarlos astutamente. Pero antes quiero haceros temblar: quiero exponer ante vuestros ojos el cuadro

sinistro de todas las penas impuestas al adulterio, tanto para haceros ver que el pretendido delito tiene que proporcionar grandes placeres, ya que todos los pueblos lo trataron con tanta severidad, como para que agradezcáis a la suerte la felicidad de haber nacido bajo un gobierno dulce, que, confiando vuestra conducta a vosotras mismas, no os impone más penas, si esta conducta no es buena, que la frívola vergüenza de consideraros deshonradas... Un encanto más, convenid en esto, para la mayor parte de vosotras.

»Una ley del emperador Constancio condenaba el adulterio a la misma pena que el parricidio, es decir, a ser quemada viva, o metida en un saco cerrado y arrojada al mar: ni siquiera dejaba a estas desgraciadas el recurso de apelar, una vez que eran convictas.

»Un gobernador de una provincia había exiliado a una mujer culpable de adulterio; el emperador Mayorino, encontrando el castigo muy suave, expulsó a esta mujer de Italia y dio el permiso de matarla a todos los que se encontrasen con ella.

»Los antiguos daneses castigaban el adulterio con la muerte, mientras que el homicida no pagaba más que una simple multa: por tanto lo consideraban un crimen mucho mayor.

»Los mongoles parten en dos con su sable a una mujer adúltera.

»En el reino de Tonkin, es aplastada por un elefante.

»En Siam, es más suave: se la entrega al mismo elefante; goza de ella en una máquina preparada expreso y en la que cree ver la representación de su hembra. Muy bien podría ser la lubricidad la que hubiese inventado este suplicio.

»Los antiguos bretones, en casos parecidos, y quizás con el mismo fin, la hacían expirar bajo las vergas.

»En el reino de Loango, en África, es lanzada con su amante desde lo alto de una montaña escarpada.

»En las Galias, se las ahogaba en el lodo y se las cubría con zarzas.

»En Juida, el mismo marido condenaba a su mujer; la hacía ejecutar al momento, delante de él, si la encontraba culpable: lo que era muy cómodo para los maridos cansados de sus mujeres.

»En otros países, recibe de las leyes el poder de ejecutarla con su propio brazo, si la encuentra en falta. Esta costumbre era sobre todo la de los godos[10].

»Los miamis cortaban la nariz a la mujer adúltera; los abisinios la expulsaban de sus casas, cubierta de harapos.

»Los salvajes del Canadá le cortaban la cabeza en redondo y le quitaban una tira de piel.

»En el Bajo Imperio, la mujer adúltera era prostituida a la gente.

»En Diarbeck, la criminal era ejecutada por su familia reunida, y

todos los que entraban debían darle una puñalada.

»En algunas provincias de Grecia, donde este crimen no estaba autorizado, como en Esparta, todo el mundo podía matar impunemente a una mujer adúltera.

»Los Gaux-Tolliams, pueblos de América, conducían a la mujer adúltera ante el cacique, y allí era cortada en trozos y comida por los testigos.

»Los hotentotes, que permiten el parricidio, el matricidio y el infanticidio, castigan el adulterio con la muerte; ante un hecho así, el hijo mismo se convierte en delator de su madre[11].

»¡Oh mujeres voluptuosas y libertinas!, si, como imagino, estos ejemplos no sirven más que para encenderos más, porque la esperanza de que el crimen es seguro es siempre un placer más para cabezas organizadas como las vuestras, escuchad mis lecciones y aprovechaos de ellas; os voy a desvelar toda la teoría del adulterio.

»Nunca miméis tanto a vuestro marido como cuando queráis engañarlo.

»Si es libertino, servid sus deseos, someteos a sus caprichos, alabad todas sus fantasías, ofrecedle incluso objetos lujuriosos. Según sus gustos, tened siempre junto a vosotras bonitas muchachas o muchachos, proporcionádselos. Encadenado por el reconocimiento, jamás se atreverá a haceros reproches: y por otra parte, ¿qué podría objetar que no pudieseis volver contra él?

»Necesitáis una confidente; os arriesgáis a perderos si actuáis solas: conseguid una mujer segura y no descuidéis nada para unirla a vuestros intereses y al servicio de vuestras pasiones; sobre todo pagadla bien.

»Gozad con gente a sueldo mejor que con un amante; los primeros os servirán bien y en secreto; los otros se envanecerán de vosotras y os deshonrarán, sin daros placer.

»Un lacayo, un camarero, un secretario, nada de esto marca en el mundo; un petimetre sí, y entonces ya estáis perdidas, a menudo para no haber sido más que frustradas en vuestros deseos.

»Nunca hagáis hijos, nada produce menos placer; los embarazos minan la salud, afean el cuerpo, marchitan los encantos, y la incertidumbre de todos estos acontecimientos disgusta al marido. Hay mil medios de evitarlos, uno de los mejores es fornicar por el culo; mientras tanto haceros excitar el clítoris, y esta forma de gozar os producirá mil veces más placer que la otra; vuestros fornicadores también ganarán con ello, el marido no observará nada, y todos contentos.

»Quizás vuestro esposo os proponga él mismo la sodomía: entonces, haceos valer: hay que aparentar siempre que se rechaza lo que se desea. Si, temiendo a los hijos, os veis obligadas a ser vosotras

la que lo llevéis a este punto, disculpaos con el temor que sentís de morir al dar a luz; sostened que una de vuestras amigas os ha dicho que su esposo la tomaba de esta forma. Una vez hecha a estos placeres, utilizad sólo estos con los amantes: así tendréis disipadas la mitad de las sospechas, y asegurada vuestra tranquilidad respecto a los embarazos.

»Haced espiar los pasos de vuestro tirano; nunca hay que temer sorpresas cuando se quiere gozar con delicia.

»A pesar de todo, si alguna vez fueseis descubiertas hasta el punto de no poder negar ya vuestra conducta, haced la comedia de los remordimientos, redoblad los cuidados y atenciones con vuestro marido. Si previamente os habéis ganado su amistad con complacencias y consideraciones, pronto volverá a vosotras. Si se obstina, sed las primeras en lamentaros. Sólo vosotras poseéis su secreto: amenazadlo con divulgarlo; y para que tengáis siempre sobre él este poder es por lo que os recomiendo que estudiéis sus gustos y los sirváis desde el principio de vuestra unión. Por fin, atándolo de esta manera, veréis cómo infaliblemente vuelve: reconciliaos entonces con él, y permitidle todo lo que quiera, con tal de que a su vez os perdone; pero no abuséis de este procedimiento; tomad más precauciones: una mujer prudente debe temer siempre irritar a su marido por excesiva entrega.

»Gozad en tanto que no seáis descubiertas: entonces, absteneos de negaros nada.

»Frecuentad poco a mujeres libertinas; su comercio no os procurará placeres, y podría daros muchos disgustos; se exhiben más que los amantes, porque saben que siempre es necesario ocultarse con un hombre y no lo creen necesario con una mujer.

»Si os permitís relaciones a cuatro, que sea con una amiga segura: examinad bien las cadenas que ella debe respetar; no os arriesguéis si no tenéis más o menos los mismos deberes, porque entonces ella se guardará menos que vosotras y os perderá con sus imprudencias.

»Encontrad algún medio para enteraros de la vida de los otros; y si un hombre os engaña, alejaos de él. No hay comparación posible entre la vida de este hombre y vuestra tranquilidad; de donde concluyo que vale cien veces más deshacerse de él que exhibiros o comprometeros: no es que la reputación sea algo esencial, solamente sirve para consolidar los placeres. Una mujer que se considera prudente goza siempre infinitamente mejor que una cuya consideración se ha desvanecido a causa de su mala conducta demasiado conocida.

»Sin embargo, respetad la vida de vuestro esposo, no porque haya ningún individuo en el mundo cuyos días merezcan serlo, sino más bien por vuestro propio interés; y en este caso, ese interés personal

reside en que tratéis bien a este hombre. Es un estudio largo y fatigoso para una mujer aprender a conocer a su marido: pero una vez realizado con el primero, no le cuesta mucho trabajo con el segundo; incluso quizás no gane mucho con conocerlo. No es un amante lo que busca en su esposo, sino un personaje cómodo, y, en este caso, la larga costumbre tiene más posibilidades de éxito que la novedad.

»Si el goce antinatural de que acabo de hablaron no logra inflamaros, fornicad por el coño, lo veo bien; pero vaciad el vaso en cuanto se llene; no dejéis nunca que el embrión llegue a su sitio: es de la mayor importancia, si no os acostáis con vuestro marido, y también si os acostáis con él, porque, como he dicho, de la incertidumbre nacen las sospechas, y de las sospechas casi siempre las rupturas y las peleas.

»Sobre todo no tengáis ningún respeto por esa ceremonia civil o religiosa que os encadena a un hombre al que no amáis, o al que ya no amáis, o que no os basta. Una misa, una bendición, un contrato, ¿son bastante fuertes... suficientemente sagradas todas estas simplezas para obligaros a arrastraros bajo cadenas? Este acto de fe dado, jurado y prometido, no es más que una formalidad que da a un hombre el derecho de acostarse con una mujer, pero que no compromete ni al uno ni al otro: mucho menos a aquella que, de los dos, tiene menos medios para desligarse. Vos, que estáis destinada a vivir en el mundo —me dice la superiora señalándome— mi querida Juliette, despreciad, desechad estos absurdos como se merecen; son convenciones humanas, a las que estáis obligada a adheriros a pesar de vos: un charlatán disfrazado que da vueltas alrededor de una mesa, frente a un gran libro, y un pillo que os hace firmar en otro, todo esto no está hecho ni para obligar ni para imponerse. Utilizad los derechos que os ha concedido la naturaleza; y esta solo os dictará que despreciéis estos hábitos y que os prostituyáis de acuerdo con vuestro deseos. Vuestro cuerpo es el templo donde quiere ser adorada, y no el altar en el que acaba de vociferar su misa ese cura imbécil. Los juramentos que ella exige de vos no son los que acabáis de hacer a ese despreciable juglar, o los que habéis firmado para aquel hombre lúgubre: los que la naturaleza quiere son que os entreguéis a los hombres, en tanto que vuestras fuerzas os lo permitan. El Dios que ella os ofrece no es el trozo de pasta redonda que este arlequín acaba de hacer pasar a sus entrañas, sino el placer, la voluptuosidad; y sólo si no servís a estos dos últimos, es como ultrajáis a esta tierna madre.

»Cuando tengáis que elegir en vuestros amoríos, escoged siempre a gente casada: al ser el mismo el interés por el secreto, tendréis que temer menos indiscreciones. Pero incluso en este caso preferid a la gente a sueldo: os lo he dicho, tiene mucha más cuenta; de esta forma, es posible cambiar como de ropa, y la variación... la multiplicidad, son

los dos vehículos más poderosos de la lujuria. Fornicad con la mayor cantidad de hombres que os sea posible: nada divierte, nada excita tanto como el gran número; cada uno os dará un placer nuevo, aunque no sea más que por el cambio de conformación, y no sabréis nada del amor si no conocéis más que un verga. En realidad, a vuestro esposo le da exactamente igual: estaréis de acuerdo en que no está más deshonrado por el que hace el número mil que por el primero, incluso menos, porque parece como si el uno borrara al otro. Por otra parte, el marido, si es razonable, perdona mucho más fácilmente el libertinaje que el amor: este le ofende personalmente, aquel no es más que una falta de vuestro físico. El puede muy bien ser razonable y entonces su amor propio está en paz. Por lo tanto le da igual; en cuanto a vuestros principios, ya que no sois filósofas, debéis saber que, una vez que se ha dado el primer paso, no pecáis más con el primero que con el diez mil. Sólo nos queda el público; ahora bien, este os pertenece enteramente; todo depende del arte de fingir y del de imponeros a él; si tenéis ambos artes —lo que debéis estudiar— haréis del público y de vuestro marido lo que queráis. No perdáis nunca de vista que no es la falta lo que pierde a una mujer, sino el escándalo, y que diez millones de crímenes ignorados son menos peligrosos que el más leve tropiezo que salta a la vista de todo el mundo.

»Sed modestas en vuestros vestidos: la ostentación marca más a una mujer que veinte amantes; un peinado más o menos elegante, un vestido más o menos caro, no contribuye en nada a la felicidad; pero fornicar *mucho y a menudo* contribuye a ella de una forma asombrosa. Con un aspecto pudoroso o modesto, nunca sospecharán de vosotras: si alguien se atreviese por un momento, mil defensores romperían lanzas por vosotras. El público, que no tiene tiempo de profundizar, no juzga nunca más que por las apariencias: no cuesta nada revestirse con las que le gustan. Por consiguiente, satisfaced al público para que os ayude cuando lo necesitéis.

»Cuando vuestros hijos sean mayores, alejadlos de vosotras: con demasiada frecuencia han sido los delatores de su madre. Si os tientan, resistid el deseo: la desproporción de edad produciría un hastío del que seríais víctimas. Este incesto no tiene gran atractivo, y puede ahogar voluptuosidades mucho mayores. Tiene menos riesgos excitarse con la hija, si complace; hacedla compartir vuestros excesos para que no os delate.

»Creo que ahora es necesario añadir una conclusión a todos estos consejos: y es que la prudencia de las mujeres es una pérdida, un flagelo para la sociedad, y que debería haber castigos dirigidos contra las absurdas criaturas que, por algún motivo, creen que conservando su ridícula virginidad se ennoblecen en este mundo y se preparan coronas en el otro.

»Jóvenes y deliciosos objetos de nuestro sexo —prosiguió Delbène con calor—, a vosotras me he dirigido hasta ahora y a vosotras os digo una vez más: Desechad esta salvaje virtud, de la que los estúpidos se atreven a hacer un mérito; renunciad a la bárbara costumbre de inmolaros en los altares de esta ridícula virtud cuyos fantásticos goces no os compensarán nunca de todos los sacrificios que habéis hecho. ¿Y con qué derecho os exigen los hombres tanta contención, cuando no la tienen ellos? ¿No veis con claridad que son ellos los que hacen las leyes, y que su orgullo o su intemperancia presiden su redacción?

»¡Oh compañeras, fornicad, habéis nacido para fornicar! Para ser jodidas os ha creado la naturaleza. Dejad que los estúpidos, los mojigatos y los hipócritas griten; sus razones tendrán para blasfemar contra esta deliciosa intemperancia que constituye la felicidad de vuestros días. No pudiendo obtener nada de vosotras, celosos de lo que podéis dar a los otros, os vituperan porque ya no esperan nada, y porque están en un estado en el que no pueden pedir nada; pero consultad a los hijos del amor y del placer, preguntad a la sociedad entera: todos se unirán para aconsejaros *fornicar*, porque *fornicar* es la intención de la naturaleza, y porque la abstinencia es un *crimen*. Que no os asuste el nombre de puta: más estúpida es la que se ofenda. Una puta es una criatura amable, joven, voluptuosa, que, al sacrificar su reputación a la felicidad de los otros, sólo por eso ya merece elogios. La puta es la hija querida de la naturaleza, la muchacha buena es su execración; la puta merece altares, y la vestal la hoguera. ¿Y qué ultraje más duro puede hacer una muchacha a la naturaleza que conservar como pura pérdida, y a pesar de todos los peligros que puede tener para ella, una virginidad quimérica cuyo único valor consiste en el prejuicio más absurdo y más imbécil? ¡Joded, amigas mías, os lo reverga, rehusad valientemente los consejos de los que quieren cautivaros bajo los despóticos hierros de una virtud que no es buena para nada! Abjurad para siempre de todo pudor y toda contención; apresuraos a joder: no hay más que una edad para gozar, aprovechadla. Si dejáis que las rosas se marchiten, os prepararéis amargas lamentaciones, y cuando, quizás todavía con el deseo de deshojarlas, no encontréis a nadie que las desee no os podréis consolar de haber perdido los momentos de ofrecérselas al amor. Pero se os dice que una muchacha así se vuelve infame, y el peso de esta infamia es insoportable... ¡Qué objeción! Atrevámonos a decirlo, sólo el prejuicio hace a la infamia: ¡cuántas acciones pasan por tales, y sin embargo no tienen como base de esta opinión más que el prejuicio! Por ejemplo, los vicios de robo, sodomía, la cobardía, ¿no son considerados infamias? Sin embargo, me confesaréis que al microscopio de la naturaleza son totalmente legítimos, lo que es contradictorio con la idea de infamia; porque es imposible que una

cosa aconsejada por la naturaleza pueda no ser legítima, y es absurdo decir que una cosa legítima pueda ser infame. Ahora bien, sin que profundicemos en estos vicios ahora, ¿no es cierto que a todos los hombres se les ha inspirado que lleguen a ser ricos? Si esto es así, el medio que los conduzca a eso debe ser tan natural como legítimo. De igual manera, ¿no se les ha dado a todos los hombres que busquen la mayor dosis de voluptuosidad posible en sus placeres? Ahora bien, si la sodomía conduce infaliblemente a eso, la sodomía no es una infamia. ¿Sentimos cada uno el instinto de autoconservación? La cobardía es uno de los medios más seguros: la cobardía no es una infamia; y cualesquiera que puedan ser nuestros ridículos prejuicios sobre cada uno de estos temas, es evidente que nunca podrán ser considerados como infamias estos tres vicios, puesto que los tres están en la naturaleza. Ocurre lo mismo con el libertinaje de los individuos de nuestro sexo. En tanto que sirve a la naturaleza, es imposible que pueda ser infame. Pero supongamos por un momento la realidad de esta infamia: ¿cómo puede detener a una mujer inteligente? ¿Qué le importa que la miren como infame? Si, en realidad, no lo es ante los ojos de la razón, y si es imposible que pueda existir infamia, en su caso se reirá de la injusticia y de la locura de sus semejantes, no por ella dejará de seguir los impulsos de la naturaleza, y se sentirá más tranquila que cualquier otra de las que la insultan; pues todo detiene, todo hace temblar a la que teme perder su reputación, mientras que la que la ha perdido debe ser necesariamente más feliz al no tener nada que arriesgar y al entregarse a todo sin aprensión.

»Vayamos más lejos. Si aquello a lo que se entregase esta mujer, la costumbre a la que la arrastra su inclinación, fuese realmente infame respecto a las leyes y principios del gobierno bajo el que vive, si ese algo, sea lo que fuere, afecta de tal forma a su felicidad que no puede abandonarlo sin hacerse desgraciada, ¿no sería una loca si renunciase, sea cual sea la infamia con la que se cubre entregándose a ello? Pues el peso de esta imaginaria infamia no la disgustará, no la afectará tanto como el sacrificar su habitual pecado; este primer sufrimiento no será más que intelectual, capaz de afectar únicamente a ciertos espíritus, y aquello de lo que se priva es un placer al alcance de todo el mundo. De esta forma, como entre dos males indispensables hay que escoger siempre el menor, la mujer de la que hablamos debe enfrentarse sin duda alguna a la infamia y seguir viviendo como lo hacía, arriesgándose a ella; pues perderá muy poco poniéndole los cuernos a esta infamia, y mucho renunciando a lo que debe hacérsela merecer. Hace falta que se familiarice con ella, que la haga frente, que se acostumbre desde niña a no ruborizarse por nada, a desechar el pudor y la vergüenza, que no conseguirían más que ahogar sus placeres sin contribuir en nada a su felicidad.

»Una vez que llegue a este estado, sentirá algo singular y sin embargo verdadero: que los aguijones de esta infamia a la que temía se transformarán en voluptuosidades, y que entonces, lejos de evitar sus heridas, ella misma se clavará los dardos, intensificará la búsqueda de las cosas que mejor puedan introducirse, y pronto llevará el extravío del espíritu hasta el punto de desear que se descubra su infamia. Observad a esta deliciosa pícara: quisiera cometer actos de libertinaje ante los ojos del mundo entero; ya no la afecta la vergüenza, la hace frente, y sólo se queja ya de los pocos testigos de sus errores. Y lo que es más singular no es este momento en que conoce el placer, envuelto en la nube de sus prejuicios, sino que no se encuentre transportada hasta el último grado de la embriaguez más que una vez que haya destruido radicalmente todos los obstáculos que venían, como agujas, a herir su corazón. Pero, algunas veces os han dicho que hay cosas horribles, cosas que van en contra del buen sentido, de todas las leyes aparentes de la naturaleza, de la conciencia y de la honradez, cosas que parecen hechas no sólo para inspirar un horror general, sino además para no poder proporcionar nunca placer... Sí, a los ojos de los estúpidos; pero hay ciertos espíritus que, una vez que han liberado a estas mismas cosas de lo que en apariencia tenían de horrible, y una vez que se han liberado de todo eso desechando el prejuicio que las envilece y condena, no ven ya en estas cosas más que grandes voluptuosidades, y delicias tanto más excitantes cuanto más se alejan estos procedimientos de las costumbres recibidas, cuanto más gravemente ultrajan a esas costumbres, y cuanto más prohibidas sean. Tratad de curar a una mujer semejante, os desafío a que lo consigáis; los goces sentidos por ella al elevar su alma a esas alturas, llegan a ser tan voluptuosos y tan intensos que no entrevé ya nada preferible al divino camino que ha elegido. Cuanto más espantoso es algo, más le agrada, y nunca la oiréis quejarse más que de la falta de medios para desafiar esa infamia tan querida y cuyo peso aumenta sus placeres. Esto es lo que puede explicaros por qué los criminales buscan siempre los excesos, y por qué para ellos no hay ningún placer excitante si no está sazonado con un crimen: han separado de él todo lo que tiene de repugnante a los ojos del vulgo, y sólo ven en él sus atractivos. La costumbre de franquear cualquier cosa les hace encontrar sin cesar muy simple lo que al principio les había parecido indignante, y, de extravío en extravío, llegan a monstruosidades respecto a las cuales se sienten todavía atrasados, porque necesitarían crímenes reales para obtener de ellos un verdadero goce, y porque, desgraciadamente, no hay crimen en nada de lo que se haga. De esta forma, superando constantemente sus propios deseos, no son ellos los que cometen horrores cada vez más monstruosos, sino que no existen para ellos semejantes horrores.

Absteneos de creer, amigas mías, que la delicadeza de nuestro sexo nos pone a salvo de estos extravíos: más sensibles que los hombres, nos lanzamos más de prisa a sus caminos. Entonces, no es posible hacerse una idea de los excesos a los que nos entregamos; no es posible imaginarse lo que hacemos cuando la naturaleza ya no tiene frenos, ni la religión voz, ni las leyes fuerza sobre nosotras.

»Se clama contra las pasiones, sin pensar que a su llama se enciende la de la filosofía, que es al hombre apasionado a quien debemos el derrocamiento total de todas las imbecilidades religiosas que apestaron el mundo durante tanto tiempo. Sólo la llama de las pasiones consumió esta odiosa quimera de la Divinidad, en nombre de la que se asesinaba desde hacía tantos siglos: sólo ella se atrevió a aniquilarla y a consumir sus indignos altares. ¡Ah!, aunque las pasiones no hubiesen prestado al hombre más que este servicio, ¿no bastaría para hacer olvidar sus extravíos? ¡Oh mis queridas muchachas!, sabed desafiar la infamia y, para aprender a despreciarla como se merece, multiplicad vuestros pequeños errores: ¡estos os acostumbrarán a desafiar cualquier cosa... ahogarán en vosotras el germen de los remordimientos! Adoptad como base de vuestra conducta y como regla de vuestras costumbres lo que os parezca mejor para vuestros gustos, sin preocuparos de si esto está de acuerdo o no con nuestras costumbres, porque sería injusto que os castigaseis con la privación de ello por no haber nacido en el país en que está permitido. No escuchéis más que lo que os halague o deleite más: es lo más conveniente para vosotras. Que las palabras no tengan ninguna significación real para vosotras, son arbitrarias y no dan más que meas puramente parciales. Una vez más, creed que la infamia se transforma pronto en voluptuosidad. Recuerdo haber leído en alguna parte, creo que en Tácito, que la infamia era el último de los placeres para aquellos que se han hastiado de los otros a causa de los excesos que han cometido, placer muy peligroso, sin duda alguna, porque hay que encontrar un goce, y un goce muy intenso, en esta especie de abandono de uno mismo, en este tipo de degradación de los sentimientos de donde nacen todos los vicios al tiempo... porque mancilla el alma, y no le da otro aliciente que el de la más completa corrupción, y todo esto sin dejar el menor lugar al remordimiento, totalmente extinguido en un ser que sólo estima aquellos placeres, que sólo se complace en hacerlos revivir para tener el placer de vencerlos, y que llega de este modo, gradualmente, a los excesos más monstruosos, con tanto más facilidad cuanto que los frenos que ha roto, o las virtudes que ha despreciado, se convierten en otros tantos episodios voluptuosos, a menudo mucho más excitantes para su perversa imaginación que el extravío que había concebido. Lo que es más singular es que se cree feliz entonces y que realmente lo es. Si, a

la inversa, el individuo virtuoso también es feliz, entonces la felicidad no es ya una situación que cada uno puede vivir comportándose bien: sólo depende de nuestra organización, y puede encontrarse igualmente en el triunfo de la virtud y en el abismo del vicio. Pero ¿qué digo?, en el triunfo de la virtud... ¡ah!, ¿serán sus cosquilleos tan excitantes? ¿Cuál es el alma fría que podría contentarse con ellos? No, amigas mías, no, nunca se hizo la virtud para la felicidad. Miente el que se enorgullece de haberla encontrado en ella, ¡quiere hacernos tomar por felicidad las ilusiones de nuestro orgullo! En lo que a mí respecta, os digo que la desecho de mi alma, la desprecio tanto cuanto anteriormente fue mi debilidad en quererla, y me gustaría unir a las delicias de ultrajarla constantemente la voluptuosidad de arrancarla de todos los corazones. ¡Cuántas veces, en mis ilusiones, se calentaba mi cabeza hasta el punto de querer estar cubierta con esta infamia que acabo de pintaros! Sí, me hubiese gustado ser declarada infame: me habría gustado que hubiesen decidido, mostrado que soy una puta; ¡me gustaría romper estos indignos votos que me impiden prostituirme públicamente, envilecerme como la última de las mujeres! Confieso que desearía la suerte de esas divinas criaturas que satisfacen, en los rincones de las calles, las sucias lubricidades del primero que pasa; ellas están sumidas en el envilecimiento y la inmundicia; la deshonra es su ajuar, y ya no sienten nada... ¡Qué felicidad! ¿Y por qué no nos esforzamos en volvernos todas así? ¿Acaso no es el ser más feliz de la tierra aquel al que las pasiones han endurecido el corazón... lo han llevado hasta el punto de ser sensible sólo para el placer? ¿Y qué necesidad hay de estar abierto a otras sensaciones que no sean esta? ¡Amigas mías, aunque llegásemos a este último grado de ignominia, no pareceríamos más viles, y preferiríamos divinizar nuestros errores antes que despreciarnos a nosotras mismas! Así es como la naturaleza sabe darnos a todos la felicidad.

»Pero, joder, ¡cómo se excitan! —prosiguió Delbène con ardor—, se elevan, estos miembros que palpo mientras discurro; miradlos duros como bronce, y mi culo los desea. Tomadlo, amigos míos, jodedlo, este trasero mío insaciable; derramad en el fondo de este culo libertino nuevos chorros de esperma que refresquen, si es posible, el vivo ardor que lo devora. Ven, Juliette, quiero chuparte tu coño mientras que me dan por el culo; Volmar, en cucilllas sobre ti, te presentará todos sus encantos; tú se los lamerás, los devorarás, mientras que tu mano derecha excita a Flavie y la izquierda golpea las nalgas de Laurette.

Realizamos esta nueva escena. Los dos amantes de la Delbène la sodomizan alternativamente. Inundada con el flujo de Volmar, el mío corre abundantemente en la boca de la superiora, y por fin comenzamos con la desfloración de Laurette.

Destinada a desempeñar el papel de gran sacerdote, me revisten

con un miembro postizo. Siguiendo las bárbaras órdenes de la abadesa, he elegido el más gordo; y así es el desarrollo de esta sesión a la vez lúbrica y cruel:

Laurette está atada a un taburete, de tal forma que su rabadilla, apoyada en un cojín muy duro, descansa solamente sobre este mínimo lugar; sus piernas, muy separadas, están sujetas por argollas, igual que sus brazos, pendiendo del lado contrario. En esta postura, la víctima presenta en la más hermosa posición la estrecha y delicada parte de su cuerpo donde debe penetrar la espada. Sentada junto a ella, Télème debe sostener su bonita cabeza... exhortarla a la paciencia; y esta idea de ponerla en manos del confesor, más o menos como si estuviese en el suplicio, divierte infinitamente a Delbène, cuyas pasiones son tan feroces como libertinos sus gustos. Mientras yo desvirgo el coño de esta Agnès, Ducroz debe darme por el culo. El altar que se encuentra más allá, y que, por su posición, corona a aquel en que la joven debe ser inmolada, servirá de sofá a nuestra voluptuosa abadesa. Allí se deleitará la zorra libidinosamente entre Volmar y Flavie, tanto con la idea del crimen que me impulsa a cometer, como con el delicioso espectáculo de su consumación.

Antes de darme por el culo, Ducroz facilita la introducción que yo debo hacer; lubrica los bordes de la vagina de Laurette y de mi consolador con una esencia olorosa que le hace penetrar casi al instante. No obstante, el desgarramiento es terrible: Laurette no tiene todavía ni diez años, y mi miembro postizo tiene ocho pulgadas de gordo y doce de longitud. Los ánimos que me dan, la excitación en la que me encuentro, el gran deseo que tengo de consumir este acto libertino, todo me hace poner en esta operación la misma actividad, el mismo ardor que hubiese utilizado el amante más vigoroso. La máquina penetra, pero los chorros de sangre que brotan de la ruptura del himen, los terribles gritos de la víctima, todo nos anuncia que la obra emprendida no se realizará sin peligro; y la pobre pequeña, en efecto, acaba de ser herida de un modo tan cruel como para inquietarnos sobre su vida. Ducroz, que se da cuenta, informa con una señal a la abadesa, que, voluptuosamente excitada por sus bribonas, ordena que sigamos adelante.

—La perra es nuestra —exclama—, no la ahorremos sufrimientos; ¡no tengo que dar cuenta de ella ante nadie!

Podéis imaginaros hasta qué punto me enardecieron estos propósitos. Totalmente segura del daño que había causado mi torpeza, no hice más que redoblar con más fuerza mis sacudidas: Mientras que Laurette se desvanece. Ducroz me da por el culo, y Télème encantado, se excita sobre el bonito rostro de la moribunda, cuya cabeza comprime con rudeza entre sus piernas...

—Necesitaría ayuda, señora —digo a Delbène—, sigue dando

sacudidas...

—¡Semen es lo que nos hace falta! —responde la abadesa—, ¡sí, semen! Esta es la única ayuda que quiero prestar a esa zorra.

Sin embargo, yo sigo frotando, electrizada por el miembro de Ducroz, sumergido hasta tal punto en el agujero de mi culo que no quedan más que dos dedos fuera; no trato a mi víctima con más miramientos de los que me tratan a mí. El éxtasis se apodera de todos nosotros casi al mismo tiempo: las tres zorras del altar descargan como bribonas, mientras que las paredes del consolador que introduzco en Laurette desvanecida se mojan con mi esperma, con el que Ducroz llena mi ano, y Télème mezcla el suyo con las lágrimas de la víctima, descargándose sobre el rostro.

Nuestro agotamiento, la necesidad de volver a Laurette a la vida, si queremos obtener otros placeres de ella, todo nos obliga a darle algunos cuidados. La desatamos; Laurette, rodeada por todos nosotros, abofeteada, manoseada, pronto da señales de vida.

—¿Qué tienes? —le pregunta Delbène con crueldad—. ¿Eres tan débil que un maque tan ligero te envía ya a las puertas del infierno?

—¡Ay de mí!, señora, yo no aguantaba más —dice esta pobre desgraciada cuya sangre sigue corriendo en abundancia—: Me han hecho tanto daño que creí morir.

—¡Bueno! —dice fríamente la superiora—, otras más jóvenes que tú han soportado estos ataques sin riesgo alguno; prosigamos.

Y sin prestarle otros cuidados que los de cortarle la sangre, la víctima es atada boca abajo, como acaba de estarlo boca arriba; y con el agujero de su culo bien a mi alcance, la Delbène de nuevo en el altar con sus dos bribonas, me apresuro a realizar el asalto por otra brecha.

No había nada tan lujurioso como la manera en que se hacía excitar la superiora por Volmar y Flavie. Esta última, tumbada sobre Madame Delbène, le hacía chupar su coño mientras ella le excitaba el clítoris, y Volmar, un poco más arriba, apretaba sus pezones con la boca, mientras le metía tres dedos en el culo, de forma que la bribona no tema ni una sola parte de su cuerpo que no estuviese entregada al placer. Entretanto, con sus ojos fijos en mi operación, la puta me impulsaba a que acabase: me apresuro; esta vez, es Télème el que debe darme por el culo mientras yo sodomizo a Laurette; y Ducroz, colocado junto a mí, debe preparar la introducción excitándome el clítoris. Las dificultades son insuperables; mi instrumento, rechazado ya por tres o cuatro veces, o se ha descolocado, o se ha metido otra vez en el coño a pesar de mí, lo que no sucede sin ocasionar nuevos dolores a la desgraciada víctima de nuestro libertinaje. Delbène, impaciente por estos retrasos, encarga a Ducroz que prepare el camino dando él mismo por el culo a la pequeña, y, como podéis imaginar,

este encargo no le disgusta lo más mínimo. Al ser su miembro menos terrorífico que la viga que yo tengo, al no tener que temer las vacilaciones que me molestan, el libertino está en el fondo del culo de la virgen en un momento; rompe el mojón virginal, y está listo para arrojar el semen cuando la exigente abadesa le ordena que se retire y que me ceda el puesto.

—¡Santo Dios! —dice el abad retirando su miembro espumeante de lujuria y todo cubierto con las marcas de su victoria—, ¡ah!, ¡redíos jodido!, obedezco, pero me vengaré en el culo de Juliette.

—No —dice Delbène, quien, a pesar de los placeres con los que se embriaga, no deja de ocuparse de los nuestros—, no, el culo de Juliette pertenece a Télème, le corresponde a ella gozar esta vez, y no permitiré que pierda sus derechos. Pero, criminal, puesto que te excitas tanto, métete en el culo de Volmar; mira su trasero soberbio ofrecido a tus deseos; métete en su culo, te digo, y así ella me excitará mejor.

—¡Sí, me cago en Dios!, sí —dice Volmar—, mira mi culo; que lo enfile el bribón: nunca he sentido tal necesidad de ser sodomizada.

Todo se dispone de nuevo; y al dejar la brecha preparada en Laurette penetra mi instrumento sin demasiadas dificultades, la pobre pequeña pronto lo siente en el fondo de su ano. Entonces, sus gritos crecen; son terribles; pero Télème, bien enclavada en mi culo, y Delbène, que nada en flujo, me animan con tanta fuerza que Laurette pronto siente por detrás lo que le he hecho sentir por delante: la sangre corre, y la pobre niña se desmaya por segunda vez. Aquí es donde me doy cuenta exactamente del carácter feroz de Delbène.

—¡Sigue, sigue! —exclama al verme dispuesta a salirme—; no la dejes hasta que hayamos descargado.

—Pero se está muriendo —respondo.

—¡Va, va, son simulacros! Y por otro lado, ¿qué me importa la existencia de esta puta? Sólo está aquí para nuestros placeres, y, ¡joder, servirá para eso!

Enardecida por esta arpía, y sin sentirme ya afectada por sentimientos pusilánimes de conmiseración con los que la naturaleza no me había provisto con profusión, prosigo, y sólo tengo como señal de mi retirada los testimonios seguros del delirio general que pronto oigo resonar en mis oídos; ya estaba en mi tercera emisión cuando abandoné el puesto.

—Veamos —dice la abadesa acercándose—, ¿está muerta?

—No, está peor que después de los primeros ataques —dice Ducroz—, y si queréis la devuelvo a la vida enroñándola.

—La pondremos entre los dos —dice Télème—; mientras que yo la doy por el culo, Delbène me excitará el mío, y yo acariciaré el de Volmar; Juliette socratizará a Ducroz, que lamerá el coño de Flavie.

Ponemos en práctica el proyecto, y los rápidos movimientos de nuestros dos jodedores, su fogosa lujuria, no tardan en volver a la vida, por segunda vez, a la pobre Laurette.

—Querida —digo entonces a la abadesa mientras me acerco a ella —, ¿cómo vas a arreglar todo el daño que acabamos de hacer?

—El que tú has sentido pronto estará arreglado, ángel mío —respondió Delbène—: Mañana te daré una pomada que te curará de tal forma que nadie podrá dudar de tu entereza: En cuanto a Laurette, ¿olvidas acaso que la suponen escapada del convento?... Es nuestra, Juliette, no volverá a aparecer.

—¿Y qué haréis? —respondo totalmente asombrada.

—La víctima de nuestras lujurias. ¡Ah Juliette!, ¡cómo se nota que todavía eres una novicia!, ¿no sabes acaso que no hay goces mejores que los criminales, y que cuanto más se les rodea de horrores, más encantos ofrecen?

—En verdad, querida, que no os entiendo.

—Paciencia, pronto me haré comprender con hechos. Comamos.

Pasamos a una pequeña cueva, vecina de aquella en la que acababan de celebrarse nuestras orgías. En ella, se encontraban preparados los platos más exquisitos y los vinos más deliciosos, y todo con profusión. Nos sentamos a la mesa. Laurette nos servía. Pronto me di cuenta, por el tono que utilizaba con ella la sociedad, por la forma brusca en que la trataban, que la pobre desgraciada era considerada ya sólo como una víctima. Cuanto más se calentaban las cabezas, más maltratada era: no prestaba un servicio sin que recibiese, a cambio de él, una torta, un pellizco, una bofetada, y el más leve momento de descuido era castigado con la mayor severidad. Callaré, amigos míos, las acciones y las palabras de estas lujuriosas bacanales. Es suficiente que sepáis que igualaron en horrores, en execraciones, a lo más libertino que yo haya podido ver después en el mundo.

Hacía mucho calor, estábamos desnudas; los hombres en el mismo desorden, y mezclados con nosotras, se entregaban sin ningún pudor a todo lo más sucio y crapuloso que podía inspirarles el delirio. Télème y Ducroz, disputándose mi culo, parecía que iban a negarse para obtener su goce, e, inclinada bajo los dos, yo esperaba humildemente la resolución de este combate cuando Volmar, ya achispada, y más hermosa que la misma Venus en tal estado de embriaguez, se apodera de los dos miembros y los excita sobre su cuenco de ponche que acaba de preparar para, según dice, recoger el semen.

—No lo permito —dice la abadesa más o menos tan aturdida con los vapores de Baco como por todo lo que le rodea—, no lo permito más que a condición de que Juliette mezcle su orina con el semen...

Meo; las putas beben, los hombres las imitan, y, en el culmen del delirio, la extravagante abadesa, que ya no sabe qué inventar para

despertar dentro de sí deseos agotados por el libertinaje, anuncia que quiere pasar a la cueva donde reposan las cenizas de las mujeres de esta casa, que quiere elegir el ataúd de una de las que inmoló su rabia de celos, y hacerse joder cinco o seis veces sobre el cadáver de su víctima. La idea pareció buena a todos; subimos, colocamos las velas sobre los ataúdes que rodean al de la joven novicia, envenenada desde hacía tres meses por la abadesa, después de haberla idolatrado. La infernal criatura se tumba sobre el ataúd, y, presentando su coño a los dos clérigos, los desafía alternativamente, Ducroz es el primero que la enfila. Nosotras éramos espectadoras, y nuestro único trabajo, en esta lúgubre escena, consistía en besarla, excitarle el clítoris y prestarnos a sus caricias. Delbène, en el delirio, estaba recordando horrores, cuando oímos un silbido terrorífico y todas las luces se apagan a la vez.

—¡Oh cielos!, ¿qué ocurre? —exclama la intrépida abadesa, la única de todos nosotros que conservó su coraje en medio del trastorno general en el que estábamos—. ¡Juliette!... ¡Volmar!... ¡Flavie!...

Pero todo está en silencio, todo está prohibido, nadie responde; y a no ser por los detalles que recibí de nuestra superiora al día siguiente, ya que me desmayé, quizás todavía ignorase el origen de todo este estréverga. Un búho, oculto en esta cueva, había sido el único causante: asustado por las luces a las que sus ojos no estaban acostumbrados, había emprendido el vuelo, y el aire, agitado por sus alas, había apagado lo que le molestaba. Cuando recobré el uso de mis sentidos, me encontré en mi cama, y Delbène, que vino a verme en cuanto supo que estaba mejor, me contó que después de haber tranquilizado a los dos hombres, casi tan asustados como nosotras, sólo con su ayuda había conseguido llevarnos a nuestras habitaciones y haber aclarado todo.

—No creo en los acontecimientos sobrenaturales —me dice Delbène—; nunca hay una causa sin efecto, y lo primero que hago, cuando un efecto me sorprende, es remontarme al instante a la causa. En seguida encontré la causa de nuestra aventura de ayer, y, una vez encendidas de nuevo las luces, los hombres y yo hemos puesto en orden todo en un momento.

—¿Y Laurette, señora?

—Está en la cueva, querida, la dejamos allí.

—¡Qué!, ¿la habéis...?

—Todavía no, será el tema de nuestra próxima reunión; no hubiese pasado de ayer sin la catástrofe. —Realmente, Delbène, sois de un libertino... de una crueldad...

—No, nada de eso: tengo unas pasiones muy vivas, sólo a ellas escucho y como estoy convencida de que son los órganos más fieles de la naturaleza, me entrego a lo que me inspiran, sin temor y sin

remordimientos. Ya estás mejor, Juliette, levántate, y ven a cenar conmigo a mi cuarto; charlaremos.

»Siéntate, mi niña —me dice en cuanto nos levantamos de la mesa—. Veo que estás sorprendida de verme tan tranquila ante el crimen: quiero que las reflexiones que tengo que exponerte sobre este tema te vuelvan pronto tan apática como yo. Ayer, lo vi, te sorprendías de mi tranquilidad en medio de los horrores que cometimos, y me acusabas de falta de piedad por esa pobre Laurette, sacrificada a nuestros excesos.

»¡Oh Juliette!, estate segura de que todo está dispuesto por la naturaleza para llegar al estado en que la vemos. ¿Acaso ha dado la misma fuerza, las mismas bellezas, las mismas gracias, a todos los seres que han salido de sus manos? No hay duda de que no. Ya que quiere matices en las constituciones, exige lo mismo en las suertes y las fortunas. Los desgraciados que nos ofrece el azar, o que hacen nuestras pasiones, están en los planes de la naturaleza como los astros con que nos ilumina, y hacemos un mal tan seguro turbando esta sabia economía, como lo sería el cambiar el curso del sol, si este crimen estuviese en nuestras manos...

—Pero —interrumpí en este momento— si tú fueses desgraciada, Delbène, ¿no sería fácil socorrerte?...

—Yo sabría sufrir sin quejarme —me respondió esta estoica criatura— y no imploraría la ayuda de nadie. ¿Estoy acaso al abrigo de los males de la naturaleza, y no tengo que temer a la miseria, ni la fiebre, la peste, la guerra, el hambre, las sacudidas de una imprevista revolución, y todas las otras plagas de la humanidad? Que vengan y las recibiré valientemente. Créete, Juliette... sí, convéncete de que cuando permito que los otros sufran sin socorrerlos, es porque yo he aprendido a sufrir, a mi vez, sin ser socorrida. Abandonémonos a la naturaleza; lo que sus órganos nos indican no son ayudas mutuas: sólo tenemos que sentir dentro de nosotros la necesidad de adquirir por nosotros mismos toda la fuerza necesaria para soportar los males que nos reserva, y la compasión, lejos de preparar nuestra alma para esto, la debilita y le quita toda la valentía que necesita para sus propios dolores. Quien sepa endurecerse ante los males del otro se vuelve pronto impasible a los suyos propios, y le es más necesario saber sufrir él mismo con valor, que acostumbrarse a llorar sobre los otros. ¡Oh Juliette!, cuanto menos sensible eres, menos te afectan y más te acercas a la verdadera independencia. Nunca somos víctimas más que de dos cosas: o de las desgracias del prójimo, o de las nuestras propias; comencemos por endurecernos frente a las primeras, y las segundas no nos afectarán, y, desde ese momento, no habrá nada que pueda turbar nuestra tranquilidad.

—Pero —respondo yo— de esta apatía tienen que surgir

crímenes.

—¿Y qué importa?, no hay que apegarse ni al crimen ni a la virtud, sino a lo que nos hace felices; y si yo viese que la única posibilidad de que yo fuese feliz estaba en el exceso de los crímenes más atroces, los cometería en ese mismo instante, sin temblar, segura —como ya te he dicho— de que la primera ley que me dicta la naturaleza es deleitarme, *no importa a expensas de quién*. Si ha dado a mis órganos una constitución semejante, de tal forma que sólo con la desgracia de mi prójimo pueda manifestarse mi voluptuosidad, es que, para llegar a sus planes de destrucción... planes tan necesarios como los otros, ha creído necesario crear un ser como yo para que la sirva en sus proyectos.

—Esos son sistemas que pueden llegar demasiado lejos.

—¿Y qué importa? —respondió Delbène—, te desafío a que demuestres un límite a partir del cual puedan ser peligrosos; gozamos, y eso es todo lo que hace falta.

—¿Se puede gozar a expensas de los otros?

—Lo que menos me importa en el mundo es la suerte de los otros; no tengo la menor fe en ese *lazo de fraternidad* del que los estúpidos me hablan constantemente, y puedo rechazarlo porque lo he examinado detenidamente.

—¡Oh cielos!, ¿dudáis de la primera ley de la naturaleza?

—Escúchame, Juliette... es increíble hasta qué punto necesitas ser educada...

Estábamos en este punto de nuestra conversación, cuando un lacayo, que llegaba de parte de mi madre, vino a informar a la abadesa de las terribles desgracias de nuestra casa y la peligrosa enfermedad de mi padre; nos pedían a mi hermana y a mí que nos pusiésemos en camino al instante...

—¡Oh cielos! —dice Madame Delbène—, ¡me he olvidado de componer tu virginidad! Espera, ángel mío, espera, toma este frasco, es un extracto de mirtos con el que te frotarás por la mañana y por la noche, sólo durante nueve días: puedes estar segura de que al décimo te encontrarás tan virgen como si no te hubiese ocurrido nada.

Después, enviando a buscar a mi hermana, nos entregó a ambas a la persona que venía a buscarnos, aconsejándonos que volviésemos en cuanto pudiésemos. La abrazamos y nos marchamos.

Mi padre murió. Ya sabéis los desastres que siguieron a esta muerte: la de mi madre, que sucedió al cabo de un mes, y el abandono en el que nos encontramos. Justine, que desconocía mis lazos secretos con la abadesa, no se enteró de la visita que fui a hacerle unos días después de nuestra ruina; y tengo que hablaros, amigos míos, de los sentimientos que descubrí entonces en ella, puesto que acaban de desvelar el carácter de esta original mujer. El primer rasgo de dureza

de la Delbène hacia mí fue negarme la puerta del interior y no consentir en hablar conmigo más que un momento tras las rejas.

Cuando sorprendida de la frialdad que me demostraba quise hacerle valer nuestros lazos, me dijo:

—Hija mía, tengo que olvidarme de todas esas miserias desde el momento en que ya no vivimos juntas, y, en cuanto a mí, os aseguro que no recuerdo el menor detalle de los hechos de los que me habláis. Respecto a la indigencia que os amenaza, recordad la suerte de Euphrosine; se lanzó sin necesidad a la carrera del libertinaje: imitadla por necesidad. Es el único camino que os queda, y el único que os aconsejo; pero cuando lo hayáis tomado, no volváis a verme: quizás no triunféis en ese estado, y entonces necesitéis dinero, créditos, y yo no podría ofreceros ni lo uno ni lo otro.

Con estas palabras, la Delbène se levantó y me dejó en tal asombro... que sin duda hubiese sido menos fuerte con un poco más de filosofía; mis reflexiones fueron crueles... Salí de allí en seguida con la firme resolución de seguir los consejos de esta malvada criatura, por muy peligrosos que fuesen. Felizmente me acordaba del nombre y de la dirección de la mujer de la que Euphrosine nos había hablado en otro tiempo; ¡ay de mí!, cuán lejos estaba entonces de prever la necesidad de esta cruel fuente; volé hacia allí. La Duvergier me recibió maravillosamente. El excelente remedio de la Delbène me sirvió para engañar a sus ojos expertos y la puso en condiciones de engañar a muchos otros. Dos o tres días antes de entrar en esta casa fue cuando me separé de mi hermana, para seguir una carrera muy diferente de la suya.

Después de las desgracias que me habían ocurrido, y dependiendo mi existencia únicamente de mi nueva ama, me resigné a cumplir todo lo que me mandaba. Pero en cuanto estuve sola, me puse a reflexionar de nuevo sobre el abandono y la ingratitud de Madame Delbène. ¡Ay de mí! —me decía—, ¿por qué la enfrió mi desgracia? ¿Acaso Juliette pobre o Juliette rica formaban dos criaturas diferentes? Entonces, ¿cuál es ese extraño capricho que hace amar la opulencia y huir de la miseria? ¡Ah!, yo no concebía todavía que el infortunio tuviese que estar a cargo de la riqueza, ignoraba hasta qué punto lo teme... hasta qué punto huye de él, e ignoraba que la antipatía que siente por él resulta del terror que tiene de aliviarlo. Pero —proseguí en mis reflexiones—, ¿cómo esta mujer libertina... criminal incluso, no teme la indiscreción de aquellos a los que trata con tanta altanería? Otro acto de infantilismo por mi parte; yo no conocía la insolencia y la desfachatez del vicio engendrado por la riqueza y la fama. Madame Delbène era superiora de una de las más célebres abadías de París, gozaba de sesenta mil libras de renta, tenía con ella a toda la corte, a toda la ciudad: ¡hasta qué punto debía de despreciar a una pobre

muchacha como yo que, joven, huérfana y sin un céntimo de renta, no podía oponer a sus injusticias más que reclamaciones aniquiladas con prontitud, o quejas que, tratadas al instante como calumnias, le hubiesen valido a la que hubiese tenido la desfachatez de emprenderlas, la eterna pérdida de la libertad!

Corrompida hasta el punto en que yo estaba ya, este ejemplo asombroso de una injusticia que tenía que sufrir, me impulsó en lugar de corregirme. ¡Y bien!, me digo, sólo tengo que tratar de ser rica a mi vez, y pronto será tan descarada como esta mujer, y gozaré de los mismos derechos y de los mismos placeres. Abstengámonos de ser virtuosos, puesto que el vicio triunfa constantemente; temamos la miseria, puesto que siempre es despreciada... Pero ¿cómo evitaré el infortunio si no tengo nada? Sin duda, mediante acciones criminales. ¿Qué importa?, los consejos de Madame Delbène habían gangrenado mi corazón y mi mente: no creo que haya mal en nada, estoy convencida de que el crimen sirve a las intenciones de la naturaleza tanto como la prudencia o la virtud. Lancémonos a este mundo perverso, en el que aquellos que triunfan son los que logran lo mejor; que ningún obstáculo nos detenga, el único desgraciado es el que se queda en el camino. Puesto que la sociedad no está compuesta más que de inocentes y bribones, juguemos decididamente a lo último: es más halagador para el amor propio triunfar que triunfen sobre una misma.

Tranquilizada con estas reflexiones, que quizás os parezcan prematuras a los quince años, pero que son fácilmente explicables teniendo en cuenta la educación que yo había recibido, esperé con resignación los acontecimientos que me reservaba la providencia, decidida a aprovecharme de todos aquellos que se presentasen para mejorar mi fortuna, al precio que fuese.

No cabe duda de que me quedaba un duro aprendizaje por hacer; estos desgraciados principios debían acabar de corromper mis costumbres, y, para no alarmar las vuestras, amigos míos, creo que haré bien en evitaros detalles que descubrirían a vuestros ojos extravíos más extraordinarios que a los que asistís diariamente...

—Me cuesta creer, señora —dice el marqués, interrumpiendo a Juliette—, que, con todo lo que sabéis de nosotros, pueda asustaros por un momento semejante temor.

—Es que en este caso se trata de la corrupción de ambos sexos —dice Madame de Loursange[12]—, pues la Duvergier proporcionaba sujetos a la fantasía de ambos por igual.

—Vuestros cuadros, así mezclados, resultarán tan sólo más agradables —dice el caballero—; sabemos más o menos los extravíos de que es capaz el nuestro; será delicioso saber por vos todos aquellos a los que puede entregarse el vuestro.

—Sea —dice Madame de Lorsange—. Sin embargo, tendré cuidado de no contar más que los excesos más singulares, y, para evitar la monotonía, me callaré los que me parezcan más simples...

—Maravilloso —dice el marqués, mostrando a la reunión su instrumento lleno de lujuria—; pero ¿pensáis en el efecto que pueden tener sobre nosotros tales relatos? Ved el estado en que me pone su simple promesa...

—Y bien, amigo mío —dice esta encantadora mujer—, ¿no soy completamente vuestra? Gozaré doblemente con mi acción, y como el amor propio significa siempre mucho para una mujer, me permitiréis pensar que el enardecimiento que produzca en vos se deberá más a mi persona que a mis relatos.

—Es preciso que os convenza en este mismo instante —dice el marqués muy excitado, arrastrando a Juliette a una antecámara, donde ambos permanecieron durante bastante tiempo entregándose a los más dulces placeres de la lujuria.

—En lo que a mí respecta —dijo el caballero, a quien lo anterior dejaba frente a frente con Justine—, confieso que no me excita lo suficiente como para necesitar perder el semen. No importa, acercaos, hija mía, poneos de rodillas y chupadme; pero, poneos de tal forma, por favor, que yo vea infinitamente más culo que coño. Bien, muy bien —dice, viendo a Justine, acostumbrada a todas estas maniobras, cogerlo—, nadie podría hacerlo mejor, aunque a pesar suyo... sí, así es.

Y el caballero, extraordinariamente bien chupado, iba quizás a abandonarse dulcemente a los efectos de una descarga tan bien provocada, cuando el marqués, volviendo con Juliette, rogó a esta que siguiese con el hilo de sus aventuras, y a su amigo que dejase para otro momento, si podía, el desenlace al que parecía llegar.

Una vez arreglado todo, Madame de Lorsange siguió en estos términos:

Madame Duvergier no tenía más que seis mujeres en su casa, pero más de trescientas a sus órdenes; dos altos lacayos de cinco pies y ocho pulgadas, hercúleos, y dos jockeys de catorce o quince años, de rostro celeste, eran entregados igualmente a los libertinos que querían mezclar uno y otro sexo, o que preferían lo antinatural al goce de las mujeres; y en el caso de que este pequeño destacamento masculino no hubiese sido suficiente, Duvergier podía suplirlo con más de ochenta individuos del exterior, dispuestos siempre a entregarse allí donde se requiriesen sus servicios.

La casa de Madame Duvergier era deliciosa. Situada entre un patio y un jardín, y con dos salidas opuestas, las citas se hacían con un misterio que hubiese sido imposible con otra posición; sus muebles eran magníficos, sus dormitorios tan voluptuosos como bien

decorados; su cocinero muy bueno, sus vinos deliciosos y sus muchachas encantadoras. Tantas cosas agradables debían de costar muy caro. Y en efecto, nada lo era tanto como las reuniones de este local divino, donde los más simples tête-à-tête costaban diez luises. Sin costumbres y sin religión, apoyada por la policía, recibiendo a los más grandes señores, Madame Duvergier, al abrigo de cualquier temor, emprendía cosas que nunca hubiesen imitado sus compañeras, y que hacían temblar a la naturaleza y a la humanidad entera.

Durante seis semanas, esta inteligente zorra vendió mi virginidad a más de cincuenta personas, y, cada noche, utilizando una pomada más o menos parecida a la de Madame Delbène, arreglaba con cuidado lo que por la mañana desgarraba sin piedad la intemperancia de aquellos a los que me entregaba su avaricia. Como todos estos desvirgadores se comportaban bastante groseramente, os omitiré los detalles, y no me detendré más que en el duque de Stern, cuya manía fue más singular.

Como la lubricidad de este libertino se excitaba con la ropa más sencilla, me presenté ante él como una pequeña verdulera. Después de haber atravesado gran número de apartamentos suntuosos, llegué al fondo de una habitación de espejos, donde me esperaba el duque con su ayuda de cámara, un joven alto de dieciocho años, hecho para ser pintado, y con un rostro muy interesante. Bien consciente de mi papel, no me quedé corta en ninguna de las preguntas de este hombre grosero. Sentado en el canapé de su dormitorio y excitando el miembro de su ayuda de cámara, mientras yo permanecía de pie delante de él, me preguntó:

—¿Es verdad que estáis en la miseria más extrema, y que lo que hacéis no tiene por objeto más que proveer a las primeras necesidades de la vida?

—Esta verdad es tan cierta, señor, que hace tres días que mi madre y yo nos morimos de hambre.

—¡Ah!, bien —respondió el duque agarrando una de las manos de su hombre para hacerse excitar por él—, era necesario este requisito; me siento muy contento de que vuestro estado sea tal como lo deseaba. ¿Y es vuestra madre la que os vende?

—¡Ay de mí!, sí.

—¿Tenéis hermanas?

—Una, señor.

—¿Y por qué no me la han enviado?

—Ya no está en la casa, la miseria la ha hecho huir; ignoramos lo que haya podido ser de ella.

—¡Ah, joder!, ¡quiero que la encuentren!, ¿qué edad?

—Trece años.

—Es vergonzoso que conociendo mis gustos me sustraigan esa

criatura.

—Pero no se sabe dónde está, señor.

—Hay que buscarla... ¡Ah!, la encontraré... la encontraré. Vamos, Lubin, ¡que se desvista para la verificación!

Y mientras se ejecutaba la orden, el duque, siguiendo a su Gánimedes, se pone a sacudir un miembro negro y flácido que apenas si se veía. En cuanto estoy desnuda, Lubin me examina con la mayor atención y explica a su amo que todo está en las mejores condiciones.

—Hacedme ver eso por detrás —dice el duque.

Y Lubin, doblándose sobre el canapé, entreabre mis nalgas, y convenció a su amo no de la no ejecución de ningún asalto, sino de que las brechas ocasionadas por estos estaban tan bien cerradas que era imposible verlas.

—Y esto —dice Stern, separando mis nalgas y tocando con un dedo el agujero de mi culo—...

—No, no, con toda seguridad —respondió Lubin.

—Está bien —dice el grosero, tomándose en sus brazos y sentándose sobre uno de sus muslos—; pero puedes ver, hija mía, que no estoy en condiciones de hacer el trabajo yo mismo... Toca este miembro; sientes cuán flácido está: aunque poseyeses las gracias de Venus, no conseguirías endurecerlo. Mira esta temible verga —prosiguió haciéndome empuñar el soberbio verga de su ayuda de cámara—: Confiesa que este hermoso miembro te desvirgará mucho mejor que el mío. Por lo tanto, disponte, te serviré de chulo. Cuando no puedo hacer el mal, me gusta hacerlo hacer: esta idea me consuela...

—¡Oh señor! —respondo, aterrada ante el grosor del verga que me presentaba—, este monstruo va a desgarrarme, ¡no podré soportar las embestidas!...

Y como tratase de esquivarme:

—Vamos, vamos, ¡nada de remilgos!, me gusta la docilidad en las muchachas; y las que no la tienen conmigo pueden estar seguras de no complacerme por mucho tiempo... Acercaos... Antes de nada me gustaría que besaseis el culo de mi Lubin.

Y mostrándomelo:

—Mira qué hermoso es...

Obedezco.

—Otro tanto en el verga dice el duque.

Obedezco de nuevo.

—Ahora, ponte...

Me sujeta; su criado se acerca y pone en la operación canta destreza y vigor, que su monstruoso instrumento toca en tres veces el fondo de mi matriz. Lanzo un grito terrible; el duque, que me sujeta y excita el agujero de mi culo mientras tanto, recoge en su boca mis

suspiros y mis lágrimas. El vigoroso Lubin, dueño de mí, no necesita la ayuda de su amo, que, situándose enseguida cerca del trasero de mi amante, le da por el culo mientras él me desvirga. Pronto percibo, por el aumento de las sacudidas del criado, las que recibe de su patrón; pero, sola para soportar el peso de estos dos ataques, iba a sucumbir bajo su violencia, cuando la descarga de Lubin me sacó de apuros.

—¡Ah!, santo cielo —dice el duque que no había terminado—, te das demasiada prisa hoy, Lubin; ¿así que te basta un jodido coño para que hagas locuras?

Y al alterar este acontecimiento los ataques del duque, nos muestra un pequeño verga travieso que, furioso por haberse salido, parece no esperar más que un altar para consumir el sacrificio.

—Ven aquí, pequeña —me dice el duque depositando su instrumento en mis manos—, y vos, Lubin, acostaos boca abajo sobre esta cama; dirigid vos, pequeña pécora, este instrumento furioso al agujero que acaba de rechazarlo, después, situándoos detrás de mí mientras que actúo, favoreceréis mis proyectos metiéndome dos o tres dedos en el culo.

Todo responde a los deseos del libertino: acaba la operación, y el caprichoso lascivo paga treinta luises por las primicias de las que no ha dudado en ningún momento.

De vuelta a casa, Fatime, la compañera a la que yo más quería, de dieciséis años y bella como el día, se divertía mucho con la aventura. Ella había pasado por lo mismo que yo, pero, con más suerte, había robado, eso decía, una bolsa con cincuenta luises de la chimenea del duque, para compensarse de todo lo que había sufrido.

—¡Cómo! —digo—, ¿te permites semejantes cosas?

—Con la mayor frecuencia que puedo, querida —me respondió mi compañera—, y sin ningún escrúpulo, a mucha honra. Para nosotras es para quien está hecho el dinero de esos pícaros, y seríamos estúpidas si no nos apoderásemos de él cuando podemos. ¿Acaso estás todavía en las tinieblas de la ignorancia para sospechar que haya el menor mal en el robo?

—Con toda seguridad lo creo.

—Pues bien, ángel mío —me respondió Fatime—, quiero librarte de ese absurdo prejuicio. Ceno mañana en el campo en casa de mi amante; obtendré de Madame Duvergier el permiso para que formes parte del grupo: oirás a Dorval razonar sobre este tema.

—¡Oh criminal! —respondí—, acabarás corrompiéndome: me siento ya excesivamente dispuesta para estos horrores. Acepto, no tendrás demasiado trabajo para hacer de mí una excelente alumna... Pero ¿permitirá la Duvergier?...

—No te inquietes por nada —dice Fatime—, yo me encargo de todo.

Al día siguiente, bastante temprano, un coche nos condujo a la Villette. Entramos en una casa alejada, pero de bastante buen aspecto; nos recibe un criado, y, una vez que nos introduce en una habitación muy bien amueblada, se retira y va a despedir nuestro coche. Entonces fue cuando Fatime se abrió a mí.

—¿Sabes dónde estás? —me dice sonriendo.

—Por supuesto que no —respondo.

—En la casa de un hombre muy extraordinario —replicó mi compañera—. Te engañé haciéndole pasar por mi amante: es un hombre en cuya casa he asistido a reuniones en provecho de Madame Duvergier; lo que gane ahora sólo me pertenece a mí; pero la operación no deja de tener sus peligros...

—Explícate —respondí rápidamente—, excitas mi curiosidad.

—Aquí estás —me dice Fatime— en casa de uno de los más famosos ladrones de París; el robo del que saca el pícaro su subsistencia le sirve también para sus más dulces placeres. Te explicará sus principios, incluso te propondrá que los pongas en práctica. Nadie estará con nosotras hasta después de su expedición, y sólo encenderá la llama de sus lubricidades con el fuego que inflama esta acción dentro de él, según tú criminal; y como quiera que en todo lo que le rodee se encuentre la imagen de su pasión favorita, sólo robando aceptará nuestros favores, y estos favores nos los estafará; aparentaremos que no hemos cogido nada, aunque esté pagado de antemano. Y aquí está la prueba, Juliette: estos diez luis te pertenecen, yo tengo otros tantos.

—¿Y la Duvergier?

—Ya te he dicho que no sabe nada de esto; yo estafo a nuestra querida mamá: ¿te arrepientes?

—Claro que no —respondí—, al menos aquí todo lo que ganamos es nuestro; no existe ese maldito reparto que me desespera. Pero al menos acaba de informarme: ¿a quién y cómo vamos a robar?

—Escúchame —me dice mi compañera—. Este hombre, gracias a la cantidad de espías que tiene en París, está siempre al tanto de todos los extranjeros y de todos los bobos que llegan a esta ciudad; hace amistad con ellos, los acoge en su casa, les ofrece una cena con mujeres de nuestro tipo que los roban durante el acto del goce; le devolvemos todo, y, sea el robo del tipo que sea, las mujeres reciben siempre una cuarta parte, independientemente de su paga individual.

—Pero —respondo— ¿no consigue que le detengan pronto con semejante oficio?

—Puedes estar segura de que tardarán mucho tiempo: para eso toma demasiadas precauciones.

—¿Y su casa?

—Tiene treinta. Ahora estamos en esta. No volverá a ella hasta

dentro de seis meses. Cumple tu papel con inteligencia. En la cena se hallarán dos o tres extranjeros: en cuanto acabe la cena, divertiremos a estos señores en diferentes cuartos; roba al tuyo con astucia, yo te prometo que no faltaré al mío. Dorval, oculto, nos vigilará. Una vez realizada la operación, los bobos se dormirán por medio de un brebaje; pasaremos la noche con el dueño del lugar, que se volverá a marchar unas horas después para ir a otra parte, y con otras mujeres, a ejercer las mismas infamias; y nuestros imbéciles, cuando se despierten mañana y no encuentren a nadie en el lugar, se sentirán muy felices de poder escapar con vida.

—Pero, puesto que nos pagan por adelantado —respondí a mi compañera—, ¿qué necesidad tenemos de prestarnos a los gustos de este bribón?

—Sería un mal negocio, no volveríamos a verlo; y si le servimos bien, puede hacernos participar en doce o quince reuniones semejantes al año; por otra parte, con tu forma de pensar, ¿no perderíamos acaso todo lo que sacamos del robo?

—¡Ah, bien!, pero, sin la primera parte de tu respuesta, te habría objetado, quizás, que me parecía inútil devolverle una cuenta tan exacta de lo que robamos en su casa.

—Me gusta tu reflexión, aunque la desapruebe —me dice Fatime—; me demuestra que tienes disposiciones que me hacen esperar que saldrás bien de la aventura.

Apenas habíamos acabado de hablar cuando entró Dorval. Era un hombre de cuarenta años, con un rostro muy hermoso, y que me pareció lleno de inteligencia y de amabilidad; estaba dotado sobre todo con ese don de seducir tan necesario para el oficio que hacía.

—Fatime —dice a mi compañera—, supongo que esta joven y bonita persona está al corriente; así pues, ya no me queda más que preveniros de que tenemos por convidados a dos viejos alemanes, desde hace un mes en París, y que arden en deseos de conocer a algunas chicas bonitas. Uno de ellos tiene unos veinte mil escudos en diamantes sobre él: Fatime, te lo recomiendo. El otro, que desea comprar una casa en este pueblo, y que está convencido de que yo le encontraría una muy barata si pudiese pagar algo al contado, tendrá seguramente más de cuarenta mil francos en su bolsillo, bien en oro, bien en cartas de pago. Juliette, será vuestro lote; salid bien del encargo, y os proporcionaré a menudo partidas semejantes.

—¡Entonces! —digo—, señor, ¿semejantes horrores pueden excitar vuestros sentidos?

—Encantadora muchacha —me respondió Dorval—, creo que ignoráis la historia del choque de las impresiones criminales sobre la masa de los nervios. Necesitáis información sobre estos fenómenos de la lubricidad: volveremos sobre ello; pasemos a esta sala mientras

esperamos; nuestros germanos van a aparecer; tratad de poner todo vuestro arte en seducirlos... encadenarlos: de esto lo espero todo.

Entramos. Scheffner, el alemán que debía tocarme, era un buen barón de cuarenta y cinco años, muy feo, con la cara llena de granos, y tonto, según me pareció, como toda la masa de alemanes, si exceptuamos a Gessner. Conrad era el nombre de la gallina que debía desplumar mi amiga; en efecto se nos presentó cubierto de diamantes; su carácter, su rostro y su edad le hacían muy parecido a su compañero, y su torpeza, igual de completa, aseguraban a Fatime unos éxitos tan fáciles al menos como los míos.

La conversación, al principio general, se particularizó enseguida. Fatime, tan hábil como bonita, enseguida se cazó al pobre Conrad; y mi aspecto de inocencia y de timidez me encadenó prontamente a Scheffner. Cenamos. Dorval tuvo buen cuidado en derramar en los vasos de nuestros convidados las bebidas más deliciosas, y el postre se sirvió apenas los dos mostraron el gran deseo de estar con nosotras en privado.

Dorval, que quería examinar cada una de estas operaciones en detalle, con el pretexto de que no tenía más que un cuarto donde se pudiese sacrificar a Venus, tranquilizó lo mejor que pudo los deseos de Conrad, y me hizo pasar con Scheffner. El buen alemán, todo entusiasmado, no se hartaba de caricias. Hacía calor, lo invité a que se metiese desnudo en la cama, yo hice lo mismo para encenderlo mejor. Y, colocando su traje bajo mi mano derecha, mientras que el honrado barón me enfilaba, entretanto, para engañarlo mejor, apretaba amorosamente su cabeza sobre mi pecho, y mucho más ocupada en mi operación que en sus placeres, registré con habilidad todos sus bolsillos. Una bolsa muy pequeña encerraba todas sus monedas; pensé que el tesoro estaría en el portafolios, y, agarrándolo hábilmente del bolsillo derecho de su traje, lo oculté rápidamente bajo el colchón del canapé que nos servía de altar.

Una vez dado el golpe, y sin tener necesidad de preocuparme por un animal pesado y apestoso que me daba náuseas, toco el timbre; aparece una mujer, le ayuda al barón a volver al estado normal, le presenta un vaso de licor dosificado según lo convenido, y lo conduce a una habitación donde se duerme con un sueño tan profundo que todavía roncaba después de más de ocho horas.

Apenas desapareció, entró Dorval.

—¡Sois deliciosa, ángel mío! —exclama besándome—, no he perdido nada con vuestra maniobra; mirad —prosigue mostrándome un miembro más duro que una barra de hierro—, mirad el estado en que me ha puesto vuestro comportamiento.

Y lanzándose sobre mí en el canapé, veo que la manía de este libertino era *sustraer* con su boca el semen que acababa de serme echado en el coño. Lo sorbe con tanto arte, lengüetea tan deliciosamente por todos los bordes, y hasta el fondo de la matriz, que lo inundé a mi vez... mil veces más, quizás, en razón de la singular acción a la que acababa de entregarme, en razón del individuo que acababa de hacérmela cometer, que a causa del placer que recibía de él; pues, por mucho que afectasen a mi físico, no puedo negar que mi moral estaba todavía más emocionada con el horror gratuito que me hacían realizar tan deliciosamente las seducciones de Fatime y Dorval.

Dorval no descargó. Le di la bolsa y el portafolios; cogió ambos sin ningún examen y cedí el puesto a Fatime. Dorval me llevó con él, y mientras él observaba por un agujero la forma en que mi camarada actuaba para llegar al mismo fin que yo, el libertino se hizo excitar por mí; me lo devolvió; de vez en cuando, su lengua se sumergía hasta el fondo de mi gáznate, parecía estar en un éxtasis real. ¡Sublimes efectos de la unión del crimen y de la lujuria, cuánta fuerza dais al delirio de las pasiones! La habilidad con que Fatime actúa determina por fin la eyaculación de Dorval; apretándose contra mí, me encoña hasta la matriz, y me inunda con las pruebas inequívocas del éxtasis al que acaba de entregarse.

Dorval, vigoroso, vuelve a mi compañera. Como me había dejado en el agujero, no se me escapa nada; se inclina igualmente entre los muslos de Fatime, y sorbe de la misma forma el semen perdido por Conrad; se apodera del robo y, una vez que los dos buenos germanos están en la cama, pasamos a un gabinete encantador donde Dorval, después de haber descargado una segunda vez en el coño de Fatime acariciándome a mí, nos expone de la manera siguiente la apología de sus singulares gustos.

—Amigas mías, una sola diferencia distingue a los hombres en la infancia de las sociedades: la fuerza. La naturaleza ha dado a todos un suelo para vivir, y de esta fuerza, que ha repartido desigualmente, dependerá la repartición que harán de ese suelo. ¿Pero será igual,

podrá serlo, esta repartición desde el momento en que estará determinada únicamente por la fuerza? Por consiguiente, ya tenemos aquí un robo establecido; porque la desigualdad de esta repartición supone necesariamente una lesión del fuerte sobre el débil, y esta lesión, es decir, *el robo*, la vemos decidida, autorizada por la naturaleza, puesto que da al hombre lo que debe conducirle necesariamente a cometerla. Por otra parte, el débil se venga, utiliza toda su habilidad para recuperar las posesiones que le ha arrebatado la fuerza, y aquí tenemos ya la estafa, hermana del robo, igualmente hija de la naturaleza. Si el robo hubiese ofendido a la naturaleza, habría formado hombres iguales en fuerza y carácter; la igualdad de las reparticiones, nacida de la igualdad de fuerzas, fruto de su mano, evitaría entonces todo deseo de enriquecerse a expensas de los otros: desde este momento, el robo sería imposible. Pero cuando el hombre recibe de manos de esta naturaleza que lo crea una conformidad que ella necesita, la desigualdad de las reparticiones, y el robo, efecto seguro de esta desigualdad, ¿cómo es posible cegarse hasta el punto de creer que el robo puede ofenderla? Nos prueba, por el contrario, que el robo es su ley más querida, de tal forma que compone el instinto de los animales. Sólo por medio de robos constantes llegan a conservarse, sólo las innumerables usurpaciones mantienen su vida. ¿Y cómo el hombre, que no es más que un animal, ha podido creer que aquello que la naturaleza imprimía en el fondo de los animales puede convertirse en un crimen si lo comete él?

»Cuando se promulgaron las leyes, cuando el débil consintió en la pérdida de una parte de su libertad para conservar lo demás, el mantenimiento de sus posesiones fue sin duda alguna lo primero que deseó gozar en paz, y el primer objeto de los frenos que pidió. El más fuerte consintió en leyes a las que estaba seguro de sustraerse: se hicieron. Se promulgó que todo hombre poseyese su herencia en paz, y que aquel que lo turbase en la posesión de esta herencia recibiese un castigo. Pero en este acto no había nada natural, nada que la naturaleza dictase o inspirase; todo era obra de los hombres, divididos para entonces en dos clases: la primera, que cedía un cuarto para obtener el goce tranquilo del resto; la segunda, que, aprovechándose de este cuarto, y viendo que tendría los otros tres cuartos cuando quisiera, consintió en impedir, no que su clase despojase al débil, sino que los débiles se despojasen entre sí, para poder ser la única que los despojase con mayor comodidad. De esta forma, el robo, únicamente institución de la naturaleza, no fue desterrado de la tierra, sino que existió bajo otras formas: se robó jurídicamente. Los magistrados robaron al hacerse pagar por una justicia que debían impartir gratuitamente. El cura robó haciéndose pagar por servir de mediador entre el hombre y su Dios. El vendedor robó acaparando, haciéndose

pagar su mercancía un tercio más cara que el valor intrínseco que tenía realmente. Los soberanos robaron imponiendo sobre sus individuos derechos arbitrarios de tasas, impuestos, etcétera. Todos estos latrocinios fueron permitidos, todos fueron autorizados bajo el precioso nombre de derechos, y sólo pensaron en castigar severamente los más naturales, es decir, el procedimiento tan sencillo de un hombre que, falto de dinero, pedía, pistola en mano, a los que sospechaba eran más ricos que él, y esto sin pensar que los primeros ladrones, a los que no se decía ni palabra, se convertían en la única causa de los crímenes del segundo... la única que lo obligaba a recuperar, a mano armada, las propiedades que este primer usurpador le arrebató tan cruelmente. Porque, si todos estos latrocinios no fueron más que usurpaciones que precisaban la indignancia de los seres subalternos, los segundos robos de estos seres inferiores no eran ya crímenes, puesto que se hacían necesarios por causa de los otros: eran efectos secundarios precisados por causas mayores; y, desde el momento en que permitís esta causa mayor, os es legalmente imposible castigar sus efectos; no lo podéis hacer sin incurrir en una injusticia. Si empujáis a un criado contra un vaso precioso, y con su caída rompe el vaso, no tenéis derecho a castigarlo por su torpeza: sólo lo tenéis respecto a la causa que os impulsó a empujarlo. Cuando ese desgraciado agricultor, reducido a la limosna por la inmensidad de los impuestos con que le abrumáis[13], abandona su carreta, se arma, y va a esperar al camino principal, cometéis una gran infamia si lo castigáis; porque no es él el que ha incurrido en una falta, es el criado empujado contra el vaso: no lo empujéis y no romperá nada, y si lo empujáis, no os asombréis de que lo rompa. De la misma forma, este desgraciado no comete ningún crimen cuando va a robaros: trata de recuperar los bienes que anteriormente le habéis usurpado, vosotros o los vuestros; no hace más que algo muy natural; intenta establecer el equilibrio, que, tanto en lo moral como en lo físico, es la primera de las leyes de la naturaleza; no hace más que lo justo. Pero no era esto lo que quería demostraros; no hacen falta pruebas, no se necesitan argumentos para probar que el débil no hace más que lo que debe cuando intenta recuperar sus posesiones invadidas: de lo que yo quiero convencerlos es de que el fuerte tampoco comete un crimen, ni una injusticia cuando trata de despojar al débil, porque este es mi propio caso; es el acto que todos los días me permito. Ahora bien, esta demostración no es difícil, y la acción del robo, en este caso, está mucho más en la naturaleza que en el caso anterior; porque lo que verdaderamente está en la naturaleza no son las represalias del débil contra el fuerte; estas están en la moral, pero no en lo físico, puesto que para ejecutar estas represalias tiene que usar fuerzas que no ha recibido, tiene que adoptar un carácter que no se le ha concedido, que

de alguna manera contraría a la naturaleza. Lo que está realmente en las leyes de esta madre sabia es la lesión del fuerte sobre el débil, puesto que para llegar a este comportamiento no hace más que usar dones que ha recibido. No adopta, como el débil, un carácter diferente al suyo propio: sólo aprovecha dotes que ha recibido de la naturaleza. Por consiguiente, todo lo que deriva de ahí es natural: su opresión, sus violencias, sus crueldades, sus tiranías, sus injusticias, todas esas manifestaciones diversas del carácter impreso en él por la mano del poder que lo puso en el mundo, son, por consiguiente, simples, puras como la mano que las grabó; y cuando usa de todos sus derechos para oprimir al débil, para despojarlo, no hace más que la cosa más natural del mundo. Si nuestra madre común hubiese querido esa, igualdad que el débil se esfuerza en establecer, si verdaderamente hubiese deseado que las propiedades se repartiesen equitativamente, ¿por qué habría creado dos clases, una de fuertes y otra de débiles? ¿No ha probado acaso suficientemente con esta diferencia que su intención era que existiese en los bienes como existe en las facultades corporales?, ¿no prueba acaso que su designio es que todo esté de una parte y nada de la otra, y esto precisamente para llegar a ese equilibrio, única base de todas sus leyes? Porque, para que el equilibrio exista en la naturaleza, no hace falta que lo establezcan los hombres; el equilibrio de la naturaleza altera el de los hombres: lo que a nuestros ojos parece que lo contraría es justamente lo que lo establece a los suyos, y esto por la razón de que, según nosotros, de esta falta de equilibrio resultan los crímenes mediante los que se establece el orden en ella. Los fuertes se apoderan de todo: para el hombre, esto es una falta de equilibrio. Los débiles se defienden y saquean al fuerte: he aquí crímenes que establecen el equilibrio necesario en la naturaleza. No tengamos nunca escrúpulos de lo que podamos sustraer al débil, porque no somos nosotros los que cometemos el crimen, sino el débil con su defensa o su venganza: al robar al pobre, al despojar al huérfano, al usurpar la herencia de la viuda, el hombre no hace más que usar los derechos que ha recibido de la naturaleza. El crimen estaría en no aprovecharse: el indigente, que aquella ofrece a nuestros golpes, es la presa que entrega al usurero. Si el fuerte parece alterar el orden cuando roba al que está por debajo de él, el débil lo restablece cuando roba a sus superiores, y ambos sirven a la naturaleza.

»Si nos remontamos al origen del derecho de propiedad, llegamos necesariamente a la usurpación. Sin embargo, el robo no es castigado más que porque ataca el derecho de propiedad; pero originariamente este derecho no es más que un robo: por consiguiente la ley castiga el robo que va contra el robo, al débil que intenta recuperar sus derechos, y al fuerte que quiere establecer o aumentar los suyos,

aprovechándose de lo que ha recibido de la naturaleza. ¿Puede existir en el mundo una inconsecuencia más terrible? En tanto que no haya una propiedad legítimamente establecida (y nunca podrá haber ninguna) será muy difícil probar que el robo sea un crimen, porque lo que el robo altera de un lado, lo restablece por otro, y como la naturaleza no se interesa por uno más que por el otro, es totalmente imposible que pueda constatarse la ofensa a sus leyes favoreciendo a un lado más que a otro.

»Por consiguiente, el débil tiene razón cuando, intentando recuperar sus posesiones usurpadas, ataca a propósito al fuerte y lo obliga a la restitución; la única falta que puede cometer es salirse del carácter de debilidad que le imprimió la naturaleza: ella lo creó para ser esclavo y pobre, y su falta está en no querer someterse a esto; y el fuerte, sin esta falta, puesto que conserva su carácter y no actúa más que, de acuerdo con él, tiene razón igualmente cuando intenta despojar al débil y gozar a sus expensas. Ahora, que ambos examinen por un momento dentro de sí mismos: el débil sentirá un pequeño combate cuando se decida a atacar al fuerte, cualesquiera que sean sus derechos; y esta resistencia a satisfacerse procede de que quiere sobrepasar las leyes de la naturaleza revistiéndose con un carácter que no es el suyo; por el contrario, el fuerte, al despojar al débil, es decir, al gozar de todos los derechos que ha recibido de la naturaleza, al darles toda la extensión posible, goza en razón de la mayor o menor extensión. Cuanto más atroz es la lesión que hace al débil, más voluptuosamente excitado es; la injusticia lo deleita, goza con las lágrimas que su opresión arranca al infortunado; cuanto más lo aplasta, más lo oprime, más feliz es, porque entonces está haciendo un gran uso de los dones que ha recibido de la naturaleza, porque el uso de estos dones se convierte en una necesidad, y, por consiguiente, en voluptuosidad. Por otra parte, este goce necesario, que nace de la comparación que hace el hombre feliz entre él y el desgraciado, este goce ciertamente delicioso no aparece nunca mejor ante el hombre afortunado que cuando la desgracia que produce es completa. Cuanto más pisotea a este desgraciado, más grande es la comparación, y por consiguiente, más alimenta su voluptuosidad. Por lo tanto, hay dos placeres muy reales en las extorsiones sobre el débil: el aumento que consigue de sus fondos materiales, y el goce moral de las comparaciones, que se hacen más voluptuosas cuanto más debilitan sus lesiones al infortunado. Por lo tanto, que saquee, que queme, que robe, que no deje a ese desgraciado más que el soplo que debe prolongar una vida cuya existencia necesita el opresor para establecer sus leyes de comparación: todo lo que haga estará en la naturaleza, todo lo que invente no será más que el uso de las fuerzas activas que ha recibido de ella, y cuanto más ejerza sus fuerzas, más se dará

cuenta de su placer, mejor utilizará sus facultades, y, por consiguiente, mejor habrá servido a la naturaleza.

»Permitidme, queridas muchachas —prosiguió Dorval—, que apoye mis razonamientos con algunos ejemplos; ambas habéis recibido una educación que os permitirá que no os asombréis.

»El robo está autorizado en Abisinia, hasta tal punto que el jefe de los ladrones compra su carga y el derecho de gozar de él tranquilamente.

»Esta misma acción se aconseja entre los coríaces; sólo con ella se honran.

»Entre los Tohukichi, una muchacha no puede casarse hasta que ha realizado este oficio.

»Entre los Mingrelianos, el robo es una señal de habilidad y valentía; se enorgullecen públicamente de sus hermosas acciones en este oficio.

»Nuestros modernos viajeros lo encontraron en vigor en la isla de Otaítí.

»El de pillo es un oficio honroso en Sicilia.

»Francia no era más que una vasta guarida de ladrones bajo el régimen feudal: sólo la forma ha cambiado, los efectos son los mismos. Ya no con los grandes vasallos los que roban, sino los robauus; y la nobleza, al perder sus derechos, se ha convertido en la esclava de los reyes que la subyugan[14].

»El famoso ladrón sir Edwin Cameron resistió a Cromwell durante mucho tiempo.

»El ilustre MacGregor hizo una ciencia del robo; enviaba a sus acólitos a las tierras vecinas, cobraba por la fuerza la renta debida por los granjeros y los liberaba en nombre de los propietarios.

»Podéis estar seguras de que no hay ninguna forma de apropiarse del bien del prójimo que no sea legítima. El engaño, la maña o la fuerza no son más que medios buenos para llegar a un fin permitido; el objeto del débil es igualar a la fortuna; el del fuerte obtener y despojar, no importa cómo, no importa a expensas de quién. Cuando las leyes de la naturaleza exigen un cambio total, ¿consultan con los afectados? Todas las acciones del hombre siguen las leyes de la naturaleza, porque todas las acciones humanas no son más que resultado de las leyes de la naturaleza, lo cual debe tranquilizar al hombre e impulsarlo a no asustarse de ninguna... a entregarse en paz a todas, de cualquier tipo y especie que sean. Nada se hace sin necesidad, y todo es necesario en el mundo; ahora bien, la necesidad lo excusa todo; y desde el momento en que una acción se demuestra necesaria, no puede ser considerada infame.

»Un hijo del famoso Cameron, del que acabo de hablaros, perfeccionó el sistema del robo: el jefe daba sus órdenes, se le

obedecía ciegamente, y todos los robos eran depositados en almacenes generales, para a continuación ser repartidos con la mayor justicia.

»Las grandes hazañas de robos pasaban en otro tiempo por heroísmo; se conseguían demostraciones de honor. Dos famosos ladrones tomaron al Pretendiente bajo su protección; iban a robar para distraerle.

»Cuando un ilinois comete un robo, se le absuelve dando al juez la mitad de la suma sustraída, y no se piensa que pueda ser castigado de otra forma.

»Hay países donde se castiga el robo con la ley del talión: se despoja al ladrón, y se le deja ir. Por muy suave que parezca esta ley en este caso, hay otros en los que sus efectos son atroces, y quiero haceros ver su iniquidad. Esta pequeña demostración no estará fuera de lugar: una sola reflexión muy simple os hará ver la injusticia del talión. Enseguida volveremos a nuestra disertación.

»Supongamos que Pedro insulta y maltrata a Pablo; en razón de esto, por la ley del talión, se devuelve a Pedro todo lo que ha hecho a Pablo. Es una injusticia que clama al cielo; porque cuando Pedro hizo a Pablo la injuria de que tratamos, tenía motivos que, de acuerdo con todas las leyes de la equidad natural, disminuyen de alguna manera la atrocidad de su crimen; pero cuando lo castigáis con el mismo tipo de tratamiento que ha hecho sentir a Pablo, no tenéis la misma razón que él, y sin embargo lo tratáis igual de mal. De esta forma, tenemos aquí una gran diferencia entre él y vosotros: él ha cometido una atrocidad basada en motivos, y vosotros, vosotros cometéis la misma atrocidad sin motivo. Esta exposición basta para que veáis toda la injusticia de una ley que los estúpidos encuentran tan hermosa. Prosigamos[15].

»Hubo un tiempo en que los señores alemanes tenían entre sus derechos el de robar en los caminos principales. Este derecho se remonta a las primeras instituciones de las sociedades, cuando el hombre libre o vagabundo se alimentaba, como los pájaros, de todo lo que podía sustraer; entonces era el hijo de la naturaleza, hoy es el esclavo de los prejuicios absurdos, de las leyes atroces y de las religiones imbéciles. Todos los bienes, dice el débil, fueron repartidos por igual sobre la superficie de la tierra. Sea: pero la naturaleza, al crear a fuertes y débiles, indicó suficientemente que ella no destinaba bienes más que al más fuerte, y que el otro no podría gozar de ellos más que sometiéndose al despotismo y al capricho del más poderoso. A este le inspira que robe al débil para enriquecerse; y al débil, que robe al fuerte para realizar la igualdad; y esto, de la misma forma que aconseja al pájaro que robe la semilla del labrador, al lobo que devore el cordero; a la araña que teja su tela. Todo es robo, todo es extorsión en la naturaleza; el deseo de apoderarse del bien del prójimo es la primera... la pasión más legítima que hemos recibido de ella. Son las

primeras leyes que su mano graba en nosotros, es la primera inclinación de todos los seres, y, sin duda alguna, la más agradable.

»El robo era un honor en Lacedemonia. Licurgo hizo de él una ley; decía este gran hombre que hacía a los espartanos, ligeros, hábiles, valientes y ágiles. Todavía es un honor entre los filipinos.

»Los germanos lo consideraban como un ejercicio que convenía a la juventud; había fiestas en las que los romanos lo permitían; los egipcios lo incluían en la educación; los americanos están entregados a él; en África, es norma general; más allá de los Alpes, apenas si es castigado.

»Nerón salía todas las noches de su palacio para robar; al día siguiente, los efectos que había sustraído la víspera eran vendidos en las plazas públicas, y en beneficio suyo.

»El presidente Rieux, hijo de Samuel Bernard y padre de Boulainvilliers, robaba por inclinación y con las mismas consideraciones que nosotros; atacaba a los transeúntes en el Pont-Neuf y les robaba pistola en mano. Envidioso de un reloj que vio a un amigo de su padre, lo esperó una noche, cuando este amigo volvía de cenar en casa de Samuel; lo roba; el amigo vuelve a la casa del padre, se queja, da el nombre del culpable; Samuel asegura que eso es imposible, jura que su hijo está en la cama; se verifica: Rieux no está en su casa. Vuelve poco después; lo esperaban, lo convencen, es cubierto de reproches, confiesa todos sus otros robos, promete corregirse y lo hace: poco después, Rieux se convierte en un poderoso magistrado[16].

»Nada más sencillo de concebir que el robo como libertinaje: produce un necesario choque en los nervios, y de ahí nace la inflamación que lleva a la lubricidad. Todos aquellos que como yo, y sin ninguna necesidad, han robado por libertinaje, conocen este secreto placer; también se puede sentir haciendo trampas en el juego. El conde de X experimentaba una gran excitación: lo he visto teniendo que estafar cien luises a un joven, en el juego de los cientos, porque tenía ganas de fornicárselo y sólo podía obtener la erección robando. Se empieza la partida, el conde roba, se excita, sodomiza al joven, pero se abstiene de devolverle el dinero.

»Con los mismos principios, Argafond roba indiferentemente todo lo que cae en sus manos. Puso una casa de libertinaje donde hacía despojar con todo descaro, en su provecho, a todos aquellos que podía atraer a su serrallo las encantadoras criaturas que lo habitaban.

»¿Quién roba más que nuestros hombres de finanzas? ¿Queréis un ejemplo sacado del siglo pasado?

»Francia poseía novecientos millones de capital; al final del reinado de Luis XIV, el pueblo pagaba setecientos cincuenta millones de impuestos al año, y en los cofres del rey no entraban más que

doscientos cincuenta millones: ¡quinientos millones robados! ¿Creéis que la conciencia de estos grandes ladrones se inquietaba por el robo?

—La verdad —respondí a Dorval—, ya conozco todos vuestros modelos, me gustan vuestros razonamientos, pero confieso que no comprendo cómo un hombre rico como vos, por ejemplo, puede encontrar placer en el robo.

—Porque el choque voluptuoso de esta lesión en la masa de los nervios, a partir del cual surge la erección, según he comprobado —me respondió Dorval—, no es menos intenso por el hecho de ser rico; porque, rico o no, estoy construido igual que los otros hombres. Por otra parte, según yo, sólo tengo lo necesario, y no es lo necesario lo que hace rico, sino lo superfluo; nadie es rico, nadie es feliz más que con lo superfluo; y mis robos me lo proporcionan. No es por la satisfacción de las primeras necesidades por lo que somos felices, sino por el poder de contentar todas nuestras fantasías; aquel que sólo tiene lo que le hace falta para sus necesidades no puede llamarse feliz, es pobre.

Se acercaba la noche; Dorval todavía nos necesitaba; tenía que hacernos probar nuevos detalles lúbricos, que exigían descanso, silencio y tranquilidad.

—Que metan a esos dos alemanes en un coche —dice a uno de los suyos, acostumbrado a servirle en circunstancias semejantes—; estoy seguro de que no se despertarán; dejadles en alguna calle alejada, desnudos: será de ellos lo que Dios quiera.

—¡Oh, señor! —dije—, ¡qué crueldad!

—¿Y qué importa?, me siento satisfecho y es todo lo que esperaba de ellos; ya no los necesito, y que sea de ellos lo que sea; existe una Providencia para todo esto: si la naturaleza los necesita, los conservará; si no tiene nada que hacer con ellos, perecerán.

—Pero sois vos quien los exponéis.

—Satisfago la primera parte de las intenciones de la naturaleza, su mano poderosa cumplirá el resto; que se vayan, tienen suerte de que no haga algo peor; quizás debiese hacerlo.

La orden fue cumplida puntualmente; los dos alemanes no se habrían despertado, ni más ni menos que si estuviesen muertos; después supimos que los habían dejado en una calle apartada, cerca del bulevar nuevo, y conducidos al día siguiente a una comisaría de policía, de donde salieron en cuanto vieron que no podían arrojar ninguna luz sobre su extraña aventura.

En cuanto se fueron, Dorval nos entregó exactamente la cuarta parte que nos correspondía de lo que quitamos a esos dos individuos, y salió. Nos quedamos solas un momento, durante el cual Fatime me previno de que todavía nos quedaba por pasar una terrible escena de lujuria, que ella no sabía exactamente en qué consistía, pero que

estaba segura, al menos, de que no nos sucedería ninguna desgracia... Apenas había acabado de hablar cuando apareció una vieja y nos ordenó con brusquedad que la siguiésemos; obedecimos; después de algunas vueltas por los corredores más altos de la casa, nos metió en una habitación oscura donde nos fue imposible ver nada hasta la llegada de Dorval.

Apareció casi enseguida, seguido por dos bribones de bigotes cuyo aspecto ya me hacía temblar; las velas que traían nos mostraron enseguida la singularidad de los muebles de la habitación en la que estábamos encerradas: al fondo de este cuarto se veía un cadalso, encima del cual había dos horcas y todos los instrumentos necesarios para la ejecución del suplicio de la horca.

—Señoritas —nos dice bruscamente Dorval—, van a recibir aquí el castigo por sus crímenes.

Y, sentándose en un enorme sillón, ordena a sus dos acólitos que nos desvistan de los pies a la cabeza, sin dejarnos ni siquiera medias, zapatos, ni tocados. Llevan los vestidos a sus pies, los registra, nos quita todo el dinero que encuentra; después, haciendo un paquete con el resto, lo tira por una ventana.

—Estas zorras —dice con tono flemático— no necesitan ya esos harapos. Pronto lo único que les hará falta será un ataúd, y ya tengo dos preparados.

En efecto, uno de los agentes de Dorval los saca de debajo del patíbulo y nos los enseña.

—Aunque ambas estéis plenamente convencidas —dice Dorval— de haber despojado esta mañana en mi casa, *con toda maldad*, a esos dos honrados individuos de sus joyas y su oro, no por eso dejo de conminarles a que me digáis la verdad: ¿sois o no culpables de esta atrocidad?

—Somos culpables, señor —respondió Fatime; pues en lo que a mí respecta, totalmente exaltada, empezaba a perder la cabeza.

—Ya que confesáis vuestro crimen —respondió Dorval—, es inútil cualquier formalidad; sin embargo, necesito una confesión completa. ¿No es cierto, Juliette —prosiguió el traidor, obligándome de esta forma a responder—, no es cierto que los dejasteis morir al arrojarlos inhumanamente por la noche en medio de la calle?

—Señor, fuisteis vos... —Después, reponiéndome—: Sí, señor, también somos nosotras las culpables de ese crimen.

—¡Vamos! —dice bruscamente Dorval—, sólo me queda pronunciarme; escuchad vuestra sentencia de rodillas.

Nos pusimos así; entonces, me di cuenta del efecto que producía en este libertino la escena de horror. Obligado a dar salida a un miembro que su calzoncillo ya no podía contener, nos parecía, al dejarlo que se elevase en el aire, uno de esos jóvenes arbustos

desgajados del tronco que se inclina por un momento sobre el suelo.

—¡Vamos, putas! —dice mientras se excita—, vais a ser colgadas... ¡vais a ser estranguladas! Rose Fatime y Claudine Juliette son condenadas a muerte por haber villanamente... odiosamente robado y despojado, después expuesto a morir en medio de la calle, a dos individuos en la casa del Monsieur Dorval: en consecuencia, la justicia ordena que la sentencia sea ejecutada al instante.

Nos levantamos, y a la señal de uno de sus alguaciles, nos acercamos primero una y después otra. Estaba completamente excitado; cogimos su miembro; juró y nos amenazó; sus manos se perdían indiferentemente por todas las partes de nuestro cuerpo y mezclaba sus amenazas con burlas.

—¡Qué cruel soy —decía— entregando tan hermosas carnes a la putrefacción! Pero no hay que esperar ninguna gracia, la sentencia está pronunciada, hay que sufrirla; estos terribles coños serán la presa de los gusanos... ¡oh!, ¡rediós, cuántos placeres!

Y, a un gesto suyo, los dos esbirros que tenía a sus órdenes se apoderaron de Fatime, mientras yo seguía excitándolo. En un minuto, los dos criminales la atan; pero todo estaba dispuesto de forma que la víctima, cayendo sobre un colchón en el suelo, no permaneciese colgada ni un segundo. Vinieron a cogerme; yo temblaba, el miedo me impedía ver: sólo había visto del suplicio de Fatime lo que debía aterrorizarme; el resto se me había escapado, y sólo después de mi propia experiencia reconocí el escaso peligro que corría al sufrir esta singular fantasía. Así pues, me lancé, totalmente aterrorizada, en brazos de Dorval cuando vinieron a cogerme: esta resistencia lo inflamó; me mordió en el costado con tal fuerza que sus dientes dejaron una huella durante dos meses. Sin embargo, me arrastran, y pronto estoy en la misma situación que Fatime. Dorval se acerca. En cuanto caigo al suelo, exclama:

—¡Oh!, ¡santo Dios!, ¿es que no están muertas las zorras?

—Perdonad, señor —responde uno de los suyos—, está hecho, no respiran ya.

Este es el momento del desenlace de la tenebrosa pasión de Dorval; se lanza sobre Fatime, quien se guarda muy bien de moverse, la encoña con su miembro furioso, y, después de unos brinco, cae sobre mí, encontrándome en la misma inmovilidad; introduce, jurando, su miembro hasta el fondo de mi vagina, y allí descarga con síntomas de placer que tienen más de furor que de voluptuosidad.

Fuese vergüenza, fuese desagrado, no volvimos a ver a Dorval. En cuanto a los criados, habían desaparecido en cuanto su dueño se lanzó sobre el patíbulo para someternos a su frenesí. La misma vieja que nos había traído vino a liberarnos; nos cuidó, pero nos anunció que no nos devolverían absolutamente nada de lo que nos habían quitado.

—Os conduciré completamente desnudas —prosiguió la vieja— a casa de Madame Duvergier; le presentaréis vuestras quejas, las solucionará: marchémonos, es tarde, tenemos que llegar antes de que empiece el día.

Furiosa por el procedimiento, pido hablar con Dorval: me lo niegan, aunque estoy segura de que el cachondo nos estaba mirando por un agujero. Así pues, tuvimos que irnos lo más rápidamente posible; un coche nos esperaba, subimos a él, y, en menos de cinco cuartos de hora, nos encontrábamos desnudas en casa de nuestra matrona.

Madame Duvergier no estaba levantada. Nos retiramos a nuestras habitaciones, donde encontramos cada una diez lises y un deshabillé completo, muy por encima del valor de los que habíamos perdido.

—No hablemos de nada —me dice Fatime—; estamos contentas, es inútil que la Duvergier se entere. Te lo he dicho, Juliette, todo esto sucede a sus espaldas, y desde el momento en que no tenemos nada que repartir con ella, no es necesario hablarle de lo ocurrido. Querida —continuó Fatime—, acabas de sufrir un pequeño daño y de recibir una gran lección: que lo uno te consuele de lo otro. Con lo que acabas de aprender en casa de Dorval, estás en condiciones ahora para que todas las partidas que hagas te reporten, con tu habilidad, el triple y el cuádruple de lo que significarían para cualquier otra.

—Realmente —digo a mi compañera—, no sé si me atreveré si nadie me sostiene.

—Serías muy tonta si no lo hicieses —respondió Fatime—; nunca olvides la moral y los consejos de Dorval; la igualdad, querida mía, es mi única ley; y allí donde la fortuna no la establece, le corresponde a nuestra habilidad suplirla.

—Juliette —me dice Madame Duvergier tres o cuatro días después de esta aventura—, vuestras desfloraciones naturales ya están más o menos hechas: ahora es preciso, niña mía, que me reportéis por detrás dos o tres veces más de lo que me habéis reportado por delante. Espero que no seréis escrupulosa a este respecto, y que, siguiendo el ejemplo de algunas imbéciles que tuve en mi casa, no me digáis que el crimen que halláis en esta forma de entregaros a los hombres os impide satisfacerme. Sabed, hija mía, que es la misma cosa: una mujer es mujer en cualquier parte de su cuerpo; no actúa peor prestando su culo que su coño, su boca que su mano, sus muslos que sus axilas; todo esto es indiferente, ángel mío; lo esencial es ganar oro, no importa cómo. ¡Cuán extravagantes son los que se atreven a decir que la sodomía es un crimen que daña a la población! Esto es absolutamente falso: siempre habrá suficientes hombres en la tierra, cualesquiera que puedan ser los progresos de la sodomía. Pero supongamos por un momento que la población se resintiese, ¿acaso no

sería la naturaleza a la que habría que quejarse, puesto que de ella han recibido los hombres inclinados a esta pasión no sólo el gusto y la inclinación que los arrastra a ella, sino incluso la falta de organización o de constitución que les hace inhábiles para los placeres ordinarios de nuestro sexo? ¿Acaso no es ella la que nos pone en el estado de no poder ofrecer verdaderos placeres a los hombres, cuando hemos satisfecho durante mucho tiempo esta pretendida ley de población? Ahora bien, si, por un lado, su mano pone al hombre en la imposibilidad de gustar placeres legítimos, y, por otro lado, constituye a la mujer de una forma absolutamente opuesta a la necesaria para gustarlos, me parece que está muy claro que los ridículos ultrajes — que pretenden los estúpidos que se cometen buscando placeres en otras cosas que no sean las mujeres, o con ellas en el sentido contrario — no son más que inspiraciones de esa misma naturaleza, que gustosamente concede una mínima compensación por las penas impuestas por sus primeras leyes, o que se ve obligada quizás a poner un freno a una población cuya demasiada abundancia sólo tendría como consecuencia perjudicarla. Y esta segunda idea se nos muestra todavía mejor en el plazo que ha prescrito a las mujeres para engendrar. ¿Por qué tales frenos si esa constante población fuese tan necesaria como creen algunos?, y si ha puesto sus límites en este sentido, ¿por qué no habría de ponerlos en el otro, inspirando al hombre o pasiones diferentes o desagrado, que, una vez el deber cumplido, lo obligan a liberarse de un germen con el que la naturaleza ya no tiene nada que hacer? Y sin necesidad de tantos razonamientos, contentémonos con apelar a la sensación misma, y podemos estar seguras de que allí donde sea más sensual, es donde la naturaleza quiere ser servida. Ahora bien, puedes estar segura, Juliette (¡y a quién se lo decía!), hija mía, puedes estar segura de que hay infinitamente más placer en entregarse de esta forma que de la otra; las mujeres voluptuosas que lo han probado no pueden volver ya a la vía ordinaria: todas te dirán lo mismo que yo. Por lo tanto, hija mía, inténtalo por los intereses de tu bolsa y por los de tu voluptuosidad; pues puedes estar segura de que los hombres pagan esta fantasía mucho más cara que los goces comunes, y si yo tengo treinta mil libras de renta hoy, puedo decir que las tres cuartas partes las he ganado entregando culos. Los coños ya no valen nada, muchacha, la gente está cansada de ellos, nadie los quiere, y yo renunciaría ahora mismo a este oficio si no encontrase mujeres dispuestas a esta esencial complacencia.

»Mañana por la mañana, corazón mío —prosiguió esta insigne alcahueta—, entrego tu virginidad masculina al viejo arzobispo de Lyon, que me lo paga a cincuenta lises. Dios te guarde de oponer ninguna resistencia a los deseos exaltados de este buen prelado: se

desmayaría tan pronto como se te ocurriese oponerte a ellos. Y deberás las pruebas de su virilidad a tu sumisión antes que a tus encantos, y si el viejo déspota no encuentra una esclava en ti, sólo será un autómata.

Perfectamente aleccionada sobre el papel que debía cumplir, llego al día siguiente, sobre las nueve de la mañana, a la abadía de Saint-Victor, donde se hospedaba el prelado cuando venía de viaje a París; el santo hombre me esperaba en la cama:

—Madame Lacroix —dice a una mujer muy hermosa, de unos treinta años, y que me pareció que sólo estaba allí para servir de tercero en las escenas lúbricas del prelado—, acercadme a esta muchachita, para que la vea... No está mal, ciertamente: ¿y qué edad tenéis, angelito?

—Quince años y medio, monseñor.

—Vamos, madame Lacroix, desnudadla y no descuidéis ninguna de las precauciones que sabéis.

En cuanto estuve desnuda me fue fácil adivinar cuál era el objeto de tales precauciones. El devoto sectario de Sodoma, sintiendo una terrible aprensión a que los atractivos anteriores de una mujer turbasen su ilusión, exigía que se velasen estos atractivos con tal rigor que ni siquiera pudiese sospecharlos. En efecto, Madame Lacroix los empaquetó tan bien que no se veía la menor huella. Cumplido este deber, la complaciente criatura me lleva hasta la cama de monseñor.

—El culo, madame —dice a la Lacroix—, el culo y nada más que el culo, os conjuro... tened cuidado. ¿Habéis tenido cuidado?...

—Sí, sí, monseñor, y Vuestra Eminencia puede ver que al exponerle la parte que desea, ofrezco a su libertino homenaje el más bonito culo virgen que se pueda besar.

—Sí, en efecto —dice monseñor—, está bastante bien torneado; veamos que lo acaricie.

Y ayudada por su amiga para mantenerme en la elevación necesaria para que el querido obispo pueda besar ampliamente mis nalgas, las soba y las devora por todas partes durante más de un cuarto de hora. No olvidó la caricia favorita de la gente con tal gusto, quiero decir la introducción de la lengua en lo más profundo del ano; igualmente es característico el más marcado alejamiento de la parte vecina, hasta tal punto que habiéndose entreabierto el coño, me rechazó con tal aire de desdén y de disgusto que hubiese huido a veinte leguas de allí si hubiese sido dueña de mí misma. Durante este primer examen, la Lacroix se había desnudado. En cuanto estuvo desnuda, Monseñor se levantó.

—Hija mía —me dice poniéndome sobre la cama en la postura necesaria para sus placeres—, espero que os habrán aconsejado que seáis dócil y complaciente.

—Me atrevo a aseguráros, monseñor —respondí con inocencia—, que no tendréis nada que reprocharme sobre esto.

—¡Ah!, ¡bien, bien!, es que el menor rechazo me disgustaría infinitamente; y con el trabajo que me cuesta ponerme en tal estado, podéis imaginaros qué sería de mí si se alterase la obra por falta de sumisión. Vamos, madame Lacroix, humedeced el camino y tratad de conducir mi miembro con tal habilidad que una vez dentro nada pueda hacerlo salir, más que el desfallecimiento al que lo reducirá mi descarga.

Nada fue descuidado por el amable tercero. Monseñor no estaba demasiado provisto; una perfecta resignación por mi parte, unida a todos los cuidados tomados para hacer que la empresa tuviese éxito, la hizo llegar con prontitud a buen puerto.

—Ya estoy —dice el santo pastor—; por mi fe que hacía mucho tiempo que no jodía nada tan estrecho: ¡oh!, en cuanto a este, garantizo su virginidad, lo juraría cuantas veces quisieran... Vamos, colocaos, Lacroix, colocaos, porque siento que mi esperma eyaculará pronto en este hermoso culo.

A esta señal, Madame Lacroix toca el timbre; llega una segunda mujer, a da que no tuve demasiado tiempo de examinar; con el brazo desnudo, armada con un gran puñado de vergas, se pone a trabajar sobre el culo pontifical mientras que la Lacroix, tumbándose sobre mis riñones, viene a ofrecer su trasero a los lúbricos besos del sodomita que, prontamente vencido por el conjunto de acciones libidinosas, vierte con profusión en mi ano un bálsamo cuya eyaculación sólo debe a los vigorosos golpes que le desgarran el trasero.

Todo acabó: monseñor, excitado, se vuelve a acostar; le preparan su chocolate; y el ama de llaves, vestida de nuevo, me pone en manos de la azotadora, quien, una vez que me ha dado dos luisos para mí, además de dos cincuenta que ya llevaba, me embarca en un coche, al que da la orden de que me conduzca a casa de da Duvergier.

Al día siguiente, en la casa, me muestran un hombre de alrededor de cincuenta años, con un rostro sombrío y pálido que no anunciaba nada bueno.

—Abstente de rechazar a este —me dice la Duvergier introduciéndome en la habitación donde lo había recibido—; es uno de mis mejores clientes, y me causarías un perjuicio irremediable si te niegas a él.

Después de algunos preliminares, siempre dirigidos por los gustos predilectos de este sectario de Sodoma, me pone boca abajo sobre la cama y se dispone a sodomizarme. Sus manos ya separaban mis dos nalgas, el tipo se extasía ya ante el pequeño agujero, cuando, sorprendida por el gran cuidado que pone en ocultarse, y como poseída por una especie de presentimiento, me vuelvo con prontitud...

¡Qué veo, gran Dios!... Un miembro cubierto de pústulas... de verrugas... de chancros, etcétera, síntomas abominables, y por desgracia demasiado reales, de la enfermedad venérea que corroe a este villano.

—¡Oh!, ¡señor! —exclamé—, ¿estáis loco queriendo gozar de una mujer en el estado en que estáis? ¿Queréis perderme para toda la vida?

—¡Cómo! —dice el bandido intentando cogerme por la fuerza—; pero he arreglado ya todo; tu patrona sabe muy bien mi estado; ¿pagaría a las mujeres tan caro si no fuese por el placer de comunicarles mi veneno? Esta es mi única pasión, la única causa por la que no me hago curar.

—¡Oh!, ¡señor!, es una infamia en la que me guardaré de tomar parte.

Y volando a llamar a Madame, podéis juzgar la calidad de los reproches que le dirigí. Por las señas que hacía a este hombre, vi el deseo que tenía de que yo no supiese nada; pero ya era demasiado tarde.

—No arreglaréis nada, señora —dije montada en cólera—; estoy al tanto de todo; es vergonzoso que hayáis querido sacrificarme. No importa, no os comprometeré; únicamente daos prisa en sustituirme, y permitid que me retire.

La alcahueta no se atrevió a oponerse; pero el hombre, que me devoraba ya, no podía resignarse al cambio: el villano había jurado mi perdición; y sólo con gran trabajo se decidió a envenenar a otra. Sin embargo, todo se arregló: apareció otra chica; yo salí. Era una pequeña novicia de trece años, a quien este libertino encontró digna de compensarle. Le vendaron dos ojos; no dudó de nada, y, ocho días después, hubo que llevarla al hospital, adonde fue este criminal a verla sufrir. Este era todo su goce: no conocía, me dice la Duvergier, otro mas delicioso en el mundo.

Otros quince o dieciséis de la misma calaña, pero sanos y bien plantados, pasaron por mi cuerpo en un mes, con más o menos episodios extraños, cuando fui enviada a casa de un hombre cuyos detalles en el acto de la sodomía son suficientemente extraños como para ser contados. Cuál no será vuestro interés, por otra parte, cuando sepáis que este hombre es Noirceuil, que acaba de dejarnos durante los pocos días que debe durar la narración de aventuras demasiado conocidas para él para que necesite oírlas una vez más.

Por un exceso de libertinaje inconcebible, y muy digno del hombre encantador con el que voy a entreteneros, Noirceuil quería que su mujer fuese el testigo de su libertinaje, que le sirviese y se prestase a su vez. Tened en cuenta que me seguían creyendo virgen, y que Noirceuil sólo deseaba a muchachas vírgenes, al menos en esta

parte de su cuerpo.

Madame de Noirceuil era una mujer muy bonita de veinte años a lo sumo. Entregada a su joven esposo, ya entonces con alrededor de cuarenta años y de un libertinaje desenfrenado, os dejó pensar todo lo que había sufrido esta interesante criatura desde que era la esclava de tal libertino. Ambos estaban en el cuarto donde me recibieron. Apenas entré, tocaron un timbre, y aparecieron en seguida dos muchachos de diecisiete a dieciocho años casi desnudos.

—Se dice, corazón mío, que tenéis el culo más hermoso del mundo —me manifiesta Noirceuil en cuanto su reunión estuvo hecha—. Señora —continuó, dirigiéndose a su esposa—, os exijo que me lo hagáis ver.

—Realmente, señor —respondió esta pobre mujercilla muy vergonzosa—, exigís cada cosa...

Muy sencillas, señora; y ya deberíais estar acostumbrada, dado el tiempo que hace que las realizáis: doy a vuestros deberes hacia mí una gran amplitud, y me sorprende mucho que todavía no hayáis hecho ninguna objeción a esto.

—¡Oh!, ¡ni la haré nunca!

—¡Por Dios!, ¡tanto peor para vos!, cuando hay obligación de algo, vale cien veces más prestarse a ello de buena gana, que sentir cada día un suplicio. Vamos, señora, ¡desvestid a esta pequeña!

Sufriendo por aquella pobre dama, iba a quitarme yo misma mis vestidos para ahorrarle el trabajo que querían darle, cuando Noirceuil, impidiéndomelo, trató tan bruscamente a su esposa que no tuvo más remedio que obedecerlo. Durante estos preliminares, Noirceuil se hacía besar por estos dos jóvenes, y los excitaba a su vez con cada una de sus manos; uno le excitaba el agujero del culo, el otro el miembro. En cuanto estuve desnuda, Madame de Noirceuil, siguiendo las órdenes de su marido, le presentó mis nalgas para que las besase, lo que el zorro hizo con los más lúbricos pormenores; y también por orden suya, los dos muchachos están pronto en el mismo estado que yo... ayudado siempre por las manos de su dócil esposa, quien, una vez acabados todos sus servicios, se pone desnuda igual que nosotros. Noirceuil, desnudo igualmente, se encuentra así en medio de dos mujeres bonitas y de dos hermosos muchachos. Indiferente a ambos sexos, sólo desea un altar, el mismo en todos, donde recibir los primeros homenajes de su lujuria; y creo que nunca unos traseros fueron tan lúbricamente besados. El tunante nos mezclaba y algunas veces ponía a un muchacho encima de una mujer para hacer mejor sus comparaciones. Por fin, excitado suficientemente, ordena a su esposa que me tumbé boca abajo sobre el canapé del cuarto y que ella misma dirija su miembro a mi trasero, después de haber tomado la precaución de chuparlo para facilitar la introducción. Como sabéis,

Noirceuil tiene un instrumento de siete pulgadas de ancho por once de largo; y por consiguiente, sólo con grandes dolores llegué a recibirlo: sin embargo, lo introdujo hasta los testículos, ayudado constantemente por su triste víctima. Al mismo tiempo, desaparecía en su culo el miembro de uno de nuestros acólitos. Entonces, el libertino, colocando a su mujer cerca de mí, y en la misma postura que yo estaba, exigió de ella que se sometiese a las mismas lubricidades que él se permitía sobre mi cuerpo. Quedaba un miembro libre: Noirceuil lo coge y, mientras me da por el culo, lo introduce en el delicado ano de su tierna mitad. Por un momento, ella intenta resistirse, pero su cruel esposo, doblándola con brazo firme, sabe obligarla a lo que espera de ella.

—Ya estoy satisfecho —dice, en cuanto todo estuvo en marcha—; soy fornicado, doy por el culo a una virgen, hago sodomizar a mi mujer: nada falta a mis fogosos deseos.

—¡Oh!, ¡señor! —dice gimiendo la honrada esposa de este libertino—, ¿pretendéis que me desespere?

—Mucho, señora, infinitamente en realidad; y confieso, con la franqueza que me conocéis, que gozaría mucho menos si os prestaseis de mejor gana.

—¡Hombre sin moral!

—¡Oh!, ¡sin fe, sin Dios, sin principios, sin religión, por último, hombre terrible! Seguid, seguid, señora, seguid insultándome: no os podéis imaginar el arte que tienen las injurias femeninas para precipitar mi descarga. ¡Ah!, ¡Juliette, manteneos, ya me corro!

Y el pícaro, fornicando, fornicado, viendo fornicar, me lanza, hasta el fondo de las entrañas, una lavativa cuyo uso estaba yo muy lejos de adivinar. Como todos habían descargado, se deshicieron los grupos; pero Noirceuil, constantemente tirano de su esposa, Noirceuil que, para excitarse a nuevos placeres, siente ya la necesidad de una vejación, dice a su mujer que se prepare para lo que ella muy bien sabe...

—¡Qué!, señor —responde esta infortunada—, ¿acaso repetiréis constantemente esa execrable porquería?

—Constantemente, señora; es esencial para mi lujuria.

Y el infame, acostando a su esposa a lo largo del canapé, la obliga a recibir en su boca el semen que depositó en mi culo. Obligada a obedecer, suelto una andanada, no sin un cierto placer malvado en ver al vicio humillar tan cruelmente a la virtud; la desgraciada traga: creo que su marido la hubiese estrangulado si no lo hace.

Y con este ultraje, el cruel esposo encontró las fuerzas necesarias para cometer otros nuevos. Madame de Noirceuil me sustituye y recibe alternativamente en su trasero el miembro de su marido y el de los dos muchachos. No os podéis imaginar la rapidez con que se

sucedían estos tres libertinos en el hermoso culo que se les ofrecía, mientras manoseaban o besaban el mío. Por último, Noirceuil fornicó a sus muchachos, teniendo como perspectiva las nalgas de su mujer. Mientras sodomizaba al primero, nos obligó al que quedaba y a mí a que nos apoderásemos de cada una de las nalgas de su mujer y a que tratásemos con dureza los globos carnosos que ponía en nuestras manos, y cada vez que, en medio de estos episodios, descargaba en el ano de uno o de otro, la pobre criatura estaba obligada a recibir en su boca el semen que él había dejado.

Por último, se redoblaron las ignominias; Noirceuil prometió dos luises a aquel de los tres que vejase mejor a su desgraciada mujer: puñetazos, patadas, bofetadas, capones, nos estaba permitido emplear cualquier cosa; y el criminal, excitándonos, se masturbaba enfrente de la operación. No podéis imaginaros lo que inventamos los jóvenes y yo para atormentar a esa desgraciada; no la dejamos hasta que se desmayó. Entonces, acercándonos al inflamado Noirceuil, lo rodeamos con nuestros culos, y lo excitamos sobre el cuerpo maltratado de la infortunada víctima de su pasión. A continuación, Noirceuil me entregó a los dos jóvenes: mientras uno me fornicaba el culo, el otro me hacía chupar su miembro; algunas veces, entre uno y otro, o yo tenía los dos instrumentos en mi coño, o me poseía uno por delante y otro por detrás.

Recuerdo que estábamos así, cuando Noirceuil, no queriendo que yo tuviese una sola parte de mi cuerpo libre, vino a sumergir su miembro en mi boca para soltar en ella su última descarga, mientras que mi vagina y mi ano recibían la de los dos jóvenes; soltamos todos a la vez: nunca sentí tanto placer.

Noirceuil, a quien mi cuerpo y mis pequeñas maldades habían complacido, me invitó a comer con sus dos jóvenes. Comimos en una sala encantadora, servidos únicamente por Madame de Noirceuil, completamente desnuda, a quien su esposo prometió una escena más terrible que aquella por la que acababa de pasar si no se aplicaba en su trabajo.

Noirceuil tiene inteligencia, lo sabéis; no hay nadie como él para razonar sus extravíos: quise aventurar algunos reproches sobre su conducta hacia su mujer.

—No hay nada tan injusto —le digo— como lo que hacéis pasar a esta pobre criatura...

—Sí, es muy injusto —respondió Noirceuil—, pero únicamente bajo la perspectiva de mi mujer: os respondo que, en cuanto a mí, nada hay tan equitativo como lo que hago con ella, y la prueba de esto es que no hay nada en el mundo que me deleite tanto. Todas las pasiones tienen dos sentidos, Juliette: uno muy injusto, respecto a la víctima; otro singularmente justo, respecto al que la ejerce. Por muy

injusto que sea este órgano de las pasiones respecto a las víctimas de tales pasiones, sin embargo, no es más que la voz de la naturaleza; sólo su mano es la que nos da estas pasiones; su energía es lo único que nos las inspira, y sin embargo, nos hacen cometer injusticias. Por consiguiente, hay injusticias necesarias en la naturaleza; y sus leyes, de las cuales sólo desconocemos los motivos, exigen una suma de vicios al menos igual a la de sus virtudes. El que no siente inclinación por la virtud, debe doblegarse ciegamente bajo la mano que lo tiraniza, seguro de que esta mano es la de la naturaleza, y de que él es el ser elegido por ella para mantener el equilibrio.

—Pero —digo a este insigne libertino— cuando se disipa el delirio, ¿no sentís algunos secretos impulsos de virtud... que, si los siguieseis, os conducirían infaliblemente al bien?

—Sí —me respondió Noirceuil—, siento algunas veces esos secretos impulsos, nacen algunas veces en la calma de las pasiones; y creo que puede explicarse de la siguiente manera.

»¿Es realmente la virtud la que viene a combatir en mí al vicio?, y suponiendo que así sea, ¿debo entregarme a sus inspiraciones? Para resolver este problema, y resolverlo sin parcialidad, pongo a mi mente en un estado de tranquilidad bastante perfecto para que no me pueda acusar ninguno de los dos partidos de que lo he hecho inclinarse más que el otro, y a continuación me pregunto qué es la virtud. Si viese que su existencia tiene alguna realidad, analizaría esta existencia; y si me pareciese preferible a la del vicio, no hay duda de que la adoptaría. Así pues, al reflexionar, veo que se honra con el nombre de virtud todas las diferentes maneras de ser de una criatura por las que esta criatura, haciendo abstracción de sus placeres y de sus intereses, se entrega a la felicidad de la sociedad: de donde resulta que, para ser virtuoso, debo olvidar todo lo que me pertenece, para no ocuparme ya más que de lo que interesa a los otros; y esto con seres que ciertamente no harán otro tanto conmigo: pero, aunque lo hiciesen, ¿sería esta una razón para que yo debiese actuar como ellos, si todas las disposiciones de mi ser se oponen en mí a esta forma de existir? Por otra parte, si se llama virtud a lo que es útil a la sociedad, concretizando la definición se dará el mismo nombre a lo que sea útil a sus propios intereses, de donde resulta que la virtud del individuo será con frecuencia todo lo contrario de la virtud de la sociedad; porque los intereses del individuo son casi siempre opuestos a los de la sociedad; de esta forma, no habrá nada positivo en ella, y la virtud, puramente arbitraria, no ofrecerá nada sólido. Si vuelvo a la causa del combate que siento cuando me inclino hacia el vicio, una vez convencido de que la virtud no tiene una existencia real, fácilmente descubriré que no es ella la que combate en mí, sino que esta débil voz que se hace oír por un momento no es más que la de la educación

y del prejuicio. Una vez hecho esto, comparo los goces, provocho los de la virtud, y los saboreo en toda su extensión. ¡Qué falta de agitación, qué gélido!, no me emociona nada, no me conmueve nada; y, analizando con justicia, reconozco que todo el goce es para el que he servido, y que a mi vez no obtengo de él más que un frío reconocimiento. Pregunto: ¿esto es gozar? Sin embargo, ¡qué diferencia en el partido contrario! ¡Cómo se excitan mis sentidos, cómo se emocionan mis órganos! Sólo con acariciar la idea del extravío que proyecto, un efluvio divino circula por mis venas, una especie de fiebre me posee; el delirio en el que me sumerge esta idea derrama una deliciosa ilusión sobre todas las facetas de mi proyecto; lo preparo, me deleita; examino todas sus ramas, me siento embriagado; ya no es la misma vida, ya no es la misma alma: mi espíritu está fundido con el placer, no respiro ya más que para la voluptuosidad.

—Señor —digo a este libertino, cuyos discursos tengo que confesar que me inflamaban extraordinariamente, y a los yo refutaba sólo para que se abriese más—, ¡ah!, señor, negar una existencia a la virtud es, me parece, querer alcanzar la meta con demasiada rapidez, y exponerse quizás a no obtenerla, al deslizarnos por los principios que deben llevarnos a las consecuencias.

—¡Pues bien! —respondió Noirceuil—, lo entiendo, pero razonemos con más orden. Tus reflexiones me demuestran que estás en disposición de comprenderme; me gusta hablar con gente parecida a ti.

»En todos los acontecimientos de la vida —siguió Noirceuil—[17] en todos aquellos, al menos, que nos dejan la libertad de elección, sentimos dos impresiones, o si se prefiere, dos inspiraciones: una nos empuja a hacer lo que los hombres llaman la virtud, y la otra a preferir lo que llaman el vicio. La historia de este choque es lo que tenemos que analizar. Este flujo no existiría sin nuestras pasiones, dice el hombre honrado; son ellas las que se oponen a los movimientos de la virtud, siempre impresos en nuestras almas por la mano misma de la naturaleza: dominad vuestras pasiones y no se opondrán ya. Pero ¿quién ha convencido a este hombre, que así me habla, de que las pasiones no son más que los efectos de los segundos movimientos, y que las virtudes son los efectos de los primeros?, ¿qué pruebas seguras podrá darme de su hipótesis? Para descubrir esta verdad, y para asegurarme a cuál de los dos sentimientos pertenece la prioridad que debe decidirme (pues es evidente que la primera de esas dos voces que me hable es a la que debo entregarme, como inspiración de la naturaleza, mientras que la segunda no es más que su corrupción), para reconocer, digo, esta prioridad, examino no las naciones individualmente, porque sus costumbres han podido desvirtuar sus

virtudes, sino que observo la masa entera de la humanidad; estudio el corazón de los hombres, primero en su estado salvaje, después en su estado civilizado: este es el libro que, con toda seguridad, va a enseñarme a quién tengo que preferir, si al vicio o a la virtud, y cuál de estas dos inspiraciones es prioritaria. Ahora bien, en este examen, descubro en primer lugar la constante oposición del interés individual al interés general: veo que si el hombre prefiere el interés general, y, por consiguiente, es virtuoso, será muy infortunado toda su vida, y que si, por el contrario, su interés individual le importa más que el interés general, será perfectamente feliz, si las leyes lo dejan en paz. Pero las leyes no están en la naturaleza: por tanto no deben tener importancia en nuestro examen, examen que, abstracción: hecha de las leyes, debe demostrarnos infaliblemente que el hombre es más feliz en el vicio que en la virtud, de donde concluiré que si la prioridad pertenece al in movimiento más fuerte, es decir, a aquel donde reside la felicidad, no hay ninguna duda de que este movimiento es el de la naturaleza, y el otro no es más que su corrupción; se demostrará que la virtud no es el sentimiento habitual 'del hombre, que es simplemente el sacrificio forzoso, que la obligación de vivir en sociedad lo obliga a hacer consideraciones cuya observación podrá revertirle una dosis de felicidad que contrarrestará las privaciones. De esta forma, le corresponde a él elegir: o la inspiración viciosa que, con toda seguridad, es la de la naturaleza, pero que, a causa de las leyes, quizás no pueda darle una felicidad completa... quizás pueda perturbar la que espera; o el mundo ficticio de la virtud, que de ningún modo es natural, pero que al obligarle a algún sacrificio le reportará quizás una compensación por la cruel extinción de la primera inspiración que se ha visto obligado a hacer en su corazón. Y lo que a mis ojos deteriora todavía más el sentimiento de la virtud es que no solamente no es un primer movimiento natural, sino que además, por su propia definición, sólo es un movimiento vil e interesado, que parece decir: *Te doy para que tú me devuelvas*. Por lo que veis que el vicio es tan inherente a nosotros mismos, y es con tanta seguridad la primera ley de la naturaleza, que la más hermosa de todas las virtudes, analizada, sólo es puro egoísmo, y por consiguiente se convierte en vicio. Por lo tanto, todo es vicio en el hombre; el vicio es la única esencia de su naturaleza y de su organización. Es vicioso cuando prefiere su interés al de los otros; sigue siendo vicioso en el seno mismo de la virtud, ya que esta virtud, ese sacrificio de sus pasiones, no es en él más que un movimiento de orgullo, o el deseo de que revierta a él una dosis de felicidad más tranquila que la que le ofrece el camino del crimen. Pero siempre es su felicidad lo que busca, y nunca se ocupa más que de eso; es absurdo decir que hay una virtud desinteresada, cuyo objetivo sea hacer el

bien sin motivo; esta virtud es una quimera. Estad seguros de que el hombre no practica la virtud más que por el bien que piensa obtener de ella, o por el reconocimiento que espera de ella. Que no se me objeten las virtudes del carácter: estas son egoístas como las otras, ya que el que las practica no tiene más mérito que entregar su corazón al sentimiento que más le complace. Analizad cualquier hermosa acción, y veréis si no reconocéis siempre en ella algún motivo interesado. El vicioso trabaja con las mismas miras, pero con mucha más franqueza, y por esto mismo es más estimable; las lograría mucho mejor que su adversario, sin las leyes; pero estas leyes son odiosas, puesto que arrebatando parte de la suma de la felicidad individual para conservar la felicidad general, quitan infinitamente más de lo que dan. De esta definición podéis inducir ahora, como consecuencia, que puesto que la virtud no es en el hombre más que el segundo movimiento; que puesto que es incontestable que el primero que existe en él, abstracción hecha de cualquier otro, es el deseo de conseguir su felicidad, *sin importar a expensas de quién*; que puesto que el movimiento que combate o contraría las pasiones no es más que un sentimiento pusilánime de comprar a mejor precio la misma felicidad, es decir, por un poco de sacrificio y por temor al cadalso; que puesto que la virtud sólo es un sometimiento a leyes que, al variar de clima a clima, no dejan a esta virtud una existencia determinada; sólo se puede sentir por esta virtud el odio y el desprecio más completo; y que si lo mejor que puede hacerse es determinarse a adoptar para el resto de nuestros días una manera de ser que no es más que el resultado de las leyes, de los prejuicios o de los caracteres, que sólo es vil e interesada, y cuya aceptación debe hacernos tan desgraciados que es imposible que el hombre obtenga su presa: entonces este es el cálculo de un loco y sólo hay debilidad en entregarse a él.

»Sé que algunas veces se dice en favor de la virtud: es tan hermosa que hasta el malvado se ve obligado a respetarla. Pero, Juliette, no te dejes engañar por este sofisma. Si el malvado respeta la virtud, es que le sirve, le es útil; no está en contradicción con él más que por la autoridad de las leyes, nunca por sus procedimientos materiales. Nunca es el hombre virtuoso el que perjudica las pasiones del hombre criminal: es el hombre vicioso, porque, al tener ambos los mismos intereses, ambos deben necesariamente perjudicarse y cruzarse en sus operaciones, mientras que el criminal con el hombre virtuoso no tiene nunca discusiones semejantes. Pueden muy bien no estar de acuerdo en los principios; pero no chocan entre sí, no se perjudican en sus acciones; las pasiones del malvado, al contrario, al querer dominar imperiosamente, se encuentran a cada momento con las de su semejante, y sus discusiones deben ser eternas. Este homenaje que rinde el criminal a la virtud no es pues más que egoísta:

no es al ídolo al que inciensa, es al reposo con el que le deja gozar. Pero a veces os dicen que el partidario de la virtud encuentra un goce en ella: de acuerdo; no hay ningún tipo de locura que no pueda proporcionar ese goce; no es el goce lo que yo niego, tan sólo sostengo que, en tanto que la virtud es goce, no solamente es viciosa, como he demostrado, sino que además es débil, y que entre dos goces viciosos yo debo decidirme por el más fuerte.

»Sólo el grado de violencia con el que nos emocionamos caracteriza la esencia del placer. El que no es agitado por una pasión más que de una forma mediocre, no puede ser tan feliz como aquel que se siente vivamente agitado por una pasión fuerte: ahora bien, ¿qué diferencia entre los placeres que da la virtud y los procurados por el vicio! Aquel que pretende haber sentido alguna felicidad poniendo en manos de un heredero el *fideicomiso* de un millón que tenía a su cargo secretamente, ¿podrá sostener que esta porción de felicidad ha sido tan fuerte como la sentida por el que se haya apropiado del millón, después de haberse deshecho sordamente del heredero? Aunque la felicidad esté en nuestra forma de pensar, sólo mediante realidades inflama nuestra imaginación, y, por muy orgulloso de ella que se sienta nuestro honrado hombre, seguramente no habrá sentido tantas sensaciones excitantes como ha obtenido el otro con su millón mediante los goces reiterados. Pero el robo... pero el asesinato del heredero, habrán contrarrestado, diréis, su felicidad. De ninguna manera, si sus principios están firmemente asentados, todas estas cosas pueden perjudicar su felicidad en tanto que le causen remordimientos, pero el hombre asentado en su propia manera de pensar, el que haya llegado a vencer enteramente dentro de él esas reminiscencias molestas del pasado, gustará la felicidad sin ninguna mezcla, y la diferencia existente entre uno y otro consistirá en que el primero no podrá impedir decirse en algunos momentos de su vida: *¡Ah!, ¡si hubiese cogido ese millón, gozaría de él!*, mientras que el otro nunca dirá: *¿Por qué lo cogí?* De esta forma, la acción virtuosa podrá engendrar remordimientos, y la mala los apaga necesariamente por su constitución. En una palabra, la virtud nunca puede procurar más que una felicidad fantástica: sólo existe verdadera felicidad en los sentidos, y la virtud no deleita a ninguno. Por otra parte, ¿es a la virtud a quien se destinan los puestos, los honores, las riquezas?, ¿acaso no vemos todos los días al malvado colmado de prosperidad, y al hombre de bien languidecer en las cadenas? Contentarse con esperar a ver la virtud recompensada en el otro mundo es una quimera inadmisibles ya. Entonces, ¿de qué sirve el culto a una divinidad falsa... tiránica... egoísta, casi siempre viciosa ella misma (lo he demostrado ya) que no concede ningún bien a aquellos que la sirven actualmente, y que sólo promete para el porvenir imposibles o engaños? Por otra parte, es

peligroso querer ser virtuoso en un siglo corrompido; sólo esta particularidad perjudica la felicidad que podría esperarse de la virtud, y es absolutamente preferible ser vicioso con todo el mundo que ser un hombre honrado totalmente solo. “Hay tal distancia entre la forma en que se vive y la forma en que se debería vivir, que aquel que deja —dice Maquiavelo—, lo que se hace por lo que debería hacerse, busca su perdición más que su conservación, y, por consiguiente, es preciso que un hombre que hace gala de ser completamente bueno, entre tantos otros que no lo son, perezca tarde o temprano”. Si los desgraciados tienen la virtud, no sigamos engañándonos respecto a su sentimiento: es que ya sólo pueden colocar su orgullo en este endeble goce; les consuela de las pérdidas que tienen, ese es su secreto.

Durante esta inteligente exposición, Madame de Noirceuil y los muchachos se habían dormido.

—Qué imbéciles son estos seres —dice Noirceuil—; son las máquinas de nuestras voluptuosidades, y eso es demasiado poco para sentir nada. Tu espíritu más sutil, me capta, me entiende, me adivina; Juliette, lo veo, amas el mal.

—Mucho, señor ¡me trastorna la cabeza!

—Llegarás muy lejos, niña mía... te amo, quiero volver a verte.

—Me enorgullezco de vuestros sentimientos, señor; casi me atrevo a decir que los merezco, por la conformidad de los míos con los vuestros... Tuve una educación especial, una amiga mía formó mi espíritu en el convento. ¡Ay!, señor, mi nacimiento habría debido preservarme de la humillación en que me encuentro.

Y después de esto, conté mi historia a Noirceuil.

—Estoy desolado por todo lo que me decís, Juliette —me respondió Noirceuil después de haberme escuchado con la mayor atención.

—¿Y por qué?

—Porque conocí mucho a vuestro padre, soy la causa de su bancarrota, fui yo quien lo arruinó. Por un cierto tiempo fui dueño de su fortuna, podía duplicarla o hacerla pasar a mis manos; por una justa consecuencia de mis principios, me preferí a mí mismo a él; murió arruinado y yo tengo trescientas mil libras de renta. Después de vuestra confesión, debería reparar necesariamente con vos la adversidad en la que os han sumergido mis crímenes, pero esta acción sería un acto de virtud; no me entregaré a ella, porque siento horror por la virtud: esto pone eternas barreras entre nosotros, no me es posible volver a veros.

—Hombre execrable —exclamé—, aunque soy víctima de tus vicios, los amo... sí, adoro tus principios...

—¡Oh, Juliette, si supieseis todo!

—No me dejéis ignorar nada.

—Vuestro padre... vuestra madre.

—¿Y bien?

—Su existencia podía traicionarme... Era preciso que los sacrificase; murieron, con escasa distancia de tiempo, de un bebedizo que les hice tomar en una comida en mi casa...

Un súbito escalofrío se apodera entonces de todo mi ser; pero enseguida, mirando a Noirceuil con esa flema apática de la criminal que, a pesar de mí, imprimía la naturaleza en el fondo de mi corazón:

—¡Monstruo, vuelvo a repetírtelo —exclamé—, me causas horror y te amo!

—¿Al verdugo de tu familia?

—¿Y qué me importa? Lo juzgo todo por las sensaciones; aquellos de los que tus crímenes me separan no hacen nacer ninguna en mí, y la confesión que tú me haces de ese delito me enamora, me sumerge en un delirio del que no puedo ni hablar.

—Encantadora criatura —me respondió Noirceuil—, tu ingenuidad, la franqueza de alma que me muestras, todo me decide a transgredir mis principios: te conservo, Juliette, te conservo, no volverás a casa de la Duvergier.

—Pero, señor... ¿y vuestra mujer?

—Estará sometida a ti; reinarás en la casa; todo lo que la ocupa estará bajo tus órdenes; sólo a ti obedecerá. Este es el poder del crimen sobre mi alma: todo lo que lleva su huella se vuelve querido para mí. La naturaleza me ha hecho para amarlo; es preciso que aborreciendo la virtud caiga constantemente, a pesar de mí, a los pies del crimen y de la infamia. Ven, Juliette, me excito, ofrécame tu hermoso culo para que lo fornie; voy a morir de placer al pensar que hago víctima de mi lubricidad al descendiente de las de mi avaricia.

—¡Sí, fornícame, Noirceuil! Me gusta la idea de convertirme en la puta del verdugo de mis padres; haz correr mi flujo en lugar de mis lágrimas: este es el único homenaje que querría ofrecer a las aborrecidas cenizas de mi familia.

Despertamos a los acólitos; Noirceuil se hizo dar por el culo mientras me sodomizaba, y, habiendo puesto las nalgas de su mujer encima de mis riñones, se las mordió, se las pellizcó, se las golpeó, y todo ello con tal fuerza que la pobre criatura tenía el culo todo magullado cuando Noirceuil perdió su semen.

Desde ese momento, me instalé en la casa. Noirceuil ni siquiera quiso dejarme volver a casa de la Duvergier a recoger mis trapos. Al día siguiente, me presentó a sus criados, a sus amigos, como una prima, y desde ese momento me encargué de hacer los honores en su casa.

Sin embargo, me fue imposible no sacar un momento para ir a ver

de nuevo a mi antigua matrona. Estaba muy lejos del deseo de abandonarla por completo; pero, para sacar mejor partido de ella, no quería parecer que me insinuaba.

—Ven, ven, mi querida Juliette —me dice la Duvergier en cuanto me ve—, te esperaba impaciente, tengo mil cosas que contarte.

Nos encerramos en su habitación, y allí, después de haberme besado calurosamente, felicitado por la felicidad que acababa de tener por gustar a un hombre tan rico como Noircœur, me dice:

—Juliette, escúchame:

»No sé qué idea tienes de tu nueva posición; pero si por desgracia te imaginas que tu calidad de muchacha mantenida te garantiza una fidelidad a toda prueba, y esto con un hombre que ve siete u ocho muchachas al año, ciertamente, ángel mío, estás en un grave error. Por muy rico que sea un hombre, y por mucho bien que nos haga, nunca le debemos ningún agradecimiento, porque él trabaja para sí mismo cuando nos colma de bienes. El oro con que nos cubre es únicamente el efecto o del orgullo que siente en tenernos para él solo, o de los celos que le hacen prodigar sus tesoros para que nadie comparta el objeto de su amor. Pero yo te pregunto, Juliette, si las extravagancias de un hombre deben ser para nosotras motivos suficientes para servir su locura. Por el hecho de que un hombre deba sentirse herido al vernos en los brazos de otro, ¿se sigue de aquí que nosotras debamos forzarnos para no estar en ellos? Voy más lejos: aunque se ame furiosamente al hombre con el que se vive, aunque se sea su mujer, su dueña más querida, siempre será completamente absurdo imponernos cadenas. Se puede fornicar de todas las formas posibles sin que disminuyan en nada los sentimientos del corazón. Aunque se ame todos los días a un hombre hasta el exceso, esto no impide que se forneque con otro: no es el corazón el que da el placer, sino el cuerpo. Los extravíos más desenfrenados, más intensos del libertinaje, no disminuyen la delicadeza del amor. Por otra parte, ¿en qué consiste el mal que se hace a un hombre que se ultraja prostituyéndose a otro? Me confesarás que a todo lo más sólo es una lesión moral; no hay más que tomar las mayores precauciones para que nunca pueda saber la infidelidad de la que es objeto: desde ese momento, no puede ser herido. Digo más: una mujer muy buena que, sin embargo, diese pie a sospechas sobre ella, bien porque estas sospechas naciesen de la imprudencia, bien porque fuesen fruto de la mentira, por muy virtuosa que la creas, sería infinitamente más culpable frente al hombre que la ama, que aquella que, aunque se entregase de la mañana a la noche, tuviese el arte de ocultarlo a todas las miradas. Voy más lejos todavía: digo que una mujer, por muchas razones que tenga para tratar con miramientos a un hombre, para amarlo incluso, puede dar a otro su corazón y su cuerpo; incluso

amando mucho a un hombre, puede amar también mucho al ser con el que se acuesta accidentalmente; entonces es una inconstancia, y, según yo, nada va tan bien con las grandes pasiones como la inconstancia. Hay dos formas de amar a un hombre: el amor moral y el amor físico. Una mujer puede idolatrar moralmente a su amante y esposo, y amar física y momentáneamente al joven que le hace la corte; puede entregarse a él sin ofender de ninguna manera los sentimientos morales debidos al primero: cualquier individuo de nuestro sexo que piense de diferente manera es una loca, que no trabaja más que para su infortunio. Por otra parte, ¿puede limitarse una mujer de carácter a las caricias de un solo hombre? Si es así, tenemos entonces a la naturaleza en perpetua oposición con vuestros pretendidos preceptos de constancia y fidelidad. Ahora bien, dime, por favor, qué peso puede tener a los ojos de un hombre sensato un sentimiento en constante contradicción con la naturaleza. Un hombre lo suficientemente ridículo como para exigir de una mujer que no se entregue nunca a otros más que a él, cometería una tontería tan grande como aquel que quisiera que su esposa o su amante no cenase nunca con otros; además ejercería una terrible tiranía: pues si no está en condiciones de satisfacer él solo a una mujer, ¿con qué derecho exige a esta mujer que sufra, y no pueda contentarse con otro? Hay aquí un egoísmo, una dureza increíbles, y tan pronto como una mujer reconociese tales sentimientos en aquel que pretende amarla, esto debe bastarle para decidirla a compensarse al momento de la cruel tortura a que quiere reducirla su marido. Pero si, por el contrario, una mujer está unida a un hombre sólo por el interés, ¿no tiene acaso una razón más poderosa para no forzar en nada sus inclinaciones y sus deseos?; desde ese momento sólo se ve obligada a prestarse cuando la pagan; no debe su cuerpo más que al instante del pago; todas las demás horas son suyas, y entonces es cuando le están más permitidas las inclinaciones del corazón: ¿por qué habría de someterse si no está comprometida más que físicamente? El amante pagador, o el esposo, deben de ser unos jueces excesivos para exigir del objeto de su ternura un corazón que deben saber que es impagable; no razonan demasiado si no saben que no se compran los sentimientos del alma. Desde ese momento, con tal que la mujer a la que uno y otro pagan se preste a lo que deseen, no pueden reprocharle nada, y serían unos locos si exigiesen algo más. En una palabra, no es la virtud de una mujer lo que quiere un amante o un marido, es la apariencia de la virtud. Quien no fornicque, pero lo parezca, está perdida; por el contrario, quien fornicque con el mundo entero, pero se oculte, esta es una mujer con buena reputación[18]. Hay ejemplos que apoyarán mi exposición, Juliette: el momento en que vienes a verme es bueno para convencerte. Tengo aquí dentro quince mujeres, al menos, que vienen

a prostituirse a mi casa, o que envió a hacerse fornicar al campo; échales una ojeada: te contaré la historia de cada una mientras te las señalo; pero piensa que sólo por hacerte un favor cometo semejante imprudencia; no me atrevería con nadie más.

A estas palabras, la Duvergier abrió una especie de ventana secreta, que, si ser vistas, nos permitía observar todo lo que había en el salón.

—Mira ese círculo —me dice—, ¿te engañaba diciéndote que había quince? Cuéntalas.

Quince mujeres encantadoras, pero todas vestidas de diferente manera, esperaban efectivamente, en silencio, las órdenes que iban a darles.

—Comencemos —me dice la Duvergier— por esa hermosa rubia que ves la primera, en el rincón de la chimenea; seguiremos el círculo partiendo de ahí: es la duquesa de Saint-Fal, cuya conducta no puede ser criticada sin duda alguna; pues con todo lo bonita que es, su marido no puede soportarla. Aunque la veas aquí, aspira a la mayor virtud; tiene una familia que la vigila y que la haría encerrar si su conducta fuese conocida.

—Pero —digo a la Duvergier— ¿no se arriesgan todas esas mujeres al encontrarse reunidas aquí? Pueden volver a verse en otra parte y perderse.

—En primer lugar —me respondió la matrona—, no se conocen; pero si, por casualidad, llegasen a conocerse, ¿qué podría decir una que no volviese la otra contra su acusadora? Unidas todas por el mismo interés, no tienen que temer traicionarse, y desde hace veinticinco años que sirvo a estas u otras parecidas, nunca he oído hablar de indiscreciones semejantes; ni las temen. Prosigamos.

»Esa mujer alta de alrededor de veinte años, que ves cerca de la duquesa, y cuyo rostro celeste se parece al de una hermosa virgen, está loca por su marido; pero la domina un temperamento fogoso; me paga para que le muestre gente joven. ¿Puedes creer que ya es libertina hasta el punto de que, por mucho que me pague, me es imposible encontrar miembros suficientemente gordos para satisfacerla?

»Mira un ángel no lejos de ahí: es la hija de un consejero del parlamento; me la gané con mi astucia; su ama de llaves me la trae; apenas tiene catorce años. Sólo la entrego a pasiones donde no entra el joder; me ofrecen quinientos luises por su virginidad; no me atrevo a darla. Espera a un hombre que descarga con sólo besarle el trasero; quiere darme mil luises por su culo: como ofrece menos peligro, voy a solucionarlo en seguida.

»Esa otra muchacha de trece años, que ves a continuación, es una pequeña burguesa a la que he sobornado; va a casarse con un hombre

al que ama con locura; pero está entregada a las mismas lecciones que acabo de darte. Ayer vendí su virginidad antifísica a Noirceuil, mañana gozará de él; un joven obispo me la desvirga hoy en el mismo sitio; como lo tiene más pequeño que tu amante, este no dudará de nada.

»Observa atentamente esa bonita mujer de veinticinco años. Vive con un hombre que la adora... que la cubre de regalos; ambos hacen cosas increíbles el uno por el otro: la zorrilla no jode menos por eso; ama a los hombres con furor; su mismo amante se lo permitió en otro tiempo, y sólo a él le debe los desórdenes en los que se sumerge; sigue los ejemplos que le dio, y fornicación aquí todos los días, sin que el querido hombre lo sepa.

»Esa bonita morena que ves cerca de ella es la mujer de un viejo que se casó con ella por amor; lleva las atenciones que tiene con él hasta el punto de crearse una asombrosa reputación de virtud: puedes ver cómo se compensa de eso; espera aquí a dos jóvenes; y, esta tarde, volverá para estar con el que ama; los de esta mañana son por libertinaje: el corazón será satisfecho esta tarde.

»Junto a ella hay una devota. Mira su vestido; esa zorra pasa su vida entre el sermón, la misa y el burdel; tiene un marido que la adora, pero que no puede corregirla; agria, imperiosa en su trato, cree que debe perdonársele todo por su beatería. Aunque haya tenido suerte con su marido, no por eso deja de hacerle el más desgraciado de los hombres. A mí me da un trabajo enorme para contentarla porque sólo quiere fornicar con curas. Es verdad que la edad y el porte le son indiferentes: con tal de que sea un servidor de Dios, la puta está contenta.

»Más acá de esta hay una mujer entretenida por doscientos luises al mes: aunque le diesen el doble no le impedirían que se dedicase a libertinajes colectivos; es una de mis alumnas. Su viejo arzobispo apostaría sus bienes a que es más casta que la Virgen, y a expensas de este se alimenta. ¡Si vieses cómo lo engaña! Ese es el arte de las mujeres, Juliette; hay que utilizarlo en nuestra condición o resignarse a morir de hambre.

»A continuación viene una pequeña burguesa de diecinueve años, bonita, como ves, más allá de lo que pueda decirse con palabras. No hay nada que su amante no haya hecho por ella: la ha sacado de la miseria, ha pagado sus deudas, ahora la mantiene en la mejor situación; desearía que hubiese astros de los que apoderarse para ofrecérselos; y la putilla no tiene un solo momento suyo que no lo dedique a joder. No es el libertinaje lo que guía a esta, sino la avaricia; hace, todo lo que se quiera, pasa con quien mejor me parezca, con tal de que la paguen muy caro: ¿está equivocada? El

bruto a quien voy a entregarla la dejará en cama por seis semanas, pero ella tendrá diez mil francos; y se ríe de lo demás.

—¿Y el amante?

—¡Bah!, una caída... un accidente... Con el arte que tiene, se lo haría creer al mismo Dios.

»Esa muchachita —siguió la Duvergier, mostrándome una niña de doce años bonita como una diosa— es un caso muy singular: es su madre quien la vende por necesidad. Ambas podrían trabajar, incluso les han ofrecido trabajo: no lo quieren; sólo les conviene el libertinaje. También es Noirceuil a quien está destinado el culo de esta niña.

»¡Ese es el triunfo del amor conyugal! No hay una mujer que quiera a su marido como esta —continuó la Duvergier, mostrándome una criatura de veintiocho años, hermosa como Venus—, ella lo adora, está celosa de él, pero el temperamento la domina; se disfraza; la consideran una vestal y no hay semana que no vea a quince o veinte hombres en mi casa.

»Y ahí tienes una por lo menos tan bonita —prosiguió mi institutriz— y en una posición realmente extraordinaria; su propio marido es quien la prostituye. Aunque está loco por ella, será el tercero de la partida, y él mismo servirá de alcahuete a su mujer; pero sodomizará al fornicador.

»El padre de esa joven, tan hermosa y gentil, trae él mismo aquí a esa encantadora niña; pero no quiere que la forniquen; lo demás le es indiferente, con tal de que se respete ambas virginidades; hace igualmente de tercero. Lo estoy esperando, porque el hombre al que voy a entregar a su hija está ya aquí; la escena será bonita. Siento que tengas prisa y no puedas hacer un papel en ella. Sé que estarían de acuerdo en admitirte.

—¿Y qué ocurrirá?

—El padre querrá azotar al hombre al que va a entregar a su hija; este no querrá; mil bajezas por parte de uno, mil obstinados rechazos por parte del otro, quien, armándose con un bastón, acabará por zurrar al padre, descargando sobre el culo de la hija. ¿Y el papá? Devorará el semen perdido, soltando el suyo, y mordiendo de rabia el culo del que acaba de zurrarle tan bien.

—¡Qué pasión! ¿Y qué haría yo allí?

—El padre te devolvería a ti los golpes que le diesen a él. Quizás quedarías un poco marcada, pero con cien luises de gratificación.

—Proseguid, señora, proseguid; sabéis que hoy no puedo.

—Esa es la penúltima: una joven muy bonita, que goza de más de cincuenta mil libras de renta, y de una excelente reputación; ama a las mujeres, observa cómo las mira de reojo; también le gustan los sodomizadores, todo sin dejar de adorar a su esposo. Pero sabe muy bien que lo que le afecta en el físico es absolutamente independiente

de lo moral. Fornica con su marido por un lado, y viene a que se lo hagan por el otro; así todo solucionado.

»Finalmente, esa última es una soltera con grandes pretensiones, una de las más famosas hipócritas de París; creo que golpearía, en el mundo normal, a un hombre que le hablase de amor; y me paga muy caro por hacerla joder unas cincuenta veces al mes, en mi casita.

¡Entonces, Juliette!, ¿dudas después de todos estos ejemplos?

—Es evidente que no, señora —respondí—; fornicare en vuestra casa por interés y por libertinaje; me entregaré a todos los grupos libidinosos a los que os plazca enviarme; pero cuando mis prostituciones vayan a cuenta vuestra, os prevengo de que no lo haré por menos de cincuenta luises.

—Los tendrás, los tendrás —me respondió la Duvergier en el colmo de la alegría—. Sólo quería tu aprobación; el dinero no me inquieta; sé dulce, obediente, no te niegues nunca a nada; te conseguiré montones de oro.

Y como era tarde y yo temía que Noirceuil se inquietase con la duración de esta primera salida, volví pronto a cenar a la casa, verdaderamente desesperada por no haber podido ver a algunas de esas mujeres en acción, o compartirla con ellas.

Madame de Noirceuil no veía con sangre fría que su rival estuviese instalada en su casa; la manera imperiosa y dura con la que su marido la había obligado a obedecer me contribuía todavía más a la actitud que demostraba en cada momento. No había un solo día que no llorase de despecho: infinitamente mejor alojada que ella, mejor servida, mucho más ricamente vestida, con un coche para mí sola, mientras que ella apenas si tenía acceso al de su marido, es fácil imaginarse hasta qué punto debía de odiarme esta mujer. Pero mi ascendiente sobre el espíritu del señor estaba demasiado bien establecido como para que tuviese nada que temer de las insolencias de la señora.

Sin embargo, podéis imaginaros que Noirceuil no actuaba así por amor. Veía en su unión conmigo los medios para crímenes: ¿necesitaba algo más su páfida imaginación? No había nada tan regulado como los desórdenes de este criminal. Todos los días, sin que nadie pudiese romper nunca esta orden, la Duvergier le proporcionaba una virgen que no podía tener más de quince años y nunca menos de diez: daba cien escudos por cada una de estas muchachas, y la Duvergier veinticinco luises de daños e intereses, si Noirceuil podía probar que la muchacha no era totalmente virgen. A pesar de todas estas precauciones, mi ejemplo os demuestra hasta qué punto era engañado cada día.

Esta sesión de libertinaje tenía lugar ordinariamente todas las tardes: los dos muchachos, Madame de Noirceuil y yo nos

encontrábamos siempre allí, y cada día la tierna y desgraciada esposa se convertía en la víctima de estas excitantes y singulares lujurias. Los muchachitos se retiraban, y yo comía a solas con Noirceuil, que se embriagaba con bastante frecuencia, y acababa por dormirse en mis brazos.

Tengo que convenir con vosotros, amigos míos, que desde hacía mucho tiempo yo ardía en deseos de poner en práctica los principios de Dorval. Parecía que los dedos me ardiesen; quería robar, al precio que fuese. Yo no había probado todavía, pero no dudaba de mi habilidad: únicamente estaba obstaculizada por el individuo con que debía emplearla. Tenía la oportunidad más hermosa del mundo en casa de Noirceuil: su confianza era tan grande como inmensas sus riquezas, sus desórdenes extremos: no había día que no pudiese sustraerle de diez a doce luises, sin, que se diese cuenta. Por un singular cálculo de mi imaginación... por un sentimiento del que quizás ni me había dado cuenta, no me permití nunca hacer daño a un ser tan corrompido como yo. Sin duda, esto es lo que se llama la buena fe de los bohemios: pero yo la tuve. Había otra razón en este proyecto de reserva: quería hacer mal robando; esta idea me obsesionaba. Ahora bien, ¿qué crimen cometía despojando a Noirceuil? Considerando más sus propiedades, no hacía más que recuperar mis derechos; por consiguiente, no existía ni la más ligera apariencia de delito en este comportamiento. En una palabra, si Noirceuil hubiese sido un hombre honrado, no le habría perdonado; pero era un criminal y yo le respetaba. Viéndome constantemente en infidelidades hacia él, me preguntaréis quizás por qué esta veneración no me seguía para lo demás: ¡oh!, esto era diferente; estaba en mis principios no creer ningún mal en la infidelidad. En Noirceuil me gustaba el libertinaje, la singularidad de su espíritu; pero al no estar loca por su persona, no me creía ligada a él hasta el punto de no engañarle cuando me parecía bien; viendo a muchos hombres, podía encontrar uno mejor que Noirceuil. Aunque esta misma felicidad no me hubiese sucedido, las partidas de la Duvergier significaban mucho para mí; y no podía sacrificarlas a un sentimiento caballeresco por Noirceuil, en el que no podía existir profundamente ningún sentimiento de delicadeza. De acuerdo con este plan de conducta, acepté, como veréis, una partida que me propuso la Duvergier, unos días después de la entrevista con ella de la que acabo de hablaros.

Esta partida debía tener lugar en casa de un millonario que, no ahorrando nada en sus placeres, pagaba a peso de oro a todas las criaturas bastante complacientes como para satisfacer sus vergonzosas lujurias. No puede imaginarse el grado de amplitud que puede tener el libertinaje; no es posible hacerse una idea de hasta qué punto se degrada el hombre que sólo escucha ya las excitantes pasiones

inspiradas por ese delicioso vicio.

Seis muchachas encantadoras de casa de la Duvergier debían acompañarme a casa de este Creso; pero, al ser yo más distinguida que las otras, el verdadero culto se dirigía únicamente a mí, siendo ellas mis sacerdotisas.

En cuanto llegamos, nos introducen en un gabinete cubierto de satén castaño, color adoptado, sin duda, para realzar el color de la piel de las sultanas que eran recibidas en él, y allí, la introductora nos dijo que nos desnudásemos. En cuanto lo estuvimos, me ciñó con una gasa negra y plata que me distinguía de mis compañeras: este arreglo, el canapé en el que me tumbaron, mientras que las otras, de pie, esperaban en silencio las órdenes que debían darles, el aire de atención que tenían hacia mí, todo me convenció pronto de las preferencias que me estaban destinadas.

Entró Mondor. Era un hombre de setenta años, bajito, rechoncho, pero con ojos libertinos y vivos. Examina a mis compañeras, y, después de alabarlas una tras otra, me aborda dirigiéndome algunas de esas groseras gentilezas que no se encuentran más que en el diccionario de los burdeles.

—Vamos —dice a su ama de llaves—, ¡pongámonos al trabajo, si estas señoritas están listas!

Tres escenas componían el conjunto de este acto libidinoso: mientras yo me dirigía a despertar con mi boca la actividad adormecida de Mondor, mis seis compañeras, distribuidas en tres grupos, tenían que realizar, bajo sus miradas, las más voluptuosas posturas de Safo; ninguna de sus posturas podían ser iguales, tenían que cambiarlas a cada momento. Insensiblemente, los grupos se mezclaban, y nuestras seis bribonas, que ensayaban desde hacía unos días, formaron por fin el cuadro más novedoso y libertino que se pueda imaginar. Hacía una media hora que estaban en acción, cuando empecé a percibir un poco de progreso en el estado de nuestro septuagenario.

—Hermoso ángel —me dice—, creo que estas putas hacen que me excite, enseñadme vuestras nalgas, porque, si sucediera que me pusiese en estado de perforar el hermoso culo que dócilmente vais a ofrecer a mis besos, iríamos en seguida al grano, sin necesidad de nada más.

Pero Mondor, augurando de esta forma sus fuerzas, no había consultado a la naturaleza.

—Vamos —me dice al cabo de un par de pruebas suficientes para hacerme ver cuál iba a ser el tipo de sus ataques—, vamos, veo que todavía se necesitan algunos vehículos.

Y, roto el grupo, lo rodeamos las siete. Entonces, con un buen puñado de vergas cada una, ofrecidas por la carabina, caímos una a

una sobre el viejo culo arrugado del pobre Mondor, que mientras que una lo azotaba manoseaba los atractivos de las otras seis. Lo zurrámos hasta que brotó sangre, pero no avanzamos nada.

—¡Oh cielos! —nos dice el pobre hombre—, estoy reducido a las últimas.

Y completamente sudando, resoplando, el villano nos miraba para pedirnos ayuda.

—Señoritas —nos dice en ese momento la compasiva carabina, refrescando con lociones de agua de colonia las desgarradas nalgas de su amo—, no veo más que una sola forma de volver la vida al señor.

—¿Y cuál es esa forma, señora? —respondí—. No hay ninguna que no adoptemos para sacarlo de esa languidez.

—Bien —respondió la carabina—, voy a tumbarlo encima de ese canapé. Vos, amable Juliette, arrodillada delante de él, seguiréis calentando, en vuestra boca de rosa, el instrumento helado de mi pobre amo. Sé que sólo vos podríais devolverle la vida. En cuanto a ustedes, señoritas, es preciso que vengan, una a una, a realizar tres cosas bastante singulares sobre este individuo: primero abofetearle con fuerza, escupirle en el rostro y pegarle en la nariz: en cuanto hayáis pasado todas, veréis los sorprendentes efectos de este remedio.

Cuando la vieja acaba de hablar, todo se ejecuta, y confieso que me quedé sorprendida por la categoría del restaurante: el balón se infla en mi boca hasta el punto de que apenas puedo contenerlo. Es cierto que no os podríais hacer una idea de la rapidez con la que se realizaban todos los episodios ordenados con ese pobre libertino; y nada era tan agradable como los diferentes ruidos que producían a la vez, en el aire, la multiplicidad de los pedos, de las bofetadas y las expectoraciones. Por fin, el perezoso instrumento se desentumece, hasta el punto de que creo que van a estallar mis labios, cuando, levantándose con rapidez, Mondor hace una señal a su ama de llaves para que prepare todo para el desenlace: sólo a mi culo le está reservado el honor. La vieja me coloca en la postura exigida por la sodomía; Mondor, ayudado, conducido por su ama de llaves, se sumerge al instante en el templo de los más dulces placeres de esta pasión. Pero no he dicho todo: yo hubiese fracasado sin el episodio crapuloso con que Mondor coronaba su éxtasis. Mientras que el disoluto me daba por el culo, era preciso:

1.º que su ama de llaves, armada con un inmenso consolador, le devolviese el mismo servicio;

2.º que una de las muchachas, arrodillada debajo de mí, hiciese mucho ruido en mi coño excitándolo con su lengua;

3.º que se ofreciese a cada una de mis manos un hermoso culo;

4.º y por último, que las dos muchachas que estaban a horcajadas, la primera sobre mi espalda, y la segunda sobre la espalda de esta,

cagasen las dos al tiempo e inundasen de mierda, la una la boca del disoluto, la otra su frente.

Pero cada una, alternativamente, cumplía estos dos últimos papeles: todas cagaron, incluso la vieja; todas me excitaron; todas sodomizaron a Mondor, quien, cediendo a las titilaciones de placer con que lo embriagábamos, lanza por fin hasta el fondo de mi ano los deplorables chorros de su claudicante lujuria.

—¡Qué, señora! —dice el caballero, interrumpiendo en este punto a Juliette—. ¡Qué!, ¿también cagó la vieja?

—Claro —respondió nuestra historiadora—; no concibo que con vuestra cabeza, caballero, podáis asombraros de esto; cuanto más arrugada está una mujer, mejor hace esta operación; las sales son más ácidas, los olores más fuertes... En general, nos engañamos sobre las exhalaciones emanadas del *caput mortuum* de nuestras digestiones; no tienen nada de malsano, son muy agradables... No hay nada a lo que uno se acostumbre tan fácilmente como a respirar una mierda; comerla es delicioso, tiene absolutamente el mismo sabor que la aceituna. Estoy de acuerdo en que hay que forzar un poco la imaginación; pero cuando se consigue, os aseguró que este episodio se convierte en un acto de libertinaje muy sensual.

—Pues lo ensayaré antes de que sea demasiado tarde, os lo juro, señora —dice el caballero, manoseando con gusto un miembro excitado horriblemente por la idea de que se hablaba.

—Cuando queráis —dice Juliette—, me ofrezco a satisfaceros... En este mismo momento, si lo deseáis; vos tenéis el deseo, yo la necesidad.

Y el caballero, tomando a Juliette la palabra, pasó con ella a un cuarto vecino, del que no salieron hasta después de una media hora larga, empleada sin duda por el caballero en los más voluptuosas pruebas de esta pasión, y por el marqués en algunas vejaciones sobre las nalgas mancilladas de la desgraciada Justine.

—¡Es realmente delicioso! —dice el caballero a su vuelta.

—¿Has comido? —dice el marqués.

—Absolutamente todo...

—Estoy asombrado de que no conocieses eso: hoy no hay un niño de dieciocho a veinte años que no se lo haya hecho hacer a muchachas. ¡Vamos, Juliette, prosiguid! Es muy bonito encender nuestras pasiones, como vos lo hacéis, con interesantes relatos, y apaciguarlos después con vuestras deliciosas complacencias.

—Hermoso ángel —me dice Mondor, arrastrándome con él a su cámara posterior después de despedir a las otras mujeres—, os queda un último servicio por prestarme, y de él espero mis más divinos placeres. Tenéis que imitar a vuestras compañeras, tenéis que cagar como ellas, y darme en la boca al mismo tiempo la mierda divina de

vuestro culo y el semen con que acabo de regarlo.

—Por supuesto, señor, estoy dispuesta a obedeceros —respondí con humildad.

—¡Qué honor!, ¿puedes hacerlo?... Muchacha adorable, ¡este servicio está en tu poder!... ¡Ah!, nunca habré descargado tan bien.

Nada más entrar en el gabinete, había reparado en un paquete sobre el escritorio, bastante voluminoso, que contenía, por lo que yo imaginaba, cosas que podían ser muy útiles para mejorar mi fortuna. En cuanto reparé en él, el primer deseo de mi corazón fue apoderarme de él con habilidad. Pero ¿cómo hacerlo? Yo estaba desnuda; ¿dónde ocultar este paquete, casi tan gordo como mis dos brazos, aunque bastante corto?

—Señor —digo a Mondor—, ¿no llamáis a nadie para que nos ayude?

—No —dice el financiero—, yo saboreo solo este último goce; pongo en él episodios tan lúbricos, detalles tan voluptuosos...

—¡Oh!, no importa, no importa, necesitamos a alguien.

—¿Tú crees, ángel mío?

—Con toda seguridad, señor.

—Pues bien, ve a ver si todas esas mujeres se han marchado; si no, haz venir a la más joven: su culo me ha excitado bien y es la que más deseo de todas.

—Pero, señor, no conozco vuestra casa; por otro lado, el estado en que estoy...

—Voy a llamar.

—No, señor, no quiero aparecer así ante los ojos de vuestros criados.

—Pero si es la vieja la que vendrá.

—En absoluto, está acompañando a las muchachas.

—¡Oh, cuánto misterio, cuánto tiempo perdido!

Y lanzándose enseguida a las habitaciones que acabábamos de dejar, el imbécil, sin darse cuenta, me deja en medio de sus tesoros. Aquí no estaba reprimida por ningún motivo que, como en casa de Noirceuil, me impidiese entregarme a la gran inclinación que sentía de apoderarme del bien de otro. Así pues, no pierdo ni un minuto: en cuanto el hombre se ha dado la vuelta, salto sobre el paquete y, metiéndolo en el gran moño que cubría mi cabeza, lo oculto, por este engaño, a todos los ojos. Apenas terminé me llama Mondor. Las muchachas no se habían ido todavía; no deseando que entrasen en su gabinete, prefería que la escena tuviese lugar en el mismo sitio que había sido testigo de las primeras. Volvimos a pasar a él; la más joven chupó el miembro del paciente; se llena la boca de esperma mientras yo dejaba en la suya los platos que tanto le complacían. No se dio cuenta de nada; me arreglé; dos coches nos esperaban, y nos

separamos del peregrino, después de haber sido pagadas con largueza.

—¡Oh Dios! —me digo al entrar en casa de Noirceuil, y viendo cómodamente el rollo que había sustraído—, ¿es posible que el cielo favorezca de tal forma mi primer robo!

El paquete contenía unos sesenta mil francos de billetes pagables al portador y sin que se necesitase ninguna firma.

De vuelta a mi casa, vi que, por una increíble fatalidad, me habían robado mientras yo robaba: habían forzado mi secretaire, y cinco o seis luises que habían encontrado dentro de él habían sido la presa del ladrón. Consulto a Noirceuil sobre este hecho y me asegura que sólo puede haber sido cometido por una tal Gode, una muchacha muy bonita de veinte años que Noirceuil había puesto a mi servicio en cuanto entré en su casa, que servía de tercero con mucha frecuencia en nuestros placeres, y a la que, por un capricho propio del libertinaje de su carácter, se había divertido en hacer un hijo con uno de sus jóvenes: estaba embarazada de seis meses.

—¡Qué, señor! —digo—, ¿creéis que es Gode!

—Estoy segura, Juliette, observa su confusión, su embarazo.

Sin escuchar ya más que a mi pérfido egoísmo, y no las resoluciones que había tomado de no vengar ni atormentar nunca a los que me pareciesen tan criminales como yo, me echo a los pies de Noirceuil para suplicarle que haga detener a la culpable.

—Estoy de acuerdo —me dice Noirceuil con una flema que hubiese debido iluminarme si mi mente hubiese estado más lúcida—, pero no gozarás con su suplicio: embarazada, obtendrá aplazamientos, y durante ese plazo, joven y bonita, la zorra podrá sacar provecho.

—¡Oh Dios, me sentiría desolada entonces!

—Sé que querrías verla en la horca; pero eso puede tardar por lo menos tres meses. Escucha, Juliette, incluso suponiendo que pudieses gozar de tal placer, que se ría muy vivo según la cabeza que te conozco, esta voluptuosidad, en el fondo, no duraría más de un cuarto de hora. Prolonguemos los tormentos de esta desgraciada; hagámosla sufrir toda su vida. No hay nada más fácil: la meteré en un calabozo de Bicêtre, donde quizás se pudra durante cincuenta años.

—¡Oh, amigo mío!, ¡qué delicioso proyecto!

—Sólo te pido de tiempo para ejecutarla hasta que acabe el día, para poder actuar y revestir este feliz plan con todos los episodios que pueden darle encanto.

Abrazo a Noirceuil; ordena que dispongan sus caballos, y vuelve dos horas después con la orden necesaria para la realización de nuestro proyecto.

—Ahora, divirtámonos —me dice el traidor—; hagamos una comedia de todo esto. Gode, mi querida Gode —dice a esta pobre muchacha, haciéndola ir a su gabinete conmigo, en cuanto cenamos—

conocéis mis sentimientos, se acerca el momento en que quiero darte pruebas de ellos; voy a unir tu suerte a la de aquel que ha dejado en tu seno pruebas de su amor por ti, y os regalo dos mil escudos de renta.

—¡Oh!, señor, ¡cuántos favores!

—No, de ninguna manera, muchacha mía, no me lo agradezcas; te juro que no me debes ningún agradecimiento: en todo esto sólo halago a mis gustos. Ya estás segura, al menos en este momento, por las precauciones que acabo de tomar, de tener pan para el resto de tus días.

Y Gode, lejos de comprender el doble sentido de las pérfidas palabras de Noirceuil, regaba con las lágrimas de su alegría las manos de su pretendido benefactor.

—Vamos, Gode —prosiguió mi amante—, un poco de complacencia por última vez; aunque no me gustan las mujeres embarazadas, déjame sodomizarte mientras beso las nalgas de Juliette.

Se dispone todo; nunca había visto a Noirceuil tan apasionado.

—¡Cómo aumenta la voluptuosidad la idea de un crimen! —le digo por lo bajo.

—De forma asombrosa —me respondió Noirceuil—; ¿pero dónde estaría el crimen si te hubiese robado realmente?

—Tienes razón, amigo mío.

—¡Y bien!, consuélate, Juliette, consuélate, es un crimen en toda su extensión; porque el único culpable de toda esta aventura soy yo: esta desgraciada es tan inocente como tú.

Y mientras tanto la sodomizaba, besando mi boca y golpeando mi trasero. Confieso que este culmen de criminalidad me hizo descargar enseguida y cogiendo la mano de mi amante y llevándola hasta mi clítoris, le pedí que juzgase, por el flujo que cubría sus dedos al retirar la mano, el poderoso efecto de su infamia sobre mi corazón. Me siguió enseguida, dos o tres sacudidas, acompañadas de horribles blasfemias, me anuncian su delirio... Pero apenas si está su miembro fuera del culo, cuando un criado, golpeando la puerta suavemente, le previene de que el comisario, al que ha denunciado el hecho, pide permiso para ejecutar la orden de que es portador.

—¡Ah!, bien, bien; que espere ahí —dice Noirceuil—, voy a entregarle su víctima... Vamos, Gode, arréglate, ahí está vuestro marido que viene a buscaros para conducirlos él mismo a la casa de campo que os regalo para vuestra vida.

Gode se da prisa; Noirceuil la empuja fuera. ¡Dioses!, cuál no sería su terror al ver al hombre negro y su séquito, sintiéndose coger como una criminal, escuchando sobre todo (parece que era lo que más le importaba) a todos los criados de la casa, prevenidos, gritar:

—¡No la soltéis, Monsieur Comisario!, con toda seguridad que fue ella la que forzó el escritorio de la señorita y la que, con su conducta

espantosa, hizo recaer las sospechas sobre nosotros...

—¡Yo, forzar el escritorio de la señorita! —exclamó Gode desmayándose—; ¡oh Dios, soy incapaz!

El comisario quiso suspender la detención, pero Noirceuil ordenó que se prosiguiese con la operación sin ninguna consideración, y la desgraciada es llevada y echada en los calabozos más malsanos de Bicêtre; allí tuvo, al llegar, un falso alumbramiento que casi le costó la vida. Respira todavía: como veis, hace muchos años que llora el haber irritado los deseos de Noirceuil, que nunca pasa más de seis meses sin ir a gozar de sus lágrimas, y apretar, sus cadenas tanto como puede, con nuevas recomendaciones.

—Entonces —me dice Noirceuil, en cuanto Gode desapareció, devolviéndome el doble de dinero que me había quitado—, ¿no vale esto cien veces más así que si hubiese sido entregada a la corte de una justicia insegura y compasiva? No hubiésemos sido los dueños de su suerte; ahora lo somos para siempre.

—¡Oh Noirceuil!, ¡qué pérfido eres, y cuántos goces acabas de darte!

—Sí —me respondió mi amante—, yo sabía que el comisario estaba en la puerta; y descargaba deliciosamente en el culo de la presa que iba a entregarle.

—¡Oh amigo mío, sois un gran criminal!, pero ¿por qué tenía que gozar yo el mayor placer en la infamia que vos habéis cometido?

—Precisamente porque era tal —me respondió Noirceuil— y no hay ninguna que no dé placer. El crimen es el alma de la lubricidad; sin él nada es real: por tanto hay pasiones que ahogan el humanismo.

—Si es así, ¿no es fruto de la naturaleza ese fastidioso humanismo del que constantemente nos hablan los moralistas?, ¿o hay momentos en los que esta naturaleza inconsecuente apaga con una voz lo que aconseja con otra?

—¡Ah!, Juliette, conócela mejor, a esa naturaleza complaciente y dulce; nunca nos aconseja aliviar a los otros más que por interés o por temor: por temor, porque tememos los males que nuestra debilidad alivia; por interés, con la esperanza del provecho o del goce que espera nuestro orgullo.

»Pero en cuanto se hace oír una voz más imperiosa, el resto se calla: el egoísmo recupera sus derechos sagrados; nos reímos del tormento de los otros. ¿Y qué tendría en común con nosotros este tormento? Nunca lo sentimos más que por el terror de una suerte igual; ahora bien, si la piedad nace del terror, es una debilidad de la que debemos abstenernos, purgarnos lo antes posible.

—Esto —digo a Noirceuil— exige un desarrollo mayor. Me habéis demostrado la nada de la virtud: os ruego que me expliquéis lo que es el crimen: porque, si, por un lado, aniquiláis lo que sería preciso que

respetase, y por otro, disminuís lo que debo temer, pondréis con toda seguridad mi alma en el estado en que la deseo para en adelante atreverme a todo sin miedo.

—Siéntate, Juliette —me dice Noirceuil—, esto exige una explicación seria, y, para que puedas comprenderme, necesito que me prestes toda tu atención.

»Se llama crimen a toda contravención formal, sea fortuita, sea premeditada, de lo que los hombres llaman leyes; por lo que puedes ver que estamos una vez más ante una palabra arbitraria e insignificante; porque las leyes dependen de las costumbres, de los climas; varían de doscientas leguas a doscientas leguas, de manera que con un vapor o un coche de caballos, puedo encontrarme, por la misma acción, culpable de muerte el domingo por la mañana en París, y digno de alabanzas el sábado de la misma semana en las fronteras de Asia o en las costas de África. Este completo absurdo ha llevado al filósofo a los principios siguientes:

»1.º Que todas nuestras acciones son indiferentes en sí mismas; que no son ni buenas ni malas, y que si algunas veces los hombres las califican de esa forma, es únicamente en razón de las leyes que adoptan, o del gobierno bajo el que viven, pero que si tenemos en cuenta únicamente a la naturaleza, todas nuestras acciones son perfectamente iguales entre, si.

»2.º Que si dentro de nosotros mismos sentimos un murmullo involuntario que lucha contra las malas acciones proyectadas por nosotros, esta voz es únicamente el efecto de nuestros prejuicios o de nuestra educación, y sería muy diferente si hubiésemos nacido en otro clima.

»3.º Que si, al cambiar de país, no llegamos a perder esta inspiración, esto no probaría su bondad, sino solamente que las primeras impresiones recibidas se borran difícilmente.

»4.º Por último, que el remordimiento es la misma cosa, es decir, el puro y simple efecto de las primeras impresiones recibidas, que sólo puede ser destruido por la costumbre y que hay que esforzarse en vencer.

»Y efectivamente, para juzgar si una cosa es verdaderamente criminal o no, hay que examinar qué daño puede causar a la naturaleza; porque sólo se puede calificar con razón de crimen, lo que ultraje verdaderamente sus leyes. Por consiguiente, es preciso que este crimen cause un horror igual en todos los pueblos de la tierra, que la execración que inspire se encuentre grabada de una forma tan generalizada en ellos como el deseo de satisfacer sus necesidades; ahora bien no existe ni una sola acción de este tipo: aquella que nos parece la más atroz y la más execrable ha encontrado altares en otra parte.

»Así pues, el crimen no es real; no hay ningún crimen verdadero, ninguna manera de ultrajar a una naturaleza siempre en acción... siempre demasiado por encima de nosotros para que temamos cualquier cosa que se haga. No hay ninguna acción, por espantosa, por atroz, por infame que te la puedas imaginar, que no podamos cometer con total indiferencia, todas las veces que deseamos; ¿qué digo?, que tendremos razón en cometer, ya que es la naturaleza la que nos la inspira; porque nuestros hábitos, nuestras religiones, nuestras costumbres, pueden fácilmente, e incluso deben necesariamente, engañarnos, mientras que la voz de la naturaleza no nos engañará nunca. Sus leyes se sostienen gracias a una mezcla absolutamente igual de lo que llamamos *crimen* y *virtud*; renace mediante destrucciones, subsiste mediante crímenes; en una palabra, vive gracias a la muerte. Un universo totalmente virtuoso no podría subsistir ni un minuto; la sabia mano de la naturaleza hace nacer el orden del desorden, y, sin desorden, no llegaría a nada: este es el equilibrio profundo que mantiene el curso de los astros, que los suspende en las inmensas llanuras del espacio, que los hace moverse periódicamente. Sólo a fuerza de mal consigue hacer el bien; sólo a fuerza de crímenes existe, y todo sería destruido si la virtud fuese la única que habitase en la tierra. Ahora bien, yo os pregunto, Juliette, desde el momento en que el mal es útil a los grandes designios de la naturaleza, desde el momento en que no puede llegar a nada sin él, ¿cómo podría no ser útil a la naturaleza el hombre que hace el mal? ¿Y quién puede dudar de que el criminal no sea un ser que ella haya formado así para cumplir sus deseos? ¿Por qué no queremos que haya hecho entre los hombres lo que ha hecho entre los animales? ¿Acaso no se devoran mutuamente todas las clases, y acaso no se debilitan sobre la tierra, en razón del estado en que es necesario que se mantengan las leyes de la naturaleza? ¿Quién duda de que la acción de Nerón envenenando a Agrippina, no es uno de los efectos de esas mismas leyes, tan constante como el del lobo que devora al cordero?, ¿quién duda de que las proscripciones de Mario y de Sila no son algo distinto a la peste y al hambre que ella envía algunas veces sobre la tierra? Sé muy bien que ella no asigna a los hombres preferentemente tal o cual crimen, sino que los crea todos, con una cierta propensión a tal tipo de crímenes; y de la unión de todas las fechorías, del conjunto de todas estas destrucciones legales o ilegales, ella recoge el desorden y el debilitamiento que necesita para encontrar el orden y el fortalecimiento. ¿Para qué nos habría dado los venenos si no hubiese querido que el hombre se sirviese de ellos? ¿Por qué hubiese hecho nacer a Tiberio, Heliogábalo, Andrónico, Herodes, Venceslas, y todos los otros libertinos o héroes (que son sinónimos) que asolaron la tierra, si las destrucciones de estos hombres sangrientos no cumplían

sus deseos? ¿Por qué, junto a estos hombres, enviaría pestes, guerras, hambres, si no hubiese sido esencial que ella destruyese, y si el crimen y la destrucción no estuviesen esencialmente en sus leyes? Por lo tanto, si es esencial que la naturaleza destruya ¿por qué tendría que resistirse a sus inclinaciones el que se sienta nacido para destruir? ¿Acaso no habría que decir que, si es preciso que haya un mal sobre la tierra, este debe ser el que se hace al resistirse a los deseos de la naturaleza sobre nosotros? Para que el crimen, que no ofende y que no puede ofender más que a nuestros semejantes, pudiese irritar a la naturaleza, habría que suponer que ella se toma más interés por unos seres que por otros, y que, aunque todos estemos formados igualmente por sus manos, no todos somos igualmente hijos suyos. Pero si todos nos parecemos, casi a la fuerza, si no se ha tomado más trabajo en formar a un emperador que a un sabio, todas estas diferentes acciones son sólo accidentes necesarios del primer impulso, que deben cumplirse necesariamente, al estar formados de la forma en que ha querido construirnos. Cuando a continuación vemos que ha establecido diferencias físicas en nuestros individuos, que ha creado a unos débiles, a otros fuertes, ¿no es evidente que ha acabado de indicarnos, mediante este proceder, que era la mano del fuerte la que debía realizar los crímenes que ella necesitaba, de igual modo que la esencia del lobo debe ser comerse al cordero, y la del ratón ser devorado por el gato?

»Los Celtas, nuestros primeros antepasados, tenían pues mucha razón cuando pretendían que el mejor y el más santo de los derechos era el del más fuerte... que era el de la naturaleza, y que, cuando ella había querido asignarnos esta parte de fuerza superior a la de nuestros semejantes, no lo había hecho más que para enseñarnos mejor el derecho que sobre ellos nos daba... Por lo tanto, no se equivocan estos pueblos, de los que descendemos, cuando pretendían que este derecho no sólo era sagrado, sino además que la misma intención de la naturaleza, al dárnoslo, era que nos aprovechásemos de él; que era preciso, para cumplir sus deseos, que el más fuerte despojase al más débil, y que este abandonase de buena gana lo que no estaba en condiciones de defender. Si las cosas han cambiado físicamente, moralmente siguen siendo las mismas. El hombre opulento representa al más fuerte en la sociedad; ha comprado todos sus derechos; debe gozar de ellos, y, en tanto le sea posible, doblegar para conseguirlo a su capricho a la otra clase de hombres inferior a él, sin ofender en nada a la naturaleza, ya que no hace más que usar el derecho que ha recibido de ella, bien material, bien convencionalmente. ¡Y!, si la naturaleza hubiese querido impedirnos que cometiésemos crímenes, si fuese cierto que los crímenes la irritan, habría sabido muy bien quitarnos los medios de cometerlos. Cuando los deja a nuestra

disposición es que no la ultrajan, es que le son indiferentes o necesarios: indiferentes si son pequeños; siempre útiles si son capitales; pues es exactamente igual que yo sustraiga la fortuna de mi vecino, que viole a su hijo, a su mujer o su hermana: todo esto son delitos, tienen demasiada poca importancia para que puedan serle de una utilidad mayor; pero le es muy necesario que mate a su hijo, a su mujer o su hermana, cuando me lo indica. Y he aquí por qué las inclinaciones... los deseos que sentimos por los grandes crímenes son siempre más violentos que los que sentimos por los pequeños, y por lo que los placeres que nos dan tienen una sal mil veces más excitante. ¿Habría puesto placer de esta forma, por gradación, en todos los crímenes, si el crimen no le fuese necesario? ¿Acaso no nos indica, por medio de este atractivo puesto con coquetería por su mano, que su intención es que sigamos la pendiente a la que nos arrastra? Esos cosquilleos indecibles que sentimos maquinando un crimen; esa embriaguez en la que estamos cuando nos entregamos a él; esa alegría secreta que viene a deleitarnos todavía cuando ha acabado: ¿no nos prueba todo esto que, puesto que ella ha dado atractivo al delito, es que quiere que lo cometamos; y que, puesto que ha doblado ese atractivo en razón de la enormidad, es que la mala acción de la destrucción, considerada convencionalmente como la más atroz, es sin embargo la que más le complace[19]? Porque, bien sea que el crimen proceda de la venganza, bien sea porque provenga de la ambición o de la lubricidad, si examinamos bien, veremos que este atractivo del que hablo acompaña siempre a la fechoría en razón de su violencia o su atrocidad; y cuando la destrucción de nuestros semejantes se convierte en el efecto de la causa, entonces el atractivo ya no tiene límites, porque con esta destrucción necesaria sus leyes ganan más.

—¡Oh Noirceuil! —interrumpí en un estado de delirio inexpresable—, es cierto que he tenido el mayor placer en la acción que acabamos de hacer, pero hubiese tenido diez veces más en verla ahorcada...

—Entonces, criminal, di que en haberla colgado tú misma...

—¡Oh!, ¡sí, sí, Noirceuil! Lo confieso: me corro con sólo pensarlo.

—Y todos estos placeres se redoblaban porque era inocente, ¿no es así Juliette?; sin eso, la acción que hemos cometido habría sido útil a las leyes: toda la delicia del atractivo del mal habría desaparecido. ¡Ah! —prosiguió Noirceuil—, ¿nos habría dado nuestras pasiones la naturaleza, si no hubiese sabido que el resultado de estas pasiones cumpliría sus leyes? El hombre lo ha adivinado tan bien, que ha querido por su parte hacer algo para reprimir esta fuerza invencible que, al llevarlo al crimen, no le dejaría subsistir un solo momento; pero ha hecho algo injusto, porque las leyes le quitan infinitamente más de lo que le dan; y por un poco que le aseguran, le quitan

asombrosamente. Pero estas leyes, que sólo son obra de los hombres, no deben obtener ninguna consideración del filósofo; no deben detener nunca los movimientos que le inspira la naturaleza; no están hechas más que para darle misterio: dejémoslas servir de refugio, nunca de freno.

—Pero, amigo mío —digo a Noirceuil—, si los otros hiciesen otro tanto no habría ya refugio.

—Sea —respondió mi amante—; en este caso, volveríamos al estado de incivilización en que nos creó la naturaleza, que no es nada desgraciado. Entonces, le corresponderá al débil protegerse de una fuerza y una guerra abiertas; al menos verá todo lo que tiene que temer, y será más feliz, porque ahora tiene que sostener esta misma guerra, pero le es imposible hacer valer, para defenderse, lo poco que ha recibido de la naturaleza. Todos los Estados ganarían con este cambio, está bien probado, y las leyes ya no serían necesarias. Pero prosigamos[20].

»Uno de nuestros más grandes prejuicios, sobre las materias que tratamos, nace de la especie de lazo de unión que gratuitamente suponemos que existe entre otro hombre y nosotros; lazo quimérico... absurdo, con el que hemos formado esta especie de fraternidad santificada por la religión. Quiero echar alguna luz sobre este tema capital, porque siempre he visto que la idea de este vínculo fantástico impedía y cautivaba las pasiones infinitamente más de lo que se piensa; y en razón del peso que tiene sobre la razón humana, quiero romperlo ante tus ojos.

»Todas las criaturas nacen aisladas y sin ninguna necesidad unas de otras: dejad a los hombres en el estado natural, no los civilicéis, y cada uno encontrará su alimento, su subsistencia, sin necesitar a su semejante. Los fuertes proveerán a su vida sin necesidad de asistencia; quizás sean los débiles los únicos que tendrán tal necesidad; pero estos débiles nos han sido sometidos por la mano de la naturaleza; nos los da, nos los sacrifica: su condición nos lo prueba; por lo tanto, el más fuerte podrá servirse del débil, en la medida que pueda. Pero es falso que haya un solo caso en el que deba ayudarlo, porque si lo ayuda, hace algo contrario a la naturaleza; si goza de este débil, si lo somete a sus caprichos, si lo tiraniza, lo veja, se divierte con él, lo pasa bien o lo destruye, sirve a la naturaleza; pero, vuelvo a repetirlo, si, por el contrario, lo ayuda, si lo hace igual a él prestándole una parte de sus fuerzas o cediéndole una parte de su autoridad, entonces destruye el orden de la naturaleza, pervierte la ley general: de donde resulta que la piedad, lejos de ser una virtud, se convierte en un vicio real, desde el momento en que nos lleva a turbar una desigualdad exigida por las leyes de la naturaleza; y que los filósofos antiguos no se equivocaban cuando la miraban como una debilidad del alma, como una de esas

enfermedades de las que hay que curarse con rapidez, porque veían en ella los efectos diametralmente opuestos a las leyes de la naturaleza, cuyas primeras bases son las diferencias y las desigualdades[21]. Así pues, el pretendido hilo de fraternidad no puede haber sido imaginado más que por el débil; porque no es natural que el más fuerte, que no necesita nada, haya podido darle existencia: para someter al débil, sólo necesita su fuerza, pero de ninguna manera ese hilo que, desde ese momento, sólo puede ser obra del débil, y que no se basa más que en un razonamiento tan fútil como lo sería el del cordero al lobo: *No debéis comerme, porque tengo cuatro pies como vos*.

»El débil, al establecer la existencia del hilo de fraternidad, tenía motivos de egoísmo demasiado evidentes como para que el pacto establecido por este vínculo pueda tener algo de respetable. Por otra parte, un pacto cualquiera no adquiere fuerza más que en la medida que tiene la sanción de los dos partidos; ahora bien, este pudo ser propuesto por el débil, pero es cierto que el fuerte nunca lo aceptó: ¿de qué le habría servido? Cuando se da es para recibir; esta es la ley de la naturaleza: ahora bien, ¿qué ganaba el fuerte con dar ayuda al débil, despojándose a sí mismo de una parte de su fuerza para revestirlo con ella? ¿Y cómo pensar que es real, entre los dos hombres, la existencia de un pacto, cuando una de las partes tiene el mayor interés en no consentirlo? Por último, porque el fuerte se privaba y no ganaba nada si lo aceptaba; por consiguiente, no ha sancionado este acto: desde este momento, el pacto es ideal y no merece ningún respeto. Podemos rechazar sin temor un arreglo propuesto por nuestros inferiores del que sólo obtendríamos pérdidas.

»Nada hay más sencillo que la religión de ese tunante de Jesús, débil, lánguida; perseguida, especialmente interesada en dominar a los tiranos y en reducirlos a principios de fraternidad que le aseguraban el descanso, haya sancionado estos ridículos vínculos: desempeña aquí el papel del débil; lo representa, debe hablar como él; nada de esto debe sorprendernos. Pero que aquel que no es ni débil ni cristiano se someta a semejantes cadenas, a lazos que le quitan y no le dan nada esto es lo imposible; y de estos razonamientos debemos concluir que el hilo de la fraternidad no solamente nunca ha tenido ni podido tener existencia entre los hombres, sino que incluso va contra la naturaleza, cuyas intenciones nunca pudieron ser que el hombre igualara lo que ella diferenciaba con tanta fuerza. Debemos estar convencidos de que este vínculo pudo ser propuesto por el débil, pudo ser sancionado por él cuando por azar se encontró en sus manos la autoridad sacerdotal, pero que su existencia es frívola, y que de ninguna manera debemos someternos a él.

—Así pues, ¿es falso que los hombres sean hermanos? — interrumpí vivamente—. Así pues, ¿no hay ningún tipo de vínculo real

entre otro ser y yo, y la única manera en que debo actuar con este individuo es sacar de él todo lo que pueda, dándole lo menos posible?

—No hay ninguna duda —me respondió Noirceuil—; porque se pierde con él lo que se le da, y se gana lo que se le quita. Por otra parte, la primera ley que encuentro escrita en el fondo de mi alma, no es amar, ni mucho menos aliviar a estos pretendidos hermanos, sino hacerles que sirvan a mis pasiones. De acuerdo con esto, si el dinero, si el goce, si la vida de esos pretendidos hermanos es útil a mi bienestar o a mi existencia, me apoderaré de todo ello a mano armada, si soy el más fuerte, tácitamente si soy el más débil. Si me veo obligado a comprar una parte de esas cosas, trataré de obtenerlas dando lo menos posible; las arrancaré, si puedo, sin devolver nada; porque, una vez más, ese prójimo no significa nada para mí, no existe la menor relación entre él y yo, y si yo establezco esa relación es con vistas a conseguir de él, con habilidad, lo que no puedo obtener por la fuerza; pero si pudiese lograrlo con la violencia, no utilizaré ningún otro artificio, porque las relaciones son nulas, y porque al no servirme ya para nada, no necesito emplearlas.

»¡Oh Juliette!, aprende a cerrar tu corazón a los falaces acentos del infortunio. Si el pan que come ese desgraciado está regado con sus lágrimas, si el trabajo penoso de una jornada apenas es suficiente para permitirle proporcionar por la noche a su triste familia el débil sostén de sus días, si los impuestos que está obligado a pagar vienen a absorber todavía más la mejor parte de sus escasos ahorros, si sus hijos, desnudos y sin educación, van a disputar al bosque el más vil alimento a la bestia salvaje, si el mismo seno de su compañera, seco por la necesidad, no puede dar a su recién nacido esa primera parte de subsistencia capaz de darle la fuerza de ir, para procurarse otro, a compartir la de los lobos, si, doblegado bajo el peso de los años, de los males y las penas, ve siempre, curvado bajo la mano de la desgracia, llegar con pasos lentos el fin de su carrera, sin que el astro de los cielos se haya levantado por un solo instante puro y sereno sobre su cabeza abatida, nada más sencillo, nada más natural, no hay nada que no cumpla el orden y la ley de esta madre común que nos gobierna a todos, y tú has encontrado a este hombre desgraciado sólo por la comparación que has hecho contigo; pero en el fondo no lo es. Si te ha dicho que se creía desgraciado, era, igualmente, a causa de la comparación que hacía en ese momento entre él y tú no lo oírás quejarse cuando se junte con sus iguales. Bajo el régimen feudal, tratado como la bestia feroz, sometido y golpeado como ella, vendido como el suelo que pisaba, ¿no era digno de compasión? Lejos de sentir piedad de sus males, lejos de suavizar sus desgracias y de ocuparte ridículamente de él, no veas en él más que un ser que la naturaleza te ofrece para que goces de él a tu antojo, y, lejos de secar sus lágrimas,

hazlas brotar como una fuente, si eso te divierte. Estos son los seres que la mano de la naturaleza ofrece a la hoz de tus pasiones; imita a la araña, tiende tus hilos, y devora sin piedad todo lo que te eche la mano sabia de la naturaleza.

—Amigo mío —exclamé apretando a Noirceuil en mis brazos—, ¡cuánto os debo por disipar de esta forma en mí las terribles tinieblas de la infancia y el prejuicio! Vuestras sublimes lecciones son para mi corazón como el rocío benefactor para las plantas secadas por el sol. ¡Oh luz de mi vida, ya no veo, ya no oigo más que por vos! Pero anulando ante mis ojos el peligro del crimen, me dais el ardiente deseo de precipitarme en él: ¿me guiaréis en este camino delicioso?, ¿llevaréis delante de mí la llama de la filosofía? Quizás me abandonaréis después de haberme perdido, y, sola para poner en práctica unos principios tan duros como los que me hacéis tan queridos, entregada a todo el peligro de estas máximas, ya no tendré, en medio de las dificultades con que están sembrados, ni vuestro crédito para sostenerme, ni vuestros consejos para dirigirme.

—Juliette —me respondió Noirceuil—, lo que tú dices demuestra debilidad... exige sensibilidad, y es preciso ser fuerte y dura cuando se decide ser malvada. Tú no serás nunca la presa de mis pasiones; pero nunca te serviré tampoco ni de relación ni de protector: hay que aprender a andar y a sostenerse solo en el camino que elijas; hay que librarse solo de los escollos de que está lleno, familiarizarse con su vista, e incluso con la destrucción del navío que viene a estrellarse contra ellos. La peor consecuencia de todo esto, Juliette, es la horca y, en realidad, es muy poca cosa: desde el momento en que está decidido que debemos morir un día, ¿no es igual ahí que en nuestra cama? ¿Hay que confesarlo, Juliette? Es evidente que el primero, cuestión sólo de un minuto, me asusta infinitamente menos que el otro, cuyos detalles pueden ser horribles; en cuanto a la vergüenza, significa realmente tan poco para mí, que no pongo nada en su balanza. Por consiguiente, tranquilízate, hija mía, y vuela con tus propias alas: siempre correrás menos peligros.

—¡Ah Noirceuil!, ¡no queréis abandonar vuestros principios ni siquiera por mí!

—No hay ningún ser en la naturaleza en favor del cual pueda renunciar a ellos. Prosigamos; debo apoyar mi exposición sobre la nada de los crímenes con algunos ejemplos, puesto que es la mejor forma de convencer. Echemos una ojeada rápida sobre el universo, y veamos cómo todo lo que llamamos crimen se erige en virtud de una punta a otra del universo...

»Nosotros no nos atrevemos a casarnos con dos hermanas: los salvajes de la bahía de Hudson no conocen otros vínculos. Jacob se casó con Raquel y Lía.

»Nosotros no nos atrevemos a fornicar a nuestros propios hijos, aunque sea el más delicioso de los goces: no existe otra forma en Persia y en tres cuartas partes de Asia. Lot se acostó con sus hijas y embarazó a ambas.

»Consideramos un gran mal la prostitución de nuestras propias esposas: en Tartaria, en Laponia, en América es una cortesía, un honor prostituir a su mujer con un extranjero; los ilirianos las llevan a reuniones de libertinaje y las obligan a entregarse al recién llegado delante de ellos.

»Creemos que ultrajamos el pudor ofreciéndonos desnudos a las miradas de unos y otros: casi todos los pueblos del Mediodía van así sin preocupación alguna; las antiguas fiestas de Príapo y de Baco se celebraban de esta manera; con una ley, Licurgo obligó a las muchachas a presentarse desnudas en los teatros públicos; los toscanos, los romanos, se hacían servir la mesa por mujeres desnudas. Hay una comarca en la India donde las mujeres honradas van igual; sólo las cortesanas van vestidas para excitar mejor la concupiscencia: ¿no es esto absolutamente contrario a nuestras ideas sobre el pudor?

»Nuestros generales prohíben la violación después del asalto a una fortaleza: los griegos lo concedían como recompensa. Después de la toma de Carbinos, los tarentinos juntaron a los muchachos, las vírgenes y las mujeres jóvenes que encontraron en la ciudad; los expusieron desnudos en la plaza pública, y cada uno eligió lo que le convenía, para fornicarlo y matarlo.

»Los indios del monte Cáucaso viven como brutos, se mezclan indistintamente. Las mujeres de la isla de Hornos se prostituyen públicamente a los hombres, justo bajo el templo de su dios.

»Los escitas y los tártaros reverenciaban a los hombres que quedaban impotentes en la flor de la edad debido a los excesos libertinos.

»Horacio nos representa a los bretones, los ingleses de hoy, como muy libertinos con los extranjeros. Asegura que estos pueblos no tenían ningún pudor natural; vivían entremezclados y en común: hermanos, padres, madres, hijos, satisfacían por igual las necesidades de la naturaleza, y lo que salía de esto pertenecía al que se había acostado con la madre cuando todavía era virgen. Estos pueblos se alimentaban de carne humana[22].

»Los Otaitianos satisfacen públicamente sus deseos: se sonrojarían si se ocultasen para eso. Los europeos les hicieron ver sus ceremonias religiosas consistentes en la celebración de esa ridícula hipocresía que llaman misa. A su vez pidieron el permiso de hacerles ver las suyas: era la violación de una niña de diez años por un muchacho de veinticinco. ¡Qué diferencia!

»La misma vida disoluta es inciensada: se elevan templos a

Príapo; en un principio, Venus fue adorada como la diosa de la propagación, a continuación como la de las lujurias más depravadas, su culo recibe incienso, y la que sólo debía ser el ídolo de la procreación se convierte pronto en la diosa de los mayores ultrajes que puede hacer el hombre a la generación. Era natural que el acto de la procreación se convirtiese en vicioso. Este culto, olvidado con el paganismo, resurge con los indios, y el *lingam*, especie de miembro viril que las muchachas de Asia llevan en el cuello, no es otra cosa que un objeto utilizado en los templos de Príapo.

»Un extranjero que llegue al Pegu alquila a una muchacha para el tiempo que debe pasar en el país; hace con ella todo lo que quiere; vuelve a continuación con su familia, y no por esto deja de encontrar marido.

»La misma indecencia puede llegar a ser una moda: en Francia se tuvo la costumbre, durante mucho tiempo, de realzar las partes naturales del hombre en el pantalón.

»Respecto a la prostitución de sus hermanas o de sus hijas, habitual en casi todos los pueblos del norte, no me asombra: el que se conduce de esta forma espera o favores de aquel al que se prostituye, o al menos verlo actuar, y esta lubricidad es lo suficientemente deliciosa como para ser buscada de un modo especial. Hay otro sentimiento muy delicado en estos tipos de prostituciones, y que lleva a muchos hombres a entregar a sus mujeres como yo lo hago: este movimiento consiste en inflamarse con la infamia con la que se cubre uno mismo, y es excesivamente excitante; en este caso, cuanto más se aumentan los efectos de su vergüenza, mejor se goza. Uno quisiera arrastrar al lodo al objeto que se divierte en entregar; se desearía revolcarla en la crápula, en una palabra, hacer lo que yo hago: llevar a su mujer y a su hija al burdel o ponerlas en un rincón de la calle, y sujetarlas uno mismo durante el acto de la prostitución.

—¿Señor —interrumpí—, vos tenéis una hija?

—Tengo una —respondió Noirceuil.

—¿De la esposa que yo conozco?

—No, de mi primera; esta es mi octava, Juliette.

—¿Y cómo pudisteis hacer un hijo, con los gustos que os conozco?

—Tuve varios, querida mía. No te asombres de este comportamiento: algunas veces se superan las repugnancias, cuando deben resultar placeres.

—¡Ah! Señor, creo que os entiendo.

—Te explicaré todo esto, ángel mío, pero será preciso que te estime mucho para probarte cuán poco me estimo a mí mismo.

—¡Hombre encantador! —exclamé—. Nunca me seréis más querido que cuando me hayáis convencido de hasta qué punto despreciáis los prejuicios vulgares; y cuantos más crímenes desveléis a

mis ojos, más incienso obtendréis de mi corazón. La irregularidad de vuestra cabeza trastorna la mía; sólo aspiro a imitaros.

—¡Ah, santo Dios! —exclamó Noirceuil, introduciendo su lengua en mi boca—, jamás vi a una criatura más análoga a mí: creo que la adoraría, si pudiese amar a una mujer... Quieres imitarme, Juliette; te desafío a ello; si el interior de mi alma pudiese entreabrirse aterrorizaría de tal forma a los hombres que quizás ni uno sólo se atrevería a acercarse a mí en toda la tierra. He llevado la impudicia, el crimen, el libertinaje y la infamia hasta su último grado; y si siento algún remordimiento, puedo asegurar con toda sinceridad que sólo se debe a la desesperación de no haber cometido bastantes crímenes.

La prodigiosa agitación en la que se encontraba Noirceuil me convenció de que la confesión de sus errores lo calentaba casi tanto como su misma acción. Aparté el ligero vestido que lo envolvía, y, cogiendo su miembro, más duro que una barra de hierro, lo manoseé: destilaba semen.

—¡Cuántos crímenes me cuesta este miembro! —exclamó Noirceuil—. ¡Cuántas execraciones me he permitido para hacerle perder su espermatozoos con un poco más de calor! No existe ningún objeto sobre la tierra que no esté dispuesto a sacrificar: es un dios para mí, que sea el tuyo, Juliette: adoro este miembro déspota, incienso a este dios soberbio. Me gustaría exponerlo a los homenajes del mundo entero; me gustaría que hubiese un hombre en el mundo que hiciese morir, entre terribles suplicios a todos aquellos que no quisiesen inclinarse ante él... Si fuese rey, Juliette, no tendría mayor placer que el de hacerme seguir por verdugos que masacasen, al momento, todo lo que encontrasen mis miradas... Caminaría sobre cadáveres, y sería feliz; descargaría en la sangre, cuyos chorros correrían a mis pies.

Embriagada a mi vez, me preciverga a los pies de este asombroso libertino; adoro, entusiasmada, el móvil de tantas acciones, cuyas simples confesiones excitan de tal forma al que las ha cometido; lo tomo en mi boca, lo chupo durante un cuarto de hora con delicia...

—No somos suficientes —dice Noirceuil, que gustaba poco de placeres solitarios—. No déjame; quizás te quemaría si aspirases al honor de hacerme descargar tú sola; mis pasiones concentradas sobre un punto único se parecen a los rayos del astro reunidos por el vidrio ardiente: en seguida queman el objeto que se encuentra bajo su foco.

Y Noirceuil, espumeante, comprimía con fuerza mis nalgas.

Este fue el momento en que uno de los conductores de Gode vino a darnos noticias de su entrada en Bicêtre, y del hijo muerto que había parido al llegar.

—Esto sí que es bueno —dice Noirceuil, despidiendo al hombre con dos luises para una copa—. Me parece —añadió en voz baja—, que nunca se pagaría demasiado por el anuncio de tal acontecimiento;

al menos tenemos la imagen de un pequeño delito con la broma que nos hemos permitido... ¡Mira, Juliette!... ¡Mira cuán imperioso se pone mi miembro!

Y en ese mismo momento hace venir a su gabinete a su mujer y al joven, padre de la criatura que acaba de destruir; sodomiza a este último mientras le informa de la noticia, y obligando a Madame de Noirceuil a chupar, de rodillas, el miembro del Ganimedes, mientras entrega mi culo a los besos de este joven, y, cogiendo por debajo los pechos de su mujer, les da tirones hasta el punto de hacerle lanzar gritos de dolor, cuyo efecto es tan poderoso sobre sus órganos, que pierde su semen en ese mismo momento.

—¡Mira, Juliette! —prosigue, mientras ordena a este joven que le eche en la mano el semen con el que acaba de regarlo, y embadurnando con rudeza el rostro de su mujer—, ¡mira cuán puro y hermoso es mi esperma! ¿Me equivocaba cuando te hacía adorar el dios cuya sustancia es tan hermosa? Nunca sirvió uno tan burbujeante... tan puro... aquel que los estúpidos presentan como motor del universo. Prosigamos, Juliette —dice, despidiendo a todos—, me molesta haberme visto obligado a interrumpirme.

»Nosotros castigamos el libertinaje —prosiguió mi maestro—: Plutarco nos enseña que los samnianos se entregaban diariamente, y bajo la vigilancia de las leyes, en un lugar llamado *Los Jardines*, mezclados, a voluptuosidades tan lascivas que es casi imposible imaginárselas. En este feliz lugar, continúa el historiador, las distinciones de sexo y los vínculos sanguíneos desaparecían bajo el encanto del placer: el amigo se convertía en la mujer de su amigo; la hija, la querida de su madre, y, todavía con más frecuencia, los hijos, la ramera de su padre, junto al hermano que sodomizaba a su hermana.

»Nosotros estimamos mucho las primicias de una muchacha. Los habitantes de las Filipinas no hacen ningún caso de eso: en estas islas, existen oficiales públicos a los que se paga muy caro por encargarse de desvirgar a las muchachas la víspera de su matrimonio.

»El adulterio estaba públicamente autorizado en Esparta.

»Nosotros despreciamos a las muchachas que se prostituyen: por el contrario, las lidias eran estimadas solamente en razón del número de sus amantes; el fruto de su prostitución era su única dote.

»Las ciprianas iban a venderse públicamente a todos los extranjeros desembarcados en su isla para enriquecerse.

»En un Estado es necesaria la depravación de las costumbres; los romanos se dieron cuenta de eso y establecieron en toda la extensión de su república burdeles de muchachas y muchachos, y teatros donde bailaban las muchachas completamente desnudas.

»Las babilonias se prostituían una vez al año, en el templo de

Venus; las armenias eran obligadas a consagrar su virginidad a los sacerdotes del Tanais, quienes las sodomizaban primitivamente, y no les concedían el favor de la desfloración más que si habían soportado valientemente los primeros ataques: una defensa, una lágrima, un movimiento, un grito que se les escapase, y eran privadas del honor de las segundas, y ya no encontraban marido.

»Los canarios de Goa hacen sufrir a sus hijas otro suplicio: las prostituyen a un ídolo provisto de un miembro de hierro cuyo grosor es desmesurado; las hunden a la fuerza en este terrible consolador, calentado prodigiosamente; este es el estado de ensanche en el que la pobre niña va a buscar marido, que no la tomaría sin esta ceremonia.

»Los cainitas, herejes del siglo segundo, pretendían que sólo se llegaba al cielo por la incontinenencia; sostenían que cada acto infame tenía un ángel tutelar, y adoraban a este ángel entregándose a increíbles actos de disolución.

»Ewen, antiguo rey de Inglaterra, estableció por ley en sus Estados que ninguna muchacha podía casarse sin que hubiese sido desvirgada antes. En toda Escocia y en algunas partes de Francia, los vasallos importantes gozaban de este derecho.

»Las mujeres, así como los hombres, llegan a la crueldad por el libertinaje: trescientas mujeres del inca Atabaliba, en Perú, se prostituyeron al momento a los españoles, por su propia voluntad, y los ayudaron a masacrar a sus propios esposos.

»La sodomía es general en todo el mundo; no hay un solo pueblo que no se entregue a ella; ni un solo gran hombre que no la haya realizado. El safismo reina igualmente; esta pasión está en la naturaleza como la otra; en el corazón de la joven se forma en la más tierna edad, en la del candor y la inocencia, cuanto todavía no ha recibido ninguna impresión extraña: por consiguiente, es fruto de la naturaleza, está grabada por su mano.

»La zoofilia fue universal. Jenofonte nos enseña que, durante la retirada de los Diez Mil, los griegos sólo se servían de cabras. Esta costumbre está todavía muy extendida en toda Italia: el carnero es mejor que su hembra; su ano, más estrecho, es más caliente; y este animal, naturalmente lúbrico, se excita a sí mismo en cuanto se da cuenta de que descargan dentro de él: convéncete, Juliette, de que sólo hablo por experiencia.

»El pavo es delicioso, pero hay que cortarle el cuello en el momento de la crisis; entonces, el estrechamiento de su agujero os colma de voluptuosidades[23].

»Los sibaritas sodomizaban a los perros; las egipcias se prostituían a los cocodrilos, las americanas a los monos. Por último, llegamos a las estatuas: todo el mundo sabe que un paje de Luis XV fue encontrado descargando sobre el trasero de la Venus de las hermosas

nalgas. Un griego, que llegaba a Delfos para consultar el oráculo, encontró en el templo a dos genios de mármol, y, durante la noche, rindió homenaje a aquel de los dos que había encontrado más hermoso. Una vez hecha su operación, lo coronó de laurel, como recompensa por los placeres que había recibido de él.

»Los siameses no sólo creen el suicidio permitido, sino que además piensan que matarse a sí mismo es un sacrificio útil al alma, y que este sacrificio le vale la felicidad en el otro mundo.

»En Pegu, se da vueltas y vueltas durante cinco días seguidos, sobre carbones ardiendo, a la mujer que acaba de dar a luz: de esta forma se la purifica.

»Los caribes compran niños en el seno mismo de la madre: en cuanto ven la luz, los marcan en el vientre con una pintura vegetal, los desvirgan a los siete u ocho años, y en general los matan después de haberse servido de ellos.

»En la isla de Nicaragua, a un padre le está permitido vender a sus hijos para ser inmolados. Cuando estos pueblos celebran la consagración de la primavera, los riegan de semen, y danzan alrededor de esta doble producción de la naturaleza.

»En Brasil, se entrega una mujer a cada prisionero que va a ser inmolado; goza de ella; y la mujer, embarazada frecuentemente de él, ayuda a descuartizarlo y participa en la comida que se hace de su carne.

»Antes de estar dominados por los incas, los antiguos habitantes del Perú, es decir, los primeros colonos llegados de Scitia, los primeros que poblaron América, tenían la costumbre de sacrificar a sus hijos a los dioses.

»Los pueblos de los alrededores de Río-Real sustituyen la circuncisión de las niñas, ceremonia en uso en varias naciones, por una costumbre muy extraña: en cuanto son núbiles, les introducen en la matriz bastones provistos de hormigas gordas que las pican horriblemente; cambian estos bastones para prolongar el suplicio, que nunca dura menos de tres meses y algunas veces mucho más.

»San Jerónimo cuenta que, en un viaje que hizo a las Galias, vio a los escoceses comer con fruición las nalgas de los jóvenes pastores y los pechos de las jóvenes. Yo sentiría más confianza por el primer plato que por el segundo, y creo, junto con todos los pueblos antropófagos, que la carne de las mujeres, como la de todas las hembras de animales, debe de ser muy inferior a la del macho.

»Los mingrelianos y los georgianos son los pueblos más hermosos de la tierra, y al mismo tiempo los más entregados a todo tipo de lujurias y de crímenes, como si la naturaleza hubiese querido hacernos conocer mediante esto que estos extravíos la ofenden tan poco que quiere adornar con todos sus dones a los que más entregados están a

ellos. Entre ellos, el incesto, la violación, el infanticidio, la prostitución, el adulterio, el crimen, el robo, la sodomía, el safismo, la zoofilia, el incendio, el envenenamiento, el rapto, el parricidio, son acciones virtuosas y de las que se vanaglorian. Cuando se reúnen es para hablar entre sí de la inmensidad o de la enormidad de sus fechorías: recuerdos y proyectos de acciones semejantes son objeto de sus más deliciosas conversaciones, y así es como se excitan a cometer otras nuevas.

»En el norte de Tartaria hay un pueblo que se construye un nuevo dios todos los días: este dios debe ser el primer objeto que se encuentren al despertarse por la mañana. Si por azar es un mojón de mierda, el mojón se convierte en el ídolo del día; y en la hipótesis de que esto sea así, ¿no vale aquel tanto como el ridículo Dios de harina adorado por los católicos? El uno es ya materia de excrementos, el otro lo será pronto: realmente la diferencia es mínima.

»En la provincia de Matomba, encierran en una casa muy oscura a los niños de ambos sexos, cuando alcanzan la edad de doce años; y allí sufren, en estado de inanición, todos los malos tratos que los sacerdotes tengan a bien imponerles, sin que puedan revelar nada, ni quejarse, al salir de estas casas.

»En Ceylán, cuando una muchacha se casa, son los hermanos quienes la desvirgan: su marido nunca tiene derecho a eso.

»Consideramos la piedad como un sentimiento que nos impulsa a hacer buenas acciones. En Kamchatka es considerada, con mucha más razón, como una falta: en estos pueblos, sería un pecado capital evitar a alguien el peligro a que lo ha llevado su suerte. Estos pueblos ven a un hombre ahogarse y pasan sin detenerse; se abstendrían de prestarle ninguna ayuda.

»Perdonar a sus enemigos es una virtud entre los imbéciles cristianos: en Brasil, es una acción soberbia matarlos y comérselos.

»En la Guyana, se expone a una joven a la picadura de las moscas la primera vez que tiene la regla: muere con frecuencia en la operación. El espectador, encantado, pasa entonces todo el día lleno de gozo.

»La víspera de la nupcias de una joven, en Brasil, le hacen un gran número de heridas en las nalgas para que su marido, demasiado lanzado ya por la sangre y el clima a ataques antifísicos, renuncie a ellos por las heridas que se le oponen[24].

»Los pocos ejemplos que te he dado, Juliette, son suficientes para demostrarte lo que son las virtudes a las que nuestras leyes y nuestras religiones europeas parecen hacer tanto caso, lo que significa ese odioso hilo de fraternidad preconizado por el infame cristianismo. Puedes ver si está o no en el corazón del hombre: ¿serían generales tantas execraciones si la existencia de la virtud, a la que contrarían,

tuviere alguna realidad?

»No dejaré de decírtelo: el sentimiento de humanidad es quimérico; nunca podrá hacer frente a las pasiones, ni siquiera a las necesidades, puesto que vemos cómo los hombres se devoran mutuamente durante siglos. Así pues, no es más que un sentimiento de debilidad, absolutamente extraño a la naturaleza, hijo del temor y del prejuicio. ¿Puede ocultarse que la naturaleza es la que nos da nuestras pasiones y nuestras necesidades? Sin embargo, las pasiones y las necesidades desconocen la virtud del humanismo; por lo tanto, esta virtud no está en la naturaleza; desde este momento, no es más que un puro efecto del egoísmo, que nos ha llevado a desear la paz con nuestros semejantes con el fin de gozar de ella nosotros mismos. Pero aquel que no teme las represalias no se encadena más que con un gran esfuerzo a un deber respetable únicamente para aquellos que las temen. ¡Y!, no, no, Juliette, no hay una piedad sincera, no hay una piedad que se reduzca a nosotros. Analicemos el momento en que nos sorprendemos sintiendo conmiseración, y veremos que una voz secreta grita en el fondo de nuestros corazones: *Lloras por este desgraciado, porque a tu vez eres desgraciado, y porque temes serlo todavía más.* Ahora bien, ¿qué voz es esta sino la del temor?, ¿y de dónde nace el temor sino del egoísmo?

»Por consiguiente, destruyamos en nosotros este sentimiento pusilánime: sólo puede ser doloroso, ya que es imposible concebirlo más que como una comparación que nos conduce a la desgracia.

»En cuanto tu espíritu, querida niña, haya concebido perfectamente la nulidad, digo más, la especie de crimen que habría en admitir la existencia de ese pretendido hilo de fraternidad, exclama con el filósofo: “¿Por qué dudaré en satisfacerme, cuando la acción que concibo, por mucho daño que haga a mi semejante, puede procurarme a mí el más sensible placer? Porque aun suponiendo por un momento que al cometer esta acción cualquiera cometo una injusticia hacia mi prójimo: sucede que al no hacerla cometo una hacia mí misma. Despojando a mi vecino de su mujer, de su herencia, de su hija, yo puedo, como acabo de decirlo, cometer una injusticia hacia él; pero, privándome de estas cosas que me dan el mayor placer, cometo una hacia mí; ahora bien, entre estas dos injusticias necesarias, ¿seré suficientemente enemigo de mí mismo para no dar la preferencia a aquella de la que puedo obtener unos cosquilleos agradables? Si no actuase así sería por conmiseración. Pero si la admisión de un sentimiento así es capaz de hacerme renunciar a goces que me halagarían tanto, debo utilizar cualquier cosa para curarme de este penoso sentimiento, hacer todo para impedirle que en el futuro tenga ninguna influencia sobre mi alma. Una vez que lo haya logrado (y esto se consigue acostumbrándose gradualmente al espectáculo de

los males de otro), ya no me entregaré más que al encanto de satisfacerme; no será contrarrestado con nada, ya no temeré los remordimientos, porque no podrían ser ya la consecuencia de la conmiseración, puesto que está extinta. Así pues, me entregaré a mis inclinaciones sin temor, preferiré mi interés o mi placer a males que no me afectan ya, y pensaré que perder un bien real porque costaría una situación desgraciada a un individuo (situación cuyo choque no puede llegar ya hasta mí) sería una verdadera ineptia, puesto que sería amar a ese extraño más que a mí, lo que iría contra todas las leyes de la naturaleza y todos los principios del buen sentido”.

»Que los lazos de familia no te parezcan ya sagrados, Juliette: son tan quiméricos como los otros. Es falso que debas algo al ser del que has salido; todavía más falso que debas cualquier sentimiento al que ha salido de ti; absurdo imaginar que se deba algo a los hermanos, hermanas, nietos, nietas. ¿Y por qué razón tendría que establecer la sangre deberes? ¿Por qué nos esforzamos en el acto de la generación? ¿No es por nosotros? ¿Qué podemos deber a nuestro padre, si se ha divertido en crearnos? ¿Qué podemos deber a nuestro hijo, porque nos ha apetecido perder un poco de semen en el fondo de una matriz; a nuestro hermano o a nuestra hermana, porque han salido de la misma sangre? Destruyamos todos estos lazos como los otros, son igualmente despreciables.

—¡Oh Noirceuil! —exclamé—, ¡cuántas veces lo habéis demostrado!... ¿Y no queríais decírmelo?

—Juliette —me respondió este amable amigo—, tales confesiones sólo pueden ser la recompensa a vuestra conducta; os abriré mi corazón cuando os crea verdaderamente digna de mí: tenéis que sufrir algunas pruebas antes.

Y el ayuda de cámara llegó para advertirle de que el ministro, íntimo amigo suyo, lo esperaba en el salón, y así nos separamos.

No tardé en colocar lo más ventajosamente posible los sesenta mil francos robados en la casa de Mondor. Por muy segura que estuviese de la aprobación de Noirceuil, como el robo no podía contarse sin el episodio de la infidelidad, y como por otra parte mi amante podía temer de mí las mismas lesiones sobre sus propiedades, juzgué más prudente no decir nada, y sólo me ocupé de nuevos medios de aumentar, por las mismas vías, la cantidad de mis rentas. Otra partida en casa de la Duvergier me daría pronto la ocasión.

Se trataba de ir, yo como cuarta, a la casa de un hombre cuya manía, tan cruel como voluptuosa, consistía en *azotar muchachas*. Tres criaturas encantadoras se habían reunido conmigo en el café de la puerta de Saint-Antoine, para ir juntas en un coche que deberíamos encontrar allí, en casa del duque de Dennemar, a su deliciosa mansión de Saint-Maur. No había nada más fresco, no había nada tan bonito

como las muchachas que se me unieron en la cita: la mayor no tenía dieciocho años, la llamaban Minette; me gustaba hasta el punto de que no pude contenerme de colmarla con las más voluptuosas caricias; había una de dieciséis, otra de catorce. Muy difícil la elección de sus víctimas, supe, por la mujer que nos llevaba, que era la única cortesana de las cuatro; mi juventud, mi belleza, habían animado al duque a franquear las reglas que se había impuesto de no ver nunca a ninguna mujer de mundo. Mis compañeras eran jóvenes obreras de la costura, completamente extrañas a estas partidas; muchachas honradas, bien educadas, y seducidas únicamente por las grandes sumas que ofrecía el duque y por la seguridad de que, al limitarse aquel a la fustigación, respetaría su virginidad: teníamos cincuenta luises cada una, veréis si nos los ganamos o no.

Introducidas las cuatro en un apartamento magnífico, nuestra conductora nos dice que esperemos, mientras nos desvestimos, las órdenes que el señor quisiera darnos.

Entonces, pude examinar a placer las gracias ingenuas, los delicados y dulces encantos de mis tres jóvenes camaradas. No había nada tan esbelto como su talle, nada tan fresco como su pecho, nada tan apetitoso como sus muslos, nada tan torneado y tentador como sus tres encantadores traseros. Devoré a estas muchachas con los más tiernos besos, y sobre todo a Minette. Me los devolvieron con una ingenuidad que me hizo descargar en sus brazos. Hacía más de tres cuartos de hora que mientras esperábamos el momento de los deseos de monseñor el duque, nos entregábamos retozando a toda la impetuosidad de los nuestros, cuando un hermoso y alto lacayo, casi desnudo, vino a prevenirnos de que íbamos a comparecer, pero que era preciso que empezase la mayor. Al colocarme esta orden en tercer lugar, penetré cuando me tocó en el santuario de los placeres de este nuevo Sardanápalo; y lo que voy a contaros es totalmente semejante a lo que habían padecido mis compañeras.

El gabinete donde nos recibió el duque era redondo; absolutamente cubierto de espejos; en medio, había una columna de pórfido de alrededor de seis pulgadas de alta. Me hizo subir a un pedestal; el ayuda de cámara, que nos daba las órdenes y que servía a los placeres de su amo, ató mis pies a cadenas de bronce, colocadas a propósito en el bloque; a continuación levantó mis brazos, los ató a una cuerda que los mantenía lo más alto posible. Sólo entonces se acercó el duque; hasta ese momento había estado tumbado en un canapé, donde se excitaba ligeramente el miembro. Totalmente desnudo de cintura para abajo, le cubría el busto una simple camiseta de satén castaño; sus brazos estaban descubiertos; en el izquierdo tenía un puñado de vergas, delgadas y flexibles, atadas con un lazo negro. El duque, de cuarenta años, tenía una fisonomía muy dura, y

me pareció que su moral no era más dulce que su físico.

—Lubin —dice a su ayuda de cámara—, esta me parece mejor que las otras, su culo es más redondo, su piel más fina, su rostro más interesante; la compadezco porque sufrirá más.

Y, diciendo esto, el villano, acercando su hocico a mi trasero, besó primero y mordió después. Lanzo un grito.

—¡Ah, ah!, sois sensible, por lo que parece. Tanto peor, pues no estáis en el final.

Y entonces sentí cómo sus uñas curvas se hundían profundamente en mis nalgas y me arrancaban la piel en dos o tres sitios. Nuevos gritos que lancé no hicieron más que excitar a este criminal que, llevando entonces dos de sus dedos al interior de mi vagina, no los retira más que con la piel que desgarrar en este lugar sensible.

—Lubin —decía entonces, mostrando sus dedos llenos de sangre al ayuda de cámara—, querido Lubin, ¡triunfo!, tengo la piel del coño.

Y la puso en la cabeza del miembro de Lubin, que se excitaba bastante bien en ese momento. En ese instante abrió un pequeño armario disimulado por espejos; sacó de él una larga guirnalda de hojas verdes; yo ignoraba el uso que iba a hacer de ella, y con qué planta estaba formada. ¡Ay de mí!, apenas se acercó a mí cuando no tardé en darme cuenta de que era de espinas. Ayudado por el cruel agente de sus placeres, me la pasa y vuelve a pasar tres o cuatro veces alrededor del cuerpo, y acabó por fijarla de una manera muy pintoresca, pero al mismo tiempo muy dolorosa, ya que desgarraba absolutamente todo mi cuerpo y principalmente mis senos, sobre los que la apretaba con la más feroz afectación. Pero mis nalgas, destinadas a otra fiesta, no participaban de ninguna manera en este maldito preámbulo; bien separadas de todas partes, ofrecían sin obstáculo a este libertino todas las carnes que debían recorrer sus varas.

—Vamos a comenzar —me dice Dennemar en cuanto me vio en el estado que deseaba—; os pido un poco de paciencia, porque esto puede ser muy largo.

Diez golpes de vergas bastante ligeros se convierten en el anuncio de la terrible tormenta que va a desencadenarse sobre mi culo.

—¡Vamos, santo Dios!, ¡más! —exclamó entonces. Y con un brazo vigoroso flagelando mis dos nalgas, me aplica más de doscientos seguidos, y sin detenerse. Durante la operación, su ayuda de cámara, de rodillas, delante de él, trataba de exprimir, chupando, el veneno que hacía a esta bestia tan malvada; y mientras flagelaba, el duque gritaba con todas sus fuerzas—: ¡Ah!, ¡la puta... la zorra!... ¡Oh!, ¡cómo detesto a las mujeres!, ¿y no podré exterminarlas a todas a vergazos?... Ella sangra... sangra por fin... ¡Ah, joder!, sangra... ¡Chupa, Lubin, chupa! Soy feliz, veo la sangre. —Y acercando su boca

a mi trasero, recogió cuidadosamente lo que veía correr con tanto placer; después, continuando—: Pero mira, Lubin, no me excito, y es preciso que la azote hasta que se me empine, y hasta que me excite, hasta que descargue... ¡Vamos, vamos!, ¡la puta es joven y resistirá!

La sangrienta ceremonia empieza de nuevo; pero ahora los episodios cambian: Lubin no chupa a su amo; armado con un vergajo, le devuelve centuplicados los golpes vigorosos que recibo de él. Estoy en sangre, corre sobre mis nalgas, veo que enrojece el pedestal; las espinas hundidas en mi carne, desgarrada por las vergas, me era imposible poder decir en qué parte de mi cuerpo se hacen sentir los dolores con más fuerza, cuando el verdugo, cansado de suplicios y tumbándose de nuevo sobre el canapé espumeante de lujuria, ordena al fin que me desaten. Llego hasta él, tambaleante.

—Excítame —me dice, besando las huellas de su crueldad— ...o mejor no... excita a Lubin; prefiero verlo descargar que descargar yo mismo, por muy bonita que seáis, dudo que lo logréis.

Lubin se apodera en seguida de mí; yo todavía tenía la funesta guirnalda: el bárbaro, a propósito, la aprieta contra mi piel, mientras que yo le chupo; su postura era tal que si cedía a las suaves agitaciones de mi puño el semen se lanzaba sobre el rostro de su amo, que, siguiendo apretándome, pellizcándome el trasero, se excitaba ligeramente él solo: el efecto ocurrió, el criado descarga, y todo el rostro del amo se cubre de esperma. Sólo el suyo se niega a unirse a aquel; lo reserva para una escena más lúbrica: oiréis los detalles.

—Salid —me dice en cuanto Lubin lo consiguió—, tengo que hacer pasar a vuestra cuarta compañera antes de que os vuelva a llamar.

Abren, y veo a las que me habían precedido en un cuarto de al lado... ¡Pero, santo cielo, en qué estado!... Era peor que el mío: sus cuerpos tan bonitos, tan blancos, tan deliciosos, daba horror mirarlos; las desgraciadas lloraban, se arrepentían de haber aceptado semejante partida; pero yo, más orgullosa, más firme y más vengativa, sólo pensaba en obtener una compensación. Una puerta entreabierta me deja ver el dormitorio del duque: entro en él apresuradamente. En seguida se presentan tres objetos a mi vista: una gran bolsa de oro, un soberbio diamante y un reloj hermosísimo. Abro precipitadamente la ventana, veo que da a un cobertizo que forma ángulo con la muralla, y que todo esto está situado cerca de la puerta por donde hemos entrado. Me quito listamente una de mis medias, meto estos tres objetos dentro, y dejo caer todo sobre un arbusto situado en el ángulo del que acabo de hablaros; las hojas ocultan el depósito, y vuelvo con mis compañeras. Apenas me había unido a ellas, cuando Lubin viene a buscarnos: el gran sacerdote consumaría el sacrificio con las cuatro víctimas juntas. Ya había fustigado a la más joven, y nos pareció que

su culo no había sido tratado con más miramientos que los nuestros; estaba cubierto de sangre. Ya no estaba el pedestal; Lubin nos tumba boca abajo, a las cuatro, en medio del gabinete; nos enlaza con tanto arte que no ve ya más que nuestras nalgas... os dejo imaginar en qué estado. El duque se acerca a este grupo, su criado lo excita con una mano, mientras que destila con la otra aceite hirviendo sobre nuestros culos; felizmente, la crisis no fue larga.

—¡Quémalas, quémalas! —exclamaba el duque, mezclando su semen con el licor inflamado que nos calcinaba—, quema a estas putas... me corro.

Y nos levantamos en un estado que os describiría mejor el cirujano, que tardó diez días en hacer desaparecer las marcas de esta abominable escena, y que logró tanto más fácilmente conmigo, cuanto que, por un feliz azar, no me habían caído sobre el trasero más que dos o tres gotas de este aceite ardiente, con el que se encontraba totalmente cubierta la más joven de mis compañeras, sin duda por maldad del duque.

Fuese cual fuese mi estado, no perdí la cabeza al bajar, y, volando al rincón donde había dejado caer mi tesoro, me apoderé prontamente de lo que debía compensarme de los males que me habían hecho sufrir.

Cuando llegué a casa de la Duvergier, la acusé agriamente por haberme expuesto a aquella vejación: ¿debía hacerlo sabiendo como sabía que yo estaba ricamente entretenida? Y declarándole que no me complacía ya en inmolarme a su rapacidad, me retiré a mi casa avisando a Noirceuil de que estaba enferma y que le rogaba que me dejase guardar cama tranquilamente durante unos días. Noirceuil, en absoluto enamorado, menos todavía sensible, y muy poco inquieto, no apareció; su mujer, más dulce y más política, vino a verme dos veces, pero sin preocuparse mucho por mi salud. Al décimo día todo había desaparecido de tal forma que yo estaba más fresca que antes. Entonces eché la mirada sobre mi presa: había trescientos luises en la bolsa, el diamante valía cincuenta mil francos, el reloj mil escudos. Coloqué esta nueva suma como la otra, y hallándome, con ambas, cerca de las doce mil libras de renta, creí que era el momento de trabajar un poco para mí misma y que el papel de juguete de la avaricia de los otros no convenía ya a mi pequeña fortuna.

Así se pasó un año, durante el cual hice algunas partidas por mi cuenta, pero en las cuales el azar no ofreció a mi destreza los mismos medios dignos de mención; por otra parte, seguía siendo la alumna de Noirceuil, ayuda de sus libertinajes, y detestada por su mujer.

Aunque viviésemos en la indiferencia, Noirceuil, que sin amarme tenía un gran interés por mi cabeza, seguía pagándome muy caro; era mantenida en todo, y tenía veinticuatro mil francos al año para mis

placeres; unid a esto la renta de doce mil que yo había logrado y juzgaréis mi comodidad. Deseando muy poco a los hombres, satisfacía mis deseos con dos mujeres encantadoras; dos compañeras suyas se unían a veces a nosotras: entonces no había ningún tipo de extravagancia que no realizásemos.

Un día, una de las amigas de aquella de las dos mujeres a la que yo prefería, me suplicó que me interesase por uno de sus parientes al que le había sucedido una aventura bastante desagradable. Sólo se trataba —decía— de decir una palabra a mi amante cuyo crédito frente al ministro solucionaría todo en seguida; el joven, si yo quería, vendría él mismo a contarme su historia. Arrastrada aquí, como a pesar de mí, por el deseo de hacer feliz a alguien, fatal deseo que la mano de la naturaleza, que no me había creado para la virtud, tuvo buen cuidado de castigar bien pronto, acepto; aparece el joven: ¡Dios!, cuál no será mi sorpresa al reconocer a Lubin. Hago lo que puedo para disimular mi turbación. Lubin me asegura que ya no está en casa del duque; me hace una novela que no tiene pies ni cabeza; le prometo servirle; el traidor sale contento —dice— de haberme vuelto a encontrar, después de un año que no dejaba de buscarme. Pasaron unos días sin que oyese hablar de nada; me inquietaba sobre la desgraciada consecuencia que podía tener este encuentro, y mostraba mi resentimiento contra la amiga de mi ayuda de cámara que me había comprometido en esta trampa, aunque no dudé de si era o no por maldad cuando, saliendo una noche de la Comedia Italiana, seis hombres detienen mi coche, detienen a mi gente, me hacen descender ignominiosamente y me echan a un coche, gritando al cochero. ¡Al hospital!

¡Oh cielos!, me digo a mí misma, ¡estoy perdida! Pero recuperándome en seguida:

—Señores —exclamo—, ¿no se equivocan conmigo?

—Os pedimos perdón, señorita, nos equivocamos —me responde uno de estos criminales al que pronto reconozco como el mismo Lubin —, no hay duda de que nos equivocamos, porque es a la horca adonde os deberíamos llevar; pero si, hasta tener más amplias informaciones, la policía, por consideración al Monsieur de Noircueil, no quiere más que enviaros al hospital en vez de daros en seguida lo que os corresponde, esperamos que esto sólo sea un ligero retraso.

—¡Y bien! —digo con descaro—, ¡lo veremos! Sobre todo, tened cuidado de que no haga arrepentirse pronto a aquellos que, creyéndose por un momento los más fuertes, se atreven a atacarme con tanta audacia.

Me echan en un calabozo oscuro, donde, durante treinta y seis horas, no vi absolutamente nada más que carceleros.

Quizás os sea fácil, amigos míos, suponer cuál era el estado de mi

interior en este caso; voy a abrirlo con toda franqueza. Tranquila como en la fortuna, desesperada de verme engañada por haber escuchado por un momento a la virtud, resuelta... profundamente decidida a no volverle a permitir ninguna influencia sobre mi corazón; cierta pena, quizás, por ver venirse abajo en un instante mi fortuna; pero ni un remordimiento... ni una sola resolución de ser mejor, si era vuelta a la sociedad; ni el más pequeño proyecto de acercarme a la religión, si debía morir. Esta es mi alma completamente al desnudo. Sin embargo, sentía cierta intranquilidad... ¿Acaso no las tenía cuando era buena? ¡Ah!, ¿qué importa? Prefiero no ser pura y sentir estas ligeras inquietudes, prefiero entregarme al vicio que encontrarme estúpidamente tranquila en el seno de una inocencia que detesto... ¡Oh crimen!, sí, incluso tus serpientes son goces: por sus agujijones preparan el abrazo divino con el que consumes a tus partidarios; todos tus sobresaltos son placeres; es preciso que se agiten almas como las nuestras; les es imposible serlo por la virtud, y sienten demasiado horror por ella: que sea entonces por tus deliciosos extravíos... ¡Oh divinas desviaciones de la vida! Sí, sí, que me liberen; ¡cuántos nuevos delitos se me ofrecen, y verán cómo robaré! Estas eran mis reflexiones; queríais saberlas, os las pinto: ¿dónde estarían mejor confiadas que en el seno de mis mejores amigos?

Estaba en la mitad del segundo día de esta horrible detención, cuando oigo que se abre la puerta con un gran estréverga.

—¡Oh Noireuil! —exclamé reconociendo a mi amante—, ¿qué dios os trae hasta mí? ¿Y cómo puedo interesaros después de todas mis faltas?

—Juliette —me dice Noireuil en cuanto nos dejaron solos—, la manera en que vivimos juntos no me pone en situación de tener que reprocharos nada; sois libre: el amor no entraba para nada en nuestros arreglos; sólo era cuestión de confianza. Por la analogía que había entre mi forma de pensar y la vuestra, creísteis que debíais negarme esta confianza, nada más simple; pero lo que no lo es que seáis castigada por una bagatela como la que os hace estar detenida. Mi niña, amo vuestra cabeza, lo sabéis, hace mucho tiempo que os lo he dicho, y serviré siempre sus extravíos, en tanto que sean análogos a los míos. No creáis que es ni por conmiseración ni por un sentimiento por lo que vengo a romper vuestras cadenas; me conocéis lo suficiente como para estar convencida de que no puedo emocionarme ni con una ni otra de las dos debilidades. En este caso no actúo más que por egoísmo, y os juro que si me excitase mejor viéndoos colgada que retirándoos de aquí, no dudaría ni un minuto. Pero me gusta vuestra compañía, me privaría de ella si fueseis colgada; por otra parte, habéis merecido serlo, ibais a serlo, y estos son derechos muy poderosos sobre mi alma; y os amaría más si hubieseis merecido la rueda...

Seguidme, sois libre... Sobre todo, nada de agradecimiento, lo aborrezco.

Y viendo que yo iba a entregarme a él, a pesar de mí:

—Ya que lo sentís, Juliette —respondió vivamente Noirceuil—, no saldréis de aquí hasta que no os haya probado lo absurdo del sentimiento al que parece llevaros la debilidad de vuestro corazón a pesar de vos. —Después, obligándome a que me sentara y situándose cerca de mí—: Querida muchacha —me dice—, tú sabes que no quiero perder ninguna ocasión de formar tu corazón e iluminar tu espíritu; déjame enseñarte lo que es el agradecimiento.

»Se llama gratitud, Juliette, al sentimiento con que se corresponde a una buena acción. Ahora bien, yo pregunto cuál es el motivo de aquel que realiza una buena acción. ¿Actúa para él o para nosotros? Si actúa para él, me confesarás que no le debemos nada; y si es para nosotros, la fuerza que adquiere a partir de ese momento, lejos de excitar en nosotros el agradecimiento, sólo podrá engendrar celos: ha herido nuestro orgullo. ¿Pero cuál es su objetivo obligándonos a él? ¿Cómo no verlo en seguida?, el que obliga, el que saca de su bolsillo cien luises para dárselos a un hombre que sufre, no ha actuado de ninguna manera por la felicidad de este infortunado. Que analice su corazón: verá que no ha hecho más que halagar su orgullo, que sólo ha trabajado para él, bien encontrando un placer intelectual más halagador al dar cien luises a un pobre que guardándoselos, bien imaginando que la publicidad de este acto le creará una buena reputación: pero en ambos casos, yo sólo veo egoísmo. Dime, pues, ahora lo que debo a un hombre que sólo ha trabajado para él. Aunque pudieseis demostrarme que sólo ha considerado al hombre al que obliga, al actuar como lo ha hecho, que su acción es secreta, que nunca saldrá a la luz, que no puede haber obtenido ningún placer en dar esos cien luises puesto que, por el contrario, se siente molesto por este don, y que, en una palabra, su acción es tan desinteresada que no se puede mezclar en ella el egoísmo: a esto yo os respondería en primer lugar que es imposible, y que, analizando bien la acción de este bienhechor, siempre descubriremos en su cuenta algún goce secreto que disminuye su precio; pero incluso aceptando que el desinterés que vos admitís sea completo, nunca estaréis en el caso de la gratitud, puesto que este hombre, con su acción, al elevarse por encima de vos hiere vuestro orgullo y hace que sintáis, por este procedimiento, mortificaciones en un sentimiento cuyas ofensas no se perdonan nunca. Desde este momento, este hombre, sea lo que sea lo que haya hecho por vos, sólo tiene derecho, si sois justa, a vuestra perpetua antipatía; os aprovecharéis de su servicio, pero detestaréis al que os lo ha prestado; su existencia os pesará, nunca lo veréis sin que os sonrojéis. Si os informan de su muerte, os regocijaréis

interiormente, y os parecerá haberos quitado un peso de encima... una servidumbre; y la seguridad de haberos librado de un ser ante el que no podíais aparecer sin una especie de vergüenza será un goce: ¿qué digo?, si vuestra alma es verdaderamente independiente y orgullosa, quizás iríais más lejos, quizás lo deberíais... Sí, llegaréis hasta a destruir esta existencia que os molesta; os libraréis de la vida de este hombre como de un fardo que os cansa; y lejos de haber engendrado en vos el servicio prestado amistad por este benefactor, como veis, sólo habrá producido el odio más implacable. ¡Oh!, ¡esta reflexión debe probarte, Juliette, cuán ridículo y peligroso es prestar servicios a los hombres! Después de mi manera de analizar la gratitud, observa, querida, si quiero la tuya, y si no debo guardarme, al contrario, de ponerme frente a ti, en vista del servicio prestado. Por lo tanto, te reverga que al romper tus cadenas no hago nada por ti: actúo absolutamente por mí. Vayámonos.

En cuanto estuvimos ante los jueces, Noirceuil tomó la palabra.

—Señor —dice a uno de los jueces—, esta señorita, al recobrar su libertad, no quiere ocultar el nombre de la que cometió el robo del que injustamente se acusaba a mi amiga: acaba de asegurarme que fue una de las tres muchachas que la acompañaron a la casa del Monsieur Dennemar. Hablad, Juliette, ¿recordáis el nombre de esa muchacha?

—Claro que sí, señor —respondí comprendiendo perfectamente al pérfido Noirceuil—, era la más bonita de las tres, tiene de dieciocho a diecinueve años, la llaman Minette.

—Era todo lo que pedíamos, señorita —dice el hombre de la ley—, ¿juraríais esta denuncia?

—Sin duda, señor —respondí. Y levantando la mano hacia el crucifijo—: Juro y declaro —digo en voz alta e inteligible— y hago ante Dios el juramento sagrado de que la llamada Minette es la única culpable del robo perpetrado en la casa del Monsieur Dennemar.

Salimos y subimos rápidamente al coche.

—Bien, Juliette —me dice mi amante—, ¡sin mí nunca habrías cometido esta pequeña maldad! Te conozco lo suficiente para estar seguro de que era inútil ponerte al corriente, y que me entenderías a la primera palabra. Bésame, ángel mío... Me gusta chupar esta boca blasfema. ¡Ah!, te has portado como un dios. Minette será colgada, y es delicioso, cuando se es culpable, no solamente sacar provecho, sino además incluso hacer perecer al inocente en su lugar.

—¡Oh Noirceuil —exclamé—, cuánto te amo! Eres el único ser que me conviene en el mundo; vas a hacer que me lamente por haberte engañado.

—¡Bah!, Juliette, tranquilízate —me respondió Noirceuil—, te libero de los remordimientos del crimen: sólo exijo de ti los de la virtud. No tienes que ocultarme nada prosiguió mi amante mientras

nos llevaban a casa; no te impido que hagas partidas, si la avaricia o el libertinaje te empujan a ellas: todo lo que tiene su fuente en tales vicios es asombrosamente respetable para mí; pero deberías abstenerte de los conocimientos de la Duvergier: no ve, no procura más que libertinajes cuyas crueles pasiones podrían llevarte a tu perdición. ¡Si me hubieses confiado tus gustos, te habría procurado partidas muy caras donde los riesgos fuesen mínimos y donde hubieses podido robar con toda comodidad! Porque nada hay tan sencillo como robar, es una de las fantasías más naturales en el hombre; el mismo que te habla lo hizo durante mucho tiempo; me he corregido haciendo cosas peores. No hay nada que cure los pequeños vicios cono los grandes crímenes; cuanto más se ataca a la virtud, más se acostumbra uno a ultrajarla; y entonces sólo nos excitan la voluptuosidad las mayores ofensas. Mira cuánto has perdido, Juliette: al ignorar tus caprichos, te he negado a cinco o seis amigos míos que ardían en deseos de tenerte y en cuyas casas habrías estado a salvo presentando el culo. Por lo demás — prosiguió Noirceuil—, nada de esto habría pasado sin ese maldito Lubin que, al sospechar su amo de él, había jurado hacer las pesquisas más exactas sobre el robo. Pero tú estás vengada, ayer lo mandamos a Bicêtre para el resto de sus días. Es esencial que sepas que es al ministro Saint-Fond, amigo mío, a quien debes tu libertad y la liquidación de tu asunto. Ya está todo dicho: mañana te llevaré ante él. Declararon veintidós testigos; aunque hubiese habido quinientos, nuestro crédito no los temía; este crédito es inmenso, Juliette, y nosotros estamos seguros, Saint-Fond y yo, o de arrancar al instante de la horca al mayor criminal de la tierra, o de hacer subir a ella al más virtuoso de los hombres. Esto es lo que se gana bajo el reinado de príncipes imbéciles. Son dirigidos por quienes les rodean, y los tontos autómatas, creyendo que son ellos los que gobiernan, no rigen más que por nuestras pasiones. Podíamos vengarnos de Dennemar, tengo todo lo necesario para eso; pero es tan libertino como nosotros, sus caprichos lo han demostrado; no atacemos nunca a los que se nos parecen. El duque sabe que ha obrado mal al conducirse como lo ha hecho; hoy estaba muy avergonzado, te concede el producto del robo y te volverá a ver con gusto; sólo ha pedido que colgásemos a una: él está contento y nosotros también. No te aconsejo que vuelvas a ver a ese viejo avaro; sabemos que te desea sólo para obtener la gracia de Lubin; pero no te mezcles en eso. Yo tuve a Lubin a mi servicio, me jodía muy mal y me costaba muy caro; me disgustaba hasta el punto de que ya había querido encerrarlo varias veces; ya no lo tenemos, que se quede ahí. En cuanto al ministro, quiere verte; te concedo esta noche para que cenes con él; es un hombre excesivamente libertino... Gustos, fantasías... pasiones, infinidad de vicios. No necesito encomendarte la más extrema sumisión: es la única manera de

probarle tu agradecimiento cuyos efectos querías, equivocadamente, derramar sobre mí...

—Mi alma se ajusta a la tuya, Noirceuil —digo con sangre fría—, no te doy las gracias desde el momento en que me pruebas que sólo has actuado para ti, y me parece que te amaré mucho más al no estar obligada a deberte nada. Respecto a la sumisión que me pides, será completa, dispón de mí, te pertenezco; como mujer me pongo en mi lugar, sé que la dependencia es mi suerte.

—No, de ninguna manera —me dice Noirceuil—; la comodidad de que gozas, tu espíritu y tu carácter te liberan absolutamente de esa esclavitud. Yo no someto a ella más que a las *mujeres-esposas* o a las *putas*, y en esto sigo las leyes de la naturaleza, que, como ves, sólo permite a esos seres arrastrarse. La inteligencia, el talento, la riqueza y el crédito sacan de la clase de los débiles a aquellos que la naturaleza hizo nacer allí; y desde el momento en que entran en la de los fuertes, todos los derechos de estos, la tiranía, la opresión, la impunidad, y el entero ejercicio de todos los crímenes, les están permitidos. Quiero que tú seas mujer y esclava con mis amigos y conmigo, déspota con los otros... y desde ese momento, te juro que te daré los medios. Juliette, necesitas una pequeña compensación por las treinta y seis horas de prisión... Bribona, ya estoy enterado de tus doce mil libras de renta, me habías ocultado todo eso: no importa, lo he sabido; yo te doy diez mañana, y el ministro me ha encargado de que te dé esta noticia: es una tensión de mil escudos a cuenta de los hospitales; los enfermos tendrán algunos caldos de menos y tú algunas borlas de más, todo viene a ser lo mismo. Así que ahí estás a la cabeza de veinticinco mil libras de renta, sin contar con tu sueldo que te será pagado siempre con exactitud. ¡Y bien!, corazón mío, ves cómo las consecuencias del crimen no siempre son desgraciadas: el proyecto de una virtud, el de ayudar a Lubin, te ha sumergido en el fondo de los calabozos; el robo en casa de Dennemar decide y motiva tu fortuna: ¡atrévete a dudar ahora! ¡Ah!, ¡comete tantos crímenes como quieras!, ahora conocemos tu cabeza, nos divertiremos con sus extravíos, y te prometo la impunidad.

—¡Oh!, Noirceuil, ¡cuán injustas son las leyes humanas! Gode, inocente, gime en un calabozo; Juliette, culpable de su suerte, cubierta con los dones de la fortuna.

—Todo eso está en orden, hija mía —me respondió Noirceuil—; el infortunio es el juguete de la prosperidad; le está sometido por las leyes de la naturaleza; es preciso que el débil sirva de pasto al fuerte. Echa una mirada al universo; en todas las leyes que lo rigen encontrarás ejemplos parecidos: la tiranía y la injusticia, como únicos principios de todos los desórdenes, deben ser las primeras leyes de una causa que no actúa más que mediante desórdenes.

—¡Oh!, amigo mío —digo llena de entusiasmo—, al legitimar a mis ojos todos los crímenes, al darme, como haces, los medios para sumergirme en ellos, pones mi alma en un estado delicioso, en una turbación, en un delirio, que no podría explicar con palabras. ¿Y no quieres que te dé las gracias?

—Una vez más, no me debes nada; me gusta el mal, le proporciono agentes: puedes ver que también aquí soy egoísta, como en todas las otras ocasiones de mi vida.

—¡Pero tendré que reconocer de algún modo todo lo que haces por mí!

—Cometiendo muchas fechorías, y no ocultándome ninguna.

—Ocultártelas, ¡nunca!, mi confianza será completa; serás dueño de mis pensamientos como de mi vida; no nacerá en mi corazón ningún deseo que no te comunique, ningún goce que no compartas... Pero, Noirceuil, tengo que pedirte un favor más: la amiga de aquella de mis mujeres que me ha traicionado presentándose a ese Lubin excita poderosamente mi venganza; quiero que la castigues cuando lleguemos.

—Dame su nombre y su dirección —dice Noirceuil—, mañana estará en la cárcel para el resto de sus días.

Entramos en la casa.

—Aquí está Juliette —dice Noirceuil presentándose a su mujer, cuyo aspecto era frío y circunspecto—. Esta encantadora criatura —prosiguió mi amante— había sido víctima de la calumnia; es la muchacha más honrada del mundo, y os ruego, señora, que continúen las consideraciones que le debéis por más de una razón.

¡Oh cielos! —me digo, en cuanto, de nuevo en mi voluptuoso cuarto, miro la feliz situación de que iba a gozar, la inmensa renta de la que sería dueña—, ¡oh cielos!, ¡qué vida voy a llevar! Fortuna, suerte, Dios, agente universal, quienquiera que seas, si es así como tratas a los que se entregan a los delitos, ¿cómo no voy a seguir esta carrera? ¡Ah!, está decidido, nunca seguiré otra. Extravíos divinos que se atreven a llamar crímenes, en adelante seréis mis únicos dioses, mis únicos principios y mis leyes; ¡sólo a vosotros querré en el mundo!

Mis criadas me esperaban para darme un baño. Pasé en él dos horas, otras tantas para mi arreglo, y fresca como una rosa aparecí en la cena del ministro, más hermosa, según me aseguraron, que el mismo astro del que me habían privado los infames zorros durante dos días.

Segunda parte

EL MONSIEUR de Saint-Fond era un hombre de alrededor de cincuenta años, ingenioso, con un carácter muy falso, muy traidor, libertino, feroz, infinitamente orgulloso, que poseía el arte de robar a Francia hasta el infinito, y el de distribuir cartas con el sello real de encarcelamiento por el solo deseo de sus más mínimas pasiones. Más de veinte mil individuos de todo sexo y de toda edad gemían, por sus órdenes, en las diferentes fortalezas reales que ha heredado Francia; y entre estos veinte mil seres —me decía un día, con mucha gracia— te juro que no hay uno solo que sea culpable. D'Albert, primer presidente del parlamento de París, estaba también en la comida; sólo cuando entrábamos me previno Noirceuil.

—Debes las mismas consideraciones —me dice— a ese personaje que al otro; hace doce horas era dueño de tu vida, sirves de compensación a los miramientos que tuvo contigo; ¿podía pagarle mejor?

Cuatro muchachas encantadoras componían, junto con Madame de Noirceuil y conmigo, el serrallo ofrecido a estos señores. Estas criaturas, vírgenes todavía, eran de la casa de la Duvergier. La más joven se llamaba Eglée, rubia, de trece años y con un rostro encantador. Seguía Lolotte, era el vivo retrato de Flora; nunca se vio tanta frescura; apenas tenía quince años. Henriette tenía dieciséis, y reunía por sí sola más atractivos de los que los poetas cantaron a las tres Gracias. Lindane tenía diecisiete años; digna de ser pintada, ojos con una singular expresión, y el cuerpo más hermoso que sea posible ver.

Seis jóvenes, de quince años, nos servían desnudos y peinados como mujeres: cada uno de los libertinos que asistía a la comida tenía, como veis por este arreglo, cuatro objetos de lujuria a sus órdenes: dos mujeres y dos muchachos. Como ninguno de estos individuos estaba todavía en el salón cuando yo aparecí, d Albert y Saint-Fond, después de haberme besado, mimado y alabado durante un cuarto de hora, me felicitaron por mi aventura.

—Es una encantadora pequeña criminal —dice Noirceuil—; y que, por la sumisión más ciega a las pasiones de sus jueces, viene a agradecerles la vida que les debe.

—Me habría molestado quitársela —dice d'Albert—: Por algo lleva Thémis una venda; y estaréis de acuerdo en que cuando se trata de juzgar a bonitos seres como estos, debemos tenerla siempre delante de los ojos.

—Le prometo la más absoluta impunidad para su vida —dice Saint-Fond—; puede hacer absolutamente todo lo que quiera, le juro

que la protegeré en todos sus extravíos y que la vengaré, si lo exige la ocasión, de todos aquellos que quieran turbar sus placeres, por muy criminales que puedan ser.

—Le prometo otro tanto —dice d'Albert—; le prometo además para mañana una carta del canciller que la pondrá al abrigo de todas las persecuciones que, por cualquier tribunal, pudiesen intentarse contra ella en todo el territorio de Francia. Pero, Saint-Fond, yo exijo algo más; todo lo que estamos haciendo es absolver el crimen, pero hay que estimularlo: por consiguiente, te pido para ella una pensión de dos mil hasta veinticinco mil francos, en razón del crimen que cometa.

—Juliette —dice Noirceuil—, creo que hay aquí poderosos motivos para que des a tus pasiones toda la amplitud que pueden tener, y para que no nos ocultes ninguno de tus extravíos. Pero hay que convenir señores —prosiguió mi amante sin darme tiempo a responder que hacéis un uso maravilloso de la autoridad que os han confiado las leyes y el monarca.

—El mejor posible —respondió Saint-Fond—; nunca se actúa mejor que cuando se está trabajando para uno mismo; nos han concedido esta autoridad para que hagamos felices a los hombres: ¿acaso no la utilizamos haciendo la nuestra y la de esta amable niña?

—Al investirnos con esta autoridad —dice d'Albert— no nos han dicho: haréis la felicidad de tal o cual individuo, abstracción hecha de tal o cual otro; simplemente nos han dicho: los poderes que os transmitimos son para que hagáis la felicidad de los hombres; ahora bien, es imposible hacer a todo el mundo igualmente feliz; por consiguiente, desde el momento que hay entre nosotros algunos contentos, nuestro fin está cumplido.

—Pero —dice Noirceuil, que sólo discutía para hacer brillar mejor a sus amigos—, sin embargo, vos trabajáis en la desgracia general al salvar a la culpable y al perder al inocente.

—Eso es lo que yo niego —dice Saint-Fond—; el vicio hace mucho más feliz que la virtud: por lo tanto sirvo mucho mejor a la felicidad general protegiendo el vicio que recompensando la virtud.

—¡Estos son sistemas propios de pícaros como vos! —dice Noirceuil.

—Amigo mío —dice d'Albert—, ya que también hacen vuestra alegría, no os quejéis.

—Tenéis razón —dice Noirceuil—; además, me parece que deberíamos actuar más en vez de charlar. ¿Deseáis tener a Juliette sola un momento, antes de que lleguen?

—No, yo no —dice d'Albert—, no tengo ningún interés en los tête-à-tête, soy muy torpe... La gran necesidad que tengo de ser ayudado en estas cosas hace que me guste tanto aguardar hasta que

todo el mundo esté aquí.

—No pienso así —dice Saint-Fond—, y voy a pasar un rato con Juliette al fondo de este cuarto.

Apenas estuvimos allí, Saint-Fond me anima a que me desnude. Mientras obedezco:

—Me han asegurado —me dice—, que tendréis una ciega complacencia para mis fantasías, repugnan un poco, lo sé, pero cuento con vuestra aceptación. Sabéis lo que he hecho por vos, haré todavía más: sois malvada, vengativa; pues bien —prosiguió mientras me entregaba seis cartas de encarcelamiento en blanco, que sólo había que llenar para, hacer perder la libertad a quien bien me pareciese— esto es para que os divirtáis; además, tomad este diamante de mil luises, para pagaros el placer que tengo en conoceros esta noche... Tomad, tomad, todo esto no me cuesta nada: es dinero del Estado.

—En verdad, monseñor, estoy confundida con tantas bondades.

—¡Oh!, no me detendré en esto; quiero que vengáis a verme a mi casa; necesito una mujer que, como vos, sea capaz de todo; quiero encargaron la partida de los venenos.

—¿Qué, monseñor, vos servís semejantes cosas?

—Es preciso, ¡hay tanta gente de la que estamos obligados a deshacernos!... ¿no sentiréis escrúpulos, espero?

—¡Ah!, ¡ni el más mínimo, monseñor!, os juro que no hay en el mundo un crimen capaz de aterrorizarme, y no hay ni uno sólo que no cometa con placer.

—¡Ah!, besadme, ¡sois encantadora! —dice Saint-Fond—, ¡pues bien!, en medio de lo que me prometéis aquí, renuevo mi juramento de conseguir os la más completa impunidad. Haced por vuestra cuenta lo que mejor os parezca: os aseguro que os sacaré de todas las malas aventuras que pudiesen sucederos. Pero tenéis que demostrarme enseguida que sois capaz de realizar el trabajo al que os destino. Tomad —me dice entregándome una cajita—, sentaré cerca de vos a la muchacha que me apetezca para que caiga en la prueba; acariciadla bien: el fingimiento es el manto del crimen; engañadla lo más hábilmente posible y echad este polvo, en los postres, en uno de los vasos de vino que se le servirán: el efecto no será largo; en eso reconoceré si sois digna de mí; y, en tal caso, vuestro puesto os espera.

—¡Oh!, monseñor —respondí con calor—, estoy a vuestra disposición; dadme, dadme, y veréis cómo me comportaré.

—¡Encantadora!..., ¡encantadora!... Ahora, divirtámonos, señorita, vuestro libertinaje me excita... Sin embargo, antes de nada, permitidme que os ponga al corriente de una fórmula de la que es esencial que no os alejéis: os prevengo de que nunca tenéis que apartaros del profundo respeto que yo exijo y que se me debe por más de una razón; en esto soy un orgulloso implacable. Nunca me oiréis

tutearos; imitadme, sobre todo, no me llaméis nunca más que monseñor; hablad en tercera persona siempre que podáis, y estad siempre delante de mí en actitud respetuosa. Independientemente del puesto eminente que ocupo, mi nacimiento es de los más ilustres, mi fortuna enorme, y mi crédito superior al del mismo rey. Es imposible no ser muy vanidoso cuando se está en tal situación: el hombre poderoso que, por una falsa popularidad, consiente en dejar que se le acerquen, se humilla y rebaja enseguida. La naturaleza ha colocado a los grandes en la tierra como a los astros en el firmamento; deben iluminar el mundo y nunca descender a él. Mi orgullo es tal que querría que me sirviesen sólo de rodillas, hablar siempre a esa vil canalla que se llama pueblo mediante un intérprete, y detesto todo lo que no está a mi altura.

—En este caso —digo—, monseñor debe odiar a mucha gente, porque hay muy pocos seres aquí abajo que puedan igualarse a él.

—Muy pocos, tenéis razón señorita; también aborrezco al mundo entero, excepto los dos amigos que veis ahí, y algunos otros: odio soberanamente a todos los demás.

—Pero monseñor —me tomé la libertad de decir a este déspota—, ¿acaso los caprichos del libertinaje a los que os entregáis no os quitan un poco de esa altura en la que me parece que siempre desearíais estar?

—No —dice Saint-Fond—, todo eso se alía, y para cabezas dispuestas como las nuestras, la humillación de ciertos actos de libertinaje sirve de alimento al orgullo[25]. —Y como yo estaba desnuda—: ¡Ah!, ¡qué hermoso culo, Juliette! —me dice el disoluto mirándolo—, me habían dicho que era soberbio, pero supera su fama; inclinaos para que sumerja mi lengua... ¡Ah, Dios!, está de una limpieza que me desespera: ¿no os ha dicho Noircueil en qué estado quería encontrar este culo?

—No, señor.

—Lo quería enmierdado... lo quería sucio... es de una frescura que me desespera. Vamos, arreglemos esto con otra cosa. Tomad, Juliette, aquí está el mío... está en el estado en que quería el vuestro: encontraréis mierda en él... Poneos de rodillas delante de él, adoradlo, felicitaos por el honor que os concedo al permitirlos que ofrezcáis a mi culo el homenaje que querría rendirle toda la tierra... ¡Cuán felices serían otros seres por estar en vuestro lugar! Si los dioses descendiesen hasta nosotros, ellos mismos desearían gozar de este favor. Chupad, introducid vuestra lengua; nada de repugnancia, hija mía.

Y fuesen las que fuesen las que yo sintiese, las vencí; mi interés hacía de eso una ley. Hice todo lo que deseaba el libertino: le chupé los huevos, me dejé abofetear, pero en la boca, cagar en el pecho, escupir y mear en el rostro, dar tirones a mis pezones, dar patadas en

el culo, bofetones, y, al final, joder en el culo, donde no hizo más que excitarse, para descargar me después en la boca, con la orden de tragar su espermatozoide.

Hice todo; la más ciega docilidad coronó todas sus fantasías. ¡Divinos efectos de la riqueza y el crédito, todas las virtudes, todas las voluntades, todas las repugnancias se quebrarán ante vuestros deseos, y la esperanza de ser acogidos por vosotros, someterá a vuestros pies a todos los seres y todas las facultades de esos seres! La descarga de Saint-Fond era brillante, decidida, violenta; entonces pronunciaba en voz alta las blasfemias más fuertes y más impetuosas; su pérdida era considerable, su espermatozoide ardiente, espeso y sabroso, su éxtasis elevado, sus convulsiones violentas y su delirio muy pronunciado. Su cuerpo era hermoso, muy blanco, el culo más hermoso del mundo, sus huevos muy gordos, y su miembro musculoso podía tener siete pulgadas de largo, por seis de grueso; estaba rematado con una cabeza de dos pulgadas al menos, mucho más gorda que la mitad del miembro, y casi siempre desmochada. Era alto, bien construido, la nariz aquilina, gruesas cejas, hermosos ojos negros, bonitos dientes y el aliento muy puro. Cuando acabó, me preguntó si no era verdad que su semen era excelente...

—Pura crema, monseñor, ¡pura crema! —respondí—, es imposible tragar uno mejor.

—Alguna vez os concederé el honor de comerlo —me dice—, y también tragaréis mi mierda, cuando esté contento de vos. Vamos, poneos de rodillas, besad mis pies, y agradecedme todos los favores que he querido dejaros recoger hoy.

Obedezco, y Saint-Fond me besó jurando que estaba encantado conmigo. Un bidet y algunos perfumes hicieron desaparecer todas las manchas con que estaba mancillada. Salimos; cuando atravesábamos los apartamentos que nos separaban del salón de la reunión, Saint-Fond me recuerda la caja.

—¡Qué! —digo—, una vez disipada la ilusión, ¿os ocupa todavía el crimen?

—¡Cómo! —me dice este hombre terrible—, ¿acaso has tomado mi propuesta por una efervescencia de la cabeza?

—Así lo había creído.

—Te engañas; son cosas necesarias cuyo proyecto excita mis pasiones, pero que, aunque concebidas en el momento de un delirio, no deben dejar de ser ejecutadas en la calma.

—Pero ¿vuestros amigos lo saben?

—¿Acaso lo dudas?

—Habrá una escena.

—En absoluto, estamos acostumbrados a eso. ¡Ah!, si todos los rosales del jardín de Noircueil dijese a qué sustancias deben su

belleza... Juliette... Juliette ¡no hay bastantes verdugos para nosotros!

—Estad tranquilo, monseñor, os he dado mi juramento de obediencia, y lo mantendré.

Volvimos. Nos esperaban; las mujeres habían llegado. En cuanto aparecimos, d'Albert mostró el deseo de pasar al dormitorio con Madame de Noirceuil, Henriette, Lindane y dos muchachos, y sólo cuando después vi actuar a d'Albert, me di cuenta de sus gustos. Me quedé sola con Lolotte, Eglée, cuatro muchachos, el ministro y Noirceuil; nos entregamos a algunas escenas lujuriosas; las dos muchachitas, con medios más o menos parecidos a los que había utilizado yo, intentaron volver a excitar a Saint-Fond; lo lograron; Noirceuil, espectador, se hacía joder mientras me besaba las nalgas. Saint-Fond acarició mucho a los jóvenes y tuvo unos minutos de conversación secreta con Noirceuil; ambos reaparecieron muy excitados, y, habiéndose unido a nosotros el resto de la gente, nos sentamos a la mesa.

Juzgad, amigos míos, mi sorpresa cuando, recordando la orden secreta que me habían dado, veo que con la mayor afectación colocan a Madame de Noirceuil junto a mí.

—Monseñor —digo en voz baja a Saint-Fond, que se sentaba al otro lado—... ¡Oh!, monseñor, así pues, ¿es esa la víctima elegida?

—Con toda seguridad —me dice el ministro—; reponeos de esa turbación; os rebaja ante mí; una semejante pusilanimidad más y perdéis mi estima para siempre.

Me senté; la comida fue tan deliciosa como libertina; las mujeres, arregladas apenas, exponían a los manoseos de estos disolutos todos los encantos que les habían distribuido las Gracias. Uno tocaba un pecho apenas abierto, el otro manoseaba un culo más blanco que el alabastro; solamente nuestros coños eran poco festejados: no es con tales gentes con quienes hacen fortuna atractivos semejantes; convencidos de que es preciso ultrajar con frecuencia a la naturaleza para reconquistarla, sólo ofrecen el incienso a aquellas partes cuyo culto se dice que está prohibido por ella. Los vinos más exquisitos, los platos más succulentos calientan las cabezas, y Saint-Fond agarra a Madame de Noirceuil; el criminal se excitaba con el atroz crimen que su pérfida imaginación maquinaba contra esta infortunada; la lleva a un canapé, en una punta del salón, y la sodomiza mientras me ordena que vaya a cagarle en la boca; cuatro jóvenes muchachos se colocan de manera que excita a cada uno con una mano, mientras un tercero encoña a Madame de Noirceuil, y un cuarto, situado más alto que yo, me hace chupar su miembro; un quinto da por el culo a Saint-Fond.

—¡Ah!, ¡santo cielo! —exclama Noirceuil—, ¡este grupo es encantador! No conozco nada tan bonito como ver joder así a la mujer de uno; no la tratéis con miramientos, Saint-Fond, os lo ruego.

Y colocando las nalgas de Eglée a la altura de su boca, hace cagar en ella a esta pequeña, mientras que él sodomiza a Lindane y el sexto muchacho le da por el culo a él. D'Albert, uniéndose al cuadro, viene a completar la partida izquierda; sodomiza a Henriette, besando el culo del muchacho que fornicaba al ministro, y manosea, a derecha e izquierda, todo lo que sus manos pueden alcanzar.

¡Ah!, ¡cuán necesario hubiese sido aquí un grabador para transmitir a la posteridad este voluptuoso y divino cuadro! Pero la lujuria, al coronar demasiado pronto a nuestros actores, quizás no hubiese dado al artista el tiempo necesario para captarlos. No es fácil para el arte, que no tiene movimiento, plasmar una acción cuyo movimiento afecta a toda el alma; y esto es lo que hace del grabado a la vez el arte más difícil y más ingrato.

Volvimos a sentarnos a la mesa.

—Mañana —dice el ministro— tengo que expedir una carta de procesamiento contra un hombre culpable de un extravío bastante singular. Es un libertino que, como vos, Noirceuil, tiene la manía de hacer fornicar a su mujer por un extraño; esta esposa, que sin duda os parecerá muy extraordinaria, ha hecho la tontería de quejarse de una fantasía que haría la felicidad de muchas otras. Las familias se han mezclado en todo esto y, definitivamente, quieren que haga encerrar al marido.

—Ese castigo es demasiado duro —dice Noirceuil.

—Y yo lo encuentro demasiado suave —dice d'Albert—; hay un montón de países donde harían perecer a un hombre como ese.

—¡Oh!, ¡así es como son ustedes, los señores golillas! —dice Noirceuil—: Felices cuando corre la sangre. Las horcas de Thémis son vuestra casa; os excitáis pronunciando una sentencia de muerte, y a menudo descargáis cuando la hacéis ejecutar.

—Sí, eso me ha sucedido algunas veces —dice d'Albert—, ¿pero qué inconveniente hay en hacerse un placer de los deberes?

—Ninguno, sin duda —dice Saint-Fond—, pero volviendo a la historia de nuestro hombre, estaréis de acuerdo con que hay mujeres muy ridículas en el mundo.

—Es que —dice Noirceuil— hay un montón que creen haber cumplido sus deberes hacia el marido, cuando han respetado su honor, y que les hacen comprar esta virtud tan mediocre por la acritud y la devoción, y sobre todo por negaciones constantes a todo lo que se aleje de los placeres permitidos. Constantemente a caballo sobre su virtud, las putas de esta calaña se imaginan que nunca las respetan demasiado, y que, de acuerdo con esto, hay que permitirles la gatzmoñería más ofensiva sin ningún reproche. ¿Quién no preferiría a una mujer tan zorra como os la queráis imaginar, pero que disimulase sus vicios con una complacencia sin límites, con una sumisión

completa a todas las fantasías de su marido? ¡Y!, ¡jodan, señoras, jodan todo lo que les plazca! Para nosotros es la cosa más indiferente del mundo; pero atended nuestros deseos, satisfacedlos sin ningún escrúpulo; transformaos para complacernos, desempeñad ambos sexos a la vez, convertíos en niñas incluso, a fin de dar a vuestros esposos el extremo placer de azotaros, y estad seguras de que con tales extravíos, cerrarán los ojos a todo lo demás. Para mí, estos son los únicos procedimientos que pueden mitigar el horror del lazo conyugal, el más terrible, el más detestable de todos aquellos con los que los hombres hicieron la locura de atarse.

—¡Ah!, Noirceuil, ¡no sois galante! —dice Saint-Fond, apretando un poco más fuerte los pezones de la mujer de su amigo—, ¿olvidáis que vuestra esposa está aquí?

—No por mucho tiempo, espero —respondió malvadamente Noirceuil.

—¿Cómo así? —dice d'Albert lanzando sobre la pobre una mirada tan falsa como hipócrita.

—Vamos a separarnos.

—¡Qué crueldad! —dice Saint-Fond, al que inflamaban extraordinariamente todas estas maldades, y quien, excitando a un muchacho con su mano derecha, continuaba apretando con la izquierda los bonitos pezones de Madame de Noirceuil—... ¡Qué!, ¿vais a romper vuestros lazos... vínculos tan dulces?

—¿Pero no hace poco tiempo que duran?

—Pues bien —dice Saint-Fond, constantemente manoseando y vejando—, si abandonas a tu mujer, yo la tomo; yo siempre he amado en ella ese aire de dulzura y de humanidad... ¡Besadme, bribona!

Y como estaba cubierta de lágrimas, a causa del daño que, desde hacía un cuarto de hora, le causaba Saint-Fond, el libertino devora sus lágrimas limpiándolas con su lengua; después, prosiguiendo:

—Ciertamente, Noirceuil, separarse de una mujer tan bella (y la mordía), tan sensible (y la pellizcaba)... os lo aseguro, amigo mío, es un crimen...

—¿Un crimen? —dice d'Albert—... sí, efectivamente, creo que Noirceuil va a romper sus lazos con un crimen.

—¡Oh, qué horror! —dice Saint-Fond, el cual, habiendo hecho que la desgraciada esposa se levantara, empezó a tratarle cruelmente el trasero mientras le hacía empuñar el miembro—; mirad, amigos míos, creo que tengo que sodomizarla una vez más para hacerle olvidar su pena.

—Sí —dice d'Albert, acercándose a tomarla por delante—, y yo voy a encoñarla entretanto. Pongámosla en seguida entre los dos; me gusta increíblemente esta manera de joder su parte próxima.

—¿Y entonces qué haré yo? —dice Noirceuil.

—Vos sujetaréis la vela y maquinareís —dice el ministro.

—Quiero emplear mejor mi tiempo —dice el bárbaro esposo—, no ocupéis la cabeza de mi dulce compañera; quiero gozar con su rostro lleno de lágrimas, abofetearla de vez en cuando, mientras que doy por el culo a Eglée, y dos muchachos se turnan en mi culo, depilaré los coños de Henriette y de Lolotte, y Lindane y Juliette fornicarán ante nuestros ojos, una con el culo, otra con el coño, con los jóvenes que quedan.

La sesión fue tan larga como rebuscados habían sido los cuadros; los tres libertinos descargaron y la pobre Noirceuil no salió de sus manos más que llena de golpes. D'Albert, al perder su semen, le había mordido una teta con tal fuerza que estaba cubierta de sangre. Imitando a mis amos y fornicada perfectamente por los dos jóvenes, confieso que descargué increíblemente igual que ellos; roja, desmelenada como una bacante, les parecí deliciosa cuando salí de eso; sobre todo Saint-Fond no dejaba de colmarme de caricias.

—¡Qué bien está así! —decía—, ¡cómo la embellece el crimen!

Y me chupaba indistintamente todas las partes del cuerpo.

Seguimos bebiendo, pero sin volvernos a sentar en la mesa; esta forma es infinitamente más agradable, y uno se embriaga mucho más pronto si la utiliza. Las cabezas ardían de tal forma que hacían temblar a las mujeres. Vi perfectamente que echaban sobre ellas miradas fulminantes y que sólo les dirigían palabras llenas de amenazas y de invectivas. Sin embargo, dos cosas se veían claramente: que yo no estaba incluida de ninguna manera en la conjuración y que esta se dirigía casi exclusivamente a Madame de Noirceuil; por otra parte, lo que yo sabía contribuía a tranquilizarme.

Pasando alternativamente de las manos de Saint-Fond a las de su marido, y de las de este a las de d'Albert, la infortunada Noirceuil estaba ya muy maltratada: sus tetas, sus brazos, sus muslos, sus nalgas, y en general todas las partes carnosas de su cuerpo, empezaban a tener las marcas sensibles de la ferocidad de estos criminales, cuando Saint-Fond, que estaba muy excitado, la cogió, y, después de aplicarle previamente doce golpes en el trasero y seis bofetadas de igual fuerza, la puso recta en medio del comedor, a una gran distancia, con los pies sujetos al suelo y las manos atadas al techo. En cuanto estuvo en esta, postura, le pusieron doce velas encendidas entre las piernas, de tal forma que las llamas, penetrando por una parte en el interior de la vagina y por las paredes del ano, y por otra calcinando el monte y las nalgas, destacasen vivamente los músculos del bonito rostro de esta mujer y los llevasen a las voluptuosas angustias del dolor. Saint-Fond, armado con otra vela, la miraba atentamente durante esta crisis, haciéndose chupar el verga por Lindane y el agujero del culo por Lolotte; cerca de allí, Noirceuil,

haciéndose joder mientras mordía las nalgas de Henriette, anunciaba a su mujer que iba a dejarla morir así, mientras que d Albert, sodomizando a un muchacho y manoseando el culo de Eglée, animaba a Noirceuil a que tratase todavía peor a esta desgraciada compañera de su suerte. Encargada de servir y cuidar de todo, me di cuenta de que las puntas de las velas eran demasiado cortas para hacer sentir a la víctima el grado de dolor que se deseaba de ella; levanté las llamas sobre un taburete; los gritos de la Noirceuil, que se hicieron insoportables, me valieron los mayores aplausos de parte de sus verdugos. Fue entonces cuando Saint-Fond, con la cabeza extraviada, se permitió una atrocidad; el criminal, con una vela que mantenía bajo la nariz de la paciente, le quemó las pestañas y casi el ojo entero; d Albert, apoderándose igualmente de una vela, le calcinó la punta de una teta, y su marido le quemó el pelo.

Singularmente calentada con este espectáculo, yo animaba a los autores y los llevaba a cambiar de suplicio. Siguiendo mi consejo, la frotan con alcohol y la prenden fuego; por un momento parecía no formar más que una llama, y, cuando la materia se apagó, su epidermis, totalmente quemada, le hacía horrible a la mirada. No es posible imaginarse las alabanzas que me valió esta cruel idea. Saint-Fond, a quien calienta increíblemente este acto criminal, deja la boca de Lindane para venir a darme por el culo, seguido por Lolotte que, por orden suya, no deja de acariciarle el culo.

—¿Qué la haremos ahora? —me dice Saint-Fond, devorando mi boca a besos e introduciéndome su miembro hasta las entrañas—; inventa, Juliette, inventa algo; tu cabeza es deliciosa, todo lo que propones es divino.

—Todavía hay que hacerle sentir mil tormentos —respondí—, y cada uno más excitante que el otro.

E iba a proponer algunos, cuando Noirceuil, acercándose a nosotros, dice a Saint-Fond que tenía que hacerle tragar en seguida la dosis con que yo estaba provista, antes de quitarle las fuerzas necesarias para que nos diese los medios de juzgar y gozar los efectos de este veneno. Consultamos a d'Albert y está de acuerdo con esta opinión; desatamos a la dama y me la entregan.

—Querida infortunada —le digo después de haber mezclado el polvo en un vaso de vino de Alicante—, tragad esto para reponeros y veréis cómo este brebaje reconfortará vuestros ánimos.

Nuestra imbécil traga con docilidad, y tan pronto como lo ha hecho, Noirceuil, que no había dejado de sodomizarme mientras yo actuaba, celoso de no perder ninguna de las contorsiones de esta agonía, me deja para acercarse a observar más de cerca a la víctima.

—Vais a morir —le dice—, ¿estáis dispuesta?

—La señora es demasiado razonable —prosiguió d'Albert— para

no darse cuenta de que cuando una mujer ha perdido la consideración y la ternura de su esposo, que está disgustado y cansado de ella, lo más sencillo es desaparecer.

—¡Oh, sí!, la muerte... ¡la muerte! —exclamó esta infortunada—, ¡es la última gracia que pido!... ¡En nombre del cielo, no me la hagáis esperar!

—La muerte que deseas, infame bribona, está en tus entrañas —le dice Noirceuil, haciéndose excitar el miembro ante los ojos de su triste esposa por uno de los jóvenes—, la has recibido de manos de Juliette; era tal su afecto por ti que nos ha disputado la felicidad de envenenarte.

Y Saint-Fond, ebrio de lubricidad, no sabiendo ya lo que hacía, sodomizaba a d'Albert, el cual, prestándose con complacencia a los sodomitas ataques de su amigo, devolvía a un hermoso joven todo lo que recibía del ministro, cuyo ano acariciaba yo.

—Un poco de orden en todo esto —dice Noirceuil, que empezaba a darse cuenta, por las contorsiones de su mujer, que era bueno no perderla de vista.

Hace poner una alfombra en medio de la habitación, sobre la que se tiende a la víctima, y formamos un círculo alrededor de ella. Saint-Fond me da por el culo mientras acaricia a un muchacho con cada mano. D'Albert es chupado por Henriette, él chupa un miembro acariciándolo con la mano derecha y con la izquierda trabaja el culo de Lindane; Noirceuil da por el culo a Eglée, se le fornicia, él chupa un miembro, y hace joder a Lolotte sobre sus piernas por el sexto muchacho. Empiezan las crisis; son horribles, no es posible hacerse idea de los efectos de este veneno; la pobre mujer se retorció algunas veces hasta el punto de formar tan sólo una bola; nada igualaba sus crispaciones, sus alaridos se hacían cada vez más espantosos; pero habíamos tomado nuestras precauciones para no oír nada.

—¡Oh, cuán delicioso es! —decía Saint-Fond, trabajando mi culo—; no sé lo que daría por sodomizarla en ese estado.

—No hay nada más fácil —dice Noirceuil—; inténtalo, nosotros te la sujetamos.

La paciente, fuertemente agarrada por los jóvenes, presenta, a pesar de sus esfuerzos, el culo deseado por Saint-Fond; el criminal se introduce en él.

—¡Oh, joder! —exclama—, no puedo aguantarlo.

D'Albert lo sustituye, Noirceuil a continuación; pero en cuanto su desgraciada esposa lo siente encima de ella, sus esfuerzos se hacen terribles, y escapa a los que la sujetan y se lanza con furia sobre su verdugo; Noirceuil aterrado se pone a salvo, y el círculo vuelve a formarse.

—Dejémosla, dejémosla —dice Saint-Fond, que acababa de volver

a entrar en mi culo—; no hay que acercarse a una bestia venenosa cuando siente los estertores de la muerte.

Sin embargo, Noirceuil, picado, quiere vengarse del insulto; maquina nuevos suplicios, a los que Saint-Fond se opone, asegurando a su amigo que todo lo que podría hacer ahora a su víctima sólo serviría para turbar el examen de los efectos del veneno que se proponía hacer.

—¡Señores! —exclamé—, nada de eso es lo que necesita la señora: en este momento precisa un confesor.

—Que se vaya al infierno esa puta —dice Noirceuil, chupado por Lolotte en ese momento—; sí, sí, ¡que se vaya al infierno!... Si alguna vez he deseado un infierno, era con la esperanza de saber que su alma estaría en él, y de llevar hasta mi último suspiro la deliciosa idea de que no habrían acabado los más vivos dolores para ella.

Esta imprecación pareció decidir el último estertor; Madame de Noirceuil entregó el alma, y nuestros tres pícaros descargaron mientras blasfemaban como criminales.

—Esta es una de las mejores acciones que hayamos hecho en nuestra vida —dice Saint-Fond, apretando su miembro para exprimir hasta la última gota de semen—; hacía mucho tiempo que deseaba el fin de esta aburrida tipa; estaba más cansado de ella que su marido.

—A fe mía —dice d'Albert—, os la habíais fornicado por lo menos tanto como él.

—¡Oh!, mucho más —dice mi amante.

—Sea lo que sea —dice Saint-Fond a Noirceuil—, mi hija es vuestra ahora; sabéis que os la he prometido como recompensa de esta prueba. Estoy encantado con este veneno, y es una pena que no podamos gozar así del espectáculo de la muerte de todos aquellos a los que hacemos perecer de esta manera... Vamos, amigo mío, os lo reverga, mi hija es vuestra, ¡que el cielo bendiga una aventura en la que gano un yerno muy querido y la certeza de no haber sido engañado por la mujer que me proporciona estos venenos!

Aquí Noirceuil pareció hacer una pregunta en voz baja a Saint-Fond, que le respondió afirmativamente.

Y el ministro, dirigiéndome la palabra a continuación:

—Juliette —me dice—, vendréis a verme mañana y os explicaré lo que no he hecho más que aflorar hoy. Al volverse a casar Noirceuil, no puede teneros ya en su casa; pero los efectos de mi crédito, los favores que voy a derramar sobre vos, el dinero con que os cubriré, os compensarán muy ampliamente de lo que os ofrecía mi amigo. Estoy muy contento de vos; vuestra imaginación es brillante, vuestra flema en el crimen completa, vuestro culo soberbio, os creo feroz y libertina: esas son las virtudes que necesito.

—Monseñor —respondí—, acepto con gratitud todo lo que os

place ofrecerme, pero no puedo ocultaros que amo a Noirceuil; no me separaré de él sin pena.

—No dejaremos de vernos, niña mía —me respondió el amigo de Saint-Fond—: Yerno del ministro e íntimo amigo suyo, pasaremos la vida juntos.

—Sea —respondí—; con esas condiciones acepto todo.

Los jóvenes y las muchachas, a quienes se hizo entrever una muerte segura en el caso de la menor indiscreción, juraron un silencio eterno; Madame de Noirceuil fue enterrada en el jardín, y nos separamos.

Una circunstancia imprevista retrasó el matrimonio de Noirceuil, así como los proyectos del ministro. Tampoco me fue posible volver a verlo al día siguiente: el rey, especialmente contento de Saint-Fond, acababa de darle una prueba segura de confianza encargándole un viaje secreto por el que se vio obligado a partir al momento, y a la vuelta del cual obtuvo una banda azul y cien mil escudos de pensión.

—¡Oh! —me decía mientras me informaba de estos favores—, ¡cuán verdad es que la suerte recompensa el crimen y cuán imbécil sería aquel que, iluminado con semejantes ejemplos, no recorriese todo el camino de esta carrera!

No obstante, después de las cartas que Noirceuil obtuvo del ministro, yo recibí la orden de montarme una casa espléndida. Habiéndoseme proporcionado el dinero necesario para la realización de este proyecto, alquilé rápidamente una magnífica mansión, en la calle de Faubourg-St-Honoré; compré cuatro caballos, dos coches encantadores; tomé tres lacayos altos y de porte majestuoso, y con un rostro encantador, un cocinero, dos ayudas de cámara, un ama de llaves, una lectora, tres camareras, un peluquero, dos criadas y dos cocheros; deliciosos muebles adornaron mi casa; y al volver el ministro, fui a presentarme en seguida a su casa. Acababa de cumplir mis diecisiete años y puedo decir que pocas mujeres había en París tan bonitas como yo; estaba arreglada como la misma diosa de los amores; era imposible juntar más arte a más lujo; cien mil francos no hubiesen pagado los trajes con que había adornado mis atractivos, y llevaba cien mil escudos de joyas y diamantes. Todas las puertas se abrieron ante mi aspecto; el ministro me esperaba solo. Empecé con las felicitaciones más sinceras por las gracias que acababa de recibir y le pedí permiso para besar las pruebas de su nueva dignidad; consintió en ello, con tal de que lo hiciese de rodillas: conociendo su altivez, lejos de oponerme a ella, hice lo que deseaba. Es por bajeza como el cortesano compra el derecho de ser insolente con los otros.

—Me veis, señora —me dice—, en medio de mi gloria; el rey me ha colmado, y me atrevo a decir que he merecido esos dones; nunca estuvo mi crédito más asegurado, y nunca fue más considerable mi

fortuna. Si hago recaer sobre vos una parte de estos favores, es inútil deciros con qué condiciones. Después de lo que hemos hecho juntos, creo poder estar seguro de vos; tenéis mi más completa confianza; pero, antes de que entre en detalles, echad los ojos, señora, sobre esas dos llaves: esta es la de los tesoros que van a cubriros, si soy bien servido por vos; aquella es la de la Bastilla: una eterna prisión está preparada para vos, si faltáis a la obediencia o a la discreción.

—Entre tales amenazas y una esperanza semejante, no esperaréis que dude —digo a Saint-Fond—; por lo tanto, confiaos a vuestra sumisa esclava y estad totalmente seguro de ella.

—Dos cuidados muy importantes serán puestos en vuestras manos, señora; sentaos y escuchadme.

Y como iba a sentarme en un sillón inadvertidamente, Saint-Fond me hizo una señal para que me colocase tan sólo en una silla. Me deshice en excusas, y así es cómo me habló:

—El puesto que ocupo, y en el que quiero mantenerme durante mucho tiempo, me obliga a sacrificar un número infinito de víctimas. Esta es una caja con diferentes venenos; los utilizaréis de acuerdo con las órdenes que recibáis de mí; a los que me perjudican están reservados *los más crueles; los rápidos*, para aquellos cuya existencia me molesta hasta el punto de no querer perder ni un momento en sacarlos de este mundo; por último, estos que veis bajo la etiqueta de *venenos lentos* serán para aquellos cuya existencia debo prolongar, por poderosas razones políticas, a fin de alejar de mí las sospechas. Todas estas expediciones, según sea el caso, se harán bien en vuestra casa bien en la mía, algunas veces en provincias o en los países extranjeros.

»Ahora pasemos a la segunda parte de vuestros trabajos: sin duda esta será la más penosa para vos, pero al mismo tiempo la más lucrativa. Dotado de una imaginación muy ardiente, hastiado desde hace mucho tiempo de los placeres ordinarios, habiendo recibido de la naturaleza un temperamento de fuego, gustos crueles, y de la fortuna todo lo que hace falta para satisfacer estas furiosas pasiones, haré en vuestra casa, bien con Noircueil bien con algunos otros amigos, dos comidas libertinas a la semana, en las cuales es necesario que se inmolen al menos tres víctimas. Quitando del año el tiempo de los viajes, a los que me seguiréis sin que se trate de tales orgías, veis que esto hace alrededor de doscientas muchachas, cuya búsqueda sólo os concierne a vos; pero existen cláusulas difíciles para la elección de estas víctimas. En primer lugar, Juliette, es preciso que la más fea sea al menos tan bella como vos; nunca tienen que estar por debajo de nueve años, ni por encima de dieciséis; es preciso que sean vírgenes, y de la mejor familia, todas con título, o, al menos, con una gran riqueza...

—¡Oh monseñor!, ¿y las inmolaréis a todas?

—Por supuesto, señora, el asesinato es la más dulce de mis voluptuosidades es; me gusta la sangre con furor, es mi pasión más querida; y está en mis principios que hay que satisfacerlas todas, sea al precio que sea.

—Monseñor —digo, viendo que Saint-Fond esperaba mi respuesta —, creo que lo que os he hecho ver de mi carácter os prueba suficientemente que es imposible que os traicione; mi interés y mis gustos responden de eso... Sí, monseñor, he recibido de la naturaleza las mismas pasiones que vos... las mismas fantasías, y aquel que se presta a todo eso por amor a la cosa misma sirve con toda seguridad mucho mejor que aquel que sólo obedeciese por complacencia: el lazo de la amistad, la semejanza de los gustos, estos son, estad seguro, los lazos que cautivan con más seguridad a una mujer como yo.

—¡Oh!, ¡no me habléis de la amistad! —respondió vivamente el ministro—; ya no tengo más fe en ese sentimiento que en el del amor. Todo lo que procede del corazón es falso; sólo creo en los sentidos, sólo creo en las costumbres carnales... sólo en el egoísmo, en el interés... sí, el interés será siempre, de todos los lazos, en el que crea más. Por tanto, quiero que el vuestro sea infinitamente halagado, prodigiosamente acariciado mediante los arreglos que haré con vos. Si el gusto viene después a cimentar el interés, que sea en buena hora; pero al cambiar los gustos con la edad, puede llegar un tiempo en el que ya no estéis dirigida por ellos, y nunca se deja de estarlo por el interés. Así pues, calculemos vuestra pequeña fortuna, señora: Noirceuil os entrega diez mil libras de renta, yo os he dado tres, vos teníais doce: hacen veinticinco; y veinticinco, cuyo contrato veis aquí, hacen cincuenta; ahora hablemos de las ganancias.

Fui a echarme a los pies del ministro para darle las gracias por este nuevo favor; no se opuso en absoluto, y habiéndome hecho una señal para que me volviese a sentar:

—Podéis imaginaros, Juliette —continuó—, que con una renta tan pingüe no podríais darme de comer dos veces a la semana, ni mantener una casa como la que os ordené coger: así pues, os entrego un millón al año para esas comidas; pero recordad que deben ser de una magnificencia increíble; quiero siempre los platos más exquisitos, los vinos más raros, la carne de caza y las frutas más extraordinarias; es preciso que la gran cantidad acompañe a la delicadeza, y, aunque estuviésemos a solas, no habría suficiente con cincuenta platos. Las víctimas os serán pagadas a veinticinco mil francos la pieza, lo que no es demasiado, según las cualidades que deseo. Tendréis treinta mil francos más de gratificación por cada víctima ministerial inmolada por vuestra mano; hay perfectamente unas cincuenta al año: este artículo se eleva, pues, a quinientos mil francos, a los que añado veinte mil francos al mes de sueldo. Por lo que puedo ver, señora, esto os pone a

la cabeza de seis millones setecientos noventa mil francos; añadiremos doscientas mil libras para vuestros pequeños placeres, a fin de componeros una suma redonda de siete millones al año, cincuenta mil francos de los cuales pasados por acta no se os pueden escapar. ¿Estáis contenta, Juliette?

En este punto me esforcé en ocultar mi alegría, a fin de servir todavía mejor a la avaricia que me devoraba, y contesté al ministro que los deberes que me imponía eran, al menos, tan onerosos como considerables las sumas que ponía a mi disposición; que en el deseo de servirle bien, no descuidaría nada, y que veía que era muy posible que los gastos enormes que me vería obligada a hacer excederían en mucho las cuentas; que además...

—No; así es como quiero que se me hable —me dice el ministro —, me habéis demostrado interés, Juliette, es lo que quiero, y ahora estoy seguro de estar bien servido; no escatiméis nada, señora, y recibiréis diez millones al año: ninguno de estos suplementos me asusta; sé de donde cogerlos todos, sin tocar mis rentas. Sería muy loco el hombre de *Estado* que no hiciese pagar sus placeres al *Estado*; ¿y qué nos importa la miseria de los pueblos, con tal de que nuestras pasiones estén satisfechas? Si creyese que el oro podía correr por sus venas, los haría sangrar a todos uno detrás de otro para atiborrarme con su sustancia[26].

—Hombre adorable —exclamé—, vuestros principios me trastornan; os he mostrado interés, ahora, creed en el gusto, y convenceos, os suplico, de que será mil veces más por idolatría hacia vuestros placeres, que por otro motivo, por lo que los serviré con tanto celo.

—Lo creo —dice Saint-Fond—, tengo pruebas de ello. ¿Cómo no ibas a amar mis pasiones? Son las más deliciosas que puedan nacer en el corazón del hombre. Y el que puede decir: ningún prejuicio me detiene, los he vencido todos; este es, por un lado, el crédito que legitima todas mis acciones, y, de otro, estas son las riquezas necesarias para cubrirlas con todos los crímenes; ese, digo, no lo dudes Juliette, es el más feliz de todos los seres... ¡Ah!, esto me hace recordar, señora, la carta de impunidad que os prometió d'Albert la última vez que comimos juntos: aquí está, pero es a mí a quien se lo acaba de conceder esta mañana el canciller, y no a d'Albert, que, según su costumbre, os había olvidado por completo.

La manera en que todas mis pasiones se hallaban halagadas, con esta multitud de acontecimientos felices, me tenía en una especie de embriaguez... de encantamiento, de donde resultaba una especie de estupidez que me quitaba hasta el uso de la palabra. Saint-Fond me sacó de este aturdimiento atrayéndome hacia él...

—¿Dentro de cuánto tiempo empezaremos, Juliette? —me dice

besando mi boca y pasando una mano por mi trasero, en el que al momento introdujo un dedo.

—Monseñor —le digo—, necesito al menos tres semanas para preparar todos los diferentes servicios que Vuestra Grandeza exige de mí.

—Os las concedo, Juliette; hoy es primero de mes: como en vuestra casa el veintidós.

—Monseñor —proseguí—, al confesarme vuestros gustos, me habéis dado algún derecho a confiaros los míos. Vos me habéis reconocido los del crimen, tengo los del robo y la venganza; satisfaré los primeros con vos: la carta que acabáis de darme me asegura la impunidad del robo, dadme ahora los medios para la venganza.

—Seguidme —respondió Saint-Fond.

Pasamos al gabinete de un empleado.

—Señor —le dice el ministro—, examinad bien a esta joven; os ordeno que le firméis y entreguéis todas las cartas de encarcelamiento que os pida, no importa para qué casa. —Y volviendo a pasar al gabinete en que estábamos—: Ya está. Un punto arreglado; la carta que os he dado satisface el otro. Trincad, cortad, desgarrad, os entrego toda Francia; y cualquiera que sea el crimen que cometáis, su extensión, su gravedad, respondo de que nunca os pasará nada. Voy más lejos, y os concedo, como he dicho, treinta mil francos de gratificación por cada uno de los crímenes que cometáis por cuenta vuestra.

Renuncio a deciros, amigos míos, lo que me hicieron sentir todas estas promesas, todas estas concesiones. ¡Oh, cielos! —me digo—, con la extraviada imaginación que he recibido de la naturaleza, heme aquí, por un lado, bastante rica para satisfacer mis fantasías, del otro, con bastante fortuna para estar segura de la impunidad de todas. No, no existen goces interiores parecidos a estos; ninguna lubricidad me hace sentir en el alma un cosquilleo más grande.

—Hay que sellar el trato, señora —me dice entonces el ministro—. En primer lugar aquí está la gratificación —continuó, haciéndome el presente de una caja donde había cinco mil luises en oro, en pedrerías y en magníficas joyas—, no olvidéis hacer llevar esto con la caja de los venenos. —Atrayéndome entonces a un gabinete secreto, donde el fasto más opulento se unía al gusto más refinado—: Aquí —me dice Saint-Fond— sólo seréis ya una puta; fuera de aquí, una de las más grandes damas de Francia.

—En todas partes, en todas partes, vuestra esclava, monseñor; en todas partes vuestra admiradora y el alma de vuestros más delicados placeres.

Me desvestí. Saint-Fond, ebrio de placer al tener por fin una excelente cómplice, hizo horrores. Os he dicho sus gustos, los refinó

todos: si me elevaba saliendo de su casa, me rebajaba cruelmente en su interior; en voluptuosidad, era el hombre más sucio... más déspota... más cruel. Me hizo adorar su miembro, su culo; cagó, tuve que hacer un dios de su mismo excremento, pero, por una manía muy extraordinaria, me hizo mancillar aquello de donde obtenía sus más poderosos motivos de orgullo: exigió que cagase sobre su Espíritu Santo y me envolvió el culo con su banda azul.

Ante la sorpresa que yo demostré ante esta acción:

—Juliette —me respondió—, quiero mostrarte con esto que todos estos trapos, que están hechos para emocionar a los tontos, no se imponen de ninguna manera al filósofo.

—¿Y acabáis de hacérmelo besar?

—Eso es verdad; pero de la misma forma que estos juguetes motivan mi orgullo, igualmente lo pongo en profanarlos: estas son rarezas que no son conocidas más que de libertinos como yo.

Saint-Fond me excitaba extraordinariamente; descargué en sus brazos: con una imaginación como la mía, no se trata de lo que repugna, sólo es cuestión de lo que es irregular, y todo es bueno cuando es excesivo. Adiviné el gran deseo que él tenía de hacerme comer su mierda: lo previne; le pedí permiso para hacerlo, él estaba en las nubes; devoró la mía, uniendo al episodio excitarme el culo a cada bocado. Me enseñó el retrato de su hija: apenas tenía catorce años, y se parecía al mismo Amor. Le rogué que la uniese a nosotros.

—No está aquí —me dice—, no os habría dejado que os formaseis el deseo si hubiese estado.

—Así pues —le digo—, ¿no habéis gozado de ella antes de dársela a Noirceuil?

—Por supuesto —me respondió—, me habría disgustado haber dejado a otros tan deliciosas primicias.

—¿Y ya no la amáis?

—No amo nada, Juliette: nosotros los libertinos, no amamos nada. Esta niña me ha hecho excitarme mucho; ya no me excita, porque he hecho demasiadas cosas con ella; se la doy a Noirceuil, a quien calienta mucho; todo esto es un asunto de conveniencias.

—Pero ¿cuándo Noirceuil esté cansado de ella?

—¡Pues bien!, tú conoces la suerte de las mujeres; le ayudaré, verdaderamente; todo eso es bueno, todo eso está bien; es lo que me gusta...

Y estaba extraordinariamente excitado.

—Monseñor —le digo—, me parece que si estuviese en vuestro lugar, habría ciertos momentos en que me gustaría abusar de mi autoridad.

—Para excitarte, ¿verdad?

—Sí.

—Ya veo.

—¡Oh!, monseñor, sacrifiquemos a algunos inocentes, esa idea me trastorna la cabeza.

Y yo lo excitaba, con uno de mis dedos cosquilleaba el agujero de su culo.

—Tomad —me dice sacando un papel de su portafolios—, sólo tengo que firmar esto, y hago morir mañana a una persona muy bonita a la que su familia acaba de hacer encerrar a través de mí, únicamente porque le gustan las mujeres. La he visto; y es encantadora; me divertí con ella el otro día: desde entonces tengo tanto miedo de que hable, que no he vivido un momento sin el deseo de desembarazarme de ella.

—Hablará, monseñor, hablará, estad seguro; vuestra seguridad depende de la muerte de esta muchacha... Firmad en seguida, os suplico.

Y cogiendo el papel, lo apoyé sobre mis nalgas, suplicándole que lo firmase allí. Lo hizo.

—Quiero llevar la orden yo misma —le digo.

—Estoy de acuerdo —me respondió Saint-Fond—. Vamos Juliette, tengo que descargar: no os alarméis del personaje que necesito para el desenlace de esta crisis.

Y como tocó un timbre, apareció al momento un hombre joven bastante guapo.

—Poneos de rodillas, Juliette; es preciso que este hombre os dé tres golpes con un bastón sobre los hombros, cuya marca permanece algunos días; a continuación, os sujetará mientras yo os doy por el culo.

Y el joven, desnudándose a su vez, hizo en seguida besar su trasero al ministro, que lo lamió gustosamente. Entretanto, yo obedecía y estaba de rodillas; el joven se sirve de su bastón y me aplica tres golpes tan fuertes sobre los hombros que tuve la marca durante quince días. Saint-Fond, enfrente de mí, me observaba durante esta crisis, con una curiosidad lúbrica vino a examinar las magulladuras; se quejaba de lo poco fuertes que eran, y ordenó al joven que me sujetase; me da por el culo mientras besa las nalgas de aquel que facilitaba su operación.

—¡Ah, joder! —exclamó descargando—, ¡ah!, ¡santo dios, la puta está marcada!

El hombre se retiró. Sólo mucho tiempo después de esto, un acontecimiento, del que hablaremos, echó alguna luz sobre este. El ministro me acompañó, y volviendo a adoptar conmigo, en cuanto estuvimos fuera de este gabinete, el airé de consideración que había tenido antes de entrar en él:

—Haced que recojan estas cajitas, señora —me dice—, recordad

que nuestro arreglo empiece dentro de tres semanas. Vamos, Juliette, libertinaje, crimen, discreción y seréis feliz. Adiós.

Mi primer cuidado fue examinar si estaba en orden lo que yo llevaba. ¡Dios!, cuál no sería mi asombro cuando vi que se pedía a la superiora del convento que envenenase secretamente ¿a quién?... ¡a Saint-Elme, esa encantadora novicia de Panthemont a la que yo había adorado durante mi estancia en el convento! Otra que no hubiese sido yo habría roto ese monumento de maldad; pero yo había hecho demasiado camino en la carrera del crimen para volverme atrás: nada me detiene, ni siquiera tengo el mérito de dudar. Entrego la orden a la superiora de Saint-Pélagie, donde Saint-Elme gemía desde hacía tres meses; pido ver a la culpable, la interrogo, me confiesa que el ministro puso su libertad al precio de su complacencia, y que ha hecho con él todo lo que puede hacerse. Ninguna de las suciedades a las que se entregaba ese monstruo de lujuria había sido ahorrada: boca, culo... coño, el infame había mancillado todo, y lo que la consolaba de este sacrificio era la esperanza de su libertad.

—La traigo yo —digo a Saint-Elme abrazándola.

Me da las gracias, me devuelve mis besos duplicados... Mi coño se moja al traicionarla... Al día siguiente estaba muerta.

Vamos me digo en cuanto supe el efecto de mi maldad, estoy hecha para actuar a lo grande, ya lo veo; y trabajando con rapidez en los preparativos de los proyectos de Saint-Fond, en tres semanas, como me había comprometido, estuve en condiciones de darle su primera cena.

Seis excelentes ayudantes, que tenía bajo mis órdenes, me habían conseguido, para mi debut, tres jóvenes hermanas, robadas de un convento de Meaux, de doce, trece y catorce años, y con el rostro más celeste que sea posible ver.

El primer día, el ministro vino con un hombre de sesenta años. Al llegar, se encerró conmigo unos minutos; miró mis hombros y pareció descontento de no encontrar en ellos las marcas que me había hecho imprimir la última vez que nos habíamos visto. Apenas me tocó; pero me aconsejó el mayor respeto y la más profunda sumisión para el hombre que traía, el cual era uno de los grandes príncipes de la corte; este hombre lo sustituyó en seguida en el gabinete donde me había hecho pasar Saint-Fond. Prevenida por mi amante, le mostré mis nalgas en cuanto entró. Se acercó con unas gafas en la mano.

—Si no peéis —me dice—, daos por mordida.

Y como no le satisface tan pronto como deseaba, sus dientes se clavaron en mi nalga izquierda y dejaron profundas huellas. Se me muestra por delante, ofreciéndome un rostro severo y desgraciado:

—Meted vuestra lengua en mi boca —me dice; y en cuanto la tuvo dentro—: Si no eructáis, daos por mordida.

Pero, viendo que no podía obedecer, me retiré bastante deprisa para evitar la trampa. El viejo pícaro se enfureció, cogió un puñado de vergas y me zurró durante un cuarto de hora. Se para y vuelve a mostrarse a mí.

—Veis —me dice— el escaso efecto que las mismas cosas que me gustan producen ahora en mis sentidos; mirad este miembro flácido, nada consigue enderezármelo: para eso haría falta que yo os hiciese mucho daño.

—Eso es inútil, mi príncipe —le digo—, porque vais a encontrar en seguida tres objetos deliciosos a los que podréis atormentar a vuestro gusto.

—Sí... pero vos sois bella... vuestro culo (y no dejaba de manosearlo) me gusta infinitamente; me gustaría excitarme con él.

Se libera, diciendo esto, de sus ropas, y deja sobre la chimenea un reloj de repetición enriquecido con diamantes, un estuche, una tabaquera de oro, su bolsa con doscientos luises y dos sortijas soberbias.

—Intentémoslo ahora —dice—, mirad, aquí está mi culo, tenéis que pellizcarlo y morderlo fuertemente, excitándome con toda la elasticidad de vuestro puño. Bien —dice, en cuanto se dio cuenta de un pequeño cambio en su estado—; ahora acostaos boca abajo sobre ese canapé y dejadme que os pinche las nalgas con esta aguja de oro.

Me presto a ello; pero al lanzar un grito furioso, y pareciendo que me desmayaba a la segunda herida, el desgraciado completamente aturdido, y temiendo disgustar al ministro por molestar en demasía a su amante, sale al momento para que me tranquilice. Echo sus ropas en la otra pieza, salto sobre los efectos preciosos, los meto en mi bolsa y me apresuro a reunirme con Saint-Fond, que me pregunta la causa de una vuelta tan rápida.

—No es nada —le digo—, pero mi rapidez en recoger las ropas del señor es la causa de que el dormitorio se haya cerrado, y la llave está dentro: son cerraduras inglesas que nadie puede abrir; puesto que el señor tiene todo lo que necesita, podemos dejar para otro momento la entrevista que desea.

Arrastro a mis dos convidados al jardín, donde todo está preparado para recibirles; el príncipe olvida sus efectos, se pone el traje que le presento y sólo piensa ya en sus placeres.

Hacia una noche deliciosa; estábamos bajo un bosquecillo de lilas y de rosas, mágicamente iluminado, sentados los tres en tronos sostenidos por nubes, que exhalaban los perfumes más deliciosos; el centro estaba ocupado por una montaña de las flores más raras, entre las cuales estaban los cuencos del Japón y los cubiertos de oro que debían servirnos. En cuanto estuvimos colocados, se abrió la parte alta del bosquecillo, y vimos aparecer en seguida, sobre una nube de

fuego, a las Furias, que tenían encadenadas con sus serpientes a las tres víctimas que debían ser inmoladas en esta comida. Descendieron de la nube, ataron cada cual la que se le había confiado a arbustos cercanos a nosotros, y se prepararon a sernos útiles. Esta comida sin orden sólo debía ser servida según la voluntad de los convidados; se pedía lo que se pasaba por la cabeza, y las Furias lo servían al instante. Más de ochenta platos de diferentes especies son pedidos sin que se niegue uno sólo; diez tipos de vinos son servidos, y todo abunda, todo se sirve con profusión.

—Esta es una comida deliciosa —dice mi amante—. Espero, mi príncipe, que estéis satisfecho del debut de mi directora.

—Encantado —dice el sexagenario, al que la abundancia de los platos y licores espirituosos había trastornado de tal forma la cabeza, que casi no podía hablar—. Realmente, Saint-Fond, vuestra Juliette es divina... ¡Pero qué culo más hermoso tiene!

—Olvidémoslo un momento —dice Saint-Fond— para ocuparnos de los de estas Furias; ¿sabéis que los creo soberbios?

Y, a la simple señal de un deseo, estas tres diosas, representadas por tres de las más hermosas muchachas que habían podido encontrarme en París las ayudantes que había empleado, exponen al momento sus nalgas a los dos libertinos, que las besan, las lamen, las muerden a placer.

—¡Oh!, Saint-Fond —dice el príncipe—, hagámonos azotar por estas Furias.

—Con ramas de rosas —dice Saint-Fond.

Y aquí están los culos de nuestros disolutos al aire, cruelmente azotados, con haces de flores y con las serpientes de estas harpías.

—¡Cuán lúbricos son estos extravíos! —dice Saint-Fond, volviéndose a sentar y mostrando su miembro al aire—. ¿Se os pone tiesa, mi príncipe?

—No —responde el desgraciado tullido—, nada de todo esto es bastante fuerte para mí: en cuanto estoy en un acto libertino, me gustaría que las atrocidades me rodeasen sin cesar; me gustaría que todo lo que es sagrado entre los hombres fuese turbado al instante por mí... que sus más rígidos lazos fuesen rotos por mis manos pérfidas.

—¿No amáis a los hombres, verdad, mi príncipe?

—Los aborrezco.

—No hay un solo momento en el día —respondió Saint-Fond—, en que no tenga el deseo más vehemente de hacerles daño: en efecto, no hay una raza más espantosa. ¿Es poderoso este hombre peligroso?, el tigre de los bosques no lo iguala en maldad. ¿Es desgraciado?, entonces, ¡cuántas bajezas, cuán vil y repugnante se vuelve! ¡Oh!, ja menudo me ocurre ruborizarme por haber nacido entre tales seres! Lo que me complace es que la naturaleza los aborrece tanto como yo,

pues los destruye diariamente; me gustaría tener tantos medios como ella para aniquilarlos de la tierra.

—Pero vos, vos, respetables seres —interrumpí—, ¿creéis realmente que sois hombres? ¡No, no!, cuando se es tan poco parecido a ellos, cuando se los domina con tanta fuerza, es imposible ser de su raza.

—Tiene razón —dice Saint-Fond—, sí, nosotros somos dioses: ¿acaso no nos basta, como a ellos, formar un deseo para que sea satisfecho al momento? ¡Ah!, ¿quién duda de que, entre los hombres, haya una clase bastante superior a la especie más débil, para ser lo que los poetas llamaban en otro tiempo divinidades?

—En cuanto a mí, no soy Hércules, lo sé —dice el príncipe—, pero me gustaría ser Plutón; querría estar encargado del cuidado de desgarrar a los mortales en el infierno.

—Y a mí —dice Saint-Fond— me gustaría ser la caja de Pandora, a fin de que todos los males salidos de mi seno los destruyesen a todos uno por uno.

Aquí, se hicieron oír algunos gemidos; surgían de las tres víctimas encadenadas.

—Que las desaten —dice Saint-Fond—, y que se muestren ante nosotros.

Las furias las desatan y las presentan a los dos convidados; y como era imposible unir más gracias a más bellezas, os dejó pensar cómo fueron cubiertas de lujuria en un momento.

—Juliette —me dice el ministro, transportado—, sois una criatura encantadora; puede decirse con razón que vuestros intentos son golpes maestros; vamos a perdernos por estos bosquecillos, vamos a entregarnos, en la sombra y el silencio, a todo lo que el desvarío de nuestras cabezas pueda dictarnos... ¿Has hecho cavar algunas fosas?

—Casi al pie de todos los lugares que pueden ofrecer una sede a vuestras impurezas.

—Bien; ¿y no hay ninguna luz en los paseos?

—Ninguna; la oscuridad le va bien al crimen y gozaréis de él en todo su horror; vamos, príncipe, perdámonos por estos laberintos, y que nada detenga en ellos la impetuosidad de nuestros arrebatos.

Salimos al principio todos juntos, los dos libertinos, las tres víctimas y yo. A la entrada de un camino de arbustos, Saint-Fond dice que no podía ir más lejos sin fornicar; y cogiendo a la más joven de las muchachas, en menos de diez minutos, el villano hace saltar las dos virginidades; entretanto, yo excitaba al viejo príncipe, al que nada podía poner en erección.

—Así pues, ¿no jodéis vos? —le dice Saint-Fond, apoderándose de la segunda muchacha.

—No, no, desvirgad —dice el viejo disoluto—, me contentaré con

vejaciones; dádme las a medida que salgan de vuestras manos.

Y en cuanto tiene a la más joven de estas muchachitas, la atormenta de la manera más cruel, mientras que yo le chupo con todas mis fuerzas. No obstante, Saint-Fond seguía desflorando, y, después de poner a la segunda en el mismo estado que la primera, se la entrega al príncipe y agarra a la de catorce años.

—¡Cómo me gusta fornicar así, en la oscuridad! —decía—, los velos de la noche son agujeros del crimen, ¡nunca se cometen mejor que en la sombra!

Saint-Fond, que todavía no había descargado, lo hizo en el culo de la mayor de las muchachas, y preguntando a continuación al príncipe a cuál quería inmolarse, le cede la que acababa de hacerle descargar; y el viejo disoluto, provisto con todos los instrumentos necesarios para los suplicios que meditaba, se perdió con sus dos víctimas; y yo seguí a mi amante con la que debía recibir la muerte de sus manos. En cuanto estuvimos más o menos solos, le declaré el robo que había cometido; se rio mucho conmigo, y me aseguró que como, para ponerse en situación, el príncipe, siguiendo su costumbre, había ido al burdel antes de venir a la comida, no había nada más fácil que hacerle creer que lo había perdido todo en ese lugar.

—¿Sois amigo de ese hombre? —digo a Saint-Fond.

—No soy amigo de nadie —me respondió el ministro—; trato con cuidado a este original hombre por cuestiones de política: no deja de contribuir a mi fortuna, y tiene mucha influencia junto al rey; pero si mañana cae en desgracia, me convertiré en el más ardiente de los que lo aplasten. Ha adivinado mis gustos, no sé cómo; ha querido compartirlos, he consentido y esos son todos mis lazos. ¿Es que no os gusta, Juliette?

—¡No puedo soportarlo!

—¡Por mi fe!, si no fuese por las razones de política que acabo de explicaros, os lo entregaría; pero lo perderé si queréis: me gustáis hasta tal punto, señora, que no hay nada que no haga por vos.

—¿No decís que le debéis favores?

—Algunos.

—Pues bien, ¿cómo, según vuestros principios, podéis mirarlo a la cara un solo momento?

—Dejadme hacer, Juliette, arreglaré todo esto. —Y, al mismo tiempo, Saint-Fond repitió todos sus elogios sobre la forma en que había yo dirigido esta fiesta—. Estás —me dice— llena de gusto y de ingenio, y cuanto más te conozco, más necesidad siento de unirme a ti.

Era la primera vez que me tuteaba; me hizo ver este favor, concediéndome al propio tiempo el de usarlo con él.

—Te serviré toda mi vida, si quieres, Saint-Fond —respondí—,

conozco tus gustos, los satisfaré, y, si tú deseas ligarte a mí todavía más, contentarás igualmente los míos.

—¡Bésame, ángel celeste!, ¡mañana te serán enviados cien mil escudos: mira si te adivino!

Estábamos en estas, cuando una vieja pobre nos aborda para pedirnos limosna.

—¿Cómo es —dice Saint-Fond sorprendido— que han dejado entrar a esta mujer?

Y el ministro, al verme sonreír, entendió en seguida la broma...

—¡Ah!, bribona —me dice—, ¡es delicioso! Entonces, ¿qué deseáis? —continuó, aproximándose a la vieja.

—¡Ay!, una caridad, monseñor —respondió la infortunada—. Venid, venid a ver mi miseria.

Y cogiendo de la mano al ministro, lo llevó a una pobre barraca, iluminada con una lámpara que pendía del techo, y en la que dos niños, macho y hembra y de ocho a diez años todo lo más, reposaban desnudos sobre un poco de paja.

—Ved, ved esta triste familia —nos dice la pobre—; hace tres días que no tengo ni un trozo de pan para darles; dignaos vos, que tenéis fama de rico, darme algo para sostener su triste vida. ¡Oh!, monseñor, quienquiera que seáis, ¿conocéis al Monsieur de Saint-Fond?

—Sí —respondió el ministro.

—¡Pues bien!, aquí veis su obra: hizo encerrar a mi marido; se ha apoderado del poco bien de que gozábamos; este es el cruel estado al que nos ha reducido desde hace más de un año.

Y, amigos míos, este es el gran mérito que yo tenía en la escena; todo era exactamente verdad: había descubierto a estas tristes víctimas de la injusticia y la rapacidad de Saint-Fond, y se las ofrecía realmente, para despertar su maldad.

—¡Ah, bribona! —exclamó el ministro mirando fijamente a esta mujer—, sí, sí, lo conozco, y tú también debes conocerme... ¡Oh!, Juliette, ¡habéis puesto mi alma en un estado con esta hábil escena!... Y bien, ¿qué tenéis que reprocharme? Hice encerrar a vuestro inocente esposo, eso es verdad; hice todavía más, porque ya no existe... Vosotros os habíais escapado de mí, quiero trataros de la misma forma.

—¿Qué daño hemos hecho?

—El de tener un bien, a mi alcance, que no queríais venderme; al aplastaros, lo he tenido... Vos morís de hambre, ¿qué me importa?

—¿Y estos desgraciados niños?

—Hay diez millones de más en Francia: es prestar un servicio a la sociedad podar todo eso —y dándoles la vuelta con el pie—: ¡Hermoso grano para recoger! —Entonces, el criminal, a quien todo esto excitaba extraordinariamente, agarra al muchacho y lo da por el culo;

después, apoderándose de la niña, la trata de la misma manera—. ¡Vieja zorra! —dice entonces—, muéstreme tus arrugadas nalgas, necesito verlas para conseguir una descarga.

La vieja llora y se resiste; colabro en los proyectos de Saint-Fond. Después de haber colmado de ultrajes a ese desgraciado culo, el libertino lo enfila, teniendo bajo sus pies a los dos niños, a los que aplasta mientras descarga en el culo de su madre, a la que salta la tapa de los sesos en el momento de la crisis. Y así dejamos este infortunio reducido a la nada, siempre con la pequeña víctima de catorce años, cuyas nalgas había besado durante la operación.

—¡Y bien!, monseñor —le digo al salir de allí—, ibais a gozar del bien de esa familia con toda seguridad, y no podíais. Esta gente había encontrado apoyos, iban a organizar un escándalo; sé muy bien que os habríais burlado de eso, pero estas cosas siempre son desagradables; los he descubierto, los he engañado: ya os habéis deshecho de ellos.

Y en este punto, Saint-Fond, besándome, estaba en una embriaguez inconcebible.

—¡Ah!, ¡cuán dulce es el crimen y cuán voluptuosas son sus consecuencias!... Juliette, no puedes creerte en qué estado ha puesto a mis sentidos la divina acción que acabas de hacerme cometer... Ángel mío, mi único dios, dime lo que quieres que haga por ti.

—Sé que os gusta dejarme hablar del deseo de tener dinero: aumentaréis un poco la suma prometida.

—¿No era de cien mil escudos?

—Sí.

—¡Oh Juliette, te prometo el doble! Pero ¿qué es esto...? —dice el ministro, asustado de dos hombres que avanzaban hacia nosotros pistola en mano—, tiemblo; no hay nadie más cobarde que yo... Señores, ¿qué deseáis?

—Vas a verlo —responde uno de estos hombres agarrando a Saint-Fond y atándolo a un árbol, con los pantalones bajados hasta los talones.

—Pero ¿qué pretendéis?

—Enseñarte —dice el hombre, armado con un puñado de vergas con que ya acariciaba el nalguero ministerial—, sí, criminal, enseñarte a tratar, como tú has hecho, a los pobres habitantes de la choza que dejas.

Y cuando este ha dado trescientos o cuatrocientos golpes, que sólo han servido para empinar más la máquina enervada de Saint-Fond, el otro se acerca y perfecciona su éxtasis sodomizándolo con un miembro enorme. Cuando ha fornicado, azota; y cuando ha azotado, el primer flagelador lo da por el culo. Saint-Fond, entretanto, manosea las nalgas de la joven a la derecha y las mías a la izquierda; lo desatan, los hombres desaparecen y nosotros erramos de nuevo en las tinieblas.

—¡Oh Juliette, no dejaré de decírtelo, eres divina!... Pero ¿sabes que he tenido mucho miedo? Es delicioso dar a dos nervios esta primera conmoción antes de imprimirles la de la voluptuosidad: estas son gradaciones que dos estúpidos ignoran y que no deberían ser conocidas más que por gente como nosotros.

—Así pues, ¿el miedo actúa con mucha fuerza sobre ti? —digo a Saint-Fond.

—¡Oh, prodigiosamente, querida mía! Soy el más Juan Lanás de todos los seres, y lo confieso sin dar más mínima vergüenza. El miedo no es más que el arte de conservarse, y esta ciencia es la más necesaria para el hombre: es absurdo atribuir honor a no temer los peligros; yo pongo el mío en temerlos todos.

—¡Ah, Saint-Fond!, si el miedo tiene tal efecto sobre tus sentidos, ¡juzga el estado en que pones a las desgraciadas víctimas de tus pasiones!

—¡Y es lo que me gusta! —dice el ministro—; me gusta hacerles sentir esa especie de cosa que más cruelmente turba y trastorna mi existencia... Pero ¿dónde estamos?... Tu jardín es enorme.

—Aquí estamos —digo—, al borde de una de esas fosas preparadas para las víctimas...

—¡Ah! ¡Ah! —dice Saint-Fond, tanteando con la mano—; el príncipe tiene que haber inmolado aquí a una de las suyas: siento un cadáver.

—Saquémoslo —digo—, veamos quién es... No está muerta; es la más joven de las tres hermanas: sólo parece ahogada, y el criminal la había enterrado completamente viva; hay que volverla a la vida, tendrás el placer de matar a dos.

Efectivamente, después de algunos socorros, esta desgraciada vuelve en sí, pero le es imposible decirnos lo que el príncipe de hacía cuando perdió el conocimiento. Las dos hermanas se abrazan llorando, y el bárbaro Saint-Fond les declara que va a matarlas a las dos. Y en efecto procede a ello; pero teniendo muchas otras aventuras semejantes que contaros, prefiero echar un vedo sobre esta, a correr el riesgo de caer en la monotonía. El monstruo había descargado en el culo de la más joven de estas desgraciadas, al proceder a su último suplicio; echamos un poco de tierra sobre el agujero, y proseguimos.

—¡Oh!, ¡no hay acción tan voluptuosa como la de la destrucción! —me dice este insigne libertino—, no conozco otra que cosquillee más deliciosamente; no hay éxtasis semejante al que se siente al entregarse a esta divina infamia: si todos los hombres conociesen este placer, la tierra se despoblaría en diez años. Querida Juliette, he reconocido, en lo que acabamos de hacer, que amas el crimen tanto como yo.

Y convencí a Saint-Fond de que me excitaba quizás todavía más que a él. Mientras decía estas palabras vimos en el bosque, a la

claridad de la luna que salía, una especie de pequeño convento.

—¿Qué es esto? —dice Saint-Fond—, ¿acaso pretendes ahogarme en voluptuosidades?

—Realmente —digo— ignoro dónde estamos; llamemos.

Se presenta una vieja religiosa.

—Mi queridísima madre —le digo—, ¿podéis dar hospitalidad a dos viajeros que se han perdido?

—Entrad —dice la buena mujer—, aunque esto sea un convento de religiosas, la virtud que imploráis no es extraña a nuestros corazones y nosotras la practicamos tan voluntariamente con vos como acabamos de hacerlo con un viejo señor de la corte que nos ha pedido lo mismo; está con nuestras damas, que acaban de levantarse para maitines.

Comprendimos, por estas palabras, que el príncipe estaba allí: nos reunimos con él. Otra religiosa y seis pensionistas de doce a dieciséis años lo rodeaban. El viejo zorro, completamente cubierto con la sangre de su última víctima, empezaba ya a perder el respeto.

—Señor —dice a Saint-Fond la religiosa que nos encontramos arriba—, oponeos a las tentativas de este ingrato. Con insultos es como pretende agradecer la hospitalidad que le concedemos.

—Señora —dice el ministro—, mi amigo, que no es más moral que yo, detestando a la virtud como yo, no le gusta concederle ninguna recompensa; vuestras pensionistas me parecen extraordinariamente bonitas, y, o pegamos fuego a vuestro convento, o ¡por Dios!, violamos a las seis.

Y Saint-Fond, agarrando al momento a la más pequeña, llenando de puñetazos a las dos religiosas que quieren defenderla, la viola delante de nuestros ojos, por delante. ¿Qué puedo deciros, amigos míos?, pronto las otras cinco siguieron la misma suerte, con la diferencia de que Saint-Fond, temiendo que se le debilitase el instrumento, dejó los coños para perforar los culos. A medida que salían de sus manos, el príncipe se apoderaba de ellas y las fustigaba hasta hacerlas brotar sangre, alternando esta operación con besos sobre mis nalgas, a las que adoraba, decía él, por encima de todo. Saint-Fond, dueño de sí, no había descargado; se apodera de las dos religiosas, una de las cuales tenía sesenta años, se encierra con ellas en una celda vecina, y vuelve solo al cabo de una media hora.

—¿Has acabado con esas dueñas, amigo mío? —digo al ministro, al verle volver muy emocionado.

—Para ser los amos de la casa —nos dice— teníamos que desembarazarnos de estas guardianas; he comenzado por divertirme en esa celda: me gustan infinitamente los culos viejos; después, habiendo descubierto una escalera que llevaba hasta un pozo, las he tirado a él para que se refrescasen.

—¿Y qué vamos a hacer con estas pollitas? Espero que no las dejaremos con vida... —dice el príncipe.

Se cometieron nuevos horrores, que dejó una vez más velados; pero el convento fue devastado.

Los dos libertinos, habiendo descargado completamente con esta escena y viendo que el día estaba a punto de aparecer, desearon por fin retirarse. Una comida suntuosa, servida por tres mujeres desnudas, nos esperaba en mis habitaciones privadas; le hicimos un gran honor dada la necesidad que teníamos de ella. El príncipe quiso, con el permiso de mi amante, pasar unas horas en la cama conmigo; y Saint-Fond, en medio de dos de mis lacayos, se hizo joder el resto de la noche.

Las tentativas del viejo señor no hicieron correr demasiados riesgos a mi pudor; después de infinitos trabajos, llegó a introducirse un momento en el agujero de mi culo; pero engañando la naturaleza a su esperanza, el instrumento se dobló; el villano, que ni siquiera tuvo fuerzas para descargar, porque, decía él, había perdido semen dos veces en toda la partida, se durmió con la nariz en mi trasero.

En cuanto nos levantamos, Saint-Fond, más encantado que nunca conmigo, me dio un bono de ochocientos mil francos, a cobrar al instante del tesoro real, y se llevó a su amigo.

La historia de esta primera partida fue más o menos la de todas las demás, con episodios que mi fértil imaginación tenía buen cuidado en cambiar constantemente. Noirceuil se encontraba en casi todas, pero nunca volví a ver a personajes tan extraños como el príncipe.

Hacía tres meses que conducía esta barca inmensa con todo el éxito posible, cuando Saint-Fond me anunció que para el día siguiente tenía un crimen ministerial que cometer. ¡Cruelles efectos de la política más bárbara! ¡Oh amigos míos!, ¿adivinaríais quién era la víctima?, el mismo padre de Saint-Fond, viejo de setenta años, respetable en todos los conceptos: le ponía trabas en sus asuntos, intentando que lo perdiesen; incluso lo perjudicaba en la corte, a fin de obligarlo a dejar el ministerio, creyendo, y con razón, que sería más ventajoso para este hijo criminal dejar el ministerio por sí mismo, que ser despedido. Esta conducta disgustó a Saint-Fond, quien, por otra parte, ganaba trescientas mil libras de renta con esta muerte, y la sentencia parricida fue pronunciada muy pronto. Noirceuil vino a explicarme de qué se trataba, y, como observó que este crimen me espantaba un poco, este es el discurso con el que trató de hacer desaparecer la atrocidad que mi debilidad suponía imbécilmente en él:

—El mal que creéis hacer al matar a un hombre, y aquel con que queréis agravarlo cuando se trata de un parricidio, me parece, querida, que es lo que debo combatir a vuestros ojos. No examinaré la cuestión bajo su primer aspecto: estáis por encima de los prejuicios

que suponen que hay un crimen en la destrucción de un semejante[27]. Este homicidio es simple para vos, porque no existe ningún lazo entre vuestra existencia y la de la víctima: sólo se complica cuando se refiere a un amigo; teméis el parricidio con que este va a mancillarse: así pues, debo considerar la acción propuesta bajo este punto de vista.

»¿Es el parricidio un crimen o no lo es?

»Por supuesto, si hay en el mundo una acción que yo crea legítima, es esta; ¿y qué relación, por favor, puede existir entre aquel que me ha puesto en el mundo y yo? ¿Cómo queréis que me crea ligado por algún tipo de gratitud hacia un hombre, porque tuvo la fantasía de descargar en el coño de mi madre? No hay nada tan irrisorio como este imbécil prejuicio. Pero si no conociese a este padre, si me hubiese puesto en el mundo sin que yo me enterase ¿me lo indicaría la voz de la naturaleza?, ¿acaso no sería tan frío con él como con los otros hombres? Si este hecho es seguro, y creo que no puede dudarse de ello, el parricidio no añade nada al mal supuesto al homicidio. Si matase a un hombre que me hubiese dado la luz, sin conocerlo, seguramente no tendría ningún remordimiento por haberlo matado como padre: así pues, sólo cuando me dicen que es mi padre, me detengo o me arrepiento; ahora bien, os ruego que me digáis qué peso puede tener esta opinión para agravar un crimen y si es posible que ella cambie el impulso natural. ¡Qué!, ¿puedo matar sin remordimiento a mi padre si no lo conozco, y no puedo si lo conozco?, de manera que no tienen más que persuadirme de que un individuo al que acabo de matar es mi padre, aunque no lo sea, y heme entonces con remordimientos aplicados a una falsa noción. Ahora bien, si existen aunque la cosa no sea cierta, no podrían legítimamente existir cuando lo es. Si podéis engañarme sobre esto, mi crimen es una quimera; si la naturaleza no me indica, por sí misma, al autor de mis días, es que ella no quiere que yo sienta por él más cariño del que me inspira un ser indiferente. Si el remordimiento puede ser aplicado de acuerdo con vuestra opinión, y vuestra opinión puede engañarme, el remordimiento es nulo; soy un loco al concebirlo. ¿Acaso conocen los animales a su padre, lo sospechan siquiera? ¿Motiváis mi agradecimiento filial por los cuidados que ese padre se ha tomado en mi infancia? Otro error. Al tomárselos, ha cedido a las costumbres de su país, a su orgullo, a un sentimiento que él, como padre, puede haber tenido por su obra, pero del que yo no tengo ninguna necesidad de concebir hacia el obrero; porque este obrero, ocupado únicamente en su placer, de ninguna manera pensaba en mí cuando le complació proceder, con mi madre, al acto de la creación: sólo se ocupaba de él y no veo que haya que formarse por esto sentimientos ardientes de gratitud. ¡Ah!, dejemos de hacernos durante más tiempo ilusiones

sobre este ridículo prejuicio: no le debemos a aquel que nos ha dado la vida más que al ser más frío y más lejano nuestro. La naturaleza no nos indica absolutamente nada hacia él; digo más: no podría indicárnoslo; y la amistad no va mucho más allá; es falso que se ame al padre, es falso que se pueda siquiera amarlo; se le teme pero no se le ama; su existencia molesta, pero no complace; el interés personal, la más santa de las leyes de la naturaleza, nos impulsa invenciblemente a desear la muerte de un hombre del que esperamos nuestra fortuna; y bajo este aspecto, sin duda, no solamente sería muy sencillo odiarlo, sino, incluso mucho más natural aún, atentar contra su vida por la gran razón de que es preciso que a cada uno le llegue su hora, y que si mi padre ha gozado durante cuarenta años de la fortuna del suyo, y yo me veo envejecer, yo, sin gozar de la suya, seguramente y sin ningún remordimiento, debo ayudar a la naturaleza que lo olvida en este mundo y apresurar por todos los medios el goce de los derechos que me otorga y que sólo retrasa por un capricho que debo corregir en ella. Si el interés es la medida general de todas las acciones del hombre, hay, pues, infinitamente menos mal en matar a un padre que a otro individuo; porque las razones personales que tenemos para deshacernos de aquel que nos trajo al mundo deben ser siempre mucho más poderosas que las que tenemos para deshacernos de otra persona. Hay además en este punto otra consideración metafísica que no debemos perder de vista: la vejez es el camino de la muerte; la naturaleza, al hacer envejecer al hombre, lo acerca a su tumba; el que mata a un viejo no hace, entonces, más que cumplir sus intenciones: esto es lo que hizo, en muchos pueblos, una virtud del asesinato de los viejos. Inútiles para la tierra a la que cargan con su peso, consumiendo un alimento que falta al más joven, o que este último se ve obligado a pagar más caro a causa del excesivo número de consumidores, está demostrado que su existencia es inútil, que es peligrosa, y que no se puede hacer nada mejor que suprimirla. Así pues, no sólo no es un crimen matar a un padre, sino que además es una excelente acción; es una acción meritoria hacia uno mismo, al que sirve, meritoria hacia la naturaleza, a la que descarga de un peso oneroso, y digna de elogio, porque supone un hombre bastante enérgico, bastante filósofo para preferirse, él que puede ser útil a los hombres, a ese viejo que sólo estaba ya olvidado. Así pues, vais a hacer una excelente acción, Juliette, al destruir al enemigo de vuestro amante, quien, sin duda, sirve al Estado tan bien como puede hacerlo; porque aunque se permita algunas pequeñas prevaricaciones, Saint-Fond no deja de ser por eso un gran ministro: le gusta la sangre, su yugo es duro, cree que el asesinato es útil para el mantenimiento de todo gobierno. ¿Se equivoca? Sila, Mario, Richelieu, Mazarino, todos los grandes hombres ¿han pensado acaso de diferente manera? Maquiavelo ¿dio otros

principios? No lo dudemos; se necesita sangre sobre todo para el sostenimiento de los gobiernos monárquicos; el trono de los tiranos debe estar cimentado sobre ella, y Saint-Fond está lejos de hacer derramar toda la que debería correr... En fin, Juliette, conserváis a un hombre que, pienso, os hace gozar de un estado bastante floreciente; aumentáis la fortuna del que hace la vuestra: pregunto si debéis dudar.

—Noirceuil —digo con desvergüenza—, ¿quién os ha dicho que dudase? Se me ha podido escapar un movimiento involuntario; soy joven, debuto en la carrera a la que me arrastráis: ¿algunos débiles desvíos deben asombrar a mis maestros? Pero pronto verán que soy digna de ellos. Que Saint-Fond se apresure en enviarme a su padre: estará muerto dos horas después de que haya entrado en mi casa. Pero, querido, hay tres clases de veneno en la cajita que me ha confiado vuestro amigo: ¿de cuál debo servirme?

—Del más cruel de todos, el que hace sufrir más —dice Noirceuil —, es un consejo más que tengo el encargo de darte, Saint-Fond quiere que su padre, al morir, sea castigado por las terribles intrigas que ha urdido para perjudicarlo, quiere que sus dolores sean espantosos.

—Lo comprendo —respondí—, dile que estará satisfecho. ¿Y cómo sucederá todo?

—Así será —dice Noirceuil—. En tu calidad de amiga del ministro, invitarás a ese viejo a cenar contigo; tu nota le hará comprender que quieres charlar con él con el deseo de conciliar todo, y porque tú misma apruebas las razones que él da para el retiro de su hijo. El viejo Saint-Fond vendrá, lo llevarán enfermo a su casa, su hijo se encarga de lo demás. Esta es la suma convenida por el crimen que aguarda: un bono de cien mil escudos sobre el tesoro ¿estás contenta, Juliette?

—Saint-Fond me da lo mismo por una fiesta —digo devolviéndole el papel—, dile que le serviré por nada.

—Aquí hay un segundo bono por la misma suma —dice Noirceuil —: Estaba encargado de responder a la objeción, y esta no disgusta a tu amante. «Quiero que sea pagada, y pagada como lo desea, me dice todos los días, en tanto me muestre interés y yo satisfaga ese interés, estaré seguro de conservarla».

—Saint-Fond me conoce —respondí—, me gusta el dinero, no lo oculto, pero nunca le pediré más de lo necesario. Estos seiscientos mil francos son por la ejecución del proyecto; pido otro tanto para el día en que expire su padre.

—Los tendrás Juliette, puedes estar tranquila, te respondo de eso. ¡Oh, Juliette, cuán feliz es tu posición! Cuídala, goza y, si sabes conducirte bien, te convertirás, en poco tiempo, en la mujer más rica de Europa: ¡qué amigo te he dado para eso!

—Imbuida ya de tus principios, no te lo agradezco, Noirceuil; esta relación te da placer, tú mismo ganas con ella, es un orgullo para ti ser el amigo de una mujer cuyo lujo y crédito borran ya el de las princesas de la corte... Me daría vergüenza ir a la Opera como apareció ayer la princesa de Nemours: ni una mirada recibió, mientras que todos los ojos estaban fijos en mí.

—¿Y gozas con todo eso, Juliette?

—Infinitamente querido; en primer lugar, ruedo sobre oro, lo que es para mí el primero de los goces.

—Pero ¿jodes?

—Mucho; hay muy pocas noches en que no vengan a ofrecirme su homenaje lo mejor que tiene París en ambos sexos.

—¿Y tus crímenes favoritos?

—Siguen su camino, robo todo lo que puedo... hasta un escudo, como si me muriese de hambre.

—¿Y la venganza?

—Le doy la mayor importancia; el justo castigo del príncipe de *** , que constituye la noticia del día, es únicamente obra mía; cinco o seis mujeres están en la Bastilla desde hace dos meses, por haber querido estar en mejor situación que yo.

A continuación entramos en algunos detalles sobre las fiestas que yo daba al ministro.

—No te ocultaré —me dice Noirceuil— que parece relajarte desde hace un tiempo; Saint-Fond se ha dado cuenta; en la última comida no había cincuenta platos. Sólo comiendo mucho se descarga bien —prosiguió Noirceuil— y nosotros los libertinos tenemos muy en cuenta la calidad y la cantidad del esperma. La glotonería halaga infinitamente todos los gustos que la naturaleza se ha complacido en darnos, y parece que nunca se tiene el miembro tan erecto y el corazón tan duro como cuando se acaba de hacer una comida suntuosa. También te aconsejo la elección de las muchachas: Saint-Fond, aunque lo que tú nos des sea muy bonito, no encuentra en ellas suficientes refinamientos. No puedes ni imaginarte hasta qué punto hay que llevar los refinamientos: queremos que la caza ofrecida sea no solamente de una excelente raza, sino además que posea todas las cualidades morales y físicas que puedan hacer su muerte interesante.

Respecto a eso, informé a Noirceuil sobre los excelentes medios que utilizaba; en lugar de seis, veinticuatro mujeres trabajaban ahora sin descanso, y todas ellas tenían un número parecido de mujeres corresponsales que recorrían las provincias; yo era la clavija maestra de todo eso, y con toda seguridad que me dedicaba a ello a fondo.

—Antes de que te decidas por un individuo —me respondió Noirceuil—, aunque esté a treinta leguas, haz por verlo, y no aceptes nunca más que lo que te parezca delicioso.

—Lo que me aconsejáis es muy difícil —respondí—, porque con frecuencia el individuo es robado antes de que me hayan hablado de él.

—Pues bien —dice Noirceuil—, hay que robar veinte, para tener diez.

—¿Y qué haré con las no aceptadas?

—Te diviertes con ellas, las vendes a tus amigos... a alcahuetas; es lo que en tu condición se llama la *vuelta del bastón*: hay cien mil francos que ganar en eso al año.

—Sí, si Saint-Fond me pagase todos los individuos, pero sólo me paga los tres por comida.

—Lo animaré a que te pague todos.

—Será mucho mejor servido. Ahora Noirceuil —proseguí—, entrad en algunos detalles que me son absolutamente personales. Conocéis mi cabeza: con tantos medios para hacer el mal, podéis creer que me entrego por completo a ello; no es posible expresar ya lo que concibo, lo que imagino; pero, amigo mío, necesito vuestros consejos. ¿No estará Saint-Fond celoso de todos los extravíos a los que me entrego?

—Nunca —me dice Noirceuil—; Saint-Fond es demasiado razonable para no saber que tú debes entregarte a muchos defectos; sólo esta idea le divierte y me decía ayer: «Temo que no sea lo bastante bribona».

—¡Oh!, ¡en ese caso, que se tranquilice, amigo mío!, aseguradle que es difícil llevar más lejos el gusto por todos los vicios.

—Algunas veces —dice Noirceuil—, he oído preguntar si los celos eran una manía halagadora o desfavorable para una mujer, y confieso que nunca he dudado de que, este impulso al no ser más que personal, las mujeres no tenían nada que ganar con la acción que produce en el alma de sus amantes. No es porque se ame mucho a una mujer por lo que se está celoso, es porque se teme la humillación que originaría su cambio; y la prueba de que no hay más que puro egoísmo en esta pasión, es que no hay un sólo amante de buena fe que no convenga en preferir ver a su amante muerta que infiel. Es esta inconstancia, más que su pérdida, lo que nos aflige, y sólo nos tenemos en cuenta a nosotros en este acontecimiento. De donde concluyo que, después de la imperdonable extravagancia de enamorarse de una mujer, la mayor que se puede cometer sin duda es estar celoso. Este sentimiento es vergonzoso para ella, porque prueba que no se la estima; es penoso para uno mismo y siempre inútil, puesto que es un medio seguro de dar a una mujer las ganas de engañarnos el dejarle ver el temor que tenemos de que eso suceda. Los celos y el terror de los cuernos son dos cosas que dependen absolutamente de nuestros prejuicios sobre el goce de las mujeres; sin esa maldita costumbre de querer ligar

imbécilmente, en este objeto, la moral con el físico, fácilmente nos liberaríamos de estos prejuicios. ¡Y qué!, ¿acaso no es posible acostarse con una mujer sin amarla, y no es posible amarla sin acostarse con ella? ¿Pero qué necesidad hay de que el corazón intervenga en lo que sólo es cuestión del cuerpo? Me parece que son dos deseos, dos necesidades muy diferentes. Araminthe tiene el cuerpo más hermoso del mundo, su rostro es voluptuoso, sus grandes ojos negros y llenos de fuego me prometen una amplia eyaculación de su esperma, cuando las paredes de su vagina o de su ano sean electrizadas vivamente con el frotamiento de mi verga; gozo con ella, te doy mi palabra. ¡Qué necesidad hay, por favor, de que los sentimientos de mi corazón acompañen el acto que me somete el cuerpo de esta criatura! Una vez más, me parece que son cosas muy diferentes amar y gozar, y no sólo no es necesario amar para gozar, sino que incluso basta gozar para no amar. Porque los sentimientos de cariño se conceden a las relaciones de humor y de conveniencia, pero no se deben de ninguna manera a la belleza de un seno o al bonito torneado de un culo, y estos objetos que, según nuestros gustos, pueden excitar vivamente los afectos físicos, me parece, sin embargo, que no tienen el mismo derecho a los afectos morales. Para terminar con mi comparación, Bélise es fea, tiene cuarenta años, ni una sola gracia en toda su persona, ni un rasgo regular, ni un solo atractivo; pero Bélise tiene ingenio, un carácter delicioso, un millón de cosas que se encadenan con mis sentimientos y mis gustos: no tendré ningún deseo de acostarme con Bélise, pero no por eso dejaré de amarla con locura; desearé con todas mis fuerzas tener a Araminthe, pero la detestaré cordialmente en cuanto la fiebre del deseo se me haya pasado, porque sólo he encontrado un cuerpo en ella y no cualidades morales que podían hacerla digna de los afectos de mi corazón. Por otra parte, no se trata de nada de esto aquí, y en las infidelidades que Saint-Fond te deja hacer, entra un sentimiento de libertinaje que merece una explicación muy diferente a la ofrecida. Saint-Fond goza con la idea de saberte en los brazos de otro; él mismo te pone en ellos, se excita viéndote así; multiplicarás sus goces con la extensión que des a los tuyos, y nunca serás más amada por Saint-Fond que cuando hayas hecho lo que te valdría el mayor odio de otro. Estos son extravíos de la cabeza que sólo conocemos nosotros, pero que no son menos deliciosos por ello.

—Me tranquilizáis —digo a Noirceuil—, ¿Saint-Fond amará mis gustos, mi espíritu, mi carácter, y no estará nunca celoso de mi persona? ¡Oh!, ¡cómo me consuela esta idea!, porque os lo confieso, amigo mío, la continencia me sería imposible, mi temperamento quiere ser satisfecho, al precio que sea. Con esta sangre impetuosa, con esta imaginación que vos me conocéis, con la inmensa fortuna de

que gozo, ¿cómo podría resistirme a pasiones que cualquier cosa excita e inflama?

—Entrégate, Juliette, entrégate, es lo mejor que puedes hacer; pero, para el resto de los hombres, un poco de hipocresía, te exhorto a ello. Recuerda que, en el mundo, la hipocresía es un vicio esencial, para aquel que tiene la suerte de poseer a todos los otros; con artimañas y falsedad, se logra todo lo que se desee, pues no es vuestra virtud lo que el mundo necesita, sino solamente poder suponérsela. Para un par de ocasiones en que necesitéis esta virtud, habrá treinta en la que sólo necesitaréis la máscara: por lo tanto, sabed ponérsela, mujeres disolutas, pero solamente hasta la indiferencia del crimen, nunca hasta el entusiasmo de la virtud, porque el primer estado deja en paz el amor propio de los otros y porque el segundo lo irrita. Por otra parte, es fácil ocultar lo que se ama, sin estar obligada a fingir lo que se detesta; si todos los hombres fuesen viciosos con buena fe, la hipocresía no sería necesaria; pero, falsamente convencidos de que la virtud tiene ventajas, quieren mantenerla absolutamente por alguna parte. Hay que hacer como ellos y, para ganárselos, ocultar todo lo que se pueda de los defectos de uno bajo el manto de este viejo y ridículo ídolo, dispuesto a vengarse del homenaje forzado que se le presta con sacrificios más grandes al rival. Por otra parte, la hipocresía, al enseñar a engañar, facilita una infinidad de crímenes; se entregan a vos porque vuestro aire desinteresado les impone, y claváis el puñal con tanto menos trabajo cuanto menos capaz os creen de meterlo. Esta manera sorda y misteriosa de satisfacer así las pasiones hace su goce infinitamente más vivo. El cinismo tiene algo excitante, lo sé, pero no os entrega, no os asegura las víctimas como la hipocresía; y después, la desvergüenza, los crapulosos desvíos del crimen no son realmente buenos más que en los actos de libertinaje. ¿Quién le impide al hipócrita entregarse a ellos dentro de su casa, cuando satisface su libertinaje? Pero se me confesará que, lejos de esto, el cinismo está fuera de lugar, es de mal tono y, al alejaros de la sociedad, nos pone fuera de condiciones de gozar de él. Los crímenes de libertinaje no son los únicos que presentan delicias: hay muchos llenos con otras muy interesantes, muy lucrativas, que la hipocresía nos asegura, y de los que nos alejaría el cinismo. ¿Había en el mundo una criatura más falsa, más hábil, más criminal que la Brinvilliers? Era a los hospitales adonde iba a hacer las pruebas de sus venenos, era bajo el velo de la piedad y de la buena acción como intentaba con impunidad los deliciosos medios de sus crímenes. Su padre le decía en el lecho de muerte adonde ella acababa de reducirlo mediante un brebaje envenenado: «¡Oh mi querida hija, sólo lamento perder la vida por la imposibilidad en que estaré de hacerte todo el bien que yo desearía!». Y la respuesta de la hija fue una dosis mayor en el vaso de

tisana que administraba al buen hombre[28]. No había en el mundo una criatura más fina, más hábil; jugaba el papel de la devoción, iba a misa, daba incontables limosnas, y todo ello para asegurar sus crímenes; mucho tiempo actuó así sin ser descubierta, y quizás no lo hubiese sido nunca, sin su imprudencia y la desgracia de su amante[29]. Que esta mujer te sirva de ejemplo, querida mía, no podría ofrecerte otro mejor.

—Conozco toda la historia de esta famosa criatura —respondí—, y sin duda deseo ser digna de ella. Pero, amigo mío, me gustaría como modelo una mujer más cercana a mí; desearía que tuviese más edad, que me amase, que tuviese mis gustos, mis pasiones, y que, aunque nos excitásemos juntas, me permitiese todos los otros extravíos sin el menor celo: me gustaría que tuviese una especie de dominio sin, no obstante, intentar dominarme; que sus consejos fuesen buenos, que tuviese una infinita condescendencia hacia mis caprichos y experiencia en el libertinaje: sin religión y sin principios, sin costumbres y sin virtud, un espíritu ardiente, y el corazón helado.

—Tengo lo que desees —me respondió Noirceuil—; es una viuda de treinta años, de una belleza extraña, criminal hasta el último extremo, que posee todas las cualidades que tú exiges y que te será de una gran ayuda en la carrera que acabas de comenzar. Me sustituirá en tu educación; porque ya ves que, separados como lo estamos, ya no podría seguirte con el mismo calor: Madame de Clairwil, en una palabra, rica con millones, conoce todo lo que se puede conocer, sabe todo lo que se puede saber, y respondo de que es lo que te hace falta.

—¡Ah!, Noirceuil, ¡sois encantador! Pero, amigo mío, todavía no está todo: me gustaría devolver los consejos que voy a recibir; siento la necesidad de ser instruida tan vivamente como la de contribuir a una educación, y deseo una alumna con tanto ardor como una institutriz.

—¡Eh!, pero... mi mujer —dice Noirceuil.

—¡Qué! —respondí con entusiasmo—, ¿me confiaréis la educación de Alexandrine?

—¿Podría estar en mejores manos? Te la confiaré con toda seguridad: Saint-Fond desea que haga de ti su más íntima amiga.

—¿Y por qué se retrasa ese matrimonio?

—Por mi duelo demasiado reciente aún, una baja sumisión a indignos prejuicios, que yo adopto a causa de la costumbre y que desprecio en el fondo de mi corazón.

—Una cuestión más, amigo mío: ¿no tengo que temer, ante el ministro, de la rivalidad de la mujer cuya amistad me ofrecéis?

—Ni la menor cosa. Saint-Fond la conoció antes que a ti, se divirtió con ella; pero Madame de Clairwil no cumpliría tus funciones, y no encontraría, lo sé, el mismo placer en hacerlas ejecutar.

—¡Ah! —exclamé—, ambos sois divinos, y vuestras bondades hacia mí serán calurosamente correspondidas por mis cuidados en servir vuestras pasiones. Ordenadme, ¡siempre me sentiré feliz de ser instrumento de vuestros libertinajes y el primer medio de vuestros crímenes!

No volví a ver a mi amante hasta la ejecución de la fechoría que debía cometer para él; la víspera me recomendaron de nuevo firmeza, y el buen viejo apareció. Utilicé todo el arte posible, antes de sentarnos a la mesa, para ponerle a bien con su hijo, y me asombré al ver que la cosa no sería quizás muy difícil. De golpe, cambié de baterías. No es la reconciliación lo que es necesario ahora, pensé en seguida; si esta tiene lugar, pierdo la ocasión de un crimen que me excita mucho y doscientos mil francos prometidos para su ejecución: dejemos de negociar, actuemos. Administro la droga con la mayor facilidad; el viejo se desmaya, se lo llevan, y, al día siguiente, me entero con el mayor placer de que ha muerto en medio de horribles dolores.

Acababa de expirar cuando llegó su hijo para una de las comidas que hacía en mi casa dos veces por semana. El mal tiempo nos obligó a permanecer en el interior, y Noirceuil era el único convidado que había admitido ese día Saint-Fond. Les había preparado tres muchachitas de catorce a quince años, más bellas de lo que era posible ver en todo el mundo; un convento de la capital me las había proporcionado, y me costaban cien mil francos cada una; ya no dudaba en los precios, desde que Saint-Fond pagaba mucho mejor.

—Aquí tenéis —digo, presentándoselas al ministro— con qué consolaros de la pérdida que acabáis de sufrir.

—Me afecta muy poco, Juliette —dice Saint-Fond, besando mi boca—; haría morir con gusto a quince criminales como ese por día, sin tener el menor remordimiento. No tengo otra pena que la de no haberle visto sufrir más; era un estúpido muy despreciable.

—Pero ¿sabéis —digo— que no estaba lejos de la reconciliación?

—Habéis hecho bien en no seguir su partido. ¡Cuanto me hubiese pesado la existencia de ese canalla, si me hubiese visto obligado a soportar todavía su peso! Le reprocharé hasta la sepultura los terribles prejuicios que me obligó a aceptar; hubiese querido ver su cuerpo devorado por las culebras con que envenenó mis días.

Y, como para aturdirse, el libertino se puso en seguida manos a la obra; mis tres vírgenes fueron inventariadas. Sobre ellas no podían recaer críticas amargas: porte, familia, primicias, infancia, todo se encontraba en ellas; pero me di cuenta de que los dos amigos no se excitaban, y que nada complacía a estos insaciables; vi que no estaban contentos y que, sin embargo, no se atrevían a quejarse.

—Decidme, pues, lo que necesitáis, si estos objetos no os

satisfacen —les digo—, porque estaréis de acuerdo conmigo en que me es imposible adivinar lo que puede valer más que esto.

—Nada más cierto —respondió Saint-Fond, que se hacía manosear inútilmente por dos de estas pequeñas—, pero Noirceuil y yo estamos agotados, acabamos de hacer horrores, y no sé lo que haría falta para despertarnos ahora.

—¡Ah!, si me contaseis vuestras proezas, quizás encontraríais en los detalles de esas infamias las fuerzas necesarias para cometer otras nuevas.

—Lo creo —dice Noirceuil.

—Bien, haced que se desnuden —dice Saint-Fond—; que Juliette se desnude igualmente y escuchadnos.

Dos de las jóvenes rodearon a Noirceuil: una lo chupaba, él lamía a la otra y manoseaba los dos culos; yo me encargo de excitar al orador, mientras que él golpea las nalgas de la tercera de las vírgenes; y estas son las atrocidades que nos reveló Saint-Fond:

—He llevado —nos dice— a mi hija a la casa de mi padre moribundo. Noirceuil estaba conmigo; nos hemos encerrado, con las puertas bien atrancadas; allí (y el miembro del disoluto se levantaba con esta confesión), digo, allí he tenido la voluptuosa barbarie de anunciar a mi padre que sus dolores eran obra mía; le he dicho que, siguiendo mis órdenes, lo había envenenado tu mano, y que se acostumbrase rápidamente a la idea de la muerte. Después, arremangando el vestido de mi hija, la he sodomizado ante sus ojos. Noirceuil, que me adora cuando cometo infamias, me fornicaba entretanto; pero el pícaro, viéndome que desvirgaba por el culo a Alexandrine, me sustituyó pronto en el puesto... y yo, acercándome al buen hombre, lo obligué a hacerme descargar mientras lo estrangulaba. Noirceuil se extasiaba durante este tiempo en el fondo de las entrañas de mi hija. ¡Cuántos goces! Yo estaba cubierto de maldiciones, de imprecaciones, *cometía un parricidio, un incesto, asesinaba, prostituía, sodomizaba*. ¡Oh Juliette, Juliette, nunca en mi vida había sido tan feliz! Mira en qué estaco me pone el relato de estas voluptuosidades, mira cómo se me excita igual que por la mañana.

El disoluto coge entonces a una de las muchachas, y, mientras que la mancilla por todas partes, quiere que Noirceuil y yo martiricemos a las otras ante su vista. Lo que inventamos es horrible; la naturaleza ultrajada en estas dos jóvenes actúa fuertemente en Saint-Fond, y el pícaro está listo para perder su semen, cuando, para recuperar sus fuerzas, se retira prudentemente del culo de la novicia, para perforar los otros. Feliz por seguir conteniéndose, se adueña, ese día, de las seis virginidades, dejando a Noirceuil rosas abiertas. No importa, el disoluto se aprovecha de lo poco que se le da, y mi trasero así como el de Saint-Fond, le sirven de perspectiva todo el tiempo que tarda en

fornicar; los besa, los acaricia, y recibe en su boca los pedos que nos divertimos en darle.

Cenamos; fui la única admitida en los honores del festín, pero desnuda; las muchachas, puestas encima de la mesa boca abajo, nos iluminaban con velas que les habíamos metido en el culo; y como estas velas eran muy cortas y la comida muy larga, les habíamos quitado cualquier medio de moverse, y, al llenar su boca de algodón, les habíamos despojado del de aturdirnos con sus clamores. Este episodio divirtió infinitamente a nuestros libertinos, y, palpándoles a uno y a otro con mis manos, los encontré durante toda la comida en el mejor estado del mundo.

—Noirceuil —dice Saint-Fond, mientras nuestras novicias se asaban—, explícanos, te lo ruego, con tu metafísica habitual cómo es posible llegar al placer, bien sea viendo sufrir a los otros, bien sea sufriendo uno mismo.

—Escuchadme —dice Noirceuil—, voy a demostraros eso.

»“*El dolor*”, en definición de la lógica, “*no es otra cosa que un sentimiento de aversión que el alma concibe, hacia algunos impulsos contrarios a la constitución del cuerpo que anima*”. Esto es lo que nos dice Nicole, que distinguía en el hombre una sustancia aérea a la que llamaba alma y que diferenciaba de la sustancia material que nosotros llamamos cuerpo. En lo que a mí se refiere, que no admito esta edificación frívola y que no veo en el hombre más que una especie de planta absolutamente material, diré solamente que el dolor es una secuencia de pequeñas relaciones de los objetos extraños con las moléculas orgánicas de que estamos compuestos; de suerte que, en lugar de que los átomos emanados de estos objetos extraños se unan con los de nuestro fluido nervioso, como lo hacen en la conmoción del placer, les presentan en este caso ángulos, los agujijonean, los rechazan y no se encadenan nunca. Sin embargo, aunque los efectos sean repulsivos, siguen siendo efectos, y bien sea placer o dolor lo que se nos ofrece, siempre hay una conmoción segura sobre el fluido nervioso. Ahora bien, ¿qué impide que esta conmoción del dolor, infinitamente más viva y más activa que la otra, llegue a excitar en este fluido el mismo abrazo que se propaga por la unión de los átomos emanados de los objetos del placer?, y conmovido para ser conmovido, ¿qué impide que con la costumbre yo me habitúe a encontrarme tan bien agitado por los átomos que rechazan como por los que unen? Hasiado de los efectos de aquellos que sólo producen una sensación simple, ¿por qué no habría de acostumbrarme a recibir igualmente placer de aquellos cuya sensación es *angustiosa*? Ambos golpes se reciben en el mismo lugar; la única diferencia que puede haber es que uno es violento, el otro dulce; pero, para las gentes hastiadas, ¿no vale el primero infinitamente más que el otro? ¿Acaso

no vemos todos los días a gente que ha acostumbrado su paladar a una irritación que les complace, junto a otra gente que no podría soportar ni un solo momento esa irritación? ¿No es verdad entonces (una vez admitida mi hipótesis) que la costumbre del hombre, en estos placeres, es intentar emocionar a los objetos que sirven a su goce, de la misma manera en que se emociona él, y que estos procedimientos son los que, en la metafísica del placer, se llaman *efectos de su delicadeza*? Por lo tanto, ¿qué puede haber de extraño en que un hombre dotado de órganos como los que acabamos de describir, por los mismos procedimientos de su adversario y por los mismos principios de delicadeza, crea que emociona al objeto que sirve a su goce por los medios con que él mismo es afectado? No está más equivocado que el otro, no hace más que lo que el otro hace. Las consecuencias son diferentes, estoy de acuerdo, pero los primeros motivos son los mismos; el primero no ha sido más cruel que el segundo, y ninguno de los dos comete una falta: ambos han utilizado sobre el objeto de su goce los mismos medios de que se sirven para conseguir placer.

»Pero «*eso no me complace*», responde a esto el ser agitado por una voluptuosidad brutal. Sea, queda por saber ahora si puedo obligaros a ello o no. Si no puedo, retiraos y dejadme; si, al contrario, mi dinero, mi crédito o mi posición me dan o alguna autoridad sobre vos o alguna seguridad de poder destruir vuestras quejas, sufriréis sin una palabra todo lo que me plazca imponeros, porque es preciso que yo goce, y porque sólo puedo gozar atormentándoos y viendo correr vuestras lágrimas. Pero en ningún caso os asombréis, me insultéis, porque yo sigo el impulso que la naturaleza ha puesto en mí, la dirección que me ha hecho tomar, y porque, en una palabra, al obligaros a mis voluptuosidades duras y brutales, las únicas que llegan a darme el colmo del placer, actúo por los mismos principios de delicadeza que el amante afeminado que no conoce más que las rosas de un sentimiento del que yo sólo admito las espinas; porque, al atormentaros, al desgarraros, os hago lo único que me emociona, como lo hace, encoñando tristemente a su amante, el que sólo se agita con cosas agradables; pero esta delicadeza afeminada se la dejo a él, porque es imposible que pueda emocionar a órganos contruidos con tanta fuerza como los míos. Sí, amigos míos —prosiguió Noircœur—, estad seguros de que es imposible que el ser verdaderamente apasionado por las voluptuosidades de la lujuria pueda mezclar la delicadeza con estas; la delicadeza no es más que el veneno de estos placeres, y supone una repartición imposible para el que quiere gozar bien: todo poder compartido se debilita; es una verdad reconocida. Intentad hacer gozar al objeto que sirve a vuestros placeres: no tardaréis en daros cuenta de que sólo lo consigue a expensas vuestras;

no existe una pasión más egoísta que la de la lujuria; no hay ninguna que quiera ser servida con más severidad; no hay que ocuparse más que de uno mismo cuando se excita, y no considerar nunca el objeto que nos sirve más que como una especie de víctima destinada al furor de esta pasión. ¿No exigen todas víctimas? ¡Y bien!, el objeto pasivo, en el acto de la lujuria, es el de nuestra pasión lúbrica; cuanto menos tenido en cuenta es, mejor se cumple el objetivo; cuanto más vivos son los dolores de este objeto, cuanto más completas son su degradación y su humillación, más completo es nuestro goce. No son placeres lo que hay que hacer sentir a este objeto, son impresiones lo que hay que producir en él; y al ser la del dolor mucho más viva que la del placer, es incontestable que vale más que, la conmoción producida sobre sus nervios por este espectáculo extraño, llegue a través del dolor que a través del placer. Esto es lo que explica la manía de esa masa de libertinos que, como nosotros, no llegan a la erección y a la emisión del semen más que cometiendo los actos de la más atroz crueldad, más que atiborrándose con la sangre de sus víctimas. Los hay que ni siquiera experimentarían la más ligera erección si no considerasen, en las angustias del dolor más violento, al triste objeto vendido a su lúbrico furor, si no fuesen ellos mismos las primeras causas de esas angustias. Quieren hacer sentir a sus nervios una conmoción violenta; saben que la del dolor será más fuerte que la del placer; la utilizan y la encuentran buena. Pero la belleza, me objeta un imbécil, entornece, interesa; invita a la dulzura, al perdón: ¿cómo resistirse a las lágrimas de una bonita muchacha que, con las manos juntas, implora a su verdugo? ¡Y!, es lo que se pretende, incluso es este estado del que el libertino en cuestión obtiene su goce más delicioso: sería para lamentarse si actuase sobre un ser inerte que no siente nada; y esta objeción es tan ridícula como la de un hombre que me asegurase que nunca debemos comernos un cordero porque el cordero es un animal dulce. La pasión de la lujuria quiere ser servida, y exige, tiraniza; por lo tanto, debe ser satisfecha haciendo abstracción total de cualquier consideración. La belleza, la virtud, la inocencia, el candor, el infortunio, nada de esto debe servir de refugio al objeto que codiciamos. Al contrario, la belleza nos excita más; la inocencia, la virtud y el candor embellecen el objeto; el infortunio nos lo entrega, nos lo facilita: todas estas cualidades deben servir solamente para inflamarnos mejor, y deben ser consideradas por nosotros solamente como vehículos para nuestras pasiones. Por otra parte, hay en esto un freno más que romper: hay la especie de placer que proporciona el sacrilegio o la profanación de los objetos ofrecidos a nuestro culto. Esta bella muchacha es un objeto de homenaje para los imbéciles; al convertirla en el objeto de mis más vivas y duras pasiones, siento el doble placer de sacrificar a esta pasión un bello objeto, y un objeto

digno del culto de los demás. ¿Se necesita estar pensando mucho tiempo en esto para llegar al delirio? Pero no tenemos constantemente en nuestras manos tales objetos; sin embargo, estamos acostumbrados a gozar por medio de la tiranía, y queríamos gozar así todos los días. ¿Y bien? Hay que saber obtener una compensación de otros pequeños placeres: la dureza de alma hacia los desgraciados, el negarse a aliviarlos, la acción de sumergirlos uno mismo en el infortunio, si es posible, sustituyen de alguna manera a ese sublime goce de hacer sufrir a un objeto del libertinaje. La miseria de esos infortunados es un espectáculo que prepara ya la conmoción que estamos acostumbrados a recibir mediante la impresión del dolor; nos imploran, no los aliviamos: y casi tenemos ya conseguido el estremecimiento; un paso más, el fuego se enciende, nace de todos esos crímenes, y nada lleva con más seguridad al placer como la sal que tiene el crimen. Pero yo he cumplido mi tarea: me habéis preguntado cómo se puede llegar al placer sufriendo o haciendo sufrir. Lo he demostrado teóricamente. Ahora convenzámonos por la práctica, y que los suplicios de estas señoritas sean, de acuerdo con la demostración, tan vivos, os lo ruego, como nos sea posible.

Nos levantamos de la mesa, y las víctimas, sólo por refinamiento, fueron cuidadas y refrescadas durante un momento. No sé por qué Noirceuil parecía esa noche más enamorado de mi culo que nunca; no podía dejar de besarlo, de alabarlo, de acariciarlo, de joderlo; me sodomizaba en todo momento; después retira bruscamente su miembro para dárselo a chupar a las muchachas; a continuación volvía, y me daba manotazos extraordinariamente fuertes en las nalgas y en los riñones; incluso se olvidó de excitarme el clítoris. Todo eso me calentaba prodigiosamente, y les debí parecer a mis amigos de un puterío increíble. Pero ¿cómo satisfacerse con muchachas manoseadas o con dos libertinos agotados que apenas la tenían empinada? Les propuse hacerme joder por mis lacayos delante de ellos; pero Saint-Fond, lleno de vino y de ferocidad, se opuso diciendo que ya no sentía otra necesidad que la del tigre, y que, puesto que allí había carne fresca, había que darse prisa en devorarla. En consecuencia, luchaba con una fuerza terrible con los tres pequeños culos de estas encantadoras vírgenes: los pellizcaba, los mordía, los arañaba, los desgarraba; la sangre corría ya por todos lados, cuando, levantándose como un loco, su miembro pegado al vientre, se quejó amargamente de la imposibilidad en que se creía ese día de encontrar algo que pudiese hacer sufrir a las víctimas hasta el grado de sus caprichos.

—Todo lo que invento hoy —nos dice— está por debajo de mis deseos: por lo tanto, imaginemos algo que tenga a estas putas durante tres días en las más terribles angustias de la muerte.

—¡Ah! —digo—, descargarías en ese intervalo y, una vez destruida la ilusión, las aliviarías.

—No perdono a Juliette —dice Saint-Fond— que me conozca tan mal en ese aspecto. Estás en un gran error, ángel mío, si crees que mi crueldad sólo se enciende en el fuego de las pasiones. ¡Ah!, me gustaría, como Herodes, prolongar mis ferocidades incluso más allá de la tumba; cuando me excito soy bárbaro hasta el frenesí, y cuando el semen ha corrido, cruel con sangre fría. Algo mejor, Juliette —prosiguió este insigne criminal—, toma, si quieres, descargaré: comenzaremos el suplicio de estas zorras sólo cuando no haya más semen en los cojones, y entonces verás si soy más blando.

—Saint-Fond, vos os excitáis mucho —dice Noirceuil—, es lo único claro que veo en cuanto decís; se trata de lanzar el esperma y, si queréis seguir mis consejos, podemos proceder a ello en seguida. Soy de la opinión de sencillamente ensartar en un asador a estas señoritas, y, mientras ellas se queman vivas ante nuestros ojos, Juliette nos excitaría el miembro y nos haría regar con semen tres soberbios solomillos.

—¡Oh santo Dios! —dice Saint-Fond, mientras frota su miembro con la sangre de las nalgas de la más joven y más bonita de las tres—, os juro que esta que tengo sufrirá más de lo que os imagináis.

—¿Y qué diablos le harás tú? —dice Noirceuil, que acababa de volver a introducirse en mi culo.

—Vas a verlo —dice aquel criminal.

Y con sus manos, parecidas a tablas de carnicero, le casca los dedos, le disloca todos los miembros, y la acribilla con más de mil golpes con la punta de un estilete.

—¡Bien! —dice Noirceuil, que seguía dándome por el culo—, habría sufrido lo mismo asándola.

—También lo será —dice Saint-Fond—, pero al calcinar el fuego sus heridas, sufrirá mucho más que si la hubieseis asado completamente fresca.

—Vamos —dice Noirceuil—, estoy de acuerdo, hagamos lo mismo con esas bribonas.

Yo agarro a una, él coge a la otra, y, siempre dentro de mi culo, el pícaro la pone en el mismo estado que la martirizada por Saint-Fond. Yo lo imito, y pronto están las tres asándose en un fuego de infierno, mientras que Noirceuil, blasfemando contra los dioses del paraíso, descarga en mi trasero y mientras yo hago eyacular, a base de puñetazos, el semen de Saint-Fond sobre los cuerpos calcinados de estas tres desgraciadas víctimas de la más terrorífica lujuria. Las tres fueron arrojadas a un agujero. Nos pusimos a beber. Calentados con nuevos deseos, los libertinos quisieron hombres; mis lacayos aparecieron y se agotaron toda la noche en sus insaciables culos, sin

llegar a excitarlos; y en esta sesión fue donde conocí mejor que nunca cuán cierto era que estos monstruos eran tan crueles a sangre fría como en el mayor fuego de sus pasiones.

Un mes después de esta aventura, Noirceuil me presentó la mujer que deseaba darme por amiga. Como su matrimonio con Alexandrine se retrasó una vez más a causa del duelo de Saint-Fond, y no quiero describirlos a esta encantadora muchacha hasta que la haya poseído plenamente, vamos a ocuparnos de Madame de Clairwil y de los arreglos que hice con esta mujer deliciosa para cimentar nuestra relación.

Noirceuil tenía razón al hacerme los mayores elogios de Madame de Clairwil. Era alta, digna de ser pintada; era tal el fuego de sus miradas, que resultaba imposible mirarla fijamente a los ojos; unos ojos grandes y negros que imponían más que gustaban en general, el conjunto de esta mujer era majestuoso más que agradable. Su boca, un poco redonda, era fresca y voluptuosa; sus cabellos, negros como el azabache, le llegaban hasta sus piernas; su nariz, extrañamente bien cortada; su frente, noble y majestuosa; un gran seno, la piel más hermosa, aunque morena, las carnes firmes, llenas, las formas redondeadas: en una palabra, era el porte de Minerva con los atractivos de Venus. Sin embargo, bien porque yo fuese más joven, bien porque mi rostro tuviese en gracias lo que ella tenía de nobleza, yo gustaba más a todos los hombres. Ella sobrecogía, yo me contentaba con encadenarlos; ella exigía el homenaje de los hombres, y yo me lo apropiaba.

A estas gracias imperiosas Madame de Clairwil unía una inteligencia muy elevada; era muy instruida, singularmente enemiga de los prejuicios... que había arrancado de sí en la infancia; era difícil que una mujer llevase la filosofía más lejos. Por otra parte, tenía muchos talentos: hablaba perfectamente el inglés y el italiano, representaba comedias como un ángel, danzaba como Terpsícore, sabía química, física, hacía bonitos versos, dominaba la historia, el dibujo, la música, la geografía, escribía como Sévigné, pero llevaba quizás un poco demasiado lejos todas las extravagancias del hombre culto, cuyas consecuencias eran en general un orgullo insoportable con aquellos a los que no elevaba a su altura, como yo... la única criatura, decía, en quien había hallado realmente inteligencia.

Hacía cinco años que esta mujer era viuda. Nunca tuvo hijos; los detestaba, y esto es una especie de pequeña dureza que, en una mujer, demuestra siempre insensibilidad: y podía asegurarse que la de Madame de Clairwil era completa. Se jactaba de no haber vertido jamás una sola lágrima, de no haberse enternecido nunca por la suerte de los desgraciados. Mi alma es impasible, decía; desafío a que me afecte algún sentimiento, excepto el del placer. Soy dueña de los

afectos de mi alma, de sus deseos, de sus impulsos; todo en mí está a las órdenes de mi cabeza; y esto es lo peor que puede haber — continuaba—, porque esta cabeza es detestable. Pero no me quejo de ella: me gustan los vicios, aborrezco la virtud; soy enemiga jurada de todas las religiones, de todos los dioses; no temo ni las desgracias de la vida, ni las consecuencias de la muerte; y aquel que se parece a mí, es feliz.

Con un carácter semejante, era fácil ver que Madame de Clairwil no tenía más que aduladores y muy pocos amigos; no creía en la amistad más que en la bondad y tampoco en las virtudes más que en los dioses. Unid a esto enormes riquezas, una casa muy buena en París, otra deliciosa en el campo, todos los lujos, la mejor edad, una salud de hierro. O no hay felicidad en el mundo, o el individuo que reúne todas estas cosas agradables puede jactarse de que la posee.

Madame de Clairwil se abrió a mí desde el primer día con una franqueza que me asombró en una mujer que, como acabo de decir, estaba tan orgullosa de su superioridad; pero debo hacerle la justicia de confesar que nunca la tuvo conmigo.

—Noirceuil os ha descrito bien —me dice—; observo que tenemos la misma alma, el mismo carácter, los mismos gustos; estamos hechas para vivir juntas: unámonos, e iremos muy lejos; pero, sobre todo, desterremos todos los frenos, sólo están hechos para los tontos. Caracteres elevados, almas orgullosas, espíritus fuertes como los nuestros rompen todas esas tonterías populares riéndose de ellas; saben que la felicidad está más allá, la alcanzan con valentía, desechando las pequeñas leyes, las frías virtudes y las imbéciles religiones de esos hombres de barro que no parecen haber recibido la existencia más que para deshonorar a la naturaleza.

Unos días después, Clairwil, por quien yo comenzaba a estar chiflada, vino a comer a solas conmigo. En este segundo encuentro fue donde abrimos nuestros corazones, donde nos confiamos nuestros gustos, nuestros sentimientos ¡Oh!, ¡qué alma la de Clairwil! Creo que si el vicio hubiese habitado en la tierra, nunca hubiese establecido su imperio más que en el fondo de esta alma perversa.

En un momento de mutua confianza, antes de sentarnos a la mesa, Clairwil se inclinó sobre mí; estábamos ambas en una alcoba de cristal, cómodamente tumbadas sobre unos cojines cuyos blandos plumones sostenían nuestras espaldas vacilantes; un día muy dulce parecía llamar al amor y favorecer sus placeres.

—¿No es cierto, ángel mío —dice Clairwil besándome el pecho—, que dos mujeres como nosotras deben entablar amistad excitándose mutuamente?

Y la bribona, levantándose el vestido mientras decía eso, introducía ya su lengua encendida en lo más profundo de mi

garganta... Los libertinos dedos alcanzan su meta.

—Está ahí —me dice—, el placer dormita sobre un lecho de rosas; ¿quiere mi tierno amor que lo despierte? ¡Oh Juliette!, ¿me permites que me abrace al fuego de los arrebatos que voy a encender en ti?

—Bribona, tu boca me responde, tu lengua llama a la mía, la invita a la voluptuosidad.

—¡Ah!, devuélveme lo que te he hecho, y muramos de placer.

—Desvistámonos —digo a mi amiga—, los libertinajes de la voluptuosidad no son buenos más que cuando se está desnudo; no descubro nada de ti, y quiero verlo todo; desembaracémonos de estos velos inoportunos; ¿acaso no son ya demasiados los de la naturaleza? ¡Ah!, cuando excite en ti arrebatos, querría ver palpar tu corazón.

—¡Qué idea! —me dice Clairwil—; me pinta tu carácter; Juliette, te adoro; hagamos todo lo que quieras.

Y mi amiga se desnudó como yo; en ese momento, nos examinamos primero durante varios minutos, en silencio. Clairwil se inflamaba a la vista de las bellezas que me había prodigado la naturaleza. Yo no me cansaba de admirar las suyas. Nunca se vio un talle más hermoso, nunca un seno mejor sostenido... ¡Esas nalgas!, ¡ah Dios!, era el culo de la Venus adorada por los griegos: nunca vi uno tan deliciosamente moldeado. Yo no dejaba de besar tantos encantos, y mi amiga, prestándose al principio con gusto, me devolvía después centuplicadas todas las caricias con que yo la colmaba.

—Déjame hacer —me dice al fin, después de haberme tumbado en la otomana, las piernas muy abiertas—, déjame probarte, amada, que sé dar placer a una mujer.

Entonces, dos de sus dedos trabajaron mi clítoris, y el agujero de mi culo, mientras que su lengua, sumergida en mi coño, sorbía ávidamente el flujo que excitaban sus titilaciones. Nunca en mi vida había sido excitada de esa manera; descargué tres veces seguidas en su boca con tales transportes que creí desvanecerme. Clairwil, ávida de mi flujo, cambió, para la cuarta carrera, todas sus maniobras con tanta ligereza como habilidad. Esta vez introdujo uno de sus dedos en mi coño, mientras que con el otro agitaba mi clítoris, y su lengua dulce y voluptuosa penetraba en el agujero de mi culo...

—¡Cuánto arte... qué gusto! —exclamé—. ¡Ah!, Clairwil, me vas a matar.

Y nuevos chorros de flujo fueron el fruto de los divinos procedimientos de esta voluptuosa criatura.

—¡Y bien! —me dice en cuanto me repongo—, ¿crees que sé excitar a una mujer? Las adoro: ¿cómo no iba a conocer el arte de darles placer? ¿Qué quieres, querida?, ¡soy una depravada! ¿Es culpa mía si la naturaleza me ha dado gustos contrarios a los de todo el mundo? No conozco nada tan injusto como la ley de mezclar los sexos

para conseguir una voluptuosidad pura; ¿y qué sexo sabe mejor que el nuestro el arte de agujonear los placeres, devolviéndonos lo que se hace, para deleitarse uno mismo haciéndonos lo que es propio de nuestro sexo? ¿No debe lograrlo él mejor que ese ser diferente de nosotras, que no puede ofrecernos más que voluptuosidades muy alejadas de las que exige nuestro tipo de existencia?

—¡Qué Clairwill!, ¿no te gustan los hombres?

—Me sirvo de ellos porque mi temperamento lo exige, pero los desprecio y los detesto; me gustaría poder inmolar a todos aquellos ante cuyas miradas he podido envilecerme.

—¡Qué orgullo!

—Es mi carácter, Juliette; a este orgullo uno la franqueza, es el único medio de que me conozcas en seguida.

—Lo que dices supone crueldad; si deseas lo que acabas de expresar, lo harías si pudieras.

—¿Quién te dice que no lo haya hecho? Mi alma es dura y estoy muy lejos de creer que la sensibilidad sea preferible a la feliz apatía de que gozo. ¡Oh Juliette! —prosiguió mientras nos vestíamos—, quizás te equivocas sobre esa peligrosa sensibilidad con la que se honran tantos imbéciles.

»La sensibilidad, querida, es el hogar de todos los vicios, como es el de todas las virtudes. Conduce a Cartucho a la horca, de la misma forma que inscribe en letras de oro el nombre de Tito en los anales de la bondad. Por ser demasiado sensibles nos entregamos a las virtudes; por serlo demasiado queremos las fechorías. El individuo privado de sensibilidad es una masa bruta, tan incapaz del bien como del mal y que sólo tiene de hombre el rostro. Esta sensibilidad, puramente física, depende de la conformidad de nuestros órganos, de la delicadeza de nuestros sentidos, y más que nada, de la naturaleza del fluido nervioso, en el que yo sitúo generalmente todos los afectos del hombre. La educación y, después de ella, la costumbre, adiestran en tal o cual sentido la parte de sensibilidad recibida de manos de la naturaleza; y el egoísmo... lo que cuida nuestra vida, viene a continuación a ayudar a la educación y a la costumbre para que se decidan por tal o cual elección. Pero la educación nos engaña casi siempre, en cuanto ha acabado, y la inflamación causada sobre el fluido eléctrico en relación a los objetos exteriores, operación a cuyo efecto llamamos *pasiones*, impulsa a la costumbre al bien o al mal. Si esta inflamación es mediocre, en razón de la densidad de los órganos que se opone a una acción ejercida por el objeto exterior sobre el fluido nervioso, o de la poca velocidad con la que el cerebro le reenvía el efecto de esta presión, o incluso de la poca disposición de ese fluido a ser puesto en movimiento, entonces los efectos de esta debilidad nos impulsan a la virtud. Si, al contrario, los objetos exteriores actúan

sobre nuestros órganos fuertemente, si los penetran con violencia, si provocan una acción rápida en las partículas del fluido nervioso que circulan en la concavidad de nuestros nervios, en este caso, los efectos de nuestra sensibilidad nos impulsan al vicio. Si la acción es todavía más fuerte, nos arrastra al crimen, y definitivamente a las atrocidades, si la violencia del efecto alcanza su último grado de energía. Pero, bajo todos los aspectos, observamos que la sensibilidad no es más que mecánica, que todo nace de ella, y que ella es la que nos conduce a todo. Si observamos en una persona joven el exceso de esta sensibilidad, hagamos rápidamente su horóscopo, y convenzámonos de que esta sensibilidad acabará por llevarla un día al crimen; porque no es, como podría creerse, el tipo de sensibilidad lo que conduce al crimen o a la virtud: es su último grado; y el individuo en el que su acción es lenta estará dispuesto al bien, como es seguro que aquel en el que esta acción hace estragos se inclinará necesariamente hacia el mal, al ser el mal más excitante, más atrayente que el bien. Así pues, hacia él deben dirigirse los efectos violentos, por el gran principio que acerca y junta siempre, en la moral y en lo físico, todos los efectos iguales.

»Por consiguiente, es cierto que el procedimiento necesario, en semejante caso, frente a una persona joven a la que se está formando, sería debilitar esta sensibilidad, puesto que dirigirla es imposible. Quizás perderéis algunas virtudes al debilitarla, pero os ahorraréis muchos vicios, y, en un gobierno que castiga severamente todos los vicios, y que no recompensa nunca las virtudes, vale infinitamente más aprender a no hacer mal, que escoger hacer el bien. No hay absolutamente ningún peligro en no hacer el bien, pero lo hay en hacer el mal, antes de la edad en que se siente la obligada necesidad de ocultar aquel mal al que nos arrastra invenciblemente la naturaleza. Digo más: que lo más inútil del mundo es hacer el bien, y lo más esencial del mundo es no hacer el mal, no por uno mismo, pues la mayor de todas las voluptuosidades nace a menudo del exceso del mal, no por la religión, porque nada es tan absurdo como creer en la idea de un Dios, sino únicamente en relación a las leyes, porque, descubierta su infracción, por muy deliciosa que esta pueda ser, nos arrastra siempre al infortunio cuando nos falta experiencia.

»Por consiguiente, no habría ningún peligro en poner al joven individuo, cuya educación suponemos aquí, en tal estado de ánimo que nunca hiciese en verdad una buena acción, pero que, como recompensa, nunca imaginase una mala... al menos antes de la edad en que su experiencia le advierta de la necesidad de la hipocresía. Ahora bien, el procedimiento que habría que utilizar en semejante caso sería embotar radicalmente su sensibilidad, tan pronto como nos diésemos cuenta de que su excesiva actividad podría arrastrarlo al

vicio. Porque, aun suponiendo que de la apatía a la que reduciríais su alma pudiesen nacer algunos peligros, esos peligros serán mucho menores que los que pudiesen nacer de su excesiva sensibilidad. Los crímenes cometidos, en el caso del endurecimiento de la parte sensitiva, lo serán siempre a sangre fría y por consiguiente el supuesto alumno tendrá tiempo de ocultarlos y de compaginar sus consecuencias, mientras que los cometidos en la efervescencia lo arrastran, sin que tenga tiempo de prevenirlo, a los últimos excesos del infortunio. Los primeros serán quizás más sombríos, pero también más secretos, porque la flema con la que serán cometidos dará el tiempo suficiente para prepararlos sin tener que temer sus consecuencias; los otros, al contrario, cometidos con la cara al descubierto y sin reflexión, llevarán a su autor al cadalso. Y lo que debe preocuparos no es que vuestro alumno, convertido en hombre, cometa o no crímenes, porque, en realidad, el crimen es un accidente de la naturaleza cuyo instrumento voluntario es el hombre, de la que es preciso que sea juguete a pesar de sí mismo, cuando sus órganos lo fuerzan; sino que debe preocuparos, digo, el que este alumno cometa el delito menos peligroso, teniendo en cuenta las leyes del país que habita, de tal forma que si lo más inocuo es castigado y lo más terrible no lo es, hay que dejarle hacer lo más terrible. Porque, una vez más, no es del crimen de lo que hay que protegerlo, sino de la espada que cae sobre el autor del crimen; el crimen no tiene el menor inconveniente, pero el castigo muchos. Da exactamente igual para la felicidad de un hombre que cometa crímenes o no; pero es esencial para esa misma felicidad que no pueda ser castigado por los que haya hecho, de cualquier tipo o atrocidad que puedan ser los crímenes. Por lo tanto, el primer deber de un instructor sería dar al alumno que tiene a su cargo las facultades necesarias para que pueda entregarse al menos peligroso de los males, puesto que desgraciadamente, es demasiado verdad que tiene que inclinarse hacia uno o hacia otro; y la experiencia os demostrará fácilmente que los vicios que puedan nacer del endurecimiento del alma serán mucho menos peligrosos que los producidos por el exceso de sensibilidad y esto por la gran razón de que la sangre fría puesta en unos ofrece los medios de protegerse del castigo, mientras que está demostrado que es imposible que pueda escapar de él aquel que, al no haber tenido tiempo de preparar nada, se entrega ciegamente a la efervescencia de sus sentidos. De esta forma, en el primer caso, quiero decir al dejar a una persona joven toda su sensibilidad, hará algunas buenas acciones que hemos demostrado como inútiles; en el segundo, no hará ninguna buena, lo que no tiene el menor inconveniente; y la educación que le habéis dado no le hará cometer más que el tipo de infracción que pueda ser cometida sin peligro. Pero vuestro alumno llegará a ser cruel... ¿Y

cuáles serán los efectos de esta crueldad? Con un poco de energía, consistirán en negarse constantemente a todos los efectos de una piedad que no admitirá la transformación que habréis dado a su alma. Hay muy poco peligro en esto: son algunas virtudes menos, pero la virtud es lo más inútil del mundo, puesto que es penosa para el que la ejerce y puesto que en nuestros climas no obtiene ninguna recompensa. Con un alma fuerte y vigorosa, esta crueldad puesta en práctica consistirá en algunos crímenes sordos, cuyas relaciones agudas inflamarán, mediante su frotamiento, las partículas eléctricas del fluido nervioso de sus nervios, y que quizás costarán la vida a algunos seres oscuros. ¿Qué importa?, al no haber alterado la efervescencia de su pasión las facultades de su juicio, habrá procedido en todo con tal misterio... con tal arte, que la antorcha de Thémis no podrá penetrar nunca en sus recovecos; por lo tanto, habrá sido feliz sin arriesgar nada: ¿no es esto todo lo que hace falta? No es el mal lo que es peligroso, sino su apariencia; y el más odioso de todos los crímenes, si está bien oculto, tiene infinitamente menos inconvenientes que la más mínima debilidad al descubierto. Ahora, dirigid los ojos al otro caso. Dotado del completo ejercicio de sus facultades sensitivas, el supuesto alumno ve un objeto que le conviene; los padres se lo niegan: acostumbrado a dar a su sensibilidad toda la amplitud posible, matará, envenenará todo lo que, rodeando a este objeto, pueda obstaculizar sus deseos y será ahorcado. Como puede verse, en los dos casos, siempre supongo lo peor: no ofrezco más que un ejemplo de los peligros de una y otra situación, y dejo a la inteligencia la combinación de los otros datos. Si, cuando estén hechos vuestros cálculos, aprobáis, como no puedo dejar de creerlo, la extinción de toda sensibilidad en un alumno, entonces la primera rama que hay que podar del árbol es necesariamente la piedad. En efecto ¿qué es la piedad? Un sentimiento puramente egoísta que nos lleva a lamentar en los otros el mal que tenemos para nosotros. Presentadme un ser en el mundo que, por su naturaleza, esté exento de todos los males de la humanidad, y este ser no solamente no tendrá ninguna especie de piedad, sino que ni siquiera la concebirá. Una prueba mayor aún de que la piedad no es más que una conmoción puramente pasiva, impresa en el fluido nervioso, en razón o en proporción de la desgracia acaecida a nuestro semejante, es que siempre seremos más sensibles a esta desgracia si sucede ante nuestros ojos, aunque sea un desconocido, que a la desgracia que puede haber sentido a cien leguas de nosotros el mejor de nuestros amigos. ¿Y por qué esta diferencia, si no estuviese demostrado que este sentimiento sólo es el resultado físico de la conmoción del accidente sobre nuestros nervios? Ahora bien, yo pregunto, si un sentimiento semejante puede tener en sí mismo algo de respetable y si puede ser visto de otra forma

que como debilidad. Además, es un sentimiento muy doloroso, puesto que sólo aparece en nosotros por una comparación que nos reduce a la desgracia. Por el contrario, su extinción produce un goce, ya que permite darse cuenta, a sangre fría, de un estado del que estamos exentos y entonces nos permite una comparación ventajosa... destructiva, si nos ablandamos hasta el punto de lamentar el infortunio, lo hacemos sólo por el cruel pensamiento de que, quizás mañana, puede ocurrirnos otro tanto. Afrontemos este desagradable temor, sepamos arrastrar sin miedo ese peligro por nosotros mismos, y ya no lo lamentaremos en los otros.

»Otra prueba de que este sentimiento no es más que debilidad y pusilanimidad, reside en que afecta mucho más a las mujeres y a los niños que a aquellos cuyos órganos han adquirido toda la fuerza y la energía convenientes. Por la misma razón, el pobre, más cerca del infortunio que el rico, tiene de modo natural el alma más abierta a los males que ofrece a sus miradas la mano de la suerte; como estos males están más cerca de él, los compadece más. Por consiguiente, todo esto prueba que la piedad, lejos de ser una virtud, no es más que una debilidad nacida del temor y de la desgracia, debilidad que debe ser eliminada antes de nada, cuando se trabaja en embotar la excesiva sensibilidad de los nervios, enteramente incompatible con las máximas de la filosofía.

»Estos son, Juliette, estos son los principios que me han llevado a esta tranquilidad, a este reposo de las pasiones, a este estoicismo que me permite ahora hacer y soportar todo sin emoción. Así pues, date prisa en iniciarte en estos misterios —prosiguió esta encantadora mujer, que todavía no sabía en qué punto estaba yo sobre todo esto—. Apresúrate a aniquilar esa estúpida conmiseración que te turbaría al menor espectáculo desgraciado que se ofreciese a tu vista. Una vez que hayas llegado a este punto, ángel mío, a través de continuas experiencias que te convencerán pronto de la extrema diferencia que media entre ti y ese objeto, de cuya triste suerte te lamentas, convéncete de que las lágrimas que derramases sobre este individuo no lo aliviarían y, sin embargo, te afligirían a ti; de que las ayudas que le prestases no podrían añadir realmente más que un placer insípido a tus sentidos, y que puede nacer otro muy vivo de la negación de tales ayudas. Persuádete de que sacar de la clase de la indigencia a los que han querido colocarse en ella es turbar el orden de la naturaleza; que, enteramente sabia y consecuente en todas sus operaciones, tiene sus designios sobre los hombres, designios que no nos corresponde conocer ni contrariar; que sus intenciones respecto a nosotros se demuestran por la desigualdad de las fuerzas, seguida necesariamente por la de las fortunas y las condiciones. Considera ejemplos antiguos, Juliette; tu mente está llena de ellos: recuerda tus lecturas. Acuérdate

del emperador Licinio, que, bajo las penas más rigurosas, prohibía toda compasión hacia los pobres y todo tipo de ayuda a la indigencia. Recuerda esa secta de filósofos griegos que sostenía que era un crimen querer turbar los matices establecidos por la naturaleza en las diferentes clases de hombres; y, cuando hayas llegado al mismo punto que yo, entonces deja de deplorar la pérdida de las virtudes producidas por la piedad; porque al no tener estas virtudes como base más que el egoísmo, no pueden ser respetables. Puesto que no existe ninguna seguridad de que hagamos bien sacando al desgraciado del infortunio en que lo ha colocado la naturaleza, es mucho más simple ahogar el sentimiento que nos hace sensibles a sus desgracias que dejarlo germinar, quizás con la aprehensión de ultrajar a la naturaleza si trastornamos sus intenciones con la compasión: entonces, lo mejor es ponernos en tal estado que sólo veamos ya esos males con indiferencia. ¡Ah!, querida amiga, si, como yo, tuvieses la fuerza de dar un paso más, si tuvieses el valor de encontrar placer en la contemplación de los males de otro, sólo por la satisfactoria idea de no experimentarlos uno mismo, idea que produce necesariamente una voluptuosidad segura, si pudieses llegar hasta ese punto, sin duda habrías ganado mucho para tu felicidad, puesto que habrías llegado a convertir en rosas una parte de las espinas de la vida. No dudes ni un momento de que los Denis, Nerón, Luis XI, Tiberio, Venceslas, Herodes, Andrónico, Heliogábalo, Retz, etcétera[30], han sido felices por estos principios, y que si ellos pudieron hacer todas las atrocidades que hicieron sin temblar, no fue con toda seguridad más que porque habían llegado a encender la voluptuosidad en la llama de sus crímenes. Eran monstruos, me objetan los estúpidos. Sí, según nuestras costumbres y nuestra forma de pensar; pero con respecto a las grandes intenciones de la naturaleza sobre nosotros, no eran más que los instrumentos de sus designios; para que cumpliesen sus leyes, ella los dotó con esos caracteres feroces y sanguinarios. De esta forma, aunque parecía que ellos hacían mucho mal según las leyes humanas, cuyo fin es conservar al hombre, no hacían ninguno según las de la naturaleza, cuyo fin es destruir por lo menos tanto como crea. Al contrario, hacían un bien real, puesto que cumplían sus intenciones; de donde resulta que el individuo que tenga un carácter semejante al de estos pretendidos tiranos, o el que llegase a demostrar el suyo, no solamente evita grandes males, sino que incluso podría encontrar, en el cumplimiento de esos sistemas, la fuente de una voluptuosidad muy grande, a la que podría entregarse con tanto menos temor cuanto que estaría totalmente seguro de ser tan útil a la naturaleza, bien con sus crueldades bien con sus desórdenes, como el más honrado de los hombres con sus cualidades bienhechoras y con sus virtudes. Alimenta todo esto con acciones y ejemplos; mira con frecuencia a los

infortunados; acostúmbrate a negarles ayuda, a fin de que tu alma se habitúe al espectáculo del dolor abandonado a sí mismo; atrévete a hacerte culpable, por tu cuenta, de algunas crueldades más atroces, y pronto verás que entre los males producidos que no te afectan y la conmoción de esos males que han hecho experimentar a tus nervios una vibración voluptuosa, aunque no fuese más que por la comparación del bien con el mal que tú has sacado de él, que ves toda en tu favor, aunque no fuese, digo, más que a causa de eso, no podrías dudar ni un momento. Entonces, tu sensibilidad se embotará imperceptiblemente; no habrás evitado grandes crímenes, sino que al contrario, los habrás hecho cometer y los habrás cometido tú misma, pero habrá sido, al menos, con flema, con esa apatía que permite a las pasiones velarse y que, al ponerte en estado de prever sus consecuencias, te preserva de todos los peligros.

—¡Oh Clairwill!, me parece que con esta manera de pensar, no te has arruinado con *buenas obras*.

—Soy rica —me respondió esta mujer extraordinaria— hasta el punto de no saber bien lo que tengo. ¡Y bien!, Juliette, te juro que preferiría tirar mi dinero al río antes que emplearlo en lo que los tontos llaman limosnas, plegarias o caridades: creo que todo esto es muy perjudicial para la humanidad, fatal para los pobres, cuyas energías absorben tales costumbres, y todavía más peligroso para el rico, que cree haber adquirido todas las virtudes cuando ha dado unos escudos a curas o a holgazanes, medio seguro de cubrir todos sus vicios animando los de los otros.

—Mujer adorable —digo a mi amiga—, si conoces mi puesto ante el ministro, debes imaginarte que mi moral, respecto a todos los temas de los que me acabas de hablar, no es mucho más pura que la tuya.

—Con toda seguridad —me dice—, sé todos los servicios que prestas a Saint-Fond. Siendo amiga suya, así como de Noirceuil, desde hace mucho tiempo, ¿cómo no iba a conocer los excesos a los que se entregan esos dos criminales? Tú los sirves, yo te alabo; los serviría yo misma en caso de necesidad; me basta que esos extravíos sean criminales para adorarlos. Pero también sé, Juliette, que al trabajar mucho por los otros, sólo haces muy poco por ti misma, y dos o tres robos no son hechos con la suficiente fuerza como para que no necesites todavía ejemplos y lecciones: así pues, déjame que te anime y te impulse a más grandes acciones, si realmente quieres ser digna de nosotros.

—¡Ah! —digo—, ¡cuánta estima y amistad te debo por tales cuidados! Sigue con ellos, y estoy segura de que en ninguna parte encontrarás una escolar más sumisa. No hay nada que yo no emprenda contigo, nada que no imagine, guiada por tus consejos; y voy a poner todas mis pretensiones para el futuro en la firme ambición de

sobrepasar un día a mi maestra. Pero, querida mía olvidamos nuestros placeres; yo los he recibido divinos de ti, y tú todavía no me has permitido devolvértelos: ardo en deseos de hacer pasar a tu alma una parte de esta llama divina con la que acabas de abrazarme.

—Juliette, eres deliciosa, pero soy demasiado vieja para ti: ¿has pensado que tengo treinta años? Hastiada de las cosas ordinarias, necesito refinamientos tan groseros, episodios tan fuertes... Necesito tantos preliminares para excitarme, tantas ideas monstruosas, tantas acciones obscenas para que descargue... Mis costumbres te aterrorizarán; mi delirio te escandalizará; mis exigencias te cansarán... —Después, mientras sus hermosos ojos se llenaban de fuego y sus labios se cubrían con la espuma de la lubricidad—: ¿Tienes mujeres aquí?, ¿son lascivas?... Bonitas, eso me da lo mismo; sólo me calentaré contigo pero al menos quiero que esas criaturas sean bien zorras, impúdicas, pacientes, enérgicas, que juren increíblemente, y que sólo desnudas lleguen hasta mí. ¿Cómo puedes hacerme ver semejantes mujeres?

—No tengo aquí más que cuatro —respondí—, para mis más apremiantes necesidades.

—Son muy pocas: rica como eres, cada día deberían estar a tus órdenes al menos veinte mujeres, y deberías renovarlas cada semana. ¡Ah!, ¡cómo necesitas que te enseñe a gastar el dinero con que te cubres! ¿Acaso eres avara? No estaría mal. Yo idolatro el oro hasta el punto de haberme excitado ante la inmensidad de luisos que amaso, y eso en la idea de que puedo hacerlo todo con las riquezas que están ante mi vista. Así pues, encuentro muy sencillo que se tenga el mismo gusto, pero sin embargo, yo no quiero negarme nada; los tontos son los únicos que no comprenden que se pueda ser avaro y pródigo a la vez, que se pueda tirar la casa por la ventana para los placeres de uno y negarse a todo para buenas obras... Vamos, haz que vengan tus cuatro mujeres, y sobre todo varas, si quieres verme descargar.

—¡Varas!, ¿es que acaso azotas, querida mía?

—¡Ah!, ¡hasta hacer brotar sangre, mi amor!... E igualmente recibo. No hay una pasión más deliciosa para mí; no hay ninguna que inflame con más seguridad todo mi ser. Nadie duda hoy de que la flagelación pasiva es de la mayor efectividad para devolver el vigor apagado por los excesos de la voluptuosidad. Por lo tanto, no hay que asombrarse de que toda la gente agotada por la lujuria busque ávidamente en la dolorosa operación de la flagelación el soberano remedio para el agotamiento, para la debilidad de sus riñones y para la pérdida total de sus fuerzas, o para un físico frío, vicioso y mal organizado. Esta operación da necesariamente a las partes relajadas una conmoción violenta, una irritación voluptuosa que se apodera de ellos y los hace lanzar el semen con infinitamente más fuerza: el

agudo sentimiento del dolor de las partes golpeadas nos hace más sutiles y precipita la sangre con más abundancia, atrae los sentidos dando a las partes de la generación un calor excesivo, por último proporciona al ser libidinoso que busca el placer el medio de consumir el acto de libertinaje, a pesar de la misma naturaleza, y de multiplicar sus goces impúdicos más allá de los límites de esta naturaleza madrastra. Respecto a la flagelación activa, ¿puede haber en el mundo una voluptuosidad mayor para seres endurecidos como nosotros?, ¿hay alguna que dé mejor la imagen de la ferocidad, que satisfaga más, en una palabra, esa inclinación a la crueldad que hemos recibido de la naturaleza?... ¡Oh Juliette!, someter a esta degradación a un objeto joven, interesante y dulce, y que tenga la mayor cantidad de afinidades posible con nosotros, hacerle experimentar duramente esta forma de suplicio, cuyos alcances tienen todos por emblema la voluptuosidad, divertirse con sus lágrimas, excitarse con sus penas, exaltarse con sus saltos, inflamarse con sus brincos, con esos *retorcimientos* [31] voluptuosos que arranca el dolor de la víctima, hacer correr su sangre y sus lágrimas, encarnizarse con ellas, gozar sobre su bonito rostro de las contorsiones del dolor y de los juegos musculares impresos por la desesperación, recoger de su lengua esos chorros púrpura que tan bien contrastan con el tinte de los lirios de una piel suave y blanca, aparentar que te calmas un momento para aterrorizar a continuación con nuevas amenazas, y no realizar las amenazas más que con otros refinamientos más ultrajantes y más atroces todavía, no ahorrar nada de cólera, y recorrer con la misma rabia las partes más delicadas, las mismas que la naturaleza parece haber creado para homenaje sólo de los tontos, como el pecho o el interior de la vagina, como el mismo rostro. ¡Oh, Juliette, qué delicias! ¿No es de alguna manera invadir los derechos del verdugo?, ¿no es desempeñar su papel?, ¿y esta sola idea no basta para determinar invenciblemente la eyaculación del esperma en seres que, haviéndose acostumbrado como nosotros de todas las cosas ordinarias y simples, necesitan esos sabios refinamientos para reencontrar lo que los excesos les ha hecho perder? Que no te sorprenda semejante gusto en una mujer. El mismo Brantôme, del que acabamos de tomar una expresión, nos habla con candor e ingenuidad de diferentes ejemplos que apoyan estas máximas[32]. Había —dice él—, una dama de mucho mundo, tan hermosa como rica, y viuda desde hacía varios años, a la que nadie igualaba en la corrupción de las costumbres. Rodeada de jóvenes muchachas de compañía, siempre extremadamente bellas, se complacía en hacerlas desnudar y en golpearlas con su mano, sobre las nalgas, lo más fuerte que podía. Les inventaba faltas con el fin de tener el derecho de castigarlas: entonces, las azotaba con varas y hacía consistir toda su voluptuosidad en verlas agitarse bajo sus golpes;

cuanto más se movían, más se lamentaban, más sangraban, más lloraban, más feliz era la puta. Algunas veces se contentaba con arremangarlas el vestido, en lugar de ponerlas desnudas, encontrando en el acto de levantar y sujetar sus faldas más placer aún que en la excesiva facilidad ofrecida por su completa desnudez.

»Un gran señor —dice un poco más lejos— experimenta también el mismo placer en fustigar extrañamente a su mujer o desnuda o remangada.

»Una madre —añade el mismo autor—, azotaba regularmente a su hija dos veces al día, no por alguna falta que hubiese cometido, sino por el placer de contemplarla en este dolor. Cuando la joven alcanzó la edad de catorce años, inflamó de tal manera la concupiscencia de su madre, que esta se pasaba cuatro horas al día fustigándola cruelmente.

»Pero —prosiguió Clairwil— si nos contentásemos con nuestros anales, ¡cuántos modelos más interesantes encontraríamos en ellos sobre este tema!, y tu amigo Saint-Fond, que no pasa un solo día sin azotar a su hija, ¿no podría coronar acaso nuestras modernas investigaciones?

—He sido la víctima de ese gusto —respondí—, y a pesar de eso, lo comprendo hasta el punto de adoptarlo quizás un día, siguiendo tu ejemplo. ¡Oh sí!, Clairwil, tendré todos tus gustos, quiero identificarme contigo ¡ya no puede haber felicidad en el mundo para Juliette hasta que no haya aprendido todos tus vicios!

Entraron las cuatro mujeres: estaban desnudas, como había deseado mi amiga, y le ofrecían con toda seguridad uno de los más hermosos conjuntos de lubricidad que sea posible ver. La mayor no tenía todavía dieciocho años, la más joven quince: era difícil ver cuerpos más hermosos y rostros más agradables.

—Están bien —dice Clairwil, examinándolas por encima.

Y como cada una traía un puñado de varas, Clairwil las cogió y puso a las cuatro cerca de ella.

—Acercaos —dice a continuación a la más joven (visitó a una tras otra por orden de edad)—, sí, acercaos, y prosternándoos a mis pies pedid humildemente perdón por las tonterías que hicisteis ayer.

—¡Oh!, señora, no hice ninguna.

Un enérgico bofetón fue la respuesta de Clairwil.

—Os digo que hicisteis tonterías, y os ordeno que me pidáis perdón de rodillas.

—Y bien, señora —dice la pequeña obedeciendo—, os lo pido de todo corazón.

—No os concederé ese perdón hasta que hayáis sido castigada; levantaos y venid a ofrecerme humildemente vuestras nalgas.

Entonces Clairwil, que había frotado ligeramente el bonito culo con la palma de su mano, le aplica una bofetada tan fuerte que sus cinco dedos quedaron señalados. Las lágrimas empezaron a correr sobre las hermosas mejillas de esta pobre niña, que al no haber sido prevenida y al no haber experimentado nunca nada semejante, se encontraba dolorosamente afectada por esta recepción. Clairwil la examina y le chupa los ojos en cuanto ve lágrimas en ellos; los suyos lanzaban llamas, su respiración se hacía cada vez más agitada, su bello seno, al moverse de excitación, parecía seguir las palpitaciones de su corazón. Metió su lengua en la boca de esta muchacha, la chupó durante mucho tiempo, después, animándose todavía más con esta segunda caricia, le aplicó una segunda bofetada sobre el culo, más fuerte que la primera.

—Sois una putilla —le dice—, ayer os sorprendí excitando vergas, y no soportaré que ultrajéis las buenas costumbres hasta ese punto... Me gustan las costumbres, deseo el pudor en una joven.

—Os respondo, señora...

—Vamos, ni una excusa, zorra —interrumpió Clairwil dando un enérgico puñetazo en los costados de la joven—; culpable o no, es necesario que os veje y me divierta. Pequeños seres tan despreciables como vos sólo son buenos para los placeres de una mujer como yo.

Y, diciendo esto, Clairwil pellizca sobre las partes más carnosas de su bonito cuerpecito, hasta el punto de hacerla gritar; y, en cuanto la desgraciada lanzaba un grito, nuestra libertina lo ahogaba al paso recogiénolo en su boca. Su cólera aumentó; entonces, las palabras más sucias y más crapulosas, los juramentos más infames, exhalaban de sus labios impuros; eran entrecortados como suspiros; inclinó a la víctima sobre el canapé, examinó lúbricamente su trasero, lo entreabrió, metió su lengua, después, volviendo a las nalgas, las mordió en cuatro sitios diferentes, lo que la joven no soportó sin saltos y brincos que divertían mucho a mi amiga y que excitaban en ella esas risas malvadas que salen más bien de la ferocidad que de la alegría.

—Vamos, jodida bribona, ¡vas a ser azotada! —le dice—; sí, ¡cago en Dios!, voy a zurrarte, deseando que cada uno de los golpes que recibas de mi mano deje sobre tu villano culo huellas imborrables.

Entonces, cogiendo un puñado de varas, hace levantarse a la joven, le enlaza el cuerpo con su brazo izquierdo, y metiéndole una rodilla en el vientre, le hace ofrecer el culo en la más hermosa posición; lo examina un momento en este estado; después, comenzando a zurrar con su mano derecha, sin preparativos, sin miramientos, aplica primero veinticinco golpes que mancillan ese culo fresco y de color de rosa de tal forma que ya no se veía ni una sola parte que no estuviese cubierta de cardenales. Entonces, llama a las otras tres mujeres una detrás de otra, hace que cada una de ella le

meta la lengua en la boca, ordenándolas, a medida que se hace besar, que le manoseen con fuerza las nalgas, que le exciten el agujero del culo y que llenen de elogios la operación que ella hace, sobre todo denunciándola algunas nuevas faltas de la delincuente. Yo pasé después de las tres muchachas y la besé de la misma manera, socratizándola, aprobando el suplicio que ella imponía a la víctima y alimentando su rabia lúbrica con una sarta de calumnias sobre esta infortunada. Cuando la besé, quiso que le llenase la boca de saliva, y se la tragó; volviendo a continuación a la obra, aplicó, en esta segunda sesión, el doble de golpes que había propinado en la otra; después, en seguida, una tercera sesión, que elevó a ciento cincuenta el número de golpes recibidos. El culo de la muchacha más joven estaba cubierto de sangre; ordena a las otras tres mujeres que lamen esa sangre y que se la entreguen en la boca; y en cuanto a mí, me besó, devolviéndome toda la sangre que ella había recibido.

—Juliette —me dice—, la fiebre del delirio se apodera de mis sentidos; te prevengo de que tus otras tres zorras van a ser azotadas con más fuerza.

Lame a la pequeña, y se hace pasar ligeramente la lengua por el coño y el culo.

—Vamos —dice a la segunda, designando a la que seguía en edad —, ¡vamos, avanza, puta!

Esta, aterrorizada por lo que acababa de hacer a su compañera, se echa hacia atrás en lugar de obedecer. Pero Clairwil, que no estaba de humor para concederle la gracia, la atrae con fuerza hacia ella con un brazo y la abofetea un montón de veces. La joven se echa a llorar.

—¡Bien! —dice Clairwil—, eso es lo que me gusta.

Y como esta encantadora criatura, de dieciséis años, tenía ya el pecho bastante hermosamente formado, se lo apretó hasta el punto de hacerla gritar; después, besándola en seguida, la mordió hasta dejarle marcas.

—Vamos —le dice, jurando—, veamos vuestro culo. —Y como le pareció delicioso, no pudo dejar de decir, antes de golpearlas—: *¡Ah!, ¡qué hermosas nalgas!*

La misma superioridad que las concedía la obligó a nuevos homenajes: se curva, besa el sublime trasero y acaricia el agujero, le da la vuelta, hace otro tanto con el clítoris y vuelve prontamente al culo. Pero no son bofetadas lo que aplica esta vez, son enérgicos puñetazos lo que distribuye y extiende desde las piernas hasta los hombros, de tal forma que en un momento vuelve negras las partes tan blancas de este hermoso cuerpo.

—¡Cago en Dios! —exclama—, ¡me excito!, esta zorrilla tiene uno de los culos más hermosos que yo haya visto en mi vida.

Coge las varas y se pone a fustigar extraordinariamente; pero, al

cabo de algunos golpes, utiliza con esta un episodio que no había empleado con la otra: con la mano izquierda, con la que le enlaza el cuerpo, separa las nalgas de la paciente, para que los golpes que le da con la mano derecha caigan sobre las partes más sensibles del agujero del culo y las carnes delicadas que lo rodean; así, toda esa parte está bien pronto ensangrentada. En este punto, quiso que los besos que se le daban en la boca y las caricias de su trasero tuviesen lugar durante toda la operación. Las otras tres muchachas y yo cumplimos esto; sin embargo, sólo conmigo observó el rito de tragar y hacerme tragar saliva. La tercera muchacha fue tratada como la primera, y la cuarta como la segunda; todas fueron desgarradas sin piedad, todas fueron cubiertas de sangre. Saliendo de esto como una bacante, y más hermosa que Venus, Clairwil hizo que las cuatro muchachas se colocasen en fila una junto a otra, a fin de comparar el conjunto de sus culos y verificar si todos estaban igualmente lacerados. Al encontrar uno mejor tratado, volvió a coger las vergas y le aplicó cincuenta nuevos golpes que pronto lo pusieron en un estado tan deplorable como el de sus vecinos.

—Juliette —me dice—, ¿quieres que te zurre a ti también?

—Claro —respondí—, ¿cómo puedes sospechar que no desee con tanto ardor como tú lo que parece aumentar la suma de tus voluptuosidades? Azota, aquí está mi culo, este es mi cuerpo, aquí está toda mi persona a tus órdenes.

—Pues bien —me dice—, súbete a los hombros de la más joven de esas muchachas, y, mientras yo te azoto, que las otras tres observen lo que voy a prescribir. Apoderaos de varas, que empiece la menos fuerte; a continuación, las otras dos; vos, de quien voy a recibir los primeros latigazos, escuchad con atención lo que tenéis que hacer: os arrodillaréis ante mi culo, lo elogiareis, lo besaréis, separareis mis nalgas, deslizaréis vuestra lengua muy dentro del agujero, pasando por debajo uno de vuestros dedos, que irá a parar al clítoris; os volveréis a levantar y, llenándome de insultos y amenazas, me aplicaréis todo seguido, y sin parar, doscientos golpes sobre el trasero, aumentando constantemente su fuerza; vosotras, las que debéis seguir, me habéis oído, imitaréis a vuestra compañera; empecemos.

Clairwil atormentaba, con pellizcos y arañazos, el culo de la pequeña, sobre cuyos hombros estaba yo, y al mismo tiempo me zurraba de la forma más enérgica. Por otra parte, ejecutaban a las mil maravillas lo que ella había aconsejado; y la puta, que quería hacer uso de todo, besaba alternativamente las bocas de aquellas que no la azotaban. A medida que mi culo recibía las impresiones de sus varas, la feroz criatura besaba y lamía las marcas con avidez: en cuanto recibió el número de golpes que ella misma había fijado, cambió de postura.

La muchacha de dieciocho años se puso de rodillas ante ellas; Clairwil le apoyó el coño sobre el rostro, frotando con todas sus fuerzas los labios de su vagina y su clítoris sobre la nariz, la boca y los ojos de la muchacha, a la que recomendó que la lamiese. Una muchacha apostada a la derecha, y otra a la izquierda, zurraban enérgicamente a mi amiga, que, con un puñado de varas en cada mano, se vengaba sobre los dos culos de los golpes que ella recibía; a caballo sobre la cabeza de la que le lamía el coño, le presentaba el mío para que lo chupase; en este momento la puta descargó, pero con gritos, blasfemias y convulsiones que caracterizaban uno de los delirios más lúbricos y más lujuriosos que yo había observado en mis días; el bonito rostro contra el que había luchado la bribona estaba inundado de flujo.

—¡Vamos, joder!, hagamos otra cosa —exclamó, sin darse tiempo a respirar—, nunca descanso cuando mi espermatozoos está corriendo; ¡trabajadme, putas!, ¡sacudidme, azotadme, excitadme de la forma más fuerte!

La muchacha de dieciocho años se tumba sobre la otomana, yo me siento sobre su rostro, Clairwil acampa sobre el mío; yo le devolvía cuanto a mí me chupaban elevada por encima de mí, la más joven de las muchachas hacía besar sus nalgas a Clairwil, a quien otra daba por el culo con un consolador; la más delgada de las cuatro, inclinada, excitaba con sus dedos el clítoris de Clairwil, casi encima de mi boca, y presentaba, al mismo tiempo, su coño a las mismas poluciones ejercidas por la mano de mi amiga. De esta manera, nuestra libertina lamía un culo con su lengua, era acariada, sodomizada, y excitada en el clítoris.

—Juliette —me dice al cabo de unos minutos—, ya te dije que sólo me excitaba con imaginación; una de las cosas que más calienta la mía es oír jurar mucho alrededor de mí: tus putas no dicen una palabra.

Esto era harto difícil; estas muchachas, elegidas de la clase de la mejor burguesía, y habiendo sido libertinas únicamente conmigo, conocían mal el lenguaje que podía convenir a Clairwil. Hicieron lo que pudieron; pero yo me vi obligada a suplirlas y a sostener, casi yo sola, las causticas injurias que se complacía en oír dirigir al Ser supremo; en la existencia del cual la zorra no creía más que yo. En consecuencia, la que le excitaba el clítoris me había sustituido en acariciarla; y yo la excitaba blasfemando contra los tres despreciables dioses del cristianismo como nunca lo habían sido en su vida. La bribona se movía mucho, pero no llegaba a nada, una vez más había que cambiar de posturas y de episodios. Nunca había visto grado tan hermoso ni tan animado como esta mujer cuando salió de esta escena: si se hubiese querido pintar a la diosa misma de la lubricidad, hubiese

sido imposible buscar otro modelo. Me salta al cuello, me lengüetea durante un cuarto de hora, me enseña su culo: parecía escarlata y contrastaba agradablemente con la resplandeciente blancura de su piel.

—¡Ah!, sagrado Dios en el que me jodo —me dice exaltada—, ¡cómo me excito! ¡Juliette!, ¡y qué no emprendería yo en el estado en que estoy! No hay ningún tipo de crimen, de cualquier naturaleza, de cualquier violencia que quieras suponer, que no ejecutase en este mismo instante. ¡Oh!, mi amor..., ¡oh!, mi puta..., ¡oh!, mi querida bribona..., ¡oh!, tú a la que amo infinitamente y en cuyos brazos quiero perder mi flujo, convén conmigo en que no hay nada que lleve a los horrores; como la tranquilidad, la impunidad, las riquezas y la salud de que gozamos: así pues, dame la idea de algún crimen... que yo lo ejecute ante tus ojos; hagamos algo infame, te lo suplico...

Y como me di cuenta de que la más joven de las muchachas la excitaba, y que ella le chupaba en exceso, alternativamente la boca, el culo y el coño, le pregunté en voz baja si quería maltratarla.

—No —me dice—, eso no me satisfaría; yo azoto, zurro voluntariamente un momento a las mujeres, pero por la disolución total de la materia, tú me entiendes... necesitaría un hombre, son los únicos que me excitan a la crueldad; me gusta vengar a mi sexo de los horrores que le han hecho sentir, cuando los criminales se encuentran más fuertes. No podrías creer con qué delicia asesinaría a un hombre en este momento. ¡Oh Dios!, ¡cuántos tormentos le haría soportar!; ¡por qué oscuros y tenebrosos caminos lo conduciría a la muerte!... Vamos, veo que al no haber llegado tu imaginación a este punto, no puedes ofrecermé nada de este tipo; en ese caso, acabemos la escena, con algunas suciedades libidinosas ya que no podemos con crímenes.

Las suciedades, ejecutadas con toda la precisión y todos los episodios deseados, la agotan por fin; se precipita a un baño de rosas; la asean, la perfuman, la visten con el más indecente vestido, y comemos.

Clairwil, tan caprichosa en los excesos de la mesa como en los del lecho, tan intemperante, tan extraña en unos como en otros, sólo se alimentaba de aves y de caza siempre deshuesadas, y siempre dispuestas bajo las formas más variadas y mejor disimuladas. No hacía ningún uso de los alimentos populares: era preciso que todo lo que se la sirviese fuese refinado; su bebida corriente era agua azucarada y helada en todas las estaciones, a la que echaba, por color, veinte gotas de esencia de limón y dos cucharadas de agua de azahar; nunca bebía vino, pero sí mucho licor y café; por otra parte, comía en exceso, no hubo un solo plato que no atacase, de los cincuenta que le fueron servidos. Prevenida de antemano de sus gustos, todo se dispuso según sus deseos, y es increíble lo que engulló. Esta mujer encantadora, cuya

costumbre era que los demás adoptasen sus gustos en la medida que podían, los preconizó de tal forma que me hizo seguir su régimen, pero no su abstinencia de vino; yo siempre he hecho un gran uso de él, y verdaderamente me gustará toda mi vida.

Mientras comíamos, confesé a Clairwil que estaba confundida con su libertinaje.

—No has visto nada —me dice—, sólo te he dado un ligero esbozo de mis excesos lujuriosos: quiero que hagamos juntas cosas mucho más extraordinarias; te haré entrar en una sociedad de la que soy miembro, y donde se realizan obscenidades de otra clase muy diferente; allí, cada esposo debe llevar a su mujer, cada hermano a su hermana, cada padre a su hija, cada soltero a una amiga, cada amante a su querida; y, reunidos en un gran salón, cada uno goza de lo que más le gusta, no teniendo más reglas que su deseo, más frenos que su imaginación; cuanto más se multiplican los extravíos, más dignos de elogios somos, y más premios fundados se distribuyen entre los que se han distinguido por las mayores infamias, o entre los que han inventado nuevas formas de saborear el placer.

—¡Oh!, mi querida amiga —exclamé, echándome en los brazos de Clairwil—, ¡hasta qué punto encienden mi cabeza esos detalles y cómo ardo en deseos de ser de los vuestros!

—Sí, pero ¿serás digna de ser admitida? Las pruebas exigidas por los que reciben son terribles.

—¿Acaso puedes dudar de mí? Y, de cualquier tipo que sean esas iniciaciones, ¿se podrá temer verme dudar, después de todo lo que he hecho en las reuniones de Saint-Fond y de Noirceuil?

—¡Pues bien!, serés recibida, te lo prometo. —Después, volviendo con entusiasmo—: ¡Oh Juliette!, como siempre es al disgusto, a la impaciencia, a la desesperación de no haber encontrado ni relaciones, ni semejanzas con el objeto al que la costumbre nos liga, a lo que se deben todas las desgracias del himeneo; haría falta, para remediarlo, para contrarrestar la terrible obligación que liga eternamente a dos objetos que no se convienen, haría falta, digo, que todos los hombres formasen entre ellos club parecidos. Allí, cientos de maridos, de padres, en unión con sus mujeres o de sus hijas, se procuran todo lo que les falta. Al dar a mi esposo a Climène, le cedo todos los atractivos que le faltan al suyo, y encuentro en el que ella me abandona, todos los encantos que no podía ofrecerme el mío. Los cambios se multiplican y, en una sola noche, como puedes ver, una mujer goza de cien hombres, un hombre de cien mujeres; allí, se desarrollan los caracteres, se estudian, se conocen; profesamos la más entera libertad de gustos; el hombre que desprecia a las mujeres no goza más que de sus semejantes; la mujer que sólo ama a su sexo se entrega igualmente a sus fantasías; no hay ninguna obligación, ningún pudor... El único

deseo de extender sus goces hace que se pongan en común todas sus riquezas. Desde ese momento, el interés general sostiene el pacto, y el interés individual se encuentra unido al interés general, lo que hace insolubles los lazos de la sociedad: hace quince años que dura la nuestra, y no he visto un sólo enredo, ni un sólo impulso de mal humor. Arreglos semejantes destruyen los celos, absorben para siempre el temor de los cuernos, (dos venenos crueles de la vida) y, por eso mismo, deben merecer la preferencia sobre esas sociedades monótonas donde dos esposos, languideciendo toda su vida uno enfrente del otro, están destinados o al aburrimiento perpetuo de no gustarse, o a la desesperación de no conseguir disolver sus lazos más que con la deshonor de ambos. ¡Que nuestros ejemplos puedan persuadir a todos los hombres a imitarnos! Estoy de acuerdo en que hay que combatir algunos prejuicios; pero cuando estas sociedades están basadas, como la nuestra, en la filosofía, el prejuicio desaparece pronto. Yo fui admitida en ella el primer año de mi matrimonio; apenas tenía dieciséis años. ¡Pues bien!, cuando comencé, te confieso que enrojecía ante la obligación de prestarme desnuda a las fantasías de todos esos hombres, a los caprichos de todas esas mujeres, de las que puedes creer que pronto me rodearon por mi edad y mi rostro... pero fue cuestión de tres días. El ejemplo me sedujo, y apenas si había visto a mis lascivas compañeras disputarse el honor de la elección y la invención de las lubricidades, apenas si las había visto revolcarse cínicamente en la indecencia y en la infamia, cuando ya las superaba a todas tanto en la teoría como en la práctica.

La descripción de esta deliciosa asociación me hizo tanto efecto, que no quise dejar a Clairwil sin que antes me hubiese jurado que me haría admitir en su club. El juramento fue sellado con el flujo que derramamos juntas una vez más, haciéndonos iluminar por tres altos lacayos, ante los cuales Clairwil pretendió que teníamos que excitarnos sin permitirles ni un solo deseo.

—Así es —me dice— como se acostumbra uno al cinismo, y así es como tú debes ser para que seas digna de nuestra sociedad.

Nos separamos encantadas la una de la otra, y prometiéndonos que nos volveríamos a ver lo más pronto posible.

Noirceuil se apresuró a pedirme noticias de mi relación con Madame de Clairwil; mis elogios le probaron mi gratitud. Quiso detalles; se los di; y, como Clairwil me censuró el que no tuviese en mi casa mayor número de mujeres, al día siguiente aumenté ese número en ocho, lo que me compuso un serrallo con las doce criaturas más bellas de París; me las cambiaban todos los meses.

Pregunté a Noirceuil si iba a la sociedad de mi amiga.

—Mientras los hombres tenían la preponderancia —me respondió—, yo era de una exactitud escrupulosa; he renunciado a ella desde

que todo está en manos de un sexo cuya autoridad no me gusta. Saint-Fond ha seguido mi ejemplo. No importa —añadió Noirceuil—, si esas orgías te divierten, puedes seguir las con Clairwil: hay que probar todo lo que es vicio; no conozco nada tan aburrido como la virtud. Allí serás perfectamente excitada, deliciosamente fornicada; se te alimentará con excelentes principios; así pues, te aconsejo que consigas que te admitan en seguida.

A continuación me preguntó si mi nueva amiga había entrado en detalles sobre sus aventuras.

—No —digo.

—Por muy filósofa que tú seas —respondió Noirceuil—, te habría escandalizado con toda seguridad. Es un verdadero modelo de lujuria, de crueldad, de libertinaje y de ateísmo; no hay ningún horror, ninguna execración con la que no se haya mancillado; su crédito y sus grandes riquezas la han salvado siempre del cadalso, pero lo ha merecido veinte veces; en una palabra, podrían contarse sus crímenes por sus acciones diarias, y el número de suplicios que ha merecido se evaluaría por el de los días de su existencia. Saint-Fond la quiere mucho; sin embargo sé que te prefiere a ti por más de una razón: por lo tanto, Juliette, sigue mereciendo la confianza de un hombre que tiene en sus manos la felicidad y la desgracia de tu vida.

Convencía Noirceuil de los esfuerzos que hacía constantemente para ello. Venía a recogerme para que fuese a comer a su casita, donde pasamos la noche con otras dos bonitas personas; allí hicimos todas las extravagancias que se le ocurrieron a este profeso en lubricidad.

Fue algún tiempo después de esto, cuando calentada por todo lo que veía, por todo lo que oía, se me hizo imposible resistirme a la gran necesidad que tenía de cometer un crimen por mi propia cuenta; por otra parte, era muy fácil ver si podía realmente fiarme de la impunidad que se me había prometido. Por lo tanto, me decidí a horrores dignos de las lecciones que yo recibía cada día. Queriendo probar a la vez mi valor y mi ferocidad, me visto de hombre y, con dos pistolas en mis bolsillos, me voy sola a esperar en una calle alejada al primer transeúnte que caiga en mis manos, con la única intención de robarlo y degollarlo para mi placer. Apoyada contra la pared, estaba en una especie de turbación causada por las grandes pasiones, cuyo choque sobre nuestros espíritus animales es necesariamente el principio de la primera voluptuosidad del crimen. Escuchaba... Cada ruido alimentaba mi esperanza. Al más mínimo movimiento imaginaba ver por fin a mi víctima, cuando se oyeron lamentaciones... Vuelo hacia el ruido; distingo quejas; me acerco: una pobre mujer, acostada delante de una puerta, lanzaba los gemidos que acababan de golpear mi oído.

—¿Quién sois? —digo, acercándome por completo a esta criatura.

—La más infortunada de las mujeres —me respondió llorando esta desgraciada, que no me pareció tener más de treinta años—; y si vos me traéis la muerte, me haréis un gran favor.

—Pero ¿de qué tipo son vuestros reveses?

—Sin duda terribles —respondió esta mujer, levantándose lo suficiente para dejarme ver, a la débil luz de los faroles, unos rasgos muy dulces e interesantes—, sí..., sí, son terribles, mis reveses. Hace ocho días que no tenemos trabajo; no hemos podido pagar el mínimo precio de la habitación que ocupábamos en esta casa, ni el mes de nodriza de nuestro hijo... Han llevado a esta miserable criatura al hospital y han metido en la cárcel a mi marido; sólo la huida me ha preservado de la rabia de los monstruos que nos trataban con tanto rigor; me veis tendida en el umbral de la puerta de una casa que me perteneció en otro tiempo: no siempre he sido desgraciada. Situada con más comodidad, ¡ay de mí!, aliviaba a los pobres: ¿me devolveréis lo que hice por ellos?

Con estas palabras, un fuego sutil se desliza por mis venas... ¡Oh, santo Dios!, me digo, ¡qué ocasión para un crimen detestable, y cómo excita mis sentidos!

—Levántate —digo a esta mujer—, ves que soy un hombre, quiero divertirme con tu cuerpo.

—¡Oh!, señor, ¿estoy en condiciones de excitar deseos en el seno de las lágrimas y el infortunio?

—Es lo que inflama los míos; por lo tanto, date prisa en obedecerme.

Y, agarrándola por un brazo, la obligo a prestarse a las manipulaciones que quiero hacer con ella. No hay duda de lo que encontré bajo sus faldones: unas carnes muy firmes, muy blancas y muy rellenas...

—Excítame —le digo, llevándole la mano sobre mi coño—, soy una mujer, pero una mujer que está loca por su sexo y quiere masturbarse contigo.

—¡Oh cielos!, dejadme..., dejadme. Todos vuestros horrores me hacen temblar: soy buena, aunque en el infortunio, no me humilléis hasta ese punto.

Quiere escapar, la agarro del pelo y le disparo con mi pistola en la sien:

—Ve, bribona —le digo—... ve a decir a los infiernos que este es el primer golpe de Juliette.

Cae ahogada en su sangre... y lo confieso, amigos míos, sí, debo informaros de los efectos que experimenté: la inflamación del fluido nervioso fue tal con esta acción, que me sentí inundada de flujo mientras la cometía. ¡Y estos son los resultados del crimen! —me digo

—. ¡Cuánta razón tenían en pintármelo delicioso! ¡Dios!, ¡cuál es su dominio sobre una cabeza como la mía y hasta qué punto sirve al placer!

Algunas ventanas que se abrieron al ruido de mi arma me hacen pensar en mi seguridad; por todas partes oigo gritar: «¡A los guardias!...». Apenas era medianoche; soy detenida, encuentran mis pistolas, no hay duda, me preguntan quién soy.

—Os lo diré en la casa del ministro —respondí descaradamente—. Que me llevan al hotel de Saint-Fond.

El sargento, asombrado de mi aire, no se atreve a oponerse a este ruego; me atan..., me agarrotan..., y gozo una vez más; son deliciosos los hierros del crimen que gusta, uno se excita al llevarlos. Saint-Fond no estaba acostado; le informan, soy introducida; Saint-Fond me reconoce.

—Basta —dice al sargento—, hubieseis sido colgado si no hubieseis traído a esta dama a mi casa; volved a vuestras funciones, señor, habéis cumplido con vuestro deber. Lo que acaba de suceder es un misterio en el que no debéis entrar.

A solas con mi amante, le informé de todo; le hice excitarse; me preguntó si había podido juzgar las contorsiones de esta mujer en el suelo.

—No tuve tiempo —respondí.

—¡Ah!, eso es lo que tienen de desagradable esas acciones: que no se goza de la víctima.

—Sí, monseñor, pero un crimen *de calle*...

—Sí, lo sé, el escándalo... la calle... el camino principal... las leyes castigan todo eso más severamente; y eso compensa... y después el estado de esa mujer, su miseria... Tenías que haberla llevado a tu casa, nos habríamos divertido con todo eso... ¿Qué nombre ha dicho el sargento que se ha encontrado sobre el cadáver?

—Simon, monseñor, lo recuerdo.

—¿Simon?... Hace cuatro o cinco días que pasó por mis manos ese asunto... Lo recuerdo, soy yo quien ha hecho encerrar a ese Simon y llevar al niño al hospital... ¡Cómo!, pero esa mujer es muy buena y muy bonita. La reservaba para tus ayudantes: la infortunada no te ha engañado, esas gentes han estado en muy buena posición, una bancarrota los ha arruinado. ¡Ah!, Juliette, no has hecho más que rematar mi crimen y la aventura es deliciosa.

Ya os he dicho que Saint-Fond se excitaba; mi disfraz masculino perfeccionaba su delirio. Me llevó al cuarto donde me había visto la primera vez que me había presentado en su casa. Un ayuda de cámara apareció, y Saint-Fond, desabotonando mis pantalones con una especie de goce, hizo primero que su ayuda me sobase mis nalgas; él le excitaba el miembro cerca del agujero, después, introduciéndose

pronto en ese agujero al que parecía querer hacer los honores, el disoluto me sodomizó, obligándome a chupar el miembro de su hombre, hasta que estuviese tieso para introducirlo en su culo. Una vez acabada la operación, Saint-Fond me dice que había descargado mejor desde que sabía que el culo que acababa de joder había merecido la horca.

—El que me fornicaba y al que te he hecho chupar está en la misma situación —me dice el ministro—, es un decidido criminal: ya lo he salvado seis veces de la rueda. ¿Has visto cómo me ha jodido, y el hermoso miembro de que está provisto? Toma, Juliette, esta es la suma que te prometí por los crímenes que cometieses tú sola. Un coche te espera, vuélvete a casa. Mañana, saldrás para esa tierra más allá de Sceaux que te compré el mes pasado; lleva poca gente a la casa de campo, cuatro de tus mujeres ordinarias... las más bonitas... tu cocina... tu servicio y las tres vírgenes de la próxima cena. Estarás esperando mis órdenes, es todo lo que hoy puedo explicarte.

Salí, muy contenta del éxito de mi crimen... muy cosquilleada por el placer de haberlo cometido; y habiéndolo preparado todo para el día siguiente, fui a dormir donde me había ordenado el ministro.

Apenas estuve instalada en el campo, aislada de todas partes y solitaria como Theabides, cuando uno de los míos vino a advertirme de la llegada de un extraño con buena pinta, que pedía hablarme, anunciándose de parte del ministro. Me guardé muy bien de no hacerlo pasar al momento; abro sus despachos.

«Que vuestros criados se apoderen en seguida del hombre que os entregará esto —me decía la carta—; que sea encerrado en los calabozos que hice construir en vuestra casa; me respondéis de esa persona con vuestra vida; lo seguirán su mujer y su hija. Las trataréis del mismo modo. Tratad de ejecutar mis órdenes con la puntualidad más escrupulosa; sobre todo, poned en esto toda la falsedad, toda la crueldad de que sé que sois capaz. Adiós».

—Señor —digo en seguida al portador de la carta, sin dejar leer en mi cara la más ligera alteración—, ¿sois sin duda amigo de monseñor?

—Hace mucho tiempo, señora, que colma a mi familia y a mí de bondades.

—Lo veo por su carta, señor... Permitid que vaya a dar a mis gentes las órdenes necesarias para recibiros como él parece desearlo.

Y salí después de haberlo invitado a que descansase.

La gente que me servía, esclavos más que criados, se proveyeron en seguida de cuerdas y entran conmigo en la habitación.

—Llevad al señor —les digo— al cuarto que le destina monseñor.

Y los mozos, lanzándose al momento sobre este infortunado, lo

arrastran ante mis ojos al más abominable calabozo.

—¡Oh!, señora, ¡qué traición!, ¡qué horror! —exclama esta desgraciada víctima de la falsedad de Saint-Fond y de la mía.

Pero firme, impasible a sus gemidos, llevo la obediencia ciega del ministro hasta el punto de encerrarlo yo misma, sin querer responder una sola palabra a todas las preguntas con que me llena.

Apenas estaba de vuelta en mi salón, cuando entró un coche en el patio. Eran la mujer y la hija de ese desgraciado, que me traen de buena fe, como él, cartas que contenían absolutamente las mismas órdenes. Saint-Fond, me digo al ver a estas dos mujeres, admirando la belleza de la madre con apenas treinta años, las gracias y la gentileza de la hija que alcanza a lo más dieciséis años, ¡ah!, Saint-Fond, ¿acaso no entra tu maldita y criminal lubricidad en esta ejecución ministerial? Y en este caso, como en todas las acciones de tu vida, ¿no tendrías como guía tus vicios más bien que los intereses de tu patria?

Difícilmente puedo deciros los gritos y las lágrimas de estas dos desgraciadas cuando se vieron arrastradas con ignominia a los calabozos que les estaban destinados igualmente; pero, tan insensible a las lágrimas de la madre y de la hija como lo había sido a las del padre, se tomaron con ellas las precauciones más severas, y no me sentí tranquila hasta que tuve en mis bolsillos todas las llaves de estos importantes prisioneros.

Reflexionaba sobre la suerte de esos individuos, no imaginando que se pudiese tratar de otra cosa más que de una detención, ya que las ejecuciones a muerte me competían a mí y no había sido advertida de nada, cuando me anuncian la llegada de un cuarto personaje. ¡Dios!, ¡cuál no sería mi sorpresa al reconocer en este al mismo hombre por el que recordáis que Saint-Fond me había hecho aplicar tres golpes de bastón sobre los hombros, la primera vez que me había presentado en su casa!; como traía una carta, la leí en seguida:

»Recibid a ese hombre a las mil maravillas; tenéis que acordaros de él, habéis llevado sus marcas durante cierto tiempo, y fueron sus manos las que os sostuvieron a mis fuegos la primera vez que me divertí con vos en mi casa. Será el actor principal de la sangrienta escena que debe representarse mañana. En una palabra, es el verdugo de Nantes, hecho venir por mis órdenes para la ejecución de las tres personas que ahora están bajo vuestras llaves. Obligado a llevar pasado mañana esas tres cabezas a la reina, so pena de perder mi puesto, comprenderéis que me habría encargado yo solo de la ejecución, si Su Majestad no hubiese expresado el deseo más ardiente de recibirlas de la mano misma de un verdugo. A causa de esto no hemos querido el de París; este ignora el motivo que lo lleva a vuestra casa. Ahora podéis informarle, pero no le hagáis ver las víctimas: esta cláusula es esencial. Llegaré mañana por la mañana sin falta. Tratad a

vuestros prisioneros, sobre todo a las mujeres, con el más absoluto rigor; que no tengan pan... ni agua, y nada de luz.

—Señor —digo a este personaje—, el ministro tiene razón al decir en su carta que nos conocemos... Me tratasteis un día de una manera...

—¡Oh!, señora, perdonad, las órdenes...

—No os guardo rencor —interrumpí, tendiéndole una mano que besa con ardor...—, pero es hora de cenar; vamos a la mesa, hablaremos después.

Delcour era un hombre de veintiocho años, con un rostro muy bonito, y cuyo aspecto y oficio pronto calentaron mi cabeza. Las atenciones que le demostré eran obra de mi corazón; después de la cena, le hice las más bellas coqueterías. Delcour me convenció en seguida del éxito de mis avances. Su estrecho pantalón se hinchaba asombrosamente, no pude soportarlo...

—¡Santo Dios! —le digo—, amor mío, veamos lo que posees ahí. Ese soberbio miembro calienta mi cabeza, tu profesión acaba por inflamarla; quiero que me forniques.

Después, una vez sacado al aire ese soberbio instrumento, el primer uso que hago de él, según mi costumbre con todos los hombres, es chuparlo hasta los cojones; pero apenas si puedo contenerlo en mi boca. En cuanto está en ella, Delcour se apodera de mi coño, lo acaricia, y, en dos segundos, nos salimos ambos. Este hermoso joven, viéndome tragar su semen, se lanza ardientemente sobre mí.

—¡Ah, santo Dios! —dice—, la excesiva prontitud me ha perdido; pero voy a reparar mi falta.

Al bribón no se le había bajado; me tira sobre una poltrona, imprime sus labios en los míos, todavía mojados en su esperma, y me encoña con una fuerza muy rara cuando la perla está todavía en la punta: nunca había sido tan bien fornicada. Delcour me trabajó durante tres cuartos de hora; se retiró, por prudencia, cuando se sintió a punto de descargar; y yo, haciendo correr por segunda vez en mi boca el semen espeso que sólo se debía a mi coño, tragué pronto esta segunda dosis con el mismo placer que la primera.

—Delcour —digo en cuanto volví un poco en mí—, puedo razonar mi extravagancia, pues sin duda estáis sorprendido de la rapidez con que os he recibido. Una conducta tan ligera, avances tan rápidos harán que me toméis por una gran puta; sin embargo, por mucho que desprecie lo que los estúpidos llaman reputación, no quiero dejaros ignorar que más que a mi coquetería, más que a mi físico, es a mi cabeza a quien debéis esta buena fortuna. Sois un criminal... un verdugo... muy guapo además, que excita a las mil maravillas... ¡Y bien!, os lo digo... sí, vuestra profesión, eso es lo que me ha lanzado a vuestros brazos; despreciadme, detestadme, me río de eso: me habéis

fornicado, es todo lo que yo deseaba.

—Ángel celeste —me respondió Delcour—, no, no os despreciaré; mucho menos os odiaré; no estáis hecha vos ni para uno ni para otro de estos sentimientos. Os adoraré, porque merecéis serlo, y sólo lamentaré no deber vuestro delirio más que a lo que me vale el desprecio de los otros.

—Qué importa —digo—, todo eso depende de la opinión: veis cómo es varia, ya que os prefiero precisamente a causa de lo que os separa del resto de los hombres. Sin embargo, no toméis esto por una cuestión de libertinaje: el afecto que tengo por el ministro, la forma en que vivo con él, no me permiten ninguna intriga, y ciertamente no la tramaré nunca. Sacaremos de la velada y de la noche todo el partido posible, y nos quedaremos en eso.

—¡Ah!, señora —me dice entonces este joven con el mayor respeto—, sólo os pido vuestra protección y vuestras bondades.

—Siempre tendréis lo uno y las otras; pero es preciso que os prestéis hasta el final a todo el desorden de mi imaginación; y os prevengo de que con vos, únicamente a causa del prejuicio vencido, irá quizás un poco lejos.

Y como Delcour, después de un momento, se había puesto a manosear mi pecho con una mano, excitándome el clítoris con la otra, y de vez en cuando metiendo su lengua en mi boca, lo exhorté a ser bueno y a responder con la verdad a las preguntas que iba a hacerle.

—En primer lugar, dime por qué razón Saint-Fond, cuando yo os vi por primera vez, tuvo la extraña fantasía de hacerme golpear por vos sobre los hombros.

—Asunto de libertinaje, señora, excitación de la cabeza: conocéis al ministro.

—Así pues, ¿os utiliza en esas escenas de lujuria?

—Siempre que estoy en París.

—¿Os ha fornicado?

—Sí, señora.

—Y vos ¿se lo habéis devuelto?

—Claro.

—¿Lo habéis golpeado, azotado?

—A menudo.

—¡Ah joder!, ¡cómo me excita eso!... Menéalo... menéalo... ¿Y os ha hecho pegar o azotar a otras mujeres?

—Varias veces.

—¿Habéis llevado las cosas más lejos?

—Permitidme, señora, que respete los secretos del ministro; conociéndole tan bien como vos, es fácil adivinar todo.

—¿Le habéis oído alguna vez proyectos contra mí?

—¡Oh!, ¡nunca, señora!, en él solo he visto por vos la confianza y el cariño; os aseguro que os quiere mucho.

—Yo le correspondo... lo adoro, espero que esté convencido. Hablemos de otras cosas, ya que queréis que respete vuestros secretos. Decidme, os lo ruego, cómo es posible atentar contra la vida de un individuo que nunca os ha hecho nada; cómo la piedad no habla desde el fondo de vuestra alma en favor del desgraciado que la ley os encarga asesinar a sangre fría.

—Estad totalmente segura, señora —me respondió Delcour—, de que ninguno de nosotros llega a ese grado de ferocidad reflexionada, sin principios quizás desconocidos para el resto de los hombres.

—¿Principios?, y bien, eso es lo que quiero saber: ¿cuáles son?

—Tienen su fuente en la más completa inhumanidad; se nos acostumbra desde la infancia a tomar la vida de los hombres por nada

y la ley por todo; de aquí resulta que degollamos a nuestros semejantes con la misma facilidad que un carnicero mata a un ternero, y sin hacer más reflexiones.

—Pero lo que justificáis para la ejecución de la ley, ¿lo justificaríais igualmente para la satisfacción de vuestras inclinaciones?

—Por supuesto, señora, desde el momento en que el prejuicio ya no existe en nosotros y que no vemos ningún mal en el asesinato.

—¿Cómo se puede no suponerlo en la destrucción de sus semejantes?

—Yo os preguntaría a mi vez, señora, cómo es posible sospecharlo en esta acción. Si una de las primeras leyes de la naturaleza no fuese la destrucción de todos los seres, seguramente yo creería que se ultraja a esta naturaleza ininteligible realizando esta destrucción; pero desde el momento en que no existe un solo procedimiento de la naturaleza que no nos pruebe que la destrucción le es necesaria y que ella sólo puede crear a fuerza de destruir, con toda seguridad todo ser que se entregue a la destrucción no hará más que imitar a la naturaleza. Digo más: aquel que se niegue a ello la ofenderá gravemente; y si, como no es posible dudarlo, sólo le proporcionamos medios de crear destruyendo, seguramente cuanto más destruyamos más serviremos a sus intenciones. Si el asesinato es la base de las leyes regeneradoras de la naturaleza, el hombre que mejor sirva a la naturaleza será el homicida, y, desde ese momento, cuanto más multiplique sus asesinatos, mejor cumplirá las leyes de una naturaleza cuyas únicas necesidades son los asesinatos[33].

—Esos son sistemas muy peligrosos.

—Son ciertos, señora... si alguna vez os los exponen mejor que yo, veréis que siempre se partirá de la misma base.

—Amigo mío —digo a Delcour—, me habéis dicho ya suficiente para hacerme reflexionar mucho; una sola idea lanzada en una cabeza como la mía produce en ella el efecto de la chispa sobre el salitre; tengo grandes disposiciones para pensar como vos. Tenemos aquí a tres víctimas; estáis en este castillo únicamente para sacrificarlas: os aseguro que tendré un gran placer en veros actuar sobre ellas. Pero acabad, por favor, querido mío, de echar sobre todo esto la mayor cantidad de luz que os sea posible derramar. ¿No es verdad que sólo con la ayuda del libertinaje llegáis a vencer la naturaleza, o más bien, el prejuicio?

—¿Qué queréis decir, señora?

—Os pregunto si no es cierto, como yo he oído decir, que sólo llenándoos la cabeza de libertinaje llegáis a aturdiros sobre los asesinatos que vuestro oficio os obliga a cometer: en una palabra, si no es verdad que os excitáis siempre en las ejecuciones.

—Es cierto, señora, que el libertinaje lleva al asesinato; es una

constante que un individuo hastiado debe reencontrar sus fuerzas en esta manera de cometer lo que los estúpidos llaman un crimen: y esto porque, al doblar sobre sus nervios la suma de las conmociones producidas en un individuo cualquiera, debemos necesariamente encontrar las fuerzas que nos han hecho perder los excesos. El asesinato es realmente uno de los más deliciosos vehículos del libertinaje; pero no es verdad que haya que llenarse la cabeza de libertinaje para cometer el asesinato. La prueba de esto nos la da la extrema sangre fría con la que todos nuestros compañeros proceden a él... por el tipo de pasión, muy diferente de la del libertinaje, que actúa sobre aquellos que se entregan a esta misma acción, bien por ambición bien por venganza o avaricia, sobre aquellos que se entregan a él por el simple impulso de la crueldad, sin que ninguna otra pasión los impulse a ello, lo que debe establecer, como veis, varias clases de asesinatos, entre los cuales tiene la suya el libertinaje, sin que eso nos impida concluir que ninguna de estas clases de asesinatos ultraja a la naturaleza y que, de cualquier tipo que sean, entran en sus leyes más que la violan.

—Todo lo que decís es exacto, Delcour, pero no por eso dejo de sostener que sería deseable que, por el mismo interés de los asesinatos, el que los comete no encendiese su furor más que en la llama de la lubricidad, porque esta pasión no deja nunca remordimientos y sus recuerdos son goces; en lugar de que, una vez extinguida la energía de los otros, se esté devorado por los remordimientos, sobre todo cuando los principios no están establecidos; y sería muy fácil no entregarse nunca a esta acción sin haberse excitado mediante el libertinaje. Me parece que se podría matar con la intención que se quiera, pero siempre excitándose, y esto para consolidar mejor la acción, para impedirse ser acuciado por el gran remordimiento que nunca alcanza al libertinaje... y que siempre es vengado por él.

—En ese caso —dice Delcour—, ¿creéis que todas las pasiones pueden acrecentarse o alimentarse con la de la lujuria?

—Ella es a las pasiones lo que el fluido nervioso es a la vida: las sostiene a todas, les presta fuerza a todas, y la prueba de eso es que un hombre *sin cojones* nunca tendría pasiones.

—Así, imagináis que se puede ser ambicioso, cruel, avaro, vengativo, con los mismos motivos que los de la lujuria.

—Sí, estoy convencida de que todas estas pasiones hacen excitar, y que una cabeza desierta y bien organizada puede calentarse con todas como lo haría con la lujuria. No os estoy diciendo nada que no haya experimentado; me he excitado y he descargado completamente con ideas de ambición, de crueldad, de avaricia y de venganza. No hay un sólo proyecto de crimen, cualquiera que sea la pasión que lo

inspirase, que no haya hecho circular por mis venas el fuego sutil de la lubricidad: la mentira, la impiedad, la calumnia, la bribonería, la dureza de alma, la misma gula, han producido en mí esos efectos; y, en una palabra, no hay ninguna manera de ser viciosa que no haya encendido mi lujuria; y su llama, si lo preferís, que ha producido en mí el incendio de todos los vicios, echando sobre todos ese fuego divino que sólo le pertenece a ella; les ha comunicado a todos esa sensación voluptuosa que la gente mal organizada parece no esperar más que de su mano. Esta es mi opinión, con toda seguridad.

—Y es también la mía, señora —respondió Delcour—, no podría ocultárosla durante más tiempo.

—Cuánto os agradezco que seáis franco conmigo: vamos, querido, creo que ahora os conozco lo suficiente para estar segura de que necesitáis llenaros la cabeza de libertinaje cuando cometéis los asesinatos que se os ordenan, lo que hace que los ejecutéis con mucha más voluptuosidad que vuestros compañeros que sólo proceden a ellos maquinalmente.

—¡Pues bien!, señora, lo habéis adivinado.

—Criminal... —digo sonriendo y volviendo a coger el miembro de este joven encantador al que yo excitaba para darle un poco más de energía—. ¡Oh insigne libertino!, es decir, que hoy te excitas para gozar de mi existencia, y mañana descargarías quitándomela... —Y viendo el embarazo del joven le digo—: Amigo mío, está absolutamente en tus principios y debo perdonarte todo lo que resulte de ellos: divirtámonos con las consecuencias y no discutamos sobre ellas. —Y mi cabeza increíblemente encendida—: Vamos, es preciso que me hagáis ahora cosas muy extraordinarias.

—¿Qué, por ejemplo?

—Es preciso que me peguéis, que me ultrajéis, que me azotéis: ¿no hacéis estas cosas todos los días con muchachas?, ¿no son estas mismas voluptuosidades, con las que os mancháis, las que os electrizan hasta el punto de volveros capaz del resto?

—A menudo.

—Pues bien, tendréis trabajo mañana; preparaos hoy: este es mi cuerpo, os lo entrego.

Y Delcour, siguiendo mis órdenes, habiéndome aplicado previamente una docena de bofetadas, y otras tantas patadas en el culo, se apoderó de un puñado de varas con las que me zurró las nalgas durante un cuarto de hora, mientras que una de mis mujeres me acariciaba.

—Delcour —digo—, ¡oh divino destructor de la especie humana! ¡Tú, al que adoro y del que voy a gozar, zurra a tu puta más fuerte, imprímele las marcas de tu mano, mira cómo ardo en deseos de llevarlas. Descargo con la idea de verter mi sangre bajo tus dedos, no

la ahorres, amor mío!...

Corrió... ¡Oh amigos míos!, ¡cuán transportada me sentía! Ninguna expresión podría explicar el extravío producido en mí por esta acción: se necesita mi cabeza para concebirla, las vuestras para comprenderla. No es posible imaginarse la cantidad de flujo que perdí en la boca de mi excitador. Estaba en un desorden... en una turbación... en una agitación, en la que no me había visto en mi vida...

—¡Oh Delcour! —proseguí—, te queda un último homenaje por rendirme, cuida tus fuerzas para proceder a él. Este culo, al que acabas de desgarrar, te llama; te invita a que lo consueles. Ya sabes que Venus tiene más de un templo en Citeres: ven a entreabrir el más secreto, ven a sodomizarme, Delcour, ven... que no haya un solo goce que no hayamos probado... ni un horror que no hayamos cometido.

—¡Ah!, santo Dios —dice Delcour transportado—... no me atrevía a proponérselo, señora, pero ved cómo vuestros deseos inflaman los míos.

Y, en efecto, mi fornicador me mostraba un miembro más firme y más alargado de lo que había visto todavía...

—Amado libertino —le digo—, ¿entonces te gusta el culo?

—¡Ah!, señora, ¿hay en el mundo goce más delicioso?

—Sé perfectamente, querido —respondí—, que cuando se acostumbra a enfrentarse a alguna de las leyes de la naturaleza, no se goza ya verdaderamente más que transgrediéndolas todas, una tras otra...

Y Delcour, en posesión del altar que yo le abandonaba por completo, lo cubrió, aunque sangraba, con las más deliciosas caricias. El cosquilleo de su lengua en el agujero me inflamó. La zorra a la que me había entregado me hacía otro tanto en el clítoris. No resistí más: yo estaba agotada, pero de ningún modo tranquilizada y ya no me apetecía Delcour: tanto como lo había deseado, me causaba horror. Este es el efecto de los deseos irregulares: cuanto más han exaltado nuestras cabezas, más vacías las dejan. Los estúpidos sacan de aquí las pruebas de la existencia de Dios: yo no encuentro en ello más que las pruebas más seguras del materialismo: cuanto más rebajéis nuestra existencia, menos obra la creeré de un Dios.

Delcour pasó a su apartamento, y yo me quedé con mi ramera para dormir. Saint-Fond llegó al día siguiente hacia mediodía; envió a su gente y su coche, y vino en seguida a besarme al salón; un poco inquieta por la forma en que tomaría la pequeña locura que me había permitido con Delcour, se lo confesé todo.

—Juliette —me dice—, os reñiría si no os hubiese prevenido de que tendría la mayor indulgencia para los extravíos de vuestra cabeza. Lo que os habéis permitido no es nada; la única falta que habéis cometido es confiaros a Delcour, que podría cometer una indiscreción.

Delcour, a quien es bueno que conozcáis, me sirvió de amante, cuando tenía catorce y quince años. Era hijo del verdugo de Nantes; esta idea me inflamó; recogí su virginidad, y cuando estuve cansado de él, lo puse en manos del verdugo de París, de quien fue ayudante hasta la muerte de su padre; hoy ejerce su puesto; es un muchacho al que no le falta inteligencia, pero es excesivamente libertino; y, como acabo de deciros, no es de gran confianza. Ahora es preciso que os informe de la existencia de los prisioneros a los que vamos a dar muerte.

»Monsieur de Cloris es uno de los hombres de Francia que más ha contribuido a mi carrera. El año que fui elevado al ministerio aunque todavía era muy joven, él se acostaba con la duquesa de G., cuyo poder en la corte era inmenso, y realmente fue por las cábalas y las intrigas de ambos por lo que el rey me dio el puesto que ocupó. Desde ese momento, Cloris se convirtió para mí en un objeto horroroso; temía encontrarme con él, lo detestaba; mientras que su protectora vivió, lo traté con miramientos; ella acaba de morir... quizás por mis cuidados; a partir de entonces, Cloris está a la cabeza de mi lista de proscripción; se había casado con mi prima hermana.

—¡Oh!, monseñor, ¡qué!, ¿esta mujer es vuestra prima?

—Claro, Juliette, y ese ha sido un motivo más que ha contribuido no poco a su perdición. Yo deseé a esta mujer; siempre se me resistió; poco a poco, mis deseos recayeron sobre su hija; y al ser la resistencia todavía más firme en esta, mi rabia y mi gran deseo de perder a toda la familia se hicieron más violentos. No hay ningún tipo de engaños y de perfidias, de mentiras y calumnias que no haya utilizado para perderlos; acabé por hacer al padre y a la hija tan sospechosos ante la reina, convencéndola de que Cloris había vendido su hija al rey, que he llegado a ser vivamente solicitado para perderlos a todos. La reina quiere sus cabezas mañana; tres millones por cada una de esas cabezas es mi recompensa: juzga la alegría con que voy a obedecer, y con qué episodios tan deliciosos voy a envolver mi venganza.

—¡Oh monseñor!, esta complicación de crímenes es terrible, y no puedo deciros hasta qué punto excita mi cabeza.

—La mía lo está igualmente, ángel mío, y llego hoy con execrables intenciones. Hace ocho días que no descargo; nadie posee como yo el arte de aguzar las propias pasiones con una hábil abstinencia; no por eso gozo menos: quizás he sido azotado con doscientos golpes, y durante este régimen he visto a cien o ciento cincuenta individuos de todo sexo, pero sin perder ni una gota de esperma. De este pequeño fraude a la naturaleza resulta que me encuentro en un estado muy funesto para los seres sobre los que debe recaer la tormenta, y aquí es donde quiero que estalle... ¿Habéis dado las órdenes para que estemos solos y para que, quienquiera que sea, excepto los que sean necesarios para la escena, nadie entre en la casa?

—Sí, monseñor.

—Es que haré que se pierda al momento a quien intente penetrar en ella a pesar mío: en Sceaux hay un destacamento de guardias para prestarme mano dura en caso de necesidad, y nunca el crimen habrá estado tan bien sostenido. Saborea como yo el placer de cometerlo, rodeado de tan deliciosas circunstancias y de una seguridad tan profunda.

—¡Ah!, veis el estado en que me pone todo lo que me decís.

—Realmente, creo que estás descargando.

Y el disoluto, para convencerse de una crisis que yo realmente experimentaba, me arremanga con una mano hasta el ombligo, introduciendo un dedo de la otra en mi coño, que retira inundado con las pruebas seguras de la lujuriosa agitación en la que estoy.

—¡Cómo me gusta ver en ti semejantes efectos —me dice el ministro— y cómo me prueban hasta qué punto compartes mi forma de pensar! Espera, tengo que sorber el flujo que hago correr.

Y pegando su boca a mi coño, el villano lo chupa durante un cuarto de hora; me da la vuelta:

—¡Ah! —dice—, aquí está lo que prefiero besar sobre todo... ¡El hermoso agujero!... bribona, veo que te han sodomizado.

Durante todo este tiempo no dejaba de besar mi culo; se quita los pantalones, me expone el suyo... lo acaricio.

—¡Ah!, zorra, ¡cuánto placer me das! —me dice—, realmente, creo que te gusta mi culo... Toma, mira mi miembro, comienza a tensarse, chúpalo; aconséjame algunas extravagancias, quiero mezclarlas en lo que hagamos: le corresponde a los cascabeles de la Locura dar las horas de Venus.

—Hace calor —le digo—, me gustaría que te vistieses como un salvaje, que los brazos, las piernas, las nalgas y el miembro estuviesen al descubierto; te pondrías en la cabeza un tocado de serpiente, tu rostro embadurnado de rojo, te pondríamos bigotes, un amplio tahalí sostendría todas las armas necesarias para los suplicios que quieres dar a tus víctimas; este traje aterrorizaría a todo el mundo, y es terror lo que debe inspirarse cuando uno quiere revolcarse en el crimen.

—Tienes razón, Juliette, sí, tienes razón, me arreglarás de esa manera.

—Está seguro de que este aparato impone: dime si esos saltimbanquis de jueces no se parecen a héroes de comedia o a charlatanes cuando están en sus tribunales.

—Me gustaría mil veces más terroríficos y sanguinarios: puedes estar segura, Juliette, de que sólo derramando la sangre de los hombres se llega a dominarlos.

Se sirvió la cena, nos sentamos a la mesa, a solas, y la conversación siguió en el mismo tono.

—Sí, ciertamente —retomó el ministro—, sería preciso que las leyes fuesen más severas; sólo están bien gobernados los países donde reina la Inquisición. Estos son los únicos que están realmente sometidos a sus soberanos; hay que estrechar las cadenas de la política a las sacerdotales: la fuerza del cetro depende de la del incensario; cada una de estas autoridades tiene el mayor interés en prestarse fuerzas mutuamente, y sólo dividiéndolas podrán los pueblos sacudirse el yugo. Nada somete más al pueblo que los temores religiosos; es bueno que estos les hagan temer eternos suplicios si se rebelan contra el rey; y de ahí que las potencias de Europa vivan siempre en buen acuerdo con Roma. Nosotros, los grandes de la tierra, despreciamos y hacemos frente a esas ridículas fábulas del despreciable Vaticano, pero hagamos que las teman nuestros esclavos; una vez más, es el único medio de mantenerlos bajo el yugo. Alimentado con los principios de Maquiavelo, me gustaría que la distancia entre los reyes y los pueblos fuese como la del astro de los cielos con la hormiga; que sólo se necesitase un gesto del soberano para hacer correr la sangre alrededor de su trono, y que, considerado como un Dios en la tierra, nunca fuese más que de rodillas como se atreviesen sus súbditos a acercarse a él. ¿Cuál es el ser suficientemente imbécil para comparar el físico... sí, sólo el físico, de un monarca con el de un hombre del pueblo? Quiero creer que la naturaleza les ha dado las mismas necesidades; y el león también tiene las mismas necesidades que el gusano: ¿se parecen por eso? ¡Oh Juliette!, recuerda que si los reyes empiezan a perder su crédito en Europa, es porque su humanidad les ha perdido: si hubiesen permanecido en el misterio, como los soberanos de Asia, su solo nombre haría temblar todavía la tierra. Nos familiarizamos con la que vemos todos los días, y Tiberio de Cabrea debió de aterrorizar mucho más a los romanos que Tito en medio de Roma, yendo a consolar a los pobres.

—Pero ese despotismo que tanto os gusta —digo a Saint-Fond— porque sois poderoso, ¿creéis que gusta al más débil?

—Gusta a todo el mundo, Juliette —me respondió Saint-Fond—, todos los hombres tienden al despotismo; es el primer deseo que nos inspira la naturaleza, muy alejada de esa ridícula ley que se le achaca cuya letra es no hacer a los otros lo que no quieras que te hagan a ti... por miedo a las represalias, tendríamos que añadir, porque es totalmente seguro que sólo el temor a la reciprocidad ha podido dar a la naturaleza un lenguaje tan alejado de sus leyes. Por consiguiente, afirmo que la primera y más viva inclinación del hombre es, sin ninguna duda, encadenar a sus semejantes y tiranizarlos con todo su poder. El niño que muerde la teta de su nodriza... que rompe constantemente su sonajero, nos hace ver que la destrucción, el mal y la opresión son las primeras inclinaciones que la naturaleza ha

grabado en nuestros corazones, y a las cuales nos entregamos con mayor o menor violencia, en razón del grado de sensibilidad de que estamos dotados. Por lo tanto, es muy cierto que todos los placeres que pueden halagar al hombre, todas las delicias que puede saborear, todo lo que mejor deleita sus pasiones, se encuentran en esencia en el despotismo con que puede gravar a los otros. La voluptuosa Asia, al encerrar cuidadosamente a los objetos de sus goces, ¿no demuestra acaso que la lujuria gana con la opresión y la tiranía y que las pasiones se inflaman mucho más con todo lo que se obtiene por la fuerza que con lo que se concede de buen grado? Desde que está demostrado que la suma de la felicidad del que actúa se mide en razón de la violencia de la acción cometida, y esto porque cuanto más fuerte es esta dosis más excita el sistema nervioso, desde el momento, digo, en que esto está demostrado, la mayor dosis de felicidad posible consistirá, entonces, en el mayor efecto del despotismo y de la tiranía: de donde resultará que el hombre más duro, más feroz, más traidor y más malvado, será necesariamente el más feliz; porque, como a menudo te ha dicho Noirceuil, no es ni en el vicio ni en la virtud donde está la felicidad: está en la manera en que estamos dispuestos para sentir uno u otro, y en la elección que hagamos de acuerdo con esta organización. No es en la comida ofrecida donde está mi apetito, esta necesidad sólo está en mí, y esa comida afecta de forma muy diferente a dos personas: excita la voluptuosidad en el que tiene hambre... repugnancia en el que acaba de calmarla. Sin embargo, como es cierto que debe haber diferencia en las vibraciones recibidas, y que el vicio debe provocarlas mucho más vivas, en el individuo dispuesto para él, de las que puede ofrecer la virtud, al ser cuyos órganos están contruidos para recibirla; y que, aunque el alma de Vespasiano fuese buena y la de Nerón malvada y, sin embargo, ambas fuesen sensibles, había una gran diferencia en el temple de estas almas, con relación al germen de sensibilidad que las constituía (porque la de Nerón estaba dotada, sin duda, de una facultad sensible muy superior a la de Vespasiano), es cierto, digo, según esto, que Nerón debió de ser con seguridad más feliz que Vespasiano; y esto por la indiscutible razón de que lo que afecte más vivamente será siempre lo que haga más feliz al hombre, y de que un ser vigoroso, contruido sólo por eso para recibir mejor impresiones de vicio que impresiones de virtud, encontrará la felicidad mucho mejor que un individuo dulce y tranquilo, cuya débil complexión sólo le posibilita la estúpida y monótona práctica de las buenas costumbres. Entonces, ¿qué mérito tiene al practicar la virtud, si no prefería el vicio? Del mismo modo, Vespasiano y Nerón han sido tan felices como podían serlo, pero Nerón ha debido de serlo mucho más, porque sus goces han sido mucho más vivos, y Vespasiano, concediendo favores a un hombre

indigente por la mera razón —decía él— de que *era preciso que los pobres viviesen*, era excitado de una forma infinitamente menos viva que Nerón viendo arder Roma, con una lira en la mano, en lo alto de la torre Antonia. Pero, se dirá, uno merecía altares y el otro hogueras. Sea, si así lo deseáis; lo que yo juzgo no es el efecto de su alma sobre los otros, sino las sensaciones interiores que uno y otro debieron de recibir, en razón de las diferentes inclinaciones de que uno y otro estaban dotados, de las diferentes vibraciones con que eran agitados; y, en este sentido, el hombre más feliz de la tierra, sin duda alguna, será aquel que, por cualquier acción, haya hecho pasar a su alma las sacudidas más violentas que pueda recibir; y como las sacudidas del vicio son más fuertes, más enérgicas que las de la virtud, inevitablemente el hombre más feliz de la tierra será aquel que esté más entregado a las infamias, a los más crapulosos excesos, a las más criminales costumbres, y que las renueve con mayor frecuencia... aquel que, cada día, las duplique, las triplique en fuerza.

—Así pues —respondí yo a este discurso—, ¿el mayor servicio que se le puede prestar a una persona joven sería apagar en ella todas las semillas de virtud que la naturaleza o la educación hayan hecho nacer en ella?

—Con toda seguridad —me respondió Saint-Fond—, porque incluso suponiendo que el individuo en que apagarais esas semillas de virtud os asegurase que encuentra la felicidad en ella, al ser totalmente seguro que le haríais encontrar una mucho mayor en el vicio, nunca deberíais dudar en apagar la una para despertar la otra: es un servicio real que os agradecerá tarde o temprano: y esto es por lo que, muy diferente de mi predecesor, yo autorizo todas las obras libertinas o inmorales... las creo muy esenciales para la felicidad del hombre, útiles para el progreso de la filosofía, indispensables para la extinción de los prejuicios y hechas, bajo todos los aspectos, para aumentar la suma de los conocimientos humanos. Apoyaré a los autores suficientemente valientes para no temer decir la verdad; son hombres escasos, esenciales para el Estado y cuyos trabajos nunca estimularé bastante.

—Pero —digo—, ¿cómo se compagina eso con la severidad que deseáis del gobierno?, ¿con esa inquisición que implantaríais?

—De la mejor forma del mundo —respondió Saint-Fond—; quiero esa severidad para sujetar al pueblo; sólo para él desea mi imaginación en París los autos de fe de Lisboa; la clase rica, noble o espiritual nunca será alcanzada por mis dardos.

—Pero esos escritos, leídos por todos, ¿serán funestos para aquellos que parecéis querer eliminar?

Jamás —dice Saint-Fond—. Si el débil encuentra en ellos el deseo de romper sus cadenas (deseo que necesito para remacharlas), el

fuerte encuentra lecciones mucho más enérgicas para hacer pesar sobre el pueblo esas mismas cadenas. En una palabra, el esclavo tardará años en comprender lo que el jefe sólo tardará un minuto en ejecutar.

—Se os acusa —objeté una vez más— de una condescendencia igual para la depravación de las costumbres: se dice que nunca estuvieron más corrompidas que desde que estáis vos en el ministerio.

—Les falta mucho —me respondió Saint-Fond— para que lo estén hasta el punto en que yo querría verlas, y estoy trabajando en un reglamento de policía que, espero, las pondrá en el grado de depravación en que las deseo. Aprende, Juliette, que es una política de todos aquellos que conducen un gobierno mantener entre los ciudadanos el mayor grado de corrupción; mientras el individuo se gangrene y se debilite con las delicias del libertinaje, no sentirá el peso de sus cadenas, y se podrá someterlo sin que se dé cuenta. Por lo tanto, la verdadera política de un Estado es centuplicar todos los medios posibles para la corrupción del individuo. Muchos espectáculos, un gran lujo, una inmensidad de cabarets, burdeles, una amnistía general para todos los crímenes de libertinaje: estos son los medios que os someterán a los hombres. ¡Oh vosotros que queréis reinar sobre ellos!, temed la virtud en vuestros imperios, vuestros pueblos se iluminarán cuando ella reine, y vuestros tronos, que sólo se apoyan en el vicio, pronto serán derrocados: el despertar del hombre libre será cruel para los déspotas, y, cuando los vicios no entretengan ya su ocio, querrá dominar como vosotros.

—¿Y cuáles son —digo— las reglamentaciones que vos proponéis?

—En primer lugar quiero trabajar la opinión pública con las modas: conoces la influencia que ellas tienen sobre los franceses.

»1.º Establezco trajes de hombre y de mujer que dejen casi totalmente al descubierto todas las partes de la lubricidad, y sobre todo las nalgas.

»2.º Habrá espectáculos a imitación de los juegos florales de Roma donde jóvenes de ambos sexos danzarán desnudos.

»3.º Los principios de la simple naturaleza sustituirán a los de la moral y la religión en las escuelas públicas. Todo niño de quince años, de uno y otro sexo, que no pueda encontrar un amante será mancillado, deshonorado ante la opinión pública, y declarado incapaz de casarse nunca si es una muchacha, de ocupar ningún puesto si es un muchacho; a falta de un amante, la joven persona de uno u otro sexo será obligada al menos a presentar un certificado que pruebe que se ha prostituido y que ya no posee sus primicias.

»4.º La religión cristiana será severamente desterrada del gobierno; en él nunca se celebrará otra fiesta que la del libertinaje. Y

las cadenas religiosas subsistirán a pesar de eso: las necesito para contener al pueblo, acabo de demostrártelo. ¿Qué importa el objeto de los cultos, con tal de que haya sacerdotes? Pondré el puñal de la superstición tanto en las manos de los de Venus como en las de los adoradores de María.

»5.º El pueblo será mantenido en una esclavitud, en una servidumbre que lo ponga fuera de estado de alcanzar nunca la dominación, la invasión o la degradación de las propiedades del rico. Ligado a la gleba como antiguamente, experimentará como ella todos los diferentes cambios. Las penas recaerán sólo sobre él y se impondrán por las faltas más pequeñas. Su propietario tendrá sobre él y su familia el derecho de vida y muerte, y nunca serán escuchadas sus quejas o sus recriminaciones. Nunca habrá escuelas gratuitas para él: no necesita ciencia para labrar la tierra; la venda de la ignorancia está hecha para los ojos del agricultor; no se la arrancará nunca sin peligro. El primer individuo, de cualquier clase que pueda ser, que intente exaltar al pueblo aconsejándole que rompa sus cadenas será echado a los tigres para ser devorado vivo.

»6.º Se abrirá en todas las ciudades del gobierno un número de casas públicas de ambos sexos proporcionado a la población de cada ciudad, con la gradación de una de estas casas de uno y otro sexo por mil habitantes; cada una de ellas contendrá trescientos sujetos, que entrarán allí a los doce años para no salir hasta los veinticinco. Estos establecimientos serán subvencionados por el gobierno; sólo los individuos de clase libre tendrán el derecho de entrar en ellos y hacer allí absolutamente lo que mejor les parezca.

»7.º Todos los que se llaman crímenes de libertinaje, tales como el asesinato de excesos, el incesto, la violación, la sodomía, el adulterio, no serán castigados nunca más que en las castas esclavas.

»8.º Se concederán premios a las más famosas cortesanas de las casas de libertinaje, de la misma forma que a los jóvenes de esos mismos establecimientos que se hagan una reputación en el arte de proporcionar placer. Igualmente, se concederán recompensas a todo inventor de nuevas lubricidades, a todo autor de libros cínicos, a todo libertino reconocido como profeso de esta orden.

»9.º La clase de los hombres en esclavitud existirá como antiguamente la de los Ilotas en Lacedemonia. Al no haber ningún tipo de diferencia entre el hombre esclavo y el animal, ¿por qué habría de castigarse el asesinato de uno más que el del otro?

—Monseñor —digo—, creo que esto merece alguna mínima explicación. Desearía que me probaseis que no existe realmente ninguna diferencia entre el hombre esclavo y la bestia.

—Echa una mirada sobre las obras de la naturaleza —me respondió este filósofo—, y considera por ti misma la gran diferencia

que ha puesto su mano en la formación de los hombres nacidos en la primera clase, y en los nacidos en la segunda; sé imparcial y decide... ¿Acaso tienen la misma voz, la misma piel, los mismos gustos, me atrevo a decir, las mismas necesidades? Inútilmente se me dirá que el lujo o la educación han establecido esas diferencias, y que uno y otro de estos individuos, tomados en estado de naturaleza, se parecen absolutamente en la infancia. Niego el hecho, y es por haberlo observado yo mismo, por haberlo hecho observar por hábiles anatomistas, por lo que afirmo que no hay ninguna similitud en las diferentes conformaciones de uno y otro de estos niños. Abandonad a ambos y veréis que el de la primera casta manifestará gustos e intenciones muy diferentes de los que demostrará el niño de la segunda: reconoceréis sentimientos, disposiciones muy diferentes en el uno y en el otro.

»Ahora, que se haga el mismo estudio sobre el animal que más se parece al hombre, como el mono de los bosques, que se compare, digo, a este animal con el individuo tomado de la casta esclava: ¡cuánta proximidad entre ambos! El hombre del pueblo no es más que la especie que constituye el primer escalón después del mono de los bosques; y la distancia de este mono a él es absolutamente la misma que la de él a la primera casta. ¿Y por qué la naturaleza, que observa todas estas gradaciones con tanto rigor en todas sus obras; las habría de descuidar en este? ¿Acaso tienen los animales la misma talla y la misma fuerza? ¿Se parecen todas las plantas? ¿Os atreveríais a comparar el arbusto con el majestuoso álamo, el perro gozque con el orgulloso danés, el caballito de las montañas de Córcega con el fogoso semental de Andalucía? Vemos aquí diferencias esenciales en las mismas clases: ¿y por qué no habrían de existir igualmente en las del hombre? ¿Os atreveríais a acercar Voltaire a Fréron, y el macho granadero prusiano al débil Hotentote? Por consiguiente, Juliette, no dudéis de estas desigualdades; y desde el momento en que existen, no dudemos en aprovecharnos de ellas, y en convencernos de que, si la naturaleza ha querido hacernos nacer en la primera de esas clases de hombres, es para que gocemos a nuestro gusto del placer de encadenar a la otra y de hacerla servir despóticamente a todas nuestras pasiones y necesidades.

—Abrázame, mi querido amigo —digo echándome en los brazos de un hombre cuyos principios me trastornaban—: Eres un dios para mí y quiero pasar mi vida a tus pies.

—A propósito me rice Saint-Fond, levantándose de la mesa, y echándonos ambos en un canapé del salón olvidaba decirte que el rey me quiere más que nunca; acabo de recibir nuevas pruebas de ello. Se le ha puesto en la cabeza que yo debía mucho, y en consecuencia acaba de darme dos millones para que solucione mis negocios. Es justo

que tú participes de este favor, Juliette: te concedo la mitad del don. Sigue amando mis misterios y sirviéndome bien: y yo te elevaré tan alto que no tendrás ningún trabajo en convencerte de tu superioridad sobre los otros seres; no podrías creer las delicias que siento en elevarte al pináculo, con la única cláusula de una profunda humillación, de una obediencia sin límites hacia mí. Quiero que seas a la vez mi esclava y el ídolo de los otros; nada me hace excitarme tanto como esa idea... Juliette, ¡y bien!, hoy haremos horrores... ¿no es verdad ángel mío?... ¿atrocidades?

Y me besaba en la boca, excitándome mientras tanto...

—¡Oh, mi amor, cuán deliciosos son los crímenes cuando los vela la impunidad, cuando los apoya el delito y cuando el deber mismo los prescribe! ¡Cuán divino es nadar en oro y poder decir, contando las riquezas: estos son los medios para todas las fechorías, para todos los placeres; con esto, todas mis ilusiones pueden realizarse, todas mis fantasías satisfacerse, ninguna mujer se me resistirá, ningún deseo quedará sin efecto, las mismas leyes se modificarán por mi oro y seré déspota a mi gusto!

Besé mil y mil veces a Saint-Fond y, aprovechando el entusiasmo, la embriaguez en la que él estaba, y sobre todo sus buenas disposiciones hacia mí, le hice firmar una carta de arresto para el padre de Elvire, que quería quitármela, y otras dos o tres gracias que debían valerme quinientos o seiscientos mil francos cada una. Y al habérsele subido al cerebro los sopores de la excelente cena que yo acababa de ofrecerle, lo embotaron y le procuraron un sueño profundo del que me aproveché en seguida para disponerlo todo.

Saint-Fond se despertó hacia las cinco. Todo se encontraba dispuesto en el salón y el orden en que estaban dispuestos los personajes era este: desnudas y adornadas simplemente con guirnaldas de rosas se veían, en la parte derecha de la mesa, las tres vírgenes destinadas a las orgías; las había agrupado como las gracias; las tres eran muchachas de buena posición, educadas en un convento de Melun, y de una sorprendente belleza.

La primera se llamaba Louise; tenía dieciséis años, rubia, uno de los rostros más interesantes que se puedan ver.

Hélène era el nombre de la segunda; quince años, talle flexible y ligero, alta para su edad, los cabellos castaños, los ojos y la boca como el mismo Amor; hubiese pasado por la más bonita de las tres, si Fulvie, igualmente de la misma edad, pero mucho más bella, no se hubiese llevado la palma.

Para contrarrestar este grupo, había colocado el de la desgraciada familia, igualmente desnudos y cubiertos con una gasa negra; el padre y la madre estaban en brazos uno del otro; a sus pies estaba la encantadora Julie; las cadenas pesaban sobre sus carnes descubiertas y

las herían; el pezón del pecho izquierdo de Julie pasaba a través de un eslabón y estaba desgarrado por él; otro trozo de estos dolorosos hierros se veía entre las piernas de Madame de Cloris y dañaba los labios de la vagina. Delcour, al que yo había hecho adoptar el traje terrible de un demonio armado con la espada con que debía golpear a las víctimas, sujetaba la punta de esta cadena, y desgarraba, tirando de ella de vez en cuando, todas las partes sobre las que se la veía apoyarse.

Mis cuatro mujeres, en la postura de la Venus de las bellas nalgas, el trasero vuelto hacia Saint-Fond, vestidas con una simple gasa marrón y blanca que dejaba sus culos muy al descubierto, se ofrecían a mi amante:

La primera, una mujer de veintidós años, hermosa como Minerva, y cuyas formas eran todas admirables; la llamaban Délie:

Montalme era el nombre de la segunda; veinte años, la frescura de Flora y las carnes más hermosas que se pueden ver.

Palmire tenía diecinueve años; rubia, un rostro romántico, de esas mujeres a las que siempre se desearía hacer llorar.

Blaisine tenía diecisiete años; el aire travieso, los dientes soberbios, los ojos más pícaros que nunca hubiese encendido el amor.

En el rincón izquierdo de este semicírculo, se encontraban situados dos jóvenes altos y gallardos de cinco pies dos pulgadas, provistos de enormes miembros, de pie, en brazos uno del otro, ambos se excitaban besándose voluptuosamente en la boca; estaban desnudos.

—¡Esto es divino! —dice Saint-Fond al despertarse—, reconozco en todo eso la gracia y la imaginación de Juliette. Que me traigan los culpables —prosigue, queriendo tenerme cerca de él, mientras que Montalme se acerca a chupar su instrumento y mientras él manosea el hermoso culo de Palmire.

El grupo avanza, conducido por Delcour.

—Se os acusa de tres crímenes enormes —dice el ministro—, y tengo órdenes secretas de la reina para haceros perecer al momento.

—Esas órdenes son injustas —respondió Cloris—, mi familia y yo somos inocentes... ¡Y tú lo sabes, criminal!... (Aquí Saint-Fond sintió una emoción de placer tan viva que creí que iba a descargar). Sí, lo sabes bien, pero si somos culpables, que se nos juzgue sin exponernos, como lo han hecho aquí, a la cruel lujuria de un tigre que no nos sacrifica más que para atizar sus indignas pasiones.

—Delcour —dice Saint-Fond—, hazles, sentir la cadena.

Y de la violenta sacudida que dio el verdugo, la vagina de Madame de Cloris, el seno de su hija y una de las piernas del marido fueron lastimadas hasta tal punto que la sangre brotó sobre el hierro.

—Habéis transgredido muy gravemente —dice Saint-Fond— las

leyes que hoy imploráis para que os protejan; ahora sólo os está reservada su severidad: tenéis que prepararos para la muerte.

—¡Eres —dice orgullosamente Cloris— el ministro de un tirano y de una puta! La posteridad me juzgará.

Aquí, Saint-Fond se levanta lleno de furor; está tenso; se hace seguir sólo por mí. Acercándose a este insolente, bien sujeto por las cadenas, le da varias bofetadas con toda la fuerza de su brazo, lo insulta, le escupe en el rostro, y, excitándose el miembro sobre los pechos de Julie, siempre a sus pies:

—Véngate si puedes —le dice—, ¡véngate!

—¡Oh cobarde!, huirías si estuviese libre.

—Eso es verdad; pero yo te tengo, te desafío a que te vengues y te insulto con placer.

—Me lo debes todo.

—No me gusta el peso de la gratitud.

Le cogió el miembro, lo sacudió; me ordenó que lo excitase. Pero viendo que no avanzaba nada:

—Separad a este hombre de su familia —dice a Delcour—, que lo aten a ese poste. Habiéndome dejado la reina dueño de los suplicios con los que merecéis ser castigados, y que deben preceder a vuestra muerte —continúa Saint-Fond, dirigiéndose a las mujeres—, vais a sufrir ambas, ante los ojos de Cloris, todos los tipos de prostitución y de lujuria que me plazca imponeros.

Y como viese que Delcour no ataba bastante fuerte, a su gusto, al esposo en el poste preparado, fue a ayudar a agarrotarlo él mismo y renovó sus bofetadas, acompañadas de fuertes golpes sobre las nalgas.

—Lo mataré con mi mano —dice a Delcour—... Sí, quiero tener el placer de derramar su sangre, de llenarme con ella.

Mezclando siempre el horror con la lujuria, se inclinó, chupó el enorme miembro de este hombre y le besó las nalgas. Como Delcour estaba muy cerca, le cogió igualmente el miembro en la boca, y le acarició el agujero de su culo; se levantó, y besó durante varios minutos al verdugo en la boca, diciéndome al oído:

—*Nada de eso hace que me excite...*

¡El infame! Venus y su corte estaban allí; y él lo dejaba todo por la crápula y la atrocidad. Volvió a los objetos de mi sexo...

—¡Ah!, monseñor —le dijeron estas pobres criaturas al ver que se acercaba—, ¿qué hicimos para merecer un tratamiento tan bárbaro?

—Sed valiente, mujer mía —gritó el esposo infortunado—, pronto la muerte lavará nuestros ultrajes y el remordimiento desgarrará el alma de ese tigre.

—El remordimiento —dice Saint-Fond, riéndose sarcásticamente — nunca llegará a mi corazón; sólo tendré que suprimirte.

Madame de Cloris, desatada la primera, fue conducida hasta él.

—¡Ah, puta! —le dice—, ¿te acuerdas de todas las firmes resistencias que me opusiste en otro tiempo? Querida y tierna prima, hoy voy a conseguírte por nada.

Estaba extraordinariamente excitado; manosea brutalmente los atractivos de esta mujer; y, cogiéndola por la mitad del cuerpo, la penetra ante los ojos de su marido, al que, por la postura que ha tomado, puede chupar el miembro mientras tanto. Cuando, por esta acción, veo su culo bien a mi alcance, lo hago fornicar; el resto de hombres y mujeres lo rodean, excepto Julie y Cloris, que siguen sujetos por Delcour. Pongo bajo sus manos y sus ojos indistintamente coños, culos, miembros y tetas. El demonio de la crueldad lo excitaba, y sus manos de uñas afiladas no se detienen en ninguna parte sin que dejen allí huellas; pero, más por preferencia que por delicia, las pasea sobre las tetas de la desgraciada mujer gozando de su rabia; las araña y las hace sangrar.

—Aleja todo eso, Juliette —me dice saliendo del coño de la madre para apoderarse de la hija—, todavía no quiero descargar. Putilla —dice a esta inocente criatura—, tu padre y tu madre saben también todo lo que hice para poseerte: es preciso que hoy les castigue por las resistencias que me pusieron.

Entonces, hizo colocar al padre de forma que mientras fornicaba a la hija, tuviese como perspectiva el hermoso nalgüero de ese querido papá, al que Delcour debía zurrar con una mano mientras azotaba con la otra las nalgas de la mamá, puestas a la misma altura. Soy yo quien lo ayudo a desvirgar a Julie; él aprieta, empuja, entra; ocho culos están alrededor de él. Se le sodomiza; y el villano, no encontrando bastante violentos los suplicios que Delcour impone por orden suya, se arma con un estilete, y pincha a la vez los pechos de la madre, los hombros de la hija y las nalgas del padre. La sangre corre.

—Todavía no es el momento de descargar —dice el villano fauno saliendo del coño—, este —añade sobando el culo del padre—, este es el altar donde sacrificaré.

Siguiendo sus órdenes, el desgraciado Cloris es extendido sobre el funesto sofá, con las manos atadas como siempre.

—Delcour —dice al verdugo—, pasadle una cuerda por el cuello, de la que tiraréis, si se resiste, hasta darle muerte.

Siempre directora de la operación, yo conduzco con arte el fogoso corcel al borde del camino que debe recorrer; el desgraciado no decía ni una palabra.

Bien enfrente de él están apostados a la derecha el seno de la madre, a la izquierda el lindo culito de la hija. En cuanto está en el trasero codiciado, sus manos, armadas con el fatal estilete, comienzan a pasearse sobre los atractivos ofrecidos a sus miradas, y colocados de

tal forma, que a medida que los pincha la sangre de la esposa y de la hija corre sobre la cabeza del padre. Mientras tanto yo le excitaba el culo y dos de mis mujeres le pinchaban las nalgas.

—Pues bien —dice—, me he engañado una vez más: había creído derramar mi esperma, pero quiero, antes, tantear todos los culos de esta familia realmente interesante. Vuelve a encadenar a este viejo zorro, Delcour, sólo ha servido para cubrir mi miembro de mierda. Muchacha alta —dice a Montalme—, venid a chupar esto.

Y al ver un poco de repugnancia, ordena a Delcour que dé enseguida cien latigazos sobre las hermosas nalgas de esta encantadora muchacha para enseñarla a obedecer.

—¡Ah! ¡Ah!, puta —decía mientras la zurraban—, no quieres chupar mi miembro porque tiene mierda; ¿qué será de ti, entonces, ahora cuando te la haga comer?

Montalme, bien llena de latigazos, vuelve decidida a todo; chupa al disoluto, le lame el culo; y volviendo él tranquilamente a su obra, ahí lo tenemos sodomizando a la madre, azuzando por una parte el culo del padre y de otra el coño de la hija. Al cabo de una carrera no muy larga, vuelve a coger a la hija.

—¡Oh! —dice—, espero que, de una vez por todas, sea aquí donde se opere el sacrificio.

Siempre servido por mí, Julie sodomizada; no hay nada que no le haga durante este tiempo para decidir su descarga; pero, fuese maldad, fuese impotencia, deja una vez más el culo, asegurando que sólo flagelando a la familia encontrará sus fuerzas agotadas. El padre, de nuevo en el poste, es el primer azotado. En cuanto está lleno de sangre, le atan a su mujer a la espalda; y cuando, con más de mil latigazos, ha abierto las nalgas de esta, la pequeña, colocada sobre los hombros de la madre, es tratada de la misma manera.

—Deshagamos todo eso —dice el centauro—; una vez más no me he satisfecho con este goce; quiero volver a azotar a la hija, pero sujeta por su padre y su madre. Juliette y tú, Delcour, poned a cada uno una pistola en la sien y hacedles volar el cráneo si se resisten mientras sujetan a su hija.

Encargada de la madre, ardía en deseos de verla hacer alguna resistencia; pero, consolándome en seguida por la certidumbre de que acabaría sus días en algún suplicio más violento que este, dejé de quejarme de la sumisión que al principio me había alarmado. La pobre Julie, tratada con un furor que no tiene ejemplo, azotada primeramente con varas, lo fue a continuación con zorros, cuyos azotes hacían brotar la sangre hasta la habitación; hecho esto, Saint-Fond cae sobre el padre y, golpeándolo con el mismo zorro con puntas de hierro, en tres minutos lo cubre de sangre. La madre es agarrada después; la colocan sobre el borde del canapé, las piernas lo más

separadas posible, y la azota con los zorros dirigiendo los golpes al interior de la vagina. Yo lo seguía por todas partes, bien excitándolo bien flagelándolo, bien chupando su boca o su miembro. Un acceso de rabia lo acerca a la joven muchacha; le da dos bofetadas con una fuerza tan terrible que cae de espaldas; la madre quiere socorrerla y la recibe con una patada en el vientre que la manda al otro lado, a más de quince pies de su hija; Cloris echaba espuma por la boca sin atreverse a decir una sola palabra; atado constantemente, ¿qué defensa podía ofrecer? Se levanta a la hija; Saint-Fond ordena al verdugo que la fornique en el coño, y él... sodomiza al verdugo; mientras, a fuerza de seducciones y poniendo en libertad al padre, le prometo su vida y la de su familia, si accede a dar por el culo a Saint-Fond... ¡Lo que es la esperanza para el alma de un desgraciado! Cuidadosamente excitado por mis manos, lo logra. Saint-Fond, por las nubes al sentir un miembro tan hermoso en el culo, colea como el pez al que se echa al agua después de haberlo retirado de ella un rato.

—Es divino, y su gracia es segura —dice Saint-Fond— si, aprovechando con rapidez el estado en que está ahora en mi culo, accede a sodomizar a su hija.

—Señor —digo a este hombre—, ¿se puede dudar, y no vale cien veces más que fornicuéis a vuestra hija que la asesinéis?

—¡Asesinarla!

—Sí, señor; vuestra negativa la lleva a la tumba; está muerta si os resistís.

Y mientras una de mis mujeres mantiene las nalgas de la pequeña bien separadas y humedece el agujero, yo retiro con rapidez el instrumento del culo de Saint-Fond y lo dirijo a la entrada del de la pequeña: pero Cloris, rebelde, no empujaba.

—Vamos, vamos, ¡matémosla! —dice Saint-Fond—, puesto que no quiere fornicarla.

Esta cruel sentencia lo determina todo; acerco el miembro a los riñones de la joven y meto el terrible instrumento en el ano; como todo estaba bien preparado, el éxito coronó mis esfuerzos, y Cloris es incestuoso para no convertirse en parricida. Délie fustigaba a Saint-Fond; entretanto, él vejaba el culo de la madre y besaba las nalgas de uno de los lacayos; pero ese lacayo lo fornicó en seguida, y fueron las nalgas de Délie las que tenía por perspectiva. El inconstante Saint-Fond rompió el grupo una vez más; obstinándose constantemente en resistir los impulsos de su semen, se muestra a nosotros más furioso que una bestia feroz; gritaba, babeaba, juraba: en cuanto Delcour descargó en el coño de Julie, le hizo dar por el culo a la madre. Por fin, todo se arregla: Saint-Fond se tranquiliza y me ordena que le haga examinar los atractivos de las tres muchachitas que no se han presentado todavía a sus ojos más que por encima; las separa, las

vuelve a juntar, las compara; mientras tanto, yo lo excitaba; en una palabra, está de acuerdo en que nunca tuve una elección más feliz. Fulvie, sobre todo, le parece adorable.

—La sodomizaría —dice el disoluto—, si no tuviese miedo de descargar.

Después de esta revista, desea hacer la de las cuatro mujeres; Palmire le encanta: dice que nunca ha visto nada tan hermoso, y las soberbias nalgas de esta bella muchacha hacen sus delicias durante varios minutos.

—Ordena —me dice— a todas estas putas que se pongan de rodillas en semicírculo alrededor de mí, que, a continuación, vengan en la misma postura a adorar mi miembro y que lo chupen una detrás de otra.

La orden se ejecuta, y cada una recibe dos bofetadas mientras mama su instrumento.

Entretanto, él chupa miembros, sin exceptuar, como podéis imaginar, los de Cloris y Delcour.

—Ya es hora, Juliette —me dice—, de acabar con esta escena.

El criminal encula a Julie; los criados sujetan al padre y la madre mientras que él frota el culo de esta niña. Delcour, armado con su cuchilla, va a separar lentamente la cabeza.

—Ve lento, ve muy lento, Delcour —exclama—, quiero que mi sobrina más querida se sienta morir, quiero que sufra al mismo tiempo que la fornico.

Apenas ha hecho sentir Delcour el filo de la cuchilla, cuando los gritos de esta desgraciada se oyen por todas partes.

—Seguid, seguid —dice Saint-Fond bien introducido en el culo—, pero seguid dulcemente; no podéis imaginar el placer que me transporta; inclínate, Delcour, que yo pueda excitarte el miembro mientras trabajas; Juliette, adorad las nalgas de Delcour: ahora es un dios para mí, que acerquen el culo de la madre, quiero besarlos mientras hago asesinar a su hija.

Pero ¡qué besos, gran Dios! Son mordiscos tan crueles que la sangre brota con cada uno de ellos. Un criado lo sodomiza; el infame está en un éxtasis indecible.

—¡Cómo saboreo el crimen! —exclama jurando—, ¡cuán encantador es para mí! Delcour, haz durar el placer...

El desgraciado padre, abatido, está a punto de perder el conocimiento, sus ojos giran de horror. La hermosa cabeza de Julie cae por fin como la de una bonita rosa ante los esfuerzos redoblados del aquilón.

—No hay nada tan voluptuoso como lo que acabo de hacer —dice Saint-Fond, saliendo del culo del cadáver—, no os podéis imaginar la contracción que resulta en el ano de la lenta incisión operada sobre las

vértebras del cuello; ¡es delicioso! Vamos, señora —dice a la madre—, preparaos a darme el mismo placer.

La misma escena vuelve a empezar. Saint-Fond, que encuentra que la operación va demasiado de prisa, la suspende.

—No sabéis —dice— cuán divino es cortar así, lentamente, el cuello de una mujer a la que se tuvo la debilidad de amar en otro tiempo: ¡oh!, ¡cómo me vengo de las resistencias de la querida prima!

Continúa excitando el miembro del verdugo, pero quiere besar mis nalgas durante la operación; los dos criados sodomizan a Delcour y a él; el padre está atado de manera que, armada con un puñado de vergas, yo pueda azotarle el miembro mientras tanto. Mi feroz amante está en la embriaguez, y se deleita con los dolores prolongados de su triste pariente, cuya cabeza cae al fin al cabo de un cuarto de hora. Es el turno de Cloris. Sólo atándolo es posible colocarlo en la postura esencial para la operación. Saint-Fond sodomiza, el verdugo trabaja, los criados siguen dando por el culo al ordenador y al ejecutor. Esta vez, Saint-Fond quiere besar las soberbias nalgas de Montalme. Las otras mujeres lo rodean mostrándole los culos; la bomba estalla al fin. ¡Oh cielos!, si Lucifer hubiese descargado, habría hecho, creo, menos ruido, habría babeado menos, habría dirigido a los dioses blasfemias e imprecaciones menos espantosas. Saint-Fond descansa un rato, y nosotros pasamos a otra sala, donde reúno a las siete mujeres y a los dos criados. El ministro se nos une en seguida, pero, semejante a Venceslas, su verdugo no lo abandona; sin embargo, algunas voluptuosidades más dulces van a preceder a las orgías caníbales de este nuevo Nerón, y el semen correrá, si es posible, antes que la sangre.

Sin embargo, como con semejante hombre era necesario conservarlo que llevase la huella de sus placeres favoritos, fue en nichos adornados con todos los atributos de la fúnebre Parca donde le presenté grupos voluptuosos. La sala entera estaba tapizada de negro; huesos, cabezas de cadáveres, lágrimas de plata, haces de varas, puñales y zorros adornaban esta lúgubre tapicería; en cada nicho había una virgen manoseada por una bribona, ambas desnudas, apoyadas sobre cojines negros, con los atributos de la muerte perpendiculares a su frente. Al fondo de cada nicho, se veía una de las cabezas que acababan de ser cortadas, y junto a los nichos, a la derecha, había un ataúd abierto, a la izquierda una mesita redonda sobre la que descansaban una pistola, una copa de veneno y un puñal. Por un refinamiento de increíble barbarie (hecho, y yo estaba segura de lograrlo, para complacer a mi amante), había hecho cortar los tres troncos de las víctimas que acababan de ser sacrificadas; sólo se había conservado la parte de las nalgas tomada desde la caída de los riñones hasta por debajo de los muslos, y estaban suspendidos trozos de carne

con lazos negros, a la altura de la boca, en cada intercolumnio de los nichos: fueron los primeros objetos que llamaron la atención de Saint-Fond.

—¡Ah! —dice acercándose a besarlos—, estoy muy contento de volver a encontrar unos culos que acaban de darme tanto placer.

Una lúgubre lámpara pendía del techo en medio de la sala, cuya bóveda estaba revestida igualmente de atributos fúnebres; diferentes instrumentos de suplicio estaban distribuidos aquí y allá; entre otros, había una rueda muy extraordinaria. La víctima, atada circularmente sobre esta rueda, que estaba dentro de otra provista con puntas de acero, debía, al dar vueltas contra estas puntas fijas, desollarse poco a poco y en todos los sentidos; un resorte acercaba la rueda fija al individuo atado a la giratoria, con el fin de que a medida que las puntas disminuiesen la masa de carne, siempre pudiesen encontrar algo que morder al apretar. Este suplicio era tanto más horrible cuanto que era muy largo, y que una víctima podía vivir allí diez horas en las lentas y rigurosas angustias de este tormento; para aumentar o debilitar el suplicio, sólo era cuestión de acercar más o menos la giratoria. Esta máquina, invento de Delcour, no había sido probada todavía por Saint-Fond; se entusiasmó al verla, y dio al momento cincuenta mil francos de gratificación al autor. Desde ese momento, los pérfidos ojos de este monstruo sólo se dedicaron a la elección de cuál de las tres víctimas sería inmolada de esta manera. ¡Dioses!, la desgraciada Fulvie, como la más hermosa, fue tácitamente condenada en el fondo del corazón de este tirano. Un beso, que dio en el agujero del culo de esta hermosa muchacha, mientras consideraba la terrible máquina, me convenció pronto de que estaba en lo cierto. Pero veamos lo que precedió.

En primer lugar, Saint-Fond se instaló durante un momento, entre Delcour y yo, en un sillón que se hallaba enfrente de cada nicho. Palmire, una de mis mujeres que no había sido puesta en los nichos, de pie, detrás del sillón, lo excitaba, besando su boca; él se lo meneaba a Delcour y sobaba mis nalgas; examina: las bribonas ponen buen cuidado en ofrecerle el cuerpo de la niña, a la que ellas excitan en todas las posturas posibles; incluso, a veces se la acercan para hacerle besar las diferentes partes. Él se levanta, recorre los nichos; Delcour lo azota entretanto; algunas veces se hace fornicar, y yo lo chupo; me doy cuenta de que su instrumento empieza a recobrar cierta energía; me sodomiza en la última estación (el nicho donde Blaisine se lo meneaba a Fulvie) y allí fue donde me dice al oído, besando el culo de esta encantadora muchacha:

—Ella será la que nos estrene la rueda; cuán deliciosamente serán cosquilleadas esas bonitas nalgas, ahí.

Hecho este primer examen, va a tumbarse en una especie de

banco estrecho y blando; allí, los hombres y las mujeres se acercan alternativamente a colocarse a horcajadas sobre su rostro y a cagarle en la boca; Palmire es la primera que pasa y después le chupará durante toda la operación. Montalme y yo pasamos después, para que pudiese, de acuerdo con su deseo, manosearnos las nalgas todo el tiempo que estuviese allí. De las suciedades pasa rápidamente el libertino a los horrores: Delcour, por orden suya, azota a las siete mujeres delante de él y yo lo excito sobre las cabezas que me ha hecho descolgar con esta intención.

Tres cuadros se representan después ante sus ojos. Mis dos azotadores sodomizan a dos de mis rameras; en medio, Delcour azota a la tercera; junto a cada grupo hay una joven que Saint-Fond se dispone a desvirgar; Palmire y yo lo ponemos en situación, una socratizándolo, la otra meneándole el miembro; el libertino, bien preparado, hace saltar las tres virginidades, vuelve, sodomiza y descarga sodomizando a Fulvie. Yo lo chupo para devolverle sus fuerzas; quiere que el verdugo le sostenga a todas las mujeres, sin exceptuarme a mí; nos aplica, a cada una, doscientos golpes de vara; a continuación él sujeta a las mujeres y obliga a Delcour a que les dé a todas por el culo. Durante esta escena las besaba en la boca y yo participé en ella como las otras.

Entonces, Saint-Fond coge a cada virgen, una tras otra y pasa a solas con ellas a un gabinete retirado. Ignoramos lo que les dijo o lo que les hizo; a su vuelta, ni siquiera nos atrevimos a preguntarles. Realmente, en esta entrevista, tuvo que anunciarles su muerte, porque todas volvieron en lágrimas. Delcour me dice, mientras procedía a esta operación, que una lubricidad secreta seguía ordinariamente a este anuncio; que, desde que él conocía a Saint-Fond, siempre le había visto mezclar a este episodio sentencias que su ferocidad dictaba. Esto tenía que gustarle mucho con toda seguridad, porque siempre salía de allí excitadísimo[34].

—Vamos —dice, echando espumas de lujuria—, ahora veamos por qué suplicios las haremos perecer: quiero que sean terribles. Delcour, es preciso que tu imaginación se supere hoy; es preciso que estas desgraciadas sufran todos los tormentos que podrían significarles el infierno.

Y besaba a Fulvie mientras decía esto; era fácil ver que era ella quien más lo encendía.

—Delcour —dice—, te aconsejo esta bonita criatura; cuán bella estará sobre tu rueda, cuán voluptuosamente se desgarrarán sus blancas y rellenas nalgas.

Y, diciendo estas palabras, la mordió, hasta hacerla sangrar, en cinco o seis partes de su cuerpo; una de estas mordeduras se llevó el pezón de la teta izquierda y el pícaro se lo traga; le mete un momento

el miembro en el culo; a continuación, apoderándose del instrumento de Delcour, lo introduce él mismo en el agujero que deja.

—Es preciso —dice— que el verdugo azote a su víctima, eso es indispensable.

Durante todo este tiempo, con sus uñas, arañaba las nalgas, los costados, los muslos, las tetas de esta niña y chupaba la sangre a medida que salía. Hizo acercarse a Palmire, que tan prodigiosamente parecía calentarlo, y le dijo:

—Así es como yo trato a las muchachas que hacen excitarme.

Apenas pronunció estas palabras, cuando le introduce el miembro en el culo: después de algunas idas y venidas, la hace subir a una silla, para tener siempre sus nalgas en perspectiva y, paralelamente a ella, hace que Délie se ponga en la misma postura; a continuación, las tres muchachas pequeñas se colocan en semicírculo alrededor de él; se pusieron de rodillas y les azotó el pecho mientras que Blaisine le meneaba el miembro. Pinchó los senos apenas abiertos de estas tres infortunadas, se los cortó con una navaja, después cauterizó al momento la llaga con la punta de un hierro caliente. Mientras tanto yo lo excitaba, teniendo, por orden suya, el miembro de Delcour en el culo y meneándosela a un criado con cada mano: así, de rodillas, las hizo juntarse a las tres, espalda contra espalda, y las azotó en los pechos con unos zorros de puntas de acero cortantes; el culo de Palmire lo seguía en todas estas escenas; se lanzaba constantemente encima, y lo acariciaba en los intervalos.

—¡Vamos! —dice—, un poco de látigo.

Las siete mujeres (yo fui exceptuada) fueron atadas a columnas colocadas ex profeso en esta sala; con sus manos levantadas, sujetaban un crucifijo; los pies de las cuatro rameraas estaban igualmente sobre crucifijos, que parecían aplastar con los pies; los de las tres víctimas se apoyaban en bolas provistas de puntas por todas partes, de manera que el propio peso de su cuerpo las obligaba a ser laceradas; las tetas de estas fueron atadas fuertemente con una cuerda de tripa que se incrustaba en sus carnes; una punta de acero muy aguda pendía sobre sus cabezas y penetraba en ellas a voluntad de Saint-Fond que, por medio de un resorte del que era dueño, podía hacer entrar esta punta en el cráneo de la muchacha, tan pronto como quisiera; otras puntas, dirigidas igualmente por Saint-Fond, se encontraban en frente de sus ojos; otra les amenazaba el ombligo, si, apremiadas por los latigazos, se echaban, por casualidad, hacia delante; cada una de las víctimas dispuestas de esta manera alternaba con las zorras, felizmente liberadas de todos estos angustiosos instrumentos.

Saint-Fond utiliza en primer lugar las varas que Delcour y yo le damos; da cien golpes a las víctimas y cincuenta a las zorras; el segundo asalto se da con zorros de puntas de acero, doscientos golpes

a las víctimas, diez a las zorras. Entonces, Saint-Fond hace entrar en acción a las puntas: las desgraciadas, pinchadas por todas partes, lanzan gritos que hubiesen ablandado a otros que no fuesen criminales como nosotros. Saint-Fond, sintiéndose apremiado por el semen que ya espumea en su miembro, hace que le lleven a Louise, la chica de dieciséis años que quiere ejecutar primero. La besa mucho, lame y soba su culo completamente sangrante, haciéndose chupar el miembro y el agujero del culo, después se la entrega a Delcour, quien, después de haberle pasado su miembro por los dos agujeros, le aplica ese suplicio chino consistente en ser cortada completamente viva en veinticuatro mil trozos sobre una larga mesa. Saint-Fond, subido en un estrado, sentado en las rodillas dé un lacayo que lo fornicar, examina ese espectáculo teniendo en sus piernas a Hélène, que es la siguiente y a la que azota en el culo, mientras que yo se lo meneo y él besa a Palmire en la boca. El suplicio de la segunda consiste en tener los ojos reventados, tumbada sobre una cruz de San Andrés, para ahí ser descoyuntada viva. Saint-Fond actúa él mismo mientras que yo lo azoto. La víctima, así dislocada, le es ofrecida de nuevo; le da por el culo y, mientras que él trabaja en el ano, Delcour remata a la víctima con un mazazo en la cabeza, que hace volar el cerebro hasta la nariz de Saint-Fond; todo su rostro se cubre con él.

La encantadora Fulvie queda sola, rodeada por los restos sangrientos de sus dos compañeras: ¿podía dudar de su suerte? Saint-Fond le muestra la rueda.

—Eso es lo que te espera —le dice—, te he reservado lo mejor.

Y el traidor no deja de acariciarla, de besarla en la boca; la sodomiza una vez más antes de entregarla al verdugo. Delcour la coge por fin; ella lanza gritos terribles; la coloca; la rueda comienza a girar. Saint-Fond, fornicado por los dos criados alternativamente, sodomizaba a Delcour, besando sucesivamente las nalgas de Palmire y las mías y manoseando indistintamente los tres culos que quedaban vacantes. Pronto, el incremento de los gritos de la víctima nos hace juzgar sus dolores. Os dejo pensar lo acuciantes que debían de ser: la sangre, lanzada hacia todas partes, brotaba como esas lluvias finas esparcidas por los grandes vientos. Saint-Fond, que quiere hacer durar el suplicio, cambia sus cuadros y sus gozes. Da por el culo a mis cuatro zorras, mientras que Delcour y yo le componemos otros grupos. La rueda, que se estrecha constantemente, empieza a pinchar hasta los nervios y la víctima, desmayada por el exceso de los dolores, ya no tiene fuerzas para hacerse oír, cuando Saint-Fond, agotado de horror y de crueldades, pierde al fin su semen en el soberbio culo de Palmire, acariciando el de Delcour, manoseando el mío, el de Montalme y considerando, bajo la fatal rueda, a uno de los criados, que sodomizaba a Blaisine, y fustigado por Délie, que le chupa la boca

para apresurar su descarga.

Los gritos, el desorden, las blasfemias de Saint-Fond, todo fue terrible; lo llevamos, casi sin conocimiento, a la cama, donde todavía quiso que yo pasase la noche a su lado.

Este insigne libertino, tan tranquilo como si acabase de hacer la acción más loable, durmió diez horas sin despertarse y sin la más mínima señal de agitación. Entonces fue cuando me convencí completamente de que es fácil crearse una conciencia análoga a las opiniones de uno y que, después de este primer esfuerzo, está permitido llegar a cualquier cosa. ¡Oh amigos míos!, no lo dudemos, aquel que ha sabido extinguir en su corazón toda idea de Dios y de religión, al que su oro o su crédito ponen por encima de las leyes, que ha sabido endurecer su conciencia, plegarla a sus opiniones, desterrar para siempre los remordimientos, ese, digo, estad seguros, hará siempre lo que quiera sin temer nada.

El ministro, al despertarse, me preguntó si no era verdad que él era el mayor criminal de la tierra. Sabiendo el placer que le daría respondiendo un sí, no lo pensé demasiado y me abstuve de contradecirle.

—¿Qué quieres, ángel mío? —me dice—, ¿es culpa mía si soy así y si la naturaleza me ha dado el gusto más irresistible por el vicio y ni una inclinación a la virtud? Por lo tanto, ¿no es verdad que la sirvo igual de bien que aquel al que su mano imprimió el amor por las buenas acciones? Sería la mayor de todas las extravagancias el resistirse a las intenciones de la naturaleza acerca de nosotros: soy la planta venenosa que hizo nacer al pie del bálsamo; no estoy disgustado de mi existencia, como no estaría orgulloso de la del hombre virtuoso: y desde que es preciso que todo esté mezclado en la tierra, ¿no es igual estar en una clase o en otra? Imítame, Juliette[35], tus inclinaciones te llevan a eso; que ninguna acción criminal te asuste; la más atroz es la que más gusta a la naturaleza: el único culpable es el que se resiste; no lo seas de esta manera. Deja, hija mía, deja que la gente fría diga que es necesario que la honradez y el pudor acompañen los placeres del goce; desgraciado el que quiera gustarlos de esta manera: nunca los conocerá. Esos tipos de placer no pueden ser deliciosos más que en tanto se franquea todo para degustarlos; la prueba de ello es que sólo empiezan a ser tales con la ruptura de algún freno; si se rompe uno más, la excitación será más violenta y necesariamente de esta forma, de gradación en gradación, no se llegará realmente al verdadero fin de estos tipos de placeres más que llevando el extravío de los sentidos hasta los últimos límites de las facultades de nuestro ser, de tal forma que la irritación de nuestros nervios experimente un grado de violencia tan prodigioso que estén como trastornados, como crispados en toda su extensión. El que quiere

conocer toda la fuerza, toda la magia de los placeres de la lubricidad, debe convencerse de que sólo recibiendo o produciendo sobre el sistema nervioso la mayor sacudida posible, logrará procurarse una embriaguez tal como la que le es necesaria para gozar bien; porque el placer no es más que el choque de los átomos voluptuosos, o emanados de objetos voluptuosos, que encienden las partículas eléctricas que circulan en la concavidad de nuestros nervios. Por consiguiente, para que el placer sea completo, es preciso que el choque sea lo más violento posible: pero la naturaleza de esta sensación es tan delicada, que cualquier cosa la turba o la destruye; por lo tanto, es preciso que la mente esté preparada, que esté tranquila, que, por nuestros sistemas o nuestra posición, se encuentre en un equilibrio tranquilo y feliz, que sea, entonces, al fuego de la imaginación donde se encienda el hogar de los sentidos. Desde ese momento, dad pleno curso a esa imaginación, no le neguéis ningún extravío, y procurad, no solamente concederle todo, sino ponerla en condiciones, por vuestra filosofía y sobre todo por el endurecimiento de vuestro corazón y de vuestra conciencia, de poder forjarse, crearse nuevas quimeras, las cuales, al alimentar los átomos voluptuosos, las hagan chocar con más fuerza sobre las moléculas que deben realizar la sacudida, y preparen de esta manera a vuestros sentidos un tipo de voluptuosidad para cada uno de ellos. Según esto, Juliette, puedes ver cuántos obstáculos aportaría a tu delirio un espíritu sujeto a las limitaciones de la honradez o de la virtud: serían como hielos echados al fuego, como cadenas, como trabas que pondríais a un corcel joven que no pidiese más que lanzarse a la carrera.

»Sin duda, la religión es el primero de todos los frenos que hay que romper en semejante caso, puesto que es, para el que la adopta, una fuente constante de remordimientos. Pero no hay más que la mitad de trabajo hecho, cuando sólo se han derribado los altares de un Dios fantástico; esta operación es la más fácil y no hace falta ni mucha inteligencia, ni mucha fuerza para destruir las repugnantes quimeras de la religión, ya que no hay ninguna que pueda soportar un análisis. Pero, una vez más, Juliette, esto no es todo; hay una infinidad de otros deberes, de otras convenciones sociales, de otras barreras, que se te opondrán en seguida, si tu espíritu, tan fogoso como independiente, no hace del enfrentamiento a todo una ley: igualmente sujeta por esos despreciables diques, pronto sentirías en tus placeres una constricción igual a la que siente el devoto. Si, al contrario, lo has desechado todo para alcanzar el placer, y tu conciencia, bien tranquila sobre todos los puntos, no viene ya a presentarte los tristes agujones del remordimiento, sin duda, en este caso, tu goce será de los más vivos y más completos que pueda conceder la naturaleza, y tu extravío será tal que tus facultades físicas apenas tendrán suficiente fuerza para

soportar su exceso. Sin embargo, no esperes que serás tan feliz al comenzar como puedes llegar a serlo un día: a pesar de lo que puedas hacer, todavía vendrán a turbarte los prejuicios, en razón de la magnitud de los frenos que hayas roto: fatales efectos de la educación, que sólo pueden remediar una profunda reflexión, una perseverancia constante, y sobre todo costumbres muy arraigadas. Pero, poco a poco, tu espíritu se fortalecerá; la costumbre, esa segunda naturaleza que con frecuencia llega a ser más poderosa que la primera, que llega hasta destruir los mismos principios naturales que parecen los más sagrados, esa costumbre esencial para el vicio, que no dejo de aconsejarte, y de la cual depende todo para tu felicidad en la carrera que adoptas, esa costumbre, digo, ¡destruirá el remordimiento, hará callar a la conciencia, se reirá de la voz del corazón, y entonces verás cómo te parecen diferentes todos los objetos! Sorpréndete tú misma de la fragilidad de los lazos que te habían retenido, lamentarás los días en que, estúpidamente encadenada por estos nudos, pudiste resistirte a los placeres; y aunque algunos vanos obstáculos tengan que turbar tu felicidad, el encanto de haberla conocido, y los divinos suspiros que te dará transformarán para siempre en flores las espinas con que hubiesen querido sembrarla. Ahora bien, en la posición en que te pongo, con la seguridad que te doy ¿qué espinas podrías temer? Reflexiona un momento sobre tu deliciosa situación; y si la incertidumbre de la impunidad presta al crimen sus más divinos atractivos, ¿quién mejor que tú en el mundo podrá gozar deliciosamente? Echa una mirada a tus otros goces: dieciocho años, la mejor salud, el rostro más bonito, el porte más noble, graciosa como un ángel, un temperamento de Mesalina, nadando en oro y en la opulencia, un crédito seguro, ningún freno, ninguna cadena, ni padres, amigos que te adoran... y ¿podrías temer a las leyes? ¡Ah!, deja de temer que su espada se atreva alguna vez a alcanzarte; si un día se elevase sobre tu cabeza, oponle tus encantos Juliette; sustituye esa languidez que te cautiva en el seno de las voluptuosidad es, por esas toletes llenas de arte que, aumentando todas tus gracias, encadenan a tus pies todos los corazones; réalzate y el universo de rodillas apartaría al momento todo lo que pudiese derribar o manchar a su más querido ídolo; entonces, el mismo Amor te serviría de égida, inflammaría todos los corazones y sólo encontrarías amantes que harían que otros tuviesen que temer a los jueces. Le corresponde al ser aislado... sin fortuna... sin apoyo... sin consideración, temblar bajo esos frenos populares: sólo están hechos para él. Pero tú, Juliette. ¡Ah!, cambia la naturaleza entera... ¡trastorna, destruye, arranca! El mundo adorará su divinidad en ti, cuando dejes caer sobre él algunas bondades, te temerá si lo aplastas, pero siempre serás su dios.

»Entrégate, Juliette, entrégate sin temor a la impetuosidad de tus

gustos, a la sabia irregularidad de tus caprichos, a la fogosidad ardiente de tus deseos; caliéntame con tus extravíos, embriágame con tus placeres; sólo a ellos ten siempre por guía y por ley; que tu voluptuosa imaginación dé variedad a nuestros desórdenes; sólo multiplicándolos alcanzaremos la felicidad; naturalmente inconstante y ligera, nunca colma con sus dones más que a aquel que sabe encadenarla: nunca pierdas de vista que toda la felicidad del hombre reside en su imaginación, que no la puede pretender más que sirviendo todos sus caprichos. El más afortunado de los seres es aquel que más medios tiene de satisfacer todos los extravíos que ella inspira: ten muchachas, hombres, niños; haz revertir sobre todo lo que te rodee la suave lascivia de tu alma de fuego; todo lo que deleita es bueno, todo lo que excita está en la naturaleza. ¿No ves al astro que nos ilumina secar y vivificar alternativamente? Imítalo en tus extravíos, como se te pinta en tus hermosos ojos. Sigue la conducta de Mesalina y de Teodora; ten, como estas célebres putas de la antigüedad, serrillos de todos los sexos donde puedas ir a zambullirte cómodamente en un océano de impureza. Revuélcate en el lodo y en la infamia: que todo lo más sucio y más execrable que haya, lo más cínico y más indignante, más vergonzoso y más criminal, más contra la naturaleza, contra las leyes y la religión, sea por eso sólo lo que te complazca más. Mancilla a tu placer todas las partes de tu hermoso cuerpo; recuerda que no hay una sola donde no pueda tener un templo la lubricidad y donde los goces más divinos serán siempre aquellos que creías que irritaban a la naturaleza. Cuando los odiosos excesos del libertinaje, cuando las bajezas más depravadas, cuando los actos más indignantes comiencen a deslizarse en tus nervios, reanímate por medio de crueldades: que las fechorías más terribles, que las atrocidades más indignantes, que los crímenes menos imaginables, que los horrores más gratuitos, que los desvíos más monstruosos saquen a tu alma del letargo en que te habrá dejado el libertinaje. Recuerda que toda la naturaleza te pertenece, que todo lo que ella nos deja hacer está permitido y que ha sido bastante hábil, al crearnos, para quitarnos los medios de turbarla. Entonces, sentirás que el Amor cambia algunas veces sus flechas en puñales y que los insultos del desgraciado que atormentamos valen a menudo más, para hacer excitar, que todos los discursos galantes de Cíteres.

»Extrañamente halagada por estos discursos, me atreví a hacer comprender a Saint-Fond que todo lo que yo temía era perder sus bondades.

—Juliette —me dice—, no duraría mucho si yo fuese tu amante, porque los favores de una mujer, por muy hermosa que pueda ser, no podrían atarme durante mucho tiempo. Aquel que tiene por principio que el momento en que se acaba de fornicar a una mujer es el más

esencial para separarse de ella, debe ciertamente, si él no es más que amante, hacer entrever lo que tú temes; pero, Juliette, lo sabes, estoy lejos de esta anodina persona: unidos ambos por semejanza de gustos, de espíritu y de interés, no veo nuestras cadenas más que como las del egoísmo y estas cautivan siempre. ¿Te aconsejaría que fornicases si fuese tu amante? No, no, Juliette, no lo soy, y nunca lo seré. Por lo tanto, no temas mi inconstancia; si alguna vez llego a abandonarte, serás tú la única causante; sigue conduciéndote bien, sirve siempre mis placeres con actividad; que cada momento me haga ver en ti nuevos vicios; internamente lleva la sumisión conmigo hasta la bajeza; cuanto más te arrastres a mis pies, más te haré reinar sobre los otros por medio del orgullo; sobre todo, que ninguna debilidad, que ningún remordimiento, sea lo que sea que exija de ti, se muestre nunca a mi vista y te haré la más feliz de las mujeres, como tú me habrás hecho el más afortunado de los hombres.

—¡Oh mi dueño! —le digo—, recordad que sólo quiero reinar sobre el universo para traeros su homenaje a vuestros pies.

A continuación entramos en algunos detalles. Estaba desolado por no haber podido hacer sufrir a su sobrina el suplicio de la rueda; sin la necesidad de quitarle la cabeza, lo hubiese hecho infaliblemente. Esto le llevó a alabar grandemente a Delcour.

—Está lleno de imaginación —me dice—, por otra parte joven y vigoroso y te agradezco mucho que hayas deseado su miembro. Por mi parte —continuó Saint-Fond—, lo fornico siempre con placer. Ya he observado que cuando se ha fornicado a un hombre desde muy joven, se le sigue jodiendo con placer a los cuarenta años. Mira cómo nos parecemos, Juliette: el oficio que hace sabe excitar tu cabeza como la mía y, sin su profesión, nunca habríamos pensado en él ninguno de los dos.

—¿Habéis tenido a mucha gente de esta? —pregunté a Saint-Fond.

—Durante cinco o seis años tuve esta manía —me respondió— y recorrí las provincias para tenerlos; sus ayudantes, sobre todo, me excitaban infinitamente la imaginación: nadie se figura lo que es tener el miembro de un ayudante de verdugo en el culo. Los sustituí por muchachos carniceros y me gustaba cuando, llenos de sangre, venían a sodomizarme dos horas.

—Comprendo todos esos gustos —dije a Saint-Fond.

—¡Ah!, puedes estar segura, querida, se precisan la infamia y la depravación para todo eso; y la lujuria no es nada si la crápula no está en el alma. Pero, a propósito, —continuó el ministro—, hay una de tus zorras que me excita increíblemente los nervios... esa bonita rubia, la que, creo, obtuvo mi último semen.

—¿Palmire?

—Sí, así es como la oí llamar. Tiene el más hermoso culo, el más estrecho, el más caliente... ¿Cómo has conseguido a esa muchacha?

—Trabajaba en una tienda de modas; apenas tenía los dieciocho años cuando me apoderé de ella... y nueva como el niño que sale del seno de su madre; es huérfana, su nacimiento es bueno, no depende más que de una vieja tía que me la recomendó mucho.

—¿La amáis vos, Juliette?

—No amo nada, Saint-Fond, no tengo más que caprichos.

—Me parece que esa bonita criatura tiene absolutamente todo lo que es preciso para hacer de ella una deliciosa víctima: muy hermosa, interesante cuando llora, un bonito tono de voz, al pelo más hermoso del mundo, un culo sublime y una asombrosa frescura... Mira, Juliette, mira cómo se me pone tiesa con la sola idea de martirizarla.

Y, efectivamente yo nunca había visto su miembro tan lleno de cólera; me apoderé de él, lo excité muy ligeramente.

—Pero si me la apropio —continuó—, te la pagaré mejor que cualquier otra, puesto que la deseo.

—¿Acaso esa sola palabra no es una orden para mí? ¿Queréis que entre al instante?

—Sí, porque únicamente me excito con ella.

En el momento en que Palmire apareció, Saint-Fond, saltando de la cama, se envuelve en un camisón y, agarrando con brusquedad a esta muchacha, pasa con ella a un gabinete separado. La sesión fue larga; oí los gritos de Palmire. Al cabo de una hora, volvieron ambos. Como le había hecho dejar sus ropas antes de llevarla a ese lugar secreto, me fue fácil, al verla volver desnuda, reconocer hasta qué punto había sido maltratada; y aunque no hubiese visto lo demás, sus lágrimas que corrían todavía me lo hubieran probado. Pero su pecho y sus nalgas llevaban emblemas tan recientes de las vejaciones que acababa hacerle sentir Saint-Fond, que era imposible dudar.

—Juliette —me dice, apareciendo muy excitado por lo que acababa de hacer—, es una gran desgracia para mí estar tan acuciado de tiempo como lo estoy; es preciso que esas cabezas estén en el gabinete de la reina en cinco horas y no puedo entregarme hoy al deseo que tengo de divertirme con esta muchacha. Escuchad lo que voy a deciros: me la presentaréis pasado mañana en la comida de las tres vírgenes; hasta entonces, que esté encerrada en el más oscuro y más seguro de vuestros calabozos; os prohíbo que le deis de comer, y os ordeno que la encadenéis tan fuertemente a la pared, que no pueda ni moverse ni sentarse. No le hagáis ninguna pregunta sobre lo que acaba de ocurrir; sin duda, tengo razones para que lo ignoréis, puesto que os lo oculto. Os la pagaré al doble de lo que os doy por las otras. Adiós.

Con estas palabras, se lanzó a su coche con Delcour y la caja con

las tres cabezas, dejándome en un estado de agitación que difícilmente podría explicarnos.

Yo amaba a Palmire. Entregarla a ese antropófago me costaba mucho: pero ¿cómo desobedecer? Sin atreverme siquiera a decirle una sola palabra, la hice echar don de Saint-Fond quería que estuviese; y apenas estuvo allí, vinieron a combatirme dos sentimientos. El primero fue el deseo de salvar a esta muchacha, de la que todavía faltaba mucho para que estuviese cansada; el segundo tenía por origen la mayor curiosidad por saber cuál era esa extraña fantasía a la que se entregaba Saint-Fond con las mujeres contra las que pronunciaba la última palabra. Cediendo a este segundo deseo, iba a bajar, para preguntarle, a la puerta de su prisión, cuando me anunciaron a Madame de Clairwil. Informada por el ministro de que estaría en el campo a la hora de la cena, venía a rogarme y a recogerme para volver juntas a ver un ballet encantador en la Opera. Abracé vivamente a mi amiga; le conté todo lo que acabábamos de hacer; no le oculté las locuras a las que me había entregado antes de la llegada del ministro, ni todas las que las habían seguido.

La amable criatura encontró todo delicioso y me felicitó por los progresos que yo empezaba a hacer en el crimen. Cuando llegué a la aventura de Palmire:

—Juliette —me dice—, guárdate de sustraérsela al ministro y todavía más de profundizar en su misteriosa pasión. Piensa que tu suerte depende de este hombre y el placer que obtendrías, bien de descubrir su secreto, bien de conservar los días de tu zorra, no te consolaría nunca de las penas que infaliblemente resultarían de ello. Encontrarás doscientas muchachas que valgan más que esta; y respecto al secreto de Saint-Fond, una infamia de más o de menos en tu cabeza no te hará más feliz. Cenemos, corazón mío, y larguémonos pronto, eso te distraerá.

A las seis estábamos en el coche Clairwil, Elvire, Montalme y yo; seis caballos ingleses hendían el aire, y hubiésemos llegado con toda seguridad a la obertura del ballet, cuando a la altura del pueblo de Arcueil somos detenidas por cuatro hombres, pistola en mano. Era de noche. Nuestros lacayos, afeminados, flojos y apoltronados, huyeron con toda la rapidez que les fue posible, y nos quedamos solas con los dos conductores de nuestros caballos, presas de los cuatro hombres enmascarados que nos detenían.

Clairwil, a la que nada en el mundo asustaba, preguntó imperiosamente, al hombre que parecía ser el jefe, en razón de qué actuaba de aquella manera: por toda respuesta, nuestros desconocidos, dando la vuelta a nuestro coche, obligan a nuestra gente a bajar en Arcueil, y a continuación a subir a la altura de Cachan, donde siguieron un camino estrecho que nos llevó a un castillo muy solitario.

El coche entra; las puertas se cierran, incluso oímos que las atrancan por dentro; entonces, uno de nuestros conductores nos abre la puerta del coche y, sin decir una sola palabra, nos ofrece la mano para descender.

Extrañamente asustada por esta misteriosa aventura, confieso que mis rodillas flaquearon al bajar de la carroza: poco faltó para que me desmayase; mis mujeres no estaban más tranquilas que yo; únicamente Clairwil, siempre descarada, andaba a la cabeza de nosotras y nos animaba. Tres de nuestros raptos desaparecieron y el jefe nos introdujo en un salón bastante bien iluminado. El primer objeto que nos llamó la atención fue un viejo en llantos, rodeado de dos jóvenes muy bonitas que intentaban consolarlo.

—Tienen ante ustedes, señoras —nos dice nuestro conductor—, los desgraciados restos de la familia de Cloris. Ese viejo es el padre del marido, esas dos jóvenes son las hermanas de la esposa, y nosotros somos los hermanos del esposo. El jefe de esta casa, su mujer y su hija, al haber caído injustamente en desgracia ante la reina, y más desgraciadamente todavía ante el ministro, quien, sin embargo, les debe todo, al haber desaparecido ayer estas tres respetables personas, digo, la celeridad de nuestras pesquisas nos ha convencido de que estas víctimas están detenidas o muertas en la casa de campo de la que acabáis de salir. Pertenecéis al ministro; una de ustedes es su amante, lo sabemos: necesitamos o que nos devuelvan a las personas que pedimos o convencernos de su muerte. Hasta tales esclarecimientos, permaneceréis aquí como rehenes. Si hacéis que nos devuelvan a nuestros parientes, seréis libres; si han sido sacrificados, vuestros manes apaciguarán los suyos y los seguiréis a la tumba. Es todo lo que tenemos que deciros; informadnos y actuad.

—Señores —dice la valiente Clairwil—, me parece que vuestro proceder es completamente ilegal bajo todos los aspectos. En primer lugar, ¿es verosímil que dos mujeres, la señora y yo (aquellas nos sirven), que dos mujeres, digo, estén suficientemente introducidas en los secretos del ministro como para ser informadas de un acontecimiento semejante al que nos referís? ¿Creéis que si las personas que reclamáis hubiesen corrido las desgracias de la corte y la justicia o el ministro hubiesen sido obligados a obrar con severidad, creéis, de buena fe, que nos hubiesen hecho testigos de semejante ejecución?, ¿y el tiempo que hace que estamos en la casa del ministro no os prueba que seguramente durante esos días ha ocurrido el acontecimiento del que nos habláis? Señores, todo lo más que podemos daros es nuestra palabra de honor, pero no os las ofrecemos a causa de la profunda ignorancia en que estamos respecto a la suerte de los que se está tratando. No, señores, podemos asegurároslo, nunca hemos oído decir nada de ellos y si sois justos y no tenéis nada más

que decirnos, devolvernos al momento una libertad que no tenéis el derecho de quitarnos.

—No nos divertiremos en refutaros, señora —respondió nuestro conductor—. Hace cuatro días que una de ustedes estaba en ese campo, la otra ha llegado hoy a cenar. Hace igualmente cuatro días que la familia Cloris estaba en la misma casa: por lo tanto, una de ustedes está en perfectas condiciones de responder a las preguntas que se os han hecho y no saldrán de aquí hasta que estemos perfectamente informados.

Entonces, los otros tres caballeros aparecieron y dijeron que, puesto que no queríamos hablar de buen grado, había medios para hacernos explicar a la fuerza.

—Me opongo, hijos míos —dice el viejo—, no habrá aquí ninguna violencia; detestamos los medios que tienen nuestros enemigos para hacer el mal y nunca los imitamos. Solamente rogaremos a estas damas que escriban al ministro para que se presente en esta casa; y su billete estará escrito de forma que le haga creer que sólo son ellas las que lo solicitan para un asunto de la mayor importancia. Vendrá; nosotros lo interrogaremos; tendrá que decir dónde está mi hijo, dónde está mi hija: esta mano, sin eso, por muy temblorosa que esté, sabrá encontrar la energía necesaria para clavarle un puñal en el pecho... ¡Pérfidos abusos de la tiranía!... ¡Funestos peligros del despotismo! ¡Oh pueblo francés!, ¿cuándo te rebelarás contra esos horrores?, ¿cuándo, cansado de la esclavitud y consciente de tu propia fuerza, levantarás la cabeza por encima de las cadenas con que te rodean los criminales coronados y sabrás devolverte la libertad a la que te ha destinado la naturaleza?... Que se dé papel a estas damas y que escriban.

—Entreténlos —digo en voz baja a Clairwil— y déjame redactar ese billete.

Hice saber al ministro:

«Un asunto de la mayor importancia os llama aquí; seguid al guía que os enviamos y no perdáis ni un minuto».

Enseño la carta, la encuentran bien. Entonces, con un lápiz oculto en mi mano, tengo tiempo, al meterla en el sobre, de insertar prontamente las palabras siguientes:

«Estamos perdidas si no acudís con fuerzas; y es por la fuerza como escribimos lo que precede».

Se cierra el paquete, uno de nuestros conductores parte y nos hacen pasar a una habitación alta, donde nos encierran cuidadosamente, con un guardia permanente en nuestra puerta.

En cuanto estuve sola con Clairwil, le doy parte de lo que había

añadido al billete.

—Eso no basta para tranquilizarme —me dice—: Si llega aquí con esa fuerza, somos degolladas en el momento en que estas gentes lo vean llegar con ella; preferiría esforzarme en seducir a nuestro guardia.

—Eso es imposible —respondí—, estos no son pícaros asalariados; ligados todos por el sentimiento del honor, con tal de que no lo estén por el de la sangre, puedes comprender que nada en el mundo les hará renunciar al fatal proyecto de venganza. ¡Ah! Clairwil, no debo de estar todavía muy firme en nuestros principios, porque temo que una fatalidad cualquiera, a la que puedes dar el nombre que quieras, haga triunfar al fin a la virtud.

—¡Nunca! ¡Nunca!, el triunfo siempre pertenece a la fuerza, y nada posee tanta como el crimen; no te perdono esta debilidad.

—Es que este es el primer contratiempo que encuentro.

—Es el segundo, Juliette: recuerda mejor las circunstancias de tu vida y acuérdate de que la fortuna no te cubrió con sus favores más que al salir de una prisión que debía llevarte a la horca.

—Eso es verdad; esta anécdota olvidada me devuelve mi valor; tengamos paciencia.

Nada en el mundo podía apagar en esta mujer singular los fuegos del libertinaje por los que estaba devorada. ¿Lo podéis creer? No había más que una cama en la habitación donde nos habían relegado: me propuso que nos echásemos allí las cuatro y que nos masturbásemos hasta la llegada de Saint-Fond. Pero al no encontrar ni a mis mujeres ni a mí en disposición bastante tranquila para aceptar sus extravagancias, esperamos charlando el resultado de esta funesta aventura.

Monsieur de Saint-Fond vio, como Clairwil, el inconveniente de hacer atacar el castillo por la fuerza mientras nosotras estuviésemos allí: el engaño le pareció preferible; y este fue el que utilizó antes de llegar a medios violentos.

El expreso que habíamos enviado volvió con dos jóvenes desconocidos para nosotras. Y este era el contenido del billete que traían al viejo:

«Un hombre galante no debe retener a mujeres por un asunto que sólo es cosa de hombres: entregad a las que injustamente detenéis. Os envió a mi primo hermano y mi sobrino como rehenes; creed que tengo más interés en quitároslos de vuestras manos que a las mujeres que están en depósito en vuestra casa. Por otra parte, estad totalmente tranquilo sobre la suerte de las personas que os interesan; es cierto que están detenidas, pero en mi casa; y soy yo quien os responde de ellas: estarán en vuestros brazos dentro de tres días. Una vez más, quedaos con mis parientes y envidad a las mujeres; yo mismo estaré en vuestra casa dentro de cuatro horas».

La mayor presencia de ánimo nos sirvió aquí. El billete apenas había sido leído delante de nosotras, cuando ya adivinamos.

—¿Conocéis a estos señores? —nos preguntó el viejo.

—Claro —respondí—, son los parientes del ministro; si se ofrecen a quedarse por nosotras, esto rehenes, me parece, deben bastaros.

Se deliberaba sobre nuestra libertad, cuando, uno de nuestros ladrones, tomando la palabra:

—Esto puede ser una trampa —exclamó—, me opongo a la partida de las mujeres: quedémonos con todos, son dos rehenes más.

Se llegó a esta opinión y los imbéciles (porque está dicho que es preciso que la virtud haga constantemente estupideces), los estúpidos animales, nos pusieron a todos en la misma habitación.

Tranquilizaos, señoras —nos dice en seguida uno de los pretendidos parientes del ministro—, veis cuál ha sido la índole del engaño del Monsieur de Saint-Fond. Él no dudaba de que quizás no tuviese éxito: no importa —ha dicho—, de todos modos les envío defensores y les dirán, como podemos afirmar, que toda la policía de París, de la que somos miembros, asedia el castillo dentro de dos horas. Estad tranquilas, estamos bien armados, y si esta buena gente quiere, al verse engañada, emprender algo contra nosotros, estad seguras de que os defenderemos.

—Todo mi temor —dice Clairwil— está en que esos animales, al ver la tontería que han hecho en reunirnos, vengán a separarnos para quitarnos todos nuestros recursos.

—No hay más que —digo infinitamente más tranquila— unirnos de manera que seamos inseparables.

—¿Cómo —dice Clairwil—, tú que temblabas hace un momento en una situación más o menos parecida, te atreves ahora a tener ideas?

—Es que estoy tranquila —repliqué— y porque realmente estos dos jóvenes son muy guapos.

Uno de ellos, llamado Pauli, tenía efectivamente veintitrés años y el rostro más dulce, más delicado que fuese posible ver; el otro tenía dos años más, el aire menos afeminado pero digno de ser pintado y el más hermoso miembro.

—Vamos —dice Clairwil—, estos señores permitirán que dispongamos de ellos. Antes de saber lo que piensan, aquí está, me parece, lo que hace falta para que todo esto se solucione.

A estas palabras, besamos simultáneamente a nuestros guardianes con tanto ardor, que la respuesta que tenían que darnos se pintó pronto en sus ojos.

—Sí —siguió Clairwil—, puesto que su consentimiento es tan formal, así es cómo tiene que ocurrir todo. Pauli va a fornicarte,

Juliette; yo me lo haré dar por La noche; en cuanto las dos estemos encoñadas, Elvire me excitará el clitoris con una mano, el agujero del culo con la otra; Montalme te hará otro tanto. Ambas, al alcance de ser manoseadas por nuestros fornicadores, les presentarán todo lo que llevan; verás cómo, frotadas más fuerte, ganaremos a esta infidelidad: todas las mujeres voluptuosas deberían permitirse cosas semejantes, pronto se darían cuenta del provecho que obtendrían. Sin embargo, constantemente atentas las dos a las sensaciones experimentadas por nuestros jóvenes fornicadores, en cuanto los vean a punto de descargar, cogerán sus miembros y nos los meterán en seguida en el culo, para que el semen sólo se descargue ahí; en cuanto hayan descargado los dos, cambiaremos de hombre y de mujer. Pero, colocadas las dos una junto a la otra, sólo nos ocuparemos de nosotras; nos besaremos, nos lengüetearemos, amor mío, y consideraremos —me añadió muy bajo— a estos viles seres que trabajarán para darnos placer como esclavos pagados por nuestras pasiones y que la naturaleza nos somete.

—Así es —digo—, no comprendo que nos pudiésemos excitar con otra idea.

Y en un momento estábamos las dos sobre la cama, con las faldas remangadas hasta por encima del vientre. Nuestras ayudantes se apoderan primero de los instrumentos, nos los preparan, nos los muestran y los engullimos pronto en nuestros coños anhelantes. Si Clairwil era vigorosamente fornicada por Laroche, ciertamente, yo no podía quejarme de Pauli; su miembro no era exactamente tan gordo como el de su camarada, pero era muy largo y yo lo sentía en el fondo de mi matriz; divinamente excitada además por Montalme, voluptuosamente besada por mi amiga, ambas habíamos descargado ya dos veces cuando el cambio de mano ejecutado por Montalme con toda la rapidez posible, me advirtió de la crisis de mi joven amante, cuyos ríos de semen me inundan el culo de la forma más deliciosa. La hábil Montalme, mientras tanto, sustituía con tres dedos reunidos lo que mi coño acababa de perder y continuaba excitándome el clitoris. Una *blasfemia*, bien asentada por mi amiga, me previno de que ella sentía lo mismo; y los chorros de esperma tan abundantes no nos inundaron las entrañas hasta la tercera eyaculación.

—Cambiemos —dice Clairwil—; prueba a Laroche, voy a coger a Pauli.

Jóvenes y vigorosos los dos, nuestros atletas ni siquiera nos piden un respiro y heme aquí fornicada por uno de los más hermosos miembros posibles.

Fue durante esta segunda carrera cuando Clairwil, siempre inclinada sobre mí, siempre lengüeteándose y ocupándose sólo de mí,

convino que su abominable cabeza le aconsejaba una infamia.

—¡Oh joder! —le digo—, apresurémonos a ejecutarla, porque los horrores me gustan infinitamente.

—No, quiero sorprenderte —dice Clairwil—... Conténtate con saber solamente que esta extraña idea es la única causa del semen que pierdo en tus brazos.

Y la pícara partió con convulsiones y brincos con los que seguramente su fornicador no se habría calentado como lo hizo si hubiese adivinado la causa. Vuelta en sí y con Pauli dentro:

—Escucha —me dice muy bajo—, veo que de todos modos tengo que informarte, porque sin eso no podrías secundar mis proyectos. Va a haber un ataque; nos defenderemos. Pidamos armas a estos jóvenes, y para agradecerles todos los servicios que nos prestan, volémosles el cerebro durante la batalla. Este asesinato pasará a la cuenta de nuestros enemigos y Saint-Fond, más convencido de los peligros que habrás corrido, te concederá sin duda una mayor recompensa.

—¡Oh!, ¡jodida zorra! —digo a Clairwil, descargando yo misma como una puta ante esta idea—, ¡oh!, ¡santo Dios!, ¡cómo me inflama este proyecto!

Y durante este tiempo yo inundaba el miembro de Laroche, quien, viéndose a punto de imitarme, hizo su cambio en el mismo instante de mi descarga, lo que me sumergió en un delirio que me sería imposible pintarlos, sin que haya nada tan delicioso, lo afirmo, como el sentir un miembro penetrar en el culo de uno en el mismo momento en que se descarga. El ruido que oímos en ese instante nos hizo saltar de la cama.

—Ahí están —dice Clairwil—, dadnos pistolas, hijos míos, para que podamos defendernos.

—Aquí las tenéis —dice Laroche—, hay tres balas en cada una.

—Bien —dice Clairwil—, estad seguros de que pronto estarán en el corazón de alguien.

El ruido aumenta y se hace oír a la vez en todas partes del castillo: «¡A las armas!», exclaman.

—Vamos —dice Laroche—, empecemos ahora; que estas damas se coloquen en grupo detrás de nosotros, les serviremos de escudo.

Era el momento; nuestros raptos, forzados ya en la parte baja del castillo por el destacamento enviado de París, se retiraban hacia donde nosotros estábamos, con el deseo de degollarnos antes de rendirse; pero desgraciadamente, seguidos desde demasiado cerca, no pudieron entrar más que mezclados con nuestros liberadores. Se hizo un fuego terrible al forzar nuestra habitación. Colocadas detrás de los que nos defienden, este es el momento que elegimos para liberarnos del peso de la gratitud. Caen llenos de sangre a nuestros pies, y nuestros sexos estaban todavía cubiertos del semen de aquellos a los

que nuestra inicua maldad arrancaba tan cruelmente de la vida. Podéis imaginar fácilmente que esta acción fue puesta en la cuenta de nuestros enemigos, a quienes apuñalaron en seguida los oficiales del destacamento para vengar a sus camaradas. El viejo y las mujeres jóvenes, que quedaron solos, fueron metidos en un coche y bajo una buena vigilancia conducidos a la Bastilla; el resto del destacamento, habiendo hecho preparar nuestro coche, nos escoltó hasta mi casa, donde exigí a Clairwil que no me abandonase hasta después de cenar.

Apenas habíamos llegado, cuando nos anunciaron a Saint-Fond.

—¿Le confesaremos nuestro pequeño horror? —digo con prontitud a mi amiga.

—No —me respondió—, hay que hacerlo todo y nunca decir nada.

El ministro entró, le agradecemos infinitamente los cuidados que se había tomado. A su vez, nos dio excusas de que un asunto personal suyo nos hubiese comprometido hasta ese punto.

—Hay ocho o diez hombres muertos —nos dice—, entre otros los dos jóvenes que os había enviado, los únicos que lamento.

—¡Ah! ¡Ah! —dice Clairwil—, sin duda tiene que haber razones para eso.

—Sí, los jodía a ambos desde hace bastante tiempo.

—¿Y es Saint-Fond —dice Clairwil— el que lamenta un objeto fornicado?

—No: eran hábiles, me servían a las mil maravillas en todas mis operaciones misteriosas.

—¡Oh!, os los sustituiremos —digo a Saint-Fond, haciéndole que se sentase a la mesa—; dejemos las desgracias y hablemos de vuestros éxitos.

Durante la comida, la conversación giró, como de costumbre, sobre materias de filosofía, y como el ministro tenía cosas que hacer y nosotras estábamos extremadamente cansadas, nos separamos. En la comida del día siguiente, mi desgraciada Palmire, a quien se envió a buscar unas horas antes a su calabozo, fue sacrificada sin piedad después de mil suplicios más bárbaros y más variados los unos que los otros. Saint-Fond me obligó a estrangularla mientras él la fornicaba el culo. Me la pagó a veinticinco mil francos; y por las descripciones que le hice de todos los peligros de la víspera, me completó el doble.

Pasaron dos meses sin ningún acontecimiento que pueda añadir algún interés a mis escritos. Y acababa de alcanzar mis dieciocho años cuando Saint-Fond, llegando una mañana a mi casa, me dice que había ido a ver a las dos hermanas de Madame de Cloris a la Bastilla, que las había encontrado a las dos mucho más bonitas que la que habíamos sacrificado, pero que la más pequeña, sobre todo, que era de mi edad, era una de las muchachas más hermosas que fuese posible

ver.

—¡Pues bien! —digo—, ¿será una partida de placer?

—Claro —me respondió.

—¿Y el viejo?

—Caldo de cultivo.

—Sí, pero son tres prisioneros menos: ¿y el gobernador, que no vive más que de eso?

—¡Oh!, las sustituciones son fáciles. En primer lugar, os pido el primer puesto para una pariente de Clairwil que quiere hacerse la mojigata con ella y no la quiere bien, a causa del libertinaje de esta querida amiga. Respecto a los otros dos, me las guardo, y os prometo hacéros las firmar en ocho días. Vamos —dice el ministro, cogiendo una hoja de su agenda—, *la comida del hombre y la salida de las mujeres...* Sal mañana, Juliette, y lleva contigo a Clairwil, es encantadora, llena de imaginación: haremos una escena deliciosa.

—¿Os harán falta hombres y zorras?

—No, las escenas particulares valen algunas veces más que las orgías: más recogidas, se hacen más horrores, y como estamos bien juntos, nos entregamos infinitamente más.

—Pero ¡se necesitarán dos mujeres para ayudar!

—Sí, dos viejas; me las buscarás al menos de sesenta años, es un capricho: hace mucho tiempo que me aseguran que no hay nada para que se ponga tiesa como la decrepitud de la naturaleza; quiero probarlo.

—Le falta algo a todo eso —dice Clairwil, a quien fui en seguida a dar parte de las intenciones del ministro—. Esas jóvenes deben de tener amantes: hay que descubrirlos, hacerlos robar e inmolarlos con ellas; hay un millón de detalles voluptuosos que obtener de estas situaciones.

Vuelo a casa del ministro; le cuento las ideas de Clairwil; las aprueba; la partida se retrasa ocho días y los amantes son buscados.

Los horrores necesarios para descubrir a estos nuevos individuos fueron voluptuosidades para Saint-Fond. Se presenta en la Bastilla, hace meter en el calabozo a cada una de estas muchachas, él mismo va a interrogarlas, y mezclando hábilmente la esperanza y el temor, utilizándolos alternativamente, logra descubrir que Mlle. Faustine, la más pequeña de las hermanas de Madame de Cloris, tenía por amante a un joven llamado Dormon, exactamente de la misma edad que ella; y que su hermana, Mlle. Félicité, de veinticinco años, había entregado igualmente su corazón al joven Delnos, uno de los muchachos más hermosos de París y que podía tener dos años más que ella. Cuatro días bastaron para encontrar faltas a estos jóvenes; no se reparaba en detalles en un siglo en el que el abuso del crédito era tal, que los ayudantes de gente de posición hacían ellos mismos encerrar a quien

bien les parecía. Estas nuevas víctimas no durmieron más que una noche en la Bastilla; fueron transferidos la noche siguiente a mi casa de campo, adonde las señoritas habían llegado la víspera. Clairwil y yo los habíamos recibido y encerrado a todos, pero por separado; y ninguno de estos prisioneros, aunque bastante cerca los unos de los otros, sospechaba hasta qué punto le interesaba su vecino.

Después de una gran cena, pasamos a un salón donde estaba todo dispuesto para las execraciones proyectadas. Las dos viejas, vestidas de matronas romanas, esperaban trenzando verguetas las órdenes que se les diesen. Antes de empezar nada, atraído por la superioridad del culo de Clairwil, Saint-Fond quiso rendirle homenaje. Inclínada sobre un sofá, la zorra se lo presenta como una mujer hábil; y, mientras que yo le chupo el clítoris, Saint-Fond le introduce al menos seis pulgadas de lengua en el culo.

Saint-Fond estaba en erección; sodomiza a Clairwil, besando mi culo; un momento después me sodomiza a mí, acariciando el voluptuoso culo de Clairwil.

—¡Vamos!, manos a la obra —dice Saint-Fond—, descargaré si tardamos; tenéis las dos unos culos a los que no me puedo resistir.

—Saint-Fond —dice Clairwil—, tengo que pedirte dos favores: el primero es que te muestres muy cruel; no te puedes imaginar, querido, hasta qué punto lo estoy siendo yo; el segundo es que me dejes el asesinato de los dos jóvenes. Dar suplicios a los hombres es, lo sabes, mi pasión favorita; tanto como te gusta atormentar a mi sexo, me gusta a mí vejar al tuyo, y voy a gozar martirizando a esos dos guapos muchachos mucho más, quizás de lo que te deleitarás tú masacrando a sus dos amantes.

—Clairwil, sois un monstruo.

—Lo sé, querido, y lo que me humilla es ser sobrepasada cada día por ti.

Al haber deseado Saint-Fond ver en primer lugar solo a cada uno de los cuatro amantes, una de las viejas trajo a Dormon, cuya querida era Faustine, la más pequeña de las hermanas de Madame de Cloris.

—Joven —le dice Clairwil—, aparecéis aquí ante vuestro amo; pensad que la más completa sumisión y la más escrupulosa verdad deben dirigir vuestra conducta y vuestras respuestas: en sus manos está vuestra vida.

—¡Ay de mí! —respondió humildemente este desgraciado—, no tengo nada que decir, señora; ignoro por completo la causa de mi detención y no puedo comprender por qué fatalidad me encuentro hoy como una víctima de la suerte.

—¿No estabais destinado —le preguntó Clairwil, que lo devoraba con los ojos— a casaros con Faustine?

—Esa unión debía hacer mi felicidad.

—¿Ignoráis el cruel asunto en el que estaban implicados sus parientes?

—¡Ay!, señora, sólo les conocía virtudes: ¿podía existir el vicio donde había nacido Faustine?

—¡Ah! —digo—, ¡es un héroe de novela!

—Seré siempre amigo de la virtud.

—El entusiasmo que se siente por ella a vuestra edad —dice Clairwil— ha perdido con frecuencia a muchos hombres. Por lo demás, no es de nada de eso de lo que se trata aquí: os hemos hecho venir para informaros de que vuestra Faustine está aquí, y que si queréis abandonarla al goce del ministro, su gracia y la vuestra recompensarán el sacrificio.

—No merezco gracia, puesto que no he cometido crímenes —respondió orgullosamente este joven—. Pero aunque tuviese mil muertes, os declaro que no compraré nunca la vida al precio de la atrocidad que os habéis atrevido a hacerme entrever.

—¡Vamos!, señora, *¡el culo!, ¡el culo!...* —exclamó Saint-Fond excitado—, vemos que este granujilla es un testarudo al que sólo con la violencia haremos entrar en razones.

Y, a estas palabras, Clairwil y las dos viejas, se lanzan sobre el joven y lo desnudan y agarrotan en un abrir y cerrar de ojos.

Lo conducen hasta Saint-Fond, que examina detalladamente durante algunos minutos el más bonito culo de hombre que sea posible ver: y ustedes saben, los señores entendidos, que, respecto a estas partes, ustedes lo tienen puesto con frecuencia mejor que nosotras.

—¡Ah! —dice el desgraciado Dormon, en cuanto ve las infamias a las que está destinado—, ¡me han engañado, estoy en casa de unos monstruos!

—Señor —le dice Clairwil—, pronto se lo probaremos.

Y después de algunos horrores preliminares, se me encargó que trajese a Faustine. Era difícil ser más hermosa, estar mejor hecha, ser más interesante y más dulce; ¡cuántos nuevos atractivos le prestó el pudor, cuando vio la escena en que se la recibía! Creyó desmayarse al ver a su amante objeto de las caricias de Clairwil y de Saint-Fond.

—Tranquilizaos, hermoso ángel —le digo en seguida—: Nosotros jodemos, corazón mío, nos zambullimos en la impudicia; vais a mostrar vuestro hermoso culo como nosotros ofrecemos el nuestro y no os encontraréis a disgusto.

—Pero ¿qué significa todo esto?... por favor, ¿dónde estoy?... explicadme...

—Estáis en la casa del ministro, vuestro tío, vuestro amigo; vuestro asunto está en sus manos, y no sabéis cuán grave es lo que os compromete. Sed sumisa y complaciente, monseñor puede

solucionarlo todo.

—¿Y Dormon ha podido someterse...?

—¡Ah! —respondió el desgraciado joven—, soy, como tú, víctima de la fuerza. Pero si el día de la deshonra luce hoy para nosotros, el de la venganza nos consolará quizás pronto.

—Dejemos el heroísmo, joven —dice Saint-Fond, aplicando una vigorosa bofetada sobre las descubiertas nalgas de este hermoso hablador—, y esa elocuencia incendiaria servirá más bien para entregar a vuestra amante a todos mis caprichos... y serán violentos a solas con ella... la trataré mal.

Aquí, dos ríos de lágrimas brotan de los soberbios ojos de Faustine, profundos gemidos se hacen oír; el cruel Saint-Fond, con su miembro en la mano, se acerca a mirarla bajo la nariz.

—¡Oh, joder! —exclamó—, así es como me gustan las mujeres... ¡Que no pueda reducirlas a todas a este estado con una sola palabra! Llorad, pequeña, llorad... tomad, llorad sobre mi miembro; sin embargo, no perdáis todas vuestras lágrimas: pronto las necesitaréis para cosas de mayor importancia.

Realmente, no me atrevo a deciros hasta qué punto llevó el ultraje; parecía que su mayor placer fuese insultar a la inocencia e injuriar a la belleza desgraciada. Los reflejos de placer que llegamos a hacer experimentar a esta niña se cambiaron pronto en penas; Saint-Fond enjugó sus lágrimas con su miembro.

La principal pasión de Clairwil no era, como os he dicho, zurrar a las mujeres: ella amaba dar a la naturaleza la salida de sus inclinaciones hacia la crueldad sobre los hombres; pero aunque ella no actuase ¡lo veía con placer!, y cerca de Dormon, al que excitaba, observaba con una curiosidad malvada todos los ultrajes realizados sobre Faustine; incluso los aconsejaba.

—Vamos —dice Saint-Fond—, hay que juntar lo que pronto debía afianzar el himeneo; no soy lo suficientemente cruel —añadió irónicamente— para no ceder al señor una de las dos virginidades de su bonita amante; Clairwil dispón al macho: yo voy a preparar a la hembra.

Nunca habría creído, lo confieso, que esta empresa fuese posible. El terror, la pena, la inquietud, las lágrimas, en fin, el terrible estado de estos dos amantes ¿podía permitirles el amor? Sin duda se operó aquí uno de los más grandes milagros de la naturaleza y su fuerza triunfó sobre todos los males de su imaginación: Dormon, arrebatado, fornicó a su amante. Sólo tuvimos que sujetar a ella; sólo en ella, el dolor, superior a todo, no dejó ya acceso al placer; por mucho que hicimos, por más que la excitamos, la regañamos o la acariciamos, su alma no salió ya de la horrible situación en que la sumergía esta aterradora escena; y no obtuvimos de ella más que desesperación y

lágrimas...

—La amo más por eso —dice Saint-Fond—: No siento ningún deseo de ver las impresiones del placer sobre el rostro de una mujer, ¡son tan dudosas!; prefiero las del dolor, engañan menos.

Sin embargo, la sangre corre ya, las primicias están recogidas. Por la postura que había dispuesto Clairwil, Dormon tenía a Faustine en sus brazos, absolutamente inclinada sobre él, de manera que por medio de esta postura, la bonita muchachita expusiese las más hermosas nalgas que fuese posible ver.

—Mantenedla en esa postura —dice Saint-Fond a una de las viejas —, voy a sodomizarla mientras que se la encoña: es preciso que pierda sus dos virginidades a la vez.

La operación tuvo el mejor de los éxitos, sin embargo, no sin hacer lanzar a la joven los gritos más agudos, a la que jamás había perforado semejante dardo. ¡Ay!, era para ella el funesto día de los dolores. Mientras fornicaba el disoluto manoseaba a las viejas, en tanto que yo acariciaba a Clairwil; el prudente Saint-Fond, avaro de su semen, retiene sus esclusas y pasamos a otras lujurias.

—Joven —dice Saint-Fond—, voy a exigir de vos algo muy extraordinario y que sin duda encontraréis muy bárbaro, pero, aunque puede serlo, estad seguro de que es la única forma de salvar a vuestra amante. Voy a hacerla atar a esa columna, vos os armaréis con este puñado de varas, y le desgarraréis las nalgas.

—¡Monstruo!, ¿puedes proponerme...?

—¿Preferís que la mate? Dadla por muerta si no obedecéis.

—¿Y qué más da? ¡Es preciso que yo no tenga un punto medio entre esa infamia y el dolor de perder lo que amo!

—Porque tú eres aquí el más débil —digo yo— y, por consiguiente debes ceder a cualquier cosa: así pues, realiza lo que se te propone, o tu amante será apuñalada ante tus ojos.

La gran habilidad de Saint-Fond residía en poner siempre a las víctimas en semejante situación, que nunca tuviesen otro partido que tomar más que aquella de las dos desgracias que convenía más a su pérfido libertinaje. Dormon, temblando, ni acepta ni se niega; su silencio habla. Faustine es atada por mí; me doy el gran placer de martirizar las partes delicadas de este hermoso cuerpo con los lazos con que la agarroto; me gusta presentar de esta forma la inocencia a todas las tentativas del crimen; la malvada Clairwil le chupaba la boca entretanto. ¡Qué atractivos para martirizar!... ¡Oh!, cuando el cielo no se arma para defenderlos, es que quiere convencer a los hombres del desprecio que siente por la virtud.

—Tendréis que proceder de esta manera —dice Saint-Fond aplicando diez golpes con toda su fuerza sobre las blancas y rollizas nalgas que le son ofrecidas—. Sí, de esta manera —continuó, mientras

le cimbraba otros diez, cuyas violetas magulladuras contrastaban ya maravillosamente con la blancura de esta piel fina y delicada.

—¡Oh!, señor, nunca podré...

Y sin embargo, como se redoblan las amenazas, como Clairwil llena de furor exclama que no hay más que desollarlo a él mismo si se resiste y que era preciso que se decidiese a este ligero ultraje o consentir en perder lo que ama, Dormon empieza: ¡pero qué debilidad! Es preciso que Saint-Fond sostenga su brazo, que lo dirija. Mi amante se impacienta, un puñal se eleva sobre el seno palpitante de Faustine; Dormon redobla... se desmaya...

—¡Ah, joder! —dice Saint-Fond, excitado como un carmelita—, veo que hace falta que la maldad se mezcle en todo esto; el amor no vale nada.

Y dando rienda suelta a su agitación sobre las hermosas nalgas que le son ofrecidas, en menos de un cuarto de hora inunda de sangre el culo de la víctima. Cerca de allí se cometía otro horror: Clairwil, lejos de socorrer a Dormon, ejecuta sobre él todo lo que le sugiere su ferocidad.

—Yo vengo a mi sexo —exclama, y sus manos bárbaras devolvían a Dormon, atado por las viejas, todo lo que Saint-Fond aplicaba a Faustine.

Pronto estuvieron los dos desgraciados amantes en el estado más terrible. Aunque no juzgo a Clairwil, confieso que su crueldad me sorprendió; pero cuando la vi entregarse a execraciones de muy distinta especie, cuando la vi embadurnarse las mejillas con la sangre de su víctima, chuparla, tragarla, alimentarse con ella lúbricamente; cuando la vi frotar su clitoris sobre las sangrantes heridas que hacía a ese desgraciado, cuando la oí que me gritaba: *¡Imítame, Juliette!*... arrastrada por el terrible ejemplo de esta salvaje y, más aún, quizás por mi maldita imaginación, tengo que confesarlo, amigos míos, hice como ella... ¿Qué digo?, la superé quizás, quizás encendí su imaginación por fechorías en las que ella no pensaba; pero todo me encendía igualmente: no había ninguna restricción en mi alma perversa y la conmoción recibida en mí, por los dolores que yo imponía, llegaba tanto a canibalizar a un hombre como a martirizar a una mujer.

Saint-Fond no quiso proceder a las grandes expediciones hasta que no apareciese la otra pareja. Se ató a esta; vino la otra. Delnos y Félicité experimentaron los mismos tratamientos, con la excepción de que las cosas se realizaron en sentido inverso y que en lugar de persuadir al amante a que abandonase a su querida bajo las más terribles amenazas, fue a la querida (pero con tan poco fruto como antes) a la que se persuadió para que abandonase al amante. Félicité era una bonita muchacha de veinte años, un poco menos blanca que

su hermana, pero de formas tan agradables y con los ojos más expresivos; mostró más energía que su hermana y Delnos mucha menos que Dormon. Sin embargo, nuestro antropófago, cuando iba a sodomizar a esta segunda muchacha, perdió su semen, a pesar suyo, en el hermoso culo de Delnos, mientras martirizaba los encantadores pechos de Félicité. Tranquilamente sentado ahora, entre Clairwil que lo socratizaba y yo que se lo meneaba, en frente de las dos parejas atadas bajo sus ojos, nos consultaba sobre la suerte de las víctimas.

—Soy el verdugo de toda esta familia —nos decía excitándose—: Tres perdieron aquí la cabeza, hice matar a dos en su casa de campo, he hecho envenenar a uno en la Bastilla y espero no fallar con estos cuatro. No conozco nada tan delicioso como este cálculo: se dice que Tiberio se entregaba a él todas las noches; el crimen no sería nada sin sus dulces recuerdos. ¡Oh Clairwil!, ¡a dónde nos arrastran las pasiones! Dime, ángel mío, ¿tendrías la cabeza suficientemente tranquila... por casualidad habrás descargado lo bastante para hacerme unos hermosos discursos sobre eso?

—¡No, joder!, ¡no, no, santo Dios! —respondió Clairwil, roja como una bacante— tengo más ganas de actuar que de hablar; un fuego devorador corre por mis venas, necesito horrores, estoy fuera de mí...

—Cometer infinitas atrocidades es también mi intención —dice Saint-Fond—, esas dos parejas me excitan; es inicuo los tormentos que les deseo y que querría verles sufrir.

Y los desgraciados oían todo lo que decíamos; ¡nos veían conspirar contra ellos... y no se morían!

La fatal rueda, inventada por Delcour, estaba ante nuestra vista. Saint-Fond la consideraba malsanamente, y la idea de colocar en ella a alguna víctima lanzó en seguida su miembro hacia arriba. Entonces, el criminal, después de haber explicado bien alto las propiedades de esta infernal máquina, dice que era preciso que las dos mujeres lo echasen a suertes para saber cuál de las dos sería atada a ella. Clairwil combatió este proyecto, asegurando que, puesto que Saint-Fond había visto ya a una muchacha en ella, era preciso que se procurase el placer de ver a un muchacho; pidió la preferencia para Dormon, que le calentaba prodigiosamente la cabeza. Pero Saint-Fond dice que él no quería preferencias; que el honor de perecer el primero, y por semejante suplicio, era bastante grande, y que no se necesitaban más. Se escriben billetes; los jóvenes sacan; Dormon tiene el billete negro.

—Hace mucho tiempo que el cielo satisface mis deseos —dice Clairwil—; ¡no he concebido nunca un crimen que esa execrable quimera, a la que llamáis el Ser supremo, no haya favorecido al momento!

—Besad a vuestra prometida —dice mi amante, desatando a

Dormon, al que, no obstante le deja las cadenas de las piernas y de los brazos—, besadla, hijo mío, no os perderá ni un solo momento de vista durante vuestra ejecución. Os juro que voy a sodomizarla ante vuestros ojos.

Entonces, arrastrando al joven, según su costumbre, bien encadenado, se encierra con él durante una hora; parecía que en ese momento el libertino confiaba a la víctima un secreto impenetrable y que esta estaba como encargada de llevarlo al otro mundo.

—¿Pero qué hace allí? —dice Clairwil, aburrida de esperar y acercándose a la puerta del gabinete.

—No sé nada —respondí—, pero deseo saberlo con tal ardor que casi tengo ganas de decirle que me sacrifique para enterarme.

Dormon sale; sus carnes llevan las huellas de varias vejaciones crueles; sus nalgas y sus muslos, sobre todo, habían sido violentamente martirizadas: la vergüenza, la rabia, el temor y el dolor se debatían en su frente alterada; la sangre corría de su miembro y de su escroto y sus mejillas, vivamente coloreadas, llevaban la huella de varias bofetadas. En cuanto a Saint-Fond, estaba muy excitado; la barbarie más atroz se pintaba en cada uno de sus rasgos; todavía tenía una mano en el culo de la víctima cuando volvieron.

—¡Vamos, jodido bribón! —le dice Clairwil, regocijándose de verlo aparecer así—, ¡vamos, vamos!, tenemos que empezar... Saint-Fond —prosiguió esta arpía—, no hay suficientes hombres aquí: me gustaría ser prodigiosamente jodida mientras veo expirar a ese pillo.

—Su amante te lo meneará —dice Saint-Fond—, y yo te daré mientras por el culo.

—¿Y correrá la sangre sobre nosotros?

—Sin duda...

—Vamos —dice Clairwil—, bésame, jódeme, antes de ir al suplicio.

Y como se resistía un poco, la zorra le frotó la nariz con su culo; a continuación, se le permitió que fuese a besar a su amante que se fundía en lágrimas. Clairwil lo excitaba y Saint-Fond acariciaba el clítoris de la joven; las viejas lo cogen por fin y lo fijan a la rueda fatal. Faustine, tumbada sobre Clairwil, se ve obligada a meneárselo; mi amiga me besa, me acaricia mientras tanto. Saint-Fond da por el culo a Faustine y pronto la sangre nos cubre a los cuatro. La joven no soporta este espantoso espectáculo hasta el final: sofocada por el dolor, expira.

—¡Un momento, un momento! —exclamó Saint-Fond—, creo que la zorra quiere morir sin que sea yo la causa de ello.

Y el villano descarga, diciendo esto, en un cuerpo que ya no existía. Clairwil, cuyas criminales manos amasan los cojones de Delnos, mientras yo pinchaba con puntas de aguja las nalgas de este

joven, no puede contenerse ante el espectáculo de Dormon en la rueda y la puta descarga tres veces, profiriendo aullidos semejantes a los de una bestia feroz.

Ya sólo quedaban Félicité y su joven amante.

—¡Ah, joder! —dice Saint-Fond—, es preciso que el suplicio de esta zorra me compense del otro; y puesto que antes fue la querida la que vio morir al amante, ahora quiero que sea el amante el que vea expirar a la querida.

La conduce al gabinete secreto y, después de una buena media hora a solas, la trae de nuevo en un estado lamentable. Es condenada a ser empalada viva: el mismo Saint-Fond le mete por el culo una estaca que le sale por la boca, y esta estaca enderezada permanece con la víctima, de muestra en el salón, todo el día.

—Amigo mío —dice Clairwil—, te pido insistentemente que me dejes la elección del suplicio de esta última víctima; creo que este pillo se parece a Jesucristo, y quiero tratarlo de la misma manera.

La idea hizo reír mucho; todo se dispone durante la entrevista a solas; no se olvida nada. La historia de la pasión del bastardo de María se pone encima de la espalda descubierta de una de las viejas; yo estoy encargada de leer y de dirigir. El joven vuelve ya muy maltratado; Clairwil, Saint-Fond y la otra vieja lo preparan; lo atan a la cruz y sufre exactamente todo lo que los sabios romanos hicieron soportar al pícaro simplón de Galilea; se le atraviesa el costado; se le corona de espinas, se le da a beber con una esponja. Por último, viendo que no se muere, se quiere ir más allá del suplicio del imbécil farsante de Judea: se le da la vuelta al paciente, y no hay ningún tipo de horrores que no hagamos sobre sus nalgas; las pinchamos, las quemamos, las desgarramos; Delnos expira por fin, violentamente. Clairwil y Saint-Fond, a los que yo excitaba con mis manos, descargan ampliamente; y como todo esto nos había llevado doce horas, los placeres deseados de la mesa suceden a estas infamias.

Clairwil, que quería saber el secreto de Saint-Fond, lo aturde a fuerza de vino, de caricias y de alabanzas; y cuando cree haberlo llevado al punto que deseaba, le dice:

—Así pues, ¿qué es lo que haces con tus víctimas, un rato antes de entregarlas al suplicio?

—Les anuncio su muerte.

—Hay algo más, estamos seguras.

—No.

—Lo sabemos.

—Es una debilidad ¿por qué obligarme a revelarla?

—Entonces, ¿tienes que tener secretos con nosotras? —digo a mi amante.

—Realmente, no hay ninguno.

—Sin embargo, nos lo ocultas, y te exigimos que nos lo digas.

—¿Para qué serviría?

—Para satisfacerlos, para contentar a las dos mejores amigas que tienes en el mundo.

—¡Sois unas mujeres crueles! ¿Pero no os dais cuenta de que no puedo haceros esa confesión sin caer en una vergonzosa baja?

—Es precisamente lo que queremos saber.

Entonces, redoblando ambas los ruegos, las alabanzas, caricias y seducciones, nuestro hombre, vencido, nos habla de la manera siguiente:

—Por mucho que me haya sacudido el yugo de la religión, amigas mías, no me ha sido posible defenderme de la esperanza de la otra vida. Si es verdad, me digo, que hay penas y recompensas en otro mundo, las víctimas de mi maldad triunfarán, serán felices. Esta idea me desespera; mi extrema barbarie hace de ella un tormento para mí: cuando yo inmoló un objeto, bien a mi ambición, bien a mi lubricidad, querría prolongar sus sufrimientos más allá de la inmensidad de los siglos. He consultado sobre eso a un célebre libertino, con el que estaba muy unido antes y que tenía los mismos gustos que yo. Este hombre lleno de conocimiento, gran alquimista, muy versado en astrología, me ha asegurado siempre que nada es más cierto que esos castigos y recompensas del futuro, y que, para impedir a la víctima que participe en las alegrías celestes, era preciso hacerle firmar, con sangre sacada cerca del corazón, que daba su alma al diablo, a continuación meterle este billete por el agujero del culo con el miembro, e imponerle durante este tiempo el dolor más fuerte que esté en nuestro poder hacerle soportar. Con este medio, me aseguró mi amigo que nunca entrará en el cielo el individuo que destruí. Sus sufrimientos, del mismo tipo que el que le habéis hecho soportar al meterle el billete, serán eternos, y se gozará del delicioso placer de haberlos prolongado más allá de los límites de la eternidad, si la eternidad pudiese tenerlos.

—Y entonces, ¿eso es lo que haces con tus víctimas? —dice Clairwil.

—Vos habéis querido que os lo confesase..., es una debilidad.

—Es una tontería, que prueba que estás más lejos de la filosofía de lo que yo te suponía: ¿acaso se puede, con inteligencia, adoptar por un momento el dogma absurdo de la inmortalidad del alma? Porque, sin la adopción de esta quimera religiosa repugnante, me confesarás que sería imposible creer en las penas y las recompensas de otra vida. Me gusta tu principio, es delicioso —prosiguió Clairwil—, está en mi manera de pensar: querer prolongar hasta el infinito los suplicios del ser que se entrega a la muerte es digno de tu cabeza; pero apoyar eso con extravagancias, eso es lo que no perdono de ninguna manera.

—¡Qué! —dice Saint-Fond—, mi divina esperanza se desvanece si no la apoyo sobre esa opinión.

—Es preferible saber renunciar a ella —dice Clairwil— que basarla en fábulas, porque la adopción de la fábula te haría un día más daño que el placer que te haya dado. Bah, conténtate con las desgracias que puedes imponer en este mundo y renuncia al vano proyecto de perpetuarla.

—No hay otra vida, Saint-Fond —digo yo entonces recordando principios de filosofía que había recibido en mi infancia—, esta quimera sólo tiene como garantía la imaginación de los hombres, que, al suponerla, no han hecho más que realizar el deseo que tienen de sobrevivir a sí mismos, a fin de gozar después de una felicidad más duradera y más pura que la que disfrutaban ahora. ¡Qué estúpido absurdo, primero, creer en un Dios, a continuación, imaginar que ese Dios reserva infinitos tormentos a la mayoría de los hombres! De esta forma, después de haber hecho a los mortales muy desgraciados en este mundo, la religión les hace entrever que ese Dios extraño, fruto de su credulidad o del engaño, podrá hacerles temer todavía otras desgracias en la otra vida. Sé bien que la gente sale de esto diciendo que, para entonces, la bondad de ese Dios sustituirá a su justicia; pero una bondad que deja sitio a la crueldad más terrible no es una bondad infinita. Por otra parte, un Dios que después de haber sido infinitamente bueno se convierte en infinitamente malvado, ¿puede ser considerado como un ser inmutable? ¿Un Dios lleno de furor es un ser en el que se pueda encontrar la sombra de la clemencia o de la bondad? Según las nociones de la teología, parece evidente que Dios no ha creado el mayor número de hombres más que con la intención de ponerlos en condiciones de incurrir en suplicios eternos. Por consiguiente, ¿no hubiese estado más de acuerdo con la bondad, la razón, la equidad, no crear más que piedras y plantas, que formar hombres cuya conducta podría atraer sobre ellos castigos sin fin? Un Dios bastante perverso, bastante malvado para crear un sólo hombre y para dejarlo expuesto a continuación al peligro de hacerse daño, no puede ser considerado como un ser perfecto; sólo debe serlo como un monstruo de sinrazón, de injusticia, de malicia y de atrocidad. Lejos de construir un Dios perfecto, los teólogos no han formado sino la más repugnante quimera, y han acabado de degradar su obra al atribuir a ese abominable Dios la invención de la eternidad de las penas. La crueldad que constituye nuestros placeres tiene al menos motivos; esos motivos son explicables y los conocemos; pero Dios no tenía ninguno para atormentar a las víctimas de su cólera, porque no podría castigar a seres que realmente no han podido ni poner en peligro su poder ni turbar su felicidad. Por otra parte, los suplicios de la otra vida serían inútiles para los vivos, que no pueden ser testigos de ellos; serían

inútiles para los condenados, porque no se convertirán en el infierno y porque allí el tiempo de la pretendida misericordia de ese Dios ya no existe: de donde se sigue que Dios, en el ejercicio de su venganza eterna, no puede tener otro fin que el de divertirse e insultar a la debilidad de sus criaturas; y vuestro infame Dios, al actuar de una forma más cruel que ningún hombre, y además, a diferencia de ellos, sin ningún motivo, se convierte, sólo por esto, en infinitamente más traidor, más farsante y más criminal que ellos.

—Vayamos más lejos —dice Clairwil—; voy a analizar, si queréis, con mayor detalle ese terrible dogma del infierno; estoy en condiciones de combatirlo bastante victoriosamente para que no quede ni la menor huella de su adopción en el espíritu de nuestro amigo. ¿Queréis oírme?

—Claro —respondimos.

Y así es cómo esta mujer, llena de inteligencia y de erudición, se explicó sobre este importante tema:

—Hay dogmas que algunas veces estamos obligados no a admitir, sino a suponer, a fin de estar en condiciones de combatir otros. Para destruir ante vuestros ojos el imbécil dogma del infierno, tenéis que permitirme que instaure de nuevo por un momento la quimera deísta. Obligada a servirme de ella como punto de apoyo en esta importante explicación, tengo que darle absolutamente una existencia momentánea: me lo perdonaréis, espero, tanto más cuanto que no imaginaréis que yo creo en ese abominable fantasma.

»El dogma del infierno está en sí mismo, lo confieso, tan desprovisto de verosimilitud, son tan débiles todos los argumentos que se intentan proponer para apoyarlo, que casi me ruborizo ante la obligación de combatirlos. No importa, arranquemos sin piedad a los cristianos hasta la esperanza de volver a encadenarnos de nuevo a los pies de su atroz religión y hagámosles ver que el dogma sobre el que se basan con más fuerza para asustarnos se disipa, como todas las demás quimeras, al más débil resplandor de la llama de la filosofía.

»Los principales argumentos de los que se sirven para establecer esta perniciosa fábula son:

»1.º Que al ser el pecado, respecto al Ser que se ofende, infinito, merece, por consiguiente, castigos infinitos; que habiendo dictado Dios leyes, está en su grandeza castigar a aquellos que las transgreden.

»2.º La universalidad de esta doctrina y la forma en que está anunciada en las Escrituras.

»3.º La necesidad de este dogma para contener a los pecadores y a los incrédulos.

»Estas son las bases que hay que destruir.

»Estaréis de acuerdo conmigo, me consta, en que la primera se destruye de forma natural por la desigualdad de los delitos. Según esta

doctrina, la falta más mínima sería castigada como la más grave: ahora bien, yo os pregunto si, admitiendo un Dios justo, es posible suponer una iniquidad de este tipo. Además, ¿quién ha creado al hombre? ¿Quién le ha dado las pasiones que deben castigar los tormentos del infierno? ¿Acaso no ha sido vuestro Dios? De esta forma, imbéciles cristianos, ¿admitís que por una parte ese ridículo Dios otorga al hombre inclinaciones que se ve obligado a castigar por otra? Pero ¿acaso ignoraba que esas inclinaciones debían ultrajarlo? Si lo sabía, ¿por qué se las da de esa clase?; y si no lo sabía, ¿por qué los castiga por una falta que sólo él ha cometido?

»Según las condiciones que se suponen necesarias para la salvación, parece evidente que, con toda seguridad, nos condenaremos con más facilidad que nos salvaremos. Ahora bien, preguntó una vez más si forma parte de la tan ponderada justicia de vuestro Dios haber puesto a su desgraciada y endeble obra en tan cruel posición; y, según este sistema, ¿cómo se atreven a decir vuestros doctores que la felicidad y la desgracia eternas se le presentan por igual al hombre y dependen únicamente de su elección? Si la mayor parte del género humano está destinada a ser desgraciada eternamente, un Dios que lo sabe todo ha debido saberlo: entonces, según esto, ¿por qué nos ha creado el monstruo? ¿Estaba obligado a ello? Entonces, no es libre. ¿Lo ha hecho a propósito? Entonces, es un bárbaro. No, Dios no estaba obligado a crear al hombre, y si solamente lo ha hecho para someterlo a semejante destino, desde ese momento la propagación de la especie se convierte en el mayor de los crímenes y nada sería más deseable que la total extinción del género humano.

»Sin embargo, si este dogma os parece por un momento necesario para la grandeza de Dios, os pregunto por qué ese Dios tan grande y tan bueno no ha dado al hombre la fuerza necesaria para librarse del suplicio. ¿No es cruel que un Dios deje al hombre la facultad de perderse eternamente, y encontraréis alguna vez un medio de lavar a vuestro Dios del fundado reproche de ignorancia o de maldad?

»Si todos los hombres son obras idénticas de la divinidad, ¿por qué no se ponen todos de acuerdo sobre el tipo de crímenes que le deben valer al hombre esa eternidad de suplicios? ¿Por qué el hotentote condena lo que merece el paraíso en China y por qué razón allí se asegura el cielo a lo que le merece el infierno al cristiano? No acabaríamos si quisiésemos relacionar las variadas opiniones de los paganos, de los judíos, mahometanos, cristianos, respecto a los medios que deben emplearse para escapar a los suplicios eternos y para obtener la felicidad, si quisiéramos describir las invenciones pueriles y ridículas que se han imaginado para llegar a ella.

»La segunda de las bases de esta ridícula doctrina es la forma en que está anunciada en las Escrituras y su universalidad.

»Abstengámonos de creer que la universalidad de una doctrina pueda llegar a ser alguna vez un título en su favor. No hay locura ni extravagancia que no haya sido adoptada de modo general en el mundo; no hay una que no haya tenido sus admiradores y sus creyentes; en tanto que haya hombres, habrá locos, y en tanto que haya locos, habrá dioses, cultos, un paraíso, un infierno, etcétera. ¡Pero lo anuncian las Escrituras! Admitamos, por un momento, que los libros tan famosos tengan alguna autenticidad y que realmente se les deba algún respeto. Lo he dicho antes, hay quimeras que es preciso reedificar algunas veces, para ponerse en condiciones de combatir otras. ¡Pues bien!, a eso responderé en primer lugar que es muy dudoso que las Escrituras lo mencionen. Sin embargo, aun suponiendo que así sea, lo que digan no puede dirigirse más que a aquellos que tienen conocimiento de esas Escrituras y que las admiten como infalibles: aquellos que no las conocen, o que se niegan a creerlas, no pueden ser convencidos por su autoridad. Sin embargo, ¿acaso no se dice que aquellos que no tienen ningún conocimiento de esas Escrituras o aquellos que no las creen están expuestos a castigos eternos, como aquellos que las conocen o que creen en ellas? Ahora bien, yo os pregunto si hay en el mundo mayor injusticia que esa.

»Me diréis, quizás, que pueblos para los que eran totalmente desconocidas vuestras absurdas Escrituras, no han dejado de creer en castigos eternos en una vida futura: eso puede ser verdad para algunos pueblos, mientras que muchos otros no tienen ningún conocimiento de esos dogmas; ¿pero cómo ha podido llegar a esta opinión un pueblo para el que la Biblia era desconocida? No se dirá, supongo, que es una idea innata; si fuese así, sería común a todos los hombres. No se sostendrá, pienso, que es obra de la razón; porque la razón, ciertamente, no enseñaría al hombre que por faltas finitas sufrirá penas infinitas; no es obra de la revelación, ya que el pueblo que suponemos no la conoce. Este dogma, se convendrá en ello, ha llegado al pueblo que acabamos de admitir sólo por la instigación de sus sacerdotes, o por su imaginación. Según esto, ¿os pregunto cuán sólido puede ser!

»Si alguien imaginase que la creencia de los castigos eternos ha sido transmitida por tradición a pueblos que no tenían Escrituras, se podrá preguntar cómo la tenían aquellos que, en el origen, difundieron esta opinión; y si no se puede probar que la hayan recibido por una revelación divina, nos veremos obligados a convenir que esta opinión gigantesca sólo tiene por base el desvarío de la imaginación o el engaño.

»Aun suponiendo que las Escrituras, *pretendidamente santas*, anuncien a los hombres castigos en una vida futura, y aun admitiendo este hecho como una verdad incontestable, ¿acaso no se podría

preguntar cómo han podido saber los autores de las Escrituras que existían tales castigos? No se dejará de responder que por inspiración; lo que les va al pelo, pero aquellos que no han sido favorecidos por esta iluminación particular se han visto obligados a referirse a otras; ahora bien, yo os ruego que me digáis qué confianza se debe tener en gente que os dice sobre un hecho de semejante importancia: lo creo porque fulano me ha dicho que lo había soñado. Y esto es lo que absorbe, lo que hace huraños y tímidos a la mitad de los hombres; jeso es lo que les impide entregarse a las más dulces inspiraciones de la naturaleza! ¿Puede llevarse más lejos el error y el absurdo? Pero vuestros inspirados no han hablado a todo el mundo; la mayor parte del género humano ignora sus sueños. No obstante, ¿no están todos los hombres tan interesados en asegurarse de la realidad de este dogma como puedan estarlo los escritores de la Biblia o sus partidarios? ¿Cómo es que no pueden tener todos la misma certidumbre? Todos están interesados en saber a qué atenerse sobre los castigos eternos: entonces, ¿por qué Dios no ha dado este sublime conocimiento a todos, directa e inmediatamente, sin la ayuda y la participación de gente a la que podría suponerse fraude o error? Haber hecho positivamente todo lo contrario ¿caracteriza, os pregunto, la conducta de un ser que me pintáis como infinitamente bueno y sabio? Esta conducta, lejos de eso, ¿no lleva todos los atributos de la tontería y la maldad? En todos los gobiernos, cuando se hacen leyes que imponen castigos contra los infractores, ¿acaso no se toman todas las medidas posibles para hacer conocer estas leyes y estos castigos? ¿Se puede castigar con razón a un hombre por la infracción de una ley que desconoce? ¿Qué debemos concluir de esta serie de verdades? ¿Es que acaso el sistema del infierno no fue nunca más que el resultado de la maldad de algunos hombres y de la extravagancia de otros muchos[36]?

»La tercera base de este dogma espantoso es su necesidad para contener a los pecadores y a los incrédulos.

»Si la justicia y la gloria de Dios exigiesen que castigase a los pecadores y a los incrédulos con tormentos eternos, no hay duda de que la justicia y la razón exigirían también que estuviese en poder de los unos no pecar y en poder de los otros no ser incrédulos: ahora bien, ¿cuál es el que se ciega hasta el punto de no ver que, arrastrados en nuestras acciones, no somos dueños de ninguna, y que el Dios del que recibimos las cadenas (suponiendo su existencia, lo que no hago, como veis, más que con repugnancia) sería, digo, el más injusto y el más bárbaro de los seres, si nos castiga por ser, a pesar de nosotros, víctimas de los reveses en que nos sumerge con placer su mano inconsecuente?

»Por lo tanto, ¿no está claro que es el temperamento que la

naturaleza da a los hombres, que son las diferentes circunstancias de su vida, su educación, sus sociedades, lo que determina sus acciones y su inclinación hacia el bien o el mal? Pero si esto es así, quizás se nos objetará que son igualmente injustos los castigos que se nos infligen en este mundo en razón de nuestra mala conducta. Claro que lo son. Pero en este caso el interés general prevalece sobre el interés particular; es un deber de las sociedades arrancar de su seno a los malvados capaces de perjudicarlas, y esto es lo que justifica unas leyes que vistas sólo según el interés particular serían monstruosamente injustas. ¿Pero tiene vuestro Dios las mismas razones para castigar al malvado? No, sin duda; no tiene que sufrir con sus maldades, y si es así, es que le ha complacido a ese Dios crearlo de esa manera. Por lo tanto, sería atroz infligirle tormentos por haber llegado a ser en la tierra lo que ese execrable Dios sabía de sobra que llegaría a ser y lo que le da exactamente igual que llegue a ser.

»Ahora probemos que las circunstancias que determinan la creencia religiosa de los hombres no dependen de ninguna manera de ellos.

»En primer lugar pregunto si somos dueños de nacer en tal o cual clima, y si, una vez nacidos en un culto cualquiera, depende de nosotros someter a él nuestra fe. ¿Es una sola religión la que retiene la llama de las pasiones?, ¿y no son preferibles las pasiones que nos vienen de Dios a las religiones que nos vienen de los hombres? ¿Cuál sería ese Dios bárbaro que nos castigara eternamente por haber dudado de la verdad de un culto cuya admisión aniquila en nosotros mediante las pasiones que la destruyen a cada momento? ¡Qué extravagancia! ¡Qué absurdo! ¡Y cómo no lamentar el tiempo que se pierde en disipar tales tinieblas!

»Pero vayamos más lejos y no dejemos, si es posible, ningún reducto a los imbéciles partidarios del más ridículo de los dogmas.

»Si dependiese de todos los hombres ser virtuosos y creer todos los artículos de su religión, todavía habría que examinar si sería equitativo que hubiese hombres castigados eternamente, bien a causa de su debilidad bien a causa de su incredulidad, siendo cierto que no puede resultar ningún bien de estos suplicios gratuitos.

»Liberémonos del prejuicio para responder a esta pregunta y, sobre todo, reflexionemos sobre la equidad que admitimos en Dios. ¿No es desvariar decir que la justicia de ese Dios exige el castigo eterno de los pecadores y de los incrédulos? La acción de castigar con una severidad desproporcionada a la falta ¿no se debe más bien a la venganza y a la crueldad que a la justicia? De esta forma, pretender que Dios castiga así es evidentemente blasfemar contra él. ¿Cómo podrá ese Dios, al que pintáis tan bueno, poner su gloria en castigar así a las débiles obras de su mano? Con toda seguridad que aquellos

que pretenden que la gloria de Dios lo exige no se dan cuenta de toda la enormidad de esta doctrina. Hablan de la gloria de Dios y no podrían hacerse una idea de ella. Si fuesen capaces de juzgar la naturaleza de esta gloria, si pudiesen formarse nociones razonables de ella, se darían cuenta de que, si este ser existe, no podría basar su gloria más que en su bondad, su sabiduría y el poder ilimitado de dar la felicidad a los hombres.

»En segundo lugar, para confirmar la odiosa doctrina de la eternidad de las penas, se añade que ha sido adoptada por un gran número de hombres profundos y de sabios teólogos. Primeramente, niego tal hecho: la mayor parte de ellos han dudado de ese dogma. Y si la otra parte ha aparentado tener fe, es fácil ver el motivo: el dogma del infierno era un yugo, un lazo más con el que los sacerdotes querían sobrecargar a los hombres; es conocida la fuerza del terror sobre las almas, y se sabe que la política necesita siempre el terror, en cuanto que se trata de subyugar.

»Pero esos libros pretendidamente santos que me citáis ¿proceden de una fuente suficientemente pura para no poder rechazar lo que nos ofrecen? El más sencillo examen es suficiente para convencernos de que, lejos de ser, como se atreven a decirnos, la obra de un Dios quimérico, que nunca ha escrito ni ha hablado, no son, al contrario, más que la obra de hombres débiles e ignorantes y que, bajo este aspecto, sólo les debemos desconfianza y desprecio. Pero, suponiendo que estos escritores tuviesen algún buen sentido, ¿cuál sería el hombre lo bastante necio como para apasionarse en favor de tal o cual opinión, sólo porque la hubiese encontrado en un libro? Sin duda, puede adoptarla, pero sacrificar la felicidad y la tranquilidad de su vida, lo reverga, sólo un loco es capaz de ese proceder[37]. Además, si me objetáis el contenido de vuestros pretendidos libros santos en favor de esa opinión, os probaré la opinión contraria en esos mismos libros.

»Abro el Eclesiastés y veo en él:

»“El estado del hombre es el mismo que el de las bestias. Lo que sucede a los hombres y, lo que sucede a las bestias es lo mismo. Como es la muerte de unos, así es la muerte de los otros; todos tienen un mismo soplo y el hombre no tiene más que la bestia; porque todo es vanidad, todo va al mismo lugar, todo ha sido polvo y todo vuelve al polvo”. (Eclesiastés, cap. III, vv. 18,19 y 20).

»¿Hay algo más decisivo contra la existencia de otra vida como este pasaje? ¿Hay algo más propio para sostener la opinión contraria a la de la inmortalidad del alma y al ridículo dogma del infierno?

»¿Qué reflexiones puede hacer el hombre sensato al examinar esa absurda fábula de la eterna condenación del hombre en el paraíso terrestre, por haber comido un fruto prohibido? Por muy minuciosa que sea la fábula, por muy repugnante que se la encuentre,

permitidme que me detenga aquí un momento, ya que se parte de ella para la admisión de las penas eternas del infierno. ¿Se necesita algo más que un examen imparcial de este absurdo para reconocer su nulidad? ¡Oh amigos míos!, os lo pregunto, ¿plantaría en su jardín, un hombre lleno de bondad, un árbol que produjera frutas deliciosas pero envenenadas y se contentaría con prohibir a sus hijos que las comiesen, diciéndoles que morirán si se atreven a tocarlas? Si supiese que hay un árbol semejante en su jardín, ese hombre prudente y sabio ¿no lo haría abatir, sobre todo sabiendo perfectamente que, sin esta precaución, sus hijos no dejarían de perecer comiendo de su fruta y de arrastrar su posteridad en la miseria? Sin embargo, Dios sabe que el hombre se perderá, él y su raza, si come de esa fruta, y no solamente pone en él el poder de ceder, sino que además lleva la maldad hasta el punto de seducirlo. Sucumbe y está perdido; hace lo que Dios permite que haga, lo que Dios le anima a hacer, y ahí lo tenemos eternamente desgraciado. ¿Puede haber en el mundo algo más absurdo y más cruel? Vuelvo a repetir que, sin duda, no me tomaría el trabajo de combatir semejante absurdo si el dogma del infierno, cuya más pequeña huella quiero destruir en vos, no fuese una terrible consecuencia de él.

»No veamos en todo esto más que alegorías con las que es posible entretenerse un rato y de las que sólo debería estar permitido hablar como se hace con las fábulas de Esopo y las quimeras de Milton, con la diferencia de que estas son de poca importancia, mientras que aquellas, al intentar conseguir nuestra fe, turbar nuestros placeres, se convierten en un peligro evidente, y habría que tratar de destruirlas hasta el punto de que nunca más hubiese que ocuparse de ellas.

»Convenzámonos de que tanto estos hechos, como los que están consignados en la estúpida novela conocida con el nombre de *Las Sagradas Escrituras*, no son más que mentiras abominables, dignas del desprecio más profundo y de las que no debemos extraer ninguna consecuencia para la felicidad o la desgracia de nuestra vida. Persuadámonos de que el dogma de la inmortalidad del alma, que hay que admitir antes de destinar a esta alma a penas o recompensas eternas, es la más vacía, la más burda y la más indigna de las mentiras que se puedan decir; que todo perece en nosotros como en los animales y que, según eso, no seremos ni más felices ni más desgraciados por la conducta que hayamos podido llevar en este mundo, después de haber permanecido en él el tiempo que a la naturaleza le plazca dejarnos.

»Se ha dicho que la creencia en los castigos eternos era absolutamente necesaria para contener a los hombres y que, según eso, hay que abstenerse de destruirla. Pero si es evidente que esta doctrina es falsa, si es imposible que resista al examen, ¿no será

infinitamente más peligrosa que útil basar la moral sobre ella?, ¿y no hay que apostar que perjudicará más que beneficiará, desde el momento en que el hombre, después de haberla apreciado, se entregará al mal, porque se habrá dado cuenta de que es falsa? ¿No valdría cien veces más que no tuviese ningún freno, a tener uno que rompe con tanta facilidad? En el primer caso, quizás no se le hubiese ocurrido la idea del mal; se le ocurrirá al romper el freno, porque entonces existe un placer más y porque es tal la perversidad del hombre, que no quiere el mal y no se entrega a él voluntariamente más que cuando cree encontrar un obstáculo para abandonarse a él.

»Los que han reflexionado cuidadosamente sobre la naturaleza del hombre estarán obligados a convenir en que todos los peligros, todos los males, por grandes que puedan ser, pierden mucho de su poder cuando están alejados y parecen menos dignos de temer que los pequeños, cuando estos están ante nuestra vista. Es evidente que los castigos cercanos son mucho más eficaces y más propios para desviar del crimen que los castigos del futuro. Respecto a las faltas sobre las que no hacen mella las leyes, ¿no son desviados más eficazmente los hombres por motivos de salud, de decencia, de reputación y por otras consideraciones temporales y presentes que están a nuestra vista, que por el temor de las desgracias futuras y sin fin que, raramente, se presentan ante nosotros, o que sólo llegan como vagas, inciertas y fáciles de evitar?

»Para juzgar si el temor de los castigos eternos y rigurosos del otro mundo es más propio para desviar a los hombres del mal, que el de los castigos temporales y presentes del mundo actual, admitamos, por un momento, que el primero subsistiese de modo universal y el último estuviese totalmente descartado: en esta hipótesis, ¿no estaría el universo inundado de crímenes enseguida? Admitamos lo contrario, supongamos que el temor de los castigos eternos fuese destruido, mientras que el de los castigos visibles permaneciese con todo su rigor; y cuando se viese que estos castigos se ejecutaban sin falta y universalmente, ¿no se reconocería entonces que estos últimos actuarían con más fuerza en el ánimo de los hombres e influirían mucho más en su conducta, que los lejanos castigos del futuro, que se pierden de vista en cuanto hablan las pasiones?

»¿No nos ofrece la experiencia diaria pruebas convincentes del poco efecto que tiene el temor de los castigos de la otra vida, sobre muchos de aquellos que están más convencidos? No hay pueblos más convencidos del dogma de la eternidad de las penas que los españoles, los portugueses y los italianos: ¿los hay más disolutos? Por último, ¿se cometen más crímenes secretos que entre los sacerdotes y los monjes, es decir, entre aquellos que parecen los más convencidos de las verdades religiosas?, ¿y esto no prueba con toda evidencia que los

buenos efectos producidos por el dogma de los castigos eternos son muy escasos e inciertos? Veremos que estos malos efectos son innumerables y seguros. En efecto, una doctrina parecida, al llenar el alma de amargura, da las nociones más indignantes de la Divinidad: endurece el corazón y lo sumerge en una desesperación desfavorable para el sistema. Al contrario, este terrible dogma lleva al ateísmo, a la impiedad: ya que toda la gente razonable encuentra mucho más sencillo no creer en Dios que admitir uno lo bastante cruel, lo bastante inconsecuente, lo bastante bárbaro, como para haber creado a los hombres sólo con el propósito de sumergirlos eternamente en la desgracia.

»Si queréis que sea un Dios la base de vuestra religión, tratad, al menos, de que ese Dios no tenga faltas; si está lleno de ellas, como el vuestro, pronto se detestará la religión que él sostiene y, por vuestro mal planteamiento, habréis destruido necesariamente ambas cosas.

»¿Es posible que una religión pueda ser creída durante mucho tiempo, respetada durante mucho tiempo, cuando está fundada en la creencia de un Dios que debe castigar eternamente, a un número infinito de sus criaturas, a causa de inclinaciones inspiradas por él mismo? Todo hombre convencido de estos terribles principios debe vivir en el continuo temor de un ser que puede hacerlo eternamente miserable: sentado esto ¿cómo podrá nunca amar o respetar a ese ser? Si un hijo imaginase que su padre fuese capaz de condenarlo a tormentos crueles o no quisiese eximirlo de sufrirlos, siendo él el dueño de ellos, ¿sentiría por él respeto o amor? Las criaturas formadas por Dios, ¿no están en el derecho de esperar mucho más de su bondad que los hijos de la de un padre, incluso del más indulgente?, ¿no es por la creencia en que están los hombres de que todos los bienes de que gozan los reciben de la bondad de su Dios, de que Dios los conserva y protege, de que es él quien les procura consiguientemente el bienestar que esperan, no son, digo, todas estas ideas las que sirven de fundamento para la religión? Si las aborrecéis, ya no existe religión: por lo que veis que vuestro dogma imbécil del infierno destruye, en lugar de consolidar, rompe las bases del culto, en lugar de reafirmarlas y, por consiguiente, no tuvo más que tontos para creerlo y bribones para inventarlo.

»No lo dudemos, ese ser, del que se atreven a hablarnos constantemente, está verdaderamente mancillado, deshonorado por los colores ridículos de que se sirven los hombres para pintarlo. Si no se formasen ideas absurdas e irracionales de la Divinidad, no la supondrían cruel: y si no la creyesen cruel, no pensarían que fuese capaz de castigarlos con tormentos infinitos o, incluso, que pudiese consentir que las obras de su mano fuesen privadas eternamente de la felicidad.

»Para eludir la fuerza de este argumento, los partidarios del dogma de la condenación eterna dicen que la desgracia de los réprobos no es un castigo arbitrario por parte de Dios, sino una consecuencia del pecado y del orden inmutable de las cosas. ¿Y cómo lo sabéis?, les preguntaría yo. Si pretendéis que la Escritura os lo dice, os encontraréis muy embarazados a la hora de probarlo; y si llegaseis a encontrar un sólo pasaje que hable de ello, qué de cosas no os preguntaría yo, a mi vez, para convencerme de la autenticidad, de la santidad, de la veracidad del pretendido pasaje que hubieseis encontrado en vuestro favor. ¿Acaso es la razón la que os sugiere ese dogma atroz? En ese caso, decidme cómo lograsteis aliarla con la injusticia de un Dios que forma una criatura, aunque muy seguro de que los decretos inmutables de las cosas deben envolverla eternamente en un océano de desgracias. Si es verdad que el universo está creado y gobernado por un ser infinitamente poderoso, infinitamente sabio, es preciso absolutamente que todo coopere para sus intenciones y contribuya al mayor bien. Ahora bien, ¿qué bien puede resultar para la mayor ventaja del universo de que una criatura débil y desgraciada sea eternamente atormentada por faltas que jamás dependieron de ella?

»Si la multitud de pecadores, infieles, incrédulos estuviese realmente destinada a sufrir crueles tormentos y sin fin, ¡qué horrible escena de miseria para la raza humana! Entonces, millares de hombres serían sacrificados sin piedad a suplicios infinitos: en efecto, entonces sería cuando la suerte de un ser sensible y razonable, como el hombre, sería verdaderamente horrible. ¡Qué!, ¿no son suficientes las penas a que está condenado en esta vida, y es preciso temer todavía sufrimientos y tormentos horribles, cuando haya acabado su camino? ¡Qué horror!, ¡qué execración! ¿Cómo pueden entrar semejantes ideas en el espíritu humano y cómo no convencerse de que no son más que el fruto de la impostura, de la mentira y de la más bárbara política? ¡Ah!, no dejemos de convencernos de que esta doctrina, ni útil ni necesaria ni eficaz para desviar a los hombres del mal, no puede servir de ninguna manera de base más que a una religión cuyo único fin sería doblegar a los esclavos; imbuýámonos de la idea de que este dogma execrable tiene las consecuencias más enojosas, en vista de que sólo es propio para llenar la vida de amargura, de terrores y de alarmas... para hacer concebir ideas tales de la Divinidad que ya no es posible no destruir su culto, después de haber tenido la desgracia de adoptar lo que lo degrada de tal forma[38].

»Ciertamente, si creyésemos que el universo ha sido creado y está gobernado por un ser cuyo poder, sabiduría y bondad son infinitos, deberíamos concluir de ahí que todo mal absoluto debe estar necesariamente excluido de este universo: ahora bien, no hay duda de

que la desgracia eterna de la mayor parte de los individuos de la especie humana sería un mal absoluto. ¡Qué papel infame hacéis desempeñar a ese abominable Dios, suponiéndole culpable de semejante barbarie! En una palabra, los suplicios eternos repugnan a la bondad infinita del Dios que suponéis: o dejáis entonces de hacerme creer en él, o suprimís vuestro dogma salvaje de las penas eternas, si queréis que yo pueda adoptar por un momento a vuestro Dios.

»No tengamos más fe en el dogma del paraíso que en el del infierno: uno y otro son atroces invenciones de los tiranos religiosos que pretendían encadenar la opinión de los hombres y mantenerla inclinada bajo el yugo despótico de los soberanos. Convenzámonos de que no somos más que materia, que no existe nada absolutamente fuera de nosotros; que todo lo que atribuimos al alma no es más que un efecto muy sencillo de la materia; y eso, a pesar del orgullo de los hombres, que nos distingue de la bestia, mientras que, como esa bestia, al devolver a la materia los elementos que nos animan, no seremos ya no castigados por las malas acciones a las que nos arrastraron los diferentes tipos de organización que hemos recibido de la naturaleza, ni recompensados por las buenas, cuyo ejercicio sólo deberemos a un tipo de organización contraria. Por consiguiente, es igual conducirse bien o mal, respecto a la suerte que nos espera después de esta vida; y si hemos llegado a pasar todos sus momentos en el centro de los placeres, aunque esta manera de existir haya podido trastornar a todos los hombres, todas las convenciones sociales, si nos hemos puesto al abrigo de las leyes, que es lo único esencial, entonces, seguramente, seremos infinitamente más felices que el imbécil que, en el temor de los castigos de otra vida, se haya prohibido rigurosamente en esta todo lo que podía complacerle y deleitarle; porque es infinitamente más esencial ser feliz en esta vida, de la que estamos seguros, que renunciar a la felicidad segura que se nos ofrece, en la esperanza de obtener una imaginaria, de la que no tenemos y no podemos tener la más ligera idea. ¡Y!, ¿quién ha podido ser el individuo lo bastante extravagante para intentar convencer a los hombres de que pueden llegar a ser más desgraciados después de esta vida, de lo que lo eran antes de haberla recibido? ¿Acaso fueron ellos los que pidieron venir? ¿Son ellos los que se han dado las pasiones que, según vuestros terribles sistemas, los precipitan a tormentos eternos? ¡Y!, ¡no, no!, no eran dueños de nada y es imposible que puedan ser castigados nunca por lo que no dependía de ellos.

»¿Pero acaso no basta echar una ojeada sobre nuestra miserable especie humana para convencerse de que no hay nada en ella que anuncie la inmortalidad? ¡Qué!, esta cualidad divina, digamos mejor, esta cualidad imposible para la materia ¿podría pertenecer a ese animal que se llama hombre? El que bebe, come, se perpetúa como los

animales, que, por toda bondad, no tiene más que un instinto un poco más refinado, ¿podría aspirar a una suerte tan diferente a la de los mismos animales?: ¿puede admitirse esto un instante sólo? Pero el hombre, se dice, ha llegado al sublime conocimiento de su Dios: sólo por eso, anuncia que es digno de la inmortalidad que él supone. ¿Y qué tiene de sublime el conocimiento de una quimera, si no es que queréis pretender que, porque el hombre ha llegado hasta el punto de desvariar sobre un objeto, es preciso que desvaríe sobre todo? ¡Ah, si el desgraciado tiene alguna ventaja sobre los animales, cuántas no tienen estos, a su vez, sobre él! ¿Acaso no está sujeto a mayor número de enfermedades y dolencias? ¿Acaso no es víctima de una mayor cantidad de pasiones? Si combinamos todo esto, ¿tiene realmente alguna ventaja más? ¿Y puede esta escasa ventaja darle el suficiente orgullo para creer que debe sobrevivir eternamente a sus hermanos? ¡Oh desgraciada humanidad!, ¡a qué grado de extravagancia te ha hecho llegar tu amor propio! ¿Y cuándo, liberado de todas estas quimeras, no veas en ti mismo más que a un animal, en tu Dios más que el *non plus ultra* de la extravagancia humana y en el curso de esta vida más que un paso que te está permitido recorrer tanto en el seno del vicio como el de la virtud?

»Pero permitidme entrar en una discusión más profunda y más espinosa.

»Algunos doctores de la Iglesia han pretendido que Jesús descendió a los infiernos. ¡Cuántas refutaciones no ha sufrido este pasaje! No entraremos en las diferentes explicaciones que tuvieron lugar a este respecto: sin duda, serían insostenibles para la filosofía y sólo de ella hablamos nosotros. Es un hecho que ni la Escritura, ni ninguno de sus comentadores, decide positivamente ni sobre el lugar del infierno, ni sobre los tormentos que se experimentan en él. Sentado esto, la palabra de Dios no nos ilumina nada, en vista de que lo que la Escritura nos enseña debe ser positiva y distintamente enunciado, sobre todo cuando se trata de un objeto de la mayor importancia. Ahora bien, es muy cierto que no hay, ni en el texto hebreo, ni en las versiones griega y latina, una sola palabra que designe al infierno, en el sentido que nosotros le atribuimos, es decir, un lugar de tormentos destinado a los pecadores. ¿Acaso este testimonio no es muy fuerte contra la opinión de aquellos que sostienen la realidad de estos tormentos? Si no se trata del infierno en la Escritura ¿con qué derecho, os lo ruego, se pretende admitir una parecida noción? ¿Estamos obligados, en religión, a admitir algo más que lo que está escrito? Ahora bien, si esta opinión no lo está, si no se encuentra en ninguna parte, ¿en virtud de qué la adoptaremos? No debemos ocuparnos del carácter de lo que no ha sido revelado; y todo lo que no está en este caso, no puede ser legítimamente considerado

por nosotros más que como fábulas, suposiciones vagas, tradiciones humanas, invenciones de impostores. A fuerza de buscar, se encuentra que había un lugar, cerca de Jerusalén, llamado el valle de la Gehanna, en el que se ejecutaba a los criminales y en el que se echaban también los cadáveres de los animales. De este lugar quiere hablar Jesús en sus alegorías, cuando dice: *Illi erit fletus et stridor dentium*. Este valle era un lugar de violencias, de suplicios; es incontestable que es de él de quien se habla en sus parábolas, en sus ininteligibles discursos. Esta idea es tanto más verosímil cuanto que en este valle se utilizaba el suplicio del fuego. Se quemaba a los culpables vivos; otras veces se les metía hasta las rodillas en el estiércol; alrededor del cuello se les pasaba un trozo de tela del que tiraban dos hombres, cada uno por su lado, para estrangularlos y hacerles abrir la boca, en la que se vertía plomo fundido que les quemaba las entrañas: y ese es el fuego, ese es el suplicio del que hablaba el galileo. *Ese pecado* (dice con frecuencia) *merece ser castigado con el suplicio del fuego*, es decir: el infractor debe ser quemado en el valle de la Gehanna, o ser echado al vertedero y quemado con los cadáveres de los animales depositados en ese lugar. Pero la palabra *eterno*, de la que se sirve Jesús a menudo cuando habla de ese fuego, ¿se refiere a la opinión de los que creen que las llamas del infierno no tendrán fin? No, sin duda. Esa palabra *eterno*, empleada con frecuencia en la Escritura, no nos ha dado nunca la idea más que de cosas finitas. Dios había hecho con su pueblo una alianza eterna; y, sin embargo, esta alianza ha dejado de existir. Las ciudades de Sodoma y Gomorra debían arder eternamente; y, sin embargo, hace mucho tiempo que acabó el incendio[39]. Además, es del conocimiento público que el fuego que existía en la Gehanna, cerca de Jerusalén, ardía noche y día. Sabemos también que la Escritura se sirve con frecuencia de hipérboles, y que nunca se debe tomar al pie de la letra lo que dice. ¿Hay que corromper, como se ha hecho, según esas execraciones, el verdadero sentido de las cosas? ¿Y esas exageraciones no deben ser consideradas verdaderamente como los enemigos más seguros del buen sentido y de la razón?

»Pero, entonces, ¿de qué naturaleza es el fuego con que se nos amenaza? 1.º No puede ser corporal, ya que se nos dice que nuestro fuego no es más que una débil imagen de aquel. 2.º Un fuego corporal ilumina el lugar donde se encuentra, y se nos asegura que el infierno es un lugar de tinieblas. 3.º El fuego corporal consume en seguida las materias combustibles y acaba por consumirse a sí mismo, mientras que el fuego del infierno debe durar siempre y consumir eternamente. 4.º El fuego del infierno es invisible: por lo tanto, no es corporal, puesto que es invisible. 5.º El fuego corporal se apaga falto de alimentos, y el fuego del infierno, según nuestra absurda religión, no

se apagará nunca. 6.º El fuego del infierno es eterno, y el fuego corporal no es más que momentáneo. 7.º Se dice que la privación de Dios será el mayor de los suplicios para los condenados: sin embargo, en esta vida sentimos que el fuego corporal es para nosotros un suplicio mayor que la ausencia de Dios. 8.º Por último, ¿un fuego corporal no podría actuar sobre los espíritus! Ahora bien, los demonios son espíritus: por lo tanto, el fuego del infierno no podría actuar sobre ellos. Decir que Dios puede obrar de manera que un fuego material actúe sobre espíritus, que hará vivir y subsistir a estos espíritus sin alimentos y que hará durar el fuego sin combustibles, es recurrir a suposiciones maravillosas que sólo tienen como garantía los estúpidos ensueños de los teólogos y que, por consiguiente, no prueban más que su estupidez o su maldad.

»Concluir que todo es posible para Dios, que Dios hará todo lo que es posible, es sin duda una forma extraña de razonar. Los hombres deberían abstenerse de fundar sus sueños sobre la omnipotencia de Dios, cuando no saben siquiera lo que es Dios. Para eludir estas dificultades, otros teólogos nos aseguran que el fuego del infierno no es corporal, sino espiritual. ¿Qué es un fuego que no es materia?, ¿qué ideas pueden formarse aquellos que nos hablan de él? ¿En qué lugar les ha declarado Dios cuál era la naturaleza de ese fuego? Sin embargo, algunos doctores, para conciliar las cosas, han dicho que en parte era espiritual y en parte material. De esta forma, tenemos dos fuegos de diferente especie en el infierno: ¡qué absurdo! ¡Hasta dónde se ve obligada a recurrir la superstición cuando quiere imponer sus mentiras!

»Es inaudito el montón de opiniones ridículas que ha habido que inventar cuando se ha querido instituir algo verosímil sobre un emplazamiento de ese fabuloso infierno. El sentimiento más general fue que se encontraba en las regiones más bajas de la tierra: pero, por favor, ¿dónde están esas regiones en un globo que gira alrededor de sí mismo? Otros han dicho que estaba en el centro de la tierra, es decir, a mil quinientas leguas de nosotros. Pero, si la Escritura tiene razón, la tierra será destruida: y si lo es, ¿dónde se encontrará el infierno? Entonces, veis a qué irracionalidad se ve arrastrado uno cuando se refiere a los extravíos del espíritu de los otros. Razonadores menos extravagantes pretenden, como he dicho ya, que el infierno consistía en la privación de la vista de Dios; en este caso, el infierno comienza ya en este mundo, porque no vemos aquí a ese Dios del que tratamos: sin embargo, no estamos muy afligidos, y si verdaderamente existiese ese extraño Dios, como nos lo pintan, ¿no hay duda de que, entonces, el infierno consistiría en verlo!

»Todas estas incertidumbres y el poco acuerdo que existe entre los teólogos os hacen ver que yerran en las tinieblas y que, como la gente

borracha, no pueden encontrar un punto de apoyo. ¿Y no es sorprendente que no puedan ponerse de acuerdo sobre un dogma tan esencial y que encuentran, dicen, tan claramente explicado en la palabra de Dios?

»Convenid entonces, canalla tonsurada, que ese dogma tan dudoso está desprovisto de fundamento, que es el producto de vuestra avaricia, de vuestra ambición e hijo de los extravíos de vuestro espíritu; que sólo tiene como apoyo los temores del vulgo imbécil a quien enseñáis a aceptar, sin un examen, todo lo que os place decirle. Por último, reconoced que ese infierno no existe más que en vuestro cerebro y que los tormentos que allí se sufren son las inquietudes que os complacéis en infligir a los mortales que se dejan guiar por vosotros. Imbuidos de estos principios, renunciamos para siempre a una doctrina terrorífica para los hombres, injuriosa para la Divinidad y que, en una palabra, nadie puede probar de un modo razonable a la mente.

»Todavía se ofrecen diferentes argumentos; me creo obligada a combatirlos.

»1.º Se dice que el temor que todo hombre siente, dentro de sí mismo, por algún castigo del futuro, es una prueba indudable de la realidad de este castigo. Pero este temor no es innato y procede de la educación; no es el mismo en todos los países ni en todos los hombres; no existe en aquellos en quienes las pasiones destruyen todos los prejuicios; en una palabra, la conciencia sólo es moldeada por la costumbre.

»2.º Los paganos han admitido el dogma del infierno... No como nosotros, evidentemente; y suponiendo que lo hayan admitido, puesto que nosotros rechazamos su religión, ¿no debemos rechazar igualmente sus dogmas? Pero, ciertamente, nunca los paganos han creído en la eternidad de las penas de la otra vida; nunca han admitido la fábula piadosa de la resurrección de los cuerpos, y por eso los quemaban y conservaban sus cenizas en las urnas. Creían en la metempsicosis, en la transmigración de los cuerpos, opinión muy verosímil que nos confirman todos los estudios de la naturaleza; pero nunca creyeron los paganos en la resurrección: esta idea absurda pertenece enteramente al cristianismo y, ciertamente, era digna de él. Parece evidente que fue de Platón y de Virgilio de donde nuestros doctores sacaron las nociones de los infiernos, del paraíso y del purgatorio, que después arreglaron a su manera: con el tiempo, los ensueños informes de la imaginación de los poetas se han convertido en artículos de fe.

»3.º La santa razón prueba el dogma del infierno y de la eternidad de las penas: Dios es justo, por lo tanto, debe castigar los crímenes de los hombres... ¡Y!, no, no, nunca pudo la santa razón admitir un

dogma que la ultraja de forma tan evidente.

»4.º Pero la justicia de Dios está comprometida en ello... Otra atrocidad: el mal es necesario en la tierra; por lo tanto, es justicia de vuestro Dios, si existe, no castigar lo que él mismo ha prescrito. Si es todopoderoso vuestro Dios, ¿tenía necesidad de castigar el mal para impedirlo; no podía extirparlo totalmente en los hombres? Si no lo ha hecho, es que lo ha creído esencial para el mantenimiento del equilibrio, y, según esto, ¿cómo, viles blasfemos, podéis decir que Dios pueda castigar un modo esencial para las leyes del universo?

»5.º Todos los teólogos están de acuerdo en creer y en predicar las penas del infierno... Esto prueba solamente que los sacerdotes, tan desunidos entre sí, se entienden, sin embargo, siempre que se trata de engañar a los hombres. Y además, ¿debe fijar las opiniones de otras sectas los sueños ambiciosos e interesados de los curas romanos? ¿Es razonable exigir que todos los hombres crean en lo que les ha complacido inventar a los más despreciables y al menor número de ellos? Es la verdad lo que hay que seguir y no a la multitud: habría que limitarse a un solo hombre que dice la verdad, antes que a los hombres de todas las edades que sueltan mentiras.

»Los otros argumentos que se presentan tienen todos tal carácter de debilidad que es perder el tiempo intentar refutarlos. Al no estar apoyados tales argumentos ni sobre las Escrituras ni sobre la tradición, deben caer necesariamente por sí mismos. Se nos alega el consentimiento unánime: ¿es posible cuando no se encuentran dos hombres que razonen de la misma forma sobre una cosa que parece, sin embargo, la más importante de la vida?

»A falta de buenas razones, todos estos *mojigatos* os amenazan; pero hace mucho tiempo que se sabe que la amenaza es el arma del débil y de la simplicidad. Son razones lo que hace falta, imbéciles hijos de Jesús, sí, son razones y no amenazas. No queremos que nos digáis: *Sentiréis estos tormentos, ya que no queréis creerlos*; queremos, y es lo que no podéis conseguir, que nos demostréis en virtud de qué pretendéis hacérmolos creer.

»En una palabra, el temor del infierno no es un preservativo contra el pecado... No está realmente indicado en ninguna parte... evidentemente, no es más que el fruto de la imaginación extraviada de los curas, es decir, de los individuos que forman la clase más vil y más malvada de la sociedad... Entonces, ¿de qué sirve? Desafío a que puedan decírmelo. Se nos asegura que el pecado es una ofensa infinita y, por consiguiente, debe ser castigada infinitamente: sin embargo, Dios mismo no ha querido más que darle un castigo finito, y ese castigo es la muerte.

»De acuerdo con todo esto, concluyamos que el dogma pueril del infierno es una invención de los curas, una suposición cruel

aventurada por pícaros de alzacuello, que han empezado por erigir un Dios tan estúpido, tan despreciable como ellos, para tener el derecho de hacer decir a este repugnante ídolo todo lo que podía halagar mejor sus pasiones y procurarles sobre todo mujeres y dinero, únicos objetos de la ambición de un montón de holgazanes, vil deshecho de la sociedad y de quienes lo mejor que podría hacerse sería purgarse radicalmente[40].

»Así pues, desterrad para siempre de vuestros corazones una doctrina que contradice igualmente a vuestro Dios y vuestra razón. Este es, incontestablemente, el dogma que ha producido la mayoría de los ateos sobre la tierra, sin que haya un solo hombre que no prefiera no creer en nada antes que adoptar un fárrago de mentiras tan peligroso; por eso es por lo que tantas almas honradas y sensibles se creen obligadas a buscar en la irreligión absoluta los consuelos y los recursos contra los terrores con los que la infame doctrina cristiana se esfuerza por colmarlos. Liberémonos, pues, de esos vanos terrores; desechemos para siempre los dogmas, las ceremonias, los misterios de esta abominable religión. El ateísmo más arraigado vale más que un culto cuyos peligros acabamos de ver. No sé qué inconveniente puede haber en no creer absolutamente en nada; pero, ciertamente, se bien todos aquellos que pueden nacer de la adopción de esos peligrosos sistemas.

»Esto es, mi querido Saint-Fond, lo que tenía que decirte sobre ese dogma infame del infierno. ¡Que deje de atemorizarte y de helar tus placeres! No hay más infierno para el hombre que la estupidez y la maldad de sus semejantes; pero, en cuanto ha dejado de vivir, todo está dicho: su anonadamiento es eterno y nada le sobrevive. Según esto ¡qué absurdo sería negar algo a sus pasiones! Que piense que sólo está creado para ellas y para satisfacerlas, por grandes que sean los excesos a que puedan arrastrarle y que todos los efectos de estas pasiones, de cualquier tipo que las haya recibido, son medios de los que se sirve la naturaleza, cuyos agentes somos nosotros constantemente, sin que tengamos que dudar de esto y sin que podamos defendernos.

»Ahora os devuelvo la idea de un Dios del que no me he servido más que un momento para combatir el sistema de las penas eternas; no existe Dios ni Diablo, ni paraíso ni infierno; y los únicos deberes que tenemos que cumplir en el mundo son los de nuestros placeres, abstracción hecha de todos los intereses sociales, porque no hay ninguno que no debamos inmolar al momento al más pequeño de nuestros placeres.

»Y, espero que esto será suficiente para probarte lo absurdo del principio sobre el que basas tu inútil crueldad. ¿Examinaré sus medios? No, honradamente, no valen la pena: ¿cómo has podido creer

que una firma con sangre tuviese más efecto que otra; que, además, ese papel metido en el culo, es decir, un poco de materia sobre la materia, pudiese convertirse en un pasaporte ante Dios o el Diablo, es decir, ante un ser que no existe? Es un encadenamiento de prejuicios tan singulares que no merecen, en verdad, el honor de ser refutados. Sustituye la idea voluptuosa que te asfixia, esa idea de una prolongación del suplicio sobre el mismo objeto, sustitúyela por una mayor abundancia de crímenes: no matas durante más tiempo a un mismo individuo, lo que es imposible, pero asesinas a muchos otros, lo que es factible. ¿Hay nada tan mezquino como limitarte a seis víctimas por semana? Unete a los cuidados y a la inteligencia de Juliette para doblar y triplicar ese número; dale el dinero necesario: nada te faltará y tus pasiones estarán satisfechas.

—¡Maravilloso! —respondió Saint-Fond—, adopto esta última conclusión, y desde este momento, Juliette, os advierto que, en lugar de tres víctimas por comida, quiero seis, y que, en lugar de dos comidas en el mismo intervalo, haré cuatro, lo que subirá el número de víctimas a veinticuatro por semana, de las cuales un tercio de hombres y dos tercios de mujeres: os pagaré en consecuencia. Pero no me rindo, señoras, tan fácilmente a vuestra profunda explicación sobre la nulidad de las penas del infierno; hago justicia a la erudición que se ve reina en ella... a su objetivo... a algunas de sus consecuencias: admitirlo es lo que no puedo y esto es lo que le opongo.

»En primer lugar, parece que, del principio al fin de vuestro razonamiento, no intentáis más que disculpar a Dios de la barbarie del dogma del infierno. Si Dios existe, decís casi en cada frase, las cualidades con las que debe estar dotado son todas incompatibles con ese execrable dogma. Pero ahí es precisamente donde caéis, según yo, en el más grave error, y esto a falta de una filosofía bastante profunda, bastante luminosa para haceros ver claro sobre este tema. El dogma del infierno turba nuestros placeres y partís de ahí para sostener que no hay infierno: ¿qué fe queréis que se tenga en una opinión tan llena de egoísmo? A fin de combatir el dogma seguro de las penas eternas, comenzáis gratuitamente por destruir todo lo que lo sostiene: no hay Dios, no tenemos alma; por consiguiente, no puede haber suplicios que temer en otra vida. Me parece que aquí empezáis con la mayor equivocación que se puede cometer en lógica, que es suponer lo que está en cuestión. Muy lejos de pensar como vos, admito un Ser supremo y, mucho más constantemente aún, la inmortalidad de nuestras almas. Pero que vuestros devotos, encantados con este principio, no vayan a partir de aquí para imaginarse que han hecho de mí un prosélito: dudo que mis sistemas les gusten, y por muy de extravagantes que podáis tacharlos, sin embargo, voy a presentároslos.

»Levanto mis ojos sobre el universo, veo el *mal*, el *desorden* y el

crimen reinar por todas partes en déspotas. Bajo mi mirada hacia el ser más interesante de este universo y lo veo igualmente lleno de vicios, de contradicciones, de infamias: ¿qué ideas surgen de este examen? Que lo que nosotros llamamos impropriamente el *mal* no lo es realmente y es tan necesario para las intenciones del ser que nos ha creado, que dejaría de ser el dueño de su propia obra si el *mal* no existiese universalmente sobre la tierra. Totalmente convencido de este sistema, me digo: existe un Dios; una mano cualquiera ha creado necesariamente todo lo que veo, pero no lo ha creado más que para el *mal*, sólo se complace en el *mal*, el *mal* es su esencia y todo el *mal* que nos hace cometer es indispensable para sus planes: ¿qué le importa que yo sufra de este *mal*, con tal de que le sea necesario? ¡No parece que yo sea su hijo preferido! Si las desgracias con las que estoy colmado desde el día de mi nacimiento hasta el de mi muerte prueban su despreocupación por mí, yo puedo muy bien engañarme sobre lo que llamo *mal*. Lo que yo caracterizo así, respecto a mí, es verdaderamente un bien muy grande respecto al ser que me ha puesto en el mundo; y si yo recibo *mal* de los otros, gozo del derecho de devolverlo, incluso con la facilidad de hacérselo el primero: desde ese momento, ese *mal* es un bien para mí, como lo es para el autor de mis días respecto a mi existencia; soy feliz con el *mal* que hago a los otros, como Dios es feliz con el que me hace; ya no hay error más que en la idea atribuida a la palabra, pero, en la práctica, ese *mal* es necesario, y el *mal* es un placer: ¿por qué, entonces, no lo llamaré bien?

»No lo dudemos, el *mal*, o al menos lo que nombramos así, es absolutamente útil para la organización viciosa de este triste universo. El Dios que lo ha formado es un ser vengativo, muy bárbaro, muy malvado, muy injusto, muy cruel, y esto porque la venganza, la barbarie, la maldad, la iniquidad, lo criminal, son formas necesarias para los resortes de esta vasta obra y de las que sólo nos quejamos cuando nos hacen daño: pacientes, el crimen se equivoca; agentes, tiene razón. Ahora bien, si el *mal*, o al menos lo que llamamos así, es la esencia de Dios, que lo ha creado todo, y de los individuos formados a su imagen, ¿cómo no estar seguros de que las consecuencias del *mal* deben ser eternas? Ha creado el mundo en el *mal*; lo sostiene por el *mal*; lo perpetúa por el *mal*; la criatura debe existir impregnada de *mal*; vuelve al seno del *mal* después de su existencia. El alma del hombre no es más que la acción del *mal* sobre una materia desligada y que sólo es susceptible de ser organizada por él: ahora bien, al ser esta forma el alma del Creador como es la de la criatura, así como existía antes de que esta criatura estuviese llena de ella, de la misma forma existirá después de ella. Todo debe ser malo, inhumano, bárbaro como vuestro Dios: estos son los vicios que debe adoptar el que quiera complacerlo, sin ninguna esperanza, sin

embargo, de lograrlo, porque el *mal*, que daña siempre, el *mal*, que es la esencia de Dios, no podrá ser susceptible de amor ni de gratitud. Si ese Dios, centro del *mal* y de la ferocidad, atormenta y hace atormentar al hombre por la naturaleza y por otros hombres durante todo el tiempo de su existencia, ¿cómo dudar de que actúa de la misma manera, y quizás involuntariamente, sobre ese soplo que lo sobrevive y que, como acabo de decirlo, no es otra cosa que el *mal* mismo? Pero, vais a objetarme, ¿cómo el *mal* puede ser atormentado por el *mal*? Porque aumenta al recaer sobre sí mismo y porque la parte admitida debe ser aplastada necesariamente por la parte que admite: esto por la razón que somete siempre la debilidad a la fuerza. Lo que sobrevive del ser naturalmente malo, y lo que debe sobrevivirle, puesto que es la esencia de su constitución existente antes que él y que necesariamente existirá después, al volver a caer en el seno del *mal* y al no tener ya fuerza para defenderse, porque será el más débil, estará, pues, eternamente atormentado por la esencia entera del *mal*, con la que se reunirá; y son estas moléculas malignas las que, en la operación de englobar a aquellas que lo que llamamos la muerte reúne con ella, componen lo que los poetas y las imaginaciones ardientes han llamado demonios. Como veis, ningún hombre, cualquiera que sea su conducta en este mundo, puede escapar a esta terrible suerte, porque es preciso que todo lo que ha emanado del seno de la naturaleza, es decir, del *mal*, entre en él: esta es la ley del universo. De esta forma, los detestables elementos del hombre malo se absorben en el centro de la maldad, que es Dios, para volver a animar una vez más a otros seres, que nacerán tanto más corrompidos cuanto que serán el fruto de la corrupción.

»¿Qué será, me diréis, del ser bueno? Pero no existe ser bueno; el que llamáis virtuoso no es bueno, o si lo es ante vosotros, no lo es, seguramente, ante Dios, que solamente es el *mal*, que no quiere más que el *mal* y que no exige más que el *mal*. El hombre del que habláis sólo es débil y la debilidad es un *mal*. Este hombre, como más débil que el ser absoluta y completamente vicioso y, por consiguiente, como más prontamente englobado por las moléculas malignas con las que le reunirá su disolución elemental, sufrirá mucho más: y esto es lo que debe animar a cada hombre a ser en este mundo el más vicioso, el más malo posible, a fin que de que, más semejante a las moléculas con las que debe unirse un día, tenga, en este acto de reunión, que sufrir infinitamente menos su peso sobre él. La hormiga, al caer en un enjambre de animales cuya energía aplastaría todo lo que se juntase a él, tendría, a causa de la poca defensa que ella opondría, infinitamente más que sufrir en esta reunión que un gran animal, que, pudiendo oponer más resistencia, sería arrastrado más blandamente. Cuantos más vicios y fechorías haya manifestado el hombre en este mundo,

más cerca estará de su invariable fin, que es la maldad; por consiguiente, menos tendrá que sufrir cuando se una al hogar de la maldad, que yo considero como la materia prima de la composición del mundo. Por lo tanto, que el hombre se abstenga de la virtud, si no quiere verse enfrentado a males terribles; porque al ser la virtud el modo opuesto al sistema del mundo, todos aquellos que la hayan admitido están seguros de sufrir, después de esta vida, increíbles suplicios, por el trabajo que tendrán en volver al seno del *mal*... autor y regenerador de todo lo que vemos.

»Cuando veáis que todo era vicioso y criminal en la tierra, les dirá el Ser supremo en maldad, ¿por qué os perdisteis por los senderos de la virtud? ¿Os anuncié con algo que este mundo estuviese hecho para serme agradable? ¿Y no debían convencerlos las constantes desgracias con que yo cubría el mundo de que sólo amaba el desorden y que era preciso imitarme para complacerme? ¿Acaso no os di cada día ejemplo de destrucción? ¿Por qué no destruisteis? Las plagas con que aplastaba al mundo, probándoos que el *mal* era toda mi alegría, ¿no debían animaros a servir mis planes por el *mal*? Se os decía que la humanidad debía satisfacerme: ¿y cuál es el acto de mi conducta en el que hayáis visto bondad? ¿Ha sido cuando enviaba pestes, guerras civiles, enfermedades, terremotos, tormentas? ¿Era cuando sacudía sobre vuestras cabezas constantemente las serpientes de la discordia, cuando os convencí de que el bien era mi esencia? ¡Imbécil!, ¿por qué no me imitabas? ¿Por qué te resistías a esas pasiones que sólo había colocado en ti para probarte cuán necesario me era el *mal*? Había que seguir sus órganos, despojar como yo, sin piedad, a la viuda y al huérfano, invadir la herencia del pobre, en una palabra, servirte del hombre para todas tus necesidades, para todos tus caprichos como lo hago yo. ¿Qué te revierte de haber tomado, como un tonto, un camino contrario y cómo los elementos blandos emanados de tu disolución van a volver ahora al seno de la maldad y del crimen sin romperse, sin ocasionarte vivos dolores?

»Más filósofo que vos, Clairwil, como veis, no he recurrido como vos ni a ese farsante de Jesús ni a esa simple novela de la Escritura santa para demostraros mi sistema: sólo en el estudio del universo busco armas para combatiros y sólo por la forma en que está gobernado veo como indispensable la necesidad del *mal eterno y universal* en el mundo. El autor del universo es el más malvado, el más feroz, el más espantoso de todos los seres. Sus obras no pueden ser otra cosa más que o el resultado o el movimiento de la maldad. Sin el más extremo período de la maldad, nada se sostendría en el universo; sin embargo, el *mal* es un ser moral y no un ser creado, un ser eterno y no perecedero: existía antes que el mundo; constituía el ser monstruoso, execrable que pudo crear un mundo tan extraño. Por lo

tanto, existirá después de las criaturas que pueblan este mundo; y a él volverán todas, para volver a crear otros seres más malvados todavía; y esto es por lo que se dice que todo se degrada, que todo se corrompe al envejecer: eso sólo procede de la entrada y de la salida perpetua de los elementos malvados en el seno de las *moléculas malignas*.

»Quizás me preguntaréis ahora cómo, con esta hipótesis, soluciono la posibilidad de hacer sufrir a un ser más tiempo por medio de un billete introducido en el ano. Es la cosa más sencilla del mundo, e incluso me atrevo a decir que la más segura y la menos refutable: si bien he querido llamarla debilidad, es porque no creía que me pusieseis en condiciones de desvelaros mis sistemas. Ahora defendiendo mi método y pruebo su bondad.

»Una vez que mis víctimas han llegado al seno del *mal*, con las pruebas de que han sufrido en mis manos todo lo que era posible soportar, entran entonces en la clase de los seres virtuosos; yo los mejoro por mi operación; y esto hace su adjunción a las moléculas malignas de una dificultad bastante grande, para que los dolores sean enormes; y, por las leyes de atracción esenciales para la naturaleza, deben ser del mismo tipo que las que yo les haga sufrir en este mundo. De la misma manera que el amante atrae el hierro, así la belleza aguza los apetitos carnales y de la misma forma los dolores A, los dolores C, los dolores B se llaman, se encadenan. El ser exterminado con mi mano por el dolor B, supongo, sólo entrará en el seno de las moléculas malignas por el dolor B; y si el dolor B es el más terrible posible, estoy seguro de que mi víctima soportará otros semejantes, al unirse al seno del *mal*, que espera necesariamente a todos los hombres, no los adopta más que en el mismo sentido en que han salido del universo; pero el billete no es más que una formalidad, estoy de acuerdo... inútil quizás, pero que satisface mi espíritu y que no puede tener nada contrario al verdadero sentido, al éxito asegurado de mi operación.

—¡He aquí —respondió Clairwil—, el más asombroso, el más singular, me atreveré a decir el más extraño de todos los sistemas que se hayan presentado todavía, sin duda, al espíritu del hombre!

—Es menos extravagante que el que acabáis de exponer vos —dice Saint-Fond—: Para sostener el vuestro, estáis obligada a lavar a Dios de sus faltas, o a negarlo; yo lo admito con todos sus vicios y, ciertamente, a los ojos de aquellos que conozcan bien todos los crímenes, todos los horrores de ese ser extraño, al que los hombres no ruegan y no llaman bueno más que por temor, a los ojos de esa gente, digo, mis ideas les parecerán menos irregulares que las que vos habéis expuesto.

—Tu sistema —dice Clairwil— tiene su fuente sólo en el profundo horror que tienes hacia Dios.

—Eso es verdad, lo aborrezco; pero el odio que tengo por él no ha

parido mi sistema: no es más que el fruto de mi sabiduría y de mis reflexiones.

—Prefiero —dice Clairwil— no creer en Dios que forjarme uno para odiarlo. ¿Qué piensas de esto Juliette?

—Profundamente atea —respondí—, enemiga capital del dogma de la inmortalidad del alma, preferiré siempre tu sistema al de Saint-Fond; prefiero la certidumbre de la nada que el temor de una eternidad de dolores.

—Ahí está —dice Saint-Fond—, siempre ese pérfido egoísmo, que es la causa de todos los errores de los hombres. Disponen sus planes de acuerdo con sus gustos, sus caprichos y siempre alejándose de la verdad. Hay que dejar de lado las pasiones cuando se examina un sistema de filosofía.

—¡Ah!, Saint-Fond —dice Clairwil—, ¡cuán fácil sería demostrar que el tuyo no es más que el fruto de esas pasiones a las que quieres que se renuncie cuando se estudian! Con menos crueldad en el corazón, tus dogmas serían menos sanguinarios; y prefieres incurrir tú mismo en la eterna condenación de la que hablas, que renunciar al delicioso goce de aterrorizar a los otros.

—Bah, Clairwil —interrumpí—, ese es su único fin al desarrollar ese sistema: no es más que una maldad de su parte, pero no se lo cree.

—Creo que se engañan; y podéis ver que mis acciones están totalmente conformes con mi manera de pensar: persuadido de que el suplicio de la reunión con las *moléculas malignas* será muy mediocre para el ser tan malhechor como ellas, me cubro de crímenes en este mundo para tener que sufrir menos en el otro.

—En cuanto a mí —dice Clairwil—, me mancillo con ellos porque me agradan, porque los creo una de las maneras de servir a la naturaleza y porque, al no sobrevivir nada de mí, importa muy poco cómo me haya conducido en este mundo.

Estábamos en este punto, cuando oímos un coche que entraba en el patio; se anunció Noirceuil; apareció, llevando a un joven de dieciséis años, más hermoso que el mismo Amor.

—¿Qué es esto? —dice el ministro—, acabamos de analizar el infierno, ¿y vienes tú a darme la ocasión de merecerlo un poco?

—No dependerá más que de ti —dice Noirceuil—, y puedes condenarte a las mil maravillas con este hermoso niño: sólo para eso lo traigo aquí. Es el hijo de la marquesa de Rose, a la que hace ocho días hiciste meter en la Bastilla, bajo el vano pretexto de conspiración y que, me imagino, no tenía otro fin que conseguirte dinero y el goce de este hermoso muchacho. La marquesa, enterada de nuestras relaciones, me ha implorado, me he conseguido una orden de tus funcionarios para verla y hemos charlado esta mañana. Este es el resultado de mi negociación —dice Noirceuil empujando al joven Rose

a los brazos del ministro—: *Jode y firma*; tengo más de cien mil escudos para darte.

—Es guapo —dice Saint-Fond, besando al joven—... demasiado guapo; pero llega en un mal momento... hemos hecho horrores; estoy saciado.

—Tranquilízate sobre eso —dice Noirceuil— y encontrarás en los encantos de este muchacho todo lo que te haga falta para devolvarte a la vida.

Rose y Noirceuil, que no habían comido, se sentaron a la mesa; en cuanto acabaron, Saint-Fond dice que quería que yo fuese la tercera en los placeres que él se prometía con este joven y que Noirceuil se acostase con Clairwil. Este arreglo pareció gustar a ambos y se retiraron.

—Necesitaré muchas cosas —dice Saint-Fond, en cuanto estuvimos los tres solos—, y por muy guapo que sea este hermoso muchacho, creo que me costará mucho trabajo que se ponga recta: quítale sus pantalones, Juliette, levanta su camisa sobre sus riñones, dejando caer agradablemente sus pantalones debajo de las piernas; amo con locura esta forma de ofrecer el culo.

Y como el que yo presentaba era verdaderamente delicioso, Saint-Fond, masturbado por mí, lo besa fuerte durante un buen rato excitando el miembro del joven al que pronto vimos en el más brillante estado.

—Chúpalo —me dice mi amante—, yo voy a acariciarlo; durante ese tiempo hay que hacerle descargar entre los dos.

A continuación Saint-Fond, celoso del semen que yo iba a chupar, quiso cambiar de lugar conmigo, lo que se hizo tan bien que apenas tuvo el miembro del joven en la boca, se la sentí llena de la más abundante eyaculación; la tragó.

—¡Oh!, Juliette —me dice—, ¡cuánto me gusta alimentarme con este agradable alimento!... Es pura crema.

Después, habiendo dicho al joven que se metiese en la cama, y sobre todo, que no se durmiese hasta que nos reuniésemos con él, me hizo pasar a su cuarto.

—Juliette —me dice—, tengo que informarte de las particularidades de un asunto del que el mismo Noirceuil no está muy al corriente. La marquesa de Rose, una de las mujeres más hermosas de la corte, fue en otro tiempo mi amante y el muchacho que ves aquí me pertenece. Hace dos años que estoy enamorado de ese joven, sin que nunca haya consentido la marquesa en entregármelo. Al no estar todavía mi crédito bien asentado, no quise arriesgarme; pero al ver elevarse últimamente mi favor sobre las ruinas del suyo, ya no he dudado en hacerla sospechosa, para vengarme de haber gozado de ella y de haberse opuesto a que goce de su hijo. Ahora ves que tiene

miedo, me lo envía, en verdad, en un momento en que, después de haber descargado mucho por él durante dieciocho meses, no me excita ya más que muy mediocrementemente; sin embargo, como hay bonitos ramalazos de crímenes en toda esta aventura, quiero recogerlos y divertirme. En primer lugar, voy a aceptar los cien mil escudos de la condesa, quiero fornicar bien a su hijo: pero su salida de la Bastilla no la hará más que en un cofre.

—¿Qué quieres decir con esa expresión?

—Está claro; la condesa ignora que si pierde a su hijo, aunque yo sea su pariente muy lejano, seré su único heredero: en un mes, ya no existirá la puta; y cuando haya fornicado bien al señor, su querido hijo, esta noche, le haremos tomar una taza de chocolate mañana por la mañana que desviará pronto a mi favor la herencia que le correspondería.

—¡Qué complicación de crímenes!

—¡Ya ves que hay con qué hacerme entrar bien cómodamente en el seno de las *moléculas malignas*!

—¡Oh!, ¡sois un hombre increíble! ¿Y la cosa vale al menos la pena?

—Quinientas mil libras de renta, Juliette, ¡y las gano con veinte céntimos de arsénico! ¡Vamos, joder!, ¿ves? —prosiguió poniéndome la mano en su miembro muy duro y muy firme—, ¿ves la fuerza de una idea criminal sobre mis sentidos?, no habré fracasado nunca con una mujer si estoy seguro de matarla después.

El joven Rose nos esperaba; nos acostamos cerca de él. Saint-Fond le cubrió con las más lujuriosas caricias; lo excitamos, lo chupamos, lo acariciamos, y como la imaginación actuaba fuerte, pronto Saint-Fond había jodido al joven. Yo le excitaba el agujero del culo con la lengua y, con lo enervado que estaba, su descarga fue de las más largas y más copiosas. Exigió de mí hacérmela devolver en la boca: este libertinaje me gustaba excesivamente, me suscribía a todo. A continuación fue preciso que el joven Rose me sodomizase mientras que él lo fornicaba una segunda vez y, después Saint-Fond me trató de la misma manera, acariciando el culo del joven, al que acabamos de agotar a fuerza de hacerlo descargar o en nuestras bocas o en nuestros culos. Hacia el despuntar del día, Saint-Fond, hastiado sin estar satisfecho, me ordenó que le sujetase al muchacho y le desgarró las nalgas a golpes de zorros; a continuación, lo golpeó y martirizó cruelmente. Hacia las once, se sirvió el chocolate; tuve buen cuidado, por orden del ministro, de echar lo que debía asegurar la herencia a mi amante; y él, por un insigne refinamiento de crueldad, quiso, mientras yo preparaba el veneno del hijo, dar la orden al comandante de la Bastilla de administrar el de la madre.

—Vamos —me dice Saint-Fond en cuanto que por medio de

nuestras fechorías se introdujo la muerte en las venas de este desgraciado muchacho— vamos, esto es lo que yo llamo una buena mañana: que el Ser supremo de las maldades se digne enviarme solamente cuatro como esta por semana y se lo agradeceré con todo mi corazón.

Noirceuil estaba desayunando con Clairwil mientras nos esperaban; ninguno de nuestros secretos fue revelado y el ministro partió para París con el muchacho y su amigo; sólo Clairwil me acompañó.

Para no volver sobre esta aventura, sabréis amigos míos, que este crimen, como todos los de Saint-Fond, fue coronado con el mayor éxito; poco tiempo después, estuvo en posesión de una herencia, de una renta de la que quiso darme la parte de dos años por adelantado, por haber compartido su crimen.

En el camino, Clairwil me hizo algunas preguntas, que yo tuve la habilidad de eludir, sin satisfacerla; ocultar los actos lujuriosos hubiese sido inútil: no me habría creído; pero yo disimulé lo demás, y Saint-Fond me lo supo agradecer. Aproveché este camino para recordar a mi amiga la promesa que me había hecho de admitirme en su club libertino; me prometió que esta recepción tendría lugar en la primera asamblea y nos separamos.

Tercera parte

YA es hora, amigos míos, de que os hable un poco de mí, sobre todo de que os pinte mi lujo, fruto de los más terribles excesos, para que podáis compararlo con el estado de infortunio en que se encontraba mi hermana por habérsele ocurrido ser honesta. Sacaréis de esta comparación las consecuencias que os sugiera vuestra filosofía.

El tren de vida de mi casa era fantástico. Podéis figurároslo dados todos los gastos que estaba obligada a hacer para mi amante. Pero, dejando aparte la multitud de cosas exigidas por sus placeres, me quedaba para mí un hotel soberbio en París, un delicioso terreno más allá de Sceaux, una casita de lo más voluptuoso en la Barrière-Blanche, doce lesbianas, cuatro criadas, una lectora, dos guardianas, tres carrozas, diez caballos, cuatro ayudas de cámara elegidos por la superioridad de sus miembros, los atributos de una enorme casa y, para mí sola, más de dos millones de renta al año, con la casa pagada.

¿Queréis ahora que os pinte mi vida?

Me levantaba todos los días a la diez. Hasta las once sólo veía a mis amigas íntimas; desde entonces hasta la una, una gran *toilette* a la que asistían todos mis cortesanos; a la una en punto recibía audiencias particulares para los favores que tenían que pedirme, o al ministro cuando me encontraba en París. A las dos volaba a mi casita, donde excelentes obreras me permitían encontrar regularmente, todos los días, a cuatro hombres y cuatro mujeres, con quienes daba el más amplio vuelo a mis caprichos. Para que os hagáis una idea de los objetos que recibía en ella, conformaos con saber que no entraba ningún individuo que no me costase al menos veinticinco luises, y con frecuencia el doble. De esta forma, no es posible imaginarse la de delicias y rarezas que obtenía de uno y otro sexo: más de una vez he visto a mujeres y muchachas de las mejores familias, y puedo decir que en esa casa he gozado de voluptuosidades muy dulces y placeres muy refinados. Volvía a las cuatro, y siempre cenaba con algunos amigos. No os hablo de mi mesa: ninguna casa de París era servida con tanto esplendor, delicadeza y profusión; nada era nunca suficientemente hermoso ni suficientemente extraño. La extrema intemperancia en que me veis debe, creo, haceros juzgar sobre esto. Sitúo una de mis mayores voluptuosidades en este pequeño vicio, y creo que sin los excesos de este nunca se goza bien de los otros. A continuación iba a ver algún espectáculo, o recibía al ministro si era su día.

Respecto a mi guardarropa, mis joyas, mis ahorros, mi mobiliario, aunque hiciese apenas dos años que estaba con Monsieur de Saint-Fond, no exagero si evalúo estos objetos en más de cuatro millones,

dos de ellos en oro dentro de mi caja, ante los cuales iba algunas veces, a instancias de Clairwil, a excitarme el coño, y me corría con esta idea singular: *Me gusta el crimen y aquí están a mi disposición todos los medios para lograrlo.* ¡Oh, amigos míos!, ¡cuán dulce es esta idea y cuánto semen me ha hecho perder! ¿Deseaba una nueva joya, un nuevo vestido? Mi amante, que no quería verme tres veces seguidas las mismas cosas, me satisfacía al momento, y todo esto sin exigir de mí más que desorden, extravío, libertinaje y la mayor escrupulosidad en la preparación de sus orgías. Así pues, era halagando mis gustos como se encontraban servidos todos ellos; era entregándome a un completo desenfreno de mis sentidos como mis sentidos se veían embriagados.

¿Pero en qué condición moral me había puesto tanta comodidad? Eso es lo que no me atrevo a relatar, amigos míos, y, sin embargo, es preciso que trate de ello con vosotros. El extremo libertinaje en que me hundía todos los días había embotado de tal forma los resortes de mi alma que, con la ayuda de los perniciosos consejos con que me colmaban por todas partes, creo que no habría derrochado ni un céntimo de mis tesoros para devolver la vida a un desgraciado. Más o menos por esta época, se hizo sentir por los alrededores de mi propiedad un hambre terrible; todos los habitantes estaban en la mayor de las miserias: hubo escenas terribles, muchachas arrastradas al libertinaje, niños abandonados y varios suicidios. Vinieron a implorar mi bondad: me mantuve firme, y coloreé impertinentemente mis negativas con los enormes gastos a que me habían llevado mis jardines. ¿Pueden darse limosnas, decía insolentemente, cuando instalo habitaciones de espejos al fondo de los bosquecillos, y cuando adorno sus avenidas con Venus, Amores y Safos? En vano ofrecían a mis tranquilas miradas todo lo que creían más propio para despertar mi sensibilidad: madres desconsoladas, niños desnudos, espectros devorados por el hambre; nada me conmovía, nada sacaba a mi alma de su impasibilidad ordinaria, y nunca obtenían de mí más que negativas. Entonces fue cuando, al darme cuenta de mis sensaciones, sentí, tal y como me lo habían anunciado mis maestros, en lugar del penoso sentimiento de la piedad, una cierta conmoción producida por el mal que yo creía hacer echando a estos desgraciados, y que hizo circular por mis nervios una llama más o menos parecida a la que nos abrasa cada vez que rompemos un freno o que desechamos un prejuicio. A partir de ese momento concebí cuán voluptuosa podía llegar a ser la puesta en práctica de estos principios; y desde entonces fue cuando sentí que, puesto que el espectáculo del infortunio causado por la muerte podía ser de una sensualidad tan perfecta para las almas dispuestas o imbuidas de principios como los que me inculcaban, el causado por uno mismo debía mejorar este goce; y como sabéis que mi

cabeza va siempre muy lejos, podéis imaginar cuánto de posible y delicioso concebía en esto. El razonamiento era simple: yo sentía placer en la mera negativa de hacer feliz al infortunado; ¿qué no sentiría entonces si fuese yo misma la causa primera de este infortunio? Si es dulce oponerse al bien, me decía a mí misma, debe ser delicioso hacer el mal. Recordé, recreé esta idea en esos momentos peligrosos en que el físico se enciende con las voluptuosidades del espíritu, instantes en los que uno nada se niega a sí mismo porque nada se opone a la irregularidad de los anhelos o a la impetuosidad de los deseos, y en los que la sensación recibida sólo es viva en función de la multitud de los frenos que se rompen y de su santidad. Si uno se volviese honrado una vez desvanecido el pensamiento, el inconveniente sería mínimo: es la historia de las faltas del espíritu, se sabe perfectamente que no ofenden a nadie; pero, desgraciadamente, se va más lejos. ¿Qué será, nos atrevemos a decir, la realización de esta idea, cuando su solo roce sobre mis nervios llega a emocionarlos tan vivamente? Se vivifica la maldita quimera, y su existencia es un crimen.

A un cuarto de milla de mi castillo había una miserable choza que pertenecía a un campesino muy pobre llamado Martin Des Granges, padre de ocho hijos y cuya mujer podía ser considerada un tesoro, por lo ahorrativa y bondadosa que era. ¿Creeréis que este asilo de la desgracia y de la virtud excitó mi rabia y mi maldad? Por lo tanto, es verdad que el crimen es algo delicioso; por lo tanto, es cierto que el fuego con que nos excita es con el que se enciende la llama de la lubricidad..., que basta con despertarlo en nosotros, y que, para dar a esta deliciosa pasión todo el grado de actividad posible sobre nuestros nervios, sólo se necesita el crimen.

Elvire y yo habíamos traído fósforo de Boulogne, y encargué a esta muchacha lista e inteligente que distrajese a toda la familia mientras yo iba a colocarlo hábilmente en la paja de un granero que se encontraba encima de la habitación de estos desgraciados. Vuelvo, los niños me acarician, la madre me cuenta con ingenuidad todos los pequeños detalles de su casa, el padre quiere que me refresque, se apresura a recibirme con lo mejor... Nada de esto me desarma, nada me ablanda; me interrogo acerca de mis sensaciones y, lejos de esa fastidiosa emoción de la piedad, no siento más que un cosquilleo delicioso por todo mi cuerpo: la más pequeña caricia me habría hecho descargar diez veces. Redoblo mis halagos con toda esta interesante familia, a la que voy a traer el asesinato; mi falsedad llega al colmo: cuanto más traiciono, mejor me excito. Doy cintas y lazos a la madre, caramelos a los hijos. Regresamos, pero tal es mi delirio que no puedo volver a mi casa sin rogar a Elvire que alivie el terrible estado en que me encuentro. Nos adentramos en un bosquecillo, me arremango, abro

las piernas..., me masturba... Apenas me toca, me corro; nunca hasta entonces me había encontrado en un delirio tan terrible; Elvire, que no sospecha nada, no sabía cómo interpretar el estado en que me veía.

—Menea..., menea... —le digo chupando su boca—, estoy en una prodigiosa agitación esta mañana; dame tu coño, que yo lo excite también, y ahoguémonos en chorros de semen.

—¿Pero qué es lo que la señora acaba de hacer?

—Horrores..., atrocidades, y el esperma corre muy deliciosamente cuando sus chorros se lanzan en el seno de la abominación. Por lo tanto, Elvire, menéame, es preciso que descargue.

Se desliza entre mis piernas, me chupa...

—¡Oh, joder! —le grité—, tienes razón: ves que necesito grandes medios, y los utilizas...

E inundo sus labios.

Regresamos; yo me encontraba en un estado inimaginable, me parecía que todos los desórdenes, todos los vicios se armaban a la vez para venir a corromper mi corazón, me sentía en una especie de embriaguez, en un estado de rabia: no había nada que no hubiese hecho, ninguna lujuria con la que no me hubiese mancillado. Estaba desolada por no haber alcanzado más que a una parte tan pequeña de la humanidad; habría querido que la naturaleza entera hubiese podido resentirse de los extravíos de mi cabeza. Me eché desnuda sobre el sofá de una de mis habitaciones, y ordené a Elvire que me trajese a todos mis hombres, aconsejándoles que hiciesen de mí todo lo que quisiesen, con tal de que me insultasen y me tratarasen como a una puta. Fui sobada, manoseada, golpeada, abofeteada; mi coño, mi culo, mis senos, mi boca, todo sirvió: hubiese deseado tener veinte altares más para poder presentarlos en su ofrenda. Algunos se trajeron a compañeros que yo no conocía: no rechacé nada, me convertí en la puta de todos, y perdí torrentes de flujo en medio de todas estas lujurias. A uno de estos groseros libertinos (yo les había permitido todo) se le ocurre decir que él no quería joderme sobre canapés, sino en el fango... Me dejo arrastrar por él a un montón de basura, y allí, prostituyéndome como una cerda, lo excito a que me humille todavía más. El villano lo hace, y no me deja hasta haberseme cagado en el rostro... Y yo era feliz; cuanto más me revolcaba en el lodo y la infamia, más se encendía mi cabeza de lujuria y más aumentaba mi delirio. En menos de dos horas fui fornicada más de veinte veces, mientras Elvire me excitaba constantemente..., y nada, nada en absoluto apaciguaba el cruel estado en que me sumía la idea del crimen que acababa de cometer.

Cuando volví a mi habitación, vimos la atmósfera iluminada.

—¡Oh!, señora —me dice Elvire abriendo una ventana—, mirad..., fuego..., ¡fuego donde hemos estado esta mañana!

Y caigo casi desvanecida...

Me quedo sola con esta hermosa muchacha, y la conjuro a que me masturbe una vez más.

—Salgamos —le digo—, creo que oigo gritos, vamos a gozar de ese delicioso espectáculo. Elvire: es obra mía, ven conmigo a saciarte de él... Tengo que verlo todo, que oírlo todo, no quiero que se me escape nada.

Salimos las dos, desmelenadas, vejadas, embriagadas: parecíamos bacantes. A veinte pasos de esta escena de horror, detrás de un pequeño cerro que nos ocultaba a las miradas de los otros sin impedirnos verlo todo, caigo en los brazos de Elvire, que estaba casi tan agitada como yo. Nos masturbamos a la luz de las llamas homicidas que encendía mi ferocidad, entre los gritos agudos de la desgracia y de la desesperación que hacía lanzar mi lujuria, y yo era la más feliz de las mujeres.

Por fin nos levantamos para examinar mi fechoría. Veo con dolor que se me han escapado dos víctimas; reconocí los otros dos cadáveres, les di la vuelta con el pie.

—Esos individuos vivían esta mañana —me digo—, lo he destruido todo en unas horas..., todo eso para perder mi flujo... Y he aquí lo que es el asesinato: un poco de materia desorganizada, algunos cambios en las combinaciones, algunas moléculas rotas y sumergidas de nuevo en el abismo de la naturaleza, que algún día las devolverá a la Tierra bajo otra forma; ¿dónde está el mal entonces? Si quito la vida a alguien, se la doy a otro: ¿dónde está entonces la ofensa que le hago?

Esta pequeña rebelión de mi espíritu contra mi corazón excitó vivamente los glóbulos eléctricos de mis nervios..., y mi coño moja una vez más los dedos de mi lesbiana. Si hubiese estado sola, juro que no sé hasta dónde habría llevado los efectos de mi desvarío. Tan cruel como los caribes, quizás hubiese devorado a mis víctimas. Estaban allí, despedazados... Sólo el padre y uno de sus hijos habían escapado al fuego; la madre y los otros siete estaban ante mi vista; y yo me decía mientras los observaba, mientras los tocaba incluso: soy yo quien acaba de consumir estos asesinatos, sólo son obra mía; y descargué una vez más... En cuanto a la casa, no quedaba ni rastro, ni siquiera podía sospecharse el lugar que había ocupado.

¡Pues bien! ¿Creeréis, amigos míos, que cuando conté esta historia a Clairwil, me aseguró que yo me había limitado a hacer aflorar el crimen, y que me había conducido como una cobarde?

—Hay tres o cuatro faltas graves —me dice— en la realización de esta aventura. En primer lugar —y os reverga todo esto para que juzguéis mejor el carácter de esta asombrosa mujer—, has fallado en tu comportamiento, y si desgraciadamente alguien hubiese llegado a

ver tu desorden, tus movimientos, habría pensado que eras una criminal. Guárdate de cometer esta falta: ten dentro todo el ardor que quieras, pero fuera la mayor flema. Cuando encierres así los efectos lúbricos, estos tendrán más fuerza. En segundo lugar, la cabeza no ha concebido la cosa a lo grande; porque convendrás en que, teniendo bajo tus ventanas una ciudad inmensa de siete u ocho grandes pueblos en los alrededores, es bondad..., pudor no ir a perderse más que por una sola casa, y en un lugar aislado..., por miedo a que las llamas, al propagarse, aumentasen la extensión de tu pequeña fechoría: se ve que has temblado al ejecutarla.

»Este es un goce fallido, porque los goces del crimen no quieren ninguna restricción. Yo los conozco: si la imaginación no lo ha concebido todo, si la mano no lo ha ejecutado todo, es imposible que el delirio haya sido completo, porque siempre queda un remordimiento: *Yo podía hacer más, y no lo he hecho*. Y los remordimientos de la virtud son peores que los del crimen. Cuando se está en el camino de la virtud y se hace una mala acción, siempre se imagina uno que la multitud de las buenas obras borrarán esta mancha: y como uno se convence fácilmente de lo que desea, acaba por calmarse. Pero aquel que, como nosotros, se encamina a grandes pasos por la carrera del vicio nunca se perdona una ocasión fallida, porque nada la compensa; la virtud no viene en su ayuda, y la resolución que toma de hacer algo peor, aunque encienda más su cabeza hacia el mal, no lo consolará seguramente de la ocasión que ha perdido de hacerlo.

»Además, al no considerar tu plan más que limitadamente — prosiguió Clairwil—, cometiste una falta grave, porque yo habría hecho perseguir a Des Granges. Tenía todos los requisitos para ser quemado como incendiario, y sabes perfectamente que en tu lugar yo no habría dejado de hacerlo. Cuando el fuego prende en la casa de un hombre inferior, como este en tu tierra, debes saber que tienes el derecho de hacer verificar por tu gente de justicia si ha sido él el culpable. ¿Quién te ha dicho que ese hombre no quería deshacerse de su mujer y de sus hijos, para irse a mendigar fuera del país? En cuanto te dio la espalda, había que detenerlo como fugitivo y como incendiario, y entregarlo a la justicia. Con algunos luses habrías encontrado testigos. La misma Elvire te habría servido: hubiese declarado que esa misma mañana había visto a ese hombre errando por su granero, con un aire insensato; que le había preguntado, que él no había podido responder a sus preguntas; y en ocho horas habrían venido a darte el voluptuoso espectáculo de quemar a tu hombre ante tu puerta. Que esta lección te sirva, Juliette: no concibas jamás el crimen sin ampliarlo, y cuando estés realizándolo, embellece todavía más tus ideas.

Esas son, amigos míos, las crueles adiciones que Clairwil hubiese

deseado verme poner en el delito que le confesaba, y no os oculto que, profundamente afectada por sus razones, me prometí no volver a caer en faltas tan graves. Sobre todo me desolaba la huida del campesino, y no sé lo que habría dado por verlo asarse ante mi puerta; nunca me consolé de esta huida.

Por fin llegó el día de mi recepción en el club de Clairwil. Se llamaba este grupo «Sociedad de los Amigos del Crimen». Por la mañana, mi introductora me trajo los estatutos de la asamblea. Los considero lo suficientemente curiosos como para mostrároslos; aquí están:

ESTATUTOS DE LA SOCIEDAD DE LOS AMIGOS DEL CRIMEN

La Sociedad se sirve de la palabra crimen para conformarse con las costumbres recibidas, pero declara que no designa así a ningún tipo de acción, de cualquier clase que pueda ser.

Plenamente convencida de que los hombres no son libres y que, encadenados por las leyes de la naturaleza, son todos esclavos de estas leyes primeras, la Sociedad lo aprueba todo, lo legitima todo, y considera como sus más celosos partidarios a aquellos que, sin ningún remordimiento, se hayan entregado a un mayor número de esas enérgicas acciones que los tontos tienen la debilidad de llamar crímenes, porque está convencida de que se sirve a la naturaleza entregándose a estas acciones, que están dictadas por ella, y que lo que verdaderamente caracterizaría un crimen sería la resistencia que el hombre opusiese a entregarse a todas las inspiraciones de la naturaleza, sean del tipo que sean. En consecuencia, la Sociedad protege a todos sus miembros; les promete a todos ayudas, abrigo, refugio, protección, influencia contra los intentos de la Ley; toma bajo su salvaguarda a todos aquellos que la infrinjan, y se considera por encima de ella, porque la Ley es obra de los hombres, y porque la Sociedad, hija de la naturaleza, no escucha y no sigue más que a la naturaleza.

1.º No habrá ninguna distinción entre los individuos que componen la Sociedad. No es que esta considere a todos los hombres iguales a los ojos de la naturaleza (está lejos de este prejuicio popular, fruto de la debilidad y de la falsa filosofía), sino que está persuadida de que toda distinción sería perjudicial para los placeres de la Sociedad, y que tarde o temprano los turbaría necesariamente[41].

2.º El individuo que quiera ser recibido en la Sociedad debe renunciar a toda religión, del tipo que sea. Debe someterse a pruebas que constatarán su desprecio por esos cultos humanos y su quimérico objeto. La más pequeña vacilación por su parte sobre estas tonterías le valdrá la inmediata expulsión.

3.º La Sociedad no admite a Dios; hay que dar pruebas de ateísmo para entrar en ella. El único Dios que conoce es el placer; lo sacrifica todo a este; admite todas las voluptuosidades imaginables, encuentra bueno todo

lo que deleita; todos los goces están autorizados en su seno; no hay ninguno que no inciense, ninguno que no aconseje y proteja.

4.º La Sociedad rompe todos los vínculos del matrimonio y confunde todos los de la sangre. En los hogares se debe gozar de la mujer del prójimo como de la propia; del hermano, la hermana, los hijos, los sobrinos como de los del prójimo. La más ligera repugnancia a estas reglas es una razón poderosa de exclusión.

5.º Un marido está obligado a presentar a su mujer; un padre, a su hijo o a su hija; un hermano, a su hermana; un tío, a su sobrino o su sobrina, etcétera, etcétera.

6.º En la Sociedad no se recibe a nadie que no goce al menos de veinticinco mil libras de renta, en vista de que los gastos anuales son de diez mil francos por individuo. De esta cifra se sacan todos los gastos de la casa, del alquiler, de los serrallos, de los coches, verdugos, reuniones, comidas, alumbrado. Y si el tesorero tiene dinero de sobra al final del año, lo reparte entre los hermanos; si los gastos han excedido la cuota, se cotiza para reembolsar al tesorero, creyendo siempre en su palabra.

7.º Veinte artistas o gente de letras serán recibidos al módico precio de mil libras al año. La Sociedad, protectora de las artes, quiere otorgarles esta deferencia; le molesta que sus medios no le permitan admitir por este mediocre precio a un mayor número de estos hombres, por los que siente gran estima.

8.º Los amigos de esta Sociedad, unidos como en el seno de una familia, comparten todas sus penas como todos sus placeres; se ayudan y se socorren mutuamente en todas las diferentes situaciones de la vida; pero están absolutamente prohibidas cualesquiera limosnas, caridades, ayudas a las viudas, huérfanos o indigentes, tanto en la Sociedad como a personas de la Sociedad; todo miembro sobre el que recaigan sospechas de estas pretendidas buenas obras será excluido.

9.º Habrá siempre en reserva una suma de treinta mil libras para uso de los miembros a los que la mano de la suerte haya metido en un mal caso.

10.º El presidente es elegido por votación, y nunca permanece más de un mes en el cargo; podrá ser elegido tanto de un sexo como del otro, y presidirá doce asambleas (hay tres por semana); su único trabajo consiste en hacer respetar las leyes de la Sociedad y mantener la correspondencia realizada por un comité permanente, cuyo jefe es el presidente. El tesorero y los dos secretarios de la asamblea son miembros de este comité, pero los secretarios se renuevan todos los meses, como el presidente.

11.º Cada sesión se abre con un discurso, obra de uno de los miembros; el carácter de este discurso es contrario a las costumbres y a la religión; si merece la pena se imprime a continuación, a costa de la Sociedad, y se guarda en sus archivos.

12.º En las horas consagradas al goce, todos los hermanos y todas las

hermanas estarán desnudos; se mezclan, gozan indistintamente, y nunca podrá una negativa sustraer a un individuo de los placeres de otro. El que sea elegido debe prestarse, debe hacerlo todo: ¿acaso no tiene él el mismo derecho, un momento después? Un individuo que se negase a los placeres de sus hermanos sería obligado por la fuerza y expulsado después.

13.º Dentro de la asamblea, no podrá ejercerse ninguna pasión cruel, excepto el látigo, dado simplemente sobre las nalgas; existen serrallos dependientes de la Sociedad en los que podrá darse el más amplio curso a las pasiones feroces; pero entre sus hermanos, sólo se necesitan voluptuosidades crapulosas, incestuosas, sodomitas y dulces.

14.º Se impone la mayor confianza entre los hermanos; deben confesarse entre sí sus gustos, sus debilidades, gozar con sus confidencias y encontrar un alimento más para sus placeres. Un ser que traicionase los secretos de la Sociedad, o que reprochase a uno de sus hermanos las debilidades o las pasiones que constituyen la felicidad de su goce, sería excluido al momento.

15.º Cerca de la sala pública de los goces están los gabinetes secretos, donde pueden retirarse para entregarse en solitario a todos los excesos del libertinaje; es posible entrar en ellos en el número que se quiera. Allí se encuentra todo lo necesario, así como, en cada uno, una joven y un joven dispuestos a ejecutar todas las pasiones de los miembros de la Sociedad, incluso aquellas que sólo están permitidas en el interior de los serrallos, porque al ser estos muchachos de la misma especie que los que se entregan en los serrallos y al depender igualmente de ellos, pueden ser tratados como aquellos.

16.º Están autorizados todos los excesos de la mesa; se dará cualquier ayuda y asistencia a un hermano que se haya entregado a ellos; en el interior están todos los medios posibles para satisfacerlos.

17.º Ninguna mancha jurídica, ningún desprecio público, ninguna difamación impedirá ser recibido en la Sociedad. Al estar sus principios basados en el crimen, ¿cómo podría poner nunca trabas a lo que procede del crimen! Estos individuos rechazados por el mundo encontrarán consuelo y amigos en una Sociedad que los considerará y los admitirá siempre con preferencia. Cuanto más subestimado esté un individuo en el mundo, más complacerá a la Sociedad; los de este tipo serán elegidos presidentes desde el mismo día de su recepción, y admitidos en los serrallos sin noviciado.

18.º Hay una confesión pública en las cuatro grandes asambleas generales, que se realizan en las épocas llamadas por los católicos «las cuatro grandes fiestas del año». En estas, cada uno está obligado a confesar, en voz alta e inteligible, todo lo que ha hecho; si su conducta es pura, es calumniado; se le colma de alabanzas si es irregular; ¿es horrible su conducta, se ha cubierto de fechorías y de execraciones?: es recompensado, pero, en este caso, debe tener testigos. Los premios se elevan

sin excepción a dos mil francos, extraídos siempre del total.

19.º El local de la Sociedad, que sólo debe ser conocido por sus miembros, es de una gran belleza; lo rodean soberbios jardines. En invierno hay un gran fuego en las salas. La hora de la reunión es desde las cinco de la tarde hasta el mediodía del día siguiente. Hacia la medianoche se sirve una soberbia comida, y refrigerios el resto del tiempo.

20.º Están prohibidos en la Sociedad todos los posibles juegos; ocupada en relajaciones más agradables para la naturaleza, desdeña todo lo que se aleje de las divinas pasiones del libertinaje, las únicas con capacidad de electrizar al hombre.

21.º El recibido, sea del sexo que sea, está en el noviciado durante un mes; todo ese tiempo está a las órdenes de la Sociedad; es como su comodín, y no puede entrar en los serrallos, ni ser admitido en ningún puesto. Será castigado con pena de muerte si se le ocurre negarse a las proposiciones que se le pudiesen hacer.

22.º Todos los puestos se eligen por votación secreta; están severamente prohibidas todas las intrigas. Estos puestos son: la presidencia, los dos del secretariado, la censura, los de las dos direcciones de los serrallos, el tesorero, el jefe de comedor, los dos médicos, los dos cirujanos, el partero, la dirección de la secretaría, cuyo jefe tiene bajo él a los escribientes, los impresores, el revisor y el censor de las obras, y el inspector general de los billetes de entrada.

23.º Nunca se recibe a sujetos por encima de los cuarenta años para los hombres, y de treinta y cinco para las mujeres; pero los que envejezcan en la Sociedad pueden permanecer en ella toda su vida.

24.º Todo miembro que no haya sido visto en un año en la Sociedad será excluido, sin que sus empleos públicos o sus cargos puedan justificar sus ausencias.

25.º Toda obra contra las costumbres y la religión presentada por un miembro de la Sociedad, sea él o no el que la haya compuesto, será depositada al momento en la biblioteca de la casa, y se recompensará al que la haya ofrecido en función del mérito de la obra y del partido que haya tomado.

26.º Los niños hechos en la Sociedad serán alojados enseguida en la casa del noviciado de los serrallos, para que se tornen miembros apenas hayan alcanzado la edad de diez años para los chicos, y de siete para las niñas. Pero una mujer o una muchacha que esté sujeta a hacer hijos será excluida con prontitud: la propagación no forma parte, de ninguna manera, del espíritu de la Sociedad; el verdadero libertinaje aborrece la procreación; por lo tanto, la Sociedad la reprime. Las mujeres denunciarán a los hombres sujetos a esta manía, y si son considerados incorregibles, se les rogará igualmente que se retiren de inmediato.

27.º Las funciones del presidente consisten en vigilar a la policía general de la asamblea. Tiene bajo su mando al censor; los dos deben

mantener la paz, la tranquilidad, los caprichos de los agentes, la sumisión de los pacientes, el silencio, moderar las risas, las conversaciones, en fin, todo lo que no está en el espíritu del libertinaje, o todo lo que lo ahoga. Durante la presidencia tiene a su cargo la inspección a fondo de los serrillos. A lo largo de su sesión no puede abandonar la oficina sin hacerse sustituir por su predecesor.

28.º Los juramentos, y sobre todo las blasfemias, están autorizados; se pueden utilizar por cualquier motivo. Nunca debe hablarse entre sí más que tuteándose.

29.º Los celos, las querellas, las escenas o confesiones de amor están absolutamente prohibidos: todo eso perjudica al libertinaje, y aquí no debe ocuparse más que del libertinaje.

30.º Todo alborotador, duelista, será excluido sin misericordia. La cobardía será reverenciada como en Roma: el cobarde vive en paz con los hombres; además, comúnmente es libertino, y es el tipo que necesita la Sociedad.

31.º El número de miembros no podrá estar nunca por encima de cuatrocientos, y se mantendrá siempre que sea posible en igualdad de sexos.

32.º El robo está permitido en el interior de la Sociedad, pero el asesinato no lo está más que en los serrillos.

33.º Un miembro no necesitará traer los instrumentos necesarios para el libertinaje: la casa proveerá estos objetos con abundancia, elección y limpieza.

34.º No se podrán sufrir enfermedades repugnantes. El que se presente afligido de esta manera no será en ningún caso recibido. Y si les sobreviniesen males parecidos a miembros ya recibidos, se les rogará que presenten su dimisión.

35.º Un miembro atacado por el mal venéreo será obligado a retirarse hasta su completo restablecimiento, atestiguado por los médicos y los cirujanos de la casa.

36.º Ningún extranjero será recibido, ni siquiera los habitantes de la provincia. Este establecimiento existe únicamente para las personas domiciliadas en París o en las afueras.

37.º Los títulos de nacimiento no servirán de nada para la admisión; sólo se tratará de probar que se tiene el bien necesario e indicado arriba. Por muy bonita que pueda ser una mujer, no será recibida si no prueba la fortuna requerida. Sucederá lo mismo para un joven, por muy hermoso que pueda ser.

38.º Ni la belleza ni la juventud tienen ningún derecho exclusivo en la Sociedad: estos derechos destruirían pronto la igualdad de costumbres que debe reinar en ella.

39.º Existe pena de muerte para todo miembro que revele los secretos de la Sociedad; será perseguido por todas partes, y los gastos derivados

correrán a cargo de la Sociedad.

40.º La comodidad, la libertad, la impiedad, la crápula, todos los excesos del libertinaje, de la gula, en fin, de lo que se llama la suciedad de la lujuria, reinarán imperiosamente en esta asamblea.

41.º Siempre habrá cien hermanos sirvientes en activo, asalariados de la casa, los cuales, jóvenes y guapos, podrán ser utilizados en las escenas libidinosas; pero nunca desempeñarán otro papel. La Sociedad tiene a sus órdenes dieciséis carrozas, dos escuderos y cincuenta criados exteriores. Tiene una imprenta, doce copistas y cuatro lectores, sin comprender aquí todo lo que necesiten los serrallos.

42.º En las salas destinadas a los goces no será tolerada ningún arma, ningún bastón. Al entrar se deja todo en una vasta antecámara, donde mujeres de confianza os desvisten y responden de vuestros vestidos. En los alrededores de la sala hay varios escusados servidos por jóvenes muchachas y muchachos, obligados a prestarse a todas las pasiones y del mismo tipo que los que están en los serrallos. Allí tienen: jeringas, bidés, lugares a la inglesa, ropa de cama muy fina, perfumes y, en general, todo lo que es necesario antes, después o mientras se procede a satisfacer la necesidad; después, su lengua está a vuestro servicio.

43.º Está absolutamente prohibido inmiscuirse en los asuntos del gobierno. Está expresamente prohibido todo discurso político. La Sociedad respeta el gobierno bajo el que vive. Si se pone por encima de las leyes, es porque está en sus principios que el hombre no tiene el poder de hacer leyes que impidan y contraríen las de la naturaleza. Pero los desórdenes de sus miembros, siempre interiores, no deben escandalizar jamás ni a los gobernados ni a los gobernantes.

44.º Hay dos serrallos dedicados a los miembros de la Sociedad, y sus edificios constituyen las dos alas de la casa grande. Uno está compuesto por trescientos muchachos, desde los siete a los veinticinco años; el otro, por un número parecido de muchachas, estas desde los cinco a los veintiún años. Estos sujetos varían constantemente, y no hay semana en que no se cambie al menos a treinta sujetos de cada serrallo, a fin de procurar más objetos nuevos a los miembros de la Sociedad. Cerca de allí hay una casa donde se educa a algunos sujetos destinados a las sustituciones; y, como se ha dicho, hay un inspector en cada serrallo. Estos serrallos son cómodos, bien distribuidos; en ellos se hace absolutamente lo que se quiere; se ejecutan las pasiones más feroces; todos los miembros de la Sociedad son admitidos sin pagar. Sólo los asesinatos se pagan a cien escudos por sujeto. Los miembros que quieran comer allí son dueños de hacerlo; los billetes para entrar en ellos son distribuidos por el presidente, que no puede negarlos nunca a ningún miembro que haya hecho su mes de noviciado. En los serrallos reina la mayor subordinación; las quejas que deban presentarse por falta de sumisión o de complacencia serán enviadas inmediatamente al inspector de este serrallo o al presidente, y se castiga

enseguida al sujeto con la pena pronunciada por vos, y que tenéis el derecho de infligir vos mismo, si eso os divierte. Hay doce cabinas de suplicio por serrallo, donde no falta nada de lo que puede sumir a la víctima en los tormentos más feroces y monstruosos. Se pueden mezclar los sexos y, si se tiene el capricho, llevar a los hombres al de las mujeres, o a estas al de los hombres. Hay también doce calabozos por cada serrallo, para los que se complacen en dejar consumirse en ellos a sus víctimas. Está prohibido llevarse a casa, o a las salas, a cualquiera de los sujetos de estos dos serrallos. En estos pabellones se encuentran igualmente animales de todas las especies para aquellos dotados del gusto por la bestialidad: es una pasión sencilla y está en la naturaleza; hay que respetarla como a las otras.

Tres quejas contra un mismo sujeto bastan para despedirlo. Tres peticiones de muerte bastan para hacerlo ejecutar al momento. En cada serrallo hay cuatro verdugos, cuatro carceleros, ocho fustigadores, cuatro degolladores, cuatro comadronas y cuatro cirujanos, a las órdenes de los miembros que, en sus pasiones, puedan necesitar del ministerio de semejantes personajes; se entiende que las comadronas y los cirujanos están allí para ejecutar suplicios, no para prestar cuidados. En cuanto un sujeto tiene el más ligero síntoma de enfermedad, es enviado al hospital y no vuelve ya a la casa.

Los dos serrallos están rodeados de altos muros. Todas las ventanas están enrejadas, y nunca salen los sujetos. Entre el edificio y el muro alto que lo rodea hay un espacio de tres metros de ancho que forma una avenida plantada de cipreses, adonde los miembros de la Sociedad hacen descender algunas veces a los sujetos para entregarse con ellos, en este paseo solitario, a placeres más sombríos y con frecuencia más terribles. Al pie de algunos cipreses hay dispuestos agujeros, donde la víctima puede desaparecer al instante. Con frecuencia se come bajo estos árboles, algunas veces en estos mismos agujeros. Los hay extremadamente profundos donde sólo se puede descender por escaleras secretas y en los que es posible entregarse a todas las infamias imaginables con la misma tranquilidad, el mismo silencio, que si se estuviese en las entrañas de la tierra.

45.º Nadie puede ser recibido sin firmar previamente el juramento que se le hace pronunciar y las obligaciones impuestas a su sexo.

Cuando llegó la hora, partimos. Yo estaba arreglada como la diosa del Día. Clairwil, desempeñando el papel de madrina, mostraba una coquetería *menos joven*. En el camino me previno de la extrema docilidad que debía prestar a todos los deseos de los miembros de la Sociedad, y también me dijo que no me impacientase si, como novicia, no podía participar en un mes en los placeres del serrallo.

Como la casa se encontraba en uno de los barrios más apartados y menos poblados de París, estuvimos en camino casi una hora. El

corazón me dio un vuelco en cuanto vi que el coche entraba en un patio muy oscuro, rodeado por completo de grandes árboles y cuyas puertas pronto se cerraron tras nosotras. Un escudero se acercó a recibirnos para ayudarnos a bajar de nuestro coche, y nos introdujo en la sala. Clairwil fue obligada a desnudarse; yo no debía desvestirme más que en la ceremonia. El local me pareció soberbio y magníficamente iluminado; sólo podíamos llegar andando sobre un gran crucifijo sembrado de hostias consagradas, al cabo del cual estaba la Biblia, que igualmente debíamos pisotear. Podéis creer que no me detuve ante ninguna de estas pruebas.

Entré. La que presidía era una hermosa mujer de treinta y cinco años; estaba desnuda, magníficamente peinada; los que la rodeaban estaban igualmente desnudos: había dos hombres y una mujer. Más de trescientas personas estaban ya reunidas y desnudas: se encoñaba, se masturbaba, se azotaba, se acariciaba, se sodomizaba, se descargaba, y todo en la mayor calma; no se oía más ruido que el necesario para las circunstancias. Algunos se paseaban solos o de dos en dos; muchos examinaban a los otros y se masturbaban lúbricamente enfrente de los cuadros. Había varios grupos, algunos formados incluso por ocho o diez personas; muchos hombres solo con hombres; muchas mujeres enteramente entregadas a mujeres; varias mujeres entre dos hombres; y varios hombres ocupados con dos o tres mujeres. Perfumes extremadamente agradables ardían en grandes pebeteros y despedían vapores embriagantes que le sumían a uno, por mucho que se resistiese, en una especie de languidez voluptuosa. Vi a varias personas que salían juntas de los escusados. Al cabo de un momento, la presidenta se levantó y, en voz baja, previno que cuando pudiesen le prestasen un momento de atención. Unos minutos después, todo el mundo me rodeó; en mi vida había sido tan examinada; todos y cada uno se pronunciaban, y me atrevo a decir que no coseché más que elogios; grandes planes, grandes proyectos se formaron sobre mí y alrededor de mí, y yo temblé de antemano por la obligación que iba a tener de prestarme a todos los deseos que hacían nacer mi juventud y mis encantos. Por fin, la presidenta me hace subir a un estrado enfrente de ella; y allí, separada de toda la asamblea por una balaustrada, ordenó que me desnudase: llegaron dos hermanos sirvientes y, en menos de tres minutos, no me quedó ni un vestido sobre el cuerpo. Confieso que se apoderó de mí un poco de vergüenza, cuando los hermanos, al retirarse, me expusieron desnuda a los ojos de la asamblea; pero los numerosos aplausos que oí me devolvieron enseguida toda mi impudicia.

Estas fueron las preguntas que me dirigió la presidenta; añado a ellas mis respuestas:

—¿Juráis vivir eternamente en los mayores excesos del

libertinaje?

—Lo juro.

—Todas las acciones lujuriosas, incluso las más execrables, ¿os parecen sencillas y propias de la naturaleza?

—Las considero a todas como indiferentes a mis ojos.

—¿Las cometeríais todas al más ligero deseo de vuestras pasiones?

—Sí, todas.

—¿Juráis conformaros exactamente con todo lo que os ha sido leído por vuestra madrina en los estatutos de nuestra Sociedad? ¿Y os sometéis a las penas impuestas por estos estatutos, si llegáis a ser rebelde?

—Juro y prometo todo lo que consta en ese artículo.

—¿Estáis casada?

—No.

—¿Sois virgen?

—No.

—¿Habéis sido sodomizada?

—Con frecuencia.

—¿Fornicada en la boca?

—Con frecuencia.

—¿Azotada?

—Algunas veces.

—¿Cómo os llamáis?

—Juliette.

—¿Qué edad tenéis?

—Dieciocho años.

—¿Os masturbáis con mujeres?

—Con frecuencia.

—¿Habéis cometido crímenes?

—Varios.

—¿Habéis atentado contra la vida de vuestros semejantes?

—Sí.

—¿Prometéis vivir siempre en los mismos extravíos?

—Lo juro.

(Aquí se hicieron oír nuevos aplausos).

—¿Haréis recibir en la Sociedad a todos aquellos que estén unidos a vos por lazos de sangre?

—Lo juro.

—¿Prometéis la más completa complacencia a todos los caprichos, a todas las lúbricas fantasías de los miembros de la Sociedad?

—Lo prometo.

—¿Qué preferís: hombres o mujeres?

—Me gustan mucho las mujeres para masturbarme, infinitamente los hombres para fornicarme.

(Esta ingenuidad hizo estallar la risa de todo el mundo).

—¿Os gusta el látigo?

—Me gusta darlo y recibirlo.

—¿Cuál de los dos goces que se pueden procurar a una mujer preferís: el de la fornicación en el coño o el de la sodomía?

—Algunas veces he perdido al hombre que me encoñaba, nunca al que me fornicaba en el culo.

(Me pareció que esta respuesta también originaba un gran regocijo).

—¿Qué pensáis de las voluptuosidades de la boca?

—Las idolatro.

—¿Os gusta ser acariciada?

—Infinitamente.

—¿Y acariciáis bien a los otros?

—Muy suavemente.

—¿También chupáis los miembros con placer?

—Y trago su semen.

—¿Habéis hecho hijos?

—Nunca.

—¿Juráis absteneros de ellos?

—Todo lo que pueda.

—Así pues, ¿detestáis la procreación?

—La aborrezco.

—Si os ocurriese quedar embarazada, ¿tendríais el valor de abortar?

—Con toda seguridad.

—¿Tiene vuestra madrina la suma que debéis pagar antes de ser recibida en la Sociedad?

—Sí.

—¿Sois rica?

—Inmensamente.

—¿Habéis hecho buenas obras?

—Las detesto.

—¿No os habéis entregado a ningún acto religioso desde vuestra infancia?

—A ninguno.

A continuación, Clairwil puso en manos del secretario la suma convenida, y cogió un papel que se le ordenó leyera en voz alta. Este papel impreso tenía por título: *Instrucciones para las mujeres admitidas en la Sociedad de los Amigos del Crimen*.

—Aquí está, amigos míos —dice Madame de Lorsange—, es demasiado interesante para que no os lo lea[42]:

En cualquier estado o condición en que haya nacido la que va a firmar aquí, desde el momento en que es mujer, sólo desde ese momento, está creada para los placeres del hombre; por lo tanto, hay que prescribirle una conducta que la ponga en condiciones de revertir estos placeres a su bolsa y su lubricidad. La consideraremos en el estado matrimonial; porque aquellas que, sin estar casadas, viven sin embargo con un hombre, bien como amantes, bien como mantenidas, al encontrarse con las mismas cadenas que se dan bajo los lazos del himeneo, encontrarán en los siguientes consejos las mismas advertencias para sustraerse a estas cadenas o para hacerlas más dulces. Por lo tanto, se previene que en este escrito la palabra hombre querrá decir genéricamente «amante», «esposo» o «mantenedor», en una palabra, todo individuo que se arroga derechos sobre una mujer, en el estado que sea, porque, aunque esta sea millonada, siempre tiene que sacar dinero de su cuerpo. Siendo la primera ley de todas las mujeres no fornicar nunca más que por libertinaje o por interés, y como con frecuencia está obligada a pagar a aquellos que la complacen, es preciso que consiga fondos para esto, por medio de lo que saca de las prostituciones a las que se entrega con aquellos que no la complacen. Bien entendido, todo esto no tiene por objeto más que su conducta en el mundo: los estatutos que acaba de jurar establecen la que debe observar en la Sociedad.

1.º Para lograr esa apatía que es necesario mantener, bien fornicar por dinero, bien lo haga por placer, la primera cosa que observará la mujer será mantener siempre su corazón inaccesible al amor; porque si fornicar por placer, gozará mal al estar enamorada; el trabajo que tendrá en dar placeres a su amante le impedirá saborearlos ella misma; y si fornicar por dinero, nunca se atreverá a sacar dinero a aquel al que ama: sin embargo, tal debe ser su única ocupación con el hombre que le paga.

2.º Excluyendo todo sentimiento metafísico, siempre dará preferencia a aquel que, si ella fornicar por placer, excite mejor y posea el miembro más hermoso; y si fornicar por interés, a aquel que le pague más.

3.º Que evite siempre, con cuidado, lo que se llaman prostitutos: esta calaña paga tan mal como fornicar. Que se limite a los criados, a los mozos de cuerda: ¡estos son los hombres donde está relegado todo el vigor!..., ¡los espíritus en los que se conserva el secreto!... Se cambia de estos como de camisa, y nunca hay que temer indiscreciones.

4.º Cualquiera que sea el hombre que la encadene, que se guarde bien de la fidelidad. Este sentimiento pueril y novelesco sólo es bueno para perder a una mujer, para causarle muchas penas; puede estar segura de que jamás le reportará ningún placer. ¿Y por qué razón tendría que ser fiel, si es cierto que no hay un solo hombre en el mundo que lo sea? ¿No es ridículo que el sexo más frágil, el más débil, aquel al que todo arrastra constantemente al placer, aquel al que autorizan a sucumbir seducciones diarias, no es absurdo que sea este el que resista, mientras que el otro no

tiene como razón para hacer el mal más que su sola y única maldad? Y, además, ¿de qué le sirve a una mujer la fidelidad? Si su hombre la ama verdaderamente, debe ser lo bastante delicado como para tolerar todas sus debilidades y compartir, incluso idealmente, los goces que ella se procura; si él no la ama, ¿qué extravagancia haría encadenándose a alguien que la engaña diariamente! Las infidelidades de la mujer son culpa de la naturaleza; las del hombre, de su engaño y maldad. Por lo tanto, la mujer de la que aquí se trata no se negará a ninguna infidelidad: al contrario, creará con la mayor frecuencia posible las condiciones para ella, y las multiplicará diariamente.

5.º La falsedad es un tipo de carácter esencial en una mujer. Siempre fue el arma del débil: constantemente enfrentada a su dueño, ¿cómo iba a resistirse a la opresión sin la mentira y el engaño? Por lo tanto, que use estas armas sin temor; le han sido dadas por la naturaleza para defenderla de todos los ataques de sus opresores. Los hombres quieren ser engañados, un agradable error es más dulce que una triste realidad: ¿no es preferible que ella oculte sus faltas a que las confíe?

6.º Una mujer jamás debe tener carácter propio: es preciso que adopte, con arte, el de la gente que tiene el mayor interés en cultivar, bien para su lujuria, bien para su avaricia, sin que esta flexibilidad, no obstante, la despoje de la energía esencial para hundirse en todos los tipos de crímenes que deban halagar sus pasiones o servirlos, tales como la del adulterio, el incesto, el infanticidio, los envenenamientos, el robo, el asesinato y, en fin, todos los que puedan serle agradables y a los que, bajo el velo de la falsedad y del engaño que le aconsejamos, pueda entregarse sin ningún tipo de temor ni de remordimientos, porque han sido puestos por la naturaleza en el corazón de las mujeres, y porque sólo falsos principios recibidos con la educación le impiden acariciarlos todos los días como debiera.

7.º Que el libertinaje más excesivo, el más novedoso, el más crapuloso, lejos de aterrorizarla, se convierta en la base de sus más deliciosas ocupaciones. Si quiere escuchar a la naturaleza, verá que ha recibido de ella las más violentas inclinaciones hacia este tipo de placer, y que, por consiguiente, debe entregarse diariamente a ellas sin temor: cuanto más fornique, mejor sirve a la naturaleza; sólo la ultraja mediante la continencia[43].

8.º Que nunca se niegue a cualquier acto libertino que le proponga su hombre; la más completa complacencia en este caso será siempre para ella uno de los medios más seguros para cautivar a aquel que le interesa conservar. El goce de una mujer cansa enseguida a un hombre: ¿qué sucede si ella no tiene el arte de reanimarlo? Él se disgusta y la abandona. Pero el que reconozca en una mujer que esta le estudia para adivinar y saber sus gustos, para prevenirlos y para encadenarse a ellos, este, digo, al encontrar siempre nueva la posesión de una mujer, se mantendrá cautivo de ella, con

toda seguridad: en ese momento, a la mujer le será muy fácil engañarlo; y tal debe ser siempre el estudio más querido del individuo del sexo cuyos deberes trazamos.

9.^o Que este individuo encantador evite con el mayor cuidado el aire de gazmoñería y de modestia cuando esté con su hombre: hay muy pocos a los que les guste esta manera de ser, y una se arriesga a desagradar muy pronto a aquellos que no la aman. Que adopte esta máscara para imponerse en el mundo, si lo cree necesario; todo lo que tiende a la hipocresía es bueno, por ser uno más de los medios para engañar, y no hay ninguno que deba olvidar.

10.^o No nos cansaremos de recomendarle que evite los embarazos, bien haciendo un gran uso de todas las formas de gozar que desvían la semilla del vaso prolífico, bien destruyendo el germen en cuanto sospeche su existencia. Un embarazo traiciona, estropea el talle y no es bueno para nada. Que se entregue preferentemente al placer antifísico; este delicioso goce le asegura a la vez más placer y más seguridad: casi todas las mujeres que lo han probado se quedan con él. Además, la idea de dar de esta forma más placer a los hombres debe ser, por su delicadeza, un motivo poderoso para no adoptar ya otro diferente.

11.^o Que su alma, absolutamente acorazada, no deje penetrar nunca en ella una sensibilidad que la perdería. Una mujer sensible debe contar con todas las desgracias, porque al ser más débil y más delicada que los hombres, todo lo que ataque a esta sensibilidad la desgarrará mucho más cruelmente, y, desde ese momento, ya no hay placer para ella. Su complexión la lleva a la lujuria; si por este exceso de sensibilidad que nosotros intentamos destruir va a encadenarse a un solo hombre, desde ese momento separa de todos los encantos del libertinaje los únicos que están realmente hechos para ella y que deben colmarla de voluptuosidad, de acuerdo con la organización que ella ha recibido de la naturaleza.

12.^o Que evite cuidadosamente toda práctica de la religión: estas infamias, que debe haber pisoteado tiempo ha, al hacer vacilar su conciencia, sólo podrían reducirla a un estado de virtud que no adoptaría sin verse obligada a renunciar a todos sus hábitos y a todos sus placeres; estas simplezas horribles no valen los sacrificios que se vería obligada a hacer, y, como el perro de la fábula, al perseguirlas, abandonaría la realidad por la apariencia. Atea, cruel, impía, libertina, sodomita, lesbiana, incestuosa, vengativa, sanguinaria, hipócrita y falsa, tales son las bases del carácter de una mujer que se entrega a la Sociedad de los Amigos del Crimen, tales son los vicios que debe adoptar si quiere encontrar la felicidad dentro de ella.

La fuerza con que leí estos principios convenció a la Sociedad de que estaban todos en el fondo de mi corazón, lo cual me valió nuevos aplausos, y descendí a la sala.

Todas las parejas, distraídas por el acontecimiento de mi recepción se reanudaron, y pronto fui atacada; desde ese momento hasta el de la comida, no volví a ver a Clairwil. El primero que me abordó fue un hombre de cincuenta años.

—¡Hete aquí una puta, por primera vez! —me dice llevándome hasta el canapé—, ahora ya no puedes desdecirte; hete aquí tanto una zorra como una buscona; me he puesto contento contigo, me has hecho excitarme.

Y el libertino me encoña mientras me dice esto. Frota durante un cuarto de hora, besa mucho mi boca; después, tomado por otra mujer, me deja sin descargar. Una vieja de sesenta años se me acercó, me volvió a tumbar en el canapé que yo iba a abandonar, me masturbó y se hizo masturbar durante mucho tiempo. Tres o cuatro hombres nos miraban; uno de ellos dio por el culo a la patrona, y la hizo gritar de placer. El otro hombre, viendo que yo me extasiaba bajo el cosquilleo de los dedos de la lesbiana, vino a ofrecirme su miembro para que lo chupase; y como la vieja me dejó, el pícaro pasó de mi boca a mi coño; tenía el miembro más hermoso del mundo, y fornicaba de maravilla. Una joven me lo quitó de nuevo, y él me dejó allí para fornicaria ante mis ojos; mi rival me hizo una señal, me acerqué a ella y la puta me acarició; ella tuvo el semen del hombre que me había quitado, yo le di el mío. Dos jóvenes nos asaltaron y formamos el grupo más agradable mientras nos encoñaban a las dos; mi compañera siguió al joven con el que acababa de divertirse y me dejó sola un momento. Un hombre, al que reconocí como un obispo con el que había hecho partidas en casa de la Duvergier, me encoñó igualmente después de haberse hecho mear sobre la nariz. El que vino después, al que reconocí igualmente como un eclesiástico, me lo metió en la boca y allí descargó. Una joven muy bonita vino a hacerse masturbar, la acaricié con toda mi alma. Un hombre de alrededor de cuarenta años la tomó, las nalgas al aire, y la enculó; pronto el libertino me hizo otro tanto; nos insultaba, gozando de esta manera de nosotras, y nos trataba de zorras, tortilleras, y cuando enculaba a una, azotaba las nalgas de la otra.

—¿Qué haces con esas dos zorras? —le dice un joven abordándole y sodomizándole a su vez—; toma, zorro, esto es lo que te hace falta —decía—, no culos de mujeres.

Todos me dejan una vez más, cuando un viejo, armado con un puñado de vergajos, se acerca a calentarme el trasero y hacerse excitar durante un momento.

—¿No eres tú la que se ha recibido esta tarde? —me dice.

—Sí.

—Estoy disgustado por no haberte visto, estaba en el serrallo; tienes el culo más hermoso del mundo... Dóblate para que te

sodomice.

Y el villano triunfó, tuve su semen. Apareció un joven muy guapo, y me trató de la misma manera, pero fui azotada mucho más fuerte; vinieron diez seguidos, entre los que reconocí, por el peinado, a seis golillas y cuatro curas; todos me dieron por el culo. Yo estaba llena de fuego, me acerqué a un guardarropa; como las mujeres no iban más que a los que estaban servidos por hombres, y los hombres a los que cuidaban las mujeres, el joven, después de haberme colocado sobre el sillón, me preguntó si me serviría de su lengua. Al responderle con la exposición de mi trasero, me limpió de una manera tan agradable que perdí mi flujo. Al volver, me di cuenta de que había hombres que acechaban a las mujeres que salían de los guardarropas; uno de ellos me abordó y me pidió que le dejase besar mi culo: se lo presento, lo acaricia y parece muy enfadado por no encontrar restos. Me abandonó sin decirme nada, para agarrar a un joven que entraba en el mismo lugar, y después lo siguió. Entonces, recorriendo un momento la sala, puedo decir que vi allí todos los cuadros que apenas podría concebir la imaginación más lasciva en veinte años: ¡cuán voluptuosas posturas, cuán extraños caprichos, qué variedad de gustos y de inclinaciones! ¡Oh, Dios!, me digo, ¡cuán bella es la naturaleza, y cuán deliciosas son todas las pasiones que nos da! Pero lo más extraordinario, que yo no dejaba de observar, era que, excepto las palabras necesarias para la acción, los gritos de placer y muchas blasfemias, habría sido posible oír el vuelo de una mosca. En medio de todo esto reinaba el mayor orden. Si surgían algunos altercados, lo que era muy raro, un gesto de la presidenta o del censor los reducía al orden: las más decentes acciones no habrían ocurrido con más calma. Y pude convencerme fácilmente, en esta circunstancia, de que lo que más respeta el hombre en el mundo son sus pasiones.

Muchos hombres y mujeres pasaban a los serrallos; la presidenta, sonriendo, les repartía carnés. En ese momento, varias mujeres me atacaron; me excité con treinta y dos, de las que más de la mitad había pasado de los cuarenta años; me chuparon, me fornicaron en el culo y en el coño con consoladores; una de ellas me hizo mear en su boca mientras la acariciaba; otra me propuso que nos cagásemos mutuamente en las tetas; lo hizo, pero yo no pude devolvérselo; un hombre, mientras se hacía encular, se acercó a comer el mojón que esta mujer había hecho sobre mi seno, y él mismo cagó después, descargando en la boca del que acababa de fornicario.

La presidenta tuvo deseos de mí. Se hizo relevar por un hombre y vino a encontrarme; nos besamos, nos chupamos, nos devoramos a caricias; nunca había visto a una mujer, excepto Clairwil, que descargase con tanta abundancia y lubricidad; su pasión favorita era hacerse dar por el culo mientras, apoyada sobre el rostro de una

mujer, se hacía chupar el coño y acariciaba el de otra; ejecutamos este cuadro y la puta volvió a su sillón.

Los hombres volvieron. En esta segunda sesión, encontré pocos coñistas, pero muchísimos sodomizadores, algunos masturbadores y una docena de fornicadores en la boca; uno de ellos se hizo chupar por un joven, al tiempo que olía y respiraba mis axilas; las lamía de vez en cuando, lo que me producía un cosquilleo muy agradable. Fui azotada cinco o seis veces; recibí tres o cuatro lavativas, que quienes las administraban me hicieron devolver en su boca; me hicieron peer, escupir; un hombre se hizo clavar un millón de agujas en los cojones y en las nalgas, y se quedó así durante toda la velada; otro tenía por manía chuparme por todas partes, y durante dos horas pasó su lengua por mi boca, mis ojos, alrededor de mis orejas, por los orificios de mi nariz, entre los dedos del pie, y descargó al metérmela en el culo. Varias mujeres exigieron de mí que las sodomizase con un consolador; una me hizo excitar sobre el ojete el miembro de un hombre que me trajo, y a continuación quiso que le hiciese entrar el semen con la punta de mi dedo; una muchacha muy bonita se me cagó sobre las nalgas; un viejo la siguió y la enculó mientras devoraba sobre mi culo el mojón que ella acababa de hacer allí; me aseguraron que eran padre e hija. Vi otras parejas semejantes: vi hermanos enculando a sus hermanas, padres encoñando a sus hijas, madres fornicadas por sus hijos; en una palabra, todos los cuadros de incesto, de adulterio, sodomía, prostitución, impureza, crápula, impiedad se me ofrecieron bajo mil variantes, y creo que nunca las bacantes reunieron a la vez más lodo y más infamia.

Cansada del papel de víctima, quise a mi vez ser agente. Ataqué a cinco o seis jóvenes cuyos miembros me parecieron muy gordos, y quienes, tanto por un lado como por el otro, algunas veces los dos al mismo tiempo, me fornicaron durante cerca de dos horas. Al salir de allí, un viejo abad se hizo excitar sobre mi clítoris por una sobrina suya muy bonita, a la que yo acariciaba; un joven bastante hermoso quiso besar mis nalgas mientras enculaba a su madre. Dos bonitas hermanas me colocaron entre ambas; una me excitaba el coño mientras la otra me cosquilleaba el trasero; descargué, sin sospechar que su papá las encoñaba a las dos alternativamente. Otro padre hizo que su hijo me sodomizase, mientras él gozaba del joven de la misma manera; él mismo me sodomizó después, y el hijo le devolvió lo que acababa de recibir. Un hermano me encoñó, en tanto su hermana lo enculaba con una joya de religiosa... Y todos estos supuestos ultrajes a la naturaleza sucedían con tal orden, con tal tranquilidad que muy bien podrían haber alimentado las reflexiones de un filósofo. En efecto, si hay algo simple en el mundo, es el incesto. Está en los principios de la naturaleza, es aconsejado por ella; sólo las leyes

climáticas lo persiguen; pero ¿puede lo que está tolerado en las tres cuartas partes de la Tierra constituir un crimen en el otro cuarto? La imposibilidad de cometer este delicioso crimen me desolaba; no sé lo que habría dado por tener un padre o un hermano; ¡con qué ardor me habría entregado al uno o al otro..., cómo habrían hecho de mí lo que hubiesen querido!...

Pronto me rodearon otros objetos.

Dos hermanas muy bonitas, de dieciocho a veinte años, me llevaron a un gabinete y se encerraron conmigo. Allí me hicieron ejecutar sobre ellas todo lo que la lubricidad puede tener de más excitante y más fuerte.

—Si nos divirtiésemos así en el salón —me dijeron—, nos veríamos rodeadas de esos villanos hombres que querrían inundarnos con su esperma pegajoso; es mucho más bonito estar solo entre mujeres.

Y las bribonzuelas, entonces, me confesaron sus gustos. Delicadas partidarias de su sexo, no podían soportar a los hombres; arrastradas a esta sociedad por su padre, la esperanza de poseer a tantas mujeres como quisieran les había consolado de la obligación de prestarse a los hombres...

—Así pues, ¿no os casaréis? —les digo.

—¡Oh! ¡Nunca!, preferiríamos morir antes que encadenarnos con un hombre.

Las tanteé sobre sus otros principios. Aunque muy jóvenes todavía, eran firmes; educadas filosóficamente por su padre, no se encontraba ya en sus corazones ni moral ni religión, todo estaba cuidadosamente podado; lo habían hecho todo, estaban dispuestas a recomenzar todo, y su energía me asombró. Semejantes caracteres se avenían demasiado bien con el mío como para que yo no las colmase de caricias; y después de haber perdido mucho flujo juntas, y de habernos prometido frecuentarnos, volvimos al salón. Un joven, que me había visto salir con ellas, me rogó que me encerrase un momento con él en el gabinete.

—¡Oh, cielos! —me dice en cuanto estuvimos solos—, he temblado al veros con esas criaturas; desconfiad de ellas, son monstruos que, a pesar de su extrema juventud, son capaces de todos los horrores.

—Pero —digo— ¿no es así como hay que ser?

—Sí, pero entre nosotros hay que respetarse, quererse; nuestras armas sólo deben afilarse fuera; y las criaturas que acabáis de dejar sólo obtienen placer en dañar a sus hermanos. Malvadas, hipócritas, traidoras, tienen todos los defectos que pueden disgustar a la Sociedad: basta que acaben de divertirse con vos para tratar de perderos o de haceros esclava, si pueden lograrlo; creed que tengo

buena intención al preveniros, y dadme vuestro culo como recompensa.

Creí que iba a fornicarme: en absoluto. La única pasión de este hombre original consistía en depilarme por debajo, lamiendo mi ojeté. Al avisarle de que me hacía daño, me dice que la advertencia que me daba me ahorraría otros mayores. Por fin salimos, al cabo de un cuarto de hora, de este suplicio, sin que mi joven hubiese eyaculado. Apenas lo dejé cuando supe que todo lo que me había dicho sobre las dos hermanas era mentira, que la calumnia lo hacía excitarse, y, por estos falsos avisos, creía pagar de maravilla los tormentos a los que condenaba a todas las mujeres.

Una música melodiosa se hizo oír; me dijeron que era la señal de la cena. Pasé con todo el mundo a la voluptuosa sala del festín. La decoración representaba un bosque cortado por una infinidad de pequeños bosquecillos, bajo los cuales había mesas de doce cubiertos. Guirnalda de flores pendían de las ramas de los árboles, y millones de luces, dispuestas con el mismo arte que las del otro salón, derramaban la más suave claridad. Cada una de las mesas era servida por dos hermanos, que desempeñaban su cometido con tanta limpieza como rapidez. No asistieron a la cena más que doscientas personas; los demás estaban en los serrallos. Cada uno elegía su compañía para colocarse en las diferentes mesas; y allí, espléndida y magníficamente servidos, al son de una música encantadora, se entregaban a la vez a las intemperancias de Comus y a todos los desórdenes de Cipris.

Clairwil, de vuelta de los serrallos, se había acercado a mí. Era fácil de ver, por su desorden, los excesos a los que acababa de entregarse; su mirada brillante, sus mejillas animadas, su cabello flotando sobre su seno, las palabras obscenas o feroces que pronunció, todo, todo reflejaba todavía los matices de delirios que la hacían mil veces más hermosa; no pude impedir besarla en este estado.

—Malvada —le digo—, ¡a cuántos horrores acabas de entregarte!

—Consuélate —me dice—, pronto lo haremos juntas.

Las dos hermanitas con las que yo acababa de masturbarme, dos mujeres de cuarenta años, dos muy bonitas de veinte a veinticinco años y seis hombres componían nuestra mesa.

Lo que había de asombroso en la disposición de estos arbustos era que no había una sola mesa desde donde no se pudiesen ver todas las otras; y, por una consecuencia del cinismo que había dirigido todo esto, las lubricidades de la cena no podían escapar al ojo observador de las del salón.

Estas disposiciones me hicieron ver cosas extraordinarias: uno no se figura el extravío de una cabeza injuriosa en momentos como este. Creía saberlo todo en libertinaje, y esa noche me convencí de que no era más que una novicia. ¡Oh, amigos míos!, ¡qué de impurezas, qué

de horrores, qué de extravagancias! Algunos salían de la mesa para pasar a gabinetes, era imposible negarse a estos deseos: los de los miembros de la Sociedad eran leyes para el individuo que constituía su objeto. Pronto hacia este último otro tanto: allí no se veía más que a déspotas y a esclavos, y estos últimos, consolados con la esperanza de cambiar al momento de papel, no dudaban nunca en plegarse a las sumisiones que pronto encontraban a su vez.

La presidenta, subida a un púlvenga desde donde lo dominaba todo, mantenía el orden en la cena igual que en el salón, y la misma calma reinaba allí. El tono de las conversaciones era extremadamente bajo; uno creía estar en el templo de Venus, cuya estatua se veía bajo un bosquecillo de mirtos y rosas, y uno se daba cuenta de que sus partidarios no querían turbar sus misterios con ninguna de esas vociferaciones repugnantes que no pertenecen más que al pedantismo y a la imbecilidad.

Electrizados por los vinos extranjeros y por la buena comida, las orgías de la sobremesa fueron todavía más lujuriosas que las anteriores. Hubo un momento en que todos los miembros de la Sociedad no formaban ya más que un único grupo; no había nadie que no fuese agente o paciente, y ya no se oían más que suspiros y gritos de descargas. Una vez más, tuve que soportar terribles asaltos: no hubo ni un solo sexo que no pasase por mis manos, ni una parte de mi cuerpo que no fuese mancillada; y si mis nalgas estaban magulladas, tenía la gloria de haber ultrajado las de otros muchos. Por fin, salí a la luz en tal estado de cansancio y agotamiento que me vi obligada a permanecer treinta y seis horas en mi cama.

No respiré más que después de mi mes de noviciado; llega por fin ese final tan deseado: se me permite la entrada a los serrallos. Clairwil, que quería hacerme conocer todo, me acompañó a todas partes.

Nada tan delicioso como esos serrallos; y como el de los muchachos se parecía al de las muchachas, dándoos la descripción de uno, tendréis la del otro.

Cuatro grandes salas rodeadas de habitaciones y de gabinetes constituían el interior de estas alas separadas; las salas servían para aquellos que, como en la Sociedad, querían divertirse los unos delante de los otros; los gabinetes se ofrecían a las personas que desearan aislar sus placeres, y las habitaciones estaban destinadas a alojar a los sujetos. El gusto y la frescura presidían el mobiliario; las cabinas, sobre todo, estaban a la última moda: eran otros tantos pequeños templos consagrados al libertinaje, donde no faltaba nada de lo que pudiese excitar su culto. Cuatro dueñas presidían cada sala; recibían los billetes que uno llevaba, se informaban de vuestros deseos y os satisfacían al momento. En el mismo lugar, igualmente dispuestos, se

veían un cirujano, una partera, dos fustigadores, un verdugo y un carcelero; no había nada tan repelente como el rostro de estos últimos personajes.

—No creas —me dice Clairwil— que esos seres han sido tomados simplemente de la clase que ordinariamente los provee; son libertinos como nosotros, pero, no teniendo con qué pagar lo necesario para ser admitidos, ejercen estas funciones por placer, y de esta manera el trabajo, como ves, está mejor hecho; a algunos se les paga, otros sólo piden los derechos de ser miembros de la Sociedad, y todo ello se les concede.

Cuando estos seres desempeñaban sus funciones, iban vestidos con un traje terrorífico; los carceleros llevaban cinturones de llaves, los fustigadores estaban rodeados de vergajos y zorros, y el verdugo, con los brazos desnudos y un terrible bigote sobre los labios, tenía siempre dos sables y dos puñales en los costados. Este último se levantó en cuanto vio entrar a Clairwil y se acercó a besarla en la boca.

—¿Me empleas hoy, bribona? —le dice.

—Mira —respondió Clairwil—, esta es una novicia que te traigo y que, puedes estar seguro, hará de tus brazos por lo menos un uso tan grande como yo.

Y el malvado, tras besarme como lo había hecho con mi amiga, me aseguró que estaba a mis órdenes en todo. Le di las gracias, le devolví el beso con toda mi alma y proseguimos nuestro examen.

Cada una de las salas estaba destinada a un tipo de pasión particular. En la primera se entregaban a los gustos simples, es decir, a todas las masturbaciones y fornicaciones posibles. La segunda sala estaba destinada a las fustigaciones y otras pasiones irregulares. La tercera, a los gustos crueles. La cuarta, al asesinato. Pero como un sujeto de una u otra de estas salas podía merecer la prisión, el látigo o la muerte, igualmente se encontraban en todas carceleros, verdugos y fustigadores. Las mujeres eran tan bien recibidas en el serrallo de los muchachos como en el de las muchachas, y los hombres en el de las muchachas tanto como en el de los muchachos. Cuando entramos, todos los sujetos estaban empleados, o esperaban en sus habitaciones a que les pusiesen en acción. Clairwil abrió algunas celdas del serrallo femenino y me hizo ver criaturas verdaderamente celestiales: estaban en camisa de gasa, con flores en el cabello, y todas aquellas cuyas puertas abrimos nos recibieron con el más profundo respeto. Yo iba a divertirme con una de dieciséis años que me pareció hermosa como un ángel, le manoseaba ya el coño y el pecho, cuando Clairwil me riñó por la delicadeza y honradez que yo utilizaba con esta bonita persona.

—No es así como se conduce uno con estas zorras —me dice—, demasiado felices ya por el hecho de que las hayas elegido... Ordena,

y se te obedecerá.

Cambié de tono enseguida, y respondió a mis órdenes con la más ciega obediencia. Visitamos otras habitaciones: en todas las mismas gracias, las mismas bellezas, en todas la misma sumisión.

Y como la idea se me ocurrió en la celda de una muchacha de trece años, bonita como el amor, por la que acababa de hacerme lamer el culo y el coño durante más de un cuarto de hora, al momento elegí a esta como mi primera víctima. Llamamos a un fustigador; la niña fue conducida por una de las viejas a un gabinete de suplicios, y allí, inmovilizada y atada como un andullo, hicimos que la doncella sangrase mientras nosotras nos masturbábamos frente al sacrificio. Clairwil, dándose cuenta de que el operador se excitaba, liberó su miembro y se lo introdujo en el coño, mientras, a ruego de este libertino, yo le devolvía lo que acababa de aplicar a mi joven víctima. El pícaro me enfiló después de Clairwil, y de nuevo nos pusimos a fustigar a la pequeña, que salió de nuestras manos en tal estado que hubo que enviarla al hospital al día siguiente. Pasamos al serrallo de los hombres.

—¿Qué quieres hacer aquí? —me dice Clairwil.

—Excitar muchos instrumentos —le digo—; no hay nada que me guste tanto como sacudir un miembro; la cosecha del semen humano es una cosa deliciosa para mí; me gusta vendimiarlo, me gusta ver brotar el esperma, sentirme regada por él.

—¡Pues bien!, ¡satisfácete! —me respondió mi amiga—, yo no me alimento de carne tan vacía. Escucha, establezcamos juntas un acuerdo que hago yo ciertas veces con alguna de mis amigas. Como no quiero que los miembros me descarguen en el cuerpo, ellos me fornicarán y tú los excitarás; te los enviaré completamente tiesos, así tendrás menos trabajo en ponerlos en condiciones.

—Acepto.

Nos enviaron a la sala grande a quince muchachos de dieciocho a veinte años. Los ponemos en fila delante de nosotras, sobre canapés; nosotras nos colocamos enfrente de ellos para desafiarlos en las posturas más lascivas. El peor provisto tenía un instrumento de diecisiete centímetros de largo por doce de grueso, y el más gordo, de veinte por treinta; iban viniendo hasta nosotras según el fuego que les inspirásemos. Clairwil los recibía y me los enviaba; yo les hacía correrse sobre mi seno, mi monte, sobre mi rostro o sobre mis nalgas; al cuarto, sentí una comezón tan violenta en el ano que me puse a presentar el trasero a todos aquellos que salían de la vagina de Clairwil; se preparaban en su coño y venían a descargar en mi culo; redoblaron sus esfuerzos, pero sin satisfacernos. No hay nada como el temperamento de una mujer cuando está excitada, es un volcán que se inflama cuando se quiere apagar. Volvimos a pedir hombres; nos

enviaron unos dieciocho de veinte a veinticinco años. Ahora cambiamos de papel: estos nuevos miembros, por lo menos tan hermosos como los anteriores, se encendían en mi coño y se apagaban en el culo de mi compañera; pero nosotras mismas excitábamos a los que preparábamos; y con frecuencia sucedía que al turbar nuestros abusivos deseos el orden que habíamos establecido, encontrábamos de golpe a seis o siete dentro de nosotras o a nuestro alrededor.

Por fin nos levantamos, pegadas con el semen a nuestros sofás, como Mesalina al banco de los guardias del imbécil Claudio, después de haber sido fornicadas ochenta y cinco veces cada una.

—Las nalgas me arden —me dice Clairwil—; cuando soy prodigiosamente fornicada, siento una increíble necesidad de ser azotada.

—Tengo el mismo deseo —respondí.

—Hay que hacer venir a dos fustigadores.

—Agarremos a los cuatro, ángel mío: es preciso que esta noche mi culo sea hecho papilla.

—Espera —dice Clairwil, viendo entrar a un hombre conocido—, tenemos que hacer una pequeña escena con ese.

Habla en voz baja a este hombre, quien, al encargarse de advertir a los fustigadores, parece que es él mismo el que nos condena al suplicio.

Nos agarraron, nos ataron las manos y, fustigadas las dos delante de este hombre que se excitaba dando las órdenes y manoseando el culo de los flageladores, cuando ya sangrábamos presentamos el coño a nuestros verdugos, quienes, provistos de monstruosos miembros, nos fornicaron de nuevo dos veces a cada una.

—Para mí, mis bellas zorrillas —me dice el maestro de ceremonias—, sólo os pido como recompensa que sujetéis frente a mis ataques las costillas de uno de esos buenos mozos.

Lo satisfacemos, lo sodomiza; los otros lo azotan mientras él da por el culo, y nosotras chupamos con delicia los miembros de los fustigadores.

—No puedo más —dice Clairwil en cuanto estuvimos solas—, el libertinaje me arrastra a crueldades; inmolemos a una víctima... ¿Has reparado en ese guapo muchacho de dieciocho años que nos besaba con tanto ardor?... Es hermoso como un ángel y me vuelve loca. Hagámosle pasar a la sala de los tormentos, lo degollaremos.

—¡Bribona, no hiciste la misma propuesta en el serrallo de mujeres!

—No, prefiero masacrar a los hombres; te lo he dicho, me gusta vengar a mi sexo, y si es verdad que aquel tiene una superioridad sobre el nuestro, ¿no es más grave la imaginaria ofensa a la naturaleza si lo inmolamos?

—Uno pensaría que estás desolada porque esa ofensa es nula.

—Me juzgas bien: estoy desesperada por no encontrar más que prejuicios en lugar del crimen que deseo y no encuentro en ninguna parte. ¡Oh!, ¡joder, joder! ¡Cuándo podré cometer uno!

Llevamos al joven.

—¿Nos hará falta un verdugo? —digo a mi amiga.

—¿Acaso nosotras mismas no haríamos bien su trabajo?

—De maravilla.

—Entonces, vamos.

Hicimos entrar a nuestra víctima en un gabinete adjunto a esta sala, donde encontramos todo lo necesario para el suplicio al que destinábamos a este joven. Fue tan largo como terrible: la infernal Clairwil bebió su sangre y se tragó uno de sus cojones. Menos inclinada a estos asesinatos masculinos que Clairwil, mi delirio quizá no fue tan vivo como el suyo: hubiese sido mayor con una mujer. Sea como fuere, descargué mucho, y dejamos el serrallo de los hombres para volver al de las muchachas.

—Subamos a la sala en que se hacen cosas extraordinarias —digo a Clairwil—, no haremos nada si no quieres, pero veremos qué hacen.

Un hombre de cuarenta años (era un cura) tenía a una pequeña de quince años, muy bonita, colgada del techo por el pelo; la acribillaba con agujas: la sangre salía de todas partes. Enculó a Clairwil mientras mordía mi culo. Un segundo hombre le azotaba el pecho y el rostro a una hermosa muchacha de veinte años; se contentó con preguntarnos si queríamos recibir otro tanto. El tercero había colgado a su víctima por un pie. No había nada tan gozoso como ver a esta criatura suspendida de esta manera: parecía contar dieciocho años y tenía un hermoso cuerpo; por medio de esta postura, al encontrarse el coño muy abierto, el villano podía introducirle un consolador con puntas de hierro. Cuando nos vio, dijo a Clairwil que sujetase la pierna colgante de esta muchacha para entreabrirle más la vagina, y me puso de rodillas cerca de él, ordenándome que le excitase el culo con una mano, el miembro con la otra; en pocos minutos estuvimos los dos cubiertos de la sangre que perdía la víctima. El cuarto era un viejo golilla de sesenta años; había encadenado a una parrilla a una muchacha muy bonita de doce años, y, mediante un gran infiernillo de brasas que el villano ponía y quitaba a voluntad, la hacía asarse poco a poco: os dejo imaginar los gritos que lanzaba la desgraciada cuando le placía a este cruel hombre quemarle las carnes. En cuanto nos vio, calentó a su criatura y me pidió el culo; se lo presenté; lo enfila mientras golpea el de mi compañera; pero, desgraciadamente, descarga: se interrumpe el suplicio, y el bárbaro nos maldice por haber ido a turbarle de esta manera.

Todo esto me había puesto como loca: quise pasar por encima de todo a la sala de los asesinatos. Clairwil me siguió para complacerme: aunque no le gustase matar a mujeres, su ferocidad natural le hacía aceptar indiferentemente todo lo que halagaba sus gustos.

Hice poner a veinte muchachas en fila, entre las que elegí a una de diecisiete años con el rostro más bonito que se pueda ver. Pasé con ella al gabinete que me habían destinado.

La desgraciada a la que iba a sacrificar, imaginando que encontraría más piedad en mi corazón que en el de un hombre, se echó a mis pies para enternecerme: hermosa como un ángel y llena de delicadeza, sus artes hubiesen triunfado por fuerza con un alma menos endurecida, menos corrompida que la mía... Ya no era posible. Todo lo que utilizó para enternecerme sólo sirvió para irritarme aún más... ¡Nunca me habría atrevido a ceder ante los ojos de Clairwil! Después de haberme hecho chupar durante dos horas por esta hermosa criatura, después de haberla abofeteado, golpeado, fustigado y, por último, marcado de todas las formas, la hice atar a una mesa y la acribillé a puñaladas, mientras mi amiga, en cucullas sobre mí, me excitaba a la vez el clítoris, el interior de la vagina y el ano. En mi vida había tenido una descarga tan deliciosa; me agotó hasta el punto de quitarme las fuerzas de reaparecer en el salón. Llevé a Clairwil a mi casa; comimos y nos acostamos juntas. Allí fue donde esta encantadora mujer, considerando que yo había mostrado una evidente falta de fuerza en la acción que acababa de cometer, creyó que era su deber dirigirme el consejo siguiente:

—En verdad, Juliette —me dice—, tu conciencia todavía no está como yo desearía; lo que yo exijo es que llegue a ser tan *torcida* que nunca pueda volver a ponerse recta; habría que utilizar mis métodos para llegar a este punto. Estos métodos, querida amiga, consisten en hacer al momento, a sangre fría, lo mismo que, hecho en la embriaguez, hubiera podido causarnos remordimientos. De esta manera se resquebraja la virtud cuando intenta ascender, y esta costumbre de aguijonearla en el preciso instante en que, aprovechando la calma de los sentidos, desea reaparecer es una de las formas más seguras de aniquilarla para siempre. Utiliza este secreto, es infalible; en cuanto un momento de calma permita que la virtud llegue hasta ti bajo la forma del remordimiento (porque siempre utiliza el enmascaramiento para tranquilizarnos), en cuanto te des cuenta de esto, haz en ese preciso instante la cosa de la que ibas a lamentarte: a la cuarta vez, ya no oirás nada y estarás tranquila toda tu vida. Pero se necesita mucha fuerza para eso; porque es la ilusión lo que sostiene el crimen, y a un alma débil se le hace muy difícil cometerlo cuando está relajada; sin embargo, el secreto es seguro: digo más, y es que, incluso por virtud, ya no concebirás el

arrepentimiento, porque habrás adquirido la costumbre de hacer el mal apenas se muestra; y para no hacer el mal, tendrás que impedir que aparezca. ¡Oh, Juliette!, puedes estar segura, es difícil darte un consejo mejor sobre esta importante materia: repara en que te enseña a vencer totalmente la más penosa de las situaciones, ya quieras combatirla por el vicio, ya quieras destruirla por la virtud.

—Clairwil —digo a mi amiga—, ese consejo es sin duda excelente, pero mi alma ha recorrido tal camino en la carrera del vicio que no creo necesitar remedios para fortalecerla: estate segura de que nunca me verás temblar, sea cual sea la acción que cometa, bien para mis intereses, bien para mis placeres.

—Querido ángel —me dice Clairwil besándome—, te exhorto a que jamás tengas otros dioses.

Algún tiempo después de esto, Clairwil vino a proponerme una partida bastante singular. Estábamos en cuaresma.

—Vamos a ir a cumplir con nuestras devociones —me dice.

—¿Estás loca?

—No: es una fantasía extraordinaria que concebí hace algún tiempo, y que sólo quiero realizar contigo. En los Carmelitas hay un religioso de treinta y cinco años, hermoso como el día; lo deseo desde hace seis meses; quiero ser fornicada sea como sea por él; pero por un medio bien agradable: vamos a ir a confesarnos con él; lo enloqueceremos con los más lúbricos detalles; se excitará; estoy convencida de que él mismo nos hará proposiciones; nos indicará la forma de verlo, iremos allí enseguida y lo agotaremos... No nos detendremos aquí; iremos a comulgar, recogeremos las hostias en nuestros pañuelos, después volveremos a almorzar a tu casa y a hacer horrores sobre ese miserable símbolo de la infame religión cristiana.

En este punto, me creí en el deber de hacer observar a mi amiga que, para mí, la primera parte de sus proyectos tenía más encantos y realidad que la segunda.

—Desde el momento en que no creemos en Dios, querida mía —le digo—, las profanaciones que tú deseas no son ya más que infantilismos absolutamente inútiles.

—Convengo en ello —me dice—, pero me gustan; me vuelven loca; en mi opinión, nada como eso elimina la posibilidad de volver a la religión; no se puede dar ya ninguna existencia a objetos que se han tratado de esta manera. Además, ¿te lo confieso?, todavía no te creo muy firme respecto a todas esas cosas.

—¡Ah, Clairwil!, ¡cuán grande es tu error! —respondí—; quizás esté más tranquila que tú; mi ateísmo es completo. No te imagines que necesito infantilismos como los que me propones para afirmarme en él; los ejecutaré, ya que te complacen, pero como simples diversiones, jamás como algo necesario para fortalecer mi manera de pensar o para

convencer de ella a los otros.

—¡De acuerdo!, ángel mío —me respondió Clairwil—, ¡de acuerdo!, los haremos sólo como un acto de placer: ahora estoy segura de ti y no los exigiré de otra manera. Pero realicemos esta broma por libertinaje, por favor.

—La confesión con que seduciremos al carmelita es un acto evidente y delicioso de ese libertinaje —respondí—, pero la profanación del trocito de pasta redondo que constituye el ridículo ídolo de los cristianos no lo es más de lo que sería romper o quemar un papel mojado.

—De acuerdo —respondió Clairwil—, pero no hay ningún tipo de idea vinculada a ese trozo de papel, mientras que las tres cuartas partes de Europa atribuye ideas completamente religiosas a esa hostia..., a ese crucifijo, y de ahí procede que me guste profanarlos; contradigo la opinión pública y eso me divierte; pisoteo los prejuicios de mi infancia, los destruyo, y eso me enardece.

—¡Pues bien!, marchémonos —respondí—, soy toda tuya.

Subimos al coche; nuestro traje sencillo y sin artificio respondía perfectamente a nuestros proyectos, y con toda seguridad el padre Claude, por quien preguntamos y que enseguida llegó al confesionario, sólo pudo tomarnos por dos devotas.

Comenzó Clairwil; me di cuenta de que el pobre carmelita estaba ya completamente caliente cuando yo lo agarré.

—¡Oh!, padre mío —le digo—, otorgadme la mayor indulgencia porque ¡tengo que revelaros grandes horrores!

—Valor, hija mía, Dios es bueno y misericordioso, nos escucha con bondad; así pues, ¿de qué se trata?

—De culpas enormes, padre, en las que un terrible libertinaje me hace caer cada día: aunque muy joven todavía, he roto todos los frenos, he dejado de implorar al Ser supremo y él se ha separado de mí. ¡Oh!, ¡cómo necesito vuestra intercesión ante Él!, los extravíos de mi lujuria os harán estremecer, apenas me atrevo a confesároslos.

—¿Estáis casada?

—Sí, padre, y cada día ultrajo a mi esposo con la conducta más disipada.

—¿Un amante..., un capricho?

—El gusto por los hombres en general, el de las mujeres, todos los tipos posibles de libertinaje.

—Entonces, ¿tenéis un temperamento...?

—Insaciable, padre; eso es lo que me arrastra a la carrera del pecado..., lo que me sumerge en ella con un vicio tal que constantemente temo sucumbir, a pesar de toda la ayuda que pueda ofrecerme la religión... Tengo que confesároslo, en este mismo instante el placer de tener en secreto una relación con vos viene a

turbar la acción de la gracia; busco a Dios en este santo tribunal y no veo más que a un hombre encantador a quien estoy dispuesta a preferir antes que a Él.

—Hija mía... —dice el pobre fraile completamente turbado—, vuestro estado me apena... Me aflige... Sólo grandes penitencias podrán...

—¡Ah!, para mí la más cruel será no veros más... Y entonces, ¿por qué los ministros de Dios tienen atractivos que apartan la atención del único objeto que debería ocuparla? Padre mío, ardo en lugar de apaciguarme; hombre celeste, tus palabras llegan a mi corazón y no a mi espíritu, y no encuentro más que excitación donde querría encontrar calma. Veámonos en otro lugar; deja ese temible aparato que me horroriza, deja de ser por un momento el hombre de Dios para no ser ya más que el amante de Juliette.

Claude se estaba excitando como un hombre de su orden; un pecho blanco y redondo que yo había descubierto hábilmente ante él, unos ojos llenos de viveza, gestos que debían convencerlo del estado en que me encontraba, todo impulsó al carmelita; estaba fuera de sí.

—Amable dama —me dice, de lo más ardiente—, vuestra amiga, en el mismo caso que vos, también acaba de proponerme cosas... que vuestros ojos me inspiran..., que ardo en deseos de hacer... Sois dos sirenas que me embriagan con sus dulces palabras, y ya no puedo resistirme a tantos encantos: abandonemos la iglesia; cerca de aquí tengo una habitacioncita..., ¿queréis venir a ella?; haré todo lo que esté en mi mano para tranquilizaros. —Después, dejando el confesionario y tomando la mano de Clairwil, dice—: Seguidme, seguidme las dos, mujeres seductoras, es el espíritu infernal el que os envía para tentarme: ¡ah!, puesto que fue más poderoso que el mismo Dios, bien es justo que domine a un carmelita.

Salimos. La noche estaba ya muy cerrada; Claude nos dijo que nos fijásemos bien en el lugar donde él entrase, y que lo siguiésemos a veinte pasos de distancia. Tomó el camino de la puerta de Vaugirard, y pronto llegamos a un pequeño cuarto misterioso y fresco, donde el buen fraile nos ofreció galletas y licores.

—Hombre encantador —le dice mi compañera—, dejemos aquí el lenguaje místico; ahora las dos te conocemos; nos gustas: qué digo, ardemos en deseos desenfrenados de ser folladas por ti. Ríete con nosotras de la trampa que hemos empleado; y satisfácenos. Por mi parte, hace seis meses que te adoro, y dos horas que descargo por tu miembro. Toma —prosiguió nuestra libertina remangándose el vestido—, aquí es donde quiero anidarlo; mira si la jaula es digna del pájaro.

Y la zorra consigue levantar el sable en cuanto se echa sobre la cama.

—¡Oh, santo cielo!, ¡qué instrumento!... Juliette —me dice

Clairwil extasiándose de antemano—, agarra esa viga, si tus manos son capaces de empuñarla, y condúcela; pronto te prestaré el mismo favor.

Obedezco a Clairwil; el instrumento desaparece pronto en un coño que, completamente humedecido ya de semen, estaba entreabierto desde hacía un cuarto de hora para recibirlo. ¡Oh!, amigos míos, cuánta razón hay en citar a un carmelita cuando se quiere ofrecer un modelo de miembro y de erección. La herramienta de Claude, semejante al de un mulo, tenía veinticuatro centímetros de circunferencia por treinta y tres de largo, el glande descubierto, y esta temible cabeza, amigos míos, apenas la empuñaban mis dos manos. Era la seta más hermosa, la más rubicunda que pueda imaginarse. Por un milagro de la naturaleza, concedido por ella únicamente a sus favoritos, ¡Claude estaba dotado de tres cojones!..., pero ¡cuán repletos estaban!..., ¡cuán inflados! Según su propia confesión, hacía más de un mes que el pícaro no había perdido semen. ¡Qué chorros soltó en el coño de Clairwil en cuanto tocó su fondo!, ¡y en qué estado puso a mi voluptuosa compañera esta prolífica eyaculación! Claude me manoseaba mientras fornicaba, y la habilidad con que excitaba mi clítoris me hizo imitar pronto el modelo que tenía ante mis ojos. El fraile se retira; lo cojo yo; Clairwil continúa en la misma postura; la puta se excita mientras espera que la vuelvan a fornicar. El instrumento recupera su fuerza: ¡tengo tal arte para ponerlo tieso[44]! Claude, escapándose enseguida de la mano que lo dirige, quiere sepultarse en la vagina ofrecida.

—No, no —dice Clairwil conteniendo el ardor de su amante—, Juliette, házmelo desear; excítame el clítoris.

Y Claude sólo se presta a estos preliminares palpándome; mientras una de sus manos entreabre el coño de Clairwil, la otra me masturba. Por fin, como el corcel fogoso que se libra del freno de su conductor, Claude se sepulta en el antro que se le ofrece... y, derribándome junto a Clairwil, el zorro fornicar a una a embestidas mientras excita a la otra con toda la destreza imaginable.

—¡Me vas a hacer reventar, criminal! —dice Clairwil jurando como una loca—. ¡Ah, maldito!, no soporto tus embestidas: no hay una que no me cueste un torrente de esperma... Bésame al menos, temible fornicador..., mete tu lengua en mi boca, tan dentro como lo está tu miembro en mi matriz..., ¡ah!, joder, descargo... No me imites —prosigue, echándole a un lado con un vigoroso culetazo—, ¡reserva tus fuerzas!, todavía tienes que frotarme.

Pero el desgraciado, sin poder contenerse, descargaba ya por segunda vez; yo lo excité dirigiendo hacia el coño completamente entreabierto de Clairwil los chorros espumeantes que él lanzaba. Trataba de apagar con semen los fuegos que el semen encendía.

—¡Ah!, rediós —dice Clairwil levantándose—, este bribón me ha matado... Juliette, tú no lo soportarás.

Sin embargo, se apodera del fraile, lo sacude; para apresurar la erección del servidor de Dios, la zorra trata de chuparlo, pero el miembro es demasiado grueso para entrar en su boca; haciendo uso de otro medio le mete dos dedos en el culo: con frailes habituados a darse por el culo, semejante remedio siempre es eficaz.

Ante las libertinas preguntas de Clairwil a este respecto, Claude conviene en que en su juventud sirvió de puto a sus hermanos.

—¡Pues bien!, nosotras también te follaremos —dice Clairwil descubriendo las nalgas del fraile, besándoselas y acariciando el oje —. Sí, nosotras te sodomizaremos —prosiguió mientras le mostraba un consolador—: Tu amada va a convertirse en tu amante. Fornica, amigo mío, voy a darte por el culo, y después tú nos darás por el culo a las dos, si es que te divierte. Toma, mira este trasero —dice mostrando sus nalgas al carmelita—, ¿no vale acaso el coño que acabas de joder? Todo es bueno para putas como nosotras; y cuando venimos para ser fornicadas, queremos serlo en todas las partes de nuestro cuerpo. ¡Vamos, criminal!, se te pone tiesa, jode a esta encantadora novicia que acaba de confesarse contigo, encóñala, ¡mamarracho!, como penitencia suya, y sobre todo fornícala tan violentamente como me has fornicado a mí.

Me acerca este monstruo; yo estaba en la cama con las piernas abiertas..., el altar se ofrecía al sacrificador.

Pero cualquiera que fuese mi libertinaje, por muy acostumbrada que estuviese a las introducciones de los más hermosos miembros de París, me fue imposible sostener esta sin preparación. Clairwil se apiada de mí; humedece con su boca los labios de mi coño y la enorme cabeza del miembro de Claude. A continuación, empujando mis nalgas con una mano para adelantar mi vientre hasta el ariete, y acercando con la otra este terrible miembro a mi coño, hizo lo bastante como para que penetrase un poco. Claude, animado por este comienzo victorioso, me agarró la cintura con fuerza; blasfema, espumea, atraviesa, triunfa. Pero sus laureles me cuestan sangre; pierdo tanta como el día en que me arrancaron mi virginidad, y los dolores fueron los mismos; sin embargo, metamorfoseados pronto en las más dulces sensaciones de placer, devuelvo a mi vencedor todas las embestidas con que me colma.

—Detén un momento esos impetuosos impulsos —dice Clairwil a mi caballero—, no puedo agarrar tu culo con esas voluptuosas agitaciones, y sabes que te he prometido fornicario.

Claude se detiene; dos hermosas nalgas se entreabren bajo los libertinos dedos de Clairwil: armada con un consolador, la zorra da por el culo a mi fornicador. Este episodio, tan apreciado por un

libertino, sólo sirve para hacerle más ágil aún, él empuja, aprieta, descarga, y a mí no me da tiempo de rechazarlo: ¿acaso hubiese sido capaz, gran Dios, y acaso me lo habría permitido mi desvarío? ¡Ah!, ¿se piensa en los peligros cuando se está ebrio de placer?

—Me toca —dice Clairwil—, no le dejemos descansar; toma, bribón, aquí tienes mis nalgas, dame por el culo; vas a hacerme sangrar, lo sé, ¿qué más me da? Coge el consolador, Juliette, tú lo sodomizarás, me devolverás lo que he hecho por ti.

Claude, excitado por mis caricias, por la perspectiva del hermoso culo que le presenta Clairwil, no tarda en reanimarse; devuelvo a mi amiga lo que recibí de ella, mi boca humedece su ano y el santo dardo del servidor de Cristo. No es posible figurarse los trabajos de Claude para penetrar a Clairwil: veinte veces es puesto fuera de combate ante la dificultad de la empresa; pero mi amiga se entrega con tanto arte, desea ese miembro con tanto ardor, que, por fin, se sepulta en su culo...

—¡Oh!, joder, que me desgracia —exclama.

Quiere huir, quiere escaparse del monstruoso puñal que la sondea. Pero ya es tarde. El instrumento desaparece por completo y ni siquiera deja ya ver su vínculo con el libertino que lo utiliza.

—¡Ah, Juliette! —exclama mi amiga—, deja a este bribón, no lo excites más de lo que está; necesito tu mano más de lo que su culo necesita tu consolador; ven a excitarme, porque me muero.

A pesar de lo que dice, enculo ante todo al fraile; después, alargando mi brazo, excito a mi amiga: vivamente excitada por mí, la puta sostiene con un poco más de valor los asaltos dirigidos contra ella.

—¡Presumí demasiado de mis fuerzas! —exclama—; Juliette, no me imites, podría costarte la vida.

Sin embargo, Claude descarga; jamás se vio ardor mejor sostenido, el villano rebuznaba como un asno, y deja en el fondo del culo de mi compañera pruebas inequívocas del placer que acaba de disfrutar.

Clairwil estaba cubierta de sangre; yo ardía en deseos de imitarla, ella se puso.

—No es preciso —dice— arriesgar la felicidad de tus días por el vano placer de un instante; no es un hombre este truhán, es un toro; estoy convencida de que jamás en su vida ha podido follar a mujeres.

Y el fraile confesó que, en todo París, sólo el culo de su superior había podido resistir su miembro.

—Así pues, ¿lo enculas, criminal? —dice Clairwil.

—Con mucha frecuencia.

—¿Y dices misa, confiesas, con la cotidiana costumbre de esos desórdenes?

—¿Por qué no?, el más devoto de los hombres es el que sirve a todos los dioses... Señoras —prosiguió el fraile, sentado entre las dos, manoseando un culo con cada mano—, ¿pensáis que nosotros creemos en la religión más que vosotros? Más cerca del Ser que esta supone, nos damos cuenta mejor que otros de todos los entramados de la quimera. La religión es una fábula sagrada que necesitamos para vivir, y el vendedor no debe desacreditar su mercancía. Nosotros vendemos absoluciones y dioses como una alcahueta vende putas. ¿Acaso somos de una carne distinta a la vuestra para ser insensibles a vuestras pasiones?, ¿y creéis que unas acciones ridículas, unos remilgos absurdos nos hacen invulnerables a los dardos de la humanidad? ¡Ah, no! «Las pasiones», dice un hombre inteligente, «adquieren una fuerza nueva bajo el hábito; se las lleva en el corazón, el ejemplo las hace aparecer, la ociosidad las renueva, la ocasión las aumenta: ¿hay algún medio de resistirse a ellas?». Los verdaderos ateos están entre los curas, mis queridas damas; vosotros, los demás, no hacéis más que sospechar la nada del ídolo: nosotros, que somos sus pretendidos confidentes, estamos completamente seguros de que no existe. Todas las religiones reveladas que vemos en el mundo están llenas de dogmas misteriosos, de principios ininteligibles, de maravillas increíbles, de relatos asombrosos que no parecen imaginados más que para confundir la razón; todas anuncian un Dios oculto cuya existencia es un misterio. La conducta que se le atribuye es tan difícil de concebir como la esencia de ese mismo Dios: si la Divinidad existiese, ¿habría hablado de una forma tan enigmática? ¿Qué sentido tendría revelarse para no anunciar más que misterios? Cuantos más misterios tiene una religión, más cosas increíbles presenta al espíritu y, desgraciadamente, más gusta a los hombres, que desde ese momento encuentran en ella un pasto constante; cuanto más tenebrosa es una religión, más divina parece, es decir, más conforme con la naturaleza de un ser oculto del que no se tiene ninguna idea. Es propio de la ignorancia preferir lo desconocido, lo fabuloso, lo maravilloso, lo increíble, incluso lo terrible, a lo que es claro, simple y verdadero. Lo verdadero no proporciona a la imaginación sacudidas tan vivas como la ficción; el vulgo no pide más que escuchar las fábulas absurdas que nosotros le soltamos; los curas y los legisladores, al inventar religiones y forjar misterios, han servido al pueblo a su gusto; de este modo se han atraído entusiastas, mujeres, ignorantes; semejantes individuos se contentan fácilmente con razones que son incapaces de analizar; el amor por lo simple y lo verdadero sólo se encuentra en el pequeño número de aquellos cuya imaginación está regulada por el estudio y la reflexión. No, no, señoras, tranquilizaos, no se trata de Dios: es imposible suponer la existencia de esta infame quimera, y todas las contradicciones que encierra bastan para destruirla ante el más

mínimo examen que nos dignemos hacer de ella.

Durante esta discusión, el fraile, sentado entre Clairwil y yo, como acabo de decir, excitaba a la vez nuestros dos culos.

—¡Hermoso trasero! —decía hablando del mío—... ¡Qué pena no poder enfilar eso!... Pero ¿y si lo intentásemos?... ¡Oh!, señora, un pequeño favor: ¿se puede ser cruel con tanta belleza?

—Criminal —digo levantándome—, ni siquiera te prestaré ya mi coño; todavía me resiento demasiado del daño que me has hecho como para tener ganas de exponerme a nuevos dolores. Sacudámoslo, Clairwil, hagámosle descargar hasta su sangre para que no tenga más deseos de volver a empezar.

Lo tendimos en la cama; Clairwil lo excitaba con sus tetas, y yo, en cuclillas sobre su nariz, le hacía besar la puerta del templo cuya entrada le prohibía; él lo acariciaba con su lengua y, pasando una y otra vez una de sus manos sobre mi monte, me excitaba el clítoris; ambos descargamos de nuevo.

Clairwil preguntó al fraile si existían muchos libertinos como él en su convento; al asegurarle Claude que había por lo menos treinta, mi amiga quiso saber si sería posible ir a hacer una partida a su casa.

—Claro —respondió el fraile—, si queréis ser bien folladas, no tenéis más que venir las dos, y yo os respondo de que se os forzará a pedir gracia.

Entonces Clairwil preguntó si la partida de impiedad que ella deseaba tendría lugar igualmente de esta manera.

—Mucho mejor que en otra parte —dijo el carmelita—, nosotros os permitiremos hacer en nuestra casa todo lo que deseéis.

—Querido —dice Clairwil—, como no queremos dar el paseo en vano, ve a preguntar a tu superior si lo que deseamos es posible; explícale bien todo; esperamos tu respuesta. —Y en cuanto el fraile estuvo fuera, me dice—: Juliette, puedes ver que este zorro me ha fornicado demasiado bien como para que no le desee la muerte..., y, sin duda, la más terrible.

—¡Oh, cielos!, ¿ya estás conspirando contra ese desgraciado?

—El horror que siento por los hombres cuando me han satisfecho se mide por los placeres que he recibido, y hacía mucho tiempo que no descargaba tan bien... Es preciso que muera. Se me ocurren dos medios para perderlo: el de hacer que su superior lo encierre en una celda y lo deje morir; para ello, se trata simplemente de hacerle ver a su jefe cuán peligroso es tener en su casa a un hombre capaz de revelar, como ha hecho Claude con nosotras, todos los secretos de la casa; pero, por este medio, ya no me quedará nada de él: y tengo proyectos respecto a su maravilloso instrumento.

—Pero si lo haces morir, ¿cómo se realizarán esos proyectos?

—Es lo más fácil del mundo; animémosle a que venga a pasar

veinticuatro horas en el campo, lo demás ya se verá... ¡Oh, Juliette!, ¡qué hermoso consolador el miembro de ese bribón!

Y como mi amiga no quiso explicar más, mientras esperábamos la vuelta del fraile nos entretuvimos en registrar su casa.

No es posible hacerse una idea de las estampas y libros obscenos que encontramos en ella; el primero que vimos fue el *Portier des Chartreux*, producción más licenciosa que libertina, y que, no obstante, a pesar del candor y la buena fe que reinaba en ella, se dice que inspiró remordimientos a su autor en el lecho de muerte... ¡Qué tontería!, el hombre capaz de arrepentirse en ese momento de lo que se atrevió a decir o escribir durante su vida no es más que un cobarde cuya memoria debe destruir la posteridad.

El segundo fue la *Académie des Dames*, obra cuya idea es buena, pero cuya ejecución es mala; fue compuesta por un hombre tímido que parecía sentir la verdad pero que no se atrevía a decirla, y además está llena de charlatanería.

La *Éducation de Laure* fue el tercero: otra producción fallida por falsas consideraciones. Si el autor se hubiese decidido por el uxoricidio, que sólo deja intuir, y por el incesto, alrededor del cual gira constantemente sin confesarlo jamás, si hubiese multiplicado las escenas lujuriosas..., si hubiese puesto en acción los gustos crueles de los cuales no hace más que dar una idea en su prefacio, entonces la obra, llena de imaginación, hubiese sido deliciosa; pero los medrosos me desesperan, y preferiría cien veces más que no escribiesen nada a que nos den las cosas a medias.

Thérèse philosophe figuraba asimismo entre sus libros: obra encantadora del marqués de Argens[45], el único que se ha acercado al blanco, sin, no obstante, conseguirlo completamente; el único que ha unido de forma agradable la lujuria a la impiedad, y cuya obra, pronto devuelta al público tal y como el autor la había concebido primitivamente, dará por fin la idea de un libro inmoral.

El resto consistía en esos miserables folletines, escritos en cafés o en burdeles, que prueban en sus mezquinos autores dos vacíos a la vez: el de la mente y el del estómago. La lujuria, hija de la opulencia y de la superioridad, no puede ser tratada más que por gentes de una cierta clase..., por individuos, en fin, que, acariciados primero por la naturaleza, lo sean a continuación por la fortuna, al menos lo suficiente como para haber probado ellos mismos lo que nos traza su pincel lujurioso; ahora bien, eso es imposible para los granujas que nos inundan con los despreciables folletines de los que hablo, sin excluir el de Mirabeau, que quiso ser libertino por ser algo, pero no es y no será nada en toda su vida[46].

Como resultado de nuestras búsquedas en casa del fraile, encontramos consoladores, condones, zorros: instrumentos todos que

nos convencieron de que el padre Claude no nos había esperado para lanzarse al libertinaje. Volvió.

—Tengo el permiso de mi superior —nos dice—; podéis venir cuando queráis.

—No será muy tarde, amigo mío —respondí—, hemos sido demasiado bien acariciadas por un solo miembro de la orden como para no augurar maravillas del resto; descansa sobre nuestros coños fogosos y juzga, por lo que les has visto hacer, lo que podrán emprender cuando sean fornicados todavía mejor. Entretanto, Claude, te invito a que vengas a vernos dentro de tres días; mi amiga y yo te recibiremos en una casa de campo encantadora, donde nos colmarás de placeres; repón tus fuerzas y no faltes.

Al marcharnos quisimos hablar nosotras mismas con el superior; era un hombre de sesenta años, con un rostro soberbio, que nos recibió a las mil maravillas.

—Nos daréis el mayor placer —nos dice—; de los treinta frailes dignos de estas orgías, os prometo veinte de treinta a treinta y cinco años que, dotados con un miembro como el de Claude y poseedores del mismo vigor, os tratarán como a Mesalinas. En cuanto al secreto de la partida, podéis estar seguras de que será lo más estricto que pueda serlo jamás en el mundo. Habéis deseado algunas impiedades; nosotros sabemos lo que son esas pequeñas locuras, estad tranquilas, seréis satisfechas en todo. Los estúpidos dicen que los frailes no son buenos para nada: nosotros os probaremos, señoras, que los carmelitas al menos son excelentes para joder.

Un lenguaje tan rotundo, junto a las pruebas que acabábamos de tener, no podía dejarnos ya ninguna duda sobre la forma en que seríamos recibidas. Previnimos a estos honrados anacoretas de que traeríamos con nosotras a dos bonitas chicas para ayudar a servir nuestros entretenimientos. Pero como diferentes asuntos se oponían a que esta agradable fiesta se celebrase tan pronto como nosotras hubiésemos deseado, fue pospuesta hasta el día de Pascua.

—Esta elección no puede cuadrar mejor con nuestras pequeñas impiedades —dice Clairwil—; por más que pueda decirse, tendré un verdadero placer en profanar el más santo de los misterios de la religión cristiana en el día del año que ella considera como una de sus más grandes fiestas.

Faltaba cerca de un mes hasta esa época, y como este intervalo está marcado por dos acontecimientos bastante singulares, creo que debo insertarlos aquí por orden, antes de hablaros de la continuación de nuestro libertinaje con los carmelitas.

El primero de estos acontecimientos fue la trágica muerte de Claude. El desgraciado vino al campo el día indicado; Clairwil se encontraba allí; rodeamos a este infortunado de placeres, y cuando su

miembro llegó a su mayor erección, mi criminal amiga, tras hacerle apresar enseguida por cinco mujeres, ordenó que le cortasen la verga a ras del vientre y, haciéndola preparar por un cirujano, se compuso el más singular y hermoso consolador que se haya visto en la vida. Claude expiró entre horribles tormentos, con los que Clairwil alimentó su lúbrica rabia, mientras tres mujeres y yo la excitábamos a medio metro de la víctima, justo delante de ella.

—¡Pues bien! —me dice la puta después de habernos inundado de semen—, ¿no te había dicho que, a pesar de masacrar a este tunante, me quedaría algo de él?

El segundo acontecimiento fue el siguiente. Dudo que honre más a mi alma de lo que honró a la de mi amiga el episodio que acabo de contaros.

Yo estaba en mi tocador, rodeada de una multitud de cortesanos que, respetuosamente, parecían esperar toda su fortuna de mí. Uno de mis criados me anuncia a un hombre de cuarenta y cinco años, en la más extrema miseria, que solicita ansiosamente la gracia de hablarme un momento en privado. Primero ordeno que le respondan que no tengo la costumbre de recibir a semejante gente, y que si se trata de ayudas o de recomendaciones para el ministro, no tiene más que presentarme un informe y yo veré lo que puede hacerse. El ansioso solicitante insiste: más por curiosidad que por ningún otro motivo, digo por fin que le permitan pasar a un pequeño salón donde generalmente concedía mis audiencias secretas; y después de haber ordenado a mi gente que no se alejen, voy a escuchar a este nuevo personaje.

—Me llamo Bernole, señora —me dice el desconocido—, sé que probablemente este nombre es ignorado por vos: no lo sería tanto para la madre que habéis tenido la desgracia de perder, quien, a pesar del fausto en que vivís, no os dejaría en el desorden y el libertinaje que os lo procuran.

—Señor —digo a este hombre interrumpiéndole—, el tono que adoptáis no es en absoluto, me parece, el de alguien que solicita ayuda...

—Poco a poco, Juliette —respondió Bernole—, es posible que yo pida ayuda, y muy posible al mismo tiempo que tenga sobre vos derechos que me autorizan el uso del tono de que os quejáis.

—Sea cual sea vuestro rango, sabed, señor...

—Sabed, Juliette, que si yo vengo a implorar ayuda ante vos, os honro al pedíroslo; dirigid la vista hacia estos papeles, señorita, y veréis a la vez la necesidad que tengo de esa ayuda y el derecho que tengo de pedíroslo a vos.

—¡Oh, cielos!, ¿qué veo? —interrumpí después de haber leído esos papeles—, ¡que mi madre... fue culpable...!, ¿y con vos?

—Sí, Juliette, yo soy vuestro padre —respondió Bernole vivazmente—..., soy yo quien os dio la vida; era el primo de vuestra madre; mis padres me destinaban a ella; se presentó un matrimonio más ventajoso y ella fue sacrificada; ya estaba embarazada de vos: nos atrevimos a engañar a vuestro padre, se cegó sobre vuestro nacimiento... Sólo a mí me lo debéis; un lunar en el seno derecho prueba lo que adelanto... Juliette, ¿lleváis esa marca?

—Sí, señor.

—Entonces reconoce a tu padre, ¡alma insensible y fría!, o, si todavía dudas, lee con mayor atención estos papeles, aclararán todas tus dudas. Después de la muerte de tu madre..., muerte horrible..., fruto de la maldad de un cierto Noirceuil, con el que te atreves, aunque enterada de ello, a tener relaciones, y que sería mandado a la rueda mañana mismo siuviésemos pruebas contra él (desgraciadamente nos faltan)..., después de esa muerte, digo, todos los infortunios posibles vinieron a cernerse sobre mi cabeza: toda mi fortuna fue devorada junto con la de tu madre; hace dieciocho años que no vivo más que de la caridad pública. Pero te encuentro, Juliette, y todas mis desgracias se han acabado...

—Señor —digo—, tengo a mi hermana, a quien prejuicios vencidos por mí retienen, sin duda, en la miseria: ¿también de vos ha recibido la vida?

—¿Justine?

—Sí, señor.

—Claro, ella también es hija mía, nada pudo vencer la inclinación de tu madre por mí en todo el tiempo, y he sido el único que gozó siempre de la felicidad de hacerla madre.

—¡Oh, cielos! —exclamó la desgraciada Justine—, mi padre estaba vivo ¡y yo lo ignoraba! ¡Dios!, ¿por qué no me lo enviabas? Yo hubiese aliviado sus penas, hubiese compartido su miseria, y, hermana mía, él hubiese encontrado en mi alma sensible los consuelos que sin duda le negó bárbaramente la vuestra.

—Hija mía —dijo el marqués, a quien una noche pasada con Justine le había irritado asombrosamente y puesto en contra de esta muchacha—, cuando aquí se os hace el honor de admitiros no es en absoluto para oír vuestras jeremiadas, y ruego a la señora que continúe.

—Imagino, amigos míos, que me hacéis la suficiente justicia como para creer que no estaba ni emocionada ni conmovida por este acontecimiento; ningún alma está menos hecha que la mía a las confesiones dramáticas; ni siquiera había vertido una lágrima, desde mi nacimiento, por la pérdida del que creía mi padre: ¿era natural que me sintiese afectada por las desgracias del que el azar me devolvía? Además, lo sabéis, estoy muy lejos de las limosnas; en mi opinión, era

el dinero peor empleado; y por mucho que el individuo que se presentaba se dijese mi padre, no por ello dejaba de ser menos necesario para contentarlo, o disminuir mi tesoro, o implorar por este desgraciado a un ministro que, tan duro, tan inflexible como yo sobre esta suerte de reclamaciones, no podía soportar que lo importunase para formulárselas. Claro está que no podía dudar de que el personaje en cuestión era el autor de mis días; tenía la prueba de ello ante mis ojos, pero la naturaleza permanecía muda: por mucho que la interrogase, no me inspiraba nada hacia este extravagante.

—Señor —le digo con firmeza—, todos los cuentos que me contáis prueban ser verdaderos, pero no veo la menor necesidad de oírlos; tengo invariables principios que me alejan, desgraciadamente para vos, de esa compasión que imploráis; en cuanto a los títulos de paternidad que establecéis respecto a mí, aquí están, señor, os los devuelvo asegurándoos que no tengo la menor necesidad de ellos: que tenga un padre o que no lo tenga, todo eso es para mí de una indiferencia de la que difícilmente os podríais hacer una idea. Por lo tanto, señor, os aconsejo que me libréis enseguida de vuestra presencia, a menos que por un empecinamiento ridículo no queráis obligarme, si permanecéis a pesar mío, a haceros echar por la ventana.

Y a continuación me levanto para tocar el timbre; pero Bernole, precipitándose delante de mí...

—¡Hija ingrata! —exclama—, no me castigues por una falta que he llorado toda mi vida; aunque tu nacimiento no sea legítimo, ¿acaso no has salido de mi sangre, y no me debes ayuda? ¡Que los lastimeros acentos de la miseria y la desesperación sustituyan en tu alma endurecida, si es posible, los sentimientos que la naturaleza parece haber olvidado poner en ella! —Y echándose a mis pies, que cubre de lágrimas, exclama—: Juliette, ¡nadas en la riqueza, y no es más que un trozo de pan lo que pide tu desgraciado padre! ¡Alivia las desgracias del amante de tu madre!, ¡respeto al único hombre que ha amado a la que te llevó nueve meses en su seno, y si no quieres que el cielo te castigue, no cierres tu corazón a los quejumbrosos acentos del infortunio!

Sin duda había mucho de patético en las palabras que me dirigía este desgraciado; pero existen almas que, ante los esfuerzos de aquellos que intentan conmoverlas, se endurecen en lugar de emocionarse. Semejantes a esa especie de madera que se echa al fuego para avivarlo, en el elemento mismo que parecería deber consumirlo encuentra un nuevo grado de fuerza. Bernole, en lugar de excitar en mí los sentimientos de la compasión, provocaba que renaciera en mí esa conmoción lúbrica nacida de la negativa a procurar un bien: imperfecta imagen de la que nos llega por la acción del mal. Mis miradas, que no eran todavía más que las de la indiferencia, pronto se

inflamaron de placer; ese cosquilleo pérfido que nos deleita ante la idea, el recuerdo o la intriga de una mala acción vino a deslizarse en mi corazón[47]; mis cejas se fruncieron, mi respiración se hizo más apresurada. Y sintiendo que me vuelvo más dura porque comienzo a estarlo con voluptuosidad..., porque me excito, por fin digo a este palurdo:

—Os he declarado, amigo mío, que no os conozco, que seguiré sin conoceros, y que jamás doy nada a los pobres; así pues, por última vez, os suplico que salgáis de mi apartamento, si no queréis que os haga perecer en un calabozo.

Un movimiento de rabia se apodera al momento de este hombre: empleando alternativamente las imprecaciones y las súplicas, las invectivas y las más tiernas palabras, se lanza de cabeza contra el suelo, se la rompe, chorros de sangre inundan mi gabinete... Esta sangre es la mía, y es con delicia como la veo derramarse; después de haber gozado unos instantes, toco el timbre.

—Que alguien se encargue de este tipo —digo a mis criados— y que lo hagan salir enseguida de mi casa.

Me obedecen... Yo estaba en una agitación..., en un fuego... Tuve que ir a tenderme en el seno de mis mujeres, que tardaron dos horas en lograr tranquilizarme. ¡Poderoso efecto el del crimen sobre un corazón como el mío! Estaba escrito en el sagrado libro de la naturaleza que todo lo que repugnase a las almas ordinarias debía deleitar a la mía, y que todo lo que debía ultrajar a esa naturaleza desconocida para ellas debía convertirse para mí en los primeros medios del placer.

Ese día cenaban en mi casa el ministro y Noirceuil: pregunté a este si conocía a un tal Bernole, que se decía el amante de mi madre y estaba convencido de ser el autor de mis días.

—Sí —me dice Noirceuil—, he conocido todo eso; tenía dinero en la casa de tu padre, perdido junto con el de tu familia gracias a mis cuidados. Recuerdo que ese Bernole se llevaba efectivamente muy bien con tu madre, que la lloró mucho, y que no es culpa suya si yo no he sido colgado... Hay que deshacerse de ese tipo.

—Evidentemente —dice el ministro—, Juliette no tiene más que hablar, haremos que él duerma esta noche en la Bastilla.

—No, no —dice Noirceuil—, tenemos que hacer con todo esto una escena patética.

—Claro —respondí—, los calabozos son demasiado suaves para semejantes criminales... Noirceuil y vos, Saint-Fond, habéis trabajado mi alma, y creed que en esta ocasión se mostrará a la altura de vuestras lecciones; ya que cometemos un crimen, hagámoslo bien: es preciso que ese pícaro perezca por mi mano, mientras vosotros gozáis de mí.

—¡Oh, Juliette! —exclama el ministro, achispado ya por el vino de Champagne—... ¡Eres deliciosa! —Y bajándose los pantalones—: Mira cómo excita mi miembro tu idea... ¿Qué? ¿Tendrás la fuerza de decidirte?

—¡Lo juro sobre este miembro que estimulo! —digo empuñando el temible miembro que acababa de sacar Saint-Fond.

Y Noirceuil, aprovechándose de la postura inclinada en que me tenía mi impulso, se apodera de mi culo exclamando:

—¡Oh, joder! ¿No te había dicho, Saint-Fond, que esta criatura era deliciosa?

Y me da dos o tres puñetazos en las nalgas.

—Escucha —digo recomponiéndome—, hay que incluir algunos episodios divinos. Voy a reconciliarme con Bernole, a engañarlo con mi acercamiento, a enamorarlo, a hacerle todo un hermoso juego... Me lo meterá... Quiero más: es preciso que me dé por el culo... Lo hará. Vos, Saint-Fond, lo sorprenderéis, caeréis sobre él en el momento de la crisis y, para castigarme, con el puñal en el pecho, me obligaréis a que lo mate yo. Contémosle todo a Clairwil, que ella comparta la dulce execración, y hagamos de todo esto una escena única.

El proyecto de un crimen gusta siempre a los malvados. Estos dos se inflamaron de tal forma con mi plan que no fue posible contenerlos. Se abre un cuarto; algunos individuos secundarios se unen a nosotros, y mi culo recibe la doble ofrenda de los dos monstruos a los que excitaba mi pérfida imaginación: me fue entregado en ese mismo momento un bono de quinientos mil francos, con la promesa del doble de esa cantidad el día de la ejecución.

Me excitaba demasiado como para poder rechazarla; vuelo a mi casa de campo; escribo a Bernole que la ternura filial viene por fin a abrir mi alma. «La pureza del aire del campo suaviza, creo, esa ferocidad con la que el de París mancha nuestros corazones», le hacía saber; «venid a verme en el seno de la naturaleza, y pronto comprobaréis todo lo que me inspira por vos». Mi hombre llega... No os imagináis hasta qué punto gozaba yo engañándolo... Estaba totalmente embriagada. Mi primer cuidado es desplegar ante sus ojos todo el lujo del que estaba rodeada; seductoras caricias acaban por aturdir a Bernole.

—¿Cómo —le digo después de una excelente cena—, cómo reparar todos los errores que mi mala cabeza me ha hecho cometer contra vos? ¿Hay que confesarlo, Bernole? Siento miedo; tengo que observar grandes precauciones, pues soy la confidente y amiga del ministro; en una palabra, puede perderme; vos no me habéis inspirado nada como padre, lo confieso; otro sentimiento mil veces más tierno y delicado, haciéndome temer la caída, me ha obligado a no mostraros más que dureza donde se encendía el más santo amor... Bernole,

habéis amado a mi madre, quiero que me améis a mí también; para ser felices juntos sólo es cuestión de una discreción a toda prueba; ¿sois capaz de ella?

El honrado y leal Bernole tiembla ante este discurso.

—¡Oh, Juliette! —me dice muy emocionado—, sólo intento reanimar en vos los sentimientos del amor filial; son los únicos que me corresponden; la religión y el honor, que sigo profesando, me impiden aceptar otros: no me tachéis de inmoral por haber vivido con vuestra madre; nunca creímos ninguno de los dos que debiésemos respetar otros vínculos que los adoptados voluntariamente por nosotros frente al cielo: es un error, convengo en ello, pero es el de la naturaleza, y los que vos me proponéis la horrorizarían.

—¡Qué prejuicio, Bernole! —exclamé mientras lo apremiaba, hasta el punto de besar su boca y de dejar caer una mano sobre sus nalgas—; tú, a quien adoro, ¡ay! —proseguí redoblando mi excitación—, no te niegues a mi solicitud; ven a devolver la vida, por segunda vez, a la que se precia de haberla obtenido de ti: debo mi primera existencia al amor, déjame que le deba la segunda; deja que embellezca los días que él ha formado. ¡Oh!, amigo mío, lo siento dentro de mí, ¡ya no puedo existir sin ti!

Un pecho blando y fresco, que se descubre en ese momento como por azar, unos ojos llenos de languidez y voluptuosidad..., unas manos que se pierden hasta llegar a desabotonar el pantalón paterno y a menear con arte el instrumento medio excitado que me ha dado la vida, todo despierta por fin las pasiones tímidas de Bernole.

—¡Oh, gran Dios! —exclama—, qué asaltos... ¿Y cómo puedo resistir a ellos? ¿Cómo rechazar la viva imagen de la que adoré hasta el último suspiro?

—La encuentras en mí, Bernole, aquí tienes a la que amaste... Respira, acabas de devolverla a la vida por medio de los tiernos besos que su boca implora. Mira el estado en que me pones —añadí remangándome y precipitándome sobre un canapé—..., sí, mira este estado cruel, y resístete a él si te atreves.

El crédulo Bernole, arrastrado, cae en la trampa que tiendo a su virtud, y viene a emborracharse de amor en el seno de la que, mientras lo acaricia, sólo se ocupa ya de la manera páfida con que pronto lo hará caer bajo sus golpes. Bernole, dotado de un miembro seco, duro, fuerte, y sobre todo largo, follaba deliciosamente; me encendía, yo lo trataba bien, acariciaba sus nalgas apretándolo contra mí. Pronto descendiendo y chupo con placer este primer móvil de mi existencia; volviendo después a mi puesto, me lo meto hasta los cojones: Bernole, muy encendido con mis extravíos, no se demora; el zorro descarga; yo lo imito y recibo en mis entrañas incestuosas el germen de un fruto semejante al que él dejó en otro tiempo en el seno

de mi madre. Ese fue el momento del embarazo del que pronto os hablaré.

Bernole, perdido por el amor, olvidando bajo las leyes de ese Dios las del honor y la probidad, que tan bien lo habían contenido hasta entonces, me suplica que le deje pasar la noche conmigo. Muy excitada por la deliciosa idea de fornicar con un padre al que mi ferocidad condena a muerte, consiento a todo. Los esfuerzos de Bernole superaron mis esperanzas: fui follada siete veces, y yo, constantemente abrasada por mis feroces proyectos, descargo el doble ante el delicioso pensamiento de enterrar al día siguiente a aquel que reúne el error de ser mi padre y el todavía mayor de embriagarme con delicia. Fue en medio de todo esto cuando, desvelándose los horribles temores de que un embarazo llegase a traicionar nuestra intriga, le di la vuelta al culo más hermoso del mundo para animarlo a cambiar de camino: ¡ay!, el crimen estaba tan lejos del corazón de mi virtuoso padre que incluso ignoraba el modo de realizar estas infamias (me sirvo de sus expresiones), en las que no consentía, me dice, más que por prudencia y por exceso de amor. El cernícalo me enculó tres veces: este ensayo era necesario para el teatro que debía representarse al día siguiente. Lo que sentí fue tan vivo que me desvanecí de placer.

Llegó ese feliz día en que por fin debía gozar de los indecibles encantos de un crimen que me desolaba no poder ejecutar: nunca me había parecido tan bella la naturaleza a la que tan gravemente iba a ultrajar; nunca me había encontrado a mí misma tan bonita, tan fresca y tan gallarda; nunca se habían hecho sentir en mí emociones tan vivas... Desde que me levanté me sentí llena de lujuria..., de maldad... Experimentaba la necesidad de horrores y, junto a esto, la terrible desesperación de no poder agravarlos hasta el punto que yo deseaba... Es un crimen lo que voy a cometer, me decía a mí misma..., un grandísimo crimen, como se asegura, pero no es más que uno: y ¿qué es un crimen para quien querría existir sólo en medio del crimen, vivir sólo para él y adorarlo sólo a él? Toda la mañana estuve malhumorada, huraña, caprichosa, burlona. Llena de cólera, azoté a dos mujeres mías; malvadamente hice caer por la ventana a un niño confiado a una de ellas, se mató y me sentí encantada: en una palabra, no hubo ningún tipo de pequeñas crueldades, de travesuras a las que no me entregase durante todo el día. Por fin llegó la hora de la cena; había ordenado que fuese tan deliciosa como la de la víspera; y como la víspera, en cuanto acabó, arrastré a Bernole hasta un canapé y le presento mi culo. Seducido por mis sofismas, el desgraciado se zambulle en él... Apenas estaba dentro cuando Clairwil, Noirceuil y Saint-Fond se lanzan contra nosotros con impetuosidad. Bernole es fuertemente amarrado.

—Juliette —me dice Saint-Fond—, merecerías que te inmolasen

junto a este monstruo como castigo por abusar de esta forma de mi confianza... Sólo un medio, péfido, puede salvarte la vida: toma esta pistola destinada a tu crimen, dentro hay tres balas... ¡Tienen que hacer saltar la tapa de los sesos de ese criminal!

—¡Oh, cielos!, ¿qué exigís?, ¡es mi padre!

—La que ha sido tanto sodomita como incestuosa también podrá ser parricida.

—¡Qué orden!

—Totalmente necesaria, o pereceréis al momento.

—Entonces confiad esa arma a mi vacilante mano... Padre adorado —exclamé—, ¿perdonarás esta muerte por las violencias de las que, como ves, soy víctima?

—Monstruo —responde Bernole—, hazlo ya, y recuerda tan sólo que con esto no me haces la víctima de tus engaños y tus crímenes...

—¡Pues bien!, papá —dice Clairwil estallando de risa—, deja entonces de hacerte la víctima, puesto que no quieres serlo, y entérate de que es muy cierto que tu muerte es obra de tu hija, quien, por cierto, no se equivoca al inmolarse a un individuo que sólo puede ser un gran criminal, si ha podido engendrar a semejante hija.

Todo se dispone; Bernole es atado a una silla sujeta al suelo con grandes clavos; su cabeza, a diez pasos, se halla a mi alcance. Saint-Fond se tumba en un canapé y me fija a él mediante su miembro, que me introduce en el trasero; Noirceuil dirige el instrumento con una mano y se masturba con la otra; Clairwil, a la derecha, besa la boca de Saint-Fond y acaricia mi clítoris. Yo, con sumo descaro, digo:

—Saint-Fond, ¿tengo que esperar los chorros de tu semen?

—No, no, ¡por lo más sagrado de un cobarde!, ¡no, no!, ¡mata, puta, mata!, el disparo es lo que hará brotar mi esperma.

Disparo, Bernole es alcanzado en la frente y expira, y nosotros cuatro descargamos lanzando gritos de furor.

El bárbaro Saint-Fond se levanta y se acerca a contemplar a la víctima; esto constituía su mayor placer. Me llama, quiere que observe junto a él... Me mira atentamente, está contento de mi sangre fría. Con una curiosidad morbosa, Clairwil observa las contorsiones de la muerte en el rostro de este desgraciado.

—Nada me excita tanto como esto —dice el criminal—: ¿Quién de los tres quiere masturbarme durante el examen?

Me ofrezco, y como estoy inclinada sobre las rodillas del muerto, Noirceuil me da por el culo en este estado, mientras Saint-Fond agarra a Clairwil del revés y la trata de la misma forma... Todo el mundo descarga una vez más, y de nuevo se sirve la mesa con la más voluptuosa cena; el cuerpo permanece a petición nuestra a nuestros pies.

—Juliette —me dice Saint-Fond besándome ardorosamente—,

toma, esto es lo que te había prometido. ¿Tengo que confesártelo? Querida muchacha, en verdad, sólo hoy te creo completamente digna de nosotros.

—No estoy del todo de acuerdo —dice Clairwil—; siempre le encuentro el mismo fallo: sólo comete el crimen en el momento del entusiasmo, necesita estar excitada, cuando uno jamás debe entregarse a él más que con sangre fría. Es preciso encender la llama de las pasiones en la del crimen; sin embargo, sospecho que ella enciende la del crimen en la de las pasiones.

—La diferencia es muy grande —dice Saint Fond—, porque en este caso el crimen no es más que lo accesorio, y siempre debe ser lo principal.

—Pienso como Clairwil, mi querida Juliette —dice Noirceuil—: Todavía necesitas algunos ánimos; tienes que disminuir esa sensibilidad que te pierde.

»Todos los extravíos a los que nos arrastra nuestra imaginación —prosiguió Noirceuil— significan pruebas evidentes de nuestro espíritu. Su vivacidad, sus impulsos no le permiten detenerse ante nada; cuantos más diques tiene que franquear, más delicias concibe; prueba de ello es que el espíritu no se altera, como creen los estúpidos, sino que más bien se fortifica. Ya has llegado, Juliette, a la edad en que esta facultad de nuestra existencia está en su máximo apogeo; habéis previsto esta época con buenos estudios, con reflexiones sólidas, con un total abandono de todos los lazos y prejuicios de la infancia. No dudéis de que en este momento esa esperanza tan bien preparada os hará destruir todas las limitaciones: un temperamento ardiente y enérgico, una salud de hierro, un gran ardor en las entrañas, un corazón muy frío vendrán en apoyo de ese espíritu ardoroso, instruido y liberado de todos los frenos. Podemos estar seguros de que Juliette llegará tan lejos como quiera. Pero que nunca se quede a medio camino, que jamás vuelva la cabeza atrás, y que, si lo hace, sea únicamente para reprocharse su escaso progreso, nunca para asombrarse de la magnitud del camino que ha recorrido.

—Yo quiero más —dice Clairwil—; os lo reverga, exijo de Juliette que haga el mal, no para que este la excite hacia la lujuria, como creo que ella hace, sino por el solo placer de cometerlo. Quiero que encuentre en el mal, desprovisto de toda lujuria, la completa voluptuosidad que ella encuentra en la lujuria; quiero que no tenga necesidad de ningún vehículo para ejercer el mal. Que en esta situación experimente todos los atractivos excitantes del libertinaje, ¡y en buena hora!, pero no que necesite excitarse para hacer un crimen, porque, entonces, de esta forma de conducirse resultará que en cuanto su temperamento se marchite, ya no se atreverá a entregarse a ningún extravío; en lugar de por este medio que estoy indicando, encontrará

el fuego de las pasiones en el crimen. Ya no necesitará excitarse para cometer un crimen; pero al cometer ese crimen deseará excitarse. Creo que es imposible explicarse con mayor claridad.

—Precisamente porque comprendo a las mil maravillas tu filosofía, querida —digo a Clairwil—, creo que es mi deber asegurarte que la sigo al pie de la letra. Estoy dispuesta a demostrártelo con la prueba a la que deseas someterme. Si me hubieses observado mejor de lo que lo has hecho en la situación que acaba de producirse, no me dirigirías, estoy segura, ningún reproche; en este momento amo el mal por sí mismo; sólo en su seno se encienden mis placeres, y para mí no existiría ninguna voluptuosidad si el crimen no la amenizase. Ahora no debo consultaros más que sobre un solo punto. El remordimiento es nulo, os aseguro que no siento ni la más ligera huella, sea cual sea el horror al que me entregue: pero algunas veces siento vergüenza, enrojezco como Eva después de su pecado; me parece que, exceptuados vos y nuestros amigos, no me gustaría que nadie supiese los extravíos a los que nos entregamos. Por favor, explicadme por qué, en la disyuntiva de estos dos sentimientos, siento el más débil pero no soy sensible al más activo; en una palabra, decidme cuál es la diferencia que hay entre la vergüenza y el remordimiento.

—Helo aquí —dice Saint-Fond—: La vergüenza es el fruto del dolor de una mala acción con respecto a la opinión pública, en cuanto que el remordimiento lo es con respecto a nuestra propia conciencia; de suerte que es posible sentir vergüenza de una acción que no infunde ningún remordimiento, si esta acción no ofende más que a las costumbres recibidas, sin pasar por la conciencia; y es igualmente posible tener remordimientos sin vergüenza, si la acción cometida está de acuerdo con las leyes y los usos de nuestro país pero repugna a nuestra conciencia. Por ejemplo, un hombre enrojecería si se pasease completamente desnudo por la gran avenida de las Tullerías, aunque no haya en esta acción nada que debiese causarle remordimientos; y un general del ejército tendrá quizá remordimientos por haber hecho matar a veinte mil hombres en una batalla, aunque no haya nada en esta acción que deba darle vergüenza. Pero estos dos molestos impulsos se debilitan igualmente por la costumbre. La Sociedad de los Amigos del Crimen en la que os ha introducido Clairwil anulará en vos ese sentimiento pusilánime de la vergüenza; la costumbre de un cinismo cada vez más pronunciado pronto disipará esa debilidad; y para curaros de ella, os exhorto a que alardeéis de vuestros extravíos, a que con frecuencia os mostréis desnuda en público, a que afectéis el mayor desorden en la manera de vestiros: insensiblemente acabaréis por no enrojecer ante nada. Cuando la firmeza de los principios se una a los procedimientos que os aconsejo, todo se disipará, todo se allanará poco a poco, y ya no sentiréis más que placer donde antes

sentíais vergüenza.

Cosas más serias sucedieron a esta discusión. Saint-Fond me anunció que el matrimonio de su hija Alexandrine con su amigo Noirceuil iba por fin a celebrarse, y que, de acuerdo con su yerno, la joven permanecería tres meses en mi casa para ser instruida y formada en los gustos del nuevo ser con el que iba a unirla.

—Noirceuil y yo os rogamos —prosiguió Saint-Fond— que pongáis a esta pequeña alma en el mismo estado que la vuestra... No le neguéis ningún cuidado, ningún consejo, ningún ejemplo. Quizá Noirceuil la conserve si la encuentra tan firme como vos: con toda seguridad, sin embargo, no se quedará con ella si es mojigata o gazmoña. Tratad, Juliette, de que esta educación os honre, y estad totalmente segura de que vuestros trabajos no serán en vano.

—Señor —digo al ministro—, sabréis que semejantes lecciones no pueden darse más que entre sábanas.

—Así es como lo entiendo —dice Saint-Fond.

—Y yo también, evidentemente —dice Noirceuil.

—¿Puede instruirse a una muchacha sin acostarse con ella? —dice Clairwil.

—Nuestra querida Juliette también se acostará con mi mujer tan a menudo como le parezca bien —respondió Noirceuil.

Saint-Fond nos habla a continuación de un cruel proyecto de devastación que había concebido para Francia.

—Tenemos —nos dice— una próxima revolución en el reino; vemos su germen en una población excesivamente numerosa. Cuanto más se extiende un pueblo, más peligroso es; cuanto más se ilumina, más temible es: jamás se somete más que a la ignorancia. Primero vamos a suprimir —prosiguió el ministro— todas esas escuelas gratuitas cuyas lecciones, al propagarse con rapidez, nos dan pintores, poetas y filósofos donde no debe haber más que gañanes. ¿Qué necesidad tiene esa gente de talentos, y qué necesidad hay de dárselos? Más bien disminuyamos su número; Francia necesita una sangría, y hay que atacar las partes vergonzosas. Para llegar a este fin, primero vamos a perseguir con energía la mendicidad; esa es la clase donde se encuentran casi todos los agitadores. Demoleremos los hospitales, las casas de caridad; no queremos dejarle al pueblo ni un solo asilo que pueda hacerlo insolente. Doblado bajo cadenas mil veces más pesadas que las que lleva en Asia, queremos que se arrastre como esclavo, y no habrá ni un solo medio que no pongamos en práctica para lograrlo.

—Esos medios serán largos —dice Clairwil—, y si necesitáis una disminución repentina se precisan otros más rápidos: la guerra, el hambre, la peste.

—El primero es seguro —dice Saint-Fond—; vamos a tener una

guerra. No queremos el último porque es presumible que nosotros mismos fuésemos sus primeras víctimas. En cuanto al del hambre, el total acaparamiento de granos en el que trabajamos nos colmará primero de riquezas, y pronto inducirá al pueblo a devorarse a sí mismo. Esperamos mucho de este medio. Es el que cuenta con más apoyo en el consejo, porque es rápido e infalible, y porque nos cubre de oro...

»Hace mucho tiempo que —prosiguió el ministro—, imbuido de los principios de Maquiavelo, estoy totalmente convencido de que los individuos no son nada en política. Máquinas secundarias del gobierno, los hombres deben trabajar por la prosperidad de ese gobierno, y el gobierno nunca debe trabajar por la de los hombres. Todo gobierno que se ocupa del hombre es débil; sólo es fuerte el que únicamente se tiene en cuenta a sí mismo e ignora a los hombres; el mayor o menor número de esclavos en un Estado es indiferente: lo esencial es que la cadena pese mucho sobre el pueblo, y que el soberano sea un déspota. Roma fue decadente y débil mientras quiso gobernarse a sí misma; dominó la Tierra cuando los tiranos se apoderaron de la autoridad. La fuerza debe concentrarse toda ella en el soberano, y puesto que esta fuerza no es más que moral, desde el momento en que físicamente el pueblo es el más poderoso, sólo mediante una cadena ininterrumpida de acciones despóticas puede el gobierno concentrar en sí mismo la fuerza física que le falta: sin eso nunca existirá más que idealmente. Cuando deseamos imponérsela a los otros, hay que acostumbrarlos poco a poco a que vean en nosotros lo que en el fondo no existe; de otra forma nos verán tal como somos, y perderemos infaliblemente.

—Siempre he creído —dice Clairwil— que el arte de gobernar a los hombres era el que exigía mayor cantidad de falsedad.

—Es verdad, y la razón es muy simple —respondió Saint-Fond—: Sólo se gobierna a los hombres engañándolos; ahora bien, es preciso ser falso para engañarlos; el hombre iluminado no se dejará conducir jamás: por lo tanto, es preciso privarlo de la luz para conducirlo a nuestro antojo, y sólo la falsedad lleva a todos estos medios.

—Pero la falsedad ¿no es un vicio? —pregunté a Saint-Fond.

—Yo la veo más bien como una virtud —respondió el ministro—. Es la única llave del corazón del hombre: sería imposible vivir con él si sólo utilizásemos la franqueza. Ocupado únicamente en engañarnos, ¿qué sería de nosotros si no aprendiésemos a engañarlo a nuestra vez? El principal estudio del hombre, y sobre todo del hombre de Estado, consiste en aprender a penetrar siempre en el corazón de los otros, sin descubrir el suyo. Ahora bien, si no llega a esto más que por la falsedad, entonces la falsedad es una virtud. En un mundo absolutamente corrompido, nunca existe el peligro de ser más

corrupto que los otros; conduciéndose así, uno se asegura toda la suma de felicidad y tranquilidad que nos procuraría la virtud en un gobierno moral. Pero la máquina que dirige el gobierno nunca podrá ser virtuosa, porque es imposible prever todos los crímenes, ponerse al resguardo de todos los crímenes sin ser un criminal; aquello que dirige a los hombres debe estar corrompido a su vez; y nunca será a través de la virtud, que es un modo sin acción, como conduciréis el vicio, que es un modo en constante acción. El gobernante debe tener más energía que el gobernado; ahora bien, si la energía del gobernado sólo está repleta de crímenes, ¿cómo queréis que la del gobernante no sea a su vez criminal? ¿Acaso los castigos que se aplican al hombre son algo distinto de crímenes? ¿Qué los justifica?: la necesidad de gobernarlo. Entonces, el crimen es uno de los resortes del gobierno. Ahora yo os pregunto qué necesidad puede haber en el mundo del modo que llamáis *virtud*, cuando es una constante que no podéis obtener este modo más que mediante crímenes. Además, es totalmente necesario, para el mismo gobierno, que la masa de los hombres esté muy corrompida: cuanto más lo esté, más fácilmente actuará. En una palabra, analizad la virtud en todos sus aspectos y siempre la veréis inútil y peligrosa. Juliette —prosiguió Saint-Fond, no dirigiéndose ya más que a mí—, yo querría destruir radicalmente en vos todos los prejuicios sobre este tema, que infaliblemente harán vuestra desgracia; me gustaría afirmar vuestras opiniones a lo largo de nuestra vida, porque es terrible haber nacido con inclinaciones a hacer el mal y no poder entregarse a él sin estremecerse. Convenceos, ángel mío, de que aunque cambiaseis y alteraseis el orden de la naturaleza en todos los sentidos posibles, nunca haríais más que utilizar facultades que os ha dado para eso..., que sabía que emplearíais en eso, de ahí que no las censure; en efecto, lejos de privaros de ninguna de estas facultades nocivas, el orden de la naturaleza os inspira en todo momento el deseo de ponerlas en práctica. Por lo tanto, haced todo el mal que os plazca, sin que eso turbe ni por un momento vuestro descanso: estad segura de que, sea del tipo que sea lo que inventéis, nunca será tan violento como lo desearía la naturaleza..., porque ella quiere la destrucción..., le agrada..., se alimenta de ella, abreva en ella, y porque nunca le gustaréis tanto como cuando vuestras manos destruyan como las suyas, de la misma forma que nunca la ultrajaréis tanto... como cuando os esforcéis en una propagación que ella aborrece..., o cuando dejéis subsistir sin dificultad esa masa de hombres perjudicial para sus facultades: puesto que el crimen y la muerte son las verdaderas leyes de la naturaleza, y nosotros nunca la servimos mejor que cuando cosechamos como ella todo lo que nuestros brazos pueden abarcar.

—¡Oh, Saint-Fond! —digo a mi amante—, me sumo a todos los principios que acabáis de establecer. Sólo me inquieta una cosa.

Habéis dicho que es preciso ser falso con todo el mundo: si desgraciadamente vos lo fueseis conmigo, os dais cuenta de todo lo que yo debería temer.

—No temas —dice el ministro—, yo nunca seré falso con mis amigos, porque en realidad hay que tener algo sólido en el mundo; ¿y con qué podría contar yo si no es con el trato de mis amigos? Por lo tanto, podéis estar seguros, los tres, de que nunca os engañaré, a menos que seáis vosotros los primeros en engañarme a mí. La razón de todo esto es muy simple, y voy a basarla en el egoísmo, la única regla que conozco para juzgarse a uno mismo y a los otros.

»Nosotros vivimos juntos: ¿no es cierto que si vosotros os dieseis cuenta de que yo os engaño me lo devolveríais al momento? Y yo no quiero ser engañado. Esta es toda mi lógica en la amistad. En realidad, es un sentimiento muy difícil entre el mismo sexo, imposible entre sexos diferentes, y que no estimo más que mientras (lo que es muy raro) pueda estar fundado en relaciones de humores y de gustos. Pero es falso decir que debe tener como base la virtud: entonces se convertiría, si eso fuese verdad, en un sentimiento muy anodino que pronto destruiría la monotonía. Cuando su base son los placeres, cada nueva idea afirma los lazos; la necesidad, único alimento real de la amistad, aúna sus vínculos en cada momento, sobre todo teniendo en cuenta que todos los días nos necesitamos los unos a los otros; uno goza de su amigo, goza con su amigo, goza para su amigo, las voluptuosidades se aumentan unas a otras, y sólo entonces se puede presumir verdaderamente de que se los conoce. Pero ¿qué obtengo de un sentimiento virtuoso? Algunas voluptuosidades secas, algunos goces intelectuales que se destruyen a la primera prueba y dan lugar a lamentaciones especialmente amargas porque es el amor propio lo que queda herido, y no hay marcas más sensibles que las que se dirigen contra el orgullo.

Era tarde, nos acostamos. Los cuatro nos metimos en una cama de dos metros cuadrados, construida para escenas semejantes, y, después de algunas lujurias, nos dormimos. Noirceuil, llamado por sus negocios en París, nos dejó muy temprano. Clairwil y yo hicimos compañía a Saint-Fond, que deseaba pasar unos días en el campo.

De vuelta a París, Saint-Fond me trajo a su hija, cuya habitación había sido preparada durante nuestro viaje. Era imposible ver nada tan armoniosamente hermoso: el pecho más sublime, bonitas formas, la piel fresca, soltura en el cuerpo, gracia, suavidad de líneas, un rostro celeste, el órgano más halagüeño, más interesante, y un espíritu muy novelesco.

—Esta es mi hija —me dice Saint-Fond al presentármela—; sabéis que la destino a Noirceuil, que no se escandalizará por la excesiva confianza que ya me he tomado con ella y que todavía me tomo todos

los días. No todo está recogido: Alexandrine es virgen de un lado... Pero su culo..., soberbio culo, Juliette, deshojado por mí desde hace mucho tiempo..., ¿cómo podría haberme resistido? Míralo, ángel mío, y decidme si habéis visto alguna vez algo más delicioso.

Era difícil, en efecto, ver nada más blanco y mejor delineado.

—No parece —prosiguió Saint-Fond separándole las nalgas—, no es posible creer ni que la azote todas las mañanas ni que la sodomice todas las noches. Os dejo a esta muchacha, Juliette, educadla durante algún tiempo, hacedla digna del amigo al que la destino, inspiradle el gusto por todos los crímenes y el más gran horror por todas las virtudes. Os cedo mis derechos sobre ella; transmitidle los principios que vos habéis recibido del que debe ser su marido; infundidle todos nuestros gustos, comunicadle todas nuestras pasiones. Nunca se pronunció delante de ella el nombre de Dios; y no temo que pueda concebir esa idea estando con vos: yo mismo le volaría la tapa de los sesos en el mismo instante en que la oyese hablar de esa execrable quimera. Importantes asuntos impiden que Noirceuil y yo nos dediquemos a los cuidados que os confiamos: no podrían estar en mejores manos.

Este fue el momento en que el ministro me hizo saber la designación de Noirceuil para uno de los más importantes puestos de la corte, lo que le valía cien mil escudos de renta.

—Lo ha conseguido —me dice Saint-Fond—, al mismo tiempo que el rey me confería uno que vale el doble.

Y mientras el vicio triunfaba con tal descaro, veis, amigos míos, cómo la mano de la suerte aplastaba a todas las víctimas de estos indignos criminales... ¡Hasta qué punto estas reflexiones, tan desventajosas para el bien y tan favorables para el mal, acabaron de cautivarme definitivamente en beneficio del crimen y la infamia!... ¡Oh, qué horror sentía por la virtud!

Pasé la noche siguiente con Alexandrine. Esta joven era sin duda deliciosa, pero confieso que la vi desde un punto de vista tan filosófico, con los sentidos tan tranquilizados, que no estoy en condiciones de hablaros de voluptuosidades recibidas: habría hecho falta entusiasmo, y apenas hubo emoción. Yo estaba tan firme en mis ideas, la moral dominaba tan bien a lo físico, era tal mi indiferencia, tan sostenida mi flema que, ya fuese saciedad, depravación o disposición, pude tenerla desnuda diez horas en mi cama sin emocionarme, sin excitarla o hacerme excitar por ella, sin chuparla, acariciarla, sin que en ningún momento me sintiese transportada. Y he aquí, me atrevo a decirlo, uno de los más felices frutos del estoicismo. Endureciendo nuestra alma contra todo lo que puede emocionarla, familiarizándola con el crimen por el libertinaje y negándole con empeño la delicadeza, se la fortalece; y de este estado, en el que no le

permite permanecer mucho tiempo su actividad natural, pasa a una especie de apatía que pronto se metamorfosea en placeres mil veces más divinos que los procurados por la debilidad; porque el semen que yo perdí con Alexandrine, aunque no se debiese más que a esta firmeza que os describo, me procuró goces mucho más vivos que los que sólo hubiesen sido fruto del entusiasmo o de tristes fuegos de amor.

Sea lo que fuese, Alexandrine me pareció casi tan poco ducha en lo moral como en lo físico; su corazón y su espíritu todavía no habían hecho ningún progreso. Sin embargo, la pequeña zorra tenía temperamento, y cuando yo intentaba emocionarla siempre la encontraba llena de flujo. Le pregunté si su padre le hacía mucho daño cuando le daba por el culo.

—Las primeras veces —me dice.

Pero estaba tan acostumbrada que ya no sufría. A mi pregunta de si no había visto más que a Noirceuil, me dijo que su padre había exigido de ella favores para otro hombre, y por la descripción supe que se trataba de Delcour. Pero ¿la había enculado el tal Delcour?... No, solamente la había azotado delante de su padre, y por esto podéis juzgar de qué índole es la imaginación de un padre que se excita y descarga haciendo azotar a su hija por un verdugo. A partir de la primera noche enseñé a mi alumna todo lo referente a la teoría del libertinaje, y al cabo de tres días me excitaba tan bien como Clairwil. Poco a poco, sin embargo, esta muchachita llegó a calentarme los cascos, y la inmolé en mi pérvida imaginación, hasta que por fin pregunté a Noirceuil sus intenciones respecto a esta criatura.

—Quiero hacer de ella una víctima —me respondió—, como he hecho con todas mis otras mujeres.

—En ese caso, ¿por qué retrasarlo?

—A causa de la dote, a causa de un hijo que tengo que hacerle, o que se lo haga hacer, a causa de la protección del ministro que necesito conservar mediante esta alianza.

Estas reflexiones, a las que yo no me había entregado, desviaron un poco mis ideas. Y como tengo que contaros sucesos más interesantes para mí que estos, sabed solamente, para no volver más a Alexandrine, que se casó con Noirceuil, que se quedó embarazada, no sé cómo, y que, como nada en ella respondió a las instrucciones morales que yo le había dado, pereció al cabo de muy poco tiempo, víctima de la maldad de su esposo y de su padre, en orgías que diversos acontecimientos, en cuyos detalles entraré pronto, me impidieron compartir.

Las muchachas que yo estaba obligada a ofrecer al ministro no siempre me costaban la suma que recibía por ellas. Incluso alguna vez

sucedía que sólo me reportaban beneficios: voy a citaros un ejemplo, que quizás os dé una idea de mi probidad.

Un hombre de provincia me escribe un día afirmando que el gobierno le debe quinientos mil francos por préstamos en la última guerra. Su fortuna, venida abajo desde entonces, lo reduce, falto de esta suma, a morir de hambre, y no sólo a él, sino también a una hija de dieciséis años que es el consuelo de sus días, y a la que desea casar con una parte de este dinero, si pudiese obtener su devolución. Conoce mi influencia sobre el ministro, y esto lo anima a dirigirse a mí, y me envía todos sus datos. Me informo, el hecho es verdad; se necesitará mucha influencia para obtener estos fondos, pero efectivamente se le deben. La joven en cuestión, me aseguran, es además una de las criaturas más interesantes que haya en el mundo. Sin explicar nada de mis proyectos al ministro, le pido una orden para retirar el dinero. La obtengo al minuto; veinticuatro horas me bastan para conseguir lo que el buen provinciano no podía obtener desde hacía seis años. En cuanto estoy en posesión de la deuda, escribo al solicitante informándole de que todo va bien, pero que es absolutamente necesaria su presencia en las oficinas, así como la de la joven y bonita persona fruto suyo, lo cual no hará más que acelerar el éxito de su demanda; en consecuencia, le invito a que traiga a su hija con él. El pánfilo, engañado por mis pérfidos consejos, trae él mismo su respuesta, y en efecto me presenta a una de las más bellas muchachas que yo hubiese visto nunca. No le di tiempo a que se marchitara. Una de esas cenas ministeriales que yo daba cada semana a Saint-Fond los puso en mi poder. Dueña ya de los quinientos mil francos, y siéndolo ahora también del padre y de la hija por esta insigne traición, fácilmente adivinaréis, creo, cómo los utilicé al uno y a la otra. El dinero, que hubiese hecho la fortuna de varias familias, lo gasté en menos de una semana; y la hija, destinada a hacer feliz a un hombre honrado, después de haber sido mancillada por nuestras poluciones nocturnas durante tres días seguidos, al cuarto se convirtió, junto con su padre, en la víctima de la ferocidad de Saint-Fond y de Noirceuil, que los hicieron expirar con un suplicio especialmente bárbaro, puesto que vivieron doce horas en las más terribles angustias de la muerte.

A estas pruebas de mi perfidia debo añadir, para acabar de describirme, las de la avaricia. ¿Creeréis que la tenía tan dentro de mí que llegué al punto de prestar con fianza? Un día, ante una suma de ochocientos mil francos que, al devolverla, apenas me hubiese reportado una cuarta parte de esa cantidad, me declaré en bancarrota y arruiné con esta treta a veinte desgraciadas familias, que me habían entregado sus efectos más preciosos sólo para procurarse una triste subsistencia momentánea que no encontraban en trabajos que, no obstante, les costaban tantas penas y sudores.

Se acercaba la época de la Pascua; Clairwil fue la primera en recordarme nuestra fiesta con los carmelitas. Una vez dentro del convento con Elvire y Charmeil, mis dos lesbianas más bonitas, el superior comenzó por pedirnos noticias de Claude. No había aparecido, nos aseguró, desde la invitación que le habíamos hecho. Nosotras aseguramos al fraile que ignorábamos por completo la suerte de su hermano; pero que, con el libertinaje que le habíamos visto, parecía muy verosímil que hubiese colgado los hábitos. No se habló más del asunto. Nos dirigimos a una sala inmensa, y allí el superior nos hizo pasar revista a los combatientes. Eusèbe los hacía pasar uno tras otro; llegaban de la mano de mis dos mujeres, que los excitaban y nos mostraban sus miembros. Todo el que no tenía al menos quince centímetros de contorno por veintidós de largo fue desechado, así como todo aquel que pasaba de cincuenta años. Nos habían prometido unos treinta: hubo sesenta y cuatro frailes y seis novicios, todos provistos de instrumentos de los cuales los más pequeños se hallaban entre las proporciones que acabo de mencionar, y algunos eran de veinticinco por treinta y cinco. Comenzó la ceremonia.

Clairwil y yo, en esta misma sala, estábamos tumbadas en canapés anchos, elásticos y profundos, las piernas colgando, incorporadas mediante cojines grandes, absolutamente desnudas; en este primer ataque, presentábamos el coño a nuestros adversarios. Las putas nos enviaban los miembros según la talla, de forma que comenzasen los más pequeños; pero los miembros sólo se dirigían a las caricias de nuestros dedos, ya que excitábamos con cada mano a los dos sucesores del que nos encoñaba. Tan pronto como el coño se inundaba gracias a la mano, venía a continuación un nuevo miembro a esta mano, y nosotras siempre teníamos tres hombres sobre el cuerpo. El que estaba fuera de combate se retiraba a una sala vecina hasta nueva orden. Todos estaban desnudos, y todos descargaban en un condón que revestía su miembro. Pasaban sucesivamente de Clairwil a mí: así fuimos fornicadas primero sesenta y cuatro veces. Al final nuestras mujeres pasaron a la segunda pieza, donde se esforzaban por volver a ponérsela tiesa a los frailes. Comenzó la segunda carrera... De nuevo sesenta y cuatro veces cada una. Los mismos procedimientos para la tercera, pero esta vez era el culo lo que presentábamos, y nuestros atletas nos eran enviados de forma que siempreuviésemos un miembro en el culo y otro en la boca; y era el que salía de nuestros culos el que chupábamos a fin de prepararlo para el cuarto ataque. En este caso seguíamos el siguiente orden: yo chupaba el miembro que se retiraba del culo de Clairwil, y ella chupaba el que salía del mío. Repetimos, de forma que después de esta primera escena habíamos sido folladas cada una ciento veintiocho veces en el coño y ciento veintiocho en el culo, que hacen doscientas

cincuenta y seis veces en total. Se sirvieron dulces y vinos de España; después se organizaron los grupos.

Recibimos a la vez a ocho hombres: teníamos un miembro bajo cada axila, uno en cada mano, uno en las tetas, uno en la boca, el séptimo en el coño, el octavo en el culo. Aquí ya sin condones; era preciso que todos descargasen a fin de que nos encontrásemos regadas de semen por todas las partes de nuestro cuerpo, y de que en todas partes los viésemos espumear sobre nosotras. Cada grupo de ocho repitió cambiando de mujer y de manera de follar, de forma que cada una sufrimos ocho parecidos asaltos, al cabo de los cuales ya no exigimos nada. Ofrecidas ambas a su lubricidad, les declaramos que eran dueños de elegir entre Clairwil y yo, y de gozar como mejor les pareciese. De esta forma, Clairwil fue follada todavía quince veces en la boca, diez en el coño y treinta y nueve en el culo; y yo, cuarenta y seis en el culo, ocho en la boca y diez en el coño: doscientas veces cada una en total[48].

Se hizo de día, y como era la Pascua, los zorros iban a decir su misa y después volvían para seguir tratándonos de esta manera. Se nos avisó para la cena; transmitimos al superior nuestro deseo de proceder antes a las pequeñas impiedades convenidas. Espectador de nuestras lubricidades, Eusèbe, que sólo amaba a los hombres, se había contentado con ofrecernos miembros y encolar a algunos de sus hermanos mientras nosotras éramos folladas por ellos.

—¡Pues bien! —nos dice—, yo mismo voy a celebrar el santo misterio en la capilla de la Virgen, arriba. ¿Cómo deseáis que se haga?

—Es preciso —dice Clairwil— que lo celebréis junto a otro fraile. Esas dos misas se dirán sobre los coños de nuestras dos putas; un fraile las joderá en la boca mientras tanto, a fin de presentar su culo al celebrante, y él cagará sobre el vientre de la muchacha en cuanto se consagre la hostia. Desde ese momento, el cura mantendrá al pequeño Dios en ese mojón; mi amiga y yo iremos a buscarlo allí; quemaremos una parte; golpearemos la otra. De lo que quede haremos cuatro partes: dos de estas serán introducidas por los miembros en el culo de los dos celebrantes, el resto se introducirá igualmente en el culo de Juliette y en el mío. Al cabo de un rato, el vino consagrado se introducirá en cuatro jeringas y se inyectarán estas cuatro porciones en el culo de los curas y en los dos nuestros. Se nos volverá a sodomizar a los cuatro y se nos descargará en el coño. Vuestros más bellos crucifijos estarán bajo nuestros vientres y a nuestros pies durante la operación, y nosotras cagaremos encima, así como en vuestros copones y vuestros cálices, en cuanto hayamos sido fornicadas.

Todo se hizo como lo había deseado mi amiga.

—Vamos —dice—, estoy satisfecha; sé muy bien que son

infantilismos, inutilidades, pero eso me ha trastornado la cabeza: ¿no era todo lo que necesitaba? Las voluptuosidades no son creadas más que por la imaginación, y la más deliciosa de todas es siempre la que apetece más:

Todos los gustos están en la naturaleza;
el mejor es el que uno tiene.

Eusèbe y los cuatro frailes que más nos habían gustado fueron los únicos admitidos en la magnífica comida que se nos sirvió; descansamos dos horas y las orgías volvieron a empezar.

Esta vez, nuestras dos putas, colocadas sobre la cabeza de Clairwil, exponían una su coño y la otra su culo; yo debía poner tiesos los sesenta y cuatro miembros e introducirlos uno detrás del otro, primero en la vagina, después en el ano de mi compañera, quien los esperaba tumbada de espaldas y con las piernas levantadas, sujetas a los barrotes de una cama; ellos no hacían más que excitarse en el coño: todos estaban obligados a descargar en el culo. Después me tocó a mí, y Clairwil me prestó el mismo servicio. Estos libertinos, al gozar de nosotras de esta manera, tenían no solamente el placer de fornicar de dos formas, sino también el de (mientras follaban) ser ayudados, servidos por una mano bonita, besar una boca, un coño o un culo, como prefiriesen; todos soltaron esperma.

En la segunda sesión, cada una de nuestras putas nos excitaba un miembro sobre el rostro, nosotras excitábamos uno con cada mano, y dos frailes nos masturbaban. Estábamos sentadas en la cara del que nos lamía el ojete; entre nuestras piernas, de rodillas, estaba el que nos chupaba el coño; el séptimo y el octavo esperaban nuestras órdenes, con el miembro en la mano, y nos encoñaban o enculaban en el momento justo en que, suficientemente excitadas por los acariciadores, les hacíamos una señal de que nos penetraran. De esta manera obtuvimos ocho ataques todavía.

Mi compañera y yo estábamos agotadas, cuando a Clairwil se le ocurrió una idea digna de su libertinaje.

—Enlazándose con habilidad —dice—, es posible que una mujer sea encoñada por dos hombres a la vez. Que se acerquen los que todavía la tienen tiesa; que el mejor provisto me enfile poniéndome sobre él; que el otro me lo meta del revés excitándome el ojete; que venga un tercero a hacerse chupar; todo esto no me impedirá que todavía pueda excitar a dos.

Por fortuna, Clairwil era lo suficientemente ancha para la ejecución de su proyecto. Sacudida vigorosamente por dos monstruosas herramientas, una de las cuales se retiraba mientras la otra se hundía hasta el fondo[49], follada así durante más de tres horas por veintiséis frailes, que fueron lo bastante hábiles para lograrlo, la puta salió de esta escena totalmente frenética: sus ojos

echaban chispas; su boca, espuma; sudaba a mares. Y aunque parecía harta, la zorra todavía deseaba más; se la veía, como una bacante, recorrer la fila de frailes y chupar los miembros para tratar de enderezarlos de nuevo. Demasiado joven y demasiado delicada para permitirme intentar la obscena irregularidad que mi compañera acababa de realizar, me había divertido durante estas orgías en prepararle miembros, pero no era posible ya hacer nada: sentía tal fuego, un escozor tan grande en ambas regiones del placer que apenas podía estar sentada.

Cenamos... Era tarde. Clairwil dice que quiere pasar la noche en el convento.

—Harás que me pongan una cama en el altar mayor —dice al superior—; quiero joder allí toda la noche, y Juliette hará lo mismo: hace calor, allí estaremos más frescas. O bien irá a la capilla de esa puta que, según se dice, fue la madre del Dios colgado de la infame religión cristiana... Juliette, tú te acostarás en ese altar, amoldándote al puterío de la zorra en cuya casa te encontrarás: en lugar de los soldados de la guarnición de Jerusalén, por quien ella se hacía follar todos los días, elegirás a los frailes a los que creas que todavía les queda algo de energía.

—¡Ah!, ¡no puedo joder más! —exclamé.

—¡Pues bien!, los acaricias, te acarician; los chupas, te chupan: y siempre habrá semen derramado sobre los altares limpios de esa espantosa puta.

»En cuanto a mí —prosiguió Clairwil—, estoy muy lejos de parecerme a ti. Por mucho que haya sido frotada, todavía ardo en deseos de ser follada; los chorros de esperma que me han inundado el culo y el coño no han hecho más que inflamarme: estoy ardiendo... A mi edad, cuanto más se jode, más se quiere seguir jodiendo: sólo el joder calma la inflamación causada por el joder, y cuando una mujer tiene el temperamento que a mí me ha dado la naturaleza, sólo jodiendo puede ser feliz. El puterío es la virtud de las mujeres; nosotras hemos sido creadas sólo para fornicar: ¡desgraciada la que por una estúpida virtud sigue encadenada a tontos prejuicios! Víctima de sus opiniones y de la sosa estima que espera, casi siempre en vano, de los hombres, habrá vivido sin placer y morirá sin ser llorada. El libertinaje de las mujeres fue honrado en toda la Tierra; en todas partes tuvo partidarios y templos. ¡Ah!, ¡cómo soy su defensora!, ¡cómo juro ser puta el resto de mis días!... ¡Cuántas gracias tengo que dar a aquellos que me allanaron el camino del vicio: únicamente a ellos les debo la vida! La había recibido de mis padres mancillada con indignos prejuicios: el fuego de las pasiones los ha consumido todos, y puesto que el día sólo es puro desde que conozco el arte de fornicar, sólo de esa época he recibido la existencia... ¡Pollas, sí, santo Dios,

pollas!, ¡son mis dioses, mis padres, mis amigos: no respiro más que para ese miembro sublime, y cuando no está ni en mi coño ni en mi culo se filtra en mi cabeza de tal modo que si me disecasen lo encontrarían en mi cerebro!

Después de este impulso de efervescencia, pronunciado con el aire y el tono de una energúmena, Clairwil agarró a dos carmelitas y se fue a acostar al altar. Yo hice lo mismo. Me había bañado con agua de rosas y trataba de prestarme a los nuevos ataques de dos soberbios novicios que había llevado, y ya gozaba de ellos, cuando Clairwil, bajando del altar, exclama que necesita nuevos hombres.

—Que una sea difícil y elija en el seno de la abundancia —dice—, nada más sencillo. Pero ahora nos faltan; esos estúpidos están aniquilados: ¿puedes creerlo, Juliette? Me acaban de fallar... a mí, a quien nunca hicieron semejante afrenta. ¡Vamos, vamos!, hay otras pollas en este convento; hemos elegido sólo las más hermosas, ahora tanteémoslas; sígueme. Si el superior —prosiguió mientras ordenaba que fuesen a buscarlo— no ha sido bueno para satisfacer personalmente mis deseos, lo será para hacerlos calmar por los hermanos que, descansados, frescos y gallardos, y sin haber tenido nada todavía con nosotras, deben de tener todas las fuerzas requeridas para contentarnos... ¡Vamos! —le dice en cuanto lo ve aparecer—, ¡llévanos a las celdas ocupadas por los monjes que no han estado en nuestras bacanales!

Lo seguimos; las puertas se abren ante nosotras; y fuese cual fuese la conformación de los que encontrábamos en esas habitaciones, tenían que gozar de nosotras. Todos se adhieren a la venta, todos la firman con su esperma; unos nos tomaban por delante; otros, y fue la mayoría, sólo querían enfilar el culo; y nosotras, que no perseguíamos más que un objetivo, el de ser folladas, presentíamos indistintamente todo lo que se nos podía exigir, contentas de obtener semen en la parte del cuerpo donde debiese correr: así es como deben pensar todas las mujeres. En efecto, ¿hay algo más absurdo que suponer que para recibir pollas no haya más que una parte de nuestro cuerpo, y que si desgraciadamente se aleja del camino principal se ha cometido un crimen? Como si la naturaleza, al formarnos dos agujeros, no hubiese indicado al hombre que eran para ser tapados indistintamente; y que, sea cual sea el que prefiera, siempre cumpliría las leyes de una madre demasiado sabia como para haber dado a una de sus más débiles criaturas el maravilloso derecho de ultrajarla.

Totalmente partidaria de esta forma de gozar, y prefiriéndola sin comparación alguna a la otra, tuve bastante suerte en esta segunda vuelta, ya que no oí pedir más que el culo, y yo no se lo negaba a nadie.

Por fin pasamos a las habitaciones de los viejos.

—No hay que excluir a nadie —dice Clairwil—, todos los hombres son interesantes mientras descarguen: no exijo de ellos más que el semen.

Algunos, acostados con novicios, nos rechazaron.

—No nos compensaríais de la infidelidad —nos dijeron—; aunque nos ofrecieseis el altar en que sacrificamos, habría un vecino demasiado temible para que pudiésemos intentar el homenaje:

Por mucho que haga una mujer, por mucho que cambie, siempre será una mujer.

Marcial, *Epigr.*

Otros nos recibieron, pero ¡cuánto trabajo sólo para ponérsela tiesa..., cuántas complacencias..., cuántos cuidados..., cuántas lúbricas atenciones!, ¡cuántos diferentes papeles jugados! Alternativamente víctimas o sacerdotisas, unas veces teníamos que despertar mediante crueles maceraciones una naturaleza agotada, otras eran ellos quienes no salían del letargo más que haciéndonos daño. Uno de esos viejos quiso azotarnos, nosotras lo soportamos; zurrámos a otros; tuvimos que prestar nuestras bocas a cinco o seis, y, engañados por nuestros favores con aquellos, sus fuerzas se agotaron sin que pudiésemos sacar nada de ellas. Otros quisieron cosas más singulares todavía; hicimos todo... Todo el mundo descargó, hasta el sacristán, hasta el portero, hasta los barrenderos, que nos follaron doscientas o trescientas veces a cada una. Y después de haber recorrido más de trescientas estaciones, en un lado y en otro, nos retiramos agotadas con todos los tipos de fatiga que pueden agobiar el cuerpo humano. Un régimen de nueve días, durante los cuales tomamos muchos baños y suero, nos dejó tan frescas como si jamás hubiésemos imaginado esta partida.

Pero si no quedaban huellas en mi exterior, no por ello mi cabeza estaba menos trastornada; no es posible imaginarse en qué estado la había puesto: estaba exactamente en el delirio de la lubricidad. Para calmarme, o para inflamarme más, quise ir sola por una vez a nuestra Sociedad de los Amigos del Crimen. Hay momentos en que, por muy agradable que sea la compañía de un ser que piensa como nosotros, se prefiere la soledad: parece que se es más libre, que se inventa más; entonces se está dispensado de esa especie de vergüenza de la que tanto cuesta desembarazarse con los otros, y, por último, nada importan los crímenes solitarios.

Hacia algún tiempo que no había aparecido en este círculo: rodeada perpetuamente de placeres, raramente sabía a cuál dar preferencia. En cuanto entré, recibí mil elogios y mil cumplidos, y pronto me vi obligada a no ser más que víctima, cuando yo iba con la intención de ser sacrificadora. Un hombre de cuarenta años me encoñó y, muy poco interesada en responder a sus fuegos, dejándome

hacer como una máquina, yo observaba con mayor atención a un guapo abad que enculaba alternativamente a dos jóvenes mientras era follado a su vez. Estaba a medio metro de mí; yo lo excité a propósito y me di cuenta enseguida de que me prestaba más atención a mí que a los individuos de que se servía. Así pues, nos desembarazamos pronto de nuestros engorros y nos unimos.

—Vuestra forma de gozar me gusta mucho más que a la que me habéis visto entregada —le digo—: Yo no concibo cómo hace un hombre para estar en esta sociedad y atreverse todavía a divertirse con un coño.

—Yo tampoco lo entiendo —me dice Chabert (porque era él, amigos míos, él, el que constituye hoy la delicia de nuestra casa de campo y a quien pronto vais a ver jugar un papel relevante en mis aventuras)—. Es decir —prosiguió mi amable abad—, ¡que este miembro que aún veis empinado os excitará más en el culo que en el coño!

—No me extraña —respondí.

—¡Pues bien! —dice llevándose con nosotros al que lo follaba—, pasemos a un reservado y os mostraré que nuestros gustos se parecen.

Entramos. El fornicador de Chabert lo tenía como un mulo, y el mismo abad estaba muy bien provisto: mi culo los agotó a los dos. Prometí a Chabert que nos volveríamos a ver y pronto me esquivé hacia los serrallos, donde los estimulantes que acababa de recibir me pusieron totalmente ardiente. Después de haberme entregado durante tres horas en el serrallo de los hombres, me fui a buscar víctimas en el de las mujeres. Ardía en deseos de bajar a esos agujeros practicados bajo tierra, entre los dos muros, donde parecía que se estuviese en el fin del mundo. Llevé allí a dos chiquillas de cinco o seis años, y jamás tuve tanto placer. Se gritaba, se desvariaba, se recorría el campo, todo lo que se quisiese: antes nos habrían oído los antípodas que los habitantes de nuestro hemisferio. Y después de los horrores que podéis imaginar sin que me vea obligada a describíroslos, subí sola, aunque hubiésemos bajado tres.

Fue algún tiempo después de esto cuando, en una cena en casa de Noirceuil, me encontré con un hombre muy guapo de cuarenta y cinco años que fue anunciado bajo el nombre de conde de Belmor.

—Aquí está nuestro nuevo presidente —me dice Noirceuil—; hoy es su día de entrada en la presidencia, y nos ha prometido para su recepción un discurso sobre el amor, que estoy encantado de que oigas a fin de prevenir a tu corazón contra ese sentimiento que las mujeres tienen la extravagancia de sentir por los hombres. Vos, amigo mío —continuó dirigiéndose a Belmor—, estaréis contento de que os presente a la famosa Juliette. ¿Se han encontrado en la Sociedad?

—No —dice el conde—, no recuerdo haber visto a la señora.

—¡Pues bien! —dice Noirceuil—, la conoceréis aquí antes de que os marchéis. ¡Es el culo más blanco... y el alma más negra! ¡Oh!, ¡es digna de nosotros! Vendrá a oíros esta tarde... ¿Queréis hacer algo antes de cenar?... Estoy esperando a Clairwil... Pero antes de que se arregle serán las cuatro: y como no son más que las tres, os pido que paséis conmigo un instante a mi reservado; mi ayuda de cámara nos seguirá.

Belmor consintió, el ayuda vino y nos encerramos los tres. La pasión de Belmor era simple: besaba, examinaba durante mucho tiempo las nalgas de la mujer mientras el hombre lo enculaba; después, en cuanto el hombre había descargado, le excitaba el miembro sobre el culo de la mujer, le hacía perder por segunda vez el semen, claro está, en el ojeté, y devoraba lo que acababa de perder ese hombre mientras la mujer se peía; entonces se le azotaba. El conde satisfizo conmigo todos los episodios de sus gustos; pero, reservándose para la noche, no descargó. Volvimos. Clairwil, hermosa como un ángel, acababa de llegar; nos sentamos a la mesa.

—Juliette —me dice Noirceuil—, no penséis que el conde tiene siempre pasiones tan dulces como la que vos acabáis de satisfacerle: os ha tratado como a nuestra amiga.

—Como un hombre que se reserva —dice Clairwil.

—Entonces, señora, ¿vos sabéis lo que hace el señor en esos momentos de delirios? —digo yo a Clairwil sonriendo—. Si es así, decídmelo, por favor, porque me parece tan amable que no quiero ignorar nada con respecto a él.

—Conde —dice Noirceuil—, ¿estáis de acuerdo en que se lo digamos?

—No debería consentirlo, va a provocar que la señora tenga una mala impresión de mí.

—Conozco a mi amiga lo suficiente —dice Clairwil— para asegurarnos que sólo os estimará en función de la multitud o la superioridad de vuestros vicios.

—Pues bien —dice Noirceuil—, este malvado tiene como pasión favorita hacer atar a un muchachito de cinco o seis años sobre los hombros de una hermosa mujer; se hace correr la sangre de la víctima mediante mil llagas diferentes, pero de forma que el arroyo corra sobre el agujero del culo de esta mujer, obligada a cagar durante la operación. En cuanto a él, arrodillado delante del trasero, traga la sangre mientras tres hombres se excitan en su culo. Ya veis que lo que acabáis de hacer con él no es más que la mínima expresión de su fantasía preferida: tanto es así que, en los hombres, los pequeños hábitos caracterizan a los grandes, y el vicio dominante se anuncia siempre por algo.

—¡Oh, joder! —digo al conde abrazándolo de todo corazón—,

vuestra manía me inflama: os ruego que utilicéis mis nalgas con frecuencia para semejantes operaciones, y estad seguro de que no descuidaré nada que pueda perfeccionar vuestro éxtasis.

Monsieur de Belmor me aseguró que no finalizaría el día sin que eso ocurriese, y me pidió en voz muy baja que le reservase mi mojón.

—¡Ah! —dice Clairwil—, estaba segura de que no disgustaríais a mi amiga si le contabais vuestro libertinaje.

—Es cierto —dice Noirceuil— que la temperancia es una tonta virtud; el hombre ha nacido para gozar, y sólo mediante sus excesos conoce los más dulces placeres de la vida: sólo los estúpidos se contienen.

—En cuanto a mí —respondió Clairwil—, pienso que es necesario entregarse ciegamente a todo, y que sólo por medio de estos extravíos se debe encontrar la felicidad.

—La naturaleza —dice el conde— indica al hombre que no la busque más que en los excesos; la inconstancia de que está dotado, la cual le aconseja que aumente sus sensaciones cada día, prueba a las claras que las más dulces sólo están en los extravíos. Desgraciados aquellos que, al contener las pasiones del hombre en su juventud, le crean una costumbre de las privaciones y lo convierten en el más infortunado de los seres: ¡qué mal servicio se le presta entonces!

—No hay que engañarse sobre el objetivo de los que se conducen así —dice Noirceuil—; no dudemos de que es por maldad, por celos..., por miedo a que los otros sean felices, como esos pedantes saben bien que se puede ser, entregándose a todas las pasiones.

—La superstición —dice Belmor— contribuye mucho a todo esto. Había que crear ofensas contra el Dios que la superstición creaba; un Dios que no se hubiese enfadado por nada se habría convertido en un ser sin poder: ¿y dónde encontrar mejor germen de los crímenes que en el manantial de las pasiones?

—¡Cuánto daño —dice Noirceuil— ha hecho la religión al universo! Yo la considero como la plaga más peligrosa de la humanidad; el primero en hablar de ella a los hombres debió ser necesariamente su mayor enemigo: el más terrible de los suplicios hubiese sido demasiado dulce para él.

—No vemos con suficiente claridad —dice Belmor— la necesidad de destruirla..., de extirparla de nuestra patria.

—Va a ser muy difícil —dice Noirceuil—: No hay nada a lo que el hombre se agarre tanto como a los principios de su infancia. Quizás un día, por un entusiasmo de prejuicios tan ridículos como los de la religión, veáis al pueblo destruir los ídolos. Pero, semejante al niño tímido, al cabo de algún tiempo lamentará haber roto sus juguetes, y pronto los reedificará con un fervor mil veces mayor. ¡No, no!, jamás veréis al pueblo como filósofo, jamás sus órganos embotados se

abrirán bajo la llama sagrada de esta diosa: la autoridad sacerdotal, quizá debilitada durante un tiempo, únicamente se restablecerá con más violencia, y hasta el fin de los siglos veréis a la superstición inyectándonos su veneno.

—Esa predicción es horrible.

—Es cierta.

—¿Y el medio de oponerse a ella?

—Aquí está —dice el conde—, es violento, pero seguro: hay que detener y masacrar a todos sus sacerdotes en un solo día..., tratar de la misma forma a todos los partidarios, destruir en el mismo minuto hasta el más ligero vestigio del culto católico..., proclamar sistemas de ateísmo; en ese mismo momento, confiar la educación de la juventud a filósofos; multiplicar, dar, repartir, poner en las paredes los escritos que propaguen la incredulidad durante medio siglo, y hacer recaer severamente la pena de muerte sobre todo individuo que restablezca la quimera[50]. Pero, se atreven a decirnos, con la severidad se hacen prosélitos: la intolerancia es la cuna de todos los mártires. Esta objeción es absurda: eso que se me dice sólo ha sucedido porque, al contrario, se ha puesto demasiada suavidad en el procedimiento; se ha tanteado la operación y jamás se ha llegado al final. No es una cabeza de la hidra lo que hay que cortar, es el monstruo entero lo que es preciso extirpar. El valor con que el mártir de una opinión mira a la muerte le viene inspirado por el que le precede: masacrada todos en un solo día, que no quede nada, y desde ese momento ya no tendréis ni partidarios ni mártires.

—Esa operación no es fácil —dice Clairwil.

—Infinitamente más de lo que pensamos —respondió Belmor—, y yo me encargo de ejecutarla con veinticinco mil hombres, si el gobierno quiere confiármelos. Para esto sólo se necesita política, secreto, firmeza y, sobre todo, nada de mostrarse delicado ni de dejar restos: teméis a los mártires, pues los tendréis en tanto quede un partidario del abominable Dios de los cristianos.

—Pero —digo yo— ¿entonces habría que destruir dos tercios de Francia!

—Ni siquiera uno —respondió Belmor—, pero incluso suponiendo que la destrucción requerida fuese tan grande como decís, ¿no es cien veces preferible que esta hermosa parte de Europa esté habitada por diez millones de gente honrada que por veinticinco millones de picaros? Sin embargo, lo reverga, no creáis que hay en Francia tantos partidarios de la religión cristiana como parecéis imaginar; la selección se haría pronto: un año en la sombra y el silencio me bastarían para realizarla, y yo no resurgiría más que seguro de mi acción.

—¡Esa sangría sería prodigiosa!

—Estoy de acuerdo, pero aseguraría para siempre la felicidad de Francia; es un remedio violento aplicado sobre un cuerpo vigoroso: sacándolo rápidamente de la cuestión, se le evita una infinidad de purgaciones que, al ser demasiadas, acaban por agotarlo completamente. Estad seguras de que todas las plagas que desgarran Francia desde hace mil ochocientos años no proceden más que de las facciones religiosas[51].

—Según habláis, conde —dice Noirceuil—, no os gusta demasiado la religión.

—La veo pesar sobre los pueblos como una de las plagas con que la naturaleza aflige algunas veces a los hombres, y si no amase tanto mi país aborrecería menos todo lo que puede turbarlo y destruirlo.

—¡Vamos! —dice Noirceuil—, ojalá el gobierno os confíe el cuidado que deseáis: gozaría sinceramente con vos del resultado, ya que desterraría de la parte del mundo que yo habito una abominable religión que odio por lo menos tanto como vos.

Y como era tarde, después de una cena muy succulenta y suntuosa, nos marchamos hacia la Sociedad.

Con motivo de la recepción de un nuevo presidente, se ponía en práctica una costumbre verdaderamente extraordinaria. Estando él apoyado sobre el vientre en un canapé situado bajo el púlverga, todos los miembros de la Sociedad tenían que ir a besarle el culo antes de que tomase posesión de su silla. El conde se coloca, y cada uno cumplió con el homenaje. Después sube al púlverga.

—Hermanos míos —dice—, he prometido hablar hoy a la Sociedad sobre el *amor*, y aunque parezca que este discurso sólo se dirige a los hombres, las mujeres, me atrevo a asegurarlo, encontrarán igualmente todo lo necesario para preservarse de un sentimiento tan peligroso.

Tras haberse cubierto, y cuando la asamblea lo escuchaba ya con el mayor silencio, fue así como se expresó:

—Se llama amor a ese sentimiento interior que nos arrastra, por así decirlo, como a pesar nuestro, hacia un objeto cualquiera, que nos hace desear vivamente unírnos a él..., acercarnos a él constantemente..., que nos enorgullece..., que nos embriaga cuando logramos esta unión, y que nos desespera..., nos desgarrar cuando algunos motivos extraños nos obligan a romper tal unión. Si, mediante este ardor, dicha extravagancia no nos arrastrase más que al goce, la embriaguez que acabo de describir no sería más que una ridiculez; pero como nos conduce a una cierta metafísica que, transformándonos en el objeto amado, hace que las acciones de este, sus necesidades, sus deseos nos sean tan queridos como los nuestros, sólo por esto se convierte en tan excesivamente peligroso, al provocar que nos olvidemos demasiado de nosotros mismos y descuidemos nuestros intereses en favor de los del objeto amado; al identificarnos, por así decirlo, con este objeto, nos hace adoptar sus desgracias, sus penas, y las añade, por consiguiente, a la suma de las nuestras. Además, el temor de perder a este objeto o de verlo enfriarse nos preocupa constantemente; y al adoptar esta cadena pasamos insensiblemente del estado más tranquilo de la vida al más cruel que, sin duda, pueda imaginarse en el mundo. Si la recompensa o la compensación de

tantas penas fuese algo distinto a un goce ordinario, quizás aconsejaría que se corriese el riesgo; pero todos los éxitos, todos los tormentos, todas las espinas del amor jamás conducen más que a lo que fácilmente se puede obtener sin él: entonces, ¿dónde está la necesidad de sus hierros? Cuando una mujer hermosa se me ofrece y yo me enamoro de ella, no tengo con ella un final diferente de aquel individuo que la ve y la desea sin engendrar ningún tipo de amor. Ambos queremos acostarnos con ella: él solo desea su cuerpo, mientras que yo, por una falsa metafísica, siempre peligrosa, que me ciega sobre mis verdaderos motivos, los cuales no son otros que los de mi competidor, me convengo de que sólo quiero su corazón, de que está excluida cualquier idea de goce, y me convengo tan bien que voluntariamente establecería con esta mujer el acuerdo de no amarla más que por sí misma y de comprar su corazón al precio del sacrificio de todos mis deseos físicos. He aquí la causa cruel de mi error; esto es lo que me va a arrastrar a ese terrible pozo de penas; esto es lo que va a marchitar mi vida; desde ese instante todo va a cambiar para mí: las sospechas, los celos, las inquietudes serán los alimentos crueles de mi desgraciada existencia; y cuanto más me acerque a mi felicidad, más se constatará, más envenenará mis días el fatal temor de perderla.

»Renunciando a las espinas de este sentimiento peligroso, no imaginéis que me privo de sus rosas: entonces es cuando las recojo sin peligro; no tomaré más que el jugo de la flor, alejaré todas sus materias heterogéneas; de la misma forma, tendré la posesión del cuerpo que deseo y no tendré la del alma, que no es útil para nada. Si el hombre se aclarase respecto a sus verdaderos intereses en el goce, ahorraría a su corazón esta fiebre cruel que lo consume y diseca. Si pudiese convencerse de que de ninguna manera necesita ser amado para gozar plenamente, y que el amor perjudica a los transportes del goce mucho más de lo que les sirve, entonces renunciaría a esta metafísica del sentimiento que lo ciega, se limitaría al simple goce del cuerpo, conocería la verdadera felicidad, y se ahorraría para siempre la pena inseparable de su peligrosa delicadeza.

»Es un ente de razón, una sensación completamente quimérica, esta delicadeza que ponemos en el deseo del goce. Puede servir de algo en la metafísica del amor: es la historia de todas las ilusiones; estas se embellecen mutuamente. Pero es inútil, incluso perjudicial, en lo que se refiere a la sensación de los sentidos. Desde ese momento podéis advertir con claridad que el amor se hace perfectamente inútil, y el hombre razonable ya no debe ver en el objeto de su goce más que un objeto por el que se inflama el fluido nervioso, más que una criatura muy indiferente por sí misma, que debe prestarse a la satisfacción puramente física de los deseos encendidos por el abrasamiento que ha causado sobre ese fluido, y que, una vez dada y

recibida esta satisfacción, vuelve, a los ojos del hombre razonable, a la clase en que estaba antes. Ella no es única en su especie: puede encontrarlas igual de buenas, igual de complacientes. Él vivía bien en otro tiempo, antes de haberla conocido: ¿por qué no habría de vivir de la misma forma después? ¿Cómo puede turbarlo en algún sentido la infidelidad de esta mujer? ¿Acaso quita algo a su amante cuando prodiga sus favores a otro? Ya le ha tocado: ¿de qué se queja? ¿Por qué no podría tener lo mismo otro cualquiera?; ¿y qué perderá en esta criatura que no pueda encontrar en otra? Si, además, lo engaña con un rival, ella puede engañar igualmente a este rival con él; por lo tanto, este segundo amante no será más amado que el primero: según esto, ¿por qué tendrá él celos, si ninguno de los dos es mejor tratado que el otro? Estas quejas serían a lo sumo perdonables si esta mujer querida fuese la única en el mundo: son extravagantes desde el momento en que esta pérdida es reparable. Me pongo por un momento en el lugar de este primer amante; ¿qué tiene esta criatura, por favor, para ocasionar de este modo mis dolores? Una cierta atención hacia mí, una cierta correspondencia respecto a mis sentimientos: aunque la ilusión me diese la fuerza de ese sentimiento, es el deseo de poseer a esta mujer, la curiosidad lo que la embellecía ante mis ojos; y si el goce no me desengaña, se debe o bien a que aún no he gozado lo suficiente, o bien a un resto de mis primeros errores; es el velo que yo estaba acostumbrado a llevar antes de gozar el que todavía, a pesar mío, me cubre los ojos. ¡Y no lo arranco! Es debilidad..., pusilanimidad. Examinémosla detalladamente después del goce, a esa diosa que me cegaba antes... Aprovechemos el momento de tranquilidad y de agotamiento para considerarla fríamente; echemos una ojeada, como dice Lucrecia, detrás de las *bambalinas de la vida*. ¡Pues bien!, veremos a este objeto divino que nos trastornaba dotado de los mismos deseos, las mismas necesidades, las mismas formas del cuerpo, los mismos apetitos..., afligido por las mismas enfermedades que todas las otras criaturas de su sexo; y despojándonos, en este examen a sangre fría, del ridículo entusiasmo que nos arrastraba hacia este objeto enteramente semejante a los otros del mismo tipo, veremos que, al no tenerlo ya, sólo perdemos lo que fácilmente podemos reparar. Aquí no hacemos entrar para nada las concordancias del carácter: estas virtudes, debidas únicamente a la amistad, no deben ser apreciadas más que por ella. Pero en el amor me engaño si creí que era esto lo que me había decidido: es el cuerpo lo único que amo, y es el cuerpo lo único que echo de menos, aunque pueda encontrarlo en cualquier instante: desde ese momento, ¡hasta qué punto son extravagantes mis lamentaciones!

»Atrevámonos a decirlo, en ningún caso está hecha la mujer para la exclusiva felicidad del hombre. Considerada desde el punto de vista

del goce, seguramente no le procura una felicidad completa, puesto que el hombre encuentra una mucho más viva con sus semejantes. Si es como amiga, su falsedad, su sumisión o, más bien, su abyección se oponen a la perfección del sentimiento de la amistad. En esta se necesita franqueza e igualdad; si uno de los dos amigos domina al otro, la amistad se destruye; ahora bien, esta autoridad de uno de los dos sexos sobre el otro, fatal para la amistad, existe necesariamente entre dos amigos de sexo diferente: luego la mujer no es buena ni como amante ni como amiga. Ella no está realmente bien situada más que en la esclavitud en que la tienen los orientales: únicamente es buena para el goce, más allá del cual, como decía el buen rey Chilperico, es preciso deshacerse de ella lo más pronto posible.

»Si es fácil demostrar que el amor no es más que un prejuicio nacional, que las tres cuartas partes de los pueblos del universo, cuya costumbre es encerrar a sus mujeres, jamás han conocido ese delirio de la imaginación, entonces, remontándonos al origen de este prejuicio, nos será fácil estar seguros de que no es más que eso, y de llegar al medio fiable de su curación. Ahora bien, es cierto que nuestro espíritu de galantería caballeresca, que ridículamente ofrece a nuestro homenaje el objeto que sólo está hecho para nuestras necesidades, es cierto, digo, que este espíritu procede del antiguo respeto que nuestros antepasados tenían por las mujeres a causa del oficio de adivinas que ejercían en las ciudades y en las villas: por temor, se pasó del respeto al culto, y la galantería nació en el seno de la superstición. Pero este respeto no existió nunca en la naturaleza, y perderíamos nuestro tiempo si lo buscásemos en ella. La inferioridad de este sexo respecto al nuestro está demasiado bien fijada como para que jamás pueda excitar en nosotros ningún motivo sólido que nos lleve a respetarlo, y el amor, que nació de este respeto ciego, es igualmente un prejuicio. El respeto por las mujeres aumenta en función de lo que se aleje de los principios de la naturaleza el carácter del gobierno; si los hombres no obedecen más que sus leyes primeras, deben despreciar soberanamente a las mujeres; estas se convierten en diosas cuando ellos se envilecen, porque entonces el hombre se debilita, y necesariamente ocurre que el más débil manda cuando el más fuerte se degrada: de esta forma, el gobierno es siempre débil cuando reinan las mujeres. No me habléis de Turquía; su gobierno es débil sólo desde la época en que las intrigas del serrallo han dirigido sus asuntos: los turcos destruyeron el imperio de Constantinopla cuando arrastraron a ese sexo encadenado y cuando, frente a su ejército, Mahomet II cortaba la cabeza de Irene, de quien se sospechaba que lo dominaba. Es sinónimo de bajeza y depravación rendir el menor culto a las mujeres; este culto es imposible incluso en el estado de embriaguez: ¿cómo es posible que se pueda dar después? Si basta con que una cosa

nos sea útil para adorarla, entonces también hay que adorar al buey, al asno, al retrete, etcétera, etcétera.

»En fin, lo que se llama amor no es otra cosa que el deseo de gozar; en tanto que existe, su culto es inútil; desde que se satisface, es imposible: lo cual prueba que no fue del culto de donde nació el respeto, sino que fue del respeto de donde nació el culto. Volved la vista hacia los ejemplos del envilecimiento al que estuvo reducido en otro tiempo este sexo, como lo está todavía en una gran parte de los pueblos de la Tierra, y acabaréis de convenceros de que la pasión metafísica del amor no es de ninguna manera innata en el hombre, sino que es el fruto de sus prejuicios y de sus costumbres, y que el objeto que engendró esta pasión, despreciado generalmente en todas partes, jamás habría debido cegarlo.

»Este desprecio llega hasta tal punto entre los croatas, más conocidos por los geógrafos bajo el nombre de uscoques y morlaques[52], que cuando quieren hablar de sus mujeres utilizan esta misma expresión vulgar de la que se sirve el pueblo para un animal vil[53]. Nunca las soportan en sus camas, ellas duermen en el suelo, están obligadas a obedecer a la menor señal y son desgarradas a golpes de zorros a la más ligera desobediencia. Su sumisión, su régimen, sus fatigas diarias no se interrumpen jamás, ni siquiera durante el embarazo: con frecuencia se las ve alumbrar en pleno campo, recoger a sus hijos, lavarlos en el primer arroyo, llevarlos a sus casas y continuar sus ocupaciones. Se ha observado que en estos países los niños eran mucho más sanos, más robustos, y las mujeres más fieles. Parece como si la naturaleza no quisiera perder los derechos que nuestro lujo y nuestra falsa delicadeza intentan arrebatarse en nuestros climas, sin recoger otros frutos que el rebajamiento de nuestro sexo, al asimilarlo con el que ella no ha creado más que para ser nuestro esclavo.

»Entre los cosacos zaporianos, las mujeres están absolutamente excluidas de las tribus; las que sirven para la propagación están relegadas en islas separadas, y allí van a servirse de ellas cuando las necesitan, pero sin elección, sin distinción; sólo manda la necesidad; la edad, el rostro, la sangre no establecen ninguna diferencia, de suerte que el padre tiene hijos de su hija, el hermano de su hermana, y no hay en estos pueblos otras leyes que las que establece la necesidad.

»Hay países en los que cuando las mujeres tienen la regla, son tratadas como bestias; se las encierra bien y se les echa de comer desde lejos, como a tigres o a osos: ¿creéis que estos pueblos están enamorados de sus mujeres?

»En el reino de Loango, en África, las mujeres embarazadas son maltratadas todavía más. Una vez en este estado, no son consideradas ya más que como impuras, deformes y repugnantes. Y en efecto, ¿hay

algo más desagradable que una mujer embarazada? Para convencerse de todo el horror que inspira este sexo, me parece que en tal estado debería ofrecerse a sus partidarios siempre desnuda.

»Los negros de Barré no tienen comercio con ellas más que cuatro años después de que hayan dado a luz.

»Las mujeres de Maduré no hablan de sus maridos más que con circunloquios que expresan el profundo respeto que sienten por ellos.

»Los romanos y los celtas tenían el derecho de vida y muerte sobre sus mujeres, y lo utilizaban con frecuencia. Este derecho nos ha sido asegurado por la naturaleza: la desobedecemos y degradamos sus leyes cuando no lo ejercemos.

»Su esclavitud es terrible en casi toda África: en esta zona son muy felices cuando el marido se digna aceptar sus favores.

»Están tan maltratadas, son tan desgraciadas en el reino de Juida que las reclutadas para completar el serrallo del soberano prefieren, cuando pueden, matarse antes que dejarse conducir, ya que este príncipe no goza de sus mujeres más que imponiéndoles, se dice, execrables suplicios.

»¿Dirigimos nuestra mirada sobre esos magníficos retiros de Asia? Veremos a orgullosos déspotas, que hacen de sus deseos órdenes, someter la más pura belleza a los sucios caprichos de su imaginación, reducir a la mayor sumisión a esas orgullosas divinidades a las que inciensa nuestra bajeza.

»Los chinos desprecian soberanamente a las mujeres: dicen que hay que apresurarse a rechazarlas en cuanto uno se ha servido de ellas.

»Cuando el emperador de Golconda quiere pasearse, doce de las más altas y vigorosas muchachas de su serrallo forman, disponiéndose unas sobre otras, una especie de dromedario cuyas piernas son las cuatro más altas; montan a su majestad sobre la espalda de estas muchachas y se ponen en marcha. Os dejo a vuestra imaginación las costumbres de este monarca dentro de su harén, y cuál no sería su asombro si alguien le dijese que las criaturas de las que él se sirve para sus necesidades son objetos de culto en Europa.

»Los moscovitas no quieren comer nada que haya sido matado por una mujer.

»¡Ah!, creed, hermanos míos, que no ha sido para envilecernos por un sentimiento tan bajo como el del amor la razón por la que la naturaleza ha puesto la fuerza de nuestra parte: al contrario, es para mandar sobre este sexo débil y engañoso, para obligarlo a servir a nuestros deseos; y nosotros nos olvidamos totalmente de sus intenciones cuando dejamos algún poder a los seres que ella nos ha sometido.

»Imaginamos encontrar la felicidad en el supuesto cariño de las

mujeres por nosotros. Pero este sentimiento es siempre pura apariencia, medido por la necesidad que creen tener de nosotros, o por la especie de pasión que halagamos en ellas. Cuando nos hacemos viejos o cuando cambia la fortuna, y ya no podemos servir a sus placeres o a su orgullo, nos abandonan al momento y con frecuencia se convierten en nuestras más mortales enemigas. En todos los casos, nosotros nunca somos más crueles de lo que lo son ellas, incluso las que nos adoran sinceramente: si gozamos con ellas, nos tiranizan; si las despreciamos, se vengán, y siempre acaban siendo nocivas. De donde resulta que, de todas las pasiones del hombre, el amor es la más peligrosa y de la que debemos guardarnos con mayor cuidado.

»Pero ¿se necesita algo más que su ceguera para juzgar su locura?, ¿se necesita algo más que esta ilusión fatal que le hace otorgar tantos encantos al objeto que incienza? No hay una falta que no se convierta en virtud; ni un defecto que no sea una belleza; ni un ridículo que no sea una gracia. Cuando la embriaguez desaparece y abre los ojos sobre el miserable objeto de su culto, cuando el hombre puede considerarlo fríamente, ¿no debería al menos, enrojeciendo ante su indigno error, tomar firmes resoluciones para no volverse a cegar en lo sucesivo?

»La inconstancia y el libertinaje: estos son, hermanos míos, las dos contraposiciones del amor. Ambos, al acostumbrarnos al comercio de estas falsas divinidades, hacen que la ilusión desaparezca insensiblemente: ya no se adora lo que se ve todos los días. Mediante la costumbre de la inconstancia y el libertinaje, el corazón pierde imperceptiblemente esa sensibilidad peligrosa que lo hace susceptible a las impresiones del amor; se hastía, se endurece, y la curación viene a continuación. ¿Y por qué habría de aburrirme esperando a esa criatura que me desafía, cuando si pienso un poco me doy cuenta de que una bolsa de luises puede procurarme sin trabajo la posesión de un cuerpo tan hermoso como el suyo?

»Jamás perdamos de vista que la mujer que mejor intenta conquistarnos oculta con toda seguridad defectos que pronto nos desagradarían si pudiésemos conocerlos. Que nuestra imaginación vea esos detalles..., que los sospeche, que los adivine; y esta primera operación, realizada en el momento en que nace el amor, quizá llegue a apagarlo. ¿Es muchacha? Ciertamente exhala un olor malsano; si no es ahora, será después: ¿vale la pena entusiasmarse por una cloaca? ¿Es mujer? Estoy de acuerdo en que lo desechado por otro puede excitar un momento nuestros deseos, pero ¿nuestro amor?... Y además, ¿qué se puede idolatrar en este caso? El molde de una docena de hijos... Representáosla cuando dé a luz, a esa divinidad de vuestro corazón; ved esa masa informe de carne que sale, viscosa e infecta, del centro de donde creéis encontrar la felicidad; por último, desnudad,

aunque en otro momento, a ese ídolo de vuestra alma: ¿acaso son esas dos piernas cortas y zambas lo que os vuelve loco?, ¿o es ese pozo impuro y fétido que sostienen?... ¡Ah!, ¿o será quizás esa falda plisada la que, cayendo en ondas flotantes sobre esas mismas piernas, excita vuestra imaginación?..., ¿o esos dos globos flácidos que cuelgan hasta el ombligo? ¿O quizá vuestro homenaje va dedicado al reverso de la medalla? Dos simples trozos de carne fofa y amarillenta, que encierran un agujero lívido que se une al otro; ¡oh, sí, seguramente es en estos encantos en los que se complace vuestro espíritu!, ¡y para gozar de ellos os rebajaréis por debajo de la condición de los animales más estúpidos!... Pero me engaño, no es nada de esto lo que os atrae: ¡otras cualidades mucho más hermosas son las que os encadenan! Es ese carácter falso y doble, ese estado perpetuo de mentira y engaño, ese tono desabrido, ese sonido de voz semejante al de los gatos, o ese puterío, o esa mojigatería (porque una mujer nunca está exenta de estos dos extremos), esa calumnia..., esa maldad..., esa contradicción..., esa inconsecuencia... ¡Sí, sí!, puedo verlo, esos atractivos son los que os retienen y, sin duda, justifican vuestra locura[54].

»No creáis que exagero. Si todos estos defectos no están reunidos en un mismo ser, no hay duda de que el que adoráis posee una parte. Si no lo veis es porque os lo oculta, pero existen. Si el arreglo o la educación disimulan lo que os desagradaría, no por ello el defecto es menos real; buscadlo antes de ligaros, lo reconoceréis infaliblemente, y si sois sabios no sacrificuéis vuestra felicidad y vuestra tranquilidad al goce de un objeto que pronto os horrorizará.

»¡Oh, hermanos míos!, dirigid la mirada sobre la multitud de penas a las que arrastra a los hombres esta funesta pasión: las crueles enfermedades, fruto de los tormentos que da; la pérdida de los bienes, de la tranquilidad, de la salud; el abandono de todos los demás placeres. Ved los enormes sacrificios que cuesta y, sacando provecho de todos estos ejemplos, haced como el barquero prudente que no pasa junto al escollo donde acaba de encallar el navío que hendía los mares con él.

»¿Acaso la vida no nos ofrece otros placeres sino estos?... ¿Qué digo?... Os presenta los mismos y os los ofrece sin espinas. Ya que el libertinaje os asegura los mismos goces y sólo os pide que os desprendáis de esta fría metafísica que no añade nada a los placeres, gozad sin trabas de todos los objetos que se ofrecen a vuestros sentidos. Así pues, ¿qué necesidad hay de amar a una mujer para servirse de ella? Me parece que aquí estamos de acuerdo en que uno se sirve mucho mejor de ella cuando no se la ama, o, al menos, en que es inútil amarla para llegar a eso. ¿Qué necesidad tenemos de prolongar estos placeres por una embriaguez loca y ridícula? Al cabo

de cinco o seis horas, ¿no hemos tenido todo lo que necesitábamos de esta mujer? Otra noche, cien noches más no nos reportarían más que los mismos placeres, mientras que otros objetos os ofrecen otros nuevos. ¡Qué! ¿Haréis la locura de limitaros a una cuando os esperan millones de bellezas? ¿No os reiríais acaso de la simplicidad de un convidado que en una comida magnífica no tomase más que de un solo plato cuando se le ofrecían más de cien a su apetito? Es la diversidad, el cambio lo que constituye la felicidad de la vida, y no hay un solo objeto en la Tierra que no pueda procuraros una voluptuosidad nueva: ¿cómo podéis llevar la extravagancia hasta el punto de enamoraros del que no puede presentaros más que una?

»Lo que he dicho de las mujeres, hermanos míos, podéis aplicarlo a los hombres. Nuestros defectos son tan grandes como los suyos, y no merecemos tampoco limitarlos: todo tipo de cadena es una locura, todo lazo es un atentado contra la libertad física de que gozamos sobre la superficie del globo. Y mientras yo pierdo mi tiempo con este ser cualquiera, otros mil se marchitan alrededor de mí, los cuales merecerían mucho más mi homenaje.

»Además, ¿es una amante quien puede satisfacer a un hombre? ¿Es que entonces, esclavo de las voluntades y los deseos de su diosa, y no esforzándose más que en contentarla, podrá ocuparse de sus voluptuosidades personales? La superioridad es necesaria en el acto del goce: aquel de los dos que comparte, o que obedece, está excluido ciertamente del placer. Alejemos de nosotros esta delicadeza imbécil que nos hace encontrar encantos incluso en nuestros sacrificios... ¿Acaso pueden valer estos goces puramente intelectuales los de nuestros sentidos? Con el amor de las mujeres ocurre como con el de Dios: en ambos casos nos alimentamos de ilusiones. En el primer caso, sólo queremos amar el espíritu, prescindiendo del cuerpo; en el segundo, prestamos un cuerpo al espíritu; y en ambos sólo incensamos quimeras.

»Gocemos: tal es la ley de la naturaleza. Y como es totalmente imposible amar durante mucho tiempo al objeto del que se goza, sufrimos la suerte de todos los seres a los que injustamente rebajamos por debajo de nosotros, encadenándolos por la fuerza mucho más que por la razón. ¿Acaso el perro o la paloma reconocen a su compañera cuando han gozado de ella? Si el amor los inflama un instante, este amor no es más que necesidad, y tan pronto como están satisfechos viene el disgusto o la indiferencia, hasta el instante en que sobreviene un nuevo deseo. Pero ya no será con la misma hembra: todas las que encuentre serán alternativamente el objeto de los deseos del macho inconstante; y si se origina una disputa, la favorita de la víspera será sacrificada como la rival de hoy. ¡Ah, no nos alejemos de estos modelos, más cercanos a la naturaleza que a nosotros! Ellos siguen sus

leyes mucho mejor; y si nosotros hemos recibido algunos sentidos más que ellos es para refinar sus placeres. Desde el momento en que la hembra del hombre sólo tiene por encima del animal precisamente lo que constituye sus defectos, ¿por qué queremos adorar en ella esa parte que sólo la distingue de ellos para humillarla? Amemos el cuerpo como hace el animal; pero no tengamos ningún sentimiento por lo que creemos que es distinto del cuerpo, ya que positivamente es aquí donde se encuentra lo que contrarresta lo demás, lo cual sólo debería servir para alejarnos de él. ¡Es el carácter de una mujer, su espíritu desabrido, su alma pérfida lo que debería enfriar mi deseo de gozar de su cuerpo, y me atrevería a decir, en mi delirio metafísico, que no es el cuerpo lo que quiero sino el corazón, es decir, precisamente la cosa que debería alejarme de ese cuerpo! Esta extravagancia no puede compararse con nada. Y además, al no ser la belleza más que algo convencional, el amor no puede ser más que un sentimiento arbitrario, desde el momento en que estos rasgos de belleza que hacen nacer el amor no son uniformes.

»Al no ser el amor más que el gusto exigido por los órganos, sólo puede ser un impulso físico, donde no tiene cabida la delicadeza; así pues, está claro que me gusta una rubia porque tiene aspectos que se encadenan a mis sentidos; vos..., una morena, me agradáis por parecidas razones; y en ambos casos, al identificarse el objeto material con lo que hay de más material en nosotros, ¿cómo uniréis la delicadeza y el desinterés a ese único órgano de la necesidad y de la conveniencia? Toda la metafísica que introduzcáis en esto no será sino una mera ilusión, fruto de vuestro orgullo más que de la naturaleza, algo que el más mínimo examen debe disipar de un soplo. ¿No trataríais de loco a un hombre que fríamente os asegurase que de un clavel sólo le gusta el olor, que la flor le es indiferente? Es imposible imaginarse en qué errores se incurre cuando nos apegamos a todas las falsas luces de la metafísica.

»Pero quizá se me objete que este culto existe desde siempre: los griegos y los romanos hicieron divinidades del Amor y de su madre. A esto yo respondo que ese culto pudo haber tenido en ellos los mismos orígenes que en nosotros. También entre los griegos y los romanos las mujeres predecían el futuro; sin duda, de ahí surgió el respeto, y del respeto el culto, como he demostrado. Además, no hay que limitarse a los griegos y a los romanos sobre los objetos de culto; los pueblos que adoraban la mierda bajo el nombre del dios Sterculius, y las cloacas bajo el de la diosa Cloacina, bien podían adorar a las mujeres, tan identificadas por el olor con esas dos antiguas divinidades.

»Por lo tanto, seamos sabios y hagamos con estos ridículos ídolos lo que los japoneses hacen con los suyos una vez obtienen lo que desean. Adoremos, o hagamos que adoramos, si se prefiere, hasta la

obtención de la cosa querida: despreciémosla en cuanto sea nuestra. Si nos rechaza, demos cien bastonazos al ídolo para enseñarle a despreciar nuestros deseos; o, si se prefiere, imitemos a los ostiacos, que fustigan a sus dioses con toda su fuerza en cuanto están descontentos con ellos. Es preciso pulverizar al Dios que no es bueno para nada: es suficiente con aparentar que se cree en él en los momentos de esperanza.

»El amor es una necesidad física, guardémonos de considerarlo alguna vez de otra manera[55]. “El amor”, dice Voltaire, “es la tela de la naturaleza que la imaginación ha bordado”. El fin del amor, sus deseos, sus voluptuosidades, todo en él es físico. Huyamos para siempre del objeto que parezca pretender algo más. La ausencia y el cambio son los remedios seguros del amor: pronto ya no se piensa en la persona que se deja de ver, y las nuevas voluptuosidades absorben el recuerdo de las antiguas; las penas por semejantes pérdidas se olvidan. Son los placeres irre recuperables los que pueden ofrecer penas bien amargas: pero los que se sustituyen tan fácilmente, los que renacen en cualquier minuto..., en cualquier esquina de la calle, esos no deben costar ni una lágrima.

»Pues si el amor fuese realmente un bien, si ciertamente estuviese hecho para nuestra felicidad, ¿transcurriría un cuarto de la vida sin poder gozar de él? ¿Quién es el hombre que puede jactarse de encadenar el corazón de una mujer cuando ha pasado de los sesenta años? Y, sin embargo, todavía le quedan quince por gozar, si está bien constituido; así pues, ¿debe renunciar a la felicidad durante esos quince años? Abstengámonos de admitir semejante sistema: si la edad llega a marchitar las rosas de la primavera, no por eso apaga ni los deseos ni los medios de satisfacerlos; y los placeres de los que goza el viejo, siempre más refinados..., más superados..., más liberados de esa fría metafísica, verdadera tumba de las voluptuosidades, esos placeres, digo, serán mil veces más deliciosos, si se recogen en el seno de los excesos, de la vida crápula y del libertinaje, de lo que podían serlo los que procuraba en otro tiempo a su hermosa amante: entonces no se esforzaba más que para ella; hoy sólo se ocupa de él. Mirad sus refinamientos, observad cómo teme perder lo que sabe que sólo puede acariciar un minuto; ¡qué detenimiento en su lúbrico goce!..., ¡cómo es todo para él y cómo quiere que sólo se ocupen de él! La misma apariencia de placer en el objeto que lo sirve lo turbaría: él únicamente quiere la sumisión. La rubia Hébé baja sus ojos, no puede ocultar sus repugnancias: ¿qué le importa el septuagenario Philatre? Él no quiere gozar para ella, sino sólo para él; esos movimientos de horror que él produce son en provecho de su misma voluptuosidad; es muy fácil inspirarlo. Está obligado a dominar, casi es necesario que amenace para conseguir que se dirija a su boca fétida una lengua

dulce y fresca, que teme profanar la joven beldad a él sacrificada por ese sucio ministerio; y así, de repente, tenemos la imagen de la violación y, por consiguiente, para Philatre, un placer más. ¿Acaso gozaba él de todos los placeres a los veinte años? Se le adelantaban a sus deseos, lo colmaban de caricias, apenas tenía tiempo de desearlas, y el goce, extinguido en sí mismo, jamás le dejaba nada. ¿Acaso es un deseo lo que el impulso satisface antes de nacer? ¿No es la resistencia la única alma del deseo?; en este caso, ¿dónde puede existir una más completa que en el seno de las repugnancias? Entonces, si el placer no se estimula más que por la resistencia y esta no es real más que cuando se la engendra por la repugnancia, puede llegar a ser delicioso causarla, y todas las fantasías que originan esa repugnancia en una mujer pueden llegar a ser más sensuales y cien veces mejores que el amor..., que el amor..., la más absurda de todas las locuras, y cuyo ridículo y peligros creo haberos demostrado suficientemente.

Como podéis imaginar, esta disertación no fue muy aplaudida por las mujeres; pero Belmor, que no quería tanto sus aplausos como sus sentimientos, fue ampliamente consolado por los aplausos masculinos que partieron de todos los rincones de la sala. Después de entregar los atributos de la presidencia a su antecesor, descendió para ir a conocer los serrallos y ejercer allí su autoridad. Noirceuil, Clairwil y yo nos unimos a él al final de la tribuna, y juntos pasamos a los harenes. Un hombre de sesenta años detiene a Belmor cuando iba a salir de la sala con nosotros, y para mostrarle en qué medida le había gustado el discurso que acababa de pronunciar, le suplica que le preste su culo. Belmor, que no podía negarse, se pone en posición. El sexagenario lo encula y no nos devuelve a Belmor más que después de haberle descargado en el trasero.

—Esto es lo que se dice buena suerte, no me lo esperaba —dice el conde.

—Se debe a tu elocuencia —respondió Noirceuil.

—Partidario de lo físico, como acabáis de ver —dice Belmor—, preferiría debérsela a mi culo antes que a mi inteligencia.

El presidente manda que se abra todo, y, a partir de entonces, sólo a nosotros nos permite acompañarlo; nos adentrarnos con él en las diferentes estancias. Podéis imaginar que, con el tipo de carácter que le acabáis de ver, el número de culpables que encontró fue prodigioso. En su paseo iba seguido por cuatro verdugos, dos degolladores, seis flageladores y cuatro carceleros. El primer serrallo que se abrió fue el de las mujeres. Condenó al látigo a treinta de cinco a diez años; a veintiocho de diez a quince; a cuarenta y siete de quince a dieciocho; y a sesenta y cinco de dieciocho a veintiuno. En este mismo serrallo hubo tres condenados a ser desollados vivos, con una edad de seis a diez años; tres de esta misma clase recibieron la

sentencia de muerte; en la franja de diez a quince años hubo seis muchachas destinadas a este primer suplicio, cuatro al segundo; en la de quince a dieciocho, seis desolladas y ocho sentencias de muerte; y en la última, solamente cuatro a muerte y cinco a ser desolladas. Estos tipos de ejecuciones no se hacían enseguida. Las criaturas condenadas pasaban a habitaciones separadas, y eran las primeras entregadas a los libertinos que querían sacrificar según estos gustos. Cuatro mujeres fueron condenadas al calabozo. Respecto a las flagelaciones, se hicieron todas ante nuestros ojos; llevaban a la víctima desnuda hasta el presidente; este la examinaba, la sobaba a su gusto un momento; a continuación, uno de los flageladores se apoderaba de ella, la doblaba fuertemente sobre sus rodillas, y en cuanto estaba en esta posición de inmovilidad, un segundo flagelador armado de vergajos o de zorros, según el gusto del presidente, aplicaba el número de golpes prescrito igualmente por él. Belmor nos hizo el honor de dejarnos a nosotros fijar casi siempre ese número, y fácilmente podéis imaginar que no estuvimos por debajo de su severidad. Seis de estas jóvenes recibieron tal cantidad de golpes que tuvieron que llevárselas medio muertas. Los cuatro, enlazados unos en brazos de otros, nos excitamos mucho durante estas lúbricas operaciones, y el semen brotaba con frecuencia.

Se pasó al serrallo de los hombres. Aquí Clairwil impulsa vivamente a Belmor a que no sea compasivo; y este, cuyos gustos ya os he dicho que consistían en hacer masacrar muchachitos sobre él, no necesitó estimulantes para mostrar su ferocidad. Cuarenta y dos niños de siete a doce años recibieron el látigo con el mayor rigor; en esta clase hubo seis sentencias de muerte y diez de desollamiento. Sesenta y cuatro muchachos de doce a dieciocho años fueron sacrificados; y entre estos, se dictaron tres sentencias de muerte y ocho de desollamiento. En la última clase, es decir, en la de dieciocho a veinticinco años, hubo cincuenta y seis culos azotados, dos muertos y tres desollados; del total, seis fueron condenados al calabozo. También se azotó a dos matronas a causa de su relajación en el servicio, y fue Belmor quien las zurró con sus manos hasta que levantó la primera piel de sus nalgas.

Yo no había dejado de excitarlo durante todas estas operaciones; se excitaba muchísimo, pero debo hacer justicia a la firmeza de su carácter diciendo que no descargó ni una sola vez, y que no se apiadó ni un instante.

—Vamos —le dice Noirceuil—, ahora ocupémonos de los placeres: muéstranos tu pasión, Belmor, nos lo has prometido.

—De acuerdo —dice el conde—, pero como estoy furiosamente excitado, pretendo darle una extensión terrible.

—En buena hora —dice Noirceuil—, gozaremos mejor.

Entonces el presidente pasó revista a todos los muchachitos; eligió

a diez de siete años; le faltaba un número parecido de hermosas y altas muchachas, pero como yo deseaba ocupar el puesto de una de ellas, no hizo salir más que a nueve. Tenían todas de dieciocho a veintidós años; observé, como algo bastante singular, que estos nueve sujetos estaban entre los que su maldad acababa de condenar a muerte o desollamiento. Diez hombres, elegidos únicamente por la superioridad de su miembro, fueron nombrados para fornicario durante la operación, y así es como comenzó.

Primero pusieron sobre una muchacha (a fin de que antes de servir a la pasión del conde, yo tuviese al menos el placer de juzgarla), pusieron, digo, a uno de los niños sobre los hombros de esta muchacha, pero atado tan estrechamente a ella que casi se habría dicho que formaban un solo ser. Entonces la muchacha, con su paquete a la espalda, se puso boca abajo sobre un sofá, las nalgas prodigiosamente expuestas. El conde examinó, mordió, pellizcó con fuerza el culo del niño y golpeó igualmente el de la muchacha; otra, elegida a este efecto entre tres de doce años, se tumbó en el suelo entre las piernas de la que tenía el niño a la espalda, y Belmor, tras ponerse de rodillas sobre un cojín, igualmente entre las piernas de la muchacha del paquete, jodió en la boca a la que estaba tendida; se la encoló en esta postura, y Clairwil debía encolar al fornicador. Por la posición del conde, su cabeza se encontraba a la altura de las nalgas de la muchacha apoyada sobre el sofá; dos verdugos se apoderaron entonces del cuerpo del niño atado y, por medio de mil diferentes heridas, hicieron correr la sangre por la raja de las nalgas frente a las cuales se encontraba la cabeza del conde.

—Vamos, cagad —dice a la muchacha en cuanto se dio cuenta del primer arroyo de sangre—, ¡cagad, puta!, cagadme en la boca.

Es obedecido, y el disoluto, pegando sus labios al ojete, recibió a la vez, por este medio, la sangre que corría del cuerpo del niño y la mierda que salía del culo de la muchacha. No se hacía ningún cambio hasta que la víctima atada no hubiese perdido toda su sangre. En cuanto se quedó sin vida, la muchacha que lo llevaba auestas se levantó y, sin dejar su fardo, se puso al frente de la operación, de manera que el conde tuviese una buena perspectiva. Yo fui la única dispensada de esta ceremonia; fui la tercera y me desataron al niño apenas me levanté; así fueron masacrados los diez, mientras las diez muchachas cagaban, y las tres chupadoras fueron relevadas. Belmor descargó una vez en cada boca, y siguió con su operación sin detenerse. Clairwil estaba agotada; había distribuido por lo menos más de diez mil latigazos en el culo de los fornicadores del conde. Con respecto a Noircueil, había estado observando la escena con bastante sangre fría, en medio de dos muchachas de dieciséis años, muy bonitas, que lo excitaban y lo chupaban alternativamente, mientras él

golpeaba sus nalgas.

—He aquí una pasión encantadora —le dice a Belmor cuando este descargó por última vez—, pero yo, con el permiso del conde, voy a hacerle ver que se podría, me parece, dar otro matiz a esa misma fantasía. Que traigan —dice— a diez niñas de cinco a siete años, y a diez chicos de dieciséis a dieciocho; me parece que los fornicadores del conde la tienen empinada todavía: me serviré de ellos. Ahora mirad cómo voy a disponer este goce.

Mantuvo de pie a uno de los jóvenes de dieciséis a dieciocho años, y sobre su pecho ató a la niña, de suerte que ella tenía el coño sobre la boca del joven; se les ató tan firme que el joven casi se ahogaba.

—Veis —nos dice Noirceuil— que el portador y la portada sufren en mi operación como no lo hacen en la del conde, donde la portadora no experimenta el menor dolor; y me parece que tales expediciones sólo se perfeccionan si se multiplican los dolores.

Noirceuil se arrodilló ante el portador y le chupó el miembro; los verdugos se pusieron manos a la obra con el niño; alternatively, las chupadoras chupaban el verga de Noirceuil y lo follaban; pronto la sangre de la víctima corrió sobre el miembro que chupaba Noirceuil, quien, por este medio, tragaba a la vez semen y sangre. Las víctimas se sucedieron y esta fantasía bárbara costó la vida, como veis, a veinte niños.

—Prefiero la escena de esta manera —dije—, y si no fuese tan tarde la ejecutaría así al instante.

Belmor, lejos de combatir el consejo de Noirceuil, pareció aprobarlo.

—No obstante —nos dice—, lo que hace que yo no cambie es que Noirceuil sacrifica muchachas y yo tengo el mal gusto de sacrificar solamente niños.

—¡Ah!, eso es lo que siempre me inclinará por vuestro método —exclama Clairwil—, no hay nada más delicioso en el mundo que elegir a las víctimas entre los hombres; ¿qué es el triunfo de la fuerza sobre la debilidad?, ¿puede divertir lo que es muy simple? Pero cuán halagadoras, cuán dulces son las victorias conseguidas por la debilidad sobre la superioridad. —Después, dirigiéndose a los dos amigos con esa efervescencia que la hacía tan hermosa, exclamó—: ¡Hombres feroces!, masacrad a tantas mujeres como queráis: soy feliz con tal de que yo vengue solamente a diez víctimas de mi sexo por una del vuestro.

Aquí nos separamos; Noirceuil y Belmor pasaron al serrallo de las mujeres, donde supimos que habían inmolado aún a una decena de criaturas de todas las formas y tipos posibles. Clairwil y yo permanecemos en el de los hombres, de donde salimos después de

habernos hecho fornicar sesenta u ochenta veces cada una, y tras algunos pequeños horrores que podéis creer sin que me vea obligada a contarlos.

Muy pocos días después de las infamias a que nos habíamos entregado en la Sociedad con el conde de Belmor y su amigo, este amable presidente de nuestra reunión vino a verme para convencerme de que Clairwil no me había engañado al asegurarme que él sentía el mayor deseo de unirse a mí. El conde, tremendamente rico, me ofreció cincuenta mil francos al mes, solamente por dos cenas a la semana: nada se oponía a esto, ya que Saint-Fond no se interfería de ninguna manera. Respondí al conde que me uniría a él de buena gana, pero que los cincuenta mil francos que me ofrecía no bastarían para pagar los gastos de las cenas. El conde me comprendió y dobló la suma, encargándose de pagar aparte todos los detalles..., que eran considerables, teniendo en cuenta que el libertino quería disponer en cada cena de tres soberbias mujeres sobre cuyo cuerpo inmolaría, o haría inmolar, a tres jóvenes. Una vez consumados sus asesinatos, se acostaría conmigo y retozaríamos algunas veces dos o tres horas aún, al cabo de las cuales se retiraría a su casa. Estas eran las condiciones; yo acepté.

Exceptuando a Noirceuil y Saint-Fond, pocos hombres había tan corrompidos como Belmor; lo era por principios..., por temperamento... y por gusto, y su páfida imaginación le hacía inventar con frecuencia cosas que superaban todo lo concebido... u oído por mí hasta entonces.

—Esta imaginación que halagáis en mí, Juliette —me dice un día —, es precisamente lo que me ha seducido en vos: es difícil tener una más lasciva..., más rica..., más variada; y vos habéis debido observar que mis más dulces goces con vos son aquellos en los que, dando salida a todo lo que contienen nuestras dos cabezas, creamos entes de lubricidad cuya existencia es desgraciadamente imposible. ¡Oh, Juliette!, ¡qué deliciosos son los placeres de la imaginación, y qué voluptuosamente se recorren todos los caminos que nos ofrece su brillante carrera! Convén conmigo, querido ángel, en que nadie tiene ni idea de lo que nosotros inventamos, de lo que creamos en esos momentos divinos, cuando nuestras almas de fuego no existen ya más que dentro del órgano impuro de la lubricidad: ¡de qué delicias se goza masturbándose mutuamente durante la erección de esos fantasmas, con qué transporte se les acaricia!..., ¡cómo se les abarca!..., ¡cómo se les aumenta con mil episodios obscenos! En esos instantes deliciosos, toda la Tierra es nuestra; ni una sola criatura se nos resiste; todo ofrece a nuestros sentidos emocionados el tipo de placer de que nuestra efervescente imaginación los cree susceptibles: se devasta el mundo..., se vuelve a poblarlo con objetos nuevos, que

de nuevo inmolamos; tenemos en nuestro poder el medio para todos los crímenes, los ponemos en práctica todos, centuplicamos el horror, y los episodios de los espíritus más infernales y malignos no llegarían, en sus más malignos efectos, adonde nosotros nos atrevemos a llevar nuestros deseos... «¡Dichosos, cien veces dichosos», dice La Mettrie, «aquellos cuya imaginación viva y lúbrica tiene siempre a los sentidos en el sabor anticipado del placer!...». Verdaderamente, Juliette, no sé si la realidad vale más que las quimeras, ni si los goces de lo que no se tiene no valen cien veces los que se poseen: ahí están vuestras nalgas, Juliette, están ante mis ojos, las encuentro hermosas, pero mi imaginación, siempre más brillante que la naturaleza, y más hábil, me atrevo a decirlo, ha creado otras más hermosas aún. ¿Y no es preferible el placer que me da esta ilusión a aquel del que va a hacerme gozar la realidad? Lo que vos me ofrecéis es solamente hermoso, lo que yo invento es sublime; no voy a hacer con vos más que lo que todo el mundo puede hacer, y me parece que con ese culo, obra de mi imaginación, haría cosas que ni los mismos dioses inventarían.

No es de extrañar que con semejante cabeza el conde hubiese ido a parar a muchos extravíos. Pocos hombres, sin duda, habían llegado tan lejos como él, y pocos hombres eran más amables. Pero tengo que contaros tantas cosas todavía que me es imposible detenerme en los horrores que cometimos juntos; que os baste saber que llegaron a su más alta expresión, y que lo que podríais concebir se hallaría siempre por debajo de la verdad.

Habían pasado unos cuatro meses desde que concedí a mi padre el honor de mi lecho; al haber sido tan crítico el momento en que él me había visto, me aterraba haberme quedado embarazada. Este funesto temor se cumplió demasiado bien; no me fue posible ya permanecer ciega; pronto tomé mi resolución. Acudí a un célebre partero que, en absoluto escrupuloso sobre este aspecto, introdujo hábilmente una aguja tan larga como afilada en mi matriz, alcanzó el embrión y lo pinchó: dos horas después lo echaba sin el menor dolor. Este remedio, más seguro y mejor que la sabina, porque no afecta para nada al estómago, es el que aconsejo a todas las mujeres que, como yo, tengan el suficiente valor para preferir su talle y su salud a algunas moléculas de semen organizadas que, una vez maduras, constituirían con frecuencia la desesperación de las que las hubiesen vivificado en su seno. Una vez en la fosa el hijo de mi señor padre, reaparecí con un talle más hermoso y más ligero que nunca.

—Escucha —me dice Clairwil un día—, tengo la dirección de una mujer extraordinaria, tenemos que ir juntas a verla; elabora y vende venenos de todo tipo; además, dice la buenaventura y raramente falta a la verdad.

—¿Y da —digo yo— la receta de los venenos que vende?

—Por cincuenta luises.

—¿Probados?

—Delante de ti, si quieres.

—Por supuesto, te sigo, Clairwil; siempre pienso lo mismo de los venenos.

—¡Ah!, ángel mío, ¡es delicioso ser dueño de la vida de los otros!

—No hay duda —digo— de que debe constituir un gran goce, porque en el mismo instante en que me has hablado de ese proyecto, he sentido vibrar mis nervios; una llama inconcebible encendía su masa, y estoy segura de que si me tocasas me encontrarías de nuevo totalmente mojada.

—¡Ah!, santo Dios —me dice Clairwil remangándome para verificarlo—, ¡qué cabeza la tuya, querida!... ¡Cuánto te quiero!... Eres un dios para mí... Pero ¿no me has dicho, me parece, que Saint-Fond te había confiado una caja entera? ¿Qué has hecho con ella?

—Está acabada, y ya no me atrevo a pedirle otra.

—¿Cómo, la has usado?

—Todo.

—¿Para sus necesidades?

—Un tercio a todo lo más; el resto, para mis pasiones.

—¿Venganzas?

—Algunas, pero muchas más lubricidades.

—¡Deliciosa criatura!

—¡Oh, Clairwil!, jamás podrás imaginarte hasta dónde he llevado el horror en esto..., ¡las voluptuosidades que me han hecho experimentar estos extravíos! Con una caja de pastillas envenenadas en mis bolsillos recorría a pie, disfrazada, los paseos públicos, las calles, los burdeles; repartía indiferentemente estos funestos caramelos; llevaba la perfidia hasta el punto de dar preferencia a los niños. Después comprobaba mis fechorías; encontré un ataúd a la puerta de un individuo al que la víspera había administrado mis crueles engaños, un fuego divino circulaba por mis venas..., estaba fuera de mí..., era preciso que me contuviese, y la naturaleza, que, sin duda para mis necesidades, me organizó de forma diferente a los otros, coronaba con un éxtasis indecible lo que los estúpidos habrían creído que la ultrajaba.

—Nada más fácil de concebir —me respondió Clairwil—, y los principios con que Saint-Fond, Noirceuil y yo te hemos alimentado desde hace tiempo deben abrirte los ojos a los grandes secretos de la naturaleza sobre todo esto. No es más extraordinario llegar a eso que el hecho de que te guste azotar; es el mismo placer refinado, y desde el momento en que está probado que de la conmoción del dolor sentido por los otros surge una vibración sobre la masa de nuestros

nervios, que necesariamente debe disponer a la lubricidad, todos los medios posibles de infundir dolor serán para nosotros medios de gozar placeres, y, empezando por cosas pequeñas, pronto llegaremos a las execraciones. Las causas son las mismas, sólo difieren los efectos. Gracias a un aumento insensible, consecuencia necesaria de las leyes de la naturaleza, y más que nada de la saciedad, se empieza por un pinchazo y se acaba con una puñalada. Hay además una especie de perfidia en la utilización del veneno que incrementa singularmente sus delicias. Aquí eres, Juliette, superior a tus maestros: quizá yo habría concebido más, pero no habría ejecutado tanto...

—¡Concebido más! —digo a mi amiga—. ¡Oh, cielos!, ¿qué más podías tú concebir, por favor?

—Me gustaría —dice Clairwil— encontrar un crimen cuyo efecto perpetuo actuase incluso cuando yo ya no estuviese actuando, de suerte que no hubiese ni un solo momento de mi vida, incluso durmiendo, en que no fuese yo la causa de un desorden cualquiera, y que este desorden pudiese extenderse hasta el punto de traer consigo una corrupción general o un trastorno tan completo que su efecto se prolongase todavía más allá, incluso, de mi vida.

—Ángel mío —respondí—, para satisfacer tus ideas sobre eso, no veo más que lo que se puede denominar el asesinato moral, al cual se llega por consejo, por escrito o por la acción. Belmor y yo hemos hablado sobre este tema; pocas imaginaciones hay como la suya, y aquí tienes un mínimo cálculo de su puño y letra que bastará para hacerte ver la rapidez de este contagio y cuán voluptuoso puede ser hacer, si es verdad, como tú y yo creemos, que la sensación gane en función de la atrocidad del crimen.

Y Madame de Lorsange enseñó a sus amigos el mismo papel que en otro tiempo recibió de Belmor. Aquí está:

«Un libertino decidido a este tipo de acción puede corromper fácilmente a lo largo de un año a trescientos niños; al cabo de treinta años habrá corrompido a nueve mil; y si cada niño corrompido por él lo imita solamente en un cuarto de sus corrupciones, lo que es verosímil, y cada generación actúa de la misma manera, al cabo de sus treinta años, el libertino, que habrá visto nacer dos edades de esta corrupción, tendrá ya cerca de nueve millones de seres corrompidos, bien por él, bien por los principios que haya infundido».

—¡Encantador! —me respondió Clairwil—, pero una vez adoptado el proyecto, hay que ponerlo en práctica.

—No solamente es preciso —dije— que todos los años sea corrompido regularmente el número de trescientas víctimas, sino que, además, hay que contribuir en la medida de lo posible a la corrupción del resto.

—¡Santo cielo! —dice Clairwil—, ¡si diez personas se pusiesen de

acuerdo para el mismo plan, lo que es perfectamente factible, el grado de corrupción, ante sus mismos ojos, llegaría a ser más rápido que los más violentos avances de la peste o de la fiebre maligna!

—Por supuesto —respondí—, pero cuando se emprende un proyecto semejante hay que utilizar a la vez, para mayores garantías de éxito, los tres medios que acabo de señalar: *consejos, acciones, escritos*.

—¡Cuán peligroso puede ser todo eso! —dice Clairwil.

—Estoy de acuerdo —respondí—, pero recuerda que Maquiavelo dijo que más valía ser *impetuoso* que *circunspecto*, porque la naturaleza es una mujer a la que sólo se logra mediante los tormentos. Vemos por experiencia, continúa el mismo escritor, que ella concede sus favores a los *feroces* más que a los *fríos*.

—¿Sabes —continuó Clairwil— que tu Belmor debe de ser delicioso?

—También lo es —respondí—; pocos hombres son tan amables, pero tampoco los hay más libertinos que él.

—Le gustarán las compras que vamos a hacer: habrá que vendérselas a peso de oro.

—Así pues, ¿crees que, a pesar de todo lo que se ame a un hombre, cualesquiera que sean sus relaciones con nosotras, crees, pues, que debemos, a pesar de eso, engañarlo de la misma manera?

—Claro que sí —respondió Clairwil—; su sola condición de hombre nos obliga a tratarlo como él lo hace cuando vive con nosotras, y dado que no hay un solo hombre franco, ¿por qué quieres que nosotras lo seamos con ellos? Diviértete con los gustos de tu amante, puesto que se entroncan con tus caprichos, goza de sus facultades morales y físicas, imbúyete de su espíritu y talento; pero no pierdas de vista que pertenece a un sexo enemigo declarado del tuyo, que nunca debes perder la ocasión de vengarte de los ultrajes que tu sexo ha recibido de él, y que tú misma estás todos los días a punto de recibirlos: en una palabra, es hombre y debes engañarlo... Tú todavía eres una increíble pánfila en esto: respetas a los hombres, cuando lo que hay que hacer es servirse de ellos y engañarlos. No sacas de Saint-Fond ni la cuarta parte de lo que yo tendría en tu lugar: con la gran debilidad que tiene por ti, yo obtendría millones todos los días.

Y como toda esta conversación la manteníamos en el coche de Clairwil, que nos llevaba a casa de la bruja, los caballos, cuando sentimos que se detenían, nos obligaron a suspenderla.

Nos encontrábamos al final del barrio de Saint-Jacques, ante una casita aislada y situada entre un patio y un jardín, que era donde vivía la aventurera a la que íbamos a consultar. Nuestra gente llamó a la puerta; tras haber informado a una vieja sirvienta de lo que queríamos, esta nos introdujo al instante en una sala de techo bajo, y

nos rogó que ordenásemos a nuestra gente que se fuesen con nuestro coche a esperarnos a una taberna bastante lejana, lo que se ejecutó prontamente.

Al cabo de un cuarto de hora apareció la Durand. Era una mujer muy hermosa de cuarenta años, de formas muy pronunciadas, asombrosamente atractiva, el talle majestuoso, una cabeza romana, ojos muy expresivos, un gran saber estar, maneras nobles, y, en general, todo lo que anuncia gracia, educación e inteligencia.

—Señora —le dice mi amiga—, personas que os conocen bien y están satisfechas de vos nos envían hasta aquí... En primer lugar, es necesario que nos digáis lo que nos depara el futuro: aquí tenéis veinticinco luises para eso. A continuación tenéis que darnos los medios para dominar ese futuro vendiéndonos una colección completa de todos los venenos que preparáis: aquí está —prosiguió Clairwil, entregándole otros cincuenta luises— la suma que ordinariamente exigís por enseñar a preparar esos mismos venenos, por mostrar vuestro cuarto y vuestro jardín de plantas venenosas; estad segura de que no nos quedaremos ahí.

—Lo primero que observo —respondió la Durand— es que sois dos damas muy bonitas, y que, antes de satisfaceros los objetos que pedís, tenéis que sufrir ceremonias preliminares que, quizá, no os gusten.

—¿De qué se trata? —dice Clairwil.

—Es preciso —respondió la bruja— que me sigáis a un cuarto muy oscuro adonde voy a haceros pasar y que, una vez allí, totalmente desnudas, seáis fustigadas por mí.

—¿Muy fuerte?

—Hasta sangrar, mis bellas amigas..., sí..., hasta sangrar; jamás concedo nada sin este favor preliminar; necesito vuestra sangre para descubriros el porvenir, y tiene que ser la sangre caliente resultante de una fustigación previa.

—Entremos —digo a Clairwil—; en semejantes circunstancias no hay que negarse a nada.

El cuarto en donde entramos era demasiado singular para no merecer una descripción particular, y aunque no estuviese iluminado más que por una lámpara, distinguíamos bastante bien sus objetos, así que puedo explicároslos detalladamente. Este cuarto, pintado de negro, tenía más o menos seis metros cuadrados: toda la parte derecha estaba repleta de alambiques y otros instrumentos de química, y además había dos hornillos; a la izquierda se veían repisas con tarros y libros; había algunas mesas debajo; enfrente, una cortina negra disimulaba una pieza de la que hablaré enseguida, y el centro estaba adornado con una columna de madera, cubierta de velos negros a los que nos ató Madame Durand, la una frente a la otra.

—Así que —nos dice la ejecutora— ¿estáis dispuestas a sufrir algunos dolores para conseguir los consejos que deseáis?

—Actuad —respondimos—, actuad señora, estamos dispuestas a todo.

Y entonces la Durand nos besó en la boca a las dos muy amorosamente, manoseó nuestras nalgas y nos puso una venda en los ojos. A partir de ese momento guardamos el mayor silencio; se acercó suavemente hasta nosotras, y sin saber demasiado bien quién nos golpeaba, recibimos alternativamente cincuenta golpes cada una; se servían de varas, pero estaban tan verdes y tan duras, y las utilizaban con tal violencia que, a pesar de nuestro hábito a estos placeres, estoy segura de que la sangre aparecía ya. Sin embargo, no se oía ni una palabra, y nosotras no nos atrevíamos a quejarnos. Nuestras nalgas fueron palpadas, y ciertamente no eran las manos de Madame Durand las que las manejaron.

Se volvió a empezar. Aquí ya no pudimos dudar del sexo del verdugo; un miembro se acercó a nuestras nalgas, lo frotaron en la sangre que corría; se hicieron oír algunos suspiros, algunos gemidos, y dos o tres besos fueron dedicados al agujero de nuestros culos, incluso por unos instantes penetró en él una lengua. Se produjo una tercera escena, pero ya sin varas: aunque nuestros culos estuviesen abotargados, nos fue fácil discernir que los golpes que se nos aplicaba sólo podían provenir de zorros muy agudos; debían de serlo, sin duda, porque enseguida sentí mis muslos y mis piernas inundados de sangre. El miembro se acercó, la lengua se hizo sentir de nuevo, y la ceremonia finalizó. Nos quitaron la venda de los ojos, y ya no vimos más que a Madame Durand con un plato en la mano que, cuidadosamente colocado bajo nuestras nalgas, se iba llenando rápidamente de sangre. Nos desató, nos roció el trasero con agua y vinagre, y después nos preguntó si habíamos sufrido.

—Da lo mismo —respondimos—; ¿hay que hacer algo más?

—Sí —respondió la Durand—, hay que excitaros el clítoris; no puedo hacer ninguna predicción si no os he visto en el placer.

Entonces la bruja nos tumbó a las dos sobre un canapé, cerca la una de la otra y de forma que nuestras cabezas, detrás de la cortina de la que os he hablado, no se encontrasen ya en la misma habitación. Aquí fue adonde llegó la dueña del lugar, quien, pasando un cordón por encima de nuestros senos, nos impedía levantarnos y que distinguésemos así a la persona con quien tratábamos.

Estaba sentada cerca de nosotras, medio desnuda; su soberbio pecho estaba casi a la altura de nuestros rostros. Primero se nos excitó en el clítoris, después, con mucho más arte, en el coño y en el ojeté; se nos acarició cada uno de estos orificios; después nos alzaron las piernas y las ataron con cordones para mantenerlas en el aire, y un

miembro bastante mediocre se introdujo alternativamente en nuestros coños y en nuestros culos.

—Señora —digo a la Durand en cuanto me di cuenta de esta superchería—, ¿estáis al menos bien segura del hombre que nos visita?

—Simple criatura —respondió la Durand—, no es un hombre el que goza de vosotras, es Dios.

—Estáis loca, señora —dice Clairwil—, no hay ningún Dios; y si hubiese alguno, como todo lo que hiciese se acercaría a la perfección, quizá se le diese por el culo, pero él no follaría a las mujeres.

—¡Silencio! —dice la Durand—, entregaos a las impresiones de la carne sin preocuparos de quiénes os las hacen sentir: si decís una palabra más, todo está perdido.

—No diremos nada —respondí—, pero sobre todo pensad que no queremos ni sífilis ni hijos.

—No debéis temer ninguna de estas dos cosas con Dios —respondió la Durand—, una vez más, silencio, porque ya no puedo responderos nada.

Y sentí claramente cómo el miembro del personaje que se servía de mí descargaba abundantemente en mi culo; incluso juró, se puso furioso; y casi sin darnos cuenta éramos elevadas al instante, incluido el mismo sofá.

Nos encontramos en una habitación sin muebles que, por el tiempo que habíamos tardado en subir, nos pareció extremadamente alta. Allí, más cortinas que separaban nuestras cabezas de nuestros cuerpos. La Durand nos había seguido: el mismo artificio la había subido con nosotras. Dos niñas de trece a catorce años se hallaban en esta habitación; estaban atadas a sillones... Por su timidez, su palidez, juzgamos fácilmente que estas criaturas debían de haber nacido en la más extrema miseria; cerca de allí descansaban en una cuna dos niños de nueve meses. En la habitación había una mesa grande y, sobre esta mesa, muchos paquetes que se parecían a los que envuelven las drogas en una farmacia. También había en esta pieza una cantidad de tarros mayor que la que habíamos visto en la otra.

—Aquí es donde voy a hablaros —dice la Durand, y nos desató—. Vos, Clairwil —dijo fijando la mirada en la copa que contenía su sangre— (y veis que sé vuestro nombre sin que lo hayáis dicho), vos, digo, Clairwil, no viviréis más de cinco años; habríais vivido sesenta sin los excesos a los que os lanzáis; vuestra fortuna aumentará a medida que vuestra salud se debilite, y *el día en que la Osa pase por Libra lamentaréis las flores de la primavera*.

—No os comprendo —dice Clairwil.

—Escribid mis palabras —dice la Durand—, y un día veréis que son exactas. En cuanto a vos, Juliette... (y quién me ha dicho vuestro

nombre, por favor), vos, Juliette, seréis iluminada por un sueño; un ángel se os aparecerá, os desvelará verdades incomprensibles; pero, entretanto, lo que yo puedo predeciros es que *allí donde el vicio cese, la desgracia llegará*.

Llegadas a este punto, una nube muy espesa se elevó en la habitación. La Durand sufrió una especie de síncope, gritó, hizo extrañas contorsiones, durante las cuales su hermoso cuerpo apareció completamente desnudo, y volvió en sí cuando la nube se disipó. Este vapor había dejado en la habitación un olor mezcla de ámbar y de azufre. Se nos devolvieron nuestros vestidos. En cuanto nos los pusimos, la Durand nos preguntó cuáles eran los tipos de venenos que deseábamos.

—Vuestra predicción me atormenta —dice Clairwil—... ¡Morir dentro de cinco años!

—Quizá lo evitéis —respondió la Durand—; yo he dicho lo que he visto, mis ojos me engañan algunas veces.

—Esa esperanza abrigo —dice Clairwil—, me es necesaria... Por lo demás, qué me importa, aunque no tuviese más que ocho días de vida, necesito que estén manchados de crímenes. Vamos, mostradme todos los venenos que tenéis: queremos ver vuestros tarros y todas las plantas curiosas de vuestro jardín. Nos explicaréis las propiedades de todas esas cosas; apartaremos las que nos gusten; nos diréis el precio después.

—Todavía me faltan veinticinco luises —dice la bruja—, lo demás tendrá su precio aparte. Si queréis probarlos, sois muy dueñas de hacerlo; las dos niñas que veis allí están a vuestra disposición: si no os basta, a cincuenta luises la pieza, os daré cuantos hombres y mujeres queráis.

—¡Sois deliciosa, señora! —digo saltando al cuello de la Durand—..., sí, sois una mujer adorable, y quedaréis contenta de nosotras.

Entonces la bruja se apoderó de una vara de ébano y, bajando todos los tarros que se encontraban en los estantes, comenzó la explicación de los afrodisiacos y de los filtros amorosos, así como de los emenagogos y electuarios antiafrodisiacos. Apartamos una amplia provisión de los primeros, entre los cuales había mucha cantárida, jengibre y algunos frascos de licor de la alegría, del Japón, que la Durand nos hizo pagar, por su rareza y sus sorprendentes propiedades, a diez luises el frasco.

—Añadid a mi cuenta algunos de los últimos —dice Clairwil—, tengo muchos hombres a quienes perderé con sumo gusto.

—Ahora vamos con los venenos —dice la Durand—; si algunas veces es hermoso trabajar en la procreación de la especie humana, con frecuencia es delicioso detener su curso.

—No pongáis esas dos acciones en el mismo lugar —digo a la

Durand—: Una es horrible, la otra es divina. No compramos esos filtros para trabajar por la procreación, sino para doblar nuestra lubricidad; y para destruir con delicia esa procreación, constantemente aborrecida, vamos a comprar lo demás.

—Abrazadme —dice la Durand—, estas son las mujeres que me gustan; cuanto más nos conozcamos, más, espero, estaremos de acuerdo.

Estos venenos estaban clasificados en su mayor parte según su género. En la nomenclatura de los primeros que vimos, la Durand hizo que nos fijásemos en concreto en el polvo del sapo verderón: los efectos que nos contó de él excitaron de tal forma nuestra imaginación que al momento transmitimos a la Durand el deseo de hacer una prueba.

—Con mucho gusto —nos dijo—, elegid a una de las dos niñas que nos acompañan.

Y tras desatar a la que parecía convenirnos, nos preguntó si teníamos la fantasía de hacerla fornicar por un hombre mientras la envenenábamos: respondimos que este episodio nos divertiría. La Durand tocó el timbre: un hombre alto, seco, pálido y bilioso, de alrededor de cuarenta años, apareció en un estado bastante desordenado.

—Ese es —digo muy bajo a mi compañera— el hombre que acaba de divertirse con nosotras.

—Lo creo —me respondió Clairwil.

—Almazor —dice la Durand—, tienes que *desvirgar* a esta virgen mientras estas damas la desorganizan con este polvo; ¿se te empalma?

—Entregadme a la niña —dice Almazor—, ya veré lo que puedo hacer.

—Señora —digo a la Durand—, ¿quién es este hombre?

—Es un viejo silfo —me respondió la Durand—, ¿queréis que lo haga desaparecer con una sola palabra?

—Sí —digo.

La Durand pronunció dos terribles palabras, que me fue imposible retener, y no vimos ya más que humo.

—Haced que el silfo vuelva —dijo Clairwil.

Una palabra parecida y una segunda nube lo trajeron. Esta vez el silfo la tenía tiesa, y fue con el miembro al aire como se apoderó de la niña. Este hombre era de una energía prodigiosa; en dos minutos desvirgó a la niña e hizo correr la sangre por la habitación. Fue entonces cuando Clairwil hizo tragar a la chiquita el polvo del sapo verdoso en un caldo. Sus convulsiones fueron instantáneas. En medio de estas convulsiones, Almazor le dio la vuelta rápidamente para encolarla: sus contorsiones y sus gritos aumentaron; daba horror mirarla. En seis minutos reventaba, y el silfo no le descargó en el culo

más que cuando estuvo absolutamente sin vida. Sus angustias fueron espantosas; él mismo lanzó gritos terribles, y, por la violencia de este éxtasis, acabamos de convencernos de que este hombre era el mismo que había gozado de nosotras. La bárbara palabra fue repetida; Almazor desapareció, y la víctima con él.

La Durand prosiguió con sus venenos, y después de habernos dado algunas explicaciones del segundo tipo, nos dice:

—Este es de la carne calcinada del *engri*, especie de tigre de Etiopía: su efecto es de una tal sutilidad que merece ser observado por damas tan curiosas como vosotras.

—Entonces hagamos una prueba —dice Clairwil—, pero con un joven.

—¿De qué edad lo queréis? —preguntó la Durand.

—Dieciocho o veinte años.

Enseguida apareció un guapo, bien formado, portador de un soberbio miembro, pero en un estado de miseria y ruina tales que nos demostró cuál era la clase donde nuestra bruja elegía a sus víctimas.

—¿Vos también os divertiréis con él? —dice la Durand.

—Sí —digo—, pero no queremos que te quedes de tercera; tiene que follarnos a las tres.

—¡Cómo!, ¿deseáis verme joder?

—Muchísimo —respondí.

—Soy una malvada, os aterrorizaría.

—No, puta, no —dice Clairwil saltando a su cuello—, no nos aterrorizarás; tú eres digna de nosotras y ardemos en deseos de verte en acción.

Y sin más formalidades Clairwil vuela hasta el joven; lo excita mientras yo subo la falda de la Durand y devoro con los ojos, las manos y la lengua todas las partes de su hermoso cuerpo. Era imposible estar mejor hecha, tener unas carnes más frescas, más firmes y más blancas; sobre todo, Durand tenía las más bellas nalgas y las más bonitas tetas que fuese posible ver, y un clítoris... ¡Oh!, en mi vida había visto uno tan largo y erecto. Confieso que desde entonces sentí una invencible inclinación por esta mujer, y la acariciaba ya con todo mi corazón cuando Clairwil trajo al joven por el miembro y me apartó para introducir este miembro en el coño de la bruja: pero esta se opuso con un grito terrible.

—¿Por qué exigís de mí que me someta a ese horror? —dice—. No me gusta joder por el coño; además, no puedo: ¿acaso me tomáis por una mujer ordinaria?

Y tras rechazar al hombre con un enérgico puñetazo, le presenta al momento las nalgas. Clairwil conduce el miembro, que desaparece sin ninguna preparación en el ano, con la misma facilidad con que se habría introducido en el más vasto coño. Y fue entonces cuando la

puta se revolvió de la forma más lúbrica; Clairwil y yo alimentábamos su éxtasis masturbándola, lamiéndola, besándola, acariciándola con todos nuestros medios físicos y morales. No es posible describir el ardor de la imaginación de esta mujer, la suciedad de sus propósitos, la falta de ilación original de sus ideas lujuriosas, en una palabra, el desorden que reinaba en toda su persona, impuesto por el increíble ardor de sus pasiones. En mitad de la crisis quiso besar nuestros culos; y la puta los masturbó y los fornicó como lo hubiese hecho un hombre.

—¡Envenenad!..., ¡envenenad ya! —nos grita en el momento en que el delirio iba a apoderarse de sus sentidos.

—¡No, santo cielo! —dice Clairwil—, antes este palurdo tiene que follarnos a las dos.

La Durand lanza espantosos gritos, se retuerce, cae en un terrible ataque de nervios y pierde tal cantidad de flujo que mi boca, que la chupaba en ese instante, se encontró completamente llena.

—No ha perdido nada —nos dice rechazando al joven—, impedidle descargar para que os joda mejor.

Y habiéndose presentado mi culo el primero, fue dentro de él donde el fornicador vino a lanzar su esperma, cuya eyaculación había preparado tan bien el trasero de la Durand. Mientras me enculaba, yo seguía chupando los chorros de flujo que aún brotaban de la vagina de la Durand, cuyo ano lengüeteaba Clairwil.

Pronto me sustituyó mi amiga, y al tiempo que el joven la sodomizaba, la Durand hizo tragar a este los polvos. Las convulsiones se apoderaron de él antes de que tuviese tiempo de salir del culo de mi amiga, de manera que murió dándole por el culo, lo que llevó a Clairwil a una crisis de placer tan violenta que creí que también ella expiraría.

—Santo Dios —nos dice la zorra—, creo que tengo su alma y su semen a la vez. No imagináis hasta qué punto se puso gorda la verga de ese zorro según se iban apoderando de él las convulsiones; no se tiene ni la más ligera idea del placer que proporciona semejante operación.

¡Oh, mujeres voluptuosas!, envenenad a vuestros fornicadores cuando están en vuestros culos o en vuestros coños y veréis lo que ganáis con esto... En efecto, nos dio un gran trabajo retirar la verga del muerto del ano de mi compañera, y cuando lo logramos vimos que las convulsiones de la muerte no le habían impedido descargar.

—¡Pues bien! —dice Clairwil—, ¿no os había dicho que había exhalado su alma junto con su semen y que mi culo lo había recogido todo?

Se llevan el cadáver y seguimos con nuestro examen.

Este tercer examen nos ofreció, entre otros, el veneno real (el que

bajo el reinado de Luis XV hizo perecer a tantos individuos de su familia): alfileres y dardos envenenados, venenos de serpientes conocidos por los nombres de cucurucu, kokob y aimorrhöus, el de polpoch, especie de serpiente que se encuentra en la provincia de Yupatán.

—El licor en que lo tengo —nos dice la Durand— está lo suficientemente impregnado de este veneno como para llegar a ser muy peligroso: jamás me han fallado las pruebas que he hecho con él. ¿Queréis ver una?

—Por supuesto —respondí—, podéis estar segura de que nunca rechazaremos tales proposiciones.

—¿Qué víctima elegís?

—Un hermoso joven —dice Clairwil.

—Vamos —digo—, me arrastras a todos tus extravíos; tengo que corromperme contigo.

Un simple campanillazo hizo aparecer a un joven de dieciocho años, más guapo que el último y en el mismo estado de miseria.

—¿Queréis —dice la Durand— que Almazor le dé por el culo delante de vosotras?

—Encantadas.

Se levanta una nube y aparece el silfo.

—Follad a ese muchacho —dice la Durand—, estas damas quieren probar en él el licor de polpoch.

—Esperad —dice Clairwil—; mientras, tiene que encularme a mí.

—¿Y qué haremos Durand y yo?

—Tú acariciarás el culo de Almazor, Juliette; y la Durand, encima de la cual estaré tumbada, me encoñará con su clítoris; nada impedirá a mi fornicadora que actúe, y cuando vea al joven dispuesto a descargarme en el culo, le dará un vasito del veneno cuya prueba deseamos ver.

Todo se dispone al gusto de mi amiga; pero, una vez tragado el contenido del vaso, el joven entra en una crisis tan fuerte que todo el grupo se descompone. Cedemos el centro de la habitación al paciente; Almazor excita a Clairwil. Yo me echo en brazos de la Durand, que me acaricia de maravilla: no es posible tener más arte ni más experiencia, todos los centros de la voluptuosidad son igualmente recorridos por los dedos libertinos de esta deliciosa mujer, cuya boca amorosa me cubre con los besos más ardientes. Sin embargo, la desgraciada víctima se tambalea como un borracho; poco a poco el infortunado cae, siempre ante nuestros ojos, en un terrible vértigo. Las conmociones sentidas en el cerebro eran tan terribles que se creería que tenía la cabeza llena de agua hirviendo. Este estado fue seguido de una hinchazón general de todo el cuerpo; el rostro se le puso lívido, los ojos se le salían de sus órbitas, y el desgraciado, debatiéndose de

una forma horrible, cae por fin a nuestros pies en medio de las contorsiones y convulsiones más extrañas, mientras nosotros cuatro derramábamos chorros del más impuro y abundante semen.

—¡Esta es la más divina de todas las pasiones! —dice Clairwil—, ¡estas son las que siempre me volverán loca, y a las que constantemente me entregaré con placer, todas las veces que pueda hacerlo sin temor!

—Jamás puede inspirarlo —dice la Durand— el asesinato causado por el veneno: ¿qué testigos os traicionarán en este caso?, ¿qué pruebas alegarán contra vos? El arte del más hábil cirujano fracasa ante esto, y le es casi imposible distinguir los efectos del veneno de las causas de una enfermedad natural de entrañas. Negad y manteneos firme; que el crimen sea gratuito; que no os encuentren interés en haberlo cometido, y siempre estaréis a cubierto.

—Prosigue, seductora, prosigue —le dice Clairwil—, si te creyese, ¡creo que despoblaría París esta noche!

La Durand pronunció su palabra bárbara: el silfo desapareció.

—Ahora bajemos al jardín —nos dice la bruja—; os hago la propuesta para contentaros, porque el rigor del último invierno hizo perecer todas mis plantas: no me queda casi nada.

El jardín, extremadamente sombrío, se parecía mucho a un cementerio. Excepto en la parte de las plantas raras, el resto estaba cubierto por altos árboles. Nuestra curiosidad nos llevó enseguida a un rincón aislado donde la tierra parecía haber sido removida poco antes.

—Aquí es donde ocultas tus crímenes, ¿no es verdad, Durand? —preguntó Clairwil.

—Venid, venid —dice la bruja arrastrándonos—; vale más mostraros con qué se mata que lo que se ha matado.

La seguimos. Después de varias explicaciones que nos dio, le digo:

—Escucha, la vista de este cementerio junto a vosotras me vuelve asombrosamente loca. Me gustaría que hicieses tragar de la planta que origina las más violentas crisis a una niña de catorce o quince años. Se abriría un agujero dispuesto a recibirla, nos encerraríamos en este cementerio, y cuando las convulsiones del veneno arrastrasen de forma natural a la víctima al agujero preparado, la cubriríamos con la tierra y descargaríamos.

—Estoy decidida a no negaros nada —nos dice la Durand—. Veis que he previsto vuestra propuesta porque ahí tenéis a una joven y, si tenéis a bien observar el cementerio, veréis allí, hacia el oriente, una fosa preparada.

Efectivamente, una niña muy bonita se hallaba completamente desnuda tras un árbol de Cayena, y el agujero que anunciaba la Durand se abrió ante nuestros ojos sin que nos fuese posible adivinar por qué magia.

—¡Vamos! —dice la bruja al vemos petrificadas—, ¿acaso tenéis miedo de mí?

—¡Miedo!, no: pero no te comprendemos.

—Toda la naturaleza está a mis órdenes —nos respondió la Durand—, y siempre estará a las órdenes de los que la estudien: con la química y la física se consigue todo. Arquímedes no pedía más que un punto de apoyo para levantar la Tierra, y yo sólo necesito una planta para destruirla en seis minutos.

—Deliciosa criatura —dice Clairwil abrazándola—, ¡cuán feliz soy de haber encontrado a alguien cuyo comportamiento responde tan bien a mis opiniones!

Nos encerramos en el cementerio con la niña. En cuanto se tomó el veneno, empezaron sus contorsiones.

—Sentémonos —digo— en la tierra más recientemente removida.

—Ya os veo venir —respondió la bruja.

Saca una caja de su bolsillo, siembra el cementerio con los polvos contenidos en esta caja, y el terreno, transformándose al momento, nos ofrece un suelo erizado de cadáveres.

—¡Oh!, ¡joder, qué espectáculo! —dice Clairwil revolcándose entre este montón de muertos—. ¡Vamos, redíos!, masturbémonos aquí las tres mientras vemos sufrir a esa zorra.

—Desnudémonos —dice la Durand—: Es necesario que nuestras carnes opriman y trituren estos huesos; de esta voluptuosa sensación obtendremos una de las mejores ramas de la lubricidad.

—Hay algo muy fácil de hacer —digo—: Hagamos consoladores con los huesos de estas víctimas.

Y Clairwil, que encuentra la idea deliciosa, se apresura a darnos ejemplo.

—¡Bien! —digo a mi compañera—, pero debemos sentarnos sobre cabezas para que nuestros ojetes sean cosquilleados con una presión aguda... Mirad dónde me pongo...

—¡Ah! —dice Durand—, es justamente sobre la cabeza todavía fresca del último muchacho que habéis inmolado. Espera, Juliette, voy a coger una de sus manos para excitarte con ella.

¡Qué puedo deciros..., amigos míos! El delirio y la extravagancia llegaron a su culmen; imaginamos..., ejecutamos otras cien cosas más infames todavía, y la víctima expiró ante nuestros ojos en execrables convulsiones. Y habiéndole llevado maquinalmente las últimas hacia su agujero, cayó dentro de él; yo descargué entre los brazos de mis dos amigas, quienes a su vez me inundaron de flujo chupando una mi pecho, otra mi boca. Nos vestimos y nuestro examen prosiguió con la misma sangre fría que habrían tenido unos estúpidos que hubiesen acabado de entregarse a la virtud. Después de haber recorrido el resto del jardín, subimos.

—Los dos niños que veis en esa cuna —nos dice la Durand— son los materiales de que voy a servirme, si queréis ante vosotras, para preparar el más querido y más activo de mis venenos. ¿Deseáis gozar de este espectáculo?

—Por supuesto —respondimos.

—No me asombro de que queráis —dice la Durand—; ahora os reconozco como mujeres filósofas que no ven la desorganización de la materia más que como una operación de química, y en vosotras el poderoso interés de los resultados prevalece sobre el pretendido crimen que encuentran los estúpidos en esta acción... Voy a realizar unas manipulaciones.

La Durand cogió a uno de los dos niños que estaban en la cuna y después al otro; los cuelga del techo por los pies y los desgarró a vergazos. La boca de estos infortunados se cubre de espuma: la bruja recoge preciosamente esta crema y nos la vende a cien luises, asegurándonos que de todos los venenos que prepara este es el más violento, y era verdad. Los niños expiraron sin que la Durand, que los dejó atados, pareciera darse cuenta. ¡Feliz flema la del crimen!, ¡así hay que ser para comerte con placer!

—¡Oh, mi querida amiga! —dice Clairwil reflexionando sobre todo lo que acababa de ver—. Tenéis terribles secretos.

—Tengo otros muchos, señoras —respondió la Durand—. La vida de los hombres está en mis manos. Puedo propagar pestes, envenenar ríos, difundir epidemias, emponzoñar el aire de las provincias, corromper casas, viñas, vergeles, transformar en veneno la carne de los animales, incendiar casas, hacer morir repentinamente al que respire una flor o abra una carta: en una palabra, soy una mujer única en mi género, nadie puede discutirlo.

—Pero, señora —digo a la Durand—, ¿cómo alguien que conoce tan bien la naturaleza puede admitir la existencia de un Dios? Cuando os preguntamos antes por quién éramos folladas, nos respondisteis que por Dios.

—¿Hay algo más poderoso que un miembro? —respondió la Durand.

—Prefiero que me respondáis así que de la otra forma... Vamos, sinceridad, querida, ¿no es cierto que no creéis en Dios?

—Amigas mías —nos dice la Durand—, cuanto más se estudia la naturaleza y más se le arrancan sus secretos, cuanto mejor se conoce su energía, más se convence uno de la inutilidad de un Dios. El haber erigido ese ídolo es la más odiosa, la más ridícula, la más peligrosa y despreciable de todas las quimeras; esa fábula indigna, nacida en todos los hombres del temor y la esperanza, es el último efecto de la locura humana. Una vez más, suponerle un autor a la naturaleza es desconocerla; es cegarse sobre todos los efectos de esta primera fuerza

el admitir una que la dirija, y sólo a los estúpidos veréis admitir o creer en la existencia de un Dios. El pretendido Dios de los hombres no es más que el conjunto de todos los seres, de todas las propiedades, de todas las potencias; es la causa inmanente e indistinta de todos los efectos de la naturaleza; al abusar de las cualidades de este ser quimérico, al creerlo alternativamente bueno, malo, celoso, vengativo, se ha supuesto que debía castigar o recompensar; pero Dios no es más que la naturaleza, totalmente idéntico a la naturaleza; todos los seres que ella produce le son indiferentes, ya que no le cuesta más crear uno que otro, y no hay mayor mal en destruir a un buey que a un hombre.

—¿Y cuál es vuestro sistema acerca del alma, señora? —preguntó Clairwil—, porque vuestra filosofía coincide de tal forma con nuestros principios que ardemos en deseos de analizarla.

—Tan materialista sobre el sistema del alma como sobre el de la divinidad, os confesaré —nos dice la Durand— que, después de haber leído atentamente todas las fantasías de los filósofos acerca de este tema, he llegado a convencerme de que el alma del hombre, absolutamente semejante a la de todos los animales pero estructurada de otra forma a causa de la diferencia de sus órganos, no es más que una parte de ese fluido etéreo, de esa materia infinitamente sutil cuya fuente está en el sol. Esta alma, que yo considero como el alma general del mundo, es el fuego más puro que existe en el universo; no arde por sí mismo, pero, al introducirse en la concavidad de nuestros nervios, donde reside, imprime tal movimiento a la máquina animal que la hace capaz de todos los sentimientos y de todas las combinaciones. Es uno de los efectos de la electricidad, cuyo análisis todavía no nos es suficientemente conocido, pero en absoluto es algo distinto. A la muerte del hombre, como a la de los animales, ese fuego se exhala y se une a la masa universal de la misma materia, siempre existente y siempre en acción. El resto del cuerpo se descompone y se reorganiza bajo diferentes formas que van a animar otras partes de ese fuego celeste. Según esta definición, juzgad lo que deben significar para los que admiten esto las cómicas ideas del infierno y el paraíso.

—Querida —dice Clairwil—, después de esta sincera manera de razonar con nosotras, y de acuerdo con la sinceridad con que, como podéis ver, aceptamos vuestras opiniones, deberíais confesarnos, con el mismo candor, cuál es el Dios por quien nos habéis hecho azotar y joder antes. Desde el momento en que nos reveláis los misterios de la naturaleza, ¿por qué habéis de temer desvelarnos los de vuestra casa?

—Porque los de la naturaleza son de todo el mundo —respondió la Durand—, y los de mi casa sólo a mí me pertenecen. Según esto, yo puedo confesarlos o hacerlos según mi voluntad: ahora bien, no estoy por decíroslos, y si persistís en preguntármelos, aunque me cubrieseis de oro, no os llevaríais ningún secreto de mi casa.

—Pues bien —digo—, no insistamos más sobre algo que le place a la señora ocultarnos; simplemente sigamos preguntándole algunas cosas a las que, me parece, sí puede responder... Es cierto que en esta casa se practica el libertinaje, y nosotras hemos pagado por tener esa seguridad: ¿cuál es el que podemos hacer? Porque nosotras somos extremadamente libertinas.

—No hay una sola pasión —respondió la Durand—, ni una sola fantasía, ni un ser vivo sobre la Tierra, ni un extravío, por raro que pueda ser, del que no podáis gozar aquí. Indicadme solamente unas horas antes a lo que deseáis entregaros y, por muy irregular, por muy terrible que pueda ser, os prometo que os lo haré realizar. Digo más, si hay hombres o mujeres en el mundo cuyos gustos o pasiones queráis conocer, haré que los encontréis aquí, y, sin que puedan sospechar mi traición, los observaréis a través de una gasa. Esta casa es toda mía; la facilidad con que se llega desde todos los lados sin ser visto, su posición aislada, la severidad en la admisión, en una palabra, el misterio que la rodea asegura, me parece, la discreción y el placer a un tiempo. Por lo tanto, ordenad y seréis servidas: todos los individuos, todas las naciones, todos los sexos, todas las edades, todas las pasiones, todos los extravíos, todos los crímenes, todo..., todo está aquí a vuestra disposición. Sé que pagáis bien, y con el dinero se consigue todo en mi casa.

—Sin embargo, señora, no debéis de tener una gran necesidad de él... Vuestras riquezas deben de ser inmensas.

—Sí —respondió la Durand—, pero también tengo caprichos, y puesto que me como casi todo lo que gano, no soy, ni con mucho, tan rica como podría creerse... Sí, señora, sí, el misterio y la distracción tienen aquí su centro; vosotras habéis inmolado a cinco o seis víctimas: aunque asesinarais a quinientas, no tendría mayor importancia. ¿Deseáis repetir algunas experiencias con muchachos, muchachas, personas maduras, niños, viejos? Hablad y en un momento seréis servidas.

—Quiero —dice Clairwil— dar por el culo con consoladores de hierro forjado a dos muchachos de quince años mientras vos los martirizáis, y que dos guapos hombres, completamente envenenados ya, me enculen.

—Cien luises por cada víctima —dice la Durand— y seréis satisfecha.

—Entonces a mí me daréis dos jovencitas —digo—, porque me gusta hacer a mi sexo lo que esta puta quiere hacer a los hombres. Yo las encobaré con idénticos consoladores, y vuestro silfo desgarrará igualmente su cuerpo con zorros de acero forjado; durante la operación se me azotará.

—Cincuenta luises por muchacha —dice la Durand.

Pagamos y en menos de diez minutos estaba todo en marcha.

Nada más bonito que las chiquillas que me trajeron, y nada más feroz que los procedimientos del silfo. Las desgraciadas víctimas expiraron en nuestros brazos, y nuestro delirio es imposible de pintar; el silfo y los cadáveres desaparecieron, pero nada nos apaciguaba. Clairwil, desmelenada como una bacante, echaba espuma de la lujuria, y tampoco yo estaba más tranquila. La Durand nos exhortó a que nos entregásemos a alguna otra pasión, y entretanto, si eso nos complacía, nos haría observar por libertinos.

—Dadnos una víctima a cada una —respondimos— y los observadores quedarán contentos.

Me trajeron a una chica encantadora, desnuda y fuertemente atada; un holocausto semejante del sexo masculino fue ofrecido a mi compañera. Comenzamos a zurrarlos con un manojo de ortigas y zorros de puntas. En este punto, la Durand, que se había retirado, vino a llamar suavemente a la puerta.

—Los que os miran —nos dice— os exhortan a que prolonguéis el suplicio y a que os volváis de ese lado cuando operéis: quieren ver vuestros culos, todavía no han podido juzgarlos.

—Vete y di que serán satisfechos —respondió Clairwil.

Seguimos. La feroz criatura abre el vientre del joven que se le había dado, le arranca el corazón y se lo mete totalmente caliente en el coño; se masturbaba con él.

—¡Oh, santo cielo! —dice totalmente extasiada—, ¡hace siglos que tengo la fantasía de masturbarme con corazones de niños!, ya verás cómo voy a descargar.

Tumbada sobre el cadáver de su desgraciada víctima, le seguía chupando la boca fornicándose con el corazón.

—Quiero que entre por completo en mi coño —dice Clairwil. Y para que después le fuese fácil retirarlo, pasó una cuerdecilla por medio y la víscera desapareció en su interior—. ¡Oh, joder!, ¡qué delicioso! —aúlla de placer—, ¡pruébalo, Juliette, Pruébalo!, no hay en el mundo una voluptuosidad mayor.

—Conocí a un hombre —respondí— que tenía más o menos el mismo gusto. Hacía un agujero en un corazón todavía palpitante, introducía su miembro y descargaba dentro.

—Eso podría ser encantador —dice Clairwil—, pero menos bonito que lo que yo hago: Pruébalo, Juliette, te lo ruego.

Nada como semejante ejemplo para una imaginación como la mía: hace que me decida, me anima, me electriza. Pronto destripé a mi víctima y su corazón palpitante estuvo rápidamente en mi coño. Pero las vías, más estrechas que las de mi compañera, se resistían: no logré introducirlo.

—Córtalo —me dice Clairwil viendo mi embarazo—; que entre

una parte es todo lo que hace falta.

Lo hago y, mediante los mismos procedimientos que Clairwil, me meto una mitad del corazón en la matriz. La terrible zorra tenía razón: no hay consolador que supere esto; no hay ninguno que tenga tanto calor y elasticidad... Y la moral, amigos míos, ¡cómo se encendía con estos horrores! ¡Oh!, sí, sí, lo confieso, Clairwil había tenido una idea deliciosa; hacía mucho tiempo que yo no descargaba tan deliciosamente. Al cabo de una hora pasada en estas infamias, hicimos subir a la Durand.

—¡Joder! —dice al ver estos horribles restos—, me parece que sólo se trata de hacer que os vean.

—Masacraríamos así a todas las horas del día —dice Clairwil—; mira, querida, el crimen nos es tan familiar como a ti..., lo idolatramos igual que tú, y puesto que se mata en tu casa, tienes en nosotras a dos excelentes practicantes.

—Mis buenas amigas —nos dice la Durand—, eso no es todo, todavía tengo algo que proponeros. ¿Queréis hacerme ganar cincuenta luises?

—Por supuesto.

—Pues bien, haced el favor de prestaros ambas un momento al observador: arde en deseos de divertirse con vosotras, está furiosamente excitado.

—De acuerdo —digo—, pero nosotras también queremos dinero: ninguno produce tanta felicidad como el que se gana en el burdel. Pedidle cien luises, nosotras queremos veinticinco cada una.

—Opino como mi compañera —dice Clairwil—: Pero ¿qué nos hará ese hombre? Hay que hacerse pagar conforme sean los favores.

—¡Ah!, os hará múltiples cosas —dice la Durand—, es extremadamente libertino. Pero sabe que sois damas como es debido, y os tratará con miramientos.

—Que entre —digo— y que pague bien, nosotras no deseamos ser tratadas con miramientos: somos putas y queremos ser tratadas como tales.

Apareció el personaje. Era un hombre bajito de alrededor de sesenta años, gordo, y con el aspecto de un opulento financiero; estaba casi desnudo, sodomizado en ese momento, su enculador se lo hacía incluso andando.

—¡Hermosos culos..., joder!..., ¡hermosos culos! —exclamó mientras nos sobaba—, habéis hecho cosas deliciosas... —y seguía excitándose—, habéis matado..., habéis masacrado: ¡cómo me gustan todas esas cosas! Cuando queráis lo hacemos juntos.

Tras estas palabras, el disoluto me tira sobre la cama y me encula mientras soba las nalgas de Clairwil. Al cabo de algunas idas y venidas practicadas de forma bastante grosera, cambia de puesto y sodomiza a

mi compañera mientras examina y besa mi trasero. En este punto descargó su fornicador. El hombrecillo, convencido de que no puede mantenerse valerosamente si no tiene una buena verga en el trasero, desencula al instante y, apoderándose de un manojo de varas, ordena a su fornicador que nos sujete mientras él nos azota. ¡Pero en qué postura tan extraña nos pone el pequeño malvado! Su hombre estaba en medio de las dos, nosotras estábamos cada una bajo uno de los brazos de este hombre y sujetas por el pelo. De este modo, Monsieur Mondor tenía un miembro hermoso para acariciar y dos soberbios culos para azotar. Se pone manos a la obra: nuestros traseros, ya muy sufridos, reciben todo lo que a este disoluto le place administrar; la operación es tan larga como sangrienta, usó seis puñados de varas y nuestros muslos fueron tan maltratados como nuestras nalgas; en los intermedios chupaba la verga de su hombre, y en cuanto logró empinarla nos hizo joder por este soberbio miembro. Después de haber sido flageladas de un modo tan excelente, podéis imaginar fácilmente que necesitábamos este bálsamo. Mientras el hombre nos fornicaba alternativamente, el financiero manoseaba el culo del fornicador y de vez en cuando introducía su verga en él. Cuando su pasión llegó al culmen, el criminal deseó un asesinato. Le trajeron a un muchachito de once años, al que enculó; lo fornicaron, y el villano nos ordenó que abriésemos en canal a la víctima y le arrancásemos el corazón como acabábamos de hacer, y que después le untásemos la nariz con él mientras descargaba: todo se hizo, y el monstruo, inundado de sangre, pierde su semen mugiendo como un toro. Apenas acaba, desaparece como un rayo sin dirigirnos ni una palabra. Esos son los efectos del libertinaje sobre las almas indecisas: el remordimiento y la vergüenza siguen de cerca al instante del delirio, porque esas gentes no saben tener principios, y porque siempre se imaginan que han obrado mal al no haber actuado como todo el mundo.

—¿Quién es este extravagante? —preguntamos a la Durand.

—Es un hombre tremendamente rico —nos respondió—, pero cuyo nombre no sabréis: no os gustaría que le dijese los vuestros, ¿verdad?

—¿Y sus manos se manchan de asesinatos?

—Con frecuencia los comete él mismo; hoy no estaba en vena y por eso os ha encargado a vosotros de la operación; es tímido..., incluso devoto..., va a rezar a Dios cuando hace horrores.

—¡Imbécil! Lo compadezco. Cuando uno se lanza a la carrera que nosotras seguimos, deben haberse franqueado muchos prejuicios; hay que andar por ella con paso firme, o uno mismo se busca su desgracia.

Nos arreglamos, hicimos un paquete con todos los venenos que habíamos comprado, pagamos ampliamente tan buena amistad y

subimos a nuestro coche, prometiéndonos que cultivaríamos a una mujer tan útil y que haríamos nuestras compras en su casa con la mayor frecuencia posible.

—Se lo daré —me dice Clairwil— a todas las criaturas que me encuentre, con la sola intención de cometer una acción que, lo sé muy bien, será la más halagadora para mis sentidos y la más querida para mi corazón.

Yo ardía en deseos de presentar la Durand a Belmor; los encontraba tan dignos al uno del otro que me excitaba desde hacía tiempo con la idea de ver a mi amante en los brazos de esta arpía. Le hablé de ella, no la conocía; fuimos a su casa. Yo no había tenido tiempo de volver allí desde la famosa visita que le había hecho con Clairwil. Después de algunos reproches por haberla descuidado tanto tiempo, recibió al conde a las mil maravillas. Encantado con todo lo que vio allí, después de un gran número de compras, no pudo contener los cosquilleos voluptuosos que le inspiraba esta hermosa mujer. La escena se realizó ante mis ojos tal y como yo deseaba. Tras haber sodomizado a la zorra, Belmor le rogó que satisficiera su pasión favorita: me tocó explicársela. Las víctimas aparecían al momento y Belmor, ayudado por mí, se satisfacía deliciosamente.

—Esta pasión es encantadora —nos dice la Durand—; si queréis venir pasado mañana a mi casa, os mostraré una más o menos del mismo tipo, aunque mil veces más extraordinaria.

No faltamos a la cita, pero la Durand había desaparecido; la casa, cerrada a cal y canto, no se abrió; y aunque hice algunas pesquisas, me fue imposible saber lo que había sido de esta mujer.

Así pasaron dos años, sin que me sucediese nada de particular. Mi lujo, mis orgías se multiplicaban hasta tal punto que ya no gozaba de los simples placeres de la naturaleza, y si no había nada de extraordinario o de criminal en las fantasías que se me proponían, me quedaba totalmente impasible. Es verosímil que sea en este estado de aniquilamiento cuando la virtud hace un último esfuerzo, bien porque nuestro agotamiento nos pone en esa situación de debilidad en que su voz recobra su imperio, bien porque, por una inconstancia natural, queríamos, aburridos de crímenes, intentar en cierta medida lo contrario. Siempre hay un momento en que los prejuicios reaparecen, y si llegan a triunfar cuando se ha tomado el camino del vicio, nos vuelven con toda seguridad más desgraciados: no hay nada peor que los regresos. Los acontecimientos que os voy a contar os convencerán de esta afirmación.

Acababa de alcanzar mis veintidós años cuando Saint-Fond me hizo partícipe de un proyecto execrable. Empeñado en sus intentos de despoblación, se trataba de hacer morir de hambre a dos tercios de Francia por medio de terribles acaparamientos. Yo debía realizar la

mayor parte de este propósito. Lo confieso, por muy corrompida que estuviese, la idea me hizo estremecer. ¡Funesto impulso que tan caro me acabaría costando! ¿Por qué no pude vencerte? Saint-Fond, que lo sorprendió, se retiró sin decir palabra. Y como era tarde me acosté. Pasó mucho tiempo antes de que pudiese dormirme; un sueño terrible vino a turbar mis sentidos: creí ver una espantosa figura que abrasaba con una llama mis muebles y mi casa; en mitad de este incendio, una joven criatura me tendía los brazos..., intentaba salvarme y perecía ella misma en las llamas. Me despierto en sueños, enseguida me viene a la mente la predicción de la bruja: «Allí donde el vicio cese», me dijo, «la desgracia llegará». ¡Oh, cielos!, ¡estoy perdida!, por un momento he dejado de ser viciosa; me he estremecido ante la propuesta de un horror; la desgracia va a apoderarse de mí, eso es seguro... La mujer que he visto en mi sueño es mi hermana, es la triste Justine, con la que me he enfadado porque ha querido seguir la carrera de la virtud; se ofrece a mí y el vicio pierde fuerza dentro de mi corazón. ¡Fatal predicción!..., y tú, que podrías explicármelo, desapareces en el preciso momento en que necesito tus consejos... Todavía estaba en mi cama, abatida ante estas terribles reflexiones, cuando un desconocido, sin ser anunciado, me entrega un billete y huye. Reconozco la letra de Noirceuil...

«Estáis perdida», me dice; «jamás habría sospechado debilidad en la que yo había formado..., en la que tan bien se ha conducido siempre. En vano intentaríais reparar vuestra tibieza, el ministro ya no se dejará engañar por vos, el impulso os ha traicionado. Dejad París hoy mismo, llevaos el dinero que podáis poseer, pero no contéis ya con nada más. Todos los bienes que habéis adquirido gracias a la largueza de Saint-Fond están perdidos para vos. Además, conocéis su influencia, su cólera cuando se le falla: por lo tanto, marchaos rápidamente, y, sobre todo, silencio; vuestra vida os va en ello. Os dejo las diez mil libras de renta que os he concedido, se os pagarán en cualquier parte contra recibo. Huid, y que vuestros amigos lo ignoren todo».

Un rayo que me hubiese caído encima no me habría hecho tanto daño; pero yo conocía demasiado bien a Saint-Fond como para no tomar mi propia decisión. Me levanto corriendo. Como he depositado todas mis riquezas y mis ahorros en el notario de Saint-Fond, no me atrevo a ir a sacarlos. Quinientos luises..., eso es todo lo que me queda; enseguida hago paquetitos con ellos, los oculto cuidadosamente dentro de mí y salgo sola..., a pie, de esta casa donde tanto fausto me rodeaba la víspera..., de esta casa que, llorando, miro por última vez. Ardo en deseos de ver a Clairwil; no me atrevo, me lo han prohibido severamente; además, ¿no será ella quien me ha traicionado?..., ¿no es ella quien quiere usurpar mi puesto?... ¡Ah!,

¡Cuán injustos nos hace la desgracia, y cómo me equivocaba (pronto lo veréis) al sospechar así de mi mejor amiga! Vamos, me digo, ¡valor!, no esperes ayuda más que de ti misma... Todavía soy joven..., hay que volver a empezar la carrera; los errores de mi juventud me han enseñado... ¡Oh, funesta virtud!..., ¡por una vez has podido engañarme! ¡Ah!, no temas que me vayan a ver de nuevo al pie de tus execrables altares; no he cometido más que un solo error, y han sido impulsos de probidad los que me han hecho cometerlo. Destruyámoslos para siempre en nosotros: sólo se hicieron para perder al hombre, y la mayor desgracia que puede acaecer en un mundo completamente corrompido es querer ser la única en preservarse del contagio general. ¡Cuántas veces había pensado yo esto, gran Dios!

Sin ningún proyecto definido, y sin otro propósito que el de sustraerme prontamente a la venganza de Saint-Fond, me lancé maquinalmente al primer coche público; era el de Angers; llegué allí enseguida. Extranjera en esta ciudad, y sin conocer en ella absolutamente a nadie, decidí tomar una casa y dedicarla al juego. Pronto tuve en mi casa a toda la nobleza del país... Se me declararon una infinidad de amantes; pero el aire de pudor y de recatada que yo afectaba pronto convenció a mis aspirantes de que sólo me entregaría al que hiciese mi fortuna. Un cierto conde de Lorsange, el mismo cuyo nombre llevo hoy, me pareció más asiduo y más rico que los otros. Tenía cuarenta años..., un rostro muy bonito, y la forma en que se expresaba me convenció de que tenía miras más altas y legítimas que sus competidores. El conde no tardó mucho tiempo en declararme sus intenciones. Soltero, con cincuenta mil libras de renta, sin padres, si yo me hacía digna de su mano, prefería casarse conmigo y dejarme su fortuna antes que hacerla pasar a colaterales desconocidos; y si yo quería ser sincera con él, si no le ocultaba ninguna circunstancia de mi vida, me convertiría en su mujer al día siguiente y me concedería veinte mil libras de renta. Semejantes propuestas eran demasiado hermosas como para que no me rindiese pronto. El conde necesitaba una confesión general: me atreví a contárselo todo.

—Escuchadme, Juliette —respondió Monsieur de Lorsange después de haberme oído—, las confesiones que acabáis de hacerme demuestran una sinceridad que me gusta. La que confiesa sus faltas con tal candor está mucho más cerca de no volver a cometerlas que la que sólo ha conocido la virtud: la primera sabe a qué atenerse, la segunda quizá quiera probar lo que no conoce. Exijo de vos, señora, que tengáis a bien escucharme unos momentos. Vuestra conversación me es preciosa y quiero sacaros de vuestros errores. No pretendo echaros un sermón, quiero deciros verdades, verdades que por mucho tiempo os ocultó la venda de las pasiones, y que siempre encontraréis en vuestro corazón cuando queráis escucharlo solamente a él.

»¡Oh, Juliette!, el que pudo deciros que las buenas costumbres eran inútiles en el mundo os tendió la trampa más cruel con que es posible atraparos, y el que pudo añadir a esto que la virtud era inútil y la religión una fábula hubiese hecho mejor asesinándoos de una vez: en este último caso no os habría hecho sentir más que un momento de dolor; en el otro, sembró vuestros días de espinas e infortunios. El abuso de la palabra pudo arrastraros a todos esos errores: por lo tanto, sabed analizar con justeza esa virtud que quisieron haceros despreciar. Lo que así se llama, Juliette, es la constante fidelidad en cumplir nuestras obligaciones hacia nuestros semejantes. Ahora bien, yo pregunto cuál es el ser tan insensato que osa poner la felicidad en aquello que rompe todos los lazos con que nos encadena la sociedad. ¿Creerá este ser, se atreverá él a jactarse de ser el único feliz cuando sume a todo el mundo en el infortunio?, ¿será lo bastante fuerte, poderoso, audaz, para resistir solo a la voluntad de todos y para que la suma de las voluntades generales pueda ceder ante las irregularidades de la suya?, ¿se vanagloria de ser el único en tener pasiones?; si todos los demás también las tienen, ¿cómo espera someter a las suyas las de los otros?

»Reconoceréis, Juliette, que sólo un loco puede pensar de esta manera. Pero, suponiendo que cediesen ante él, ¿está al abrigo de las leyes?, ¿acaso cree que su espada no le alcanzará como a los otros? Incluso si supera todo esto: ¿y su conciencia?... ¡Ah!, creed, Juliette, que jamás se escapa a esta voz terrible: vos misma lo habéis visto, lo habéis probado; os jactabais de haber apagado este órgano a fuerza de imponerle silencio, pero, más fuerte que vuestras pasiones, las ha hecho callar persiguiéndolas.

»Al dar al hombre la inclinación por la sociedad, era necesario que el ser cualquiera que se la inspirase le diese al mismo tiempo la inclinación por los deberes que podían mantenerlo en ella de forma agradable. Ahora bien, sólo en el cumplimiento de sus deberes se encuentra la virtud. Por lo tanto, la virtud es una de las primeras necesidades del hombre, es el único medio de su felicidad sobre la Tierra.

»¡Oh!, ¡cuán fácilmente se desprenden ahora las verdades religiosas de estas primeras verdades morales, y cuán fácil es demostrar la existencia de un Ser supremo en el corazón del hombre virtuoso! Las sublimidades de la naturaleza, Juliette, esas son las virtudes del Ser creador, como la bondad y la humanidad son las del ser creado, y del encadenamiento de unas y otras nace la armonía del universo.

»Dios es el hogar de la sabiduría suprema, de la cual el alma del hombre es un rayo; en cuanto cerréis vuestra alma a ese fuego divino, ya no habrá para vos más que error e infortunio sobre la Tierra.

Dirigid la mirada sobre los que han querido infundiros principios diferentes, analizad fríamente sus motivos: ¿acaso eran otros que los de seduciros y abusar de vuestra buena fe?, ¿alimentaban otros que no fuesen los de halagar sus despreciables y peligrosas pasiones? Y una vez más se engañaban, eso es lo peor en todo esto, eso es lo que el hombre deshonesto no calcula jamás: para asegurar uno de sus goces, pierde mil, y para pasar un día feliz, se prepara un millón horribles. El contagio del vicio es tal que aquel que es alcanzado por él quiere envenenar todo lo que le rodea; la virtud daña sus ojos, querría ocultarla a los otros, y el desgraciado no sabe que los esfuerzos que hace por aniquilarla se convierten en triunfos para ella. El goce del que hace el mal es agravarlo todos los días: ¿pero no le prueba su debilidad el instante en que tiene que detenerse? ¿Ocurre lo mismo con la virtud? Cuanto más perfecciona sus goces, más delicados son, y si quiere alcanzar sus límites, no los encuentra más que en el seno de un Dios al que se une su existencia para revivir eternamente.

»¡Oh, Juliette!, ¡cuántas dulzuras tienen la religión y la virtud! He vivido como los demás hombres, ya lo veis, puesto que ha sido en una casa de placer donde he tenido la suerte de conocerlos; pero en medio de todas mis pasiones, en el mayor fuego de los reveses de mi juventud, la virtud siempre me ha parecido hermosa, y fue siempre en los deberes que me impuso donde encontré mis más dulces goces. Sinceramente, Juliette, ¿cómo podéis suponer que pueda haber más encanto en hacer correr las lágrimas del infortunado que en aliviar los males del miserable? Quiero concederos por un momento que puedan existir almas lo bastante depravadas como para admitir un goce en el primer caso: ¿creéis que es valedero el goce del segundo? ¿Puede compararse lo que es excesivo, lo que no afecta más que un instante, con un goce puro, dulce y prolongado? En una palabra, ¿pueden valer el odio y las maldiciones de nuestros semejantes más que su amor y su bondad? ¿Sois inmortal, sois impasible, hombre inmoral y depravado? ¿Acaso no flotáis, como nosotros, en ese océano peligroso de la vida, y acaso no necesitáis, como nosotros, ayuda si naufragáis? ¿Creéis que encontraréis a los hombres cuando los habéis insultado?, ¿y acaso os creéis un dios para poder pasar sin los hombres?

»Si estáis de acuerdo conmigo en estos primeros principios, si amáis las virtudes, con qué facilidad voy a llevaros a la adopción del Ser que las reúne todas... ¡Oh, Juliette!, ¿cuál es entonces la funesta ceguera del ateo? ¡Ah!, sólo os pido que examinéis las bellezas del universo para convencerlos de la necesidad de la existencia de su divino creador. Es el prestigio de las pasiones lo que impide que el hombre reconozca a su Dios: el que se ha hecho culpable prefiere dudar de la existencia de su juez, encuentra más fácil negarlo que temerlo, y se le hace menos penoso decir: “No hay Dios en absoluto”,

que verse obligado a temer al que ultrajó. Pero, tras alejar de él esos prejuicios que lo han engañado, que eche una ojeada imparcial sobre la naturaleza: reconocerá en ella, en todo, el arte infinito de su autor.

»¡Ah, Juliette!, la teología es una ciencia sólo para el vicioso; es la voz de la naturaleza para aquel que está animado por la virtud: imagen de Dios, al que adora y sirve, se sentiría muy enojado si su consuelo no fuese más que una fábula. Sí, el universo lleva la huella de una causa infinitamente poderosa y hábil; y el azar, triste y débil recurso de la gente deshonesta, es decir, el concurso fortuito de causas necesarias y privadas de razón, no podría haber formado nada.

»Una vez admitido el Ser supremo, ¿cómo negarse al culto que le es debido? ¿No merece nuestros homenajes lo más sublime que hay en el mundo?, ¿no tiene derecho a nuestro agradecimiento aquel del que obtenemos todos nuestros goces? Una vez llegados a este punto, ¡cuán fácil me será probaros que, de todos los cultos de la Tierra, el más razonable es aquel en el que habéis nacido!... ¡Ah! Juliette, si amaseis la virtud, pronto amaríais la sabiduría del divino autor de nuestra religión. Dirigid vuestra mirada hacia la sublime moral que la caracteriza y ved si hubo un solo filósofo de la antigüedad que predicase una más pura y más bella. El interés, la ambición, el egoísmo aparecen en la moral de todas las demás: sólo la de Cristo no tiene más miras que el amor de los hombres. Platón, Sócrates, Confucio, Mahoma esperan fama y partidarios: el humilde Jesús no ve más que la muerte, y su misma muerte es un ejemplo.

Yo escuchaba a este hombre sensato... ¡Justo cielo!, me digo a mí misma, sin duda, este es el ángel del que me habló la Durand, este es el que debe anunciarme virtudes incomprensibles... Y yo apreté maquinalmente la mano de este nuevo amigo; las lágrimas corrían por sus ojos, me apretaba entre sus brazos.

—No, señor —le digo—, no me siento digna de la felicidad que me ofrecéis... He hecho demasiadas cosas malas, volver atrás sería imposible.

—¡Ah! —me respondió—, ¡qué mal conocéis la virtud y al Dios poderoso del que emana! Jamás estuvo cerrado el seno de este Dios al arrepentimiento: imploradlo, Juliette, imploradlo con fuerza, y su gracia será vuestra. No son vanas fórmulas ni prácticas supersticiosas lo que exijo de vos; es la fe y la virtud. Es el conjunto de todas esas formas de conducirlos lo que puede aseguraros sobre la Tierra los largos años que tenéis que vivir en ella, y es por vuestra felicidad por lo que os lo digo. Los que sólo han amado de vos los vicios, porque en ellos encontraban un atractivo más, estaban lejos de hablar este lenguaje: sólo a vuestro amigo del alma le correspondía atreverse a hablar así, y vos, señorita, se lo perdonaréis por el ardiente deseo que tengo de veros feliz.

Sí, hay que confesarlo, amigos míos, el bonito sermón de Monsieur de Lorsange no me había convencido de ninguna manera: la razón había hecho dentro de mí demasiados progresos como para que todavía me fuese posible oír la voz del prejuicio y la superstición. Además, ¡qué métodos empleaba el pobre Lorsange! No había nada tan ridículo como apoyar (sobre todo ante mis ojos) la felicidad del hombre sobre la necesidad de la virtud: entonces, ¿de dónde procedían todas mis desgracias sino de mi debilidad por haberla escuchado un instante? Por otro lado, os pregunto si la capciosa inducción que Lorsange extraía de su sistema podía cegar siquiera un segundo a alguien tan firme como yo. Si la virtud se hacía necesaria, decía él, la religión lo era igualmente, de donde resultaba que apilando mentiras sobre prejuicios, todas las máximas de mi instructor se venían abajo en cuanto se escarbaba en las bases. ¡No, no!, me digo, la virtud no es necesaria, sólo es dañina y peligrosa: ¿no tengo yo una fatal experiencia de ello? Y todas las fábulas religiosas que se quieren edificar sobre la virtud no pueden tener por principio, como ella, más que el absurdo. El egoísmo es la única ley de la naturaleza; ahora bien, la virtud contraría al egoísmo, ya que consiste en un perpetuo sacrificio de sus inclinaciones a la felicidad de los otros: si la virtud prueba a Dios, como establece Lorsange, ¿qué es un Dios que se basa en la mayor enemiga de la naturaleza? ¡Oh, Lorsange!, todo vuestro edificio se destruye por sí solo, y no habéis construido más que sobre arena. La virtud no es útil al hombre, y el Dios que establecéis sobre ella es la más absurda de todas las quimeras. El hombre, creado por la naturaleza, no debe escuchar más que las impresiones que recibe de ella, y cuando libere a este órgano de todos los prejuicios de su existencia, jamás encontrará en ella la necesidad ni de un Dios ni de la virtud. Pero tengo que fingir, se lo debo al desgraciado estado al que me ha reducido la suerte; la mano de Lorsange me es indispensable para volver a la carrera de la fortuna; apoderémonos de ella al precio que sea; que el fingimiento y la falsedad sean siempre mis primeras armas: la debilidad de mi sexo las hace urgentes, y mis principios particulares deben constituir la base de mi carácter.

Desde hacía mucho tiempo me había acostumbrado a la mentira, para poder imponerla con facilidad en las circunstancias que se me pudiesen presentar. Simulé que me entregaba a los consejos de Lorsange; dejé de recibir a gente en mi casa; cada vez que él venía me encontraba sola, y sus pretendidos progresos sobre mi alma fueron tales que pronto se me vio en misa, Lorsange cayó en la trampa; se me entregaron veinte mil libras de renta y me casaba con él seis meses después de mi llegada a la ciudad de Angers. Como yo había caído muy bien en este país y mis antiguos errores no eran conocidos por

nadie, la elección de Monsieur deLorsange fue aplaudida de modo general, y pronto me vi a la cabeza de la mejor casa de la ciudad. Mi hipocresía volvía a darme la comodidad que me había arrebatado el temor del crimen... Y una vez más tenemos al vicio en el pináculo: ¡oh, amigos míos!, por mucho que se diga, así será siempre; mientras haya hombres.

No os hablaré de mis placeres conyugales con Monsieur de Lorsange: el caro hombre no conocía más que los sencillos, como su espíritu. Ignorante en lubricidad tal como lo era en filosofía, durante los dos años en que tuve la desgracia de ser su mujer, el pobre diablo no pensó ni en un solo refinamiento. Harta de esta monotonía, pronto deseé algunas distracciones en la ciudad: el sexo me daba lo mismo y, con tal de encontrar imaginación, el objeto me era indiferente. Mis búsquedas fueron largas; la educación severa de las provincias, la rigidez de las costumbres, la mediocridad de la población, la de las fortunas, todo dificultaba mis gestiones, todo ponía obstáculos a mis placeres.

Una joven de dieciséis años, muy bonita, hija de una vieja amiga de mi esposo, fue la primera a la que atacué. Caroline, seducida por la inmoralidad de mis sistemas, cedió pronto a mis deseos. Pero Caroline, que sólo tenía su hermosura, ¿podía atraer a una persona que, como yo, sólo se excitaba con la imaginación? La pobre niña no la tenía en absoluto. Pronto la dejé por otra, y a esta por una tercera. Encontraba personas bastante bonitas, ¡pero con una cabeza tan fría!..., ni el más pequeño extravío. ¡Oh, Clairwil!, ¡cómo te echaba de menos! Por mucho que se diga, el que ama el vicio, el que lo quiere desde su infancia, o por gusto o por costumbre, este, digo, en la continua práctica de sus costumbres depravadas, siempre encontrará su felicidad con mayor seguridad que el que sólo se ha abierto camino por el aburrido sendero de la virtud.

Probé con los hombres: no tuve más suerte. Iba por el décimo cuando un día, hallándome en misa junto a mi virtuoso esposo, creí reconocer en el celebrante a cierto abad Chabert con el que tuve alguna relación en la Sociedad de los Amigos del Crimen..., muchacho encantador que aún hoy veis en mi casa. Jamás la misa me pareció tan larga: por fin acabó. Monsieur de Lorsange se retira; yo finjo quedarme para algunos rezos. Hago llamar al sacerdote que acaba de officiar... Viene: ¡era Chabert!

Pronto pasamos a una capilla aislada, y allí el amable abad, después de haberse felicitado mil veces por la suerte de haberme encontrado, me dice que grandes beneficios que poseía en esta diócesis lo obligaban a disimular, pero que no debía dejarme engañar por los simulacros a los que le obligaba su política; que su forma de pensar, sus costumbres seguían siendo las mismas, y que me daría

pruebas de ello cuando quisiera. Por mi parte, le conté mi historia. Al no llevar él más que ocho días en la ciudad, ignoraba que yo estuviese en ella, y me apremió para que renovásemos ampliamente nuestra amistad.

—Abad —le digo—, no esperemos tanto: fornicadme en este mismo lugar; esta iglesia está cerrada, ese altar nos servirá de cama. Date prisa en reconciliarme con placeres cuya pérdida lloro todos los días. ¡Puedes creer que, desde que estoy en esta maldita ciudad, ni a uno de los seres a los que me he entregado se le ha ocurrido mirar mi culo, a mí, que no amo más que esos ataques y que veo los otros sólo como accesorios o como primicias!

—¡Muy bien, entreguémonos a él! —dice Chabert apoyando mi vientre sobre el altar y remangando mis faldas por detrás... Después, admirando mis nalgas, exclamó—: ¡Ah!, Juliette, tu culo sigue siendo el mismo..., ¡siempre el de Venus!...

El abad se inclina, lo besa. ¡Me gusta sentir en mi trasero esta lengua donde acaba de reposar un Dios!..., pronto la sustituye su miembro... y heme aquí sodomizada hasta los cojones... ¡Oh, amigos míos!, ¡cuán deliciosas son las recaídas! No puedo pintaros el placer que tuve: es tan cruel interrumpir los hábitos del mal como delicioso retomarlos. Desde la abstinencia forzada de este tipo de placer, había sentido los más violentos deseos de él; se manifestaba por picazones en esta parte, tan violentas que me obligaban a apaciguarlas con consoladores. Chabert me devolvió la vida: dándose cuenta del extremo placer que me proporcionaba, prolongó su goce, y el bribón, joven y fuerte todavía, me descargó tres veces seguidas en el culo.

—¡Convén en que sólo esto es bueno, Juliette! —me dice levantándose.

—¡Oh, abad!, ¡a quién se lo dices!, ¡no encontrarás en toda tu vida una defensora más fiel de la sodomía! Es preciso que nos veamos, querido, sin falta.

—Sí, Juliette, es preciso, y quiero que estéis doblemente contenta con mi encuentro.

—¿Cómo así?

—Tengo amigos.

—¿Y me destináis a que sea su puta?

—Ese camino le va mejor a un físico como el vuestro que el que habéis tomado.

—¡Oh, cuán preciosa me es la justicia que me haces! ¡Qué triste papel en la vida es el de una mujer honrada!: sólo este título supone ya la tontería. Toda mujer púdica es una imbécil que, a falta de fuerza para sacudirse los prejuicios, permanece sometida por estupidez o por falta de temperamento, y desde este momento no es más que un ser fallido de la naturaleza, o un error de sus caprichos. Las mujeres,

máquinas de la impudicia, han nacido para la impudicia, y las que se niegan a ella sólo están hechas para languidecer en el desprecio.

Chabert conocía a mi marido; me lo pintó como un santurrón, y me animó a sembrar algunas rosas en las espinas del himeneo. Sabía que Monsieur de Lorsange debía ir al día siguiente a una de sus tierras: me aconsejó que aprovechase este momento para ir a ver, en una casa de campo adonde él me llevaría, una muestra de nuestras orgías parisinas.

—Lo que me hacéis es terrible —digo en son de guasa—, ¡destruís todos mis proyectos de virtud! ¿Debéis halagar mis pasiones? ¿Debéis allanar el camino del crimen? ¿Debéis quitar una mujer a su marido? ¡Responderéis de ello con vuestra conciencia! Cesad en vuestros intentos, todavía hay tiempo; no son más que proyectos. Tengo que consultar a un director espiritual menos pervertido que vos: me enseñará a resistir deseos tan criminales; me probará que sólo son el fruto de un alma corrompida; que debemos prepararnos, cuando nos entregamos a ellos, a remordimientos eternos, terribles, tanto más cuanto que hay tipos de males que jamás podremos reparar... No me dirá, como vos, que puedo hacerlo todo..., que no tengo nada que temer; no animará mis extravíos con la esperanza de la impunidad; no me allanará el camino del adulterio y de la sodomía; no me animará a engañar a mi esposo..., un esposo bueno..., virtuoso, que se sacrifica por su mujer... ¡Oh!, no, al contrario, me asustará con los grandes horrores de la religión: me recordará, como el virtuoso Lorsange, un *Dios, muerto* para proporcionarme la gracia eterna[56]; me hará sentir cuán culpable soy al descuidar semejantes favores... Pero, lo confieso, mi querido abad, la que es tan libertina..., tan malvada como tú me conociste en otro tiempo, enviaría al diablo al que le hablase así. Le diría: «Amigo mío, aborrezco la religión; me mofo de tu Dios y me río de tus consejos; torpe renegado, la virtud me desagrada, el vicio me divierte, y la naturaleza me ha puesto en el mundo para deleitarme».

—Loca —me dice Chabert al separarnos—, sigues siendo la misma..., ¡siempre tan encantadora! Y en la soledad en que vivimos aquí, me alegro de haberte encontrado.

Me presenté puntualmente a la cita. Había cuatro hombres y cuatro mujeres, sin contar a Chabert y a mí. Tres de las mujeres pertenecían al grupo con el que yo me había masturbado; los cuatro hombres me eran carnalmente desconocidos. El abad nos ofreció una gran comida y nos atiborramos de libertinaje. Las mujeres eran bonitas, los hombres fuertes: mi culo fue fornicado por todos los hombres; mi coño, acariciado..., chupado por todas las mujeres. Descargué prodigiosamente. No os describiré esta partida ni las ocho o diez que la siguieron durante mi estancia en Angers. Estáis cansados de descripciones lúbricas, y no os detallaré ya más que las que crea

dignas de serlo, por el carácter de los crímenes o de las singularidades que aportaron.

Volvamos ahora a algunos detalles esenciales. Once meses después de mi matrimonio con Monsieur de Lorsange, le di, como fruto de su primer himeneo, una niña encantadora a la que, por interés, me esforcé en dar a luz. Este comportamiento era esencial; tenía que asegurar sobre mi cabeza la fortuna del que me había dado su nombre: no podía hacerlo sin un hijo... Pero ¿era de mi virtuoso esposo?... Eso es lo que queréis saber, ¿no es verdad, curiosos inoportunos?... ¡Pues bien!, permitidme que os dé aquí la respuesta de la Polignac a su marido cuando este le formuló esa misma pregunta, tan indiscreta: «¡Oh!, señor, cuando uno se frota con un ramo de rosas, ¿cómo saber la que nos ha pinchado?».

Pero ¿qué importaba eso? ¡Lorsange tomó todo y no rechazó nada! Le quedaba el honor y la paternidad: ¿se necesita más para mi avaricia? Esta niña, a la que mi esposo llamó Marianne, cumplía su primer año, y su madre veinticuatro, cuando las más sólidas reflexiones me impulsaron a abandonar Francia.

Yo había recibido algunas cartas anónimas advirtiéndome de que Saint-Fond, siempre con la mayor influencia y temeroso de mis indiscreciones, se arrepentía de no haberme hecho encerrar y preguntaba en todas partes por mí. Temiendo que mi cambio de nombre y de fortuna no me pusiese suficientemente a cubierto, resolví poner los Alpes de por medio entre su odio y yo. Pero tenía que romper mis vínculos: ¿podría ejecutar este proyecto mientras estuviese bajo el poder de un esposo? Poco afectada por este freno, no me ocupé ya más que de los medios de destruirlo, con tanto misterio como seguridad. Todo lo que yo había hecho a este respecto allanaba a mis ojos un crimen de tan poca importancia; me excité mientras lo maquinaba, y la gran voluptuosidad de que me hizo gozar esta intriga me decidió pronto a su ejecución. Me quedaban seis dosis de cada uno de los venenos comprados en casa de la Durand: administré a mi querido esposo el *real*, por respeto a su persona y porque el tiempo que debía transcurrir desde la ingestión de este veneno hasta la muerte de mi tierno esposo me ponía absolutamente a salvo.

Nada tan sublime como la muerte de Monsieur de Lorsange. Hizo y dijo las cosas más hermosas del mundo: su habitación se convirtió en una capilla donde se celebraron todos los sacramentos. Me exhortó, me sermoneó, me aburrió, me encomendó a su pretendida hija, y entregó su alma en brazos de tres o cuatro confesores. Realmente, si hubiese durado dos días más, creo que lo habría dejado morir solo.

Los cuidados debidos, según se afirma, a los moribundos son todavía una de esas obligaciones sociales que no entiendo. Hay que sacar todo el partido posible de una criatura viva; pero cuando la

naturaleza, afligiéndonos con enfermedades, nos advierte de que trabaja por unírnos con ella, ya no debemos mezclarnos, por temor a contrariar sus leyes: hay que dejarla hacer, incluso ayudarla en sus intenciones. En una palabra, los enfermos deben ser abandonados; hay que ponerles algunos objetos de alivio..., después retirarse. Va contra la naturaleza que gente sana, por un procedimiento que contraría las leyes de esa misma naturaleza, vaya a respirar por anticipado el aire infecto de la habitación del enfermo, y se expongan ellos mismos a enfermar, todo eso por hacer algo criminal: en efecto, creo que no hay nada más criminal que pretender obligar a la naturaleza a retroceder. Como siempre pongo mis principios en práctica, juro que jamás se me verá dar ningún cuidado a enfermos, ni aliviarlos en nada. Que no se me diga que lo que me fuerza a pensar así es la dureza de mi carácter: esta opinión sólo procede de mi cabeza, y esta raramente me engaña en lo que a sistemas se refiere.

Tomé con gran placer el duelo de mi casto esposo en la Tierra. Se dice que jamás hubo una viuda tan encantadora con ese traje; con él me hice joder ese mismo día en la sociedad de Chabert. Pero lo que encontré aún más delicioso que estos atavíos lúgubres fueron las cuatro hermosas tierras, evaluadas en cincuenta mil libras de renta, en cuya dueña me convertí, así como los cien mil francos en dinero contante y sonante que encontré en los cofres de mi marido. Aquí tengo ampliamente con qué hacer mi viaje a Italia, me dije, haciendo pasar estos paquetitos de la caja de mi marido a la mía...

Así pues, aquí tenemos la mano de la suerte..., siempre amiga del crimen, coronándolo una vez más en una de sus más fieles partidarias.

Por un azar muy feliz para mí, el abad Chabert, que había estado mucho tiempo en Italia, pudo darme las mejores recomendaciones. Yo le dejé a mi hija; él me prometió que cuidaría de ella lo mejor posible, cuidados necesarios más bien por mi propio interés que por un cariño materno, demasiado alejado de mis sistemas como para que pudiera ser sentido alguna vez por mi corazón. Como objetos de lujo sólo llevé conmigo a un alto lacayo de rostro encantador, llamado Zéphyr, del que con frecuencia era yo su Flore, y una camarera, llamada Augustine, de dieciocho años de edad y hermosa como la aurora. Acompañada de estos dos honrados individuos y de otra mujer sin importancia, y con el cofre bien provisto, tomé el coche y no me detuve hasta Turín, donde hice mi primera estancia.

—¡Oh, Dios! —me digo al respirar un aire más puro y más libre —, aquí estoy en esta parte de Europa tan interesante y tan deseada por los curiosos. Aquí estoy en la patria de los Neronos y de las Mesalinas: ¡quizá pueda, al pisar el mismo suelo que esos modelos de crímenes y orgías, imitar a la vez las fechorías del incestuoso hijo de Agrippina y las lubricidades de la adúltera mujer de Claudio! Esta idea

no me dejó dormir en toda la noche, y la pasé en brazos de una joven y bonita muchacha del Hotel de Inglaterra adonde había ido yo..., deliciosa criatura a quien encontré el medio de seducir en cuanto llegué, y en cuyo seno degustaba placeres divinos.

No hay en toda Italia ciudad más regular y aburrida que Turín: el cortesano es fastidioso, el ciudadano muy triste, el pueblo devoto y supersticioso. Además, con muy pocos recursos para los placeres. Al marcharme de mi casa había concebido el proyecto de convertirme en una verdadera libertina, y fue en Turín donde comencé su ejecución. Mi propósito era viajar como cortesana célebre, exhibirme en todas partes, unir a mi fortuna el tributo obtenido de mis encantos y aprovechar a cuenta de mi libertinaje todo lo que sólo se me presentase por obra de la juventud y de la fuerza. Así pues, ya al día siguiente de mi llegada hice comunicar a la Signora Diana, la más famosa alcahueta de Turín, que se alquilaba una joven y bonita francesa, animándola a que viniese a verme para llegar a un acuerdo. La patrona no faltó. Le conté mis proyectos y le declaré que con individuos de quince a veinticinco años me entregaba por nada, siempre que se me garantizase la salud; que con los de veinticinco a treinta y cinco cobraba cincuenta lises; cien con los de treinta y cinco a sesenta; y doscientos con los de sesenta hasta la última edad del hombre; y respecto a las fantasías, que las satisfacía todas, incluso me prestaba a las fustigaciones.

—¿Y el culo, mi reina? —me dice la Signora Diana—, ¿y el culo?... ¡Es lo más buscado en Italia! Ganaréis más dinero con vuestro culo en un mes, si lo prestáis, que en cuatro años si no presentáis más que el coño.

Aseguré a Diana que, totalmente complaciente sobre esto, por el doble estaría a las órdenes de mis partidarios.

No estuve mucho tiempo de brazos cruzados. Al día siguiente, Diana me avisó de que debía ir a casa del duque de Chablais, que me esperaba para cenar. Después de uno de esos arreglos voluptuosos con que yo sabía embellecer la naturaleza por la mano sabia del arte, llegué a casa de Chablais, por entonces con cuarenta años, conocido en toda Italia por refinamientos libidinosos en los placeres de Venus. El dueño del lugar estaba con uno de sus cortesanos, y los dos me previnieron de que debía ser estupenda con ellos.

—Quitaos todos esos trapos —me dice el duque conduciéndome a un gabinete muy elegante—; el artificio oculta defectos con tanta frecuencia que, con las mujeres, mi amigo y yo hemos decidido no aceptar en adelante más que la desnudez.

Obedezco.

—Jamás se debería ir vestida cuando se posee un cuerpo tan hermoso —me dijeron mis asaltantes.

—Es la historia de todas las francesas —dice el duque—, su talle y su piel son deliciosos: nosotros no tenemos aquí nada parecido.

Y los libertinos me examinaban, me daban la vuelta una y otra vez mirándome de hito en hito, de forma que pronto me dejaron sospechar que no sin razón se les acusaba a los italianos de predilección por los desconocidos encantos de Madame de Lorsange.

—Juliette —me dice el duque—, no está de más preveniros de que, antes de tener relación con nosotros, vais a mostrarnos vuestras facultades con algunos muchachos que haremos pasar uno a uno a este gabinete. Poneos en ese canapé: los hombres que os destino desfilarán por ahí uno tras otro; entrarán por esa puerta y saldrán por la que está enfrente. A medida que lleguen, se las menearéis con todo el arte que debéis de haber traído de Francia, porque no hay país en el mundo donde mejor se sepa menear las vergas. En el momento en que estén a punto de descargar, los acercaréis a la boca de mi amigo o de la mía, y allí perderán su semen. A continuación, e igualmente uno por uno, mi amigo y yo los encularemos. Vos nos serviréis, individualmente, sólo cuando estemos cansados de estas primeras voluptuosidades, y solamente entonces sabréis los últimos deberes que os quedan por cumplir para dar fin a esta escena de lujuria.

Una vez informada, comenzó la escena. Todos los jóvenes a los que tenía que excitar contaban catorce o quince años; de los treinta que despaché de esta forma, ni uno sólo pasaba de esta edad, y todos tenían el rostro más delicioso. Todos descendieron, y algunos por primera vez en su vida. Los dos amigos tragaron el semen de todos, excitándose a sí mismos, ¡y encularon a los treinta! Se sujetaban mutuamente al paciente, se refocilaban cinco o seis minutos en sus culos, sin descargar. Al salir de esta expedición, la lujuria los había inflamado de tal forma que espumeaban de rabia.

—Ahora vos —exclamó el duque—, ¡sois vos, hermosa francesa, la que va a recibir el incienso encendido por tantos guapos muchachos!; sin duda, vuestro culo no será tan estrecho como el suyo, pero nosotros remediamos esto.

Y me humedecieron el ojetete con una esencia cuyo efecto fue tal que me desgarraron y me hicieron sangrar a la hora de encularme; ambos pasaron por él uno después del otro, y ambos descendieron con increíbles señales de placer. En ese instante seis muchachitos los rodeaban; dos besaban sus traseros, dos los acariciaban y dos se turnaban para cosquillarles el culo, manoseándoles los cojones por debajo. Una vieja vino a recogerme y me llevó a mi hotel, después de haberme cobrado mil cequíes. ¡Valor!, me dije, ¡mis paseos por Italia no me costarán muy caros, y economizaré el dinero de Mademoiselle de Lorsange, si encuentro una ganga semejante en todas las ciudades por donde pase! ¡Ah!, pero las flores no siempre nacen al paso de las

cortesanas públicas; y desde el momento en que yo aceptaba por mi gusto ese título, era justo que con los beneficios aceptase igualmente sus cargas: sin embargo, todavía no hemos llegado a los peligros.

Por muy devoto que sea el rey de Cerdeña, le gusta el libertinaje. Chablais le había contado nuestra entrevista: quiso verse conmigo. Diana me previno de que sólo se trataba de recibir de esta mano real algunas lavativas que él se divertiría en verme expulsar mientras yo le excitaba la verga, y que obtendría dos mil cequíes por esta operación. Curiosa por ver si los soberanos descargaban como los otros hombres, no dudé en aceptar. El rey de los deshollinadores se rebajó al papel humillante de boticario; le eché seis lavativas en la boca; y como yo se la meneaba muy bien, descargó voluptuosamente. Me ofreció la mitad de su chocolate, y acepté; hablamos de política. Los derechos que mi nación y mi sexo me concedían, los que acababa de adquirir, mi franqueza natural, todo contribuyó a que me encontrase a mis anchas, y esto es más o menos lo que me atreví a decirle a este pequeño déspota:

—Respetable guardián de Italia, tú que descienes de una casa cuyo engrandecimiento es un verdadero milagro de política, tú, cuyos ancestros, hasta hace poco simples particulares, no se hicieron poderosos más que permitiendo a los príncipes de allende las montañas que atravesasen tus estados para enriquecerse en Italia..., permiso que tus hábiles ancestros sólo les concedían a condición de repartir con ellos las ganancias, en una palabra, reyezuelo de Europa, dígname escucharme un momento.

»Situado más allá de tus montañas como el ave de presa que espera a la paloma para devorarla, empiezas a comprender que en las condiciones en que estás, sólo cuentas para engrandecerte con la estupidez de las cortes o con sus falsas gestiones. Esto es, lo sé, lo que te decían hace treinta años; ¡pero cuánto ha cambiado el sistema desde entonces! La estupidez de las cortes es tan desventajosa ahora para ti como para ellos, y ninguna de sus falsas gestiones puede aportarte ningún provecho. Por lo tanto, amigo mío, deja allí tu espectro, abandona la Saboya a Francia y cíñete a los límites naturales que te ha prescrito la naturaleza. Mira esas montañas soberbias que te dominan del lado de mi patria: ¿no te demuestra la mano que las elevó, al juntarlas así, que tus derechos no pueden sobrepasar esos montes? ¿Qué necesidad tienes de reinar en Francia, tú que ni siquiera sabes reinar en Italia?

»¡Ah, amigo mío!, no propagues la raza de los reyes; ya tenemos sobre la Tierra demasiados individuos inútiles que, engordando con la sustancia de los pueblos, los vejan y tiranizan so pretexto de gobernarlos. No hay nada más inútil en el mundo que un rey; renuncia a ese vano título antes de que se pase de moda y te obliguen quizás a

descender de un trono cuya elevación empieza a cansar los ojos del pueblo. A los hombres filósofos y libres se les hace difícil ver por encima de ellos a un hombre que, bien mirado, no es necesario, ni tiene fuerza, ni merece más. El ungido del Señor ya no es para nosotros un personaje sagrado, y la sabiduría se ríe hoy de un pequeño individuo como tú que, porque ha guardado en sus archivos algunos pergaminos de sus padres, se imagina que está en el derecho de gobernar a los hombres. Amigo mío, tu autoridad no consiste ya más que en la opinión: que esta cambie..., y está muy cerca ya el momento, y te verás en la clase de los mozos de cuerda de tu imperio.

»No creas que se necesita gran cosa para hacerla variar: a medida que los hombres se iluminan, saben apreciar lo que en otro tiempo les cegaba. Ahora bien, tú y los otros como tú no ganáis nada en la operación: empieza a ser sentido unánimemente que un rey no es más que un hombre como otro cualquiera (a todo lo más, sólo por su prudencia podría gobernar a los otros), y que, debilitado por el lujo y el despotismo, no existe ya un solo soberano en el mundo que tenga las cualidades necesarias para semejante función. La primera virtud del que quiere gobernar a los hombres es conocerlos: ¿y cómo lo logrará aquel que, perpetuamente cegado por sus adulaciones... y siempre demasiado alejado de ellos, jamás ha podido apreciarlos ni juzgarlos? No es en el seno de la felicidad donde se aprende a conducir a los semejantes: el que siempre ha sido feliz e ignora lo que le conviene al infortunado ¿podrá mandar a seres gravados siempre por la desgracia? Majestad, hazte agricultor, te lo aconsejo, es el único partido que puedes tomar.

El emperador de las marmotas, un poco sorprendido por mi franqueza, no me respondió más que con zalamerías tan falsas como lo es todo lo que emane de un italiano, y nos separamos.

Por la noche me llevaron a un círculo bastante brillante donde vi, alrededor de un tapiz verde, a la sociedad reunida en dos clases: la de los bribones, por un lado, y la de los engañados, por otro. Allí supe que en Turín tienen la costumbre de robar en el juego, y que un hombre no podía hacer la corte a una mujer si no se dejaba estafar por ella.

—Esta sí que es una agradable costumbre —le digo a una de las jugadoras, que me ponía al corriente.

—Es muy sencillo —me respondió mi informadora—. El juego es un comercio: por lo tanto, deben estar permitidas todas las trampas. ¿Se pone pleito a un negociante porque pone en su ventana planchas que nos inducen a error al ocultar la luz? Está demostrado que todos los medios de enriquecerse son buenos, señora: tanto este como otro.

Entonces me acordé de las máximas de Dorval sobre el robo, y me di cuenta de que no contenían nada que no pudiese aplicarse al juego.

Le pregunté a la mujer que me informaba cómo se podía perfeccionar esta forma de sustraer el bien de otro, asegurándole que yo conocía perfectamente las demás.

—Existen maestros —me respondió—; si queréis, mañana mismo os envío uno.

Acepté. Vino el maestro y en ocho días me formó tan bien en el arte de manejar las cartas que durante los tres meses que estuve en Turín recogí dos mil luis. Cuando llegó el momento de pagar a mi maestro, no me exigió más que mis favores, y como los exigía a la italiana y eso me convenía infinitamente, después de haberme asegurado de su salud, lo dejé gozar como conviene a un hombre cuyo oficio es la traición.

Sbrigani (era el nombre de este maestro) unía a un rostro seductor, a una hermosa verga, la edad de la fuerza y de la salud; treinta años a todo lo más, mucho libertinaje..., filosofía y el mayor arte en apropiarse del bien de los demás, de la manera que fuese. Creí que un hombre semejante podía serme útil en mis viajes; se lo propuse y aceptó.

En Italia, los que buscan a una cortesana no encuentran repelente que esta vaya acompañada por un hombre, sea con el título que sea. Es habitual que el hermano, el padre, el marido se retiren cuando aparece el cliente. Una vez apagados sus fuegos, el pariente vuelve a aparecer, hace círculo con ellos y vuelve a pasar al guardarropa si descubre nuevas tentaciones en el *señor*: se sabe que ampara el encuentro, por el que a su vez es amparado, y el complaciente italiano se presta muy bien a estos arreglos. Como yo sabía bastante bien la lengua de este hermoso país, lo suficiente para hacerme pasar por nativa, asigné al momento a Sbrigani el papel de mi esposo, y partimos para Florencia.

Íbamos despacio; nada nos apremiaba, y yo estaba contenta de contemplar con tranquilidad un país que daría la idea del cielo si pudiese atravesarse sin ver a los hombres. El primer día dormimos en Asti. Esta ciudad, prodigiosamente despojada de su antigua grandeza, no es ya hoy casi nada. Al día siguiente no pasamos de Alejandría: como Sbrigani me había asegurado que allí residían muchos nobles, decidimos pasar algunos días para encontrar timoratos.

En cuanto llegábamos a alguna parte, mi solícito esposo hacía una especie de proclama secreta, pero suficiente, y se cuidaba muy bien de ello, para que todos aquellos que estaban en condiciones de pagar mis encantos pudiesen enterarse más o menos de la mercancía y el precio.

El primero que se presentó fue un viejo príncipe piamontés, retirado de la corte desde hacía diez años; sólo quería, decía, ver mi trasero. Sbrigani le hizo pagar primero cincuenta cequíes; pero pronto el duque, excitado por la perspectiva, exigió mucho más. Siempre

sumisa con mi marido, le digo que no puedo hacer nada sin su participación. El duque, que no estaba en condiciones de emprender un ataque serio, hace saber su deseo de azotarme: esta manía consuela a los amantes del culo, les gusta ultrajar al dios cuyo templo no pueden entreabrir. Al precio de un cequí por golpe, Sbrigani le asegura que puede intentarlo, y, al cabo de un cuarto de hora, tengo trescientos cequíes en mi bolsa. Mi esposo, viendo, por la largueza con que actúa el gran señor, que será posible atraerlo a alguna trampa, se informa de todo lo concerniente a este, y le ruega que conceda a su mujer el favor de cenar con ella. Totalmente engrdeído por este favor, el viejo cortesano acepta.

—Respetable favorito del mayor príncipe de Italia —dice mi esposo presentándole a Augustine, con quien nos habíamos puesto de acuerdo—, ya es hora de que la naturaleza actúe en vuestra alma. Recordad vuestra intriga en Venecia con la Signora Delphine, esposa de un noble de segunda clase: ¡pues bien!, excelencia, aquí está el fruto de esa intriga, Augustine es vuestra hija; abrazadla, señor, es digna de vos. Fui yo quien la formé en su infancia, y decidme si la empresa no ha sido exitosa; me atrevo a jactarme de haber hecho de ella una de las más hermosas y sabias criaturas que haya en Europa. Deseaba encontraros, excelencia, os llevo buscando desde hace mucho tiempo; habiendo oído decir que habitabais en Alejandría, he querido convencerme por mis propios ojos; veo que no me engañé, monseñor; espero que recompenséis mis trabajos y que tengáis algunas bondades para un pobre italiano que no tiene más riquezas que la belleza de su mujer.

El talle esbelto y elegante de Augustine, que hablaba italiano tan bien como yo, sus bonitos ojos negros y la extrema blancura de su piel no tardaron en inflamar al duque piamontés. Y como los atractivos del incesto aumentaban en mucho la dosis de lujuria que esperaba de esta bonita muchacha, después de algunas aclaraciones perfectamente dadas por Sbrigani, el pobre duque aseguró que la sangre le hablaba, que reconocía a Augustine y que iba a asignarle al momento el rango que debía ocupar en su familia.

—Más despacio, monseñor —dice mi ilustre esposo—, ¡vuestra excelencia se imagina que todo ya está hecho! Esta muchacha es mía hasta que no me paguéis los inmensos gastos que me cuesta: diez mil cequíes apenas los pagarían. Sin embargo, el singular honor que habéis querido hacer a mi mujer es causa de que me contente con esa pequeña suma: si queréis que Augustine os siga, haced el favor de pagarla, monseñor; de otra forma no podría dejarla marchar.

El duque, tan rico como disoluto, creyó que no sería demasiado pagar por tan bonito bocado; dio el dinero esa misma noche y mi ayuda de cámara siguió a su pretendido padre. Perfectamente

instruida por nosotros, la querida muchacha, tan hábil como yo al menos cuando se trataba de mermar la propiedad de otro, no tardó en dar un excelente golpe. Habíamos ido a esperarla a Parma: volvió quince días después y nos contó que el duque, perdidamente enamorado de ella, había exigido el tálamo esa misma noche. Cuanto más había representado ella los lazos que se oponían a semejante intriga, más se había excitado el disoluto, más había deseado el goce, asegurando que tales lazos no eran tan estrechos en Italia. Más cómodamente instalado en su casa, pudiendo utilizar incluso terceros o comidas de las que aparentemente no se había atrevido a hacer uso en mi casa, el libertino salió airoso de la prueba, y el encantador culo de Augustine, después de haber sido azotado enérgicamente, acabó por ser follado. La extrema complacencia de esta bella hija había inflamado de tal forma al pobre duque que la había colmado de presentes y le había ofrecido su absoluta confianza. Dueña de todas las llaves, la zorra había puesto pies en polvorosa con el cofre, donde encontramos más de quinientos mil francos.

Después de semejante captura, comprenderéis fácilmente que no nos quedásemos mucho tiempo por los alrededores, aunque el peligro fuese muy pequeño. En Italia no había más que cambiar de provincia para estar al abrigo de la justicia: la de un estado no puede perseguir en el otro; y como se cambia de administración todos los días, y con frecuencia dos veces al día, el crimen cometido por la *tarde* no puede ser perseguido por la *noche*. Nada tan cómodo para viajeros como nosotros, que deseábamos cometer muchos por el camino.

Sin embargo, abandonamos los estados de Parma y nos quedamos en Bolonia. La belleza de las mujeres de esta ciudad no me permitió pasar de largo sin antes hartarme: Sbrigani, que me servía de maravilla, y al que yo cubría de oro, me procuró los medios de satisfacer mi lubricidad en la casa de una viuda amiga suya, apasionada como yo por su sexo. Esta encantadora criatura, de treinta y seis años y hermosa como Venus, conocía a todas las tortilleras de Bolonia: en ocho días me masturbaba con más de ciento cincuenta mujeres, a cual más bonita.

Acabamos por ir a pasar una semana entera a una célebre abadía, cerca de la ciudad, donde mi introductora iba de vez en cuando a hacer incursiones. ¡Oh!, amigos míos, el pincel del Aretino pintaría imperfectamente las inconcebibles lujurias a que nos entregamos en este asilo sagrado. Todas las novicias, varias religiosas, cincuenta internas, ciento veinte mujeres en total, pasaron por nuestras manos; y puedo decir que en mi vida me masturbaron como allí. Las religiosas boloñesas poseen, más que ninguna otra mujer de Europa, el arte de acariciar los coños: pasan su lengua con tal rapidez, del clítoris al coño, y del coño al culo, que, aunque dejan un momento uno para ir

al otro, no parece que varíen; sus dedos tienen una flexibilidad y una agilidad sorprendentes, y no los dejan ociosos con sus Safos... ¡Deliciosas criaturas!, jamás olvidaré vuestros encantos, ni la inconcebible habilidad con que sabéis despertar y mantener los cosquilleos voluptuosos; para mí, los instantes más lúbricos serán aquellos en que recuerde estos placeres.

Eran todas tan bonitas, tan frescas, que me fue imposible hacer una elección; si en algún momento quería decidirme, la multitud de bellezas que venían a turbar mi atención sólo me permitía ofrecer mi homenaje al conjunto. Allí fue, amigos míos, donde realicé lo que las italianas llaman «el rosario». Todas, unas cien en total, provistas de consoladores, nos dispusimos en una sala inmensa y nos ensartamos: las mayores, por el coño; las pequeñas, por el culo, para preservar su virginidad. Una de las mayores se ponía en cada novena, se la llamaba «cuenta gruesa del rosario»; sólo estas tenían derecho a hablar: ordenaban las descargas, prescribían los desplazamientos y, en general, presidían el orden de estas singulares orgías.

Pronto inventaron, otra forma de darme placer: ahora sólo se ocupaban de mí. Tumbada sobre un grupo de seis que me subían y bajaban mediante sus movimientos voluptuosos, las demás se acercaban de seis en seis a consultar mis sensaciones y saciarlas de lubricidades: una me hacía chupar su coño y a otras dos se lo acariciaba con la mano; otra, a caballo sobre mi pecho, se servía de la punta de mis tetas para masturbarse; aquella se frotaba contra mi clítoris, y la sexta se masturbaba ante mis ojos: todas descargaban, todas me inundaban de su jugo, y juzgad si el mío podía negarse a salir.

Por último, les rogué que me enculasen. Ponían un coño bajo mi boca, cuyo semen tragaba yo: este coño era sustituido cada vez que un nuevo consolador me entraba en el culo. Mi amiga se hizo hacer otro tanto en el coño, y era un culo lo que ella besaba.

Durante todo este tiempo, Sbrigani compensaba con su profunda destreza los gastos locos que yo hacía, y mediante cinco o seis extranjeros a quienes desvalijó fueron reparadas mis dilapidaciones. ¡Dichoso talento el de aquel que aprende a asentar siempre sus gastos sobre la fortuna de otro, y que cubre las brechas de la suya por medio de las del otro!

Dejamos Bolonia más o menos tan ricos como lo éramos cuando llegamos, aunque hubiese gastado yo dos mil o tres mil cequíes en extravagancias.

Yo estaba destrozada; pero como los excesos del libertinaje, al fatigar el cuerpo, no hacen sino encender aún más la imaginación, ya proyectaba mil nuevas orgías: me arrepentía de no haber realizado las suficientes, le echaba la culpa de esto a la esterilidad de mi cabeza, y

fue entonces cuando comprobé que el remordimiento por no haberlo hecho todo en el crimen es superior al que sienten las almas débiles por haberse alejado de la virtud.

Tal era el estado de mi físico y mi moral cuando atravesamos los Apeninos. Esta inmensa cadena de montañas que divide Italia posee un gran interés para el viajero curioso: es imposible figurarse lo pintoresco de los sitios que se ofrecen a toda hora en ciertos lugares; por un lado se descubre la vasta llanura de Lombardía, por el otro el Mar Adriático; provistos de un telescopio, nuestra vista alcanzaba más de doscientos kilómetros.

Cenamos en Pietra-Mala, con la intención de ir a ver el volcán. Celosas partidarias de todas las irregularidades de la naturaleza, adorábamos todo lo que caracteriza sus desórdenes, sus caprichos, las terribles fechorías de las que su mano nos da ejemplo cada día, así que, después de una comida bastante mala, a pesar de nuestras precauciones de tener siempre un cocinero delante, avanzamos a pie por la pequeña llanura seca y quemada desde donde se ve tal fenómeno. El terreno que la rodea es arenoso, yermo y lleno de piedras; a medida que se avanza se siente un calor agobiante, y se respira el olor de cobre y hulla que exhala el volcán. Por fin vimos la llama, que una ligera lluvia inesperada hacía más ardiente; este foco puede tener más de diez metros de contorno. Si se cava el suelo por los alrededores, el fuego se enciende enseguida bajo el instrumento que lo desgarrar...

—Es —digo a Sbrigani, que observaba conmigo esta maravilla—, es mi imaginación encendiéndose bajo los vergazos que recibe mi culo...

La tierra que se encuentra en medio del foco está cocida, consumida y negra; la de los alrededores es como la arcilla, y con el mismo olor que el volcán. La llama que sale del foco es extremadamente ardiente, hace arder y consume al instante todos los materiales arrojados a él; su color es violeta como el del espíritu del vino.

A la derecha de Pietra-Mala se ve otro volcán que sólo se enciende cuando se le echa fuego. Nada me pareció tan agradable como la experiencia que hicimos: mediante una vela encendimos toda la llanura. Es necesario que convenga con vosotros, amigos míos, en que con una cabeza como la mía no se debe ver tales cosas; pero la vela que yo aproximaba al suelo lo encendía más despacio de lo que la llama evaporada de este terreno encendía mi espíritu.

—¡Oh, querido! —le digo a Sbrigani—, ¡cómo realizo aquí el deseo de Nerón!; ¿no te dije que al respirar el aire natal de ese monstruo, pronto adoptaría sus inclinaciones?

Cuando ha llovido y el centro de este segundo volcán está lleno

de agua, este elemento asciende hirviendo y sin perder nada de su frescor. ¡Oh, naturaleza, cuán caprichosa eres!... ¿Y no habías de querer que los hombres te imitasen?

Se teme que todos los volcanes que rodean Florencia le causen un día algún daño: la magnitud del trastorno que se percibe en toda esta parte legítima ampliamente estos temores.

Aquí se me ocurrieron algunas ideas comparativas. Me pregunté si no era probable que el incendio de las ciudades de Sodoma, Gomorra, etcétera, etcétera, del que hemos hecho un milagro con el fin de aterrorizarnos sobre el vicio nacional de los habitantes de estas ciudades, si no era muy posible, en fin, que este incendio no se hubiese producido más que porque estas ciudades se encontraban asentadas sobre un suelo semejante a este. Los alrededores del lago Asfaltites, donde estaban situadas, no eran más que volcanes sin extinguir; era un suelo igual a este: ¿por qué obstinarse en ver lo sobrenatural cuando lo que nos rodea puede ser producido por medios tan simples? Incluso se me ocurrieron otras ideas, nacidas de la influencia del clima; y cuando vi que en Sodoma como en Florencia, en Gomorra como en Nápoles, y en los alrededores del Etna como en los del Vesubio, los pueblos sólo quieren y adoran la bribonería, me convencí fácilmente de que la irregularidad de los caprichos del hombre se parece a la de la naturaleza, y que allí donde ella se deprava, también corrompe a sus hijos[57].

Entonces me vi transportada a esas dichosas ciudades de Arabia. Aquí es donde estaba Sodoma, me decía a mí misma, rindamos homenaje a las costumbres de sus habitantes, e, inclinándome sobre el borde del foco, presenté las nalgas a Sbrigani, al tiempo que, delante de nosotros, Augustine nos imitaba con Zéphyr. Cambiamos: Sbrigani se introdujo en el hermoso culo de mi criada, y yo me convertí en la presa de mi camarero. Augustine y yo, la una enfrente de la otra, nos acariciábamos mientras tanto.

—*¡Ciertamente, esta es una ocupación encantadora!* —nos grita de repente una voz terrible que nos pareció salida de detrás de un matorral—. *No se molesten, sólo quiero compartir sus placeres, no turbarlos* —prosiguió esa criatura, una especie de centauro que se acercaba a nosotros, mostrándonos una figura gigantesca como no la habíamos visto nunca en nuestra vida.

El personaje que nos hablaba, de dos metros veinte de altura, con enormes bigotes retorcidos sobre un rostro tan moreno como terrorífico, nos hizo creer por un momento que hablábamos con el príncipe de las tinieblas... Sorprendido por la forma en que le mirábamos, exclama:

—¡Cómo!, ¿no conocíais al eremita de los Apeninos?

—Por supuesto que no —dice Sbrigani—, ¡jamás habíamos oído

hablar de un animal tan terrible como tú!

—¡Pues bien! —nos dice el eremita—, seguidme los cuatro, y os mostraré cosas todavía más asombrosas: las ocupaciones en que os sorprendo me convencen de que sois dignos de observar lo que tengo que enseñaros, y de compartirlo todo conmigo.

—Gigante —dice Sbrigani—, nos gustan las cosas extraordinarias, y, para observarlas, no hay nada que no hagamos; pero la suprema fuerza de que pareces gozar ¿no perjudicará nuestra libertad?

—No, porque os creo dignos de amistad —dice este singular personaje—; sin eso, no hay duda de que la perjudicaría; por lo tanto, tranquilizaos y seguidme.

Decididos a todo por conocer la continuación de esta aventura, avisamos a nuestra gente para que se volviesen a esperarnos en el albergue, hasta que fuésemos a recogerlos. Una vez tomada esta precaución, nos pusimos en marcha bajo la dirección de nuestro gigante.

—No os impacientéis ni os canséis —nos dice nuestro guía—; tenemos un largo camino por recorrer, pero todavía nos quedan siete horas de luz, y llegaremos antes de que los velos de la noche se hayan extendido sobre el universo.

A continuación se hizo el mayor silencio, y yo tuve tiempo de observar el camino y las inmediaciones del lugar adonde nos conducía.

Cuando dejamos la llanura volcánica de Pietra-Mala, remontamos durante una hora una alta montaña situada a la derecha. Desde la cima de esta montaña vimos abismos de más de dos mil toesas de profundidad, adonde nos dirigía nuestra marcha. Toda esta parte está envuelta por bosques tan tupidos, tan prodigiosamente espesos que apenas era posible ver para orientarse. Después de haber bajado en vertical durante más de tres horas, llegamos al borde de un vasto estanque. En una isla situada en medio de esta agua, se veía la torre del palacio que servía de retiro a nuestro guía; la altura de las murallas que lo rodeaban era la causa de que no se pudiese distinguir el techo. Hacía seis horas que andábamos sin que hubiésemos encontrado ni el menor rastro de casas..., ni un individuo se había ofrecido a nuestras miradas. Una barca negra como las góndolas de Venecia nos esperaba al borde del estanque. Fue allí donde pudimos considerar la terrible cuenca en la que nos encontrábamos, rodeada por todas partes de montañas hasta perderse de vista, cuyas agrestes cimas y laderas estaban cubiertas de pinos, malezas y encinas. Era imposible ver algo más agreste y sombrío; uno se creería en el fin del universo. Subimos a la barca; el gigante la manejaba él solo. Del puerto al castillo había trescientas toesas; llegamos al pie de una puerta de hierro, practicada en el grueso muro que rodea el castillo;

allí se nos aparecen unas fosas de tres metros de ancho, las atravesamos por un puente que se elevó en cuanto nos dispusimos a desembarcar; un segundo muro se nos aparece, pasamos una vez más una puerta de hierro y nos hallamos en un macizo de bosques tan espesos que creímos imposible ir más lejos. Y, en efecto, ya no podíamos avanzar, puesto que este macizo, formado por un seto, presentaba una serie de puntas y no ofrecía ningún paso. En su interior se encontraba la última muralla del castillo; tenía tres metros de grosor. El gigante levanta una piedra enorme, que sólo él podía manipular; aparece una escalera tortuosa; la piedra se vuelve a cerrar, y por las entrañas de la tierra llegamos (siempre en tinieblas) al centro de las bodegas de esta casa, desde las cuales subimos por una abertura que estaba tapada por una piedra semejante a la que acabo de citar. Por fin, nos hallamos en una sala de techo bajo tapizada de esqueletos; los asientos de este local estaban hechos de huesos de muertos, y por fuerza había que sentarse encima de cráneos; nos pareció que salían gritos terribles de debajo de la tierra, y pronto supimos que bajo las bóvedas de esta sala estaban situados los calabozos donde gemían las víctimas de este monstruo.

—Ya os tengo —nos dice en cuanto nos sentamos—, estáis en mi poder; puedo hacer con vosotros lo que me apetezca. Sin embargo, no os asustéis: los actos que os he visto cometer son demasiado análogos a mi forma de pensar como para que no os crea dignos de conocer y compartir los placeres de mi retiro. Escuchadme, tengo tiempo de informaros antes de la cena; la prepararán mientras os hablo.

»Soy moscovita, nacido en una pequeña ciudad que se encuentra al borde del Volga. Me llaman Minski. Mi padre me dejó al morir riquezas inmensas, y la naturaleza me proporcionó mis facultades físicas y mis gustos por los favores con que me gratificaba la fortuna. Como no me sentía hecho para vegetar en el fondo de una oscura provincia como aquella donde había visto la luz, me dediqué a viajar; entonces el universo entero no me parecía lo bastante vasto para la extensión de mis deseos; me presentaba límites: yo no los quería. Nacido libertino, impío, disoluto, sanguinario y feroz, no recorrí el mundo más que para conocer sus vicios, y no los adopté más que para refinarlos. Comencé por China, Mongolia y Tartaria; visité toda Asia; remontando hacia Kamchatka, entré en América por el famoso estrecho de Bering. Recorrí esta vasta parte del mundo, pasando alternativamente de pueblos civilizados a pueblos salvajes, no copiando jamás otra cosa que los crímenes de unos, los vicios y las atrocidades de otros. Traje a vuestra Europa inclinaciones tan peligrosas que fui condenado a ser quemado en España, molido a golpes en Francia, colgado en Inglaterra y aporreado en Italia: mis riquezas me preservaron de todo.

»Pasé a África; fue allí donde me di perfecta cuenta de que lo que vosotros tenéis la locura de llamar “depravación” no es más que el estado natural del hombre y, con mayor frecuencia todavía, el resultado del suelo donde la naturaleza lo ha echado. Estos valientes hijos del sol se burlaron de mí cuando quise reprocharles la barbarie con que trataban a sus mujeres. ¿Y qué es una mujer, me respondían, sino el animal doméstico que la naturaleza nos ofrece para satisfacer a la vez nuestras necesidades y nuestros placeres?, ¿cuáles son sus derechos para merecer de nosotros algo más que la bestia de nuestros corrales? La única diferencia que vemos entre los dos, me decían estos pueblos sensatos, es que nuestros animales domésticos pueden merecer alguna indulgencia por su dulzura y sumisión, mientras que las mujeres no merecen más que el rigor y la barbarie, en vista de su perpetuo estado de fraude, maldad, traición y perfidia. Nosotros las fornicamos: además, ¿qué otra cosa puede hacerse con una mujer que se ha fornicado sino servirse de ella como de un buey o un asno, o bien matarla para alimentarse de ella?

»Fue allí, en fin, donde observé al hombre vicioso por temperamento, cruel por instinto, feroz por refinamiento; este carácter me gustó, lo encontré más cercano a la naturaleza, y lo preferí a la simple tosquedad americana, a la picardía europea y a la cínica suavidad del asiático. Habiendo matado a hombres en cacería con los primeros, bebido y mentido con los segundos, follado mucho con los terceros, comí hombres con los últimos. He conservado sus gustos: todos los restos de cadáveres que veis aquí son restos de las criaturas que he devorado; no me alimento más que de carne humana; espero que estéis contentos del regalo que cuento haceros con ella: han matado para nuestra cena a un joven de quince años que follé ayer, debe de estar delicioso.

»Después de diez años de viaje, volví a dar una vuelta por mi patria; mi madre y mi hermana vivían todavía. Yo era el heredero natural de las dos; como no quería volver a poner los pies en Moscovia, creí esencial para mis intereses reunir estas dos sucesiones: las violé y masacré el mismo día. Mi madre era todavía muy hermosa, tan alta como yo, y aunque mi hermana no tuviese más que metro ochenta, era la criatura más soberbia que fuese posible ver en las dos Rusias.

»Recogí lo que me podía corresponder de estas herencias y, con cerca de dos millones a mi disposición para comer todos los años, pasé de nuevo a Italia con la intención de afincarme aquí. Pero yo quería una posición singular, agreste, misteriosa, en la que pudiese entregarme a todos los péfidos extravíos de mi imaginación; y estos extravíos no son pequeños, amigos míos: por pocos días que pasemos juntos, os daréis cuenta de ello, o eso espero. No hay una sola pasión

libertina que no sea querida por mi corazón, ni una fechoría que no me haya divertido. Si no he cometido crímenes ha sido por falta de ocasiones; no tengo que reprocharme el haber desperdiciado una sola oportunidad, y he hecho surgir aquellas que no se decidían con bastante fuerza. Si hubiese tenido la suerte de doblar la suma de mis fechorías, ahora conservaría más agradables recuerdos; porque los del crimen son goces imposibles de multiplicar.

»Este principio va a hacer que aparezca a vuestros ojos como un criminal; lo que vais a ver en esta casa me confirmará, espero, esta reputación. Podéis imaginar la extensión de este lugar: es inmenso y encierra a doscientos chiquillos de cinco a dieciséis años, que en general pasan de mi lecho a mi carnicería, y más o menos el mismo número de jóvenes destinados a fornicarme. Me gusta infinitamente esta sensación: no hay en el mundo una más dulce que la de tener el culo frotado con energía, mientras uno mismo se divierte de cualquier otra forma. Los placeres de que os he visto gozar al borde del volcán me demuestran que compartís esta forma de perder el semen, y he aquí por qué os hablo con tanta franqueza; sin eso, habría hecho de vosotros unas simples víctimas.

»Tengo dos harenes. El primero tiene doscientas chiquillas de cinco a veinte años: me las como cuando, a fuerza de lujuria, se encuentran suficientemente mortificadas; doscientas mujeres de veinte a treinta tiene el segundo: ya veréis cómo las trato. Cincuenta criados de los dos sexos están empleados en el servicio de este considerable número de objetos de lubricidad, y para su reclutamiento dispongo de cien agentes dispersos por todas las grandes ciudades del mundo. ¿Podéis creer que con el movimiento tan prodigioso que exige todo eso no haya para entrar en mi isla más que el camino que acabáis de hacer? No es posible imaginarse la cantidad de criaturas que pasan por este misterioso sendero.

»Jamás serán desgarrados los velos que tiendo sobre todo esto. No es que tenga la menor cosa que temer; esto pertenece a los Estados del gran duque de Toscana; allí se conoce toda la irregularidad de mi conducta, pero el dinero que distribuyo me pone al abrigo de todo.

»Ahora, para acabar de hacerme conocer por vosotros, me falta un pequeño desarrollo de mi persona. Tengo cuarenta y cinco años; son tales mis facultades lúbricas que jamás me acuesto sin haber descargado diez veces. Es verdad que la gran cantidad de carne humana con que me alimento contribuye en mucho a aumentar y espesar la materia seminal. Cualquiera que pruebe este régimen triplicará con seguridad sus facultades libidinosas, independientemente de la fuerza, la salud, la lozanía que este alimento le proporciona. No os hablo desde la complacencia: debe bastaros saber que, una vez se ha probado, no es posible volver a

comer otra cosa, y que no hay una sola carne, de animal o de pescado, que pueda compararse con ella. No se trata más que de vencer las primeras repugnancias y, tras franquear los diques, ya no es posible hartarse. Como espero que descarguemos juntos, es necesario que os prevenga de los terribles síntomas que me causa esta crisis. La preceden, la acompañan espantosos gritos, y los chorros de esperma lanzados se elevan al techo, con frecuencia en un número de quince o veinte. Jamás me agota la multiplicidad de los placeres: mis eyaculaciones son tan tumultuosas, tan abundantes la décima vez como la primera, y al día siguiente jamás siento el cansancio de la víspera. Respecto al miembro del que sale todo esto, aquí está —dice Minski sacando un boquerón de cuarenta y cinco centímetros de largo por cuarenta de circunferencia, coronado por una seta bermeja y ancha como el culo de un sombrero—. Sí, aquí está, siempre en el mismo estado en que lo veis, incluso cuando duermo, incluso cuando ando...

—¡Oh!, ¡santo cielo! —exclamé al ver este instrumento—... Pero, mi querido anfitrión, ¿matáis entonces tantas mujeres y muchachos como veis?...

—Más o menos —me respondió el moscovita—, y puesto que me como todo lo que jodo, eso me evita el trabajo de tener un carnicero. Se necesita mucha filosofía para comprenderme..., lo sé: soy un monstruo vomitado por la naturaleza para cooperar con ella en las destrucciones que exige..., soy un ser único en mi especie... ¡Oh!, sí, conozco todos los insultos que me dedican, pero, bastante fuerte para no necesitar a nadie; bastante sabio para complacerme en mi soledad, para detestar a todos los hombres, para hacer frente a su censura y reírme de sus sentimientos respecto a mí; bastante instruido para pulverizar todos los cultos, para mofarme de todas las religiones y despreciar a todos los dioses; bastante orgulloso para aborrecer todos los gobiernos, para estar por encima de todos los lazos, de todos los frenos, de todos los principios morales, soy feliz en mi pequeño dominio. En él ejerzo todos los derechos de soberano, gozo de todos los placeres del despotismo, no temo a ningún hombre, y vivo contento. Tengo pocas visitas, mejor dicho, ninguna, a menos que en mis paseos encuentre seres que, semejantes a vosotros, me parezcan lo suficientemente filósofos como para que vengan a divertirse un tiempo a mi casa: estos son los únicos a los que invito, y encuentro a pocos. Las fuerzas con que me ha dotado la naturaleza me hacen llegar muy lejos en estos paseos: no hay día que no haga cincuenta o sesenta kilómetros...

—Y, por consiguiente, realizas algunas capturas —interrumpí yo.

—Capturas, robos, incendios, asesinatos: todo lo criminal que se me presenta lo ejecuto, porque la naturaleza me ha dado el gusto y la

facultad de todos los crímenes, y porque no hay ninguno que no quiera y no convierta en otro más de mis dulces placeres.

—¿Y la justicia?

—Es nula en este país; por eso me he afincado aquí: con el dinero se hace todo lo que se quiere..., y yo reparto mucho[58].

Dos esclavos masculinos de Minski, morenos y de rostro horripilante, vinieron a avisarnos de que la cena estaba servida; se pusieron de rodillas delante de su amo, le besaron respetuosamente los cojones y el agujero del culo, y pasamos a otra sala.

—No hay nada especial por vuestra presencia —dice el gigante—: Aunque viniesen a verme todos los reyes de la Tierra, yo no me apartaría de mis costumbres.

Pero el local y los accesorios de la pieza en donde entramos merecen alguna descripción.

—Los muebles que veis aquí —nos dice nuestro anfitrión— están vivos: todos andarán a la menor señal.

Minski hace la señal y la mesa se adelanta: estaba en un rincón de la sala, llegó a ponerse en el medio; cinco sillones se disponen igualmente a su alrededor; dos arañas descenden del techo y planean por encima de la mesa.

—Esta mecánica es sencilla —dice el gigante según nos hace observar de cerca la composición de estos muebles—. Ved que la mesa, las arañas, los sillones están compuestos por grupos de muchachas artísticamente dispuestos; mis platos serán colocados calientes encima de los riñones de estas criaturas; mis velas están introducidas en sus coños, y mi trasero, así como los vuestros, al aposentarse en estos sillones, estarán apoyados en los dulces rostros o en las blancas tetas de estas señoritas: por eso os ruego que os arremanguéis las faldas, señoras, y vosotros, señores, que os quitéis los pantalones, para que, de acuerdo con las palabras de las Escrituras, *la carne pueda descansar sobre la carne*.

—Minski —hice notar a nuestro moscovita—, el papel de estas muchachas es cansado, sobre todo si estáis mucho tiempo en la mesa.

—Lo peor que puede suceder —dice Minski— es que reviente a alguna, y estas pérfidias se reparan demasiado fácilmente como para que se me ocurra preocuparme un momento por ello.

En el instante en que nosotras nos arremangábamos y los hombres se bajaban los pantalones, Minski exigió que le presentásemos nuestras nalgas; las manoseó, las mordió, y observamos que de nuestros cuatro culos el de Sbrigani fue el que festejó más, por un refinamiento de caprichos fácil de suponer en un hombre semejante; lo acarició durante más de un cuarto de hora. Realizada esta ceremonia, nos sentamos a pelo sobre las tetas y los rostros de las sultanas, o, más bien, de las esclavas de Minski.

Doce muchachas desnudas, de veinte a veinticinco años, sirvieron los platos sobre las mesas vivas, y como eran de plata y estaban muy calientes, quemaban las nalgas o las tetas de las criaturas que formaban estas mesas, de lo que resultaba un movimiento convulsivo muy gustoso, que se parecía al de las olas del mar. Más de veinte entradas o platos de asado guarnecían la mesa, y sobre mesas auxiliares formadas por cuatro muchachas agrupadas, y que se aproximaron igualmente a la menor señal, se colocaron vinos de todos los tipos.

—Amigos míos —nos dice nuestro huésped—, os he avisado de que aquí no nos alimentábamos más que de carne humana; ninguno de los platos que veis está falto de ella.

—Los probaremos —dice Sbrigani—; la repugnancia es algo absurdo: nace tan sólo de la falta de costumbre; todas las carnes están hechas para alimentar al hombre, todas nos han sido ofrecidas a este efecto por la naturaleza, y no es más extraordinario comerse a un hombre que a un pollo.

Y diciendo esto, mi esposo pinchó un tenedor en un cuarto de muchacho que le pareció muy bien cocinado, y tras haber puesto al menos dos libras en su plato, las devoró. Yo lo imité. Minski nos animaba; y como su apetito igualaba a todas sus pasiones, pronto había vaciado una docena de platos.

Minski bebía igual que comía: estaba ya en su botella de Borgoña número treinta cuando se sirvió el segundo plato, que regó de champán; el Aleático, el Falerno y otros vinos exquisitos de Italia fueron tragados con el postre.

Más de treinta nuevas botellas de vino habían entrado ya en las entrañas de nuestro antropófago cuando, con sus sentidos suficientemente embriagados por todas estas orgías físicas y morales, el villano nos declaró que deseaba descargar.

—No quiero follaros a ninguno de vosotros cuatro —nos dice— porque os mataría; pero, al menos, serviréis a mis placeres..., los miraréis: os considero dignos de que os pongáis calientes al verme... Vamos, ¿a quién queréis que folle?

—Yo quiero —digo a Minski, que se inclinaba lúbricamente sobre mi seno y que parecía desearme mucho—, quiero que encoñes y que encules delante de mí a una niñita de siete años.

Minski hace una señal y la niña aparece. Una máquina muy ingeniosa servía para las violaciones de este libertino. Era una especie de escabel de hierro sobre el cual la víctima apoyaba solamente los riñones o el vientre, según la parte que debía ofrecer; los miembros de la víctima eran atados a cuatro ramas que caían en cruz al suelo..., y aquella, por su posición, ofrecía al sacrificador, en la mayor separación posible, o el coño, si se la ataba por los riñones, o el culo,

si lo era por el vientre. No había nada tan bonito como la criaturita que iba a inmolar este bárbaro, y nada me divertía tanto como la increíble desproporción entre el asaltante y la víctima. Minski se levanta de la mesa hecho una furia:

—Desnudaos —nos dice a los cuatro—; vosotros —prosiguió mientras señalaba a Zéphyr y Sbrigani— me encularéis mientras actúo, y vosotras —añade tocándonos a Augustine y a mí— me dejaréis que bese vuestros culos juntos.

Todo se dispone; atan a la niña primero por la espalda. No exagero al asegurar que el miembro que la iba a perforar era más grueso que su cintura. Minski jura, relincha como un animal, olfatea el orificio que va a perforar. Yo me complacía en dirigir este miembro. Ningún arte fue empleado aquí, era necesario que la naturaleza sola hiciese todos los esfuerzos necesarios cuando se trataba de una fechoría que la divertía, la servía y la deleitaba. En tres embates el instrumento está dentro, las carnes se abren, la sangre corre y la virgen pierde el conocimiento.

—¡Ah!, ¡bien! —dice Minski, que comenzaba a rugir como un león—, bien, era lo que deseaba.

¡Oh, amigos míos!, el crimen se remata, se encula a Minski, él besa, muerde, acaricia alternativamente las nalgas de Augustine y las mías; un grito terrible anuncia su éxtasis, profiere terribles blasfemias... ¡El criminal, al descargar, había estrangulado a su víctima!; la desgraciada ya no respiraba.

—Es igual —nos dice—, ahora ya no se defenderá, no será necesario atarla.

Y tras darle la vuelta, muerta como estaba, el libertino la sodomiza, estrangulando igualmente a una de las muchachas que acababan de servir en la cena, y que a propósito había hecho que se acercase a él...

—¡Qué! —dije yo en cuanto acabó de descargar por segunda vez—, ¿no hay una vez que no gocéis de este placer sin que cueste la vida a un individuo?

—Por lo menos —me respondió el ogro— es necesario que muera una criatura humana mientras yo folio: no descargaría sin la unión de los suspiros de la muerta con los de mi lubricidad, y siempre debo la eyaculación de mi semen a la idea de esta muerte que ocasiono.

»Pasemos a otra pieza —continúa este antropófago—, allí nos esperan los helados, el café y los licores. —Después se vuelve hacia mis dos hombres y les dice—: Amigos, me habéis fornicado maravillosamente; habéis encontrado ancho mi culo, ¿verdad? No importa, estoy convencido de que os ha dado placer: el semen que ambos habéis expulsado me responde de lo que digo. En cuanto a vosotras, mujeres encantadoras, vuestras nalgas me han deleitado

poderosamente; como testimonio de mi agradecimiento, dejo a vuestra disposición, durante dos horas, a todas las bellezas de mi serrallo, para que podáis hartaros de voluptuosidades como gustéis.

—Hombre amable —digo al gigante—, es todo lo que pedimos; la voluptuosidad debe coronar la lujuria, y las recompensas del libertinaje sólo deben ser ofrecidas por la mano de la lubricidad.

Entramos. Por el olor que reinaba en este lugar, adivinamos enseguida qué tipo de helados eran los que nos habían ofrecido. En cinco cuencos de porcelana blanca estaban dispuestos doce o quince mojones de la forma más bonita y del mayor frescor.

—Estos son —nos dice el ogro— los helados que acostumbro a tomar después de las comidas; no hay nada que facilite tanto la digestión y que al mismo tiempo dé tanto placer. Estos mojones proceden de los más hermosos culos de mi serrallo, podéis comerlos con toda confianza.

—Minski —respondí—, se necesita estar muy acostumbrado antes de proceder a estos postres; quizá podríamos adoptar este hábito en un momento de extravío, pero a sangre fría, imposible.

—En buena hora —dice el ogro apoderándose de un cuenco y devorando su contenido—; haced como queráis, no os obligo. Tened, ahí hay licores: en cuanto a mí, sólo beberé después.

Nada tan lúgubre como la iluminación de esta sala; era digna de todo lo demás. Veinticuatro cabezas de muertos sujetaban entre sí una lámpara cuyos rayos salían por los ojos y los maxilares: jamás había visto algo tan terrible. Aquí, el ogro, que se excitaba de nuevo, quiso acercarse a mí: puse tanto arte en evitarlo que le hice desistir de sus deseos. Jóvenes muchachos servían en esta pieza, le hice encular uno de doce años, que cayó muerto al salir de sus brazos.

Minski se dio cuenta por fin de que, agotados por el cansancio, no estábamos ya en condiciones de seguirlo. Nos hizo llevar por sus esclavos a una galería soberbia, donde cuatro nichos de espejos, enfrente unos de otros, contenían las camas necesarias para que descansáramos. Un número igual de muchachas tenía orden de velarnos para alejar los insectos y quemar incienso durante nuestro sueño.

Era tarde cuando nos despertamos. Nuestras guardianas nos mostraron cuartos de baño donde, servidos por ellas, nos refrescamos maravillosamente; después nos condujeron a unos escusados y nos hicieron cagar de una forma tan cómoda como voluptuosa, que nosotros no conocíamos todavía. Metían sus dedos en esencia de rosa y después los introducían en el ano; sacaban dulce y suavemente todas las materias que hubiese dentro..., pero con tal arte y una habilidad tan prodigiosa que se tenía todo el placer de la operación sin ninguno de sus dolores. En cuanto esto acabó, limpiaron todas las partes con su

lengua, con una ligereza y destreza sin igual.

Sobre las once, Minski nos hizo saber que se nos haría el honor de poder visitarlo en la cama. Entramos; su dormitorio era muy grande, se veían soberbios frescos que representaban diez grupos de libertinaje, cuya composición bien podía pasar por el *non plus ultra* de la lujuria.

Al fondo de esta pieza había una vasta recámara rodeada de espejos y adornada con dieciséis columnas de mármol negro, a cada una de las cuales estaba atada una joven vista por detrás. Por medio de dos cordones de llamada colocados a la cabecera de la cama de nuestro héroe, este podía hacer llegar, sobre cada uno de los culos presentados, un suplicio siempre diferente, que duraba hasta que retiraba el cordón. Además de estas dieciséis muchachas, había otras seis y doce muchachos, tanto agentes como pacientes, alojados en gabinetes vecinos para el servicio libertino de su dueño por la noche. Durante su sueño dos dueñas vigilaban todo.

Lo primero que hizo cuando nos acercamos fue hacernos ver que la tenía empalmada; se rio de una forma horrible al mostrarnos su instrumento monstruoso. Nos pidió el culo; obedecimos; al palpar el de Augustine, aseguró que lo encularía antes de que acabase el día: la desgraciada se estremeció; excitó mucho a Sbrigani y pareció divertirse con sus nalgas; se acariciaron el ano y obtuvieron el mayor placer. Nos preguntó si queríamos ver la forma en que podía herir a la vez a las dieciséis muchachas atadas a las columnas. Yo lo presioné para que nos mostrase esa singular máquina. Tira de sus funestos cordones y las dieciséis desgraciadas, gritando todas a la vez, reciben individualmente una herida diferente. Unas fueron pinchadas, quemadas, flageladas; otras, atenazadas, cortadas, pellizcadas, arañadas, y todo se hacía con tal fuerza que la sangre corrió por todas partes.

—Si redoblase la fuerza —nos dice Minski—, y eso me sucede algunas veces según el estado de mis cojones, en fin, si la redoblase, esas dieciséis putas perecerían de un solo golpe ante mis ojos; me gusta dormirme con la idea de poder cometer simultáneamente dieciséis asesinatos, al más pequeño de mis deseos.

—Minski —digo a mi anfitrión—, tenéis las suficientes mujeres para hacer ese pequeño sacrificio: mis amigos y yo os pedimos que nos deis una prueba de esa encantadora escena.

—De acuerdo —dice Minski—, pero quiero descargar mientras actúo: dejadme que sodomice a vuestra dama de compañía, su culo me gusta, y veréis perecer a mis dieciséis mujeres cuando lance mi esperma en el ano.

—¡Entonces serán diecisiete! —exclamó Augustine al tiempo que nos suplicaba que no la entregásemos a ese monstruo—, ¿cómo

queréis que soporte semejante operación?

—De la mejor forma del mundo —dice Minski.

Y tras hacerla desvestir por sus mujeres, enseguida la puso en la postura propicia a sus deseos.

—No tengáis miedo —continuó—, jamás se me ha resistido ninguna mujer, y todos los días fornico a otras más jóvenes que vos.

Adivinando por los ojos del moscovita que el rechazo sólo serviría para irritarlo, únicamente nos atrevimos a mostrarle la pena que nos ocasionaba un deseo parecido.

—Dejadme hacer —me dice Minski muy bajo—, os lo he dicho, esta muchacha me excita, tiene un culo que me encoleriza; si la mato o la estropeo os la sustituiré por otras dos infinitamente más hermosas.

Y tras estas palabras, dos de las jóvenes que estaban de servicio en la habitación, ocupadas en los preparativos, humedecen el instrumento y lo presentan al agujero. Minski estaba tan acostumbrado a todos estos horrores que para él solo fue cuestión de un instante: dos embates meten el puñal en el fondo del culo de la víctima tan rápidamente que apenas lo vimos desaparecer; el villano se reía mientras tanto. Augustine se desmaya, y sus nalgas se inundaron de sangre. Minski, en las nubes, se excita todavía más; cuatro muchachas y otros tantos muchachos lo rodean: todos están tan habituados a los cuidados que deben prestarle en esos momentos que en un segundo todo está en su lugar. Augustine está cubierta, ya no la vemos. El ogro blasfema, está a punto de alcanzar su objetivo, descarga: los cordones parten, dieciséis diferentes maneras de cortar la vida quitan la luz a las dieciséis criaturas atadas. Sólo dan un grito, y todas expiran en el mismo momento, una apuñalada, otra ahogada, aquella muerta por una bala; en fin, ninguna había sido golpeada de la misma manera y todas habían expirado a la vez.

—Vuestra Augustine tenía razón, creo —nos dice Minski fríamente, saliendo del culo—; sí, ciertamente, tenía mucha razón cuando decía que sería la diecisiete...

Y enseguida pudimos ver a la desgraciada, estrangulada y a la vez cubierta de diez puñaladas: el criminal había actuado no sé cómo, sin que nosotros nos hubiésemos dado cuenta de nada.

—No hay nada que me guste tanto como estrangularlas mientras las jodo —dice flemáticamente este terrible libertino—... Nada de lamentaciones: os prometí daros a dos más bellas, mantendré mi palabra... Pero era necesario que ella pasase por esto, su jodido culo me volvía loco, y mis deseos son siempre órdenes de muerte para los objetos de mis orgías.

Las dueñas tiraron el cadáver de mi desgraciada amiga en medio de la habitación; a ella se unieron los de las dieciséis muchachas

atadas a las columnas; y Minski, después de haber examinado un momento este montón, de haberlas manoseado a todas, de haber mordido algunas nalgas y algunas tetas, designó a tres para su cocina, entre las cuales se hallaba la desgraciada que acabábamos de perder.

—Que las preparen para nuestra cena —dice— mientras paso a una de mis salas a solas con Juliette.

En este punto, Sbrigani me dice al oído que estimaba prudente desconfiar de un monstruo semejante, y que haríamos bien pidiendo la salida de sus estados lo más pronto posible. Como yo encontraba tan peligroso quedarnos como pedir nuestra salida, al entrar con Minski en la sala adonde me conducía, me contenté con probarle por mi aire frío hasta qué punto la indignidad de su proceder me infundía sospechas sobre lo que quizá se permitiría hacer de un momento a otro con mi persona.

—Escuchadme —me dice el ogro atrayéndome a una silla cercana —, os creía lo bastante filósofa como para no lamentar tanto a esa muchacha y estar convencida de que los derechos de la hospitalidad no podían tener acceso a un alma como la mía.

—Jamás repararéis esta pérdida.

—¿Por qué no?

—Yo la amaba.

—¡Ah!, si en la lubricidad todavía sois tan necia como para amar al objeto que os sirve, es cierto que no hay nada que decir; en vano buscaría razonamientos para convencerlos: no los hay contra la estupidez.

—La verdad, es por mí misma: tengo miedo, ya que no respetáis nada. ¿Quién me dice que no vais a tratarme como lo habéis hecho con mi amiga?

—Nadie, nadie en absoluto —dice Minski—, y si yo desease asesinaros no existiríais más de un cuarto de hora. Pero os consideré tan criminal como yo y, dado que os parecéis a mí, prefiero teneros como cómplice que como víctima. Los dos hombres que os acompañan me parecen lo mismo; como vos, los creo menos propios para servir mis lujurias que para compartirlas: vuestra seguridad está en esta hipótesis. Era preciso que Augustine se fuese al otro mundo; soy un buen fisonomista: más complaciente que criminal, ella se prestaba a lo que vos deseabais, pero distaba mucho de hacer lo que quería. ¡Oh, Juliette!, no hay nada sagrado para mí: conservar la vida de los cuatro hubiese sido creer en los derechos de la hospitalidad... La apariencia..., la sola idea de una virtud me da horror; tenía que violar esos derechos..., al menos de alguna manera: ahora ya estoy satisfecho, estad tranquila.

—Minski, me habláis con una franqueza que merece la mía. En todo esto hay más temor por mí misma que pena por Augustine.

Conocéis lo suficiente mi corazón como para creerlo incapaz de llorar a un objeto de libertinaje; he sacrificado a muchos en mi vida, y os juro que jamás he lamentado a ninguno. —Y como iba a levantarse—: No —le digo, rogándole que se volviese a sentar—, acabáis de hacer un proceso contra la virtud de la hospitalidad, Minski; me gustan los principios: sugeridme los vuestros sobre este tema. Aunque no respete ninguna virtud, yo no me he deshecho de mis máximas sobre la hospitalidad, quizás incluso todavía me atreva a creerlas inviolables: destruid, combatid, extirpad, Minski, os escucho.

—La mayor de todas las extravagancias, sin duda alguna —dice el gigante con aire de agradecerme la oportunidad que le brindaba de desarrollar su inteligencia—, es la que nos hace considerar sagrado a un individuo a quien la curiosidad, la necesidad o el azar llevan a nuestro hogar. Aquello que nos puede hacer caer en este error no es otra cosa que un motivo personal: cuanto más cerca está un pueblo de la naturaleza, menos tiene en cuenta los derechos de la hospitalidad; por el contrario, infinidad de salvajes tienden emboscadas a los viajeros para atraerlos a sus casas, y los inmolan en cuanto los capturan. En cambio, algunas naciones débiles y burdas actúan de diferente manera y se apresuran a festejar a los que los visitan, y, en este punto, llevan la honradez hasta el extremo de presentarles a sus mujeres y sus hijos de uno y otro sexo. No nos dejemos engañar por este comportamiento: sigue siendo el fruto del egoísmo. Los pueblos que así se conducen buscan apoyo, protección entre los extranjeros que los visitan; al encontrarlos más fuertes, más hermosos que ellos, desearían que estos extranjeros se afincasen en su país, bien para defenderlos, bien para que les den, con sus mujeres, hijos que regeneren su nación. Este es el objetivo de esa hospitalidad seductora y que a los estúpidos se les ocurre alabar: convenceos de que no la infunde ningún otro sentimiento.

»Otros pueblos esperan goces de los huéspedes que reciben, y los miman para servirse de ellos: los joden. Pero ninguna nación, podéis estar segura, ejerce gratuitamente la hospitalidad. Leed la historia de todas las naciones, y en todas descubriréis los motivos que las llevaron a recibir generosamente a sus huéspedes.

»Porque, efectivamente, ¿hay algo más ridículo que acoger en la casa de uno a un individuo del que no se espera nada? ¿En virtud de qué se siente impulsado un hombre a hacer el bien a otro hombre? ¿La semejanza moral o material de un cuerpo con otro trae consigo, para uno de esos cuerpos, la necesidad de hacer el bien al otro? Estimo a los hombres en la medida en que me sirven; los desprecio y detesto igualmente en cuanto no pueden serme útiles; porque al no tener ya más que vicios que oponerme y al ser sólo terribles desde mi punto de vista, debo huir de ellos como de las bestias feroces que, desde ese

momento, sólo pueden perjudicarme.

»La hospitalidad fue la virtud predicada por el débil: sin asilo, sin energía, esperando su bienestar sólo de los otros, debe preconizar efectivamente una virtud que le asegure una protección. ¿Pero qué necesidad tiene el fuerte de semejante acción?... Utilizada por él sin obtener nunca nada a cambio, ¿sería un tonto si se sometiese a ella! Ahora bien, yo os pregunto si una acción cualquiera puede ser reputada realmente de virtud cuando no sirve más que a una de las clases de la sociedad.

»¡En qué peligros precipitan los que la ejercen a los infortunados que albergan! Al acostumbrarlos a la holgazanería, pervierten las cualidades morales de estos huéspedes perezosos, que pronto acabarán por ir a instalarse en vuestras casas a la fuerza, cuando vuestra generosidad no les abra ya sus puertas, de la misma forma que los mendigos acaban por robaros cuando les negáis limosna. Entonces, si analizamos una acción cualquiera, ¿en qué se queda, por favor, cuando por una parte veis que es inútil y por otra que es peligrosa? Responded con franqueza, Juliette, ¿es una acción semejante lo que osáis considerar como una virtud?, y si queréis ser justa, ¿no relegaríais más bien esta acción al rango de los vicios? No lo dudemos, la hospitalidad es tan peligrosa como la limosna. Todos los comportamientos que emanan de la bondad, sentimiento nacido de la debilidad y del orgullo, son en general perniciosos por una infinidad de aspectos; y el hombre sabio, protegiendo su corazón contra todos estos impulsos pusilánimes, debe cuidarse mucho de las funestas consecuencias a las que estos nos arrastran.

»Los habitantes de una de las islas Cicladadas son tan enemigos de la hospitalidad que se muestran absolutamente inaccesibles para los extranjeros. Los temen y los detestan hasta el punto de no coger de sus manos lo que les ofrecen: lo reciben entre hojas verdes y a continuación lo atan a la punta de un bastón. Si por casualidad toca su piel un extranjero, se la purifican al instante frotando la parte con hierbas.

»Con una tribu brasileña no se trata más que a cien pasos de distancia, y siempre con las armas en la mano[59].

»Los africanos de Zanguebar son tan enemigos de la hospitalidad que masacran sin piedad a todos los que se acercan a su país[60].

»Los tracios y los habitantes de Taurida saquearon y mataron durante siglos a todos los que iban a visitarlos[61].

»Todavía hoy, los árabes despojan y reducen a la esclavitud a todos los seres que los vientos lanzan a sus costas.

»Durante mucho tiempo, Egipto fue inaccesible para los extranjeros: el gobierno ordenó reducir a la servidumbre, o matar, a todo aquel que fuese sorprendido a lo largo de la costa.

»En Atenas, en Esparta, estaba prohibida la hospitalidad: se castigaba con la muerte a los que la imploraban[62].

»Varios gobiernos se arrojan derechos sobre los extranjeros: los condenan a muerte y confiscan sus bienes.

»El rey de Aquem se apodera de todos los navíos que naufragan en sus costas.

»La asociabilidad endurece el corazón del hombre y, de esta manera, lo hace más útil para las grandes acciones. A partir de aquí, el robo y el asesinato se erigen en virtud, y sólo en las naciones donde esto ocurre se ven grandes hazañas y grandes hombres.

»En Kamchatka, el asesinato de extranjeros es una buena acción.

»Los negros de Loango llevan aún más lejos su horror por las virtudes hospitalarias: ni siquiera soportan que se entierre a un extranjero en su país.

»El universo entero, en fin, nos ofrece ejemplos del odio de los pueblos que lo habitan por las virtudes hospitalarias. Y de estos ejemplos y de nuestras reflexiones debemos sacar la conclusión de que, sin duda, no hay nada más pernicioso, más contrario a la propia fuerza y a la de los otros, que una virtud cuyo objeto es impulsar al rico a conceder al pobre un asilo del que este se aprovechará sólo en detrimento suyo y del individuo que se lo ofrece. Sólo dos motivos llevan a los extranjeros a un país, la curiosidad o el placer de engañar: en el primer caso, que paguen; en el segundo, que sean castigados.

—¡Oh!, Minski —respondí—, me habéis convencido. Desde hace mucho abrazaba yo máximas muy semejantes a las que vos tenéis sobre la hospitalidad, la caridad y la bondad, de ahí que comparta totalmente vuestra opinión. Pero todavía hay algo que quiero me aclaréis. Augustine, con quien estaba encariñada desde hacía algún tiempo, tiene padres en el infortunio, y me los encomendó cuando partimos, rogándome que cuidase de ellos en el caso de que a ella le ocurriese algo durante el viaje: ¿debo darles una recompensa?

—Por supuesto que no —respondió Minski—. ¿Y por qué deberíais algo a los padres de vuestra amiga?, ¿qué pretensiones pueden tener con respecto a vuestras bondades? Vos habéis pagado, mantenido a esa muchacha mientras os ha servido; no hay ninguna relación entre sus padres y ella; vos no debéis absolutamente nada a sus padres. Si vuestras ideas sobre la nulidad del vínculo fraternal entre los hombres son tan claras como vuestra filosofía parece demostrar, si vuestra cabeza ha madurado esas ideas, debéis comprender, en primer lugar, que entre Augustine y los servicios prestados por ella no existe ningún tipo de lazo, porque esos servicios sólo son ya una acción pasada y la que los prestó ya no tiene posibilidad de acción alguna. Por lo tanto, sólo hay ilusión, quimera, entre una y otra cosa. El único sentimiento que podría quedarnos sería

el del agradecimiento, y vos sabéis que el reconocimiento no puede darse en un alma orgullosa. Aquel que niega un favor a otro, o aquel que, habiéndolo recibido, imagina no deber nada, porque la acción sólo ha servido al orgullo del bienhechor, este, digo, es más grande que aquel que, encadenándose a ese bienhechor, le prepara el placer de arrastrarlo a su carro como una víctima triunfal. Voy más lejos, y quizás os lo haya dicho ya, pero debe desearse la muerte del bienhechor con el que no se ha cumplido; aunque alguien llegase a dársela por su propia mano, no me sorprendería. ¡Oh, Juliette!, ¡cómo sirven el estudio y la reflexión para conocer el corazón del hombre, y cómo se desea hacer frente a esos principios desde el momento en que se sabe quién los creó!, ¡porque todo pertenece al hombre, todo procede del hombre!, ¿y con qué derecho queréis hacerme respetar lo que no es más que obra de mi semejante? Sí, lo reverga, una vez realizado este estudio profundo, muchos crímenes, que les parecerían atroces a los estúpidos, no nos parecen ya más que muy simples. Que se les diga a las almas vulgares que Pedro, después de haber recibido cien luises de Pablo en un estado de necesidad urgente, le ha clavado un puñal en el pecho por todo reconocimiento...; los imbéciles darán rienda suelta a su cólera, gritarán ante esa atrocidad, y, sin embargo, el alma de ese asesino es mucho más grande que la de su adversario, ya que el primero, obligándose, no ha hecho más que sacrificar su orgullo, y el segundo no ha podido soportar ver el suyo humillado: y, por tanto, esta es la ingratitud de una hermosa acción.

»¡Débiles mortales, cuán ciegamente os creáis vicios y virtudes!; ¡y cuán rápidamente invierte sus puestos el más mínimo examen! No te imaginas, Juliette, la invencible inclinación que sentí siempre por la ingratitud: es la virtud de mi corazón, y me he rebelado siempre que han querido obligarme. Un día decía yo a cierta persona que me ofrecía sus servicios: “¡ah!, tened cuidado de que no os tome la palabra, si no queréis que os deteste”.

»Además, esta especie de caridad que queréis hacer con los padres infortunados de Augustine, ¿no caería acaso en todos los inconvenientes de la limosna y de la piedad, de los que me habéis parecido tan convencida? Juliette, la caridad sólo estafa, la bondad sólo hace ingratos; convenceos de estos sistemas y consolaos, ya que no seré yo quien os haga la víctima de ellos.

—Esos principios me hacen igualmente feliz —digo al gigante—. La virtud siempre me ha horrorizado; jamás me infundió ningún placer.

Y para convencer al moscovita, le conté la terrible catástrofe por la que se había hundido toda mi fortuna, por haber sido un día virtuosa.

—Yo no tengo que hacerme reproches parecidos —dice Minski—,

y desde mi más tierna infancia, mi corazón no fue combatido ni un momento por esos sentimientos pusilánimes cuyos efectos son tan peligrosos. Odio la virtud tanto como la religión, a ambas las considero funestas por igual, y jamás se me verá doblegarme bajo su yugo. No conozco otro remordimiento que el de no haber cometido bastantes crímenes. En una palabra, el crimen es mi elemento, sólo él me hace vivir y me inspira, sólo vivo para él, y no haría más que vegetar sobre la Tierra si dejase de cometer al menos uno por hora.

—Con esa forma de pensar —respondí al gigante—, debéis de haber sido el verdugo de vuestra familia...

—¡Ay, desgraciado de mí! Me faltó mi padre, y es lo que me aflige: yo era demasiado joven cuando él murió. Pero los demás pasaron todos por mi mano. Ya os he referido la muerte de mi madre y de mi hermana: me hubiese gustado verlas renacer para tener el placer de masacrarlas de nuevo; ahora soy muy desgraciado porque no puedo sacrificar ya más que víctimas ordinarias; mi corazón está aburrido, ya no gozo.

—¡Oh, Minski! ¡Feliz de vos! —exclamé—. Yo, como vos, he tanteado esos placeres, pero no con tanta extensión... Amigo, me volvéis loca hasta un punto prodigioso. Tengo que pedir os una gracia: que me dejéis cosechar a mi gusto en vuestras innumerables posesiones. ¡Abridme ese inmenso campo de crímenes y de lubricidad, para que lo fertilice con semen y cadáveres!

—Te la concedo —dice Minski—, pero con una condición: no os propongo sodomizaros: os destrozaría; pero exijo la entrega total de ese joven, hablo de Zéphyr.

Dudo... Al instante se eleva un puñal sobre mi pecho.

—Elegid —dice ese hombre feroz— entre la muerte o los placeres que puede ofreceros mi casa.

¡Ay!, a pesar de mi afecto por Zéphyr, cedí..., ¿qué otra cosa podía hacer?

Cuarta parte

ENTRAMOS en otra habitación. Guapos muchachos medio desnudos nos ofrecieron una magnífica comida, frutas, pasteles, leche y bebidas calientes, y mientras nos presentaban los platos hacían mil contorsiones, mil travesuras a cual más libertina. Mis dos hombres y yo comimos largamente. A Minski le sirvieron cosas más sólidas: ocho o diez trozos de pudín hecho con sangre de vírgenes y dos pasteles de cojones bastaron para hartarlo, en cuanto que dieciocho botellas de vino griego diluyeron estos víveres en su prodigioso estómago. Azotó hasta hacer sangrar a una docena de estos pequeños coperos, con los que buscó querella sin ningún fundamento. Como uno de ellos se resistió, le rompió los dos brazos con la misma flema que si se tratase de la cosa más sencilla del mundo; apuñaló a otros dos y empezamos nuestra inspección.

La primera sala en la que entramos contenía doscientas mujeres de veinte a treinta y cinco años. Apenas hicimos acto de presencia, y esta costumbre está consagrada, dos verdugos se apoderaron de una víctima y la colgaron ante nuestros ojos. Minski se acerca a la criatura colgada, le manosea las nalgas, se las muerde, y al instante todas las mujeres se colocan en seis filas. Recorrimos estas filas a lo largo para ver mejor a aquellas que las formaban. La manera en que iban vestidas estas mujeres no ocultaba ninguno de sus encantos; las ceñía un sencillo ropaje sin velar el pecho ni las nalgas, pero no se veían sus coños: este refinamiento, deseado por Minski, ocultaba a sus ojos libertinos un templo en el que jamás encendía su incienso.

En uno de los extremos de la estancia había otra sala no tan grande con veinticinco camas. Ahí ponían a las mujeres heridas por las intemperancias del ogro, o a las que caían enfermas.

—Si la enfermedad llega a ser grave —me dice Minski abriendo una de las ventanas de esta sala—, aquí es donde las pongo.

Pero ¡cuál no sería mi asombro cuando veo el patio al que daba la ventana lleno de osos, leones, leopardos y tigres!

—No hay duda —digo al ver este horrible lugar—, esas son medicinas que deben sacarlas rápidamente del apuro.

—Por supuesto. En ese lugar no se necesita más que un minuto para curarlas: así evito el aire enrarecido. Por otra parte, ¿qué utilidad puede tener para la lujuria una mujer mancillada, corrompida por la enfermedad? Mediante este procedimiento me ahorro gastos; porque convendréis conmigo, Juliette, en que una mujer enferma no vale lo que cuesta.

La misma ley era válida para los otros serrallos.

Minski visita a las enfermas; seis, a las que encuentra solamente

un poco peor que a las otras, son arrancadas sin piedad de su cama y lanzadas, ante nuestros ojos, a la casa de las fieras, donde son devoradas en menos de tres minutos.

—Este es —me dice muy bajo Minski— uno de los suplicios que más excitan mi imaginación.

—Te digo otro tanto, querido —respondo al gigante mientras devoraba el espectáculo con mis ojos—, pon tu mano aquí —continué, poniéndola sobre mi coño— y verás si comparto tu delirio...

Me estaba corriendo. Minski, adivinando entonces que me pondría muy contenta viéndole hacer una segunda limpieza, volvió a visitar las camas, y esta vez hizo arrastrar a desgraciadas muchachas que no estaban allí más que por heridas casi curadas. Se estremecieron ante su suerte. Para divertirnos durante más tiempo, y más cruelmente, les hicimos observar a los furiosos animales en cuyo pasto iban a convertirse. Minski les arañaba las nalgas y yo les pellizcaba las tetas. Las echan a las fieras. El gigante y yo nos excitamos durante el suplicio: en mi vida he perdido semen de un modo más lúbrico.

Recorrimos las otras salas, donde se ejecutaron diferentes escenas a cual más feroz, y en una de ellas pereció Zéphyr, víctima de la rabia de este monstruo.

—¡Muy bien! —digo al gigante cuando mi pasión estuvo satisfecha—, estaréis de acuerdo con que lo que aquí os permitís, y lo que yo tengo la debilidad de imitar, es una abominable injusticia.

—Sentémonos —me dice este libertino tomándome aparte— y escuchadme. Antes de condenarme por la acción que cometo, porque veis en esta acción un barniz de injusticia, sería preciso, me parece, sentar mejor las bases sobre lo que se entiende por justo y por injusto. Si reflexionaseis adecuadamente acerca de las ideas que dan estas palabras, reconoceríais que no son más que relativas, y que intrínsecamente no tienen nada de real. Parecidas a las ideas de vicio y virtud, son puramente locales y geográficas, de suerte que lo que es vicioso en París es una virtud en Pekín, y, de la misma forma, lo que es justo en Ispahán se hace injusto en Copenhague. Las leyes de un país, los intereses de un particular, esas son las únicas bases de la justicia. Pero esas leyes son relativas a las costumbres del gobierno en que existen, y esos intereses lo son también respecto al físico del particular que las tiene. De modo que el egoísmo, como veis, es en este caso la única regla de lo justo o lo injusto, y, de acuerdo con semejante ley, será muy justo hacer morir a un individuo en este país por una acción que le habría valido laureles en otra parte, así como tal interés particular encontrará justa una acción que, sin embargo, será considerada muy inicua por aquel al que dañe. Citemos algunos ejemplos. En París, la ley castiga a los ladrones; sin embargo, en Esparta los recompensa: he aquí, entonces, una acción justa en Grecia

y muy ilegal en Francia; por consiguiente, la justicia es tan quimérica como la virtud. Un hombre rompe los dos brazos a su enemigo; según él, ha hecho una acción muy justa: preguntadle a la víctima si lo ve así. Por lo tanto, Temis es una diosa fabulosa cuya balanza pertenece siempre al que la hace inclinarse, y sobre cuyos ojos hay razones para poner una venda.

—Minski —respondí—, no obstante, siempre he oído decir que había una especie de justicia natural de la que el hombre no se alejaba jamás, o de la que se alejaba con remordimientos.

—Eso es falso —dice el moscovita—; esa pretendida justicia natural no es más que el fruto de su debilidad, de su ignorancia o de sus prejuicios, y se da mientras no tenga ningún interés por la cosa. Si es el más débil, se pondrá maquinalmente de este lado, y encontrará injustas todas las lesiones del fuerte sobre los individuos de su clase; si se convierte en el más poderoso, sus opiniones, sus ideas sobre la justicia cambian al momento: ya no habrá nada más justo que aquello que lo halague, nada más equitativo que lo que sirva a sus pasiones, y esta pretendida justicia natural, bien analizada, no será más que la de sus intereses. Amoldemos nuestras leyes a la naturaleza, este es el medio de no engañarnos nunca: ahora bien, ¡cuántas injusticias le vemos cometer diariamente! ¿Hay nada más injusto que las heladas con que destruye la esperanza del pobre, mientras que, por un extraño capricho, respeta la cosecha del rico; y las guerras con que arrasa al mundo entero tan sólo por los intereses de un tirano; y las fortunas de las que permite que goce el malvado, mientras el hombre honrado permanece en la miseria? Esas enfermedades con que arrasa provincias enteras, esos triunfos multiplicados que otorga al vicio, mientras día tras día humilla a la virtud, esa protección que concede diariamente al fuerte sobre el débil: ¿todo eso es justo?, pregunto, ¿y podemos creernos culpables cuando la imitamos?

»Por consiguiente, no hay ningún tipo de mal en violar todos los principios imaginarios de la justicia de los hombres para crearse una a nuestro gusto, que siempre será la mejor cuando sirva a nuestras pasiones y nuestros intereses, porque esto es lo único sagrado que hay en el mundo, y porque verdaderamente sólo nos engañamos cuando preferimos las quimeras a sentimientos dados por la naturaleza, ultrajada sólo por los sacrificios que tendríamos la debilidad de hacer. Como dice vuestro semifilósofo Montesquieu, es falso que la justicia sea eterna, inmutable en todo tiempo y lugar: no depende más que de las convenciones humanas, de los caracteres..., de los temperamentos..., de las leyes morales de un país. “Si así fuese”, continúa el mismo autor[63], “si la justicia no fuese más que una consecuencia de convenciones humanas, de los caracteres, de los temperamentos”, etcétera, etcétera, “sería una verdad terrible que

habría que ocultarse a uno mismo...”. ¿Y por qué ocultarse verdades tan esenciales?, ¿hay una sola que el hombre deba evitar?... “Sería peligrosa”, prosigue Montesquieu, “porque pondría al hombre en constante temor del hombre, y nunca tendríamos seguros nuestro bien, nuestro honor y nuestra vida”. Pero, para adoptar ese miserable prejuicio, ¿qué necesidad hay de cegarse sobre verdades tan grandes..., tan esenciales? ¿No nos haría un favor el que, al vernos entrar en un bosque donde él hubiese sido atacado por ladrones, nos previniese de los peligros que podían acecharnos? Sí, sí, atrevámonos a decir a los hombres que la justicia es una quimera, y que cada individuo no tiene más que la suya; atrevámonos a decírselo sin temor. Al anunciárselo, al hacerles sentir por este medio todos los peligros de la vida humana, los ponemos en condiciones de protegerse y de armarse a su vez de injusticia, ya que sólo haciéndose tan injustos, tan viciosos como los otros, podrán ponerse al abrigo de sus trampas...

»“La justicia”, prosigue Montesquieu, “es una relación de conveniencias que se encuentra realmente entre dos cosas, cualquiera que sea el ser que las considera”. ¿Hay en el mundo un sofisma más grande que este? Jamás fue la justicia una relación de conveniencias que existiese realmente entre dos cosas. La justicia no tiene ninguna existencia real, es la divinidad de todas las pasiones; este la encuentra en una cosa, aquel en otra, y aunque esas cosas se contrapongan, ambos las encontrarán justas. Por lo tanto, dejemos de creer en la existencia de esta quimera, que no es mayor que la de Dios, de la que los estúpidos la creen imagen: no hay ni Dios, ni virtud, ni justicia en el mundo; y no hay nada más bueno, útil y necesario que nuestras pasiones; no hay nada más respetable que sus efectos.

»Voy más lejos, y considero las cosas injustas como indispensables para el mantenimiento del universo, necesariamente turbado por un orden equitativo de cosas. Una vez establecida la verdad, ¿por qué motivo tendría que negarme a todas las iniquidades concebidas por mi espíritu, desde el momento que está demostrado que son útiles para el plan general? ¿Es culpa mía que la naturaleza haya querido servirse de mi mano para mantener el orden en este mundo? Por supuesto que no, y si sólo se puede llegar a este fin mediante atrocidades, horrores, execraciones, entonces entreguémonos a ellos sin ningún temor: hemos cumplido el fin de la naturaleza mientras nos deleitábamos.

Continuamos nuestra visita de las habitaciones y pusimos en práctica los principios que acababa de desarrollarme el gigante. Las execraciones que hicimos me agotaron de tal forma que transmití a Minski mi deseo de dedicar el resto del día al descanso.

—Con mucho gusto —me dice—; entonces pospondré hasta mañana la visita a dos piezas de mi casa que todavía no conocéis,

cuyas disposiciones os asombrarán sin duda.

Me retiré con Sbrigani, y al encontrarme sola con el único compañero de viaje que me quedaba, le digo:

—Amigo mío, no todo se reduce a haber entrado en el palacio del vicio y del horror; hay que salir de él. Mi confianza en el ogro no es tan completa como para prolongar más tiempo nuestra estancia en su casa. Tengo medios seguros para deshacerme de tal personaje, después de cuya muerte nos sería muy fácil apoderarnos de sus riquezas y huir. Pero este hombre es demasiado dañino para la humanidad, comparte demasiado mis principios como para que prive al universo de él. Jugaría en ese caso el papel de las leyes, serviría a la sociedad desterrando de ella a este criminal, y no siento tanto amor por la virtud como para servirla hasta ese punto. Dejaré vivir a este hombre tan necesario para el crimen: no será el amigo del crimen el que destruya a un partidario suyo. Hay que robarle, eso es esencial: tiene más dinero que nosotros, y la igualdad fue siempre la base de nuestros principios. Hay que huir: por goce, y quizá por el placer de despojarnos a nosotros, nos mataría infaliblemente. Por lo tanto, cumplamos nuestros dos objetivos, pero dejándolo vivir. Tengo estramonio en mi bolsillo: durmámoslo, robémosle, quitémosle a sus dos muchachas más hermosas, y huyamos.

Sbrigani combatió un rato mi proyecto: el estramonio podría no tener ningún efecto sobre un cuerpo tan grande; una dosis de veneno muy violento le parecía más seguro. Por muy hermosas que fuesen mis consideraciones, se desvanecían ante nuestra seguridad, y, según Sbrigani, mientras el ogro viviese no sería completa. Pero, firme en mi resolución de, mientras pudiese, no hacer caer jamás bajo mis golpes a los que fuesen tan criminales como yo, persistí. Convinimos en que después de haber dormido al ogro al día siguiente, mientras desayunábamos con él, lo haríamos pasar por muerto a fin de no encontrar ningún obstáculo en su gente y apoderarnos así de sus riquezas, y, una vez realizadas las operaciones, nos largaríamos rápidamente.

El más asombroso éxito coronó nuestros propósitos. Pocos minutos después de que Minski hubiese tragado el chocolate en el que habíamos deslizado el somnífero, cayó en tal letargo que no nos costó ningún trabajo convencer a todos de su muerte. Su mayordomo fue el primero en suplicarnos que reinásemos en su lugar; hicimos ver que aceptábamos y, después de que nos abriese el tesoro, ordenamos que diez hombres cargasen con lo más precioso que contenía. De allí pasamos al harén de las mujeres, de donde nos llevamos a Élise y a Raimonde, dos francesas encantadoras de diecisiete y dieciocho años respectivamente, y volvimos a nuestros coches tras asegurar al mayordomo de Minski que no tardaríamos en volver por el resto, que

era seguro que consentíamos en suceder en todo a su amo, pero que era necesario transportar a la llanura tan brillantes posesiones y renunciar a vivir, como los osos, en un reducto tan terrorífico. Encantado, el hombre nos facilita todo, lo acepta todo, y sin duda debió de ser bien recompensado por el gigante cuando, al despertar, este se enterase de sus pérdidas y de nuestra evasión.

Después de meter en nuestros coches los tesoros que habíamos robado y de subirnos con nuestras mujeres, despedimos a nuestros mozos tras recompensarlos y aconsejarles que huyesen como nosotros y que no volviesen a una caverna donde sus días estarían constantemente amenazados. Nos lo prometieron y nos separamos. Ese mismo día fuimos a dormir a Florencia, y, en cuanto llegamos, nuestro primer cuidado fue examinar cómodamente nuestros tesoros y nuestras mujeres: nada más bonito como estas dos criaturas.

Élise, de diecisiete años, unía a todas las gracias de Venus los seductores atractivos de la diosa de las flores; Raimonde, un poco mayor, tenía un rostro tan excitante que era imposible mirarla fijamente sin emocionarse; ninguna de las dos, nuevas en la casa de Minski, había sido tocada todavía, y podéis imaginar que esta circunstancia era una de las que más me habían decidido a elegir las. Nos ayudaron a contar nuestros tesoros: había seis millones en metálico y cuatro en pedrería, plata y letras para Italia. ¡Ah!, ¡cómo se llenaban mis ojos de estas riquezas, y cuán dulce es contar el oro cuando nos pertenece por un crimen! Una vez satisfechos estos cuidados, descansamos y pasé entre los brazos de mis dos nuevas conquistas la noche más deliciosa que hubiese tenido desde hacía mucho tiempo.

Permitidme ahora, amigos míos, que os hable un momento de la soberbia ciudad adonde llegamos. Estos detalles descansarán vuestra imaginación, ensuciada desde hace demasiado tiempo por mis relatos obscenos: semejante diversión, me parece, sólo puede hacer más excitante lo que la verdad, que habéis exigido de mí, necesitará quizá muy pronto.

Florencia, obra de los soldados de Sila, embellecida por los triunviros, destruida por Totila, reconstruida por Carlomagno, engrandecida a expensas de la antigua ciudad de Fiesole, de la que hoy sólo es posible ver sus ruinas, expuesta durante mucho tiempo a revoluciones intestinas, subyugada por los Médicis, quienes después de haberla gobernado durante doscientos años se la entregaron por fin a la casa de Lorena, está regida ahora, así como la Toscana, de la que es capital, por Leopoldo, archiduque y hermano de la reina de Francia[64], príncipe déspota, orgulloso e ingrato, crápula y libertino, como toda su familia; mis relatos lo demostrarán enseguida.

La primera observación política que hice al llegar a esta capital

fue convencerme de que los florentinos todavía echaban de menos a los príncipes de su nación, y que no sin gran trabajo se habían sometido a los extranjeros. La simpleza externa de Leopoldo no se impone a nadie; toda la altanería alemana brilla en él a pesar de su traje popular, y los que conocen el espíritu de la casa de Austria saben bien que siempre le será más fácil destruir virtudes que adquirirlas.

Florenia, situada al pie de los Apeninos, está dividida por el Arno; esta parte central de la capital de la Toscana se parece un poco a la que corta el Sena en París; pero sería preciso que fuese tan grande y estuviese tan poblada como esa ciudad con la que la comparamos un momento. El color marrón de las piedras, que sirven para la construcción de sus palacios, le da un aire de tristeza que la hace desagradable a la vista. Si me gustasen las iglesias, sin duda habría podido hacer hermosas descripciones; pero mi horror por todo lo relativo a la religión es tan fuerte que ni siquiera me permito entrar en ninguno de sus templos. No ocurrió lo mismo con la soberbia galería del gran duque: fui a verla al día siguiente de mi llegada. Jamás podré expresar el entusiasmo que sentí en medio de todas esas obras de arte. Me gustan las artes, me vuelven loca; la naturaleza es tan hermosa que se debe amar todo aquello que la imita... ¡Ah!, ¡nunca podré animar con la suficiente fuerza a los que la aman y la copian! La única forma de arrancarle algunos de sus misterios es estudiándola constantemente; sólo escrutándola hasta en sus más secretos repliegues es posible llegar a la destrucción total de todos los prejuicios. Adoro a una mujer con talento: el rostro seduce, pero los talentos fijan para siempre la atención, y creo que para el amor propio lo uno es mucho más halagador que lo otro.

Mi guía, como fácilmente podéis imaginar, no dejó de llamarme la atención sobre una de las piezas que formaba parte de esta célebre galería, en la que Cosme I de Médicis fue sorprendido en una operación bastante singular... El famoso Vasari pintaba la bóveda de esta sala cuando Cosme entró en ella con su hija, de la que estaba muy enamorado: creyendo que el artista trabajaba en las alturas, el príncipe incestuoso acarició al objeto de su ardor de una forma inequívoca. Un canapé se le presenta a sus ojos, Cosme se aprovecha y el acto se consuma ante la mirada del pintor, quien, en ese mismo instante, abandona Florenia convencido de que utilizarían medios violentos para ahogar semejante secreto, y que quien tuviese conocimiento de él pronto sería puesto en condiciones de no hablar de ello. Vasari tenía razón: vivía en un siglo y en una ciudad donde el maquiavelismo hacía grandes progresos: era muy inteligente por su parte no exponerse a los crueles efectos de esa doctrina.

Me hicieron observar, no lejos de allí, un altar de oro macizo, adornado con hermosas piedras preciosas que no pude ver sin

codiciar. Esta inmensidad de riquezas, se me explicó, era un exvoto que el gran duque Fernando II, fallecido en 1630, ofreció a san Carlos Borromeo para la recuperación de su salud. El presente estaba en camino cuando el príncipe murió: los herederos decidieron, bastante filosóficamente, que, ya que el santo no había realizado el deseo, estaban exentos de recompensarlo, e hicieron devolver el tesoro. ¡Cuántas extravagancias surgen de la superstición y con cuánta verdad puede asegurarse que, de todas las locuras humanas, aquella, sin duda, es la que más degrada el espíritu y la razón!

De allí pasé a la famosa *Venus* de Tiziano, y confieso que mis sentidos se emocionaron más con la contemplación de este cuadro sublime que con la obra del exvoto de Fernando; las bellezas de la naturaleza tienen interés para el alma, las extravagancias religiosas la hacen estremecerse.

La *Venus* de Tiziano es una hermosa rubia con los ojos más hermosos que puedan verse, los rasgos un poco demasiado pronunciados para una rubia, en las que parece que la mano de la naturaleza debe dulcificar sus encantos igual que su carácter. Se la ve sobre una sábana blanca, esparciendo flores con una mano, ocultando su bonito montecillo con la otra. Su postura es voluptuosa, y uno no se cansa de examinar detalladamente las bellezas de este sublime cuadro. Sbrigani encontró a esta *Venus* prodigiosamente parecida a Raimonde, una de mis nuevas amigas: tenía razón. Esta hermosa criatura se ruborizó inocentemente cuando se lo dijimos. Un fogoso beso que puse sobre su boca de rosa la convenció de hasta qué punto aprobaba la comparación de mi esposo.

En la siguiente sala, llamada «cámara de los ídolos», vimos una infinidad de obras maestras de Tiziano, de Pablo Veronés y de Guido. En esta estancia se ha puesto en práctica una idea extravagante. Se ve un sepulcro lleno de cadáveres en los que pueden observarse todos los diferentes grados de descomposición, desde el momento de la muerte hasta la destrucción total del individuo. Esta sombría ejecución es de cera y está coloreada de una forma tan natural que la propia naturaleza no habría podido ser ni más expresiva ni más verídica. Al considerar esta obra de arte se tiene una impresión tan fuerte que los sentidos parecen advertirse unos a otros: uno se lleva la mano a la nariz sin querer. Mi cruel imaginación se divirtió con este espectáculo. ¡A cuántos seres ha hecho experimentar estas terribles degradaciones mi maldad!... Prosigamos: sin duda, la naturaleza me impulsó a esos crímenes, ya que me deleita una vez más sólo con su recuerdo.

No lejos de allí hay otro sepulcro de apestados donde se observan las mismas gradaciones. Destaca sobre todo un desgraciado, completamente desnudo, transportando un cadáver que arroja con los demás; sofocado a su vez por el olor y el espectáculo, cae de espaldas

y muere. Este grupo es de una terrible verosimilitud.

Después pasamos a objetos más alegres. La sala denominada «la Tribuna» nos ofreció la famosa *Venus de Médicis*, situada al fondo de la pieza. Cuando se ve este soberbio fragmento es imposible defenderse de la más dulce emoción. Se dice que un griego se inflamó por una estatua... Lo confieso, le hubiese imitado con esta. Al examinar los hermosos detalles de esta célebre obra, es fácil creer, como cuenta la tradición, que el autor debió servirse de quinientos modelos para acabarla: las proporciones de esta sublime estatua, las gracias del rostro, los divinos contornos de cada miembro, las graciosas curvas del pecho y las nalgas son rasgos geniales que podrían competir con la naturaleza, y dudo que un número tres veces mayor de modelos, elegido entre todas las bellezas de la Tierra, pudiese hoy ofrecer una criatura que no perdiese con la comparación; la opinión general es que esta estatua representa la Venus marítima de los griegos. No insistiré más sobre un fragmento cuyas copias se han multiplicado de tal forma; todo el mundo puede poseerla, sin duda, pero nadie sabrá apreciarla como yo... La execrable devoción fue la culpable de la destrucción de esta hermosa obra... ¡Imbéciles!, adoraban al autor de la naturaleza y creían servirlo destruyendo su obra más hermosa. No se han puesto de acuerdo sobre el nombre del escultor: la opinión general atribuye esta obra de arte a Praxiteles, otros a Cleómeno; ¿qué importa?, es hermosa, admirada, esto es todo lo que la imaginación precisa, y, quienquiera que pueda ser el autor, el placer que se obtiene al admirarla es uno de los más dulces de que se pueda gozar.

Después mis ojos recayeron sobre el *Hermafrodita*. Sabéis que los romanos, muy apasionados por este tipo de monstruo, lo preferían para sus libertinas orgías: sin duda, es uno de los que tenían mayor reputación lúbrica. Es indignante que el artista, al cruzarle las piernas, no haya mostrado lo que caracteriza el doble sexo; se le ve tumbado en una cama, exponiendo el culo más hermoso del mundo..., culo voluptuoso que deseó Sbrigani, asegurándome que había jodido uno de una criatura parecida, y que no había un placer más delicioso en el mundo.

Muy cerca hay un grupo de *Calígula acariciando a su hermana*: estos dueños orgullosos del universo, lejos de ocultar sus vicios, los hacían eternizar por obras de arte. También se ve en esta misma pieza la famosa efigie del *Príapo*, sobre el cual las jóvenes, por devoción, debían ir a frotar los labios de su vagina. Tiene tal grosor que la penetración hubiese sido imposible, si por casualidad este rito hubiese formado parte de los misterios.

Nos enseñaron cinturones de castidad. Y ante la amenaza que hice a mis dos amigas de revestirlas con aparatos semejantes para estar segura de ellas, la cariñosa Élise me aseguró tiernamente que sólo

necesitaba el amor que yo le inspiraba para mantenerse en los límites de la más estricta templanza.

A continuación vimos la más hermosa y más singular colección de puñales; algunos estaban envenenados. Ningún pueblo ha refinado el asesinato como los italianos: es muy fácil ver en sus casas todo lo que puede servir para esta acción, de la forma más cruel y más traidora.

El clima es muy malo en Florencia; el otoño es mortal: un trozo de pan que durante esta estación se dejase impregnar por los miasmas de los Apeninos envenenaría al que lo comiese; en esta época son muy frecuentes las muertes repentinas, las hemorragias cerebrales. Pero como estábamos al comienzo de la primavera, creí poder pasar el verano sin ningún peligro. Sólo dos noches dormimos en el albergue; al tercer día alquilé una soberbia casa en el muelle del Arno, cuyos honores hacía Sbrigani: yo pasaba siempre por su esposa, y mis dos seguidoras por sus hermanas. Asentada allí con las mismas intenciones que en Turín y que en las otras ciudades por donde había pasado, las proposiciones llegaron en cuanto fuimos conocidos. Pero como un amigo de Sbrigani le había prevenido de que, con moderación y sin una excesiva rapidez, quizá fuéramos admitidos en los secretos placeres del gran duque, rechazamos durante quince días lo que se nos ofrecía.

Por fin llegaron los emisarios del príncipe. Leopoldo quería sumarnos a las tres juntas a los objetos cotidianos de sus orgías secretas, y ofrecía mil cequíes para cada una si nuestra entrega era total.

—Los gustos de Leopoldo son déspotas y crueles como los de todos los soberanos —nos dijo el emisario—, pero no seréis el objeto de sus lujurias, solamente las serviréis.

—Estamos a las órdenes del gran duque —respondí—, pero no por mil cequíes...: mis cuñadas y yo iremos solo por el triple... Volved si está de acuerdo con esto.

El libertino Leopoldo, que ya nos había echado el ojo, no era un hombre que renunciase a semejantes goces por dos mil cequíes más o menos. Avaro con su mujer, con los pobres, con sus súbditos, el hijo de la austriaca no lo era para sus voluptuosidades. Por lo tanto, vinieron a recogernos al día siguiente para llevarnos a Pratolino, en los Apeninos, en el camino por el que habíamos llegado a Florencia.

Esta casa, fresca, solitaria y voluptuosa, tenía todo lo que caracteriza a un lugar de orgías. El gran duque acababa de cenar cuando nosotras aparecimos; sólo le acompañaba su capellán, agente y confidente de sus lubricidades.

—Mis hermosas amigas —nos dice el soberano—, voy a uniros, si estáis de acuerdo, a los jóvenes objetos que deben servir hoy a mi lujuria.

—Leopoldo —respondí yo con esa noble altivez que me caracterizó en todas las épocas—, mis hermanas y yo nos sometemos a tus caprichos, satisfaremos tus deseos; pero si estás dominado, como toda la gente de tu clase, por fantasías peligrosas, dínoslo: nuestra intención es entrar sólo si estamos seguras de no tener nada que temer.

—Las víctimas están allí —nos dice el gran duque—; vosotras sois las sacerdotisas..., el abad y yo los sacrificadores...

—Entremos —digo a mis compañeras—; por muy tramposos que sean los soberanos, no se corre ningún riesgo creyendo en su palabra algunas veces, sobre todo cuando se llevan encima medios seguros de venganza...

Y al mismo tiempo dejé ver la punta del mango de un puñal que siempre llevaba conmigo desde que había entrado en Italia.

—¡Cómo! —me dice Leopoldo poniendo sus manos sobre mis hombros—, ¿acaso atentaríais contra la vida de un soberano?

—Querido —digo con descaro—, no seré la primera en atacarte, pero si te desmandas conmigo, esto —proseguí mostrando el puñal— te haría recordar que estás hablando con una francesa... En cuanto a tu carácter sagrado, amigo mío, permíteme que me ría un momento. No creas, por favor, que el cielo, al formarte, te ha dado una existencia diferente de la del último individuo de tus Estados; para mí no eres más digno de respeto que este. Celosa partidaria de la igualdad, jamás he creído que hubiese en el mundo una criatura que valiese más que otra, y como no tengo fe en las virtudes, tampoco creo que las virtudes puedan diferenciarlas.

—Pero yo soy rey.

—¡Pobre hombre!, ¿cómo te atreves a objetarme ese título? ¡Cuán despreciable es para mí! ¿Acaso no es el azar el que te ha puesto donde estás?, ¿qué has hecho tú para conseguir tu rango? Quizás el primero que lo mereció, por su valor o su talento, pudo aspirar a cierta consideración; pero el que sólo lo obtiene por herencia no tiene otro derecho que el de la compasión de los hombres.

—El regicidio es un crimen.

—Imaginario..., amigo mío: es tan malo matar a un zapatero remendón como a un rey, y masacrar a uno de los dos no es peor que matar a una mosca o una mariposa, igualmente obras de la naturaleza. Puedes creer, Leopoldo, que la formación de tu persona no le ha costado a nuestra madre común más que la de un mono, y que ella no siente más predilección por el uno que por el otro.

—Me gusta la franqueza de esta mujer —dice el duque a su capellán.

—Y a mí también, monseñor —respondió el ministro de Dios—, pero temo que con ese orgullo no aporte a vuestros placeres toda la

subordinación que estos exigen.

—Tremendo error, señor abad —respondí—; orgullosa y franca en el mundo, dulce y sumisa en los placeres: ese es el papel de una bonita cortesana francesa; ese será el mío. Pero si me veis esclava en la cama, pensad que no quiero serlo de vuestras pasiones ni, de ninguna manera, de vuestro carácter de soberano. Respeto las pasiones, Leopoldo, tengo las mismas que tú, pero me niego con absoluta firmeza a los honores de las jerarquías: lo obtendrás todo de mí como hombre, nada como príncipe, te lo advierto; empecemos.

Pasamos. No contaba yo con el tipo de criaturas que nos esperaban en el voluptuoso salón en el que entramos y nos encerramos: eran cuatro muchachas de quince a dieciséis años, las cuatro embarazadas...

—¿Qué demonios quieres hacer con semejante caza? —pregunté al duque.

—Vas a saberlo —me respondió—. Soy el padre de los hijos que estas criaturas llevan en su seno, y los he hecho sólo para darme el placer de destruirlos. No conozco mayor satisfacción que la de hacer abortar a una mujer embarazada por mí, y, como mi semen es muy prolífico, embarazo a una todos los días para procurarme a continuación la insigne voluptuosidad de destruir mi obra.

—¡Ah!, ¡ah! —digo al austríaco—, tu pasión es bastante extravagante: la serviré con toda mi alma... ¿Y cómo te las arreglas para la operación?

—Es lo que vas a ver —dice Leopoldo, que hasta entonces me había hablado al oído—. Empecemos por anunciarles la suerte que les espera.

Se acerca a las cuatro muchachas y les declara sus intenciones. Os dejo juzgar, amigos míos, el dolor en que sumió a las cuatro esta perversa orden: dos se desmayaron, las otras dos balaron como corderos llevados al matadero. Pero Leopoldo, poco sensible, hizo que su agente las desnudase al momento.

—Hermosas damas —nos dice entonces el gran duque—, ¿queríais imitar a esas señoritas y desnudaros igualmente? Jamás gozo de una mujer más que cuando está desnuda, y además sospecho que vuestros cuerpos son lo suficientemente hermosos como para ser vistos sin velos.

Obedecemos y en un momento Leopoldo tuvo a siete mujeres desnudas ante su vista. Los primeros homenajes de este libertino fueron dirigidos a nosotras: nos examina, nos compara, nos aleja, nos acerca y, por último, acaba esta primera escena acariciándonos a las tres mientras él se hacía excitar por las mujeres embarazadas. Leopoldo amaba el semen; no nos dejó hasta que descargamos en su boca al menos tres o cuatro veces cada una. Mientras él nos acariciaba

así, el abad nos socratizaba, de forma que, excitadas en todas las partes, no le ahorramos las libaciones. Al cabo de una hora, el inconstante cambió de templo y nos hacía lamer por su ministro; el villano nos lengüeteó el culo mientras nos acariciaban las embarazadas.

—Estoy excitadísimo —nos dice Leopoldo—, ya es hora de pasar a algo más serio. Aquí hay cuatro hierros candentes, marcados —prosiguió—; sobre cada uno está grabada la condena de las embarazadas; voy a vendarles los ojos y ellas mismas vendrán a elegir uno de estos hierros.

Se realiza esto pero con una diferencia: a medida que la gallina ciega elegía su hierro, Leopoldo se lo aplicaba ardiendo en el vientre. Las cuatro inscripciones diferentes eran: la más joven, la de catorce años, recibió de la mano del azar la inscripción que decía «abortará a latigazos»; la siguiente, que parecía de la misma edad, tuvo la inscripción: «abortará por una bebida»; la tercera, de quince años, recibió la orden: «abortará pisoteada»; la sentencia de la cuarta, de alrededor de dieciséis años, fue: «se le arrancará el hijo del vientre».

Una vez acabada la ceremonia, se les quitaron las vendas, y las desgraciadas, al mirarse, pudieron leer su condena. Entonces Leopoldo hizo que se subiesen de pie a un canapé, enfrente de él; me tendió sobre ese canapé y me encoñó mientras regocijaba su vista con la perspectiva de los cuatro vientres hinchados, cada uno con la sentencia que debía vaciarlos. Mientras tanto, Élise fustigaba a monseñor y el abad se masturbaba con las tetas de Raimonde.

—Leopoldo —digo mientras jodía—, no me embaraces, por favor, porque posiblemente, si tuviese la desgracia de ser fecundada por ti, podría muy bien dar a luz como esas señoritas.

—Nada más cierto —dice el gran duque lanzándome miradas y embestidas cuya causa no era ciertamente la galantería—, pero lo que debe tranquilizarte es que me cuesta mucho descargar.

Y al instante me dejó para desvirgar a Élise, que lo zurraba desde hacía un cuarto de hora, y esta pronto fue sustituida por Raimonde, mientras yo hacía lo propio con el abad, quien tomó a Élise después de mí. Jamás se vio nada tan tieso y con tanta furia como los miembros de estos dos libertinos.

—¿Hoy no enculamos? —nos dice el abad, que, desde hacía tiempo, acariciaba y manoseaba mi trasero como hombre que desea follarlo.

—Todavía no —dice Leopoldo—, hay que despachar antes a una víctima.

La pequeña condenada al aborto a latigazos fue agarrada por el soberano, quien, armado primero con un puñado de varas, después con unos zorros de puntas de acero, le trabajó el trasero durante cerca

de media hora, con tanta violencia que pronto lo hizo sangrar. Entonces la víctima fue atada de pie, las manos hacia arriba y los pies al suelo, y el duque la golpeó con un vergajo en el vientre, con una fuerza tan prodigiosa que enseguida se desprendió el embrión. La madre grita; aparece la cabeza del niño y Leopoldo lo saca con sus propias manos, lo tira a la hoguera y echa a la madre de la sala.

—Joded en un culo, monseñor —dice el respetable capellán—: Las venas hinchadas de vuestra verga, la espuma que cubre vuestra boca real, el fuego que despiden vuestros ojos, todo anuncia vuestra necesidad de un culo; no temáis perder vuestro semen, os la volveremos a poner tiesa y despacharemos a las otras.

—No, no —nos dice el gran duque, que me besaba y manoseaba muchísimo durante todas estas lubricidades—; descargué mucho ayer: quiero despacharlas a todas antes de perder mis fuerzas.

Y agarró a la segunda. Su sentencia decía: «abortará por una bebida». Allí estaba el fatal brebaje; la joven opone mucha resistencia; el feroz eclesiástico la agarra por los pelos con una mano y le abre la boca con una lima; soy la encargada de hacerle tragar la poción, y el duque, excitado por Élise, manosea entretanto mis nalgas y las de la víctima... ¡Qué efecto!, ¡gran Dios!, jamás habría sospechado nada parecido. Apenas ha alcanzado el veneno las entrañas de la pequeña, lanza gritos terribles; se debate, rueda por el suelo, y el niño aparece. Esta vez es el abad quien lo retira. Leopoldo, que nos manoseaba lúbricamente a Élise y a mí mientras Raimonde lo chupaba, estaba tan agitado que le fue imposible llevar a cabo el crimen él mismo; creí que iba a descargar, pero se retiró a tiempo.

La tercera muchacha estaba atada al suelo de espaldas: su fruto debía perecer pisoteándola. Sujetado por Élise y por mí, mientras Raimonde, de rodillas con el cuerpo de la víctima entre sus piernas, le mueve la verga con sus tetas, el libertino pisotea tan fuertemente el estómago de la desgraciada que esta pone su fruto. Como los otros, es lanzado a la hoguera sin tomarse siquiera el trabajo de ver el sexo, y la madre, más muerta que viva, es expulsada rápidamente de la sala.

Si la última era la más guapa, también fue la más desgraciada. Había que arrancarle el niño del vientre: ¡os dejo imaginar qué suplicio!

—No saldrá de esta —nos dice Leopoldo—, mi descarga se deberá a sus terribles dolores. Así debe ser, puesto que, cuando la jodí, es la que me dio más placer de las cuatro: la putilla quedó embarazada el mismo día en que le hice perder su virginidad.

La tumban sobre una cruz diagonal que, más elevada en su parte central, le mantenía el vientre a una gran altura. Sus cuatro extremidades fueron comprimidas con fuerza, bajadas con respecto al vientre y después cubiertas, de forma que no se viese más que la masa

redonda e hinchada que contenía al niño. El abad opera... Leopoldo, enfrente, me encula...; con cada una de sus manos, excita a la derecha el culo de Élise, a la izquierda el coño de Raimonde. Y mientras el pérfido capellán raja en cuatro el vientre de la víctima y la lleva a la tumba al arrancarle su fruto, el gran sucesor de los Médicis, el célebre hermano de la puta mayor de Francia, me descarga un torrente de semen en el ojete, blasfemando como un carretero.

—Señoras —nos dice el duque mientras limpiaba su verga—, considero que el secreto va incluido en los tres mil cequíes acordados.

—Será guardado rigurosamente —respondí—, pero pongo una condición.

—¿Crees que puedes hablarme así?

—Claro..., tus crímenes me dan derecho a ello desde el momento en que puedo perderte divulgándolos.

—Esto es lo que pasa, monseñor —dice el abad—, por ponerse en manos de estas zorras: o no se les deja ver nunca nada, o hay que matarlas en cuanto han visto algo. Toda esa compasión os perderá y arruinará, os lo he dicho cien veces; ¿es propio de vos hacer arreglos con semejantes bribonas?

—No te precipites, abad —respondí—; el tono que adoptas sería adecuado a todo lo más con zorras como las que tu patrón y tú veis sin duda ordinariamente: no lo es con mujeres de nuestra clase, que, quizá tan ricas como tú —digo dirigiéndome al duque—, se prostituyen por gusto o por avaricia. ¡Acabemos esta discusión!, el duque nos necesita, nosotras le necesitamos: que servicios mutuos restablezcan la balanza. Leopoldo, te prometemos el más absoluto secreto si tú, por tu parte, nos aseguras la impunidad más completa durante el tiempo que estemos en Florencia. Júranos que, sea lo que sea lo que hagamos en tus Estados, jamás seremos buscadas por nada.

—Podría negarme a esa propuesta —dice Leopoldo—, y, sin mancharme con la sangre de estas criaturas, podría convencerlas de que aquí, como en París, hay castillos donde se sabe reducir a los indiscretos al silencio. Pero no me gustan esos métodos con mujeres que parecen tan libertinas como yo: os concedo la impunidad que me pedís, para vos, vuestro marido y vuestras hermanas, sólo por espacio de seis meses: después, salid de mis Estados, os lo ordeno.

Una vez obtenido lo que quería, no creí que debiese replicar, así que, después de haber dado las gracias a Leopoldo, recibido nuestro dinero y sus promesas en regla, nos despedimos de él y nos retiramos.

—Hay que sacarle jugo a este jubileo —me dice Sbrigani en cuanto supo nuestro arreglo— y tratar de no abandonar Florencia sin añadir al menos tres millones a los que ya tenemos. Lo que no me gusta es que esta nación es fea y pobre; en fin, tomaremos todo lo que no nos ofrezcan, y puesto que tenemos seis meses para nosotros, es

suficiente para una buena colecta.

Las costumbres son muy libres en Florencia. Las mujeres van vestidas como los hombres, y estos como muchachas. Pocas ciudades hay en toda Italia donde se vea una inclinación más decidida a traicionar el sexo, y esta manía les viene seguramente de su gran necesidad de deshonrarlos a los dos. Los florentinos, apasionados por la sodomía, obtuvieron en otro tiempo una indulgencia plenaria de los papas para ese vicio, bajo la forma que fuese. El incesto y el adulterio se muestran de la misma manera sin ningún tapujo: los maridos ceden a sus mujeres, los hermanos se acuestan con sus hermanas, los padres con sus hijas. El clima, dice este buen pueblo, es lo que nos excusa de nuestra depravación, y el Dios que nos hizo nacer no se asombrará de los excesos a los que él mismo nos impulsa. En otro tiempo había en Florencia una ley muy singular a este respecto. El jueves de carnaval una mujer no podía negar la sodomía a su esposo: si se le ocurría hacerlo y el marido se quejaba, corría el riesgo de convertirse en la comidilla de la ciudad. ¡Dichosa, mil veces dichosa la nación lo suficientemente sabia como para erigir sus pasiones en leyes! No hay nación más extravagante que la que, por principios tan estúpidos como bárbaros, en lugar de aliar prudentemente las unas a las otras, contraría mediante leyes absurdas todas las inclinaciones de la naturaleza.

Sin embargo, por mucho que se hable de la corrupción de las costumbres en Florencia, nunca se encuentra una buscona en la calle. Las putas tienen un barrio separado, de donde no pueden salir y en el que reina el orden más escrupuloso y la más extrema tranquilidad. Pero estas muchachas, raramente bonitas, están además mal alojadas; y la vista de estos lugares de vicio no ofrece al examinador filósofo otros aspectos singulares que la extremada complacencia de estas víctimas públicas que, contentándose con atraeros por su resignación, os presentan indiferentemente todas las partes de su cuerpo y soportan, incluso con bastante paciencia, todo lo que a la crueldad le complace imponerles. Sbrigani y yo hemos golpeado, azotado, abofeteado, maltrecho, quemado, sin que jamás, a diferencia de lo que ocurre en Francia, se haya oído una sola queja. Pero si la prostitución es secreta y poco abundante en Florencia, el libertinaje es excesivo, y los gruesos muros alejados de la gente rica ocultan muchas infamias: una infinidad de desgraciadas, conducidas furtivamente a estos criminales recintos, dejan en ellos con mucha frecuencia su honor y su vida.

Poco antes de mi llegada, un individuo rico de esta ciudad, que había violado a dos hermanas de siete u ocho años, fue acusado por la familia de estas niñas de haberlas matado después de haber gozado de ellas: unos cuantos cequíes apagaron las quejas, y ya no se volvió a

hablar más del asunto.

Más o menos por esta época, una famosa alcahueta fue considerada sospechosa de llevar todos los días a las casas de los grandes señores jóvenes burguesas arrancadas del seno de sus familias. Interrogada sobre el nombre de aquellos a los que había abastecido, comprometió a tal cantidad de gente de buena posición, empezando por el soberano, que el proceso fue anulado y se le prohibió que dijese una palabra más.

En Florencia, casi todas las mujeres con aptitudes tienen la costumbre de prostituirse en estos burdeles; su miseria y su temperamento las impulsa a eso. No hay ciudad en Europa donde la constitución del Estado ponga a la mujer en peores condiciones, y tampoco hay otra donde el libertinaje esté más extendido. El chichisbeo no constituye más que un velo; raramente tiene derechos sobre la mujer a la que sirve; puesto allí como el amigo del esposo, acompaña a esta mujer cuando ella quiere y la deja cuando lo ordena. Aquellos que creen que el chichisbeo es un amante están en un gran error: es el amigo cómodo de la mujer, algunas veces el espía del marido, pero nunca se acuestan juntos, y sin duda es el trabajo más tonto de cuantos pueden realizarse en Italia. Si un extranjero rico aparece en sociedad, el marido y el chichisbeo se retiran, y yo he visto con mucha frecuencia al complaciente esposo salir de la casa por algunos cequíes cuando el extranjero había dado muestras de querer estar a solas con la señora.

Os hago este pequeño esbozo de las costumbres florentinas para haceros ver, por las estafas, por las orgías que planeábamos, lo que nos ofrecían, o lo que nos negaban, los usos del pueblo con el que queríamos, y podíamos, divertirnos durante seis meses con total impunidad.

Sbrigani pensó que para lograr un éxito más seguro en nuestros proyectos era mejor convertir nuestra casa en un famoso lugar de orgías que en una casa de juegos. ¡Pérfida insaciabilidad de la avaricia!, ¿no teníamos acaso con qué vivir sin hollar de nuevo la ruta del crimen? Pero ¡abandónala una vez que estás en ella!

Por lo tanto, hicimos circular billetes para advertir al público de que, a cualquier hora, los hombres encontrarían en nuestra casa no solamente a bonitas jóvenes burguesas, sino también a mujeres de primera calidad, e igualmente se les advirtió a las mujeres de que siempre encontrarían en nuestra casa a hombres y jovencitas para sus secretas voluptuosidades. Como a todo esto le sumamos el local más agradable, el más delicioso amueblado y la mesa más espléndida, pronto tuvimos a toda la ciudad con nosotros. Mis compañeras y yo constituíamos lo principal de la casa, pero, a la menor orden, al más pequeño deseo, teníamos lo más delicioso que podía conseguirse de

los dos sexos. Todo se pagaba exorbitantemente caro, pero se era maravillosamente servido. Gracias a los cuidados de mis dos compañeras, dedicadas al timo, se perdían muchas bolsas y joyas; pero, por mucho que se quejasen, la protección que nos habían concedido lo rechazaba todo, y nosotros triunfábamos sobre todas las vanas denuncias que se atrevían a hacer respecto a nuestra conducta.

El primero que apareció fue el duque de Pienza. Su pasión es lo bastante extraña como para ser narrada. El duque necesitaba dieciséis muchachas; se las distribuía por parejas y un mismo peinado caracterizaba a cada una de estas. Yo estaba en un sofá cerca de él, desnuda como las parejas; dieciséis músicos, todos jóvenes, guapos e igualmente desnudos, estaban situados a la derecha, en unas gradas. Iban apareciendo las parejas, una tras otra. Antes de que entrase una, el duque me confiaba la postura o la voluptuosidad que exigía de esa pareja, se les contaba a los músicos el secreto y, mediante el sonido más o menos fuerte de los instrumentos, las dos muchachas adivinaban lo que debían hacer. ¿Lo habían adivinado ya?: la música cesaba y el duque enculaba a las dos jóvenes. ¿No lo adivinaban?, (y el tiempo estaba regulado, cada pareja disponía tan sólo de diez minutos): las dos muchachas eran fustigadas hasta sangrar por nuestro libertino, quien, como fácilmente imaginaréis, gozaba con todos esos detalles.

El secreto que se ofreció a la adivinación de la primera pareja fue que chupasen alternativamente la verga del disoluto; guiadas perfectamente por la música, lo adivinaron: fueron sodomizadas. El secreto de la segunda pareja consistió en lamerme el coño; no lo hallaron: sobrevino el látigo. La tercera pasión que había que adivinar era azotar al duque: lo hicieron; la cuarta, excitar el miembro de los músicos: no lo supieron; la quinta, cagar en medio de la habitación: pronto sobrevino el castigo del látigo por no haber adivinado esta guarrería. La sexta pareja se dio cuenta de que se trataba de excitarse juntas. La séptima jamás supo que tenían que azotarse mutuamente, y fueron fustigadas enérgicamente por el duque. Por último, la música hizo adivinar a la octava que tenían que encular al héroe con consoladores, y fue el momento que, a su vez, eligió para descargarme en el culo. Ya está todo dicho.

Hacía alrededor de tres meses que llevábamos una vida tan deliciosa como lucrativa cuando una terrible traición de mi parte vino a aumentar mis fondos en cien mil escudos.

De todas las mujeres que frecuentaban mi casa asiduamente, la joven embajadora de España era la que más se distinguía por sus excesivos desenfrenos. Mujeres, muchachas, muchachos, castrados, todo era bueno para ella, y la puta, aunque joven y bonita como un ángel, era tan exaltada, tan impura, que exigía que le mostrase mozos

de cuerda, cocheros, criados, barrenderos, en fin, todo lo más vivo y bajo que tiene la vida crápula. ¿Se veía con mujeres?: entonces eran las putas del cuerpo de guardia. Como mejor podía satisfacerla era procurándole lo más horrible y terrorífico que tuviese. Una vez encerrada en mi casa con esta canalla, la zorra tenía sesiones de siete u ocho horas, y a los placeres de Venus les seguían los de la mesa; acababa su jornada perdiendo la razón entre las más sucias orgías.

La embajadora tenía un marido muy devoto, muy celoso, al que hacía creer que todo el tiempo de su ausencia se lo pasaba en casa de una amiga, quien, como ella, frecuentaba mi casa con la mayor asiduidad.

Viendo que podía sacar mucho partido de todo esto, un día voy a buscar al embajador.

—Excelencia —le digo—, un hombre como vos no merece ser engañado: la mujer que lleva vuestro nombre es indigna de poseerlo. Os pido que abráis los ojos; se lo debéis a vuestro honor y a vuestra tranquilidad.

—¿Yo, engañado? —respondió el embajador—; es imposible: conozco demasiado bien a mi mujer.

—No la conocéis, Excelencia; estáis muy lejos de sospechar los terribles excesos a los que se entrega, y quiero que os convenzáis por vuestros propios ojos.

Florella, confundido, duda un momento; no sabe si osará añadir a las desgraciadas sospechas que infundo en su alma la convicción que le ofrezco. No obstante, saliendo de la encrucijada y con más firmeza de la que yo le había supuesto me pregunta:

—¿Estáis en condiciones de probarme lo que me decís, señora?

—Esta misma noche, Excelencia, si queréis. Esta es mi dirección, estad en mi casa sobre las cinco, veréis qué gente es la que elige vuestra esposa para perderos y deshonoraros.

El embajador acepta, lo que me viene de maravilla.

—Excelencia —digo entonces—, tened en cuenta la enorme pérdida que obtengo al denunciaros a vuestra esposa. Soy yo quien le proporciona los hombres, y ella me los paga muy caros; una vez castigada por vos, ya no volveré a recibirla: quiero ser indemnizada, o no hay trato.

—Es justo —dice Florella—, ¿cuánto pedís?

—Cincuenta mil escudos.

—Ahí están, en esa cartera; los llevaré conmigo, serán vuestros si me abríis los ojos.

—No hay más que hablar, Excelencia, os espero.

Pero yo no limitaba el horror meditado sobre este desgraciado asunto a este solo engaño. Al hacer caer a la mujer en una trampa, quería envolver en ella al marido, y veréis los métodos que utilicé

para conseguirlo. Voy a ver a la embajadora.

—Señora —le digo—, os preocupáis por vuestro marido, lo creéis bueno y tomáis precauciones para evitar sus reproches: venid esta noche temprano a mi casa; os mostraré que él viola los lazos conyugales al menos con tanta impunidad como vos, y dado que su conducta os libera de todo compromiso, debéis renunciar a todas las precauciones que diariamente turban vuestros placeres.

—Ya sospechaba yo lo que dices —me respondió la embajadora —, y no te oculto que recibiré la convicción de esto con mucho placer: ¿cuándo quieres darme la prueba?

—Esta misma noche; sabéis que os espera una partida deliciosa en mi casa: seis cocheros de veinte años, hermosos como el Amor. ¡Pues bien!, tres jóvenes muchachos, pedidos igualmente por vuestro esposo, deben saciar su lujuria esta noche.

—¡Menudo monstruo!

—Es un bribón.

—¡Ah!, ya no me extrañan sus persecuciones para encularme..., sus fantasías..., sus hermosos lacayos... ¡Oh, Juliette!, muéstrame eso, te lo suplico... Es absolutamente necesario que lo sepa todo.

—Estoy de acuerdo, pero lo pierdo al descubrirlo, y como parroquiano es mejor que vos.

—¡Pues bien!, ¿qué pides?; pide, Juliette, no hay sacrificio que no esté dispuesta a hacer para conseguir mi tranquilidad.

—¿Serían demasiados cincuenta mil escudos?

—Aquí están, en esta cartera; vete y cuenta conmigo.

Una vez fijadas las dos citas, vuelo a prepararlo todo. La trampa de la mujer era segura: su natural libertinaje la envolvía en ella. La que preparaba para el esposo no lo era tanto. Se necesitaba habilidad, seducción: tenía que vérmelas con un español..., un devoto. Nada me asustó. Una vez distribuidos los lugares de las escenas para que, por medio de una hendidura practicada de un apartamento a otro, el marido pudiese verse ultrajado por su mujer, y la mujer por su marido, espero pacientemente a mis víctimas. El esposo es el primero en llegar.

—Excelencia —le digo—, después de la forma en que se conduce vuestra mujer, ya no debéis, me parece, ir contra vuestros gustos y vuestros placeres.

—No; no me gustan esa clase de cosas.

—Con mujeres, estoy de acuerdo, ¡hay tantos peligros! Pero, mirad, Excelencia, a esos guapos muchachos —proseguí levantando una cortina tras la cual había hecho esconder, completamente desnudos y arreglados simplemente con guirnaldas de rosas, a tres jovencitos más hermosos que el mismo Amor...—, a esos Ganímedes deliciosos; convendréis conmigo en que su goce no os depara ningún

disgusto, no tendrá la menor consecuencia: ¡se han portado tan mal con vos!...

Y mientras charlábamos, los preciosos críos, siguiendo mis órdenes, rodean al español, lo besan, lo acarician y enderezan a pesar suyo su virilidad vacilante. El hombre es débil, y los devotos más cuando se les ofrecen muchachos. No es posible dudar de la gran analogía que se observa entre los creyentes en Dios y los tontos.

—Excelencia —le digo una vez que todo está en marcha—, os dejo; cuando vuestra esposa esté en situación, vendré a avisaros, y, convencido por vuestros propios ojos de sus terribles infidelidades, os preocuparéis menos de las vuestras.

Vuelo hasta la embajadora; acababa de entrar.

—Mirad, señora —le digo poniéndola ante el agujero—, ved en qué gasta su tiempo vuestro marido...

Y en efecto, el querido hombre, lejos de sospechar la trampa que se le tendía, seducido por mis palabras, por las bellezas que lo rodeaban, casi desnudo en medio de esos tres guapos muchachos, gozaba ya de los más dulces preludios de la lubricidad sodomita.

—¡Oh, hombre execrable! —dice la embajadora—..., ya es suficiente. Que se atreva ahora a criticar mi conducta... ¡Ah, cómo voy a recibirlo! ¡Oh, Juliette!, todo esto es terrible... ¡Mis hombres!, ¡mis hombres!, ¡que yo me vengue, Juliette!, que yo me vengue con creces.

Y una vez en marcha las lubricidades de la mujer, no pierdo el tiempo para ir a hacérselas observar al marido.

—Mil perdones si os molesto, Excelencia —digo al entrar—, pero ya ha llegado el momento, no quiero que se os escape. Mirad —le digo llevándolo a un agujero diferente de aquel por el que le había visto su mujer—, ved cómo os traiciona.

—¡Oh, cielos! —dice Florella—... ¡Con seis hombres, y encima de qué clase!... ¡oh, la criminal!... Juliette, aquí está vuestro dinero; ese espectáculo es como un rayo para mí..., no puedo acabar..., tened a vuestros muchachos..., no me habléis jamás de placeres. Ese monstruo envenena mi vida..., estoy desesperado.

Poco me importaba que sus lubricidades acabasen o no, su mujer las había visto empezar, y eso era todo lo que me hacía falta. Lo más delicioso para mi maldita cabeza fue que las cosas no se quedaron ahí, y mi pequeña maldad se regocijó cuando dos días después supe que la embajadora había sido apuñalada. Esta aventura dio mucho que hablar. Cien emisarios publicaron la historia enseguida y ridiculizaron al duque, quien, no pudiendo resistir los remordimientos, no pudiendo soportar el peso de la infamia a punto de caer sobre su cabeza, se voló la tapa de los sesos. Pero yo no había participado en esta segunda muerte, apenas era su segunda causa: esta idea me desesperaba. Esto es lo que emprendí, unos días después, para consolarme y

compensarme al mismo tiempo.

Todo el mundo sabe que los italianos hacen un gran uso de los venenos: la atrocidad de su carácter se pone en acción mediante esta forma de servir a su venganza o a su lubricidad. Yo había vuelto a preparar con Sbrigani todos los venenos cuya receta me dio la Durand: los vendía de todos los tipos; multitud de gente venía a proveerse a mi casa, y esta rama del comercio me valía un inmenso dineral.

Un joven bastante guapo, por el que yo había sido jodida maravillosamente, y que hacía orgías diarias en mi casa, vino a pedirme que le diese uno para su madre, que entorpecía vivamente sus placeres y de la que esperaba una enorme herencia. Tan excelentes motivos lo decidían a desembarazarse deprisa de este Argos, y como el individuo era firme en sus principios, no dudaba en cometer una acción que le parecía tan simple. Me había pedido un veneno violento y, sobre todo, rápido. Por el contrario, le vendí uno lento, pero seguro, y al día siguiente de cerrado el trato, voy a ver a la madre. La operación debía estar ya hecha: mi joven tenía demasiada prisa para esperar. Pero como el veneno no debía actuar más que al cabo de unas horas, todavía no se podía percibir nada. Revelo a la madre todos los propósitos del hijo:

—Señora —le digo—, estáis perdida sin mis cuidados; pero vuestro hijo no está solo en este terrible complot contra vuestros días: sus dos hermanas también participan en él, y una de ellas es la que ha ido a pedirme el veneno necesario para cortar el hilo de vuestros días.

—¡Oh, cielos!, ¡hacéis que me estremezca!

—En el mundo hay verdades terribles: muy penoso es el trabajo de aquellos que se ven obligados a desvelarlas por el amor de la humanidad. Hay que vengaros, señora, y es necesario hacerlo enseguida. Os traigo lo que esos monstruos querían daros; usadlo contra ellos al momento: la ley más justa es la del talión. No divulgéis nada, os deshonoraría; vengaos en silencio. No existe el menor mal en procurar a los otros el suplicio que intentan infligirnos: seréis loada por toda la gente honrada.

Le hablaba a la mujer más vengativa de Florencia, y yo lo sabía. Coge mis polvos, me los paga. Al día siguiente los mezcla con los alimentos de sus hijos, y como este veneno era muy activo, el hermano y las dos hermanas expiraron a la vez; ocho días después los siguió la madre. Todos estos entierros pasaron por delante de mi puerta.

—Sbrigani —digo mientras los oigo—, fornícame, amigo mío, mientras, estando inclinada en la ventana, mis ojos se quedan prendados de mi obra. Haz brotar rápida y ardientemente un semen que desde hace ocho días hacen hervir los horrores a los que me entrego; es necesario que descargue mientras veo mis fechorías.

Quizá me preguntéis por qué había envuelto a las dos hijas en esta terrible sentencia. Es muy fácil. Eran hermosas como ángeles; desde hacía dos meses había hecho lo imposible para seducirlas, y siempre se habían resistido: ¿se necesitaba más para encender mi ira contra ellas? ¿Y no es acaso la virtud un error a los ojos del crimen y de la infamia?

Fácilmente podéis imaginar, amigos míos, que no me olvidaba de mi lubricidad personal en medio de estas péfidas maldades. Dueña de elegir entre los soberbios hombres y las sublimes mujeres que procuraba a los demás, podéis comprender que siempre tomaba lo que más me convenía: pero a los italianos se les empalma muy mal y, además, su salud era siempre sospechosa, así que me lancé al safismo. La condesa de Donis era por aquel entonces la mujer más hermosa, más rica, más elegante y más tortillera de Florencia; pasaba públicamente por amante mía y había cierto fundamento en todo esto.

Madame de Donis era viuda, treinta y cinco años, digna de ser pintada, con un rostro encantador, muy inteligente, llena de gracias. Unida a ella por los lazos del libertinaje y por los vínculos del interés, nos entregábamos juntas a los más extravagantes y monstruosos desenfrenos de la impudicia. Le había enseñado a la condesa el arte de aguzar sus placeres con todos los refinamientos de la crueldad, y la puta, dirigida por mí, era ya casi tan malvada como yo; juntas hacíamos múltiples horrores.

—¡Oh, amiga mía! —me decía un día—, ¡cuántos tipos de deseos infunde la idea de un crimen! La comparo con una chispa que enseguida prende fuego a cualquier cosa combustible que encuentra..., cuyos estragos aumentan según las sustancias que halla a su paso, y que termina produciendo en nosotros un incendio que sólo se apaga ya con chorros de semen. Pero, Juliette, debe haber una teoría sobre esto como sobre todo, debe haber principios, reglas... Ardo en deseos de conocerlas. Instrúyeme, ángel mío; ves mis disposiciones, mis inclinaciones; amor mío, enséñame a resolver todo esto.

—Adorable mujer —respondí—, creed que amo lo suficiente a mi alumna como para formarla completamente. Prestadme aunque sea un poco de atención, y os desvelaré los principios que me han conducido adonde me veis. Aquí están, mi querida condesa.

»¿Cuáles son las precauciones generales que debéis adoptar cuando deseáis cometer un crimen, sin considerar las precauciones concretas que sólo debe prescribir la naturaleza de los acontecimientos? En primer lugar, elaborad vuestro proyecto unos días antes, reflexionad sobre todas sus consecuencias, examinad con atención lo que podrá seros útil..., lo que podría traicionaros, y calculad todo esto con la misma sangre fría que si fuese seguro que vais a ser descubierta. Si se trata de un asesinato, recordad que no hay

un solo ser en el mundo lo bastante aislado como para que sus allegados no puedan perjudicarlos; quienesquiera que sean estos, lo reclamarán tarde o temprano. Por lo tanto, antes de entregarlos, considerad la forma de responderles y de reducirles al silencio. Una vez decidida, actuad sola en la medida en que esto sea posible; si os veis obligada a contar con un cómplice, interesadle de tal forma en vuestro crimen, ligadle tan fuertemente a la acción que le sea imposible perderos. El interés es el primer móvil de los hombres; por lo tanto, según esto, no dudéis de que si habéis descuidado estas precauciones y el cómplice obtiene provecho en traicionaros..., un provecho mayor que el que encuentre en guardar vuestro secreto, no dudéis, digo, que os traicionará, sobre todo si es débil y cree que con la confesión encontrará un medio de tranquilizar su conciencia.

»Si debéis sacar algún beneficio de vuestro crimen, ocultad cuidadosamente este interés; no aparezcáis en público preocupada, porque eso os traicionará; se os escaparían palabras involuntarias producto de vuestra preocupación y, una vez cometida la acción, se recordarán esas palabras; desde ese momento se convertirán en probabilidades, y muy a menudo en semipruebas. Si el crimen cometido ha duplicado vuestra fortuna, no cambiéis en mucho tiempo ni vuestro tren de vida ni vuestras comodidades: a partir de ahí tendrían motivos para buscaros.

»Tratad de estar sola una vez realizada la acción; es muy necesario para los principiantes, puesto que el rostro es el espejo del alma: los músculos de nuestra fisonomía se adaptan, a pesar nuestro, al efecto que acaba de ser recibido en nuestro interior. Por eso mismo, evitad poner sobre el tapete cualquier cosa que tenga relación con la acción, porque si es la primera vez que la habéis cometido, os embarazaréis al hablar de ella, y si, por el contrario, es un crimen acostumbrado, un crimen que puede daros placer, se podrán leer en vuestro rostro las halagadoras impresiones que habrá pintado lo relacionado con esa acción. En general, acostumbraos a dominar de tal forma el juego de vuestro rostro que pueda perder insensiblemente la costumbre de poner al descubierto pasiones que os emocionan; haced reinar en él la tranquilidad y la indiferencia, y tratad de conseguir la mayor sangre fría en esta situación. Ahora bien, todo esto se obtiene sólo mediante el mayor hábito en el vicio y el más completo endurecimiento del alma; como ambas cosas os son necesarias, debo aconsejáros las vivamente.

»Si no estáis segura de no tener remordimientos, y sólo lo estaréis por el hábito del crimen, si, digo, no estáis completamente segura, inútilmente os esforzaréis en dominar el juego de vuestra fisonomía: el remordimiento la descompondrá constantemente y os traicionará en todo momento. Por lo tanto, no os quedéis a medio camino: seríais la

más desgraciada de las mujeres si no cometéis más que un solo delito. O no se empieza u os sumergís enteramente en el abismo en cuanto habéis puesto el pie en el borde. Sólo la infinidad de vuestras fechorías ahogará el remordimiento..., hará nacer el dulce hábito que tan bien los debilita, y asegurará a vuestra fisonomía la necesaria máscara para engañar a los demás. Por otra parte, no penséis en la atrocidad del crimen, no debe tener ningún peso en la balanza; no es la atrocidad lo que hay que castigar, sino la apariencia, y cuanto más violento es el crimen, más precauciones supone. Por lo tanto, es casi imposible realizar un crimen atroz sin precauciones, mientras que estas se descuidan en los pequeños, de ahí que resalten. La atrocidad sólo existe para vos: ¿y qué importa, si vuestra conciencia está a prueba de todo esto?; por el contrario, el hecho de que resalte está contra vos: en consecuencia, es muy temible.

»Poned en práctica la hipocresía; es necesaria en el mundo y su uso inclinará la balanza a vuestro favor: raramente se achacan crímenes a aquel en el que se observa una total indiferencia hacia todo. Nadie es tan desgraciado ni tan torpe como Tartufo. Además, como Tartufo, tampoco hay que llevar la hipocresía hasta el entusiasmo por las virtudes, sólo hasta la indiferencia del crimen. No idolatráis la virtud, pero tampoco os gusta el crimen, y este tipo de hipocresía jamás logra descubrirse, porque deja en paz el orgullo de los demás, mientras que el tipo de hipocresía del héroe de Moliere tiene que afligir por necesidad.

»Evitad los testigos con el mismo cuidado que pondríais en elegir a vuestros cómplices, y, si os es posible, no tengáis ni aquellos ni estos. Siempre son el uno o el otro, y a menudo los dos, los que llevan al criminal al suplicio[65]. Cuando hayáis adoptado vuestros métodos, no tenéis por qué tratar con esa gente. No digáis jamás: mi hijo, mi criado, mi mujer no me traicionará, porque si ese tipo de gente lo quiere, tiene una forma de denunciaros que adopta la ley y que os perderá igualmente.

»Sobre todo, no recurráis nunca a la religión; estáis perdida si dejáis que tenga alguna fuerza sobre vos; os atormentará, llenará vuestra alma de temores y quimeras, y acabaríais por ser vos misma vuestra delatora. Una vez pesadas y combinadas todas estas cosas a sangre fría (porque deseo que concibáis el crimen en el delirio de las pasiones, incluso os exhorto a ello, pero también quiero que, aunque concebido en la embriaguez, sea tramado en la calma), echáis entonces una ojeada sobre vos misma, veis lo que sois, lo que podéis; examinad vuestra fortuna, vuestros medios, vuestra influencia, vuestras atribuciones; ved hasta qué punto puede alcanzaros la ley, de qué temple es el escudo que puede protegeros en todo esto; seguid adelante; pero una vez que estéis decidida, no os detengáis. Cuando

no tengáis que haceros ningún reproche en lo que a la prudencia se refiere, no os asombréis si sois descubierta. En realidad, ¿qué es lo peor que puede suceder? Una muerte muy dulce y rápida. Mejor que la del lecho; verdaderamente, se sufre menos y se acaba antes; ¡qué importa la deshonra!, no la sentiréis puesto que ya no existís: y un individuo filósofo no se alarma por lo que puede incidir sobre la familia, la cual le preocupa muy poco. ¿Temeréis al que pueda aplastaros, sabiendo que se contenta con infamaros sin quitaros la vida? ¡Qué quimera!... ¿Y qué es el honor? Una palabra vacía de sentido, que en sí misma no es nada..., que depende de la opinión de los demás y que, por esta sola definición, no debe ni halagaros cuando gocéis de él ni alarmaros cuando lo perdáis. Atrevámonos a creer, con Epicuro, que al ser la reputación algo que no depende de nosotros, hay que saber pasar sin ella cuando no nos es posible conseguirla. Por último, recordad que no hay crimen en el mundo, por mediocre que sea, que no aporte al que lo ejecuta un placer mayor que la pena debida a la deshonra. Y ¿acaso se vive menos por estar mancillado? ¡Y qué me importa si me quedan mi tranquilidad y mis facultades! En ellas es donde encuentro mi felicidad, y no en una vana opinión que no depende de mí, puesto que todos los días vemos en el mundo a gente sin honor y sin reputación que, sin embargo, encuentra una existencia, una consideración que jamás podrían pretender seres débiles que hayan venerado la virtud toda su vida.

»Mi querida condesa, estos son los consejos que daría a una persona ordinaria. Ahora ved cuánto descanso y tranquilidad os aseguran vuestro estado, vuestra gente, vuestra riqueza, vuestra influencia; estáis por encima de las leyes por vuestro nacimiento, de la religión por vuestra inteligencia, de los remordimientos por vuestra sabiduría. ¡No, no!, no hay extravío cuya idea no debáis acariciar, ninguno en el que no podáis sumergiros ciegamente.

»Sin embargo, os diría sin cesar: evitad la apariencia, perjudica siempre sin aportar nada nuevo al placer; os diría: elegid bien a vuestros cómplices, porque no podéis pasar sin ellos en vuestra situación; con todo, os los asegura vuestra fortuna: encadenadlos con bondades y no os traicionarán; además, si se atreviesen como vos, ¿cuántos riesgos tendrían que correr?, ¿no seríais la primera en hacerlos castigar? Por lo tanto, veis que lo que constituye una barrera infranqueable para los demás es casi una alfombra de flores para vos.

»Después de haberos largado un sermón, mi bella amiga, quiero indicar ahora el secreto más bonito para descubrir cuál es el tipo de crimen que mejor va con vuestro temperamento; porque siempre os hará falta para el hecho en cuestión. Sois una clase de mujer a la que debe excitar el crimen sin cesar; antes de descubriros mi secreto, os explicaré por qué concibo así vuestro temperamento.

»Tenéis una sensibilidad excesiva; pero habéis dirigido sus efectos de forma que sólo pueda llevaros ya al vicio. Todos los objetos exteriores que tengan alguna particularidad irritan prodigiosamente las partículas eléctricas de vuestro fluido nervioso, y la conmoción recibida sobre la masa de los nervios se comunica al instante a los que rodean el centro de la voluptuosidad. Enseguida sentís un cosquilleo; esta sensación os agrada, la embellecéis, la renováis; la fuerza de vuestra imaginación os hace concebirla aumentada, con más detalles..., la irritación se hace más viva, y así multiplicaríais, si quisiéseris, vuestros goces hasta el infinito. Por lo tanto, el objetivo principal es extender, agravar... Os diré algo muy fuerte: una vez franqueadas todas las barreras, como en vuestro caso, una vez que ya no estáis sujeta a nada, tenéis que ir más lejos. Por lo tanto, sólo será ya mediante los excesos mayores, más execrables, más contrarios a las leyes divinas y humanas, como se encenderá en adelante vuestra imaginación. De esta manera, tened cuidado, porque desgraciadamente los crímenes no se nos ofrecen en función de la necesidad que tenemos de cometerlos, y la naturaleza, al crearnos almas fogosas, debía habernos dado al menos un poco más de alimento. ¿No es cierto, amiga mía, que ya descubríis en vos deseos muy superiores a vuestros medios?

—¡Oh!, sí, sí —respondió suspirando la hermosa condesa.

—Conozco ese terrible estado, es la desgracia de mis días; sea como sea, aquí está mi secreto[66]. Estad quince días enteros sin dedicaros a lujurias, distraeos, divertíos con otras cosas; ni siquiera el día que hace quince deis paso a las ideas libertinas. Una vez llegado este momento, acostaos sola, tranquila, en silencio y en la oscuridad más profunda; entonces recordad todo lo que os habéis negado en ese intervalo y entregaos dulce e indolentemente a esa suave polución con la que nadie sabe excitarse o excitar a los demás como vos. A continuación dad a vuestra imaginación la libertad de presentaros, gradualmente, diferentes tipos de extravío; examínadlos con todo detalle; pasadles revista sucesivamente; convenceos de que toda la Tierra es vuestra..., de que tenéis el derecho de cambiarla, mutilarla, de destruir, trastornar a todos los seres que mejor os parezca. No tenéis nada que temer en esto: elegid lo que os da placer, sin excepciones, no suprimáis nada, ningún tipo de consideraciones; que ningún lazo os demore; que ningún freno os detenga; dejad a vuestra imaginación hasta los más mínimos pasos y, sobre todo, no os precipitéis en vuestros impulsos: que vuestra mano esté a la orden de vuestra cabeza y no de vuestro temperamento. Sin daros cuenta, de los diversos cuadros que habréis hecho pasar por vuestra cabeza, habrá uno que se quedará más asentado que los otros, y con tal fuerza que ya no podréis alejarlo de vos ni sustituirlo por otro. La idea adquirida

por el medio que os indico os dominará, os cautivará; el delirio se apoderará de vuestros sentidos y, creyendo que estáis ya manos a la obra, descargaréis como una Mesalina. En cuanto hayáis hecho todo esto, encended las velas y transcribid en un papel el tipo de extravío que acaba de encenderos, sin olvidar ninguna de las circunstancias que puedan haber agravado los detalles; dormíos después, al día siguiente releed vuestras notas y, recomenzando vuestra operación, añadid todo lo que vuestra imaginación, un poco hastiada de una idea que ya os ha costado semen, pueda sugeriros como capaz de aumentar la irritación. Ahora dad cuerpo a esta idea y volved a añadir todos los episodios que os aconseje vuestra cabeza. A continuación llevadlo a cabo, y os daréis cuenta de que ese extravío era el que más os convenía, y el que ejecutabais con más placer. Mi secreto, lo sé, es un poco malvado, pero también seguro, y no os lo aconsejaría si no hubiese comprobado su éxito.

»Hermosa y divina amiga —proseguí al ver que mi amiga se inflamaba con mis lecciones—, permitidme que añada algunos consejos a los que acabo de ofreceros: sólo me interesa vuestra felicidad, y por ella quiero esforzarme.

»Hay que realizar dos observaciones esenciales cuando se ha decidido cometer un crimen por diversión: la primera es darle toda la extensión de que sea susceptible; la segunda, que sea de tal calibre que jamás pueda repararse. Esta última circunstancia es especialmente necesaria, ya que apaga el remordimiento; porque lo que consuela del remordimiento, cuando se ha sentido, es casi siempre la idea de poder apaciguarlo o destruirlo mediante la reparación del mal que se ha hecho. Esta idea lo adormece y no lo extingue; a la más mínima enfermedad, a la más mínima tranquilidad de las pasiones, reaparece y os desespera. Si, en lugar de eso, la acción cometida es de tal calibre que no os deja la menor esperanza de repararla, entonces la razón aniquila el remordimiento: ¿de qué serviría arrepentirse de un mal que jamás se reparará? Esta reflexión, sentida con frecuencia, lo extirpa totalmente y, cualquiera que sea la situación en que os encontréis, no lo volveréis a sentir. Si a esto añadís la multiplicidad, acabaréis de tranquilizaros completamente. Ante la imposibilidad de reparación, por un lado, y ante la de poder adivinar de qué crimen hay que arrepentirse más, por otro, la conciencia se aturde y se calla hasta tal punto que llegaréis a ser capaz de prolongar el crimen más allá incluso de los límites de la vida; lo cual os demuestra que esta situación de la conciencia se diferencia en esto de los otros afectos del alma: *se destruye en función de lo que se incrementa.*

»Una vez inculcados los primeros principios, ya nada debe deteneros. Convengo en que no podréis conseguir esta tranquilidad más que a expensas de los otros; pero la conseguiréis. ¡Y qué importa

el prójimo cuando se trata de uno mismo! Aunque la inmolación de tres millones de víctimas no deba procuraros una voluptuosidad más viva que la de hacer una buena cena, por pequeño que fuese este placer en relación con su precio, no debéis dudar un momento en dároslo; porque el sacrificio de esa buena cena tendría como resultado una privación para vos, mientras que no os resultaría ninguna de la pérdida de los tres millones de criaturas indiferentes que habría que sacrificar para obtenerla; porque existe una relación, por pequeña que pueda ser, entre la cena y vos, pero no existe ninguna entre vos y los tres millones de víctimas. Ahora bien, si el placer que esperáis de su pérdida se convierte en una de las más voluptuosas sensaciones que podáis hacer sentir a vuestra alma, os pregunto si debéis vacilar siquiera un momento[67].

»Todo depende de la total destrucción de esa absurda fraternidad cuya existencia nos inculca la educación. Romped totalmente ese lazo quimérico, quitadle toda fuerza sobre vos, convenceos de que no existe absolutamente nada entre otro hombre y vuestra persona, y veréis que vuestros placeres se extienden mientras vuestros remordimientos se apagan. Nada importa que el prójimo sienta una sensación dolorosa, si no tiene la menor consecuencia para vos. Aquí tenéis entonces un caso en que la pérdida de tres millones de víctimas os debe ser indiferente; por lo tanto, no debéis oponeros a esa pérdida, aunque pudieseis, ya que es útil a las leyes de la naturaleza; pero es muy importante que ocurra esa pérdida si os deleita, porque no hay proporción entre ella y vuestro placer: todo debe estar a favor de la sensación de que gozáis. Así pues, debéis trabajar en esa pérdida sin remordimientos, si podéis llevarla a cabo con prudencia; no porque la prudencia sea una virtud en sí misma, sino porque es buena por las ventajas que obtenéis de ella. Tampoco porque sea siempre necesaria, pues a menudo enfriaría los placeres; sin embargo, hay que utilizarla en ciertos casos porque asegura la impunidad, y porque la impunidad es uno de los mayores y más divinos atractivos del crimen; pero como en vuestro caso, por así decirlo, sólo depende de vuestras riquezas, de vuestra reputación, de vuestra influencia, tenéis menos necesidad de prudencia que otra persona. De esta forma, podéis descuidarla tranquilamente, y sobre todo cuando creáis que pueda debilitar vuestros placeres.

La condesa, entusiasmada con los consejos que le daba, me abraza mil veces para darme las gracias.

—Quiero probar tu secreto —me dice—, dejemos de vernos durante quince días. Fiel observadora de tus recomendaciones, te juro que no veré absolutamente a nadie; después de este plazo, pasaremos una noche juntas, te informaré de mis ideas e intentaremos realizarlas.

Cuando llegó el momento, la condesa no dejó de avisarme; nos

esperaba una cena deliciosa. Después de calentarnos con buenos platos y los vinos más delicados, cerramos las puertas y nos introdujimos en un cómodo nicho que el arte y la opulencia parecían haber dispuesto para los más sabios refinamientos de la lujuria.

—¡Oh, Juliette! —me dice entonces la condesa lanzándose sobre mi pecho—, necesito las sombras que nos rodean para atreverme a confesarte el resultado de tus pérfidos secretos. Quizá jamás se concibió un crimen más atroz, es terrible..., me excito al tramarlo..., descargo cuando creo que me entrego a él... ¡Oh, amor mío!, ¿cómo confesarte este horror? ¡Adónde nos lleva una imaginación desenfrenada!, ¡adónde arrastran a una débil y desgraciada criatura la saciedad, el abandono de los principios, el endurecimiento de la conciencia, el gusto por los vicios y el uso inmoderado de la lujuria!... Juliette, ¿conoces a mi madre y a mi hija?

—Claro.

—Mi madre, con apenas cincuenta años, posee todavía todos los atractivos de la belleza. Sabes que me adora. Aglaé, mi hija, con dieciséis años... Aglaé, a la que idolatro, con la que me he masturbado dos años seguidos, como mi madre había hecho antes conmigo..., pues bien, Juliette, esas dos criaturas...

—Acaba de una vez.

—Esas dos mujeres que deberían serme queridas..., quiero alimentarme con su sangre... Quiero que tú y yo, tumbadas en una bañera, mientras nos masturbamos...; quiero, digo, que la sangre de esas putas nos inunde, quiero que nos cubra..., quiero que nademos en ella..., quiero que esas dos mujeres, a las que hoy aborrezco, mueran de esta manera ante nuestros ojos... Quiero que nos inflamemos con sus últimos suspiros y que, hundidas después en el fondo de esta misma bañera, sea sobre sus cadáveres y en su sangre donde coronemos nuestros últimos placeres.

Madame de Donis, que no había dejado de masturbarse mientras me hacía la confesión, se desvaneció al descargar. Extraordinariamente excitada yo también por lo que acababa de oír, me costó un gran trabajo hacerla volver en sí; me abrazó en cuanto abrió los ojos.

—Juliette —me dice—, te he contado horrores; pero, por el estado en que me han puesto, puedes ver el efecto prodigioso que tienen sobre mis sentidos... Estoy muy lejos de arrepentirme de lo que te he dicho; ejecutaré lo que he concebido, y sin demora: es preciso que esta infamia ocupe mañana nuestro día...

—Hermosa y deliciosa amiga —digo a esta mujer encantadora—, ¡no temáis, y me enorgullezco de ello, encontrar un censor en mí! Estoy muy lejos de censurar vuestras ideas, pero exijo de ellas algunos refinamientos y episodios. Me parece que podrían añadirse cosas

deliciosas a todo eso. ¿De qué manera pretendéis que vuestras víctimas derramen sangre sobre nosotras? ¿Acaso no es esencial, para completar nuestro goce, que corra sólo por los más violentos suplicios?

—¡Ah! —me respondió vivamente la condesa—, ¿acaso crees que mi perversidad no los ha concebido ya..., que no lo he dispuesto todo? Quiero que esos suplicios sean tan largos como terribles, quiero embriagarme con sus execraciones durante diez horas seguidas, quiero que descarguemos veinte veces una sobre otra, alimentándonos con los gritos de las víctimas, alimentándonos con sus lágrimas. ¡Ah! ¡Juliette! —prosiguió esta mujer ya transportada, masturbándome con tanto ardor como ponía en ella misma—, todo lo que mi alma desahoga en la tuya no es más que el fruto de tus consejos..., de tus instrucciones. ¡Cuánto derecho a tu indulgencia me da esta verdad!... Escucha, Juliette, ya que he llegado al punto de abrirme a ti sobre deseos tan peligrosos, es necesario que acabe de hacerte una confidencia y que, al mismo tiempo, te pida ayuda en un asunto muy importante para mí. Aglaé es la hija de mi marido, por eso la detesto; su padre tenía el mismo puesto en mi corazón, y si la naturaleza no hubiese cumplido mis deseos, yo habría empleado la habilidad para obligarla a satisfacerme..., ¿me entiendes? Tengo otra hija en el mundo: su padre es un hombre al que yo idolatraba. Fontange es el nombre de ese querido fruto de mi pasión, tiene ahora trece años; se educa en Chaillot, cerca de París. Quiero hacerle un considerable favor. Toma, Juliette —prosiguió Madame de Donis entregándome una gran cartera—, aquí hay quinientos mil francos que sustraigo a mis herederos legítimos; cuando vuelvas a París, pones esta suma a nombre de mi hija; la conservarás junto a ti, la casarás, la harás feliz. Pero es preciso que parezca que todo mana de tu bondad; una conducta diferente pronto traicionaría mi secreto: mis herederos disputarían ese don, estaría perdido para mi hija. Confío en ti, mi querida Juliette: júrame que protegerás a la vez mis horrores y mis buenas acciones. En esta cartera hay cincuenta mil francos de sobra, te suplico que los aceptes... ¡Pues bien!, ¿juras servirme al mismo tiempo como verdugo de los dos seres que acabo de condenar y como protectora de la encantadora criatura que te entrego? ¡Oh!, amiga mía, mira mi confianza; tú me has dicho cien veces que los libertinos no se hacían daño entre sí: ¿desmentirás esa máxima? No lo creo..., amor mío, espero tu respuesta.

Infinitamente más segura de mantener la palabra a la condesa prometiéndole servirla en un crimen que en una buena obra, y sabiendo ya a qué atenerme sobre las dos propuestas que me hacía, acabé prometiendo las dos.

—Querida amiga —digo a la condesa abrazándola—, vuestra

voluntad será cumplida; estad segura de que antes de un año vuestra querida Fontange gozará de la suerte a que la destináis. Pero en este momento, amor mío, ocupémonos, te lo suplico, únicamente de la ejecución proyectada: no podéis imaginar cómo me enfría la virtud cuando mi alma está entregada al crimen.

—¡Ah!, Juliette —me dice Madame de Donis—, ¿acaso censuras esta buena acción?

—No —me apresuré a responder, y tenía mis razones para apresurarme—, no, ciertamente, no censuro nada, pero me gustaría que separásemos dos cosas tan distintas.

—¡Pues bien! —me respondió la condesa—, no nos ocupemos más que de lo que acaba de producirme un efecto tan prodigioso. Me has prometido algunos detalles, Juliette, tengo algunos en la cabeza, comuniquémonos nuestras ideas: quiero ver si nuestras imaginaciones se corresponden.

—Entonces —digo—, en primer lugar, es preciso que la escena sea trasladada al campo; las lujurias crueles sólo son buenas allí; el silencio y la tranquilidad de que se goza en él no se encuentran en ninguna otra parte; a continuación hay que añadirle a todo eso algunos detalles lujuriosos... ¿Agláé es virgen?

—Claro.

—Es preciso que se inmolen sus primicias en los altares del asesinato; es preciso que sus dos madres la presenten al sacrificador; es preciso...

—¡Ah!, ¡que los suplicios sean terribles! —interrumpió bruscamente la condesa.

—Indudablemente, pero no los dispongamos ahora; que las circunstancias nos den la idea: serán mil veces más voluptuosos.

El resto de la noche transcurrió en lo más refinado que puede tener el safismo. Nos besamos, nos chupamos, nos devoramos; ambas, armadas con consoladores, nos embestimos con los golpes más terribles. Y habiéndolo dispuesto todo para ir unos días a Prato, donde la condesa tenía una soberbia mansión, propusimos la ejecución de nuestro delicioso proyecto para dentro de ocho días.

Madame de Donis había llevado muy hábilmente a su madre y a su hija al campo, so pretexto de un viaje de seis meses, durante el cual pretextaría a su vez alguna enfermedad que le arrebataría las víctimas que sólo su rabia debía sacrificar. Yo, por mi parte, debía llevar a Sbrigani y dos criados seguros, de quienes podía responder como de mí misma. Por lo tanto, el día indicado nos encontramos en Prato ocho personas en total: mi amiga y yo, Sbrigani, los dos criados, la madre, la hija y una vieja dueña de Madame de Donis que la servía desde hacía mucho tiempo en todos sus desórdenes.

Yo apenas conocía a Aglaé; solamente ahora la miraba con más

atención. Nada tan bonito en el mundo como esta joven: sus formas eran tan agradables como delicadas, su piel de una blancura y finura increíbles, con unos grandes ojos azules que sólo pedían ser avivados, los dientes más hermosos, los cabellos más rubios. Pero todo esto ondeaba sin arte: Aglaé no estaba llena de gracias, sólo había sido acariciada por ellas. No os podéis imaginar la impresión que me causó esta joven; ninguna mujer me había emocionado con tanta fuerza desde hacía mucho tiempo.

Pronto se me ocurrió una idea: cambiemos de víctima, me digo, ¿no es su sentencia de muerte el fideicomiso que me encarga la condesa? Si tengo el deseo sincero, como lo siento, de robar ese dinero, ¿no debo atentar enseguida contra los días de la que me lo confía? Vengo aquí para cometer crímenes; el que acaba con los días de la hija no satisface más que mi libertinaje, el que cortará los días de la madre encenderá igualmente mis pasiones y contentará asimismo mi avaricia: tendré los quinientos mil francos sin estar obligada a dar cuenta de ellos, dos bonitas muchachas a mi disposición y, además, el asesinato refinado de una mujer con la que me he masturbado el suficiente tiempo como para estar cansada de ella. En cuanto a la vieja, ¡oh!, que pase por ello, nada más simple; pero concedamos la gracia, al menos hasta nueva orden, a esta dulce y encantadora criatura de la que todavía no estoy hastiada.

Estas ideas, muy aplaudidas por mi esposo, al que di parte de ellas, nos hicieron tomar la decisión de ordenar al instante a mis mujeres que desapareciesen inmediatamente con nuestras riquezas y que nos esperasen en Roma, adonde debíamos ir al dejar Florencia. Nuestros deseos fueron ejecutados con toda la exactitud y puntualidad que cabía esperar de dos mujeres tan adictas a mí como Élise y Raimonde. Desde ese mismo día, convencí a Madame de Donis de que, para la seguridad y perfección de la obra que meditaba, se tornaba indispensable que hiciese marchar a toda su gente y que, por el contrario, ordenase traer a su casa de campo todas sus posesiones en oro y joyas, a fin de tener al menos este recurso si nos ocurría alguna desgracia en la ejecución de nuestro proyecto. Convencida de la pérfida cordura de estas precauciones, Madame de Donis, que no sospechaba las que yo tomaba por mi parte, quiso informar a todos sus amigos de que se iba a Sicilia, y se despidió de ellos por seis meses. Y como no conservó más que a la vieja ama de la que acabo de hablar, la imprevisora criatura se entregó completamente a nosotros... Era imposible caer mejor en la trampa que le tendíamos para perderla. El segundo día todo estaba en orden ya, y la condesa tenía con ella seiscientos mil francos en objetos, una cartera con dos millones y tres mil cequíes en metálico; por toda defensa, una vieja; mientras que yo tenía, independientemente de Sbrigani, a dos vigorosos criados para

ayudarnos.

Una vez dispuestos los preparativos, como yo me divertía infinitamente con la idea de hacer cometer a la hija el crimen del que la madre quería hacerle víctima, animé a la condesa a que descansáramos tres o cuatro días antes de emprender nada, y que pospusiese al viernes nuestra expedición.

—Utilicemos el engaño y la coerción —le digo—. Puesto que estamos en vísperas de perder a esta encantadora Aglaé, que me habéis hecho conocer para separarme de ella enseguida, dejadme que al menos pase con vuestra hija las dos o tres noches que deben preceder a nuestras operaciones.

La condesa tenía tal ceguera conmigo que nada en el mundo podía abrirle los ojos. Estos son los errores en que caen casi siempre aquellos que meditan fechorías: cegados por sus pasiones, no ven más que estas, y convencidos de que sus cómplices tienen tanto interés o placer en compartir las acciones de que se trata, cierran absolutamente los ojos a todo lo que puede alejar o enfriar a los otros del proyecto que les embriaga. Madame de Donis se avino a todo; Aglaé recibió la orden de aceptarme en su cama, yo me aproveché de ello desde esa misma noche. ¡Oh, amigos míos, cuántos encantos! No imaginéis que sea entusiasmo ni metáfora, realmente no exagero cuando os aseguro que Aglaé habría podido servir de modelo, ella sola, a aquel que ni siquiera encontró en las cien mujeres más hermosas de Grecia las suficientes bellezas para componer la sublime Venus que yo había admirado en la casa del gran duque. Jamás, jamás había visto yo formas tan deliciosamente torneadas, un conjunto tan voluptuoso y partes aisladas tan interesantes; nada más estrecho que su bonito coño, nada tan rollizo como su encantador culito, nada tan fresco, tan bien moldeado como su pecho, y ahora puedo juraros, fríamente, que Aglaé era la criatura más divina que hubiese festejado hasta entonces. Apenas descubrí sus encantos, los devoré a caricias, y constantemente me parecía que no había acariciado lo suficiente el encanto que acababa de dejar. La hermosa zorrilla, dotada del temperamento más lascivo, se extasió pronto en mis brazos. Hija de su madre, ¡la puta me masturbó como la propia Safo!, pero las sabias languideces de mis voluptuosidades, mis angustias, mis crispaciones, mis nervios, mis espasmos, mis suspiros, mis blasfemias, todos esos atributos de la corrupción meditada, todos esos síntomas de la naturaleza desfalleciente y enérgicamente excitada, mis propósitos, mis besos, mis caricias, mis descripciones lascivas, todo la asombró, todo alarmó su gentil inocencia, y acabó por confesarme que su madre estaba muy lejos de mis lujuriosos refinamientos. Por fin, después de las horas más voluptuosas, después de haber descargado de todas las formas posibles cinco o seis veces cada una, después de habernos

besado, chupado todas las partes de nuestro cuerpo, de habernos mordido, pellizcado, lengüeteado, azotado, en una palabra, después de haber hecho todas las cosas propias de la crápula que puedan inventarse, lo más sucio, lo más desenfrenado, lo más inconcebible, le solté a esta encantadora persona más o menos el discurso siguiente:

—Querida niña —le digo—, ignoro en qué punto estáis en cuanto a principios, y si la condesa, al daros las primeras lecciones del placer, se ha ocupado de cultivar vuestra alma; en cualquier caso, lo que debo revelaros es demasiado importante para que pueda seguir ocultándolo un minuto más. Vuestra madre, la más falsa, la más indigna, la más criminal de las mujeres, ha conspirado contra vuestros días: mañana debéis ser su víctima, si no paráis el golpe dándolo vos primero.

—¡Oh, cielos!, ¿qué me decís? —exclama Aglaé temblando.

—La verdad, querida, es terrible pero tenía que decíroslo.

—Entonces, esa es la causa de la distancia que me muestra desde hace un tiempo, sus tratos...

—¿Qué trato habéis recibido de ella?...

Aglaé me confesó que su madre, cruel en el placer, la atormentaba, la abofeteaba, la fustigaba y le decía las cosas más duras. Curiosa por saber hasta dónde había llevado la Donis el desorden y el extravío en las voluptuosidades que se había permitido con su hija, descubrí que exigía de esta niña una de las desviaciones libidinosas cuya repugnancia apresura su violencia. Sensible a todos los tipos posibles de libertinaje, esta madre impúdica no tenía ya más goce que el de hacerle cagar en su boca, y ella se lo tragaba todo.

—Amor mío —digo a esta joven—, tendríais que haber sido más comedida en los favores que habéis concedido a vuestra madre; una excesiva complacencia ha engendrado la saciedad: ya no hay tiempo, ha llegado la hora, ahora sólo es cuestión de prevenirla.

—Pero ¿cómo escapar?

—No se trata de escapar. No os propongo que paréis el golpe. Aglaé, os aconsejo que lo llevéis a cabo vos misma.

Yo gozaba verdaderamente con la maldad que cometía; porque, en el primer caso, sólo servía a la pasión de una criminal; en este, sin embargo, seducía a una joven de natural dulce y virtuoso; la impulsaba al parricidio, algo que, por muy merecido que se lo tuviese la madre, ¿no era de todos modos un crimen?; además, la traición a mi amiga me divertía asombrosamente.

Aglaé, débil, delicada y sensible, no pudo soportar el golpe, y la pobre desgraciada no supo más que llorar y precipitarse a mi pecho ante esta terrible propuesta.

—Hija mía —le digo con vehemencia—, no son lágrimas lo que se precisa en este caso, sino resoluciones. Madame de Donis ya no es para vos más que una mujer ordinaria a la que vais a sacrificar sin

remordimientos: arrancar la vida a los que conspiran contra la nuestra es la primera virtud de la humanidad. ¿Os creéis obligada por el reconocimiento hacia una mujer abominable que os ha dado la vida sólo para quitárosela? Desengañaos, Aglaé, desengañaos: a un monstruo semejante sólo le debéis horrores y venganza; seríais despreciable para siempre si os tragaseis semejante injuria. Además, ¿qué tipo de seguridad tendríais? Mañana seríais la víctima de vuestra madre si hoy no lo es ella de vos. Hija ciega, ¿te ruborizas por verter una sangre tan criminal?, ¿puedes sospechar todavía la existencia de algún lazo entre esa malvada y tú?

—¡Vos sois su amiga!

—¿Puedo serlo, en el momento en que ella corta los días de todo lo que amo en el mundo?

—Pero vos tenéis gustos, pasiones como las suyas.

—Sí, pero yo no venero, como ella, el crimen; no soy, como ella, una loba hambrienta de sangre, aborrezco la crueldad; amo a mis semejantes, y el asesinato es una infamia que me horroriza. Olvídate, Aglaé, olvídate de comparaciones que no sirven para nada, que me deshonran y nos hacen perder instantes preciosos. No son palabras lo que necesitamos, sino acciones.

—¿Quién?, ¡yo, clavar el puñal en el pecho de mi madre!

—No debes considerarla como tal desde el momento en que ha conspirado contra ti. Desde ese momento, esa mujer no es más que una bestia venenosa de la que hay que desembarazarse.

Volví a tomar a Aglaé en mis brazos e intenté apagar el remordimiento con el fuego del libertinaje: la artimaña tuvo éxito; Aglaé, seducida, lo prometió todo[68]. La bribona, guiada por la maldad de mis seducciones, llegó al extremo de imaginar agujijones lúbricos para el placer de la venganza; en resumidas cuentas, la hice descargar con la idea del asesinato de su madre. Nos levantamos.

—Amigo mío —le digo a Sbrigani—, ya no nos queda más que apoderarnos de las víctimas; lleva a tu gente, y que las encadenen al momento.

Se apoderan primero de la madre y la meten en las bodegas del castillo; la hija la sigue rápidamente. Como no había oído la escena, la condesa se quedó helada de la sorpresa. Aglaé estaba allí.

—¡Monstruo! —digo a la condesa—, tienes que ser la primera víctima de tus maldades.

—¡Pérfida!..., ¿acaso no era este complot tanto obra tuya como mía?

—Te engañaba, me hacía la viciosa para arrancar tu secreto; ahora soy dueña de ti, ya no necesito fingir...

Y la desgraciada pronto se reunió con su madre. En cuanto se hace de noche, hago subir a las dos víctimas al salón preparado por

Madame de Donis para los horrores que meditaba. Aglaé, afirmada, sermoneada por mí, se divierte con el espectáculo; ni el estado de su abuela ni el de su madre la ablandan: yo había tenido la astucia de darle a entender que la condesa había actuado en todo esto siguiendo las instigaciones de la vieja... Y empezó el suplicio.

Seguí la idea de la condesa; pero en lugar de ser la agente, la desgraciada fue paciente. Tumbadas su hija y yo en el fondo de una bañera, mientras nos masturbábamos Sbrigani nos regaba con la sangre de las dos madres; la hacía correr por mil llagas diferentes. Puedo decir en honor de Aglaé que su valor y firmeza no decayeron ni un momento; pasando con rapidez del placer al éxtasis, el fin de la operación fue el único límite de su delirio, y la escena fue larga. No es posible imaginarse los refinamientos que inventó Sbrigani para prolongar los suplicios; el monstruo los coronó sodomizando a sus víctimas: expiraron bajo su cuerpo.

—Ya somos los dueños de la casa —digo a mi bárbaro esposo en cuanto hubo acabado todo—; alejémonos rápidamente, no hay tiempo que perder. Aglaé, comprenderéis ahora el objeto de mi crimen; amiga de vuestra madre, no hacía más que compartir sus riquezas: ahora son mías. Los fuegos que habéis encendido en mi corazón no se han extinguido: conocéis a Élise y a Raimonde, os uniré a ellas. Pero, como ellas, tendréis que prostituiros por las más pequeñas necesidades, por los más débiles caprichos de la sociedad, tendréis que engañar, robar, seducir, en una palabra, como nosotros, cometer todos los crímenes que exijan nuestros intereses: o esto, o el abandono y la miseria; elegid.

—¡Oh!, mi querida amiga, no te abandonaré jamás —exclamó esta niñita con lágrimas en los ojos—, no es mi situación lo que me fuerza a ello, sino mi corazón, soy toda tuya.

Mi esposo, todavía muy encendido, no veía sin emoción esta escena de ternura; sus ojos y su verga me dieron a entender que quería fornicar, y pronto me lo confirmaron sus palabras.

—¡Santo Dios! —me dice—, siento remordimientos por el crimen que acabo de cometer, y sólo la violación de la hija puede consolarme del asesinato de sus madres: concédemela, Juliette.

Y sin esperar mi respuesta, el libertino, que la tenía totalmente empinada, cogió a la puta y la desvirgó. En cuanto los muslos están teñidos de la sangre que sale de este joven coño, el italiano da la vuelta a la medalla y en tres embestidas está en el culo.

—Juliette —me dice mientras entra y sale—, ¿qué haremos ahora con esta cosa? Sólo las primicias de esta muchachita habrían podido darnos oro; ya están recogidas: ¿de qué puede servirnos ahora la puta? Esta cosa no tiene ni gracia ni carácter —y seguía fornicando—; Juliette, créeme, juntemos lo que la naturaleza había unido, que no

exista ya más familia. ¡Cuántos detalles excitantes puede ofrecernos el asesinato de esta niña! ¡Oh!, joder, estoy a punto de descargar.

Y en ese momento, lo confieso, amigos míos, mi ferocidad natural le llevó a otras consideraciones; el consejo de Sbrigani me había emocionado; el bribón lo sabía, y la sentencia de Aglaé fue firmada al instante con semen.

—Vais a seguir a vuestros padres —le digo—, nos excitamos ante la idea de haceros morir, y criminales como nosotros no tuvieron jamás otras leyes que las de sus pasiones.

La entregamos a nuestros criados a pesar de sus súplicas y sus lágrimas; y mientras los bribones la sometían a todas sus fantasías, Sbrigani me hacía probar lo más excitante de la lujuria. Nuestros criados pasan pronto de los placeres a las brutalidades; insultando sin delicadeza alguna al objeto que acababan de incensar, pasan de las injurias a las amenazas, de las amenazas a los golpes... Y yo no vengaba a Aglaé: sus bonitas manecitas, levantadas hacia mí, me imploraban, yo ya no escuchaba. La infortunada parecía recordarme tácitamente nuestros secretos placeres y rogarme que escuchase de nuevo el sentimiento que entonces me guiaba: yo permanecía sorda. Increíblemente excitada por Sbrigani, que me enculaba mientras tanto, lejos de apiadarme del destino de esta desgraciada, me convertía a la vez en su acusadora y su verdugo.

—¡Azotadla! —digo a mis criados—, ensangrentad ese hermoso culito que tanto placer me ha dado.

Estaba tendida sobre una estrecha banqueta, unas correas sujetaban su cuerpo, y su cabeza, muy elevada por un collar de hierro, se ofrecía a los besos con que yo cubría su boca mientras presentaba el culo a Sbrigani, que me sodomizaba al tiempo que la vieja lo fustigaba. Con cada una de mis manos meneaba el miembro de los criados, quienes, armados cada uno con un látigo, desgarraban a placer todas las partes del trasero de nuestra interesante víctima. Descargué dos veces en esta escena, y cuando vi que las rosas de esas encantadoras nalguitas estaban marcadas de tal forma que no se distinguían ya, sobre el satén de esa piel tan fresca, más que heridas y moratones, la hice colgar por el pelo de una araña; después, separando sus dos piernas mediante cordones, hice que atasen estos a las dos puntas del salón, y yo misma la fustigué en esta postura, sobre las partes más delicadas del cuerpo, principalmente el interior del coño. Nunca he visto nada tan agradable como los saltos convulsivos de esta pobre niña mientras la zurraba de esta manera; tan pronto se echaba hacia atrás para evitar mis golpes de delante, como hacia delante para evitar los de detrás; no había una sacudida que no le costase un puñado de pelo. Y ya descargaba yo como una zorra ante las convulsiones de esta infortunada cuando una idea deliciosa vino a

perfeccionar mi delirio: era demasiado del gusto de Sbrigani como para que no la ejecutásemos al momento. Desenterramos los cadáveres de las dos madres, los ponemos hasta medio cuerpo en los agujeros; frente a ellos colocamos a Aglaé, enterrada sólo hasta el pecho, y enfrente de este terrible espectáculo la dejamos expirar lentamente. Un pistoletazo nos liberó del ama; y cargados con riquezas inmensas, Sbrigani, nuestros dos criados y yo ganamos rápidamente la capital de los Estados cristianos, donde encontramos a nuestras dos muchachas, que habían llegado igualmente, con el resto de nuestros bienes, a la dirección que habíamos convenido en Florencia.

—¡Oh, Sbrigani! —exclamé al entrar en Roma—, ¡henos por fin aquí, en esta soberbia capital del mundo! ¡Cómo me gusta establecer el curioso paralelo que hay entre la Roma antigua y la Roma moderna! ¡Con qué desprecio voy a ver las estatuas de Pedro y María en los altares de Bellona y Venus! Ninguna idea como esta para exaltar mi imaginación. Pueblo embrutecido por la superstición —proseguí, buscando en el rostro de los nuevos romanos algunos rasgos de esos antiguos dueños del globo entero—, ¡hasta qué punto ha llegado a degradaros la más infame..., la más repugnante de las religiones! ¿Y qué dirían los Catón, los Bruto, si viesan a los Julio y a los Borgia pisotear insolentemente las augustas cenizas que confiadamente dejaron estos héroes del mundo a la respetuosa admiración del universo?

A pesar del juramento que había hecho de no entrar en ninguna iglesia, al llegar a Roma no pude contener el deseo de visitar la de San Pedro. Ese monumento, hay que admitirlo, no sólo está por encima de todas las descripciones, sino que incluso es superior a todo lo que puede concebir una fértil imaginación. Pero esta parte del espíritu del hombre se aflige al ver que se hayan agotado tan grandes talentos, que se hayan realizado tan grandes gastos en honor de una religión tan estúpida, tan ridícula como esa en la que hemos tenido la desgracia de nacer. No hay nada tan soberbio como el altar solitario que se eleva entre cuatro columnas salomónicas, en el ábside de la iglesia, sobre la tumba misma de san Pedro, que, sin embargo, jamás apareció ni murió en Roma.

—¡Oh, qué sofá para hacerse encular! —digo a Sbrigani—... Bien, déjalo en mis manos, y en menos de un mes Juliette recibirá, sobre este magnífico altar, la modesta verga del vicario de Jesús.

Y ya veréis, amigos míos, si mis predicciones no fueron exactas.

Al llegar a Roma, creí que debía jugar un papel distinto que en Florencia. Con algunas cartas de recomendación que había obtenido del gran duque, me aproveché del título de condesa que le había rogado me diese en ellas, y como tenía con qué apoyar tal título, tomé una casa acorde con él. Mi primera preocupación fue colocar mis

fondos. El enorme robo hecho en casa de Minski, el de Madame de Donis, los quinientos mil francos del fideicomiso, junto con lo que yo tenía, hacía una suma de ochocientas mil libras de renta: fortuna, como se ve, bastante considerable para que mi casa pudiese rivalizar con las de los más brillantes príncipes de Italia. Élise y Raimonde fueron mis damas de compañía, y Sbrigani creyó más oportuno para mis intereses pasar desde ese momento por mi gentilhombre, en lugar de por mi esposo.

Realicé mis visitas en un coche soberbio. Tenía cartas para el cardenal de Bernis, nuestro embajador en esta corte, que me recibió con toda la galantería del encantador émulo de Petrarca.

De allí fui a la casa de la hermosa princesa de Borghèse, mujer muy libertina, a la que pronto veréis desempeñar un papel muy importante en mis aventuras.

Dos días después aparecí en la casa del cardenal Albani, el mayor libertino del Sacro Colegio Cardenalicio; desde el primer día quiso que su pintor me pintase desnuda para adornar su soberbia galería.

A continuación visité la casa de la duquesa de Grillo, mujer encantadora, ridículamente sacrificada al esposo más desabrido, y me volvió loca en cuanto la vi.

Mis conocimientos particulares se limitaron a esta gente, y en este círculo delicioso me veréis renovar todos los extravíos de mi juventud..., de mi juventud, sí, amigos míos, puedo servirme de esta expresión, ya que entonces entraba en mi año veinticinco. Sin embargo, no podía quejarme de la naturaleza; lejos de degradar mis rasgos, les había dado ese aire de madurez, energía, negado en general a la tierna edad, y puedo decir sin modestia que si hasta entonces había pasado por bonita, ahora podía presumir, en justicia, de la más extrema belleza. La delicadeza de mi talle se había conservado perfectamente; mi pecho, siempre fresco y redondo, se había sostenido maravillosamente. Mis nalgas, altas y de un agradable frescor, no se resentían de los excesos lujuriosos a los que me había entregado; cierto que su agujero era un poco ancho, pero con un hermoso color moreno rojizo, sin pelos, y siempre se ofrecía para atraer lenguas; mi coño tampoco era muy estrecho, pero con coquetería, esencias y habilidad, recuperaba el estallido de las rosas y de la virginidad. Respecto a mi temperamento, que adquiriría fuerza con la edad, era verdaderamente excesivo, y siempre a las órdenes de mi cabeza: una vez en funcionamiento, era imposible agotarlo. Pero, para encenderlo con mayor seguridad, empezaba a desear el vino y los licores, y una vez que mi cabeza estaba embriagada, no había exceso al que no me entregase; también hacía uso del opio y otros estimulantes del amor, cuyas indicaciones había recibido en casa de la Durand, y que en Italia se venden abiertamente y con profusión. No hay que tener miedo a

excitar los apetitos lascivos con tales medios; el arte siempre sirve mejor que la naturaleza, y el único inconveniente que presentan es la obligación de seguir con ellos toda la vida.

En cuanto llegué a Roma se me ofrecieron dos mujeres. Una, la princesa Borghèse. No tardó ni dos días en dejarme leer en sus ojos todo el deseo de que nos conociésemos más profundamente. Treinta años, una gran vitalidad, unos rasgos atractivos, inteligencia, libertinaje, ojos expresivos, unos cabellos hermosísimos, imaginación, atenciones: esto es lo que me ofrecía la primera.

La duquesa de Grillo, más modesta, más joven, hermosa y buena, me ofrecía un porte de reina, pudor, comedimiento, menos vivacidad, poca imaginación, pero infinitamente más ternura, virtud y sensibilidad. Prendada por igual de estas dos mujeres, era normal, de acuerdo con el cuadro que os he hecho, que si una trastornaba mi cabeza, la otra triunfase en todos los afectos de mi corazón.

Al cabo de ocho días de amistad, la princesa me invitó a cenar en su casita, cerca de Roma.

—Estando solas —me dice—; me pareces una mujer deliciosa, mi querida condesa, y quiero unirme a ti.

Podéis juzgar fácilmente que, ante semejantes principios, pronto se desechó todo ceremonial. Hacía un calor excesivo. Después de una cena tan abundante como voluptuosa, que nos había sido servida por cinco muchachas encantadoras en un cuarto repleto de rosas y jazmines, y rodeado de cascadas cuyo agradable murmullo y dulce frescor unía todos los encantos de la naturaleza a los atractivos del arte, la princesa, alumbrada por sus ninfas, me arrastró hasta un pequeño pabellón solitario situado bajo los álamos que le daban sombra. Entramos en una sala redonda, donde había un canapé circular que no tenía más de veinte centímetros de altura, totalmente cubierto de cojines; unos espejos, multiplicados hasta el infinito, terminaban por hacer de esta habitacioncita uno de los más bonitos templos que Venus poseía en Italia. Las muchachas se retiraron en cuanto encendieron varios quinqués con aceite oloroso, cuyas llamas, ocultas con gasas verdes, no podían dañar la vista.

—Amor mío —me dice la princesa—, llamémonos por nuestros nombres de pila: aborrezco todo lo que me recuerda mis lazos del himeneo. Olympe es el nombre de mi infancia, no me llames de otra forma; por mi parte, sólo te llamaré Juliette, ¿me lo permites, verdad, ángel mío?

Y un beso ardiente vino a imprimirse en mis labios.

—Querida Olympe —digo tomando a esta criatura encantadora en mis brazos—, ¿qué no te permitiría a ti? ¿Acaso la naturaleza, al crearte con tantos encantos, no te ha dado un derecho sobre todos los corazones, y acaso no debes seducir necesariamente a todos los seres a

los que quema tu mirada?

—Eres divina, mi querida Juliette, ¡bésame mil y mil veces! —me dice Olympe dejándose caer sobre la otomana—... ¡Oh, mi más tierna amiga!, presiento que vamos a hacer muchas cosas juntas... Pero temo abrirme a ti, ¡soy tan libertina!; puedes creerme, alma mía, te adoro; pero no es el amor lo que me inflama: no conozco el amor en la lujuria, sólo adopto la lubricidad.

—¡Oh, cielos! —exclamé—, ¿es posible que a dos mil kilómetros de distancia la naturaleza haya creado almas tan parecidas?

—¡Qué!, Juliette —me respondió vivamente Olympe—, ¿tú también eres libertina? ¡Nos masturbaremos sin amarnos, descargaremos como zorras sin pudor, sin delicadeza; introduciremos terceros en nuestros placeres!... ¡Ah!, ¡te voy a comer, ángel mío, te besaré miles de veces! Es la saciedad lo que nos lleva a esto, es la costumbre, la excesiva opulencia en la que ambas vivimos; acostumbradas a no negarnos nada, estamos hartas de todo, y los estúpidos no comprenden adonde conduce esta apatía del alma.

Olympe, mientras seguía charlando, me desvestía, se desvestía a sí misma, y desnudas las dos, pronto nos encontramos la una en brazos de la otra. El primer movimiento de la Borghèse fue lanzarse a mis rodillas, abrirme las piernas, pasar sus dos manos por mis nalgas e introducir todo lo que pudo su lengua en mi coño. Yo estaba tan extasiada que la zorra triunfó enseguida; traga mi semen; le doy la vuelta, y lanzándonos sobre los cojines que llenan este cuarto, me tumbo al revés que ella, y mientras yo la acaricio con todas mis fuerzas con mi cabeza entre sus piernas, la puta me hace lo mismo; descargamos cinco o seis veces así.

—No nos bastamos solas —me dice Olympe—, es imposible que dos mujeres se satisfagan solas: llamemos a las muchachas que nos han servido; son hermosas, la mayor no tiene ni diecisiete años, la más pequeña catorce. No pasa un día sin que me masturben; ¿las deseas?

—¡Claro!, todo eso me gusta tanto como a ti; todo lo que añadido al libertinaje es precioso para mis sentidos.

—Me gustaría poder multiplicar todos sus efectos —me respondió Olympe en éxtasis—, no hay nada tan estúpido como esas mujeres tímidas, reprimidas o delicadas que, al haber recibido siempre el placer del amor, se imaginan imbécilmente que hay que adorarse para joderse.

Y como la princesa había tocado el timbre, las cinco jóvenes, al cabo de este manejo lujurioso, llegaron totalmente desnudas. No había nada tan bonito como sus rostros, nada con tanta frescura, tan bien moldeado como sus cuerpos, y cuando rodearon a Olympe creí por un momento que eran las Gracias retozando alrededor de Venus.

—Juliette —me dice la princesa—, siéntate frente a mí; estas

cinco muchachas te rodearán y harán eyacular tu semen con las más amorosas caricias, con las posturas más lascivas; yo te veré descargar, es todo lo que quiero. No te imaginas el placer que experimento viendo a una mujer bonita embriagada; yo me masturbaré entretanto, dejaré que mi cabeza vague, y te aseguro que llegará muy lejos.

La propuesta era demasiado hermosa para mi lubricidad como para negarme. Olympe dispuso los grupos; una de estas bonitas muchachas, arrodillada sobre mí, me hacía chupar su bonito coño; yo estaba sujeta por una especie de cinchas blandas cubiertas de satén negro; mis nalgas descansaban sobre el rostro de una segunda, que me lamía el ojete; la tercera, tumbada encima de mí, me masturbaba mientras yo acariciaba a cada una con una mano; frente a este espectáculo, Olympe, que lo devoraba con la vista, tenía en la mano un cordón de seda unido a las cinchas de las que yo estaba suspendida, y moviendo este cordón con suavidad, me imprimía un movimiento activo y retroactivo que multiplicaba los lengüetazos que yo daba y recibía, y con esta deliciosa acción les confería un increíble aumento de voluptuosidad. Creo que en mi vida había gozado de tanto placer. Hasta ese momento yo ignoraba el aumento de voluptuosidad que me preparaba Olympe, y entonces una música deliciosa se dejó oír, sin que fuese posible distinguir de dónde procedía. Dejándome llevar por las quimeras del Corán, me sentí transportada a su paraíso y, rodeada por las huríes que promete a los fieles, creí que sólo me acariciaban para sumergirme en los últimos excesos de la más deliciosa lubricidad. Los movimientos que me comunicaba Olympe se hicieron entonces cadenciosos; yo estaba en las nubes y sólo existía por el profundo sentimiento de mi lujuria. Al cabo de una hora de éxtasis, Olympe se puso en el columpio, rodeada como yo por las cinco muchachas. Deliciosamente emocionada por la música, que cambiaba a cada instante los tiernos fragmentos que nos embriagaban, la masturbé durante cinco cuartos de hora seguidos en esta voluptuosa máquina; después de un rato de descanso, cambiamos de placeres.

Tumbadas ambas en el suelo, sobre la pila de cojines que cubrían el suelo de este encantador cuarto, pusimos en medio a la muchacha más bonita. Nos masturbaba a cada una con una mano; otras dos, colocadas entre nuestras piernas, nos acariciaban; y las dos últimas, a caballo sobre nuestros pechos, nos ofrecían sus coños para chuparlos: de esta forma nos sumergimos durante cerca de una hora en el más voluptuoso éxtasis. A continuación cambiaron las muchachas: masturbamos a las que acababan de chuparnos, y las que acababan de ser masturbadas por nosotras nos masturbaron a su vez. Seguía la música; Olympe me preguntó si quería que entrasen los músicos.

—Encantada —respondí—, me gustaría que el universo entero me viese en el estado de embriaguez en que me encuentro.

—¡Oh, querida, querida! —me dice Olympe besando mi boca ardorosamente—, eres una puta, te adoro; así me gustaría que fuesen todas las mujeres. Qué imbéciles son las que no lo sacrifican todo a sus placeres: ¡ah!, ¡cuán estúpidas son las que pueden tener otros dioses distintos de Venus..., otras costumbres que las de prostituirse constantemente con individuos de todos los sexos, de todas las edades, con todas las criaturas vivas! ¡Oh, Juliette!, para mi corazón, la más santa de las leyes es la prostitución; no respiro más que para derramar semen; no conozco ni otras necesidades ni otros placeres: me gustaría ser prostituta, pero serlo por muy poco dinero. Esta idea me vuelve loca hasta un punto inexplicable. Quiero que me muestren libertinos con gustos difíciles; quiero verme obligada a utilizar mil recursos para reanimarlos; quiero ser su víctima; que hagan conmigo lo que quieran..., lo soportaría todo..., incluso tormentos...

»Juliette, prostituyámonos..., vendámonos..., entreguémonos..., seamos putas en todas las partes de nuestro cuerpo... ¡Ah!, joder, ángel mío, se me va la cabeza; semejante al corcel fogoso, me introduzco yo misma el dardo que me destruye; vuelo hacia mi perdición, lo sé..., es infalible..., y le planto cara. Estoy casi indignada por la influencia y las prerrogativas que favorecen mis extravíos; me gustaría que estuviesen todas bajo tierra; me gustaría que pudiesen arrastrarme, como la última de las criaturas, a la suerte a la que las conduce su abandono... ¿Crees que entonces temería esa suerte?... No, no, fuese la que fuese correría hacia ella sin miedo... Incluso el cadalso sería para mí el trono de las voluptuosidades, haría frente a la muerte en él, y descargaría gozando del placer de expirar víctima de mis fechorías y de aterrorizar un día al universo. A esto es a lo que he llegado, Juliette, es aquí adonde me ha conducido el libertinaje, es aquí donde quiero vivir y morir, pronuncio el juramento tomando tus manos, te quiero lo bastante para confesártelo. ¿Hay algo más que decir? Siento que estoy a punto de lanzarme a un extravío espantoso; todos los prejuicios se diluyen ante mi vista, todos los frenos se rompen ante mí; me decido por los mayores extravíos, la venda cae: veo el abismo, y me lanzo a él con placer. Pisoteo ese honor quimérico al que las mujeres inmolan su felicidad imbécilmente, sin que nada las compense de los sacrificios ofrecidos. El honor reside en la opinión, pero la opinión que hace feliz es la de uno mismo, no la de los demás. ¡Seamos lo bastante sabios como para despreciar esa opinión pública que en nada depende de nosotros, lo bastante clarividentes como para destruir el sentimiento imbécil de que no alcanzamos la felicidad más que mediante privaciones, y pronto veremos que es posible vivir igual de felices convertidos en el objeto del desprecio universal que bajo las tristes coronas del honor! ¡Oh, compañeras mías del libertinaje y del crimen, reíros de ese vano honor como del más vil de todos los

prejuicios!, ¡un extravío del espíritu, un goce, vale mil veces más que todos los falsos placeres que da el honor! ¡Ah!, algún día sentiréis, como yo, hasta qué punto se perfeccionan las voluptuosidades cuando se ha desechado esta quimera, y, como yo, gozaréis mejor cuanto más completamente la hayáis despreciado.

—Adorable criatura —respondí a Olympe (hermosa como la aurora en ese momento de efervescencia)—, con la inteligencia..., con las disposiciones que demuestras, llegarás muy lejos algún día, y, sin embargo, temo que todavía no estés en el punto que desearía. Quizás admitas todos los extravíos de la lubricidad, pero no creo que conozcas..., que concibas siquiera todavía todos aquellos que pueden derivarse de ella. Aunque tenga algunos años menos que tú, lanzada a una carrera infinitamente más disipada, posiblemente tenga más experiencia. ¡No, no!, querida Olympe, no, tú no sabes adonde conducen los crímenes de la lujuria; estás muy lejos de admitir los horrores a los que pueden arrastrarte tus fechorías.

—¿Horrores?... —interrumpió vivamente la Borghèse—. ¡Ah!, creo que no te voy a la zaga en un tema que parece ser tan esencial. Envenené a mi primer marido; la misma suerte le espera al segundo.

—Deliciosa mujer —exclamé tomando en mis brazos a Olympe—, ahí es donde yo quería verte; ese crimen cometido, ese otro crimen proyectado son crímenes necesarios, y los que yo exigiría de ti serían crímenes gratuitos. ¿Acaso no es el crimen lo suficientemente delicioso en sí mismo como para no cometerlo sin ningún objeto?, ¿se necesitan pretextos para llevarlo a cabo? ¿Y la sal con que está impregnado no hasta para agudizar nuestras pasiones? Ángel mío, no quiero que haya una sola sensación en el mundo que no hayas experimentado; con el tipo de cabeza que tienes, me sentiría desolada sabiendo que existe un tipo de placer que no te hayas procurado. Convéncete de que no hay nada en el mundo que no haya sido hecho, que no se haga todos los días, y, sobre todo, que no hay nada que pueda contrariar las leyes de una naturaleza que sólo nos inspira el mal cuando necesita que lo hagamos...

—Explícate, Juliette... —me dice Olympe totalmente emocionada.

—¿Qué sentimiento quemaba tu alma —respondí— cuando hiciste morir a tu marido?

—Venganza..., repugnancia..., aburrimiento, ardiente deseo de romper todos mis frenos.

—¿Y no hablaba la lubricidad en todo esto?

—No se me ocurrió planteármelo, no se hizo oír.

—¡Pues bien!, si alguna vez cometes crímenes semejantes, atrévete a planteártelo cuando actúes. Que la llama del crimen se encienda con la de la lubricidad; une ambas pasiones y verás lo que obtienes de las dos juntas.

—¡Oh, Juliette!, la chispa que acabas de encender en mi alma la electriza: con una sola palabra has conseguido despertar mil ideas... ¡Ah!, no era más que una niña, no había concebido nada, ahora me lo demuestras.

Entonces expliqué a Madame de Borghèse todo lo que podía sacar un ser libertino de la unión de la crueldad y la lujuria, y sobre este tema le desarrollé todos los sistemas que ya conocéis, amigos míos, y que tan bien habéis puesto en práctica. Me comprendió a las mil maravillas, su cabeza se extravió, y la zorra me juró que no nos separaríamos sin haber ejecutado juntas algunos de esos voluptuosos horrores.

—¡Oh, amor mío! —me dice llena de fuego—, lo sé: debe de ser divino privar a un semejante nuestro del tesoro de la existencia, lo más precioso para los hombres. Destruir..., romper los lazos que unen este ser a la vida, y esto con la sola intención de procurarse un cosquilleo agradable..., con el único motivo de descargar de un modo más delicioso... ¡Oh!, sí, sí, este choque sobre la masa de los nervios, producido por el efecto del dolor en los demás, lo concibo totalmente, y la voluptuosidad que nace de esta unión de movimientos debe de ser, lo sé, el mismo éxtasis de los dioses.

Y cuando estaba prodigiosamente agitada, aparecieron los músicos. Diez jóvenes de dieciséis a veinte años componían este cortejo; era imposible ver algo más bonito; una gasa ligera los envolvía a la manera griega. Se desnudaron a la más pequeña señal de Olympe.

—Estos son los actores de mi concierto —me dice esta lúbrica criatura al presentármelos—: Primero sé testigo de los placeres que voy a gozar con ellos; después, si quieres, me sigues.

Entonces los dos más jóvenes de estos amables muchachos se situaron uno en la cabeza de Olympe, que seguía tumbada en los cojines que llenaban el suelo, otro junto a su monte. Los otros ocho se repartieron; cuatro se pusieron igualmente junto a la cabeza, y cuatro cerca del vientre; dos de los colocados así excitaban las vergas de sus cuatro compañeros; el de la cabeza hacía chupar un momento a Olympe los instrumentos que él chupaba, y después le echaba el semen en el rostro; el del vientre le introducía un instante, alternativamente, los cuatro miembros de que estaba encargado, y después los hacía eyacular en el clítoris: con estos procedimientos, Olympe estuvo cubierta de semen en poco rato. Sumida en el éxtasis más delicioso, no decía una sola palabra, no se oían de ella más que algunos suspiros, en su cuerpo no se distinguían más que estremecimientos. Cuando todos los miembros fueron masturbados, los dos masturbadores saltan sobre ella; uno la coge en sus brazos, la encoña y expone las hermosas nalgas de Olympe a su camarada, que

se apodera de ella y la sodomiza; mientras Olympe jode, le pasan todas las vergas por su boca, las chupa una vez más, una tras otra, y descarga como una bacante.

—¡Entonces! —me dice levantándose—, ¿estás contenta de mí?

—Sí —le digo, todavía extraviada a mi vez por el placer que acababa de gozar con las cinco mujeres mientras la miraba—. Sí, evidentemente, estoy contenta; pero se puede hacer mejor, y voy a demostrártelo.

Encargo a las muchachas que vuelvan a empinársela a los jóvenes. En cuanto sus miembros se elevaron, me entrego a ellos. Eran ligeros, ágiles... Meto a dos en mi coño, a uno en mi culo, chupo a otro, dos se colocan bajo mis axilas, uno en mi pelo, excito a dos con cada mano, el décimo se excita ante mis ojos: pero prohíbo la descarga; todos debían cambiar de posición diez veces; todos, a su vez, debían sacrificar sobre cada uno de los templos ofrecidos a su lujuria: sólo entonces permitiría el desenlace. Singularmente excitados por mis preludios, mis hermosos muchachos me inundaron de semen, y la Borghèse, que me había observado voluptuosamente, excitada por sus jóvenes, convino en que mi ejecución era más inteligente que la suya.

—Vamos —digo—, pensemos ahora en los placeres de estas cinco jovencitas, convirtámonos en alcahuetas suyas.

Y tras tumbarlas en posturas tan variadas como voluptuosas, le pusimos a cada una dos jóvenes sobre el cuerpo. Por una inversión de todos los principios, propia del estado en que estábamos, introdujimos las vergas más gordas en los culos y las más pequeñas en el coño. Recorríamos los grupos, los animábamos; el mayor placer de Olympe era sacar las vergas de los caminos que recorrían, chuparlas y devolverlas a su lugar. Algunas veces, cuando los caminos estaban vacantes, bien fuese el del culo o el del coño, también introducía su lengua y lamía durante un cuarto de hora: aquel cuya plaza había ocupado la jodía entonces. Siempre más diligente que ella, yo estimulaba el celo de los combatientes con enérgicas palmadas en las nalgas, o jugueteaba con sus cojones, chupaba su boca, lengüeteaba en la boca de las muchachas, excitaba sus clítoris. En fin, no había nada que yo no inventase para precipitar la emisión del semen, y fui yo quien decidió el momento de la crisis en casi todos. Pero era en mi culo donde se eyaculaba: no dejaba que las muchachas gozasen de mi trabajo, y parecía que sólo por un interés personal inflamaba yo a sus amantes.

Una vez acabada esta escena, propuse la siguiente. Se trataba de tumbarse boca abajo sobre la boca de una de las jóvenes, que nos masturbaría; masturbar a otra ante nosotras; y presentar las nalgas a los diez jóvenes, que, servidos por la quinta muchacha, de la que nosotras no nos servíamos, nos encularían alternativamente. Olympe,

a quien yo no había creído tan libertina, no cambió más que una cosa en este cuadro: quería besar un culo en lugar de chupar un coño, y la puta, por sí misma y sin consejo alguno, llena de ideas, mordió tan vivamente el culo que este acabó sangrando. Yo no me contuve, agarré las tetas de aquella a la que masturbaba el coño y las apreté de tal forma que la hice gritar. En ese momento, Olympe descargó.

—¡Ah!, ya te tengo, bribona —le digo—, empiezas a ver el placer que hay en la conmoción del dolor impuesto sobre los demás; estoy orgullosa de poderte llevar bien pronto mucho más lejos.

Después de haber sido enculadas diez veces seguidas, presentamos el delanterero. Una muchacha, arrodillada sobre nuestra cabeza, nos hacía besar al mismo tiempo su coño y sus nalgas; una segunda nos acariciaba con las dos manos el clítoris y el ojeté; mientras tanto, nos encoñaban: descargábamos..., nadábamos en un océano de delicias. Le tocó el turno a la boca; chupamos a todos estos jóvenes, hicimos que descargasen todos en nuestras bocas; entretanto, dos muchachas nos chupaban a la vez el ano y el clítoris. Olympe, agotada, habló de sentarse a la mesa. Pasamos a una habitación tan voluptuosamente amueblada como magníficamente iluminada. Una soberbia colación sin orden estaba servida en una enorme cesta de flores, que parecía tirada en medio de un gran naranjo repleto de frutos; quise comerme uno de estos frutos, eran de cristal. Todo lo demás era igualmente sorprendente, todo tenía la marca del gusto más delicado y la suntuosidad más elegante. Sólo nos servían las muchachas; los jóvenes, retirados tras un decorado, sólo nos entretenían entonces con el sonido de sus melodiosos instrumentos.

Olympe y yo, ambas ebrias de lujuria, lo estuvimos pronto de vinos y licores.

—Vamos —digo completamente aturdida a mi compañera—, vamos a acabar con una infamia.

—Ordena, estoy dispuesta a todo.

—Inmolemos a una de estas muchachas.

—A esa —me dice Olympe presentándome a la más bonita de las cinco.

—¡Qué! ¿Estás segura?

—¿Y por qué habría de ser menos que tú?, ¿crees que me asusta el asesinato?... ¡Ah!, ya verás si soy digna alumna tuya.

Y volvimos con esta víctima a la sala donde habíamos tenido nuestras orgías. Lo retiramos todo, lo cerramos todo, nos quedamos solas.

—¿Cómo atormentaremos a esta zorra? —digo a Olympe—. No tenemos aquí ningún instrumento.

Y mientras hablaba examinaba el cuerpo de esta muchacha verdaderamente soberbia; la examinaba a la luz de dos velas que le

apagué cinco o seis veces seguidas en las nalgas, en los muslos, en las tetas. Olympe me imitó; nos divertimos durante una hora quemando así a esta criatura entre las dos. A continuación la pellizcamos, la pinchamos, la arañamos. Absolutamente beodas, ya no sabíamos ni lo que hacíamos ni lo que decíamos; vomitamos, paseamos por el campo, atormentamos a la víctima. La desgraciada lanzaba fuertes gritos, pero habíamos tomado tales precauciones que nadie podía oír nada. Propuse a la Borghèse que colgase a esta muchacha por las tetas, y que de esta forma la hiciésemos morir entre las dos a pinchazos. Olympe, cuyos progresos eran tan rápidos como las lecciones, estuvo de acuerdo en todo. El suplicio de esta infortunada duró más de dos horas; durante ese tiempo acabamos con el ponche. Acto seguido, mi compañera y yo, ambas agotadas de lujuria, de crueldades..., de exceso de comida, dejándonos caer sobre los cojines que nos rodeaban, dormimos cinco horas, con la víctima colgada en medio de nosotras. Ya estaba muy entrado el día cuando nos despertamos; ayudé a mi cómplice a enterrar el cadáver bajo uno de los matorrales, y nos separamos prometiéndonos no quedarnos a mitad de tan hermoso camino.

Sbrigani y mis mujeres, a los que no había avisado, estaban inquietos por mí: mi llegada los tranquilizó; me acosté. Sbrigani, que no pensaba más que en el dinero, me preguntó al día siguiente cuánto partido pensaba yo que podía sacarse de esta intriga.

—Hasta el momento, sólo placeres —respondí.

—Voy más lejos —me respondió mi gentilhomme—. Ya he conseguido informes... La Borghèse es la amiga del Papa; es preciso que os presente al Santo Padre; hay que arremeter contra los tesoros de la Iglesia, tenemos que llevarnos siete u ocho millones de Roma. Estoy casi indignado con los fastuosos títulos que hemos conseguido aquí, temo que se opongan a nuestras intenciones.

—No caigas en ese error —digo a Sbrigani—; esos títulos son, por el contrario, un medio de agujonear la lujuria: estarán orgullosos de relacionarse con una mujer con clase, y me hará pagar muy caro.

—¡Ah! —dice Sbrigani—, no es cuestión de algunos cientos de miles de francos más menos, mis miras son más altas. Pío VI tiene inmensos tesoros: tenemos que sustraerle una buena parte.

—Para eso tengo que penetrar en sus apartamentos, ¿y puedo hacerlo sin un motivo de libertinaje?

—De acuerdo, pero hay que apresurarse para hacerlo nacer, hay que introducirse en el Vaticano lo más pronto posible, hay que darse prisa en despojar a ese zorro...

En el preciso momento en que Sbrigani acabó de hablar, un escudero del cardenal de Bernis me trajo una carta de su amo. Era una encantadora invitación para cenar en la Villa Albani, cerca de Roma, y

era el cardenal de tal nombre quien me esperaba con Bernis en esa encantadora casa de campo.

—Juliette —me dice Sbrigani—, consigue aprovecharte de esto, y nunca olvides que el robo y la estafa son las únicas metas de nuestro viaje; enriquecernos, ese es nuestro objetivo, y nos sentiremos muy culpables si no lo conseguimos; sólo por el camino de la fortuna puede uno permitirse la cosecha de los placeres: hasta entonces hay que olvidarse de ellos.

Tan ambiciosa como Sbrigani, y aunque adoraba el oro tanto como él, yo no pensaba, sin embargo, lo mismo en cuanto a nuestros objetivos. El gusto por el crimen era lo primero que se anunciaba en mí, y yo pensaba mucho más en sustraer el oro para procurarme el placer del robo que para prodigarlo en goces.

Llego a la cita arreglada con todo lo que el arte podía añadir a los encantos que me había prestado la naturaleza; era imposible, me atrevo a decirlo, estar más hermosa y más elegante.

Si no temiese interrumpir mis relatos, sin duda os haría una descripción de esta casa de campo encantadora, que puede verse en el extremo de Europa y, quizás, es el lugar de Roma que encierra antigüedades más preciosas. Tendría que pintaros esas terrazas con jardines; estos son los más frescos, los más cuidados, los más agradablemente diseñados de toda Italia. Pero, como tengo menos interés en narraros detalles descriptivos que en transmitirlos hechos, pasaré enseguida a los acontecimientos, segura de no disgustaros por hacer un inciso para los unos en apoyo de los otros.

Confieso que mi asombro fue enorme cuando vi a la princesa Borghèse entrando en casa del cardenal Albani. Charlaba con Bernis en el vano de una ventana; en cuanto me vieron, ambos se interrumpieron para venir a mi encuentro.

—¡Cuán hermosa es! —dice Olympe—... Cardenal —continuó dirigiéndose al viejo Albani, que no dejaba de mirarme—, ¿estaréis de acuerdo en que no tenemos una mujer más hermosa en Roma?

—Nada más cierto —dijeron a la vez los dos cardenales.

Y nos retiramos.

La costumbre de los italianos para aprovechar mejor el frescor es poner en la parte más alta de sus casas las habitaciones que más utilizan: este aire, dicen con razón, es necesariamente más puro y mucho más ligero. No hay nada más elegante en el mundo que los apartamentos superiores de la Villa Albani; unas gasas dejan circular el aire e impiden el paso a los insectos, que hubiesen podido turbar los voluptuosos proyectos cuyas intenciones me anunciaba todo aquello que veía.

En cuanto estuvimos instalados, Olympe se acercó a mí.

—Juliette —me dice—, recomendada a los dos cardenales que ves

aquí por cartas del duque de Toscana muy parecidas a las que me trajiste de este príncipe, no te ocultaré que han querido saber quién eras..., cuáles eran tus costumbres..., tu carácter... Conociéndonos ya como nos conocemos las dos, y puesto que estoy infinitamente ligada a esta gente, creí que no debía ocultarles nada; se lo he contado todo, y no te imaginas hasta qué punto les he vuelto locos. Te desean; entrégate, por favor: la influencia de estos personajes ante el Papa es enorme. Ambos constituyen el puente de las gracias, de los favores; sólo mediante ellos se obtiene algo en Roma. Por muy buena que sea la situación en que estés, siete u ocho mil cequíes no pueden perjudicarte; con frecuencia se es bastante rica para vivir, pero jamás se es lo suficiente para poner en práctica todas las fantasías, sobre todo en el caso de gente como nosotras. Imítame; con asiduidad he recibido dinero de ellos, y sigo recibéndolo aún. Pues si las mujeres están hechas para ser fornicadas, también lo están para ser apoyadas, y nunca debemos rechazar la ocasión de un presente. Bernis y su compañero tienen además una manía singular: no gozan de ningún placer si no lo pagan; estoy segura de que lo comprendes. Te exhorto asimismo a la más absoluta complacencia; se necesita con libertinos semejantes; sólo a fuerza de habilidad se pueden reanimar sus deseos; ni una restricción, da el todo por el todo, yo te daré ejemplo: es absolutamente necesario que pierdan el semen, y no debemos descuidar nada para conseguirlo. Estate atenta para realizar todo lo que en general pueda llevarnos a ese fin.

Este discurso me asombró, lo confieso. No hubiese producido ese efecto en mí si hubiese conocido mejor las costumbres romanas. Sea como fuese, me sorprendió, no me repugnó, y yo había pasado por suficientes pruebas como para no espantarme de esta. En cuanto Bernis se dio cuenta de que estaba al corriente, se acercó a mi oído.

—Sabemos que sois encantadora —me dice—, muy inteligente y sin prejuicios: Leopoldo nos lo ha escrito todo, Olympe no ha sido mucho más reservada. Por lo tanto, Albani y yo creemos que no os haréis la mojigata con nosotros, y como primera prueba os pedimos que os mostréis tan zorra como de hecho lo sois, porque una mujer no es verdaderamente amable más que como puta. Me confesaréis que sería muy tonta si, otorgándole la naturaleza el gusto por los placeres, no buscase con sus encantos tantos admiradores como hombres puede encontrar sobre la Tierra.

—Amable chantre de Vaucluse —respondí, demostrándole que conocía sus encantadoras poesías— que supisteis dar rienda suelta al libertinaje con un arte que hacéis adorar en cuanto se os ha leído[69], debería tener yo muchas más virtudes de las que creo que tengo para resistirme a los que se me parecen. —Y dándole la mano con afectación, le digo: ¡Ah!, creed que soy vuestra para toda la vida, y

que siempre encontraréis en mí a una discípula, digna del gran maestro que tiene a bien galantearla.

La conversación se hizo general y pronto fue animada por la filosofía. Albani nos enseñó una carta de Bolonia en la que se le informaba de la muerte de uno de sus amigos, que, aunque ocupaba uno de los primeros puestos en la Iglesia, había vivido siempre en el libertinaje y no quiso convertirse ni siquiera en sus últimos momentos.

—Vos lo conocisteis —le dice a Bernis—, nunca hubo forma de convertirlo: conservando su cabeza y su carácter hasta el último suspiro, ha entregado la vida en brazos de una nieta a la que adoraba, tras asegurarle que lo que más le fastidiaba de no poder admitir la existencia del cielo era la desesperación en que lo dejaba no volver a encontrarla un día.

—Me parece —dice el cardenal Bernis— que esas muertes empiezan a ser muy frecuentes: el autor de *Alzire* y *D'Alembert las han puesto de moda*.

—Evidentemente —dice Albani—, es una muestra de gran debilidad cambiar la forma de pensar al morir. ¿No hemos tenido tiempo de decidirnos a lo largo de una vida tan larga? Hay que emplear los años de la fuerza y la energía en elegir un sistema cualquiera; acabar de vivir y de morir en él cuando se ha adoptado. Hallarse de nuevo en la incertidumbre en esa época es prepararse una muerte terrible. Quizá digáis que la crisis, al trastornar los órganos, debilita también los sistemas. Sí, si son sistemas abrazados reciente o débilmente; jamás cuando han sido grabados desde muy pronto, cuando han sido el fruto del trabajo, el estudio y la reflexión, porque entonces constituyen un hábito, y los hábitos no nos abandonan en toda la vida.

—Por supuesto —respondí orgullosa de poder dar a conocer mi forma de pensar a los célebres libertinos ante los que estaba—, y si el estoicismo feliz, por el que estoy igual que vos, nos priva de algunos placeres, nos ahorra muchas penas y nos enseña a morir. No sé —continué— si es porque no tengo más que veinticinco años y el momento que debe devolverme a los elementos con que estoy formada está quizá todavía muy lejos de mí, o si son realmente mis principios, que me sostienen y me dan ánimos, pero veo la desunión de las moléculas de mi existencia sin ningún temor. Firmemente convencida de que no seré más desgraciada después de mi vida de lo que lo fui antes de nacer, me parece que entregaré mi cuerpo a la tierra con la misma tranquilidad, la misma sangre fría con que lo recibí.

—¿Y qué es lo que produce esta tranquilidad en vos? —dice Bernis—: El profundo desprecio que siempre habéis sentido por las pamplinas religiosas; un sólo retroceso hacia ellas os hubiese perdido. Por lo tanto, hay que pisotearlas desde muy pronto.

—¿Es eso tan fácil de hacer como de pensar? —dice Olympe.

—Es fácil —dice Albani—, pero al árbol hay que cortarlo de raíz: si sólo os esforzáis en la extirpación de las ramas, siempre brotarán yemas. Es en la juventud cuando hay que ocuparse de destruir con energía los prejuicios inculcados en la infancia. Y el más arraigado de todos es el que hay que combatir sin piedad; el de ese Dios vano y quimérico cuya existencia hay que absorber.

—Me guardaría muy bien —dice Bernis— de poner esta operación entre las que más trabajo le cuestan a un joven, porque esta opinión deífica no puede sostenerse un cuarto de hora en una buena cabeza. Efectivamente, ¿quién no ve que un Dios lleno de contradicciones, de extravagancias, excita la imaginación y no aporta al espíritu más que una quimera? Se cree que se cierra la boca a los que niegan la existencia de Dios diciéndoles que los hombres, en todas las épocas, en todos los países, han reconocido la fuerza de una divinidad cualquiera; que no existe un pueblo en la Tierra que no haya tenido la creencia de un ser invisible y poderoso, al que ha convertido en el objeto de su culto y de su veneración; finalmente, que no hay una nación, por salvaje que sea, que no esté convencida de la existencia de algún ser superior a la naturaleza humana. En primer lugar, niego ese hecho: sin embargo, aunque así fuese, ¿puede la creencia de todos los hombres transformar un error en una verdad? Hubo un tiempo en que todos los hombres creyeron que el Sol daba vueltas alrededor de la Tierra mientras esta permanecía inmóvil: ¿cambiaba esta unanimidad de fe ese error en una realidad? Hubo un tiempo en que nadie quiso creer en la existencia de los antípodas; se perseguía a los que tenían la temeridad de sostenerla. ¡Cuántos pueblos creyeron en los brujos, en los fantasmas, en las apariciones, en los espíritus! ¿Acaso esta opinión tan extendida formaba una realidad de todas estas cosas? No cabe duda de que no; pero la gente más sensata se cree en la obligación de creer en un espíritu universal, sin ver, sin reflexionar que todo desmiente las hermosas cualidades que se atribuyen a ese Dios. En la numerosa familia de ese padre tan cariñoso, no veo, sin embargo, más que desgraciados... Bajo el imperio de ese soberano tan justo, no veo más que el crimen en el pináculo y la virtud encadenada. En esas bondades que me prometéis con la adopción de tal sistema, veo una masa de males de todo tipo ante los cuales os obstináis en cerrar los ojos. Obligados a reconocer que vuestro buen Dios, en constante contradicción consigo mismo, distribuye con la misma mano el bien y el mal, os veis forzados, para justificarlo, a reenviarme a las quiméricas regiones de la otra vida. Por lo tanto, en ese caso inventad un Dios diferente al Dios de la teología, porque este último es tan contradictorio como absurdo. Un Dios bueno que hace el mal, o que permite que se haga, un Dios lleno de equidad en cuyo imperio la

inocencia está siempre oprimida, un Dios perfecto que no produce más que obras imperfectas: ¡ah!, convenid en que la existencia de un Dios semejante es más perniciosa para los hombres que útil, y que lo que mejor podría hacerse es destruirlo para siempre.

—Charlatán —exclamé—, ¡hablas contra las drogas que distribuyes! ¿Qué sería de tu poder y del de tu Sacro Colegio Cardenalicio si todos los hombres fuesen tan filósofos como tú?

—Sé perfectamente —dice Bernis— que el error nos es necesario; hay que imponérselo a los hombres, y sólo podemos hacerlo engañándolos; pero de aquí no se sigue que debemos engañarnos a nosotros mismos. ¿Ante quién desenmascaramos al ídolo si no es ante nuestros amigos o ante los filósofos que piensan como nosotros?

—En ese caso —dice Olympe—, aclarad mis ideas, por favor, sobre un asunto de la moral esencial para mi tranquilidad. Mis oídos han sido golpeados dos mil veces con ese sistema, y nunca he quedado satisfecha con su definición. Se trata de la libertad del hombre: ¿qué pensáis vos, Bernis, de esa doctrina? Es a vos a quien interpelo, y son vuestras luces lo que deseo.

—De acuerdo —dice el célebre amante de Pompadour—: Escuchadme con mucha atención, puesto que la materia es un poco abstracta para las mujeres.

»La facultad de comparar las diferentes maneras de actuar y decidirse por aquella que nos parece mejor es lo que se llama *libertad*. Ahora bien, ¿tiene el hombre esta facultad de decidirse? Me atrevo a afirmar que no la tiene, y que es imposible que pueda tenerla. Todas nuestras ideas deben su origen a causas físicas y materiales que nos arrastran a pesar nuestro, porque esas causas dependen de nuestra organización y de los objetos exteriores que nos mueven; los motivos son el resultado de esas causas, y, por consiguiente, nuestra voluntad no es libre. En lucha por diferentes motivos, dudamos, pero el instante en que nos decidimos no nos pertenece; está forzado, necesitado por las diferentes disposiciones de nuestros órganos; siempre somos arrastrados por ellos, y jamás ha dependido de nosotros la elección de un partido en lugar de otro; movidos siempre por la necesidad, esclavos siempre de la necesidad, el instante mismo en que creemos haber puesto mejor en práctica nuestra libertad es aquel en que más invenciblemente hemos sido arrastrados. La vacilación, la incertidumbre nos hacen creer en nuestra libertad, pero esa pretendida libertad no es más que el instante de la igualdad de pesos en la balanza. Que finalmente se haya tomado partido significa que uno de los dos lados se ha visto más cargado que el otro, y no somos nosotros la causa de la desigualdad, sino los objetos físicos que actúan sobre nosotros convirtiéndonos en el juguete de todas las convenciones humanas, en el juguete de la fuerza motora de la

naturaleza, igual que lo son los animales y las plantas. Todo reside en la acción del fluido nervioso, y la diferencia entre un criminal y un hombre honrado no consiste más que en la mayor o menor actividad de los espíritus animales que componen ese fluido.

»“Siento”, dice Fénelon, “que soy libre, que estoy absolutamente en manos de mi capacidad de decisión”. Esta aserción gratuita es imposible de probar. ¿Quién le asegura al arzobispo de Cambrai que cuando se decide a abrazar la dulce doctrina de Madame de Guyon, es libre de elegir el partido contrario? A todo lo más podrá probarme que ha dudado, pero le desafío a que me convenza de que ha sido libre para tomar el partido opuesto, desde el momento en que ha tomado aquel: “Yo me modifico a mí mismo con Dios”, continúa este autor, “soy causa real de mi propia voluntad”. Pero Fénelon, diciendo eso, no ha tenido en cuenta que, al ser Dios el más fuerte, lo convertía en la causa real de todos los crímenes; tampoco ha tenido en cuenta que nada destruía con mayor seguridad el poder de Dios que la libertad del hombre, ya que este poder de Dios que suponéis, y que yo os concedo por un instante, en realidad se debe únicamente a que Dios ha regulado todas las cosas desde el principio, y, como consecuencia de esta regla invariable, el hombre sólo debe ser ya un ser pasivo que no puede cambiar nada del movimiento recibido y que, por consiguiente, no es libre. Si fuese libre, podría en todo momento destruir ese primer orden establecido, y entonces sería más poderoso que Dios. Esto es lo que un partidario de la divinidad como Fénelon debería haber considerado con mayor exhaustividad.

»Newton tocó ligeramente esta gran dificultad, y no se atrevió a profundizar en ella ni a arriesgarse al respecto; Fénelon, más tajante, aunque menos instruido, añade: “Cuando quiero una cosa, soy dueño de no quererla; cuando no la quiero, soy dueño de quererla”. No; puesto que no la habéis hecho cuando la queríais, no erais dueño de hacerla, ya que todas las causas físicas que deben dirigir la balanza la habían inclinado en esta ocasión del lado de lo que habéis hecho, y no habéis sido dueño de elegir una vez que estabais determinado. Por lo tanto, no habéis sido libre, y no lo seréis jamás. Cuando os dejáis llevar al partido que tomáis es porque era imposible que tomaseis otro. Es vuestra incertidumbre lo que os ha cegado: os habéis creído dueño de la elección porque os habéis sentido dueño de dudar; pero esta incertidumbre, efecto físico de dos objetos exteriores que se presentan a la vez, y la libertad de elegir entre esos dos objetos son dos cosas diferentes.

—Ya estoy convencida —dice Olympe—; la idea de haber podido no cometer los crímenes a que me he entregado atormentaba algunas veces mi conciencia: una vez demostradas mis cadenas, estoy

tranquila y proseguiré sin remordimientos.

—Os lo suplico —dice Albani—, no hay nada más inútil que el remordimiento: al llegar siempre demasiado tarde a nuestra alma, no impide que el mal sea hecho; y como las pasiones hablan más fuerte que él, cuando se quiere volver a hacer el mal, es demasiado débil para impedirlo.

—¡De acuerdo!, ¡entreguémonos entonces a ese mal delicioso, para conservar su hábito y para aturdimos sobre el que hemos hecho! —dice Olympe entusiasmada.

—Sí —respondió el cardenal de Bernis—, pero para que ese mal proyectado nos deleite más, hagámoslo con tanta extensión como reflexión. Hermosa Juliette —prosiguió el embajador de Francia—, sabemos que tenéis dos muchachas bonitas en vuestra casa, quienes, con toda seguridad, deben de ser tan complacientes como vos; su belleza está dando mucho que hablar en Roma; sólo se trata de teneros a las tres: os rogamos que mandéis recogerlas y permitáis que participen en la escena libidinosa que mi colega y yo nos proponemos realizar esta noche con vos.

Dada la situación en que yo estaba con Olympe, no creí que debiese negarme a una propuesta que ella me recomendaba por lo bajo que aceptase, y, por lo tanto, rápidamente ordené que fuesen a buscar a Élise y Raimonde, y desde ese momento la conversación tomó un rumbo muy diferente.

—Juliette —me dice Bernis—, a pesar del celo que mi compañero y yo acabamos de mostrar por conocer a las dos bonitas mujeres que poseéis, no vayáis a creer que tenemos un gusto especial por un sexo al que no perdonamos la equivocación de ser mujeres más que con la condición de que se comporten como hombres con nosotros. A este respecto, es incluso esencial que os declaremos que todo deseo de diversión sería nulo si no nos aseguráis, vos y vuestras compañeras, una absoluta resignación a las fantasías que este enunciado os expone.

—Realmente —dice Olympe—, esas aclaraciones son superfluas con Juliette; me ha dado ejemplos que deben tranquilizaros por completo, y estoy convencida de que las mujeres que adopta deben de tener al menos, por el solo hecho de protegerlas, tanta filosofía como ella.

—Amigos míos —digo tratando de tranquilizar a todo el mundo —, felizmente mi reputación en lujuria está lo suficientemente bien asentada como para que no pueda quedar la menor duda sobre mi forma de comportarme en semejantes partidas. Mi lubricidad, modelada siempre al capricho de los hombres, no se enciende nunca más que en el fuego de sus pasiones; me encienden sus deseos, y no conozco más voluptuosidad que satisfacer sus extravíos. Si lo que exigen de mí es muy simple, mis voluptuosidades son mediocres; si

necesitan refinamientos, enseguida experimento, por simpatía, el más violento deseo de contentarlos, y jamás he conocido ni concebido restricciones en los actos de libertinaje, en vista de que cuanto más ultrajan las costumbres, más superan los límites del pudor y de la honestidad y más favorecen mis goces.

—No se puede ser más amable —dice Bernis—; es cierto que una mujer que se niega a esas cosas es una mojugata que no merece ni la consideración de sus amigos ni la estima de la gente honrada.

—Semejantes negativas son absurdas —dice Albani, uno de los más celosos partidarios de todos los gustos extravagantes de la lubricidad—; en la mujer que así se comporta sólo podemos ver estupidez o frigidez, y os confieso que una mujer fría o estúpida, para aquellos que no perdonan su sexo más que en favor de su complacencia, es un individuo despreciable a mis ojos.

—En ese caso —digo—, ¿qué mujer sería tan estúpida como para imaginar que un hombre hace mal metiéndole la verga en el trasero en vez de introducírsela en el coño? ¿Una mujer no es acaso mujer en todas sus partes, y no es una extravagancia querer consagrar al pudor una de las partes de su cuerpo, cuando consiente en entregar las otras? Es ridículo decir que esta manía puede ultrajar a la naturaleza: ¿nos inspiraría este gusto si la ofendiese? Por el contrario, atrevámonos a asegurar que lo quiere, que le es favorable; que las leyes del hombre, dictadas siempre por el egoísmo, no tienen sentido en este tema, y que las de la naturaleza, mucho más simples, mucho más expresivas, deben inspirarnos necesariamente todos los gustos destructores de una población que, al privar a la naturaleza del derecho de recrear las primeras especies, la mantiene en una inacción que sólo puede disgustar a su energía.

—No hay duda de que esa es una hermosa opinión —dice Bernis—; ahora me gustaría que a esa erudición teórica le añadiésemos un poco de práctica. Por lo tanto, hermosa Juliette, os invito a que expongáis a nuestra vista ese trono de voluptuosidad que con nuestro consentimiento será, cuando lo exijamos, el único objeto de nuestras caricias y de nuestros placeres. Conocemos lo suficiente el de Olympe para que en este momento exijamos sólo el vuestro.

Y como los dos cardenales se habían acercado, les presenté enseguida el objeto de su culto. Arremangada hasta las caderas, nada turbaba su examen, y puedo asegurar que se llevó a cabo hasta el último detalle, a cual más lúbrico. Albani llevaba la severidad de las costumbres sodomitas al extremo de ocultar escrupulosamente con su mano todo lo que mi postura inclinada me hacía descubrir involuntariamente en las proximidades: no hay un verdadero sodomita que no se enfríe a la vista del coño. Después de los toqueteos, vinieron los besos, las caricias. Y como en los libertinos de este tipo la barbarie

sigue casi siempre a los impulsos de la lubricidad, pasaron de los lameteos a las bofetadas, a los pinchazos, a las mordeduras, a las introducciones enérgicas y a palo seco de varios dedos en el ano, y, por último, a las propuestas de latigazos, que se habrían ejecutado al momento si no hubiesen anunciado en ese instante a mis compañeras. Y como a partir de entonces la escena se puso realmente seria, os la pintaré con la cínica franqueza que caracterizó siempre a mis descripciones.

Los cardenales, encantados con las dos deliciosas criaturas que les ofrecía a su lubricidad, enseguida exigieron el más escrupuloso examen de las bellezas traseras que les prometían dos mujeres tan bonitas. La misma Olympe revoloteaba alrededor de ellas con el mismo ardor que los hombres. Fue entonces cuando, en un aparte, le solté a Albani más o menos el discurso siguiente:

—Santo hombre —le digo—, no te habrás imaginado que estas dos bonitas mujeres y yo hemos venido aquí a satisfacer todas tus fantasías brutales únicamente por amor a ti. Sólo debes tener en cuenta la idea que tienen de mí en Roma; no es más que el fruto de mis prostituciones, lo único que me hace vivir y me sostiene; yo me entrego por dinero, y necesito mucho.

—Bernis y yo ya lo habíamos pensado —me dice el cardenal.

—Perfecto —respondí—; en ese caso, decidme lo que destináis a mis amigas y a mí: de otra forma no hay nada de lo dicho, creo que debo preveniros.

Albani se acerca a su compañero, le habla en voz baja un momento; ambos vienen hacia mí y me aseguran que yo quedaré satisfecha con su forma de actuar.

—Esas promesas son demasiado vagas para que me contenten —respondí—. Sabéis que cada uno vive de su trabajo; el de mascar pequeños (dolos de pasta os proporciona quinientas o seiscientas mil libras de lenta; estaréis de acuerdo en que el mío, infinitamente más agradable para la sociedad, me reporte igualmente en función de su mérito. Vais a realizar muchas bajezas ante mí; seré dueña de vuestro secreto, puedo comprometeros abusando de él. ¿Os vengaréis con proezas? Mediante mi oro conseguiré ser oída igual que vos, y mis defensores os perderán al descubriros. Por seis mil cequíes y la promesa de conseguirme una partida con el Papa, se arregla todo, y ya sólo tendré placeres que daros. Pocas mujeres hay en el mundo tan lúbricas, tan complacientes, tan malvadas como yo, y lo que mi imaginación desenfrenada añadirá a vuestros placeres los convertirá quizás en los más vivos y más deliciosos de la Tierra.

—Amable criatura —me dice Bernis—, no os ofrecéis por poco; pero sois demasiado amable como para que sea posible negaros nada, así que os introduciremos en la casa del Papa. El deseo que

manifestáis ya ha sido concebido por él mismo, y puesto que es preciso decíroslo todo, esta partida preliminar ha sido dispuesta por sus órdenes: antes de conoceros, quiere que le informemos de vos.

—Vamos —digo—, sólo falta el dinero, y estoy a vuestra disposición.

—¡Qué! ¿Ahora mismo?

—Por supuesto.

—Pero si después...

—¡Ah!, ¡mal conocéis a las francesas! Francas como el país cuyo nombre llevan, quieren estar seguras de su obra antes de concluir el trato; pero son incapaces de infringirlo una vez que han recibido el dinero.

Entonces Albani, a una señal de su compañero, me hizo pasar a un gabinete, abrió un escritorio y sacó en billetes al portador la suma que yo había exigido. Tan pronto como eché el ojo sobre el escritorio, me pareció lleno de riquezas que me sedujeron. ¡Bien!, me digo en cuanto hube tramado el engaño que me permitiría apropiármelas, puedo emprender muy bien el golpe, en la medida en que estos criminales, por la multitud de horrores que se permitirán conmigo, van a encadenarse hasta el punto de no atreverse a perseguirme jamás. Aprovechando con rapidez el momento en que el mueble estaba todavía abierto, finjo un desvanecimiento con tal verosimilitud que Albani se asusta y sale rápidamente para pedir ayuda. Me levanto con prontitud, echo mano a los billetes de las carteras y pronto me apodero de cerca de un millón. Cierro el escritorio. Con lo trastornado que está Albani, pensaba yo, no recordara cómo ha dejado su tesoro, y seré menos sospechosa si lo encuentra de esta forma. Una vez hecho todo lo que os digo, ejecutado en menos tiempo del que tardo en contároslo, me vuelvo a tumbar en el suelo en la postura en que me había dejado mi fingido desvanecimiento. Albani vuelve seguido de Olympe y Bernis. En cuanto los veo, recupero el conocimiento, en previsión de que, dando demasiadas vueltas a mi alrededor, me descubran lo que apenas he tenido tiempo de ocultar bajo mis vestidos.

—No es nada —digo con prontitud—, mi extrema sensibilidad me hace a veces víctima de estos calambrazos, pero ahora ya estoy mejor y totalmente a vuestra disposición...

Yo había previsto a la perfección las ideas de Albani: viendo su escritorio cerrado, creyó haberlo dejado de esta forma y, sin la menor apariencia de sospecha, pasamos a una sala deliciosa donde debían ejecutarse las proyectadas orgías.

Allí nos encontramos a ocho nuevos personajes cuyo papel era de mucha importancia en los misterios que íbamos a celebrar. Estas ocho personas estaban divididas en cuatro jovencitos de quince años,

guapos como el Amor, y cuatro fornicadores de dieciocho a veinte años, cuyos miembros eran monstruosos. Así pues, en total éramos doce para los placeres de estos dos criminales, porque Olympe, neutra en esta escena, estuvo siempre infinitamente más cerca de las víctimas que de los sacrificadores; el libertinaje, el interés, la ambición la entregaban a estos libertinos y cumplía absolutamente el mismo papel que nosotros.

—Vamos —dice Bernis—, empecemos. Juliette, vos, Élise, y vos, Raimonde, al haceros pagar tan caro, nos dais el derecho de hablarlos como a putas: por lo tanto, servidnos con la misma obediencia.

—Es justo —respondí—, ¿queréis vernos desnudas?

—Sí.

—Pues bien, mostradnos un guardarropa donde mis compañeras y yo podamos desnudarnos...

Nos abren uno. Enseguida reparto mi enorme paquete entre mis dos compañeras, lo metemos todo en nuestros bolsillos con cuidado, nos desvestimos y, una vez desnudas, aparecemos en el círculo donde nos esperaban los cardenales.

—Un poco de orden —dice Bernis—. Yo haré las funciones de maestro de ceremonias, mi compañero está de acuerdo: por lo tanto, que me obedezca todo el mundo. Como solamente hemos esbozado el examen que debemos hacer de vuestros culos, señoras, hagan el favor de venir a ofrecerlos una tras otra a nuestra crítica; los muchachitos pasarán también, y a medida que sea visto un individuo, lo rodeará al momento uno de los fornicadores y lo dispondrá para el placer, de forma que una vez hecho el examen podamos encontrar ya dispuestos a cada uno de estos fornicadores, que estará rodeado de una mujer y un muchacho.

Se realiza el primer cuadro: pasábamos sucesivamente de uno a otro de estos dos libertinos. Nuestras nalgas eran besadas, palpadas, mordidas, pellizcadas, y a continuación nos poníamos alrededor de uno de los fornicadores, teniendo cuidado de que jamás hubiese más de un hombre y una mujer junto a cada uno.

—Ahora —dice el maestro de ceremonias— un muchachito, arrodillado entre nuestras piernas, nos tiene que chupar el miembro; uno de los mayores nos hará chupar el suyo; antes, para que se excite, acariciará el culo de una mujer; nosotros tendremos en nuestras manos, a la derecha, la verga de un fornicador al que excitaremos, a la izquierda, las nalgas de un muchachito, y las otras dos mujeres, junto a nosotros y un poco por debajo, nos acariciarán los cojones y el ojeté.

»Para la tercera escena —dice Bernis— nos quedaremos tumbados como ahora; serán las mujeres las que nos chuparán; dos muchachitos, arrodillados sobre nuestro pecho, nos darán a chupar su ojeté; por encima de ellos, besarán las nalgas de dos mujeres, quienes a su vez

excitarán las herramientas de los dos muchachos; y los cuatro fornicadores serán masturbados por nosotros, cada uno con una mano.

»En la cuarta escena nuestra disposición será la siguiente: dos mujeres distintas de las que acaban de chuparnos, arrodilladas junto a esos sofás, recibirán nuestros miembros en sus bocas; las otras dos mujeres nos servirán de alcahuetas; prepararán a los cuatro fornicadores para que nos enculen alternativamente, los socratizarán, los acariciarán, los lengüetearán: en una palabra, no ahorrarán nada para empinársela, y cuando los vean preparados para perforarnos, humedecerán con su boca y su lengua el agujero de nuestro trasero y, con cuidado, llevarán sus miembros a nuestro culo; los cuatro muchachos se instalarán bajo nuestra boca y, tumbados frente a nosotros, nos harán besar sus culos.

Los cuatro fornicadores eran fuertes; los excitamos de maravilla. Los dos viejos culos purpúreos fueron sodomizados ocho veces seguidas cada uno; pero, más duros que el diablo, los zorros pasaron esta última escena con la misma apatía que las anteriores, y no obtuvimos de ellos ni siquiera una media erección.

—¡Ah! —dice Bernis—, veo claramente que necesitamos estimulantes más activos: nada nos hace efecto en el estado de decaimiento en que estamos. La devoradora saciedad quiere engullirlo todo, nada le satisface, es una enfermedad parecida a esa sed ardiente que el agua más fresca no hace sino aumentar. Albani es parecido a mí: mirad si todas esas pruebas han empinado su miembro un solo milímetro. Probemos otra cosa, ya que la naturaleza hace de esto una ley. Sois doce, repartios; que cada cuadrilla esté compuesta por dos fornicadores, dos muchachos y dos mujeres: la primera operará sobre mi viejo amigo, la segunda sobre mí. Colocados cerca de nosotros, uno tras otro, os haréis excitar por nosotros, nos chuparéis y nos cagaréis en la boca...

Ante esta repugnante operación se desarrugan los miembros de nuestros agonizantes, y a partir de ese momento nuestros disolutos se creen en condiciones de intentar ataques más serios.

—La sexta escena será de la siguiente manera —dice el maestro de ceremonias—: Albani, que creo que está en las mismas condiciones que yo, sodomizará a Élise; yo encularé a Juliette; los cuatro fornicadores, preparados por Olympe y Raimonde, se ocuparán de nuestros culos; dos muchachos, tumbados encima de cada uno de nosotros, nos darán a besar unos sus miembros, los otros dos sus nalgas.

Los grupos se disponen; pero nuestros dos campeones, engañados por sus deseos, se dan de cabeza contra el tabernáculo y ni siquiera logran entreabrir sus puertas.

—¡Bien sabía yo —dice Albani— que no podríamos encular a

mujeres!... Con un muchacho no hubiese sufrido esta afrenta.

—Entonces, cambiemos —dice el embajador—, ¿no tenemos acaso los medios?

Pero tampoco este intento tiene éxito; nuestros cardenales son fornicados, pero no fornican; por más que los excitamos, los chupamos, sus viejos instrumentos se repliegan en lugar de desplegarse, y Bernis anuncia que, al no haber triunfado en la empresa ni su compañero ni él, nos ocuparemos de otra cosa.

—Señoras —nos dice el gran maestro—, ya que el buen comportamiento que tenemos con vosotras no sirve de nada, hay que probar otro más duro. ¿Conocéis los efectos de la fustigación? Lo probaremos con vosotras.

A estas palabras, se apodera de mí y me pone sobre una máquina lo suficientemente extraña como para merecer una descripción.

Yo estaba atada a una pared, los brazos hacia arriba y los pies en el suelo. Una vez así, Bernis levantó contra mí una especie de tabla de acero semejante al banco de un coro, con la parte que tocaba mi vientre tan cortante como la lámina de una navaja de afeitar. Apretada por esta tabla, podéis imaginar que eché mis riñones hacia atrás; eso era precisamente lo que quería Bernis: jamás había tenido yo un culo tan hermoso. Armado con un puñado de vergajos, el disoluto empieza a flagelarme, pero sin ningún preliminar, y los golpes que me da son tan violentos que la sangre corre al momento por mis piernas. Como la infernal máquina que amenazaba mi vientre me tenía fuertemente apretada, me era absolutamente imposible esquivar ninguno de los golpes que me alcanzaban; si lo intentaba era para desgarrarme más: gracias a que estaba acostumbrada a esta ceremonia, que a menudo había hecho mis delicias, pude soportar la operación sin ningún inconveniente. No les ocurrió lo mismo a las que me sucedieron: Élise, que me siguió en estas crueles ataduras, se cortó el vientre y lanzó terribles gritos; Raimonde también sufrió mucho. Olympe lo soportó todo, le gustaba el látigo; esta vejación no hizo sino excitarla más. Las cuatro sufrimos una vez más la misma operación, esta vez con Albani, y nuestros criminales lograron empinarla al fin. Como ya no encontraban bastantes mujeres para volverlas a someter a su goce, enfilaron a muchachos; los azotábamos mientras sodomizaban, y su postura era tal que podían besar clítoris, ojetes y miembros, artísticamente ofrecidos a su libertinaje. Por una vez les sirvió la naturaleza excitada: ambos descargaron casi al mismo tiempo. Albani besa mis nalgas durante su crisis, y esta es tan violenta, el zorro se abandona con tanta furia, que me deja la marca de los dos únicos dientes cascados que han dejado en su boca impura cinco o seis viruelas y otras tantas varicelas. El trasero de Raimonde, besado por Bernis, no salió mucho mejor parado; pero fue a

puñetazos, a alfilerazos como la maltrató este libertino: sangraba cuando sobrevino la crisis. Siguió un rato de descanso y las orgías volvieron a empezar.

En la primera escena, los libertinos hicieron que nos pusiéramos una tras otra en brazos de cuatro fornicadores, que nos encoñaban al tiempo que ellos gozaban de la vista de nuestras nalgas, y mientras tanto, para excitarnos y que jodiésemos mejor, los bárbaros nos zaherían, nos pinchaban y nos flagelaban de mil formas diferentes. Hecho esto, las parejas se dieron la vuelta, y ahora eran los hombres los que mostraban sus culos; los cuatro muchachos los sodomizaron, y los cardenales fornicaron a los muchachos, pero sin descargar. Las mujeres tomaron en sus brazos a los muchachos, los fornicadores encularon a los Ganímedes; a continuación encularon a las mujeres, cuyo clítoris era lamido por los muchachos. Después, pusieron a los muchachos contra la pared, las planchas de acero se levantaron contra ellos como antes contra nosotras, y los zurraron hasta hacerlos sangrar. Fue entonces cuando, una vez más, se apoderó de nuestros dos faunos el deseo de perder su semen. Semejantes a tigres en busca de presa, yerran entre nosotros lanzándonos miradas furibundas. Ordenan a los hombres que nos cojan y nos azoten delante de ellos; mientras tanto, sodomizan a un muchacho y besan las nalgas de otro. Su semen sale por segunda vez, y nos sentamos a la mesa.

La comida que nos sirvieron fue deliciosa; lo que tuvo de pintoresco merece algunos detalles.

En medio de un círculo bastante estrecho había una mesa redonda con sólo seis cubiertos: dos eran para los cardenales; los otros cuatro, para Olympe, Élise, Raimonde y yo. La mesa estaba rodeada por cuatro pisos de gradas circulares. En ellas, cincuenta de las más hermosas cortesanas de Roma, ocultas bajo una masa de flores, dejaban ver sólo sus traseros, de forma que los culos agrupados de esta manera, entre lilas, claveles y rosas, se veían aquí y allá sin simetría y daban la imagen de las más completas delicias que la naturaleza y la voluptuosidad podían ofrecer. Veinte pequeños Amores, representados por guapos putos, formaban una cúpula, y la sala estaba iluminada únicamente con las velas que sujetaban estos dioscecillos. Un resorte hacía cambiar los cubiertos: en el momento en que se ponía en marcha, el anillo de los cubiertos permanecía entre los convidados, pero el centro de la mesa se hundía y volvía a aparecer cargado con seis gondolitas de oro que contenían los platos más exquisitos y delicados. Seis jóvenes desnudos, vestidos como Ganímedes, realizaban el servicio interior, y vertían a los convidados los vinos más exquisitos. Nuestros libertinos, que habían hecho que nos arreglásemos para la comida, exigieron que la nueva desnudez en que querían ponernos se alcanzase gradualmente, como entre las

cortesanas de Babilonia. En el primer servicio nos quitamos una pañoleta, en el segundo quedó al descubierto el busto, y así sucesivamente hasta los postres, en los que nuestros vestidos cayeron por completo; entonces aumentaron el libertinaje y el embrutecimiento. El postre se sirvió en quince barquitas de porcelana verde y oro. Doce pequeñas muchachas de seis a siete años medio desnudas, adornadas tan sólo con guirnaldas de mirtos y rosas, aparecieron para escanciar en nuestros vasos los vinos extranjeros y los licores. Las cabezas se encienden, Baco devuelve a los espíritus de nuestros dos libertinos la fuerza necesaria para la decidida tensión del nervio erector, y el desorden es completo.

—Encantador poeta —dice el dueño de la casa al cardenal de Bernis—, circulan por Roma dos fragmentos que la gente ingeniosa te atribuye: nuestros convidados son dignos de oírlos, recítalos, por favor.

—No son más que paráfrasis —respondió Bernis—, y me asombra su publicidad, porque no se los he mostrado más que al Papa.

—Es lo justo para que nadie los ignore... En fin, léenoslos, cardenal, queremos oírlos.

—Con mucho gusto —dice Bernis—; no tengo ningún secreto para filósofos como ustedes... Uno es una paráfrasis del famoso soneto de Des Barreaux; el otro, de la *Oda a Príapo*. Empezaré por el primero[70].

¡Dios bobo!, tus juicios están llenos de atrocidad,
tu único placer reside en la injusticia:

pero yo tanto mal he hecho que tu divinidad
debe, por orgullo al menos, detenerme en la liza.

¡Dios jodido!, la magnitud de mi impiedad
sólo deja en tu poder del suplicio la elección,
y yo me río de los frutos de tu ferocidad.

Si tu vana cólera espera mi perdición,
contenta, destruyéndome, tu monstruoso deseo;
sin temer que corran lágrimas de mis ojos,

¡Truena entonces!, no me importa; devuélveme guerra por guerra:
desafío, mientras perezco, a tu persona y tu ley.

Y el lugar de mi corazón donde tu rayo golpee
lo encontrará lleno de horror hacia ti.

Como esta poesía fue muy aplaudida, Bernis nos recitó la otra enseguida.

¡Esperma de los Santos y de la Virgen,
esperma de los Ángeles y de Dios!

Sobre todos ellos empalmo mi verga,
cuando quiero encenderla...

¡A ti te invoco en mi ayuda,

a ti que en los culos, de un bálano tieso,
lanzaste el esperma a borbotones!
Du Chauffour, sostén mi aliento,
y, por un momento, a mis venas
presta el ardor de tus cojones[71].
Que todo se excite, que todo se encienda;
acudid, putas y cabrones:
para excitar mi vivo éxtasis,
mostradme vuestros culos frescos y redondos,
ofreced vuestras nalgas torneadas,
vuestros muslos firmes y rellenos,
vuestros miembros tiesos y carnosos,
vuestros anos llenos de cagarrutas;
pero, sobre todo, ocultad los montes:
sólo me gusta joder culos.
¡Fijaos, encantadoras imágenes,
reproducíos bajo mis ojos;
sed el objeto de mis homenajes,
mis legisladores y mis dioses!
Que a Cabrón se levante un templo
donde día y noche se os contemple,
adoptando vuestras dulces costumbres.
La mierda servirá de ofrendas,
los cojones de guirnalda,
las vergas de sacrificadores.
Hombre, ballena, dromedario,
todo, hasta el infame Jesús,
en los cielos, bajo el agua, sobre la tierra,
todo nos dice: joded en los culos;
razonable o no, todo se mezcla,
en cualquier lugar el culo nos llama,
el culo pone a todas las vergas en celo,
el culo, de la felicidad es la vía,
en el culo yace toda la alegría,
pero fuera del culo no hay salvación.
Devotos, a los que el infierno sujeta:
sólo para vosotros han sido hechas las leyes;
pero su débil y frívola cadena
sobre nuestros espíritus no pesa.
En las riberas del Jordán apacible,
del hijo de Dios la voz horrible
trata en vano de hablar al corazón:
un culo parece[72], ¿pasa otro?
No, veo empalmarse mi verga.

Y Dios no es más que un enculador.
En el seno de la santa Iglesia,
sobre el altar mismo donde Dios se hace,
todas las mañanas sodomizo
el culo regordete de un muchachito.
Mis queridos amigos, se engaña
el que de la católica pompa
me puede creer celoso.
Abades, prelados, vivid o lo grande:
cuando yo enculo y descargo,
que vosotros más placeres tengo.
De enculadores la historia está repleta,
se los encuentra en todas las épocas.
Borgia, de su propia hija,
frota a placer el culo encantador;
Dios Padre encula a María;
el Espíritu Santo jodió a Zacarías:
todos joden al revés.
Y sobre un trono de nalgas
con sus soberbias promesas
del universo Dios se mofa.
También san Javier, ese gran sabio
del que se alaba el espíritu divino,
san Javier vomita peste y rabia
contra el sexo femenino.
Pero el grave y encantador apóstol
obtuvo compensación con otro.
Interpretemos mejor sus lecciones:
si, de cólera, un coño lo irrita,
es que el culo de un jesuita
vale a sus ojos cien mil coños.
Cerca de allí, ved a san Antonio
en el culo de su querido puerco,
mientras dicta las reglas del monje[73],
introducir una verga bastante hermosa.
Ante ningún peligro sucumbe;
el trueno brilla, el rayo cae,
su miembro permanece erecto y largo.
Y el zorro, en Dios Padre
metería, creo, su verga altiva
recién sacada de su cochina.
Sin embargo, Jesús en el Olimpo,
sodomizando a su querido Papa,
quiere que san Eustaquio lo monte,

besando el culo de Agripa[74].

Y entretanto, a Magdalena,
el Juan Lanas la ocupa
en excitarle los cojones.

Amigos, juguemos a las mismas farsas:

no teniendo santos por zorras,
enculemos al menos putos.

¡Oh, Lucifer!, tú, al que adoro,
tú, que haces brillar mi espíritu,
si en tu casa se jode todavía,
en tu culo metería mi instrumento.

Pero ya que, por una suerte bárbara,
ya no se empalma en la Ténara, allí,
mi gran tormento, sin duda,
será ver que un demonio fornicar
y que mi culo no es fornicado.

Por lo tanto, cólmame de infortunios,
jodido Dios que me horrorizas;

sólo a las almas comunes puedes hacer desgraciadas:
pero yo me río de tu audacia.

Que en un culo yo jodiese,
me río de tu vano esfuerzo;

con las leyes del hombre hago otro tanto:
el verdadero partidario de Sodoma
se jode en Dios y en la suerte.

Se redoblaron los aplausos. Se vio que esta oda era mucho más incisiva que la de Pirón, acusado unánimemente de cobardía por haber metido en ella a los dioses de la fábula, cuando sólo habría debido ridiculizar los del cristianismo.

Con las cabezas más electrizadas que nunca, nos levantamos de la mesa en tal estado de embriaguez que apenas podíamos andar. Un nuevo salón magnífico nos recibió, y en él se encontraban las cincuenta cortesanas cuyas nalgas habíamos observado durante la comida, los seis hermanitos sirvientes y las doce vírgenes del postre. La delicada edad de estas pequeñas ninfas, sus interesantes rostros encendieron prodigiosamente a nuestros disolutos. Se lanzaron como leones sobre las dos más pequeñas y, al no poder joderlas, aumentó su furor. Las atan a las pérfidas máquinas y las desgarran a golpes de zorros provistos de alfileres; entretanto, nosotras los excitábamos, los chupábamos; se les empina. Toman a dos nuevas vírgenes; a fuerza de habilidad, los libertinos llegan a sodomizarlas; pero como querían conservar sus fuerzas, se precipitan sobre otras víctimas; unas veces las niñas, otras los niños se convierten en la presa de su lubricidad; todo pasa por sus manos, y sólo después de haber desvirgado cada uno

a siete u ocho niños de ambos sexos apagan la llama de su lujuria, uno en el culo de un muchacho de diez años, otro en el de una niña de seis. Borrachos perdidos, los dos caen sobre canapés y se duermen... Nosotras nos arreglamos.

Por muy aturdida que yo estuviese también, el gusto por el robo no me había abandonado, y recordé que el tesoro de Albani no se había agotado con mi primera incursión. Ordeno a Raimonde que entretenga a Olympe, y voy volando hasta el escritorio con Élise... Encuentro la llave puesta, nos lo llevamos todo. Esta segunda captura, unida a la primera, me vale un millón y medio de francos, que, al día siguiente, añado a mis otros fondos. Os dejo pensar, amigos míos, cómo se puso Sbrigani cuando me vio volver cubierta con tantas riquezas.

Sin embargo, esta aventura dio mucho que hablar unos días después. Olympe vino corriendo a mi casa:

—Le han robado al cardenal más de un millón —me dice—; era la dote de su sobrina. Está lejos de sospechar de ti, Juliette, pero teme que el golpe, dado sin duda el día en que cenaste en su casa, haya sido obra de tus dos compañeras. ¿Sabes algo, ángel mío? Confiésamelo, por favor.

Y entonces, siguiendo mi costumbre, imaginé un horror infernal para tapar aquel con el que acababa de mancharme. Indirectamente, me había enterado de que la víspera del día en que yo había cenado en casa de Albani, otra de sus sobrinas, a la que él quiso seducir, había huido del palacio del cardenal para escapar a la deshonra. Enseguida hago que las sospechas recaigan sobre esta persona: ávidamente, Olympe las hace suyas y las lleva al cardenal, quien, por debilidad o por maldad..., quizá tan sólo por el deseo de vengarse del rechazo de su sobrina, pone tras ella a todos los esbirros del Estado eclesiástico. La pobre muchacha es atrapada en las fronteras del reino de Nápoles, en el momento en que iba a meterse en un convento de bernardas que todavía dependía del Estado romano. Es llevada a Roma y allí puesta en prisión. Sbrigani encuentra testigos que declaren contra ella; no se trata más que de saber lo que ha hecho con el dinero y las joyas: otros testigos, conseguidos igualmente por nosotros, declaran que se lo ha entregado todo a un napolitano al que ama, y que este ha dejado Roma unos días antes que ella... Todas esas declaraciones están tan bien encadenadas, sabemos dar a todas tanto aire de verdad, que la pobre criatura es condenada a muerte al séptimo día. Fue decapitada en la plaza del Santo Ángel, y tuve el placer de asistir a su suplicio junto a Sbrigani, que me acariciaba entretanto. ¡Ser supremo!, exclamé para mis adentros en cuanto acabó la operación; ¡así es como vengas la inocencia; así es como haces triunfar a los hijos que mejor te sirven practicando sobre la Tierra esa virtud que es imagen de tus

atributos! Robo al cardenal, su sobrina huye de él para evitar servir al crimen al que se la destina: yo gozo de mi fechoría, ella perece en el cadalso... ¡Ser santo y sublime!, así es como tú conduces a los hombres... ¡No es muy justo que te adoren!

Pero mientras nadaba en todos estos placeres, no podía apartar de mi cabeza a la encantadora duquesa de Grillo. Con apenas veinte años, Honorine de Grillo, casada desde hacía dieciocho meses con un hombre de sesenta al que detestaba, seguía siendo tan virgen con ese viejo fauno como cuando su madre la sacara del convento de las ursulinas, en Bolonia, para entregársela. No es que el viejo duque no hiciese esfuerzos para triunfar sobre las resistencias de su mujer; pero, aborrecido por ella, todavía no había podido vencerlos. Yo no había estado más que dos veces en la casa de la duquesa; la primera, en visita de cortesía para presentarle mis cartas de recomendación; la segunda, para gozar un poco más de tiempo del inconcebible placer que me ofrecía su compañía. Fui por tercera vez, decidida a declararle mi pasión y resuelta a satisfacerla, fuesen cuales fuesen los obstáculos que me ofreciese su virtud.

Después de un arreglo lúbrico, tan apropiado para seducir y atraer todos los corazones, me presenté en su casa. El azar favorecía mis proyectos, ya que la encontré sola. Una vez cumplidos los saludos de rigor, dejé que mis ojos hablasen... Por pudor, los evitó. Enseguida cambio el amor por las alabanzas y la seducción, y, agarrando una de las manos de la duquesa, le digo:

—Deliciosa mujer, si existe un Dios en el cielo y es justo, vos debéis de ser la mujer más feliz de la Tierra, puesto que sois la más hermosa.

—Vuestra indulgencia os hace hablar así, pero yo me hago justicia.

—¡Ah!, si os hicieseis justicia, señora, habría que ponerlos en el altar de los dioses: la que tantos homenajes recibe del universo entero no debería habitar más que un templo...

Y mientras le decía esto, le apretaba las manos, se las besaba...

—¿Por qué me halagáis? —me dice Honorine enrojeciendo.

—¡Ah!, porque os adoro.

—¿Es que las mujeres pueden amarse de esta forma?

—¿Por qué no? Cuanto mayor es su sensibilidad, mejor puede idolatrar lo que es hermoso, sin importar el sexo bajo el que se presente. Las mujeres inteligentes huyen del comercio de los hombres: es tan peligroso...; la unión entre ellas es tan dulce... ¡Ah, mi querida Honorine!, ¿por qué no podría ser yo a la vez... vuestra amiga..., vuestro amante..., vuestro esposo?...

—¡Loca! —dice la duquesa—, ¿podríais ser acaso todo eso?

—¡Por supuesto que sí! —proseguí con calor, mientras la

abrazaba sí, lo último sobre todo, ¡lo seré si tú quieres, ángel mío!...

Y mi lengua inflamada se desliza en su boca. Honorine recoge el beso de amor, lo recibe sin indignarse, y cuando intento el segundo, es el amor mismo lo que la rinde: la lengüecilla más fresca, más bonita se acerca temblorosa a mis labios ardientes. Me atrevo a más; separando las gasas que ocultan a mis ojos los pechos más hermosos del mundo, colmo de deliciosas caricias estos senos de alabastro, mi lengua mordisquea amorosamente su botón de rosa, mientras mis ávidas manos esparcen sus lirios. Honorine, emocionada, se deja hacer, se encienden insensiblemente sus grandes ojos azules, llenos del más vivo interés, se empañan con las lágrimas de la voluptuosidad, y yo..., semejante a una bacante..., furiosa..., ebria de lubricidad..., franqueando todos los límites, intento comunicarle todo el ardor que me devora...

—¡Qué haces! —me dice Honorine—, ¿olvidas mi sexo y el tuyo?

—¡Ah, querido amor! —exclamé—, ¡ultrajemos de vez en cuando a la naturaleza para mejor rendirle homenaje! ¡Ay, cuán desgraciadas seríamos si no supiésemos vengarnos de sus errores!

Y, volviéndome cada vez más emprendedora, me atrevo a soltar los lazos de una falda de lino que ponía en mi poder casi todos los encantos cuya posesión busco con tanto ardor. Honorine, extraviada..., electrizada con mis ardientes suspiros, no opone ninguna resistencia. La tumbo sobre el canapé en que estamos, separo ávidamente sus piernas y palpo con comodidad el montecillo más rollizo que se pueda ver. La duquesa se hallaba reclinada entre mis brazos; la mano que la rodeaba, colocada sobre su busto de rosa, acariciaba un seno mientras mi boca deshojaba el otro; mis dedos se movían ya sobre su clítoris; ponía a prueba su sensibilidad... ¡Gran Dios, cuán viva era! Honorine creyó que se desmayaba ante las salvajes poluciones con que yo sabía entregarla al placer. A pesar de todos los combates de la virtud agonizante, algunos suspiros me anuncian su derrota: entonces mis caricias se redoblan.

Ningún ser sabe actuar en las crisis de voluptuosidad como yo... Siento la necesidad que tiene mi amante de ser ayudada: hay que sorber su semen para facilitar los chorros. Pocas mujeres están convencidas, como deberían, de la necesidad de ser acariciadas cuando va a salir su semen: sin embargo, no se puede prestar un servicio más delicioso. ¡Con qué ardor se lo presté yo a mi amiga! De rodillas entre sus piernas, levanto sus caderas con mis manos, meto mi lengua en su coño, lo chupo, lo sorbo, y mientras, con mi nariz pegada a su clítoris, sigo determinándola al placer. ¡Qué nalgas manosean mis manos!, ¡eran las de la misma Venus! Yo sentía la necesidad de encender un desorden general; nunca se podrán servir bien estas crisis..., no hay que imponerse restricciones, y si la mujer que se

masturba hubiese recibido de la naturaleza veinte salidas que pudiesen alargar o perfeccionar su éxtasis, habría que atacarlas todas para centuplicar su desorden[75]. Así pues, busco su bonito ano para meter un dedo y unir las titilaciones de que es susceptible a todas las que mi boca despierta por delante. Es tan pequeño, tan estrecho este ojete delicioso, que apenas puedo encontrarlo; por fin lo tengo: introduzco uno de mis dedos... ¡Delicioso episodio! ¡Ah!, jamás fallaréis con mujeres sensibles. En cuanto es desflorada esa fosilla, Honorine suspira..., se extasía, ¡mujer celeste!..., descarga, está en el éxtasis más divino, ¡y es a mí a quien debe su delirio!

—¡Ah!, te adoro, ¡ángel mío! —me dice esta dulce paloma volviendo a abrir los ojos a la luz—..., ¡me has hecho morir de voluptuosidad! Pero ¡qué puedo hacer yo para devolvértelo!

—¡Ah!, toma, así, así —exclamé desnudándome y poniendo una de sus manos en mi coño—: Mastúrbame, amor mío, me entrego a tus ataques... ¡Justo cielo! ¿Qué más podemos hacer?...

Pero Honorine, torpe como todas las mujeres honradas, encendía en mí deseos que no sabía apagar; me veía obligada a darle lecciones.

Por fin, pensando que haría más con su lengua que con sus dedos, la puse entre mis piernas, y me acaricia con ella mientras yo me excito a mí misma. Prodigiosamente excitada por esta mujer deliciosa, descargo tres veces seguidas en su boca... Devorada por el deseo de verla enteramente desnuda, la levanto, la libero de sus vestidos... ¡Oh, Dios!, en ese momento creo estar en presencia del astro del día cuando en primavera se desprende de las nieblas de invierno. ¡Ah!, puedo decir realmente que jamás se le había ofrecido a mi vista un culo más hermoso... ¡Qué blancura!..., ¡qué delicadeza de piel!..., ¡qué pecho tan torneado!..., ¡qué caderas!..., ¡cuán deliciosas nalgas!... ¡Sublime altar del amor y del placer!, ¡no hay día en que mi imaginación, dirigida siempre hacia vosotras, no os ofrezca algún homenaje!

No pude resistirme a ese culo divino. Hombre en mis gustos como en mis principios, ¡habría querido quemar un incienso más real para él! Lo besaba, lo entreabría, lo sondeaba con mi lengua, y mientras me agitaba en ese agujero divino, movía el clítoris de esta hermosa mujer: descargó una vez más de esta forma. Pero cuanto más encendía su *temperamento, más desolada me sentía por no poder inflamarlo más*

—¡Oh, querida! —le digo al sentir este pesar—, puedes estar segura de que la primera vez que volvamos a vernos traeré un instrumento capaz de darte golpes más sensibles: quiero ser tu amante, tu esposo, quiero gozar de ti como un hombre.

—¡Ah!, haz lo que quieras de mí —me respondió la duquesa dulcemente—, multiplica las pruebas de tu amor, y yo doblaré contigo los testimonios más sagrados del mío.

También Honorine quiere verme desnuda, me mira de arriba

abajo; pero es tan nueva en el placer que ignora el arte de dármelo... ¡Ah!, qué más le da a mi alma fogosa: ella me veía, me examinaba; yo era alcanzada por los rayos de sus ojos, y mi felicidad era perfecta. ¡Oh, mujeres lúbricas!, si alguna vez habéis estado en mi lugar, me compadeceréis, sentiréis la desesperación que crece con los deseos frustrados y, como yo, maldeciréis a la naturaleza por haberos inspirado sentimientos que la bribona no sabe apagar... Empezamos nuevos placeres. Aunque no éramos capaces de darnos todo el alivio que necesitábamos, nos procuramos al menos todo el que pudimos, y nos separamos con la promesa formal de volvernos a ver lo más pronto posible.

Dos días después de esta escena, vino a mi casa Olympe; sabía que yo había visto a la duquesa y estaba celosa.

—Honorine es hermosa, lo sé —me dice—, pero estarás de acuerdo en que es estúpida; la desafío a que alguna vez pueda darte tanto placer como yo. Además, el esposo está tan pendiente de ella que corres un gran riesgo si alguna vez llega a sospechar de ti.

—Querida amiga —digo a la Borghèse—, te pido un plazo de quince días para explicarme más claramente contigo sobre el asunto de Honorine. La única confesión que en este momento puede tranquilizarte es que algunas veces me divierto con la virtud, pero sólo el crimen tiene poder sobre mi corazón.

—Entonces no hay más que hablar —dice la princesa abrazándome—, a la vez que me aclaras, me tranquilizas; te espero hasta el final de la ilusión; no durará mucho con Grillo, es todo lo que puedo decirte. —Y Olympe prosigue—: ¿No te asombraste el otro día cuando me viste hacer de puta como tú?

—Realmente, no —respondí—; conozco tu cabeza, y en ningún momento dudé que se debiese a algo más que al libertinaje.

—Te equivocas; había interés, ambición. Esos dos cardenales disponen de todo lo que hay en el Vaticano, y tengo mis razones para tratarlos bien: además, recibo mucho de ellos, y me gusta el dinero tanto como a ti... ¡Mira, Juliette, sé franca, confiesa que robaste al cardenal! No temas que te critique o te traicione; también me gustan todos esos pequeños delitos, quizás haya robado yo a esos zorros más que tú; el robo es delicioso, ángel mío, excita; yo descargo cuando hago esas cosas; es muy bajo robar para vivir, es delicioso hacerlo para contentar una pasión.

Había hecho demasiadas cosas con Olympe para no tener nada que temer de sus indiscreciones. Creo que sin riesgo alguno se le puede confesar un pequeño robo al individuo que nos servirá de cómplice en otro mayor.

—Me agrada que me conozcas tan bien —le digo a Olympe—, me enorgullece que me hagas justicia; sí, fui yo quien cometió ese robo; además, contribuí a que pereciese la inocente sobre la que hice recaer las sospechas, y esta reunión de pequeños crímenes me ha hecho descargar muy voluptuosamente...

—¡Ah, joder!, bésame —dice Olympe—... Mira, soy digna de ti; no hace ni un año que hice lo mismo, y conozco todas las voluptuosidades que resultan de estas pequeñas lesiones a la virtud... Escucha, pronto comeremos en casa del Papa; Braschi se entregará con nosotras a terribles excesos; ya verás hasta qué punto es libertino, impío, asesino, el jefe supremo de la Iglesia..., ya verás cómo le gusta la sangre. Cerca del lugar donde se celebrarán estas orgías está el cuarto de los tesoros del Estado, yo me encargo de hacerte entrar en él; hay millones; no temas nada, aunque nos los llevásemos delante de sus narices, no se atrevería a decir nada... Nosotras tendremos su secreto, se estremecería viéndolo traicionado. ¿Tengo tu palabra?

—¿Puedes dudar de mí cuando se trata de un crimen?

—Pero es esencial que Grillo no sepa nada de esto.

—Ten más confianza en mi inteligencia, Olympe, y no pienses nunca que una fantasía puede hacerme comprometer o descuidar una pasión; me divierto con un capricho, pero sólo permanezco fiel a la infamia: sólo ella tiene poder sobre mi corazón, sólo ella tendrá el de inflamarme...

—¡Es tan delicioso, el crimen! —me dice Olympe—, no conozco nada que me excite como el crimen: el amor es estúpido frente a él. ¡Ah!, querida amiga —prosiguió esta mujer arrebatada—, he llegado al extremo de no encontrar crímenes lo suficientemente fuertes; los que me ha hecho cometer la venganza no me parecen tan buenos como los de la lubricidad, conocidos a través de ti; me gustan más que

nada en el mundo.

—Tienes razón —respondí—, los crímenes más deliciosos son los que se cometen sin ningún motivo: es preciso que la víctima sea totalmente inocente; porque si tiene faltas, estas legitimarían lo que hacemos y no dejarían a nuestra iniquidad el delicioso placer de realizarse gratuitamente. Es absolutamente necesario hacer el mal, tenemos que ser culpables: pero ¿es esto posible cuando la víctima es a su vez culpable? En este caso, me gusta la ingratitud —proseguí—: Despierta en el alma del ultrajado pequeños remordimientos que me gusta producir; lo forzamos a desolarse por habernos dado placer, y no hay nada tan delicioso como eso.

—Lo comprendo —respondió Olympe—, y respecto a eso yo tengo algo bueno que hacer. Mi padre vive todavía, me ha colmado de bienes y caricias, me adora, he descargado veinte veces ante la sola idea de romper tales lazos: no me gusta la gratitud, me pesa demasiado, sólo respiro para liberarme de ella. Además, se asegura que el parricidio es un crimen muy grande, ardo en deseos de mancharme con él... Pero escucha, Juliette, mira hasta dónde llega mi páfida imaginación: tienes que cambiar de forma de actuar; si alguna otra persona te hiciese una confesión parecida, para animarlo le allanarías el camino del crimen, le probarías que no hay ningún mal en matar al padre de uno y, como eres muy inteligente, pronto lo convencerías con tus razonamientos. Yo te pido que en este caso actúes de forma muy diferente: encerrémonos; me masturbarás; durante todo ese tiempo, me harás sentir todo el horror del crimen en cuestión; me describirás los suplicios que les esperan a los parricidas..., sobre todo, me asustarás. Cuanto más intentes desviarme de él, más me afirmaré en la idea del crimen que proyecto, y de este combate, del que saldré victoriosa, nacerán impulsos de voluptuosidad tan violentos que mi delirio no tendrá ya límites.

—Para hacer más deliciosa la escena que meditas —respondí—, es necesario introducir en ella a un tercero, y no que yo te masturbe, sino que te dé una paliza... Es preciso que te azote...

—¡Oh!, tienes razón, mil veces razón —dice Olympe—, tú concibes las cosas más delicadamente que yo; ¿pero qué tercero vas a ofrecerme?

—Mis dos mujeres; ellas te chuparán, te masturbarán deliciosamente durante mi discurso, y yo te fustigaré.

—¿Lo hacemos ahora mismo?

—¿Tienes los medios?

—Sí.

—¿Cuáles son?

—Tres o cuatro tipos de venenos: estos productos son de uso común en Roma, no se niegan a nadie.

—¿Son violentos?

—No, sólo tienen un efecto prolongado.

—No es lo que te conviene; para deleitarse en estos casos es preciso que la víctima sufra, que sus tormentos sean horribles; uno se excita mientras ella palidece: ¡y cómo sería posible descargar si los dolores no son execrables! Toma —proseguí dando a Olympe uno de los venenos más violentos de la Durand—, haz que el autor de tus días se trague esto: su agonía durará cuarenta horas, será insoportable, y su cuerpo caerá hecho trozos ante tus ojos.

—¡Oh, joder!, démonos prisa, Juliette; rápido, que descargo; me sería imposible seguir escuchando sin caer en el delirio.

Entraron Élise y Raimonde; Olympe se inclina apoyándose en ellas y me tiende sus soberbias nalgas; la azoto con arte, primero dulcemente, después fuerte; y durante esta ceremonia, le suelto más o menos el discurso siguiente:

—Si hay un crimen terrible en el mundo —le digo—, es sin duda la voluntad de cortar los días del ser que nos ha hecho gozar de los nuestros. Objeto tan sólo de su cariño y de sus solicitudes, ¿cuánta gratitud no le debemos? ¿Acaso podemos tener un deber más sagrado que el de prolongar su vida? Toda idea contraria a esta no puede ser más que un crimen cuyo autor debe ser castigado con el último suplicio, y no existirá nunca uno lo bastante grande para un horror parecido. Pasaron siglos antes de que nuestros abuelos pudieran comprenderlo, y sólo en los tiempos modernos se promulgaron leyes para reprimir al criminal que asesina a su padre. El monstruo que puede olvidar hasta ese punto todos los sentimientos de la naturaleza merece que se inventen tormentos sólo para él, y todo lo que es posible imaginar de más cruel me parece todavía demasiado dulce para esa atrocidad. ¿Puede asustarse ante eso el que lleva la barbarie, la ingratitud, el abandono de todo deber y de todo principio hasta atentar contra los días del ser que nos dio la vida? Furias de Tártaro, salid al momento de vuestro retiro, venid a preparar vosotras mismas las torturas dignas de una execración tan indignante, y por muy terribles que sean las que inventéis, siempre estarán por debajo de la ofensa.

Y mientras decía esto, yo azotaba, zurraba a mi puta, que, ebria de lujuria, de crimen y de voluptuosidades, descargaba y volvía a descargar cien veces bajo las sabias manos de las que la masturbaban.

—No me hablas de religión —me dice—; me gustaría que me ofrecieses mi crimen desde el punto de vista del ultraje que comete, se dice, contra la divinidad... Me gustaría que me hablastes de Dios, que me dijese en qué grado le ofendo..., que me describieses las hogueras que para mí dispondrán los demonios, cuando los hombres hayan masacrado mi cuerpo...

—¡Cómo! —exclamé entonces—, ¿dudáis de la enormidad del insulto que le vais a infligir al Ser Supremo cuando consuméis esa abominación? ¿Ese Dios poderoso, imagen de todas las virtudes, ese Dios que es nuestro padre en este mundo, no se rebelará ante una ofensa que lo compromete a él mismo tan gravemente? ¡Ah!, podéis estar segura de que los mayores suplicios del infierno están reservados para el terrible crimen que proyectáis, y que, independientemente de los remordimientos que os devorarán en este mundo, sentiréis en ese lugar de horror todos los males materiales con que os desgarrará la justa cólera de Dios...

—Eso no es todo —me dice esta libertina—; ahora háblame de los dolores físicos y del tormento que me esperan, y de la vergüenza que recaerá para siempre sobre mi familia y sobre mí.

—¡Desgraciada! —exclamé entonces—, ¿no significa nada para ti la eterna vergüenza con que ese crimen execrable cubrirá para siempre a tu raza? Mira a tus desgraciados sucesores, que no se atreverán a levantar una frente manchada con tantas fechorías. ¿No los oyes, desde el fondo de la tumba adonde van a precipitarte tus crímenes, reprocharte la mancha vergonzosa con que los cubres?, ¿ves ese nombre tan hermoso mancillado por tus horrores? ¿Y piensa tu imaginación en los terribles tormentos que te esperan? ¿Sientes cómo cae sobre ti el hierro vengador?, ¿sientes cómo separa con agudos dolores esa hermosa cabeza del cuerpo impuro, encendido por odiosas voluptuosidades que lo impelen a cometer un crimen semejante? Esos dolores serán horribles; se continúan sintiendo mucho tiempo después de que la cabeza se haya separado del tronco. Y aunque no fuese así, piensa que la naturaleza, tan gravemente ultrajada por ti, obrará un milagro para que se prolonguen tus males incluso más allá de la eternidad.

Aquí la Borghèse cayó en una crisis de placer tan violenta que se desmayó... Me recordó a la Donis de Florencia tramando contra los días de su hija y de su madre.

—¡Oh!, ¡qué cabezas, las italianas! —exclamé—, ¡tenía que venir a este país para ver monstruos que me igualasen!

—¡Oh, santo Dios!, ¡qué placer! —dice Olympe volviendo en sí, y limpiando con alcohol las heridas que mis varas le habían provocado en las nalgas—. Ahora que ya estoy tranquila, hablemos un momento de los hechos. ¿Crees realmente que es un crimen matar a un padre?

—Por supuesto que estoy lejos de pensar eso —respondí.

Cité entonces, a este respecto, lo que en otro tiempo me había dicho Noircueil cuando Saint-Fond quiso deshacerse de su padre, y tranquilicé de tal forma a esta mujer encantadora, disipando cualquier temor que pudiese conservar, que todo quedó resuelto para el día siguiente. Yo misma preparé la dosis que debía tragar su padre y, con

un valor cien veces mayor que el que mostró la Brinvilliers, Olympe Borghèse cortó los días del autor de su vida, y lo observó con placer en los suplicios espantosos que le causaba la fatal droga que yo la había impulsado a utilizar.

Una vez dado el golpe, vino a mi casa.

—¿Te has masturbado? —le digo.

—Ni lo dudes —me dice la malvada—; me he quedado agotada junto a su lecho... Jamás las Parcas fueron regadas con tanto semen, y todavía descargo al recordar sus discursos y sus contorsiones. ¡Oh, Juliette!, ¡prolonga mi placer! Vengo a buscar otros nuevos en tus brazos. Hazme descargar, Juliette: tengo que apagar con semen los remordimientos del crimen...

—¡Remordimientos!, ¿es posible que los concibas siquiera?

—Jamás, jamás... No importa, mastúrbame; tengo que aturdirme; tengo que descargar...

Jamás la había visto tan exuberante. ¡Ah, amigos míos!, ¡cómo embellece el crimen a una mujer! Olympe era solamente bonita, pero tan pronto hubo cometido esta acción, la encontré hermosa como un ángel. Fue entonces cuando me di cuenta de cuán vivo es el placer que se recibe de un ser que se encuentra por encima de todos los prejuicios, manchado de crímenes. Cuando Grillo me acariciaba, yo no sentía más que una sensación ordinaria; cuando estaba en manos de Olympe, la cabeza me daba vueltas, estaba fuera de mí.

Ese mismo día, aquel en que la zorra acababa de excitar sus sentidos con el mayor de los crímenes, me propuso que la siguiese a una casa cerca del Corso, con la intención, me dijo, de mostrarme una fiesta extraordinaria. Llegamos; nos recibió una mujer mayor.

—¿Hay mucha gente esta noche? —le dice Olympe.

—Mucha, princesa —responde la mujer—; sabéis que yo no fallo nunca el domingo.

—Aposentémonos, entonces —dice Olympe.

Nos introducen en una habitación bastante bonita, con canapés muy bajos y dispuestos de forma que veíamos una pieza vecina, donde había tres o cuatro putas.

—¿Qué es esto? —digo a la Borghèse—, ¿y cuál es el extraño placer que me deparas?

—Observa atentamente —me dice Olympe— lo que va a hacerse cerca de nosotras. Durante las siete u ocho horas que permaneceremos aquí, pasarán por las manos de esas muchachas cohortes de monjes, curas, abades, jóvenes. El número de cuadros será especialmente grande, pues soy yo quien paga los gastos, y todos los que sean recibidos se divertirán por nada. En cuanto esas putas tengan un miembro, nos lo mostrarán; si no nos convence, nuestro silencio las advertirá; si nos gusta, esta campanilla las informará: el poseedor del

miembro deseado vendrá aquí enseguida y nos regalará lo mejor que tenga.

—Esto sí que es delicioso —respondí—, esta invención es nueva para mí, y te aseguro que voy a gozarla. Independientemente del placer que me prometes con la gente que me guste, todavía nos quedará la excitante voluptuosidad de ver cómo se divierten con esas zorras los no elegidos.

—Claro —respondió Borghèse—, y los veremos joder mientras nosotras descargamos.

Apenas había acabado de hablar Olympe cuando apareció un enorme seminarista. Era un hermoso joven de veinte años, con un bello rostro; depositó en la mano de las muchachas un gordo miembro de dieciocho centímetros por treinta de largo. No tardó mucho en sernos ofrecida una joya tan magnífica, y, como fácilmente imaginaréis, nos guardamos muy bien de rechazarla.

—Ve a la habitación —dice la puta en cuanto oyó la campanilla—, allí encontrarás un negocio mejor que aquí.

El bendito llega todo empalmado. Olympe lo empuña y me lo casca en el coño.

—Jode, jode —me dice—, yo no estaré mucho tiempo libre.

Me entrego. Apenas ha descargado mi muñeco cuando uno de sus compañeros, llamado por Olympe, viene a llenarla como el otro acababa de hacer conmigo.

A los seminaristas les siguen dos esbirros[76], a los esbirros dos agustinos, a estos dos recoletos, pronto sustituidos por dos capuchinos; cocheros, mozos de cuerda, lacayos vinieron en masa. Al final, me pareció una masa tan monstruosa que me vi obligada a pedir piedad. Creo que iba por el número ciento noventa cuando le rogué a mi compañera que hiciese cesar este diluvio de semen con que me hacía inundar por un lado y por el otro: porque me haréis la suficiente justicia para creer que, mientras festejaba tan bien a mi coño, no había descuidado a mi culo.

—¡Oh, santo Dios! —digo a la Borghèse levantándome apenas—, ¿juegas a este juego con frecuencia?

—Siete u ocho veces al mes —me respondió Olympe—; estoy acostumbrada, y no me cansa.

—Te felicito, porque, lo que es yo, estoy rota; descargo demasiado y demasiado deprisa, eso me mata.

—Vamos a bañarnos y a comer juntas —dice Olympe—, mañana ya no lo estarás.

La princesa me llevó a su casa; después de un baño de dos horas, nos sentamos a la mesa en condiciones de emprender solamente una dulce y lúbrica conversación.

—¿Te lo han metido en el culo? —me dice Olympe.

—Claro —respondí—, ¿cómo demonios querías que soportase una cantidad semejante de asaltos dirigidos al mismo lugar?

—Pues yo —me respondió Borghèse— sólo he fornicado en el coño. No creía que lo fueses a dejar tan pronto; cuando voy a esa casa, siempre lo hago durante veinticuatro horas, y no ofrezco mi trasero a los fornicadores más que cuando han desgarrado mi delantero. Sí, desgarrado..., quiero que me hagan sangrar.

—Eres deliciosa, ángel mío, jamás he visto a una mujer más libertina que tú. ¡Nadie conoce como nosotras esa cadena de extravíos secretos que conducen tan bien a todo lo demás! Soy esclava de esos episodios voluptuosos; creo que cada día resultan de ellos encantadores hábitos que se convierten en otros tantos pequeños cultos, pequeños homenajes ofrecidos a lo físico y que excitan considerablemente el espíritu. Esos divinos desvaríos, a cuya cabeza no hay que dejar de poner los excesos de la mesa, especialmente necesarios porque inflaman el fluido nervioso y, por consiguiente, determinan a la voluptuosidad, esos ligeros desvaríos, digo, embrutecen insensiblemente y hacen indispensables los excesos. Por lo tanto, ¿qué mejor cosa podemos hacer que mantenernos siempre en el estado que los exige? Pero todo está lleno de estos pequeños hábitos, tan feos como secretos, tan horribles como sucios, tan crapulosos como brutales, y tú quizá los ignores, querida; por eso voy a contártelos al oído: te demostrarán que el famoso La Mettrie [77] tenía razón cuando decía que había que revolcarse en el lodo como los cerdos, y que, como ellos, debía hallarse placer en los últimos grados de la corrupción. He realizado sobre todo esto pruebas muy extrañas que te comunicaré. ¿Puedes creer, por ejemplo, que embruteciendo dos o tres sentidos con excesos es inaudito lo que se obtiene de los otros? Cuando quieras te demuestro esta inconcebible verdad. Mientras tanto, puedes estar segura de que, en general, la naturaleza empieza a darnos la llave de sus secretos en la insensibilidad, en la depravación, y que nosotros sólo adivinamos esa llave ultrajándola.

—Hace mucho tiempo que estoy convencida de esas máximas —me respondió Olympe—, pero soy muy desgraciada por no saber qué ultrajes hacerle a esa zorra. Dirijo esta corte a mi voluntad. Pío VI me ha amado, todavía me ve con frecuencia; he conseguido con su protección y su influencia la impunidad más completa, y he gozado demasiado de ella, estoy harta de todo, querida. Asombrosamente, había puesto muchas esperanzas en el parricidio que acabo de cometer; el proyecto había encendido mis sentidos mil veces más de lo que los ha satisfecho su ejecución: todo está por debajo de mis deseos. Pero he razonado demasiado sobre mis fantasías; más me hubiese valido no haberlas analizado nunca; al dejarles la envoltura del crimen me hubiesen cosquilleado al menos, pero la simplicidad que les aporta

mi filosofía hace que ni siquiera me afecten ya.

—Es sobre el infortunio —digo— donde hay que hacer recaer todo lo que se pueda el peso de las maldades; las lágrimas arrancadas de la indignancia tienen una actitud que despierta con mucha más fuerza el fluido nervioso, y...

—Escucha —me dice Borghèse con vivacidad—, tengo un proyecto sobre eso que es único; quiero quemar en Roma a la vez, el mismo día y a la misma hora, todos los hospitales, todos los hospicios, todas las casas de caridad, todas las escuelas gratuitas... Y lo que tiene de excelente este proyecto es que al tiempo que halago mi lúbrica maldad, sirvo también a mi avaricia. Un hombre de toda confianza me ofrece al momento cien mil escudos si realizo este proyecto, porque a continuación presenta el suyo, cuya ejecución lo cubre de oro y gloria.

—¿Y dudas? —le digo a Olympe.

—Un resto de prejuicio... ¿Sabes que este horror costará la vida a trescientos mil seres?

—¡Y qué importa!, tú descargarás..., sacarás a tus sentidos de la languidez en que están sumidos; los instantes deliciosos de que vas a gozar son tuyos, lo demás no te afecta: ¿te está permitido dudar filosóficamente? ¡Cuán desgraciada eres si todavía estás en ese punto! ¿Cuándo te convencerás de que todo lo que vegeta aquí abajo no existe más que para nuestros placeres, que no hay un solo individuo que no nos haya sido ofrecido por la naturaleza, y que, por último, sólo mediante la multitud de robos conseguimos servirla mejor? No flaquees más, amor mío, y puesto que estás abriéndote a mí, di, por favor, si no has llegado a cometer algún otro crimen aparte de los que me has confesado: para aconsejarte mejor, necesito conocerte a fondo; confíesamelo todo sin miedo...

—¡Pues bien! —me dice Borghèse—, soy culpable de un terrible infanticidio; tengo que contártelo. A los doce años di a luz a una niña hermosa como no te puedes ni imaginar. Apenas cumplió los diez años, me volví loca. Mi autoridad sobre ella, su candor, su inocencia, todo me ofrecía los medios para satisfacerme. Nos masturbábamos; dos años me bastaron para aburrirme de ella. Mis inclinaciones y la saciedad dictaron pronto su sentencia: ya no me excitaba más que ante el deseo de inmolarla. Mi marido acababa de ser mi víctima; ni un pariente, no había nadie en el mundo que pudiese pedirme cuentas de mi hija. Hice correr por Roma el rumor de su muerte, y la encierro cuidadosamente en la torre de un castillo que tengo al borde del mar, y que se parece más a una fortaleza que a una casa de gente honrada: la abandoné seis meses en esta reclusión, sin verla. El rapto de la libertad me divertía, me gustaba tenerla en cautividad; sabía que mis víctimas sufrían de esta forma: esta pérfida idea me inflamó, me sentía feliz de poder tener a muchos individuos en ese cruel estado[78].

»Llego a la prisión de mi hija..., ¡te dejo pensar con qué proyectos! Me había hecho acompañar por dos de mis mujeres y una joven, amiga de mi hija. Después de una cena deliciosa, las caricias más sabias acabaron encendiendo mis sentidos, y fueron los preliminares de mi crimen. Por fin entro sola en la torre, y paso primero dos horas en ese vagabundeo mental, en esa especie de delirio, de deshilvanamiento, divino lenguaje de la embriaguez en que nos sumerge la lubricidad, y que tan bien se aviene con un objeto que no debe volver a ver la luz. Te explicaría muy mal, amor mío, lo que dije, lo que hice... Estaba fuera de mí: era la primera víctima que sacrificaba tan abiertamente. Hasta entonces yo había utilizado el engaño, había gozado poco de los efectos: ahora se trataba de un asesinato con alevosía..., un asesinato premeditado, un horror, un infanticidio execrable, un goce de nuestro capricho, al que, sin embargo, yo no unía todavía la lujuria, como tú me has aconsejado que haga. En este caso había más hastío que refinamientos, más rabia que voluptuosidad. Increíblemente exasperada, iba quizás a lanzarme como un tigre sobre esta víctima de mi frenesí cuando una terrible idea me detuvo... Esa compañera de mi hija..., esa criatura a la que mi hija adoraba y de la que yo me había servido igual que de ella...; concebí el proyecto de hacerla perecer antes. Por este medio, me decía, gozaré primero de los efectos producidos por el espectáculo de su amiga sacrificada... Voy corriendo a disponerlo todo.

»—Seguidme —digo volviendo a buscar a mi hija—, os mostraré a vuestra amiga.

»—¡Oh!, mamá, ¿adónde me lleváis? No conozco estos recovecos... ¿Qué puede hacer Marcelle en estos lugares?

»—Ya lo verás, Agnès...

»Una puerta se abre. Todo está tapizado de negro en el nuevo calabozo adonde llevo a mi hija... La cabeza de Marcelle, separada del tronco, colgada del techo; su cuerpo desnudo y derecho, colocado descuidadamente sobre una banqueta, estaba puesto bajo la cabeza de forma que no hubiese más que quince centímetros de separación; uno de sus brazos cortados le servía de cinturón, y tenía tres puñales en el corazón. Grande fue la turbación de Agnès, pero no flaqueó; un desorden increíble alteraba su rostro, pero no la veía cambiar de color. Considera un momento este terrible espectáculo; después, volviendo sus hermosos ojos verdes hacia mí:

»—¡Oh!, señora —me dice—, ¿habéis sido vos quien ha hecho esto?

»—La misma.

»—¿Cuáles eran las faltas de esta desgraciada?

»—Ninguna que yo sepa. ¿Se necesitan pretextos para cometer un crimen?, ¿los necesitare para inmoláros a vos ahora mismo?

»A estas palabras, Agnès se desmaya, y yo me quedo entre mis dos víctimas, una ya bajo la hoz de la muerte, la otra lista para recibir sus golpes.

»¡Oh, amiga mía! —prosiguió la princesa, muy excitada con su relato—, ¡cuán fuertes pueden ser estas voluptuosidades! ¡Apenas puede soportar sus sacudidas nuestro organismo! ¡Hasta qué punto nos arrastran sus detalles! Su embriaguez está por encima de todas las descripciones, hay que haberlo vivido para comprenderlo. Hacer allí, completamente sola con dos víctimas, todo lo que se os pueda pasar por la cabeza; actuar, cometer desatinos, sin que nadie os turbe ni os oiga; estar segura de que más de medio metro de tierra cubrirá dentro de nada todos los desórdenes de vuestra imaginación; decirse: este es un objeto que me entrega la naturaleza para que haga con él absolutamente lo que me dé la gana; puedo romperlo, quemarlo, atormentarlo, destrozarlo a mi gusto, es mío, nadie puede sustraerlo a su suerte... ¡Ah!, ¡qué delicia!, ¡qué voluptuosos extravíos!... ¡Y qué es lo que no se emprende en estos casos!

»Hechas estas reflexiones, me lanzo sobre Agnès. Estaba desnuda..., desmayada..., sin ninguna defensa... Yo estaba tan trastornada que mi existencia entera sólo actuaba en función de mi furor. ¡Oh, Juliette!, me quedé satisfecha, y después de tres horas de los suplicios más variados, más monstruosos, devolví a los elementos esta masa que sólo había recibido la vida de mí para ser el funesto juguete de mi rabia y mi maldad.

—Esa fue una deliciosa acción —digo— que debió de costarte mucho semen.

—No —respondió Olympe—. Ya te lo he dicho, yo todavía no había unido, como tú, la voluptuosidad al crimen; todavía tenía un velo sobre mis ojos; sólo tu mano lo ha hecho caer... Yo actuaba maquinalmente: ¡oh!, ¡cuánto temperamento pondría ahora en una escena parecida!... Pero no puedo volver a ejecutar ese crimen delicioso..., ya no tengo hija...

La maldad de esta lamentación, los excesos de los que salíamos, los propósitos que acabábamos de tener, los excesos de la mesa a que nos habíamos entregado, todo nos lanzó maquinalmente a la una en brazos de la otra. Pero, demasiado emocionadas..., demasiado libertinas para bastarnos, Olympe hizo venir a sus mujeres. De nuevo pasamos unas horas más en el seno de los placeres. Inmolamos a una joven víctima de quince años, hermosa como el día, en el altar de ese dios. Rogué a Borghèse que la tratase ante mí como lo había hecho con su hija; hizo horrores, y no nos separamos más que con otros nuevos proyectos.

Pero, sea como fuere, el libertinaje desenfrenado de Madame de Borghèse no me hacía olvidar los puros placeres que todavía me

prometía con Honorine. Volví a verla unos días después de mi primera aventura con ella. Ese día, la duquesa me recibió más calurosamente que nunca. Nos abrazamos deliciosamente, y la conversación pronto recayó sobre los últimos placeres de que habíamos gozado. Es raro que dos mujeres charlen juntas de semejantes cosas sin que al instante pongan en práctica lo que ha hecho surgir esa conversación. Hacía un calor horrible; estábamos solas, indolentemente tumbadas en un cuarto divino: ¿no hubiésemos sido culpables en el caso de haber retrasado por más tiempo el sacrificio al dios que nos preparaba sus altares? Enseguida triunfé sobre el primer impulso de pudor que todavía parecía retener a Honorine, y como estaba encadenada por la voluptuosidad, pronto me ofreció sus encantos. ¡Cuán hermosa era!... Mil veces más fresca que Olympe, más joven, embellecida con las gracias del pudor, ¿por qué, entonces, me gustaba menos?... Encantos indecibles de la lubricidad, divinos atractivos del libertinaje, ¿habéis recibido de la naturaleza el don particular de gustar en abstracto?... Increíble ascendiente del crimen, ¡cómo prueba vuestra fuerza esta reflexión...!, ¡hasta qué punto impone vuestros derechos!

Esta vez había llevado yo con qué imitar el sexo de cuyas cualidades nos vimos privadas la otra vez. Nos armamos con nuestros consoladores y, haciendo sucesivamente de amante y amada, de esposa, marido, lesbiana y marica, no hubo placer que no probásemos. Sin embargo, Honorine no dejaba de ser una novicia, así que no inventaba nada, no hacía más que prestarse, que poner el pudor y la timidez en lugar del libertinaje y la lujuria; no me daba ni la cuarta parte del placer que sentía con la Borghèse. Si ella hubiese sido una completa novata, la idea de corromperla habría sustituido en mi imaginación todos los excitantes placeres que yo recibía del libertinaje; pero Honorine, aunque mojigata y novicia todavía, había tenido aventuras, y fue en uno de esos momentos de mutua embriaguez en que se hacen las confidencias que tanto añaden a los placeres gozados, cuando la encantadora duquesa me contó la anécdota siguiente:

—El primer año de mi matrimonio —me dice— (tenía entonces dieciséis años) estaba yo muy liada con la marquesa Salviati, que me doblaba la edad y había tenido toda su vida la habilidad de ocultar los desórdenes más terribles bajo la apariencia de la más profunda virtud. Libertina, impía, extravagante en sus gustos y bonita como un ángel, Salviati amaba todo lo que se puede amar; pero una de sus manías favoritas era apoderarse de las jóvenes casadas, para arrastrarlas con ella a los extravíos a los que se lanzaba tan misteriosamente. La zorra no me dejó escapar. Su aire mojigato, su hipocresía, sus conocidos, algunos encuentros con mi madre, todo le dio los medios para acercarse a mí, y nuestra unión se hizo tan estrecha que nos

masturbábamos a partir del octavo día. La escena se produjo en una *villegiatura*[79], en la casa del cardenal Orsini, donde nos encontrábamos ambas, en los alrededores de Tívoli. Nuestros esposos estaban allí. El mío no me daba problemas: viejo y frío, según creía yo en aquel entonces, puesto que al parecer no se había casado conmigo más que por mi dote, no me molestaba en mis placeres. El de la marquesa, aunque muy libertino, no le permitía una ociosidad tan completa; exigía de ella cosas tan agotadoras como extrañas: al verse obligada a dormir todas las noches en su habitación, nuestras pequeñas voluptuosidades secretas eran muy difíciles de lograr. Para compensarnos, nos perdimos un día por los solitarios bosquecillos del hermoso campo de Orsini, y en los deliciosos paseos la marquesa trabajaba a la vez mi espíritu y mi alma, entremezclando sus lecciones con los más dulces placeres del libertinaje femenino.

»—No es un amante lo que se necesita para pasar la vida agradablemente —me decía—: En nuestros brazos se vuelve indiscreto o péfido. La costumbre de ser amadas nos hace perder otras mejores, y por una docena de malas noches nos encontramos difamadas para toda la vida. No es que la reputación sea un bien precioso —continuaba la marquesa—, pero cuando se la puede conservar teniendo el doble de placer, me confesarás que los medios que conducen a esos resultados deben de ser los mejores de todos.

»—Sin duda alguna.

»—¡Pues bien!, ángel mío, esos son los que te haré adoptar; dentro de tres días volveremos a la ciudad, y allí te explicaré los medios de ser libertina en el misterio.

»—La cuestión es la siguiente —me dice Salviati el segundo día de nuestra vuelta a Roma—. Nosotras somos cuatro: si quieres, serás la quinta. Tenemos a nuestras órdenes a una vieja muy entendida que nos recibe en una casa tan solitaria como cómoda. La prevenimos y, de acuerdo con nuestro orden del día, nos hace encontrar en su casa todo lo que nuestra lujuria puede desear, bien en mujeres, bien en hombres, y gozamos, según nuestros deseos, bajo las densas sombras del más profundo misterio. ¿Qué piensas de este acuerdo?...

»—¿Hace falta que te lo confiese, Juliette? —prosiguió Madame de Grillo—; joven y descuidada por mi marido, las ofertas de esta seductora me arrastraron. Le aseguré que la seguiría la primera vez que fuese a esta casa, pero con la promesa formal de que no me obligaría a ver hombres... “Mi marido apenas me ve, lo sabes muy bien”, le dije a Salviati; “es una razón de más para que enseguida se dé cuenta de las brechas que abro en su honor”. La marquesa promete todo lo que deseo; fuimos. Al verme conducida más allá del Tíber y por los más alejados barrios de Roma, sentí durante unos minutos un verdadero pavor; lo oculté; llegamos. La casa me pareció grande y de

buena apariencia, pero sombría, aislada, silenciosa, tal como parecían exigirlo los misterios que íbamos a celebrar.

»Hasta entonces, aunque habíamos atravesado varias piezas, ningún objeto se había ofrecido a nuestras miradas, cuando por fin una vieja se presenta ante nosotras en una antecámara bastante amplia. Fue entonces cuando me sorprendió el cambio de tono de la marquesa: esa decencia, esa hipocresía, ese aire de dulzura y de virtud se cambiaron pronto en expresiones que hubiesen hecho enrojecer a la última de las prostitutas.

»—¿Están aquí nuestras zorras? —preguntó.

»—Sí, señora —respondió la vieja—, tengo cuatro criaturas encantadoras en esta sala que esperan a la joven que traéis, de acuerdo con lo que dijisteis, que no le preparase más que mujeres.

»—¿Y qué me has preparado a mí?

»—Dos jóvenes suizos de la guardia, hermosos como el Hércules Farnesio; los tendréis desde ahora hasta mañana, si así lo deseáis.

»—Esta puta —dice la marquesa hablando de mí— haría mucho mejor en venir a compartir estos placeres que en ir, como hace, a alimentarse de carne vacía; por lo demás, allá ella, aquí cada uno es dueño de hacer lo que quiera... ¿Han llegado nuestras hermanas? —prosiguió Salviati.

»—Sólo una de vuestras amigas, señora —respondió la vieja—... Elmire.

»En ese momento me di cuenta de que estas damas se ponen sobrenombres para espesar los velos del misterio, y de acuerdo con esta costumbre, de la que me pusieron al corriente, adopté el de Rose.

»—¿Y qué hace Elmire? —dice Salviati.

»—Está con las cuatro muchachas destinadas a la señora —dice la vieja.

»Entonces miré a la marquesa enrojeciéndolo.

»—Loca —me dice—, aquí no nos molestamos unas a otras y actuamos siempre delante de las demás en las pasiones iguales; las que se divierten con las mujeres se ponen juntas, y lo mismo hacen las que gozan con los hombres.

»—¡Pero yo no conozco a esa mujer! —digo toda avergonzada.

»—Ya os conoceréis mientras os masturbáis; de todas formas, es el mejor modo de hacerlo. Vamos, decídetelo antes de entrar ahí —continuó esta libertina señalando un salón a la izquierda—, puedes ver que son hombres; ahí (señalando a la derecha) hay mujeres; elige rápido, voy a presentarte.

»Yo me sentía muy violenta; ardía en deseos de ver a hombres. Pero ¿cómo atreverme a correr todos los riesgos que podían resultar de esta locura? Además, temía este nuevo conocimiento... ¿Quién podía ser esa mujer?... ¿sería discreta?... ¿no me coartaría

asombrosamente su presencia?... Era tal mi embarazo que me quedé petrificada durante dos o tres minutos.

»—Decídete, bribona —me dice Salvati empujándome—. ¿No sabes que aquí los minutos son sagrados y que no me gusta perderlos?

»—De acuerdo —digo—, entraré con las mujeres.

»Enseguida la vieja llama suavemente a la puerta.

»—Un momento —le contestan.

»Unos minutos después viene a abrirme una joven; entramos. La compañera de la marquesa era una mujer de cuarenta y cinco años que todavía era guapa; yo recordaba haberla visto en sociedad. ¡Pero qué desorden, gran Dios!... ¡Ah!, si se hubiese querido pintar el libertinaje y la impureza, no hubiesen hecho falta más rasgos que los que mancillaban la frente de esta criatura desenfadada. Estaba desnuda en una otomana, con las piernas abiertas; a sus pies, sobre cojines, había dos jóvenes en posturas igualmente indecentes. Su rostro estaba encendido, su mirada extraviada, sus cabellos caían sobre su seno envilecido, su boca espumeaba. Dos o tres palabras que balbuceó al vernos entrar me mostraron que estaba borracha; los vómitos que vi junto a ella acabaron de convencerme.

»—¡Joder! —dice a la marquesa—, estaba descargando cuando habéis llamado, por eso os he hecho esperar; ¿quién es esta putilla?

»—Una de mis hermanas —respondió Salvati—; es tortillera igual que tú, y también viene a que la masturben.

»—Es muy libre —responde la vieja Safo sin moverse—; ahí hay dedos, consoladores y coños: que coja lo que quiera... Pero que antes venga a que la bese, es bonita, coño.

»Y heme aquí en un momento besada, lamida, arremangada, antes de que me diese cuenta.

»—Te dejo —dice la marquesa a su amiga—, me esperan arriba; te encomiendo a la novicia, instrúyela, por favor.

»Y, en cuanto se cierran las puertas, las cuatro muchachas saltan sobre mi cuerpo y, en un abrir y cerrar de ojos, me dejan tan desnuda como ellas. No te contaré lo que ocurrió, mi pudor no soportaría esos detalles; solamente te diré que se llevó el libertinaje y el desenfreno hasta sus últimos extremos. La vieja dama se divirtió conmigo; por mi parte, hice con ella y con las cuatro muchachas todo lo que se me pasó por la cabeza; la vieja se complacía en asombrarme, sorprenderme, escandalizarme con los episodios más inconcebibles y más lúbricos. Se hubiese dicho que su mayor placer residía en ofrecirme la lujuria en sus cuadros más sucios y extravagantes, a fin de mejor torcer mi espíritu y corromper mi corazón. Por fin amaneció, la marquesa vino a recogerme y ambas volvimos a nuestros palacios con la aprensión de que nuestros maridos, que nos creían en el baile, se hubiesen dado cuenta del engaño: pero no habían dudado de nosotras. Animada por

este primer éxito, me dejé llevar una vez más a esa terrible casa; seducida por la perniciosa marquesa, no tardé en entregarme a los hombres, y mi desorden no tuvo límites. Pero por fin se apoderaron de mi alma los remordimientos; la virtud me llamó a su seno; me juré ser buena, y todavía lo sería sin ti, cuyas gracias y atractivos encantos romperán siempre, a los pies del altar del Amor, los indiscretos juramentos que haya arrancado la honestidad...

—Encantadora mujer —digo a la duquesa—, los juramentos de virtud pronunciados por ti son extravagancias con que te castiga la naturaleza; no nos creó ella para que fuésemos buenos, sino para fornicar; la ultrajamos resistiéndonos a sus intenciones sobre nosotros. Si todavía existe esa deliciosa casa, te exhorto a que vuelvas a ella; nunca me pongo celosa de los placeres que tienen mis amigas: sólo les pido el permiso de compartirlos o de verlos.

—Ya no existe esa casa —me dice Honorine—, pero habría otros medios para conseguir placer.

—¿Y por qué no aprovecharlos?

—Estoy más atada que nunca: mi marido se ha acercado a mí, está celoso; incluso temo que sospeche sobre nuestras relaciones.

—Hay que librarse de un hombre como ese.

—¡Oh, cielos!, haces que me estremezca.

—Pero si no hay nada más sencillo. La primera ley de la naturaleza es deshacernos de lo que nos disgusta; el uxoricidio es un crimen imaginario del que soy culpable sin el más mínimo remordimiento. Sólo debemos tenernos en cuenta a nosotras mismas en el mundo. Absolutamente aisladas de todas las criaturas, así como debemos acercarnos tan sólo a lo que nos complace, debemos, con el mismo cuidado, alejar todo lo que nos disgusta. ¿Y qué tienen en común la existencia del que me molesta y yo? ¡Cómo!, ¿seré tan enemiga de mi propio bienestar para prolongar los días del que constituye mi suplicio?, ¿rechazaré violentamente la voz de la naturaleza para no cortar la vida del que decididamente turba la felicidad de la mía? ¿Se permiten los asesinatos morales y políticos, y se van a castigar injustamente los asesinatos personales? ¡Qué extravagancia! Honorine, hay que ponerse por encima de esos bárbaros prejuicios. El que quiere ser feliz en el mundo debe desdeñar, sin ningún escrúpulo, absolutamente todo lo que lo ofusca..., debe abrazar todo lo que sirve o halaga sus pasiones... ¿Te faltan medios?; yo te los ofrezco.

—¡Oh, Dios!, me horrorizas —respondió la duquesa—. No amo a Monsieur de Grillo, pero lo respeto; protege mi juventud; sus celos me reprimen, me impiden caer en las trampas a que me arrastra infaliblemente el libertinaje.

—¡Cuántas debilidades y sofismas! —digo vivamente a esta

mojigata—. Es decir, que porque un ser se opone a las flores que te ofrece la naturaleza en la carrera de la vida, ¿tienes que aumentar el peso de las cadenas con que te sobrecarga, en lugar de rechazarlo? ¡Ah!, ¡rompe sin temor esos lazos terribles! Producto de la moda y la ambición, ¿qué pueden tener de sagrado para ti? Desprécialos, pisotéalos como se merecen. Una mujer bonita no debe tener en este mundo más Dios que el placer; más lazos que las rosas con que nos encadena su mano; más virtud que la de joder; más moral que la imperiosa ley de sus deseos. Primero tienes que conseguir que te hagan un hijo, no importa quién, para asegurarte los bienes de tu esposo. Una vez hecho esto, le daremos un caldo a ese extravagante, y a continuación ambas nos revolcaremos en el fangoso cenagal de las voluptuosidades más atroces, más abominables, porque son las más deliciosas..., porque tú estás hecha para gozar, y porque todo lo que te niegas constituye un crimen del que tendrás que responder ante el tribunal de la Razón y de la Naturaleza.

Mis lecciones no penetraron en el alma mezquina de esta mojigata; fue quizá la única mujer en el mundo que no pude lograr corromper. Y desde ese momento decidí perderla.

Con el fin de dirigir mis baterías con mayor seguridad, hice partícipe del proyecto a la Borghèse.

—Te creía enamorada de la duquesa —me dice Olympe.

—¿Yo, amor? ¡Gran Dios!, mi corazón siempre ha ignorado ese sentimiento pueril: me he divertido con esa mujer, he querido conducirla al crimen...; se me resiste, es una imbécil a la que hoy ya no pienso más que perder.

—Nada más sencillo y fácil.

—Sí, pero quiero que el marido perezca con ella; ya había decidido su muerte, yo quería armar el brazo de su mujer con el puñal que debía cortar el hilo de sus días: pero si ella, la muy estúpida, se opone, ¿debo por eso perder a esta víctima?

—¡Malvada!

—Es preciso que perezcan los dos.

—Esa idea me agrada —dice la Borghèse—, me divierte igual que a ti; llévalos a mi casa de campo y verás lo que haremos.

Preparamos la partida; la Borghèse y yo nos pusimos de acuerdo sobre los planes. Paso enseguida a los resultados para no aburriros con los detalles.

Habíamos llevado con nosotras a un joven conocido de la Borghèse. Tan seductor como guapo, tan inteligente como espiritual, Dolni, de veinte años, nos fornicaba con frecuencia a las dos, y las disposiciones que habíamos visto en él nos habían impulsado a elegirlo para la maldad que meditábamos. Desde el primer día, Dolni supo despertar hábilmente las pasiones de Honorine y los celos de su

esposo. Es a mí a quien Grillo se dirige, es en mi seno donde deposita sus temores, que, como podéis imaginar, yo aumento en lugar de disminuirlos.

—Mi querido duque —le digo a este imbécil—, me asombra que hasta hoy no os hayáis dado cuenta de los desórdenes de vuestra mujer. Os habría abierto antes los ojos si hubiese tenido valor, pero me parecía tan grande vuestra confianza en ella..., es tan cruel destruir esas ilusiones... Dolni está aquí solamente por la duquesa, y desde mi llegada a Roma estaba enterada de esa desgraciada inclinación. Por lo demás, me parece que sería muy fácil convencerlos. Ordinariamente es por la mañana, o mientras vos os paseáis, cuando Dolni deshonor vuestro lecho: sorprendedlos mañana, y no tardéis en vengaros de una afrenta tan notoria.

—¿Me ayudaréis, señora?

—Os lo juro. Sólo hay que ocultarse de la Borghèse: íntimamente unida a vuestra mujer, creo que favorece sus pasiones.

—¡Muy bien!, no le diremos ni una palabra, y mañana por la mañana, encerrado en el cuarto, podré estar seguro de todo.

Para que no pareciese que nos entendíamos, nos separamos enseguida, y le digo al duque que me evite todo el día. Voy corriendo al cuarto de la duquesa y la animo a gozar sin escrúpulos de las voluptuosidades con que la embriaga nuestro joven, confiándole que, como el duque proyecta ir de caza al día siguiente, debe aprovechar ese momento para pasar con Dolni una mañana deliciosa.

—Poneos en marcha temprano —le digo—; yo llegaré después, no os preocupéis por mí, y me acogeréis como tercero.

La duquesa aplaude mi idea, me permite que la cumpla. Llegado el momento, en cuanto creo que han empezado los dos amantes, llevo al duque al cuarto...

—Entonces —le digo mientras le señalo a su mujer en los brazos del joven—, ¿estáis convencido ahora?...

Grillo, furioso, se lanza puñal en mano sobre la pareja adúltera. Con cuidado, hago que su brazo se dirija hacia su infiel esposa: es alcanzada por un golpe en el costado; a continuación, la rabia del duque recae sobre el amante, que escapa, y él lo persigue. Yo no me opongo ya a sus golpes. Dolni se salva, Grillo lo persigue. Al final del largo corredor, una trampilla se los traga a los dos: uno cae en una bodega cuyas salidas le permiten unirse a nosotros enseguida; el otro, en medio de una espantosa máquina cuyas mil hojas cortantes están listas para dilacerar al que apresa.

—¡Gran Dios! ¿Qué he hecho? —exclama el duque al caer—... ¡Terrible trampa!... ¡Criminales! Sólo teníais la intención de hacerme caer en ella... ¡Oh!, querida esposa, me han engañado... Habías sido seducida..., inocente...

Apenas ha pronunciado el duque estas últimas palabras cuando su esposa, desnuda y herida, cae junto a él empujada por la Borghèse.

—Ahí la tienes —le digo entonces desde una ventanilla por donde la Borghèse, Dolni y yo nos asomábamos a esa terrible máquina—. ¡Ahí la tienes!... Sin duda, era inocente, y sólo queríamos perderte a ti... Ayúdala si te atreves, pero piensa que sólo puedes hacerlo pereciendo tú mismo.

Grillo se lanza hacia su mujer; como el impulso actúa sobre los resortes, todas las hojas se ponen en acción, todas se dirigen a la vez sobre estas dos víctimas que, en menos de diez minutos, están tan descuartizadas que ya no se ve más que sangre y huesos... No os describiré el éxtasis en que nos puso esta escena a la Borghèse y a mí; masturbadas por Dolni, descargamos por lo menos diez veces seguidas, y esta atrocidad, lo confieso, es una de las que más tiempo ha inflamado mi cabeza..., la que más constantemente ha encendido mis sentidos.

—Ven mañana a mi casa a pasar el día —me dice Olympe en cuanto regresamos a Roma—. Te haré conocer al que me da cien mil escudos por quemar todos los hospitales y todos los asilos. También estará allí el que se encarga de la ejecución.

—¡Qué! —respondí—, ¿sigues pensando en ese horror?

—Por supuesto, Juliette; tus crímenes se limitan a destruir matrimonios, y yo los extiendo por lo menos hasta la mitad de una ciudad, y como Nerón cuando prendió fuego a Roma, quiero estar con un arpa en la mano en un balcón desde el que veré las llamas que devastarán mi patria.

—Olympe, eres un monstruo.

—Menos que tú; la terrible escena que acaba de perder a los Grillo es obra de tu imaginación, yo jamás la habría concebido.

No falté a la cita.

—Los dos hombres que ves allí —me dice Olympe presentándome a sus convidados— son —y hablaba del que tenía más edad— monseñor Chigi, pariente de varios de los príncipes que durante largo tiempo ocuparon la Santa Sede, y que hoy está al frente de la policía de Roma; es él quien saca provecho del proyecto de incendio sobre el que te he hablado, quien me da cien mil escudos por ejecutarlo. Aquel es el conde Bracciani, que, en su calidad de primer físico de Europa, se encarga de la ejecución. —Después, acercándose a mi oído—: Los dos son amigos míos, Juliette; no les niegues nada, por favor, si exigen algo de ti.

—¿No soy toda tuya? —respondí.

Y como la princesa había dado las más severas órdenes para que nos dejasen solos, la conversación se animó.

—Estáis cenando —dice Olympe— con una de las más famosas

criminales de Francia; cada día nos da aquí ejemplos de crímenes; por lo tanto, amigos míos, no tenemos que temer confesar ante ella el que meditamos.

—Verdaderamente, señora —dice el jefe de policía—, calificáis de criminal la acción más simple. Considero los hospitales como la cosa más peligrosa del mundo para una gran ciudad; absorben la energía del pueblo, estimulan la holgazanería, debilitan su valor; en una palabra, son perniciosos bajo todos los aspectos. El menesteroso es al Estado lo que la rama parásita al árbol frutal: lo seca, se alimenta de su savia y no reporta nada. ¿Qué hace el agricultor cuando ve esa rama? La corta enseguida sin ningún remordimiento. Así pues, que el hombre de Estado actúe en este caso como el agricultor: una de las primeras leyes de la naturaleza es que no haya nada inútil en el mundo. Estad segura de que el mendigo es siempre perjudicial, no solamente cuando le falten vuestras limosnas. Quiero que en lugar de mantener a tales desgraciados, se los extirpe totalmente; quiero que sean destruidos; ¿hay que decirlo con otras palabras? Quiero que se les mate como se haría con una raza de animales venenosos. Esta es la primera razón que me ha hecho proponerle a la princesa Borghèse cien mil escudos romanos por destruir esas casas. La segunda es que, en el lugar de esos hospitales, levantaré un vasto edificio que parecerá servir de hospital y que, sin embargo, no será más que un hospicio para los viajeros, lo que no crea ningún problema. Por esta casa, pido las rentas de los hospitales; las obtengo y gano cien mil escudos de renta: por lo tanto, sólo sacrifico el primer año de renta segura a Madame de Borghèse, quien, según dice, ha encontrado en el conde de Bracciani al hombre apropiado para liberar Roma de esas casas y dotarla en su lugar con aquella cuyo plan ofrezco, y por la que obtendré tranquilamente unas rentas que quedarán sin destino mediante la extinción de los hospitales[80]. Hay veintiocho casas como estas en la ciudad —prosiguió Chigi— y nueve hospicios que alojan a mil ochocientas muchachas pobres, las cuales, como podéis imaginar, van incluidas en mis proscripciones. Es preciso que arda todo a la misma hora; habrá treinta o cuarenta mil holgazanes sacrificados...; primero, por el bien del Estado...; segundo, por el bien de los placeres de Olympe, que va a meter en su caja cien mil escudos contantes y sonantes gracias a esta trama; tercero, en provecho de mi fortuna, porque, con lo que tengo ya, me convierto en uno de los eclesiásticos más ricos de Roma, si mi proyecto triunfa.

—Me parece —dice Bracciani— que yo, el que debe ejecutarlo, soy el más desgraciado de todos; todavía no se os ha ocurrido ofrecerme ni siquiera un cequí de las ganancias que vais a obtener.

—Chigi ha creído —dice Olympe— que debíamos repartirlo, pero se equivoca, no es demasiado lo que él me da, y quiero que el conde

tenga una parte igual a la mía; además, ¿cómo buscaría Chigi los cómplices?

—Calma —dice el Monsignore—. No riñamos al comienzo de una empresa tan importante, sería la forma de hacerla fracasar y de perjudicarnos mutuamente. Le concedo al conde la misma suma que a Madame de Borghèse; además, le concedo cien mil francos de gratificación a esa encantadora mujer —continúa Chigi señalándome—: La amiga de Olympe debe parecerse a ella, y por eso mismo merece ser tratada como una cómplice.

—Tiene todas las virtudes de una cómplice —dice la princesa—, garantizo que os dejará contento. Por lo tanto, demos todo por acabado —prosiguió la Borghèse—, acepto la oferta hecha a mis dos amigos; ahora ocupémonos solamente de llevarla a cabo.

—Es de lo que yo me encargo —dice Bracciani—, y de forma que no se escape ni una de las víctimas que la profunda política, o, más bien, la voluptuosa maldad de Chigi, condena a muerte.

—¿Y ahora con qué harán los médicos sus experimentos? —pregunté al grupo.

—Es muy cierto —dice Olympe— que casi todos ellos sólo tenían esa forma de probar un remedio, y que verdaderamente será un vacío para ellos. Tengo que contaros a este respecto —prosiguió— lo que me decía el joven Iberti, mi médico, un día que vino a verme a la salida de una de estas experiencias...

»—¿Qué le importa al Estado la existencia de los viles seres que ordinariamente llenan esas casas? —me respondía ante el aspecto de censura que yo adoptaba para picarle a que me dijese algo como justificación—. Sería perjudicial para la sociedad no permitir a la gente del arte instruirse en ese lugar que la deshonra. La naturaleza nos indica, por la debilidad que les ha deparado, cuál es el uso que debemos hacer de ellos, y nuestra negativa supondría faltar a sus intenciones.

»—Pero —digo, desviándome un poco de la pregunta—, en un caso diferente, cuando un vil interés mueve a un hombre, distinguido por sus riquezas y sus cargos, a aprovecharse del estado de un enfermo para velar el crimen que tiene el propósito de cometer en su persona, y cuando este hombre se lo propone a un médico, ¿hace mal este último en aceptar?

»—Es evidente que no —me dice mi joven Esculapio—, ciertamente no, si está bien pagado..., y la segura discreción de la muerte debe animarlo igualmente a tener confianza en quienes lo mueven a actuar. ¿De qué le serviría traicionar a su cómplice cuando está seguro de no serlo él jamás? Negarse a esta acción sería una estupidez por parte del médico, porque jamás se atrevería a presumir de una propuesta que no le supone ser visto como un hombre

honrado: de esta forma, no obtendría de su desinterés más que un goce aislado e intelectual, muy inferior al que le procuraría la suma ofrecida. Aunque se jactase de rechazar la propuesta, no recibiría ningún elogio: se diría que había cumplido con su deber. Y como jamás hay recompensa para los que lo cumplen, es totalmente inútil perjudicarse por pretenderla. Comparando lo que puede obtener de la aceptación o del rechazo, verá que el rechazo, una de dos, o hará que se olvide eternamente su buena acción y, por consiguiente, no le reportará ningún goce, o la hará aparecer, pero entonces la pérdida de su cómplice (¿y acaso gana más perdiendo al cómplice que al enfermo?) no le hará merecer más goce que el de oír decir: “ha cumplido con su deber”. Ahora bien, yo pregunto si este simple elogio, y el fútil goce que obtiene de él, vale solamente la cuarta parte de la suma que le han ofrecido por el delito. Por lo tanto, sería un loco si dudase: debe actuar y callarse, y hacerse pagar bien.

»Eso es lo que me decía Iberti, el más guapo, el más espiritual, el más amable doctor de Roma[81], y fácilmente comprenderéis que no le costó mucho trabajo convencerme... Pero volvamos a nuestro proyecto —prosiguió Olympe—. ¿Estáis seguro de vuestra operación, Bracciani? ¿Y no teméis que pérfidos socorros hagan fracasar lo que proyectamos? Temo a la humanidad tanto como la aborrezco: ¡cuántos felices crímenes han trastornado sus perniciosos efectos!

—No temo nada —dice el conde—, opero desde lo alto de una montaña situada en medio de Roma. Las treinta y siete bombas invisibles que dirijo contra los treinta y siete hospitales explotarán repetidamente y, gracias a mis procedimientos, nadie podrá reparar en ellas. Efectuaré los lanzamientos con los intervalos necesarios para los socorros, de forma que el incendio se propague en función de los medios que empleen para apagarlo, y que el fuego se avive en proporción a los cuidados puestos en destruirlo.

—Conde —le dice Olympe—, ¿incendiáis entonces una ciudad entera mediante ese terrible procedimiento?

—Por supuesto —respondió el físico—, y sólo con el que emprendemos sería muy posible que pereciese la mitad de la ciudad.

—Hay hospitales —dice Chigi— situados en los barrios más pobres de Roma, y esas partes perecerán infaliblemente.

—¿Acaso os detienen semejantes consideraciones? —dice Olympe.

—De ninguna manera —respondieron al tiempo los dos agentes de esta atrocidad.

—Estos señores me parecen firmes —digo a Madame de Borghèse—. Creo que ya se ha meditado suficiente sobre el tema y que les importa muy poco el crimen que van a cometer.

—No hay nada de criminal en lo que proyectamos —dice Chigi—.

Todos nuestros errores en moral tienen su causa en nuestras absurdas ideas sobre el bien y el mal. Si estuviésemos convencidos de la indiferencia de todas nuestras acciones, si estuviésemos persuadidos de que las que consideramos justas no lo son tanto a los ojos de la naturaleza, y que las que llamamos inicuas son quizás, ante ella, la más perfecta medida de la razón y la equidad, seguramente no nos calentaríamos tanto los cascos. Pero los prejuicios de la infancia nos engañan, y nunca dejarán de inducirnos al error mientras tengamos la debilidad de escucharlos. Parece que la llama de la razón no nos ilumina más que cuando ya no estamos en condiciones de aprovecharnos de sus rayos, y sólo mediante una estupidez tras otra llegamos a descubrir la fuente de todas las que nos ha hecho cometer la ignorancia. Casi siempre las leyes del gobierno nos sirven de brújula para distinguir lo justo de lo injusto. No hay nada más engañoso que esta forma de pensar, porque la ley está dirigida por el interés general; sin embargo, no hay nada que esté más en contradicción con el interés general que el interés particular. Por lo tanto, nada menos justo que la ley, la cual sacrifica todos los intereses particulares al interés general. Pero el hombre, se dice, quiere vivir en sociedad; para ello es preciso que sacrifique una parte de su felicidad particular a la felicidad pública. De acuerdo, pero ¿cómo queréis que se acepte un pacto semejante sin estar uno seguro de que, al menos, obtendrá de él tanto como da? Ahora bien, no obtenéis nada del pacto que establecéis consintiendo las leyes, porque lo rompéis infinitamente más veces de las que lo cumplís, y para una ocasión en que lo garantiza la ley, hay mil en que lo perjudica: así pues, no debe consentirse en las leyes, o entonces estas deben hacerse infinitamente más dulces. Las leyes no han servido más que para retrasar la total destrucción de los prejuicios, para encadenarnos por más tiempo bajo el vergonzoso yugo del error; la ley es un freno que el hombre le ha puesto al hombre, cuando vio la facilidad con que franqueaba los otros: según esto, ¿cómo ha podido creer que este freno *suplementario* serviría alguna vez para algo? Hay castigos para el culpable: ¿y qué?, los considero crueldades, en absoluto un medio para hacer mejor al hombre, y me parece que esto es lo que más debería importarnos. Además, uno se escapa de esos castigos siempre que quiere, y esta certidumbre da ánimos al alma de aquel que lo ha franqueado todo. Así pues, convenzámonos ya de que las leyes son sólo inútiles y peligrosas; su único fin es multiplicar los crímenes o hacer que se cometan con seguridad, por el obligado secreto que se les impone. Sin las leyes y las religiones, no nos podemos imaginar en qué grado de gloria y de grandeza estarían hoy los conocimientos humanos; resulta inaudito cómo han retrasado los progresos tales frenos indignos: eso es lo único que les debemos. Nos atrevemos a declamar contra las pasiones, nos

atrevernos a encadenarlas con leyes; pero que se comparen unas y otras; que se vea cuál de las dos, si las pasiones o las leyes, ha hecho más por el bien de los hombres. Como dice Helvetius, ¿quién duda de que las pasiones son en lo moral lo que el impulso en lo físico? La invención y las maravillas artísticas se deben solamente a las grandes pasiones; deben ser consideradas, prosiguió el mismo autor, como el germen productor del espíritu y el poderoso resorte de las grandes acciones. Los individuos que no están animados por fuertes pasiones no son más que seres mediocres. Sólo las grandes pasiones podrán dar a luz grandes hombres; uno se vuelve estúpido en cuanto deja de ser apasionado. Establecidas estas bases, me pregunto cuál no será el peligro de las leyes que perjudican a las pasiones. Que se comparen los siglos de anarquía con aquellos en que las leyes han estado en vigor, bajo el gobierno que fuese: será fácil convencerse de que sólo en ese momento de silencio de las leyes han salido a la luz las más grandes acciones. En cuanto recuperan su despotismo, un peligroso letargo adormece el alma de todos los hombres; y si bien no se ven ya vicios, tampoco se descubre una sola virtud: los resortes se oxidan y las revoluciones se preparan.

—Pero —interrumpió Olympe— ¿no queréis que haya leyes en un imperio?

—No. Sostengo que los hombres serían más felices vueltos al estado natural de lo que pueden serlo bajo el absurdo yugo de las leyes. No quiero que el hombre renuncie a una parte de su fuerza y su poder. No se necesitan las leyes para hacer justicia; la naturaleza ha puesto en él el instinto y la energía necesarios para procurársela por sí solo; y la que él mismo se cree siempre será más rápida y más activa que la que puede esperar de la lánguida mano del hombre, porque en el acto de justicia sólo tendrá en cuenta su propio interés y la lesión que haya recibido, mientras que las leyes de un pueblo son sólo la masa y el resultado de los intereses de todos los legisladores que han cooperado en el establecimiento de esas leyes.

—Pero sin las leyes estaríais oprimido.

—¿Qué importa estar oprimido si tengo el derecho de hacer lo mismo? Prefiero estar oprimido por mi vecino, al que a mi vez puedo oprimir, que por la ley, contra la que no tengo ningún poder. Las pasiones de mi vecino son infinitamente menos temibles que la injusticia de la ley, porque las pasiones de dicho vecino están reprimidas por las mías, mientras que nada detiene, nada se opone a las injusticias de la ley. Todos los defectos del hombre pertenecen a la naturaleza; según esto, no puede haber mejor ley que la de la naturaleza; porque no le corresponde a ningún hombre reprimir lo que procede de la naturaleza. Ahora bien, la naturaleza no ha hecho leyes; sólo imprime una en el corazón de todos los hombres: satisfacernos,

no negar nada a nuestras pasiones, aunque sea a costa de los demás. Por lo tanto, no se os ocurra reprimir los impulsos de esta ley universal, cualesquiera que puedan ser sus efectos; dejad este cuidado a aquel al que ultraja; si lo hieren, sabrá reprimirlos. Los hombres que creyeron que de la necesidad de acercarse mutuamente se derivaba la de hacer leyes, cayeron en el más craso error; ni juntos ni separados necesitan las leyes. Una espada universal de justicia es inútil: esta espada está de modo natural en manos de todo el mundo.

—Pero cada uno de nosotros se servirá de ella en su provecho y la iniquidad se hará general...

—Eso es imposible: a Pedro nunca se le ocurrirá ser injusto con Pablo cuando sepa que Pablo puede vengarse al momento de su injusticia; pero lo será si sabe que no hay nada que temer de unas leyes que puede eludir, o de las que puede escaparse. Voy más lejos; os concedo que sin leyes aumentase la suma de crímenes, que sin leyes el universo sólo fuese ya un volcán que a cada minuto despidiese execrables fechorías: incluso en este estado de lesiones perpetuas, habría todavía menos inconvenientes; habría sin duda muchos menos que bajo el imperio de las leyes, porque con frecuencia la ley golpea al inocente, y a la masa de víctimas producidas por el crimen debe añadirse la producida por la iniquidad de la ley: tendríais menos víctimas en la anarquía. Evidentemente, habría las víctimas que sacrifica el crimen; pero no tendríais las que inmola la iniquidad de la ley; porque al tener el oprimido el derecho de vengarse a sí mismo, no castigará más que a su opresor.

—Pero la anarquía es necesariamente la cruel imagen del despotismo, puesto que abre la puerta a la arbitrariedad...

—Otro error: es el abuso de la ley lo que conduce al despotismo; el déspota es el que ha creado la ley..., el que la hace hablar, o el que se sirve de ella para sus intereses. Quitadle al déspota este medio de abuso y ya no habrá tirano. No hay uno solo que no haya establecido leyes para ejercer sus crueldades; allí donde los derechos del hombre estén repartidos equitativamente de forma que cada uno pueda vengarse a sí mismo de las injurias recibidas, no se elevará ningún déspota, porque sería derribado a la primera víctima que se atreviese a inmolar. Jamás nacen tiranos en la anarquía: sólo los veis erigirse a la sombra de las leyes o apoyándose en ellas. Por lo tanto, el reino de las leyes es vicioso; por consiguiente, es inferior al de la anarquía: la mejor prueba de lo que digo es la obligación en que se ve el gobierno de hundirse a sí mismo en la anarquía cuando quiere rehacer su constitución. Para derogar sus antiguas leyes, se ve obligado a imponer un régimen revolucionario donde aquellas no existan: al final de este régimen nacen nuevas leyes. Pero este segundo Estado es necesariamente menos puro que el primero, ya que deriva de él y ha

tenido que realizar este primer bien, *la anarquía*, para llegar al segundo bien, *la constitución del Estado*. Los hombres sólo son puros en su estado natural; en cuanto se alejan de él, se degradan. Renunciad, os digo, renunciad a la idea de hacer mejor al hombre mediante leyes: con ellas lo haréis más bribón y más malvado..., jamás más virtuoso.

—Pero el crimen es una plaga en la Tierra; cuantas más leyes haya, menos crímenes habrá.

—Otra simpleza: la multitud de leyes es lo que da lugar a la multitud de crímenes. Dejad de creer que tal o cual acción es criminal, no hagáis leyes para reprimirla: con toda seguridad, desaparecerá entonces la multitud de vuestros crímenes. Pero recojo la primera parte de vuestra propuesta: el crimen, decís, es una plaga sobre la Tierra. ¡Qué sofisma! Lo que con mucha razón podría llamarse una plaga sobre la Tierra sería la destructora máquina de todos los individuos que la habitan: veamos si reside aquí el efecto del crimen. Cuando se comete una acción semejante, la imagen que se ofrece es la de dos individuos en que uno hace la acción supuestamente criminal y el otro se convierte en la víctima de esta acción. Aquí tenemos al mismo tiempo un ser feliz y un ser desgraciado; por lo tanto, el crimen no es una plaga, puesto que, aunque haga desgraciada a la mitad de los individuos que habitan la Tierra, hace muy feliz a la otra mitad. El crimen no es otra cosa que el medio del que se sirve la naturaleza para llegar a sus intenciones sobre nosotros, así como para sostener un equilibrio tan necesario para el mantenimiento de sus operaciones. Esta sola exposición basta para demostrar que no le corresponde al hombre castigar el crimen, sino a la naturaleza, que tiene todos los derechos sobre nosotros, y sobre la que nosotros no tenemos ninguno. Si, bajo otro aspecto, el crimen es consecuencia de las pasiones, y las pasiones, como acabo de decir, deben ser consideradas como el único resorte de las grandes acciones, debéis preferir siempre el crimen, que dará energía a vuestro gobierno, frente a las virtudes, que oxidan sus resortes. Desde ese momento, no debéis ya castigar el crimen, sino, por el contrario, estimularlo y dejar las virtudes a la sombra, adonde debe reducir las para siempre el desprecio que merecen de nosotros: con mucha frecuencia, una virtud lo es todo menos una gran acción y, con más frecuencia todavía, una gran acción no es más que un crimen. Ahora bien, las grandes acciones son muy necesarias, y las virtudes no lo son nunca. Bruto, un honrado padre de familia, no hubiese sido nunca más que un triste e insulso individuo; Bruto, asesino de César, realizó a la vez un crimen y una gran acción: el primero jamás hubiese sido conocido en la historia, el segundo es un héroe.

—Así pues, según vos, se puede estar totalmente tranquilo en medio de los más negros crímenes.

—Donde es imposible hallar la calma es en el seno de la virtud,

porque es evidente que entonces se vive en un estado contrario a la naturaleza..., a la naturaleza que sólo puede existir, renovarse, conservar su energía mediante la inmensidad de los crímenes del hombre. De esta forma, lo mejor que podemos hacer es tratar de hacer una virtud de todos los vicios de los hombres, y un vicio de todas sus virtudes.

—Es evidente —dice Bracciani— que en eso precisamente me esfuerzo yo desde los quince años, y en verdad puedo decir que siempre he encontrado la felicidad.

—Amigo mío —dice Olympe a Chigi—, dada la moral que acabáis de establecer, debéis tener las pasiones más vivas. Tenéis cuarenta años, es la edad en que más imperiosamente hablan. ¡Oh, sí!, lo reverga, debéis haber cometido verdaderos horrores.

—Con el puesto que ocupa —dice Bracciani— en la inspección general de la policía en Roma, no deben faltarle ocasiones para hacer el mal.

—Es cierto —dice Chigi— que estoy en excelentes condiciones para hacerlo, y lo que todavía es más seguro es que no dejo escapar ningún medio de entregarme a él.

—Cometéis injusticias..., prevaricaciones —dice Madame de Borghèse—, os servís de la espada de Temis para inmolar a inocentes.

—Y aunque así fuese, no hago más que actuar de acuerdo con mis principios: desde ese momento creo hacer bien. Si supongo que la virtud es peligrosa en este mundo, ¿hago mal inmolando a los que la predicán? Si, a la inversa, creo que el vicio es útil en la Tierra, ¿hago mal dejando escapar a las leyes a aquellos que lo profesan? ¡Qué me importa ser tachado de hombre injusto!: con tal de que mi conducta cuadre con mis principios, estoy tranquilo. Antes de actuar de acuerdo con ellos, los he analizado; a continuación he basado en tales principios mi conducta: que el universo entero me censure después, poco me importa, sólo a mí tengo que rendir cuentas de mis acciones.

—Esa es la verdadera filosofía —dice Bracciani—; he desarrollado mis principios mucho menos que Chigi, pero os aseguro que son absolutamente los mismos, y los he puesto en práctica con la misma frecuencia.

—Monseñor —dice Olympe al magistrado de la policía romana—: Se os acusa de abusar del terrible suplicio de la cuerda; se dice que lo habéis aplicado a muchos inocentes y que, principalmente con ellos, lo hacéis prolongar hasta tal punto que, según se dice, perecen siempre.

—Voy a explicar el enigma —dice Bracciani—. Ese suplicio constituye el mayor placer de este malvado; se le empina viéndolo aplicar, descarga si el paciente perece.

—Conde —dice Chigi—, no sé qué es lo que os impulsa a hacer los honores de mis gustos: me parece que no os he encargado que

desveléis mis debilidades.

—La confesión nos ha causado un gran placer —digo vivamente—. Es un goce que le dais a Olympe, y os confesaré con franqueza que también me lo dais a mí.

—Sería completo —dice Olympe— si Chigi quisiera entregarse a él delante de nosotros.

—¿Por qué no? —respondió el libertino—... ¿Tenéis algún sujeto?

—Lo encontraré fácilmente.

—Sí, pero quizás ese no reúna las condiciones requeridas.

—¿Qué queréis decir con «condiciones»?

—Las del infortunio, la inocencia y la sumisión debida a un juez supremo —dice Chigi.

—¿Podéis reunir todo eso? —dice Olympe.

—Claro —respondió el magistrado—; mis prisiones rebosan de sujetos parecidos, y en menos de una hora haré que traigan aquí lo más conveniente para los placeres que tenéis intención de procuraros.

—¿Quién será el individuo? —dice Olympe.

—Una joven de dieciocho años, hermosa como Venus y embarazada de ocho meses.

—¡Embarazada! —objeté—. ¿Y en este estado le haréis sufrir un suplicio tan peligroso?

—¿Qué más da? Morirá, es lo peor que puede ocurrirle: en realidad, me trae sin cuidado. Me gusta increíblemente cogerlas así; hay dos placeres en uno: es lo que se llama *la vaca y el ternero*.

—¡Y apostarí —digo— a que esa pobre criatura es inocente!

—Hace dos meses que la tengo en prisión, con el firme propósito de divertirme con ella. Su madre la cree sospechosa de un robo que yo mismo mandé cometer, con el fin de apoderarme de la hija; la trampa hábilmente tendida, tuvo un gran éxito: la pobre Cornélie está en mis garras y soy dueño de su vida; a una palabra vuestra la haré bailar sobre la cuerda mejor de lo que lo haría en toda su vida un saltimbanqui. Convenceré a la gente de que la he sustraído al castigo por humanidad y, cubriéndome con lo que los estúpidos llaman crimen, tendré el mérito de una soberbia acción.

—Es lo que más me gusta en el mundo —digo—; ¿pero no puede llegar a descubrirlo todo esa madre a la que dejáis vivir?, y, en ese caso, ¿qué sería de nosotros? Me parece que resultaría igualmente sencillo convencer a la gente de que es la cómplice de su hija y cooperó en el robo, cuya iniquidad quiere hacer recaer sobre su única hija.

—Quizá todavía quede algún pariente en la familia —dice el conde.

—Es cierto —dice Olympe—: Aunque fuesen veinte, me parece que habría que inmolarnos a todos por la seguridad personal de Chigi.

—Son ustedes insaciables —respondió el magistrado—; simplemente me gustaría que no me atribuyesen unas atenciones que sólo se deben a vuestra pérfida lujuria. ¡De acuerdo!, os contentaré: Cornélie tiene un hermano y una madre; os respondo de que los tres perecerán ante vuestra vista mediante el suplicio con que, según la aseveración del conde, yo colmo mis placeres.

—Eso es lo que queríamos —dice Olympe—; cuando uno se permite una ocurrencia semejante, me parece que debe darle toda la extensión posible; no conozco nada peor que quedarse a mitad de camino. ¡Oh, joder! —dice la puta frotándose el coño por encima de su vestido—, ¡oh, santo cielo!, ¡cuánto placer!, descargo sólo de pensarlo...

Chigi sale para dar las órdenes necesarias. Un jardincillo aislado, rodeado de cipreses, que da al cuarto de Olympe, es elegido como lugar de la ejecución, y mientras esperamos nos manoseamos. Chigi y Olympe se conocían, pero Bracciani no había tocado jamás a mi amiga, y a mí no me conocía ninguno de los dos. La princesa se encargó de los preliminares, y los esfuerzos no podían ser largos con semejantes libertinos. La zorra se acerca a mí, me desnuda y me pone en manos de sus dos amigos. Me devoran, pero a la italiana: mi culo se convierte en el único objeto de sus caricias; ambos lo besan, lo lamen, lo muerden; les es imposible saciarse; apenas creen que soy una mujer. Tras estas primeras caricias se impone un cierto orden... Bracciani se acerca a Olympe, que acaba de desnudarse igual que yo, y yo me convierto en la presa de Chigi.

—No os impacientéis, criatura encantadora —me dice el infame libertino con el rostro pegado a mis nalgas, hastiado de los placeres a causa de un largo hábito de sus sensaciones—, necesito refinamientos que desemboten mis sentidos. Me alargaré, os impacientaré, quizá ni siquiera salga muy airoso, pero me habréis dado placer: me parece que es lo único a lo que debe aspirar una mujer...

Y el disoluto se la meneaba todo lo que podía mientras seguía saboreando mis nalgas.

—Señora —le digo a Olympe, toqueteada por Bracciani—, no me gusta nada hacer sola todo el trabajo: me parece que al conde le ocurre lo mismo; haced que vengan algunas jóvenes o algunos muchachitos, por favor, para que se encarguen de menear los miembros, de masturbarnos, socratizarnos, y nos dejen tan sólo recoger las rosas en los altares de Venus Calipigia...

Olympe llama, enseguida aparecen dos muchachas de quince años; la libertina las tiene constantemente a sus órdenes.

—¡Ah, bien! —dice el magistrado—, decidles que vengan pronto a ocuparse de las funciones que resultan desagradables de hacer para uno mismo...

Obedecido en cuanto es oído, Chigi pone en manos de las vírgenes los tristes despojos de su humanidad disminuida, y mis nalgas continúan siendo el objeto de sus besos; pronto su lengua penetra en mi culo, sin que ninguna distracción venga a interrumpir su homenaje. Bracciani, con más suerte, está ya en el ano de Olympe mientras la joven satélite, de rodillas ante él, le cosquillea el ojete. Este cuadro, al que Chigi se acerca un instante, acaba por decidirle; separa mis nalgas, se instala medio empalmado y se hace flagelar para soportar el ataque. ¡Traidor!, no hace honor a mis encantos; al no tener suficiente consistencia para mantenerse en su puesto, es rechazado. Acostumbrado a la injusticia, la toma con la muchachita... Era ella quien lo fustigaba.

—Si golpeaseis más fuerte —exclama—, no habría pasado esto...

Y al mismo tiempo le da tal bofetada que la tira hacia atrás, a casi un metro de allí.

—Sois demasiado bueno, monseñor —le grita Olympe—, haced sangrar a esa bribonzuela: así es como yo las trato cuando me fallan.

Y a pesar de las gracias, la dulzura, la gentileza, la belleza del culo de esta encantadora niña, el bárbaro la fustiga con tal violencia que la sangre empieza a correr al quinto golpe. Al darme cuenta de que golpea mis nalgas con sus varas, le digo:

—¡Golpea, libertino!, no te contengas; veo tus proyectos, me gustan; desafío tus golpes, puedo soportarlos.

Chigi no me responde, pero azota; me flagela con tanta rudeza que su flácido instrumento, vuelto por fin a la vida, está ahora en condiciones de perforarme. Me apresuro a ponerme en posición, me encula, se le devuelve lo que acaba de hacer, y henos hundidos en el seno de los placeres.

—¿Descargamos? —dice Bracciani sin dejar de sodomizar a su compañera.

—No, no —respondió Chigi—, piensa que nos espera una gran operación; ahora sólo tenemos que ponernos a punto: nuestro semen tiene que deberse tan sólo a los suplicios de la familia de Cornélie, únicamente a esta atrocidad.

Todos estuvimos de acuerdo con esta resolución; nuestros dos libertinos, sin preocuparse de si nos dejaban a medias o no, dejan sus monturas, y los placeres de la mesa sustituyen a los de la lubricidad. A mitad de la cena, Chigi, casi borracho, quiere poner boca abajo, encima de la mesa, a la muchacha a la que no había azotado, y que le pongan en las nalgas una docena de *crêpes* ardiendo. Así se hace; la pobre niña, en carne viva, lanza espantosos gritos, lo cual no impide que los convidados pinchen con fuerza sus tenedores en los trozos que toman del trasero sangrante de la infortunada.

—Sería agradable hacerle otro tanto en el pecho —dice Bracciani.

—De acuerdo —dice Chigi—, pero con la condición de que, mientras tanto, yo le ponga una lavativa con agua hirviendo.

—Y yo otra en el coño con agua fuerte —dice Olympe, como siempre arrebatada en cuanto se trata de infamias.

—Puesto que a mi vez tengo que pronunciarme —dije a mis compañeros—, me gustaría, a no ser que haya una idea mejor, que comiésemos los *crêpes* sobre el bonito rostro de esta muchachita, que al pinchar los trozos le saquemos los ojos con los tenedores y que, por último, sea empalada en mitad de la mesa.

Todas esas ideas se ejecutan; acabamos de emborracharnos, dejaríamos, ante la vista del divino espectáculo de esta encantadora muchachita expirando, entregada a las horribles contorsiones que le arranca el dolor.

—¿Qué os ha parecido mi cena? —nos preguntó la Borghèse en los postres.

—Excelente —respondimos.

Y realmente había sido tan suntuosa como delicada.

—Entonces —dice—, apuremos esto.

Era un licor que enseguida nos hizo devolver todo lo que acabábamos de comer, y en tres minutos teníamos tanto apetito como antes de sentarnos a la mesa. Nos sirvieron una segunda cena, que devoramos.

—Bebamos este licor —dice Olympe—, y todo saldrá por debajo.

En cuanto acabó esta ceremonia volvimos a sentir apetito. Se volvió a servir una tercera cena más suculenta que las anteriores; la devoramos.

—Nada de un vino ordinario con esta —dijo Olympe—; empecemos con el Aleático, acabaremos con el Falerno y los licores a partir de los entremeses.

—¿Y la víctima?

—¡Oh, joder!; todavía respira —dice Chigi.

—Sustituyámosla —dice Olympe—, y que entierren a esta, muerta o viva.

Todo se dispone, y la segunda de las jóvenes, empalada por detrás, nos sirve de centro de mesa en la tercera cena. Como yo era nueva en esos excesos de la mesa, creí que no los soportaría; me engañaba: el licor que tomábamos reconfortaba el estómago al vaciarlo, y aunque todos nos habíamos comido los ciento ochenta platos ofrecidos a nuestra voracidad, ninguno de nosotros lo notaba. En el tercer postre, como la segunda víctima respiraba todavía, nuestros libertinos impacientes la llenaron de ultrajes. Espumeando de semen y de borrachera, no hubo nada que no hiciesen sobre su desgraciado cuerpo, y confieso que yo les ayudé mucho. Bracciani realizó sobre ella dos o tres experiencias de física; la última consistía

en producir un rayo simulado que debía destruirla al instante: y este fue su cruel final. Expiraba cuando llegó la familia de Cornélie para despertar en nosotros el espantoso deseo de nuevos horrores.

Si no había nada que igualase la belleza de Cornélie, tampoco había nada que superase la majestad de los rasgos, la superioridad del talle de su desgraciada madre, de treinta y cinco años. Léonard, hermano de Cornélie, apenas tenía quince, y no era inferior a sus parientes.

—Este es —dice Bracciani agarrándolo de golpe— el marica más guapo que haya besado yo desde hace mucho tiempo.

Pero era tal el aire de abatimiento y tristeza de esta familia infortunada que por un momento no pudimos dejar de observarlos en este estado; y es un goce para el crimen alimentarse de las penas con que su maldad cubre a la virtud.

—Tus ojos se animan —me dice Olympe.

—Puede ser —respondí—; habría que ser de hielo para no emocionarse ante semejante espectáculo.

—No conozco otro más delicioso —me responde la Borghèse—; no hay uno solo en todo el mundo que me excite tan prodigiosamente.

—Prisioneros —dice entonces el magistrado adoptando el tono más severo—, ¿estáis, como creo, convencidos de vuestros crímenes?

—Jamás cometimos ninguno —dice la madre—; por un momento creí a mi hija culpable, pero, iluminada por tu conducta, sé a qué atenerme ahora.

—Vais a saberlo mejor en un instante...

Y los hicimos pasar con nosotros al jardín dispuesto para la ejecución. Chigi les hace un interrogatorio en toda regla; mientras tanto, yo lo excitaba... No os podéis imaginar la habilidad con que los hizo caer en las trampas que les tendía..., los subterfugios que utilizó para conducirlos a que se contradijesen unos a otros; y a pesar del candor, de la ingenuidad que estos tres infortunados pusieron en su defensa, Chigi los encontró culpables, y pronunció su sentencia. Olympe se apodera enseguida de la madre; yo agarro a la hija; el conde y el magistrado saltan sobre el muchacho.

Se imponían algunos suplicios mientras esperábamos al que debía acabar con las orgías. Olympe quiso azotar a Cornélie en el vientre, Bracciani y el magistrado desgarraron a varazos las bonitas nalgas de Léonard, y yo vejé el hermoso seno de la madre. Por fin los atamos a los tres a las cuerdas que les darían muerte. Nueve cabriolas consecutivas les destrozan el pecho, los senos, las venas; a la décima se desprende el hijo de Cornélie y cae a los pies de Chigi, al que yo excitaba sobre las nalgas de Olympe, mientras Bracciani movía la cuerda. Todos descargamos ante este espectáculo, y lo más terrible fue que proseguimos con él. Aunque estábamos serenos, nadie pensó en

rendirse; y los movimientos de cuerda continuaron hasta que los desgraciados entregaron el alma. Y así es como el crimen se divierte con la inocencia, cuando, teniendo a su favor influencia y riquezas, sólo le queda luchar contra el infortunio y la miseria.

Al día siguiente se llevó a cabo el horrible proyecto. Olympe y yo nos masturbábamos en una terraza viendo la rapidez con que se *propagaba* el incendio. Los treinta y siete hospitales fueron devastados por las llamas, y en ellas perecieron más de veinte mil almas.

—¡Oh, santo Dios! —le digo a Olympe mientras descargaba ante el encantador espectáculo de sus crímenes y los de sus cómplices—, ¡es divino entregarse a estos extravíos! Inexplicable y misteriosa Naturaleza, si es cierto que estos delitos te ultrajan, ¿por qué, entonces, nos deleitas con ellos? ¡Ah!, zorra, quizá me engañas, como en otro tiempo lo hacía la infame quimera deífica a la que se decía que estabas sometida; no dependemos de ti más que de él. Quizá no haya causas para estos efectos, y todos nosotros no seamos, por una fuerza ciega tan estúpida como necesaria, más que las ineptas máquinas de la vegetación, cuyos misterios, al explicar todo el movimiento de aquí abajo, demuestran igualmente el origen de todas las acciones de los hombres y los animales.

El incendio duró ocho días, y durante ese tiempo no vimos a nuestros amigos; aparecieron al noveno día.

—Todo ha acabado —dice el magistrado—; el Papa ya se ha consolado de la desgracia que acaba de ocurrir; he obtenido el privilegio que pedía: ya está mi ganancia asegurada y vuestra recompensa decidida. Querida Olympe —prosiguió Chigi—, lo que más habría enternecido a vuestra alma bondadosa habría sido, sin duda, el incendio de los hospicios: si hubieseis visto a todas esas muchachas desnudas..., desmelenadas, lanzándose unas sobre otras para escapar de las llamas que las perseguían, y a la horda de picaros que yo había situado allí rechazándolas cruelmente con el pretexto de socorrerlas, robando a las más bonitas, para algún día ofrecérselas a mis tiránicas voluptuosidades, dándose prisa en hundir a las demás en medio de las llamas... Olympe..., Olympe, si hubieseis visto todo eso, os habríais muerto de placer.

—¡Malvado! —dice Madame de Borghèse—, ¿cuántas has conservado?

—Cerca de doscientas —respondió Monsignore—; están en uno de mis palacios, de donde saldrán poco a poco para ser distribuidas entre mis casas de campo. Se os ofrecerán las veinte más bonitas, os lo prometo, y en recompensa sólo os pido que de vez en cuando me mostréis criaturas tan bellas como esa encantadora persona —continuó señalándome.

—Me asombra que todavía penséis en eso, considerando lo que

conozco de vuestra filosofía sobre este tema —dice Olympe.

—Confieso —respondió el magistrado— que mis sentimientos están muy lejos de entregarse junto con mi herramienta, y que bastaría que una mujer tuviese el aspecto de amar mi goce para que fuese pagada con el desprecio y el odio. Con frecuencia me ha ocurrido concebir ambos sentimientos por el objeto que debía servirme, y mis placeres ganaban con ello. Todo esto está de acuerdo con mi forma de pensar sobre la gratitud: no me gusta que una mujer imagine que le debo algo porque me excito con ella; yo no le pido más que sumisión y la misma insensibilidad que el sofá que sirve para recibir mi trasero. Nunca he creído que de la unión de dos cuerpos pueda surgir la de los corazones: veo en esta unión física muchos motivos de desprecio..., de repugnancia, pero ni uno solo de amor; no conozco nada tan gigantesco como ese sentimiento, nada más apropiado para enfriar un goce, en una palabra nada más lejos de mi corazón. Sin embargo, señora —prosiguió el magistrado apretándose las manos—, me atrevo a aseguraros, sin que esto sea un cumplido, que el carácter con que estáis dotada os pone al abrigo de esta forma de pensar, y que merecéis el título y la consideración de todos los filósofos libertinos. Os hago la suficiente justicia para pensar que sólo os preocupáis de agradar a estos.

De estas adulaciones, a las que yo hacía poco caso, pasamos a cosas más serias. Chigi quiso ver una vez más mi trasero: decía que no se cansaba de él. Bracciani, Olympe, él y yo pasamos al cuarto secreto de los placeres de la princesa, donde celebramos nuevas infamias, y palabra de honor que enrojeczo al confesaroslas. Esta maldita Borghèse tenía todos los gustos, todas las fantasías posibles. Un eunuco, un hermafrodita, un enano, una mujer de ochenta años, un pavo, un mono, un enorme dogo, una cabra y un niño de cuatro años, bisnieto de la vieja, fueron los objetos de lujuria que nos presentaron las alcahuetas de la princesa.

—¡Oh, gran Dios! —exclamé viendo todo esto—, ¡qué depravación!

—Por el contrario, es totalmente natural —dice Bracciani—: La saciedad de los goces necesita novedades. Hastiados de las cosas comunes, se desean las extrañas, y este es el porqué de que el crimen sea el último eslabón de la lujuria. Juliette, no sé qué uso haréis de estos extravagantes objetos, pero os aseguro que la princesa, mi amigo y yo encontramos muchos placeres en ellos.

—Tendré que conseguirlos yo también —respondí—, y puedo aseguraros de antemano que jamás me veréis quedarme atrás cuando se trate de desenfrenos e incongruencias.

No había acabado de hablar cuando el dogo, sin duda acostumbrado a este oficio, se acercó a revolverse bajo mi falda.

—¡Ah!, ¡este es Lucifer en acción! —dice Olympe riéndose—. Juliette, desnúdate; concede tus encantos a las libidinosas caricias de este soberbio animal, y verás cómo te gusta.

Acepto... ¿Y cómo iba a repugnarme un horror a mí, si diariamente los buscaba con tanta atención? Me ponen a cuatro patas en medio de la habitación; el dogo gira alrededor, me olfatea, lame, sube a mi espalda y acaba encoñándome a las mil maravillas y descargándose en la matriz. Pero sucedió algo bastante extraño: su miembro engordó de tal forma en la operación que no podía retirarlo más que causándome terribles dolores. Entonces el muy bruto quiso volver a empezar; decidió que era lo más rápido: en efecto, una segunda descarga lo debilita, y se retira después de haberme regado dos veces con su espermatozoides.

—Mirad —dice Chigi—, vais a ver cómo Monsieur Lucifer me trata como a Juliette. Extremadamente libertino en sus gustos, este encantador animal honra la belleza allí donde la encuentra: va a joder mi culo con el mismo placer con que acaba de follar el coño de la señora, lo juro. Pero yo no imitaré la pasividad de nuestra querida amiga, y joderé a esta cabra mientras hago de puta con Lucifer.

Yo jamás había visto un goce más estrafalario. Chigi, avaro de su semen, no descargó; pero parecía que le daba un gran placer esta extravagancia.

—Observadme —dice Bracciani—, os voy a dar otro espectáculo...

Se hace encular por el eunuco y, a su vez, encula al pavo. Olympe, con el culo vuelto hacia él, tenía entre sus piernas la cabeza del animal; la corta en el momento en que el físico pierde su semen.

—¡Este es el más delicioso de los placeres! —dice el libertino—. No es posible imaginar lo que se siente con la contracción del ano del pavo cuando, en el mismo momento de la crisis, se le corta el cuello.

—Yo no lo he probado nunca —dice Chigi—, pero he oído hablar tanto de esta forma de fornicar que prefiero probar otra... Juliette —me dice—, sujetad a este niño entre vuestras piernas mientras yo lo enculo; después, en el momento en que mis blasfemias os anuncien mi delirio, le cortaréis el cuello.

—De acuerdo —dice Olympe—, pero, querido, mi amiga también tiene que obtener placer mientras os sirve. Pondré al hermafrodita bajo su boca, y, acariciándole a la vez los dos sexos, Juliette le excitará sucesivamente las pruebas de su virilidad y las de su existencia femenina.

—Esperad —dice Bracciani—, podemos colocarnos de forma que yo pueda encular al hermafrodita y hacerme fornicar por el eunuco, que a su vez tendrá bajo su nariz el culo de la vieja, que me cagará a mí en el rostro.

—¡Qué depravación! —dice Olympe.

—Señora —dice Bracciani—, es explicable; no hay un solo gusto, ni una sola inclinación cuya causa no podáis descubrir.

—Entonces —dice Chigi—, si todos os encadenáis, tendré que hacerme encular por el mono, mientras el enano, a caballo sobre el muchacho, me ofrece sus nalgas para que se las bese.

—¡Eso sí que es bueno! —dice Olympe—, aquí no hay nadie libre más que Lucifer, la cabra y yo.

—Nada más fácil que ponernos todos en escena —dice Chigi—. Vos y la cabra os ponéis junto a mí; yo cambiaré de un culo a otro, y Lucifer os sodomizará cuando yo no ocupe vuestro culo; pero descargaré en el del niño, cuyo cuello cortará Juliette en cuanto me vea extasiado.

Se dispone el cuadro: jamás se había realizado algo tan monstruoso en lubricidad; todos descargamos; el niño fue decapitado en su justo momento, y disolvimos el cuadro para hacer el elogio de los divinos placeres que nos había procurado a todos esta extravagancia[82].

El resto del día transcurrió con lujurias más o menos parecidas. Fui fornicada por el mono; una vez más por el dogo, pero en el culo por el hermafrodita, el eunuco, los dos italianos y por el consolador de Olympe. Los demás me acariciaron, me lamieron, y salí de estas nuevas y singulares orgías después de diez horas de los más excitantes goces. Coronó la fiesta una cena deliciosa; en ella se celebró un sacrificio griego: inmolamos a todos los animales de los que habíamos gozado, y la vieja, atada e inmovilizada en lo alto de una pira, fue quemada viva con ellos; el eunuco y el hermafrodita fueron los únicos individuos que conservamos, y nos dedicamos a otros placeres.

Hacía cinco meses que estaba yo en Roma sin que todavía supiese nada de mi visita al Papa, que me habían prometido los cardenales Bernis y Albani junto a la Borghèse, cuando por fin recibí, días después de esta aventura, una nota muy galante de Bernis, avisándome de que debía encontrarme en su casa al día siguiente muy temprano para ser presentada a su santidad, quien, aunque hacía mucho tiempo que deseaba verme, no había podido realizar su deseo hasta ahora. Me recomendaba un arreglo sencillo, pero al mismo tiempo el más elegante, y nada de perfumes. «Braschi, como Enrique IV», me escribía el cardenal, «quiere que cada cosa huela a lo que debe oler; siente horror por el artificio y ama lo natural. Así pues, es esencial que os abstengáis incluso del bidé». Obediente en todos los puntos, antes de las diez de la mañana estaba lista en el palacio de Bernis. Pío nos esperaba en el Vaticano.

—Santo Padre —le dice Bernis, presentándome—, esta es la joven francesa que habíais deseado. Especialmente honrada por el favor que le hacéis, os promete prestarse ciegamente a todo lo que a vuestra

santidad le plazca ordenarle.

—No se arrepentirá de sus favores —dice Braschi—. Antes de entregarnos a las impurezas en cuestión, deseo verla un momento a solas... Salid, cardenal, y decid a los mayordomos que hoy las puertas estarán cerradas para todo el mundo.

Bernis se retira, y su santidad me toma de la mano y me conduce por los inmensos apartamentos hasta un cuarto solitario, donde el lujo y la molicie, bajo los pardos colores de la religión y la modestia, ofrecían a la lujuria todo lo que mejor pudiese halagar sus inclinaciones. Todo estaba indistintamente mezclado. Junto a una Teresa en éxtasis se veía una Mesalina enculada, y bajo la imagen de Cristo había una Leda...

—Relajaos —me dice Braschi—. En este lugar olvido las distancias y, sonriendo al vicio cuando es tan amable como vos, le permito que se siente junto a la virtud.

—Fantoche orgulloso —le respondí a este viejo déspota—, la costumbre que tienes de engañar a los hombres hace que intentes engañarte a ti mismo. ¿Dónde diablos vas a buscar la virtud cuando me haces venir aquí para mancharte de vicios?

—Mi querida muchacha, un hombre como yo nunca se mancha —me respondió el Papa—. Sucesor de los discípulos de Dios, me rodean las virtudes del Eterno, y ni siquiera cuando, por un instante, adopto sus defectos soy un hombre.

Después de un estallido de risa que no pude contener:

—¡Obispo de Roma! —exclamé—, abandonad ya esa altanería insolente con una mujer lo bastante filósofa como para apreciarte. Escucha y no tomes a mal que reflexionemos juntos acerca de tu poder y tus pretensiones.

»Se crea en Galilea una religión cuyas bases son la pobreza, la igualdad y el odio a los ricos. Los principios de esta santa doctrina son que le es más difícil a un rico entrar en el reino de los cielos que a un camello pasar por el agujero de una aguja..., que el rico es castigado únicamente porque es rico. A los discípulos de este culto se les prohíbe acumular provisiones. De hecho, Jesús, su jefe, dice: “No he venido para ser servido, sino para servir; entre vosotros nunca habrá ni primero ni último... Aquel de vosotros que quiera ensalzarse será humillado; aquel de vosotros que quiera ser el primero será el último[83]”. Los primeros apóstoles de esta religión se ganaban la vida con el sudor de su frente. ¿Es verdad todo esto, Braschi?

—Sí, ciertamente.

—Entonces, ahora yo te pregunto qué relación hay entre estas primeras instituciones y las inmensas riquezas que consigues en Italia. ¿Es el Evangelio o el engaño de tus predecesores la causa de que poseas tantos bienes? ¡Pobre hombre! ¿Y todavía crees que puedes

imponerte sobre nosotros?

—Atea, al menos respeta al descendiente de san Pedro.

—Jamás descendiste de él: jamás puso san Pedro los pies en Roma. En los primeros siglos no tuvo ningún obispo una Iglesia que no empezó a ser conocida, a tomar cierta consistencia, hasta finales del segundo siglo de nuestra era. ¿Cómo te atreves a sostener que el tal Pedro estaba en Roma cuando él mismo escribía desde Babilonia[84]?

»¿Te imaginas que escaparás a la crítica diciendo que Roma y Babilonia eran la misma cosa?... ¡Pobre loco!, nadie te cree ya, todo el mundo te desprecia. Pero ¿acaso fue Pedro tu modelo?... ¿No nos lo pintó tu predecesor como un pobre que catequizaba a los pobres? Convén, Braschi, en que entonces se parece más a esos fundadores de órdenes que vivían en la pobreza y cuyos sucesores nadan en oro. Sé que los que siguieron a Pedro han ganado mucho y han perdido mucho; no es menos verdad que la superstición y la credulidad están lo suficientemente extendidas como para que todavía te queden en la tierra treinta o cuarenta millones de servidores. ¿Pero no crees que la llama de la filosofía abrirá pronto sus ojos?, ¿crees que consentirán durante más tiempo en reconocer un amo a nueve mil o diez mil kilómetros de distancia?, ¿en seguir pensando, juzgando y actuando de acuerdo sólo contigo?, ¿en no tener bienes más que a condición de pagarte un tributo?, ¿en no casarse con quien bien les parezca, sino según tu agrado? ¡No, no!, no creo que su error dure mucho más tiempo. Sé que en otro tiempo esos derechos iban mucho más lejos; estabais por encima de los dioses, porque esos dioses pasaban solamente por poder disponer de los imperios, y vosotros disponíais de ellos de hecho. Pero te lo reverga, Braschi, todo eso se eclipsa, desaparece; y en efecto, mi querido Papa, ¡cuál no debe ser la sorpresa al ver cómo la superstición puede desvirtuar las cosas más simples! Convén en que no se sabe qué es más admirable, si la ceguera de los pueblos o la terrible osadía de aquellos que los engañan. ¿Cómo puede ser que después de los desenfrenos con que mancillasteis la faz de la Tierra se os pueda reverenciar todavía?, ¿y cómo os pueden quedar todavía algunos prosélitos? Fue la estupidez de los príncipes y de los pueblos lo que consolidó la grandeza de los papas y lo que les dio la audacia inconcebible de arrogarse pretensiones tan contrarias al espíritu de su religión como indignas para la razón y perjudiciales para la política. Aquellos que conocen el poder de la superstición deben estar muy asombrados de su éxito; no hay desvíos, imbecilidades de los que no sea susceptible la devoción. Además, algunos motivos políticos vinieron a apoyar los efectos de la superstición. Durante la decadencia del Imperio, los jefes, ocupados en guerras dilapidadoras y muy lejanas, se vieron obligados a tratarlos con miramientos porque os sabían en posesión del espíritu del pueblo;

al cerrar los ojos sobre vuestros propósitos, se dirigieron sin duda a la destrucción de su Imperio. Las hordas bárbaras adoptaron por ignorancia el sistema político de los emperadores, y así fue como, poco a poco, os hicisteis los amos de una parte de los pueblos de Europa.

»El legado de las ciencias quedaba en manos de los monjes, vuestros dignos defensores; nadie pudo iluminar al universo; la gente se sometió a lo que no entendía, y esos guerreros que recorrían el mundo encontraban más sencillo rendiros culto que analizaros. El espíritu cambió en el siglo XV: la aurora de la filosofía anunció la caída de la superstición; las nubes se disiparon, la gente se atrevió a miraros cara a cara. Entonces ya sólo vio en vosotros a impostores y tramposos: siguieron fieles algunas naciones, todavía subyugadas por sus curas; pero al fin la llama de la razón lució para ellas. ¡Oh, querido, tu papel se ha acabado! Para apresurar la importante revolución que debe derribar para siempre las columnas de tu supersticioso imperio, echa una mirada a la historia de tus predecesores. Voy a esbozártela, Braschi; mi erudición te hará ver que, ya que las mujeres de mi nación están instruidas hasta tal punto, esa nación de la que me siento orgullosa no tardará mucho en sacudirse tu yugo ridículo.

»¿Qué veo en los comienzos de tu era cristiana? Combates, tumultos, sediciones, matanzas, fruto únicamente de la codicia y la ambición de los criminales que aspiraban a tu trono; en Roma ya arrastraban los carros a los orgullosos pontífices de tu repugnante Iglesia; estos ya estaban mancillados por el lujo y la lubricidad; ya los envolvía la púrpura; y no es a tus enemigos a quienes te reenvío para convencerte de los reproches que se os dirigía, sino a tus partidarios, a los mismos Padres de vuestra Iglesia; escucha a Jerónimo y a Basilio: “Cuando yo estaba en Roma”, dice el primero, “quise hacer oír el lenguaje de la piedad y de la virtud; los fariseos que rodeaban al Papa me atormentaron; dejé los palacios de Roma para volver a la gruta de Jesús”. Así os designaban ya vuestros satélites arrastrados por la fuerza de la verdad. Con qué energía os reprocha además el mismo Jerónimo los escándalos que provocaban vuestras orgías, vuestras rapacerías, vuestras intrigas para sacar el dinero a los ricos, para aparecer en el testamento de los grandes y, sobre todo, de las damas de Roma, a las que engañabais después de haber gozado de ellas. ¿Tengo que citarte los edictos de los emperadores? Observa con qué energía los de Valentiniano, Valente y Graciano intentaban reprimir vuestra avaricia, vuestro libertinaje y vuestra ambición. ¿Crees tú, Braschi, crees que no se puede dudar de tu santidad..., de tu infalibilidad cuando se ve lo siguiente?:

»A un Liberio arrastrando a toda la Iglesia al arrianismo por temor y por debilidad.

»A un Gregorio proscribiendo las ciencias y las artes, porque según él solo la ignorancia puede favorecer los absurdos de su repugnante religión...; que se atreve a llevar la desvergüenza hasta alabar a la reina Brunehaut, ese monstruo de la que toda Francia se avergüenza hoy.

»A un Esteban VI que consideraba a Formoso, predecesor suyo, tan manchado de crímenes que bárbara y ridículamente se vio obligado a imponer un suplicio a su cadáver.

»A un Sergio manchado con todo tipo de libertinajes y constantemente dominado por putas.

»A un Juan XI, hijo de una de esas zorras y que vivió a su vez en incesto con Marosia, su madre.

»A un Juan XII, mago idólatra que utilizaba el mismo templo de Dios para sus más vergonzosas orgías.

»A un Bonifacio VII tan obsesionado con la tiara que asesina a Benedicto VI para sucederle[85].

»A un Gregorio VII que, más déspota que todos los reyes, los hacía venir a pedir perdón a su puerta...; que derramó ríos de sangre en Alemania únicamente por su orgullo y ambición...; que, en una palabra, sostuvo que todo Papa era infalible y santo, y que bastaba estar sentado en la cátedra de san Pedro para ser tan poderoso como el mismo Dios.

»A un Pascual II que, de acuerdo con estos abominables principios, se atreve a coronar a un emperador contra su propio padre.

»A un Alejandro III que hace azotar ignominiosamente a Enrique II, rey de Inglaterra, por un asesinato jamás cometido por este príncipe...; que promulga una cruzada tan sangrienta contra los albigenses.

»A un Celestino III que, lleno de ambición y tiranía, se atreve a poner con su pie la corona sobre la cabeza de Enrique VI, prosternado ante él; y a continuación osa tirar de una patada esa misma corona para darle a entender al emperador a qué debe atenerse si falta al respeto debido al Papa.

»A un Inocencio IV envenenador del emperador Federico durante las interminables guerras de güelfos y gibelinos, que provocaron vuestras pasiones y que durante tanto tiempo desmoralizaron a Italia.

»A un Clemente IV que hace cortar la cabeza a un joven príncipe por la sola falta de ir a reclamar la sucesión de sus padres.

»A un Bonifacio VIII famoso por sus enredos con los reyes de Francia; impío, ambicioso, autor de esa farsa santa conocida con el nombre de “jubileo”, cuyo único fin era llenar los cofres pontificios[86].

»A un Clemente V lo suficientemente criminal como para haber hecho envenenar al emperador Enrique VI con una hostia.

»A un Benedicto XII que compra a peso de oro a la hermana del célebre Petrarca, para hacer de ella su amante.

»A un Juan XXIII famoso por sus extravagancias..., que condenó como herejes a todos aquellos que sostenían que Jesucristo había vivido en la pobreza; que dispuso coronas; que transformó lo justo en injusto, y que llevó la demencia hasta el punto de excomulgar a los ángeles.

»A un Sixto IV que obtenía una considerable renta de los burdeles que había instalado en Roma, y que envió una bandera roja a los suizos invitándoles a que se matasen entre sí, por la prosperidad de la Iglesia romana.

»A un Alejandro VI cuyo solo nombre basta para levantar contra él la indignación y el horror de aquellos que tienen alguna idea de su historia; un criminal, en fin, que no tenía ni probidad, ni honor, ni buena fe, ni piedad, ni religión, y cuyas orgías libidinosas, cuyas crueldades y envenenamientos superan todo lo que Suetonio nos cuenta de Tiberio, de Nerón y Calígula; en una palabra, un libertino que se acostó con Lucrecia, su hija[87], y que se complacía en hacer correr a cuatro patas a cincuenta putas completamente desnudas para excitar su imaginación con las diferentes posturas que se veían obligadas a tomar.

»A un León X que, para reparar las depravaciones de sus predecesores, pensó vender indulgencias, y, sin embargo, era un incrédulo, hasta el punto de que le respondió lo siguiente al cardenal Bembo, su amigo, que le citaba un pasaje de las Escrituras: “¡Eh!, ¿qué diablos queréis decirme con vuestras fábulas de Jesucristo?”.

»A un Julio III, un verdadero Sardanápalo, que llevó la impudicia al extremo de elevar a su amante al cardenalato; que un día, desnudo en su habitación, obligó a los cardenales que entraban a que se pusiesen igual que él, diciéndoles: “Amigos míos, si recorriésemos así las calles de Roma, no nos reverenciarían tanto. Ahora bien, si nuestros hábitos es lo único que inspira respeto, sólo a ellos les debemos ser algo”.

»A un Pío V, reverenciado como un santo, fanático, cruel, que fue la causa de todas las persecuciones realizadas en Francia contra los protestantes; instigador de las ferocidades del duque de Alba; asesino de Paleario, cuyo único crimen fue haber dicho que la Inquisición tenía un puñal dirigido contra la gente de letras; y que, por último, pretendía no haberse desesperado nunca tanto acerca de su salvación como cuando era Papa.

»A un Gregorio XIII, terrible panegirista de la noche de San Bartolomé, que en cartas privadas felicitó a Carlos IX por cómo se

había portado con los protestantes.

»A un Sixto V que declaró que se podía encular tanto como se quisiera, en Roma, durante la canícula, y que impuso el orden y la policía en esta gran ciudad, inundándola de sangre.

»A un Clemente VII autor de la famosa conspiración de la pólvora.

»A un Pablo V que hizo la guerra a Venecia porque un magistrado civil había querido castigar a un monje por haber violado y asesinado a una muchacha de doce años.

»A un Gregorio XV que escribía a Luis XIII: “Matad, asesinad a todos los que no me reconozcan”.

»A un Urbano VIII cooperador de las matanzas de Irlanda, donde perecieron ciento cincuenta mil protestantes, etcétera, etcétera.

»¡Estos son, amigo mío, estos son los que te han precedido! ¿Y no quieres que concibamos un justo horror por los jefes insolentes o corrompidos de una secta semejante? ¡Ah! ¡Ojalá puedan los pueblos desengañarse pronto de estos ídolos papales que hasta ahora no nos han procurado más que trastornos, indigencia y desgracias! ¡Que todos los pueblos de la Tierra, estremeciéndose ante los terribles efectos causados desde hace tantos siglos por criminales semejantes, se apresuren a destronar al que les sucede, y que destruyan al mismo tiempo la religión estúpida y bárbara, idólatra, sanguinaria, impía, que pudo admitirlos o erigirlos por un momento!

Pío VI, que me había escuchado con mucha atención, me miró con la mayor sorpresa en cuanto acabé.

—Braschi —le digo—, te asombras al ver que sé tanto; debes saber que así es como se educa ahora a todos los niños de mi patria: se han desvanecido los siglos del error. Por lo tanto, toma tu partido, viejo déspota, destruye tu cruz, quema tus hostias, pisotea tus imágenes y tus reliquias: después de haber liberado a los pueblos del juramento de fidelidad hacia sus soberanos, libera ahora a los tuyos de los errores en que los tenías sumidos. Créeme, baja de tu trono si no quieres ser sepultado bajo sus ruinas: vale más ceder el puesto al más fuerte que verlo apoderándose de él pese a tu resistencia. La opinión lo regula todo en el mundo; cambia en detrimento tuyo y de todas tus supercherías. Cuando se levanta la guadaña, es más prudente desviar la cabeza que esperar el golpe. Tienes con qué vivir, conviértete en un burgués de Roma. Cambia el traje fúnebre de toda esta canalla que te rodea, despide a tus monjes, abre tus claustros, devuelve a tus religiosas la libertad de casarse, no entierres el germen de cien generaciones. La Europa asombrada te admirará, tu nombre se grabará en las columnas de los templos conmemorativos, a los que nunca te acercarás si no cambias pronto el triste honor de ser Papa por otro más precioso, el de ser filósofo.

—Juliette —me dice Braschi—, me habían dicho que eras

inteligente, pero no creía que lo fueras tanto; un grado tal de elevación de ideas es muy raro en una mujer. Veo claramente que contigo no hay por qué fingir; me quito la máscara: ve en mí al hombre, ve en mí al que quiere gozar de ti al precio que sea.

—Escúchame, viejo mono —respondí—, no he venido aquí como vestal, pero puedes estar seguro de que si he consentido en dejarme conducir a los apartamentos más misteriosos de tu palacio es porque no tengo intención de resistirme; sin embargo, en lugar de tener en mí a una mujer amable, ardiente, que preverá tus gustos porque los ama, no tendrás más que un frío ídolo si no aceptas las cuatro cosas que voy a exigir de ti.

»Primero exijo de ti, como prueba inicial de confianza, que me des las llaves de tus habitaciones secretas; quiero visitarlo todo, no quiero que se me escape ni un solo cuarto.

»Lo segundo que deseo es una disertación filosófica sobre el asesinato: con frecuencia me he manchado con esta acción, así que quiero saber a qué debo atenerme sobre ella. Lo que me digas determinará para siempre mi forma de pensar; no porque crea en tu infalibilidad, sino porque tengo confianza en los estudios que has debido hacer y, sabiéndome filósofa, estoy segura de que no te atreverás a engañarme.

»Mi tercera condición es que, para convencerme del profundo desprecio que debes tener por todas las sagradas supercherías del culto cristiano, gozarás de mí sólo sobre el altar de san Pedro, después de haber ordenado a tus capellanes que celebren misa sobre el culo de un marica, y haberme metido en el ano, con tu verga sagrada, el pequeño Dios de pan producto de ese abominable sacrificio. He hecho cien veces todas esas locuras, pero me excita vértelas hacer, y no me tocarás nunca sin eso.

»La cuarta cláusula es que dentro de unos días me darás una gran cena con Albani, Bernis y mi amiga Borghèse, y que en esta cena impondrás más lujuria y libertinaje de lo que jamás mostraron tus predecesores: quiero que este ágape supere mil veces en infamias a la que hizo servir Alejandro VI a Lucrecia, su hija.

—¡No hay duda de que son extrañas condiciones! —dice Braschi.

—O no me posees en tu vida o las aceptas todas.

—Piensa que aquí estás en mis manos, y que con una palabra...

—Sé que eres un tirano, un criminal: no ocuparías el puesto en que estás sin esas cualidades; pero me respetas, me amas porque soy tan zorra como tú; es muy fácil comprender hasta qué punto puede dominar, puede llenar el espíritu de una mujer la maldad en todos sus aspectos; por esta poderosa razón, Braschi, me amarás..., me satisfarás.

—¡Oh, Juliette! —me dice Pío VI abrazándome—, eres una criatura muy singular; tu fuerza me vence, seré tu esclavo; con la

cabeza que me estás mostrando, espero de ti los placeres más excitantes... Toma, estas son mis llaves..., visita..., te lo entrego todo; después de los favores que espero de ti, te prometo la disertación que desees. Puedes contar con la cena que me pides, y esta misma noche tendrá lugar la profanación que exiges. No tengo más fe que tú en todas esas supercherías espirituales, ángel mío: pero conoces nuestra obligación de imponernos a los débiles. Soy como el charlatán que distribuye sus drogas: es preciso que parezca que creo en ellas si quiero venderlas.

—Eso me prueba que eres un zorro —digo interrumpiendo a Braschi—; si fueses honrado preferirías iluminar a los hombres en lugar de engañarlos; rasgarías el velo que cubre sus ojos en lugar de hacerlo más opaco.

—¡Pero me moriría de hambre!

—¿Y qué necesidad hay de que vivas?, ¿acaso es perentorio que estén en el error cincuenta millones de hombres sólo para que tú digieras?

—Sí, porque mi existencia lo es todo para mí, y porque esos cincuenta millones de hombres no me importan nada..., porque la primera de las leyes de la naturaleza es la autoconservación..., sin importar a expensas de quién.

—Te has desenmascarado, pontífice, es todo lo que yo quería. Démonos pues la mano, ya que ambos somos igual de bribones; y que en adelante no haya nada oculto entre nosotros.

—De acuerdo —dice el Papa—, ahora ocupémonos sólo de los placeres.

—Muy bien —respondí—, comienza por acceder a una de tus promesas; entrega a un guía todas las llaves de este palacio, quiero verlo todo.

—Yo mismo seré ese guía —dice Braschi—... Esta soberbia casa —me dice a medida que avanzábamos— está construida sobre el emplazamiento de aquella en la que Nerón se divertía iluminando sus jardines con los cuerpos de los primeros cristianos; los colocaba a cierta distancia unos de otros para que sirviesen de linternas[88].

—¡Oh!, amigo mío —interrumpí—, yo hubiese sido digna de ese espectáculo; habría querido observarlo; mi odio por tu infame secta me hubiese hecho muy dulce esa contemplación.

—No olvides, bribona —me dice el Santo Padre—, que estás hablando con el jefe de esa religión...

—Él no la ama más que yo —respondí—; la aprecia en su justo valor; la estima en que la tiene se basa tan sólo en las rentas que recoge de ella. ¡Ah, amigo mío!, si estuviese en tu poder, tratarías de la misma forma a los enemigos de esa religión que te engorda.

—Posiblemente, Juliette: la intolerancia es la primera ley de la

Iglesia; sin el rigor más exacerbado, sus templos pronto serían destruidos; cuando la ley ya no actúa, tiene que caer la espada.

—¡Oh, Braschi!, ¡cuán déspota eres!

—¿Cómo quieres que reinen los príncipes sin despotismo? Su poder sólo reside en la opinión: cuando cambia están perdidos. El único medio para afianzar ese poder consiste en aterrorizar a las almas, en poner sobre sus ojos la venda del error, a fin de que los pigmeos parezcan gigantes.

—Braschi, los pueblos se iluminan; pronto perecerán todos los tiranos y los espectros que mantienen y los hierros que imponen, todo caerá ante los altares de la libertad, como el cedro se pliega bajo el aquilón que lo bambolea. Hace demasiado tiempo que el despotismo pisotea sus derechos; es preciso que los recupere, es preciso que una revolución general recorra Europa entera, y que las futilidades de la religión y del trono, sepultadas para no volver a aparecer, dejen en su lugar la energía de los dos Brutos y las virtudes de los dos Catones.

Seguíamos andando.

—No es tarea fácil recorrer todo el palacio —me dice Braschi—; tiene cuatro mil cuatrocientas veintidós habitaciones, veintidós patios e inmensos jardines. Empecemos por estos —me dice el Papa conduciéndome a una galería que está por encima del vestíbulo de la iglesia de San Pedro—. Desde aquí —dice el pontífice— reparto mis bendiciones sobre el universo..., desde aquí excomulgo a los reyes..., libero a los pueblos del juramento de fidelidad que deben a sus príncipes.

—Despreciable farsante —respondí enérgicamente—, tu teatro es muy inseguro, ¿está basado en la estupidez de las naciones de la Tierra! La filosofía lo aniquilará.

De allí pasamos a la célebre galería. En Europa no hay una pieza tan larga como esta, ni siquiera la galería del Louvre; no cabe duda de que ninguna alberga tal número de cuadros, ni tan hermosos como estos. Mientras admiraba el *San Pedro de las tres llaves* con que termina esta soberbia pieza, le digo a Braschi:

—Pontífice, te sentirás orgulloso de este monumento, ¿verdad?

—Es un emblema del poder sin límites —me respondió el Papa— que se atribuyeron Gregorio VII y Bonifacio VIII.

—Santo Padre —le digo al viejo obispo—, cambia estos emblemas; pon un látigo en la mano de tu portero, dispon tu viejo culo para recibir sus golpes: tendrás el mérito de una predicción.

De allí pasamos a una biblioteca construida en forma de «T». En esta biblioteca se ven muchos armarios pero pocos libros.

—En tu casa todo es falso —le digo a Braschi—; cerráis la mitad de estos estantes para que nadie crea que están vacíos. El deseo de imponeros y de engañar a los hombres es vuestra divisa en todas

partes.

En este asilo de las Musas, vi con placer un manuscrito de Terencio en que, a la cabeza de cada pieza, están dibujadas todas las máscaras que les servían a los actores cómicos. También distinguí con satisfacción las cartas originales de Enrique VIII a Ana Bolena, su hija, de la que estaba enamorado y con la que se casó pese a la oposición del Papa; memorable época, la de la reforma de Inglaterra.

Después atravesamos los jardines, donde vi las más hermosas plantaciones de naranjos, los más agradables bosquecillos de mirto, las aguas más frescas y saltarinas.

—La otra parte de este palacio adonde nos encaminamos —me dice el Santo Padre— sirve de alojamiento a algunos objetos de lujuria de uno y otro sexo, los tengo allí encerrados; estarán en la cena que te he prometido; prosigamos.

—¡Ah! Braschi —digo entusiasmada—, ¿tienes objetos enjaulados!..., y supongo que al menos les harás la vida un poco dura... ¿Los azotas?

—Hay que llegar a eso cuando se es viejo —me dice el honrado Braschi—; es el goce más dulce de la gente de mi edad, y verdaderamente es el mejor.

—Si los azotas eres cruel: la fustigación en un libertino no es más que el impulso de la ferocidad; es para darle alguna salida por lo que llega a eso; haría otra cosa si se atreviese.

—Pues bien, *me atrevo* —me dice flemáticamente el Santo Padre—, sí, me atrevo algunas veces, ya lo verás, Juliette, ya lo verás.

—Amigo mío —digo al Papa—, me quedan por examinar los tesoros. Debes tener oro, sé que eres avaro; yo también lo soy, no hay nada que me guste tanto en el mundo como el oro: quiero nadar un minuto contigo sobre montones de ese metal.

—No estamos lejos del lugar donde están encerrados —me dice el Papa mientras me conduce a través de un corredor oscuro, hasta llegar a una puertecilla de hierro, que abrió—. Aquí está todo lo que posee la Santa Sede —continuó mi guía, y me hizo entrar en una pequeña sala abovedada en la que podía haber, tanto en escudos como en cequíes, de cincuenta a sesenta millones como mucho—. He gastado más de lo que he añadido. Sixto V fue el primero que creó este tesoro, fundado en la estupidez de los cristianos.

—Considerando que vuestra corona no es hereditaria —le digo—, sois bien tontos por amasarla así; yo, en vuestro lugar, haría mucho tiempo que hubiese dilapidado todo el oro. Enriqueced a vuestros amigos, multiplicad vuestros placeres, no os neguéis ningún goce: esto es preferible a acumular esas sumas para los conquistadores, porque seréis subyugado. Pontífice, predigo que algunas naciones libres y liberadas del freno monárquico se apoderarán de vos, y me atrevo a

aseguraros que vos sois el último Papa de la Iglesia romana. Sea como fuere, ¿cuántos cequíes puede haber aquí?

—Mil cequíes.

—Viejo Juan Lanas —respondí—, hay aquí una balanza; pésame cuando mis bolsillos estén llenos, y piensa que quiero llevarme tres veces mi peso: te corresponde medir a tan bajo precio el mérito de una mujer como yo.

Y mientras decía esto llenaba mis bolsillos.

—Renuncia a ese cálculo —dice Braschi—, sería irrealizable; toma, esto es un bono de diez mil cequíes, pagadero a cuenta de mi tesorero.

—Un acto de generosidad como este me afecta muy poco; es el dinero que pones encima de Venus, no te lo agradezco en absoluto...

Y, tal como había proyectado, al salir de la habitación tomé, con cera, la huella de la cerradura; Braschi no se dio cuenta de nada, y pasamos al salón donde me había recibido.

—Juliette —me dice entonces—, aunque haya cumplido una sola condición, me parece que debes estar contenta de mí; ahora veamos si yo lo estoy de tus favores.

Y el disoluto, al mismo tiempo, desata los cordones de mis faldas[89].

—Pero —digo— ¿y el resto?

—Puesto que he mantenido mi palabra en cuanto al primer artículo, creo, Juliette, que cumpliré igualmente los otros...

Y el viejo disoluto me tenía ya a su disposición; yo estaba inclinada sobre un sofá, mientras el salido, con una rodilla en el suelo, examinaba a placer la parte que parecía interesarle más.

—¡Es soberbio! —exclamó—; Albani me había hablado muy bien de él, pero no creía que llegase a tal grado de superioridad...

Insensiblemente, los besos del pontífice se hicieron más ardientes: su lengua penetró en el interior, y vi que se llevaba una de sus manos hacia la región de su débil humanidad. Yo ardía en deseos de ver la herramienta del Papa: me doy la vuelta, pero no veo nada.

—Si me permitís un momento —le digo—, tomaremos una postura más cómoda; podría facilitar vuestros proyectos sin alejaros de vuestro homenaje.

Tras ayudarlo a que se tumbase en la otomana, acerqué mis nalgas a su rostro y, curvándome, le excité la verga mientras mi mano desocupada se perdía por sus nalgas y trabajaba para excitarle el ano. Estas diversas ocupaciones me pusieron en condiciones de analizar al Santo Padre, así que voy a describíroslo lo mejor que pueda.

Braschi está gordo, sus nalgas son sebosas, firmes y rellenas, pero tan duras y callosas, por su hábito de recibir el látigo, que las puntas de una aguja no entrarían mejor que en la piel de una foca; su objeto es

prodigiosamente ancho (¿y cómo no habría de serlo, con su hábito de hacerse fornicar veinticinco o treinta veces por día?); su miembro, una vez en alto, no carece de belleza, es seco, nervioso, el glande descubierto, y puede tener veinte centímetros de largo por quince de circunferencia. Tan pronto como estuvo erecto, las pasiones papales se expresaron con firmeza: como tenía el rostro pegado a mis nalgas, se hicieron sentir sus dientes, y a estos siguieron sus uñas. Mientras no fue más que un juego, no dije ni palabra, pero cuando el Santo Padre olvidó esto y comenzó a propasarse, me volví:

—Braschi —le digo—, consiento en el papel de cómplice contigo, pero no me gusta el de víctima.

—Cuando me excito y pago —me respondió el Papa—, observo muy poco todas esas diferencias... ¡Vamos!..., caga..., caga..., Juliette, eso me calmará; idolatro la mierda, y mi descarga es segura si quieres dármela...

Me vuelvo a poner en mi sitio; como tenía la posibilidad de obedecer, lo hago; el miembro pontificio se endureció hasta tal punto que creí que iba a descargar.

—Ven, préstate —continúa el puerco—, tengo que encularte...

—No, no —digo—, perderías tu fuerza, nuestras orgías nocturnas se resentirían.

—Te equivocas —dice el Papa sin dejar de agarrar mi culo—, con frecuencia jodo treinta o cuarenta culos sin perder mi esperma... Préstate, te digo, tengo que encularte.

Como no podía oponer obstáculos que no pudiese franquear el estado en que lo veía, ofrecí mi culo; Braschi lo enfiló sin preparación. El antagonismo de dolor y placer, la excitación moral resultante de la idea de tener en mi culo la verga del Papa, todo me determinó pronto al placer; descargo. El bribón, que se da cuenta, me aprieta ardorosamente, me besa, me masturba. Pero completamente dueño de sus pasiones, el disoluto no hace más que excitarlas sin permitirles ninguna salida; se retira al cabo de un cuarto de hora.

—Eres deliciosa —me dice—, jamás había jodido un culo tan voluptuoso. Genemos, voy a dar órdenes para la ejecución de la escena que deseas en el mismo altar de san Pedro; una galería de este palacio conduce a la iglesia, pasaremos por ella cuando nos levantemos de la mesa.

Braschi cenó a solas conmigo, y durante la cena hicimos mil extravagancias. Pocos individuos en el mundo son tan lujuriosos como Braschi; tampoco hay ninguno que entienda mejor todos los refinamientos del libertinaje. Con frecuencia tenía que triturar los alimentos que él quería comer; los humedecía con mi saliva y se los pasaba a la boca; la mía se enjuagaba con los vinos que quería beber; algunas veces me lo jeringaba en el culo y lo tragaba; si por

casualidad se mezclaban algunos mojones, se veía transportado al séptimo cielo.

—¡Oh, Braschi! —exclamé en un momento de franqueza—, ¡qué dirían los hombres a los que te impones si te vieses en medio de estas impurezas!

—Me devolverían el desprecio que les tengo —me dice Braschi—, y, a pesar de su orgullo, convendrían en su estupidez. Qué importa, sigamos cegándolos: el reino del error no será largo, hay que gozar de él.

—¡Ah, sí, sí! —exclamé—, engañemos a los hombres, es uno de los mejores servicios que podemos prestarles... Braschi, ¿inmolaremos algunas víctimas en el templo adonde iremos después?

—Claro —me dice el Santo Padre—, es preciso que corra la sangre para que sean buenas orgías. Sentado sobre el trono de Tiberio, lo imito en mis voluptuosidades; y, siguiendo su ejemplo, no conozco descarga más deliciosa que aquella en que los suspiros se mezclan con los quejumbrosos acentos de la muerte.

—¿Te entregas con frecuencia a esos excesos?

—No hay día en que no me hunda en ellos, ¡oh, Juliette!, no hay uno en que no me manche de sangre...

—Pero ¿de dónde te viene ese gusto monstruoso?

—De la naturaleza, hija mía. El asesinato es una de sus leyes; cada vez que siente la necesidad de él, nos inspira su gusto y nosotros obedecemos involuntariamente. Pronto utilizaré argumentos mucho más fuertes para probarte la nulidad de ese pretendido crimen; si lo deseas lo haré. Los filósofos ordinarios han sometido el hombre a la naturaleza para acomodarse a las ideas recibidas: tomando un vuelo más alto, te probaré cuando quieras que de ningún modo depende de ella.

—Amigo mío —respondí—, te recuerdo tu promesa: esta disertación, lo sabes, es una de las cláusulas de nuestro pacto; cúmplala, tenemos tiempo.

—De acuerdo —dice el filósofo mitrado—, escúchame: esto exige la mayor atención.

»De todas las extravagancias del hombre a las que debió conducirle su orgullo, la más absurda, sin duda, fue la de considerarse a sí mismo como algo precioso. Rodeado de criaturas que valían tanto o más que él, creyó que le estaba permitido atentar impunemente contra los días de esos seres que, imaginaba, estaban subordinados a él, y pensó que ninguna pena, ningún suplicio podían lavar el crimen de aquel que atentase contra los suyos. A la primera locura a la que le había arrastrado este mismo orgullo, a esta indignante estupidez de creerse salido de una divinidad, de suponerse un alma inmortal, obra celeste de esa mano sabia, a esa ceguera atroz, digo, debía añadir, sin

duda, la de creerse sin precio en la Tierra. En efecto, cómo no iba a pensar así la obra sagrada de una divinidad bondadosa, el favorito del cielo: las penas más rigurosas debían recaer incontestablemente sobre el destructor de una máquina tan hermosa. Esta máquina era sagrada; un alma, imagen brillante de una divinidad más brillante todavía, animaba a esta máquina, cuya desorganización debía ser el crimen más terrible que pudiera cometerse. Y mientras razonaba así, ponía en su asador para calmar su glotonería, hacía hervir en una olla para apaciguar su hambre, a ese cordero apacible y tranquilo, criatura formada por la misma mano que él, y a la que no superaba más que en una construcción diferente. Sin embargo, con un poco de estudio se hubiese tenido a sí mismo en mucha menos estima; una ojeada más filosófica sobre esa naturaleza que desconocía le hubiese hecho ver que, débil e informe producción de las manos de esta madre ciega, se asemejaba a todas las demás criaturas, que estaba invenciblemente ligado a todas las otras, necesitado como todas las otras y, según esto, de ninguna manera hecho para ser más estimado.

»Ningún ser de aquí abajo está expresamente formado por la naturaleza, ninguno está hecho a propósito por ella; todos son el resultado de sus leyes y de sus operaciones, de modo que en un mundo como el nuestro debía haber necesariamente criaturas como las que vemos en él; de la misma forma que, sin duda, las hay muy diferentes en otro globo, en otro hormiguero de globos de los que llenan el espacio. Pero estas criaturas no son ni buenas, ni hermosas, ni preciosas, ni creadas: son la espuma, son el resultado de las leyes ciegas de la naturaleza, son como los vapores que se elevan del vaso que contiene un licor rarificado por el fuego, cuya acción expulsa del agua las partículas de aire. Este vapor no ha sido creado; es un resultado, es heterogéneo, obtiene su existencia de un elemento extraño, y en sí mismo no tiene ningún valor; puede ser o no ser, sin que por ello se vea afectado el elemento del que emana; no le debe nada a este elemento, así como este elemento no le debe nada a ese vapor. Si otra vibración, diferente de la del calor, llega a modificar este elemento, seguirá existiendo bajo su nueva modificación, y ese vapor, que era su resultado bajo la primera, no lo será ya bajo la segunda. Que la naturaleza se encuentre sometida a otras leyes, y entonces esas criaturas que resultan de las leyes actuales no existirán ya bajo las leyes nuevas; sin embargo, la naturaleza seguirá existiendo, aunque con leyes diferentes. Así pues, las relaciones del hombre con la naturaleza, o de la naturaleza con el hombre, son nulas; la naturaleza no puede encadenar al hombre con ninguna ley; el hombre no depende en nada de la naturaleza; no debe nada el uno a la otra, y viceversa, y no pueden ni ofenderse, ni servirse; la una ha producido a pesar de sí misma: desde ese momento, no habrá ninguna relación real

con el otro; este ha sido producido a pesar de sí mismo y, por consiguiente, sin ninguna relación que lo encadene. Una vez lanzado, el hombre no le debe ya nada a la naturaleza; una vez que la naturaleza lo ha lanzado, ya no puede nada sobre el hombre; todas sus leyes son particulares. Por el primer lanzamiento, el hombre recibe leyes directas de las que no puede alejarse; esas leyes son las de su conservación personal..., de su multiplicación, leyes que sólo le afectan a él..., que dependen de él, pero que de ningún modo son necesarias para la naturaleza; porque él ya no depende de la naturaleza, se ha separado de ella. Es tan enteramente distinto a ella que no es útil para su marcha..., no es necesario para sus combinaciones, de forma que podría cuadruplicar su especie o aniquilarla totalmente sin que el universo experimentase la más ligera alteración. Si se destruye, se ha equivocado, según él. Pero a los ojos de la naturaleza, todo eso cambia. Si se multiplica, se equivoca, porque le quita a la naturaleza el honor de un fenómeno nuevo, al ser necesariamente el resultado de sus leyes nuevas criaturas. Si las que están lanzadas no se propagasen, lanzaría nuevos seres y gozaría de una facultad que ya no tiene. No es que no pudiese tenerla si lo quisiese, sino que jamás hace nada inútil, y mientras los primeros seres lanzados se propaguen por las facultades que tienen en sí mismos, ella no propaga: nuestra multiplicación, que sólo es ya una de las leyes inherentes a nosotros, perjudica decididamente, pues, a los fenómenos de los que la naturaleza es capaz. De esta forma, lo que nosotros consideramos como virtudes se convierten en crímenes a sus ojos. Al contrario, si las criaturas se destruyen, tienen razón respecto a la naturaleza, porque entonces dejan de usar una facultad recibida, que no es una ley impuesta, y vuelven a poner a la naturaleza en la necesidad de desarrollar una de sus más hermosas facultades, que mantenía encadenada por su inutilidad. Quizá vos objetéis a esto que si esa posibilidad de propagarse que ha otorgado a sus criaturas la perjudicase, no se la habría dado... Tened en cuenta, sin embargo, que ella no es dueña, que es la primera esclava de sus leyes, que no puede cambiar nada de ellas, que una de sus leyes es el impulso de las criaturas una vez hechas, y la posibilidad de que esas criaturas lanzadas se propaguen. Y si esas criaturas no se propagasen ya o se destruyesen, la naturaleza volvería a estar en posesión de sus primeros derechos, que ya no serían combatidos por nada, en cuanto que al propagarnos o al no destruirnos, la atamos a sus leyes secundarias, y la privamos de su más activo poder. De esta forma, todas las leyes que hemos hecho, bien para estimular la población, bien para castigar la destrucción, contrarían necesariamente todas las de la naturaleza; y siempre que nos prestamos a esas leyes chocamos directamente con sus deseos; por el contrario, cada vez que obstinadamente nos

negamos a esa propagación que ella aborrece, o cooperamos en esos asesinatos que la deleitan y la sirven, podemos estar seguros de complacerla..., seguros de estar actuando de acuerdo con sus propósitos. ¿Y no nos prueba esto hasta qué punto le molesta nuestra multiplicación..., cómo desearía ella, una vez más, evadirse incesantemente con las divisiones, las cizañas que siembra entre nosotros..., con esa inclinación al asesinato que nos inspira a cada momento? Esas guerras, esas hambrunas con que nos asuela; esas pestes que envía de vez en cuando sobre el globo a fin de destruirnos; esos malvados que multiplica, esos Alejandro, Tamerlán, Gengis, todos esos héroes que devastan la Tierra; todo eso, digo, ¿no nos prueba de una forma incontestable que todas nuestras leyes son contrarias a las suyas y que ella sólo tiende a destruirlas? También esos asesinatos que nuestras leyes castigan con tanto rigor, esos asesinatos que consideramos como el mayor ultraje que se le puede hacer, no solamente no le hacen ningún daño y no pueden hacérselo, como vos misma veis, sino que incluso, de alguna forma, llegan a ser útiles para sus intenciones, puesto que la vemos imitándolos tan a menudo, y es totalmente seguro que no lo hace más que porque desearía la destrucción total de las criaturas lanzadas, a fin de gozar de la facultad que tiene de relanzar otras nuevas. El mayor criminal de la Tierra, el asesino más abominable, el más feroz, el más bárbaro, no es, pues, más que el órgano de sus leyes..., el móvil de sus voluntades y el más seguro agente de sus caprichos.

»Vayamos más lejos. Ese asesino cree que destruye, cree que absorbe, y de ahí proceden algunas veces sus remordimientos: entonces, tranquilicémosle totalmente sobre eso, y si el sistema que acabo de desarrollar no está todavía a su alcance, probémosle por hechos que ocurren ante sus ojos que ni siquiera hay honor que destruir; que la destrucción de la que se vanagloria, cuando es sana, o con la que estremece, cuando es mala, es enteramente nula y que, desgraciadamente, le es imposible lograrla.

»La cadena invisible que une a todos los seres físicos, esa dependencia absoluta de los tres reinos entre sí, prueba que los tres están en igual posición respecto a la naturaleza, que los tres son el resultado de sus leyes primeras, pero ni son creados ni son necesarios. Las leyes de esos reinos son iguales entre sí. Se reproducen y destruyen maquinalmente los tres, porque los tres están compuestos de los mismos elementos, que se combinan de una forma o de otra; sin embargo, esas leyes son independientes de las de la naturaleza; esta no actúa más que una vez sobre ellos, los ha lanzado; a partir de ese momento, empiezan a actuar por sí mismos; lo hacen por las leyes que les son propias, la primera de las cuales es una metempsicosis perpetua, una variación, una perpetua mutación entre ellos.

»El principio de la vida, en todos los seres, no es otro que el de la muerte; recibimos y alimentamos dentro de nosotros los dos a la vez. En ese instante que llamamos muerte, todo parece disolverse; lo creemos así por la extrema diferencia que encontramos en esa porción de materia que ya no parece animada; pero esta muerte es tan sólo imaginaria, no existe más que figuradamente, no se corresponde con ninguna realidad. La materia, privada de esta otra porción sutil de materia que le comunicaba el movimiento, no se destruye por eso; no hace más que cambiar de forma, se corrompe, y aquí tenemos ya una prueba del movimiento que conserva; proporciona jugos a la tierra, la fertiliza, y sirve a la regeneración de los otros reinos como al suyo propio. Por último, no hay ninguna diferencia esencial entre esta primera vida que recibimos y esta segunda que es la que llamamos muerte. Porque la primera se hace mediante la formación de la materia que se organiza en la matriz de la hembra, y la segunda es igualmente materia que se renueva y se reorganiza en las entrañas de la Tierra. Así, esta materia extinta se convierte por sí misma en su nueva matriz, en el germen de las partículas de materia etérea, que, sin ella, permanecerían en aparente inercia. Y esta es toda la ciencia de las leyes de los tres reinos, leyes independientes de la naturaleza, leyes que han recibido desde su primer impulso, leyes que condicionan la voluntad que tendría esta naturaleza de producir nuevos chorros: estos son los únicos medios por los que operan las leyes inherentes a estos reinos. La primera generación, a la que nosotros llamamos vida, es como una especie de ejemplo. Estas leyes no llegan a esta primera generación más que por el agotamiento; no llegan a otra más que por la destrucción. La primera necesita una especie de materia corrompida; la segunda, la materia putrefacta. Y esta es la única causa de esa inmensidad de creaciones sucesivas: en uno y otro caso, no son más que esos primeros principios de agotamiento o de destrucción lo que os demuestra que la muerte es tan necesaria como la vida, que no existe la muerte, y que todas las plagas de las que acabamos de hablar, la crueldad de los tiranos, los crímenes del malvado son tan necesarios para las leyes de esos tres reinos como el acto que los revivifique; que cuando la naturaleza los envía sobre la Tierra con la intención de destruir esos reinos que la privan de la facultad de nuevos lanzamientos, no realiza más que un acto de impotencia, porque las primeras leyes recibidas por esos reinos, en el momento de su primer lanzamiento, les han concedido esa facultad productora que durará siempre y que la naturaleza no aniquilará más que destruyéndose totalmente, lo que no está en su poder, porque ella misma está sometida a leyes de cuyo dominio no puede escaparse y que durarán eternamente. De esta forma, el asesino, con sus crímenes, no solamente ayuda a la naturaleza en intenciones

que ella jamás llegará a realizar, sino que también ayuda a las leyes que recibieron los reinos en el momento de su primer impulso. Digo “primer impulso” para facilitar la comprensión de mi sistema, porque al no haber existido nunca creación y al ser la naturaleza eterna, los impulsos son perpetuos en cuanto hay seres; dejarían de serlo si no los hubiese, y entonces favorecerían segundos impulsos, que son los que desea la naturaleza y a los que no puede llegar más que mediante una total destrucción, fin al que tienden los crímenes. De donde resulta que el criminal que pudiese cambiar radicalmente los tres reinos a la vez, aniquilándolos y, en consecuencia, destruyendo sus facultades productoras, sería el que mejor habría servido a la naturaleza. Medid ahora vuestras leyes respecto a esta asombrosa verdad y reconoceréis su justicia.

»Ninguna destrucción, ningún alimento para la Tierra, y entonces el hombre tendrá más posibilidades de reproducirse. Fatal verdad, sin duda, ya que prueba de una manera invencible que los vicios y las virtudes de nuestro sistema social no son nada, y que los vicios son incluso más necesarios que las virtudes, porque son creadores, mientras que las virtudes sólo son creadas, o, si se prefiere, porque son causas, mientras que las virtudes no son más que efectos...; que una armonía demasiado perfecta tendría todavía más inconvenientes que el desorden; y que si la guerra, la discordia y los crímenes llegasen a ser desterrados de la Tierra, la fuerza de los tres reinos, más violenta entonces, destruiría a su vez todas las otras leyes de la naturaleza. Todos los cuerpos celestes se detendrían, las influencias se suspenderían por la excesiva fuerza de una de ellas; ya no habría ni gravedad ni movimiento. Son, pues, los crímenes del hombre los que, llevando el trastorno a la influencia de los tres reinos, impiden que esta influencia llegue a un punto de superioridad que turbaría todas las demás, y mantienen el universo en ese perfecto equilibrio que Horacio llamaba *rerum concordia discors*. Por lo tanto, el crimen es necesario en el mundo. Pero los más útiles, sin duda alguna, son aquellos que más trastornos originan, tales como el rechazo de la propagación o la destrucción; todos los otros son nulos, o, más bien, sólo estos dos pueden merecer el nombre de crímenes: aquí tenemos, pues, los crímenes esenciales tanto para las leyes de los reinos como para las leyes de la naturaleza. Un filósofo antiguo llamaba a la guerra “la madre de todas las cosas”. La existencia de los asesinos es tan necesaria como esta plaga; sin ellos todo estaría trastornado en este universo. Por lo tanto, es absurdo censurarlos o castigarlos, así como resulta más ridículo aún preocuparse por las inclinaciones totalmente naturales que, a pesar nuestro, nos arrastran a esta acción, porque jamás se cometerán suficientes asesinatos sobre la Tierra para saciar la sed ardiente que la naturaleza tiene de ellos. ¡Ah!, desgraciado mortal,

no te envanezcas entonces del poder de destruir, pues esta acción está por encima de tus fuerzas; puedes variar formas, pero no podrías destruirlas; no podrías absorber los elementos de la materia: ¿cómo podrías destruirlos acaso, si son eternos? Los cambias de forma, los varías; pero esta disolución sirve a la naturaleza, ya que son estas partes destruidas lo que ella recompone. Por consiguiente, todo cambio operado por el hombre sobre esta materia organizada sirve a la naturaleza, en vez de contrariarla. ¡Ay, qué digo!, para servirla serían precisas destrucciones más completas..., mucho más completas de lo que podemos llegar a realizar; en los crímenes, la naturaleza quiere la atrocidad, la extensión; cuanto más se asemejen a esto nuestras destrucciones, más agradables le resultarán. Para servirla mejor, sería preciso poder oponerse a la regeneración resultante del cadáver que enterramos. El asesinato no quita más que la primera vida al individuo que abatimos; sería necesario poder arrancarle la segunda para seguir siendo útil a la naturaleza; porque lo que ella quiere es la destrucción: está fuera de nuestro alcance darle a nuestros asesinatos toda la extensión que ella desea.

»¡Oh, Juliette!, no perdáis jamás de vista que no hay destrucción real; que la misma muerte no lo es, que esta, física y filosóficamente considerada, no es más que una diferente modificación de la materia en el principio activo, o, si se prefiere, que el principio del movimiento no deja de actuar jamás, aunque lo haga de una forma menos aparente. Por lo tanto, el nacimiento del hombre no es más que el comienzo de su existencia, cuya cesación no es la muerte; y la madre que lo da a luz no le da la vida, de la misma forma que el asesino que lo mata no le da la muerte: la una produce una especie de materia organizada en tal sentido, el otro da ocasión al renacimiento de una materia diferente, y ambos crean.

»Nada nace, nada perece en esencia, todo es sólo acción y reacción de la materia; son las olas del mar que suben y bajan en todo momento sin que haya ni pérdida ni aumento en la masa de sus aguas; es un movimiento perpetuo que ha sido y que siempre será, y en cuyos agentes principales nos convertimos sin darnos cuenta, en función de nuestros vicios y de nuestras virtudes. Es una variación infinita; mil y mil porciones de diferentes materias que aparecen bajo todo tipo de formas se destruyen y vuelven a mostrarse bajo otras, para volver a perderse y volver a mostrarse una vez más. El principio de la vida no es más que el resultado de los cuatro elementos; con la muerte, cada uno vuelve a su esfera sin destruirse, y dispuesto a juntarse de nuevo, tal como lo exige la ley de los reinos; sólo el conjunto cambia de formas, las partes permanecen íntegras, y de estas partes unidas al gran todo surgen a cada instante nuevos seres. Pero el principio de la vida, el único fruto de la combinación de los elementos, no tiene

ninguna existencia en sí mismo, no sería nada en esta reunión, y se convierte en otro cuando deja de ser, es decir, más o menos perfecto según la nueva obra creada con los restos de la antigua. Ahora bien, como estos seres son perfectamente indiferentes entre sí, no solamente para la naturaleza, sino incluso para las leyes del reino, ¿qué importa el cambio que yo hago en las modificaciones de la materia?, ¿qué importa, como dice Montesquieu, “que de una bola redonda haga una cuadrada”? ¿qué importa que yo haga de un hombre una col, un nabo, una mariposa o un gusano? No hago más que utilizar el derecho que me ha sido dado, y de esta forma puedo trastornar o destruir a todos los seres, sin que se pueda decir que me opongo a las leyes de los reinos y, por consiguiente, a las de la naturaleza. Al contrario, las sirvo a ambas: a las primeras, dando a la Tierra un jugo nutritivo que facilita sus otras producciones, jugo que le es indispensable; a las segundas, actuando de acuerdo con las perpetuas intenciones de destrucción que anuncia la naturaleza, cuyo motivo es estar en condiciones de desarrollar nuevos lanzamientos, facultad esta que se hace nula por el perjuicio que le causan las primeras.

»¿Podrías creer que esta espiga, este gusanillo, esta hierba en la que acaba de metamorfosearse el cuerpo al que he privado de vida pueden tener un valor diferente para las leyes del reino, que, abarcándolos a los tres, no pueden tener predilección por ninguno? ¿Acaso una u otra producción pueden ser más queridas que otras a los ojos de una naturaleza que realiza indiferentemente esos lanzamientos? Sería tanto como decir que de los millones de hojas que componen este antiguo castaño, hay una más favorecida por el tronco que las otras, porque tiene quizá más longitud. “Es nuestro orgullo”, continúa Montesquieu, “lo que nos impide sentir nuestra pequeñez, y lo que hace, a pesar de que esta pequeñez sea real, que queramos ser contados en el universo, figurar en él, ser un objeto importante dentro de él. Imaginamos que la pérdida de un ser tan perfecto degradaría a toda la naturaleza, y no concebimos que un hombre más o un hombre menos en el mundo, que todos los hombres juntos, que cien millones de tierras como la nuestra no son más que átomos sutiles y desatados, indiferentes para la naturaleza”. Por lo tanto, atormentad, aniquilad, destruid, masacrad, quemad, pulverizad, fundad, variad bajo cien mil formas todas las producciones de los tres reinos, y no habréis hecho más que servirlos, que serles útiles. Habréis cumplido sus leyes, habréis cumplido las de la naturaleza, porque nuestra persona está demasiado limitada, es demasiado débil para que pueda cooperar en algo más que en el orden general, y lo que llamáis desorden no es otra cosa que una de las leyes del orden que desconocéis y que falsamente habéis llamado desorden, porque sus efectos, aunque buenos para la naturaleza, os perjudican u os contrarían. ¡Ah!, si esos crímenes no

fuesen necesarios para las leyes generales, ¿estarían inspirados dentro de nosotros como lo están?, ¿sentiríamos en el fondo de nuestros corazones la necesidad de cometerlos y el encanto de haberlos cometido? ¡Ah!, podemos estar seguros de que ella ha sabido poner a resguardo de nuestros golpes lo que realmente podría turbarla y perjudicarla. ¿Cómo nos atrevemos a pensar que la naturaleza pueda haber infundido en nosotros impulsos que la contrarían? Intentemos absorber los rayos del astro que nos ilumina, intentemos cambiar la marcha periódica de los astros..., de los globos que flotan en el espacio: estos son crímenes que verdaderamente la ofenderían; y ya veis cómo sabe alejarlos de nosotros. No nos preocupemos por lo demás; está enteramente a nuestra disposición; todo lo que se encuentra a nuestro alcance nos pertenece; turbémosla, destruyámosla, cambiémosla sin miedo a perjudicarla. Al contrario, convenzámonos de que le somos útiles y que cuanto más multiplican nuestras manos esos tipos de acciones que falsamente llamamos criminales, más servimos su voluntad.

»¿Pero no habrá siquiera una sola diferencia en los tipos de crímenes, y no puede haber asesinatos tan negros que la naturaleza se indigne? ¡Qué estupidez pensar esto un solo momento! Ese ser que os parece sagrado de acuerdo con vuestras fútiles convenciones humanas ¿puede tener más valor a sus ojos? ¿Por qué va a ser máspreciado el cuerpo de vuestro padre, de vuestro hijo, de vuestra madre, de vuestra hermana que el de vuestro esclavo? Estas distinciones no pueden existir para ella; ni siquiera las ve; es imposible que las perciba; y ese cuerpo tanpreciado según vuestras leyes se reproducirá, se metamorfoseará como el de ese ilota al que tanto despreciáis. Dudáis de que le agrade esta atrocidad; persuadíos, sin embargo, de que querría que la utilizaseis más en lo que llamáis vuestras destrucciones, que pudierais destruir los tres reinos para facilitarle nuevos lanzamientos. No podéis hacerlo: ¡pues bien!, dado que esa atrocidad que ella desea no puede recaer sobre lo que querría, dirigidla contra lo que podéis, y la habréis satisfecho al menos en lo que está en vuestra mano. Si no podéis complacerla mediante la atrocidad de una completa destrucción, complacedla al menos con una atrocidad local, y poned en vuestros asesinatos toda la negrura imaginable, a fin de satisfacer con la más completa docilidad las leyes que ella os impone; si no podéis hacer lo que ella quiere, haced al menos todo lo que podáis.

»En este sentido, el infanticidio parece ser la acción que mejor concordaría con sus intenciones, porque rompe la cadena de la procreación, entierra un mayor número de gérmenes. El hijo no rompe nada matando a su padre, corta la cadena por encima; el padre rompe más matando al hijo, corta la cadena por debajo, impide la filiación:

es una rama destruida; no lo es la destrucción del padre realizada por el hijo, porque él permanece y él es el tronco. O esto o las madres jóvenes, sobre todo cuando están embarazadas: estos son los dos asesinatos que mejor cumplen el fin de los reinos, sobre todo el de la naturaleza; estos son a los que debe tender todo hombre que quiera complacer a esta madrastra del género humano[90].

»¡Ah!, ¿no vemos, no nos damos cuenta de que la atrocidad en el crimen complace a la naturaleza, puesto que sólo en función de la atrocidad regula la dosis de las voluptuosidades que nos procura, cuando cometemos un crimen? Cuanto más espantoso es, más gozamos; cuanto más negro, más nos excita. Por lo tanto, a esa inexplicable naturaleza le gusta la negrura..., la atrocidad en la acción que nos indica; quiere que pongamos en dicha acción la que ella utiliza en las plagas con que nos aplasta. Por lo tanto, entreguémonos sin ningún miedo; dejemos de ver algo sagrado en ese objeto; despreciemos las vanas leyes humanas..., las tontas instituciones que nos cautivan: escuchemos tan sólo el órgano sagrado de la naturaleza..., seguros de que siempre contrariará los absurdos principios de la moral humana y de la infame civilización. ¿Acaso creéis que la civilización o la moral han hecho mejor al hombre? Ni lo penséis..., absteneos de suponerlo; tanto la una como la otra han servido sólo para ablandarlo, para hacerle olvidar las leyes de la naturaleza que lo habían hecho libre y cruel. A partir de ese momento, toda la especie comenzó a degradarse, la ferocidad se transformó en engaño, y el mal que el hombre ha cometido se ha hecho más peligroso para sus semejantes. Ya que es preciso cometer ese mal, ya que es necesario, agradable a la naturaleza, dejemos que los hombres lo cometan de la forma en que más les deleite, y prefiramos en él la ferocidad a la traición: una es menos peligrosa que la otra.

»Repitémoslo constantemente: jamás se le ocurrirá a una nación sabia erigir el asesinato en crimen. Para que el asesinato fuese un crimen habría que admitir la posibilidad de la destrucción, y acabamos de ver que es inadmisibile. Una vez más, el asesinato no es sino una variación de forma en la que ni la ley de los reinos ni la de la naturaleza pierden nada[91]; por el contrario, ambas ganan prodigiosamente con el asesinato. Y entonces, ¿por qué castigar a un hombre por el hecho de que haya devuelto un poco antes a los elementos una parte de materia que siempre ha de volver a ellos, y que esos mismos elementos emplean en composiciones diferentes desde el momento en que se les devuelve? ¿Acaso tiene una mosca más valor que un rajá o que un capuchino? Así pues, no hay ningún mal en devolver a los elementos los medios de compensar a mil insectos con algunas onzas de sangre desviadas de sus canales ordinarios, bajo la forma de una especie animal un poco mayor, que se

ha convenido en llamar hombre. No se tiene idea de hasta qué punto el absurdo impone su fuerza sobre las cadenas de la civilización.

»En resumidas cuentas, los asesinatos están en la naturaleza, igual que la guerra, la peste y el hambre; son uno de los medios de la naturaleza, como todas las plagas con que nos asola. De esta forma, cuando alguien se atreve a decir que un asesino ofende a la naturaleza, dice un absurdo tan grande como si dijese que la peste, la guerra o el hambre irritan a la naturaleza o cometen crímenes; es absolutamente lo mismo. Sin embargo, nosotros no podemos atormentar en la rueda ni quemar a la peste o al hambre, pero sí podemos hacer tanto lo uno como lo otro con el hombre: he aquí un gran error. Casi siempre veréis las faltas medidas no por la magnitud de la ofensa, sino por la debilidad del agresor; de ahí que las riquezas y la influencia siempre tengan razón sobre la indignancia.

»Respecto a la crueldad que conduce al asesinato, atrevámonos a decir con certeza que es uno de los sentimientos más naturales en el hombre; es una de las más dulces inclinaciones, una de las más vivas que haya recibido de la naturaleza; en una palabra, está en él el deseo de ejercer sus fuerzas. La pone en todas sus acciones, en todos sus propósitos, en todas sus actuaciones; algunas veces la disimula la educación, pero no tarda en volver a aparecer. Entonces se anuncia bajo todo tipo de formas. El excesivo cosquilleo que hace sentir ante la idea del crimen que aconseja, o bien ante su ejecución, nos prueba de forma irrefutable que hemos nacido para servir de instrumentos ciegos a las leyes de los reinos, así como a las de la naturaleza, y que en cuanto nos prestamos como tales, la voluptuosidad nos acaricia al instante.

»¡Ah!, ¡recompensad a ese asesino, utilizadlo en lugar de castigarlo! Pensad que no hay crimen, por muy insignificante que sea en sí mismo, que no requiera energía y fuerza, valor y filosofía. Hay mil casos en que un gobierno clarividente no debería servirse más que de asesinos... Juliette, el que sabe apagar los gritos de su conciencia hasta el punto de hacer un juego de la vida de los otros ya es capaz, desde ese preciso momento, de alcanzar los mayores logros. El mundo está lleno de gente que se vuelve criminal por su cuenta, porque el gobierno no sabe lo que valen y no los aprovecha; esto tiene como resultado que haya desgraciados ejecutados en la rueda por el mismo oficio que a otros habría cubierto de gloria y de honores. Los Alejandro, Saxo, Turenne quizás hubiesen llegado a ser salteadores de caminos si su cuna y el azar no les hubiesen preparado laureles en la carrera de la gloria; y seguramente los Cartouche, Mandrino, Desruo se hubiesen convertido en grandes hombres si hubiesen sido utilizados convenientemente por el gobierno.

»¡Oh!, ¡terrible colmo de injusticia! Hay animales que no viven

más que de asesinatos, tales como el lobo, el león, el tigre; esos animales no se alejan de ninguna ley viviendo así: ¿y habrá alguien que se atreva a sostener que si en la Tierra hay otros animales que, para satisfacer una pasión diferente a la del hambre, se entregan a excesos iguales, esos animales cometen crímenes? ¡Qué absurdo!

»Con frecuencia nos quejamos de la existencia de tal o cual animal cuya forma o aspecto nos parece horrible, o que nos hace sentir incómodos, y para consolarnos nos objetamos, con tanta razón como sabiduría: este animal es espantoso, nos perjudica, pero es útil; la naturaleza no ha creado nada en vano; sin duda absorbe el aire que nos sería perjudicial, o bien devora otros insectos que serían todavía más peligrosos... Por lo tanto, tengamos esta misma filosofía en todos los casos, y no veamos en el asesino más que una mano conducida por leyes irresistibles, y que con los crímenes que realiza, del tipo que se quiera suponer, cumple ciertas intenciones que no conocemos, o previene algún accidente quizá mil veces más molesto que el que ocasiona.

»¡Sofismas!, ¡sofismas!, exclaman los estúpidos llegados a este punto; es verdad que el asesinato ofende a la naturaleza, que el que acaba de cometerlo se estremece a pesar suyo... ¡Imbéciles!, el asesino no se estremece porque la acción sea mala, puesto que, ciertamente, no lo hace en los países donde el asesinato está recompensado... ¿Se estremece el guerrero por el enemigo que acaba de inmolar? La causa del trastorno que entonces sentimos reside sólo en la prohibición de la acción; no hay hombre que no se haya dado cuenta de que una acción muy sencilla que las circunstancias obligan a prohibir imprime el mismo terror a aquel que se ha hecho culpable de ella. Que se escriba encima de una puerta que está prohibido franquearla: quienquiera que sea el que lo intente no lo hará sin una especie de estremecimiento, aunque, de hecho, esta acción no sea mala. Por lo tanto, sólo de la prohibición nace el terror que se siente, y de ninguna manera de la acción en sí misma, que, como se ve, puede inspirar este mismo temor aunque no tenga nada de criminal. Esta pusilanimidad que acompaña al asesino, ese pequeño momento de terror se debe infinitamente más al prejuicio que al tipo de acción. Que durante un mes cambie la suerte, que la espada de Temis caiga sobre lo que llamáis virtud y que las leyes recompensen el crimen: enseguida veréis temblar al virtuoso y permanecer tranquilo al malvado, al entregarse uno y otro a sus acciones favoritas. La naturaleza no tiene voz; la que suena dentro de nosotros no es más que la del prejuicio, que podemos eliminar para siempre con un poco de fuerza de voluntad. Sin embargo, hay un órgano sagrado que retumba dentro de nosotros, antes que la voz del error o de la educación; pero esta voz, que nos somete al yugo de los elementos, sólo nos fuerza a lo que favorece la armonía de esos

elementos y la de sus combinaciones, modificadas en las formas de que se sirven esos mismos elementos para componernos. Pero esa voz es muy débil, no nos inspira ni el conocimiento de un Dios, ni el de los deberes de sangre o sociedad, porque todas esas cosas son quiméricas. Esa voz tampoco nos dicta que no hagamos a los otros lo que no queramos que nos hagan a nosotros: si queremos escucharla encontraremos justamente lo contrario.

»Recuerda, nos dice la naturaleza en lugar de eso, sí, recuerda que todo lo que no quieras que te hagan es precisamente lo que tienes que hacer para ser feliz, una vez que hay lesiones fuertes del prójimo de las que debes sacar provecho; porque en mis leyes está que os destruyáis todos mutuamente; y la forma de lograrlo es lesionando al prójimo. Por eso he puesto en ti la más viva inclinación al crimen; por eso mi intención es que te hagas feliz a ti mismo, no importa a costa de quién. Que tu padre, tu madre, tu hijo, tu hija, tu nieta, tu mujer, tu hermana, tu amigo no te sean más queridos ni más preciosos que el último de los gusanos que se arrastran por la superficie del globo; porque no he creado yo esos lazos, sólo son obra de tu debilidad, de tu educación y de tus prejuicios; no me interesan para nada; puedes romperlos, destruirlos, aborrecerlos, reformarlos, todo eso me da igual. Te he lanzado como he lanzado al buey, al asno, la col, la pulga, la alcachofa; a todo esto le he dado facultades más o menos amplias; úsalas; una vez fuera de mi seno, ya no me afecta lo que puedas hacer. Si te conservas y multiplicas, tanto mejor para ti; si te destruyes o destruyes a los otros si puedes incluso, utilizando facultades relativas al tipo de seres, destruir..., absorber el dominio absoluto de los tres reinos, harás algo que me complacerá infinitamente; porque utilizaré a mi vez el más dulce efecto de mi poder, el de crear, renovar los seres..., a los que perjudicas con tu maldita procreación. Deja de engendrar, destruye absolutamente todo lo que existe, no alterarás en nada mi marcha. Que destruyas o crees, todo es más o menos lo mismo para mí, yo me sirvo de ambos procedimientos, nada se pierde en mi seno: la hoja que cae del arbusto me sirve tanto como los cedros que cubren el Líbano, y el gusano que nace de la podredumbre no tiene un precio menor o más considerable a mis ojos que el más poderoso monarca de la Tierra. Entonces, forma o destruye a tu antojo: el sol saldrá igualmente; todos los globos que suspendo, que dirijo en el espacio, seguirán teniendo el mismo curso; y si lo destruyes todo, como esos tres reinos arrasados por tu maldad son el resultado necesario de mis combinaciones, yo no formo nada ya, porque esos reinos están creados con la facultad de reproducirse mutuamente, y al ser trastornados por tu mano traidora, yo los reformo, los relanzo sobre la superficie del globo. De esta forma, el mayor, el más multiplicado de tus crímenes, el más atroz, no me dará

sino placer.

»Estas son, Juliette, las verdaderas leyes de la naturaleza; las únicas que haya dictado alguna vez, las únicas que le son preciosas y sagradas, las únicas que jamás debemos infringir. Si el hombre se ha construido otras, deploremos su estupidez, pero no nos encadenemos a ellas; temamos ser la víctima de sus leyes absurdas, pero sigamos infringiéndolas; y, libres de todos los prejuicios, en cuanto podamos hacerlo impunemente, venguémonos de la odiosa coacción de sus leyes con los ultrajes más señalados. Lamentémonos de no poder realizar los suficientes, lamentémonos de la debilidad de las facultades que hemos recibido en el reparto, cuyas ridículas limitaciones traban hasta tal punto nuestras inclinaciones. Y lejos de agradecer a esa naturaleza inconsecuente la poca libertad que nos da para cumplir las inclinaciones inspiradas por su voz, blasfemémosla desde el fondo de nuestro corazón por habernos hecho tan estrecho el camino que cumple sus intenciones; ultrajémosla, destruyámosla por habernos dado tan pocas ocasiones de cometer crímenes, pero tan violentos deseos de perpetrarlos en todo momento.

»¡Oh, tú!, debemos decirle, tú, fuerza ciega e imbécil cuyo resultado involuntario soy yo, tú, que me has echado sobre este globo con el deseo de que te ofendiese y que, sin embargo, no puedes proporcionarme los medios, inspira entonces a mi alma encendida algunos crímenes que te sirvan mejor que los que dejas a mi disposición. Deseo cumplir tus leyes, puesto que exigen fechorías y puesto que tengo la más ardiente sed de fechorías: pero ofrécelos diferentes de los que tu debilidad me presenta. Cuando haya exterminado de la Tierra a todas las criaturas que la cubren, estaré muy lejos de mi fin porque te habré servido..., ¡madrastra!..., ¡y porque no aspiro más que a vengarme de tu estupidez o de la maldad que haces sentir a los hombres, al no ofrecerles jamás los medios de entregarse a las más espantosas inclinaciones que tú les inspiras!

»Ahora, Juliette —prosiguió el pontífice—, voy a daros algunos ejemplos pensados para probaros que en todo tiempo al hombre le encantó destruir, y a la naturaleza permitirsele.

»En Cabo-di-Monte, si una mujer pare dos hijos a la vez, su marido destruye a uno al instante.

»Se conoce el trato que dispensan a sus hijos los árabes y los chinos: apenas conservan la mitad; matan, queman o ahogan al resto, principalmente a las niñas. En Formosa, la procreación tiene el mismo grado de horror.

»Los mexicanos no emprendían jamás una expedición militar sin haber sacrificado antes a niños de uno u otro sexo.

»A las japonesas les está permitido abortar cuando quieran; nadie les pide cuentas de un fruto que ellas no han querido llevar[92].

»El rey de Calicut tiene en su palacio un sofá de resortes bajo el cual enciende un gran fuego; en ciertos días de fiesta se fija un niño a ese fuego hasta que se consume.

»Entre los romanos jamás se castigó el asesinato con la muerte; y a este respecto, los emperadores siguieron durante mucho tiempo la ley de Sila, que sólo lo condenaba a una multa.

»En Mindanao ese mismo crimen es honrado; el que lo comete puede estar seguro, después de su expedición, de ser elevado al rango de los bravos, con el derecho de llevar un lazo rojo.

»Entre los caraguos no se obtiene el mismo honor más que por la cantidad de asesinatos; debe haberse matado a siete hombres para ser honrado con el turbante rojo.

»En las riberas del río Orinoco, las madres hacen perecer a sus hijas en cuanto ven el día.

»En el reino de Zopit y en la Trapobana, los padres degüellan ellos mismos a sus hijos, de cualquier sexo que sean, en cuanto el rostro de estos niños no les gusta, o cuando creen que tienen demasiados.

»En Madagascar todos los niños nacidos los martes, jueves y viernes son abandonados a las bestias feroces por los propios autores de sus días.

»Hasta la traición del Imperio romano, los padres hacían morir a aquellos de sus hijos que les disgustaban, sin importar la edad que tuviesen.

»Por varios versículos del Pentateuco se ve que los padres tenían derecho de vida y muerte sobre sus hijos.

»Por una ley de los partos y de los armenios, un padre mataba a su hijo o a su hija incluso en la edad núbil.

»César encontró esta misma costumbre establecida entre los galos.

»El zar Pedro dirige a sus pueblos una declaración pública en la que se afirma que, por todas las leyes divinas y humanas, un padre tenía derecho de vida y muerte sobre sus hijos, sin apelación y sin pedir opinión. A continuación da ejemplo del derecho que autorizaba.

»El jefe de los galos debe distinguirse, en cuanto es elegido, por una incursión en Abisinia; la multiplicidad de sus crímenes es lo que le hace digno de su puesto. Tiene que hacer pillaje, violar, matar, masacrar, incendiar; y cuantas más execraciones ha cometido, más honrado es.

»Los egipcios sacrificaban todos los años a una joven en el Nilo. Cuando el humanismo se apoderó de sus corazones y quisieron interrumpir esta costumbre, cesaron las fértiles inundaciones de este río y Egipto creyó perecer de hambre. Al constituir un espectáculo, los sacrificios humanos no deberían prohibirse jamás en una nación guerrera. Roma triunfó sobre el orbe tanto tiempo como tuvo

espectáculos crueles: cayó en la servidumbre y la esclavitud en cuanto la estupidez de la moral cristiana le convenció de que era peor ver matar hombres que animales. Pero los partidarios de Cristo no razonaban así por humanidad, sino por su excesivo temor de que, si la idolatría recuperaba su poder, se les sacrificase a las diversiones de sus adversarios. Por eso los zorros predicaban la caridad, por eso establecían ese ridículo hilo de la fraternidad, cuya nulidad, lo sé, Juliette, ya os han demostrado. Esta reflexión explica toda esa hermosa moral que los mismos enemigos de la estúpida religión han respetado, por ser lo suficientemente tímidos o lo suficientemente locos. Prosigamos.

»Casi todos los salvajes de América matan a sus ancianos en cuanto los ven enfermos; es una obra de caridad por parte del hijo; el padre lo maldice si no lo mata cuando es impotente.

»En el mar del Sur existe una isla donde se mata a las mujeres apenas han superado la edad de engendrar, como criaturas que desde ese momento son inútiles para el mundo; en realidad, ¿de qué pueden servir ya?

»Los pueblos de los Estados berberiscos no tienen ninguna ley contra el asesinato de sus mujeres o de sus esclavos; son plena y auténticamente sus amos.

»En ningún serrallo de Asia está prohibido matar a las mujeres; el que ha matado a las suyas es libre para comprar otras.

»En la isla de Borneo existe la creencia de que todos aquellos a los que ha matado un hombre le servirán de esclavos en el otro mundo, de tal forma que cuanto mejor servido quiere ser un hombre después de su muerte, más mata durante su vida.

»Cuando los tártaros de Karascán ven a un extranjero que tiene inteligencia, valor y belleza, lo matan para apropiarse de sus cualidades y derramarlas sobre su nación.

»En el reino de Tangut, ciertos días del año un joven fuerte sale puñal en mano y mata impunemente todo lo que encuentra; aquellos que mueren por su mano están seguros, o eso se piensa, de la mayor felicidad en la otra vida.

»En Kachao hay asesinos a sueldo de los que se sirven cuando es necesario: aquel que quiere matar a alguien alquila a uno de estos mercenarios y se le paga una vez cometida la acción.

»Esto me recuerda la historia de El Viejo de la Montaña. Este príncipe, dueño de la vida de los demás soberanos, no tenía más que enviar uno de sus acólitos a casa del soberano que bien le pareciese para que ese príncipe fuese inmolado al momento.

»En Italia se encuentran asesinos a sueldo de los que es posible servirse en caso de necesidad; deberían ser tolerados en un gobierno inteligente. ¿Por qué tiene que corresponder solamente al gobierno el

derecho de disponer de la vida de los hombres?

»En Ledur, Zelanda, se inmolaba en otro tiempo a noventa y nueve hombres por año a los dioses del país.

»Cuando los cartagineses vieron al enemigo ante sus puertas, inmolaron a doscientos niños de la nobleza más alta; una de sus leyes ordenaba no ofrecer a Saturno más que niños de esa casta. Se imponía una multa a las madres que dejaban escapar el menor gesto de tristeza; se inmolaba a los niños ante sus ojos. ¡Aquí tenemos la sensibilidad considerada como un crimen!

»Un rey del Norte, cuyo nombre no recuerdo, inmoló a nueve de sus hijos con la sola intención, decía, de prolongar sus días a costa de los de aquellos. Los prejuicios son perdonables cuando producen placeres.

»Shun-Chi, padre de uno de los últimos emperadores de China, hizo apuñalar a treinta hombres sobre la fosa de su amante para apaciguar a sus manes.

»Cook descubrió en uno de sus últimos viajes a Otaïtí sacrificios humanos que no habían visto los que le habían precedido en esta isla.

»Herodes, rey de los judíos, en el momento de exhalar su último suspiro, hizo reunir a toda la nobleza de Judea en el hipódromo de Jericó, después ordenó a su hermana Salomé que hiciese perecer a todos en el momento en que cerrase los ojos, para que su duelo fuese universal y los judíos, al llorar a sus amigos y parientes, se vieses obligados a regar sus cenizas con lágrimas. ¡Qué fuerza debe tener una pasión cuyos efectos se prolongan más allá de la tumba! Sin embargo, esta orden no fue ejecutada.

»Mahomet II cortó con su mano la cabeza de su amante Irene, para demostrar a sus soldados que el amor no era capaz de ablandar su corazón; sin embargo, acababa de pasar la noche con ella y de calmar sus deseos[93]. El mismo Mahomet II, sospechando que uno de los jóvenes destinado a sus placeres se había comido fraudulentamente un pepino en sus jardines, hizo abrir el vientre a todos aquellos que se hallaban en su serrallo hasta que fuese descubierto el fruto en las entrañas de uno de ellos... Tras haber encontrado algunos defectos en una decapitación de san Juan Bautista, hizo cortar delante de él el cuello de un esclavo, y demostró al artista Bellini, veneciano, autor del cuadro que criticaba, que la naturaleza no había sido bien captada. “¡Mira!”, le dice, “¡así es como debe cortarse una cabeza!”. También este mismo gran hombre fue el que, filosóficamente convencido de que la vida de los individuos no está hecha más que para servir la pasión de los soberanos, hizo echar cien mil esclavos desnudos a las fosas de Constantinopla, para emplearlos como fajinadas cuando se realizase el asedio de esta capital.

»Abdalkar, general del rey de Visapur, tenía un serrallo de mil

doscientas mujeres; recibe órdenes de ponerse a la cabeza de sus tropas; teme que su ausencia se convierta en un pretexto para la infidelidad de sus amantes: las hace degollar a todas ante él la víspera de su partida.

»Las proscripciones de Mario y Sila son obras maestras de la crueldad; Sila, verdugo de la mitad de Roma, muere tranquilamente en su hogar. Después de tales ejemplos, ¡que se sostenga que un Dios vela por nosotros y que debe castigar los crímenes!

»Nerón hizo degollar a diez o doce mil almas en el circo porque se habían burlado de uno de sus cocheros. Fue durante su reinado cuando se hundió el anfiteatro de Prenesta, cuya caída hizo perecer a veinte mil almas: ¿quién duda de que fue él el causante de este accidente, y que lo había organizado todo para divertirse?

»Cómico hizo arrojar a las bestias romanas a los que habían leído la vida de Calígula... En sus correrías nocturnas se complacía en mutilar a los transeúntes; reunía a quince o veinte desgraciados, los hacía atar ante él y, armado con una maza, los exterminaba para divertirse.

»Los ochenta mil romanos que hizo degollar Mitrídates en sus Estados, las Vísperas sicilianas, la noche de San Bartolomé, las Dragonadas, los dieciocho mil flamencos decapitados por el duque de Alba para imponer en los Países Bajos una religión que aborrece la sangre: esos son modelos de asesinatos que prueban que las pasiones jamás deben tener en cuenta la vida de los hombres.

»Constantino, ese emperador tan severo, tan querido por los cristianos, asesinó a su cuñado, a sus sobrinos, a su mujer y a su hijo.

»Los floridianos desgarraban a sus prisioneros; pero algunas veces ponían en ello un refinamiento especial: les metían en el ano una flecha hasta los hombros.

»Nada iguala la crueldad de los indios hacia los suyos; es preciso que todos tengan el placer de golpearlos y asesinarlos; los obligan a cantar mientras tanto. Increíble refinamiento de crueldad, que ni siquiera permite las lágrimas a las víctimas.

»Los salvajes actúan de la misma forma con los suyos. Se les arranca las uñas, los senos, los dedos; se les quita láminas de carne; se les pincha con leznas en las partes de la generación, y en general son las mujeres las que se encargan de estos suplicios. Ellas los azotan, los desgarran; en una palabra, no hay nada que no invente la ferocidad, y se regocijan cuando lanzan los últimos suspiros.

»¿Acaso no nos ofrece el mismo niño ejemplos de esa ferocidad que nos asombra? Nos prueba que está en la naturaleza: ¡le vemos estrangular cruelmente a un pájaro y divertirse con las convulsiones del pobre animal!

»Los zelandeses, y muchos otros pueblos, se comen a sus

enemigos; algunos los echan a los perros; y se vengán en las mujeres embarazadas: les abren el vientre, les arrancan el hijo y lo aplastan sobre la cabeza de la madre.

»Los hérulos y los germanos sacrificaban a todos sus prisioneros; los escitas se contentan con inmolár a la décima parte. ¿Durante cuánto tiempo han degollado los franceses a los suyos? En la batalla de Azincourt, día fatal para Francia, Enrique V los inmoló a todos.

»Cuando Gengis Kan se apoderó de China, hizo degollar a dos millones de niños ante él.

»Echad una mirada a la vida de los doce Césares en Suetonio: os ofrecerá mil atrocidades de este género.

»En Malabar, los pulias constituyen una casta tan despreciada que está permitido matarlos. Cuando se quieren probar las armas, se tira sobre el primero que se encuentra, sin distinción de edad ni de sexo.

»En Rusia, Dinamarca y Polonia, los nobles pueden matar a un siervo poniendo un escudo sobre él; sea como fuere, la vida de un hombre jamás puede ser estimada más que al precio del dinero, porque el dinero puede reparar y la sangre no repara nada. Si la ley del talión es odiosa, en este caso lo es todavía más; porque el asesino tiene algunas veces un motivo para cometer su asesinato, y vosotros, imbéciles hijos de Temis, no tenéis ninguno para el vuestro. Pero que me respondan, si pueden, a la objeción siguiente:

»Según vosotros, ¿qué es lo que constituye un crimen en el asesinato? ¿No se trata de la acción de quitar la vida a un semejante? Al obrar así, damos constancia del crimen sin considerar lo que puede ser el hombre privado de vida; pero si ese hombre está cubierto de crímenes, no hago al matarlo más mal que las leyes, y si yo hago mal, las leyes también lo hacen: ¿en qué es preferible creer, en la inocencia del que mata al criminal o en la infamia de la ley que mata al criminal?

»¿En cuántos países y durante cuántos siglos se inmolaron esclavos sobre la tumba de los amos? En nuestra opinión, ¿creen esos pueblos en el crimen del asesinato?

»¿Quién podría enumerar los indios que inmolaron los españoles en su conquista del Nuevo Mundo? Sólo transportando sus equipajes perecieron doscientos mil en un solo año.

»Octavio hizo degollar a trescientas personas en Perusa, únicamente para celebrar el aniversario de la muerte de César.

»Un pirata de Calicut encontró un bergantín portugués mientras bordeaba la costa; lo agarra, encuentra a la tripulación dormida y ordena degollarla a toda porque se atrevían a dormir mientras estaban de travesía.

»Falaris hacía encerrar a sus víctimas en un toro de bronce hecho de tal forma que repercutían de una manera horrible los gritos de los

desgraciados allí encerrados. ¡Qué increíble refinamiento de crueldad!, ¡y cuánta imaginación supone en el tirano que lo inventó!

»Los francos tenían derecho de vida y muerte sobre sus mujeres, y lo usaban con frecuencia.

»El rey de Ava descubre un pequeño motín entre algunos de los individuos que se negaban a pagar los impuestos; hace prender a cuatro mil y los hace perecer a todos en el mismo fuego. Jamás hubo revoluciones en los Estados de este príncipe.

»Eulins de Romans toma conocimiento de que la ciudad de Padua se ha rebelado contra él; encadena a once mil habitantes de esta ciudad y los hace perecer a todos ante él con los suplicios más variados y crueles.

»Una de las mujeres del rey de Aquem da un grito soñando y despierta a todas las otras; el monarca pregunta la razón de este ruido; nadie sabe qué decirle; tortura a sus tres mil mujeres, imponiéndoles terribles suplicios ante sus ojos; no se descubre nada; hace que les corten a todas los pies y las manos y que las echen al agua[94]. Es fácil ver el motivo de esta crueldad: sin duda debió de encender llamas muy vivas de lubricidad en el alma de aquel que se entregaba a ella[95].

»En una palabra, el asesinato es una pasión, como el juego, el vino, los hombres, las mujeres; es imposible corregirlo una vez que se ha acostumbrado uno a él. Nada excita como él, nada ofrece tanta voluptuosidad; es imposible que nos harte; los obstáculos estimulan su gusto, y en nuestros corazones este gusto llega hasta el fanatismo. Juliette, vos habéis sentido la delicia que ofrece en las orgías y cómo las hace más excitantes y deliciosas. Su fuerza actúa a la vez sobre la moral y lo físico; inflama todos los sentidos, los embriaga, los aturde. Su conmoción sobre la masa de los nervios es de una violencia más fuerte que la de las otras voluptuosidades; siempre gusta con furor, sólo es posible entregarse a él con arrebató. El complot cosquillea, la ejecución electriza, el recuerdo enciende; se desearía multiplicarlos incesantemente, renovarlos a cada momento. Cuanto más próxima está a nosotros una criatura o más nos interesa, cuanto más nos afecta directamente y más sagrados son sus lazos con nosotros, más nos deleita la inmolación de la víctima. Los refinamientos se mezclan con esto, como en todos los demás placeres; los desvaríos ya no tienen límites, la atrocidad se lleva hasta el final, porque el sentimiento que la produce se desprende según el aumento o la negrura del suplicio; todo lo que entonces se inventa está siempre por debajo de lo que se desea. El alma tan sólo despierta con la duración o la infamia del suplicio, y se desearía que la misma vida pudiese reproducirse mil y mil veces para tener el placer de arrancarlas todas.

»Cada asesinato refina el asesinato; no es suficiente matar, hay

que matar de una forma horrible; y, casi siempre sin que nos demos cuenta, es el sentimiento de lubricidad el que dirige estos asuntos. Echemos una rápida ojeada a esos inventos a la vez voluptuosos y bárbaros. Sé que la descripción no os disgustará: todo lo que en la naturaleza es violento tiene siempre algo de interesante y sublime.

»Los irlandeses aplastaban a sus víctimas... Los noruegos les abrían el cráneo... Los galos les destrozaban los riñones... Los celtas les metían un sable en el esternón... Los cimbrios les abrían el vientre o los echaban a hornos ardientes.

»Los emperadores romanos hacían azotar delante de ellos a las jóvenes vírgenes cristianas; les hacían atezar las tetas y las nalgas con hierros candentes; después se vertía aceite y pez hirviendo en sus llagas y se les inyectaba en todos los conductos de la naturaleza. Los mismos emperadores servían con frecuencia de verdugos, y entonces los suplicios eran mucho más crueles; raramente Nerón cedía a otro el placer de inmolar él mismo a una de estas desgraciadas.

»Los sirios lanzaban a su víctima desde lo alto de una montaña. Los marseleses la acogotaban, y siempre elegían preferentemente a un pobre: otra inclinación que siempre inspira la naturaleza.

»Los negros del río Calabar cogen niños y los entregan vivos a pájaros de presa que les devoran las carnes. Este espectáculo divierte prodigiosamente a los salvajes.

»En México se sujetaba al paciente; el sumo sacerdote lo abría por la mitad y le arrancaba el corazón, con el cual embadurnaba al ídolo; algunas veces se arrastraba al paciente por una piedra cortante, hasta que estuviese desgarrado y se viesan salir las entrañas.

»Entre esa inmensa multitud de pueblos que cubren nuestro globo, apenas se encuentra uno solo que haya dado la menor importancia a la vida de los hombres, porque en realidad no hay nada menos importante.

»Los americanos meten en el canal urinario un pequeño bastón erizado de espinas y le dan vueltas, lo que causa dolores espantosos.

»Los iroqueses atan la extremidad de los nervios de sus víctimas a bastones y después giran esos bastones, de forma que los enrollan a los nervios como si estos fuesen cuerdas; los cuerpos se dislocan y pliegan de una manera extravagante, y su observación debe de ser muy excitante...

—No lo dudéis —dice en este punto Juliette, y le cita al Santo Padre la circunstancia de su vida en que había tenido ocasión de asistir a este suplicio—; no hay nada tan excitante como el espectáculo de esta tortura; podríais bañaros, amigo mío, en el semen que me ha hecho soltar.

—Entre los filipinos —prosiguió el Papa—, una mujer culpable es atada desnuda a un poste con el rostro vuelto al sol; se la deja expirar

así.

»En Juida se destripa, se arrancan las entrañas, se llena el cuerpo de sal y este se cuelga de un pie en medio de la plaza pública.

»Los coyas agujerean la espalda a jabalinazos; a continuación se corta el cuerpo en cuatro y se obliga a la mujer del muerto a que se lo coma.

»Cuando los tonkineses van todos los años a recoger la areca, envenenan una nuez y la hacen comer a un niño para que la recolección sea buena por la inmolación de esta víctima: y este es un asesinato elevado a acto religioso.

»Los hurones suspenden un cadáver encima del paciente, de forma que pueda recibir sobre su rostro todas las inmundicias que se desprenden del cuerpo muerto, y se atormenta al desgraciado hasta que expira.

»Los cosacos de Uskiens atan al paciente a la cola de un caballo, al que hacen galopar por caminos escarpados; este fue también, como sabéis, el suplicio de la reina Brunehaut.

»Los antiguos rusos los empalaban por los costados y los colgaban de los lados. Los turcos hacen la misma ceremonia por el ano.

»El viajero Gmelin vio en Siberia a una mujer enterrada viva hasta el cuello, a la que llevaban comida; vivió así trece días.

»Las vestales eran encerradas en pequeños nichos estrechos donde había una mesa sobre la que se colocaba una lámpara, un pan y una botella de aceite. Se acaba de encontrar recientemente en Roma un subterráneo que comunicaba el palacio de los emperadores con el campo bajo en el que estaban construidas estas cuevas de vestales[96]. Lo que prueba verdaderamente que o bien los emperadores iban a gozar de esos suplicios, o bien hacían pasar a sus palacios a las vestales condenadas, para divertirse con ellas y hacerlas morir delante de ellos de acuerdo con sus gustos y pasiones.

»En Marruecos y en Suiza, se sierra al culpable entre dos planchas. Hipomeno, rey de África, hizo que su hijo y su hija fuesen devorados por caballos a los que les había privado de comida durante mucho tiempo; esto sin pensar en la sublimidad de los vínculos; sin duda, de ahí recibió el nombre de Hipomeno.

»Los galos encarcelaban cinco años a sus víctimas, después las empalaban y las quemaban, todo ello en honor de la Divinidad, porque siempre es preciso que esa hermosa máquina cargue con todas las iniquidades del hombre.

»Los germanos los ahogaban en un cenagal. Los egipcios insertaban en todas las partes del cuerpo cañas afiladas con una longitud de un dedo, y a continuación les prendían fuego.

»Los persas, el más ingenioso de los pueblos para inventar suplicios, encerraban al paciente entre dos barquichuelas de forma

que sus pies, sus manos y su cabeza pasasen por sendas aberturas; en esta postura se le obligaba a comer y a beber, y le pinchaban los ojos con puntas de acero; algunas veces le frotaban el rostro con miel para que las avispas se pegasen a él; de esta manera los gusanos lo devoraban en vida. ¿Quién lo creería?, con frecuencia vivían dieciocho días en esa espantosa situación. ¡Qué sublimidad de refinamientos! Esto es arte: consiste en hacer morir durante el mayor tiempo posible, un poco todos los días. Con frecuencia lo aplastaban entre dos piedras, o lo despellejaban vivo y frotaban con espinas verdes el cuerpo así despojado, lo que hacía sentir dolores inauditos. El suplicio de moda que infligen hoy en los serrillos, cuando las mujeres han cometido alguna falta, es sajar en varios sentidos todas las carnes y, acto seguido, destilar plomo fundido en las heridas, empalar por la matriz o acribillar a la paciente con mechas de azufre que se encienden y que a continuación toman su alimento de la misma grasa de la víctima.

Y Juliette le aseguró al Santo Padre que también conocía esa tortura.

—Daniel —prosiguió el Papa— nos cuenta que los babilonios echaban a las víctimas a un horno ardiente.

»Los macedonios las crucificaban boca abajo.

»Los atenienses hacían tragar venenos, las ahogaban en un baño después de haberles abierto las venas.

»Los romanos los ataban algunas veces a un árbol por las partes viriles; el suplicio de la rueda nos viene de ellos. Con frecuencia descuartizaban entre cuatro árboles curvados que se soltaban a la vez. Metius Suffetius fue descuartizado entre cuatro carros. Bajo el Imperio se azotaba hasta la muerte; se envolvía a la víctima en un saco de cuero con serpientes y se echaba el saco al Tíber; otras veces se la ponía sobre una rueda, esta se hacía girar violentamente durante mucho tiempo en un mismo sentido y después, de golpe, en otro, lo que desgarraba las entrañas y a menudo hacía vomitar con espantosos esfuerzos.

»El inquisidor Torquemada hacía atezar a los pacientes delante de él en las partes más carnosas del cuerpo; también los hacía poner sobre una estaca dispuesta de tal forma que no se les apoyaba más que sobre el esternón: terrible postura de la que resultan convulsiones tan singulares que se muere con una risa espasmódica muy extraordinaria de observar[97].

»Apuleyo habla del tormento de una mujer cuyos detalles son muy agradables. La cosieron al vientre de un asno al que se le habían arrancado las entrañas; se la expuso así a las bestias feroces.

»El tirano Majencio hacía pudrir a un hombre vivo sobre el cadáver de un muerto.

»Hay países donde se ata al paciente cerca de un gran fuego; se le abre el vientre con leznas para que la llama se insinúe en sus entrañas y lo consuma gradualmente.

»En los tiempos de las Dragonadas se prendía a las muchachas que no querían convertirse y, para hacer que amasen la misa, se las llenaba de pólvora con un embudo metido por el ano y la matriz. A continuación se las hacía saltar como una bomba. ¡Es inaudito cómo eso hacía que cogiesen gusto a la hostia y a la confesión auricular! ¿Cómo no amar a un Dios en cuyo nombre se hacen cosas tan hermosas?

»Volviendo a los suplicios antiguos, vemos a santa Catalina atada a un cilindro con puntas rodar así desde lo alto de una montaña. Juliette, convendréis conmigo en que es una forma muy dulce de llegar al cielo.

»Vemos a otros mártires de esta misma religión, cuyo apóstol soy yo más por interés que por gusto, con agujas metidas bajo las uñas, revolcándose totalmente desnudos sobre cristales, asados en parrillas, colgados por la cabeza en una fosa donde había una serpiente y un perro a los que no se daba ningún alimento, mutilados poco a poco, y, en fin, sufriendo mil horrores más cuyos detalles podéis imaginar[98].

»Pasemos a continuación a las costumbres extranjeras. Vemos que en China el verdugo responde con su vida de la del paciente, si este la pierde antes del tiempo fijado, que es extraordinariamente largo, algunas veces incluso de nueve días, y durante ese tiempo se varían los suplicios con un gran arte.

»Los ingleses cortaban en trozos y dejaban que estos hirviesen en el fondo de una marmita. En las colonias, trituraban a los negros lentamente en los tambores de los molinos de azúcar, que es un suplicio tan largo como espantoso.

»En Ceilán condenan a la víctima a comer su propia carne o la de sus hijos.

»Los habitantes de Malabar las despedazan a sablazos o las entregan a los tigres para que las devoren.

»En Siam las destruyen con toros. El rey de ese país hace morir a los rebeldes alimentándolos con su propia carne, de la que corta lonchas de vez en cuando. Algunas veces sierran el cuerpo de la víctima, lo pinchan con instrumentos muy agudos para obligarlo a contener el aliento: a continuación se corta bruscamente el cuerpo en dos, se pone la parte superior sobre una plancha ardiente de cobre, lo que detiene la hemorragia, prolongando así la vida del paciente en la mitad de su cuerpo.

»En Cochinchina se le ata desnudo a un poste y se le hace morir lentamente arrancando cada día un trozo de carne.

»Los coreanos inflan el cuerpo del paciente con vinagre y cuando

está inflado lo matan a bastonazos. El rey de este país hizo encerrar a su hermana en una jaula de cobre sobre la cual había un fuego perpetuo, y se divertía viéndola danzar allí.

»En otros lugares, se ata a la víctima a un banquillo de cuatro dedos de ancho; se le pone otro banco en las corvas y, en esta postura, se le dan bastonazos sobre los huesos de las piernas, algunas veces en las nalgas; esta última forma está en uso principalmente en Turquía y en los Estados berberiscos.

»Lo que se llama el “paulo” en China es una columna de cobre de veinte codos de larga por ocho de diámetro; esta columna está hueca; se la pone al rojo vivo por dentro; el paciente abraza esta columna, lo fijan a ella y se asa así lentamente. Se dice que fue la mujer de un emperador la que inventó este suplicio y que jamás veía a un desgraciado abrazado a la columna sin descargar deliciosamente[99].

»Los japoneses abren el vientre de la víctima; algunas veces cuatro hombres sujetan al paciente; el quinto viene corriendo desde lejos hasta el desgraciado y le aplasta la cabeza con una masa de hierro, después de dar una voltereta delante de él.

»Los hermanos moravios mataban excitando. Se ha probado un suplicio más o menos parecido con mujeres: se las masturbaba hasta la muerte.

»Pero lo que más os asombrará es ver el oficio de verdugo realizado por gente de un rango y un estado superiores. ¿Qué se puede pensar entonces sino que les guía la más cruel lubricidad?

»Muley Ismael era él mismo el gran ejecutor de los criminales de su imperio; en Marruecos nadie era entregado a la muerte más que por su mano real; y nadie cortaba una cabeza con tanto arte como él. Decía que encontraba en esto delicias inexpressables. Diez mil desgraciados habían sentido la fuerza de su brazo: era una opinión extendida en sus Estados que el que moría a manos del monarca tenía derecho a la vida eterna.

»El rey de Melinda da él mismo la estocada en sus Estados.

»Bonner, obispo de Londres, depilaba él mismo a los que no querían convertirse, o los azotaba. Mantuvo la mano de un hombre sobre un brasero hasta que sus nervios se quemaron.

»Uriotheshli, canciller de Inglaterra, hizo torturar delante de él a una mujer muy bonita que no creía en la divinidad de Jesucristo, y con su propia mano le desgarró el cuerpo y la echó a las llamas. ¿Y creéis que el disoluto no se excitaba durante la ejecución?

»En 1700, en la época de la guerra de los Camisardos, el abad de Cheyla azotaba él mismo en las Cévennes a todas las niñas que no querían renunciar al protestantismo; varias veces torturó a algunas tan violentamente que murieron, y ahí empezaron los tiros de fusil.

»En varios países, para doblar el aparato de los suplicios, cuando

se ejecutaba a dos criminales a la vez, el verdugo frotaba su mano en la sangre del primero y embadurnaba el rostro del otro.

»En fin, el asesinato ha sido imaginado y puesto en práctica en toda la Tierra; de uno a otro polo se inmolan víctimas humanas. Los egipcios, los árabes, los cretenses, los Ciprianos, los rodianos, los focenses, los griegos, los pelagios, los escitas, los romanos, los fenicios, los persas, los indios, los chinos, los masagetas, los getas, los sármatas, los irlandeses, los noruegos, los suizos, los escandinavos, todos los pueblos del Norte, los galos, los celtas, los cimbrios, los germanos, los bretones, los españoles, los negros; todos estos individuos..., todos en general han inmolado hombres en los altares de sus dioses. En todo tiempo el hombre ha encontrado placer en verter la sangre de sus semejantes, y para justificarse ha disimulado esta pasión ya bajo el velo de la justicia, ya bajo el de la religión. Pero el fondo, el motivo era, no hay que dudarlo, el asombroso placer que encontraba en ello.

»Después de tales ejemplos, Juliette, después de tan asombrosas demostraciones, ¿estáis ya convencida de que no hay acción más sencilla en el mundo que el asesinato, que no existe ninguna que sea más legítima, y que sería una extravagancia por vuestra parte concebir el más mínimo remordimiento por todos aquellos a los que hayáis podido entregaros, o tomar la estúpida resolución de no volver a cometerlos?

—¡Filósofo adorable! —exclamé saltando al cuello de Braschi—, jamás se había explicado nadie como vos en un tema tan importante; jamás se ha tenido tanta precisión, claridad, verosimilitud; jamás tan curiosas anécdotas; jamás tan contundentes ejemplos. ¡Ah!, ahora todas mis dudas se han disipado, soy libre; he llegado al punto de no tener nada sagrado, al punto de desear, como Tiberio, que el género humano no tenga más que una cabeza para tener el placer de cortarla de un solo tajo.

—Vayamos, es tarde: ¿no habéis dicho que la aurora no tenía que encontrarnos en nuestras impurezas?...

Pasamos a la iglesia.

Quinta parte

GRANDES biombos rodeaban el solitario altar de San Pedro, y formaban una sala de alrededor de cien pies cuadrados en cuyo centro estaba el ara, de forma que no tenía ya ninguna comunicación con el resto de la iglesia. Veinte jóvenes muchachas o muchachos que se hallaban en un graderío adornaban los cuatro lados de este soberbio altar. Igualmente en los cuatro rincones, entre los peldaños y las gradas, había en cada uno un pequeño altar griego destinado a las víctimas. Cerca del primero se veía a una joven de quince años; cerca del segundo, una mujer embarazada de alrededor de veinte años; cerca del tercero, una muchacha de catorce; cerca del cuarto un joven de dieciocho, hermoso como el día. Enfrente del altar había tres sacerdotes dispuestos a consumir el sacrificio y se disponían a ayudarlos seis niños del coro, completamente desnudos: dos estaban tumbados en el altar y sus nalgas iban a servir de piedras sagradas. Braschi y yo estábamos tumbados en una otomana puesta en un púlverga de diez pies de alto al que sólo se llegaba por unos escalones cubiertos con alfombras de Turquía; este púlverga formaba un teatro donde cabían cómodamente veinte personajes. Seis pequeños Ganimedes de siete u ocho años, completamente desnudos, sentados en las escaleras, debían ejecutar las órdenes del Santo Padre a la menor señal; diferentes trajes, tan elegantes como pintorescos, embellecían a los hombres, pero el de las mujeres era demasiado delicioso para no merecer una descripción particular. Estaban vestidas con una camisa de gasa cruda que ondeaba descuidadamente sobre su talle sin disimularlo; una gorguera adornaba su cuello; y la túnica que acabo de describir estaba ceñida por un gran lazo rosa a la altura de la cintura, dejando la espalda totalmente al descubierto; encima de esta camisa tenían una cimarra de tafetán azul que, echada hacia detrás, no ocultaba el delantero; una simple corona de rosas adornaba sus cabellos, que caían en bucles sobre sus hombros. Este descuidado traje me pareció tan elegante que al momento quise vestirme así. Comenzó la ceremonia.

En cuanto el Santo Padre formulaba un deseo, las seis ayudantes de campo, situadas en las gradas de nuestro estrado, corrían a satisfacerlo. Pidió tres muchachas. El Papa se sentó sobre el rostro de una ordenándole que le cosquillease en el ano; la segunda chupó su verga; la tercera manoseó sus cojones; y entretanto mi culo fue el objeto de los besos del Santo Padre. También se decía la misa y se cumplían las órdenes dadas por mí para que se ejecutasen mis deseos con la misma celeridad que los del soberano pontífice. En cuanto se consagró la hostia, el monaguillo la trajo a la gradería y la depositó

respetuosamente en la cabeza del verga papal; en cuanto la ve allí, el bribón me encula con ella. Seis jóvenes muchachas y seis guapos muchachos le presentan indistintamente sus vergas y sus culos; yo misma era acariciada por debajo por un joven muy guapo, cuyo verga masturbaba una muchacha. No resistimos este entresijo de lujuria; los suspiros, pataleos, blasfemias de Braschi me anuncian su éxtasis y deciden el mío; descargamos aullando de placer. Sodomizada por el Papa, el cuerpo de Jesucristo en el culo. ¡Oh, amigos míos, cuántas delicias! Me parecía que jamás en mi vida había gozado de tantas. Caímos agotados en medio de los divinos objetos de lujuria que nos rodeaban y el sacrificio terminó.

Era cuestión de recuperar fuerzas; Braschi no quería que los suplicios comenzasen antes de que él la volviese a tener empinada. Mientras veinte muchachas y otros tantos muchachos trabajaban por devolverlo a la vida, yo me hice joder unas treinta veces ante los ojos del Papa en medio de un grupo de jóvenes; normalmente excitaba a cuatro mientras era el objeto de las caricias de dos. Braschi gozaba increíblemente con mi libertinaje, me animaba a que redoblase sus impulsos. Se celebró otra misa y esta vez la hostia, traída hasta el más hermoso verga de la sala, se introdujo en el culo del Santo Padre que, empezando a empinársele, me volvió a encular rodeado de nalgas.

—¡Bien! —dice, retirándose al cabo de algunas idas y venidas—. Sólo quería que se me empalmase. Ahora inmolemos.

Da la orden para el primer suplicio; debía ejecutarse en la persona de un joven de dieciocho años. Le hacemos que se acerque a nosotros y después de haberlo acariciado, besado, masturbado, chupado, Braschi le declara que va a crucificarlo como a San Pedro, boca abajo. Recibe su sentencia con resignación y la soporta con valor. Mientras se le ejecutaba, yo acariciaba a Braschi; ¡y adivinad quiénes eran los verdugos!: los mismos curas que acababan de celebrar las misas. El joven así tratado fue atado con su cruz a una de las columnas salomónicas del altar de San Pedro, y pasamos a la muchacha de quince años. Se acercó igualmente a nosotros y el papa la enculó; yo la masturbaba; primero fue condenada a la más enérgica fustigación, después colgada de la segunda de las columnas del altar.

Apareció el muchachito de catorce años; Braschi le encula igualmente y, como quería ejecutar este crimen con su propia mano, no hubo ningún tipo de vejaciones, de horrores que no le aplicase. Aquí fue donde pude darme cuenta de toda la cruel maldad de este monstruo. Basta con estar en el trono para llevar estas infamias a su última expresión: la impunidad de estos granujas coronados los conduce a refinamientos que jamás inventarían los demás hombres. Por último, este malvado, ebrio de lujuria, arranca el corazón de este niño y lo devora mientras pierde su semen. Quedaba la mujer

embarazada.

—Diviértete con esa zorra —me dice Braschi—, te la entrego; siento que no se me empalmará ya, pero te veré gozar de ella con la más completa voluptuosidad; sea cual sea el estado en que pueda encontrarme, el crimen me divierte siempre; así pues no la trates con miramientos.

La infortunada se acerca.

—¿De quién es este niño? —le pregunto.

—De uno de los favoritos de Su Santidad.

—¿Y se hizo ante sus ojos?

—Sí.

—¿El padre está aquí?

—Es ese.

—Vamos —digo a este joven—, abrid vos mismo el vientre de la que lleva vuestro fruto; os espera un suplicio espantoso si no obedecéis al momento.

El desgraciado obedece; descargo acribillando de puñaladas el cuerpo de la víctima y nos retiramos.

Braschi quiso que por encima de todo pasase el resto de la noche con él; el libertino me adoraba.

—Eres firme —me decía—, así es como me gustan las mujeres: escasean las parecidas a ti.

—La Borghèse me sobrepasa —respondí.

—Le falta mucho para eso —me dice el Papa—, está constantemente destrozada por los remordimientos. Dentro de ocho días —prosiguió el Papa— te doy con ella y los dos cardenales amigos tuyos la comida a la que me he comprometido; y en ella, amor mío, estoy seguro que haremos, eso espero, algunos horrores que superarán estos.

—Eso me gusta —le digo falsamente al pontífice, puesto que al responderle así yo no pensaba más que en el robo que me disponía a perpetrar aquel día—; sí, espero que hagamos algunos buenos.

Braschi, que acababa de frotarse los cojones con un agua espirituosa que le disponía para el placer, quiso intentarlo de nuevo.

Me puse a caballo sobre su pecho; el agujero de mi culo descansaba sobre su boca, y el zorro, por muy papa que fuese, descargó renegando de Dios como un ateo.

Se durmió. Yo tenía muchas ganas de aprovechar este momento para ir a coger todo lo que pudiese llevarme de su tesoro; el camino que él mismo me había trazado me permitía esta tentativa sin tener que temer a sus guardias; pero como este proyecto había sido concebido con Olympe, no quise privarla del placer de participar en él; además Élise y Raimonde también estarían con nosotras y nuestra cosecha sería más abundante.

Pío VI no tardó en despertarse. Ese día había consistorio. Lo dejé discutir en paz sobre el estado de conciencia de los países cristianos y fui a pedir perdón a la mía por no haberla cargado con la suficiente cantidad de crímenes. Lo he dicho ya y lo sostengo; no hay nada peor que el remordimiento de la virtud para un alma acostumbrada al mal; y cuando se vive en un completo estado de corrupción, vale infinitamente más colmar la medida que quedarse atrás; porque la pena que da lo que se hace de menos es infinitamente mayor que el placer que da lo que se hace de más.

Dos o tres baños limpiaron las manchas pontificias, y corrí a casa de Madame Borghèse a contarle mis éxitos en el Vaticano.

Para evitar la monotonía de los detalles, pasaré rápidamente por las nuevas orgías que celebramos en el Vaticano. Esta vez la escena tuvo lugar en la gran galería; había allí más de cuatrocientos sujetos de ambos sexos; no pueden describirse las impurezas que se realizaron. Treinta muchachas vírgenes, de siete a quince años y hermosas como el Amor, fueron violadas primero y masacradas después; cuarenta muchachos tuvieron la misma suerte. Albani, Bernis y el papa se encularon, se atiborraron de vino y de infamias y ese momento de embriaguez fue el que elegimos Olympe, Élise, Raimonde y yo para ir a saquear el tesoro. Robamos veinte mil cequíes que Sbrigani, apostado cerca de allí con gente de confianza, hizo transportar al momento a casa de Borghèse, donde nos lo repartimos al día siguiente. Braschi no se dio cuenta de este robo, o fingió políticamente no darse cuenta... No lo volví a ver más; sin duda mis visitas le parecieron demasiado caras. Desde entonces creí prudente abandonar Roma; Olympe no se hacía a la idea; sin embargo hubo que separarse y partí para Nápoles a principios del invierno, con una carpeta llena de cartas de recomendación para la familia real, el príncipe de Francaville y para la gente más rica y encumbrada que había en Nápoles. Mis fondos se quedaron en manos de banqueros de Roma.

Viajábamos en una excelente berlina Sbrigani, mis mujeres y yo. Nos escoltaban cuatro criados a caballo, cuando entre Fondi y el muelle de Gaeta, en los confines del Estado eclesiástico, a unas doce o quince leguas de Nápoles, diez hombres a caballo, al anochecer, nos rogaron pistola en mano queuviésemos a bien desviarnos del camino principal para ir a hablar con el capitán Brisa-Testa que, honradamente retirado en un castillo al borde del mar, más arriba de Gaeta, no soportaba que la gente honrada que viajaba por esta región pasase tan cerca de su morada sin hacerle una visita. No nos costó trabajo comprender este lenguaje y después de medir nuestras fuerzas con las que se nos oponían, nos dimos cuenta de que lo más fácil era obedecer.

—Camarada —le dice Sbrigani al oficial—, yo siempre he oído decir que los granujas no se destruyan entre sí; si vos ejercéis la profesión de una forma, nosotros la ejercemos de otra, y nuestro oficio, como el vuestro, es engañar.

—Daréis esas explicaciones a mi capitán —dice el segundo jefe—, yo no hago más que obedecer y sobre todo cuando mi vida depende de ello: en marcha.

Como los caballeros a las órdenes del que nos hablaba ataban mientras a nuestros criados a la cola de sus caballos, no hubo lugar para replicar. Nos pusimos en marcha. El oficial se había metido en nuestro coche, conducido por cuatro de sus caballeros. De esta forma caminamos cinco horas, durante las cuales nuestro conductor nos puso al corriente de que el capitán Brisa-Testa era el jefe más famoso de los bandoleros de toda Italia.

—Tiene —nos dice el guía— más de doce mil hombres a sus órdenes y nuestros destacamentos recorren por un lado todo el Estado eclesiástico hasta las montañas de Trento; por el otro llegan hasta los confines de Calabria. Las riquezas de Brisa-Testa son inmensas —prosiguió el oficial—. En un viaje que hizo el año pasado a París se casó con una mujer encantadora que hoy hace los honores de la casa.

—Hermano —le digo a este bandido—, me parece que los honores de la casa de un ladrón no deben ser difíciles de hacer.

—Os pido perdón —respondió el oficial—, pero el trabajo de la señora es mayor de lo que se piensa: ella es la que degüella a los prisioneros y os aseguro que se entrega a esta tarea de una forma totalmente honrada, y que estaréis encantados de perecer en sus manos...

—¡Ah! —digo—, ¿así que eso es lo que llamáis hacer los honores de la casa?... ¿Y el capitán está ahora en el hogar o sólo trataremos con la señora?

—Los encontrareis a los dos —respondió el bandolero—; Brisa-Testa acaba de volver de una expedición por la Calabria interior que nos ha costado algunos hombres, pero que nos ha valido mucho dinero. Desde entonces se ha triplicado nuestra paga: ¡esto es lo que tiene de bueno este gran capitán... una equidad... una justicia!... Siempre nos paga de acuerdo con sus posibilidades; nos daría diez onzas al día [100] si ganase en proporción a ello... Pero ya hemos llegado —dice el oficial—. Siento que la noche os impida distinguir los contornos de esta soberbia casa. Ahí está el mar y el castillo, cuyos impracticables alrededores nos obligan a dejar el coche aquí; como veis hay que subir en vertical y el sendero puede ser transitado a todo lo más por caballos.

Subimos a grupa detrás de nuestros guardias y al cabo de hora y media de trayecto, en la montaña más alta que yo hubiese visto en mi

vida, se bajó un puente levadizo, atravesamos algunas fortificaciones erizadas de soldados que nos saludaron militarmente y llegamos al centro de la ciudadela. Efectivamente era una de las más fuertes que se pudieran ver; y en el emplazamiento en que la había situado Brisa-Testa era capaz de sostener los más largos asedios.

Era alrededor de medianoche cuando llegamos; el capitán y su mujer estaban acostados; los despertaron. Brisa-Testa vino a visitarnos; era un hombre de cinco pies diez pulgadas, en la plenitud de la vida, con el rostro más hermoso y al tiempo más duro. Examinó por encima a nuestros hombres: mis compañeras y yo lo entretuvimos un poco más, la forma brusca y feroz de observarnos nos hizo estremecer. Habló en voz baja al oficial; a continuación nuestros hombres fueron puestos a un lado, nuestras maletas y efectos a otro. A mis amigas y a mi nos echaron a un calabozo donde encontramos a tientas un poco de paja donde nos acostamos, mucho más para llorar nuestras desgracias que para encontrar un descanso difícil de gozar en nuestro horrible estado. ¡Qué crueles reflexiones vinieron a agitar nuestras almas! El recuerdo desgarrador de nuestros antiguos goces se ofrecía sólo para hacer más sombría nuestra situación presente. Si intentábamos no pensar más que en ese momento era sólo para deducir de él las más horribles suposiciones; de esta forma, atormentadas por el pasado, desgarradas por el presente, temblando por el futuro, apenas circulaba la sangre por nuestras venas ardientes, dado el terrible estado en que estábamos. Entonces fue cuando Raimonde quiso recordarme la religión.

—Deja esas quimeras, hija mía —le digo—; cuando se las ha despreciado toda la vida, es imposible volver a ellas cualquiera que sea el estado en que uno se encuentre; además, sólo el remordimiento hace volver a la religión y yo estoy muy lejos de arrepentirme de ninguna de las acciones de mi vida; no hay una sola que no esté dispuesta a cometer de nuevo si estuviese en mi poder hacerlo; lloro por estar privada de ese poder, y no por los resultados obtenidos cuando lo tenía. ¡Ah!, Raimonde, ¿no conoces la fuerza del vicio en un alma como la mía! Cubierta de maldades, nutrida por el crimen, ese alma no existe más que para alimentarse con él, y aunque mi cuello estuviese bajo la espada seguiría queriendo cometerlo; desearía que mis manos, errantes entre los mortales, los envenenasen de crímenes, se los inspirasen... Por lo demás, no temas nada, estamos en manos del vicio: un dios nos protegerá. Tendría mucho más miedo si los hierros que nos cautivan fuesen los de la espantosa diosa que los hombres se atreven a llamar Justicia. Hija del despotismo y de la imbecilidad, si estuviésemos en manos de la puta esa ya me habría despedido de ti para siempre; pero el crimen no me aterrorizó jamás; los partidarios del ídolo que nosotros adoramos respetan a sus iguales y no les hacen

daño; nos haremos de su banda si es preciso. Sin conocerla, ya amo a esa mujer de la que nos han hablado; apuesto a que le caeremos bien; la haremos descargar; si quiere mataremos con ella, y ella no nos matará. Acércate, Raimonde, y tú también, Élise, y puesto que no nos queda otro placer que masturbarnos gocemos de él.

Excitadas por mí, las zorras se entregaron; la naturaleza nos sirvió tan bien en las cadenas del infortunio como en las rosas de la opulencia. Yo no había tenido tanto placer jamás, pero el giro que dio mi razón fue espantoso.

—Vamos a ser degolladas —les digo a mis compañeras—; no hay que hacerse ya ilusiones, es el único destino que nos espera. No es la muerte lo que me aterra: soy lo bastante filósofa para estar segura de no ser más desgraciada tras haber vegetado algunos años en la tierra de lo que lo era antes de llegar a ella; pero temo el dolor, esos granujas me harán sufrir; quizás gozarán atormentándome como he gozado yo atormentando a otros; ese capitán tiene el aspecto de un criminal, tiene unos bigotes que me dan miedo, y su mujer, sin duda, es tan cruel como él. Tranquila hace un momento, ahora tiemblo...

—Señora —me dice Élise—, no sé cuál es la esperanza que habla en el fondo de mi corazón pero vuestros principios me tranquilizan. Me habéis dicho que en las leyes eternas de la naturaleza está escrito que el crimen triunfe y la virtud sea humillada; lo espero todo de este inmutable decreto... ¡Ah!, mi querida amante, nos salvará la vida.

—Mi razonamiento acerca de eso os va parecer simple —les digo a mis amigas—. Si, como no podemos dudarlo, la masa de los crímenes prevalece sobre la de la virtud y aquellos que la practican, el egoísmo en el hombre no es más que el resultado de sus pasiones; casi todas llevan al crimen; ahora bien, el crimen está interesado en humillar a la virtud: por lo tanto, en casi todas las situaciones de la vida yo apostaré siempre mucho más por el crimen que por la virtud.

—Pero, señora —dice Raimonde—, nosotras somos la virtud respecto a esta gente, sólo ellos representan el vicio; por lo tanto nos destruirán.

—Hablamos de situaciones generales —respondí— y este no es más que un caso concreto; la naturaleza no se alejará de sus principios en favor de una sola excepción.

Razonábamos de esta forma cuando apareció un carcelero, más terrible todavía que su amo, trayéndonos un plato de habas.

—Tomad —nos dice con voz ronca—, economizadlas porque ya no se os traerá más.

—¡Qué! —me apresuré a responder—, ¿es que el suplicio que se nos depara consiste en morir de hambre?

—No, pero creo que seréis despachadas mañana y hasta entonces la señora no cree que valga la pena gastar el dinero para que forméis

mojones que no cagareis.

—¡Cómo!, querido, ¿sabéis el tipo de muerte que se nos depara?

—Eso dependerá del capricho de la señora, nuestro comandante le deja ese trabajo; en esto hace lo que quiere; pero, como mujer, vuestra muerte será más dulce que la de vuestra gente; Madame Brisa-Testa sólo es sanguinaria con los hombres; antes de inmolarlos goza de ellos... los mata cuando se ha hartado.

—¿Y su marido no se pone celoso?

—De ninguna manera, hace lo mismo con las mujeres; se divierte con ellas y las abandona después a la señora, que dicta su sentencia y con frecuencia la ejecuta cuando el señor, hastiado de estos tipos de placeres, le abandona la ejecución.

—¿Así que mata raramente vuestro amo?

—¡Ah!, no llega a inmolar seis víctimas por semana... ¡Ha matado a tantas!... está cansado de eso. Por otra parte, sabe que eso constituye una delicia para su mujer y como la ama mucho le abandona este trabajo. ¡Adiós! —dice el bruto retirándose—, os dejo, tengo que servir a otros; no acabamos aquí; gracias a Dios la casa siempre está llena; no es posible concebir la inmensidad de prisioneros que hacemos...

—Camarada —continué—, ¿sabes qué ha sido de nuestros efectos?

—Están en el almacén... ¡Oh!, estad tranquila, no los volveréis a ver más; pero nada se pierde, cuidamos todo eso.

Y nuestro hombre salió.

Un tragaluz de tres o cuatro pulgadas a todo lo más nos daba la suficiente luz para observarnos en este calabozo, y no dejamos de hacerlo en cuanto estuvimos solas.

—¡Y bien! —digo a mi querida Élise—, ¿está suficientemente frustrada ahora tu esperanza?

—Todavía no —respondió esta amable muchacha—, nada puede decidirme a renunciar a ella; comamos y no nos desesperemos.

Apenas se había acabado esta triste comida cuando volvió el carcelero.

—Se os requiere en la sala del consejo —nos dice bruscamente —... No os marchitareis con la espera, es para hoy.

Entramos... Una mujer alta, sentada en un extremo de la sala, nos hizo una señal para que nos quedásemos de pie alrededor de ella; después, una vez que acabó de escribir algo, levantó los ojos hacia nosotras ordenándonos responder a las preguntas que nos iba a hacer... ¡Oh!, amigos míos, ¡qué expresiones puedo utilizar para explicaros mi sorpresa!... Esta mujer que me interrogaba, esta compañera del mayor criminal de los bandoleros de Italia, era Clairwil..., ¡mi querida Clairwil a la que volvía a encontrar en esta

increíble situación!... Ya no me contengo; salto a sus brazos.

—¡Qué veo! —exclamo Clairwil—. ¡Qué! ¿Eres tú Juliette?... ¡Oh!, ¡mi más tierna amiga! ¡Abracémonos y que este día, que hubiese sido de duelo para cualquier otra, sea un día de fiesta y de placeres para ti!

La multitud de sentimientos que agitaron mi alma... lo encontrados que eran, su fuerza, me sumió en un estupor del que me costó mucho trabajo salir. Cuando volví a abrir los ojos, me encontré en una excelente cama, rodeada de mis mujeres y de Clairwil, que se disputaban el placer de serme útiles y de prestarme los cuidados que exigía mi estado.

—¡Querida!, he vuelto a encontrarte —dice mi antigua amiga—. ¡Qué alegría para mí! Mi esposo ya está puesto al corriente: tus gentes, tus riquezas, todo te será devuelto, sólo exigimos de ti que pases unos días con nosotros. Nuestra forma de vivir no te asustará, conozco lo suficiente tus principios para estar segura de que el escándalo jamás se acercará a un alma como la tuya. En otro tiempo hicimos juntas lo suficiente como para que pueda estar convencida de ello.

—¡Oh!, Clairwil —exclamé—, tu amiga sigue siendo la misma; y al madurar con la edad, he hecho progresos que me harán todavía más digna de ti; espero con placer el espectáculo de los crímenes que me preparas... serán goces para mí. Estoy hoy muy lejos de esa pusilanimidad que estuvo a punto de perderme en otro tiempo, y tu amiga, puedes estar segura, no enrojece más que ante la virtud. Pero tú, querido ángel, ¿qué ha sido de ti?, ¿qué has hecho?, ¿qué feliz estrella me hace reencontrar a mi amiga en estos parajes?

—Serás puesta al corriente de todos esos detalles —me dice Clairwil—, pero quiero que empieces por tranquilizarte... por calmarte, por recibir mis excusas por haberte recibido tan mal. Vas a ver a mi marido, te gustará, me atrevo a estar segura de ello... ¡Oh, Juliette!, ve en todo esto la mano de la naturaleza; en todos los tiempos hizo triunfar al vicio, lo sabes. Si hubieses caído en la casa de una mujer virtuosa que te habría visto como una zorra, estarías perdida; pero tú te pareces a nosotros... debemos salvarte. ¡Fríos partidarios de la virtud, convenid en vuestra debilidad y que el perpetuo poder del crimen sobre vuestras almas fangosas os imponga silencio para siempre!

Brisa-Testa apareció justo en el momento en que su esposa acababa de decir estas palabras. Fuese que la situación ya no era la misma, fuese que la tranquilidad que me embargaba me hacía ver los objetos con otra cara, este bandolero no me pareció ya tan terrible: examinándolo con atención lo encontré muy hermoso; lo era efectivamente.

—Este —le digo a mi amiga—, sí que es un esposo digno de ti.

—Míralo bien, Juliette —me respondió Clairwil— y dime si crees que los lazos del himeneo son los únicos que deben unirnos.

—Es cierto que hay un parecido entre vosotros.

—¡Oh Juliette!, este valiente es mi hermano; diversos acontecimientos nos habían separado, me lo devolvió un viaje que él hizo el año pasado. El himeneo ha estrechado nuestros vínculos; ahora queremos que sean indisolubles.

—Lo serán —dice el capitán—, te renuevo el juramento ante la gentil Juliette. Cuando alguien se parece de una forma tan perfecta, cuando las inclinaciones, las costumbres están en tan completa conformidad, no hay que separarse jamás.

—Sois criminales —respondí— vivís en el seno del incesto y del crimen, jamás habrá absolución para vosotros; si, como yo, volviéseis de Roma, todos esos crímenes os aterrorizarían; y el temor de no poder purgarlos os impediría seguir sumidos en ellos.

—Cenemos, Juliette —me dice mi amiga—, acabarás tu sermón en el postre —después, abriendo una habitación vecina, prosiguió—: Aquí están tus efectos, tu gente, tu Sbrigani; sed todos amigos de la casa y cuando ya no estéis aquí pregonad que los encantos de la tierna amistad encuentran partidarios incluso en el seno del crimen y el libertinaje.

Una magnífica comida nos estaba esperando. Sbrigani y mis mujeres se sentaron a la mesa con nosotros; nuestra gente ayudó a la de mi amiga y ya sólo fuimos una sola familia. Eran las ocho de la tarde cuando nos levantamos de la mesa. Brisa-Testa no se levantaba jamás sin estar borracho; me pareció que su querida esposa había adquirido el mismo defecto. Después de la comida pasamos a un salón bastante hermoso donde mi antigua amiga propuso en seguida que uniésemos los mirtos de Venus a los pámpanos del dios de las viñas.

—Este bribón debe empinarla muy bien —dice arrastrando a Sbrigani hasta un canapé—... Hermano mío, arremanga a Juliette y le encontrarás encantos dignos de ti...

—¡Oh, Dios! —exclamé, borracha también yo—..., ¡ser fornicada por un bandido, por un asesino!...

Y no bien había acabado cuando, curvada sobre un sofá por el capitán, un verga más gordo que mi brazo hormigueaba ya en mi trasero.

—Hermoso ángel —dice el libertino—, perdonad una pequeña ceremonia preliminar sin la cual, aunque mi verga esté tan empalmado como veis, me sería imposible llegar a vuestros encantos: es preciso que haga sangrar este hermoso culo; pero confiad en mis cuidados, apenas lo sentiréis.

Armándose a continuación con un látigo de puntas de acero con el que me dio una docena de golpes muy fuertes en las nalgas, me hizo

sangrar en dos minutos sin que hubiese sentido el más mínimo dolor.

—Esto es lo que me hacía falta —dice el capitán—, mis muslos se inundarán al apoyarse en vos y mi verga, en el fondo de vuestras entrañas, quizás lanzará un esperma espeso que en absoluto hubiese obtenido sin esta ceremonia.

—¡Golpea, golpea!, hermano mío —gritó Clairwil, que seguía fornicando con Sbrigani—, su culo es a toda prueba, con frecuencia nos hemos azotado las dos.

—¡Oh!, señor —exclamé en cuanto sentí el monstruoso instrumento del capitán sondeándome el trasero—, no he dicho nada de los latigazos...

Pero ya no había tiempo: el monstruoso instrumento de Brisa-Testa tocaba ya el fondo de mis entrañas; yo era enculada hasta la empuñadura. Se nos imitaba: Clairwil, que como era su costumbre no ofrecía a su fornicador más que las nalgas, era perforada por él, mientras que Raimonde, meneándole el clítoris, le prestaba con voluptuosidad el mismo servicio que yo sacaba de Élise.

¡Oh amigos míos!, ¡qué buen fornicador este jefe de bandoleros! Sin limitarse al único templo en el que yo creía lo habían retenido sus gustos, recorría los dos a la vez, y con esta doble introducción el granuja me tenía descargando constantemente.

—Mira, Juliette —me dice retirándose y clavando su enorme verga en mis tetas—, esta es la causa de todos mis extravíos: son los placeres que recibo de este hermoso miembro los que me han precipitado a todos los desórdenes de mi vida; siguiendo el ejemplo de mi hermana, me empalmo con el crimen, y es sólo mediante el proyecto o la ejecución de algún horror como puedo lanzar mi semen.

—¡Muy bien!, ¡rediós! —respondí—, entonces hagamos algunos. Ya que a todos nos anima un mismo deseo y que con toda seguridad se encuentra aquí esa posibilidad, mezclemos nuestro esperma con arroyos de sangre... ¿No hay aquí víctimas?

—¡Ah, zorra! —dice Clairwil descargando—. ¡Qué bien te reconozco en esos propósitos!... Vamos, hermano mío, satisfagamos a esta encantadora mujer, inmolemos a esa hermosa romana que detuvimos esta mañana.

—De acuerdo, que la traigan, su suplicio divertirá a Juliette; nos masturbaremos y descargaremos durante la operación...

Traen a la viajera. ¡Oh!, ¡amigos míos!... ¿Adivinan quién era la que se ofrecía a nuestras miradas?... Borghèse... la deliciosa Borghèse; separada de mí no podía seguir viviendo, volaba tras mis huellas; la gente de Brisa-Testa acababa de detenerla como había hecho la víspera conmigo.

—Clairwil —exclamé—, esta mujer tampoco es una víctima, es una cómplice, es la amiga que ocupaba tu lugar en mi corazón, si es

que eso podía ser posible; quíerela, ángel mío, quíerela... la zorra es digna de nosotros...

Y la divina Olympe me besaba, acariciaba a Clairwil, parecía implorar a Brisa-Testa.

—¡Oh!, ¡redió! —dice este mientras se le empinaba como a un carmelita—. Esta complicación de aventuras me vuelve loco de deseo por joder a esta hermosa mujer, pero lo entibiece respecto a otros objetos; empecemos con unos azotes, ya veremos lo que sale de esto.

Olympe me sustituye; su hermoso culo recibe los elogios universales que merece. Por los mismos medios que utilizó conmigo, Brisa-Testa la hace sangrar y la sodomita un momento después. Mis mujeres me masturban, y Sbrigani no deja de frotar a Clairwil. Por una vez nuestras cabezas se encienden sin necesidad de otros estimulantes; Brisa-Testa nos pone a las cinco en fila, apoyadas en un ancho sofá con el culo en pompa; Sbrigani y él nos sonden alternativamente; se suceden: uno fornicia el coño; otro el culo; y los criminales descargan por fin, Sbrigani en el culo de Clairwil, Brisa-Testa en el de Olympe.

Un cierto recato sucede a estos placeres. Borghèse, que salía como yo de un calabozo, necesitaba recuperarse; le dan de comer, y nos metemos en la cama. Tras la comida del día siguiente, la reunión de una petimetra de París con un jefe de bandolero del último confín de Italia era tan sorprendente para todo el mundo que todos solicitamos vivamente al capitán que narrase a la concurrencia una historia que parecía tan singular.

—De acuerdo —dice Brisa-Testa—, ante cualquier otra gente no me aventuraría a contar detalles tan escandalosos; pero vuestras costumbres me responden de vuestra filosofía y me doy cuenta de que con vosotros puedo decirlo todo.

HISTORIA DE BRISA-TESTA

Si el pudor todavía tuviese un lugar dentro de mi alma, seguramente dudaría en desvelaros mis fechorías, pero, como hace mucho tiempo que llegué a este grado de corrupción moral en el que uno no se ruboriza por nada, no tengo el menor escrúpulo en confiaros los menores acontecimientos de una vida tejida por el crimen y la execración. La amable mujer que veis aquí bajo el título de mi esposa es a la vez mi mujer y mi hermana. Ambos somos hijos de ese famoso Borchamps cuyas concusiones fueron tan célebres como sus riquezas y libertinaje. Mi padre acababa de alcanzar los cuarenta años de edad cuando se casó con mi madre, de veinte años y mucho más rica que él; yo nací al primer año de matrimonio. Mi hermana Gabrielle no vio la luz sino seis años después.

Tenía yo dieciséis años, mi hermana diez, cuando Borchamps

pareció no querer confiar lo que quedaba de mi educación sino a sí mismo. Una vez que volvimos a la casa paterna sólo conocimos ya sus dulzuras: desde ese momento, gracias a los cuidados de mi padre, olvidamos lo poco que nos habían enseñado de religión y las más agradables materias sustituyeron a las tenebrosas oscuridades de la teología. Pronto nos dimos cuenta de que semejante proceder no agradaba en modo alguno a mi madre. Había nacido dulce, devota y virtuosa, y estaba lejos de imaginar que los principios que nos inculcaba mi padre fuesen los que un día constituyeran nuestra felicidad; e, imbuida de sus ideillas, puso tantas trabas a todos los proyectos de su marido que este, acabando por burlarse de ella, no se contentó con destruir en nosotros todos los principios de la religión sino que incluso aniquiló todos los de la moral. Las más sagradas bases de la ley natural fueron pulverizadas igualmente; y este padre adorable, queriendo que llegásemos a ser tan filósofos como él, no descuidó ninguna de las cosas que pudiesen volvernos impasibles a los prejuicios y a los remordimientos; para que no pudiese ocurrir que semejantes máximas fuesen contrariadas, tuvo el cuidado de mantenernos en una profunda soledad. Sólo uno de sus amigos, y la familia de este, venían a veces a suavizar este retiro; y para mejor comprensión de mi relato debo retrataros a ese digno amigo.

Monsieur de Bréval, de cuarenta y cinco años de edad, casi tan rico como mi padre, tenía, como él, una esposa joven, virtuosa, sensible y, como él hijos encantadores, uno de los cuales, Auguste, frisaba los quince años, y la otra, Laurence, hermosa como el día, cumplía sus once. Cada vez que Bréval venía a casa de mi padre llevaba a su mujer y sus hijos: entonces nos juntaban, bajo la mirada de una gobernanta llamada Pamphyle, de veinte años, muy bonita y que gozaba del favor de mi padre. Educados los cuatro de la misma forma, teniendo absolutamente los mismos principios, nuestras conversaciones y juegos estaban por encima de nuestras edades; y realmente, aquellos que nos hubiesen oído habrían tomado nuestros conciliábulos más por comités de filosofía que por entretenimientos de niños. A fuerza de estar en contacto con la naturaleza, pronto escuchamos su voz y, lo más extraordinario de todo, no nos inspiró mezclarnos. Cada uno permaneció en su familia; Auguste y Laurence se amaron, se confiaron sus sentimientos, con el mismo candor... la misma alegría, con que Gabrielle y yo nos declaramos los nuestros. El incesto no contraría los planes de la naturaleza ya que sus primeros impulsos nos lo inspiran. Lo que es muy notorio es que los celos no estallaron en nuestros jóvenes ardores. Ese ridículo sentimiento no es una prueba de amor: fruto tan sólo del orgullo y el egoísmo, se debe mucho más al temor de ver preferir un objeto distinto a nosotros que al de perder al que se adora. Aunque Gabrielle me amase mucho más

que a Auguste, no por ello lo besaba con menos ardor; y aunque yo adorase a Gabrielle no dejaba de sentir los más violentos deseos de ser amado por Laurence. Así transcurrieron seis meses sin que mezclásemos nada terrestre en esta metafísica de nuestras almas: no eran las ganas lo que nos faltaba sino la instrucción, y nuestros padres, que nos observaban atentamente, pronto se apresuraron a ayudar a la naturaleza.

Un día que hacía mucho calor y que nuestros padres, según su costumbre, estaban reunidos para pasar algunas horas juntos, vino mi padre medio desnudo a proponernos que entrásemos en el cuarto donde estaba con sus amigos; aceptamos. La joven gobernanta nos siguió. Y allí, juzgad nuestra sorpresa al ver a Bréval encima de mi madre y a su mujer, un momento después, bajo mi padre.

—Examinad atentamente este mecanismo de la naturaleza —nos dice la joven Pamphyle—, sobre todo sacad provecho de él, ya que vuestros padres desean iniciaros en esos misterios de la lubricidad para vuestra instrucción y vuestra felicidad. Recorred esos grupos; observad que los que los integran gozan de las voluptuosidades de la naturaleza; esforzaos en imitarlos...

Primero se apoderó de nosotros gran estupor; es el efecto ordinario de este espectáculo sobre el espíritu de los niños; pronto se insinúa en nuestros corazones un interés más vivo, y nos acercamos. Sólo entonces nos dimos cuenta de la diferencia en la situación de nuestros cuatro actores; los dos hombres gozaban deliciosamente; las dos mujeres no hacían sino prestarse, incluso con repugnancia. Pamphyle señalaba, explicaba, nombraba las cosas y las definía.

—Retened todo esto —decía—, pues pronto vais a ponerlo en práctica...

Después entró en más amplios detalles. Entonces la escena se suspendió por un momento, pero lejos de enfriarnos no supuso más que un aliciente más. Mi padre, dejando lleno de furia el culo de Madame de Bréval (pues estos señores no fornicaban sino en el culo), nos agarra, nos acerca y nos hace tocar su instrumento a los cuatro, enseñándonos a masturbarlo. Nosotros nos reíamos, actuábamos y Bréval nos miraba mientras seguía enculando a mi madre.

—Pamphyle —dice entonces mi padre—, ayudadlos a que se pongan igual que nosotros; ya es hora de ligar un poco de práctica a la teoría de la naturaleza...

En un momento estuvimos desnudos; Bréval, sin acabar, deja para otro momento su goce y aquí tenemos a los dos padres acariciándonos sin distinción, llenándonos de caricias y chupetones, sin olvidar a Pamphyle, a quien los bribones manoseaban y besaban a cual más.

—¡Qué atrocidad! —exclamó Madame de Bréval—, ¿cómo se atreven a semejantes cosas con sus propios hijos?

—Silencio, señora —le gritó su marido con dureza—, hacedme caso, ateneos a los papeles pasivos que os han sido prescritos; estáis aquí para dejaros hacer, y no para haraganear.

Después, poniendo de nuevo manos a la obra con tranquilidad, el libertino y su amigo continuaron sus exámenes con la misma flemma que si su impunidad no hubiese ultrajado a las dos madres.

Objeto único de las caricias de mi padre, parecía olvidar todo lo demás por mí: cierto que Gabrielle también le interesaba; la besaba, la masturbaba; pero sus caricias más voluptuosas sólo se dirigían a mis jóvenes atractivos. Parecía que sólo me necesitaba a mí para inflamarse; sólo a mí me hizo esa voluptuosa caricia de la lengua en el culo, signo seguro de la predilección de un hombre por otro, certera prueba de la más refinada lujuria, y que los verdaderos sodomitas jamás prodigan a las mujeres, ante el miedo a la terrible repugnancia que les produciría la probable exposición de la parte vecina; decidido a todo, el zorro me coge en sus brazos, me pone sobre el vientre de mi madre, hace que me sujete Pamphyle que, desnuda según sus órdenes, le ofrece a sus manoseos el más hermoso culo imaginable. Su boca humedece el templo que quiere perforar; en cuanto considera que la entrada es lo suficientemente amplia, su instrumento se acerca... empuja... penetra... se sumerge... y me desvirga mientras se muere de placer.

—¡Oh!, señor —le gritaba mi madre—, ¡a qué horror os entregáis! ¿Acaso vuestro hijo fue hecho para convertirse en la víctima de vuestro terrible libertinaje; y no os dais cuenta de que lo que osáis hacer lleva a la vez la impronta de dos o tres crímenes, para el más pequeño de los cuales se erigió la horca?

—¡Ah!, pero, señora, —respondió mi padre con frialdad— precisamente lo que me decís es lo que va a hacer que descargue más deliciosamente. Además, no temáis nada, vuestro hijo tiene la edad suficiente para soportar estos mediocres asaltos; hace cuatro años que lo debería haber hecho: así desvirgo todos los días a niños mucho más pequeños. La misma Gabrielle pasará pronto por ello aunque no tenga más de diez años: mi verga no es muy grueso, y mi habilidad increíble.

Fuese como fuese, sangré; chorros de semen restañan la sangre y mi padre se tranquiliza, pero sin dejar de acariciar a mi hermana, que viene a sustituirme.

Mientras, Bréval no perdía el tiempo; pero, por el contrario, más enamorado de su hija que de su hijo, empieza por Laurence, y la joven, colocada igualmente sobre el seno de su madre, ve cómo recogen sus primicias allí mismo.

—¡Jode a tu hijo! —le grita mi padre—, voy a dar por el culo a mi hija: que en el día de hoy los cuatro sacien nuestras brutalidades.

Ya es hora de que cumplan el único papel que la naturaleza les asignó; ya es hora de que sepan que sólo han nacido para servirnos de putas, y que si no hubiese sido por la esperanza de fornicarlos jamás los hubiésemos creado...

Los dos sacrificios tienen lugar a la vez. A la derecha se ve a Bréval desvirgando a su hijo mientras besa el culo de su mujer y soba las nalgas de su hija, todavía inundadas con su semen; a la izquierda a mi padre enculando a Gabrielle mientras lame mi culo, maltrata el de su mujer con una mano y acaricia con la otra el ano de Pamphyle; descargan los dos y renace la paz.

El resto de la velada se dedica a darnos lecciones. Nos casan; mi padre me une a mi hermana; Bréval hace lo mismo con sus hijos. Nos excitan, preparan los caminos, consolidan las uniones; y, mientras nos disponen de esta forma por delante, sondean alternativamente nuestros culos, cediéndose mutuamente el lugar; de suerte que Bréval me enculaba mientras Borchamps fornicaba a Auguste y entretanto las madres, forzadas a prestarse a la celebración de estas orgías, exponían sus encantos, como Pamphyle, a los dos libertinos. Algunas otras escenas lúbricas suceden a estas: la imaginación de mi padre era inagotable. Ponen a los hijos encima de sus madres y mientras el marido de una encula a la mujer del otro, obligan a los niños a masturbar a sus madres. Pamphyle recorre los grupos, anima las luchas, ayuda a los combatientes, los sirve; es sodomizada a su vez; y, tras una deliciosa descarga que calma por fin sus espíritus, se separan.

Unos días después mi padre me hace ir a su gabinete:

—Amigo mío —me dice—, de ahora en adelante sólo tú harás mis goces; te idolatro y no quiero fornicar sino a ti; voy a hacer que tu hermana vuelva al convento; no hay duda de que es muy bonita y que he recibido mucho placer de ella, pero es mujer y esto es un gran defecto para mí; además me sentiría celoso de los placeres que gozases con ella; deseo que sólo tú permanezcas junto a mí. Te alojarás en el cuarto de tu madre; debe cederte el lugar; todas las noches nos acostaremos juntos, me agotaré en tu hermoso culo, tú descargarás en el mío... nos embriagaremos de voluptuosidades. Las reuniones que has visto no se celebrarán más; Bréval, enamorado de su hija, va a comportarse con ella como yo me conduzco contigo; no dejaremos de ser amigos, pero, demasiado celosos ahora de nuestros respectivos goces, ya no pretendemos mezclarlos.

—Pero, señor —respondí—, ¿no se enfadará mi madre por estos proyectos?

—Amigo mío —me respondió mi padre—, escucha con atención lo que tengo que decirte sobre eso; eres lo bastante listo para entenderme. Esa mujer que te dio a luz es quizás la criatura que más detesto en todo el universo; los lazos que la unen a mí me la hacen mil

veces más detestable todavía. Bréval ha llegado a la misma situación con la suya. Lo que ves que hacemos con esas mujeres no es sino el fruto de la repugnancia y la indignación; si las prostituimos de esa forma es mucho más para envilecerlas que para divertirnos con ellas; las ultrajamos por odio y por una especie de cruel lubricidad que espero llegues a sentir algún día y cuyo fin es hacernos gozar un placer indecible en las vejaciones impuestas al objeto del que más se ha gozado.

—Pero, señor —le digo bastante razonablemente—, ¿entonces me atormentaréis también cuando estéis cansado de mí?

—Es muy distinto —me respondió mi padre—, lo que nos une no son las costumbres ni las leyes sino una relación de gustos, de conveniencias... es el amor; además, esta unión es un crimen para los hombres y uno jamás se cansa del crimen.

Como entonces no sabía mucho más, me lo creí todo y desde ese momento viví con mi padre como si fuese realmente su amante. Pasaba todas las noches a su lado, con mucha frecuencia en la misma cama y los dos nos dábamos por el culo hasta caer agotados. Pamphyle era nuestra segunda confidente y casi siempre actuaba de tercera en nuestros placeres; a mi padre le gustaba que ella le azotase mientras él me enculaba; la sodomizaba y la zurraba; algunas veces yo me convertía en el tercero de sus fornicaciones; después me la entregaba, hacía con ella lo que me viniese en gana pero entretanto tenía que besar el culo de mi padre. Y Borchamps, como Sócrates, instruía a su discípulo mientras lo fornicaba: se me sugerían los principios más impíos, los más antimorales; y si todavía no iba a robar a los caminos no era por culpa de Borchamps. Mi hermana venía alguna vez a la casa, pero era recibida con frialdad; muy diferente de mi padre a este respecto, cada vez que podía reunirme con ella le testimoniaba el ardor más violento y la fornicaba en cuanto encontraba un momento.

—Mi padre no me quiere —decía Gabrielle—,... te prefiere... ¡Y bien!, vive feliz con él y no me olvides jamás...

Besé a Gabrielle y le juré que la adoraría siempre.

Desde hacía tiempo me había dado cuenta de que mi madre nunca salía del gabinete de Borchamps sin limpiarse los ojos... sin lanzar profundos suspiros. Sintiendo curiosidad por conocer la causa de tales penas hice un boquete en el tabique que separaba el gabinete de mi cuarto y corrí a aposentarme en el agujero cuando creí que podría sorprenderlos... Vi horrores; el odio de mi padre hacia esta mujer no se descargaba sino por terribles suplicios. No es posible figurarse lo que su feroz lubricidad infligía a esa desgraciada víctima de su repugnancia: tras molerla a golpes la tiraba al suelo y la pisoteaba; otras veces la hacía sangrar a latigazos y, todavía con más

frecuencia, la prostituía a un hombre muy feo, al que yo no conocía, y del que a su vez gozaba.

—¿Quién es ese hombre? —le pregunté un día a Pamphyle, a quien había confiado mis descubrimientos y que, muy amistosa conmigo, me había ofrecido hacer que yo descubriese otros nuevos.

—Es —me dice— un criminal de profesión al que vuestro padre ha salvado dos o tres veces de la horca; es un malvado que, por seis francos, no dudaría en asesinar al individuo que se le dijese. Uno de los mayores placeres de Borchamps es hacerle azotar a vuestra madre y, como habéis visto, que la prostituya después. Borchamps adora a ese hombre, antes de que vos ocupaseis su lugar le hacía dormir con él. Pero todavía no conocéis todo el libertinaje de quien habéis recibido la vida: situaos mañana en el mismo lugar desde donde habéis observado lo que acabáis de contarme y veréis otra escena.

Apenas estoy en el agujero cuando entran en el gabinete de mi padre cuatro enormes soldados de seis pies, le ponen la pistola al pecho, lo agarran, lo agarrotan a la barandilla de una escalera doble, después, armados con un enérgico puñado de vergas, lo golpean en los riñones, las nalgas y los muslos con más de mil golpes cada uno; cuando lo desataron la sangre corría a borbotones; en cuanto estuvo libre lo tiraron sobre un canapé y los cuatro se pasaron por su cuerpo de tal forma que siempre tenía un verga en la boca, uno en el culo, uno en cada mano. Fue jodido más de veinte veces y ¡por qué vergas, santo Dios!, yo no habría podido empuñarlos.

—Me gustaría mucho —le digo a Pamphyle— encular durante la escena, me gustaría, querida amiga, que persuadieses a mi padre de que hiciese a mi madre víctima de un torneo parecido.

Pocos días después vuelvo a mi lugar de observación; mi pobre madre fue desgarrada y sodomizada con tanta fuerza que los malvados la dejaron sin movimiento encima del cojín. Pamphyle, como de costumbre, me había prestado su soberbio culo durante el espectáculo; y tengo que confesaros que jamás en mi vida había descargado de una forma tan deliciosa.

Le confesé todo a mi padre y sobre todo no le oculté el gran placer que me habían procurado sus voluptuosidades secretas.

—Habéis tratado a vuestra mujer según las ideas que yo había hecho que os sugiriesen —le digo—, tal como acababa de ver que os hacías tratar vos mismo...

—Amigo mío —me dice Borchamps—, ¿eres capaz de ayudarme en esas operaciones?

—Podéis estar seguro, padre mío.

—¡Qué!, ¿con esa mujer que te puso en el mundo?

—No se esforzó sino por sí misma, y la detesto tanto como podáis hacerlo vos.

—Bésame, amor mío, eres encantador; y puedes estar seguro de que a partir de ahora vas a gozar de los placeres más violentos que puedan embriagar a un hombre. No es sino ultrajando lo que tontamente se llaman leyes de la naturaleza como puede deleitarse uno realmente. ¡Qué!, por tu honor, ¿maltratarías a tu madre?

—Con mayor crueldad que vos, lo juro.

—¿La martirizarás?

—La mataré, si lo deseáis...

Y en este punto, Borchamps, que manoseaba mis nalgas durante esta conversación, no pudo contener su semen y lo perdió antes de podérmelo lanzar en el trasero.

—Hasta mañana, amigo mío —me dice—, mañana será el día en que te pondré a prueba. Hasta entonces ve a descansar como yo; y sobre todo, sé prudente: el semen es el alma de todas estas cosas; hay que dejar que se duplique la dosis de uno cuando se quieren cometer infamias.

A la hora indicada, mi madre pasó al cuarto de Borchamps, el villano estaba allí: la escena fue terrible. La pobre mujer se deshizo en lágrimas cuando vio que yo era uno de sus más encarnizados enemigos. Yo animaba los horrores a los que la sometían mi padre y su amigo. Borchamps quiso que aquel me enculase sobre el seno de mi madre mientras yo pellizcaba ese sagrado seno que me había dado la existencia. Vivamente acuciado por un hermoso verga en el culo, con la imaginación singularmente exaltada por el hecho de ser fornicado por un criminal de profesión, llegué más lejos de lo que me habían dicho y arranqué con los dientes la punta del pezón derecho de mi muy respetable madre; lanza un grito, pierde el conocimiento y mi padre en éxtasis se acerca a sustituir a su amigo en mi culo llenándome de elogios.

Acababa de cumplir los diecinueve años cuando por fin mi padre se abrió a mí por completo.

—Me es absolutamente imposible —me dice— soportar la presencia de esa atroz mujer; es preciso que me desembarace de ella... pero mediante terribles suplicios... ¿Me ayudarás, hijo mío?

—Hay que abrirle el vientre en cuatro partes —le digo—; me sumergiré en sus entrañas, con un hierro candente en la mano, le desgarraré, le calcinaré el corazón y las vísceras, la haré perecer a fuego lento...

—¡Hijo angelical! —me dice mi padre—. Eres un ángel para mí...

Y esta infamia, esta execración con la que debutaba en la carrera del crimen y la atrocidad, se consumó... Mi padre y yo lo realizamos mientras moríamos de placer; el bribón jodía mi trasero y masturbaba mi verga mientras yo masacraba a su mujer.

¡Cuán engañado estaba! Al prestarme a este crimen no hacía más

que trabajar en mi perdición; no era sino para volverse a casar por lo que mi padre me había hecho cortar el hilo de los días de mi madre, pero ocultó su juego con tanta habilidad que estuve más de un año sin darme cuenta de nada. Apenas me di cuenta de la trama se la confié a mi hermana.

—Ese hombre quiere perdernos, querida —le dije.

—Hace tiempo que lo sospechaba —me respondió Gabrielle—; querido hermano, te hubiera abierto los ojos si no te hubiese visto tan prodigiosamente cegado por su carácter; es nuestra ruina si no ponemos orden en todo esto. ¿Es tu alma tan firme como la mía y quieres que actuemos juntos? Mira estos polvos que me ha dado una compañera, le han servido, como nos deben servir a nosotros, para liberarse del odioso yugo de sus padres; imitémosla y si tú no te atreves déjame a mí; esta acción me la inspiró hace mucho tiempo la naturaleza, es justa desde el momento en que me la dicta... ¿Tiemblas, amigo mío?

—No; dame esos polvos: mañana estarán en el estómago del que pretende jugárnosla de esta manera.

—¡Oh!, no sueñes con que voy a cederte el honor de liberar nuestras cadenas, actuaremos juntos. Mañana voy a cenar con Borchamps, toma la mitad del paquete y, para que nuestro hombre no falle, echa tu porción en su vino mientras yo pongo la mía, muy hábilmente, en su sopa; y en tres días seremos los únicos en gozar de los bienes que la fortuna nos tiene destinados.

Un ratón no cae en la trampa tan fácilmente como cayó Borchamps en la que le tendía nuestra maldad; cayó muerto en los postres. Este funesto fin fue atribuido a una embolia y todo se olvidó.

Como tenía casi veintitún años obtuve la mayoría de edad y la tutela de mi hermana. En cuanto estuvieron arreglados todos los papeles se vio convertida en uno de los mejores partidos de Francia. Le busqué un hombre tan rico como ella, del que tuvo la habilidad de desembarazarse en cuanto se aseguró su herencia con un hijo. Pero no adelantemos los acontecimientos. En cuanto vi a mi hermana establecida le dejé al cuidado de mis bienes y le declaré el gran deseo que sentía por recorrer mundo. Convertí un millón en letras de cambio para los más famosos banqueros de Europa; después, abrazando a mi querida Gabrielle:

—Te adoro —le digo—, pero tenemos que separarnos por un tiempo. Ambos estamos hechos para llegar muy alto; adquiramos los dos más costumbres y conocimientos; después nos uniremos para siempre, porque el cielo nos ha hecho el uno para el otro; no hay que contrariar sus deseos. Ámame, Gabrielle, y estate segura de que jamás dejaré de adorarte.

—Juliette —me dice el capitán, dedicándome esta parte de la

narración— lo que habéis visto de Clairwil es más o menos la historia de toda su vida; como ya os he dicho, supo liberarse de sus nuevos lazos para vivir libre y feliz en el seno del lujo y la abundancia; sus relaciones con el ministro cimentaron sus desórdenes asegurándole la más completa impunidad. Por un momento pudisteis sospecharla culpable con respecto a vos; hacedle ahora más justicia a su corazón: jamás lo fue y el ministro no la advirtió de la suerte que os reservaba. Aquí dejo de ocuparme de ella y me limitaré a contaros únicamente mis aventuras. Cerca del desenlace sabréis cómo nos reunimos y los motivos que nos llevan a no vivir ya el uno más que para el otro en este impenetrable asilo del crimen y la infamia.

Como las diversas cortes del Norte excitaban mi curiosidad, hacia allí dirigí mis pasos. La de la Haya fue la primera que visité. Hacía poco tiempo que el estatúder se había casado con la princesa Sophie, nieta del rey de Prusia. En cuanto vi a esa encantadora criatura deseé gozar de ella; y más pronto que la declaré mi fuego la forniqué. Sophie de Prusia tenía dieciocho años, la cintura más hermosa y el rostro más delicioso que fuese posible ver; pero su libertinaje era excesivo y sus orgías tan conocidas que ya sólo encontraba hombres por su dinero. Como en seguida me di cuenta de esto, me hice valer; yo quería pagar mis placeres, pero lo bastante joven, lo bastante vigoroso como para que las mujeres contribuyesen a los gastos de mis viajes, estaba resuelto a no conceder jamás mis favores más que a aquellas que supiesen apreciarlos.

—Señora —le digo a la princesa en cuanto le hube fornicado bien durante cerca de un mes—, me imagino que sabréis reconocer el agotamiento a que llego por vos; como podéis ver, pocos hombres son tan vigorosos como yo, no hay ninguno que esté mejor dotado: todo eso se paga, señora, en el siglo en que vivimos.

—¡Oh!, ¡qué bien me hacéis!, señor —me dice la princesa—, yo prefiero teneros a mis órdenes que estar a las vuestras. Tomad —continuó mientras me daba una enorme bolsa de oro—, recordad que ahora tengo derecho a hacer que sirváis mis más extravagantes pasiones.

—Estoy de acuerdo —respondí— vuestros dones me encadenan y soy todo vuestro.

—Venid esta noche a mi casa de campo —dice Sophie—, venid solo y, sobre todo, no os asustéis de nada.

Fuese cual fuese la turbación que estas palabras produjeron en mi alma, decidí no obstante intentarlo todo, tanto para conocer a fondo a esta mujer como para sacar todavía más dinero.

Por lo tanto me presenté solo a la hora y en la casa indicadas; una vieja me introdujo silenciosamente en una habitación misteriosa en la que me recibe una joven de diecinueve años con un rostro delicioso.

—La princesa aparecerá pronto, señor —me dice con el sonido de voz más dulce y halagador—; mientras la esperamos me he encargado que obtenga vuestra palabra de honor de que jamás revelaréis ninguno de los misterios que aquí se celebren ante vuestros ojos...

—La duda de una indiscreción me ofende, señora —respondí—, me indigna que la princesa pueda concebirla.

—Pero ¿si tuviereis que lamentaros?... ¿si, por azar, no cumplieseis aquí más que el papel de víctima?

—Estaría orgulloso de ello, señora, y mi silencio no sería menos eterno.

—Una respuesta parecida me dispensaría de mis órdenes si no estuviese servilmente obligada a cumplirlas: tengo que recibir ese juramento, señor...

Lo hice.

—Y yo añado que si, por desgracia, no mantuvieseis la palabra a la que os comprometéis, que vuestro castigo sea la muerte más rápida y violenta.

—Esa amenaza es demasiado, señora; la forma en que he aprehendido las ideas no la merece en absoluto...

Emma desaparece tras estas palabras, y me deja cerca de un cuarto de hora entregado a mis reflexiones. Pronto reapareció con Sophie, y ambas en tal desorden que me convenció de que las dos zorras acababan de masturbarse.

—¡Vamos, santo cielo! —dice Sophie—, no tratemos a ese bribón con miramientos; somos sus amas puesto que lo pagamos; gocemos de él como nos plazca.

Emma se acerca y me invita a que me desnude.

—Podéis ver que somos nosotras mismas —me dice al verme dudar—; ¿dos mujeres os asustan?

Y ayudándome a despojarme de mis ropas, y hasta de mis medias, en cuanto me vieron así, me llevaron hasta una banqueta donde me hicieron inclinarme sobre las rodillas y las manos. Surge un resorte; mis miembros están agarrados y tres agudas láminas amenazan a la vez mis costados y mi vientre si hago el menor movimiento. En cuanto estoy en este estado estallan grandes risas, pero lo que acaba de hacerme temblar es ver que las dos mujeres, armadas con largos azotes de hierro, se ponen a flagelarme.

—Ven, Emma —dice Sophie—, ven, querida, ven a besarme cerca de la víctima; me gusta mezclar el amor con las angustias de ese desgraciado. Masturbémonos frente a él, corazón mío, y que sufra mientras descargamos...

La puta toca un timbre, dos muchachas de quince años, más bellas que el día, vienen a recibir sus órdenes; se desvisten y, sobre los cojines tirados por el suelo frente a mí, las cuatro tortilleras pasan una

hora sumidas en las más sucias lujurias; de vez en cuando se acercaba una para excitarme; me presentaba sus encantos en todos los sentidos y en cuanto veía la impresión que podía causarme a pesar de mi postura, huía de mí estallando en risas. Sophie, como fácilmente imagináis, jugaba aquí el papel principal; todo giraba en torno suyo; sólo se ocupaban de ella, y os confieso que me sorprendió mucho ver tantos refinamientos... tantas impurezas en tan tierna edad. Me fue fácil ver que la pasión de esta zorra, así como la de casi todas aquellas a las que les gusta su sexo, era hacerse chupar el clítoris a la vez que ella chupaba el otro. Pero Sophie no se quedó ahí, la encoñaron, la enularon con consoladores; no recibió nada que no fuese a excitarla. Y cuando la zorra estuvo bien caliente:

—Vamos —dice—, despachemos a ese gracioso.

Se reemprenden las disciplinas, se arma a las recién llegadas. Sophie recomienza y me aplica, con tanta rapidez como fuerza, cincuenta golpes con su cruel instrumento. No es posible imaginarse la tranquilidad que ponía esta arpía en la crueldad. Después de cada diez latigazos corría a descubrir en mi rostro las impresiones de dolor que necesariamente imprimían mis músculos a causa de sus enérgicos golpes; situándose después frente a mí, encargó a sus tres tortilleras que me azotasen con la misma fuerza que ella acababa de hacerlo, y se masturbó durante la ejecución.

—Un momento —dice cuando había recibido cerca de doscientos golpes—, voy a deslizarme debajo de él para chuparlo mientras volvéis a azotarlo; colocaos de forma que una de vosotras pueda devolverme la succión en el clítoris y mientras yo masturbo a otra...

Todo se ejecuta... y, lo confieso, violentamente excitado por los golpes que recibía, deliciosamente chupado por Sophie, no tardé más de tres minutos en llenarle la boca de semen; ella lo tragó, después, retirándose en seguida:

—Emma —exclamó—, es encantador, ha descargado, tengo que joderlo yo ahora...

Le preparan un consolador y he ahí a la puta en mi culo, acariciando a dos de sus tortilleras mientras que la tercera le devuelve en el coño lo que la zorra me hace en el culo.

—Que lo desaten —dijo cuando se hartó—. Venid a besarme, Borchamps —prosiguió la Mesalina—; venid a darme las gracias por esos placeres con que os he colmado y por los miramientos que he tenido para con vos. Mi dulce niño —prosiguió la Mesalina—, todo lo que acaba de ocurrir se ha debido únicamente a vuestra modestia. ¡Cómo! ¿Os habéis acostado no sé cuántas veces conmigo, y contentándoos con encoñarme como un imbécil, parecíais no ver mi culo?... Realmente es inconcebible.

—Ese deseo fue sentido por mí, señora, pero lo contuvo la

timidez.

—Tanto peor... tanto peor; la modestia es una tontería que a vuestra edad debéis corregir... ¡Y bien!, reparad esa estupidez y ahora ¿os dedicaréis un poco más a mi culo que a mi coño? (Después, mostrándolo). Ved cuán hermoso es este culo, os llama... fornicadlo entonces, Borchamps... Cogedle el verga, Emma, y metedlo en mi culo.

Mil besos a cual más ardiente sobre ese culo verdaderamente soberbio fueron mi respuesta; y mi instrumento, cascado por Emma sobre el encantador agujero, pronto supo convencer a Sophie de que yo ardía en deseos de reparar mi equivocación.

—Para —me dice la princesa—, ahora soy yo quien quiere ser tu esclava, voy a ponerme en la triste máquina de la que sales y quiero convertirme a mi vez en tu víctima. Pon en práctica tus derechos, sultán, y véngate... (Ya estaba sujeta). No me trates con miramientos, por favor; castiga a la vez mi puterío y mi crueldad...

—¡Bribona! —exclamé, adivinando sus gustos—, lo haré a latigazos.

—Eso espero —me dice—... pero antes toca la piel de mis nalgas, mira cómo llaman los golpes...

—Pues bien, que los reciban —digo, poniendo manos a la obra; y la zurré con ganas mientras la hermosa Emma me chupaba de rodillas y las dos muchachas de quince años se ocupaban de mi culo.

En cuanto el de Sophie estuvo lleno de sangre, mi instrumento furioso, penetrándole el ano, la consoló de mi barbarie.

—¡Oh!, joder —exclamó entonces—; ¡cuán delicioso es ser enculada cuando se acaba de recibir el látigo! No conozco dos cosas que casen mejor que estos dos placeres.

Entonces Emma avanza hacia su amiga; la masturba, la besa, la chupa, se masturba ella misma y los tres nadamos en un océano de delicias.

—Borchamps —me dice la princesa mientras nos arreglamos—, me parece que sois digno de mí y voy a abrirme a vos con una confianza infinitamente mayor.

A una señal se retiran las muchachas y, tras ponernos los tres alrededor de una mesa con ponche, Sophie, mientras bebíamos, nos dio el siguiente discurso:

—Quizás a las almas comunes... a los espíritus mezquinos les parezca singular que ponga en práctica los resortes de la lubricidad para sondear vuestra alma. Si por desgracia os encontraseis en el caso de esa ridícula sorpresa, quiero confesaros, querido, que jamás juzgo a los hombres a lo largo de su vida sino por sus pasiones en el libertinaje. Aquel cuya alma fogosa me muestra gustos fuertes abraza indudablemente todos los partidos violentos del interés o la ambición: la vuestra es de este tipo. Decidme pues, Borchamps, qué valor dais a

la vida de los hombres en política.

—Princesa —respondí—, ¿cuánto valía para el duque de Alba cuando quiso someter estas provincias?...

—Qué delicioso sois —dice esta ardiente mujer—, esa era la respuesta que esperaba de vos; cuento con tu valor —añadió apretándome la mano—, escucha lo que tengo que proponerte... Nieta del héroe de Europa, llevando la misma sangre que el hombre hecho para reinar sobre el universo entero, aporto a este país su alma y su energía. Creo que debes darte cuenta, Borchamps, de que no estoy hecha para no ser más que la esposa de un dux de república, y este pueblo blando, mercantil y cobarde, nacido para llevar cadenas, debe honrarse con las mías. Estoy de acuerdo en reinar sobre él, pero es preciso que el trono, levantado sobre estas húmedas llanuras, se moje con sus lágrimas y se construya con su oro. Cien batallones armados aseguran mi proyecto; mi tío los envía y yo reino por ellos. Esta revolución no proscribire la cabeza de mi esposo; es digno de mí y la sangre del bátavo, derramada a chorros, cimentará el trono donde pretendo asentarle. Así pues no te estoy ofreciendo el cetro al que aspiro; te propongo el puesto de aquel que debe asegurarlo: tú serás nuestro consejero, nuestro apoyo, nuestro ministro; las proscripciones serán dictadas, ejecutadas por ti. Sabes bien que este puesto exige valor, ¿tienes el necesario? Responde sin turbarte.

—Señora —le digo a la princesa tras unos minutos de reflexión—, antes de pensar en ese asombroso acto de poder y autoridad, ¿estáis segura de cómo verán las potencias vecinas esa revolución? Los franceses, ingleses, españoles, las mismas potencias del Norte, que no os ven sino como corredores de dinero y comerciantes, ¿considerarán con sangre fría a unos rivales y vencedores?

—Estamos seguros de Francia; nos reímos del resto. Convertidos en soberanos de las Provincias-Unidas y con nuestras armas extendidas por los tres reinos, pronto los someteremos. Todo tiembla ante un pueblo guerrero: el nuestro lo será. No se necesita más que un gran hombre para someter el mundo: tengo el espíritu de ese gran hombre, Frederic supo dármelo. Estamos hartos de pertenecer a cualquiera que nos desee y de ser a los ojos de Europa sólo la presa del primer conquistador.

—¿Soportarán los holandeses, armados para oponerse a las crueldades de España, vuestra tiranía?

—Como el Duque de Alba, erigiré un tributo de sangre: este es el único medio de domar a un pueblo.

—Todos vuestros súbditos huirán.

—Tendré sus bienes. Y además, ¿qué me importa la huida de los rebeldes si los que se quedan permanecen sumisos? No se trata tanto de reinar temblando sobre muchos hombres como de reinar

despóticamente sobre un pequeño número.

—Sophie, te considero cruel y mucho me temo que tu ambición sólo se enciende en los fuegos de la lubricidad[101].

—Casi todos los vicios no tienen sino una causa en el corazón del hombre: todos parten de su mayor o menor inclinación a la lujuria. Esta inclinación, volviéndose feroz en un alma enérgica, arrastra al ser aislado en la naturaleza a mil horrores secretos... a aquel que gobierna sobre los otros a mil crímenes políticos.

—¡Oh Sophie!, me explico tu ambición; en ti no es más que el deseo de perder semen con un poco de calor.

—¿Qué importa el sentimiento que la hace nacer desde el momento en que existe y que reina? Pero, amigo mío, si razones, dudas; y si dudas, tiembblas, y desde ese momento ya no eres digno de mí.

Sintiendo dentro de mí un cosquilleo singular ante las proposiciones que se me habían hecho y viendo en ellas, así como Sophie, medios seguros para ejercer mi ferocidad natural, lo prometí todo. Sophie me abraza, me hace repetir los juramentos sobre el más absoluto secreto y nos separamos.

Apenas volví a mi casa me di cuenta de todo el peligro que encerraban los compromisos que acababa de contraer y viendo tantos inconvenientes en romperlos como en mantenerlos pasé la noche en la más terrible perplejidad. Ya está hecho, me digo, soy un hombre perdido, ya no me queda sino la huida. ¡Oh Sophie!, ¿por qué no me propusiste crímenes individuales? Los hubiese cometido todos con alegría: una cómplice como tú me habría asegurado la más completa impunidad y mi alma no hubiese temblado ante nada. ¡Pero exponerme a cualquier cosa para no ser más que el agente de tu despotismo!... No cuentes conmigo, Sophie. Quiero cometer crímenes para favorecer mis pasiones, ninguno para servir las de los otros. Cuando te llegue mi negativa, acusa al que te la ha dado menos de pusilanimidad como de grandeza de alma...

Apresurándome a huir al punto, gané el puerto más próximo a Inglaterra, y pocos días después me encontraba en Londres.

Con lo que me gustaba cometer crímenes me sentí por un momento molesto por no haber aceptado los medios políticos que me ofrecía Sophie para realizar muchos; pero no veía claro en los proyectos de esta atrevida mujer y, por otra parte, prefería operar por mi cuenta antes que por la de un individuo coronado.

Una vez en Londres me alojé en Picadilly donde, al día siguiente, tuve la desgracia de que me robasen todo el dinero contante que poseía. Esta pérdida era tanto más terrible para mí cuanto que acababa de realizar todas mis letras de cambio en la Haya. Provisto con recomendaciones para diferentes señores de la ciudad, no tuve

más remedio que apresurarme a acudir a ellos y dar parte del triste acontecimiento que acababa de sufrir, implorando alguna ayuda al menos hasta el momento muy cercano en que mi hermana me enviase fondos.

Por lo que yo había oído contar acerca de Lord Burlington me decidí a ir primero a su casa. En cuanto leyó mis cartas le conté mis desgracias; no hubo ningún tipo de servicio que este buen inglés no me ofreciese. Aunque Burlington no fuese muy rico me ofreció de entrada mil guineas y nunca quiso que me alojase en otro lugar que no fuese su casa. Acepté tanto más gustosamente cuanto que ya veía dentro de esta honrada familia infinitos medios de pagar con crímenes el reconocimiento que yo debía a este benefactor.

Antes de llegar a los detalles de estas pequeñas infamias secretas, es esencial daros alguna idea de los personajes con los que me encontraba.

Burlington, el más franco, el más servicial de los hombres, podía tener unos cincuenta años; bondad, franqueza, poca inteligencia, mucha dulzura, a la vez un bobo y un hombre amable, tal era el retrato del buen lord. Un yerno y dos hijas componían el resto del hogar. Tilson, de veinte años, acababa de casarse con la mayor de las hijas, más o menos de la misma edad. La naturaleza ofrece pocos modelos de una pareja tan deliciosa: encantos, gracias, ingenuidad, candor, piedad, prudencia, tales eran las características de este matrimonio encantador, y la suma de tantas virtudes consolaba a Burlington de los defectos a los que desgraciadamente se entregaba miss Cléontine, la menor de sus hijas, de dieciocho años a todo lo más, y la criatura más hermosa que sea posible ver. Pero la maldad, la perfidia del más excesivo puterío, estos eran los vicios de los que nadie podía corregir a Cléontine, mil veces más feliz con sus defectos, se atrevía a decir, de lo que jamás lo sería Clotilde, su hermana, con sus aburridas virtudes.

Tan pronto como desvelé el delicioso carácter de esta muchacha me enamoré, tanto como podía estarlo un hombre tan corrompido como yo; pero como su padre me había confiado todas las penas que le procuraba esta jovencita, me veía obligado a una infinita moderación.

A pesar de las tumultuosas impresiones que Cléontine despertaba en mi alma, no se me escapaban el bonito rostro de Tilson y las gracias de su joven esposa, y si Cléontine me inspiraba los más libertinos deseos, su cuñado y su hermana hacían nacer en mí los más sensuales. Le suponía a Tilson el culo más hermoso del mundo y ardía en deseos de fornicarlo, así como tenía la fantasía de hacerle otro tanto a su voluptuosa esposa. Abrasado por estas diferentes pasiones, creí que la mejor forma de satisfacerlas era empezando por Cléontine.

Como todo lo que puede apresurar la derrota de una mujer se encontraba a la vez en el alma de aquella a la que yo atacaba y en mis medios de seducción, la pobre niña pronto fue mía.

No había nada más fresco, más relleno, más bonito que todas las partes del cuerpo de esta encantadora muchacha, no había nada más elocuente que la voz de sus pasiones, nada más lúbrico que su cabeza. En honor de la verdad, hubo un momento en que me creí más prudente que ella: y fácilmente podéis imaginar que desde ese momento no hubo ninguna restricción en los placeres de que gozábamos; y Cléontine me confesó que cuanto más parecía contrariar las leyes de la naturaleza una voluptuosidad suya, más cosquilleaba su lubricidad.

—¡Ay! —me decía un día—. ¡Estoy en un punto en que ya no encuentro voluptuosidades suficientemente fuertes para contentarme!

Entonces su bonito culo fue atacado al instante y los placeres que me proporcionó de esta manera fueron tan vivos, tan bien compartidos por ella, que convinimos en no conocer otros.

Estaba tan encadenado a los encantos de esta bella muchacha que pasó un año sin que osase comunicarle mis proyectos o, al menos, sin que pensase en ellos, ¡tan vivamente interesado estaba por ella! Entretanto había recuperado mis fondos, estaba libre de deudas con Burlington y para mejor llevar a cabo mis proyectos, y no queriendo alojarme en su casa, había tomado un apartamento junto a esta... Él, su familia, sus hijas, venían a verme todos los días y pronto fue tan grande la intimidad que por toda la ciudad corrió el rumor de mi matrimonio con Cléontine. ¡Cuán lejos estaba yo de semejante locura! Yo quería divertirme con una criatura como ella, pero casarme con ella... jamás. Sólo lady Tilson excitaba ese deseo en mí: una esposa, me decía, no está hecha más que para servirnos de víctima, y cuanto más romántico es su tipo de belleza mejor cumple los requisitos para ese papel: esa es Clotilde... ¡Oh!, ¡cómo me empalmaba pensando tenerla bajo mis cadenas! ¡Qué interesante debe estar cubierta de lágrimas! ¡Qué delicias se deben sentir haciéndolas brotar de sus hermosos ojos!... ¡Oh, Clotilde! ¡Que seáis desgraciada si nunca llegáis a pertenecerme!...

Una vez formados estos proyectos, ya no cultivaba a Cléontine más que para que me sirviese en ellos. Para llegar a realizarlos creí que lo mejor sería calentarle los cascos con su cuñado y a continuación despertar los celos de la joven. Cléontine me confesó que alguna vez había deseado a Tilson, pero que lo había encontrado tan tonto y tan virtuoso que sus proyectos acerca de él se desvanecieron tan pronto como los había concebido.

—¡Y qué importancia tiene el alma! —respondí—. Desde el momento en que un individuo está ornado con la belleza está hecho

para que se desee su goce. Aquí donde me ves, Cléontine, creo que Tilson tiene el culo más hermoso del mundo y ardo en deseos de fornicarlo.

Esta idea divirtió a mi amante. A ese precio lo acepta todo; se hace lo que se quiere con una mujer cuando se la excita. Sin embargo los celos la detuvieron; temía que al estar enamorado del marido quizás me volviese también de la mujer; me preguntó...

—¡Vamos, vamos! —respondí, creyendo prudente disimular—, esa idea es extravagante; mis fantasías se pierden en un guapo muchacho, no se trata en este caso sino de un sentimiento material; pero en cuanto se trata de una mujer, mi amor por ti, Cléontine, no me permite ningún extravío...

Mis cumplidos, la irregularidad de mis caprichos, todo sedujo a Cléontine; me sirvió; no la pedía más. Al cabo de un mes, el que yo amaba estaba en brazos de mi amante; lo vi en ellos, lo acaricié, lo jodí; pasó otro mes con la ilusión de las escenas de este libertinaje, y pronto, harto de los dos, ya no pensé sino en perderlos, sumar a mi benefactor a las víctimas y raptar a Clotilde... llevarla al último rincón del universo, para saciarme con ella de los divinos placeres que de esta esperaba.

Como la joven adoraba a su marido me fue fácil prender en su alma la chispa de los celos: lady Tilson me creyó y desde el momento en que ya no necesitaba convencerla se me allanó el camino.

—Cléontine —le digo un día a mi voluptuosa puta—, ¿tengo que confesártelo, amor mío?, deseo ardientemente casarme contigo. La semejanza de nuestros caracteres me hace creer que juntos seríamos muy felices. Pero tú no tienes nada, yo soy rico y sé que por delicadeza no me querrías al estar desprovista de los dones de la fortuna. Cléontine, hay un medio para conseguir que esa fortuna caprichosa te sea favorable y precipitar sus dones. Sólo veo tres personas que limitan tus riquezas... (y como me di cuenta de que Cléontine se embriagaba con el placer del veneno que yo destilaba en su alma, duplicaba valientemente la dosis). No hay nada más fácil, continué, que desembarazarnos de Tilson. Su mujer es colérica, violenta, extremadamente celosa; no sabrá las infidelidades de que es culpable su marido contigo sin desear ardientemente vengarse. Yo le aconsejaré, tú le proporcionarás los medios: dentro de ocho días veo a Tilson en la tumba de sus padres. Tu hermana es virtuosa, vengativa, su alma honrada no alimentaría sola los proyectos que yo le sugeriré, pero ofrecidos calurosamente por mí, los aceptará, puedes estar segura...

—¿Y los otros? —me dice bruscamente Cléontine.

—¡Ah, bribona! —le digo abrazándola—. ¡Cada instante que pasa me demuestra que la naturaleza nos ha creado al uno para el otro!...

Ángel mío, así es como nos desharemos de ellos. Tan pronto como, siguiendo mis consejos, Lady Tilson se haya deshecho de su esposo, desvelaré toda la intriga a su padre quien, apremiado a instancias mías, la hará encerrar al momento, estoy seguro. A partir de ese momento, un defensor, totalmente sobornado por mí, abrazando con calor la causa de Clotilde, hace recaer sobre el padre el asesinato del yerno y la detención de la hija... Los testigos, las declaraciones, las pruebas: en Londres todo eso se consigue con guineas, como con luisen en París. Antes de quince días Burlington está en las cárceles de la justicia.

—¿Tu benefactor?

—Qué importa, Cléontine: es un obstáculo para nuestros proyectos, y ya sólo lo veo como un enemigo. Una vez que tu padre es encerrado, condenado (lo será, Cléontine, antes de un mes), sube a la horca. Tan pronto esté muerto, digo, y tu hermana libre, nosotros nos marchamos. Dejamos Inglaterra, me caso contigo y considera con qué facilidad caerá la última cabeza que impide que seas la única en poseer los bienes de Burlington.

—¡Oh, amigo mío!, ¡tú eres un criminal!

—Soy un hombre que te adora, Cléontine, que arde en deseos de verte rica y de casarse contigo.

—Pero mi padre... todo lo que ha hecho por ti...

—No significa nada su desaparición frente a los sentimientos que profeso por ti; tengo que poseerte, Cléontine: no hay nada que no sacrifique para lograrlo.

La ardiente criatura me llena de agradecimiento, de besos; jura ayudarme y chorros de semen, lanzados en ese momento, cimentan juramentos que estoy lejos de querer mantener.

Sin embargo, como toda la primera parte de mi proyecto me llevaba al desenlace que después yo cambiaría, no tardé en poner en práctica esa primera parte. Me cuido de que Clotilde sorprenda a su marido en brazos de su hermana. Y los consejos que recibe de mí no son sólo para vengarse de la infidelidad del marido, sino para inmolarnos a los dos.

—Tal deseo me concierne —le digo—, estoy demasiado ultrajado por lo que se ha hecho con vos para no sacrificar a aquellos que os ultrajan. Vuestra vida ya no estaría segura con semejantes parientes; consentid en que los inmoles, si no deseáis perecer vos.

Un expresivo silencio es la respuesta de Clotilde; y el mismo brebaje la deshace a la vez de una hermana y un esposo... Yo había fornicado con los dos por la mañana.

Empiezo entonces la segunda parte de mi proyecto.

—¡Oh, Clotilde! —le digo con pavor—. Esas dos rápidas muertes aterran a vuestro padre; temo que se despierte en su alma la sospecha;

se ha enterado de vuestros motivos de queja: ¿por qué no iba a atribuir a vuestra venganza la pérdida de su yerno y su hija? Ahora bien, si lo hace estáis perdida; entonces preparaos para la mejor defensa, si esa desgracia sobreviene...

A partir de ese momento la sospecha que hago temer a Clotilde la siembro hábilmente en el espíritu de su padre.

—No busquéis en otra parte, sino en Clotilde, al asesino de Tilson y Cléontine; ¿quién sino ella tendría un interés más poderoso en tal horror? Y si, como no podéis dudarlo, esa desgraciada ha podido despreciar hasta tal punto sus deberes y la todavía más poderosa voz de la naturaleza, imaginad el peligro que significa para vos mantener a semejante serpiente en vuestro seno...

Añado falsas pruebas a esas aserciones calumniosas; milord se convence; su hija es detenida. Mis defensores asalariados vuelan ante Clotilde; no les cuesta ningún trabajo persuadirla de cuán necesaria se hace la recriminación: se pone en manos de lady todo lo preciso para apoyarla. Esta interesante criatura les dice que me ruega que no la abandone: su mano, si yo la deseo, será mi recompensa. Le respondo de mi fidelidad. Burlington, sospechoso del crimen que atribuye a su hija, es llevado ante los tribunales; se le acusa, gracias a mis cuidados e instigaciones, de haberse deshecho traidoramente de su yerno... y de su hija y de haber hecho encerrar a Clotilde como culpable de un crimen que solo él ha cometido. Un mes basta para la instrucción de un proceso que tanto alboroto causó en Londres; y en este corto intervalo, yo tengo la dulce satisfacción de romper las cadenas del principal motor de mis terribles fechorías y de ver expirar a su víctima.

—Clotilde —exclamé en cuanto el agradecimiento condujo a mis pies a esta hermosa mujer—, apresúrate a apoderarte del bien de tu padre; como no tienes hijos de Tilson no puedes pretender desgraciadamente el de este, pero recoge el que te pertenece y marchémonos. Quizás se abriesen algunos ojos ante nuestra conducta, no demos tiempo a que esto ocurra y huyamos con prontitud.

—¡Oh, Borchamps! ¡Cuán terrible es para mí deber la vida a la muerte de mi padre!

—Apaga inmediatamente ese imbécil remordimiento —me apresuré a responder a mi encantadora amante—; piensa en que tu padre sólo deseaba perderte y que todo está permitido para conservar la vida.

—Al menos, Borchamps, ¿secará mis lágrimas tu mano?

—¿Acaso lo dudas, ángel mío?

—¡Ah! Que mañana celebre la ceremonia un sacerdote; que los más dulces placeres del himeneo sean nuestro premio ese mismo día y que el siguiente alumbre nuestra rápida evasión de un país donde el

resultado del desgraciado asunto por el que acabamos de pasar podría quizás volverse en cualquier momento en contra de nosotros.

Todo se ejecuta como yo deseo y Clotilde es mi mujer... Hacía muy poco tiempo que había perdido a su esposo para atrevemos a publicar nuestros lazos, pero no por ello recibieron menos la sanción de las leyes divinas y humanas.

En este punto tengo que advertir que no se debe considerar a Clotilde culpable de todas las acciones que acaban de ser narradas. Instrumento pasivo de mis fechorías, no era sin embargo la causa de ellas. Esta dulce y encantadora mujer dista mucho de poder ser tachada de criminal en todo lo ocurrido: el asesinato de su hermana y su marido, al que sólo había consentido con su silencio, no era más que obra mía; todavía menos culpable era de la muerte de su padre, y sin mis seducciones, mis instigaciones, mis falsas pruebas, habría perecido mucho antes que Burlington...

A los ojos de aquellos a los que les hablo de ella, Clotilde no debe perder nada del primitivo carácter de candor, de pudor y de amabilidad que le atribuyo en esta historia. El remordimiento, a pesar de todo lo que yo pudiese decirle, no la abandonó jamás: la forma en que conseguí el amor que me profesó calmó no obstante por algún tiempo ese estado de aflicción. Pero lo digo una vez por todas, para que lo recordéis, vedla siempre arrepentida durante todo el relato que se refiera a ella. Al estar Clotilde en tal situación era mil veces más excitante para mí y me inspiró las cosas más extraordinarias del mundo. ¿Quién lo creería? Incluso antes de gozar de sus encantos quise que fuesen profanados. Tan pronto fue mi mujer se me empalmaba con la doble idea de no joder con ella esa noche sino en el burdel y de prostituir sus atractivos al primero que llegase.

Desde que estaba en Londres había entablado amistad con una famosa alcahueta en cuya casa me desquitaba, con las más hermosas zorras de la capital, de la aburrida duración de una intriga permanente. Me dirijo a miss Bawil, le hago partícipe de mis resoluciones; me promete que ayudará a su éxito: pongo como condición que los libertinos a los que sea entregada Clotilde se contenten con caricias y malos tratos. Una vez concertado todo por una parte y por otra, animo a Clotilde tras la ceremonia a ir a consumir nuestro matrimonio a la casa de una amiga mejor que no a una rodeada de cipreses y cubierta de duelo. Clotilde, totalmente confiada, llega a casa de miss Bawil, donde se sirve un gran festín. Cualquier otro menos malvado que yo hubiese gozado de ese momento de felicidad ahogando las penas de Clotilde e infundiendo en ella cierta alegría por el hecho de pertenecerme. La pobre imbécil me besaba tierna y feliz cuando súbitamente entran tres criminales pagados, puñal en mano.

—¡Huye! —me dicen—, y déjanos a esta mujer, queremos gozar de ella antes que tú...

Me escapo y paso a un cuarto desde donde puedo verlo todo. Clotilde, casi desvanecida, es desvestida rápidamente por estos libertinos que la exponen desnuda a mis miradas. De ellos recibo la encantadora vista de los atractivos de Clotilde y la pérfida mano del libertinaje sustituye a las delicadezas del amor. Sólo profanadas de esta forma aprecié las gracias con que la naturaleza había embellecido a esta divina criatura; y sólo así se ofreció a mis ojos lascivos el culo más hermoso del mundo. Entretanto me masturbaba una soberbia cortesana y a una señal convenida los ultrajes se duplicaron. Clotilde, firmemente sujeta sobre las rodillas de uno de ellos, fue flagelada por los otros dos, después condenada a las penitencias más lúbricas y humillantes. Fue obligada a lamer el agujero del culo de uno mientras acariciaba a los otros dos. Su rostro... ese conmovedor emblema de su alma sensible... su seno, ese seno de rosas y lirios, recibieron los chorros impuros del ardor de esos criminales, los cuales, siguiendo mis órdenes y para humillar todavía más la virtud de esa criatura encantadora, llevando los ultrajes al máximo, acabaron meándole y cagándole los tres en el cuerpo, mientras yo enculaba a otra puta que me habían dado para que acabase de excitarme durante esta escena. Entonces, dejando sin haber descargado el hermoso trasero de esta segunda muchacha, vuelvo a la sala del festín espada en mano; aparento traer gente, libero a Clotilde, los criminales comprados por mí se salvan y lanzándome con falsedad a los pies de mi bella:

—¡Oh alma mía querida! —exclamé—. ¿No he llegado demasiado tarde? ¿No han abusado esos monstruos?... ¿Abusado?...

—No, amigo mío —responde Clotilde—, que me limpien y arreglen, no, no, tu mujer todavía es digna de ti... humillada, maltratada, no hay duda, pero no deshonrada... ¡Oh!, ¿por qué me has traído a esta casa?

—¡Ah!, tranquilízate, ya no hay peligro. Miss Bawil tiene enemigos que la han sorprendido a ella misma; pero ya he presentado mi denuncia, la casa está libre; y nosotros podemos pasar seguros el resto de la noche.

No fue fácil tranquilizar a Clotilde, por fin se avino a razones y nos acostamos. Muy excitado por la escena que acababa de provocar, increíblemente electrizado por tener así a la belleza, a la virtud mancillada en mis brazos, hice prodigios de energía... Si bien esta encantadora criatura no tenía la desordenada imaginación de su hermana, reparaba esta falta con un espíritu más justo, más ilustrado y con rasgos de belleza infinitamente excitantes. Era imposible ser más blanca, estar mejor hecha, imposible tener atractivos más graciosos y frescos. Clotilde, absolutamente nueva en los placeres de la lubricidad,

ignoraba hasta la posibilidad de abrir el camino desviado de Citeres.

—Ángel mío —le digo—, un esposo tiene que encontrar primicias el día de su noche de bodas; ya que sólo tengo estas —le digo tocando el agujero de su culo— no debes negármelas.

Me apodero de ella diciendo esto y la sodomizo cinco veces, volviendo siempre a descargar en el coño... Este es el momento en que Clotilde, más feliz o más ardiente conmigo que con Tilson, engendró una hija infortunada que mi inconstancia y abandono jamás vieron nacer.

Al día siguiente me encontraba tan cansado de mi diosa que, si sólo hubiese consultado con mis sentimientos, Clotilde no hubiese salido jamás de Londres; pero convencido de que esta criatura podría serme útil en mis viajes, nos preparamos para la marcha. Gracias a mis cuidados Clotilde obtuvo todas sus posesiones; toda su fortuna se reducía a doce mil guineas y, llevándolas con nosotros, abandoné Londres dos años después de haber entrado en esta ciudad.

Perseverando en mi idea de visitar las cortes del Norte, nos dirigimos a Suecia. Viajábamos juntos desde hacía diez semanas cuando un día Clotilde, volviendo sobre nuestras aventuras, quiso dirigirme algunos reproches por la violencia de los medios de que me había servido para poseerla. A partir de ese momento adopté con mi querida esposa un tono que la convenció de que yo consentía en hacerle cometer crímenes, pero no en verla arrepentirse de ellos. Las lágrimas de Clotilde se redoblaron; entonces le desvelé todo lo ocurrido.

—Todo lo ocurrido —le digo— es obra mía; el deseo de desembarazarme de vuestra hermana y vuestro marido, demasiado jodidos por mí; el de joderos también a vos y obtener vuestros bienes matando a vuestro padre: estas son, querida, las verdaderas causas de todas mis instigaciones. Por lo que podéis ver que todos mis esfuerzos han sido en mi propio interés y de ninguna manera en el vuestro. Creo útil añadir a esto, ángel mío, que al ser mi intención lanzarme a una carrera desordenada, os he unido a mi suerte sólo para favorecer mis extravíos y de ninguna manera para contrariarlos.

—En ese caso, señor, ¿qué diferencia establecéis entre este papel y el de un esclavo?

—Y vos, ¿qué diferencia establecéis vos entre una esclava y una mujer... esposa?

—¡Ah, Borchamps! ¡Por qué no os pronunciasteis de esta forma desde el primer día que os vi!, ¡y qué amargas son las lágrimas que me forzáis a derramar sobre mi desgraciada familia!...

—Basta de lágrimas, señora —le digo con dureza—, y de ilusiones con respecto a vuestra suerte; exijo de vos una sumisión tan completa que si en este momento me apeteciese parar el coche para haceros

masturbar el verga del postillón que lo conduce, tendríais que hacerlo o yo os saltaría la tapa de los sesos.

—¡Oh!, Borchamps, ¿es esto acaso amor?

—Pero es que yo no os amo, señora, jamás os he amado; sólo quería vuestros bienes y vuestro culo, tengo uno y otro, y quizás tenga excesivamente del último.

—¿Entonces la suerte que me espera será sin duda la de Cléontine?

—Creo que pondré menos misterio en ella y seguramente mayores refinamientos.

Llegados a este punto Clotilde quiso emplear las armas de su sexo: se inclinó hacia mí para besarme, llena de lágrimas; la rechacé duramente.

—Hombre cruel —me dice, casi ahogada por sus sollozos—, ofende a la madre si quieres, pero respeta al menos la triste criatura que debe la vida a tu amor: estoy embarazada... y te suplico que nos detengamos en la primera ciudad, porque me encuentro muy mal.

Nos detuvimos efectivamente y Clotilde, guardando cama desde el primer día, cayó seriamente enferma. Impaciente por no poder continuar mi camino y verme retrasado por una criatura que empezaba a repugnarme tanto más cuanto que me horrorizaban las mujeres embarazadas, iba a decidirme a dejarla allí caritativamente, cuando una viajera, alojada cerca de la habitación en que estábamos nosotros, mandó a una persona para rogarme que pasase un momento a su cuarto. ¡Dios!, ¡cuál no sería mi sorpresa al reconocer a Emma, la bonita confidente de Sophie, princesa de Holanda, de la que os hablé hace un momento!

—¡Vaya encuentro, señora! —exclamé—, ¡cómo se lo agradezco a la fortuna! ¿Pero estáis sola?

—Sí —me respondió esta encantadora criatura—, como vos huyo de una amante insaciable, ambiciosa y a la que no se puede servir sin perderse uno mismo. ¡Oh, Borchamps!, ¡menos mal que escogisteis vuestro partido! No sabéis lo que os tenía preparado su pérfida política. Era falso que su esposo compartía lo que ella meditaba; su intención era deshacerse de él utilizándoos a vos y hubiese sido vuestra perdición si el golpe no hubiese tenido éxito. Desesperada por vuestra huida continuó alimentando sus pérfidos propósitos durante dos años, al cabo de los cuales quiso que fuese yo quien se encargase del asesinato que ella preparaba. Si sólo se hubiese tratado de un crimen ordinario lo hubiese ejecutado sin dudar, porque el crimen me divierte; me gusta la sacudida que da a la máquina, su efervescencia me deleita, y como no tengo ningún prejuicio, me entrego a él sin remordimientos; pero una acción tan importante como esa me hizo temblar y he hecho como vos, para no convertirme en su

víctima una vez que me negué a ser su cómplice...

—Encantadora criatura —digo besando a Emma—, prescindamos de cualquier ceremonial; es inútil ya que nos conocemos muy de cerca. Por tanto, déjame que te repita, querido ángel, que es imposible estar más contento de lo que lo estoy yo por encontrarte. Vigilado por la exigente Sophie, no podíamos entregarnos a lo que sentíamos el uno por el otro; nada nos lo impide aquí...

—No opino igual —me dice Emma—, pues vos tenéis una mujer junto a vos... ¿Puede saberse quién es la mujer?

—La mía.

Y me apresuro a contarle a mi nueva amiga toda mi historia de Londres y mis granujadas con la familia Burlington, cuyo último vástago soportaba aquí. Emma, tan zorra como yo, se rio mucho con esta aventura y me pidió la dejase ver a mi tierna esposa.

—Hay que dejarla aquí —me dice—. Apuesto a que te convengo infinitamente más que esa tipa; yo no exijo ningún sacramento: siempre he detestado las ceremonias de la Iglesia. Aunque nací noble, me perdí desgraciadamente por mis excesos y mi unión con Sophie, y no te pido ningún título sino el de tu amante y más querida amiga... ¿Cómo están tus finanzas?

—En la mejor situación. Soy infinitamente rico y no sé lo que es la miseria.

—Eso sí que me desola; tengo cien mil escudos, contaba con ofrecértelos; entonces, de alguna forma, dependerías de mí y esos lazos me hacían feliz.

—Emma, te agradezco tu delicadeza, pero jamás me habría encadenado contigo de esa forma; mi alma es demasiado elevada para querer depender de una mujer: es preciso o que me sirva de ellas o que las domine.

—¡Muy bien! Entonces seré tu puta, ese papel me divierte: ¿cuánto me darás al mes?

—¿Cuánto te daba Sophie?

—El valor de cien luises franceses.

—Te los doy; pero ¿serás fiel y sumisa?

—Como una esclava.

—Desde ahora mismo tienes que entregarme tus fondos; no debe quedar en tus manos ningún medio para engañarme.

—Aquí están —me dice Emma, trayendo al momento su cofre.

—Pero, ángel mío, ¡has tenido que robar esta suma! Es imposible que cien luises al mes puedan originar una fortuna como esta.

—¿Crees que he dejado a esa Mesalina sin antes acariciar su tesoro? Habría sido una imbécil.

—¿Y si yo te correspondiese con lo mismo que tú has hecho?

—Borchamps, te amo, todo es tuyo; no pongo un depósito en tus

manos, sino una donación, y mis favores tienen una sola condición.

—¿Cuál es?

—Quiero que nos desembaracemos en seguida de esa enojosa criatura que arrastras tras de ti: es absolutamente necesario que nos divirtamos con ella.

—¿Entonces me pagas su muerte?

—Sí, los cien mil escudos tienen ese precio.

—Bribona, eres deliciosa; esa idea me divierte infinito; pero hay que hermostrar ese proyecto con algunos episodios fuertes.

—¿Aunque esté enferma?

—¿No es nuestro objeto hacerla estirar la pata?

—Claro.

—¡Pues bien! Sígueme, voy a presentarte a ella como una esposa irritada que viene a reclamar mi mano; me excusaré por el violento amor que concebí hacia ella, única causa del secreto en que había guardado tal hecho; tú prorrumpirás en amenazas: me veré obligado a declararle que la abandono, y la pobre mujer con su fruto morirá de pena.

—¿Está embarazada?

—Sí.

—¡Oh! ¡Será delicioso!...

Y en los inflamados ojos de Emma vi cómo se excitaba esta malvada; la puta no se detiene aquí, me besa y su semen sale... Entramos.

Una vez en la habitación de Clotilde desempeñamos tan bien nuestro papel que la pobre desgraciada se tragó el veneno hasta la hez. Emma, ingeniosa, guasona y malvada, sostuvo que yo la había robado cuando huí de ella y que nada de lo que se hallaba en ese apartamento debía pertenecer a esa aventurera. Convine en todo y mi triste esposa, dándose cuenta de la terrible situación que la amenaza, vuelve su hermosa cabeza para ocultar su llanto.

—Ya no os dejo, traidor —dice enérgicamente Emma—, sólo quedándome aquí puedo reclamar mis derechos; ya no salgo de aquí.

Traen la comida al cuarto de la pobre enferma. Emma y yo damos buena cuenta de ella: pedimos los mejores vinos mientras la infortunada Clotilde, robada, despojada hasta el último céntimo, sólo tendrá pronto por todo alimento su desesperación y sus lágrimas. Una vez comidos, celebramos el placer de reencontrarnos a los pies de la cama de la moribunda.

Emma era de lo más bonito: veintiún años, un rostro voluptuoso, un talle de ninfa, unos ojos negros hermosísimos, una boca fresquísimas, perfectamente dibujada, la piel más bella, el pecho y las nalgas torneadas, libertina además hasta el extremo, con toda la sal, todo lo excitante de la lubricidad cruel. Jodimos deliciosamente de

todas las maneras, divirtiéndonos con el espectáculo, verdaderamente excitante, de las crueles angustias de mi mujer, de su desesperación y sus gritos.

Emma quiso que mientras yo la enculaba su desgraciada rival nos mostrase sus nalgas. Apenas podía moverse pero tuvo que obedecer. Palmoteé ese hermoso culo que hasta hacía poco me deleitaba y que tan cruelmente abandonaba ahora... La golpeé con tal violencia que la pobre mujer, debilitada por el dolor y la enfermedad, se quedó inmóvil en la cama.

—Hay que degollarla —digo entrando y saliendo en Emma con todas mis fuerzas.

—Guardémonos de hacer tal cosa —me respondió esta hermosa muchacha llena de inteligencia y de imaginación—; es mucho más delicioso abandonarla aquí, echar a perder su reputación en el albergue y estar seguros de que dejándola así sin recursos perecerá de miseria o se echará en brazos del libertinaje...

Como esta última idea me hizo descargar prodigiosamente, nos preparamos para partir. Tuvimos buen cuidado en llevárnoslo todo; despojamos a Clotilde hasta el punto de dejarle sin camisa; le arrancamos hasta sus sortijas, sus pendientes, sus zapatos, en una palabra, se quedó desnuda como el día que vino al mundo; la desgraciada lloró y me dirigió las palabras más tiernas.

—¡Ay de mí! —me decía—; excepto asesinarme no podíais haber llevado más lejos la barbarie conmigo. ¡Ah!, que el cielo os perdone como yo lo hago; y cualquiera que sea el camino que vayáis a recorrer, recordad alguna vez a una mujer que no cometió jamás otra falta que amaros demasiado.

—Bien, bien —le dice Emma con crueldad—, eres joven, no tienes más que menear vergas y ganarás dinero. Danos las gracias en vez de censurarnos; podríamos arrancarte la vida, te la dejamos.

Cuando íbamos a marcharnos, Emma fue a hablar con la gente del albergue.

—La criatura que os dejamos allí arriba —les dice— es una puta que me quitaba a mi marido; el azar ha hecho que los encuentre aquí; recupero mis derechos y, con su persona, todos los efectos que me sustraía esa zorra. Aquí está su cuenta hasta hoy, ahora haced de ella lo que queráis; nosotros le dejamos más de lo necesario para pagaros y volver a su patria. Aquí está la llave de su habitación, adiós...

Una noche con seis caballos nos alejaba con demasiada rapidez para que pudiésemos llegar a saber la continuación de una aventura en la que no tuvimos el menor interés a partir de ese momento.

—He aquí una excelente historia —me dice Emma— que me desvela tu carácter y te une a mí. ¿Qué va a ser de esa tipa?

—Pedirá limosna o meneará vergas; qué nos importa.

Y para dar otro giro a la conversación rogué a Emma que me diese alguna luz sobre su persona.

—Nací en Bruselas —me dice esta hermosa mujer—, es inútil desvelaros quién es mi familia; básteos saber que mis padres ocupan los primeros puestos de esta ciudad. Muy joven fui sacrificada a un esposo que no podía soportar; el que yo amaba le buscó querella y lo asesinó por la espalda cuando iba a buscarle para batirse con él... Estoy perdido —me dice mi amante—, he ido demasiado lejos en mi venganza; ahora tengo que huir, sígueme si me amas, Emma; tengo lo suficiente para que vivas holgadamente el resto de tus días... ¡Oh!, Borchamps, ¿podía rechazar a un hombre al que habían perdido mis consejos?

—¿Ese asesinato era obra tuya?

—¿Puedes dudarlo, querido?, y ¿debo ocultarte algo?... Seguí a mi amante; me engañó; le hice jugar el mismo papel que él hizo jugar a mi marido. Sophie supo mi historia: amaba el crimen... pronto me adoró. Le gustó la forma de actuar de mi carácter, nos masturbamos; fui iniciada en todos sus secretos; a ella le debo los principios en los que ahora estoy tan asentada: aunque haya acabado por robarla no es menos cierto que la quise constantemente. El prodigioso libertinaje de su espíritu, el fuego de su imaginación, todo me ligaba a ella; y sin el miedo que me inspiraron sus últimas proposiciones, quizás no la hubiese abandonado jamás.

—Emma, os conozco; pronto os habríais aburrido de no ser más que el instrumento pasivo del crimen de otro; habríais acabado por no querer cometerlo más que por vuestra cuenta y tarde o temprano habríais abandonado a esa mujer. ¿Es celosa?

—Horriblemente.

—¿Os permitiría al menos mujeres?

—Nunca otras distintas de aquellas a las que unía a sus placeres.

—Os lo reverga, Emma, no habríais vivido mucho tiempo con Sophie.

—¡Oh!, amigo mío, le agradezco a la suerte que me hiciese abandonarla por ti; recordemos el lema de los bohemios: que nuestros agujones pinchen a los demás, pero que jamás se vuelvan contra nosotros...

Por muy bonita que fuese Emma, por mucha que fuese la semejanza entre su carácter y el mío, yo no estaba todavía suficientemente seguro de mí para responder del equilibrio exacto de la asociación que ella deseaba, y le dejé interpretar a su gusto mi profundo silencio. ¿Era un crimen que yo no pudiese comprometerme a nada?

Sin embargo, nuestra unión se cimentó, llegamos a acuerdos; su primera base fue la promesa inviolable y mutua de no dejar pasar una

ocasión de hacer el mal, de hacerlo nacer en lo que de nosotros dependiese, y que siempre repartiríamos el fruto de nuestros robos conjuntos o de nuestras rapiñas.

No habíamos recorrido ni veinte leguas cuando se nos presentó una ocasión de poner en práctica nuestras máximas y juramentos. Atravesábamos la Gotia y nos hallábamos en los alrededores de Jocopink cuando un coche francés que corría delante de nosotros, se descompuso de tal forma que el dueño, alejado de su criado, que dirigía los caballos, se vio obligado a esperar con todo su equipaje en medio del camino hasta que alguien le ofreciese ayuda. Nosotros le ofrecimos este esperado servicio y supimos por boca de nuestro socorrido que era un famoso negociante francés que se dirigía a Estocolmo por negocios de su casa. Villeneuil, de veintitrés años y con el rostro más bonito del mundo, nos dice con todo el candor y la buena fe de su nación:

—Les agradezco mil y mil veces el sitio que han tenido a bien darme en su coche hasta la primera posta. Lo acepto con tanto mayor placer cuanto que en este cofre hay objetos de suma importancia; son diamantes, oro, letras de cambio, que me han encargado tres de las casas más fuertes de París para sus correspondientes de Estocolmo. Juzgad cuál sería mi situación si tuviese la desgracia de perder tales cosas.

—En ese caso, señor —dice Emma—, cuánto agradecemos a la fortuna que nos haya puesto en posición de conservar tan preciosos efectos. ¿Tenéis a bien confiárnoslos y subir con nosotros? Gracias a este favor del destino tendremos el gusto de salvar a la vez a vos y a vuestra fortuna...

Villeneuil sube; encargamos al postillón que guardase el coche y el resto del equipaje hasta que ese joven tuviese tiempo de enviar a su criado a por uno y otro. Apenas tuvimos esta encantadora presa en nuestro coche, Emma me coge la mano...

—He comprendido —le digo en voz baja—, pero le hacen falta algunos episodios a todo esto...

—Por supuesto —me respondió ella.

Y seguimos adelante... Cuando llegamos a la pequeña ciudad de Wimerbi encontramos en la posta al lacayo de Villeneuil y lo enviamos al momento a por el coche de su amo.

—Sin duda teníais intención de dormir aquí —le digo al joven—. Pero nosotros nos vemos obligados a seguir rápidamente nuestro viaje y por tanto os bajaremos despidiéndonos de vos.

El ardiente Villeneuil, que no había visto sin emocionarse los encantos de mi amiga, pareció enojado ante la obligación que nos separaba tan pronto, y mi compañera, cazando al vuelo ese movimiento, le dice al viajero que en ese caso no veía la necesidad de

que nos separásemos tan pronto y puesto que habíamos tenido el placer de viajar unas horas juntos le parecía extremadamente sencillo seguir juntos hasta Estocolmo.

—Por supuesto —respondí—, y para mí este es el medio de hacerlo. El señor deja aquí una carta para su criado en la que le ordenará que se encuentre con él en el hotel de Dinamarca, donde nosotros pararemos a nuestra llegada a Estocolmo. Esta precaución lo soluciona todo y no nos separa.

—La hago mía —dice el joven echando a mis espaldas una apasionada mirada sobre Emma, que en seguida le da a entender con las suyas que de ninguna manera se siente molesta por verle prestarse a todo lo que le acerca a ella.

Villeneuil escribe una carta que deja al dueño del hotel y volamos a Estocolmo. Nos quedaban alrededor de treinta leguas por hacer; llegamos al día siguiente por la noche, y sólo allí me informó mi amiga de la trampa que había ideado para asegurar la ejecución de la fechoría que tramaba. La zorra, descendiendo so pretexto de una necesidad, había escrito prestamente un billete diferente al de Villeneuil; había puesto el suyo en lugar del de este y ordenaba al lacayo que se presentase en el hotel Armas de Inglaterra y en absoluto en el Dinamarca.

Una vez en Estocolmo su primer cuidado, como fácilmente imaginaréis, fue apaciguar la inquietud del joven negociante sobre la tardanza de su coche; puso en ello todo lo que creyó más capaz de tranquilizarlo y aturdirlo a la vez. Villeneuil estaba enamorado; era imposible no verlo; y mi amiga, de acuerdo con eso, le hizo el juego más hermoso del mundo. Villeneuil pareció celoso de mí.

—Sin duda no queréis hacer de esto —le dice Emma— una aventura novelesca; vos me deseáis, Villeneuil, pero no me amáis. Además no puedo ser vuestra; nada en el mundo me haría dejar a Borchamps; es mi marido. Por tanto contentaos con lo que puedo ofreceros sin aspirar a lo que me es imposible daros y creed que manteniéndoos en ese punto mi esposo, que es muy libertino, es capaz de unirse a nosotros para, a partir de todo esto, crear una escena de lubricidad que lo divierta y en la que los dos nos deleitemos. A Borchamps le gustan los hombres, vos sois muy guapo, consentid en concederle vuestros encantos y os garantizo que con estas condiciones os dejará gozar en paz de los míos.

—¿Lo creéis así?

—Estoy segura. ¿No os repugna complacerlo en esto?

—De ninguna manera: son costumbres de colegio que encuentro muy sencillo que se conserven, y que yo mismo tengo.

—¿Entonces ya no se trata más que de prepararse?

—Estoy de acuerdo con todo...

Y la hábil Emma, abriendo precipitadamente un guardarropa donde me hallaba yo oculto, exclama:

—Ven, Borchamps, Villeneuve os ofrece su culo; pidamos la comida, encerrémonos y que nada turbe nuestros placeres.

—Encantador joven —le digo al viajero, mientras meto mi lengua en su boca, aunque imbuido del deseo de matarlo una vez lo hubiese jodido—, cuánto os agradezco vuestra complacencia... ¿Hay algo más simple que este tipo de comercio? Yo os cedo a mi mujer, vos me dais vuestro culo: ¿por qué no hacerse felices los unos a los otros cuando es tan fácil?

Durante este discurso mi amiga bajaba los pantalones... y si sus delicadas manos exponían el verga más hermoso del mundo, las mías descubrían igualmente el trasero más sublime que fuese posible ver. De rodillas ante este culo divino me era imposible hartarme de él y quizás todavía lo estuviese lamiendo, chupando, si mi querida Emma no hubiese desviado mi atención para hacerme ver el sublime miembro con que estaba provisto nuestra presa. Apenas empuñé este soberbio instrumento cuando le presento un culo que desea ardientemente poseerlo:

—¡Oh, Villeneuve! —exclamé—, dignate comenzar por mí; esos encantos que deseas —proseguí señalando a Emma— te pertenecerán en cuanto te hayas adueñado de mi culo; pero piensa que no te serán concedidos más que a ese precio.

Soy fornicado: esa es la única respuesta de Villeneuve. Subo las faldas de mi mujer para él, la manosea, la besa mientras me jode; y, dejando de ser dueño de su pasión, el animal me deja para enfilar el coño anhelante de Emma. Viendo sus nalgas a mi alcance, me apodero de ellas y lo sodomizo para vengarme de la afrenta que acaba de hacerme; descarga; lo agarro de nuevo al salir del coño de Emma; como todavía lo encuentro bastante tieso, me lo meto de nuevo en el ano, enculo a Emma, y entonces el más dulce éxtasis viene a coronar nuestros placeres; recomenzamos, Villeneuve encoña a mi amiga, yo la enculo; en medio de nosotros la puta se menea como Mesalina durante cerca de dos horas; Villeneuve la encula, yo la encoño, vuelvo a joder a Villeneuve, me hace lo mismo; en fin, pasamos la noche entera en la embriaguez... y en cuanto esta se disipa, reaparece la inquietud.

—No llega mi criado —dice Villeneuve.

—No hay duda que lo retrasa —responde Emma— la reparación de vuestro coche; vuestra carta le daba las suficientes instrucciones como para no equivocarse, sólo se trata de tener un poco de paciencia; además ¿no tenéis con vos vuestros efectos más preciosos? Nada os impide llevarlos a su destino.

—Iré mañana —dice Villeneuve.

Y como los placeres lo habían agotado, se acostó y durmió pronto.

—Emma —le digo a mi compañera, tan pronto como lo veo en brazos del sueño—, este es el momento de actuar; si tardamos se nos escapan las inmensas riquezas de este bellaco.

—¡Ah!, amigo mío, en un albergue, ¿qué haremos con su cadáver?

—Lo cortaremos en trozos y los quemaremos; este hombre no tiene descendencia, jamás vendrá nadie a reclamarlo aquí. Su criado, gracias a las precauciones que tomaste, irá a buscarlo al otro extremo de la ciudad; y por muchas que sean sus búsquedas, lo desafío a que encuentre a su amo: a las puertas de la ciudad yo no he dado otro nombre sino el de un criado que nos pertenecía; hemos despedido a ese criado, eso es todo.

Después, abriendo el cofre con la llave que suavemente le habíamos robado de su bolsillo, y considerando esa enorme masa de oro y pedrerías:

—¡Oh!, querida amiga —exclamé—, ¿no estaríamos locos si dudásemos un minuto entre la vida de ese granuja y la posesión de tantas riquezas?

Nos estábamos deleitando con este espectáculo cuando de repente llaman a la puerta. ¡Santo cielo!, ¡qué contrariedad!, es el coche de Villeneuve, es su criado. Ese animal nos había encontrado, le habían dicho en Armas de Inglaterra que dado que no estábamos allí debía tratarse necesariamente de un error y que con toda seguridad nos encontraría en el hotel de Dinamarca. No había forma de ocultarle a su amo; lo veía en la cama.

—Amigo mío —le digo en seguida al criado, sin perder la cabeza — no despertéis al Monsieur de Villeneuve; se ha acostado con un poco de fiebre y es extremadamente necesario que repose; volved al albergue donde estéis y estad seguro de que tenía buenas razones para enviaros allí: algunos encargos secretos que trae a su cargo no le permiten alojarse públicamente con sus equipajes. Nos ha encargado encarecidamente que os dijésemos, en el caso de que apareciésemos, que volvierais al albergue indicado en el billete que él mismo dictó para vos a mi esposa, cuando pasamos a Wimerbi, y que esperaseis allí sus órdenes, sin que os anticiparais a ellas o viniésemos a buscarlas.

—Magnífico —respondió el criado—, devolveré el coche.

—Muy bien. Aquí tenéis dinero por si os falta; tranquilizaos y estad seguro de que antes de tres días tendréis noticias de vuestro amo.

El criado y el coche parten de nuevo y henos aquí a mi compañera y a mí ocupados con nuevos medios.

—Empecemos —digo yo— por seguir con nuestro primer proyecto; desembarazarnos de este hombre; en cuanto deje de existir nos desharemos fácilmente del criado y con ello obtendremos además

el resto del equipaje, cosa con la que no contábamos.

El desgraciado joven es cortado a trozos; un gran brasero consume sus carnes; y los dos, excitados por el horror que acabamos de cometer, pasamos el resto de la noche en el seno de los más sucios excesos. Al día siguiente fui yo solo al Armas de Inglaterra:

—Amigo mío —le digo al criado—, traigo una orden de vuestro amo para llevaros conmigo a dos leguas de aquí a una casa de campo donde os espera impaciente; dejad vuestros efectos y, sobre todo, recomendad al partir que sólo a mí me sean entregados; apresurémonos.

Salimos de la ciudad y cuando tengo a mi hombre en una terrible soledad que circunda a Estocolmo por este lado:

—Ve —le digo al desgraciado mientras le salto la tapa de los sesos —, ve a juntarte con tu amo en el infierno; allí es donde enviamos a todos aquellos que tienen dinero y que no quieren entregárnoslo de buena gana.

Hago rodar el cadáver con un puntapié hasta un precipicio y hecha mi operación vuelvo para tomar el camino de la ciudad, cuando veo a un niño de trece o catorce años que cuidaba un rebaño de borregos. ¡Oh, cielos! —me digo—. Estoy perdido, heme aquí descubierto... ¡Vamos, santo Dios!, ¡no vacilemos! Agarro al muchacho, envuelvo su cabeza en un pañuelo; lo violo, las dos virginidades saltan al tiempo y le vuelo la tapa de los sesos mientras descargo en su culo. Este es —me digo muy contento por esta acción— el medio seguro para no tener nunca testigos; y vuelo hasta Armas de Inglaterra de donde en seguida hago salir el coche y el equipaje para llevarlos a donde estamos nosotros.

Encontré a mi compañera en un estado de inquietud que me alarmó.

—¿Qué te ocurre? —le digo—, ¿te flaquean las fuerzas?...

—Me preocupan las consecuencias de este asunto —me dice Emma—. Villeneuil llega a Estocolmo y es anunciado a sus correspondientes; se informarán; lo buscarán en todos los albergues; esto lo descubrirá todo y nos perderá; partamos, amigo mío, abandonemos este país donde todo me da un miedo horrible.

—Emma, te suponía con más energía; si tenemos que huir de este modo cada vez que cometamos un crimen, jamás podremos establecernos en ninguna parte. Deja de temer, querida; la naturaleza, que desea el crimen, vela por los que lo cometen y raramente se es castigado por haber ejecutado sus leyes. Tengo cartas para los más grandes de Suecia; voy a presentarlas: estate segura de que no habrá una sola de estas nuevas amistades de la que no podamos recoger alguna semilla de crímenes; guardémonos sólo de escapar a la feliz suerte que nos espera.

A mi llegada a Suecia, la capital, así como todo el reino, se hallaba vivamente agitada por dos partidos poderosos: uno, descontento de la Corte, deseaba ardientemente tomar el poder; el otro, el de Gustavo III, parecía decidido a sacrificar cualquier cosa para mantener el despotismo sobre el trono; la Corte y todo lo que la mantenía formaban este último partido; el primero estaba compuesto por el senado y parte del Ejército. A los descontentos les parecía oportuno un nuevo reinado: se saca más provecho de una autoridad naciente que de un poder asentado; los senadores se dieron cuenta y proyectaron no ahorrar nada para conservar los derechos que trataban de usurpar desde hacía tiempo; su tutela era dura: osaron llevarla hasta el punto de hacer abrir las cartas del rey en sus asambleas, para responderlas e interpretarlas a su capricho; poco a poco el poder de estos magistrados creció hasta tal punto que Gustavo apenas podía disponer de los puestos de su reino.

Este era el estado de Suecia cuando me presenté en casa del senador Steno que, de alguna forma, era el alma del partido senatorial. Fui recibido por el joven magistrado y su mujer, con demostraciones de la más agradable cortesía y, me atrevo a decir, del más vivo interés. Me riñeron por no haber llevado a mi compañera desde el primer momento; y sólo logré calmar los reproches del joven senador aceptando ir a cenar los dos al día siguiente.

Emma, que pasaba por mi mujer y que reunía todo lo que podía hacer las delicias de la buena sociedad, fue recibida muy bien; y pronto los lazos de la más tierna amistad unieron a esta encantadora criatura y a la amable esposa del senador[102].

Si el joven sueco, de veintisiete años, podía pasar con razón por uno de los más amables, más ricos y más inteligentes señores de Suecia, puede asegurarse sin exagerar que Ernestine, su mujer, era con toda seguridad la criatura más bonita que hubo en todos los reinos del Norte. Diecinueve años, los más hermosos cabellos rubios, el porte más majestuoso... los más bonitos ojos negros... las facciones más dulces y más delicadas, estos eran los encantos con que la naturaleza había embellecido a esta mujer angelical que, no contenta con tantos favores, sumaba a sus atractivos físicos un espíritu rico, el carácter más firme y la filosofía más inamovible.

La cuarta vez que nos vimos, Steno me preguntó a quién se dirigían las otras cartas de recomendación que me habían dado. Se las mostré y cuando hubo leído las firmas de varias personas de la Corte:

—Amable francés —me dice—, si lleváis estas cartas tendremos que renunciar al placer de vernos. Poderosos intereses separan mi casa de aquellas a las que vos debéis ir. Enemigos jurados del despotismo de la Corte, mis camaradas, mis amigos, mis padres no ven a ninguno de aquellos que sirven o comparten ese despotismo.

—¡Oh!, señor —le digo—, vuestra forma de pensar es demasiado parecida a la mía para que no haga el pequeño sacrificio de todo lo que parecería someterme al partido contrario al que vos seguís: aborrezco a los reyes y su tiranía. ¿Es posible que la naturaleza haya confiado el cuidado de gobernar a los hombres a un ser semejante? ¿No basta la facilidad con que puede ser seducido, engañado, un solo individuo para indignar a todos los hombres sabios contra el poder monárquico? Apresuraos, valientes senadores, a devolver al pueblo sueco la libertad que Gustavo intenta robarle siguiendo el ejemplo de sus antepasados; que los esfuerzos ahora emprendidos por vuestro joven príncipe para aumentar su autoridad sean inútiles como los intentos anteriores de Adolfo. Pero, señor —proseguí con calor—, para que en el futuro no quede en vuestro espíritu ninguna duda sobre la sincera promesa que os haré de abrazar vuestro partido durante todo el tiempo que prolongue mi estancia en Suecia, aquí están las cartas que tenía para los amigos de Gustavo, aquí están, quemémoslas juntos y permitidme que no me dirija sino a vos para la elección de los amigos que debo buscar en vuestra ciudad.

Steno me abraza y su joven esposa, testigo de esta conversación, no puede impedir testimoniarme también muy afectuosamente hasta qué punto se sentía halagada por atraer a su partido a un hombre tan esencial como yo.

—Borchamps —me dice Steno—, acabáis de abriros a mí con toda franqueza y yo no puedo dudar ya de vuestra forma de pensar. ¿Sois sinceramente capaz de abrazar con ardor nuestros intereses y de unirnos a nosotros con los lazos que ligan a conjurados y a amigos sinceros?

—Senador —respondí con vehemencia—, os hago el sagrado juramento de combatir junto a vos hasta el último de los tiranos de la tierra si el puñal necesario para destruirlos es puesto en mi brazo por vos.

Y seguidamente le conté al senador mi aventura con la princesa de Holanda, pero reconstruida, para probarle hasta qué punto aborrecía yo a la tiranía y a aquellos que la ejercían.

—Amigo mío —me dice el senador—, ¿piensa como vos vuestra mujer?

—¿Lo dudáis —respondí—, cuando sabéis que se separó de la princesa de Holanda, que la llenaba de favores, por las mismas razones que yo?

—¡Muy bien! —me dice Steno—, venid mañana sin falta por la noche a comer los dos con mis amigos y entonces sabréis cosas que os sorprenderán.

Le conté a Emma esta conversación.

—Antes de unirnos a todo eso, amigo mío —me dice ella—,

reflexionad bien a dónde nos puede conducir; sobre todo recuerda que fue más bien, me parece, por distanciamiento con respecto a los asuntos de Estado que por espíritu de partido por lo que te negaste a servir la causa de Sophie.

—No —le digo—, te equivocas; después me he interrogado con cuidado y me he dado cuenta de que sólo el horror que toda mi vida he tenido por el despotismo de uno solo me había llevado a la negativa que di a la mujer del estatúder; con otras miras distintas a las tuyas quizás lo hubiese aceptado todo...

—Pero, amigo mío —me dice Emma—, veo una contradicción en tus principios; tú eres un tirano y detestas la tiranía; el despotismo emana de tus gustos, de tu corazón, de tu imaginación, y te desatas contra sus máximas; explícame esas contradicciones o me niego a seguirte.

—Emma —le digo a mi amiga—, sólo quiero hacerte calar en el asunto; recuerda lo que voy a decirte. El senado de Suecia está dispuesto a levantarse contra su soberano no por horror a la tiranía, sino por los celos que tiene al ver ese despotismo en manos distintas a las tuyas; una vez que el poder esté en sus manos, puedes estar segura de que ya no detestará el despotismo y que, al contrario, lo utilizará para perfeccionar su felicidad. Aceptando la propuesta de Steno juego el mismo papel que él y, como él, no quiero destruir el cetro sino servirme de él. Recuerda que abandonaré esta sociedad en el momento en que crea verla animada por otros principios; entonces, no me acuses ya de contradicción, Emma, tampoco acuses a los que veas combatir la tiranía con el despotismo: *el trono es del gusto de todo el mundo y no es el trono lo que se detesta sino al que se sienta en él*. Creo que tengo disposiciones para jugar un papel en el mundo; no se necesitan prejuicios ni virtudes para lograrlo: un gran descaro, un alma corrompida y un carácter firme, yo tengo todo eso; la fortuna me presenta la oportunidad, la acepto; prepárate para mañana, sé orgullosa, inteligente y astuta; creo que esas serán las cualidades necesarias en casa de Steno; serán las que complacerán a mis amigos, muéstraselas, tú las tienes, y sobre todo no tiembles ante nada.

Llegamos a la hora indicada y observamos que, en cuanto entramos, un lacayo se acercó a decirle al portero:

—Ya están todos, no dejéis entrar a nadie.

La sociedad se hallaba reunida en un pabellón situado al final del jardín de este vasto palacio; altos árboles rodeaban este local, que se hubiese tomado por un templo erigido al dios del silencio. Un criado, sin acompañarnos, se contenta con señalarnos el lugar donde debemos ir. Entramos; estos son los personajes que encontramos reunidos.

Steno y su mujer os son conocidos, se levantaron para recibirnos y nos presentaron a las seis personas que voy a describiros: eran tres

senadores y sus mujeres. El mayor de los hombres podía tener cincuenta años, se le llamaba Eric-Son: el aire noble y majestuoso, pero una cierta dureza en la mirada y brusquedad en el lenguaje. Su esposa se llamaba Frédégonde, tenía treinta y cinco años, con más belleza que gracia, los rasgos un poco hombrunos, pero orgullosos, lo que se dice una hermosa mujer. El segundo senador tenía cuarenta años, se llamaba Volf: una vivacidad prodigiosa, mucha agudeza, pero una maldad extendida en sus facciones. Amélie, su mujer, apenas tenía veintitrés años; tenía el rostro más excitante, el talle más agradable, la boca más fresca, los ojos más bribones y la piel más bella que pueda verse en el mundo; al mismo tiempo nadie podía tener más ingenio ni una imaginación más ardiente; nadie podía ser más libertina ni más deliciosa. Amélie atrajo mi atención, convengo en ello. El tercer senador se llamaba Brahé, tenía treinta años a todo lo más; delgado, seco, mirada hipócrita, aire distraído, y más que ninguno de sus camaradas, dureza, cinismo y ferocidad. Ulrique, su esposa, era una de las mujeres más hermosa de Estocolmo, pero al mismo tiempo la más malvada y la más inteligente, la más vinculada al partido senatorial, la más capaz de hacerlo triunfar; tenía dos años menos que su esposo.

—Amigos míos —dice Steno en cuanto se cerraron las puertas—, si no hubiese considerado a este gentilhombre francés y a su mujer dignos de nosotros no los veríais hoy en esta casa; por tanto os pido encarecidamente que los admitáis en vuestra sociedad.

—Señor —me dice Brahé dirigiéndome la palabra con tanta energía como nobleza—, lo que Steno nos afirma de vos sirve para inspirar confianza; pero no ocultamos que esta será mayor cuando hayáis respondido públicamente a las diferentes preguntas que se os harán.

P.: ¿Cuáles son los motivos que os hacen detestar el despotismo de los reyes?

R.: Los celos, la ambición, el orgullo, la desesperación de ser dominado, el deseo de tiranizar a mi vez a los otros[103].

P.: ¿Tiene algo que ver la felicidad de los pueblos en vuestras miras?

R.: No veo más que la mía propia.

P.: ¿Y qué papel juegan las pasiones en vuestra manera de considerar las cosas en política?

R.: El más importante; jamás he creído que lo que se llama un hombre de Estado tenga otras inclinaciones que la más entera satisfacción de sus voluptuosidades: sus planes, las alianzas que establece, sus proyectos, sus impuestos, hasta sus leyes, todo tiende a su felicidad individual, jamás entra en sus maquinaciones la felicidad pública, y lo que el pueblo embrutecido le ve hacer sólo sirve para que

se haga más poderoso o más rico.

P.: ¿De forma que si fueseis lo uno o lo otro, esas dos ventajas no redundarían sino en provecho de vuestros placeres o de vuestros goces?

R.: Son los únicos dioses que conozco, las únicas delicias de mi alma.

P.: ¿Y cómo consideraréis a la religión en todo esto?

R.: Como el primer resorte de la tiranía, el que siempre debe mover el déspota cuando quiere asentar su trono. La llama de la superstición siempre fue la aurora del despotismo y el tirano siempre sometió al pueblo con cadenas benditas.

P.: ¿Entonces nos exhortáis a que hagamos uso de ella?

R.: Sí, por supuesto; si queréis reinar, que hable un Dios por vuestra boca y los hombres os obedecerán. Una vez que los haya hecho temblar su rayo, sujeto por vos, tendréis pronto sus riquezas y sus vidas. Persuadidles de que todos los infortunios que han sufrido bajo el régimen que queréis hacerles rechazar, no proceden sino de su irreligión. Al hacerlos caer a los pies de la quimera que les ofrecéis, servirán de trampolín a vuestra ambición, vuestro orgullo, vuestra lujuria.

P.: ¿Así que no creéis en Dios?

R.: ¿Hay algún ser razonable en el mundo que pueda tener fe en semejantes mentiras? ¿Acaso la naturaleza, en constante movimiento, puede tener algún motor? Me gustaría que el cuerpo vivo del estúpido que primero habló de esa execrable quimera fuese abandonado, para su suplicio, a los manes de todos los desgraciados que perecieron por ella.

P.: ¿Cómo consideraréis las acciones llamadas criminales?

R.: Como inspiraciones de la naturaleza a las que es una extravagancia resistirse; como los medios más seguros de que puede servirse un hombre de Estado para acumular en sus manos todo lo que puede consolidar la felicidad, como los resortes de todos los gobiernos, como las únicas leyes de la naturaleza.

P.: ¿Los habéis cometido de todos los tipos?

R.: No hay uno sólo con el que no me haya manchado y con el que no esté dispuesto a cubrirme una vez más.

En este punto Brahé hizo un breve análisis de la historia de los Templarios. Tras haber explicado con ardor su idea sobre el suplicio tan injusto como atroz que hizo sufrir Felipe el Hermoso, rey de Francia, a Molay, su último gran maestro, con la única intención de apoderarse de los bienes de la orden, me dice:

—Nosotros somos los jefes de la Logia del Norte, creada por el mismo Molay, desde la Bastilla. Si os recibimos entre nosotros es tan sólo con la condición expresa de que juréis sobre la víctima que os va

a ser presentada la venganza de ese respetable gran maestro y de que cumpláis al mismo tiempo las cláusulas del juramento que tenemos aquí... Leed y pronunciad con claridad.

—*Juro —digo— exterminar a todos los reyes de la tierra; llevar una guerra eterna contra la religión católica y contra el Papa; predicar la libertad de los pueblos; y fundar una República universal.*

Se oyó un terrible trueno; el pabellón en que estábamos se estremeció; aparece la víctima por una trampilla llevando en sus manos el puñal con que debía abatirla y presentándomelo. Era un hermoso joven de dieciséis años, completamente desnudo. Cojo el arma y hundo el holocausto en el corazón. Brahé toma un cáliz de oro, recoge la sangre, me da a beber el primero, ofrece el vaso a todos los que están allí, y cada uno bebe pronunciando una palabra bárbara, cuyo sentido es: *Moriremos antes que traicionarnos*. La trampilla desaparece y con ella el cadáver, y Brahé continúa con sus preguntas.

P.: Acabáis de mostraros —me dice— digno de nosotros; habéis visto que nuestra firmeza respondía a la vuestra, y que incluso nuestras mujeres eran inquebrantables. ¿Sentís una indiferencia suficientemente grande por el crimen que acabáis de cometer como para utilizarlo incluso en vuestros placeres?

R.: Los aumenta, los electriza; siempre los he considerado como el alma de las voluptuosidades libidinosas; sus efectos sobre la imaginación son enormes, y la lubricidad no es nada si la depravación del espíritu no enciende su llama.

P.: ¿Admitís limitaciones en los goces físicos?

R.: Ni siquiera las conozco.

P.: ¿Todos los sexos, todas las edades, cualquier grado de parentesco, todas las formas de gozar de estos diferentes individuos, todo eso, digo, es indiferente a vuestros ojos?

R.: Absolutamente.

P.: ¿Pero, a pesar de ello, tendréis algún goce predilecto?

R.: Sí, los más fuertes, aquellos que los estúpidos osan llamar antinaturales, criminales, ridículos, escandalosos... contrarios a las leyes, a la sociedad... de un tipo feroz. Esos son mis goces preferidos, y los que siempre constituirán la felicidad de mi vida.

—Hermano —me dice Brahé—, tomad asiento entre nosotros, la sociedad os recibe... —Y en cuanto estoy sentado—: Confiamos en vos —prosigue Brahé— para saber si vuestra mujer tiene los mismos principios que vos.

—Hago el juramento por ella —respondí.

—Escuchadme entonces —me dice el senador—. La Logia del Norte, de la que somos jefes, es enorme en Estocolmo; pero los simples masones ignoran nuestras costumbres, nuestros secretos, nuestros hábitos; se fían de nosotros y nos obedecen. Ya sólo tengo que

referiros dos cosas, hermano mío: nuestras costumbres y nuestras intenciones. Estas intenciones son derribar el trono de Suecia, así como todos los tronos del universo, y principalmente aquellos donde reinan los Borbones. Pero nuestros hermanos de los otros partidos del mundo se ocuparán de ello; nosotros nos ocupamos sólo de nuestra patria. Una vez en el trono de los reyes, ningún tipo de tiranía habrá igualado jamás a la nuestra, ningún déspota habrá puesto jamás sobre los ojos del pueblo una venda como la que nosotros le pondremos. La total ignorancia en que lo sumiremos lo adormecerá pronto, correrán ríos de sangre, nuestros mismos hermanos no serán ya sino los criados de nuestras crueldades y el poder supremo estará concentrado tan sólo en nuestras manos; se suprimirán todas las libertades; la de prensa, la de cultos, la de pensamiento incluso, serán severamente prohibidas, hay que guardarse de iluminar al pueblo o de romper sus cadenas cuando se trata de conducirlo. Vos no seríais admitido, Borchamps, en esta repartición de autoridad, vuestro nacimiento extranjero os excluye; pero os conferiremos el mando de los ejércitos, y sobre todo de bandoleros, que primero cubrirán Suecia de asesinatos y rapiñas para asentar nuestro poder. ¿Haréis, cuando haya llegado el momento, el juramento de sernos fiel?

—Lo hago ya.

—Entonces no nos queda ya sino hablaros de nuestras costumbres. Hermano mío, su depravación es terrible; el primer juramento que nos liga, tras los de la política que acabamos de tratar, es el de prostituir mutuamente a nuestras mujeres, hermanas, madres e hijos; el de gozar de todos estos seres mezclados... unos delante de otros, y preferentemente de la forma que Dios, según se dice, castigó en Sodoma. Víctimas de cualquier sexo sirven a nuestras orgías, y sobre ellas recae toda la irregularidad de nuestros deseos. ¿Vuestra mujer está decidida como vos a la ejecución de estas inmoralidades?

—Lo juro —dice Emma.

—Esto no es todo —prosiguió Brahé—; nos divierten los más terribles desórdenes y no hay ningún exceso al que no nos entreguemos. Con frecuencia llevamos la atrocidad hasta el punto de robar, asesinar en las calles, envenenar los pozos, ríos, producir incendios, ocasionar hambres, extender la mortalidad sobre las bestias, y todo esto menos por divertirnos que por cansar al pueblo del actual gobierno y hacerle desear ardientemente la revolución preparada por nosotros. ¿Os sublevan estas acciones o las compartís con la sociedad sin remordimientos?

—El sentimiento que acabáis de nombrar estuvo siempre fuera de mi corazón: el universo entero destruido por mis manos no me costaría una lágrima...

Llegados a este punto recibo un abrazo fraternal de toda la

asamblea. A continuación recibí la orden de exponer mi trasero y cada miembro de uno y otro sexo vino a besarlo, acariciarlo, después a meter su lengua en mi boca. Emma fue remangada hasta la cintura; ataron sus faldas a los hombros con cintas y recibió los mismos homenajes; pero por muy hermosa que fuese no recibió ninguna alabanza: estaban todas prohibidas por las leyes de esta asamblea, me previnieron.

—Desnudémonos todos —dice entonces Brahé, que hacía las funciones de gran maestro—, después pasaremos a la sala contigua.

Diez minutos bastaron para esta operación y entramos en un amplio gabinete rodeado de canapés a la turca, con cojines y colchones. La estatua de Jacques Molay, sobre la pira que consumió su cuerpo, adornaba el centro de la pieza.

—Este es —me dice el gran maestro— el que debemos vengar; mientras esperamos ese feliz momento, ahoguémonos en el océano de delicias que él mismo preparaba para sus hermanos...

Un suave calor reinaba en este agradable reducto que iluminaban misteriosamente haces de luz ocultos bajo gasas. Todo se mezcló, todo se juntó en un momento. Me lanzo sobre la amable Amélie; sus ojos me habían inflamado y hasta ese momento sólo se me había empinado con ella; sus deseos se adelantan a los míos, está en mis brazos antes de que los míos la enlacen. Os describiría mal sus atractivos: me embriagaron demasiado para poder pintarlos. Jamás nadie tuvo una boca más fresca, jamás un culo más hermoso. Amélie se curva ofreciéndome ella misma el templo que sabe que yo utilizaría, y, sea costumbre sea gusto, pronto me doy cuenta de que la zorra pone en él más placer que solicitud, y que ningún otro ataque la habría complacido tanto. El deseo de encular a las tres mujeres, e incluso a sus maridos, me impidió perder mi semen en el delicioso culo de Amélie; y me lancé sobre Steno, que sodomizaba a Emma. Encantado ante su buena fortuna, el senador me ofreció el culo más hermoso del mundo, pero que abandoné pronto para enfilar el de Ernestine, su mujer, hermosa y voluptuosa criatura, donde me mantuve largo tiempo entrando y saliendo. Frédégonde me atrae: toda la dulzura y delicadeza que había puesto Ernestine en sus goces se transformó en esta en furor y arrebato. Al dejarla, vuelo hacia su marido. Eric-Son, de cincuenta años, se agita bajo mi verga como la paloma bajo el torcaz y el disoluto es tan excitante en su goce que arranca mi semen; pero Brahé, que me llama, sabe devolver a mi instrumento, chupando con ardor, la energía que las bellas nalgas de Eric-Son acaban de hacerle perder y las que él me presentan, cuyo ano sodomizo, me hacen olvidar en seguida todos los placeres que acabo de gozar. Jodo a Brahé cerca de un cuarto de hora y no lo dejo sino por Volf, que sodomizaba a Ulrique, cuyo delicado culo pronto obtiene mi esperma.

¡Cuánto libertinaje!, ¡cuánta impureza en esta última criatura! Esta Mesalina pone en práctica lo más excitante de la voluptuosidad, lo más desenfrenado del libertinaje. Se apodera de mi verga en cuanto descarga y la puta le hizo de todo para reanimarlo e introducirse en el coño. Pero le fue imposible vencerme: inviolable partidario de las leyes de la sociedad llegué hasta a amenazar a Ulrique con denunciarla si seguía intentando seducirme por más tiempo; furiosa, la zorra se vuelve a meter mi verga en el culo y se menea tan ardorosamente que su semen salpica toda la habitación.

Mientras yo fornicaba de esta manera todos los culos de la sala, Emma, festejada igualmente, había probado todos los vergas; todos habían pasado por su culo, incluso el mío, pero no todos habían descargado; estos eran libertinos de profesión a los que un solo goce, aunque fuese el de un hermoso culo, no los electrizaba lo suficiente como para perder tan fácilmente el semen: todos, por ejemplo, me enclaron y ninguno me dio su esperma. Eric-Son, el más desenfrenado de todos, podía joder a quince como aquellos que tenía allí a su disposición sin que su verga pareciese afectado. Brahé, joven y vigoroso como era, tampoco habría llegado al desenlace, a no ser por los increíbles episodios de los que pronto hablaremos. Steno había hecho su negocio: idólatra de Emma, el hermoso culo de esta voluptuosa criatura le había bastado, decía él, y su ardiente semen la había inundado. Volf, más refinado, sin tener, como su camarada, todo lo que necesitaba para decidir su descarga, no había hecho sino empezar, y sólo en la comida, que se sirvió bastante pronto, me fue posible descubrir los extravagantes gustos de mis nuevos acólitos. Esta comida se dispuso en una sala diferente donde se encontraban desnudos para servirnos seis guapos muchachos de quince a dieciocho años y seis encantadoras muchachas de la misma edad. Tras una comida suntuosa, se celebraron nuevas orgías y sólo entonces pude juzgar las desordenadas pasiones de estos déspotas de Suecia.

Steno, aunque hubiese descargado fácilmente en el culo de Emma, deseaba para perfeccionar su éxtasis que un muchachito le chupase la boca muy amorosamente socratizándole el trasero, mientras él fornicaba a un hombre: esta era su pasión.

Eric-Son no hacía honor a su verga hasta haber fustigado previamente hasta sangrar a dos jóvenes de sexo diferente.

Volf se hacía enclavar mientras zurraba durante una hora entera a latigazos el culo en el que se proponía descargar. De otra forma no conseguía la erección.

Brahé, más malvado todavía, no se disponía a la emisión más que destruyendo una víctima cerca del hermoso culo que desease.

Todas estas pasiones se desenvolvieron hasta los postres. Las cabezas, calientes de vino, de esperanza, de ambición, de orgullo, no

conocieron ningún freno; las mujeres fueron las primeras en darnos ejemplo de desorden y costó la vida de seis víctimas, antes de separarnos.

Fue entonces cuando Steno, testimoniándome en nombre de la sociedad la alegría que sentía por tenernos dentro de ella, me preguntó si necesitaba alguna suma: creí más político decir que no... al menos de momento... Y pasaron ocho días sin que oyese hablar de mis nuevos amigos. El noveno por la mañana vino a verme Steno.

—Vamos de correrías esta noche —me dice—; las mujeres no estarán; ¿queréis acompañarnos?

—¿De qué se trata? —respondí.

—De crímenes al azar; robaremos, saquearemos, asesinaremos, quemaremos: en una palabra haremos horrores; ¿sois de los nuestros?

—Por supuesto.

—Entonces estad esta noche a las ocho en la hermosa casa que Brahé posee en el barrio; saldremos de allí.

Nos esperaba una deliciosa cena y veinticinco soldados, elegidos por la superioridad de sus miembros debían comunicarnos, agotándose en nuestros traseros, la energía necesaria para la expedición proyectada. Fuimos fornicados cada uno cuarenta veces; yo jamás lo había sido tan seguido. Tras estos preliminares nos encontramos todos con una fogosidad, una agitación que nos hubiese hecho lanzar un puñal contra el pecho del mismo Dios, si ese mamarracho hubiese existido.

Escortados por diez de los más fuertes campeones de la banda, recorrimos las calles como furias atacando indistintamente todo lo que se ponía a nuestro paso: a medida que robábamos y matábamos a nuestras víctimas, las arrojábamos al mar. ¿Merecían la pena los objetos que deteníamos? Gozábamos de ellos y los inmolábamos después. Subimos a varias casas pobres que devastamos tras haber sembrado en ellas el trastorno y la desolación. En una palabra, no hubo execraciones que no nos permitiésemos, ni una sola que no ejecutásemos. Atacamos a la patrulla, la hicimos huir; y sólo cuando estuvimos saciados de horrores y atrocidades volvimos a nuestras casas, al día siguiente, cuando la luz del día mostró los residuos de nuestras escandalosas orgías.

No se nos olvidó hacer que apareciese en los periódicos que esos eran los terribles abusos que el gobierno se permitía y que en tanto prevaleciese el régimen real sobre el del senado y las leyes, ninguna fortuna estaría segura y ningún individuo respiraría en paz en su casa. El pueblo lo creyó y deseó la revolución. Así es como se abusa de ese pobre pueblo, he aquí como es a la vez el pretexto y la víctima de la maldad de sus dirigentes: siempre débil y siempre imbécil, tan pronto se le hace desear un rey como una república y la prosperidad que

estos agitadores le ofrece en uno u otro de esos regímenes no es jamás sino el fantasma creado por sus intereses o por sus pasiones[104].

Sin embargo se acercaba el momento y era tal el deseo de un cambio que no se hablaba de otra cosa en las conversaciones. Siendo un político más hábil que mis asociados, vi el monumento de su fortuna por los suelos en el mismo instante en que lo edificaban; más flemático que ellos, sondeé los espíritus y la gran cantidad de gente que vi seguidora del partido del rey me convenció de que la revolución senatorial estaba abortada. Fue entonces cuando, fiel a los principios de egoísmo y de maldad a los que quería sacrificar mi vida, decidí cambiar de partido y traicionar inhumanamente al que me había acogido. Era el más débil, lo veía claramente; no era la bondad del uno ni el vicio del otro lo que me decidía: yo no lo estaba más que por la fuerza y sólo hacia la fuerza quería dirigirme. No hay duda de que me habría quedado en el partido senatorial si lo hubiese creído, no el mejor (bien sabía yo cuán vicioso era), sino el más fuerte; me había demostrado que no lo era: y yo lo traicionaba. Se me dirá que este papel era infame; de acuerdo. ¿Pero qué me importaba la infamia desde el momento en que gracias a mi traición encontraba mi felicidad o mi seguridad? El hombre no ha nacido sino para trabajar por su felicidad en la tierra; todas las vanas consideraciones que se oponen a ella, todos los prejuicios que la obstaculizan, están hechos para ser pisoteados por él, porque no es la estima de los otros lo que le hará feliz; sólo lo será por su propia opinión y jamás cesará de estimarse a sí mismo si trabaja en su prosperidad, cualquiera que sea el camino que tome para lograrla.

Pido una audiencia secreta a Gustavo; la obtengo; se lo revelo todo; le doy los nombres de aquellos que han hecho juramento de destronarlo; le juro no abandonar Estocolmo hasta que lo prevea todo; y no le pido más que un millón por recompensa, si mis advertencias son justas; una eterna prisión si me equivoco. La vigilancia del monarca, ayudada con mis avisos, obtiene todos los informes. Gustavo, a caballo desde muy temprano el día en que debía estallar todo, contuvo al pueblo, se apoderó del arsenal, sin derramar ni una sola gota de sangre. No era eso lo que yo había esperado; me sentía regocijado de antemano por las sangrientas consecuencias que suponía a mi traición, yo mismo recorro las calles desde por la mañana para ver caer todas las cabezas que yo había sacrificado: el imbécil Gustavo las conservó todas. ¡Cuánto me lamentaba entonces por no haber sido fiel a aquellos que hubiesen inundado de sangre los cuatro rincones del reino! Me he equivocado, dije; se le acusaba al príncipe de ser un déspota y el estúpido se muestra bonachón cuando yo le ofrezco todos los medios de asentar su tiranía. ¡Oh! ¡Cómo maldije a ese autómeta!... Recordad, dije a todos aquellos que quisieron oírme, que

desde el momento en que vuestro príncipe pierde aquí la ocasión de fijar su cetro, como debería haber hecho, sobre montones de muertos, recordad que no reinará durante mucho tiempo y que su fin será desgraciado[105].

No obstante, no necesité recordarle su promesa: el mismo Gustavo me hizo ir a su palacio donde contó el millón prometido mientras me ordenaba salir rápidamente de sus Estados.

—Pago a los traidores —me dice—, me son necesarios, pero los desprecio y los alejo de mí tan pronto me han servido.

¿Qué me importa, digo mientras me retiro, que ese animal me estime o me desprecie? Tengo su dinero, es lo que quería, y con respecto al carácter que me reprocha, no lo corregirá: la traición constituye una de mis delicias y pronto voy a ponerla en práctica con otra relación.

Vuelo a casa de Steno.

—Mi mujer os ha traicionado —le digo—, es un monstruo; acabo de saberlo todo, ha recibido dinero por esa monstruosidad; me ha valido la orden de abandonar Suecia; obedeceré sin duda, pero quiero perderla antes de partir. Todo está en calma, nada nos impide reunirnos esta noche; hagámoslo, por favor, y castigemos a esa criminal.

Steno consiente. Llevo a Emma a la sociedad sin que sospeche a qué se debe la reunión; todos los hombres, todas las mujeres, llenos de furor contra la que yo acuso, la condenan de común acuerdo, a los suplicios más espantosos. Emma, confusa ante tal acusación, quiere recriminarme; se la hace callar y la desgraciada, confiada a mis cuidados mientras tienen lugar escenas lúbricas alrededor del cadalso erigido para su suplicio, es despellejada viva, después quemada a fuego lento en todas las partes que yo iba desollando poco a poco. Entretanto se me chupaba, y mis cuatro amigos, jodiendo cada uno a un bardaje, eran azotados por sus esposas, a las que masturbaban unas jóvenes: jamás en mi vida había descargado tan deliciosamente. Una vez acabada la operación, nos mezclamos; fue entonces cuando Amélie, la esposa de Volf, se me acercó.

—Me gusta tu firmeza —me dice—; desde hace tiempo me había dado cuenta de que esa mujer no estaba hecha para ti; yo te convengo más, Borchamps; pero voy a asombrarte: júrame que un día también yo seré tu víctima. Mi imaginación va a sorprenderte, amigo mío; sea como sea no puedo ocultarte su delirio. Mi marido me ama demasiado para satisfacerme; desde la edad de quince años mi mente se ha abrazado a la idea de perecer víctima de las crueles pasiones del libertinaje. Es evidente que no quiero morir mañana, mi extravagancia no llega tan lejos; pero sólo quiero morir de esa manera. Convertirme al expirar en la ocasión de un crimen es una idea que me vuelve loca;

y mañana mismo abandono Estocolmo contigo si juras satisfacerme.

Vivamente emocionado por tan extraña proposición, le juro a Amélie que tendrá razones para estar contenta de mí. Todo se arregla, se evade ese mismo día y salimos de la ciudad sin que nadie sospeche de este rapto.

Al abandonar Estocolmo mi fortuna era inmensa, heredaba a mi mujer, llevaba el millón del rey y mi nueva amiga me entregó además cerca de seiscientos mil francos que robó a su marido y que me obligó a aceptar.

Amélie y yo, de común acuerdo, nos dirigimos a San Petersburgo. Exigió matrimonio, consentí; y como nos encontrábamos en condiciones de no negar nada a nuestros deseos, alquilamos un hotel soberbio en el barrio más hermoso de la ciudad; los criados, los carruajes, la buena comida, todo se hizo con prodigalidad, y pronto la mejor gente se honró de ser presentada en casa de mi mujer. Los rusos aman el fasto, la opulencia, el lujo, pero como se rigen totalmente por nosotros, en cuanto un señor francés se presenta con un poco de magnificencia, todos se apresuran a copiarlo. El ministro de la emperatriz me invitó a hacerme presentar a su soberana; y como me sentía nacido para las grandes aventuras, acepté sus proposiciones.

Catalina, siempre campechana con aquellos que la complacían, me preguntó algunas curiosidades sobre Francia y, satisfecha con mis respuestas, me permitió que con frecuencia le hiciese la corte. Así transcurrieron dos años durante los cuales Amélie y yo nos sumergimos en todas las voluptuosidades que podía ofrecer esta ciudad. Por fin un billete me informó de los motivos que había tenido la emperatriz al testimoniarme el deseo de verme con frecuencia. En esta misiva me animaba a dejarme conducir, en cuanto se hubiese hecho de noche, a una de sus casas de campo situada a algunas leguas de la ciudad. Amélie, a la que informé de esta buena suerte, hizo todo lo que pudo para hacerme cambiar de opinión y me vio partir con dolor.

—He conseguido —me dice la emperatriz en cuanto estuvimos solos— todos los informes de vos que podían iluminarme. He sabido de vuestra conducta en Suecia y, sea lo que sea lo que siga, la he aprobado. Creed, joven francés, que el partido de los reyes siempre es el mejor: aquellos que lo abrazan y le son fieles no se arrepentirán jamás. Bajo la máscara de la popularidad, Gustavo ha querido afirmar el despotismo sobre el trono; vos lo habéis servido bien al desvelar la conjuración que obstaculizaba sus proyectos; os lo alabo. Vuestra edad, vuestra fisonomía, lo que se rumorea de vuestro espíritu, todo en vos me interesa; y puedo añadir mucho a vuestra fortuna si abrazáis mis proyectos...

—Señora —respondí verdaderamente impresionado por los

atractivos de esta soberbia mujer, aunque tuviese ya cuarenta años—; la dicha de complacer a vuestra majestad es ya suficiente recompensa por los servicios que me dais la oportunidad de prestaros y juro en este mismo instante que sus órdenes serán para siempre los únicos deberes, así como los únicos placeres, de mi corazón.

Catalina me dio su mano, que yo besé arrebatado; una toquilla cae y aparece ante mis ojos el más hermoso pecho del mundo; Catalina, velándolo, me habla de su delgadez, como si algo en el mundo hubiese sido más delicioso y más fresco que lo que dejaba oculto a mis ojos. Cuando la emperatriz vio que yo no podía contener mis elogios, me permitió convencerme de que todos sus encantos respondían a la muestra que yo acababa de sorprender. ¿Qué más voy a deciros, amigos míos?, la emperatriz fue enfilada ese mismo día; y como mi físico le complació infinitamente, pronto fui admitido en el lecho de la princesa. Pocas mujeres eran tan bellas como Catalina; ninguna tenía unas carnes más hermosas ni formas tan bien torneadas; y cuando hube visto algunas muestras de su temperamento, no me asombré ya de la multitud de predecesores que yo había tenido. Catalina deseó todos los goces y podéis creer que no le negué ninguno: sobre todo su culo, el culo más hermoso que yo hubiese visto en mi vida, me colmó con los más dulces placeres.

—Estas ligeras desviaciones son muy comunes en Rusia —me dice—, y me guardo muy bien de proscribirlas; la excesiva población contribuye a la riqueza de los señores y como su poder obstaculiza el mío, debo servirme de todos los medios que puedan debilitarla; este me divierte al tiempo que me sirve, porque me gusta el vicio y los que lo profesan: está en mis principios propagarlo. Me sería fácil demostrar a todos los soberanos que deberían conducirse de la misma forma. Estoy encantada, Borchamps, de veros festejar mi trasero... (lo estaba besando) y os declaro que está a vuestro servicio todas las veces que queráis joderlo.

Utilicé con frecuencia el permiso. La emperatriz fue lo bastante prudente para no abrirse más en esa primera entrevista. Una segunda, ocho días después, transcurrió de la misma forma; pero a la tercera:

—Creo que ahora —me dice Catalina— estoy lo bastante segura de vos para asociaros a mis proyectos: sin embargo, antes de revelároslos exijo un sacrificio por vuestra parte y en ese momento os lo contaré todo... ¿Quién es esa bonita sueca que llevas contigo, Borchamps?

—Es mi mujer.

—Lo sea o no, quiero que mañana no exista ya...

—El tieso verga que empuñáis, princesa —respondí— firmará su sentencia de muerte en vuestro culo...

—Bien —me dice Catalina introduciéndoselo—; pero soy cruel;

esa mujer me ha inspirado muchos celos y si quiero que sufra un suplicio igual a las inquietudes que me ha causado, mañana debe ser atenazada ante nuestra vista con hierros candentes; cada cuarto de hora se suspenderá ese suplicio para colgarla de una parte y someterla al suplicio de la rueda; en cada uno de estos intervalos la joderán mis verdugos, y haré que la cubran con tierra ardiendo antes de que haya lanzado sus últimos suspiros; examinaré tu comportamiento durante la operación: se te confiará el secreto si eres valiente, lo ignorarás si tiembles.

Por muy hermosa que fuese Amélie, dos años de goce habían calmado excesivamente mis deseos; demasiada ternura, demasiada amistad y mucha menos crueldad en el espíritu de lo que yo había supuesto en un primer momento. Lo que me había dicho sobre la forma en que quería acabar sus días no era, mirándolo bien, sino un delicado refinamiento; pero más le valía que desease esta forma de acabar sus días. Además, Amélie no tenía toda la condescendencia que yo exigía de una mujer; se negaba a chuparme y, en cuanto a su trasero, quiero creer que había tenido enormes encantos: ¿pero los tiene el de una mujer a la que se ha jodido durante dos años? Así que le prometí todo a Catalina, que se divirtió mucho con la posibilidad de satisfacer tan bien el deseo que mi mujer había adoptado sobre su tipo de muerte; y al día siguiente fue presentada a la emperatriz en una de sus casas, la más misteriosa y la más alejada de la ciudad.

No es posible figurarse los arrebatos de esta mujer, acostumbrada a ver que todo cediese ante ella. Trató a la desgraciada sueca con una dureza y tiranía imposibles de creer: hizo que le prestase los servicios más bajos; se hizo lamer y masturbar; la sometió a las vejaciones más duras y, después de entregarla a sus verdugos, el monstruo le hizo sufrir efectiva y detalladamente, ante sus ojos, todos los suplicios que había ideado. Quiso que yo enculase a esta pobre víctima en los intervalos; llevó el delirio hasta el punto de exigirme que jodiese a los verdugos mientras ellos atormentaban a Amélie; y, contenta por verme empalmado durante todo el tiempo, se formó de mi carácter la opinión que deseaba. Mi triste mujer expiró tras once horas de las más violentas angustias. Catalina descargó más de veinte veces; ella misma ayudó a los verdugos; y fui citado ocho días después para la exposición del gran proyecto que debía serme confiado[106].

Hasta entonces sólo había sido recibido en casas de campo de la soberana; esta vez se me hizo el honor de recibirme dentro del mismo palacio de invierno, situado en la isla de Amiraute.

—Lo que he visto de vos, Borchamps —me dice la emperatriz— no me deja ninguna duda sobre la fuerza de vuestro carácter. Liberado de todos los prejuicios de la infancia, me doy cuenta de cuál es ahora vuestra forma de pensar sobre lo que los estúpidos llaman el *crimen*;

pero si este es frecuentemente útil para los simples individuos, ¡cuántas veces en la vida no se hace indispensable para los soberanos o para el hombre de Estado! Para asegurar la base de su felicidad en el mundo, el hombre aislado necesita a todo lo más un crimen o dos a lo largo de su existencia; los que se oponen a sus deseos son tan poco numerosos que se precisan pocas armas para combatirlos. Pero nosotros, Borchamps, perpetuamente rodeados o de aduladores que no tienen otro propósito que el de engañarnos o de poderosos enemigos cuya única meta es destruirnos, ¿en cuántas circunstancias diferentes nos vemos obligados a emplear el crimen? Un soberano celoso de sus derechos debería dormir con el látigo en la mano. El famoso Pedro creyó prestar un gran servicio a Rusia rompiendo las cadenas de un pueblo que no conocía y no deseaba sino la esclavitud; pero Pedro, más preocupado por su reputación que por la suerte de aquellos que algún día debían ocupar su trono, no se dio cuenta de que debilitaba la corona de los soberanos sin hacer al pueblo más feliz. ¿Y en realidad, qué ganó con ese gran cambio? ¿Qué le importa la mayor o menor extensión de un Estado del que sólo ocupa algunas toesas?, ¿qué sacó de las artes y las ciencias transplantadas con grandes gastos a un suelo que no desea más que la vegetación?, ¿de qué le sirve la apariencia de una libertad que no hace sino más pesadas sus cadenas? Por lo tanto, afirmémoslo sin ningún temor, es tan cierto que Pedro perdió a Rusia como el hecho de que aquel que la vuelva a poner bajo el yugo será su liberador; Rusia iluminada se da cuenta de lo que le falta, la Rusia sometida no vería más allá de sus necesidades físicas. Ahora bien, ¿en cuál de las siguientes situaciones es más afortunado el hombre, aquella en la que sin venda en los ojos se da cuenta de todas las privaciones o aquella en que su ignorancia no le deja sospechar ninguna? Una vez sentadas estas premisas, ¿se atreverá a negar que el más violento despotismo le conviene más que la más completa independencia? Y si vos estáis de acuerdo conmigo en este punto, que yo creo imposible de refutar, ¿me censuraréis porque lo intente todo para restablecer las cosas en Rusia como lo estaban antes del desgraciado siglo de Pedro? Basilovitz reinó como a mí me gusta reinar; su tiranía me servirá de modelo. Se dice que se divertía matando a los prisioneros que hacía violando a sus mujeres e hijas, mutilándolas con sus propias manos, desollándolas y quemándolas después; asesinó a su hijo; castigó una insurrección en Novogorod haciendo que arrojasen al Volga a tres mil hombres. Era el Nerón de Rusia: ¡Y bien!, yo seré su Teodora o su Mesalina; para reafirmarme en el trono no escatimaré ningún horror, y el primero que debo consumir es la destrucción de la vida de mi hijo. He puesto mis ojos en vos, Borchamps, para el cumplimiento de esta fechoría política. Cualquiera que eligiese dentro de mi país podría ser un aliado del príncipe y

tendría entonces un traidor en lugar de un cómplice. Recuerdo las quejas legítimas que tuve que hacer respecto al ruso al que confié el asesinato de mi esposo: no quiero volver a encontrarme en el mismo caso. No es en absoluto preciso que sea un hombre del país el que se encargue de estos grandes designios; un resto de adhesión que cree deber a un príncipe de su nación, lo contiene y siempre se hace mal un crimen cuando los prejuicios lo retienen a uno. Con vos no tengo tales temores, aquí está el veneno del que quiero que os sirváis... He dicho, Borchamps; ¿aceptáis?

—Señora —le respondí a esta mujer, dotada realmente con un gran carácter—, aunque no hubiese nacido gustándome el crimen, aunque el crimen no fuese el elemento de mi vida, me halagaría el que me proponéis, y la sola idea de arrancar del mundo a un príncipe bonachón, para conservar en él una tiranía de la que soy ferviente partidario, esta sola idea, señora, bastaría para hacerme aceptar, con alegría el proyecto del que me habláis: contad con mi obediencia.

—Esa profunda resignación te encadena a mí para siempre —me dice Catalina abrazándome con fuerza—. Mañana quiero embriagar tus sentidos con todas las delicias de la voluptuosidad; quiero que me veas sumida en el placer; yo mismo quiero verte así y en la embriaguez de las más excitantes lujurias será cuando recibas el veneno que debe cortar los días aborrecidos del despreciable individuo que tuve que traer al mundo.

La cita fue en la casa de campo donde yo había visto ya a la emperatriz. Me recibió en un cuarto mágico en el que un ambiente extremadamente cálido hacía que se abriesen también las flores de todas las estaciones, repartidas agradablemente en banquetas de caoba distribuidas alrededor de este delicioso gabinete. Unos canapés a la turca sobre los que se levantaban los espejos, invitaban con su blandura a los más voluptuosos goces. Más allá se veía un reducto más lúgubre; donde era posible ver cuatro bellos muchachos de veinte años sujetos con cadenas para las desenfrenadas pasiones de Catalina.

—Lo que allí ves —me dice la princesa— es el coronamiento de la lubricidad. Pronto comenzarán algunos placeres ordinarios que calentarán nuestros sentidos, lo que ves completará su delirio. ¿Te complacerían más víctimas de mi sexo?

—Casi me da igual —respondí—, compartiré vuestros placeres, y el asesinato, sobre cualquier individuo que se cometa, siempre inflama mis sentidos.

—¡Ah! Borchamps, no hay nada mejor que eso en el mundo: ¡es tan dulce contrariar a la naturaleza!

—¡Pero el asesinato no la contraría!

—Lo sé; pero constituye una infracción a las leyes y nada me excita tanto como esa idea.

—¿Quién puede estar por encima de las leyes sino aquellos que las hacen? ¿Ha gozado ya vuestra Majestad de esos cuatro hermosos hombres?

—¿Estarían encadenados si no?

—¿Conocen la suerte que les espera?

—Todavía no; se la diremos cuando nos estemos sirviendo de ellos; pronunciaré su sentencia, en el momento en que tu verga esté en mi culo.

—Me gustaría que los ejecutaseis entonces...

—¡Ah, malvado!, ¡te adoro! —me dice Catalina.

Y en ese mismo momento aparecieron los objetos de lujuria destinados a las orgías que íbamos a celebrar. Eran seis muchachas de quince a dieciséis años, de una belleza muy extraña, y seis hombres de cinco pies diez pulgadas, cuyos miembros apenas se podían empuñar.

—Sitúate enfrente de mí —me dice Catalina— y observa mis placeres sin mezclarte en ellos; mástúrbate si quieres pero no me molestes. Voy a gozar de la suprema delicia de ofrecermelo a tus ojos tan puta como sea posible serlo; me complace ese cinismo; me gusta el escándalo; me vuelve loca.

Obedezco. Las jóvenes desvisten a su reina, a continuación la llenan de hermosas caricias. Tres le chupaban a la vez la boca, el coño y el culo; las otras tres relevaban en seguida a estas; después volvían las tres primeras y este ejercicio se hacía con una increíble rapidez; se armaron de vergas y se acercaron a zurrar suavemente a Catalina, cada una sobre una parte diferente del cuerpo. Los hombres hacían un corro alrededor y de vez en cuando las muchachas se acercaban a besarles en la boca y a masturbar sus vergas. Cuando todo su cuerpo estuvo de color escarlata, la emperatriz hizo que se lo frotasen con aguardientes; después, sentándose sobre el rostro de una de sus muchachas, que recibió la orden de acariciarle el agujero del culo, recibió a una segunda de rodillas entre sus piernas, para que le chupara el clítoris; la tercera le chupeteaba la boca; la cuarta las tetas; y ella a su vez masturbaba a una con cada mano. Entonces los seis muchachos, agrupándose de la misma forma, pusieron la cabeza de sus vergas en todas las partes libres de las nalgas de las seis mujeres; jamás había visto nada tan voluptuoso como este grupo: a Catalina le costó su semen; la oí suspirar y blasfemar en lengua rusa, era su costumbre.

Después se ofrece otra escena. Ahora la emperatriz masturbaba a una joven; pero no le hurgaba sino en el culo; entretanto los hombres cosquilleaban en el suyo. Como esto no mantenía ocupados más que a dos sujetos, los otros diez hacían ante su vista lo mismo que ella hacía. Pronto cambió todo. Ella se mete un verga en el coño e inclinada sobre el que la jode de esta manera presenta su culo a otro, que la

sodomiza con grandes embestidas; a derecha e izquierda menea un verga sobre las nalgas de dos jóvenes muchachas; se azota al que la da por culo y el resto compone grupos alrededor de ella: los seis hombres se pasaron por su coño y su culo. Después se convierte en la alcahueta de las muchachas; les pone a la vez vergas en las dos rutas del placer, chupa los instrumentos que salen de su orificio, se divierte manoseando el clítoris de las muchachas y besándolas en la boca entretanto; se tumba en el canapé y hace que todos los hombres pasen por su cuerpo; cada uno levantándole los muslos, debía enfilear a la vez por delante y por detrás; entretanto, las jóvenes debían ponerse en cuclillas sobre su frente, besar al hombre que la fornicaba y mearle en el rostro: la zorra perdió mucho más semen todavía en esta escena. Después de esto me llamó. Yo estaba en un suplicio: los de Tántalo no igualaban a los míos y era lo que la puta deseaba.

—¿La tienes empalmada? —me dice irónicamente.

—Míralo, zorra —le respondí... y esta insolente respuesta le hizo sentir un gran placer.

—¡Y bien! —me dice volviéndose a dar la vuelta—. Aquí está mi culo, está lleno de semen, ven a sumar el tuyo...

Y la impúdica chupó el culo de un hombre mientras yo la sodomizaba. Todos pasaron por ella; yo sobaba el trasero de las muchachas mientras fornicaba y mi esperma salió, bien a mi pesar. Me prohibió que abandonase su culo, después ordenó a los hombres que me jodiesen para hacer que se me empalmara de nuevo; siguiendo sus órdenes, las muchachas me hacían besar sus nalgas o le presentaban a Catalina sus clítoris para que se los chupase; de esta forma, mi semen corrió tres veces seguidas.

—Ahora vayamos a las crueldades —me dice la princesa—; estoy rendida, necesito cosas fuertes.

Entonces todos los hombres subieron a una muchacha sobre sus riñones, de forma que cada grupo presentase a la vez dos culos. Ella se armó con un látigo semejante a aquel del que se sirven los verdugos de Rusia para aplicar el knout[107], y la bribona zurró tan sumamente bien con su brazo real esos hermosos traseros que la sangre corrió por la habitación; yo la azotaba entretanto, pero simplemente con vergas de abedul y después de cada veinte golpes debía arrodillarme ante ella para lamerle el agujero del culo.

—Voy a martirizar a estos sujetos de otra forma —me dice—; una vez que haya gozado de ellos me gustaría hacerlos morir en los suplicios más espantosos...

Los hombres se apoderan de las muchachas; las sujetan alejándolas de sí mismos lo más posible y Catalina fustiga con furia a todas estas desgraciadas en la vagina; hizo que brotase sangre de ellas. A continuación las muchachas sujetaron a los hombres, a los que

Catalina zurró con fuerza en el verga y los cojones.

—¿Qué necesidad tengo ahora de todo eso? —decía ella—. Ya no me excita, esos callos sólo son buenos ya para los gusanos; goza de todos esos individuos, Borchamps —me decía—, te los entrego y te observaré a mi vez.

Las muchachas hacen que los hombres vuelvan a empalmarla para mí y soy jodido de nuevo dos veces por cada uno; mi verga pasa por todos los culos, compongo diversos cuadros y Catalina se masturba observándome.

—Ya es suficiente —me dice—, pasemos a cosas más importantes.

Entraron las víctimas; pero cuál no sería mi sorpresa al ver que uno de los jóvenes se parecía tan exactamente al hijo de la emperatriz que por un momento creí que era él.

—Espero —me dice al ver mi sorpresa— que adivines mis propósitos.

—Poniéndome en tu lugar —respondí—, me doy cuenta de que va a ser sobre ese individuo sobre quien haremos la prueba del veneno destinado al ser al que se asemeja.

—Exactamente —me dice Catalina—; no voy a tener el placer de ver las angustias de mi hijo: las de este hombre me ofrecerán una imagen de aquellas; me será fácil conseguir la ilusión de ello, te descargaré torrentes...

—¡Cabeza deliciosa! —exclamé—. ¡Que no seas tú la reina del mundo y yo tu primer ministro!

—No hay duda de que haríamos mucho mal —me dice la emperatriz— y que las víctimas se multiplicarían bajo nuestros cuerpos...

Antes de emprender nada, Catalina se hizo joder por las cuatro víctimas mientras yo las enculaba y los otros doce sujetos o nos azotaban o nos masturbaban, formando cerca de nosotros los cuadros más obscenos.

—Los primeros seis hombres con los que acabamos de joder —me dice la emperatriz— son mis verdugos habituales; los verás en acción con esas cuatro víctimas: ¿hay entre esas alguna mujer a la que condene tu lubricidad? La dejo en tus manos, señálala al momento; voy a despedir al resto para que podamos divertirnos tranquilamente con el suplicio de esos infortunados.

Como dos de esas criaturas me habían enardecido en gran manera, las condené a muerte, y no quedamos más que catorce: seis verdugos, otras tantas víctimas, la emperatriz y yo.

La primera víctima que apareció en escena fue la imagen viva del hijo de Catalina. Yo mismo le presenté el fatal brebaje cuyo efecto no se hizo sentir sino al cabo de media hora, durante la cual no cesamos, yo y otro, de gozar de este muchacho; por fin se declararon los

dolores, fueron espantosos. El desgraciado expiró ante nuestras miradas diez minutos después de las primeras angustias, y Catalina estuvo haciéndose encular durante este espectáculo. A continuación hizo que le atasen su cuerpo a los otros hombres, uno tras otro; los besuqueaba, los masturbaba, mientras los verdugos, entre los que me había incluido, despedazaban a esos bufones sobre su propio cuerpo; no hubo tormentos que no les hiciésemos sufrir. Por mi parte pedí permiso para ejecutar yo solo a las dos muchachas y sus suplicios no fueron a la zaga, por su rigor, de los que habían sufridos los hombres; incluso me atrevo a aseguráros que superé en refinamiento a los horrores que había ordenado la emperatriz. Tapicé el coño de una de ellas con alfileres muy pequeños y después la forniqué; como cada sacudida de mi verga clavaba estos alfileres hasta la cabeza, la desgraciada daba alaridos y Catalina convino en que ella jamás había inventado nada tan delicioso.

Los cadáveres desaparecieron y comí a solas con Catalina; estábamos los dos desnudos. Se inflamó mucho conmigo, colmó de elogios a mi firmeza y me prometió el puesto más brillante de su Corte una vez que hubiese hecho morir a su hijo. Me entregó el veneno y prometí actuar al día siguiente. Jodí todavía dos veces a Catalina en el culo y nos separamos.

Desde hacía mucho tiempo yo frecuentaba íntimamente al joven príncipe; Catalina había preparado estas relaciones a propósito; incluso había deseado que me masturbase con el joven, con el fin de excitar su lujuria a partir de los detalles que le daba sobre la persona de este niño proscrito por su rabia. Todo esto había ocurrido; Catalina, oculta, nos había visto incluso encularnos un día. Esta relación favoreció los medios necesarios para la ejecución del proyecto. Siguiendo su costumbre, vino una mañana a desayunar a mi casa sin ningún ceremonial y entonces fue cuando tuvo lugar el golpe. Pero como desde hacía tiempo era el blanco de tentativas semejantes por parte de su madre, este joven jamás comía fuera de casa sin ingerir un contra-veneno, tan pronto como sentía el más ligero dolor de estómago. Así que nuestra perfidia no tuvo ningún resultado; y la injusta Catalina, sospechando al momento de mi valentía, me colmó de insultos y me hizo detener a la salida de su palacio. Ustedes saben que Siberia es la suerte de todos los prisioneros de Estado de esta cruel mujer; mis bienes fueron confiscados, capturados mis efectos, fui conducido a ese lugar de horrores y condenado, como los otros, a entregar al comandante doce pieles de animales por mes, fustigado hasta sangrar si fallaba. Tal fue la funesta escuela donde hice de ese suplicio una necesidad que ha llegado a ser tan imperiosa para mí, es absolutamente preciso para mi salud que me azoten todos los días[108].

Al llegar me dieron una choza cuyo propietario acababa de morir tras quince años de destierro. Tenía tres habitaciones con enrejados en la pared para introducir la luz; estaba construida con abeto, entarimada con huesos de pescado que hacía al suelo tan reluciente como el marfil; encima había un bosquecillo de árboles bastante pintorescos; y para ponerse al resguardo de las bestias salvajes se había cavado una fosa vallada con gruesos postes y trozos de madera a través; esta barricada estaba armada con puntas que constituían una especie de lanzas y, cuando se cerraban las puertas, uno estaba tan seguro como en una plaza fuerte. Encontré la provisión del difunto consistente en galletas, reno salado y algunas botellas de aguamiel. Tal era el triste reducto donde, de regreso de la caza, lloraba la injusticia de los príncipes y la ferocidad de la fortuna. Pasé cerca de diez años en este cruel retiro no teniendo más amigos que algunos infortunados como yo.

Uno de ellos, de nacionalidad húngara, hombre sin costumbres y sin principios, al que llamaban Tergowitz, me pareció el único con el que podía simpatizar mi carácter. Al menos este razonaba el crimen; los otros lo cometían como la fiera cuya terrible residencia compartían. Tergowitz era el único que en lugar de intentar aplacar a Dios, causa aparente de sus desgracias, no hacía más que insultarlo... blasfemar todos los días. Aunque hubiese cometido todos los crímenes, el remordimiento no se acercaba a su alma de hierro y su único pesar, en el estado en que nos encontrábamos, consistía en tener que apagar sus inclinaciones a pesar suyo. Tergowitz frisaba, como yo, los seis lustros; su rostro era agradable, y la primera consecuencia de nuestra confianza fue encularnos los dos.

—No es —me dice el húngaro tan pronto como acabamos— la ausencia o la necesidad de mujeres lo que me lleva a lo que acabo de hacer, sino sólo el gusto. Idolatro a los hombres y aborrezco a las mujeres: aunque hubiese un millón de ellas aquí no tocaría ni a una sola.

—¿Hay algún otro individuo en esta miserable región —pregunté a mi camarada— al que podamos asociar a nuestros placeres sodomitas?

—Sí —me dice Tergowitz—: No lejos de aquí habita un polaco llamado Voldomir; de cincuenta y seis años, uno de los hombres más guapos que se pueda ver... uno de los más sodomitas; hace dieciocho años que está en estos desiertos; me ama con pasión y estoy seguro de que se pondrá muy contento al conocerte. Reunámonos, Borchamps, y salvémonos los tres de estas indignas regiones.

Ese mismo día fuimos a buscar al polaco. Habitaba a cincuenta verstas de nosotros[109]: cuando se vive en Siberia, a esta distancia se es vecino. Voldomir, exiliado por horribles crímenes en Rusia, me

pareció efectivamente un hombre muy guapo, pero de una asombrosa ferocidad; tenía un pronto muy duro y la misantropía parecía impregnar todos sus rasgos. Tan sólo después de que Tergowitz le pusiese en antecedentes sobre mi persona me miró con otros ojos. En cuanto comimos los tres nos llevamos maquinalmente la mano a la bragueta. Voldomir tenía un verga soberbio, pero el culo más duro que yo había visto en mi vida.

—Jamás entrega pieles —me dice Tergowitz— para así ser fustigado todos los días.

—Es muy cierto —respondió el polaco— que no conozco mayor placer en el mundo que ese, y si queréis batiros con él os entrego mis nalgas.

Armados con vergas, Tergowitz y yo pasamos una hora entera flagelándolo sin que hiciese el más mínimo gesto de sentirlo. Electrizado por la ceremonia el disoluto agarra por fin mis nalgas y empujando su enorme verga sin mojarlo, fui jodido en un momento; Tergowitz lo enculaba entretanto; y a pesar del excesivo rigor del tiempo, como había mucho humo en la choza, nos enculamos en la nieve. El prodigioso instrumento me produjo muchos dolores y el zorro vio como los sentía sin ninguna piedad. Al salir de mi culo, enfiló el de Tergowitz y nos limó a los dos de esta forma durante cerca de dos horas sin descargar; yo lo enculaba mientras él jodía a mi camarada y, menos hastiado que él, le descargué en el trasero.

—Desgraciadamente —nos dice el polaco cuando se retiró, sin lograrlo— me veo obligado a privarme de estos placeres o a gozarlos solo, porque me es imposible entregarme a ellos sin verter chorros de sangre. A falta de poder matar hombres, degüello animales y me rocío con su sangre; pero cuando las pasiones son un poco vivas esos remedios para salir del paso son muy crueles...

—¡Ah! —dice Tergowitz confesando nuestros gustos a nuestro nuevo compañero—, creo que bien podemos convenir con él en que no siempre nos hemos limitado a esto...

—¿Y dónde diablos —digo a mis amigos— podéis encontrar víctimas?

—Entre nuestros compañeros.

—¿Sin ninguna piedad por la semejanza de vuestra suerte con la de ellos?

—¿A qué llamas tú piedad? —me dice el polaco—. ¿Ese sentimiento que enfría los deseos puede ser admitido en un corazón de piedra? ¿Y puede detenerme, cuando un crimen me deleita, la piedad, el más soso, el más estúpido, el más fútil de todos los impulsos del alma? Debes saber que jamás la conoció la mía, y que desprecio soberanamente al hombre lo bastante imbécil como para concebirla por un solo instante. La necesidad de verter sangre, la más imperiosa

de todas las necesidades, no conoce ningún tipo de trabas; aquí donde me ves he matado a mi padre, a mi madre, a mi mujer, a mis hijos, y jamás he conocido lo que era el remordimiento. Con un poco de valor y ningún prejuicio el hombre hace lo que quiere de su corazón y su conciencia. La costumbre nos habitúa a todo, y nada es tan fácil como adoptar la que nos complace: no se trata más que de vencer los primeros impulsos de repugnancia, es cuestión del temperamento. Pito en mano alimentaos por algún tiempo con la idea que os aterra; acabaréis por desearla: este es el método que he seguido para familiarizarme con todos los crímenes, los deseaba pero me asustaban; me he masturbado con ellos y he acabado sumiéndome en ellos a sangre fría. La falsa idea que concebimos con respecto a los otros es lo que siempre nos detiene en materia de crímenes; desde nuestra infancia se nos acostumbra ridículamente a que nosotros no contamos para nada y que los otros lo son todo. Desde ese momento, toda lesión a ese respetable prójimo nos parece un gran mal y sin embargo esa lesión está en la naturaleza, cuyas leyes jamás cumplimos mejor que cuando nos preferimos a nosotros mismos y atormentamos a los demás para deleitarnos. Si es cierto que nos parecemos a todas las producciones de la naturaleza, si no valemos más que ellas, ¿por qué persistir en creernos movidos por leyes diferentes? ¿Conocen las plantas y los animales la piedad, los deberes sociales, el amor al prójimo?, ¿y vemos nosotros en la naturaleza otra ley suprema distinta a la del egoísmo? La gran desgracia de todo esto reside en que las leyes humanas son simplemente fruto de la ignorancia o del prejuicio; el que las hizo no consultó sino a su estupidez, su estrechez de miras y sus intereses. El legislador de una nación jamás tendría que haber nacido en ella; con ese vicio el legislador transmitirá a sus compatriotas como únicas leyes las puerilidades que ha encontrado establecidas entre ellos; y sus instituciones jamás tendrán el carácter de grandeza que debería tener: ahora bien, ¿qué respeto queréis que tenga un hombre por leyes que contrarían todo lo que la naturaleza graba en él?

—Abrázame, amigo mío —le digo a este hombre encantador arrastrado por el entusiasmo que me producía la semejanza de sus sentimientos con los míos—; todo lo que acabas de sentar está en mi cabeza desde hace mucho tiempo y al mismo tiempo te ofrezco un alma al menos tan acorazada como la tuya...

—En absoluto estoy tan avanzado como vosotros —nos dice el húngaro—: Nunca he asesinado sino a mi hermana, mi sobrina y a algunos compañeros aquí, con Voldomir; pero los dedos me cosquillean y desearía de todo corazón que todos los días de mi vida se me presentase la ocasión de un crimen.

—Amigos míos —les digo a mis dos compañeros—, gente que se

parece tanto entre sí no debe separarse jamás, y cuando tienen la desgracia de estar prisioneros juntos, deben unir sus fuerzas para romper las cadenas con que los aplasta la injusticia de los hombres.

—Me comprometo con el más sagrado juramento a hacer lo que dice nuestro compañero —exclamó Voldomir.

—Y yo también —dice Tergowitz.

—¡Y bien! —proseguí—; pongámonos ahora mismo en marcha hacia las fronteras de este indigno clima; tratemos de franquearlas a pesar de las bayonetas con que están erizadas; y que una vez libres, la vida y la fortuna de los otros compensen ampliamente las pérdidas que nos ha ocasionado la pérfida crueldad de la puta que aquí nos encadena.

Unas cuantas botellas de aguardiente sellaron el juramento. Íbamos a encularnos de nuevo los tres, para sellarlo con nuestro semen, cuando un joven de quince años vino a rogar a Voldomir que le enviase algunas pieles a su padre, si las tenía, y que le serían devueltas en pocos días.

—¿Quién es este niño? —les digo a mis camaradas.

—El hijo de un gran señor de Rusia —respondió Voldomir— exiliado como nosotros por haber disgustado a Catalina; vive a cien verstas de aquí... (Después, hablándome al oído). Ya que nos marchamos —me dice— y que estaremos lejos antes de que su padre se entere, vamos a divertirnos con él, si quieres...

—Sí, pardiez —respondí atrayendo ya bruscamente al joven hacia mí y bajando sus pantalones hasta las rodillas—; tenemos que joderlo y comerlo después; esta carne será mejor que la de las martas y garduñas que constituyen diariamente nuestro pingüe alimento.

Soy el primero en encolar mientras mis compañeros sujetan al niño; sigue Tergowitz; Voldomir, a causa del grosor de su verga, tiene que ser el tercero. Empezamos de nuevo; y cuando estamos hartos del bardaje, lo ponemos vivo en el asador y nos lo comemos con delicia.

—¡Qué equivocación despreciar esta carne! —dice el polaco—. ¡No hay otra más delicada y mejor en el mundo, y los salvajes tienen razón al preferirla a cualquier otra!

»Este es uno más de vuestros absurdos europeos —dice Voldomir—: Tras haber erigido el asesinato en crimen, os habéis guardado bien de permitiros el uso de esta carne; y por un orgullo intolerable, os habéis imaginado que no había ningún mal en matar a un cerdo para comerlo, mientras que el mayor crimen consistiría en realizar la misma operación con un hombre. Estos son los siniestros efectos de esa civilización que aborrezco y me hace considerar a mis semejantes como una clase de locos de especie despreciable.

Acabada la excelente comida, nos acostamos los tres en la casa del polaco y al despuntar el día, armados hasta los dientes, partimos

con la firme resolución de no ejercer ningún otro género de vida que el de bandoleros y asesinos, de no ofrendar más que al egoísmo y a nuestros más queridos intereses.

Inciertos sobre la ruta que tomaríamos, nuestro primer proyecto fue ganar las fronteras de China, a fin de evitar las otras provincias limítrofes bajo el dominio de la emperatriz, a cuyas puertas estábamos casi seguros de ser detenidos. Pero, aterrorizados por la longitud de esta ruta, ganamos a través de los desiertos la ribera del mar Caspio y nos encontramos en Astrakán al cabo de algunos meses, sin que hubiese habido el menor obstáculo en nuestra evasión.

Desde allí, ganamos Tiflis, matando, saqueando, fornicando, robando todo lo que encontrábamos a nuestro paso, y llegamos a esta ciudad cubiertos de sangre y de rapiñas. Sin embargo, desde hacía mucho tiempo deseábamos lugares civilizados y tranquilos donde pudiésemos satisfacer deseos menos tumultuosos de una forma más lujuriosa, más agradable y más cómoda al mismo tiempo. El libertinaje, la belleza de los habitantes de Georgia parecían prometernos a este respecto todo lo que podíamos desear.

Tiflis está situada en la parte baja de una montaña, al borde del río Kur, que atraviesa Georgia; encierra hermosos palacios. Como en el camino habíamos desvalijado a suficientes viajeros como para poseer cada uno más o menos dos o tres mil rublos, nos alojamos al principio con bastante magnificencia. Compramos hermosas muchachas para que nos sirviesen; pero el polaco, que ni siquiera soportaba la cercanía de este sexo, tomó un soberbio georgiano, acompañado de dos jóvenes esclavos griegos y nos solazamos un poco de los rigores de la larga y fastidiosa marcha que acabábamos de hacer. El principal comercio de Tiflis es el de las mujeres: son vendidas públicamente para los serrallos de Asia y Constantinopla, como los bueyes en el mercado; todo el mundo tiene derecho a ir a examinarlas y manosearlas en los almacenes, donde son expuestas casi desde que salen de la lactancia hasta la edad de quince o dieciséis años. No hay nada tan hermoso en el mundo como las criaturas de ese país; nada tan elegante como sus formas, nada tan agradable como sus facciones: es difícil ver un conjunto más completo de gracias y bellezas. Pero si no es posible verlas sin desearlas, es raro desearlas y no tenerlas: no hay un país en el mundo donde el puterío sea tan pronunciado.

Los georgianos viven en total dependencia. La tiranía que sus nobles ejercen sobre ellos no es suave; y como estos son muy libertinos, os imaginaréis fácilmente que su despotismo raya con la lujuria: vejan a sus esclavos, los azotan, golpean, y todo esto con el espíritu de la cruel lubricidad cuyos efectos sabéis que llevan a todo tipo de crímenes. Pero ¡qué contradicción!, esta nobleza que trata a sus vasallos como esclavos, lo es a su vez del príncipe para obtener

empleos o dinero; y para lograrlo mejor, le prostituye, desde la más tierna edad, a sus hijos de uno y otro sexo.

Tergowitz, naturalmente astuto y seductor, pronto encontró el secreto de introducirse y de alojarnos con él en la casa de uno de los más grandes señores de este país, que poseía, junto a grandes riquezas, tres hijas y tres hijos de una belleza exquisita. Como este señor había viajado, Tergowitz le convenció de haberlo visto en Rusia, en Suecia y en Dinamarca y el buen gentilhomme se lo creyó todo. Hacía mucho tiempo que no habíamos recibido tantas amabilidades y mucho más tiempo todavía sin duda que ningún benefactor se había visto recompensado como nosotros resarcimos a este. Comenzamos seduciendo a la vez a todos sus hijos: en quince días muchachos y muchachas habían sido jodidos de todas las maneras. Cuando Voldomir nos preguntó cómo pensábamos acabar con la casa de este buen hombre, ya que no había ya nada que fornicar..., respondí:

—Robándole. Apuesto a que su oro vale el coño y el culo de sus hijos.

—¿Y cuándo será robado? —dice Tergowitz.

—¡Muy bien! —respondí—, mataremos. No hay muchos criados; somos suficientemente fuertes como para divertirnos con todo eso, y ya siento mi verga coleando con la idea del asesinato de esos hermosos niños.

—¡Pero la hospitalidad, amigos míos! —dice Voldomir.

—Esa virtud —respondí— consiste en la obligación de hacer bien a aquellos de quienes hemos recibido bondades. ¿No nos ha dicho cien veces ese animal que en su calidad de buen cristiano[110], estaba seguro de ir derecho al paraíso? Admitida esta hipótesis, ¿no será mil veces más feliz allí que en la tierra?

—Por supuesto.

—¡Entonces hay que darle ese placer! —exclamé.

—Sí —dice Voldomir—; pero no consiento en todas esas muertes más que con la condición de que sean espantosas. Hace mucho tiempo que robamos y matamos sólo por necesidad: aquí tenemos que hacerlo por maldad, por gusto; es preciso que el mundo tiemble al saber el crimen que hemos cometido... es preciso obligar a los hombres a enrojecer por ser de la misma especie que nosotros. Además exijo que sea erigido un monumento que recuerde este crimen al universo y que nuestros nombres sean impresos sobre el monumento con nuestras mismas manos.

—¡Y bien!, habla; nosotros estamos de acuerdo con todo; ¿qué exiges tú, criminal?

—Es preciso que él mismo ase a sus hijos y los coma con nosotros; que nosotros lo enculemos entretanto; a continuación coserle los restos de la comida alrededor de su cuerpo y recluirlo en su bodega

donde lo dejaremos morir hasta que él quiera.

El complot es aceptado por unanimidad; pero, desgraciadamente, nuestro proyecto, discutido sin ninguna precaución, fue oído por la más joven de las hijas del patrón, sometida ya a nuestros deseos, y tan prodigiosamente maltratada que cojeaba a causa de ello. Voldomir le había horadado el ano con su enorme verga y desde hacía algunos días sólo lográbamos calmarla a fuerza de pequeños presentes. Demasiado asustada por lo que acababa de oír, no hubo medio de contenerla y la zorra fue a revelarlo todo. Tan pronto como el padre estuvo informado, su primer cuidado fue montar en su casa una guarnición, a la que las autoridades de esta ciudad ordenaron que nos vigilase. Pero el dios que protege el crimen siempre le somete a la virtud: hace mucho tiempo que está demostrado.

Los cuatro soldados que el gentilhomme llevaba con él y que debía dejar en su casa sin decirnos el motivo, los reconocimos en seguida como compañeros de Siberia escapados como nosotros de las cadenas de Catalina, quienes, como comprenderéis, preferían nuestra causa a la del cristiano de Georgia; y pronto no fueron sino cuatro enemigos más que el pobre metía en su casa. La propuesta de repartir el botín y de gozar de los seis hijos, recreó de tal forma al refuerzo que pronto nos pusimos manos a la obra. Atamos al pobre señor a un pilar de su salón y allí lo regalamos primero con quinientos latigazos bien aplicados sobre todas las partes de su trasero, después con el placer de ver a sus seis hijos fornicados delante de él. En cuanto lo fueron, los atamos alrededor de él, y fustigamos los seis culos hasta que la sangre inundó el cuarto; después los hicimos tumbarse en el suelo de espaldas y, levantando sus piernas, las desollamos a latigazos sobre todo las partes anteriores. A continuación quisimos obligar al padre a que gozase de todos sus hijos; pero como, a pesar de nuestro esfuerzo, le fue imposible empalmarse, lo castramos y forzamos a su progenie a que tragase su verga y sus cojones; después cortamos las tetas de sus hijas y lo obligamos a que tragase a su vez las carnes que él mismo había creado y que todavía estaban palpitantes.

Íbamos a proseguir cuando desgraciadamente la discordia vino a sacudir su llama sobre nosotros. Entre los cuatro soldados había un joven ruso hermoso como el día y que hacía que a Voldomir se le pusiese casi tan tiesa como a mí. Yo no abandonaba el trasero del joven soldado, cuya posesión me había disputado mi compañero tres veces seguidas. Estaba por fin en su culo cuando veo a Voldomir acercarse a mí puñal en mano; en ese mismo instante me apodero de mi daga y sin dejar el culo del soldado en el que iba a lanzarse mi semen, alcanzo al Voldomir en el costado izquierdo y lo hago caer entre chorros de sangre.

—¡Joder! —dice Tergowitz, que sodomizaba a otro soldado—. Eso

es lo que se llama una acción con energía. No hace falta confesarlo, Borchamps, en absoluto me siento indignado de que nos hayas deshecho de ese tiparraco: puedes estar seguro de que su despotismo pronto nos hubiese sacrificado a nosotros mismos...

Acabo mi golpe, descargo: jamás me paró el semen un asesinato, al contrario. Después, encendiendo mi pipa:

—Vaya, amigo mío —le digo a Tergowitz—, jamás habría tratado a nuestro compañero de esa forma si no hubiese visto desde hace mucho tiempo en él todos los vicios destructores de una sociedad como la nuestra. Ahora jurémonos una fidelidad eterna los dos, y podremos pasarnos sin él perfectamente.

Terminamos nuestra operación. Todo lo que habíamos proyectado se ejecutó. Las riquezas que nos llevamos fueron considerables; los soldados, bien pagados, se marcharon contentos; pero yo no quise separarme del mío: Carle-Son consintió en seguirme. Dos mulas cargaron con nuestro equipaje; tres buenos caballos con nosotros y así ganamos Constantinopla costeando el mar Negro.

Sin embargo, Carle-Son está con nosotros en calidad de criado; cualquiera que fuese mi amor por él, me daba cuenta de que una docena de descargas en su hermoso culo apaciguarían esta pasión y no quise armar quizás a un rival peligroso elevándolo hasta nosotros.

Algunos viajeros desvalijados, algunas violaciones, algunos asesinatos, actuaciones todas muy fáciles en un país donde no hay ni justicia ni seguridad, es más o menos a lo que se limitaron nuestras aventuras en esta travesía y llegamos a la capital del Gran Señor con tanta facilidad como si no hubiésemos merecido cien veces subir al patíbulo.

Los extranjeros no se alojan nunca en Constantinopla: se establecen en el barrio de Pera. Nosotros fuimos allí con la sola intención de no tomar más que unos días de descanso, con el propósito de seguir a continuación un oficio que nos procuraba con éxito a Tergowitz y a mí unos doscientos mil francos por cabeza.

No obstante, de común acuerdo con mi compañero, escribí a mi hermana para que me pasase fondos y cartas de recomendación para Constantinopla e Italia, adonde pensábamos pasar al dejar los Estados del Gran Señor, y al cabo de dos meses recibí todo lo que podía desear sobre uno y otro objeto. Habiéndome introducido a partir de ese momento en casa del banquero al que me había dirigido en Constantinopla, me convertí en seguida en el admirador de una joven de dieciséis años, a la que este banquero quería y educaba como si fuese hija suya, aunque no lo era más que adoptiva. Philogone era rubia, con un aire de candor e ingenuidad, con los ojos más hermosos posibles, y en una palabra el conjunto más seductor y agradable. Pero aquí sucedió algo muy extraordinario. Por uno de esos caprichos

extravagantes, y que sólo pueden ser captados por verdaderos libertinos, por muy amable que fuese Philogone, aunque me inspirase violentos sentimientos, no me sentí realmente emocionado viéndola más que cuando tuve el deseo de que Tergowitz la jodiese; sólo con eso se me ponía tiesa; sólo esta idea me masturbaba. Había llevado al húngaro a la casa de Calni, protector de Philogone, y al momento le había puesto en conocimiento de un deseo que parecía complacerle infinitamente.

—Me voy a esforzar sólo por ti —le digo—. ¡Oh amigo mío!

—Me parece —respondió Tergowitz— que deberíamos elevar un poco más nuestras miras. Se dice que ese banquero es uno de los más ricos de Constantinopla; ¿no podríamos robar al patrón mientras trabajamos a la protegida? Me parece que sus tesoros harían que viajásemos hasta Italia mucho más cómodamente.

—Ese proyecto —le digo a mi amigo— no tiene una fácil ejecución; aquí no somos los más fuertes, y no veo la trampa que pueda llevarnos adonde dices. En este caso, empecemos sembrando cien mil escudos para recoger al menos dos millones: ¿estás en desacuerdo conmigo?

—No.

—¡Pues bien!: déjame hacer a mí.

Empecé por alquilar una casa de campo soberbia, pero aislada y lo más lejos posible de la ciudad; en cuanto estuvo provista de un numeroso servicio y un magnífico mobiliario, di fiestas suntuosas en las que podéis imaginar que no olvidé a Philogone y a Calni. Tergowitz pasaba por hermano mío; favorecía sus gestiones y las apoyaba con proyectos de alianza que dejaba entrever; empezaban a escucharme sin trabajo. Sólo una cosa contrariaba mis deseos: ¿a esa desgraciada muchacha, contra la que internamente maquinaba los mayores horrores, no se le ocurría amarme? En cuanto le hablé de mi hermano:

—Un proyecto como ese me halaga evidentemente, señor —me dice—, pero dado que mi protector me ha dejado libre para elegir, me atrevo a aseguráros con franqueza que hubiese preferido que vuestras propuestas se refiriesen sólo a vos.

—Hermosa Philogone —respondí—, esa confesión halaga infinitamente mi amor propio; pero debo responderos con igual candor. Numerosas inclinaciones, de las que no soy dueño, me alejan totalmente de las mujeres; y como al convertirlos en la mía tendríais que imitar obligatoriamente el sexo que prefiero, no os haría tan feliz como merecéis serlo.

Al ver que Philogone no me entendía, utilicé el libertinaje para explicarle que el altar en que las mujeres sacrificaban al amor no era de ningún modo el que yo festejaba; y esa demostración exigió

detalles que me valieron el examen y el toqueteo completo de los encantos de esta bella muchacha, enteramente entregada a mí con el candor y la inocencia de su edad. ¡Dios! ¡Cuántos atractivos! ¡Qué frescura! ¡Cuántas gracias! ¡Y sobre todo, qué culo tan delicioso! Cuando entreabriendo el orificio, para seguir mi demostración, me vi obligado a decirle a Philogone que ese era el templo al que yo ofrecía mi homenaje:

—¡Qué me importa! —me respondió esta encantadora criatura—; ¡oh!, Borchamps, ignoro todo eso; ¿pero no sería vuestro mi cuerpo, cuando ya tenéis mi corazón?

—¡No, no!, sirena —le digo, manoseando su hermoso trasero—, no, por mucho que hicieseis... por mucho que me adorases, no me conmovaré por tu suerte; son otros placeres muy distintos a los de la delicadeza los que me hacen excitarme contigo; y el amor no tiene más acceso a mi corazón que las otras virtudes del hombre. (Después, remangando sus faldas): No, Philogone, no —le digo—, no puedo desposaros; mi hermano es el indicado para hacer vuestra dicha, y la hará.

De esta forma transcurrió un año, durante el que se consolidó la confianza. Pero no por ello perdía mi tiempo: las judías más hermosas, las griegas más bonitas, y los muchachos más guapos de Constantinopla pasaron por mis manos y, para resarcirme de la larga abstinencia a la que me había visto forzado, vi a más de tres mil individuos de uno y otro sexo durante ese año. Por mil cequíes, un judío que acostumbraba a vender joyas a las sultanas de Achmet, me introdujo con él en el serrallo; y con peligro de mi vida tuve el voluptuoso goce de seis de las más bellas mujeres. Todas tenían el hábito de la sodomía y fueron ellas las que me propusieron una vía que las preservaba de embarazos. El emperador, que las mezcla siempre con sus icoglans, raramente las veía de otra forma; por esto usan una especie de esencia que vuelve a esta parte tan estrecha que no pueden ser enculadas sin que las desgarran. Mis deseos llegaron más lejos, deseé vivamente joder a esos famosos icoglans, en cuyo culo olvida tan fácilmente el Gran Señor a las mujeres; pero los que él destina a esta están mucho mejor encerrados que las sultanas; es imposible llegar hasta ellos. Me aseguraron que me perdía una gran cosa y que no hay nada más bonito en el mundo. Achmet los tenía de doce años que sobrepasaban en belleza a lo más delicioso que se pudiese encontrar en el mundo. Me informé acerca de sus gustos.

—Esta es su pasión favorita —me dice una de sus mujeres—: Doce sultanas, atadas muy juntas unas a otras y no ofreciendo más que sus nalgas, forman un círculo en medio del cual se pone él con cuatro icoglans. A una señal suya, es preciso que estas mujeres, so pena de muerte, caguen todas a la vez en vasos de porcelana, colocados con este fin bajo ellas: no hay piedad para la delincuente. No transcurre una luna sin que perezcan siete u ocho por ese crimen; y él mismo las ejecuta en secreto sin que se sepa de qué forma las hace perecer. En cuanto han cagado, un icoglan recoge los vasos y se los presenta a su Alteza, que los huele, frota su verga en ellos y se embadurna; una vez hecho el recorrido, un icoglan lo encula mientras otro le chupa el verga; el tercero y el cuarto le entregan sus vergas para que se los

menee. Al cabo de un momento, siempre en medio del círculo, los cuatro putos le cagan uno tras otro en la boca, y él traga. Entonces se rompe el círculo; todas las mujeres se acercan a chuparle la lengua; entretanto él las pellizca el pecho o las nalgas; a medida que las mujeres se van separando de él, se colocan en fila sobre un largo canapé; en cuanto están todas así, los icoglans, armados con vergas, azotan cada uno a tres; una vez que están sangrando, él recorre sus cuerpos, chupa las marcas y lame el agujero de sus culos todavía impregnados de mierda. Hecho esto, vuelve a los bardajes y los encula uno tras otro; pero con esto no hace sino ponerse en situación. Una vez que ha hecho esto, las mujeres cogen a los muchachos y se los ofrecen; él los azota uno tras otro, y durante este tiempo, los que no están ocupados en nada se colocan alrededor de él para adoptar, con una habilidad increíble y sin que él diga una sola palabra, las posturas más obscenas y variadas. Cuando los cuatro niños han sido azotados, los encula; pero en el momento en que está a punto de descargar, se retira lleno de furia, se lanza sobre una de las mujeres que, para entonces, lo rodean en silencio y con el rostro vuelto hacia él; agarra a una y le da una somanta de palos hasta que se cae desvanecida; vuelve a joder a un segundo bardaje, al que abandona para realizar la misma operación anterior; igual ceremonia con las otras dos; y vapuleando a la última mujer, que casi siempre está ya reventada, es cuando lanza su semen de un modo natural y sin que haya que tocarlo siquiera. Las cuatro mujeres vapuleadas lo son hasta el punto de no volver en sí con frecuencia y, si no mueren, están por lo menos varios meses en cama. En general las golpea con toda su fuerza en el seno y la cabeza, y serían estranguladas al momento si opusiesen la menor resistencia.

—Extraordinaria pasión, sin duda —le digo a la sultana que me contaba esto—, y que me gustaría adoptar si fuese tan rico como vuestro amo.

—También algunas veces el emperador las ve a solas y entonces las encula; pero ese gran favor sólo les es concedido a las extremadamente bonitas y que no pasan de los ocho años.

Mis proyectos sobre la bella Philogone estaban por fin a punto de cumplirse; mediante algunos cequíes hice incendiar la casa de su protector. Podéis imaginar que en tal circunstancia el primer cuidado de Calni fue retirarse a mi casa de campo con Philogone, acompañado de sus riquezas y algunos criados de confianza: este último aspecto me inquietaba, lo queríamos solo con su protegida. Pronto hallé el medio de persuadirle de que era esencial volver a enviar a los restos de la casa todos estos lacayos, que con toda seguridad serían más útiles allí que en mi casa, donde no dejaría que les faltase nada. Calni, desesperado como estaba, hizo lo que yo quise. Las cajas ya estaban en nuestra casa e incluso iba a hacerse el trabajo del banco, cuando

nos dimos cuenta de que no había un minuto que perder.

—Patrón —le digo, entrando una mañana en su cuarto, pistola en mano, mientras Tergowitz acechaba por la casa y mi amigo Carle-Son retenía a Philogone y al único criado que había conservado—, querido y fiel patrón, te has equivocado de cabo a rabo si has creído que te daba hospitalidad por nada; despídete de este mundo, amigo mío; hace ya mucho tiempo que gozas de tus riquezas, es justo que pasen a otros...

Y descerrajándole un tiro cuando pronunciaba estas últimas palabras, envié al banquero a pagar cuentas vencidas en el infierno. Por su parte, Carle-Son arrojaba por la ventana al criado que había matado, y ambos nos unimos a la señorita que lanzaba los gritos más conmovedores del mundo. Llamando entonces a Tergowitz:

—Amigo mío —le digo—, ha llegado la hora: recuerda el precio que he puesto a esta escena, y en un minuto jódete a esa bonita muchacha ante mis ojos mientras yo te enculo y Carle-Son hace otro tanto conmigo.

Tergowitz, que no pedía otra cosa, desnudó en seguida a la doncella; y el más hermoso cuerpo del mundo se halla en nuestras manos. ¡Dios! ¡Qué nalgas! Lo reverga: jamás había visto unas más hermosas y mejor moldeadas: no pude impedirme rendirles culto. Pero cuando uno está loco por un cierto tipo de libertinaje, ni el mismo diablo lo bajaría de él; yo no deseaba a Philogone, sólo me tentaba el culo del que la jodía. Tergowitz encoña, yo enculo a Tergowitz, Carle-Son me fornicia y al cabo de bastante tiempo, sin poder ya más, descargamos los tres al mismo tiempo.

—¡Dale la vuelta, santo Dios! —le digo a mi amigo—. ¿Acaso no ves que tiene el culo más hermoso del mundo? Carle-Son la encoñará y yo os fornicaré a los dos.

El acto se consuma a pesar de los gritos y las lágrimas de la bella huérfana; y en menos de dos horas no hay templo a Cíteres cuyo camino no le hubiésemos enseñado. Mis amigos estaban extasiados, principalmente Tergowitz; yo era el único que no estaba tentado por esta hermosa muchacha, o si me inspiraba algún deseo eran tan feroces y disolutos que si me hubiese satisfecho con ella habría privado a mis camaradas de su presencia; me parecía que no podían existir suficientes suplicios para ella, y todos los que mi imaginación me sugería me parecían excesivamente suaves y mediocres. Era tal mi furor que hasta se leía en mis ojos; ya no podía mirar a esta criatura más que con despecho o con rabia. ¿Quién diablos me inspiraba tales sentimientos? Lo ignoro; pero los pinto como los sentía.

—Vayámonos —les digo a mis amigos—; no se trata de ocuparse únicamente de los placeres; cuando se es prudente hay que pensar también en la seguridad. Una falúa, cargada con nuestras riquezas, nos

espera en el puerto, la he fletado hasta Nápoles, tras las distracciones a que acabamos de entregarnos creo muy prudente cambiar de clima... ¿Y qué haremos con esta muchacha? —le digo a Tergowitz.

—Nos la llevamos, espero —me dice el húngaro con un guiño pícaro.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Compañero, el amor!

—No, pero ya que hemos comprado a esta muchacha nada menos que al precio de la sangre de su protector, sería una pena no conservarla.

Y considerando que la situación no era la más apropiada para decir nada que pudiese dividirnos, y por consiguiente perdernos, hice como que adoptaba la opinión de Tergowitz y nos pusimos en marcha.

Carle-Son pronto se dio cuenta de que yo no había sido sino complaciente en cuanto al hecho de llevarnos a Philogone. Me habló de ello. Creí que no debía ocultarle nada y al segundo día convinimos en deshacernos amistosamente de esos dos tórtolos. Lo puse en conocimiento del patrón del buque; algunos cequíes bastaron para ganarlo a nuestra causa.

—Haced lo que queráis —me dice—, pero desconfiad de los ojos de esa mujer que veis allí en el rincón; cree que os conoce y si es así mejor no ser observado por ella.

—Estad tranquilo —respondí—, elegiremos bien nuestro momento...

Después, lanzando una ojeada involuntaria sobre la criatura que según el patrón me conocía, seguí convencido de que se engañaba y sin ver en esa triste persona sino a una mujer de alrededor de cuarenta años, ocupada en servir a los marineros, cuyas facciones estaban completamente alteradas por la languidez y la miseria. Por lo tanto dejé de vigilarla y volviendo a nuestro proyecto, en cuanto las olas del mar fueron envueltas por los velos de la noche, Carle-Son y yo cogimos a nuestro compañero completamente dormido y lo dejamos caer dulcemente al mar. Philogone despierta y se estremece, pero asegurándome que si lamenta tan poco la muerte del húngaro es porque sólo me ama a mí en el mundo.

—Querida y triste niña —respondí—, no se te paga con la misma moneda: no puedo soportar a las mujeres, ángel mío, te lo he dicho... —Después, bajando los pantalones de Carle-Son ante sus ojos—: Mira —proseguí— así es como están hechos los individuos que tienen derecho a mis favores.

Philogone se ruboriza y vierte unas lágrimas.

—¿Y cómo puedes seguir amándome —continué— tras el crimen que me has visto cometer?

—Ese crimen es terrible sin duda, ¿pero se es dueño del corazón? ¡Oh!, señor, aunque me asesinaseis a mí misma... os seguiría amando.

Y la conversación se animó con todo esto. La vieja se había acercado a nosotros sin hacer ruido; y, sin parecer escucharnos, no perdía nada de lo que decíamos.

—¿Qué hacíais en casa de Calni? —pregunté a Philogone—. Esa protección me parecía interesada; ¿había amor en todo ello? Cuando no se tienen lazos de sangre con una joven como vos, es extraño que se la proteja a no ser que se tenga la intención de gozar de ella.

—Señor —me respondió Philogone—, los sentimientos de Calni estaban guiados por el más puro interés... siempre fueron honrados, como su corazón. Estando de viaje mi protector, encontró hace dieciséis años, en un albergue de Suecia, a una joven abandonada que hizo llevar a Estocolmo, donde lo requerían sus negocios. Esa joven estaba embarazada; mi protector no la abandonó; me trajo al mundo. Calni, al ver que mi madre no estaba en condiciones de criarme, me pidió y consiguió. Como no había tenido hijos de su mujer, los dos se ocuparon tiernamente de mí.

—¿Y qué fue de tu madre? —pregunté en este punto, con una especie de presentimiento que no podía dominar.

—Lo ignoro —me respondió Philogone—: La dejamos en Suecia, ayudada tan sólo con algunos socorros que le concedió Calni...

—Y que no la llevaron muy lejos —dice entonces la vieja. Y echándose a nuestros pies—: ¡Oh Philogone!, reconoce a la que te dio la vida; y vos Borchamps, dirigid una mirada de piedad a la desgraciada Clotilde Tilson, a la que sedujisteis en Londres, tras haber sacrificado a su familia y que dejasteis embarazada de esta pobre niña en un albergue de Suecia, donde una mujer, que se decía la vuestra, hizo la barbarie de arrebatáros de mí.

—¡Joder! —le digo a Carle-Son, muy poco conmovido por este reconocimiento—. ¿Habrías sospechado alguna vez, amigo mío, que en un mismo instante encontrase a la vez a una esposa encantadora, como ves, y a una hija muy bonita? ¡Y bien!, ¿no lloras?

—No, ¡santo cielo! —me respondió Carle-Son—; al contrario, se me empalma, y veo en esta aventura maravillosas cosas para ser ejecutadas.

—Pienso como tú —respondí muy bajo—; déjame hacer a mí: pronto vas a ver en mí el efecto de los grandes impulsos de la naturaleza.

»¡Oh Philogone! —exclamé, volviéndome con ternura hacia la protegida de Calni—, sí, vos sois mi hija... mi querida hija: os reconozco por los dulces impulsos que he sentido hacia vos... Y vos, señora, —proseguí agarrotando el cuello de mi querida esposa hasta estrangularla— sí, vos soy mi mujer, también os reconozco... —Después, acercándolas a las dos—: Besadme una y otra, amigas mías. ¡Oh! ¡Cuán bella cosa es la naturaleza! ¡Philogone, mi querida

Philogone!, ved cuáles son los sentimientos de esa sublime naturaleza; tenía pocas ganas de joderos, y heme aquí ahora deseándolo ardientemente.

Un natural impulso hizo retroceder a estas dos mujeres con horror; pero como Carle-Son y yo las apaciguamos y les hicimos ver que su suerte dependía absolutamente de mí, se acercaron; y si no tuve en ellas ni hija, ni esposa, al menos encontré dos esclavas.

A partir de ese momento mis deseos se exacerbaron hasta tal punto que ya no podía calmarlos. Ahora quería admirar las sublimes nalgas de Philogone, un instante después quería ver a qué estado habían reducido la miseria y la pena los encantos de Clotilde. Y, remangándolas a las dos a la vez, no me bastaban mis ojos para mirarlas, mis manos para recorrerlas: besaba, hurgaba, maquinaba... Carle-Son me la meneaba. Todas mis ideas sobre el culo de mi querida hija cambiaban. No es posible imaginarse lo que es la naturaleza: Philogone, a la que como protegida de Calni no deseaba en absoluto, me hacía empalmarme terriblemente una vez que fue la mía. Los crueles deseos no cambiaban; antes eran aislados, ahora iban de la mano con los de joder a esta hermosa hija; y en seguida la di pruebas de ellos cuando le sumergí mi verga en el trasero con la suficiente dureza como hacerle gritar con fuerza. El patrón, que los oyó, se acercó a mí conciliador.

—Señor —me dice—, tengo miedo de que vuestra conducta escandalice a la tripulación; nuestra falúa no es lo bastante cómoda para ofreceros facilidades en las acciones a las que deseáis entregaros. Estamos en la costa de una isleta desierta que no tiene más inconveniente que el de estar llena de lechuzas y murciélagos, causa de que no esté habitada; pero es excelente para pasar una hora. Vamos a tocar tierra; nuestros marineros harán la comida en ella y vos os divertiréis un rato.

Aprovecho la interrupción para contarle al piloto de qué forma tan agradable había encontrado a la vez, el mismo día, una esposa y una hija...

—¡Una hija! —me dice—. ¿Pero la estabais jodiendo hace un momento?

—Cierto, amigo mío, soy muy poco escrupuloso a ese respecto.

—¡Bien! ¡Bien! Tenéis razón, señor francés; vale más comer el fruto del árbol que se ha plantado que dejárselo comer a los otros. Respecto a esa pobre criatura —prosiguió—, si el azar os la hace encontrar como mujer, por muy infortunada que sea, os felicito por ello; porque desde que la conocemos y hace viajes con nosotros, nos es fácil responderos de que es la criatura más honrada que conocemos.

—Amigo mío —le digo al marino—, estoy convencido de esa verdad; pero esa mujer, a la que elogias, tiene cuentas que arreglar

conmigo, y no te oculto —le digo deslizando de nuevo unos cequíes— que deseo abordar en esa isla para vengarme de ella.

—A fe mía —dice el piloto—, haced lo que queráis, sois el amo. —Después, en voz baja y con aire misterioso—: A la vuelta no tenéis más que decir que se dejó caer al agua...

Encantado por el amigable candor de este buen hombre, vuelvo a referirle a Carle-Son mi conversación y le doy parte de mis proyectados homicidios. Apenas había acabado cuando tocamos tierra.

—Patrón —le digo desembarcando con mi familia—. Dadnos tiempo.

—¿Acaso no estoy a vuestras órdenes? —me dice—, sois el único que me pagáis: partiré sólo cuando vos queráis...

Y nos adentramos por esas tierras.

—¡Oh, amigo mío! —le digo a Carle-Son mientras caminábamos—. ¡Cuánto placer van a darnos estas putas! Nunca había cometido un asesinato que me cosquillease tanto como este: acércate a ver mi verga —le digo parándome—, mira cómo espumea de rabia el bribón... Aquí estaremos completamente solos, con toda tranquilidad.

Después, al cabo de una hora de marcha, viendo una deliciosa hondonada sombreada de sauces y olmos, con césped fresco y rodeada de malezas que la hacían impenetrable a las miradas, le digo a mi amigo:

—Detengámonos aquí, hace un hermoso día... Quedémonos desnudos como salvajes; imitemos su forma de ser, así como sus actos. —Y, besando a mi querido Carle-Son con toda la lubricidad posible, le digo—: Vamos, démonos placer; nuestro semen debe salir al cabo sólo del último suspiro de estas zorras.

De un golpe tiro a las dos al suelo; enculo a mi hija, examino las nalgas de mi mujer, de esa Clotilde a la que tanto había adorado y a la que todavía encontraba hermosa; del culo de una paso al de la otra; Carle-Son me jodía. Descargo, pero mordiendo tan cruelmente las tetas de mi hija que se las dejé sangrando. Como todavía lo tenía tieso, meto mi verga en el coño de mi hija mientras beso las nalgas de mi mujer:

—¡Toma! —le digo a la protegida de Calni—, ¡toma, recibe en el fondo de tus entrañas el semen que te ha dado la vida!

Pero, siempre infiel, paso en seguida al coño de Clotilde; una vez más obtiene mi semen, mientras muerdo esta vez el culo de mi hija tan violentamente como le había desgarrado las tetas.

—Prepárate, Carle-Son —le digo mientras me retiro— tienes que sodomizar a estas putas, voy a sujetártelas.

Mi criado encula, yo le lamo los cojones: adoro a este guapo muchacho; vuelvo a hundirme en su boca mientras él descarga en el trasero de mi mujer; pronto trata a mi hija de la misma forma; lo jodo

mientras lima el ano de esa infortunada.

—¡Vamos! —le digo cuando ha acabado—, ahora divirtámonos con nuestras víctimas.

Y, manteniendo a mi amigo de pie, exijo de esas dos putas que le lamen todo el cuerpo, sin olvidar el verga, el agujero del culo y el hueco de los dedos de los pies, así como las axilas. Lo hago cagar sobre un zarzal y obligo a las mujeres a que devoren la mierda, desollándose toda la cara; a continuación las levantamos por el pelo, y, hundiéndolas en el mismo zarzal, las sacábamos y las volvíamos a hundir, de tal forma que las desgarramos hasta los huesos; nada más enternecedor que sus gritos, nada tan vivo como los placeres que sentíamos con ellos...

—¡Oh justo cielo!, ¿qué he hecho para ser tratada de esta manera? —decía Philogone lanzándose a mis pies.

»¡Oh, vos que os decís mi padre!, si es verdad que soy vuestra hija, probadlo entonces tratándome con mayor bondad... Y vos, madre mía... mi infortunada madre, ¡es preciso entonces que nos abata un mismo golpe en el momento en que la mano celeste nos une! ¡Padre mío!, ¡padre mío!, no he merecido una suerte así; perdonadme, os lo ruego...

Pero, sin escuchar siquiera tales quejas, Carle-Son y yo agarrotamos a las zorras y provistos con un puñado de espinas, las zurramos con todas nuestras fuerzas. Pronto empieza a brotar sangre de todo el cuerpo; no necesito más para que se me ponga tieso de nuevo; chupo con increíble delicia la sangre que destila el cuerpo de Philogone. Es la mía —pensaba—; y esa idea me excitaba enormemente; saboreo esa voluptuosa boca que no se abre más que para implorar; beso con ardor esos hermosos ojos mojados con las lágrimas que hace correr mi furia; y volviendo de vez en cuando al hermoso culo de mi querida Clotilde, la trato con igual ferocidad; después, retomando el de mi querido Carle-Son, lo devoro a caricias y chupo su maravilloso verga.

—Hay que ponerlas en otra postura —exclamé.

Las desatamos y las hicimos ponerse de rodillas, con los brazos atados a los árboles cercanos, con enormes piedras sobre sus piernas para que no pudiesen moverse. En esta postura, las dos exponen los pechos más hermosos del mundo. Ninguno tan hermoso como el de Philogone; el de Clotilde estaba un poco más flácido, pero se encontraba perfectamente conservado. Esta perspectiva acabó de excitarme... ¡Oh!, ¡cuán enardecedor es romper vínculos! Les hago besar mi trasero, les cago en la boca, y apoderándome de sus tetas mientras enculo a Carle-Son, corto las cuatro a flor de pecho; después, insertando estas masas de carne en una cuerda, les hago un collar; están cubiertas de sangre, y en ese estado les lanzo sobre el cuerpo los

últimos chorros de mi semen, enculado por Carle-Son.

—Abandonémoslas aquí —dije entonces—. Sí, dejémoslas atadas de esta forma: esta isla está llena de animales y las devorarán poco a poco; quizás vivan tres o cuatro días de esta manera, y esa muerte será mucho más cruel que la que les diésemos nosotros en un momento.

Carle-Son, cuyo carácter es singularmente feroz, quería inmolarlas al momento, para, decía él, no perderse el dulce placer de verlas expirar; pero logré convencerle de que lo que hacíamos era más criminal, y nos despedimos de estas damas.

—¡Dios del cielo! —exclama dolorosamente Clotilde—. ¡He aquí a dónde nos arrastra un primer pecado! Ese monstruo me hizo culpable, lo sé, pero ¡oh Dios mío!, ¡cuán severo es tu castigo!

—¡Ah! ¡Ah! —le digo a Carle-Son—, esto es lo que se llama una rebelión contra el Ser supremo; vengüemos a ese Dios que tanto reverenciamos. El castigo del blasfemo era en otro tiempo tener la lengua cortada: imitemos esa justicia de las leyes; además es esencial que esas dos putas no puedan entenderse.

Y acercándonos a ellas les abrimos la boca a la fuerza, agarramos sus lenguas y las cortamos en tres pedazos.

—Desde el momento en que no pueden hablar —me dice Carle-Son— no vale la pena que vean: arranquemos esos bellos ojos que sedujeron tu corazón...

Y mi respuesta a esta sabia propuesta fue hacer desaparecer al momento los de Philogone, mientras que Carle-Son apagaba para siempre los de Clotilde.

—Esto está muy bien —le digo— ¿pero no pueden las zorras morder a los autillos que vengan a devorarlas?

—Sin duda alguna.

—Entonces hay que romperles los dientes.

Un guijarro nos sirve para esta operación y como no queríamos debilitarlas más para que pudiesen sentir mejor el tormento que les harían sufrir las malignas bestias de la isla cuando las devorasen, nos alejamos. A cien pasos de allí subimos a un montículo desde donde pudimos verlas mejor. Las lechuzas, los murciélagos, todos los malignos animales de la isla se habían apoderado ya de ellas: sólo se distinguía una masa negra.

—¡Oh!, amigo mío —le digo a Carle-Son—, ¡qué espectáculo!, ¡cuán dulce es tener mujeres e hijas propias para tratarlas de esta manera! Me gustaría tener cien individuos que fuesen parientes tan cercanos: no se me escaparía ni uno. ¡Oh!, querido Carle-Son, cómo me excita tal perspectiva; ven que sodomice una vez más tu hermoso culo enfrente de ese espectáculo.

Enculo, masturbo a mi amigo, y nos alejamos por fin tras haber descargado los dos una última vez.

Una historia que ofrecimos al patrón, apoyada con unos cequíes, lo solucionó todo; y llegamos a Nápoles tres días después de nuestra expedición en La Isla de las Lechuzas.

Como deseaba establecerme en Italia, me informé en seguida de un terreno que vendían en ese hermoso país. Me indicaron este en el que hoy me veis; me alojé en él. Pero, a pesar de lo rico que era, me fue imposible renunciar a la profesión de bandolero; tiene demasiados encantos como para abandonarla, está demasiado de acuerdo con mis inclinaciones como para que alguna vez pueda abrazar otra; el robo y el asesinato se han convertido en las primeras necesidades de mi vida; no existiría privado del dulce placer de entregarme diariamente a ellos. Aquí ejerzo mi honorable profesión, como en otro tiempo hacían los grandes señores en sus tierras; capitanéo un pequeño ejército; Carle-Son es mi lugarteniente; él fue quien os detuvo; él ocupó mi puesto durante el viaje que hice a París para ir a buscar a mi querida hermana con la que ardía en deseos de unirme.

A pesar de la influencia, de las riquezas de que gozaba Clairwil, no dudó en abandonarlo todo para compartir mi suerte; mi situación la halagaba, siguiéndola, encontraba un alimento más para las pasiones feroces de las que sabéis está devorada. La esperé tres meses en París, y vinimos después a este retiro del crimen y la infamia. Decididos uno y otro a estrechar nuestros lazos con todo lo que podía consolidarlos más íntimamente, nos casamos al pasar por Lyon y ahora esperamos que ninguna circunstancia puede desunir ya a dos seres tan hechos el uno para el otro, y que, a pesar de sus execrables inclinaciones, tienen como un delicioso deber el querer y recibir en su asilo a amigos tan sinceros como ustedes.

—¡Oh Juliette! —exclamó Clairwil en cuanto dejó de hablar su hermano—. ¿Te parece que un hombre así sea digno de mí?...

—Lo es de todos aquellos que tengan la suficiente inteligencia para darse cuenta de que la primera de las leyes es trabajar por la felicidad de uno mismo, abstracción hecha de todo lo que puedan decir o pensar los demás.

Borghèse se echa en mis brazos, nos abrazamos de nuevo todos mil veces. Borchamps, al que no daremos ya otro nombre, y Sbrigani parecían igualmente encantados de darse a conocer; Élise y Raimonde se felicitaban por ver terminar de esta forma una aventura que tanto les había asustado.

Estábamos todos dándonos pruebas recíprocas de ternura y amistad, cuando vinieron a advertir al capitán que sus hombres traían un coche con una familia entera y mucho dinero.

—Excelentes noticias —respondió el amable hermano de Clairwil —, sospecho que esos individuos serán del tipo que sirven a nuestras voluptuosidades y, en cuanto al dinero, no podía ser más oportuno,

porque será preciso que la consecuencia de todo esto sea ir a pasar unos meses a Nápoles.

—Es nuestro proyecto —dice Clairwil, apretándose la mano.

—¡Muy bien! —dice Borchamps—, sacrifico a ese viaje todo el dinero que reporte esta captura.

A estas palabras aparecieron los prisioneros.

—Mi capitán —dice Carle-Son que conducía la banda—, hoy es el día de los encuentros: esa familia es la mía; esta es mi mujer —continuó mientras nos presentaba a una persona muy bella de treinta y cuatro años— esas dos jóvenes —prosiguió, señalando primero a una de trece años, bella como el amor, después a una de quince a la que hubiesen envidiado las mismas Gracias— son los resultados de mi polla; este es mi hijo —añadió mientras nos ofrecía un joven de dieciséis años, con una fisonomía muy atrayente—. Dos palabras os pondrán al tanto de esta intriga. Rosine es danesa; me casé con ella hace diecisiete años en un viaje que hice a Copenhague; yo tenía dieciocho en esa época, y por consiguiente treinta y cinco hoy: ese guapo muchacho, que se llama Francisque, fue el primer fruto de nuestro amor; Christine, que está aquí, —prosiguió Carle-Son señalando a la muchacha de quince años— fue el segundo; Ernelinde el último. Después del nacimiento de esta fui a Rusia; ciertos asuntos me hicieron ir a Siberia de donde me escapé antes de unirme a Borchamps en Tiflis. Encuentro a esta querida familia, os la presento suplicándoos que hagáis con ella absolutamente lo que queráis: estoy deseoso de probar a mi capitán que ya no me importan los lazos de sangre.

—Señora —le dice Borchamps a Rosine— tened la bondad de explicarnos el resto.

—¡Ay!, señor —dice la bella Rosine—, abandonada por este pérfido pasé como pude los primeros años de su ausencia, cuando la suerte me favoreció con un legado, parte de cuyo dinero empleé en buscar a mi marido en Francia, en Italia, donde me habían asegurado que lo encontraría: sólo aspiraba a la dicha de conducir a sus hijos al seno paterno. Cuál no sería mi sorpresa al volver a verlo a la cabeza de una banda de criminales... ¡Monstruo!, ese era el infame oficio al que se dedicaba mientras yo, sujeta constantemente a mis deberes, estaba privada a causa de su ausencia de las primeras necesidades de la vida.

—¡Ah!, ¡ah!, esto sí que es patético —dice Olympe[111]—; espero que nuestro amigo saque de la circunstancia todo el partido que presenta.

—Señora —dice Clairwil a esta desgraciada—, en todo lo que acabáis de decir no hay nada que pueda salvaros de la suerte que les espera a los que hacen prisioneros los soldados de mi marido... Por

favor, ¿cuál es la fortuna que nos aporta?

—Cien mil escudos, señora —dice la amable esposa de Carle-Son.

—Muy poco —respondió Clairwil. Después volviéndose hacia mí —: Apenas servirá para pagar nuestra casa en Nápoles.

—Amigo mío —dice Rosine a Carle-Son—, te apporto además mi corazón y estos queridos frutos del ardor del vuestro.

—¡Oh!, no hablábamos de eso —dice el lugarteniente—, no daría ni un centavo por ese don.

—Yo sería mucho más generosa que vos —le digo a Carle-Son, en quien empezaba a fijarme con mucho interés—: Los placeres que esperamos de estos cuatro deliciosos objetos me parece que valen mucho dinero.

—Pronto los apreciaremos, señora —me respondió Carle-Son, que ya había captado mi mirada—, lo que es seguro es mi creencia de que hay pocas voluptuosidades que valgan las que yo espero de vos...

—¿Lo creéis? —respondí, apretando la mano de este amable muchacho.

—Estoy seguro, señora —me dice Carle-Son poniéndome en la boca un beso precursor de su *savoir faire*—; sí, estoy seguro y dispuesto a demostrároslo.

—¡Cenemos, cenemos! —dice el capitán.

—¿En familia? —dice el lugarteniente.

—Claro —dice Madame de Clairwil—; quiero verlos así antes de ponerlos en otro estado.

Se dan las órdenes y se sirve la cena más magnífica. Carle-Son, junto a mí, se mostró muy deseoso de poseerme y confieso que yo no me quedaba atrás. Sus hijos estuvieron tímidos... embarazados... su esposa, lacrimosa y bella; el resto, alegre y libertino.

—Vamos —dice Borchamps, señalándonos a Carle-Son y a mí—, no hagamos desesperar de impaciencia a esos dos enamorados; veo que arden en deseos de estar juntos.

—Sí —dice Borghèse—, pero la escena tiene que ser pública.

—Tiene razón —responde Clairwil—. Carle-Son, la sociedad te permite joder con Juliette; pero tiene que ser ante nuestra vista.

—¿Pero qué dirán mi mujer y mis hijos?

—A fe mía, lo que les dé la gana —dije arrastrando a Carle-Son conmigo a un canapé—; aunque todos los ángeles del paraíso estuviesen aquí, querido, te jodería igual.

Y sacando su monstruoso instrumento del pantalón, le digo a Rosine:

—Perdón, señora, si os robo unos placeres que no debían pertenecer sino a vos; pero, rediós, hace mucho tiempo que estoy cachonda por vuestro marido: puesto que ya lo tengo, tiene que pasar por aquí.

Y apenas había acabado de decir estas palabras cuando ya estaba en el fondo de la matriz el terrible verga de Carle-Son.

—Mirad —dice el capitán, bajando su pantalón—, si me equivocaba cuando os decía que mi amigo tiene el culo más hermoso del mundo.

Y diciendo esto, el bribón lo encula mientras Clairwil se acerca a besarme en la boca, meneándome el clítoris, y mientras Olympe me mete tres dedos en el culo.

—Capitán —dice Sbrigani, empalmado ante el espectáculo—, ¿queréis que os encule? Me enorgullezco de tener, como podéis ver, un verga en condiciones de satisfaceros.

—Joded, señor, joded: aquí está mi culo por toda respuesta —dice el capitán—, pero manosead nalgas entretanto, por favor.

—Voy a apoderarme de las de Élise y Raimonde —dice Sbrigani— y poner ante vuestra vista, para recrearlas, las de la esposa del hombre que jodéis y las de sus tres hijos.

En cuanto el grupo está dispuesto, todo el mundo descarga; y, decididos a no perder más semen en semejantes infantilismos, pasamos unánimemente a orgías más serias. Me parece esencial para su comprensión describiros todos los personajes.

Éramos doce en total: Borchamps, Sbrigani, Carle, Clairwil, Borghèse y yo, estos los personajes activos; Élise, Raimonde, Rosine, Francisque, Ernelinde y Christine, eran los que debían desempeñar el papel de pacientes.

—Carle —dice Borchamps quitando los pantalones al joven Francisque—, aquí tienes un culo que rivaliza con el tuyo, amigo mío, y creo que voy a ofrecer en él homenajes tan puros como me mereció el tuyo durante tanto tiempo.

Y mientras decía esto manoseaba, besaba el trasero más bonito, el más blanco, el más firme que fuese posible ver.

—Me opongo a ese arreglo —dice Clairwil—, es pecar contra todas las leyes divinas y humanas impedir que Carle desvirgue a su hijo. Este niño va a joderme en el culo, su madre me lo meneará, y el padre enculará a su hijo, mientras Élise y Raimonde lo azotarán, y él manoseará a derecha e izquierda las nalgas de Borghèse y Juliette, que azotarán a las dos hijas de Carle a la vista de Borchamps, enculado por Sbrigani, que también ayudará a la operación flageladora de los dos hijos de su amigo.

Se dispone la escena, el joven Francisque, perfectamente enculado por su padre, sodomiza muy bien a mi amiga: en cambio Rosine sólo llorando se presta a indecencias que parecen tan lejos de sus costumbres. Entretanto, el capitán, que no estaba unido al cuadro, jodido siempre por Sbrigani, se apodera de la hija más joven de Carle; y sin ninguna preparación el disoluto la encula jurando. La joven se

desvanece; pero nada impide al capitán seguir metiéndose más que nunca, ya que no encuentra resistencia: se hubiese dicho que quería perforar a esa desgraciada. Pero pronto se cansa de ella y coge a la otra muchacha: aunque de quince años, es tan delgada, tan delicada, que la introducción del enorme miembro de Borchamps la veja y desgarrar tan vivamente como acaba de serlo Ernelinde. Sin embargo, nada puede detener los prodigiosos esfuerzos de ese bandido; empuja, hace fuerza, está en el fondo...

—¡Oh Carle! —exclama entusiasmado—, ¡estos sí que son culos dignos de ti! Líbrame de los coños, si puedes, y preferiré estos al tuyo.

Pero ya Clairwil está regada con el semen de Francisque y la zorra, volviéndose como una bacante, lo desencoña, y con el mismo salto se mete por delante el verga del padre sodomita, sin que este pierda nada en la cabriola. Carle pierde por fin su semen; y como el culo de Francisque estaba vacío, el capitán, cansado de las muchachas clava en él su verga, mientras que yo, transportada por la más desenfrenada lujuria, me acerco a lamer el culo de ese hermoso hombre, que estaba impaciente por tocar. Carle, viendo a sus dos hijas vacantes, encoña a una, besa las nalgas de la otra, y se hace azotar por Élise, a la que Raimonde, enculada por Sbrigani, masturbaba entretanto. Nuevos chorros de semen obligan a cambios. Por fin soy enculada por el capitán, mientras su hermana me menea el clítoris, y Carle, fornicado por Sbrigani, sodomiza a su mujer y besa el culo de sus tres hijos sujetos por Élise y Raimonde, cuyos coños abiertos por Borghèse menea el disoluto.

—¡Oh Borchamps! —exclamé en mitad de la escena—, ¡qué placer me da tu verga y cuánto lo deseaba!

—Sin embargo, no serás la única en ser jodida —dice el capitán agarrando a Borghèse y sodomizándola—; perdona, Juliette, pero ese hermoso trasero también me excitaba desde que estábamos desnudos; pensaba en él mientras jodía el tuyo: ahora, mientras sodomizo este, pensaré en el tuyo.

Viendo a Francisque vacante, le elijo a él; mis gustos son tan extravagantes y el joven tan guapo que no sé que sexo adoptar con él; lo chupo, devoro su culo, le presento el mío; me sodomiza por su propia voluntad, y pongo mi coño sobre el rostro de Rosine; nuevas descargas tranquilizan por fin los espíritus, hay que dedicarse ahora a la voluptuosidad de las mujeres.

—¡Cuán mediocres son los placeres físicos con niños para las mujeres! —dice el capitán—. Me parece que debemos aconsejarles voluptuosidades morales. ¡Juliette!, tú empezarás; Carle, medio tumbado en el sofá, te presentará un verga bien duro; tú te colocarás suavemente sobre ese verga, preocupándote de que entre en tu culo; Clairwil y Borghèse te menearán una el coño, la otra el clítoris: no se

arrepentirán de su complacencia, tendrán placer a su vez; mientras tú gozas de esta forma, Élise y Raimonde, en posición más alta y frente a ti, me darán placer en las posturas más lúbricas y variadas. Entonces las víctimas, una tras otra, se presentarán de rodillas ante ti: primero la querida esposa de Carle, que acaba de traernos desde tan lejos oro e hijos, después su hijo, por último las dos hijas; y su mismo padre será quien los conduzca: tú ordenarás un suplicio para cada uno de estos individuos, pero primero un suplicio suave y sencillo: tenemos mucho tiempo para gozar y tenemos que actuar de modo progresivo. Yo recibiré las sentencias y se ejecutarán en cuanto hayas descargado.

Todo se dispone, pero los perversos se cuidan de presentarme a las víctimas cuando estoy en éxtasis. Rosine es la primera en aparecer; le ordeno que se acerque a mí; la analizo atentamente y viendo que tiene un pecho soberbio, le impongo la pena de ser fustigada en las tetas; le sigue Francisque, observo la hermosura de su culo: será azotado en las nalgas; Christine es la siguiente, la condeno a comer el mojón del primero de nosotros que tenga ganas de cagar; y la joven Erelinde, cuyo rostro encantador me vuelve loca, recibirá dos bofetadas de cada uno.

—¿Vas a descargar, Juliette? —me preguntó Borchamps, al que mis dos lesbianas colman de voluptuosidades.

—¡Sí, joder, descargo! ¡Oh!, rediós, no puedo más... ¡Ah!, Carle-Son, ¡cuán delicioso es vuestro verga!

—Vamos —dice el capitán— ejecutemos las penitencias de la primera ronda; después le tocará a Borghèse.

Los reos sufren todas mis sentencias; pero, de acuerdo con un refinamiento muy sabio, el verdugo debe ser elegido entre las mujeres que no dictan sentencia. Así pues, será Clairwil quien ejecute esta vez mis órdenes, y como tenía ganas de expulsar el semen que le habían lanzado en el culo, Christine traga su mojón. ¡Oh!, ¡qué ardor pone después la puta en fustigar las bellas tetas de Rosine! En treinta golpes las deja llenas de sangre, y la zorra besa las heridas, fruto de su ferocidad. Cuando está sobre el hermoso culo de Francisque, la malvada lo zurra con igual rabia.

—Vamos Borghèse, te toca —dice el capitán—; supongo —prosiguió— que sabiendo Sbrigani cuánto necesitamos su arma, habrá tenido la prudencia de no embotarla demasiado pronto.

—Podéis verla —dice Sbrigani sacando de mi culo un verga tieso y empinado con el que perfora al momento el de Borghèse—; tendré la misma prudencia con esta; estad seguros de que no descargaré más que cuando esté en las últimas.

La Borghèse es la que ordena; yo seré el verdugo.

—Acrecentad el sufrimiento —dice el capitán—, pensad en que debíamos hacerlo progresivamente para conducirlos dulcemente hasta

la muerte...

—¡Hasta la muerte! —exclamó Rosine—. ¡Oh, justo cielo! ¿Qué he hecho para merecerla?

—Si la hubieras merecido, bribona —dice Carle-Son enculando al capitán, atrincherado en el culo de Raimonde, que seguía acariciando el de Élise—, sí, ¡me cago en Dios!, si la hubieses merecido, puta, no se te condenaría. Nosotros tenemos un gran respeto por el vicio y una viva indignación por todo lo que se asemeje a la virtud; firmes principios consolidan esta forma de pensar... y comprenderás, querida, que no nos alejemos de ella por nada del mundo.

—Vamos, Borghèse, ¡jordena! —dice el capitán, vigorosamente fornicado por su más caro amigo.

—Rosine —dice la fogosa Olympe— recibirá de cada una de nosotras seis pinchazos en el cuerpo; el guapo Francisque será mordido en las nalgas por su padre y en el verga por todas las mujeres; el verdugo dará a continuación veinte bastonazos en los riñones de Christine y romperá dos dedos de las manos de Ernelinde.

Comienzo la ejecución: tras haber aguijoneado seis veces el seno rollizo de Rosine, paso el arma a mis amigos, que se ensañan alternativamente con las partes más excitantes de este hermoso cuerpo. Su espantoso marido sobresale entre todos y el zorro le mete la aguja en la vagina: lo demás es cuestión mía, y lo realizo con tanta habilidad y firmeza que todo el mundo descarga. Clairwil sustituye a Borghèse.

—Sube, hermana mía —dice el capitán—, no olvides la ley de las proporciones...

—Tranquilízate —responde la arpía—, pronto verás que tenemos la misma sangre.

Esta vez es Carle-Son el que da por culo a la hermana de su capitán; no era la primera vez para él; Borghèse y yo la masturbamos, y la sentencia sale de su boca.

—Quiero —dice— que quemen con un hierro candente las dos tetas de la mujer del que me da por el culo. Quiero —prosiguió la zorra—, que pierda la cabeza en cuanto un verga le cosquillee el trasero, que sajen en cuatro partes con un cortaplumas las bellas nalgas del joven al que mi hermano, según me parece, está enculando; quiero que se quemen las nalgas de Christine y que se meta en el bonito culo de Ernelinde una lavativa de aceite hirviendo, a pesar de todas las caricias con que la Borghèse, según veo, la llena.

Pero con respecto a esto último sucedió algo muy gracioso, y fue que la joven sintió tal miedo ante la lavativa que se le destinaba que lo soltó todo bajo ella e inundó la habitación de mierda.

—¡Santo cielo! —dice Borchamps aplicando una patada tan fuerte en las nalgas de la muchachita que esta creyó volar por la ventana,

recién abierta para airear la habitación—. ¡Oh, joder!, ¿cómo no degüello ya a una putilla de esta especie?

—¿Qué diablos te pasa? —dice Clairwil a su hermano—; no es más que mierda, y a ti te gusta; ¿prefieres la de Juliette? Ven, ven a recibirla, mis dedos tocan su mojón, ella te lo pondrá en la boca...

—¡Oh!, ¡cuán sucios somos! —dice el capitán adaptando sus labios al agujero de mi trasero y solicitando lo que se le hace esperar—; cuando se conciben tales proyectos el semen no anda lejos... Estoy cagando; ¿será posible?

En efecto caga y suelta la andanada en la boca de Christine, a la que hace ponerse bajo sus nalgas, mientras traga el mojón que yo le hago.

—Vuestros placeres son muy impúdicos —dice Clairwil que obligaba a Francisque a que le hiciese la misma operación en la nariz.

—¡Ah!, ¡jodida bribona! —le grita su hermano—, no te falta mucho para descargar, a juzgar por tus infamias.

—¡Joder! —dice ella—, quiero que me tiren al suelo... quiero que me revuelquen en la cochinería que ha hecho esa muchachita.

—¿Estás loca? —dice Olympe.

—No, lo deseo realmente.

Es obedecida y en efecto allí, rodando sobre la mierda, es donde descarga la pícara muerta de placer.

Las nuevas penitencias se ejecutaron; ahora es Borghèse la que debe poner manos a la obra.

—Esperad —dice el capitán cuando la ve armarse con el hierro que debe calcinar las tetas de Rosine—, quiero encolar a esa mujer mientras vos la atormentáis.

Mientras él sodomiza, Borghèse actúa.

—¡Oh, rediós jodido! —exclama—, ¡cuán dulce es fornicar el culo de un individuo que sufre! ¡Desgraciado el que no conoce este placer!, es el más grande de la naturaleza.

Pero, a pesar de su miedo, Ernelinde recibe de manos de su padre, que la había encolado antes, el anodino remedio prescrito por Clairwil; se hace igualmente todo lo demás, y cambiando de posturas, pasamos a nuevos horrores.

Carle-Son, lleno de furia e inflamado en todo momento por mi culo, que, decía, le volvía loco, coge a sus hijos; los golpea, los azota, los fornicar, mientras que nosotras nos masturbamos entre mujeres, frente a un espectáculo que se nos aparece como el del lobo furioso entre apacibles ovejas.

—¡Vamos, zorra! —dice Borchamps a Rosine mientras me encolaba manoseando las nalgas de Olympe y de Raimonde—, ¡vamos, puta, tienes que atormentar a tus hijos! Carle-Son, mantén tú mismo el puñal levantado sobre el pecho de esta abominable mujer y méteselo

en el corazón si duda en hacer lo que vamos a ordenarle...

Rosine solloza.

—Ahoga tus suspiros —le dice Olympe—, excitan nuestra crueldad; te haremos sufrir en razón de las lágrimas que derrames.

—Coge a tu hija mayor por los pelos —le grita Borchamps— y tú, Clairwil, da órdenes; Borghèse te seguirá, Juliette pronunciará la última.

—Quiero —dice mi sucia amiga— que esa cerda muerda hasta hacerlas sangrar las tetas de su hija...

Rosine duda; Carle-Son le hace sentir la punta del puñal; la desgraciada madre obedece...

—Olympe, ¿qué ordenas? —dice Borchamps.

—Quiero que deje caer cera española hirviendo en las nalgas de su hija...

Nuevas negativas; nuevos pinchazos de la punta del puñal... nueva obediencia de la desgraciada Rosine.

—Y tú, Juliette, ¿qué deseas?

—Quiero que su madre la azote en todo el cuerpo hasta que la sangre corra...

¡Cuántos esfuerzos para realizar esta operación! Al principio no son sino golpes suaves que ni siquiera hacen marcas en el trasero; pero el puñal de Carle-Son, que no tarda en hacerse sentir, asusta hasta tal punto a Rosine que ya no se atreve a tratarla con miramientos: el culo de su hija está cubierto de sangre. Se realizan iguales suplicios, y cada uno de ellos sobrepasa en horror a los otros. Cuando me toca la vez, una de mis penitencias consiste en que Francisque encule a la mayor de sus hermanas mientras da puñaladas a su madre; y Borchamps, que me enculaba mientras yo daba la orden, no puede dominar ya el semen que le hace lanzar semejante infamia.

—¡Vamos, santo cielo! —dice el capitán retirándose de mi culo, aunque con el pene levantado—. Vamos, ya es hora de que vayamos al grano; empecemos por atar a estos cuatro individuos vientre contra vientre, de forma que no formen, por así decirlo, más que un solo y mismo cuerpo.

—De acuerdo.

—Ahora, que cada uno de nosotros ocho, armado con una disciplina de hierro candente, varee un rato a estos cadáveres...

Después, al cabo de una hora de las más ruda flagelación:

—Rosine, coge este puñal —dice el capitán con severidad—, hundidlo en el corazón de vuestro hijo, al que sujetará su propio padre...

—¡No, bárbaro! —exclama esta madre desesperada—, ¡no, será en el mío!

Y se lo hubiese hundido si yo no la sujeto el brazo.

—¡Ah, zorra, vas a obedecer! —exclama Carle-Son furioso; y agarrando la mano de su mujer conduce él mismo el puñal hasta el seno de su hijo.

Clairwil, celosa al ver que se procede sin ella al asesinato de este joven, ella que no existe más que para asesinatos masculinos, salta sobre un segundo puñal y acribilla a ese desgraciado con golpes mil veces más sangrientos; entonces, Rosine es tumbada sobre una banqueta de madera muy estrecha, y allí, Borchamps quiere que Elnelinde abra con un escalpelo el vientre de su madre. La hija se niega; se la amenaza. Asustada, martirizada, excitada con la esperanza de salvar su vida si consiente, su mano, conducida por la de Carle-Son, cede a los bárbaros impulsos que se le dan.

—De ahí recibiste la existencia —dice este padre cruel en cuanto estuvo hecha la raja—, ahora tienes que volver a la matriz de donde saliste.

Es atada, comprimida de tal forma que a fuerza de habilidad entra por fin viva en los costados que en otro tiempo la lanzaron.

—En cuanto a esa —dice el capitán hablando de Christine—, hay que atarla a la espalda de su madre... Cuando esté hecho eso —dice—, ¡veréis si no es posible reducir a tres mujeres a un volumen tan pequeño!

—¿Y Francisque? —dice Clairwil.

—Te lo concedemos —responde Borchamps—, vete a un rincón a despacharlo a tu gusto...

—Juliette, sígueme —dice Clairwil llevando al joven a un gabinete cercano.

Y allí, como bacantes desenfrenadas, hicimos expirar a ese desgraciado joven con la ferocidad más cruel y refinada que pueda imaginarse. Carle-Son y Borchamps nos encontraron tan hermosas al salir de allí que quisieron jodernos; pero la ansiosa Borghèse exclama que no podemos dejar que mueran las víctimas ni retrasar los placeres que nos esperan de su suplicio. Todo el mundo está de acuerdo con esto, y, como es tarde, se decide que se sirva la comida al mismo tiempo.

—En ese caso —dice la Borghèse, a quien le correspondía el derecho de dar órdenes puesto que no había participado en los tormentos de Francisque— pongamos a las víctimas de pie sobre la mesa. El primero de nuestros placeres provendrá del estado en que se encuentran, que creo es de los más violentos; el segundo, del efecto de los golpes que les propinaremos en esa situación.

—Sí, que las pongan ahí —dice Clairwil—; pero quiero fornicar antes de comer...

—¿Y con quién? —le digo a mi amiga—. Están todos derrotados.

—Hermano —responde la insaciable criatura—, hagamos venir a

los diez soldados más guapos de tu tropa, y entreguémonos a ellos como zorras.

La tropa hace acto de presencia; Borghèse, Clairwil y yo nos lanzamos las tres al suelo sobre cojines dispuestos a este efecto, haciendo frente a los vergas que nos amenazan. Élise y Raimonde actúan como sirvientas de nuestros placeres. Sbrigani, el capitán y Carle-Son se enculan mientras nos miran y durante cuatro horas, teniendo como fondo el ruido de las lamentaciones de nuestras víctimas, estuvimos jodiendo las tres como las mayores bribonas del universo. Una vez que nuestros campeones se agotan, son despedidos.

—¿Para qué sirve un hombre que no está empalmado? —dice Clairwil—. Hermano, te suplico que hagas desollar a esos diez hombres ahora mismo, ante nuestros propios ojos.

Siguiendo las órdenes del capitán, veinte hombres se apoderan al momento de aquellos; se los masacra mientras Borghèse, Clairwil y yo nos masturbamos. Por así decirlo, la deliciosa comida se nos ofreció sobre sus cuerpos. Y entonces, desnudos, embadurnados de sangre y semen, ebrios de lujuria, llevamos la ferocidad hasta el punto de mezclar con nuestros alimentos trozos de carne arrancados con nuestras manos de las desgraciadas que estaban sobre la mesa. Por fin, ahitos de crímenes y de impudicia, caímos unos sobre otros en medio de los cadáveres y de un diluvio de vinos, licores, mierda, semen, trozos de carne humana. No sé lo que fue de nosotros; tan sólo recuerdo que al abrir los ojos a la luz, me encontré entre cuerpos muertos, con la nariz en el culo de Carle-Son, que me había llenado el pecho de mierda y que además se había olvidado su verga en el culo de Borghèse. El capitán, que se había dormido con la cabeza apoyada en las nalgas enmierdadas de Raimonde, tenía todavía su verga en mi trasero, y Sbrigani roncaba en brazos de Élise... las víctimas hechas pedazos descansaban todavía sobre la mesa.

Tal era el estado en que nos encontró el astro del día, que, lejos de asombrarse ante nuestros excesos, creo que se había levantado más hermoso que nunca desde que alumbró el mundo por primera vez. Por tanto es falso que el cielo condene los extravíos de los hombres, es pues absurdo pensar que lo ofenden. ¿Concedería sus favores igualmente a criminales y a gente honrada si estuviese irritado por el crimen?...

—¡Ah!, ¡no, no! —les decía a mis amigos al día siguiente, cuando con total sangre fría escuchaban mis reflexiones—, no, no, no ofendemos a nadie cuando nos entregamos al crimen. ¿Un dios? ¿Cómo iba a ofenderse desde el momento en que no existe?... ¿La naturaleza?... Todavía menos —proseguí, recordando la excelente moral con que había sido alimentada—; el hombre no depende de ninguna manera de la naturaleza; ni siquiera es hijo suyo; es su

espuma, su resultado; no tiene otras leyes distintas a las impresas en los minerales, en las plantas, en los animales; y cuando se perpetúa, cumple leyes personales suyas, pero de ningún modo necesarias para la naturaleza... de ningún modo deseadas por ella. La destrucción satisface mucho más a esta madre universal, puesto que tiende a devolverle un poder que pierde con nuestra propagación. De esta forma nuestros crímenes la complacen, amigos míos, y nuestras virtudes la ofenden; de esta forma lo que ella desea más ardientemente es el crimen atroz; por tanto aquel que mejor la serviría sería sin duda alguna aquel cuya multiplicidad de crímenes, o su atrocidad, destruyese hasta la posibilidad de una regeneración que, al perpetuarse en los tres reinos, le quitaría la facultad de los segundos impulsos. ¡Cuán imbécil era yo! ¡Oh Clairwil!, antes de que nos separásemos, yo todavía estaba en la naturaleza, y los nuevos sistemas adoptados por mí a partir de entonces me separan de ella para devolverme a las sencillas leyes de los reinos. ¡Ah!, ¡cuán engañados estaríamos, amigos míos, si al adoptar esos sistemas les negásemos algo a nuestras pasiones, ya que estas son las fuerzas motrices de nuestro ser y que no nos es más posible seguir sus impulsos de lo que lo es nacer o permanecer en la nada!... ¿Qué digo?, esas pasiones son tan inherentes a nosotros, tan necesarias para las leyes que nos mueven, que se convierten en las primeras necesidades para conservar nuestra existencia. Mi querida Clairwil —continué, apretando la mano de mi amiga—, ¡hasta qué punto soy ahora la esclava de esas pasiones! ¡Cómo las sacrificaría todo, fuesen las que fuesen!... ¡Y!, ¡qué importa la víctima que les ofreciese! Para mí no habrá una más respetable que otra. Si, según los prejuicios populares, existiese una que pareciese merecer la excepción, mis voluptuosidades se exacerbarían tan sólo con romper tal freno: consideraría este gran regocijo como la voz que me lo ordena, y mi mano estaría pronta a servir mis deseos[112].

Un asombroso ejemplo de las recompensas que casi siempre concede la fortuna a los grandes criminales vino a apoyar mis razonamientos. Apenas estábamos saliendo de la escena de horror que acabo de describir, cuando los soldados de Borchamps trajeron seis carros de oro y dinero que enviaba la república de Venecia al emperador. Solamente cien hombres escoltaban el magnífico convoy, cuando, en los desfiladeros de las montañas del Tirol, doscientos hombres de nuestro capitán, tras un combate de una hora, se apoderaron del tesoro y lo llevaron ante su jefe.

—Ya soy rico para el resto de mis días... —dice el dichoso hermano de Clairwil—. ¡Observad en qué momento nos llega esta dicha! El cielo pone estas riquezas en manos manchadas de uxoricidio, de infanticidio, de sodomía, de asesinatos, de prostituciones, de

infamias; ¡para recompensarme de estos horrores, los pone a mi disposición! ¿Cómo queréis que no crea que la naturaleza sólo se ve honrada por crímenes? ¡Ah!, jamás cambiarán mis sistemas sobre este punto, y me entregaré a ellos sin cesar, ya que sus consecuencias son tan felices. Carle-Son —dice el capitán—, antes de repartir, coge cien mil escudos para ti de esos carros; te los doy para testimoniarte toda la satisfacción que he recibido de tu coraje y firmeza, en la escena cuyos actores nos has proporcionado...

Carle-Son besó los pies de su patrón para darle las gracias.

—Ya lo ven, señoras —nos dice el capitán—, no oculto el gran cariño que tengo por ese muchacho y cuando se ama hay que demostrarlo con dinero. Imaginaba que un goce continuo con él me enfriaría; es todo lo contrario: cuanto más descargo con ese delicioso muchacho, más lo amo. Mil y mil veces perdón, señoras, pero quizás no ocurriese lo mismo con ustedes.

Pasamos todavía unos días en la casa de Borchamps, al cabo de los cuales nos dice, viéndonos decididos a partir:

—Amigos míos, creía poder acompañaros hasta Nápoles, pensaba que nos correríamos juntos una juerga; pero como quiero dejar pronto el oficio a que me dedico, tengo que ordenar mis cosas. Mi hermana os seguirá hasta esa hermosa ciudad, y aquí hay ochocientos mil francos para los gastos del viaje. Cuando lleguéis, alquilad un magnífico hotel, haceos pasar las tres por hermanas: tenéis el suficiente parecido para que parezca cierto. Sbrigani seguirá velando por vuestros negocios mientras vos os entregáis a todos los placeres que ofrece esa magnífica ciudad; Élise y Raimonde serán vuestras damas de compañía. Yo iré a veros si puedo. Divertíos las tres y no me olvidéis en vuestros placeres.

Nos pusimos en marcha. Confieso que echaba de menos a Carle-Son; durante mi estancia en la casa del hermano de Clairwil, había hecho que ese guapo muchacho me fornicase prodigiosamente con su admirable verga, y no sin pena me separaba de él. No se trataba de amor por mi parte: yo jamás he servido a ese dios, sino de la necesidad de ser jodida bien, y nadie la satisfacía como Carle-Son. Además, el hecho de tener que ocultarnos para no disgustar a Borchamps, muy celoso de este guapo muchacho, le daba a su goce una sal que yo no hallaba en los otros, y nuestros últimos adioses fueron sellados con una inundación recíproca de semen.

Una vez en Nápoles, alquilamos un hotel soberbio, sobre el muelle de Chiaga y, haciéndonos pasar por hermanas, como nos había aconsejado el capitán, llevamos un soberbio tren de vida bajo tal denominación. Primero pasamos un mes estudiando detalladamente las costumbres de esta nación medio española; discutimos sobre su gobierno, su política, sus artes, sus relaciones con las otras naciones de Europa. Una vez realizado el estudio, nos creímos en condiciones de

poder salir al mundo. Nuestra reputación de mujeres galantes se propagó pronto. El rey deseó vernos; su malvada mujer nos miró con celos[113]. Digna hermana de la esposa de Luis XVI, esta altanera princesa, como todos los individuos de la casa de Austria, intenta cautivar el corazón de su esposo para dominar su imperio; ambiciosa como Antonieta, no es el esposo lo que quiere sino el reino. Ferdinand, simple, imbécil, ciego... rey al fin, se imagina tener una amiga cuando en esta mujer no encuentra sino a una espía y una rival... Y la puta, como su hermana, devastando... robando a los napolitanos, sólo trabaja para el bien de su familia.

Poco tiempo después de nuestra presentación, recibí un billete del rey de Nápoles, concebido más o menos en estos términos:

«El otro día se presentaron a Paris Juno, Palas y Venus; su elección está hecha, a vos os envía la manzana; venid a recibirla mañana a Portici, estaré solo; una negativa me desesperaría y no os serviría de nada: os espero».

Un billete tan déspota... tan lacónico, merecía seguramente una respuesta; la hice verbal, y me contenté con asegurar al paje que sería puntual. En cuanto se ha marchado, vuelo a contarles a mis hermanas la dicha obtenida. Como las tres estábamos decididas a desterrar de entre nosotras hasta la más ligera sospecha de celos, a divertirnos con las extravagancias humanas... a reírnos, esta preferencia sólo sirvió para divertirnos: las dos me exhortaron a que no dejase escapar la aventura. Y arreglada como la misma diosa que había merecido la manzana, me lanzo a un coche de seis caballos que, en pocos minutos, me deja en el castillo real, célebre por las ruinas de la ciudad de Herculano sobre las que está construido. Introducida de forma misteriosa en los más secretos apartamentos de esta casa, encuentro por fin al rey, indolentemente tumbado en un saloncito.

—Sin duda mi elección habrá dado lugar a los celos... —me dice el imbécil en mal francés.

—No, sir —respondí—, mis hermanas han recibido esa preferencia con la misma tranquilidad que yo... su honor no se ha visto más afectado por no haber sido elegidas que el mío por el gran honor que quizás imagináis hacerme.

—Sin duda, he aquí una respuesta singular.

—¡Ah!, sé muy bien que para complacer a los reyes habría que alabarlos continuamente; pero yo, que sólo veo en ellos a gente ordinaria, jamás les hablo sino para decirles verdades.

—Pero ¿y si son duras?

—¿Por qué las merecen?, ¿y a título de qué se creen que no deben recibir la verdad desnuda como los demás hombres? ¿Porque necesitan conocerla?

—Porque la temen más.

—Pues que sean justos, que renuncien al vano orgullo de querer encadenar a los hombres y la amarán, en lugar de temerla.

—Pero, señora, esos son discursos...

—Que te asombran, Ferdinand, ya lo veo; sin duda te has creído que, halagada por tu elección, iba a abordarte de rodillas, iba a adorarte... servirte... No, el orgullo que mi sexo y mi patria me inspiran no se presta a tales usos. Ferdinand, si he tenido a bien concederte la cita que solicitabas ha sido porque me he creído con más fuerza que mis hermanas para iluminarte sobre tus verdaderos intereses. Por tanto, renuncia por un momento a los frívolos placeres que te prometías con una mujer ordinaria para escuchar a una que te conoce bien, que conoce todavía mejor tu reino, y que puede hablarte sobre estas cuestiones como no se atreverían a hacerlo tus cortesanos...

Y viendo que el rey, muy sorprendido, me prestaba una estúpida atención, le hablé de la manera siguiente:

—Amigo mío —le digo—, porque me permitirás que no me sirva de esas orgullosas denominaciones que no prueban sino impertinencia en el que las recibe y bajeza en el que las da, amigo mío, pues, acabo de estudiar tu nación con la mayor atención y he visto que era extremadamente difícil descubrir su genio: la estudio desde que estoy en Nápoles y confieso que todavía no he sacado nada. Con un poco de reflexión, sin embargo, creo descubrir el motivo del trabajo que me cuesta. Tu pueblo ha perdido la huella de su primer origen, la desgracia que ha tenido de pasar de dominación en dominación, le da una especie de debilidad y costumbre de la esclavitud que deteriora absolutamente su antigua energía, y que le impide ser reconocido. Esta nación, que durante mucho tiempo buscó liberadores, por una torpeza inaudita no encontró jamás sino amos. Gran ejemplo para un pueblo que quiera romper sus cadenas: que aprenda de los napolitanos que no es implorando protectores como lo conseguirá, sino pulverizando el trono y los tiranos que se sientan en él. Las otras naciones se han servido de los napolitanos para asentar un poder; sólo ellos han permanecido en la postración y la debilidad. Uno busca el genio de los napolitanos, y, como el de todos los pueblos acostumbrados a la esclavitud, sólo se encuentra el de su soberano. No lo dudes, Ferdinand, los vicios que he encontrado en tu nación son mucho menos de ella que tuyos. Pero algo más sorprendente todavía es que quizás la única causa de su pobreza es la excelencia del territorio de tu pueblo: con una tierra más ingrata, las necesidades lo habrían obligado a ser trabajador y de este obligado trabajo habría recibido la energía del que le priva la fecundidad de su suelo. También sucede que este hermoso país, con las ventajas de una nación meridional, experimenta todos los inconvenientes de un pueblo del

Norte.

»Desde que estoy en tus Estados he buscado por todas partes tu reino y no he podido hallar más que tu ciudad; esta ciudad es un precipicio donde vienen a hundirse todas las riquezas y empobrecen por tanto al resto de la nación. Estudio esta capital y ¿qué veo? Toda la magnificencia que pueden imponer el fasto y la opulencia junto a lo más desolador que ofrecen la miseria y la holgazanería. Por una parte, nobles casi reyes; por otra, ciudadanos más que esclavos. Y por todas partes, el vicio de la desigualdad, veneno destructor de todo, gobierno tanto más difícil de corregir en tu caso cuanto que nace de la enorme distancia que hay entre los bienes y los propietarios. Ya no se ve en tu país más que a hombres que poseen provincias, junto a otros desgraciados que no tienen ni una fanega de tierra. Aquí, la extremada riqueza está excesivamente próxima a la extremada pobreza; y esta diferencia hace que un hombre sea absolutamente el antípoda de otro. Si al menos los ricos tuviesen algunas virtudes, pero me dan pena: quieren exponer el brillo de su cuna y no tienen ninguna de las ventajas que podría eximirlos del ridículo; son orgullosos sin urbanidad, tiranos sin educación, vestidos magníficamente sin elegancia, libertinos sin ningún refinamiento. Para mí, todos se parecen a tu Vesubio: son bellezas que dan miedo. Todos sus medios de distinción se reducen a mantener conventos y muchachas, a alimentar caballos, criados y perros.

»Continuando con mis observaciones sobre tu pueblo, su negativa formal a adoptar el tribunal de la Inquisición me da una primera idea bastante buena sobre él; prosiguiendo mis reflexiones, me di cuenta de que no por ello era menos débil, aunque hubiese hecho algo que exige fuerza.

»Se le acusa a tu clero de haber acumulado muchas riquezas, yo no lo censuro; al contrarrestar su avaricia la de los soberanos de la nación, restablece un poco de equilibrio: estos habían derrochado, aquellos conservan. Cuando se necesiten los tesoros del reino se sabrá al menos de dónde cogerlos[114].

»Analizando a fondo tu nación no veo sino tres estados, y los tres inútiles o desgraciados: el pueblo pertenece sin duda a esta última clase, los curas y los cortesanos constituyen los otros dos. Uno de los grandes defectos de tu pequeño imperio, amigo mío, es que no existe más que un poder, ante el que todo cede: aquí, el rey es el Estado; el ministro es el gobierno. Por lo tanto no puede haber otra emulación que la que infunden el soberano y su agente: ¿dónde puede existir un vicio mayor sino en este?

»Aunque la naturaleza es pródiga con tu pueblo, goza poco de ella. Pero la causa de esto no es su inacción; este embotamiento tiene su fuente en tu política, que, para mantener al pueblo en su

dependencia, le cierra la puerta de las riquezas; de acuerdo con esto, su mal no tiene remedio y la situación política no es menos grave que la del gobierno civil, ya que saca sus fuerzas de la debilidad misma. El temor que tienes, Ferdinand, a que se descubra lo que yo te digo hace que se exilien de tu reino las artes y los hombres de talento. Temes el ojo poderoso del genio, por eso favoreces la ignorancia. Le das a tu pueblo opio para que, embotado con este somnífero, no sienta las plagas con que lo destruyes. Y de ahí que no se encuentre en tu reino ningún lugar que dé grandes hombres a la patria: aquí se desconocen las recompensas debidas al saber y, como no hay ningún honor ni ningún beneficio en ser sabio, nadie desea llegar a serlo.

»He estudiado tus leyes civiles: son buenas, pero mal ejecutadas, de donde resulta que se degradan. ¿Qué sucede?: que la gente prefiere vivir sumida en su corrupción a pedir su reforma, porque teme, y con razón, que tal reforma engendre infinitamente más abusos de los que destruiría; se dejan las cosas como están. Sin embargo, todo va de mal en peor, y como ya no hay emulación para el gobierno, como tampoco para las artes, nadie se inmiscuye en asuntos públicos; para compensarse se entregan al lujo... a la frivolidad..., a los espectáculos. Sucede que aquí el gusto por las pequeñas cosas sustituye al de las grandes, que el tiempo que se debería dedicar a estas se pierde con las futilidades, y que tarde o temprano seréis subyugados por el mejor postor...

»Para prevenir esa desgracia, tu Estado necesitaría un ejército naval. He visto algunas tropas de tierra, pero ni un navío. Con esa indiferencia, con esa condenable apatía, tu nación pierde el título de potencia marítima al que le da derecho su situación geográfica y, como tus fuerzas de tierra no te compensan de la otra, acabarás por no ser nada. Los pueblos que se extiendan se reirán de ti y si alguna revolución llega a regenerar a algunos de ellos, serás privado, con razón, del honor de ser un peso en la balanza. Todos, hasta el Papa, pueden asustarte si quisieran utilizar la fuerza.

»¡Pues bien!, Ferdinand, ¿vale la pena querer dominar una nación para conducirla de esta manera? ¿Y acaso crees que un soberano, incluso un déspota, puede ser feliz cuando su pueblo no es próspero? ¿Dónde están las máximas económicas de tu Estado? Las he buscado y no las he encontrado en ninguna parte. ¿Incrementas la agricultura?, ¿impulsas la población?, ¿proteges el comercio?, ¿das emulación a las artes? No solamente no veo en tu país lo que los otros hacen, sino que veo que se hace incluso todo lo contrario. ¿Qué sucede con tales inconvenientes? Que la triste monarquía languidece en la indigencia; que tú mismo te conviertes en un ser nulo para el conjunto de las otras potencias de Europa, y que tu decadencia está próxima.

»¿Qué ocurre si examino el interior de tu ciudad?, ¿si analizo sus

costumbres? En ninguna parte veo esas virtudes sencillas que sirven de base a la sociedad. La gente se junta por orgullo, se frecuenta por hábito, se casa por necesidad; y como la vanidad es el primer vicio de los napolitanos, defecto que procede de los españoles, bajo cuya dependencia vivieron durante largo tiempo, como, digo, el orgullo es vicio inherente a tu nación, evitan verse de cerca temiendo que el hombre se horrorice, una vez que haya caído la máscara. Tu nobleza, ignorante y estúpida, como en todas partes, acaba de multiplicar el desorden dando su confianza a los hombres de leyes, triste y peligrosa ralea, y tan ridículamente extendidos que casi no hay justicia. La poca que hay se vende a peso de oro y, de todos los países que he recorrido, es este quizás el único donde he visto poner más afán para absolver a un culpable de lo que se pone en otras partes para justificar a un inocente.

»Me había imaginado que tu corte me daría nuevas ideas sobre educación y galantería y no encuentro más que patanes o imbéciles. Me consolaba de los vicios monárquicos, con la esperanza de algunas antiguas virtudes, y no he visto en tu gobierno sino el resultado de todos los desórdenes de los diferentes reinos de Europa. En tu país, cada persona intenta aparentar más de lo que es; y como no se tienen las cualidades que hacen adquirir las riquezas, se las sustituye por el fraude: así se impone la mala fe y los extranjeros no pueden tener ya confianza en una nación que en sí misma no tiene nada.

»Tras haber dirigido mis miradas sobre los nobles, las llevo hacia tu pueblo. Lo veo por doquier grosero, estúpido, indolente, ladrón, sanguinario, insolente, y sin una sola virtud que compense todos esos vicios.

»¿Quiero ocuparme del conjunto de la sociedad reuniendo los dos cuadros? Entonces veo cómo están confundidas todas las condiciones; el ciudadano al que le falta lo necesario, se ocupa de lo inútil; cada hombre sirve de divertimento o de espectáculo a otro; la misma indigencia expone un lujo tanto más repugnante cuanto que, cuando los carros son tirados por corceles, falta pan en la mesa. ¿No es uno de los horribles efectos del gusto de los napolitanos por el lujo el hecho de que para poseer una carroza y criados, las tres cuartas partes de las buenas familias tengan la crueldad de no casar a sus hijas? Este espantoso ejemplo se propaga a todas las clases. ¿Qué sucede? Que la población disminuye en razón del aumento del lujo, y que el Estado se debilita en proporción al engañoso colorido que adquiere por medio de estos viles medios.

»Pero donde ese lujo se hace tan ridículo como cruel es en vuestros matrimonios y en vuestras *tomas de hábito*. En el primer caso, disminuís la dote de la desgraciada muchacha para embellecerla un solo día; en el segundo, tendríais con qué encontrarle un marido sólo

con lo que gastáis en la ridícula ceremonia que debe privarla de él para toda la vida.

»Lo más singular de todo esto, Ferdinand, es que, aunque tus súbditos sean pobres, tú eres rico. Y lo serías mucho más si tus predecesores no hubiesen vendido el Estado a trozos para tener todo el dinero junto. Un Estado que tiene recíprocos intereses de comercio puede sopesar sus reveses con sus ventajas; pero un pueblo con quien todo el mundo negocia sin que él negocie con nadie, hace el imbécil en toda Europa, y debe empobrecerse necesariamente. Esta es la historia de tu nación, mi querido príncipe; las otras te imponen un tributo por su industria, y tu industria sin actividad no puede imponérselo a nadie.

»Lo más gracioso es que tus artes tienen el carácter vano y glorioso de tu pueblo. Ninguna ciudad sobre la tierra supera a la tuya en decoraciones de ópera; todo es apariencia relumbrante en tu país, como ese pueblo. La medicina, la cirugía, la poesía, la astronomía están todavía en las tinieblas; pero tus bailarines son excelentes y en ninguna parte tenemos tan graciosas escaramuzas. Por último, en otras partes la gente se afana por hacerse rica: sólo el napolitano se esfuerza por parecerlo; tienen menos empeño en poseer una gran fortuna que en convencer a los otros de que se goza de ella, y en conseguir la opulencia que en vocearla. Esto es lo que hace que en tu nación haya mucha gente que se priva de lo necesario para tener lo superfluo. La frugalidad reina en medio del gran fasto; se desconoce la delicadeza de los platos; ¿hay algo bueno que se pueda comer aquí, excepto tus macaronis? Nada: se desconoce absolutamente ese voluptuoso arte de excitar todas las pasiones con los deliciosos refinamientos de la mesa. Todo se reduce al absurdo placer de tener una hermosa carroza, una bella librea, y, por un contraste poco grato a la vista, junto a la pompa y magnificencia de los modernos, habéis conservado la frugalidad de los antiguos. Vuestras mujeres son imperiosas y sucias, exigentes y triviales, sin mundología, iletradas. En otros climas su comercio las deprava pero refina su espíritu: aquí los hombres ni siquiera gozan con ellas de esa última ventaja; los vicios que se contraen en el trato con ellas no tienen remisión ni compensación: con ellas se pierde todo y no se adquiere nada.

»Sin embargo, a pesar de lo malo, es justo decir algo bueno. El fondo de tu pueblo es bueno; el napolitano es vivo, irascible, brusco, pero se le pasa pronto y su corazón, que lo da entonces por entero, tiene sus virtudes. Casi todos los crímenes que aquí se cometen son mucho más fruto del primer impulso que de la reflexión, y la prueba de que este pueblo no es malo es que es muy numeroso en Nápoles y se mantiene sin policía. Este pueblo te ama, Ferdinand: correspóndele, sé capaz de un gran sacrificio. Christine, reina de Suecia, abjuró de su

corona por filosofía: rompe tu cetro por bondad, suelta las riendas de un gobierno tan mal organizado que sólo te enriquece a ti. Piensa que los reyes no son nada en el mundo; los pueblos todo. Abandona a este pueblo el cuidado de llevar la voz cantante en los resortes de una máquina que bajo tu gobierno jamás llegará a ninguna parte; deja a Nápoles que viva como una república: ese pueblo que he estudiado es tan mal esclavo como buen ciudadano llegará a ser. Devuélvele la energía que tu poder encadena, y habrás conseguido dos bienes a la vez: el de que en Europa se encuentre un tirano menos y el que haya un pueblo más para admirar.

Ferdinand, que me había escuchado atentamente, me preguntó, en cuanto hube acabado, si todas las francesas razonaban como yo tratándose de política.

—No —le digo—: La mayor parte analiza mejor los sombreros que los reinos; lloran cuando son oprimidas; son insolentes en cuanto sus cadenas desaparecen. En cuanto a mí, mi vicio no es la frivolidad; no digo lo mismo del libertinaje... estoy excesivamente atada a él; pero el placer de joder no me ciega hasta el punto de no poder discutir los intereses de los diferentes pueblos de la tierra. La llama de las pasiones, en las almas fuertes, enciende a la vez la de Minerva y la de Venus; a la luz de esta jodo como tu cuñada[115]; a los rayos de la primera, pienso y hablo como Hobbes y Montesquieu. Entonces, según tú, ¿es tan difícil conducir un imperio? Asegurar tan sumamente bien la dicha del pueblo que ya no pueda envidiar la vuestra; a continuación trabajar por esa última con tanta menos moderación cuanto que el hombre deja de observar y de estar celoso cuando es feliz: me parece que este es todo el secreto; y hace mucho tiempo que lo habría puesto en práctica si, como tú, tuviese el poder y la locura de regir un pueblo. ¡Ten cuidado con esto, amigo mío!, no es el despotismo lo que te prohíbo, conozco demasiado bien cuán dulce es para hacerlo: sólo te aconsejo que suprimas y cambies todo aquello que puede perjudicar el perfecto mantenimiento de ese despotismo, desde el momento en que quieres seguir en el trono. Por lo tanto, haz feliz a todo el que sepa sentir, si quieres serlo a tu vez; porque, puedes estar seguro, Ferdinand, desde el momento en que ellos no gocen, te impedirán a su vez que lo hagas tú.

—¿Y el medio?

—La mayor libertad de pensamiento, creencia y actuación. Rompe los frenos morales; el hombre al que el verga se le empina quiere ser libre como el animal. Si, como en Francia, vas a imponerle el altar en que debe correr su semen, doblegándolo por tonterías al odioso yugo de una moral pueril, te lo devolverá de una forma mucho más dura[116]. Ellos, los pedantes o los curas, pondrán los hierros en tus manos y pronto te encadenarán a ti mismo y quizás te lleven hasta

el patíbulo, adonde te conducirá su venganza.

—Así pues, según vos, ¿no serían precisas las costumbres en un gobierno?

—Sólo las que inspira la naturaleza. Cuando queréis imponer otras al hombre siempre lo hacéis desgraciado. Dejad que el hombre ultrajado se venga de la ofensa recibida: siempre lo logrará mejor que vuestras leyes, porque está más interesado que ellas; además, la ofensa se escapa muchas veces a vuestras leyes, pero raramente al que persigue su justa venganza.

—A fe mía que no entiendo nada de todo eso —me respondió el pánfilo—. Yo fornico, como macaronis sin cocinar, construyo casas sin arquitecto, colecciono medallas sin anticuario, juego al billar como un lacayo, impongo la instrucción a mis cadetes como un sargento; pero no hablo ni de política, ni de religión, ni de costumbres, ni de gobierno, porque nada sé de eso.

—¿Y el reino?

—Va tirando como puede. ¿Te imaginas que haga falta ser tan sabio para ser rey?

—Tú me demuestras que no —respondí—, pero no por eso me convences de que no sea necesario tener inteligencia y una cierta filosofía para conducir a los hombres y que, privado de una y otra, sólo se deben hacer tonterías que pronto impulsarán a los súbditos de un príncipe como tú a sacudirse de tu yugo imbécil. Y lo harán pronto, puedes estar seguro, si no pones en juego todas las posibilidades para impedirlo.

—Tengo cañones, fortalezas.

—¿Y quién suministra todo eso?

—Mi pueblo.

—Pero si se cansa de ti ya no te lo suministrará más. Volverán los cañones contra tu castillo, se apoderarán de tus fortalezas y quizás te arrastren por el suelo.

—¡Me asustáis, señora!..., ¿y qué se precisaría?

—Te lo he dicho. Imita al jinete sabio: lejos de apretar la brida cuando el corcel se encabrita, tiéndele dulcemente la mano; haz más, corta las riendas y déjalo que se conduzca a su gusto. Cuando la naturaleza diseminó a los pueblos sobre la superficie del globo, les dio a todos el genio necesario para conducirse; pero sólo en momentos de cólera les sugirió que erigiesen reyes. Estos son al cuerpo político lo que el médico al cuerpo material: se le puede llamar cuando se sufre[117]; hay que cerrarle la puerta cuando se recupera la salud; prolongaría la enfermedad para eternizar su ayuda y, so pretexto de curar, debilitaría.

—Juliette, tú razones bien, me gusta tu conversación, pero no sé... me impones; eres más inteligente que yo.

—Precisamente no he mostrado todo lo puedo dar de mí. Puesto que mi inteligencia te da miedo, no importa que por un rato la razón ceda ante tus placeres: veamos, ¿qué deseas?

—Se dice que tienes el cuerpo más hermoso del mundo, Juliette, quiero verlo. Quizás, dado el tono con que has debutado en mi corte, no sería este el lenguaje más apropiado para hablarte; pero la apariencia brillante no me impone, querida; he recibido informes sobre tus hermanas y tú: aunque muy ricas, no hay duda, amigas mías, no sois más que tres putas.

—Tus informes no son exactos, guapo Sir —respondí con vivacidad—, tus espías se parecen a tus ministros: roban tu dinero sin servirte. Si tus informes hubiesen sido buenos, habrías visto tu error. No importa, en lo que a mí respecta no tengo ningún deseo de hacerme la vestal. No, sino de ser exactos: tu capitulación no será más dura que la de tu cuñado, el duquecillo de Toscana. Escucha; aunque te hayas equivocado al considerarnos a mis hermanas y a mí como putas: si bien es cierto que no lo somos, sí lo es el hecho de que sea imposible ser más malvadas y corrompidas; nos tendrás a las tres, si quieres.

—Por supuesto —respondió el príncipe—; nada me complace tanto como enlazar a toda una familia.

—¡Pues bien! —le digo—, vas a ser satisfecho, y a cambio de eso sólo exigimos de ti que nos costees en Nápoles todos los gastos que hagamos durante seis meses, que pagues nuestras deudas si las contraemos, y que nos asegures la más completa impunidad, cualesquiera que puedan ser los extravíos a los que nos entreguemos.

—¿Y cuáles serán esos extravíos?

—Numerosos, violentos hasta un punto imposible de imaginar: no hay ningún tipo de crímenes al que no nos entreguemos mis hermanas y yo, y no deseamos ser castigadas por ninguno...

—Concedido —respondió Ferdinand—; pero que vuestros delitos sean lo menos escandalosos posibles y que ninguno ataque a mi gobierno ni a mi persona.

—No, no —le digo—, no nos divertirían. Buenos o malos, dejamos a los gobiernos como están; y en cuanto a los reyes, les dejamos a sus pueblos el cuidado de vengarse de su despotismo.

—Vamos —dice Ferdinand—, ya podemos hablar de placeres.

—¿No dices que quieres gozar también de mis hermanas?

—Sí, pero siempre tendría que empezar contigo. —Y haciéndome pasar a un cuarto diferente, el napolitano señalándome una mujer de veintisiete a veintiocho años, casi desnuda, en un nicho de espejos, me dice—: Juliette, las pasiones que debes satisfacer son tanto las de esa mujer como las mías.

—¿Y quién es esa mujer?

—La mía.

—¡Ah!, ¿tú eres Charlotte? —le digo sin asombro—; conozco tu reputación: aunque tan puta como tus hermanas, se dice que sin embargo pagas mejor: ya lo veremos.

—Juliette —me dice entonces Ferdinand—, si quieres que yo favorezca tus deseos tienes que ser complaciente con la reina hasta el final.

—Que diga lo que le complace: nadie como yo conoce los recursos de la lubricidad; los emplearé todos.

Y en ese mismo instante, Charlotte de Lorraine, lanzándose a mi cuello, me hizo comprender con mil besos cuán sensible era ya a los placeres que yo le prometía. Suprimimos todo ceremonial: Ferdinand nos desnudó a las dos; después, tras introducir en ese asilo a un joven paje de quince años hermoso como el día, al que puso en el mismo estado, Charlotte y yo nos masturbamos sobre el canapé, mientras que, bien enfrente de la operación, Ferdinand, polucionado por su paje, le besaba ardientemente en la boca y le sobaba el trasero.

¡Oh!, ¡amigos míos, qué mujer la tal Charlotte! Pensé que tenía que haber sido la misma impudicia la que hubiese fijado todas sus llamas en el coño de esta puta real. Charlotte, con sus muslos enlazados a los míos, frotaba con ardor su clitoris contra el mío; sus manos abrazaban mis nalgas; uno de sus dedos hurgaba en el agujero de mi culo; su lengua, sumergida en mi boca, tragaba mi saliva con ansiedad; la zorra estaba ardiendo de deseo, y el semen salía por sus poros. Yo no llegaba, cambié de postura; nuestras cabezas entre los muslos de la otra nos facilitan los placeres de la succión. ¡Oh!, cómo devuelve lo que yo le presto; si mi coño inunda su gárganta de semen, el suyo es un torrente cuyas frecuentes eyaculaciones llenan el mío y lo deleitan. Cuando ya no nos quedaba semen para echar, me suplicó que la mease en la boca, yo le pedí lo mismo: nos inundamos de orines y tragábamos a medida que corrían.

Charlotte es hermosa, su piel muy blanca, su pecho firme, sus nalgas admirables, sus muslos maravillosamente proporcionados; se ve que ha jodido mucho y de todas las formas posibles, pero se conserva bien y sus aberturas son todavía muy estrechas[118].

—¡Oh amor mío! —le digo, verdaderamente emocionada ante sus encantos—. ¿Nos lanzamos a cosas más serias?

—Aquí tenéis lo necesario —me dice el rey lanzándonos consoladores.

Y bien provistas la dos, pronto nos lanzamos los ataques más violentos. En una de estas, mi culo se encontró frente a Ferdinand; lo examina, lo cubre con los más ardientes besos.

—Quédate un momento en esa postura y para de moverte —me dice—. Quiero encularte mientras tú fornica a mi mujer... Tú, Zerbi,

excita mi trasero...

La escena duró un rato, al cabo del cual el príncipe, poniendo a su mujer en mi lugar, la encula mientras ella me fornicaba; un momento después, hace que la sodomice el joven, yo la masturbo y él... descarga por fin en el culo del paje que le pone los cuernos.

Al cabo de un rato que aprovechamos para besarnos, manosearnos, recomenzamos. Ferdinand se puso en mi culo, acariciaba el de Zerbi, le hacía cagar en su boca, y su mujer le aplicaba el látigo. Al cabo de un minuto, salió de mi culo, cogió los vergajos y nos azotó a los tres bastante fuerte; la reina me lo devolvió, era una de sus pasiones; me hizo sangrar; chupó el verga del paje mientras su marido lo enculaba, y ella me manoseaba el trasero. Poco después, rodeamos a Ferdinand, yo lo chupaba, su mujer lo socratizaba, le manoseaba los cojones, y el paje, a caballo sobre su pecho, le hacía lamer el agujero de su culo; se levanta con el verga empinado y muy duro.

—No sé por qué no retorremos el pescuezo a este bribonzuelo —dice agarrando a su paje por el cuello y haciéndole lanzar fuertes gritos.

—Hay que colgarlo —dice Charlotte.

—Muchachita mía —digo besando a esta encantadora mujer—, ¿así que también te gusta la crueldad? ¡Ah!, si es así, ¡te adoro! Me doy cuenta de que serías capaz de hacer lo que esa emperatriz de China que alimentaba a sus peces con cojones de niños pobres.

—¡Oh!, ¡sí, sí!, imitaré ese horror cuando lo desee; estoy hecha para sobrepasarla. Hagamos infamias, Ferdinand; esta mujer es deliciosa, lo veo, tiene inteligencia, carácter, imaginación; creo que incluso nuestros gustos. Bien, amigo mío, sirve tú mismo de verdugo a Zerbi y recordemos que la destrucción de un individuo es el estimulante más vivo que puede añadirse a los atractivos de las orgías de los sentidos. Cuelga a Zerbi, querido esposo, cuélgalo fuerte; Juliette me masturbará enfrente de la operación...

Se ejecuta; y Ferdinand agarrota al paje con tanta habilidad y violencia que expira antes de que hayamos tenido tiempo de excitarnos.

—¡Oh!, ¡joder! —dice Charlotte—, soy la mujer más desgraciada, sólo quería lanzar esperma viéndole expirar: no importa, desátalo, Ferdinand; muerto como está, conduce su mano, quiero que me masturbe.

—No —dice el rey—, Juliette se encargará; entretanto yo encularé al cadáver; se dice que no hay nada mejor en el mundo, quiero probarlo. ¡Oh!, ¡santo Dios! —dice, en cuanto está en el culo—, tienen razón al alabar este goce: me deshago jodiendo este culo, ¡es divino!

La escena prosigue; Zerbi no resucita, pero sus verdugos mueren de placer. Charlotte, para descargar una última vez, se tumba desnuda sobre el cuerpo ya frío del paje y, mientras su marido la masturbaba, me hacía cagar en su boca.

Cuatro mil onzas [119] fueron mi recompensa, y nos separamos con la promesa de volvernos a ver pronto rodeados de mucha más gente.

De vuelta en el hogar, cuento a mis hermanas los gustos extravagantes de Su Majestad siciliana.

—Es extraordinario —dice Clairwil— que semejantes pasiones se alberguen siempre en las cabezas de aquellos a los que la naturaleza eleva por su espíritu, sus riquezas o su atrocidad.

—No conozco nada más sencillo —dice Olympe, a la que ya no dábamos otro nombre, temiendo que el suyo la delatase—; no, verdaderamente, no conozco nada tan natural como ver los mayores refinamientos del placer concebidos por aquellos cuyo espíritu percibe más sutilmente, por aquellos a los que el despotismo o los favores de la fortuna ponen por encima de los demás. Es imposible que un hombre que sea muy inteligente, que tenga mucho poder y mucho oro se divierta como todo el mundo. Ahora bien, si refina las voluptuosidades, llegará necesariamente al asesinato, porque el asesinato es el último exceso de la voluptuosidad; está dictado por ella, es una de sus ramas, una de sus desviaciones. El hombre no llega a las últimas crisis de la voluptuosidad sino por un acceso de cólera; trueno, jura, se arrebatata, manifiesta en esa crisis todos los síntomas de la brutalidad; un paso más y es un bárbaro, otro y es un asesino; cuanto más inteligente sea, más refinará sus impulsos. Una cadena lo sujetará todavía menos: él temerá o el extremo desgaste de sus placeres o las leyes; resguardadle de esos locos terrores con mucho oro o poder y lo veréis lanzado a la carrera del crimen, porque la impunidad lo tranquiliza, y porque se llega a hacer cualquier cosa cuando al espíritu de concebirlo todo se unen los medios de emprenderlo todo.

—¡Pues bien! —les digo a mis amigas—, aquí estamos las tres en esa feliz situación; porque junto a las inmensas riquezas que poseemos, la más completa impunidad nos ha sido concedida por Ferdinand.

—¡Oh, joder! —dice Clairwil—, ¡hasta qué punto inflama mis pasiones esa encantadora certidumbre!...

Y la pájara se abría de piernas, se remangaba, se masturbaba, y nos ofrecía un coño bermejo y anhelante que parecía llamar al combate a todos los vergas de Nápoles.

—Se dice que aquí las pollas son soberbias —prosiguió—; hay que arreglarlo con Sbrigani para que no nos falten.

—Lo tengo todo preparado desde ayer —nos responde este hombre encantador—; tengo doce proveedores en el campo, y gracias a mis cuidados todas las mañanas os serán presentados veinticuatro guapos muchachos de dieciocho a veinticinco años: yo seré su catador; si, a pesar de las rigurosas órdenes que he dado, se mezcla algo mediocre en el abastecimiento, será rechazado al momento.

—¿Y cuáles son los tamaños adoptados? —dice Clairwil, masturbada por Raimonde.

—No tendréis nada por debajo de seis pulgadas de circunferencia por ocho de largo.

—¡Bah!, ¡esa medida es buena para París, pero en Nápoles donde hay monstruos!... En lo que a mí se refiere os advierto que no acepto nada por debajo de ocho pulgadas de circunferencia y un pie de largo...

—Ni nosotras tampoco —respondimos Olympe y yo, casi al mismo tiempo—, quizás con esa cláusula tengamos menos, pero será mejor...

—¡Menos! —dice Clairwil—, no veo por qué disminuir el número; al contrario, doy tanta importancia a la calidad como a la cantidad: por tanto, Sbrigani, le ruego que nos tenga treinta hombres todas las mañanas, con las proporciones que acabo de dar: es decir, diez para cada una de nosotras. Suponiendo que nos fornicen tres veces cada uno, ¿hay algo de que protestar? ¿A alguna de vosotras le amarga un buen dulce? En cuanto a mí, os garantizo que eso no me impedirá que haga algunas escapadillas durante el día: sólo jodiendo mucho se pone uno en condiciones de joder, y sólo para joder nos ha creado la naturaleza.

Y la zorra descargó en brazos de Raimonde mientras pronunciaba estas últimas palabras.

—Mientras esperáis que satisfaga vuestras condiciones —dice Sbrigani—, mirad si os complacen esos seis guapos criados: creo que superan las medidas que acabáis de indicarme...

Y, al mismo tiempo, seis mozos altos y gallardos, de cinco pies seis pulgadas, aparecieron medio desnudos y con el verga en la mano.

—¡Santo cielo! —dice Clairwil, todavía remangada—, ¡qué instrumentos!... Veamos si puedo empuñarlos (pero sus dos manos no bastaban). ¡Oh!, estos son los apropiados —dice—. Para vosotras amigas mías; yo me quedo con estos dos.

—Un momento —dice Sbrigani—, desvariáis; dejadme dirigir vuestros placeres; mucho más tranquilo lo haré mejor que vos, a quien el semen ha cegado ya.

—Sí, sí, tiene razón —dice Clairwil, que se desnudaba ya previsoramente—, que él disponga, que ordene; yo, seguiré poniéndome en condiciones de combatir.

—Venga, Clairwil —dice Sbrigani—, empieza tú, que me pareces la más apremiada.

—Lo confieso —respondió nuestra compañera—, no sé lo que tiene el aire de Nápoles que me embriaga... me vuelve más libertina que nunca...

—Lleno de partículas nitrosas, sulfurosas y bituminosas —respondí—, necesariamente tiene que excitar los nervios y poner en mayor agitación a los espíritus animales. Como tú, siento que haré horrores en este país.

—Aunque yo debería estar más acostumbrada que vosotras —nos dice Olympe— dada la poca distancia que existe entre este país y el mío, sin embargo, como vos, siento que me irrita enormemente.

—Gozaad entonces —dice Sbrigani—, entregaos, putas y contad conmigo para que os sirva en vuestros placeres. Mirad —prosiguió—, os aconsejo que os dispongáis de la siguiente manera para esta escena: Clairwil empezará; aunque arde en deseos de ser jodida, quiero que la hagamos desear el instrumento que va a perforarla. Juliette, coge ese hermoso verga, elegido ya por tu amiga, másturbalo cerca de su coño, frótaselo contra el clítoris, pero no lo metas. Tú, Borghèse, acaricia ligeramente la entrada del coño de la paciente; caliéntala, enfurécela, y cuando la rabia estalle en sus ojos, la satisfaremos, pero tiene que estar tumbada en brazos de uno de estos jóvenes; mientras la sostiene, ese guapo muchacho debe con una mano hurgarle en el agujero del culo, con la otra acariciar las tetas y besar su boca. Para excitar todavía más los sentidos de nuestra amiga, le haremos que introduzca con cada mano un verga en los coños de Élise y Raimonde, donde no harán sino calentarse; los otros dos jóvenes os encoñarán ante sus ojos, para completar el desorden con que queremos envolver a su alma...

La zorra no soportó efectivamente ni seis minutos; espumea, jura... desvaría, y viendo que era imposible hacerla consumirse de impaciencia por más tiempo, los seis criados le pasan por el cuerpo en menos de una hora y la hacen morir de placer. Olympe y yo apretábamos los vergas cuando salían del coño de nuestra amiga. Élise y Raimonde nos masturbaban, nos azotaban, nos acariciaban, nos lamían. Sbrigani ponía orden en todo y nosotras descargábamos como bribonas. Pusimos en práctica todas las formas de joder, todos los excesos, todos los refinamientos; el que más empleamos de todos fue recibir tres vergas a la vez, dos en el coño, uno en el culo. No es posible imaginarse el placer que da este goce con fornicadores hábiles; algunas veces caían todos sobre una sola mujer. De esta forma yo sostuve tres veces el peso general. Estaba tumbada sobre un hombre que me enculaba; Élise, a caballo sobre mi rostro, me daba a chupar su bonito coño; y Raimonde hurgaba en el agujero del culo de ese

hombre con su lengua. Bajo mis dos manos estaban, a cuatro patas, a un lado Clairwil, al otro Olympe: introducía un verga en cada uno de sus culos y ellas chupaban los vergas del quinto y sexto hombre. Por fin, los seis criados fueron recibidos sin dificultad, tras haber descargado cada uno ocho veces. Era imposible rechazarlos después de parecidas muestras.

Alrededor de ocho días después de esta aventura recibimos una nueva invitación de Ferdinand, quien nos animaba a que fuésemos las tres a Portici. Parecía que el rey quería que esta escena fuese infinitamente más refinada y brillante que la otra. Fuimos recibidas en cuartos maravillosamente decorados y deliciosamente frescos. Charlotte, vestida como Flora, nos esperaba con el príncipe de La Riccia, guapo joven de veinticuatro años, y que participaba en todos los placeres privados de la reina y su marido. Cuatro bonitos niños, dos muchachitas de diez a once años, y dos muchachitos de doce a trece, trajeados como los griegos vestían en otro tiempo a sus víctimas, estaban de pie y en un respetuoso silencio en un rincón del cuarto. El talle noble y majestuoso de Clairwil, la regularidad de sus facciones, aunque no estuviese ya en la primera juventud, el excesivo libertinaje de sus ojos, atrajo a la reina de Nápoles.

—¡He aquí a una hermosa mujer! —exclamó.

Y como en criaturas tan libertinas como nosotras, de los elogios a las caricias no hay más que un paso, las dos zorras pronto estuvieron una en brazos de otra. La Riccia se apodera de Olympe y yo sigo siendo la favorita del rey.

—Antes de actuar juntos —dice Ferdinand—, soy de la opinión de que pasemos todos por separado, de dos en dos, unidos como estamos ahora, a los cuartos que rodean esta pieza. Tras algunos minutos de soledad, nos reuniremos.

Charlotte nos da el ejemplo; seguida de Clairwil y por una de las dos víctimas femeninas, se encierra en uno de los cuartos. La Riccia coge a uno de los muchachitos y pasa con Olympe; una muchachita y un muchachito quedan para Ferdinand, que pronto se encierra con ellos y conmigo. Entonces apareció con toda su fuerza el libertinaje basto y grosero del napolitano. Pero igual que a través de las nubes más opacas llegan algunas veces los rayos del astro del día a alegrar a los mortales, así bonitas nubes de lubricidad atravesaban la masa de torpezas del cernícalo al que yo servía.

Tras un rato de horrores preparatorios a los que cada uno se entregó individualmente con los sujetos que había llevado consigo, nos reunimos todos en un soberbio salón; y allí, mientras nos calentábamos recíprocamente la imaginación con los detalles de las infamias que acabábamos de cometer, nos sumimos todos en un océano de lubricidad, y ejecutamos sin reprimarnos todo lo que nos

sugirió el desenfreno de cabezas tan libertinas y malvadas como las nuestras.

Sólo el agotamiento de nuestras fuerzas puso fin a estas voluptuosas orgías y nos separamos.

A nuestra vuelta, encontramos a Sbrigani herido y en su cama. Lo habían insultado por nuestra causa: había tenido unas palabras en un café; un francés, que pretendía conocernos, nos había tratado de putas. Aunque en realidad, pocas cosas en el mundo eran tan ciertas como esa, Sbrigani, por afecto, no quiso aceptarlo y para apoyar mentiras el imbécil se había dejado dar dos buenas estocadas en el vientre.

Tras haberle prestado los primeros cuidados, nuestra conversación recayó naturalmente sobre el duelo.

—¡Oh!, qué locura —dice Clairwil—, arriesgar su vida en un combate con un hombre que decididamente se equivocaba con nosotras. Si ese hombre —continuó nuestra amiga, pidiéndonos permiso para ponerse por un momento en el lugar de un sexo cuyas funciones realizaba tan bien en caso de necesidad—, si, digo, ese hombre me ha faltado en esencia, ¿por qué voy a deberle el favor de considerarlo lo suficiente honrado como para medirme con él?, ¿y por qué voy a ponerme en situación de doblar su injuria cuando me hiera, o me mate quizás, tras haberme insultado? Soy yo el que merece una reparación, y para recibirla ¡tengo que exponer mis días! Si me comporto de una forma diferente, o si tengo que ir a batirme con ese hombre porque sea absolutamente necesario, me las doy de guapo y tomo tales precauciones para mi seguridad que a él solo le queda la posibilidad de defenderse y no puede pensar en la de insultarme de nuevo, si, digo, yo me conduzco así, seré tratado de pícaro: creo que es difícil ver una lógica más opuesta al buen sentido que esta. Que el que ha insultado se presente desnudo al combate y que su adversario vaya acorazado: eso es lo que dictan la razón y el buen sentido. El agresor debe tener visiblemente una ventaja menos: según las costumbres de todas las otras naciones del universo, se ha puesto en el caso de hacerse asesinar por aquel al que ha faltado; de esta forma, todo lo más que pueden dictar las frívolas leyes del honor, en una situación parecida, es que el combate tenga lugar, si por encima de todo lo deseáis, pero con una prodigiosa desproporción entre los combatientes; y el que ha faltado, lejos de pensar en renovar sus injurias, no debe y no puede ocuparse más de su propia defensa. ¿Y qué derecho puede tener a atacar de nuevo tras lo que ha hecho? De acuerdo con esto, nuestros usos son atrozmente injustos, y nos hacen servir de motivo de risa en las otras tres partes del mundo, suficientemente sabias para darse cuenta de que, cuando se hace tanto

como tener que vengarse, se debe hacerlo al menos sin arriesgar la propia vida.

—Voy más lejos aún —le respondí a Clairwil— y pienso que el combate es algo tan absurdo como ridículo. Es odioso que un hombre arriesgue su vida porque ha sido insultado: la razón y la naturaleza sólo nos dictan en ese caso que nos deshagamos de nuestro enemigo y de ninguna manera que nos exponamos con él, cuando es una reparación lo que nos debe. Nuestros abuelos, mucho más sabios, se batían por medio de fiscales; por una cierta suma acordada se presentaban los campeones para dilucidar la querella y la razón era para el más fuerte: al menos en este arreglo había la justicia de no arriesgarse uno mismo, y aunque esta costumbre se fue llenando de extravagancias y locuras, lo era mucho menos que a la que asistimos en nuestros días. Pero aquí está lo más gracioso; los campeones que en otro tiempo combatían por la causa de otro eran considerados generalmente como gente vil; nosotros hemos ocupado su lugar y seríamos despreciados si no hiciésemos el papel de gente declarada despreciable. ¿Existió nunca una inconsecuencia de tal calibre? Si nos remontamos a los orígenes, veremos que primitivamente esos campeones no eran más que asesinos a sueldo, como todavía se pueden encontrar en varias ciudades de España e Italia, a los que pagaba el hombre insultado para deshacerse de su enemigo, y que a continuación, para disminuir la culpa de asesinato que esta costumbre parecía autorizar, se le permite al acusado defenderse del asesino pagado contra él y pagarse otro contra el que se le oponía. Este es el origen de los duelos, cuya cuna está en la sabia ley que permitía a todo hombre vengarse de su enemigo, poniendo su cabeza a precio. Esta excelente costumbre fue sustituida por una licencia... por una estupidez que ya no se parece en nada y que hace que el buen sentido se estremezca... Que cualquier hombre que tenga un enemigo no vaya entonces, si es sabio, a medirse en igualdad de condiciones con él; porque es totalmente ridículo hacerse el igual de aquel que se pone por debajo de nosotros. Si es absolutamente necesario que la ofensa se dirima, magnífico; pero que se presente al combate en unas condiciones de seguridad tales que el adversario que le debe la reparación no pueda insultarlo de nuevo; y si quiere ser mucho más sensato, que haga asesinar, como dice Molière en *El siciliano*: «Es más seguro». Respecto a los que hacen de todo eso una cuestión de honor, los encuentro por lo menos tan ridículos como a los que se les ocurre poner ese honor en la virtud de las mujeres: ambos prejuicios son bárbaros y ni siquiera merecen una discusión a sangre fría. El honor es una quimera nacida de las costumbres y convenciones humanas, las cuales siempre tuvieron como base el absurdo; es tan falso que el hombre se honre asesinando al enemigo de su patria como que se

deshonre masacrando al suyo. Nunca pueden seguirse consecuencias desiguales de procedimientos iguales: si hago bien vengando a mi nación de las injurias que ha recibido, hago mucho mejor vengándome de aquellas que me han dirigido a mí personalmente. El Estado, que alquila anualmente a cuatrocientos o quinientos mil asesinos para que sirvan a su causa, no puede ni natural ni legítimamente castigarme a mí cuando, siguiendo su ejemplo, pago a uno o dos para que me venguen de los insultos infinitamente más reales que he podido recibir de mi adversario: porque, en suma, los insultos contra esa nación nunca la afectan de forma personal, mientras que los que yo recibo alcanzan directamente a mi persona, y la diferencia es muy grande. ¿Pero puede un hombre intentar decir estas cosas en el mundo? Sería tratado de ruin, de cobarde, y la reputación respecto a su inteligencia o a su bondad que se haya forjado a lo largo de toda una vida le será arrebatada de golpe por unos cuantos mequetrefes tan simples como imbéciles a quienes tres o cuatro mojigatas, a las que habría que azotar en cualquier parte, habrán convencido de que no hay nada tan hermoso como ir a arriesgar su vida, cuando se está en el derecho de ir a quitar la de los otros.

—Estoy absolutamente de acuerdo con vosotras dos respecto al duelo —dice Olympe—, y espero que me tendréis la estima suficiente para no confundirme con esas imbéciles mujeres que sólo hacen caso a un hombre en razón de que, a causa de una pretendida ofensa, vaya a un prado a hacer el vil oficio de gladiador. Desprecio soberanamente a un alguacil de tal índole. Eso puede ser delicioso en un ayuda de cámara o en un soldado: esa gente debe batirse como mozos de cuerda; pero un hombre inteligente o rico... renunciar a sus estudios, a sus comodidades para entregar el cuello a un matón que no tiene más talento que el de dominar la esgrima, y que lo ha insultado solamente porque estaba seguro de deshacerse de él... poner el honor en ir a dar la razón a pícaros de esa calaña... ¡Hay que ser estúpido para aventurarse!, sí, estúpido: no hay sino bajeza en el hecho de dar a los otros ventajas sobre uno mismo, y de arriesgarse a perder en un instante, por nada, todas las cosas agradables, todas las ventajas que ha recibido de la naturaleza. Dejemos ese ridículo mérito a los bárbaros siglos de la caballería errante; la gente de talento no ha sido hecha para guerrear como un soldado, sino para honrar y cultivar las artes, impulsarlas, servir a la patria cuando sea necesario, y no sacrificar sino a aquella la sangre que corre por sus venas. Cuando un hombre de esta condición tiene un enemigo que es inferior a él, que lo haga asesinar: esa es la única manera que le indica la naturaleza para que se desembarace de él; si el que lo ha ofendido es de su misma clase, que ambos lleven sus quejas a un tribunal benigno, erigido para el caso, que las diferencias sean juzgadas por este tribunal: entre gente

honrada no hay nada que no pueda arreglarse amigablemente; es preciso que el que se ha equivocado ceda; es la ley... Pero la sangre... la sangre derramada por unas palabras, unos celos... una querella... una burla... un reproche: es un absurdo indignante. El duelo no fue conocido hasta que los principios del honor sustituyeron a los de la venganza, y por consiguiente no fue admitido hasta que los hombres no se civilizaron. La naturaleza jamás grabó en el corazón del hombre que arriesgase su vida para vengarse de una ofensa recibida, porque de ninguna manera es justo ni natural exponerse a una segunda porque se ha recibido una primera. Pero es muy equitativo, está muy bien hecho, lavar la primera con la sangre del agresor, sin arriesgarse a derramar la propia, si es inferior a nosotros, y arreglarse amigablemente con él si es superior o igual. Que jamás se engañen con las ideas de las mujeres respecto a esto; porque lo que ellas desean no es la bravura de un hombre sino el triunfo que experimenta su orgullo cuando se dice que un hombre se ha batido por sus encantos. Tampoco hay que hacer leyes para extirpar esta odiosa costumbre: con las leyes la gente se subleva, se agria y jamás se gana nada. Es con el arma del ridículo con lo que hay que abolir esta odiosa costumbre. Es preciso que todas las mujeres cierren sus puertas a un pícaro duelista; es preciso escarnizar, ridiculizar, señalar con el dedo, es preciso que todo el mundo exclame al verlo: «He ahí el hombre que ha sido lo suficientemente vil, lo suficientemente ruin para hacer el estúpido oficio de campeón y que es lo suficientemente tonto para creer que palabras que se lleva el viento o golpes que sólo duelen un momento deban ser reparados al precio de una vida de la que sólo se goza una vez; apartaos de él, es un loco».

—Olympe tiene razón —dice Clairwil—, esa es la única manera en que se hará caer ese infame prejuicio. Quizás se objetará que el coraje marcial se apagará en los corazones, cuando deje de ejercerse. De acuerdo; pero os confieso que el coraje es una engañosa virtud de la que yo hago poco caso: he visto que sólo los imbéciles son valientes. El segundo de los Césares fue un gran hombre, sin duda, y sin embargo no era sino un ruin; Federico de Prusia estaba lleno de talento e inteligencia... tenía un acceso de fiebre cada vez que tenía que combatir. No acabaría nunca si tuviese que nombraros todos los hombres ilustres sujetos por el miedo: los mismos romanos reverenciaban el miedo y le erigieron altares. En una palabra, el miedo está en la naturaleza, ha nacido del íntimo deseo de conservarse, deseo que es imposible no tener, dado lo grabado que está en nosotros por el ser motor que nos lanzó sobre el globo, es decir, por la naturaleza. Subestimar a un hombre porque teme el peligro es subestimar el hecho de que ame la vida. En cuanto a mí, os juro que prestaré la mayor atención a un hombre que tema a la

muerte; sólo por eso ya veré en él inteligencia, una cabeza interesante y voluptuosidad en los placeres. Al día siguiente de que todo París hubiese deshonrado a La Luzerne por haber asesinado a su enemigo en el campo de duelo, quise acostarme con él; he visto a pocos mortales tan amables... ninguno, sin duda, cuya cabeza funcionase mejor...

—No hay otros atractivos —interrumpí con vivacidad—; cuanto más ha vencido un hombre los prejuicios, más inteligente es: el hombre encerrado en los estrechos principios de la moral, necesariamente seco y aburrido, sin atreverse a franquear nada, será monótono como las máximas que profesa, y como, con el tipo de imaginación que nos ha dado la naturaleza, no sacaremos nada de su compañía, debemos alejarnos de él.

Al cabo de unos días Sbrigani se encontró mucho mejor.

—Acaba de joder conmigo —me dice Clairwil—, con esta prueba he querido asegurarme de su buena salud y respondo que se ha empalmado bien: todavía estoy inundada de su esperma... Escúchame Juliette —prosiguió esta increíble mujer—, ¿es cierto que te gusta ese hombre?

—Me ha prestado muchos servicios.

—Sólo ha cumplido con su deber, lo pagas. ¿O es que tu alma empieza a imbuirse de los grandes principios del agradecimiento?

—No, por mi honor.

—Es que a mí no me gusta nada ese Sbrigani, además desconfío de él; ese hombre acabará robándonos.

—Di más bien que estás cansada de él, porque te ha jodido bien y tú no puedes soportar a los hombres cuando te han descargado en el coño.

—Ese sólo me ha jodido en el culo: mira mi trasero: todavía destila el semen que acaba de derramar en él.

—Loca; en una palabra, ¿a dónde quieres ir a parar?

—A librarnos de ese bribón.

—¿Has pensado que se ha batido por nosotras?

—Razón de más para que lo deteste; porque entonces su acción se convierte en una prueba de su estupidez.

—Una vez más, ¿qué quieres hacer con él?

—Mañana toma su última medicina... hay que enterrarlo pasado mañana.

—¿Entonces todavía te quedan muchas drogas de esas que compramos en casa de la Durand?

—Muchas, y quiero que tu Sbrigani las pruebe.

—¡Ah!, ¡Clairwil!, los años no te corrigen, eres y lo serás siempre una malvada. Pero ¿qué dirá nuestra hermana Olympe?

—Lo que le dé la gana; cuando tengo ganas de cometer un crimen, me importa un comino lo que piensen los demás, y el orgullo

de mi reputación no es precisamente el que domina mi corazón.

Consentí: ¿podía negarme al crimen? Todo lo que lleva su huella me es demasiado precioso para que no lo siga al momento. Me había servido de este italiano, mucho más por necesidad que por amor. Clairwil prometía hacerse cargo de todo aquello de lo que él se había ocupado: Sbrigani ya no era útil; yo firmaba su sentencia; Olympe consintió. Al día siguiente, Sbrigani, envenenado por la misma Clairwil, fue puesto al corriente por los demonios del infierno de que los espíritus malignos que existen en el cuerpo de una mujer son mil veces más peligrosos que los que nos pintan los curas y los poetas en el Tártaro. Hecha esta operación recorrimos los alrededores de Nápoles.

En ningún lugar de Europa la naturaleza es tan bella, tan grandiosa, como en los alrededores de esta ciudad. No es esa belleza triste, uniforme, de las llanuras de Lombardía, que infunde a la imaginación una tranquilidad que llega casi a la languidez: en cambio aquí, por todas partes, el espíritu se enciende; los desórdenes, los volcanes de esta naturaleza, siempre criminal, sumen al alma en una turbación que la hace capaz de las más grandes acciones y de pasiones tumultuosas. Esto somos nosotras, les digo a mis amigas, y la gente virtuosa se parece a esos tristes campos del Piamonte cuya uniformidad nos desola. Examinando bien este asombroso país parece que en otro tiempo no hubiese sido sino un volcán; es difícil ver un solo lugar que no lleve el emblema de una conmoción. Esta extravagante naturaleza ha sido culpable muchas veces... ¿Cómo quieren que no la imitemos? ¡Qué injusticia! La solfatara que recorrimos parece ser la prueba de lo que digo.

Llegamos a Pouzzoles, teniendo constantemente ante nuestra vista los cuadros más variados y pintorescos. Desde allí se descubre la bonita isla de Nicette, donde se retiró Bruto después de haber matado a César. ¡Qué deliciosa morada para gente con voluptuosidades como las que nos gustan a nosotras! Parecería que uno estaba en el otro extremo del mundo; un velo impenetrable ocultaría a todas las miradas el secreto horror que se quisiese cometer allí; y nada azuza la imaginación, nada la enciende tanto como el silencio y el misterio. Más lejos se ven las costas de Sorrento y de Massa, el golfo de Nápoles, ruinas, hermosos edificios, ricos viñedos, en fin, todo lo que puede ornar la más risueña perspectiva y crear el punto de vista más agradable.

Pouzzoles, donde entramos para cenar, no tiene ya hoy ninguna marca de su antiguo esplendor; pero su enclave no por eso deja de ser uno de los más deliciosos del reino de Nápoles. Sin embargo, el basto pueblo que lo habita no se da cuenta de su dicha: el exceso de facilidades no sirve más que para hacerlo más bárbaro e insolente.

En cuanto aparecimos se nos acercó una muchedumbre de gente para enseñarnos las curiosidades del país.

—Niños —dice Olympe, cerrando la puerta a una docena de esos pícaros que se habían metido en nuestro cuarto—, estamos decididas a servirnos solamente de aquel que posea el verga más hermoso. Mostradnos todos los que tenéis: nosotras elegiremos.

Están de acuerdo con ese trato; les bajamos los pantalones, los excitamos, los masturbamos, seis son considerados dignos de los honores del goce, y el más grueso, es decir, uno muy gracioso, totalmente andrajoso, cuyo instrumento tenía trece pulgadas de largo por nueve de ancho, es el único que obtiene, tras habernos jodido a las tres, el privilegio de ser nuestro cicerone. Se llamaba Raphael.

Primero nos lleva al templo de Sérapis cuyas magníficas ruinas nos hicieron presumir que este edificio había sido soberbio. Recorrimos los monumentos antiguos de los alrededores y por todas partes vimos pruebas inequívocas de la magnificencia y del gusto de los pueblos griego y romano que, tras haber ilustrado al mundo, se desvanecieron como lo harán aquellos que hoy lo hacen temblar.

A continuación aparecieron ante nosotros los restos de un monumento erigido por orgullo y superstición. Trasilo le había predicho a Calígula que no llegaría a poseer el imperio más que después de haber estado entre Baias y Pouzzoles sobre un puente. El emperador se hizo construir uno con barcos de dos leguas de largo y lo atravesó a la cabeza de su ejército. Era una locura, sin duda, pero era la locura de un gran hombre; y los crímenes de Calígula, que marcaron un hito en la historia, muestran a la vez, hay que convenir en ello, a un hombre extraordinario y una imaginación impetuosa.

Desde el puente de Calígula, Raphael nos condujo a Cumes: cerca de las ruinas de esta ciudad nos hizo observar las de una casa de Lucullus. Mientras las contemplábamos reflexionamos sobre la magnificencia de ese célebre hombre. Ya no existe... y nosotros también, nos dijimos, dentro de algunos meses, de algunos años, habremos dejado de vivir, como él: la hoz de la Parca no respeta nada, siega igualmente al rico y al pobre, al virtuoso y al criminal... Sembremos, pues, flores en esta carrera que debemos recorrer en tan poco tiempo y que por lo menos nuestra vida transcurra entre oro y seda.

Penetramos en las ruinas de Cumes donde nos fijamos ante todo en los restos del templo de Apolo construido por Dédalo cuando, huyendo de la cólera de Minos, vino a parar a esta ciudad.

Para ir de allí a Baias atravesamos el pueblo de Bauli, donde los poetas situaron los Campos Elíseos. Cerca de allí se ve el antiguo Aqueron.

—Vamos a visitar el infierno —me dice Clairwil al ver estas aguas

—, vamos a atormentar a los que están en ellas para divertirnos con sus suplicios... Me gustaría hacer el papel de Proserpina y, con tal de que los males se realicen ante mi vista, seré siempre la más feliz de las mujeres.

Una eterna primavera reina en este valle. En medio de las viñas y de los olmos se ven aquí y allá los panteones que encerraban las urnas cinerarias y sin duda Caronte vivía en Misena. Cuando se tiene imaginación gusta convencerse de todas estas cosas. Esta brillante parte de nuestro espíritu lo vivifica todo y la verdad, siempre por debajo de la quimera, se hace casi inútil para el que sabe crear y embellecer la mentira.

Bajo el pueblo de Bauli se ven cien habitaciones comunicadas entre sí; se llamaba a este lugar la prisión de Nerón: allí gemían, sin duda, las víctimas de la lujuria y de la crueldad de este malvado.

Un poco más lejos se ve la maravillosa Piscina. Era el aljibe que hizo construir Agrippina para uso de la flota que generalmente se estacionaba en el cabo para pasar después al promontorio de Misena. Más o menos es el mismo trayecto que recorría la barca de Caronte. Este cabo constituye un puerto seguro cuya importancia era conocida por los romanos. Allí era donde estaba la flota de Plinio en el momento de la erupción del Vesubio, que le costó la vida. Unos cuantos restos anuncian la importancia de esta antigua ciudad. Desde allí se desciende a Bauli, donde se ve la tumba de Agrippina. En esa parte de mar que está frente al pueblo es donde tuvo lugar el choque de la barca en la que Nerón quería hacer perecer a su madre. Pero la estratagema no tuvo éxito: Agrippina y sus mujeres, que volvían de una fiesta en Baias, cayeron al agua sin ahogarse; la emperatriz abordó el lago Lucrin y pudo alcanzar su casa; lo que hace muy dudosa la tradición que considera a Bauli la tumba de esta célebre mujer.

—Me gusta —me dice Clairwil hablando de esta gesta— el logrado artificio con que Nerón se deshace de su madre. Hay en él una crueldad, una perfidia, un abandono de toda virtud que me hacen de Nerón una persona muy querida. Había estado muy enamorado de Agrippina; Suetonio nos asegura que se había masturbado con mucha frecuencia con ella... Y la mata. ¡Oh, Nerón!, déjame venerar tu memoria; ¡te adoraría si existieses todavía!, ¡y serás eternamente mi modelo y mi Dios!

Tras esa graciosa exaltación de Clairwil, guiadas siempre por Raphael, al que Olympe acariciaba mucho mientras charlábamos mi amiga y yo, recorrimos esta costa tan célebre en otro tiempo por la multitud de las soberbias casas que la embellecían: ahora está habitada tan sólo por unos desgraciados pescadores. La primera cosa importante que se ve es el castillo que defiende toda esta parte.

Insensiblemente se llega a la playa y uno se encuentra en el emplazamiento de esta famosa ciudad de Baias, centro de delicias y voluptuosidades. Aquí venían los romanos a entregarse a las orgías mayores y más variadas. No debía haber en el mundo nada tan delicioso como la posición de esta ciudad, al abrigo de los vientos del norte por una montaña y presentando su centro al sur a fin de que el astro que vivifica la naturaleza, en cuyo seno se enciende la llama de las pasiones, pudiese venir a inflamar con sus sagrados rayos la de los dichosos habitantes de esta sonriente región. A pesar de todo el trastorno experimentado por este hermoso país, todavía se respira ese aire dulce y voluptuoso, veneno de las costumbres y de las virtudes, alimento delicado del vicio y de todos los pretendidos crímenes de la lujuria. A este respecto recordad, amigos míos, las invectivas de Séneca; pero los reproches de este severo moralista no se mantenían frente a las irresistibles inspiraciones de la naturaleza y, mientras leían al filósofo, se complacían en ultrajar sus principios mejor demostrados.

Una pobre cabaña de pescadores es todo lo que queda hoy de esta deliciosa ciudad y algunas interesantes ruinas que recorrimos.

Venus debía ser la divinidad favorita de una ciudad tan corrompida. Se ven los restos de su templo, pero en tal estado de deterioro que es difícil juzgar el pasado por el presente. Subterráneos, corredores oscuros y misteriosos existen todavía y demuestran que este local servía para ceremonias muy secretas. Un fuego sutil se deslizó por nuestras venas en cuanto entramos en él; Olympe se inclinó sobre mí y vi el semen salir de sus ojos.

—Raphael —exclamó Clairwil—, ¡tenemos que ofrecer un sacrificio en este templo!

—Me han agotado —dice nuestro cicerone—, nuestras incursiones han acabado de agotarme; pero cerca de aquí conozco a cuatro o cinco pescadores que no piden más que contentaros.

Dice esto y no tarda seis minutos en traer la peor compañía pero al mismo tiempo la más numerosa. Ciegas por el libertinaje que nos consumía a las tres nos dimos cuenta de la terrible imprudencia que acabábamos de cometer. ¿Qué podían tres mujeres en este lugar sombrío y solitario contra diez hombres que insolentemente avanzaban hacia ellas? Tranquilizadas por las inspiraciones del dios que conserva y hace prosperar el vicio, no nos asustamos.

—Amigos míos —les dice Olympe en italiano—, no hemos querido visitar el templo de Venus sin ofrecer un sacrificio a esa diosa; ¿queréis ser los sacerdotes?

—¿Por qué no? —dice uno de los patanes subiendo bruscamente las faldas al orador.

—Vamos, vamos, ¡jodámoslas! —dice otro apoderándose de mí.

Pero como no podíamos recibir más que a tres, los siete que no fueron elegidos empezaron una discusión que les llevó a sacar los cuchillos, y los habrían cruzado si yo no me hubiese apresurado a demostrarles que con un poco de habilidad cada una podíamos ocuparnos de tres. Doy ejemplo: uno me encoña, presento mi trasero al segundo y chupo al tercero; mis compañeras me imitan: Raphael, agotado, nos mira y ahí estamos las tres jodiendo como zorras. No es posible hacerse idea de cuán gordos son los vergas de los napolitanos: aunque habíamos prometido chupar al tercero, nos vimos obligadas a menearlo, ya que no podíamos hacerlo entrar en nuestra boca. Tan pronto como habían recorrido durante un rato el lugar donde los recibíamos, cambiaban de puesto, es decir, que todos jodieron nuestros coños y nuestros culos y todos descargaron al menos tres veces. La oscuridad de este lugar, los misterios que se celebraban en él, el tipo de gente con que estábamos, quizás incluso los peligros que corríamos, todo nos había vuelto locas y deseábamos horrores... Pero ¿cómo arreglárnoslas para ejecutarlos siendo como éramos las más débiles?

—¿Tienes píldoras? —le pregunté en voz baja a Clairwil.

—Sí —me respondió—, nunca salgo sin ellas.

—Pues bien —digo— ofrezcámoselas a nuestros campeones.

Olympe les explica en el acto que esos caramelos van a devolverles la fuerza y que les invitamos a comerlos. Soy yo quien se los ofrece: siempre había aspirado a tal honor; nuestros granujas los tragan.

—Que cada uno de ellos haga una última incursión —dice Clairwil sin que nadie pueda oírla—; ahora que la muerte está en su sangre, hagámosles perder el último semen que pueden obtener de la naturaleza.

—Maravilloso —digo—, ¿pero no hay peligro de que nos transmitan el veneno que circula ya por su venas?

—Evitemos la boca; pero entreguémonos sin temor a lo demás —dice Clairwil—: No hay el menor peligro; una extravagancia como esta me ha sucedido cientos de veces y ya ves cómo me conservo...

El terrible carácter de esta mujer me electrizaba; la imité: en mi vida había gozado de placeres tan vivos. La pérfida idea de la certidumbre que tenía de que, gracias a mi maldad, el hombre que tenía en mis brazos no se separaría de ellos más que para caer en los de la muerte, esa bárbara idea ponía una sal tan picante en mi goce que me desvanecí durante la crisis.

—Démonos prisa —le digo a mis amigas en cuanto recobré mis sentidos—; evitemos seguir en este subterráneo cuando los dolores comiencen.

Fuimos las primeras en subir. Raphael, que no había participado

ni en los juegos ni en las crueles consecuencias, siguió sirviéndonos de guía y nosotras jamás supimos las consecuencias de una atrocidad cuyos métodos eran demasiado seguros como para que no hubiesen tenido todo el éxito que esperábamos de ellos.

—¡Pues bien! —le digo a Clairwil—, ¿así pues no hay duda ahora de que la maldad ha hecho tales progresos dentro de ti que te es imposible joder a un hombre sin desearle la muerte?

—Eso no es totalmente cierto —me respondió Clairwil—; no es posible imaginarse, mi querida Juliette, lo que es envejecer con el crimen: se enraíza tan terriblemente en nosotros, se identifica de tal forma con nuestra existencia que ya no respiramos sino para él. ¿Puedes creer que lamento los instantes de mi vida que no me mancho con horrores? Me gustaría no hacer más que eso; me gustaría que todas mis ideas tendiesen a crímenes y que mis manos ejecutasen en todo momento lo que mi cabeza concibiese. ¡Oh!, Juliette, ¡cuán delicioso es el crimen, cuán loco se vuelve uno con la idea de franquear impunemente todos los ridículos frenos que sujetan a los hombres! ¡Qué superioridad se adquiere sobre ellos al romper, como nosotras lo hacemos, todo lo que les sujeta, al transgredir sus leyes, al profanar su religión, al renegar, insultar, reírnos de su execrable Dios, al enfrentarnos hasta a los terribles preceptos con los que se atreven a decir que la naturaleza constituye nuestros primeros deberes! ¡Ah!, mi pena ahora, te lo he dicho, es no encontrar nada suficientemente fuerte; por muy espantoso que pueda ser un crimen, me parece siempre por debajo de los proyectos de mi cabeza. ¡Ah!, ¡si pudiese abarcar el universo, todavía maldeciría a la naturaleza por no haberme ofrecido más que un mundo a mis fogosos deseos!

Mientras razonábamos así recorrimos el resto del campo de Baias, donde no se pueden dar veinte pasos sin reconocer las ruinas de algúnpreciado monumento, y nos encontramos cerca del lago de Avernes donde llegamos por un camino encajonado, muy agradable y bordeado de setos constantemente verdes. No sentimos ninguna de las consecuencias del aire infecto que antiguamente hacía que los pájaros cayesen muertos al lago: desde hace mucho tiempo ha cambiado la calidad de las aguas, y por consiguiente la del aire; hoy es un enclave muy sano y una de las regiones más adecuadas para un filósofo. Aquí fue donde Eneas sacrificó a los dioses infernales antes de adentrarse por los tenebrosos caminos del infierno que le había indicado la Sibila. A la izquierda está la gruta de la tal Sibilia, en la que es fácil entrar. Es una galería abovedada de ciento ochenta pies de largo por once de ancho y nueve de alto. Examinando bien el lugar y desechando las novelescas ideas que nos han imbuido los poetas y los historiadores, es fácil darse cuenta de que la tal Sibila no era más que una alcahueta y su antro un mal lugar. Cuanto más se examina este célebre local, más

se confirma esa idea; y si cuando se le estudia uno se remite más a las ideas de Petronio que a las descripciones de Virgilio, entonces es fácil convencerse por completo de tal opinión.

Un bosque de naranjos que se eleva en medio del templo de Plutón, frente a vosotros, constituye la perspectiva más pintoresca que haya quizás en todo el mundo. Recorrimos estas ruinas, recogimos naranjas, y volvimos a Pouzzoles a través de los panteones que todavía quedan a ambos lados de la Vía Appia. Allí no pudimos evitar recrearnos con el ridículo respeto que sentían los romanos por los muertos. Sentadas las tres en la tumba de Faustine, Olympe nos habla más o menos de la siguiente manera:

—Hay dos cosas que jamás he comprendido, amigas mías —nos dice esta amable y espiritual mujer—: El respeto que se tiene por los muertos y el que se tiene por sus voluntades. No hay duda de que una y otra superstición tienen que ver con las ideas que hay acerca de la inmortalidad del alma; porque si se estuviese totalmente convencido de los principios del materialismo, si se estuviese persuadido de que no somos sino un mero conglomerado de elementos materiales cuya disolución es completa una vez atacados por la muerte, seguramente el respeto rendido a trozos de materia desorganizada se convertiría en un absurdo tan evidente que nadie lo seguiría. Pero nuestro orgullo no puede plegarse a esa certidumbre de no seguir existiendo: se cree que los manes de la muerte, rodeando su cadáver, son sensibles a los deberes realizados con esa masa; se teme ofenderlos y uno se sume de esta manera, sin darse cuenta, en la impiedad y el absurdo más completos. Convenzámonos pues de que no existe absolutamente nada más de nosotros cuando estamos muertos, y que el despojo que dejamos sobre la tierra no es más de lo que eran nuestros excrementos cuando los depositábamos al pie de un árbol, mientras existíamos. Completamente imbuidos de este sistema nos daríamos cuenta de que a un cadáver no se le debe ni obligación ni respeto; que lo único que merece, mucho más por nuestro bien que por el suyo, es enterrarlo, quemarlo o dárselo a comer a las bestias; pero de ninguna manera merece homenajes... panteones... oraciones... alabanzas, tributos que sólo rinde la estupidez al orgullo y están hechos para ser destruidos por la filosofía. He aquí todo lo que contraría a todas las religiones antiguas o modernas, pero no es precisamente a vosotras a quien es preciso demostrar que nada es tan absurdo como las religiones, basadas todas en la odiosa fábula de la inmortalidad del alma y en la ridícula existencia de un Dios. No hay estupidez que no hayan reverenciado; y vosotras sabéis mejor que yo, amigas mías, que cuando se examina una institución humana lo primero que debe hacerse es descartar toda idea religiosa como el veneno de la filosofía.

—Soy de la misma opinión que nuestra compañera —dice

Clairwil—, pero es muy singular que hayan existido libertinos que hicieron pasiones de este sistema. He visto con frecuencia en París a un hombre que pagaba a peso de oro todos los cadáveres de muchachas y muchachos fallecidos por muerte violenta y enterrados recientemente: hacía que se los llevasen a su casa y cometía infinidad de horrores sobre esos cuerpos frescos...

—Hace tiempo —digo— que se sabe que el goce de un individuo asesinado recientemente es muy voluptuoso; la presión del ano es en los hombres mucho más completa.

—Además —dice Clairwil—, hay en eso una especie de impiedad imaginaria que vuelve loco y lo probaría sin duda si mi sexo no se opusiese a ello...

—Esa fantasía debe conducir al asesinato —les digo a mis amigas—, aquel que encuentra que un cadáver es un buen goce está muy cerca de la acción que debe multiplicarlos.

—Puede ser —dice Clairwil—, ¡pero qué importa! Si matar es un gran placer convendréis en que es un mal muy pequeño.

Y como el sol estaba descendiendo nos apresuramos a alcanzar Pouzzoles a través de las ruinas de la soberbia casa de Cicerón.

Era tarde cuando volvimos; una muchedumbre de lazzarones nos esperaba ante la puerta. Raphael nos dice que como habían sabido que nos gustaban los hombres se presentaban para servirnos.

—No temáis nada —nos dice nuestro guía—, es gente honrada, saben que pagáis bien, os joderán en proporción. En este país nadie se molesta por eso y vos no sois las primeras viajeras que nos hayan catado.

—Por mucho que nos hayamos excedido hoy —dice Clairwil—, no hay que negarse a la buena voluntad de estas valientes personas. Hace tiempo que observé que un nuevo ejercicio descansa más de una antigua fatiga que un descanso: vamos, los ejercicios del Amor tienen que hacer olvidar los de Apolo...

Pero como ya la naturaleza no nos exigía nada y como, hartas de orgías, sólo nos entregábamos por libertinaje, nos sumimos en los más sucios excesos.

Treinta hombres, elegidos entre más de cien, y cuyos miembros eran gigantescos, se encerraron con nosotras; no había ni uno que pasase de los treinta años y que no tuviese un instrumento de trece pulgadas de largo por ocho de circunferencia; fueron igualmente admitidas a estas orgías diez campesinitas de siete a doce años que pagamos a peso de oro. Tras una magnífica comida, en la que bebimos más de trescientas botellas de Palermo, empezamos empalmando todos los vergas, excitándolos nosotras mismas; a continuación formamos un rosario con todos estos pícaros, el verga de unos en el culo de los otros; las diez muchachitas, desnudas, nos masturbaban

entretanto. Recorrimos el rosario, verificamos las introducciones, manoseamos todos los cojones y chupamos todas las bocas; retomando el rosario en sentido contrario, les presentábamos a todas nuestras nalgas para que las besasen. Les habíamos prohibido, so las penas más graves, descargarse mutuamente en el trasero, tan pronto como se les pusiese duro debían colocar su verga espumeante en manos de una de las niñas, la cual debía ponerlo en seguida en nuestro coño o culo: todos nos penetraron una vez de esta forma. A continuación, nos pusimos cada una sobre el cuerpo a cinco, lo que constituía seis divisiones que nos jodían grupo por grupo; había uno en cada abertura, uno en la boca, o en el seno cuando era demasiado gordo para ser chupado, por último uno en cada mano. Durante esta escena, las diez muchachitas, subidas en sillas, formaban un círculo alrededor de nosotras con orden de regarnos de mierda y de orines. En lo que a mí respecta no conocía nada que me excitase tanto como semejante inundación; cuando jodo me gusta estar cubierta de excrementos. Pronto lo único que ofrecimos fue el culo... Echadas sobre tres muchachitas cuyas lenguas cosquilleaban en nuestros coños, nuestros clítoris o nuestras bocas, los treinta hombres nos sodomizaron cada uno tres veces seguidas. Hecho esto, tres nos masturbaron, tres nos chupaban la boca, nosotras excitábamos a uno con cada mano y las muchachitas hacían descargar a uno sobre nuestro vientre o nuestras tetas; a continuación todos fueron masturbados por ellas en nuestros clítoris; una de las que no masturbaban, inundaba, mojaba, frotaba esa delicada parte con el esperma que su compañera hacía eyacular, mientras que una tercera a caballo sobre nuestras narices, nos hacía besar a la vez el interior de su coño y el agujero de su culo.

A todo esto le siguió una flagelación. Azotábamos a los hombres, los cuales lo hacían a su vez con las muchachas; a continuación hicimos que nos atasen, nuestras manos estaban atadas encima de nuestras cabezas y nuestras piernas a las patas de la cama; cada hombre nos administró en esa posición cien vergazos: entretanto meábamos sobre el rostro de tres muchachitas tendidas a nuestros pies para esta ceremonia; después entregamos las diez niñas a nuestros treinta azotadores, que las desvirgaron y desgarraron a todas por delante y por detrás. Tras esto, fustigamos enérgicamente a las diez niñas mientras los hombres nos insultaban de todas las formas posibles y nos magullaban el trasero a patadas. Excitadas increíblemente con semejante trato nos hicimos vapulear todavía más; sólo tras habernos sometido a fuerza de golpes y malos tratos, obtuvieron el derecho de encularnos una vez más cada uno y, durante esta última afrenta, cuatro de ellos venían a la vez a peernos, mearnos y cagarnos sobre la nariz; nosotras hacíamos otro tanto con las muchachas, obligadas a tragar lo que les echábamos; por fin atamos

todos los vergas con cintas de seda al techo, frotamos todos los cojones con aguardiente y los prendimos fuego y así obtuvimos de esta última ceremonia una eyaculación en la matriz o en el culo, según el deseo de los asaltantes.

Como éramos extranjeras en esta ciudad, aunque teníamos el certificado de impunidad del rey en nuestro bolsillo, no nos atrevimos a entregarnos a otros excesos por miedo al populacho, y una vez despachada toda la canalla con mucho dinero, nos tomamos unas horas de descanso al cabo de las cuales nos levantamos con el propósito de proseguir nuestro interesante paseo.

Muy rápidamente recorrimos las islas de Procita, de Ischia y de Niceta y volvimos a Nápoles al día siguiente después de visitar una gran cantidad de ruinas interesantes por su antigüedad y de casas de campo deliciosas por su enclave.

Ferdinand había enviado a un emisario para tener noticias nuestras: fuimos a contarle la viva impresión que nos habían causado las bellezas de los alrededores de su capital. Nos propuso llevarnos unos días más tarde a comer a la casa del príncipe de Francaville, el señor más rico de Nápoles y también el más bribón.

—No os imagináis los excesos a los que se entrega. Le diré que no se preocupe por nosotros y que vamos a verlo sólo para examinar filosóficamente sus orgías.

Aceptamos. La reina estaba con nosotros.

Nada en Italia puede igualar el lujo y la magnificencia de Francaville; todos los días tiene una mesa con sesenta cubiertos servida por doscientos criados, todos con un rostro agradabilísimo. Para recibirnos, el príncipe había hecho construir un templo a Príapo entre los bosquecillos de su jardín. Misteriosas avenidas de naranjos y mirtos llevaban a ese templo, magníficamente iluminado; columnas salomónicas de rosas y lilas sostenían una cúpula de jazmín bajo la que se veía, a la derecha, un altar de césped; a la izquierda una mesa de seis cubiertos y, en el medio, una enorme canasta de flores cuyos pámpanos y guirnaldas cargados de lamparillas de colores ascendían en forma de otras tantas guirnaldas hasta la cima de la cúpula. Diferentes grupos de jóvenes casi desnudos, en número de trescientos, llenaban aquí y allá todos los huecos y en lo alto del altar de césped aparecía Francaville, de pie bajo el emblema de Príapo, dios del templo en el que habíamos sido introducidos. Unos tras otros iban los grupos de niños a incensarlo.

—¡Oh ser reverenciado en este recinto! —le dice la reina al entrar —, venimos a compartir tus placeres, a unirnos a tus misterios y no a turbarlos. Goza de los múltiples homenajes que se te ofrecen, nosotros sólo queremos contemplarlos.

Frente al altar había banquetas de flores, nos sentamos; el dios

descendió, se inclinó sobre el altar y empezó la ceremonia.

Francaville nos ofrecía el culo más hermoso del mundo; dos adolescentes situados cerca de ese culo debían ocuparse de entreabrirlo, de limpiarlo y de dirigir hacia el agujero los monstruosos miembros que se precipitarían por docenas en su santuario; otros doce preparaban los vergas. En mi vida había visto un servicio tan prestamente realizado como este. Estos hermosos miembros preparados de esta forma corrían de mano en mano hasta llegar a las de los niños que debían introducirlos; desaparecían en el culo del paciente: salían de él, otros los sustituían; y todo ello con una ligereza, una rapidez inconcebible. En menos de dos horas habían pasado los trescientos vergas por el culo de Francaville, quien, volviéndose por fin hacia nosotros una vez que lo ha absorbido todo, en medio de una violenta masturbación realizada por los dos Ganímedes, lanza unas gotas de un esperma claro y blanquecino tras cuya emisión, que le cuesta cinco o seis gritos, se queda tranquilo.

—Mi culo se encuentra en un terrible estado —nos dice acercándose a nosotros—; habéis querido verlo cuando era tratado de esa manera, os he satisfecho. Apuesto a que ninguna de ustedes, señoras, ha sido fornicarla en su vida como acabo de serlo yo.

—A fe mía que no —dice Clairwil asombrada todavía—, pero te desafío cuando quieras y juro que te haré suplicar piedad, bien en el culo bien en el coño.

—Ni lo intentes, hija mía —dice Charlotte—; mi sobrino Francaville no te ha dado más que una muestra de lo que sabe hacer, pero ni diez batallones lo atemorizarían. Así que, créeme, no apuestes.

—Este sí que es el mejor del mundo —dice Clairwil con su amable franqueza—, pero, sir, ¿acaso cree vuestro príncipe que nos contentaremos con verlo hacer?

—Por supuesto que aquí sí —respondió el rey—, porque, señoras, por muy hermosas que seáis os doy mi palabra de que ni uno solo de los jóvenes consentiría en tocaros.

—Pero nosotras también tenemos culos y se los presentaremos...

—Ninguno —dice Francaville—, ninguno querría hacer la prueba y no volvería a ver en mi vida a aquel que, por casualidad, se prestase.

—Eso es lo que se dice apreciar su culto —dice Clairwil— y no los censuro. Entonces, comamos al menos, y ya que no es posible joder que Comus nos compense si es posible de las crueles privaciones a las que nos somete Cipris...

—Nada más justo —respondió Francaville.

Entonces los Ganímedes sirvieron la más copiosa comida del mundo y el rey, la reina, el príncipe, mis dos hermanas y yo ocupamos los seis cubiertos. No es posible hacerse una idea de la delicadeza y la magnificencia de la comida que hicimos: se prodigaron los platos de

todos los países del universo, los vinos de todas las partes del mundo y, obedeciendo a un lujo que yo no conocía todavía, no se quitaba nada de la mesa: en cuanto se había consumido un plato o un vino, era vertido en cubas de plata por cuyo fondo desaparecía en el suelo.

—¡Cuántos desgraciados comerían estos restos! —dice Olympe.

—No hay en la tierra desgraciados cuando nosotros existimos —respondió Francaville—; detesto hasta la idea de que lo que ya no me sirve pueda aliviar a otro.

—Su alma es tan dura como ancho es su culo —dice Ferdinand.

—No conocía tal prodigalidad —dice Clairwil—, pero me gusta; proceder a entregar a los otros los restos de uno mismo es algo que enfría la imaginación: en orgías parecidas hay que poder gozar de la deliciosa idea de creerse los únicos sobre la tierra.

—¡Ah!, ¿qué me importan los desgraciados cuando nada me falta a mí? —dice el príncipe—; sus privaciones son un estímulo para mis goces: sería menos feliz si supiese que nadie sufre junto a mí y de esta comparación ventajosa nace la mayor parte de los placeres de la vida.

—La comparación —digo yo— es muy cruel.

—Está en la naturaleza; la naturaleza es la más cruel y aquellos que siguen literalmente sus impresiones serán siempre verdugos o criminales[120].

—Amigo mío —dice Ferdinand—, todos esos sistemas son buenos, pero perjudican tu reputación: si supieses todo lo que de ti se dice en Nápoles...

—¡Oh!, me río de la calumnia —respondió el príncipe—; la reputación es tan poca cosa, es un bien tan despreciable que de ninguna manera me ofende que se distraigan a costa mía con aquello que tanto me divierte a costa de los otros.

—¡Oh!, señor —digo yo entonces a este insigne libertino, afectando un tono dogmático—, son las pasiones las que os ciegan hasta ese punto y las pasiones no son los órganos de la naturaleza como lo pretendéis vos y otra gente corrompida: son fruto de la cólera de Dios y podemos conseguir ser liberados de ese yugo imperioso implorando las gracias del Eterno, pero hay que exigirlos. No es haciéndoos meter trescientos o cuatrocientos vergas en el culo al día, no es no acercándoos jamás al santo tribunal de la confesión, no participando jamás en los favores del santo tesoro de la eucaristía, no es endureciéndoos ante las buenas intenciones, que os iluminan, no, no, no será con tal conducta como llegaréis al olvido y a la repartición de vuestras faltas. ¡Oh!, ¡cuánto os compadezco, señor, si persistís en esa mala conducta! Pensad en la suerte que os espera tras esta vida: ¿cómo podéis creer que siendo libre de decidir el bien o el mal no os castigue el Dios justo que os ha dado ese libre arbitrio por el mal uso que habréis hecho de él? ¿Creéis, amigo mío, que una eternidad de

sufrimientos no merece un poco de reflexión y que la certidumbre de tales sufrimientos no vale el sacrificio de unas miserables inclinaciones que, incluso en esta vida, por muy poco placer que os den, casi siempre os hacen experimentar una infinidad de cuidados, de preocupaciones, de desvelos y de remordimientos...? En una palabra, ¿es para ser jodido para lo que os puso en el mundo el Ser supremo?

Francaville y el rey me miraban con una sorpresa que indicaba que por un momento creían que me había vuelto loca.

—Juliette —dice por fin Ferdinand—, si nos preparas la segunda parte de tu sermón avísanos para que podamos escucharlo tumbados.

—En este momento me encuentro en tal punto de impiedad y de abandono de todo sentimiento religioso —dice Francaville— que ni siquiera puedo oír fríamente todo lo que se me puede decir sobre ese fantasma deífico, imaginado por los curas que obtenían una gran ganancia sirviéndolo en las parroquias: su solo nombre hace que me estremezca de horror.

»En todos los países de la tierra —siguió Francaville— se nos anuncia que un Dios se ha revelado. ¿Qué ha enseñado a los hombres? ¿Les prueba con evidencias que existe? ¿Les muestra lo que es, en qué consiste su esencia? ¿Les explica claramente sus intenciones... sus planes?... ¿Concuerda lo que se nos asegura que ha dicho acerca de sus planes con los efectos que vemos? No, sin duda: solamente enseña que *él es el que es, que es un Dios oculto*, que sus caminos son inescrutables... que se enfurece en cuanto alguien tiene la temeridad de adentrarse en sus secretos y de consultar la razón para juzgar acerca de él y de sus obras. ¿Responde la conducta revelada de ese Dios a las magníficas ideas que querrían darnos sobre su sabiduría, su bondad... su justicia... su misericordia, su poder supremo? En absoluto: allá donde miramos no vemos en él sino a un ser parcial, caprichoso, malvado, tiránico, injusto, a todo lo más bueno para un pueblo al que favorece, enemigo jurado de todos los demás. Si se digna mostrarse a algunos hombres, se cuida de mantener a todos los demás en la ignorancia estúpida de las intenciones divinas. ¿Acaso todas las revelaciones no pintan a vuestro abominable Dios de esta manera?, ¿llevan las voluntades reveladas por ese Dios el emblema de la razón y la sabiduría?, ¿tienden a la felicidad del pueblo al que se declara esta fabulosa divinidad? Examinando estas voluntades divinas en cualquier país no encuentro en ellas sino prescripciones extravagantes, preceptos ridículos, ceremonias con un fin difícil de adivinar, prácticas pueriles, un ceremonial indigno del monarca de la naturaleza, ofrendas, sacrificios, expiaciones, a decir verdad útiles para los ministros de ese estúpido Dios pero totalmente onerosas para los hombres. Veo además que esas leyes tienen con mucha frecuencia como fin hacerlas insociables, desdeñosas, intolerantes, querrellosas,

injustas, inhumanas para todos aquellos que no han recibido ni la misma revelación, ni las mismas leyes, ni los mismos favores del cielo... ¿Y es ese el execrable Dios que tú me predicas, Juliette?, ¿y querrías que yo adorase a ese fantasma?...

—Yo también lo querría —dice Ferdinand—. Los reyes favorecen siempre la religión; en todos los tiempos dio fuerzas a la tiranía: cuando el hombre deje de creer en Dios asesinará a sus reyes.

—Quizás comience por ahí antes de destruir su religión —respondí—; pero es totalmente seguro que una vez que haya derrocado al uno no tardará en destruir al otro. Y si ahora queréis razonar como filósofo y no como déspota, convendréis en que el universo sería más feliz si no hubiese ni tiranos ni curas: son monstruos que engordan con la envidia de los pueblos y que jamás le prestaron otros servicios que los de empobrecerlos o cegarlos.

—A esta mujer no le gustan los reyes —dice Ferdinand.

—Ni los dioses —respondí—. A aquellos los veo como déspotas, a los otros como fantasmas, y encuentro que jamás hay que ser un déspota con los hombres ni engañarlos. Cuando la naturaleza nos lanzó a este universo nos creó libres y ateos; la fuerza humilló a la debilidad, he ahí a los reyes; la impostura engañó a la estupidez, he ahí a los dioses; por lo tanto yo no veo en todo esto sino a granujas y a fantasmas pero en absoluto una inspiración natural.

—¿Qué harían los hombres sin reyes y sin dioses?

—Se volverían más libres... más filósofos y, por consiguiente, más dignos de las perspectivas de la naturaleza sobre ellos, que no los creó ni para vegetar bajo el cetro de un hombre que no es más que ellos, ni para arrastrarse bajo el yugo de un dios que no es sino fruto de la imaginación de unos cuantos fanáticos.

—Un momento —dice Francaville—; hago mía una parte del razonamiento de Juliette: nada de dioses... seguramente tiene razón; pero una vez destruido ese yugo, necesitamos otro para el pueblo: el filósofo no lo necesita, lo sé, pero lo precisa la canalla y sólo sobre ella quiero que se haga sentir la autoridad de los reyes.

—En eso estamos de acuerdo —dice Juliette—, en este punto he cedido como vos ante Ferdinand, la primera vez que charlamos.

—Entonces —retomó Francaville—, hay que sustituir las quimeras religiosas por un gran terror; liberad al pueblo del temor de un infierno futuro, que se entregue a todo tan pronto haya sido destruido, pero sustituid esa terrible quimera por leyes penales prodigiosamente severas y que sólo recaigan sobre él; porque es el único que importuna al Estado: siempre es en su clase donde nacen los descontentos. ¿Qué le importa al hombre rico la idea del freno que jamás pesa sobre su cabeza cuando compra esa vana apariencia con el derecho de vejar grandemente a su vez a todos aquellos que viven bajo su yugo? En

esta clase jamás encontraréis a uno solo que no os permita la mayor de las tiranías cuando compruebe su realidad sobre los otros. Una vez establecidas estas bases es necesario que un rey gobierne con la mayor severidad y que, para tener el derecho comprobado de hacerle cualquier cosa al pueblo, deje hacer a aquellos que junto con él sujetan la espada todo lo que a su vez les plazca emprender. Es preciso que rodee a esos con su influencia, su poder, su consideración; es preciso que les diga: *Promulgad leyes vosotros también, pero con la condición de que impongáis las más; y para que mis golpes sean sólidos, para que mi trono sea inquebrantable, sostened mi poder con la parte que os dejo y gozad en paz de esa parte a fin de que la mía jamás sea turbada...*

—Es el pacto que habían hecho los reyes con el clero —dice Olympe.

—Sí: pero al establecer el clero su poder sobre el de un Dios fantástico, se hizo más fuerte que los reyes; los asesinaba en lugar de sostenerlos y no es eso lo que yo pido. Yo quiero que la autoridad plena permanezca en el gobierno y que la que este deje a la clase de los ricos y de los filósofos no la utilicen para sus pasiones particulares más que con la condición de hacer cualquier cosa para sostener al Estado; porque el Estado no puede ser jamás gobernado por uno solo, ni por el poder teocrático, ni por el poder despótico; es preciso que el dinero de ese Estado aniquile al primer poder que pudiese destruir el suyo y que comparta el otro con aquellos que, saliendo ganando con verlo elevarse por encima de ellos, consientan en prestarle ciertas veces las fuerzas de las que él les deja gozar en paz, cuando él mismo está allí y cuando todos, motor y agentes, se reúnan para combatir, reducir y encadenar a la hidra popular, cuyos esfuerzos siempre han tenido como fin romper las cadenas con que se la subyaga.

—Con tantas razones —dice Clairwil—, es evidente que las leyes contra él jamás serán demasiado violentas.

—Tienen que ser como las de Dracón —dice Francaville—; tienen que ser escritas con sangre, no respirar más que sangre, y hacerla correr todos los días, y sobre todo que mantengan al pueblo en la más deplorable de las miserias; nunca es tan peligroso como cuando respira holgura...

—¿Y cuando es instruido? —dice Clairwil.

—Claro: también hay que mantenerlo en la más profunda ignorancia —dice el príncipe—; es preciso que su esclavitud sea tan dura como perpetua y, sobre todo, que no le quede ningún medio para salir de ella, lo que indudablemente ocurrirá cuando el que sostiene y rodea al gobierno se encuentre allí para impedir que el pueblo se sacuda cadenas que a él mismo le interesa tener bien sujetas. No os imagináis hasta dónde puede hacerse llegar a la tiranía.

—Me doy cuenta —dice Clairwil—; tendría que llegar hasta el punto de que todos esos granujas debiesen el derecho de vivir y respirar al tirano o a aquellos que lo rodean.

—Así es —retomó el príncipe asiéndose a esta idea con gran celo —: El gobierno tiene que ser quien regule la población, el que tenga en sus manos todos los medios de extinguirla si la teme, de aumentarla si la cree necesaria, el que nunca tenga en su justicia otra balanza que la de sus intereses o sus pasiones, únicamente combinados con las pasiones o los intereses de aquellos que, acabamos de decir, han obtenido de él todas las partes de autoridad necesarias para centuplicar la suya cuando aquellas están incluidas en esta[121]. Echad una mirada a los gobiernos de África y Asia; todos están movidos por estos principios y todos, invariablemente, se sostienen gracias a ellos.

—En muchos —dice Charlotte—, el pueblo no está allí donde vos parecéis querer reducirle.

—Eso es verdad —dice Francaville—, porque en algunos de esos lugares ya se ha movido y hay que ponerlo en tal estado de temor y agotamiento que ni siquiera pueda concebir el pensamiento de semejante acción.

—Por eso aconsejo los curas —dice Ferdinand.

—Guardaos de ellos, porque, como acabamos de decir, no haríais sino levantar un poder mucho más fuerte que el vuestro puesto que, en sus manos, la máquina deífica sólo sirve para forjar las armas con que destruye a los gobiernos y que sólo utiliza con esta intención. Volved ateos y amorales a los pueblos que queréis subyugar: mientras no adore a más Dios que a vos no tendrá más costumbres que las vuestras, seréis siempre su soberano.

—Un hombre sin costumbres es peligroso —dice Ferdinand.

—Sí, cuando tiene algún tipo de autoridad, porque entonces siente la necesidad de abusar de ella; jamás cuando es un esclavo. ¿Qué importa que un hombre crea o no que comete un mal matándose si lo amarro hasta el punto de quitarle todos los medios para la acción? Y cuando la depravación de sus costumbres lo haya convertido en un hombre muelle se arrastrará mejor bajo las cadenas con que lo someteré.

—Pero —dice Charlotte—, ¿cómo se convertirá en hombre muelle bajo el yugo? Me parece que el hombre pierde su moral sólo en medio del lujo y la comodidad.

—Pierde la moral en el seno del crimen —respondió el príncipe—. Ahora bien, en compensación dejadle la más amplia facultad del crimen sobre sí mismo; no le castigáis jamás, a no ser que sus dardos vayan dirigidos contra vos. Este plan tiene dos excelentes efectos: la inmoralidad que necesitáis y la despoblación que con frecuencia os

será todavía más útil. Permitidles el incesto, la violación, el asesinato, entre ellos; prohibidles el matrimonio, autorizad la sodomía, impedidles todos los cultos y pronto los tendréis bajo el yugo que favorece a vuestros intereses.

—¿Y cómo se pueden multiplicar los castigos cuando toleráis todo aquello que los merece? —digo yo con aparente razón.

—Pero —dice Francaville— lo que entonces se castiga son las virtudes o las rebeliones contra vuestro poder: sólo con esto hay más de mil razones para estar castigando en cualquier momento. Y por otro lado, ¿qué necesidad hay de motivos? El déspota derrama la sangre cuando lo desea; su sola voluntad basta para derramarla: se imaginan falsas conspiraciones, o se las fomenta, o se las ocasiona: se levantan los patíbulos, la sangre corre.

—Si Ferdinand quiere dejarme ese cuidado —dice Charlotte—, le aseguro que no estaré un solo día sin pretextos legítimos; que él afile la espada y yo le proporcionaré víctimas...

—Primo mío —dice el rey—, ya veis cuán loca se vuelve mi mujer.

—No me asombra —dice Clairwil—, yo también me excito: ver joder y no joder es cruel cuando se tiene temperamento...

—Salgamos —dice el príncipe— quizás en estos bosquecillos encontremos medios para calmar sus fuegos.

Todos los jardines estaban iluminados: los naranjos, los melocotoneros, los albaricoqueros, las higueras nos ofrecieron sus frutos completamente helados y nosotros los cogíamos de sus mismos árboles mientras recorríamos las deliciosas avenidas formadas por estos árboles, las cuales nos condujeron al templo de Ganímedes. La escasa luz que iluminaba el templo se hallaba oculta en la cúpula de tal forma que derramaba una claridad suficiente para los placeres sin cansar la vista. El edificio estaba sostenido por columnas verdes y rosas, unidas por guirnaldas de mirtos y lilas que formaban bonitos festones entre ellas.

Apenas llegamos empezó a oírse una música deliciosa. Charlotte, ebria de lujuria y muy excitada por los vinos y licores, se dirige al canapé; nosotros la seguimos.

—Ahora les toca a ellas —dice Francaville al rey—; hay que dejarlas que actúen pero con la recomendación esencial de que no ofrezcan más que sus culos: en este lugar sólo se adora el culo; cualquier infracción a estas leyes se convertirá en un crimen que las expulsará del templo, y además los agentes que les vamos a ofrecer no consentirán la infidelidad.

—¿Qué más nos da? —dice Clairwil dándonos el ejemplo de desnudarse—. Preferimos entregar nuestros culos antes que nuestros coños y, con tal de que nos masturben mientras tanto, juramos no

lamentarnos.

Entonces Francaville levanta un paño de satén rosa que cubría la otomana... ¡Oh!, ¡qué asiento había bajo el velo! Cada lugar, y había cuatro, tenía una marca igual a los otros; la mujer, al arrodillarse en el borde del lugar que le estaba destinado, con los riñones levantados y los muslos separados, descansaba sobre los brazos de un banco guarnecido de algodón y recubierto de satén negro como todo el mueble. Sus manos, cuando se extendían sobre esos brazos, iban a posarse sobre el bajo vientre de dos hombres que, de esta forma, ponían en manos de la mujer un monstruoso instrumento que era lo cínico visible de ellos: el resto del cuerpo, oculto bajo paños negros, no se veía. Unas trampillas artísticamente dispuestas sostenían los cuerpos de tal forma que tan pronto descargaban los vergas desaparecían y eran sustituidos por otros al instante.

Otra mecánica mucho más singular se operaba en el vientre de la mujer. Al colocarse sobre la parte de asiento que se le destinaba, la mujer se metía por así decirlo, sin quererlo, un consolador suave y flexible, que por medio de un resorte la frotaba constantemente y le lanzaba en la vagina cada cuarto de hora chorros de un licor caliente y pegajoso cuyo olor y viscosidad hubiesen hecho que se le tomase por el esperma más puro y más fresco. Una cabeza de muchacha muy bonita, sin que se viese otra cosa de ella, con el mentón apoyado contra el consolador, masturbaba con su lengua el clítoris de la mujer inclinada e igualmente era reemplazada por una trampilla tan pronto como estaba cansada. Cerca de la cabeza de la mujer así colocada se veían, sobre taburetes redondos, que se cambiaban de acuerdo con los deseos de la mujer, se veían, digo, o coños o vergas, de forma que la tal mujer tenía a la altura de su boca, y podía chupar a su gusto, bien un instrumento bien un clítoris. De este completo mecanismo resultaba que la mujer, colocada sobre el sofá que hacían mover los resortes adaptados a él, estaba primero cómodamente tumbada sobre el vientre, enfilada por un consolador, chupada por una muchacha, meneando un verga con cada mano, presentando su culo al verga real que llegaría a sodomizarla y chupando alternativamente, según sus gustos, bien un verga, bien un coño, o incluso un culo.

—No creo —dice Clairwil mientras se acomodaba en el asiento— que sea posible inventar nada más lúbrico; sólo esta posición ya me excita... sólo mientras me coloco descargo ya.

Todas nos acomodamos. Cuatro jóvenes muchachas de dieciséis años, desnudas y bellas como ángeles, nos ayudaron a colocarnos; humedecieron los consoladores con esencia para que entrasen con mayor facilidad; fijaron, prepararon las posiciones; después, separando nuestras nalgas, untaron igualmente el agujero de nuestros traseros y se quedaron para cuidarnos durante la operación.

Entonces dio la señal Francaville. Cuatro muchachas púberes de quince años trajeron por el verga a un número igual de muchachos soberbios cuyos instrumentos se nos introdujeron al momento en el culo; una vez agotada esta cuadrilla es sustituida por otra. Las mismas muchachas nos seguían cuidando; pero los vergas eran conducidos siempre por cuatro nuevas que, tras habernos metido los instrumentos que traían, realizaban una voluptuosa danza alrededor de nosotras al son de una música encantadora que nos llegaba como desde lejos. Durante la danza nos lanzaban sobre el cuerpo un licor que desconocíamos y cada gota del cual nos hacía experimentar pinchazos muy excitantes que contribuían increíblemente a estimular nuestras pasiones: su olor era el del jazmín; fuimos inundadas por él.

Por otro lado no es posible imaginarse con qué ligereza... qué rapidez se efectuaban todas las variaciones de la escena: no teníamos que esperar ni un minuto. Bajo nuestras bocas se sucedían los coños, los vergas tan rápidamente como nuestro deseo; por otra parte, en cuanto los instrumentos que meneábamos habían descargado, aparecían otros nuevos; nuestras masturbadoras se turnaban con la misma velocidad y nuestros culos jamás estuvieron vacantes. En menos de tres horas, durante las cuales no dejaron de sumirnos en el delirio, fuimos enculadas cien veces cada una y, en este mismo intervalo, polucionadas por el consolador que sondeaba nuestros coños. ¡Yo estaba destrozada! Olympe se había encontrado mal, se habían visto obligados a retirarla; Clairwil y Charlotte fueron las únicas que sostuvieron el ataque con un valor ejemplar. El semen, los licores eyaculados por el consolador, la sangre, todo nos inundaba por todas partes: nadábamos en sus chorros. Ferdinand y Francaville que, frente al espectáculo, se habían divertido con unos treinta encantadores bardajes, nos invitaron a proseguir el paseo; cuatro bonitas muchachas nos sostuvieron y entramos en un vasto kiosco decorado de la siguiente manera.

Al fondo, a la derecha, había un anfiteatro semicircular, que se elevaba tres pies del suelo, guarnecido con grandes colchones recubiertos de satén del color del fuego sobre los que podía uno tumbarse cómodamente; enfrente había una grada de más de un pie de alto, de igual forma, completamente guarnecida por un vasto tapiz de terciopelo del mismo color.

—Tendámonos aquí —nos dice el príncipe conduciéndonos hacia la parte del anfiteatro— y veremos lo que ocurrirá.

En cuanto nos colocamos vemos entrar en medio de la sala a doce jóvenes muchachas de dieciséis a dieciocho años con un rostro delicioso. Iban vestidas con una simple túnica griega que dejaba su pecho al descubierto; y sobre sus senos, más firmes y blancos que el alabastro, llevaba cada una un niño desnudo, hijos suyos, de la edad

de seis a ocho meses. Al mismo tiempo se deslizaron junto a nosotros seis guapos hombres, verga en mano; dos enclaron a Ferdinand y Francaville; los otros cuatro nos ofrecieron sus servicios de la forma que nos complaciese aceptarlos.

En cuanto fuimos jodidos los seis, las doce mujeres formaron un círculo alrededor de nosotros y fueron remangadas por un número igual de muchachitas, vestidas como los tártaros, que, al arrodillarse junto a la mujer a la que arremangaban, nos exponían, gracias a una actitud agradablemente diseñada, la colección más soberbia de nalgas que fuese posible ver.

—He ahí soberbios culos —dice Francaville bajo el monstruoso verga que lo sodomizaba—; pero desgraciadamente los tenemos proscritos y me decepcionaría mucho, señoras, si manifestaseis un excesivo interés en ellos... No obstante, vean cómo está cortado, ¡cuán blanco es!, ¡hermoso conjunto de nalgas!, ¡qué pena tratarlas como van a serlo en seguida!

Las arremangadoras desaparecen. Doce hombres de treinta y cinco años, con una fisonomía viril y feroz, disfrazados de sátiros, los brazos al descubierto y armados cada uno con un instrumento de flagelación diferente, se apoderan de los niños llevados por sus madres, los tiran apiñados, agarran a las madres, las arrastran por los pelos encima de la estrada en gradería que se encuentra frente a nosotros y, arrancándolas despiadadamente las camisas que las cubrían, las sujetan con una mano y empiezan a flagelarlas con la otra de una manera tan cruel y durante tanto tiempo que hasta nosotros llegan, atravesando todo el kiosco, chorros de sangre y trozos de carne.

En mi vida había visto una flagelación igual... tan sangrienta ya que los golpes recaían indistintamente sobre todas las partes traseras, desde la nuca hasta el tobillo; las lamentaciones de estas desgraciadas se oían en una legua y el crimen se realizaba tan al descubierto aquí que no se había tomado ninguna precaución para ocultarlo. Cuatro de las mujeres se desmayaron... se cayeron y no fueron levantadas sino a latigazos. Una vez que las partes flageladas eran una sola llaga, las abandonaron.

Entonces se ejecuta un movimiento simultáneo y flagelantes y flagelados chocan, se empujan, se apiñan; los unos acuden de dos en dos a sustituir a los seis primeros personajes de que gozábamos; las otras se acercaban tristemente a buscar a sus hijos; por muy mezclados que estuviesen los reconocían, los acercan a sus labios temblorosos... los apoyan sobre sus senos palpitantes mezclando la leche alterada que les dan a las lágrimas ardientes que inundan su rostro... Lo confieso con vergüenza, amigos míos, pero esta efervescencia, en contraste con los impulsos opuestos que se manifestaban en nosotros,

me hizo eyacular dos veces seguidas bajo el miembro de hierro que me sondeaba el ano. No duró mucho el momento de calma: doce nuevos hombres, más terribles que los primeros, y vestidos como salvajes, llegan con la blasfemia en la boca, con el látigo en el puño. Agarran a los hijos de esas desgraciadas, nos los tiran con más fuerza que la primera vez, rompen con ese impulso el cráneo de algunos sobre las planchas que forman nuestro anfiteatro, arrastran brutalmente a las mujeres por las gradas que están frente a nosotros y, esta vez, los vigorosos golpes de estos monstruos recaerán sobre todas las partes delanteras y especialmente sobre los senos delicados de estas tiernas mujeres. Esas masas frescas, sensibles y voluptuosas, pronto se abren bajo los azotes que los recorren en todos los sentidos con tanta fuerza, y ofrecen la terrible mezcla de la leche que exhalan con los chorros de sangre que hacen brotar los golpes. Pero los bárbaros se pierden hacia abajo y pronto laceran con la misma violencia el bajo vientre, el interior de la vagina y los muslos, y en un momento esas partes, tratadas con el mismo rigor que las otras, muestran la sangre que corre por todas partes. Y entretanto nosotros jodíamos y gozábamos del supremo placer que resulta del espectáculo de los dolores del prójimo en almas del temple de las nuestras. De nuevo el mismo movimiento de las mujeres en cuanto las dejan sus verdugos y de estos viniendo a sustituir con sus vergas espumeantes y tiesos los doce instrumentos marchitos de sus predecesores. Ellas se lanzan sobre sus hijos, los recogen a pesar de lo maltrechos que están, los calientan con sus dolorosos besos, los inundan con sus lágrimas, los consuelan con tiernas palabras, y casi habrían olvidado sus desgracias con el placer que experimentan al encontrar a esas criaturas queridas si otros doce criminales, con un rostro mil veces más terrible que los precedentes, no hubiesen acudido precipitadamente para otras atrocidades.

Esta nueva horda, vestidos como los satélites de Plutón, arrancan por última vez y sin ningún miramiento a los tristes niños de esas infortunadas, los acribillan a puñaladas, los lanzan a nuestros pies, se precipitan sobre las mujeres y hacen con ellas, en medio del ruedo, la más rápida y sangrienta carnicería; a continuación se lanzan sobre nosotros, inundados de sangre, apuñalan en nuestros brazos a los que nos están fornicando y nos enculan a su vez muriendo de placer.

—¡Oh!, ¡qué escena! —le digo a Francaville cuando, agotados de semen y horror, nos retiramos de esta sangrienta guarida—, ¡qué escena!

—Todavía no es suficiente para tu amiga —me dice el príncipe señalándome a Clairwil, que se divertía examinando las heridas de los muertos que dejábamos en el campo de batalla...

—¡Joder! —nos respondió esta mujer de carácter—. ¿Así pues

creéis que alguien puede cansarse de esto?, ¿pensáis que alguna vez se tiene suficiente? He aquí sin duda uno de los más deliciosos horrores que yo haya visto en mi vida, pero me dejará para siempre la pena de no poder repetirlo cada cuarto de hora de mi vida.

Aquí se terminaba la fiesta. Unas calesas nos esperaban; subimos, nos condujeron al palacio del príncipe; no teníamos ni fuerzas para dar un paso; había preparados unos baños de hierbas aromáticas, nos sumergimos en ellos; nos ofrecieron unos consomés y unas camas, y al cabo de doce horas las tres hubiésemos empezado de nuevo si hubiese hecho falta.

Una vez recuperadas del cansancio pensamos en continuar nuestra gira por los alrededores de Nápoles, esta vez del lado de Levante. Si no os disgustan tales descripciones, las entremezclaré con las de mis lujurias: me divierte tal variedad; es excitante. Si alguna vez se imprimiesen estos relatos, ¿no estaría el lector, cuya imaginación está exaltada con los detalles lúbricos que salpican esta narración, encantado de tener que reposar de tanto en tanto con descripciones más dulces y marcadas siempre con el sello de la verdad más precisa?

A la mirada del viajero, cansado de las perspectivas pintorescas que lo ocupan cuando atraviesa los Alpes, le gusta detenerse en las llanuras fértiles que encuentra al pie de los montes, donde la viña, agradablemente enlazada al olmo, parece en estas regiones indicar que la naturaleza está siempre de fiesta.

Ocho días después de nuestra comida en casa de Francaville partimos para esta segunda gira con un guía que nos proporcionó el rey y con todas las cartas posibles para ser bien recibidas en el país que íbamos a recorrer.

La primera casa que visitamos con atención fue el castillo de Portici. Hasta entonces habíamos visto tan sólo los dormitorios. El mismo Ferdinand nos mostró su museo. Catorce salas en la misma planta componen este enorme gabinete, sin duda el más curioso y hermoso del universo. No hay nada tan cansado como la visita a todo lo que contiene; constantemente de pie, la mente tensa, los ojos fijos, cuando acabamos el examen yo ya no veía nada.

En otra parte del castillo vimos con placer la numerosa colección de pinturas encontrada en Herculano, u otras ciudades tragadas por la lava del Vesubio.

En general se observa en todas estas pinturas un lujo de actitudes casi imposibles para la naturaleza y que demuestran o una gran ligereza en los músculos de los habitantes de esos países o una imaginación desbordada. Entre otras, me fijé en un trozo soberbio que representa un sátiro gozando de una cabra: es imposible ver nada tan hermoso... mejor acabado.

—Esta fantasía es tan agradable que dicen ser extraordinaria —

nos dice Ferdinand—. Todavía está muy en boga en este país; en calidad de napolitano quise conocerla y no os oculto que me dio un gran placer.

—Lo creo —dice Clairwil—; se me ha ocurrido mil veces en mi vida tal idea y siempre he deseado ser hombre sólo para probarla.

—Pero una mujer puede entregarse muy bien a un gran perro —dice el rey.

—Por supuesto —respondí yo de forma que creyesen que conocía esa fantasía.

—Charlotte —prosiguió Ferdinand— ha querido probarla y se ha encontrado perfectamente...

—Sir —le digo en voz baja a Ferdinand con mi ordinaria franqueza—, habría sido muy deseable que todos los príncipes de la casa de Austria no hubiesen jodido nunca sino a cabras y que las mujeres de esta casa no hubiesen conocido más que a dogas: la tierra no estaría infectada de esa raza maldita de la que los pueblos sólo conseguirán defenderse con una revolución general.

Ferdinand convino en que yo tenía razón y proseguimos. Las ruinas de Herculano, absolutamente excavadas, ofrecen hoy poca cosa: como se ha recubierto todo, a causa de los robos, para asegurar el suelo que sostiene a Portici, se juzga bastante mal el hermoso teatro tanto por la oscuridad que en él reina como por los cortes dados. De vuelta a Portici, Ferdinand nos abandonó a los iluminados guías que él mismo nos había elegido y el amable hombre nos deseó feliz viaje, recomendándonos a su amigo Vespoli, de Salerno, para el que nos había dado cartas y cuya casa, nos aseguró, nos proporcionaría un placer infinito.

Atravesamos Resina para llegar a Pompeya. Esta ciudad fue tragada como Herculano y por la misma erupción. Algo singular que observamos fue que está construida a su vez sobre dos ciudades que fueron tragadas ya hace mucho tiempo. Como veis, el Vesubio absorbe, destruye toda vivienda en esta parte sin que nada pueda desanimarlos a reconstruir otras nuevas; tan es así que, sin ese cruel enemigo, los alrededores de Nápoles serían indudablemente el país más agradable de la tierra.

Después de Pompeya llegamos a Salerno y desde allí fuimos a dormir al famoso manicomio que se halla situado a unas dos millas de esta ciudad y en la que Vespoli ejerce su terrible poder.

Vespoli, procedente de una de las mejores familias del reino de Nápoles, era en otro tiempo primer capellán de la Corte. El rey en pago de haberle servido en sus placeres y dirigido su conciencia[122], le había concedido la administración despótica del correccional en el que estaba y, protegiéndole con su poder, le permitía entregarse allí a todo lo que mejor pudiese convenir a las criminales pasiones de este

libertino. Dadas las atrocidades que cometía, Ferdinand no tuvo ningún inconveniente en enviarnos allí.

Vespoli, de cincuenta años, con un rostro imponente y duro, alto y con la fuerza de un toro, nos recibió con señales de la máxima consideración. En cuanto vio nuestras cartas y, como era muy tarde cuando llegamos, sólo se ocupó de darnos de comer rápidamente y de que nos fuésemos a la cama. Al día siguiente el mismo Vespoli vino a servirnos el chocolate y en vista de que se lo pedimos ardorosamente nos acompañó a visitar su casa.

Cada una de las salas que recorrimos nos dio a todos materia suficiente para criminales lubricidades y estábamos ya horriblemente excitados cuando llegamos a las celdas donde están encerrados los locos.

El patrón, que hasta ese momento no había hecho sino ponerse en situación, se le empinó increíblemente cuando llegamos a este recinto y, como el goce de los locos era el que más excitaba sus sentidos, nos preguntó si queríamos verlo actuar.

—Por supuesto —respondimos.

—Es que —dice— mi delirio es tan prodigioso con estos seres, mi comportamiento tan extravagante, mis crueldades tan atroces que difícilmente me dejo ver aquí.

—Aunque tus caprichos fuesen mil veces más incongruentes —dice Clairwil—, queríamos verte, y te suplicamos que actúes como si estuvieses solo; sobre todo te pedimos que no escatimes impulsos preciosos que pongan al descubierto tus gustos y tu alma...

Y pareció que esta cuestión lo calentaba mucho porque no la pudo hacer sin frotarse el verga.

—¿Y por qué no vamos a gozar nosotras también de los locos? —dice Clairwil—. Tus fantasías nos electrizan, queremos imitarlas todas. No obstante, si son peligrosos tendremos miedo; si no lo son nos calentaremos con ellos como tú: démonos prisa, ardo en deseos de verte con ellos.

En este lugar, las celdas estaban alrededor de un gran patio plantado de cipreses, cuyo lúgubre verde daba al recinto toda la apariencia de un cementerio. En medio había una cruz con puntas a un lado; allí arriba era donde se agarrotaban las víctimas de la maldad de Vespoli. Cuatro carceleros, armados con gruesos bastones de hierro, un golpe de los cuales hubiese matado a un buey, nos escoltaban con atención. Vespoli, que no temía sus miradas, acostumbrado, como estaba a divertirse delante de ellos, nos dice que nos coloquemos en un banco del patio, que se queden dos junto a nosotras mientras los otros dos abrirían las celdas de los que necesitase.

En seguida sueltan a un joven alto, desnudo y hermoso como Hércules, que hizo mil extravagancias en cuanto estuvo libre. Una de

las primeras fue venir a cagar a nuestros pies, y Vespoli no dejó de venir también con cuidado a observar la operación. Se masturbó, tocó el mojón, frotó en él su verga, a continuación se pone a danzar, a dar los mismos brincos que el loco, después lo coge a traición, lo empuja contra la cruz y los carceleros lo agarrotan al instante. En cuanto está sujeto, Vespoli, transportado, se arrodilla ante el trasero, lo entreabre, lo hurga, lo llena de caricias y, levantándose después con el látigo en la mano zurra durante una hora seguida al loco desgraciado que lanza gritos penetrantes. En cuanto están desgarradas sus nalgas, el disoluto lo encula y, en la embriaguez que lo posee, se pone a desvariar como su víctima.

—¡Oh!, rediós —exclamaba de vez en cuando—, ¡qué gozada el culo de un loco! Y yo también estoy loco, rediós jodido; enculo a locos, descargo en locos, me vuelvo loco por ellos y sólo a ellos quiero joder en el mundo...

Sin embargo, como Vespoli no quería perder sus fuerzas hace desatar al joven. Llega otro... este se cree Dios...

—Voy a joder a Dios —nos dice Vespoli—, miradme; pero antes de encular a Dios tengo que darle una manta de palos. Vamos —prosiguió—... vamos, Dios, so imbécil... ¡tu culo... tu culo...!

Y Dios, puesto en cueros por los carceleros, pronto es desgarrado por su cautiva criatura, que lo encula en cuanto sus nalgas están hechas un flan. Le sucede una hermosa muchacha de dieciocho años; esta se cree la Virgen: nuevos temas de blasfemias para Vespoli, que fustiga hasta hacerla sangrar a la madre de Dios y que después la sodomiza durante un cuarto de hora.

Clairwil se levanta llena de fuego.

—Ese espectáculo me calienta —nos dice—; imitadme, amigas mías, y tú, malvado, haz que tus carceleros nos desnuden, que nos encierren en celdas; tómanos también por locas, las imitaremos; harás que nos aten a la cruz por el lado que no tiene puntas, tus locos nos azotarán y nos encularán después.

La idea parece deliciosa. Vespoli la ejecuta. Al momento dejan libres a diez locos que caen sobre nosotras; algunos nos zurren, otros son acuchillados por Vespoli por haberse negado; pero todos nos fornican y todos, guiados por Vespoli, se introducen en nuestros traseros. Los carceleros, el amo, todo pasa por ellos: les hacemos frente a todos.

—Descarga ahora —dice Clairwil al amo del lugar—, hemos hecho todo lo que has querido, hemos imitado tus extravagancias: muéstranos cómo te conduces en esta última crisis de la voluptuosidad.

—Un momento —dice nuestro hombre—, hay uno aquí que hace mis delicias; jamás salgo sin fornicarlo.

A una señal a uno de sus carceleros, le traen a un viejo de más de ochenta años cuya barba blanca le llega hasta por debajo del ombligo.

—Ven, Jean —le dice Vespoli agarrándole por la barba y arrastrándolo de esta manera por todo el patio—, ven a que te meta mi verga en tu culo.

El viejo es atado, fustigado despiadadamente; su culo, su viejo pergamino arrugado es besado, lamido, enculado, y Vespoli muy cerca de lanzar su semen, se retira y nos dice:

—¡Ah!, ¿queréis verme descargar? ¿Pero acaso sabéis que jamás llego a tal crisis más que a costa de la vida de dos o tres de estos infortunados?

—Tanto mejor —respondí—, pero espero que en tus masacres no te olvides ni de Dios ni de la Virgen; confieso que descargaré con gran placer viéndote asesinar al buen Dios con una mano y a su nuera con otra.

—Si es así, tengo que encolar a Jesucristo durante ese tiempo —dice el infame—. Lo tenemos: todo el paraíso está en este infierno.

Los carceleros traen a un joven guapo de treinta años que se decía el hijo de Dios y al que Vespoli pronto pone en la cruz. Lo flagela con todas sus fuerzas.

—Valor, valientes romanos —exclamaba la víctima—, siempre os he dicho que sólo había venido a esta tierra para sufrir; os pido que no me lo ahorréis; sé muy bien que tengo que morir en la cruz; pero habré salvado al género humano.

Vespoli ya no aguanta más; encula al Cristo, arma sus dos manos con estiletos para obsequiárselos a la Santa Virgen y al buen Dios.

—Vamos —nos dice—, rodeadme, mostradme vuestros culos; y puesto que sentís curiosidad por mi descarga vais a ver cómo la realizo.

Entra y sale; jamás el hijo de Dios fue jodido tan bien; pero cada embestida que da para su goce va acompañada de una cuchillada sobre una parte de los dos cuerpos ofrecidos, a izquierda y a derecha, a su rabia. Primero cose a estocadas los brazos, las axilas, los hombros, los costados: a medida que se acerca la crisis el bárbaro elige partes más delicadas; el pecho de la virgen está cubierto de sangre; al golpear tanto con una mano, tanto con la otra, sus brazos imitan el balanceo de un reloj; se podrían calcular los avances de la crisis por la delicadeza de las partes elegidas. Terribles juramentos nos anuncian por fin los últimos transportes de este frenético. Entonces su furor elige los rostros; los desgarrar y cuando surgen las últimas gotas de su semen, son los ojos los que su furor arranca.

Es imposible expresar hasta qué punto nos anima este espectáculo: queremos imitar a este monstruo; se nos dan abundantes víctimas; cada una inmolamos a tres. Clairwil, ebria de voluptuosidad,

se precipita al centro del patio; arrastra a Vespoli.

—Ven a joderme, ¡criminal! —le dice—; por el coño de una mujer que se te parece, ven a serle infiel a tu culto.

—No puedo —dice el italiano.

—Lo exijo...

Excitamos a Vespoli, se le empalma; lo obligamos a encoñar a Clairwil; le mostramos nuestros culos: el caprichoso quiere locos y solo dejando que le cague uno en su rostro, y apremiado por Olympe y por mí, arroja por fin el maldito semen a Clairwil. Y abandonamos esos execrables lugares sin habernos dado cuenta de que durante trece horas habíamos estado sumidas en infamias.

Todavía nos quedamos unos días en ese lugar de crímenes y orgías, al cabo de los cuales, deseando a Vespoli toda suerte de prosperidades, proseguimos nuestro camino hacia los célebres templos de Pesto.

Antes de visitar nada fuimos a alojarnos a una soberbia granja cuya dirección nos había dado Ferdinand. La sencillez, la virtud caracterizaban a los habitantes de esta bella casa de campo; una viuda de cuarenta años y tres muchachas de quince a dieciocho años eran sus únicas dueñas. No había nada criminal aquí y si la virtud misma hubiese sido desterrada de la tierra, sólo se hubiesen encontrado sus templos en la casa de la honrada y dulce Rosalba: nadie tenía tanta lozanía como ella, nadie era más bonita que sus hijas.

—¡Escucha! —le digo en voz baja a Clairwil—. ¿No te había dicho que estaba casi segura de encontrar bien pronto un asilo donde la virtud, bajo su más bella apariencia, nos induciría con toda seguridad al vicio? Mira esas encantadoras muchachas, son flores que la naturaleza nos da para que las vendimemos. ¡Oh Clairwil! Es preciso que gracias a nosotras el trastorno y la desolación sustituyan pronto a la inocencia y la paz que nos presenta este delicioso retiro.

—Me pones cachonda —dice Clairwil—; tienes razón, he ahí voluptuosas víctimas; después, besándome: pero tienen que sufrir mucho... Genemos, vayamos a ver los templos y después maquinaremos esa bonita fechoría.

La precaución de llevar siempre a un cocinero con nosotras hacía que en cualquier lugar encontrásemos más o menos la misma comida. Tras una gran comida durante la cual nos sirvieron las hermosas muchachas de la casa, nos hicimos conducir a los templos. Esos soberbios edificios están tan bien conservados que, sin el sabor antiguo que los caracteriza, se los tomaría por obras de hace tres o cuatro siglos todo lo más: son tres y uno parece mucho más grande que los otros dos. Tras haber admirado esas obras de arte... haber lamentado las inmensas sumas que la superstición hace ofrecer en todos los países del universo a dioses que, de la naturaleza que sea, no

existieron jamás más que en la imaginación de unos locos, volvimos a nuestra granja donde sin duda nos llamaban mayores intereses.

Una vez allí, Clairwil se apodera de la madre y le da cuenta de nuestros temores a dormir solas en campos tan prodigiosamente aislados.

—¿Serán vuestras hijas —dice la malvada— lo bastante complacientes como para compartir nuestras camas?

—No tenéis ni que dudarlo, mis bellas señoras —respondió honradamente la bella granjera—; mis hijas estarán halagadas por el honor que tenéis a bien hacerles...

Y Clairwil corre a contarnos esta agradable respuesta, elegimos cada una la que deseábamos y nos retirarnos.

Me había tocado en suerte la de quince años: era imposible ver algo más fresco y más bonito. En cuanto estuvimos bajo la misma sábana la colmé de caricias y la pobre pequeña me las devolvía con un candor... una ingenuidad... capaces de desarmar a cualquier otra que no fuese una libertina como yo. Empecé con preguntas: ¡ay de mí!, la inocente no las entendía; aunque en un clima muy precoz, la naturaleza no le había dictado nada todavía y la más completa sencillez dictaba las ingenuas respuestas de ese ángel. Cuando mis impuros dedos deshojaron la rosa, temblaba; la besé, me lo devolvió, pero con una sencillez ignorada por la gente de mundo y que sólo se encuentra en los asilos del pudor y la inocencia. La hubiese hecho hacer cualquier cosa, hubiese ejecutado cualquier cosa con esta bonita criaturilla, cuando mis compañeras, levantadas más pronto que yo, vinieron a pedirme nuevas de la noche.

—¡Ay! —les digo—, estoy segura que los detalles de mis placeres es la historia fiel de los vuestros.

—¡Ah, santo cielo! —dice Clairwil— ¡creo que en mi vida había descargado tanto! Pero levántate, despacha a esa niña, tenemos que hablar...

Después, mirándola fijamente:

—Bribona —le digo—, tus jodidos ojos me pintan tu alma... respiran el crimen.

—Quiero cometer uno, terrible, espantoso... ¿Sabes cómo nos han recibido estas buenas gentes... el placer que nos han dado sus hijas?

—¿Y bien?

—Quiero masacrarlas a todas, robar, hacer pillaje, abatir su casa y masturbamos sobre las ruinas cuando hayan cubierto los cadáveres.

—Apruebo esa deliciosa idea —respondí—, pero deseo un episodio. Tenemos que encerrarnos esta noche con toda esa gente: la madre está sola con sus hijas, los criados están en Nápoles, no hay nada más aislado que esta casa: entreguémonos a infamias, después mataremos.

—¿Estás entonces cansada de la tuya? —me dice Clairwil.

—Saturada...

—Yo querría ver ya a la mía con el diablo —dice Borghèse.

—Jamás hay que ir tan lejos con el individuo ofrecido a nuestro goce —dice Clairwil— sin tener veneno en el bolsillo.

—¡Malvada! Ni un reproche... desayunemos, ocupémonos después de nuestro plan.

Teníamos por escolta a cuatro altos criados con miembros como asnos que nos jodían cuando nos poníamos cachondas y que como estaban bien pagados se guardarían de desobedecernos: una vez que fueron puestos al tanto sólo respiraban ya para la ejecución. En cuanto llegó la noche, nos apoderamos de la casa. Pero es esencial pintarlos a los actores antes de entrar en detalles sobre la escena. Conociendo ya a la madre y habiéndolos pintado sin duda a Rosalba bajo los rasgos del frescor y la belleza no tengo más que decirlos de sus hijas. Isabelle era la más joven, yo acababa de pasar la noche con ella; la segunda se llamaba Bathilde, dieciséis años, con facciones hermosas, regulares, mirada lánguida, el aire de una hermosa virgen de Rafael; Ernesille era el nombre de la tercera, el porte y el rostro de la misma Venus, era imposible ser más hermosa; era con la que Clairwil acababa de mancillarse de horrores e impudicias. Nuestra gente se llamaba Roger, Victor, Auguste y Vanini. El primero me pertenecía, era de París, veintidós años y el verga más hermoso posible; Victor, francés también, y de dieciocho años, pertenecía a Clairwil, no le iba a la zaga a Roger en cuanto a cualidades; Auguste y Vanini, ambos florentinos, pertenecían a Borghèse, ambos jóvenes, con un rostro encantador y con unos miembros superiores.

La tierna madre de nuestras tres Gracias, un poco sorprendida por las precauciones que nos veía tomar, preguntó qué significaban.

—Vas a saberlo en seguida, puta —le dice Auguste, ordenándole pistola en mano que se desnudase.

Y entretanto, los otros tres criados nuestros se apoderaron cada uno de una muchacha y les dirigían más o menos los mismos cumplidos. En menos de seis minutos, la madre y las tres hijas desnudas, con las manos atadas detrás de la espalda víctimas, se nos ofrecen ya a nuestras miradas, sumisas y víctimas. Clairwil se acerca a la madre.

—¡Cuán hermosa y fresca es esta bribona! —le dice manoseando sus nalgas y su pecho; y volviéndose hacia sus hijas—: Pero esto... ¡Oh!, ¡son ángeles!, nunca había visto nada tan hermoso. Granuja —me dice acariciando a la mía—, te habías procurado la mejor... ¡Cuántos placeres has debido tener esta noche con una muchacha tan bonita!... ¡Y bien!, amigas mías, ¿me dejáis que dirija todo esto?

—Claro, no habría nadie que hiciese mejor uso de los derechos

que ponemos en tus manos.

—Mi opinión es entonces que cada una de nosotras pase alternativamente con la madre y las tres hijas a un gabinete separado para someter a las cuatro a lo que más le plazca.

—¿Podrá acompañarme un hombre? —dice Borghèse.

—No, primero sola; veréis lo que dispondré después.

Como ignoro lo que mis compañeras hicieron os hablaré sólo de mis calaveradas con esas cuatro criaturas. Azoté a la madre, sujeta por sus hijas, después a una de las muchachas mientras las otras dos masturbaban a su madre ante mi vista; les metí agujas en el seno, les mordí el clítoris y la lengua y les rompí el dedo meñique de la mano derecha a cada una. La sangre que corría por sus cuerpos cuando mis amigas las trajeron demostraba que no las habían tratado con más miramiento que yo. Las reunimos; se deshacían en lágrimas.

—¿Es puesta esta —decía sollozando— la recompensa a las atenciones que hemos tenido... a los cuidados que os hemos dedicado?

Y la madre, llena de lágrimas, se acercaba a sus hijas para besarlas... para consolarlas; estas la rodeaban... se apretaban entre sí llorando y las cuatro formaban el cuadro más patético y desgarrador de la naturaleza. Pero almas como las nuestras no se enternecen por nada; todo lo que es ofrecido a su sensibilidad no es sino un alimento más para su rabia; nos poníamos cachondas.

—Hagámoslas joder —dice Clairwil—, así que desatemos sus manos.

Con estas palabras pone a Rosalba sobre una cama, después ordena a la más joven de las hijas que prepare para su madre, uno tras otro, los vergas de nuestros cuatro criados. La pobre niña, amenazada por nosotras, se veía obligada a menear... chupar los instrumentos que debían sumergirse en su madre. Nos divertíamos con las otras dos. Para reservar sus fuerzas habíamos prohibido a nuestros hombres que descargasen. Les presentamos a la menor y entonces era la madre la que debía preparar los vergas con los que iba a ser fornicada su hija. Este segundo ataque tuvo un éxito todavía mayor: las tres hijas de Rosalba fueron jodidas por vergas preparados por su madre. Uno solo de nuestros hombres, Auguste, no fue lo suficientemente dueño de sí mismo: eyaculó su semen en el coño de Isabelle.

—No es nada —dice Clairwil atrayéndole hacia ella—; con sólo tres minutos en mis manos estará tan excitado como hace un momento.

Es el turno de los culos, empieza la madre, sus hijas son obligadas a introducir los vergas en su ano; pronto les presta el mismo servicio. Roger, como el mejor dotado de los cuatro en cuanto a miembro, es obligado a desvirgar a la más joven... la desgracia... la llena de sangre; nosotras descargábamos masturbadas lúbricamente por las otras

muchachas y sodomizadas por los hombres. En ese punto, Vanini se entregó; no pudo resistirse al hermoso culo de Ernesille: le llenó el ano de semen; y Clairwil, a quien nadie igualaba en el arte de volver a empinar los vergas, pronto se lo puso tan duro como si no hubiese empalmado en seis semanas.

Los verdaderos suplicios comenzaron a partir de ese momento. Clairwil maquinó que atasen a cada una de las muchachas a nosotras y la madre, amenazada... sujeta por los criados, debía atormentarlas sobre nuestros cuerpos. Yo me había pedido a Ernesille; Bathilde estaba sobre Clairwil; Isabelle sobre Borghèse. A nuestra gente le costó un trabajo infinito hacer obedecer a Rosalba. Cuando es preciso vencer a la naturaleza hasta ese punto, cuando es preciso obligar a una madre a azotar, a abofetear, a pellizcar, a quemar, a morder, a pinchar a sus propias hijas, ciertamente, no es fácil el trabajo. Sin embargo lo conseguimos. La puta recibió muchos golpes, pero obedeció y nosotros gozamos del placer feroz de masturbar, de besar tres infortunadas mientras su propia madre las hacía papilla.

Entonces nos ocuparon juegos más serios. Atamos a la madre a un pilar y, con la pistola en el pecho de las hijas, las obligamos a que cada una metiese una aguja muy puntiaguda en las tetas de su madre; lo hicieron. Las atamos a su vez. La madre fue obligada a darles una puñalada en el coño entreabierto y entretanto nosotras acariciábamos las nalgas con estiletaos. Sus cuerpos empezaban a no inspirarnos sino ese delicioso horror nacido de crímenes secretos que la lubricidad impulsa a cometer y que no están hechos para que los oiga todo el mundo. Agotadas, rendidas, nos hicimos sodomizar mientras contemplábamos el terrible estado de nuestras víctimas y en tanto que Roger, que no tenía mujer, azotaba la masa de esas cuatro criaturas, atadas unas a otras, con cadenas de hierro candente.

—¡Vamos, santo Dios jodido!, ¡vamos, so pedazo de imbécil de Dios, en el que me jodo!, matemos ahora —dice Clairwil, cuyos ojos homicidas expresaban a la vez rabia y lubricidad—; asesinemos, destruyamos, emborrachémonos con sus lágrimas. Estoy impaciente por ver expirar a esas zorras; ardo en deseos de oír sus desgarradores gritos y de quitarme la sed con su odiosa sangre; me gustaría devorarlas trozo por trozo; me gustaría hartarme con sus carnes...

Dice... La bribona apuñala con una mano mientras se menea el clítoris con la otra. La imitamos: y esos gritos, esos gritos que ardíamos en deseos de oír, vienen por fin a halagar nuestros oídos. Estábamos allí, enfrente; nuestros criados nos socratizaban durante la operación; todos nuestros sentidos estaban a la vez excitados por el divino aspecto de nuestras infamias.

Yo estaba al lado de Clairwil; masturbada por Auguste, la puta estaba descargando. Se inclinó sobre mí.

—¡Oh! Juliette —exclamó, redoblando sus acostumbradas blasfemias—. ¡Oh!, ¡cuán delicioso es el crimen, mi alma!, ¡cuán poderosos son sus efectos!, ¡cuántos atractivos tienen para un alma sensible! ...

Y los alaridos de la Borghèse que, por su parte descargaba como una Mesalina, precipitaron nuestras eyaculaciones y las de nuestra gente, enérgicamente masturbados por nosotras.

El reposo que vino tras esta agitación lo utilizamos tan sólo para verificar la realidad de nuestros crímenes: las putas expiraban... y la muerte cruel nos quitaba el placer de atormentarlas durante más tiempo. Como todavía no estábamos satisfechas con el mal que acabábamos de hacer, robamos y destruimos la casa. Hay momentos en la vida en los que el deseo de revolcarse en el desorden es tal que ya no hay nada que pueda satisfacerlo en los que las execraciones, incluso las mayores, no sacian sino muy débilmente la excesiva inclinación que se siente por el mal[123].

La noche era hermosa; nos marchamos; nuestras gentes, a quienes habíamos abandonado el pillaje, convinieron en que les había reportado más de treinta mil francos. De Pesto volvimos a Vietri, donde cogimos un barco que nos dejó en la isla de Caprea, bordeándola en todo momento para no perdernos ninguno de los sitios pintorescos de esta sublime costa. Desayunamos en Amalfi, antigua ciudad etrusca, en las mejores condiciones del mundo. A continuación nos reembarcamos hasta la punta de la Campanella, sin salirnos nunca de una costa que tiene tanto interés. En todo ese país habitado en otro tiempo por los sorrentinos no vimos más que las ruinas de un templo de Minerva que da su nombre a la costa. Como hacía un hermoso tiempo, hicimos vela y en dos horas escasas nos encontramos en el puerto de Caprea, tras haber dejado a nuestra derecha las tres islitas de Galli.

La isla de Caprea, que puede tener alrededor de diez millas de contorno, está rodeada por todas partes por enormes rocas. Como acabo de decir, sólo se la puede abordar por el puertecillo que está frente al golfo de Nápoles. Su forma es una elipse de cuatro millas en su parte más larga y de dos en su parte más ancha; está dividida en dos partes: la alta y la baja Caprea. Una montaña de prodigiosa altura divide las dos partes, siendo para esta isla lo que los Apeninos son para Italia. Los habitantes de una de las partes no pueden comunicarse con los de la otra más que por una escalera de ciento cincuenta escalones tallada a pico en la roca.

Tiberio habitaba poco esta segunda parte; sólo en la parte baja, más templada, había erigido sus lugares de orgía y sus palacios, uno de los cuales se hallaba asentado en la punta de una roca tan prodigiosamente alta que la mirada apenas podía distinguir las olas

que la bañaban. Ese palacio le servía de asilo para sus más excitantes lujurias. Desde lo alto de una torre saliente sobre la cresta de la roca, cuyos restos se ven todavía, era desde donde el feroz Tiberio hacía lanzar los niños de uno y otro sexo que acababan de satisfacer sus caprichos.

—¡Ah! ¡Rejodido Dios! —dice Clairwil—, ¡cómo debía descargar el granuja al ver caer de cabeza desde tal altura a las víctimas de su libertinaje! ¡Oh!, querido ángel —continúa, apretándose contra mí—. ¡Qué voluptuoso granuja era el tal Tiberio!... Si pudiésemos encontrar aquí algún objeto para lanzarlo como él...

Y entonces, Borghèse, que nos adivinaba el pensamiento, nos señaló una niñita de nueve o diez años que guardaba una cabra a veinte pasos de allí.

—¡Oh, joder! —dice Clairwil—, es fenomenal; ¿pero y nuestros guías?

—Hay que despedirlos, les diremos que queremos respirar en este lugar unas horas.

La ejecución sigue de cerca al deseo; henos aquí solas... Borghèse en persona va a buscar a la niña.

—¿Quién eres? —le preguntamos.

—Pobre y desgraciada —responde humildemente la muchachita—. Esta cabra es todo lo que tengo; ella y mis cuidados mantienen a mi madre, que, enferma y constantemente en cama, moriría sin estos dos socorros.

—¡Muy bien! —dice en seguida la infernal Clairwil—, mira cuán bien nos sirve el azar... Ataremos la niña a la cabra, y las tiraremos a las dos.

—Sí, pero antes tenemos que divertirnos con ella —respondí—... saber al menos cómo está formada la muchacha; el frescor, la salud, la juventud, brillan en sus jóvenes atractivos: sería ridículo no divertirse con tales cosas.

¿Lo creeríais, amigos míos?, tuvimos la crueldad de desvirgar a esta niña con un guijarro puntiagudo; de zurrarla hasta hacerla sangrar con las espinas de los alrededores, de atarla después a su cabra y lanzarlas a las dos desde el alto de una roca, desde donde las vimos sumergirse en las olas, lo que hizo que las tres descargásemos tanto mejor dado que el asesinato era doble, ya que arrastraba consigo el de la madre de la niña, que, privada de los socorros de los dos individuos a quienes acabábamos de dar muerte, no tardaría mucho con toda seguridad en morir a su vez.

—Así es como me gustan los horrores —les digo a mis amigas—; hay que hacerlo siempre así o no mezclarse en ellos.

—Sí —dice Clairwil—; pero teníamos que haberle sacado a la niña dónde vivía la madre... Hubiese sido delicioso verla expirar de

necesidad...

—¡Malvada! —le digo a mi amiga—. No creo que exista en el mundo un ser que sepa mejor que tú refinar el crimen...

Y proseguimos nuestro paseo... Como las tres estábamos deseosas de saber si los dichosos habitantes de esa isla se parecían, los hombres en fuerza, las mujeres en atractivo, a los divinos habitantes de Nápoles, entregamos al gobernador una carta personal de Ferdinand.

—Estoy asombrado —nos dice tras haberla leído— de que el rey pueda encargarme de una comisión parecida: ¿ignora acaso que estoy aquí más como el espía de este pueblo que como el representante del soberano? Caprea es una república de la que el gobernador, puesto por el rey, no es más que su presidente. ¿Con qué derecho quiere que obligue a hombres o a mujeres de esta región a entregarse a ustedes? Esta acción sería la de un déspota y Ferdinand sabe muy bien que aquí no lo es. A mí también me gustan todas esas cosas; pero gozo muy poco de ellas en este retiro donde no hay muchachas públicas, muy pocos criados u holgazanes. No obstante, como por lo que Ferdinand me escribe, pagáis muy bien, haré que propongan a la viuda de un comerciante que os entregue a sus tres hijas; le gusta el oro y estoy seguro de que se dejará seducir por el vuestro. Esas muchachas, nacidas en Caprea, tienen dieciséis, diecisiete y dieciocho años cada una; es lo más hermoso que tenemos en este país: ¿qué darán ustedes?

—Mil onzas por muchacha —dice mi amiga—, el dinero para nuestros placeres no nos duele. Te prometemos otro tanto para ti, gobernador; pero necesitamos tres hombres.

—¿Tendría yo la misma recompensa por ellos? —dice el avaro oficial.

—Sí —le digo—, nosotras jamás regateamos en esto.

Y el buen hombre, después de prepararlo todo para esa escena lúbrica, no nos pidió otro favor que el de mirarnos.

Las muchachas eran realmente hermosas; los muchachos frescos, fuertes y dotados de magníficos vergas. Tras habernos hecho dar por ellos, los casamos con esas vírgenes; los ayudamos a la desfloración; solamente les permitimos coger las rosas; después estaban obligados a refugiarse en nuestros culos; sólo tenían permiso para descargar en ellos. El pobre gobernador se extasiaba ante la vista de esos cuadros y se deshacía en alabanzas. Dedicamos toda la noche a la celebración de las orgías; y en un país semejante no nos atrevimos a nada más. Nos marchamos sin dormir tras haber pagado bien al gobernador y haberle prometido que le excusaríamos ante Ferdinand por la imposibilidad de haber hecho más por nosotras a causa de la forma de gobierno de los isleños de Caprea.

De vuelta a Nápoles fuimos costeando. Uno desearía no dejar nunca esas dichosas riberas que ofrecen tantas curiosidades en sus

bordes. Descubríamos Massa, Sorrento, la patria del Tasso, la hermosa gruta Lila Rico y por fin Castella-Mare. Abordamos allí para visitar Stabia, tragada como Herculano, donde Plinio el Viejo iba a encontrarse con Pompeyano, su amigo, en cuya casa durmió la víspera de la famosa erupción que cubrió esta ciudad, así como todas las de los alrededores. Los arqueólogos trabajan lentamente: cuando la vimos todavía no había más que tres o cuatro casas al descubierto.

Como estábamos excesivamente cansadas, visitamos muy rápidamente las bellezas de esta hermosa parte; y deseosas de descansar y solazarnos, volvimos por fin a nuestro hermoso palacio, tras haber avisado al rey de nuestro regreso y haberle agradecido sus atenciones para con nosotras.

Sexta parte

POCOS días después de nuestro regreso, el rey nos propuso que fuésemos a presenciar desde uno de los balcones de su palacio una de las fiestas más singulares de su reino. Se trataba de una cucaña. Yo había oído hablar con frecuencia de esa extravagancia, pero lo que vi era muy diferente de la idea que me había formado.

Charlotte y Ferdinand nos esperaban en un cuarto cuya ventana daba a la plaza donde debía tener lugar la cucaña. El duque de Gravines, un hombre de cincuenta años y muy libertino, y la Riccia fueron los únicos admitidos junto con nosotras.

—Si no conocéis este espectáculo —nos dice el rey tras haber tomado el chocolate— lo vais a encontrar muy bárbaro.

—Así es como nos gustan, sir —respondí—; y confieso que desde hace tiempo deseo tener en Francia o juegos semejantes o gladiadores: sólo se mantiene la fuerza de una nación con espectáculos de sangre; aquella que no los adopta se afemina. ¿Qué ocurrió con los amos del mundo cuando un emperador imbécil hizo subir al trono de los Césares al estúpido cristianismo y cerró en consecuencia el circo de Roma?... Se convirtieron en curas, monjes o duques.

—Opino igual que vos —dice Ferdinand—. Me gustaría volver a imponer aquí los combates de hombres contra animales e incluso los de hombre contra hombre; pongo mi empeño en eso; Gravines y La Riccia me ayudan, y espero que lo lograremos.

—¿Tiene alguna importancia la vida de todos esos pordioseros cuando están nuestros placeres en juego? —dice Charlotte—. Si tenemos el derecho de hacerlos degollar en interés nuestro, también debemos tenerlo por nuestras voluptuosidades.

—Vamos, hermosas damas —nos dice Ferdinand—, ustedes mandan. De acuerdo con la mayor o menor severidad, con la mayor o menor cantidad de policía que ponga en la celebración de estas orgías, puedo hacer matar a seiscientos hombres más o menos: así pues ordenadme lo que deseáis al respecto.

—¡Lo peor, lo peor! —respondió Clairwil—, cuantos más granujas hagáis degollar, más nos divertiréis.

—Vamos —dice el rey, dando una orden en voz baja a sus oficiales.

Después, al oírse un cañonazo nos acercamos al balcón. En la plaza había una enorme masa de gente; entonces descubrimos todo el paisaje.

Encima de un enorme cadalso de rústica decoración se pone una prodigiosa cantidad de víveres; dispuestos de tal forma que componen a su vez una parte de la decoración. Allí se sacrifican inhumanamente

ocas, gallinas, pavos que, colgados todavía vivos y clavados con un sólo clavo, divierten al pueblo con sus convulsivos movimientos; panes, bacalaos, cuartos de buey, corderos que pastan en uno de los decorados, que representa un campo guardado por hombres de cartón, bien vestidos; trozos de tela dispuestos de forma que representan las olas del mar sobre el que se ve un velero cargado de víveres o de muebles a la usanza del pueblo: así es, dispuesto con mucho arte y gusto, el cebo preparado para esta nación salvaje para perpetuar su voracidad y su excesivo amor por el robo. Porque, tras haber visto este espectáculo, sería difícil no convenir en que es más bien una escuela de pillaje que una auténtica fiesta.

Apenas habíamos tenido tiempo de considerar el teatro cuando se oyó un segundo cañonazo. A esta señal, las tropas que contenían en círculo al pueblo se abrieron de repente. El pueblo se lanza y, en un abrir y cerrar de ojos, lo arranca, lo roba todo con una velocidad... un frenesí imposible de representar. Esta terrible escena, que me recordaba una jauría de perros en cacería, acaba siempre de forma más o menos trágica porque todo el mundo disputa, quiere conseguir algo e impedir que su vecino lo coja, y porque en Nápoles discusiones parecidas sólo acaban a cuchilladas. Pero, esta vez, siguiendo nuestros deseos, y gracias a los crueles cuidados de Ferdinand, cuando el teatro estuvo lleno, cuando creyeron que muy bien podía haber encima de él setecientas u ochocientas personas, se hunde de repente y son aplastadas más de cuatrocientas personas.

—¡Ah!, ¡joder! —exclamó Clairwil cayendo extasiada sobre un sofá—. ¡Ah!, amigos míos, no me habíais prevenido: me muero (y la puta llama a la Riccia), jódeme, ángel mío, ¡jódeme! —le dice—; descargo; en mi vida había visto nada que me diese tanto placer.

Volvimos a entrar; se cerraron puertas y ventanas y tuvo lugar la más deliciosa de todas las escenas de lubricidad sobre, por así decirlo, las cenizas de los desgraciados sacrificados por esta maldad.

Cuatro jóvenes muchachas de quince a dieciséis años, hermosas como el día y vestidas con crepés negros bajo los que se encontraban sus cuerpos desnudos, nos esperaban de pie, en silencio. Otras cuatro mujeres embarazadas de veinte a treinta años, completamente desnudas, parecían esperar, en el mismo silencio y dolor, nuestras órdenes en otra parte de la habitación. Al fondo de la sala, tumbados sobre un canapé, cuatro soberbios jóvenes de dieciocho a veinte años no amenazaban verga en mano y esos vergas, amigos míos, esos vergas eran monstruos: doce pulgadas de circunferencia por dieciocho de largo. En la vida se nos había presentado nada igual: las cuatro descargamos sólo con mirarlos.

—Esas cuatro mujeres y esos cuatro jóvenes —nos dice Ferdinand — son las hijas y las viudas de algunos de los infortunados que acaban

de perecer ante vuestros ojos. Son los que más he expuesto y de cuya muerte estoy más seguro. Hice traer a estas ocho mujeres temprano y, encerradas en una habitación segura, he querido que viesan por una ventana la suerte de sus padres y esposos. Ahora os las entrego para que acabéis de divertirlos y os delego todos mis derechos sobre ellas. Allí —prosiguió el monarca mientras abría una puerta que daba a un jardincillo—, allí hay un agujero destinado para recibir las cuando hayan merecido llegar a ese momento de reposo tras horribles sufrimientos... Veis sus tumbas. Mujeres, acercaos, tenéis que verlas también...

Y el bárbaro las hizo bajar hasta ellas, tumbarse y después, contento con las proporciones, dirigió mi mirada hacia los cuatro jóvenes.

—Claro está, señoras —nos dice—, estoy seguro de que jamás han visto nada parecido.

Y empuñaba estos vergas más duros que barras de hierro y nos los daba para que los cogiésemos, levantásemos, besásemos, manoseásemos.

—La fuerza de esos hombres —prosiguió el rey— iguala por lo menos la superioridad de sus miembros; no hay ni uno de ellos que no responda de quince a dieciséis descargas y ni uno que no pierda diez o doce onzas de esperma en cada eyaculación: son la élite de mi reino. Son calabreses los cuatro y en Europa no hay provincia que proporcione miembros de esta talla. Gocemos ahora y que nada nos moleste. Junto a este hay cuatro gabinetes; están abiertos; están provistos con todo lo que sirve a la lujuria: vamos, jodamos, hagámonos joder, vejemos, atormentemos, impongamos suplicios, y que nuestras mentes, excitadas por el espectáculo que acaban de presenciar, refinen a la vez las crueldades y las lujurias...

—¡Oh!, joder, amigo mío —le digo a Ferdinand—. ¡Cómo entiendes el arte de divertir imaginaciones como las nuestras!

Vestidos, refajos, calzones, pronto cayó todo y, antes de proceder a escenas generales, parecía evidente que cada uno tenía la intención de aislarse un rato en gabinetes separados. La Riccia se llevó a una de las jóvenes, una embarazada y un fornicador; Gravines se encerró con Olympe y una embarazada; y Ferdinand se fue con Clairwil, un fornicador, una embarazada y dos muchachitas; Charlotte me eligió a mí y junto con dos fornicadores se llevó a una muchachita y una embarazada.

—Juliette —me dice la reina en cuanto estuvimos en nuestra habitación—, no puedo seguir disimulando los sentimientos que has infundido en mi corazón: te adoro. Soy demasiado puta para prometerte fidelidad; pero tú sabes que ese novelesco sentimiento es inútil entre nosotros: no es un corazón lo que te ofrezco, es un coño...

un coño que se inunda de semen cada vez que tu mano lo toca. Creo ver en ti una mente igual a la mía, mi misma forma de pensar y sin duda alguna te prefiero a tus hermanas. Tu Olympe es una mojigata; a veces su temperamento hace que se arrebate, pero es tímida y cobarde: sólo se necesitaría un trueno para convertir a una mujer así. La Clairwil es una criatura soberbia, infinitamente inteligente, pero tenemos gustos diferentes: a ella sólo le gusta ejercer sus crueldades con los hombres y aunque yo sacrifico con gusto a ese sexo, me produce más placer derramar la sangre del mío; además, tiene un pronunciado aire de superioridad sobre todas nosotras que humilla mi orgullo. Con tantos medios, y quizás muchos más que ella, Juliette, tú no afectas tanta vanidad; es un consuelo; te veo un carácter más dulce, una mente más astuta, pero también más solidez con tus amigas; en fin, eres mi preferida y este diamante de cincuenta mil escudos, que te suplico aceptes, quizás baste para convencerte de lo que te digo.

—Charlotte —le digo rechazando la joya—, puedo estar de acuerdo en que tenemos los mismos vicios; soy sensible a tus sentimientos y te prometo otros parecidos; pero lo confieso, querida, tengo el capricho de no hacer ningún caso a lo que se me da, sólo estimo lo que yo tomo y, si quieres, es muy fácil satisfacerme a este respecto.

—¿Cómo?

—Antes de nada jura por el amor que me tienes que nunca revelarás nada sobre el imperioso deseo que me devora.

—Lo juro.

—¡Pues bien! Quiero robar los tesoros de tu marido, quiero que tú misma me des los medios para lograrlo.

—Habla bajo —dice la reina—, esta gente podría oírnos... Espera, voy a encerrarlos... Ahora charlemos tranquilamente —prosigue Charlotte—. ¿Aceptas lo que te ofrezco? Es la única manera de convencerme de los sentimientos que me muestras. ¡Oh Juliette! —añade—, respondo de la confianza que me testimonias con la mía... Y yo también maquino una fechoría: ¿me ayudarás?

—Aunque tuviese que arriesgar mil vidas; habla.

—¡Si supieses hasta qué punto estoy harta de mi marido!

—¿A pesar de sus atenciones?

—¿Acaso hace todo eso por mí? Me prostituye por libertinaje, por celos; cree que si apacigua así mis pasiones impedirá que nazcan deseos y prefiere que sea jodida de acuerdo con su elección a que lo sea con la mía.

—Bonita política.

—Es la suya, la de un español italianizado y no puede haber en el mundo nada peor que un ser así.

—¿Y tú deseas?...

—Envenenar a ese villano, convertirme en regente... El pueblo me prefiere a mí y adora a mis hijos; reinaré sola, tú te convertirás en mi favorita y tu fortuna está hecha.

—No, no seguiré contigo, no me gusta el papel que me propones; además, idolatro mi patria y quiero volver pronto a ella. Te ayudaré; veo que te faltan medios. Ferdinand, que posee venenos de todos los tipos, te los oculta sin duda alguna; te los daré; pero ayuda por ayuda, Charlotte, piensa que no tendrás lo que te prometo más que al precio de los tesoros de tu marido. ¿A cuánto ascienden esos tesoros?

—Ochenta millones, a todo lo más.

—¿En qué especies?

—Lingotes, piastras, onzas y cequíes.

—¿Cómo lo haremos?

—¿Ves ese crucero? —me dice señalándome una ventana próxima a la que estábamos—; que pasado mañana esté debajo un carro bien enganchado; robaré la llave; echaré por la ventana a ese carro todo lo que pueda.

—¿Y la guardia?

—No la hay por ese lado.

—Escucha —le digo a Charlotte, cuya pérdida estaba tramando en ese momento con un delicioso placer—, tengo que hacer unas gestiones para preparar el veneno que necesitas y no deseo emprenderlas sin estar segura de mi actuación; fírmame este papel —le digo mientras lo escribía rápidamente—, a partir de ese momento actuaré sin ningún temor y las dos estaremos tranquilas.

Charlotte, cegada por su amor hacia mí, por el gran deseo de deshacerse de su marido, me demostró, firmando todo lo que quise, que la prudencia raramente acompaña a las grandes pasiones. He aquí lo que ratificó:

«Robaré todos los tesoros de mi marido y los daré por recompensa a la que me proporcione el veneno necesario para enviarlo al otro mundo».

Firmado: C. de L., R. de N.

—De acuerdo —le digo— ya estoy tranquila; pasado mañana, a la hora indicada, puedes contar con el carro; sítveme bien, Charlotte... y serás pagada de la misma manera. Ahora divirtámonos...

—¡Oh!, querida amiga —me dice Charlotte llenándome de besos—, ¿cuántos servicios me prestas y cuánto te adoro?...

¡La imbécil! ¡Como si fuese preciso que yo le correspondiese de igual forma!, ¡oh! ¡Ya no era posible la ilusión! ¡Habíamos perdido demasiado semen juntas! Yo me deleitaba con la idea de su pérdida y su imprudente firma la aseguraba.

—Masturbémonos las dos —me dice— antes de llamar a nuestros objetos orgiásticos...

Y sin esperar mi respuesta, la puta me echa en una tumbona, se arrodilla entre mis muslos y me masturba acariciando a la vez el coño y el culo. Entonces fue cuando utilicé la facilidad que tienen las mujeres para las infidelidades mentales: de Charlotte era de quien recibía voluptuosas sensaciones, quien me cubría con sus poluciones... sus besos, y yo sólo pensaba en traicionar a Charlotte.

Mujeres adúlteras, henos aquí: cuando estáis en brazos de vuestros maridos sólo les abandonáis el cuerpo y las voluptuosas sensaciones que hacen nacer en él no pertenecen jamás más que al amante. Se engañan, creen que a ellos se debe la embriaguez en que os sumen sus movimientos, cuando en realidad no les corresponde a los imbéciles ni una brizna del arrebatamiento. Sexo encantador, continuad con el engaño, está en la naturaleza: la flexibilidad de vuestra imaginación os lo demuestra; obtened de esta manera, cuando no podáis de otra, una compensación por las ridículas cadenas del pudor y del himeneo, y jamás perdáis de vista que si la naturaleza os hizo un coño para joder con los hombres, su mano formó con el impulso el corazón que se necesita para engañarlos.

Charlotte se embriagó con mi esperma y confieso que corrió a chorros con la idea, realmente deliciosa para una cabeza como la mía, de perder para siempre a la que me hacía derramarlo. Se vuelve a echar en mis brazos, chupa mi boca y mis tetas y, como yo la masturbo deliciosamente, la puta lesbiana se extasía veinte veces. Nos entrelazamos en sentido contrario para poder acariciarnos mutuamente; nuestras lenguas cosquilleaban en el clítoris y un dedo libertino acaricia levemente los agujeros del culo y los coños; nos inundamos de semen y, realmente, con pensamientos muy distintos cada una.

Por fin, Charlotte, llena de fuego, desea libertinaje; llama; quiere que primero lo dirija yo todo. Vejo a la embarazada con mi mano derecha; la joven, a caballo sobre mi pecho, me da a besar a la vez el coño más fresco y el culo más encantador; Charlotte excita los vergas y me los enfila ella misma.

—Me enloquece la idea de tener una reina por alcahueta —le digo a Charlotte—; vamos, puta, haz tu oficio.

Pero no son fáciles de recibir unos instrumentos como los procurados por Ferdinand y, por muy abiertos que estén mis atractivos, me es imposible soportar ataques tan monstruosos sin una previa preparación. Charlotte humedece las vías; frota los bordes de mi coño y el miembro del fornicador con una esencia que hace penetrar más de la mitad del monstruo a la primera embestida. Sin embargo, son tan vivos los dolores que lanzo un grito furioso y mando

al diablo a la muchachita encaramada sobre mí; quiero librarme de la saeta que me desgarrar. Charlotte se opone, nos empuja uno contra otro y el movimiento favorece a mi nuevo campeón, que lo introduce en un instante hasta el fondo de mi matriz: jamás había sufrido tanto. Sin embargo, pronto las espinas se convierten en rosas: mi hábil caballero pone en ello tanto arte, empuja con tanta fuerza que al cuarto asalto lo inundo de semen. Ahora ya está todo en su sitio; Charlotte favorece el acto, cosquillea los cojones y el agujero del culo de mi fornicador, y ofrece a mi mano izquierda sus nalgas, a las que trato por lo menos con tanta violencia como las de la embarazada, y la muchachita acariciada por mí me inunda el rostro con su dulce eyaculación. ¡Qué energía la de este calabrés! Me lima durante más de veinte minutos, pierde por fin su semen y me vuelve a joder tres veces seguidas sin abandonar por un momento la palestra; por fin, lo dejo al cabo de una hora. Lo sustituye su compañero. Mientras yo fornico con el segundo, Charlotte quiere gozar del placer de verme con los dos en el cuerpo; ella misma arregla la postura. Estoy tumbada sobre uno, soy yo quien lo fornico; se deja hacer; sobo, mantengo agarrado un coño con mi mano derecha, la izquierda socratiza un culo, mi lengua cosquillea en un clitoris. El otro hombre, ayudado por la reina, se presenta ante el agujero de mi culo; pero, por muy acostumbrada que esté a esta forma de gozar del placer, luchamos durante un cuarto de hora sin poder abrir la brecha. Todas esas tentativas me sumen en una agitación increíble; mis dientes castañean, espumeo, muerdo todo lo que me rodea, inundo de semen el verga que trabaja mi coño; sobre este me vengo de no poder hacer entrar otro en mi culo. No obstante, a fuerza de artimañas y de paciencia, siento que penetra; el que me encoña me lanza una embestida lo suficientemente fuerte para favorecer el ataque de su compañero. Lanzo un grito terrible, estoy enculada... Nunca había experimentado nada igual...

—¡Qué espectáculo! —dice Charlotte masturbándose frente a nosotros y besándome de vez en cuando en la boca—. ¡Santo Dios, qué abertura!... ¡Oh!, Juliette ¡Cuán dichosa eres!...

Y yo descargaba... y estaba como loca; ya no veía, ya no oía, mis sentidos sólo existían en las regiones de la voluptuosidad; yo existía únicamente para ella. Los dos recorrieron una carrera doble sin dejar el sitio, el semen inundaba mis muslos... lo destilaba por todos los poros.

—Te toca, ¡zorra! —le digo a Charlotte—, haz lo mismo si quieres conocer el placer.

No necesito apremiarla; enfilada rápidamente por los dos, la granuja me prueba que, si su marido le permite algunos placeres con el propósito de apaciguar un libertinaje que podría llegar a ser peligroso para él, no se equivocaba del todo. Tan cruel en sus

voluptuosidades como nosotras, la bribona me suplica que maltrate a la embarazada ante su vista mientras ella acaricia a la muchachita y es jodida en el coño y en el culo. Aquella desgraciada se echa a mis pies; soy sorda; borracha de rabia y lubricidad, la tiro con un rodillazo en el estómago y salto sobre su vientre; en cuanto la veo en el suelo, le doy una somanta de palos, la ahogo; Charlotte me estimula balbuciendo horrores; por fin, la zorra, jodida dos veces como yo, despide a los hombres y se levanta. Nos tragamos dos botellas de champán y pasamos al salón. Ya estaba allí todo el grupo. Cada uno habló de sus proezas: era fácil ver que no sólo en nuestra habitación habían sido maltratadas las embarazadas; ninguna podía sostenerse; sobre todo la de Gravines... estaba a punto de parir; el muy criminal la había cubierto de sangre.

La cena fue magnífica; las muchachitas servían la mesa y las embarazadas, tumbadas en el suelo, a nuestros pies, recibían las vejaciones que nos complacíamos en imponerles. Como estaba colocada junto a Clairwil, pude confiarle la jugada que había hecho: le di una alegría enorme contándole tales detalles y aunque sólo era posible esbozarlos, me comprendió, me felicitó, asegurándome que era la mujer más hábil y emprendedora que había conocido.

Electrizados por el delicado festín y los deliciosos vinos que se sirvieron, pasamos trastabillando a una magnífica sala en la que no faltaba ni un solo detalle para las orgías que teníamos que celebrar. Los agentes éramos: Ferdinand, Gravines, La Riccia, Clairwil, Charlotte, Olympe y yo. Las víctimas: las cuatro mujeres embarazadas, las cuatro muchachitas que nos habían servido la cena y los ocho hermosos muchachos de uno y otro sexo en cuyos culos nos habían servido los licores. Catorce fuertes campeones, tan gordos y tan vigorosos como los que habíamos agotado por la mañana, aparecieron lanza en ristre; todo el mundo estaba desnudo... temblando y esperando, con tanto respeto como silencio, las leyes que quisiéramos imponerles. Como la comida nos había llevado muy lejos, era esencial que el lugar de la escena estuviese iluminado. Quinientas velas, ocultas tras gasas verdes, derramaban en la sala la claridad más dulce y agradable.

—No más individualismos ni solitarios —dice el rey—: Ahora debemos operar los unos ante la vista de los otros.

Entonces nos precipitamos sin ningún orden sobre los primeros objetos que se nos presentaban: se jode, se es jodido; pero la crueldad siempre preside lujurias tan desordenadas como las nuestras. Aquí se estrujaban pechos, allí se azotaban culos; a la derecha se destrozaban coños, a la izquierda se matirizaba a las barrigudas; y durante mucho tiempo los únicos ruidos que se oyeron fueron los suspiros de dolor o placer unidos a quejas de un lado, terribles blasfemias del otro. Pronto

se distinguen los gritos más fuertes de las descargas: la de Gravines fue la primera. ¡Ay!, en cuanto pronunció las expresiones de su delirio vimos caer a sus pies, de entre los grupos que lo rodeaban, una mujer degollada, su fruto arrancado de las entrañas y ambos bañados en los chorros de su sangre.

—No es así como yo llegaré —dice la Riccia ordenando atar fuertemente contra una pared a una de esas truchas infladas—. Mirad, observadme.

Se calza un zapato provisto de puntas de hierro, se apoya en dos hombres y lanza con todas sus fuerzas una patada de lleno en el vientre de la doncella que, reventada, rota, ensangrentada, se dobla bajo sus lazos y nos pone su indigno fruto, al que el disoluto riega al instante con los chorros espumeantes de su semen. Muy próxima al espectáculo, jodida a la vez por delante y por detrás, mientras chupaba el verga de un joven que en ese momento descargaba en mi boca y meneaba un coño con cada mano, me fue imposible no compartir los placeres del príncipe y, siguiendo su ejemplo, perdí mi esperma. Echo una mirada hacia Clairwil: la estaban enculando, una joven la masturbaba y la bribona azotaba a un muchachito; me imita. Charlotte, encoñada, chupaba a un muchachito, masturbaba a dos muchachas y hacía azotar ante ella a una embarazada en el vientre. Ferdinand trabajaba sobre una muchacha; la despedazaba con tenazas al rojo vivo; era chupado y cuando se sintió próximo a descargar, el villano, armado con un escarpelo, cortó las tetas de su víctima y nos las lanzó a la nariz.

Tales eran nuestros placeres más o menos, cuando Ferdinand nos propuso pasar a un gabinete vecino en el que una máquina, artísticamente dispuesta, nos haría gozar de un extraordinario suplicio para las mujeres embarazadas. Cogemos las dos que quedan; se las ata a dos placas de hierro colocadas una encima de otra, de tal forma que los vientres de las mujeres puestas sobre las placas se correspondían perpendicularmente... La dos placas se levantan a diez pies una de otra.

—Vamos —dice el rey—, preparaos para el placer.

Cada uno de nosotros rodea la máquina y al cabo de unos minutos, por medio de un resorte dirigido por Ferdinand, las dos placas, una subiendo y la otra bajando, se unen con una violencia tal que las dos criaturas se aplastan mutuamente y son reducidas, junto con sus frutos, a polvo en un minuto. Espero que os imaginaréis fácilmente que ante ese espectáculo no hubo uno solo de nosotros que no perdiese su semen y que no lo colmase con los más divinos elogios.

—Pasemos a otra sala —dice Ferdinand—; quizás gocemos de otros placeres.

Esta enorme sala estaba ocupada por un vasto teatro; siete

diferentes torturas aparecían preparadas; cuatro verdugos, desnudos y hermosos como Marte, debían realizar los suplicios, el primero de los cuales era el fuego; el segundo, el látigo; el tercero, la cuerda; el cuarto, la rueda; el quinto el empalamiento; el sexto, la cabeza cortada; el séptimo, cortado a trozos. Cada uno de nosotros tenía para sí un vasto emplazamiento en el que se veían cincuenta retratos de los niños más bonitos que sea posible ver, de uno y otro sexo. Entramos en los sitios que se nos habían destinado, cada uno con un fornicador, una muchachita y un muchachito para que sirviesen a nuestros placeres durante las ejecuciones; junto a cada uno de los retratos que nos rodeaban había una campanilla.

—Que cada uno elija alternativamente —nos dice Ferdinand— una víctima entre los cincuenta retratos que lo rodean, que tire de la campanilla correspondiente al objeto de su elección: en seguida le será ofrecida la víctima que haya designado; se divertirá un rato con ella... A continuación, veis que en cada sitio hay una escalera que lleva al teatro: hará subir a su víctima por ella, le adjudicará el suplicio que más le excite, después lo ejecutará uno mismo, si se quiere; en caso contrario, hará una señal al verdugo del suplicio que haya elegido y la víctima, arrastrada al momento por este hombre, será sacrificada ante sus ojos. Pero por el mismo interés de vuestros placeres, no actuéis más que uno tras otro: somos los dueños de nuestro tiempo, nada nos apremia y las horas mejor empleadas del mundo son siempre las que se les arranca a los demás.

—Santo Dios —le dice Clairwil al rey—, jamás había visto una imaginación más fértil que la tuya.

—No me atribuyáis la gloria de esto —dice el napolitano—: Todas estas fantasías excitaban a los tiranos de Siracusa que me precedieron. He encontrado en mis archivos rastros de estos horrores; me han vuelto loco; me divierto en ellos con mis amigos.

Gravines es el primero en llamar: su elección recae sobre un joven de dieciséis años, hermoso como el día; aparece y Gravines es el único que tiene derecho a divertirse con él; lo azota, lo chupa, le muerde el verga, le chafa un cojón, y acaba por enviarlo a las llamas:

—Es sodomita —dice el malvado pretenciosamente— y, como tal, ese es el suplicio que le conviene.

Clairwil es la siguiente y como podéis imaginar su elección también recae sobre un muchacho: apenas tenía dieciocho años; era hermoso como Adonis; la granula lo chupa, lo masturba, lo fustiga, se deja lamer el coño y el culo por él; después, lanzándose al teatro con él, la bribona lo empala en persona mientras se hace encular por uno de los verdugos.

Sigue Olympe: una muchacha de trece años es su objeto elegido; la acaricia y la hace colgar.

Ferdinand viene después. Como Clairwil, elige a un joven.

—Me gusta el suplicio de las mujeres —nos dice—, pero me complazco todavía más en el de los individuos de mi sexo...

Aparece el adolescente: veinte años, fuerte como un Hércules, con el rostro del Amor. Ferdinand hace que se la meta, se lo devuelve, lo fustiga y lo lleva él mismo al suplicio; le rompe los huesos. Así quebrado lo pone en la rueda donde se le deja expuesto al fondo del teatro.

La Riccia elige una muchacha de dieciséis años, hermosa como Hebe, y tras haberle hecho sufrir toda suerte de horrores, la hace trincar completamente viva.

Charlotte llama a una niña de doce años y cuando se ha divertido con ella hace que la corten la cabeza mientras la fornican dos hombres.

Yo hago venir a una muchacha de dieciocho años, soberbia; en mi vida había visto un cuerpo tan hermoso. Tras haberla besado, manoseado, lamido todas las partes de su cuerpo, la llevo al suplicio; y trabajando junto con los verdugos, le quito con tiras de cuero trozos de carne más grandes que la mano: expira, y sus verdugos me joden sobre su cadáver.

Este juego nos complacía demasiado como para que no se prolongase. En total, inmolamos mil ciento setenta y seis víctimas, lo que hace ciento sesenta y ocho por barba, de las cuales seiscientas eran muchachas y quinientos sesenta y seis muchachos.

Charlotte y Borghèse fueron las únicas que sólo sacrificaron muchachas. Yo hice perecer tantos individuos de un sexo como de otro; la Riccia igual; pero Clairwil, Gravines y Ferdinand sólo inmolaron hombres y casi todos con sus propias manos. Durante todo ese tiempo no habían dejado de fornicamos y nuestros atletas fueron cambiados varias veces. Nos retiramos al cabo de cuarenta y cinco horas, pasadas totalmente en la embriaguez de los más divinos placeres.

—Señora —le digo en voz muy baja a Charlotte al separarme de ella—, recordad el billete que me habéis firmado...

—Y tú —me respondió Charlotte también en voz baja—, la cita que te he dado para pasado mañana... Sé tan cumplidora como yo, no te pido más.

Volvimos. No dejo de explicar en seguida a Clairwil lo que sólo había podido decirle al vuelo.

—Ese proyecto es delicioso —me dice.

—Sí, ¿pero no ves a dónde quiero llevarla?

—No.

—Aborrezco a Charlotte.

—¡Oh!, bésame, amor... ¡Cómo comparto tus sentimientos!

—¡Ah!, no: es que me ama con locura, es que quiere siempre que la haga descargar y nada me aburre tanto como esas preferencias. Sólo a ti, ángel mío, de todo el mundo, sólo a ti te perdono que me ames.

—¡Qué cabeza la tuya, Juliette!

—¡Convén en que es digna de la tuya!

—¡Oh!, sí, ¡ángel mío!... En fin, ¿qué vas a hacer con Charlotte?

—Al día siguiente de tener sus tesoros, envió el billete que ves al marido y espero que cuando él lea: «Robaré todos los tesoros de mi marido y se los daré como recompensa a la que me dé el veneno necesario para enviarlo al otro mundo», espero, digo, que cuando el querido esposo vea esas palabras condenará a muerte a Charlotte, o al menos a la prisión más terrible.

—Sí, pero Charlotte, condenada, descubrirá a sus cómplices; dirá que ha sido a nosotras a quienes ha entregado sus tesoros.

—¿Sería presumible que si fuésemos nosotras las que los hubiésemos recibido, fuésemos las que enviásemos el billete al rey?

—Presumible o no, Ferdinand hará sus pesquisas.

—Tendré el cuidado de enterrarlo todo en nuestro jardín. Yo misma iré a hablar con el rey: si sus sospechas recaen violentamente sobre nosotras, le amenazaré con revelar la horrible trampa de la cucaña de antes de ayer. Ferdinand, débil y tonto, tendrá miedo de mis amenazas, y se callará... Y además:

»Una victoria sin peligro es un triunfo sin gloria.

»Hay que arriesgar algo para ser rico: ¿piensas que cincuenta o sesenta millones no merecen algunos costos?

—Pero si nos cogen, moriremos.

—¿Qué importa? Lo que menos temo en el mundo es ser colgada. ¿Acaso no se sabe que se descarga muriendo así? Jamás me asustó el cadalso. Si nunca soy condenada a él, me verás volar hacia él impudicamente... Pero, tranquilízate, Clairwil, el crimen nos ama, nos favorece; te garantizo su éxito.

—¿Confiarás nuestros proyectos a Borghèse?

—No, no me gusta ya esa mujer.

—¡Oh!, joder, yo la detesto.

—Hay que deshacerse de ella lo más pronto posible.

—¿Nos vamos mañana al Vesubio?

—Tienes razón, que las entrañas de ese volcán le sirvan de tumba... ¡Qué muerte!

—Me ha venido a la cabeza sólo porque la supongo terrible.

—Me gustaría más cruel todavía.

—Cuando odiamos las dos, ¡oh!, odiamos bien.

—Hay que cenar con ella como de costumbre.

—Halagarla incluso.

—Déjame llevar esto, tú sabes que la falsedad se alía con mi máscara y mi carácter.

—Hay que masturbarla esta noche.

—Por supuesto.

—¡Oh!, ángel mío. ¡Cuán ricos vamos a ser!

—Una vez dado el golpe hay que abandonar Nápoles.

—E Italia... Hay que volver a Francia, comprar tierras y pasar nuestros días juntas... ¡Cuántas voluptuosidades nos esperan! No tendrán más leyes que nuestros deseos.

—No habrá ni una sola que no podamos satisfacer al momento. ¡Oh!, amor, ¡cuán feliz se es teniendo dinero! ¡Qué imbécil es aquel que no utiliza todos los medios, legítimos o no, para conseguirlo! ¡Oh!, Clairwil, me arrancaría mil vidas antes que quitarme el gusto de robar; es uno de los mayores placeres de mi vida; es una necesidad de mi existencia. Robando siento la misma sensación que una mujer ordinaria cuando se la masturba. Todas las fechorías excitan dentro de mí los centros nerviosos del templo de la voluptuosidad, igual que lo harían vergas o dedos; sólo con maquinarias ya descargo... Ven, mira este diamante, Charlotte me lo había ofrecido, vale cincuenta mil escudos; lo he rechazado: ofrecido, me disgustaba; robado, me deleita.

—¿Se lo has robado?

—Sí. Ya no me asombra el que haya hombres que se hayan entregado a esta pasión sólo por la voluptuosidad que procura; pasaría mi vida dedicada a esto, y te juro que aunque tuviese dos millones de renta, seguiría robando por libertinaje.

—¡Ah!, amor mío —me dice Clairwil—, ¡cuán cierto es que la naturaleza nos ha creado a la una para la otra!... Bien, seremos inseparables.

Cenamos con Borghèse; todo se dispuso de común acuerdo para el paseo del día siguiente al Vesubio. Por la noche fuimos a la Ópera; el rey vino a visitarnos a nuestro palco, lo que atrajo todas las miradas sobre nosotras. De vuelta en el hogar, propusimos a Borghèse pasar una parte de la noche comiendo asados con vino de Chipre y masturbándonos; estuvo de acuerdo; y Clairwil y yo llevamos la falsedad hasta el punto de hacer descargar siete u ocho veces a esta mujer condenada por nuestra maldad, y de descargar a nuestra vez en sus brazos otras tantas. Después la dejamos acostarse mientras mi amiga y yo pasábamos la noche juntas; y todavía perdimos cada una tres o cuatro veces semen con la deliciosa idea de traicionar al día siguiente todos los sentimientos de la confianza y la amistad. Son necesarias cabezas como las nuestras para concebir tales extravíos, lo sé; ¡pero desgraciado el que no la tiene! Está privado de los grandes placeres; me atrevo a asegurar que no entiende nada de voluptuosidad.

Nos levantamos temprano. No se duerme cuando se proyecta un crimen; su sola idea enciende todos los sentidos; se lo acaricia bajo todas sus formas, se lo saborea bajo todos sus aspectos y se goza mil veces por adelantado del placer que nos hará saltar de alegría en cuanto el crimen es cometido.

Una calesa de seis caballos nos condujo al pie del volcán. Allí encontramos guías cuyo trabajo consiste en atarle a uno unas correas para sujetarse a ellas cuando se escala la montaña; se tarda dos horas en llegar a la cima. Los zapatos nuevos que uno lleva para esta escalada están quemados a la vuelta. Subimos alegremente, tomábamos el pelo a Olympe; y faltaba mucho para que la desgraciada comprendiese el doble sentido, tan traidor como retorcido, de los sarcasmos que le dedicábamos.

El ascenso de esta montaña es de una terrible molestia: constantemente con la ceniza en la garganta, si se avanzan cuatro pasos, se retroceden seis, y siempre con el temor de que una lengua de lava os trague completamente vivos. Llegamos cansadísimas y descansamos en cuanto estuvimos en la boca del volcán. Entonces fue cuando consideramos con un prodigioso interés el tranquilo orificio de ese volcán que en sus momentos de furia hace temblar al reino de Nápoles.

—¿Creéis —les dijimos a nuestros guías— que todavía se puede temer algo?

—No —respondieron—; puede lanzar algunos trozos de asfalto, de azufre o de piedra pómez; pero es muy probable que no haya ya erupción.

—Pues bien, amigos míos —dice Clairwil—, dadnos la cesta con nuestras vituallas y volved al pueblo. Vamos a pasar el día aquí: queremos dibujar, hacer planos.

—Pero ¿y si sucediese algo?

—¿No decís que no pasará nada?

—No podemos asegurarlo.

—¡Pues bien! Si sucede algo, vemos el pueblo desde el que nos habéis traído, bajaremos perfectamente hasta él...

Y tres o cuatro onzas que deslizamos en sus manos los decidieron rápidamente a dejarnos.

En cuanto estuvieron a cuatrocientos pasos, Clairwil y yo nos miramos fijamente:

—¿Utilizaremos algún engaño? —le digo en voz baja a mi amiga.

—No —me dice—, la fuerza...

Y lanzándonos las dos sobre Olympe en ese mismo momento:

—¡Zorra! —le dijimos—, estamos hartas de ti; te hemos hecho venir sólo para perderte... Vamos a tirarte viva a las entrañas de este volcán.

—¡Oh!, amigas mías, ¿pero qué he hecho?

—Nada. Nos tienes hartas, ¿no es eso suficiente?...

Y según decíamos esto le metemos un pañuelo en la boca y cortamos en un momento sus gritos y sus jeremiadas. Entonces Clairwil le ató las manos con cordones de seda que había traído para este propósito; yo hice otro tanto con sus dos pies; y cuando ya no podía defenderse, nos divertimos contemplándola; las lágrimas que se escapaban de sus hermosos ojos caían como perlas sobre su bello pecho. La desvestimos, la manoseamos y las vejamos todo el cuerpo; maltratamos su bello pecho, fustigamos su encantador culo, le pellizcamos las nalgas, depilamos su montecillo; yo le mordí el clítoris hasta hacerlo sangrar.

Por fin, tras dos horas de horribles vejaciones, la levantamos por sus ataduras y la lanzamos en medio del volcán, dentro del cual distinguimos durante más de seis minutos el ruido de su cuerpo chocando y precipitándose sobre los ángulos agudos que la lanzaban de un lado a otro y la desgarraban por completo. Poco a poco el ruido disminuyó... acabamos por no oír nada.

—Ya esta hecho —dice Clairwil, que no había dejado de masturbarse desde que había lanzado el cuerpo—. ¡Oh! ¡Joder, amor mío, descarguemos las dos ahora tendidas en el brocal mismo del volcán! Acabamos de cometer un crimen, una de esas acciones deliciosas que a los hombres se les ocurre llamar atroces: ¡Y bien!, si es cierto que esa acción ultraja a la naturaleza, que se vengue, puede hacerlo ahora; que en este mismo instante caiga una erupción sobre nosotras, que surja la lava y nos trague...

Yo ya no estaba en condiciones de responder; estando yo misma en éxtasis, le devolvía a mi amiga centuplicadas las caricias con que me llenaba. Ya no hablábamos. Estrechamente abrazadas, masturbándonos como putas lesbianas, parecía que queríamos cambiar de alma por medio de nuestros encendidos suspiros. Algunas expresiones lúbricas, algunas blasfemias eran las únicas palabras que se nos escapaban. Insultábamos a la naturaleza, la hacíamos frente, la desafiábamos: y triunfantes por la impunidad en que nos dejaban su debilidad y descuido, parecíamos aprovechar su indulgencia para irritarla con cosas todavía más graves.

—¡Y bien! —me dice Clairwil, que fue la primera en volver de nuestro mutuo extravío—, Juliette, mira si la naturaleza se irrita con los pretendidos crímenes del hombre: podía tragarnos, hubiésemos muerto las dos en el seno de la voluptuosidad... ¿Lo ha hecho? ¡Ah!, puedes estar tranquila, no hay ningún crimen en el mundo que sea capaz de atraer sobre nosotras la cólera de la naturaleza: todos los crímenes la sirven, todos le son útiles y cuando ella nos los inspira no hay duda que los necesita.

No había acabado de hablar Clairwil cuando el volcán lanza una nube de piedras que cae como lluvia alrededor de nosotras.

—¡Ah!, ¡ah! —digo sin dignarme siquiera levantarme—. ¡Olympe se venga! Estos trozos de asfalto y de azufre son sus adioses, nos advierte que ya está en las entrañas de la tierra.

—Este fenómeno es muy simple —me respondió Clairwil—. Cada vez que un cuerpo pesado cae al volcán agita las materias que hierven constantemente en el fondo de su matriz y determina una erupción.

—Que nada altere nuestro plan, comamos, Clairwil, y creo que te equivocas sobre la causa de la lluvia de piedras que acaba de inundarnos: es sólo que Olympe nos pide sus ropas; hay que devolvérselas.

Y tras haber cogido el oro y las joyas, hicimos un paquete con el resto y lo echamos al mismo agujero que acababa de recibir a nuestra desgraciada amiga. Después comimos. No se oyó ningún ruido; el crimen estaba consumado, la naturaleza estaba satisfecha. Bajamos y encontramos a nuestra gente al pie de la montaña.

—Acaba de ocurrirnos una terrible desgracia —dijimos al acercarnos, con lágrimas en los ojos—... nuestra infortunada compañera... al avanzar demasiado cerca del borde... ¡Ay!, ha desaparecido... ¡Oh!, valientes hombres, ¿habría algún remedio?

—Ninguno —respondieron todos a la vez—; tenían que habernos dejado con ustedes, no os hubiese ocurrido eso; está perdida, jamás la volveréis a ver.

Ante este anuncio se redoblaron nuestras fingidas lágrimas y, subiendo a la calesa, estamos en Nápoles en tres cuartos de hora.

Ese mismo día divulgamos nuestra desgracia; Ferdinand en persona vino a consolarnos creyéndonos realmente hermanas y amigas; por muy depravado que fuese, jamás se le pasó por la cabeza que hubiésemos cometido ese crimen, y las cosas quedaron así. Pronto enviamos a Roma a la gente de la princesa de Borghèse, con los certificados de su accidente y escribimos a su familia que nos indicase qué hacíamos con sus joyas y su oro, que se elevaba, dijimos, a treinta mil francos, mientras que en realidad dejaba más de cien mil, del que podéis imaginar que nos habíamos apoderado; pero cuando la respuesta de la familia llegó, ya no estábamos en Nápoles y nosotras gozamos en paz del expolio hecho a nuestra amiga.

Olympe, princesa de Borghèse, era una mujer dulce, amorosa, arrebatada en el placer, libertina por temperamento, llena de imaginación, pero que jamás había profundizado en sus principios; tímida, sujeta todavía a sus prejuicios, susceptible de convertirse a la primera desgracia que le sobreviniese y que, por esta sola debilidad, no era digna de dos mujeres tan corrompidas como nosotras.

Nos esperaba un acontecimiento mucho más importante: el día

siguiente era el fijado con Charlotte para el robo de los tesoros de su marido. El resto de la tarde lo dedicamos Clairwil y yo a preparar una docena de grandes baúles y a cavar con gran secreto un gran agujero en nuestro jardín. Fue hecho por un hombre al que volamos la tapa de los sesos y fue lo primero que enterramos en esa misteriosa fosa: Que no haya cómplices, dice Maquiavelo, o deshazte de ellos en cuanto te han servido.

Por fin llegó el momento de poner el carro con los baúles bajo las ventanas indicadas. Clairwil y yo, vestidas de hombre, condujimos en persona el coche, y nuestra gente, creyendo que era una partida en el campo, no intentó descubrir más. Charlotte cumplió; la granuja deseaba el prometido veneno con demasiado ardor, si tenía éxito, para hacerse culpable de cualquier negligencia. Durante cuatro horas enteras nos bajó sacos que en seguida cargábamos nosotras en los baúles; por fin nos advirtió que ya estaba todo.

—Hasta mañana —respondimos.

Y volvimos apresuradamente a nuestro hogar, muy felices por no haber encontrado un alma durante todo el tiempo que había durado la expedición. En cuanto estuvimos en casa un segundo hombre nos ayudó a ocultar los baúles... y él mismo fue ocultado en cuanto se nos hizo innecesario.

Inquietas, cansadas, dichosas por ser tan ricas, esta vez nos acostamos sin pensar en los placeres. Al día siguiente, los rumores del robo hecho al rey se extendieron por toda la ciudad; aprovechamos este momento favorable para hacerle llegar el billete de la reina con todo el misterio posible. En cuanto lo leyó, se entregó al más terrible acceso de cólera y él mismo detuvo a su mujer, la confió al capitán de su guardia, con la orden expresa de conducirla al fuerte de Santa-Elma, donde la condena en secreto a las vestiduras más bastas y al alimento más sencillo. Se pasa ocho días sin verla. Ella lo apremia para que vaya. Aparece. La malvada lo confiesa todo y nos compromete de la forma más terrible. Ferdinand acude furioso a nuestro hotel, y como la conversación fue interesante la cuento en forma del diálogo.

Ferd.: Sois culpables de un horror; ¿debo creerlo en aquellas que creí mis amigas?

Clair.: ¿De qué se trata?

Ferd.: La reina os acusa de haber robado mis tesoros.

Jul.: ¿Nosotras?

Ferd.: Vosotras.

Clair.: ¡Qué absurdo!

Ferd.: Ha aceptado que por un momento conspiró contra mi vida y asegura que vosotras le habíais prometido el veneno necesario para quitármela si podía pagar ese don con mis tesoros.

Clair.: ¿Le habéis encontrado el veneno que dice haber pagado tan caro?

Ferd.: No.

Jul.: En ese caso, ¿cómo puede ser que haya consentido en entregar las sumas antes de tener el veneno prometido?

Ferd.: Es lo que yo he pensado.

Clair.: Sir, vuestra mujer es una granuja, pero una granuja muy poco hábil; sabiendo que estábamos unidas a vos, ha creído ocultar su infamia haciendo recaer sobre nuestras cabezas todo el horror de su execrable proyecto; pero la trama está demasiado mal urdida.

Ferd.: En fin, ¿quién puede haberme enviado ese billete?

Jul.: Sin duda los que tienen vuestros tesoros; pero podréis estar convencido de que están lejos; los que enviaron ese billete estaban a cubierto cuando os han informado y es para salvarlos por lo que la reina da nuestros nombres.

Ferd.: ¿Pero qué interés puede tener Charlotte ahora en aquellos que la traicionan?

Clair.: Ella tiene el veneno, no quiere que vos lo sepáis; en consecuencia ha hecho caer la sospecha sobre aquellos a los que les es imposible afirmar que ella lo tiene; pero está en sus manos, es seguro que lo posee y que vos habríais perecido sin la precaución que habéis tomado.

Ferd.: ¿Creéis que he hecho bien?

Jul.: Era difícil hacerlo mejor.

Ferd.: ¿La creéis culpable?... (Y Clairwil se puso a sonreír con malignidad). Ese gesto de vuestro rostro me abre los ojos —dice Ferdinand, furioso—, acabad de meter el puñal en mi corazón... ¿Sabíais algo?

Clair.: Vuestra mujer es un monstruo, os digo, os detestaba, y lo que mejor os queda por hacer es entregarla en seguida a todo el rigor de las leyes.

Ferd.: ¡Oh!, amigas mías, ¿no sabéis realmente nada del que ha robado mis tesoros?

Jul. y Clair.: Lo juramos.

Ferd.: ¡Pues bien!, que perezca en su prisión... que se muera de hambre y miseria... Y vosotras, amigas mías, perdonad mis sospechas, os pido excusas por haberlas concebido; veo cuán injusto era.

Jul.: Sir, nos basta que las hayáis tenido para que os pidamos el permiso de dejar al instante vuestros Estados.

Ferd.: No, no, os lo ruego; ahora que me he librado de esa villana... estoy mucho más tranquilo y todavía haremos cosas deliciosas.

Jul.: Vuestro descanso no implica el nuestro. Mujeres honradas no se consuelan nunca de haber tenido su honor comprometido.

Ferd.: ¡Ah!, no sospecho de ninguna de las dos —dice el rey precipitándose a nuestros pies— pero no me abandonéis nunca; sois necesarias para mi existencia, no me consolaría de vuestra pérdida.

Clair.: ¿Y qué suma te han robado?

Ferd.: Cuarenta millones; la mitad de lo que tenía; la malvada ha convenido en que lo había prometido todo, pero no se ha atrevido a darlo.

—Infame criatura —digo yo (pero impulsada por un sentimiento distinto al que podía inspirarme el rey, sólo la rabia de no tenerlo todo me hacía insultar a Charlotte)—. ¡Monstruo! ¡Qué audacia, qué impudicia!, jengañar de esa manera al mejor de los esposos! ¡Un hombre tan unido a ella, que lo sacrificaba todo para sus placeres! ¡Oh! ¡Jamás hubo en la tierra tanta ingratitud, y ni el más cruel de los suplicios podría castigarla!

En ese momento, Élise y Raimonde, arregladas como diosas, vinieron a servir el chocolate al príncipe. Ferdinand no las había visto todavía.

—¿Quiénes son estas mujeres? —preguntó completamente turbado.

—Nuestras señoritas de compañía —respondí.

—¿Por qué no las he conocido?

—¿Podíamos imaginar que os complacerían?...

Y el disoluto, olvidando al momento a su prisionera y su robo, quiere que se le entreguen las dos muchachas. En la circunstancia en que estábamos, tales deseos se convertían en órdenes para nosotras. Un cuarto se abre ante Ferdinand; se encierra allí con nuestras mujeres y no vuelve más que al cabo de dos horas, tras haberse excedido con ellas.

—Mis buenas amigas —nos dice al salir—, no me abandonéis, os lo ruego; olvidad todo reproche y os juro que ya no veo en vosotras sino la inocencia y la probidad...

Y desapareció.

Con una cabeza diferente a la del débil soberano de Nápoles, Charlotte hubiese sido envenenada al instante. Ciertamente le habíamos dicho suficientes cosas como para decidirlo a tal acción: ¿pero acaso este hombre sin carácter ni fuerzas era capaz de una acción enérgica? De esta forma no hizo nada. Toda Europa supo, sin conocer los motivos, la detención y su brevedad. En cuanto a nosotras, decididas a no esperar el desenlace de esta aventura, hicimos rápidamente los preparativos para nuestra marcha. Los cuarenta millones era una dificultad. Como habíamos comprado muchos bustos, mosaicos, mármoles antiguos y piedras del Vesubio, pusimos nuestro oro en los dobles fondos practicados en las cajas de este embalaje, y esta estratagema tuvo un gran éxito. Antes de cerrarlas, suplicamos al

rey que viniese a examinarlas; jamás quiso. Las sellamos; diez carros cargaron con ellas y nosotras. Un poco antes de partir, fuimos a despedirnos de Ferdinand que todavía hizo todo lo posible para retenernos y que nos dio en mano el pasaporte necesario para abandonar sus Estados.

Por la noche, dormimos en Capua; ocho días después en Roma, donde llegamos sin el menor percance. Sólo allí fue donde Clairwil informó a su hermano del proyecto que tenía de seguirme a París, donde deseaba acabar sus días; lo animaba a seguir el mismo camino: pero Brisa-Testa jamás quiso abandonar su profesión y por muchas que fuesen las riquezas que había conseguido nos aseguró que estaba decidido a morir con las armas en la mano.

—¡Muy bien! —me dice Clairwil—, ya está hecho, te prefiero a ti y no quiero que nos volvamos a separar.

Abracé mil veces a mi amiga y le juré que jamás se arrepentiría de esta decisión. ¡Cuán mal conocía yo la fatalidad de su estrella y la mía cuando le hacía esta promesa!

Proseguimos nuestro camino sin que nos sucediese nada interesante hasta Ancona, donde, aprovechando el mejor tiempo del mundo, nos paseábamos por el puerto cuando nos fijamos en una mujer alta de unos cuarenta y cinco años que nos examinaba con la más escrupulosa atención.

—¿Reconoces a esa mujer? —me dice Clairwil...

Me vuelvo... Observo.

—¡Ah! —le digo completamente asombrada—. Esa criatura es nuestra bruja de París... es la Durand.

Y apenas había acabado cuando la persona de la que hablábamos se echa transportada en nuestros brazos...

—¡Ah! ¡Ah! —dice Clairwil, un poco emocionada de volver a ver al cabo de cinco años a una mujer que le había predicho que sólo le quedaba ese tiempo de vida—. ¿Cuál es el destino que nos une en esta ciudad?

—Venid a mi casa —nos dice la Durand, que seguía igual de hermosa—; aunque esta gente no entiende nuestra lengua, es mejor no exponernos ante ellos.

La seguimos; y tras habernos recibido en el cuarto más bonito del hotel donde se alojaba:

—Qué contenta estoy —nos dice en cuanto nos sentamos— de poder procuraros en muy poco tiempo la amistad de la mujer más singular, la mejor en vuestro estilo que haya creado la naturaleza.

—¿Quién? —dice Clairwil.

—Es una hermana menor de la emperatriz, una tía de la reina de Nápoles, ignorada por el universo entero. La princesa Christine manifestó desde su más tierna infancia una inclinación tan violenta

hacia el libertinaje que su padre vio la imposibilidad de casarla. Viendo que sus malas inclinaciones crecían con la edad, tomó la resolución de comprarle una isla en Dalmacia, en la ribera del golfo de Venecia y le asignó tres millones de renta, la puso bajo la protección de los venecianos, que la concedieron el título de soberana de su isla y el permiso de hacer lo que le diese la gana en ella. Christine, relegada allí desde los dieciséis años, tiene cuarenta ahora y goza de todos los placeres que puede infundir la más extrema lubricidad. No os diré más, para dejaros todos los placeres de la sorpresa. Atravesaremos el golfo en una falúa suya, de la que puedo disponer cuando lo deseo; es un viaje de veinticuatro horas. Decidíos.

—Ya lo estamos —respondí—; estoy segura de que Clairwil estará de acuerdo: puesto que nuestro viaje tiene como fin estudiar las costumbres y ver cosas extraordinarias, sería un fallo si pudiendo observar lo que tú nos propones nos negásemos por indiferencia.

—¡Oh! ¡Santo cielo! —dice mi amiga—. ¡Cómo vamos a joder en la isla de Christine!

—Jamás —dice la Durand—, jamás habréis tenido tanto placer.

—¡Qué! —digo— ¿entonces tiene allí...?

—¡Ah! No, no, no quiero decir nada —respondió la Durand—, os reservo toda la sorpresa.

Y cambiamos de tema para no disgustar a una mujer que parecía no querer abrirse más.

—¡Oh! ¡Pues claro! —le digo a la Durand—, y ahora que te encuentro tienes que contarme el motivo que te hizo desaparecer de repente de París. ¿Por qué no estabas en la cita que le habías dado al conde del Belmor, al que yo te iba a presentar?

—Ciertamente —respondió la Durand— la razón que me impidió encontrarme allí no podía ser mejor: me colgaban ese día.

—¿Estás loca?

—Me colgaban —nos dice—; la cosa es simple, se explica en dos palabras. Yo le había proporcionado veneno al joven duque de *** para truncar los días de su madre. Los remordimientos turbaron los proyectos de ese imbécil; me traicionó; fui detenida, mi proceso hecho en veinticuatro horas. Pero como estaba estrechamente unida a Samson, obtuve de él no ser colgada más que aparentemente. Aclaraciones, confesiones, me valieron aplazamientos. Salí del Hotel de Ville al amanecer; Samson hizo un nudo corredizo y me escamoteó. Me llevaron al cementerio; uno de sus criados me compró por orden suya y dejé París esa misma noche. Volví al año siguiente con otro nombre y a otro barrio, sin que nadie me hubiese puesto proceso. Tiene razón la gente que dice que la cuerda del colgado da suerte. Tengo sesenta mil libras de renta y mis fondos crecen cada año. Todos los años hago un viaje a Italia; aquí preparo los venenos que

distribuyo por toda Europa: prefiero eso a componerlos en mi patria. Realmente la moda de ese tipo de asesinatos hoy es tal que apenas si doy abasto. ¡En casa de Christine veréis efectos muy excitantes de los venenos que compongo!

—¿Se los vendes?

—¡Ah!, ¡buen Dios!, por cien mil escudos todos los años.

—¿Así que es cruel?

—Es una Zingha.

—¡Ah!, ya la adoro —dice Clairwil—; vamos, Durand, nos vamos cuando quieras.

—Encantadora mujer —digo yo entonces—, como quiero satisfacer mi curiosidad, te exijo por fin que nos desvelas ahora quiénes eran los personajes singulares por los que nos hiciste golpear, flagelar, que, en una palabra, hicieron tantas cosas ante nosotras en tu casa...

—Uno —nos dice la Durand— es el célebre duque de ***, el otro Beaujon, ese millonario tan conocido. Desde hace cuatro años me pagan los dos enormes cantidades por expediciones semejantes. No tenéis idea de las mujeres y muchachas que he engañado con ellos de la misma manera. Pero, a propósito —dice la Durand dando órdenes—, ¿creéis que os voy a dejar salir de mi casa sin cenar? Una negativa vuestra me desesperaría; espero que no lo haréis...

Y en seguida fue servida una espléndida comida.

—Durand —dice Clairwil en los postres—, nos prometes grandes placeres para mañana, pero no nos hablas de los de hoy; sin embargo he visto entre sus criados a tres o cuatro buenos mozos que tienen aspecto de empinarla bien.

—¿Quieres probarlos?

—¿Por qué no? ¿Y tú, Juliette?

—No —le digo preocupada por una idea más fuerte que yo y de la que no era dueña—; no, prefiero beber licores y charlar con Durand a joder. Tengo la regla y no me siento en condiciones.

—Es la primera vez que rechazas unos vergas —dice Clairwil con una especie de inquietud cuya causa estaba yo lejos de adivinar—... Vamos, ven, ángel mío —prosiguió Clairwil—, cuando no se puede joder por delante, se jode por detrás; ven, sabes que sin ti nunca gozo de verdaderos placeres.

—No —le digo, dominada todavía por esa especie de presentimiento—; no, te digo, no estoy nada cachonda y quiero conversar...

Clairwil entra en el gabinete destinado para ella y en un espejo veo claramente una señal que le hace a la bruja y que me pareció que no podía ser más que una apremiante advertencia de silencio. Se cierran las puertas; me quedo sola con la Durand.

—¡Oh!, Juliette —me dice esta mujer en cuanto me quedo sola con ella—, da gracias a tu estrella por los sentimientos que me inspiras. Encantadora muchacha —prosigue dándome un abrazo—, no, tú no serás la víctima de un monstruo... Eres preferible a él en todos los aspectos y salvaré tu vida previniéndote de todo.

—¿Pero de qué se trata?, señora, ¿se me hiela la sangre de terror!

—Escúchame, Juliette, y sobre todo no reveles nada. Esa isla, en Dalmacia... esa princesa Christine... ese viaje... Niña querida, estabas perdida... todo eso no eran sino trampas tendidas por una mujer que considerabas amiga tuya.

—¡Qué! ¿Clairwil?

—Había maquinado tu muerte. Está celosa de tus riquezas; tiene en su bolsillo un billete donde os habíais prometido mutuamente que la primera que muriese legaría sus bienes a la otra; te iba a asesinar para conseguir tus bienes.

—¡Oh! ¡Criatura infernal! —exclamé llena de furia.

—Tranquilízate, Juliette, tranquilízate; una palabra puede todavía perderte; acaba de escuchar. La falúa donde íbamos a embarcarnos naufragaría; nosotras nos salvábamos, tú perecías... Véngate; toma este paquete, contiene el polvo fulminante; es el veneno más rápido de los que utilizamos. En cuanto lo haya tomado caerá a tus pies como fulminada por un rayo. No te pido nada por el servicio que te presto; considéralo siempre como fruto de mi excesivo cariño por ti...

—¡Oh, mi benefactora! —exclamé llena de lágrimas—. ¡De qué terrible peligro me libras!... Pero acaba de explicarme todo ese misterio... ¿Cómo estabas en Ancona?... ¿cómo te ha visto Clairwil?

—Os sigo desde Nápoles adonde había ido yo por lo de mis venenos: Clairwil me encontró allí y me ordenó todo esto. Os dejé en Loreta y vine a esta ciudad para preparar una escena a la que yo me prestaba sólo con el más firme deseo de salvarte la vida. Si me hubiese negado, Clairwil hubiese utilizado otros medios y tú habrías perecido infaliblemente.

—Pero, si Clairwil había decidido deshacerse de mí, ¿qué necesidad tenía de esperar tanto tiempo?

—No habíais hecho vuestras escrituras, vuestras sumas no estaban colocadas, era preciso salir de Roma y ella sabía que una vez que dejaseis esa ciudad sólo os detendríais en Loreta. Entonces me ordenó que lo dispusiese todo para la jornada siguiente.

—¡Indigna criatura! —exclamé—. ¡Tú, a la que yo amaba tan sinceramente, a cuyos brazos me entregaba con tanto candor y buena fe!

—Es un monstruo de falsedad y perfidia: no hay un solo momento en el que se pueda contar con ella; y el instante en que uno se imagina que menos tiene que temer es aquel en el que hay que desconfiar más

de ella... Oigo ruidos, quizás vuelve; teme nuestra entrevista; cambia la cara y no te traiciones; adiós.

En efecto, Clairwil volvió muy agitada; había jodido mal, decía, los dos hombres que le habían dado no la empalmaban bien; además, no estaba acostumbrada a gozar de placeres que no compartía con su querida Juliette.

—Descargaría mejor contigo —me dice—, si quisieras que nos masturbásemos.

—Será esta noche —respondí, disimulando lo mejor que podía mi cruel estado—; pero te juro que ahora, querida, ni por Adonis me pondría cachonda.

—¡Pues bien! —dice Clairwil—, volvamos a casa; también yo me siento harta; no me molestaría meterme en la cama temprano. Adiós, Durand —prosiguió—, hasta mañana. Sobre todo trata de que tengamos en la falúa músicos, víveres y buenos fornicadores; no conozco otra forma de no aburrirme en el mar.

Volvimos.

—Es una mujer muy singular esa Durand —me dice Clairwil en cuanto estuvimos solas—; es muy peligrosa, querida: ¡cómo ha puesto a prueba mi amistad contigo! ¿Puedes creer que en el momento que nos has dejado solas unos minutos para pasar al guardarropa, la criminal me ha propuesto envenenarte por dos mil luises?

Muy poco sorprendida, no vi en este discurso sino una trampa muy mala en la que no podía caer. Sin embargo, adopté un aire de creerlo todo.

—¡Oh! ¡Dios! —le digo—. ¡Esa mujer es un monstruo! Esa es la razón por la que la encontraba tan falsa en el poco rato que he estado charlando con ella.

—Sin duda; había conspirado contra sus días; la divertía tu muerte.

—¡Ah! —digo, mirando fijamente a Clairwil—. Era quizás en nuestro viaje por mar cuando la granuja realizaría su funesto golpe...

—No —dice Clairwil sin ningún embarazo—... comiendo esta noche y esa es la razón por la que te he arrastrado tan deprisa...

—Pero ahora me inquieta ese viaje —le digo—, ¿me respondes de él?

—¡Oh!, por mi cabeza: he cambiado totalmente sus ideas, te aseguro que ella ya no piensa en eso; cenemos.

Nos sirven; yo estaba decidida. Ante la absoluta imposibilidad de dejarme engañar por lo que me decía Clairwil y muy imbuida de la franqueza de las confesiones de la Durand, deslizo en el primer plato que le sirven a Clairwil el veneno oculto entre mis dedos... Traga, se bambolea y cae lanzando un grito furioso.

—Heme aquí vengada —les digo a mis mujeres, completamente

asombradas ante el síncope...

Y en seguida les descubro la aventura.

—¡Oh!, joder —exclamé—, saboreemos el dulce encanto de la venganza y hagamos horrores: masturbadme las dos sobre el cadáver de esta puta y que su ejemplo os enseñe a no traicionar jamás a vuestra amiga.

Desnudamos a Clairwil, la tendimos así sobre una cama... La masturbé; todavía estaba caliente; armada con un consolador la jodí; Élise me daba a besar su culo; entretanto, cosquilleaba en el coño de Raimonde. Le hablaba a esa desgraciada como si todavía existiese; le dirigía reproches e insultos, como si pudiese oírme; agarré vergas, la azoté... la enculé. Insensible a todo, vi que ya no había ninguna esperanza e hice que la metiesen en un saco. Y sus propios criados, que la detestaban y que me agradecieron infinitamente que los hubiese librado de tan mala ama, se encargaron de llevarla secretamente al mar en cuanto se hizo de noche.

Al momento escribí a mi banquero en Roma diciéndole que en razón del contrato establecido entre Clairwil y yo, gracias al cual los bienes colocados juntos en su casa pertenecían al último vivo, se encargase de no pasar sino a mí el total de la renta. De donde resultaba que reuniendo las dos fortunas sobre mi persona, me encontraba con más de dos millones de renta. Nada se arregla tan fácilmente en Italia como un asesinato: di doscientos cequíes a la justicia de Ancona y ni siquiera hubo juicio.

—¡Y bien! —le digo a Durand al día siguiente cuando fui a cenar con ella, y sin quererle explicar todavía nada—. ¿Así habéis querido engañarme? Clairwil me lo ha dicho todo: vos debíais envenenarme ayer tarde... Ella fue la única que se opuso.

—¡La infernal criatura! —respondió la Durand con absoluto aire de franqueza—. ¡Oh!, Juliette, creed que os he dicho la verdad: os amo demasiado para mentiros en hechos tan graves. Soy criminal como la primera, quizás más que cualquier otra, pero cuando amo a una mujer no la engaño jamás... Así que no la has ejecutado.

—No, Clairwil respira; me sigue; vamos a marcharnos. ¡Y bien!, ya que te he traicionado, me retiro...

—¡Oh!, Juliette, cuán mal pagáis los servicios que os he prestado...

—Mejor de lo que piensas, Durand —interrumpí con vivacidad mientras le deslizaba con una mano una cartera donde había cien mil escudos y mostraba con la otra los cabellos de Clairwil que le había cortado—. Toma, estos son los ornamentos de la cabeza que has proscrito y esta la recompensa por tu generosa amistad.

—Guarda todo eso —me respondió la Durand—. Juliette, te adoro, el único precio que yo quería por todo lo que he hecho era la

dicha de adorarte sin rival: estaba celosa de Clairwil, no lo oculto, pero la hubiese perdonado sin el horror del que se hizo culpable respecto a ti. Me era imposible perdonarle el atentado maquinado contra los días de aquella cuya vida querría prolongar a costa de la mía. Soy mucho menos rica que tú, sin duda, pero tengo de qué vivir magníficamente y puedo pasarme sin el dinero que me ofreces: mi oficio jamás dejará que me falte nada; no quiero ser pagada por un servicio hecho con el corazón.

—En adelante no habrá más separaciones entre nosotras —le digo a la Durand—; deja tu albergue, vente al mío; tomarás la gente y el equipaje de Clairwil y nos marcharemos a París dentro de dos o tres días.

Todo se arregló; Durand no conservó más que a una ayuda de cámara a la que tenía mucho afecto; despidió el resto y vino a aposentarse en el lugar de Clairwil.

Por la forma en que esta mujer me devoraba con los ojos era fácil ver que lo que esperaba con más impaciencia era el momento en que, en precio por lo que había hecho, le concediese mis favores. No la hice esperar: tras una cena suntuosísima y muy elegante, le tiendo los brazos; se lanza a ellos; volamos a mi habitación; cerramos todo y yo me entrego con indecible delicia a la más libertina y lujuriosa de las mujeres. Durand, de cincuenta años, todavía tenía sus atractivos; sus formas eran bellas y estaban bien conservadas, su boca fresca, su piel suave y poco arrugada; un culo soberbio, el pecho todavía firme, muy blanco, unos ojos muy expresivos, rasgos nobles y placeres que transportan... ¡gustos más extravagantes!... Por un capricho de la naturaleza, del que jamás habíamos dudado Clairwil y yo, Durand nunca había podido gozar de los placeres ordinarios de la posesión: estaba atrancada, pero (y debéis acordaros de eso) su clítoris, largo como el dedo, le inspiraba un gusto muy ardiente por las mujeres. Las jodía, las enculaba; también se encontraba con muchachos: la gran anchura del agujero de su culo me demostró pronto que, en cuanto a las introducciones, se resarcía con esta. Hice los preliminares y creí que se moría de placer en cuanto sintió mis manos sobre su carne.

—Desvistámonos —me dice—, sólo desnuda se goza bien. Además, tengo unas ganas enormes de volver a ver tus encantos, Juliette, ardo en deseos de comérmelos...

Todo cae en un minuto. Mis besos recorren con ardor ese hermoso cuerpo; y quizás hubiese tenido yo menos placer si Durand hubiese sido más joven. Mis gustos empezaban a ser depravados y el otoño de la naturaleza me daba sensaciones más vivas que su primavera. Objeto único de las caricias de esta mujer perfecta y ardiente, era colmada de lujurias; ¡no es posible imaginarse hasta qué punto llevaba sus refinamientos!: ¡oh!, ¡cuán voluptuosas son las mujeres criminales!

¡Cuán sabias son sus lubricidades!

Mojigatas, lánguidas y frías, insoportables gazmoñas que no os atrevéis a tocar el miembro que os perfora y que os ruborizaríais por soltar semen mientras jodéis, venid, venid aquí a tomar ejemplo: en la escuela de la Durand os convenceríais de vuestra ineptitud.

Tras las primeras caricias, Durand, menos cortada que cuando Clairwil estaba con nosotras como tercero, me declaró sus fantasías suplicándome que me sometiese a ellas. De rodillas delante de mí, tenía que llenarla de insultos mientras le frotaba la nariz ora con el culo ora con el coño; mientras le frotaba por delante tenía que mearle en el rostro. Hecho esto, debía cubrirla de patadas y de puñetazos, apoderarme de un puñado de vergas y fustigarla hasta que sangrase. Una vez que la hubiese tirado al suelo a fuerza de malos tratos, tenía que acariciarla durante un cuarto de hora con mi cabeza entre sus muslos, socratizándola con una mano y manoseando sus tetas con la otra; después, en cuanto estuviese bien cachonda, debía dejarme encular por su clitoris mientras ella masturbaba el mío.

—Te pido perdón por tantas cosas, Juliette —me dice esta libertina tras habérmelo explicado todo—, ¡pero si supieses a dónde nos arrastra la saciedad!...

—Después de treinta y cinco años de libertinaje constante, jamás debe excusarse uno por sus gustos —respondí—: Todos son respetables, todos están en la naturaleza; el mejor de todos es el que más nos halaga.

Y poniendo manos a la obra, la satisface tan bien que pensó morir de placer. Nada podía igualar las crisis voluptuosas de la Durand. En mi vida había visto a una mujer descargar de esa forma: no sólo lanzaba su semen como un hombre, sino que acompañaba esta eyaculación de gritos tan furiosos, de blasfemias tan fuertes y espasmos tan violentos que se creería que había caído en un ataque de epilepsia. Yo fui enculada como si se hubiese tratado de un hombre y sentí el mismo placer.

—Entonces —me dice levántandose—. ¿Estás contenta de mí?

—¡Oh!, joder —exclamé—, ¡eres deliciosa, eres un verdadero modelo de lubricidad! Tus pasiones me encienden: devuélveme todo lo que te he hecho.

—¡Qué!, ¿quieres ser golpeada?

—Sí.

—¿Abofeteada, fustigada?

—Por supuesto.

—¿Quieres que te mee en el rostro?

—Sin duda, y date prisa; porque estoy cachonda y quiero descargar.

La Durand, más acostumbrada que yo a estos servicios, se dedica

a ellos con tal agilidad, utiliza una habilidad tal, que en seguida hace que me corra con las voluptuosas titilaciones de su impúdica lengua.

—¡Cómo descargas, amor mío! —me dice—. ¡Con qué fuerza sientes el placer! ¡Ah!, no me vas a la zaga en nada.

—Tengo que confesártelo, Durand —respondí—, me vuelves asombrosamente loca; estoy exhuberante por haberme liado con una mujer como tú; dueñas las dos de los días del universo entero, me parece que nuestra unión nos hace superiores a la misma naturaleza. ¡Oh! ¡Cuántos crímenes vamos a cometer! ¡Cuántas infamias vamos a hacer!

—¿Entonces no echas de menos a Clairwil?

—¿Acaso puede ocurrirme eso cuanto te poseo a ti?

—¿Y si no hubiese inventado toda esa historia más que para librarme de una rival?

—¡Oh!, ¡qué exceso de maldad!

—¿Y si me hubiese mancillado con ese crimen?

—Pero, Durand, Clairwil me dijo que tú le habías ofrecido envenenarme por dos mil luises.

—Sabía perfectamente que te lo diría; tampoco ignoraba que esa confidencia por parte suya, lejos de amedrentarte, te parecería sólo una trampa poco hábil que, con lo penetrante que sé que eres, sólo serviría para hacer que apresurases el crimen que yo quería que cometieses.

—¿Y por qué elegir mi mano para eso? ¿No podías encargarte tú?

—Era mucho más delicioso para mí hacerte cortar los días de mi rival; para que mi voluptuosidad fuese completa tenía que servirte tu brazo: lo ha hecho.

—¡Justo cielo! ¡Vaya mujer!... Pero el otro día cenando en tu casa ella estaba inquieta, gozó mal de los placeres que le proporcionaste: se hubiese dicho que desconfiaba de nuestra charla a solas... te hizo una señal...

—Yo había imbuido esa inquietud porque presentía los resultados que podía tener sobre ti; ya ves que lo logré y que su aire trastornado pronto la hizo más culpable a tus ojos. Al decirle que yo te envenenaría por dos mil luises, debió temer que te propusiese otro tanto contra ella. He aquí explicada la señal, de ahí que temblase con la charla y ese estremecimiento, obra mía, produjo en tu espíritu el efecto que yo esperaba: dos horas después fue ejecutado el golpe.

—¡Qué!, por mi honor, ¿era inocente Clairwil?

—Ella te adoraba... yo también te adoraba y no podía soportar rivales...

—Tú, ganas, malvada —le digo a la Durand precipitándome en su seno—, sí, tú ganas por completo y te idolatro hasta el punto de que si tuviese que volver a cometer ese crimen, lo haría sin necesidad de los

motivos que tú preparaste... ¿Y por qué no me declaraste tu amor en París?

—No me atreví delante de Clairwil y cuando volviste a verme sin ella, el hombre que traías me coartó; la segunda vez yo ya no estaba. Pero nunca te he perdido de vista, mi querida y tierna amiga. Te seguí a Angers, a Italia, mientras seguía haciendo mi comercio; siempre te tuve ante mi vista. Mi esperanza desapareció cuando vi tus diferentes relaciones con las Donis, las Grillo, las Borghèse y me desesperé todavía más cuando supe que habías encontrado a Clairwil... Por fin te seguí desde Roma hasta aquí y, cansada de mi larga contrariedad, quise acabar la aventura: ya ves mi éxito.

—¡Inexplicable y deliciosa criatura! ¡Nunca se llevó tan lejos la falsedad, la intriga, la maldad, el crimen y los celos!

—¡Es que nadie ha tenido nunca ni mis pasiones ni mi corazón! ¡Es que nadie amó nunca como yo te amo!

—Pero cuando se extingan tus fuegos, me tratarás sin duda como acabas de hacerlo con Clairwil... ¿Tendré tiempo de defenderme?

—Voy a tranquilizarte, ángel mío, y responder con energía a tus injustas sospechas; escúchame. Exijo que conserves siempre a una de tus mujeres, Élise o Raimonde; elige, sólo te dejo una, te prevengo.

—Ya he elegido, me quedo con Raimonde.

—¡Pues bien! —prosiguió Durand—. Si alguna vez Raimonde perece de una forma trágica y tú no puedes imaginar la causa, acúsame a mí. Ahora exijo que dejes un escrito en manos de esa muchacha, que la autorice a denunciarme como tu asesino si alguna vez pereces tú misma de forma desgraciada durante nuestra unión.

—No, no quiero esas precauciones; me entrego a ti y lo hago con placer; me gusta Élise, déjame a todo el mundo, no te entrometas en mis gustos. Soy libertina, nunca te prometeré ser buena, pero te haré el juramento de adorarte siempre.

—No deseo tiranizarte; al contrario, yo misma serviré a tus placeres; lo haré todo por tus goces físicos; pero si la moral se mezcla alguna vez en esto, te abandonaré al instante. Me doy cuenta de la imposibilidad de cautivar a una mujer como tú, puta por principio y por temperamento: sería, lo se, como poner diques al mar; pero siempre puedes ser dueña de tu corazón, lo pido... Exijo que sea sólo mío.

—Te lo juro.

—Bien, gozaremos de grandes placeres; el libertinaje sólo es bueno cuando el sentimiento no entra para nada en él: es preciso tener una sola amiga, amarla sinceramente sólo a ella, y joder con todo el mundo... Juliette, si quieres hacerme caso, hay que renunciar al tren de opulencia que tú llevas; yo misma reduciré mi tren a la mitad; seguiremos teniendo la misma buena comida, todas nuestras

comodidades, pero es inútil exhibirse. Además quiero seguir con mi condición y difícilmente se acerca nadie a comprar a una mujer que viaja como una reina.

—Y yo también —respondí— quiero satisfacer mis gustos, quiero robar, quiero prostituirme y difícilmente nos entregaremos a todo eso con tanto aparato.

—Es preciso que yo pase por madre tuya: yo misma te prostituiré con ese título. Élise y Raimonde serán parientes tuyas; también traficaremos sus encantos y puedes estar segura de que a la cabeza de un serrallo como este haremos dinero en Italia.

—¿Y tus venenos?

—Los venderé mejor, los venderé más caros. Tenemos que volver a Francia sin habernos gastado un sólo céntimo nuestro y por lo menos con dos millones de provecho.

—¿Qué camino vamos a tomar?

—Me gustaría volver al sur. No tienes idea, Juliette, de la depravación de costumbres calabresas y sicilianas; conozco esa parte, haríamos tesoros: el año pasado tuve unas ventas de quinientos mil francos de veneno; no daba abasto para hacerlos. Son crédulos, como toda la gente falsa; diciéndoles la buenaventura les convencí de todo lo que yo quería... ¡Oh, Juliette!, es un buen país.

—Me gustaría volver a París —le digo a la Durand—, estoy impaciente por establecerme allí: ¿no viviríamos mejor que corriendo así de un lado para otro?, ¿y no podríamos hacer las mismas cosas?

—Hay que ver al menos Venecia; de allí ganaremos Milán y Lyon.

—En buena hora.

Cenamos. Durand me dice que le gustaría correr con todos los gastos, que se cobraría con las ganancias que obtuviese de mí, pero me suplicaba que no le quitase el placer de parecer que me mantenía: consentí.

Confieso que yo ponía la misma delicadeza en recibir sus cuidados que ella en dármelos. El crimen tiene también sus delicadezas: mal conoce a los hombres aquel que no crea esto.

—¿Es verdad —le digo a mi nueva compañera— que tú posees el bálsamo de la larga vida?

—Ese bálsamo no existe —me dice la Durand—, los que lo distribuyen son sólo impostores. El verdadero secreto para prolongar la vida estriba en estar sobrio y en la templanza; ahora bien, nosotras estamos lejos de estas virtudes para esperar los dones del bálsamo. ¡Y! ¡Qué importa, querida, es preferible vivir un poco menos y divertirse!; ¿qué sería de la vida sin los placeres? Si la muerte fuese un tormento te aconsejaría que alargases la vida; pero como lo peor que nos puede ocurrir es caer en la nada en que estábamos antes de nacer, hay que recorrer el camino bajo la protección de los placeres.

—¡Oh!, amor mío, ¿entonces tú no crees en otra vida?

—Me sentiría muy avergonzada si creyese en semejantes quimeras; pero estoy demasiado iluminada sobre todas estas cosas y no creo que tenga nada que enseñarte e imagino que, muy imbuida de los primeros principios de la filosofía, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios son para ti extravagancias sobre las que ni siquiera te tomas el trabajo de reflexionar. Una vez demostrada la falsedad de todos esos sistemas, hay uno que levanto sobre las ruinas y que indudablemente tiene alguna originalidad; lo apoyo por infinidad de experiencias. Sostengo que el horror que la naturaleza nos inspira por la muerte no es sino fruto de los absurdos temores que nos creamos desde la infancia sobre ese aniquilamiento total, según las ideas religiosas con que hacen la tontería de llenarnos la cabeza. Una vez curados de esos temores y tranquilizados sobre nuestra suerte, no solamente no debemos ver la muerte con repugnancia sino que además es fácil demostrar que no es más que una voluptuosidad. En primer lugar convendrás en que uno no puede evitar estar seguro de que es una de las necesidades de la naturaleza, que nos ha creado para eso; no empezamos más que para acabar; cada instante nos lleva a este último término; todo prueba que es el único fin de la naturaleza. Ahora bien, yo pregunto cómo es posible dudar, de acuerdo con la experiencia adquirida, de que la muerte, en tanto que necesidad de la naturaleza, no debe convertirse ya sólo por eso en una voluptuosidad, ya que tenemos ante nuestros ojos la prueba convincente de que todas las necesidades de la vida no son más que placeres. Por lo tanto, hay placer en el morir; por lo tanto, es posible concebir que con la reflexión y la filosofía se puedan transformar en ideas muy voluptuosas todos los ridículos temores de la muerte y que incluso se pueda pensar en ella y esperarla excitándose con los placeres de los sentidos.

—Sería peligroso sacar a la luz ese sistema absolutamente nuevo y que tiene cierta verosimilitud —le digo mi amiga—. Cuánta gente que solamente se contiene por el temor a la muerte se entregaría a cualquier cosa, a sangre fría, una vez liberados de este terror...

—Pero —dice mi delincuente amiga—, estoy muy lejos de intentar desterrar el crimen; al contrario, sólo trabajo en limpiar su camino de todas las trabas impuestas por la estupidez. El crimen es mi elemento; la naturaleza hizo que yo naciese sólo para servirlo y me gustaría multiplicar hasta el infinito todos los medios para cometerlo.

»El oficio que desempeño, y que ejerzo mucho más por libertinaje que por necesidad, demuestra mi gran deseo de extender el crimen; no tengo pasión más ardiente que la de propagarlo en el mundo y si pudiese envolverlo entero en mis trampas, lo pulverizaría sin remordimientos.

—¿Y cuál es el sexo contra el que conspira con mayor placer tu furor libertino?

—No es el sexo lo que me irrita, sino la edad, los lazos, el estado de la persona. Cuando en un hombre se encuentran todas estas cosas lo inmoló con mayor voluptuosidad que a una mujer; pero si se encontrasen en una mujer, esta obtiene la preferencia.

—¿Y cuáles son esas cosas? —pregunté.

—No debería decírtelas.

—¿Por qué?

—Sacarás de estas confesiones mil inducciones falsas que a continuación entorpecerán nuestra relación.

—¡Ah!, te entiendo, imagino uno de los aspectos que te vuelven loca: con seguridad tus favores son sentencias de muerte.

—¿No te lo había dicho? Escúchame, Juliette, y tranquilízate. No te ocultaré que un objeto que me hubiese servido sólo de simple y único goce, sin ningún tipo de relación conmigo, no estuviese por eso mismo proscrito en mi mente. Pero si en ese objeto encuentro similitudes, conveniencias como las que he encontrado en ti, no dudes entonces de que, lejos de romper los lazos que me unen a ese objeto, los aprieto con todos los medios que tengo en mis manos. En nombre del más tierno amor, deja de inquietarte, ángel mío; te he ofrecido una forma segura de tranquilizarte, tu delicadeza la rechaza: no me hagas creer ahora que tu mente puede contrariar tu corazón. Además, ¿acaso tengo yo medios que no tengas tú también?

—Por supuesto, los tienes —respondí— y estoy muy lejos de conocer toda la profundidad de tu arte.

—De acuerdo —dice mi amiga sonriendo—, pero estoy segura de que no utilizaré ese arte contigo más que para obligarte a amarme.

—¡Ah!, cuento con eso; yo sé que los criminales no se perjudican nunca entre sí; y puedes estar segura de que sin las terribles sospechas que me infundiste sobre Clairwil, no la habría sacrificado.

—¿Lo lamentas, Juliette?

—¡Pues bien!, no, no —le digo besando mil veces a mi amiga—, acabemos incluso con todo eso. Te reverga que me entrego a ti; puedes contar con mi corazón como yo cuento con el tuyo; nuestra unión hace nuestra fuerza y nada podrá romperla. Ahora, te ruego que acabes con las cosas que más te excitan a la consumación del crimen: me gustaría ver si se acercan a las mías y, hasta aquí, había mucha semejanza.

—Te he dicho que la edad importaba mucho; me gusta secar la planta cuando ha llegado a su mayor perfección en cuanto frescura y belleza: entre quince y diecisiete años son las rosas que vendimio con placer, sobre todo cuando la salud es perfecta y cuando la naturaleza, a la que entonces tengo el arte de contrariar, parece haber formado a

tal objeto de tal forma que llegue mucho más sano hasta el último momento de la vida. ¡Ah!, Juliette, ¡cómo gozo entonces! Los vínculos también me irritan: privo con placer a un padre de su hijo, a un amante de su querida.

—¿A una lesbiana de su mejor amiga?

—Pues sí, perversa, ya lo has visto. ¿Es culpa mía si la extravagante naturaleza me ha creado tan granuja? Si ese objeto me pertenece, mi placer aumenta. He dicho que el estado de la persona también contribuía mucho a encender mi cabeza: en este punto, me gustan los extremos: la riqueza y la calidad o la indigencia y el infortunio. En general, me gusta que el choque produzca una gran conmoción, que la pérdida que ocasiono cueste lágrimas; gozo deliciosamente viéndolas derramarse. Su abundancia o su amargura determinan mi semen: cuanto más corren mejor descargo...

—¡Oh! ¡Mi tierna y deliciosa mujer! —le digo medio extasiada—, mastúrbame, te lo ruego; mira cómo me trastornas; jamás había conocido a una persona cuyos sentimientos fuesen parecidos a los míos. Clairwil no era más que un niño al lado tuyo; tú eres la que más me conviene para mi felicidad, eres la mujer que buscaba; no me abandones ya...

Y Durand, para aprovechar mi éxtasis, me reclinó sobre un canapé y me masturbó con tres dedos, como yo nunca lo había sido en mi vida. Se lo devolví; chupé su clitoris; y cuando vi que el agujero de su culo se abría y se cerraba como el cáliz de las flores ante las dulces inyecciones del rocío, me armé con un consolador y la enculé mientras seguía masturbándola. Jamás se vio culo tan ancho. Mi instrumento tenía ocho pulgadas de contorno por un pie de largo: apenas lo presenté, desapareció en un instante. Entonces la puta dijo tacos, se removió como una verdadera loca; y pude ver que si bien la naturaleza la había privado de conocer los placeres vulgares, la había resarcido completamente concediéndole las más delicadas sensaciones. Uno de los mayores talentos de mi nueva amiga consistía en el arte de dar placer mientras lo recibía; era tan ligera... tan ágil que, mientras yo la enculaba, ella se enlazaba alrededor de mi cuerpo y llegaba a besarme en la boca y a menearme el culo. Algunas veces lo abandonaba todo para entregarse sólo a sus sensaciones y entonces blasfemaba con una fuerza que yo no había conocido en nadie; y bajo cualquier aspecto que se considerase a esta mujer, se veía que, hija del crimen, de la lujuria y la infamia, no había una sola de sus cualidades físicas o morales que no tendiese a hacer de ella la más insigne libertina de su siglo. Durand quiso devolverme todo lo que yo le había hecho. Me enculó y, lúbricamente masturbada por ella, soporté muy bien el mismo consolador, y descargué tres veces bajo sus embestidas; y, lo reverga, jamás había visto que unas mujeres se entendiesen mejor

en el arte de dar placer.

Nos pusimos a beber y cuando estuvimos bien borrachas:

—Ven —me dice la Durand—, vamos a recorrer las calles; vamos a mancharnos con libertinaje. Vamos a ver los fúnebres preparativos de una joven de quince años, hermosa como el día, que hice morir ayer con veneno, a petición de su padre, que tras haberla jodido bien quiso vengarse de una indiscreción que ella acababa de cometer.

Salimos vestidas como las cortesanas del país; era de noche.

—Antes de nada —me dice mi amiga—, me gustaría que fuésemos a menear unos cuantos vergas de marineros al puerto; los debe haber monstruosos; no te puedes imaginar el placer que tengo al exprimir el jugo de esos chorizos...

—¡Ah!, ¡puta! —le digo besándola—, estás bebida.

—Un poco, quizás; pero no te creas que necesito la ayuda de Baco para encender la llama del libertinaje. Sé que le presta una magnífica ayuda y nunca me inclino tan bien a los excesos de la lujuria como cuando estoy repleta de platos delicados y de vinos espirituosos; sin embargo, no siento una necesidad tal de estas cosas que no pueda franquear sin este estimulante todos los límites de la decencia y el pudor: vas a verlo.

En cuanto estamos en el puerto, nos aborda una masa de mozos de cuerda y de marineros.

—Venid, amigos míos —dice la Durand—, tranquilizaos, sed honrados y buenos, vamos a satisfaceros a todos. Mirad a mi bonita hija, es una francesa[124]; está en el comercio sólo desde ayer; vais a verla remangarse encima del guardacantón ofreciendo a vuestros gustos el lado que más os plazca; yo os la menearé sobre sus encantos...

Quince se ponen a nuestro alrededor, aplaudiendo el orden establecido por Durand. El primero quiere ver mi pecho desnudo: iba a mancillarlo con sus groseras caricias si mi compañera no le hubiese prohibido cualquier gesto: hay que limitarse a cubrirla de semen; está inundada. El segundo quiere que, sentada sobre el guardacantón, separe mis muslos lo más que pueda para meneársela sobre mi clitoris. No puedo contenerme ante el grosor del miembro con el que la Durand toquetea a la entrada de mi vagina y precipitándome encima con un movimiento involuntario, me lo meto hasta los cojones. En cuanto el cachondo se ve cogido, me agarra en sus brazos, me levanta, remanga mis faldas y enseña mi culo a toda la tropa. Uno de estos rabiosos se lanza sobre mi trasero, lo soba, lo enfila y heme aquí llevada por dos gañanes, siendo el objeto de caricias y homenajes de los dos.

—Esperad —dice la Durand—. ¡Dadle algo en lo que apoyarse! (Y según dice esto, me pone un enorme miembro en cada mano...). ¡Qué

delicioso grupo! —dice la granuja presentando su trasero al quinto—. Mira, amigo mío, aquí está mi culo; unámonos al cuadro, constituyamos uno de sus episodios: desgraciadamente no puedo darte otra cosa, la naturaleza no me lo ha permitido; pero puedes estar seguro de que el calor y lo cerrado de mi culo te resarcirán ampliamente de mi coño.

Pronto siguieron otras posturas. Más de cincuenta patanes pasaron por mis manos. Gracias a un agua con que los frotaba mi compañera antes de que me penetrasen, pude entregarme a todos sin temor, y fui jodida cuarenta y cinco veces en menos de tres horas. Durand no hacía más que catarlos; me los acercaba, y terminaban según su gusto o en mi coño o en mi culo. La granuja los chupó casi todos: era una de sus mayores voluptuosidades; y como fácilmente os imaginaréis, no rechazaba nada que pudiese calentarle los cascos. Una vez satisfechos nuestros bandidos, hubo que beber con ellos.

—Esto es lo que más me gusta —me dice Durand en voz baja—; no te imaginas hasta qué punto me gusta hacer en mala compañía todas las acciones de la más vil crápula y del más bajo libertinaje.

Nos habíamos levantado de la mesa sin hambre. Pero devoramos cada una la enorme comida que estos granujas tuvieron a bien pagarnos y para la cual veinte de ellos cotizaron a dos cequíes cada uno, lo que equivalía a unos quinientos francos. Allí bebimos, comimos, nos dejarnos sobar, joder, y, en una palabra, nos embrutecimos hasta el punto de que tumbadas las dos en el suelo del cabaret, sólo nos entregábamos a estos bribones con la condición previa de que nos vomitaran, nos mearan y nos cagaran en el rostro, antes de enfilarnos. Todos lo hicieron y nos levantamos sólo cuando estábamos ya inundadas de orines, de basuras y de semen.

—Hijos míos —dice mi compañera en cuanto hubo un poco de orden, tras estas orgías—, es justo que ahora nos demos a conocer y que en reconocimiento de la buena comida que nos habéis dado, os recompensemos con alguna de nuestras mercancías. ¿Hay aquí alguien que quiera consumir sus venganzas o sus odios particulares? Vamos a darle los medios. Tenemos los mejores venenos de Italia, así que decidnos cuál os conviene y a quién lo destináis.

¿Lo creeríais, amigos míos? (¡Oh, justo cielo! ¡Hasta dónde ha llegado la depravación humana!), todos unánimemente nos suplicaron que les diésemos parte de nuestros funestos dones; y no hubo ni uno solo que, según él, no tuviese un buen destino que darle. Todos los consiguieron; y esta libidinosa noche nos convirtió quizás en la causa de unos sesenta asesinatos.

—Vamos —me dice la Durand—, no es tarde, todavía podemos corretear. Además, tengo que asegurarme del éxito de la muerte de mi bonita muchachita de quince años...

Así que dejamos a nuestros comensales tras haberlos abrazado.

En cuanto llegamos a la plaza de la catedral vimos pasar un entierro. Como es costumbre en Italia llevar los muertos con el rostro al descubierto, le fue fácil a la Durand reconocer los rasgos de la bonita muchacha cuya muerte quería verificar.

—¡Ahí está!... ¡Ahí está! —me dice precipitadamente—. ¡Oh! ¡Joder!, masturbémonos en una esquina mientras la vemos pasar.

—No —le digo— es mejor adelantarse y llegar a la catedral; nos esconderemos en una capilla, donde haremos lo que dices mientras la vemos bajar a la tumba.

—Tienes razón —dice Durand—, es mejor momento; entremos.

Tuvimos la suerte de colocarnos precisamente detrás del confesionario de la capilla misma donde iba a descender esta joven. Nos pegamos a la pared y hémos aquí acariciándonos durante la ceremonia, cuidando nuestra descarga para que tuviese lugar en el momento en que descendiese el ataúd, y pudiese servir, por así decirlo, de agua bendita a la difunta. Se cierra la tumba a medias y vemos que el sepulturero, o tenía intenciones que todavía no adivinábamos o quizás, no quería, por lo tarde, darse ese trabajo hasta el día siguiente.

—¡Pardiez!, quedémonos aquí —me dice la Durand— se me ocurre un capricho increíble: ¿Has visto qué hermosa era esa muchachita?

—¿Y bien?

—La sacaremos de la tumba, tú me masturbarás sobre su delicioso rostro, sobre esa encantadora cabeza que las sombras fúnebres, puestas sobre su frente por mis manos, todavía no pueden ajar... ¿Tienes miedo?

—No.

—¡Pues bien!, si es así, quedémonos.

Se cierra la iglesia, estamos solas.

—¡Cómo me gusta este lúgubre silencio! —me dice la Durand—. ¡Cuán apropiado para el crimen, cómo enciende las pasiones! Es la imagen de la paz de los ataúdes y, te lo he dicho, me corro con la muerte; actuemos.

—Un momento —digo—, oigo ruidos...

Y volvimos precipitadamente a nuestro rincón... ¡Oh, cielos!, ¿qué vemos? Se nos habían adelantado en nuestro proyecto y ¿quién? ¡Gran Dios!, ¡qué execrable depravación!... Su mismo padre venía a gozar de su abominable fechoría, venía a consumarla; le precedía el sepulturero con una lámpara en la mano.

—Súbela —le dice—, es tan grande mi dolor que quiero abrazarla una vez más antes de separarme de ella para siempre.

Reaparece el ataúd, sacan el cuerpo, después el sepulturero lo pone sobre las gradas del altar.

—Bien, ahora sal, amigo mío —dice el incestuoso y bárbaro autor de los días de esa encantadora muchacha—, turbarías mis lágrimas; déjame derramarlas tranquilamente, vendrás a recogerme dentro de dos horas y recompensaré tu celo...

Las puertas se vuelven a cerrar. ¡Oh!, amigos míos, ¿cómo describiros los horrores que vimos? Sin embargo, es preciso: son los extravíos del corazón humano lo que yo desarrollo y no debo dejar ningún pliegue oculto.

No sintiéndose todavía seguro en la iglesia, el granuja se esconde en el interior de la capilla, enciende cuatro grandes cirios, los pone a la cabeza y a los pies de su hija, después desenvuelve la mortaja y la pone desnuda ante sus ojos. Entonces se apoderan de él indecibles estremecimientos de placer; sus músculos alterados, sus entrecortados suspiros, su verga que saca a la luz, todo nos pinta el estado de su alma encendida.

—¡Santo Dios! —exclama—, he aquí mi obra... y no me arrepiento... Bien, no ha sido tu indiscreción lo que he castigado, sino que he contentado mi maldad; tu muerte me la empina, te había fornicado demasiado, estoy contento...

Con estas palabras se acerca al cuerpo; manosea el pecho, mete agujas dentro.

—¡Oh, joder! —decía—, ya no lo siente... desgraciadamente ya no lo siente... me he apresurado demasiado... ¡Ah, zorra! ¡Cuántos nuevos tormentos te impondría aún si vivieras!...

Le separa los muslos, le pellizca los labios del coño, le pincha en el interior y, sintiéndose el verga muy duro, el criminal la encoña; se tumba sobre ella, le besa la boca, hace lo que puede para meter su lengua pero como las convulsiones del veneno habían cerrado los dientes de esta desgraciada, no lo logra. Se retira, le da la vuelta a la muerta, la pone boca abajo, y nos expone las nalgas más bonitas que puedan verse. Besa ardorosamente el trasero, se masturba grandemente llenándolo de besos.

—¡Ah! ¡Cuántas veces gocé de este hermoso culo! —exclama entonces—. ¡Cuántos diferentes placeres me procuró durante los cuatro años que lo jodí!

Entonces se retira, le da dos o tres veces la vuelta al cuerpo, exclamando:

—¡Ah!, joder, joder, ¡qué hermoso cadáver!

Y, como se le empinaba horriblemente cuando pronunciaba estas palabras, comprendimos que esta era su pasión. Se pone de rodillas entre los muslos de su hija, vuelve a besar otras mil veces el hermoso culo que le expone su postura, lo pincha, lo muerde, le da furiosos

azotes, incluso arranca un trozo de carne con sus dientes, y lo sodomiza. En este punto nos parece que su delirio llega al culmen; rechina los dientes, espumea y, sacando un largo cuchillo de su bolsillo, corta mientras descarga el cuello de este cadáver. Después, arregla su compostura.

Allí observamos con filosofía la condición del hombre firme en sus principios cuando acaba de satisfacer su pasión. Un imbécil, obligado a esperar, sin otra perspectiva que el objeto de su rabia y su lubricidad, en medio del silencio y el horror de las tumbas, se hubiese estremecido infaliblemente. Nuestro criminal, tranquilo, se dedica a volver a empaquetar los restos desgarrados de su hija. Los vuelve a poner en el ataúd; incluso se queda un rato en el panteón sin que supiésemos lo que hacía allí. Entonces es cuando la Durand, que durante toda la operación no había dejado de masturbarse o de masturbarme, me propone que volvamos a colocar la piedra de la sepultura y empujemos al hombre con su víctima...

—No —le digo—, es un criminal, y a todos les debemos respeto y protección.

—Eso es justo —me respondió—, pero metámosle miedo. Ponte rápidamente en el mismo lugar y en la misma postura en que acaba de poner a su hija, para que sea lo primero que vea al subir. Todas sus ideas se confundirán y tendrá motivos para volverse loco.

Esta extravagancia me pareció demasiado familiar como para no ejecutarla. Reaparece el libertino; y el primer objeto que ve es mi culo al aire. Fue tal su sorpresa que retrocediendo de pavor le faltó poco para precipitarse en el panteón; no lo hizo gracias a mi amiga que al sujetarle por un brazo le causó un nuevo impulso de terror que produjo en él las más divertidas convulsiones.

—Cordelli —le dice la Durand—, no te asustes, estás con tus amigas: reconoce en mí a la que te vendió el veneno del que te has servido, y en esta hermosa muchacha a una compañera dispuesta a darte voluptuosidades de todo tipo, con tal de que no se parezcan a las que acabas de procurarte delante de nosotros.

—Me habéis sorprendido extrañamente —dice el negociante.

—¡Y bien!, reponte, amigo mío, te hemos visto y admirado. Mira ese hermoso culo, está a tus órdenes; te lo entrego por quinientos cequíes; y piensa que esta soberbia criatura no es una mujer vulgar.

—Es hermoso —dice Cordelli manoseándolo—; pero ya no se me empina: habéis visto la descarga que acabo de tener.

—Es fácil reparar esa pérdida —dice Durand—; vamos, puedes estar seguro de que pronto volverás a tenerla empinada. Tengo en mi bolsillo un licor cuyo efecto es seguro. ¿Dónde quieres que tenga lugar la escena?

—En esta sepultura; volvamos a bajar, no puedo dejar los restos

de mi víctima, no os imagináis lo que me excitan.

Bajamos. Tan pronto como Cordelli quita la mortaja, en cuanto ve los restos inanimados de su desgraciada hija, vuelve a tenerla empinada. La Durand le frota los cojones con el agua de que ha hablado; después se la sacude. Yo le muestro mis nalgas, las toca, me socratiza, besa mi boca y la erección tiene lugar.

—Es preciso —nos dice— que esta joven haga el favor de colocarse en el ataúd completamente tapada con la mortaja; subiremos, cerraremos la piedra por unos momentos: entonces estoy seguro que descargaré sobre el borde del agujero...

En este punto, la Durand me miró; reflexioné rápidamente.

—Nosotras no nos separamos jamás, señor —le digo al negociante—, ninguna de nosotras se quedará en esta tumba o nos encerraríais a las dos.

—¡Ah! Juliette, desconfías de mí —dice la Durand—: De acuerdo, sube con Cordelli, yo me quedaré y recuerda que sólo a ti me encomiendo...

Una segunda reflexión viene a iluminarme. Yo idolatraba a Durand; la menor desconfianza sembraba la discordia entre nosotras. ¿Era posible que me dejase allí? ¿No iba a volver el sepulturero? ¿Y no tendría mil veces más confianza en mi amiga si no me sucedía nada? ¡Qué tranquilidad para el futuro!

—¡Bien! —le digo rápidamente a la Durand—, para probarte que en mi alma no puede entrar ninguna mala sospecha, me quedo. Haz lo que quieras, Cordelli; pero recuerda que este favor vale mil cequíes.

—Los tendrás —dice el negociante—, me parece que tu docilidad no tiene límites, será recompensada.

Sacan los restos de la joven, la sustituyo. Cordelli me envuelve con el lienzo; me besa tres o cuatro veces el agujero del culo.

—¡Ah!, ¡hermoso cadáver! —exclama girando tres o cuatro a veces alrededor de mí.

Después sube con la Durand... Lo confieso, un frío mortal se apoderó de mí cuando oí que la piedra se cerraba sobre mí... Aquí estoy ahora, me digo, a disposición de dos criminales... ¡Extraña ceguera del libertinaje, a dónde vas a llevarme!... Pero era necesaria esta prueba. Os dejo pensar hasta qué punto crecería mi inquietud cuando oigo abrir la capilla, volver a cerrarla y suceder el más terrible silencio a estos dos movimientos... ¡Oh!, cielos, me digo, ¡heme aquí perdida!, ¡pérfida Durand, me has traicionado! Y sentí que mis poros exhalaban un sudor frío desde la punta de los pelos hasta la punta de mis pies. Después, recuperando el valor: vamos, me decía, no desesperemos, no es un acto de virtud lo que acabas de hacer: hubiese temblado si hubiese sido uno; pero sólo se trata de vicio, por lo tanto no tengo nada que temer. Apenas acababa estas reflexiones cuando se

oyeron los gritos de la descarga de Cordelli, la piedra se levanta, Durand se precipita hacia mí.

—Estás libre, ángel mío —exclama— ¡y aquí están los mil cequíes! ¿Te seguiré inspirando desconfianza en el futuro?

—¡Ah!, ¡nunca, nunca! —exclamé—, perdona un primer impulso: se refería más a Cordelli que a ti. Pero subamos, estoy a punto de desmayarme.

Cordelli agotado... cuyo espumeante esperma inundaba la piedra, nos esperaba sentado en las escaleras del altar. Salimos, apareció el sepulturero; Cordelli le pagó y nosotros nos retiramos. Durand quiso pasar esa noche conmigo.

—Esta es una aventura que nos une para siempre —le digo a mi amiga—, cimenta eternamente nuestra amistad, nuestra confianza y estrecha nuestros lazos para toda la vida.

—Te lo dije, Juliette —me respondió la Durand—, nuestras armas juntas harán mucho daño a los otros, pero jamás se dirigirán contra nosotras.

—¿No es verdad —le digo— que si hubieses tenido a otra mujer, me habría quedado en la tumba?

—Por supuesto —me respondió la Durand—, y te juro que me ha ofrecido dos mil cequíes por dejarte allí.

—¡Pues bien! —le digo—, busquemos una muchacha bonita, propongámosela y divirtámonos con su pasión.

—Pero tú has deseado a esa muchacha.

—¿A quién?

—A Élise.

—¡Cómo! ¡Quieres a una u otra de mis mujeres! ¿Estás celosa?

—No, pero no me gusta ver cerca de ti a alguien de quien puedes creer que te quiere más que yo. ¿No estás cansada de esa muchacha? Te dejo la otra, pero creo que ya has gozado bastante de esa, no hay noche que no te acuestes entre las dos: ¡y bien!, ángel mío, yo la sustituiré.

—Tu proyecto me irrita y me indigna a la vez.

—Es lo más apropiado para la voluptuosidad —me respondió la Durand—, porque los mayores placeres nacen sólo de las repugnancias vencidas. Llámala, divirtámonos con ella, juremos su pérdida mientras la masturbamos; nada me divierte tanto como ese tipo de traiciones.

—¡Ah!, Durand, ¡cuántas infamias me impulsas a hacer!

—Di mejor: ¡cuántas voluptuosidades te preparo!

Élise aparece, siempre hermosa como el Amor; se pone gustosamente entre nosotras dos; Durand, que todavía no la conocía, se pone a acariciarla con extremado placer.

—Realmente es una criatura voluptuosa —dice la granuja mientras la cubre de besos—. Haz que se tumbe sobre ti, Juliette y

menéale el clitoris mientras yo la enculo... ¡Oh qué culo más voluptuoso! ¡Cómo va a perderse nuestro hombre entre estas hermosas nalgas!...

Y la zorra acaricia el ano y no tardó en introducir su pequeño instrumento. Tumbada sobre Élise y sobre mí, chupaba nuestras bocas alternativamente.

—Después de doce horas seguidas —nos dice— de libertinaje, debería estar agotada y sin embargo jamás había sentido tanto ardor.

—Y yo también —exclamé—, y es nuestro proyecto —le digo en voz baja— lo que más me excita. Si supieses, Durand, cómo me electriza... Te lo suplico, mi amor, descarguemos con esta deliciosa idea.

Y cómo yo masturbaba muy bien a Élise y Durand la sodomizaba a las mil maravillas, la granujilla fue la primera en descargar. En ese instante, Durand le aplica terribles azotes en las nalgas; ella se retira del culo y blasfemando como una condenada, riñe a la desgraciada porque le ha impedido su descarga.

—El deber de una víctima —le dice con dureza— es prestarse: jamás debe permitirse compartir ningún placer. ¡Vamos, zorra!, tengo que azotarte para enseñarte a no molestarme.

Yo le sujeto la víctima y la criminal la zurra durante un cuarto de hora. Élise conocía esa manía, con frecuencia había sido víctima de ella conmigo, pero en su vida lo había recibido con tanta violencia.

—Vas a estropearle las nalgas —decía yo— y mañana Cordelli...

—Le gustan estas huellas, le harán empalmar...

Y la libertina seguía zurrando hasta sacar sangre. Por fin cesa la tormenta, Durand me encula y durante su descarga quiere tener las desgarradas nalgas de Élise al alcance de sus besos.

—Es una criatura divina —dice cuando termina—; es precisamente lo que nos hace falta... ¿Has descargado tú, hermosa mía? Te pido perdón por no haberme ocupado de tus placeres; pero en el delirio soy de un inconcebible egoísmo...

—¡Ah! —le digo—, he sido por lo menos tan dichosa como tú; mira mi coño, mira qué mojado está.

—¿Y tu mente estaba en la cosa?

—¡Oh!, te lo juro...

Nos dormimos, Élise entre las dos; y Durand me decía en voz baja, antes de sumirse profundamente en el sueño:

—No hay nada que me guste tanto como la idea de dormir con un individuo cualquiera cuya muerte estoy segura de causar al día siguiente.

Durand fue temprano a buscar a Cordelli. Encantado ante una propuesta tan halagadora, pronto se llevó a cabo el trato de los días de la desgraciada Élise: mil cequíes fueron su mediocre precio; pero

Cordelli quiso refinamientos y como voy a contaros esta siniestra aventura, no os hablaré de estos episodios más que encuadrados en la acción.

Durante la ausencia de mi compañera, hice que preparasen a Élise. La habían bañado, refrescado, perfumado, y tan pronto como esta hermosa muchacha, que todavía no tenía dieciocho años, unió la ayuda del artificio a los dones de la naturaleza, apareció hermosa como un ángel.

—Tenemos que estar a las cinco de la tarde en casa de Cordelli —me dice la Durand a su vuelta—. La escena tendrá lugar en una de sus casas de campo; a tres leguas de Ancona, al borde del mar, y te respondo que será buena; cenemos...

Élise y Raimonde se sentaron a la mesa con nosotras, como de costumbre; pero allí les anunciamos que iban a separarse.

—Élise —dijimos— ha encontrado en Ancona un rico negociante que la hará feliz: se queda.

Las dos amigas se deshicieron en lágrimas. Después, Élise, echándose en mis brazos:

—¡Oh!, mi querida señora —exclamó cubriéndome con sus lágrimas y sus besos— ¡me habíais prometido que jamás me abandonaríais!...

Y aquí, amigos míos, fue cuando comprobé la fuerza que tiene en el alma de una libertina el choque de la sensibilidad sobre la lujuria. Me endurecí ante sus lágrimas: encontraba placer en afrontarlas, en convertirlas en aguijón de mi lubricidad.

—Pero, querida —respondí empujándola a su asiento—, ¿no me reprocharías entonces eternamente haber contrariado tu fortuna?

—No quiero fortuna, señora, sólo reclamo la gracia de no abandonaros en mi vida.

—Élise —dice Durand—, ¿entonces amas a Juliette?

—¡Ay!, señora, le debo la vida, estaba perdida sin ella. Ella fue la que nos sacó a Raimonde y a mí de la casa de un bandido que nos habría masacrado infaliblemente y cuando el agradecimiento se une a los sentimientos naturales del corazón, os imaginaréis, señora, que su fruto debe ser la más ardiente amistad.

—Sin embargo hay que dejaros —dice la Durand con maldad— muy pronto...

Yo estaba cachonda; Durand se dio cuenta.

—Pasa a otra habitación con ella —me dice mi amiga en voz baja—; yo quiero masturbarme con Raimonde.

En cuanto estuve a solas con Élise, sentí que el furor se apoderaba de mis sentidos. Esta hermosa muchacha me besaba llorando: la maltraté y al sentir que mi semen corría con los primeros golpes dados, redoblé.

—Verdaderamente —le digo con dureza— vuestros sentimientos hacia mí me sorprenden, porque los míos tendrían que corresponderlos. Habéis podido no serme indiferente en otro tiempo, pero hoy estoy cansada de vos: hace más de tres meses que os conservo por caridad.

—¡Por caridad, señora!

—Sí, palabra de honor; ¿qué habría sido de vos sin mi piedad?, una buscona de la calle. Agradéceme pues los trabajos que me he tomado para procuraros a alguien y masturbadme en reconocimiento.

La desnudé, observé todos sus encantos; y creí que me haría morir de placer el espíritu con que los veía. ¡Ah!, cuán dulcemente me estimulaba diciéndome: en tres días este hermoso cuerpo será presa de los gusanos, ¡y yo seré la causa de su destrucción! ¡Divino impulso de la lujuria! ¡Inexpresables voluptuosidades del crimen! ¡Estos son los estragos que producís en la organización de una mujer libertina! ¡Élise! ¡Élise! Tú, a la que yo amaba, y te entrego a verdugos... y descargo con eso.

¡Cómo redoblaba sus atenciones conmigo la granujilla para tratar de conseguir que la echase de menos! Pronto triunfó; me chupaba socratizándome; inundé su boca, le devolví lo que me había hecho. Me volvía loca la idea de sumirla en el placer antes de entregarla al suplicio. Descargó, después se deshizo en lágrimas mientras me dirigía las más tiernas expresiones, las más angustiosas súplicas de que la conservase junto a mí: nada podía afectarme. En cuanto estuve satisfecha:

—Vamos —le digo—, tenemos que marcharnos.

Quiso pasar a su habitación para hacer su equipaje.

—No merece la pena —le digo—, se te enviará todo mañana...

Se lanza en mis brazos... la rechazo, le doy furiosos golpes; sangra. Creo que la hubiese estrangulado, a no ser por la promesa de entregarla a Cordelli.

Volvimos al salón. Durand no estaba todavía. Me apresuro a observar por la cerradura. ¡Dios! ¡Cuál no sería mi sorpresa al ver a un hombre enculando a Raimonde y a la Durand fustigando al fornicador! Llamo... quiero entrar.

—¿Eres tú? —dice Durand.

—¡Pues, claro!, abre.

—¡Ah! —me dice en voz baja haciéndome entrar suavemente—... Es Cordelli... Ha querido ver de todas, la muchacha que le tenía preparada; no he querido molestarte y le he dado a Raimonde mientras esperaba... Ya lo ves, la encula, se pirra por ella.

—No os preocupéis, señor —me apresuré a decir mientras me acercaba—; pero recordad tan sólo que no es esta la que os entrego.

—Estoy francamente enojado —respondió el disoluto con

expresiones entrecortadas a causa de las violentas sensaciones de su placer—... ¡Oh!, sí... estoy francamente... enojado... porque tiene el más... hermoso culo... el más estrecho... y me... sentía totalmente dispuesto... para hacer con ella... infinidad de cosas singulares... Vamos —continuó desenculando—, no quiero descargar, necesito conservar mis fuerzas; pero razonemos un momento.

Raimonde salió y Cordelli, sentándose entre la Durand y yo:

—No pude contener mi impaciencia —nos dice—, llegué cuando os levantabais de la mesa: la Durand me ha dicho que os estabais divirtiendo con la que me dabais; viendo a Raimonde con ella, he deseado gozar de esta y os confieso que después de conocerla no he podido menos de lamentar que no sea ella la que deba servirme de víctima. Es la favorita de Juliette, me ha dicho la Durand, jamás querrá entregárosela... Señorita —prosiguió el seductor cogiéndome de la mano— escuchadme. Soy claro en los negocios que hago; soy millonario, desde hace veinte años es para mí solo toda la ganancia de la célebre feria de Sinigaglia[125], y unos mil cequíes más o menos no me hacen nada cuando se trata de mis pasiones. No conozco a Élise, pero vuestra Raimonde me complace infinitamente: he visto pocos traseros tan divinos, jamás he jodido ninguno tan caliente ni tan estrecho. Esta muchacha debe ser soberbia llorando y, en una palabra, es una de las mujeres más hermosas para víctima que haya visto desde hace mucho tiempo... Bien, tomo a la otra bajo palabra y a esta en conocimiento de causa: ¿queréis seis mil cequíes por las dos?

—Mucho más —digo, sintiendo en seguida que el amor por el oro podía más en mi corazón que cualquier otro tipo de sentimiento—; me daréis veinte mil cequíes por las dos, y son vuestras.

—Pero —dice Cordelli—, ¡tengo ya una por mil cequíes!

—Rompo el trato, ahora sólo las vendo juntas y por cierto que no saldrán de mis manos más que al precio que acabo de decir.

—No puedo más que aprobar a mi amiga —dice Durand—; todavía podéis estar contento de que os ceda a un precio tan bajo el único objeto de sus afectos.

—Una muchacha a la que idolatro, ¿entregarla a quién?, ¡a un criminal que va a matarla!

—¡Oh!, sí —respondió el italiano—, y con horribles suplicios, os lo puedo asegurar.

—Esas cosas tienen que pagarse; decidíos, señor, porque si la piedad llega a recuperar sus derechos en mi alma, ya no tendréis nada.

—Vuestra mercancía es cara, señorita —respondió el negociante—. ¡Pero, santo Dios!, me cogéis en un momento en el que el fuego de la lujuria no me deja reflexionar. Mandad este vale a casa de mi agente y tendréis el dinero deseado dentro de media hora. Veamos a la otra muchacha mientras esperamos.

—Malvada —le digo en voz baja a mi amiga—, esto es obra tuya: estaba decidido ya que no querías dejarme a ninguna.

—¡Oh!, Juliette, no acuses de todo esto más que a mi amor por ti; puedes estar segura de que jamás te arrepentirás de haberte entregado a mí completamente sola. Inspirada por mi idolatría te haré las veces de cualquier persona...

Y salió para retirar el dinero. Primero hice que Élise apareciese sola.

—¡Es encantadora! —exclamó el disoluto—. No me asombra ya el precio que pones...

Y apresurándose a desvestirla, redobla su entusiasmo cuando puede admirar cómodamente los encantos de esta bonita criatura. No se cansa de examinar ese culo delicado y bonito; lo besa, lo separa, lo acaricia, lo jode, sale de él para besarlo de nuevo; y a pesar de lo ardientes que son sus caricias, no puede hartarse de él.

—Haz venir a la otra —me dice—, quiero comparar...

Raimonde aparece y en un momento se queda tan desnuda como Élise, para ofrecer a nuestro examinador todo lo que pueda facilitar sus observaciones. No os imagináis cuán escrupulosamente procede: sobre todo las nalgas llaman su atención con un recogimiento del que no os podéis hacer ni idea. Entretanto yo se la meneo ligeramente; algunas veces manosea mi trasero mientras mete su lengua en mi boca; encula a Élise, azotándonos a Raimonde y a mí a derecha e izquierda.

—Verdaderamente, váyase la una por la otra —me dice en voz baja—, y las dos son deliciosas. Las haré sufrir mucho.

—¿Qué culo es el mejor? —pregunté.

—¡Ah!, siempre el de Raimonde —me respondió besando la boca de esta hermosa muchacha—; el suyo es más cálido, más estrecho... Ponte en el borde de la cama, Juliette —me dice este insaciable libertino—, quiero encularte también a ti.

Hace pasar a Élise a mi izquierda de forma que me quede en medio. Entonces pellizca con fuerza los dos culos mientras encula el mío. Después, retirándose:

—Es suficiente —dice—; descargaría; el día corre, partamos.

Las dos jóvenes van a prepararse y al quedarme sola con el italiano le digo:

—Confiesa que ha sido mi compañera la que te ha calentado los cascos con Raimonde.

—No te ocultaré que ella desea su muerte.

—¡La bruja!, es por celos: ese motivo la excusa... ¡Oh!, ya he tomado mi decisión; ¿entonces, harás sufrir a esas dos desgraciadas?

Y se la meneaba entretanto; estaba de pie ante mí; sacudía su verga sobre mi pecho, le cosquilleaba en el ano...

—¿Y qué suplicio les tienes reservado?

—¿Es que deseas que las trate con miramientos?

—¡Ah!, ¡si fuese yo quien ordenase sus tormentos, serían mucho más terribles que los tuyos!

—¡Deliciosa criatura!... así es como me gustan las mujeres; son mucho más feroces que los hombres cuando se dedican a la crueldad.

—Tiene una razón natural —respondí—; sus órganos son mucho más sutiles, su sensibilidad más profunda, sus nervios mucho más irascibles: ahora bien, ese es el tipo de constitución que lleva a la barbarie.

—Al tener una imaginación mucho más viva que la nuestra, una mujer debe entregarse con mayor avidez a los excesos y he aquí por qué llegan siempre mucho más lejos que nosotros en el crimen. Que se anuncie un duelo, un combate de gladiadores, una ejecución de la justicia, las verás llegar en masa; contad los espectadores, el resultado siempre os ofrecerá por lo menos diez mujeres por un hombre. Una infinidad de estúpidos —añadió el negociante—, engañados por esa increíble sensibilidad que ven en las mujeres, creen que los extremos se tocan y que precisamente al calor de ese sentimiento nace la crueldad...

—Porque la crueldad en sí misma no es más que una de las ramas de la sensibilidad y porque siempre se cometen los grandes horrores en razón de la cantidad de esta que hay en nuestras almas.

—Hablas como un ángel, corazón —dice el negociante—; bésame mil veces, me gusta tu cabeza tanto como tus encantos, deberías unirme a mí.

—Estoy inviolablemente unida a mi amiga —respondí—, somos inseparables, y no nos separaremos más que con la muerte.

—Podría quedarse contigo.

—Eso es imposible, querernos volver a ver nuestra patria...

Y acababa ya cuando volvió la Durand. Como yo iba delante de ella, tuve tiempo de saber por su boca que acababa de dar un buen golpe.

—He hecho un billete falso —me dice— y tenemos el doble de dinero.

—¿Cuarenta mil cequíes?

—Sí, ya los tengo en mi cuarto.

—¡Criatura celestial!, ¡oh!, ¡cómo me gusta tu astucia!

—¿Te arrepientes ahora del trato?

—No, palabra de honor... Pero ¿y cuando Cordelli vuelva a ver a su agente?

—El crimen estará consumado y si suelta una sola palabra haremos que le condenen a la rueda.

—¡Oh!, ¡bésame mil veces, ángel mío!

—Ven a por la mitad del dinero.

—Entre nosotras son inútiles esas precauciones; ocupémonos de Cordelli, nos lo repartiremos a la vuelta.

—Me gustaría que lo cogieses todo; tengo más placer en verte en el pináculo de la opulencia que en enriquecerme a mí misma.

Y como Cordelli nos llamaba, nos marchamos.

Llegamos al castillo del negociante en unas pocas horas. Era una verdadera fortaleza situada sobre una roca que se adelantaba más de veinte toesas en el mar; había que dejar el coche en la granjita que se encontraba al pie de la roca, que ofrecía en su raíz una escalera de cuatrocientas gradas por las que se llegaba a esta temible casa. Abajo encontramos una puerta de hierro, que abrió el negociante, y seis parecidas a lo largo de la escalera, que nuestro patrón abrió y cerró igualmente. Al ver la Durand que la sorpresa se mezclaba en mis rasgos con la agitación del miedo, me tranquilizó y dijo en seguida a Cordelli:

—Me habías indicado el sitio a la perfección y nuestra gente, a la que he dejado la descripción para que vengan a buscarnos mañana, si a las diez de la mañana no estamos con ellos, encontrarán fácilmente este retiro.

—Es conocido en todos los alrededores —dice el negociante para calmarme—; pero tu precaución, Durand, era inútil, te prometí que esta misma noche volveríamos a la ciudad y me conoces lo suficiente para estar segura de que jamás te engañaré...

Faltaba mucho para que nuestras dos jóvenes estuviesen tan tranquilas. Una especie de presentimiento acompaña siempre a la desgracia; las infortunadas lo sentían en toda su fuerza: estaban las dos a punto de desvanecerse.

Por fin, una puerta semejante a las otras se abre y se cierra por el mismo procedimiento; nos reciben dos viejas de sesenta años.

—¿Está todo dispuesto? —dice Cordelli.

—Desde esta mañana, señor —responde una de las viejas—, y no os esperábamos tan tarde...

Avanzamos; una sala baja, bastante triste, es lo primero que se nos ofrece a la vista.

—Mirad dónde estamos —dice Cordelli abriendo una ventana.

Y cuál no sería nuestra sorpresa al vernos a trescientos pies de la superficie del mar y casi en medio del agua.

—Esta roca describe una curva —dice el negociante—, la perpendicular caería a una media legua de la ribera. Aquí se puede gritar cuanto se quiera, se puede estar seguro de que nadie lo oírá...

Salimos de esta sala y subimos al segundo; este era el lugar de la escena. Quizás nunca más se me vuelva a ofrecer a la vista nada tan horrible. Sobre un estrado redondo, colocado en medio de esta sala,

redonda también, distinguimos en cuanto entramos todos los diferentes instrumentos necesarios para el suplicio que se te ocurriese. Había algunos tan execrables, tan incomprensibles, que jamás se me habría ocurrido la idea de su existencia. Dos enormes hombres curtidos, de seis pies de altura, con la boca adornada con terribles bigotes y con un rostro horrible, totalmente desnudos como salvajes, parecían esperar respetuosamente en medio de tales instrumentos las órdenes que se les daría. Quince cadáveres de jóvenes de ambos sexos tapizaban las paredes oscuras de esta sala y sobre cuatro banquillos que rodeaban el estrado, se veían sentados dos muchachas de dieciséis años y dos muchachos de quince, en perfecto estado de desnudez. Las viejas, que habían entrado con nosotros, cerraron las puertas, y Cordelli, gozando maravillosamente con nuestra sorpresa, dice:

—Aquí es donde vamos a operar. Raramente —afectó que decía a nuestros dos jóvenes muchachas—... ¡oh!, sí, muy raramente se sale de esta sala una vez que se ha entrado en ella. Vamos, donna Maria, haced que se desnuden, alumbrad y pongamos pronto manos a la obra... Siento el semen picándome en los cojones; jamás he estado en tan buenas condiciones de hacer horrores.

»Juliette —me dice el disoluto—, os nombro mi satélite, el agente general de mis placeres; desnudaos y no me abandonéis. Dedicada únicamente al servicio... a las urgentes necesidades de mi verga y mi culo, cuidaréis con exactitud al uno y al otro durante toda la escena. Si hago que me forniquen, humedeceréis el agujero de mi culo con vuestra boca; mojaréis con vuestra lengua los vergas destinados a mi sodomización: los introduciréis vos misma en mi trasero. Si soy yo el que jodo, guiaréis mi pene hasta los agujeros que me plazca perforar, que ensancharéis igualmente con la saliva emanada de vuestros labios. Tened en cuenta una cosa cuando trabajéis: cada vez que vuestra boca vaya a preparar bien un verga, bien un culo, a continuación esa misma boca tendrá que pegarse a la mía y chuparla durante un rato. Además, el más profundo respeto acompañará vuestra actuación: pensad que aquí sólo entran esclavos o víctimas.

»Vos, Durand, me traeréis los objetos, me los presentaréis y recordad una y otra que no haréis ningún movimiento sin antes darme a besar vuestros traseros.

»En cuanto a vosotras, prosiguió dirigiéndose a las viejas, desnudas sólo de cintura para abajo, con los brazos al descubierto y armadas con un puñado de vergas delgadas y verdes, me seguiréis también y os dedicaréis a mis riñones y mis nalgas a medida que veáis que lo necesito.

»Vos Sanguin y vos Barbaro no solamente desempeñaréis el papel de ejecutores, sino que también perforaréis con precisión mi trasero cada vez que os lo presente amorosamente; entonces, Juliette cogerá

vuestros instrumentos y me los introducirá en el culo, conforme a las indicaciones y órdenes que le he dado.

»En cuanto a vos, jóvenes que, colocados sobre esos cuatro banquillos, esperáis en el más respetuoso silencio lo que me plazca prescribiros, vuestro destino es la sumisión. No imaginéis que esos lazos que os unen a mí, ya que sois hijos míos los cuatro aunque nacidos de diferentes madres, me van a impedir conducirlos a la muerte por los senderos más duros y espinosos; sabed que os di la vida sólo para quitárosla, que el infanticidio es uno de mis más dulces placeres y que cuanto más os acerca a mí vuestra sangre, más placer tendré en martirizaros.

»En lo que se refiere a vosotras, mis hermosas niñas, prosiguió adulando servilmente y tomándoles el pelo cruelmente a mis dos mujeres, os he pagado lo suficientemente caras para tener el derecho de hacer con vosotras todo lo más execrable que mi perversa imaginación me sugiera... Y podéis contar con terribles sufrimientos: pronto sabré, espero, los efectos del dolor sobre vuestras almas sensibles.

»Tras estas palabras, las desgraciadas criaturas se precipitan a los pies de su feroz tirano. Desnudas ya por las viejas, con sus hermosos cabellos negros cayendo en desorden sobre su seno de alabastro, con sus lágrimas inundando los pies de este verdugo, ofrecen de forma indeciblemente interesante el desgarrador espectáculo de su dolor y su desesperación...

—¡Ah!, ¡me jodo en Dios! —dice el criminal dejándose caer sobre un sofá mientras yo le poluciono con una mano y le socratizo con la otra—... ¡Cómo me gustan estos trágicos efectos del infortunio!... ¡Cómo consiguen ponérmela tiesa!... ¿Queréis un puñal, mis hermosas amigas? Podríais mataros mutuamente; para mí sería delicioso...

Y el monstruo, mientras hablaba así, pegaba brutalmente sus manos a los senos frescos y delicados de estas dos encantadoras muchachas; los pellizcaba, los apretujaba violentamente y parecía obtener un placer singular en redoblar su dolor espiritual con todos los pequeños tormentos físicos que les infligía con voluptuosidad.

—Traedme sus jodidos culos —le dice a una de las viejas—, poned los agujeros a la altura de mis labios; vos, Durand, chupadme: Juliette seguirá masturbándome dentro de vuestra boca.

Entonces mordió esos dos hermosos culos y dejó la huella de sus dientes en más de doce o quince sitios. Pasando después su cabeza entre los muslos de Raimonde, la mordió en el clítoris con tal violencia que la pobre se desmayó. Encantado con semejante efecto, vuelve a hacer la prueba con Élise; pero como un movimiento de esta hermosa muchacha le impide acertar el golpe, el criminal, al no alcanzar más que los labios de la vagina, se lleva un trozo

completamente sangrante. Aunque estaban muy maltrechas por estos dos primeros ataques, quiere joderlas en ese estado. Se da la orden, se las tumba boca abajo sobre un canapé, sus cabezas bajo los cadáveres que tapizan la habitación. Y allí, el granuja, servido por Juliette[126], se introdujo alternativamente en los dos coños y en los dos culos, durante más de veinte minutos. Entonces, se apodera de un puñado de vergas, y poniéndolas de rodillas una encima de otra, de forma que puede golpear juntas las divinas nalgas de Élise y las hermosas tetas de Raimonde, fustigó, martirizó esas hermosas carnes, ora por separado, ora a la vez, durante más de media hora seguida, mientras una de las viejas, de rodillas ante su trasero, le pinchaba las nalgas con una aguja de plata. Élise y Raimonde se cambiaron para que él pudiese azotar las nalgas de aquella cuyas tetas acababa de desgarrar y martirizar el seno de aquella cuyo culo acababa de maltratar. Cuando todo estuvo completamente sangrando, se humedecieron, se restañaron las partes maltratadas y Cordelli, con su verga furiosamente empinado, ordena a uno de los jóvenes que se acerque. Este delicioso niño reunía todos los encantos que puede prodigar la naturaleza: rostro encantador, piel blanca y fina; una bonita boca, hermosos cabellos, el culo más hermoso que se pueda ver.

—¡Cómo se parece a su madre! —dice el disoluto besándolo.

—¡La desgraciada!, ¿qué ha sido de ella? —le digo al italiano.

—Juliette —me respondió—, ¿siempre me sospecháis algún horror? Os sorprenderíais mucho si la hiciese aparecer ahora mismo.

—Os desaffio.

—¡Pues bien! Ahí está —dice Cordelli señalándome uno de los cadáveres clavados a la pared—; es su madre, pero preguntadle mejor a él. Lo desvirgué ayer ahí, mi amor querido, hace apenas treinta y seis horas... Sí, ahí, entre los brazos de su tierna madre; y poco después, que os lo diga él... sí, es cierto, ante sus ojos mediante un suplicio bastante extravagante envié a la mamá adonde voy a mandarle hoy a él con otro no menos raro, os lo juro...

Y el zorro, polucionado por mí, la tenía tiesa. Hace que una vieja sujete al niño; por orden suya, humedezco el orificio gomorrano, guío el miembro; Durand chupa al Ganímedes por debajo, y el italiano encula mientras besa mi trasero. Pero todavía suficientemente presto... suficientemente dueño de sí para hacer aflorar el placer sin dejarlo escapar jamás, se retira una vez más de ese culo.

Traen al otro joven. La misma ceremonia, la misma economía de esperma; y el negociante, poniendo a uno sobre las espaldas del otro, los zurra a los dos al tiempo: de vez en cuando vuelve a los vergas, los chupa. Por fin, en un furioso impulso de lubricidad, muerde tan terriblemente los cojones del primero que ha jodido, que este pierde el conocimiento. Cordelli, sin prestarle atención, pasa a otra parte. Le

acercan una de las jovencitas; no era una belleza, pero tenía algo tan dulce, un aire de pudor e inocencia tan interesante, que atraía todos los homenajes sin que nadie pudiese negárselos.

—Esta —dice Cordelli— es virgen con toda seguridad; pero como no es posible excitarse por un coño, ordeno a las viejas que la sujeten boca abajo, en el borde del canapé...

Y en cuanto tiene bien presentadas las dos voluptuosas nalgas de esta hermosa niña, el disoluto las maltrata, las muerde, las pellizca, y las araña con tanta rapidez y fuerza que en un minuto están sangrando: el granuja enfila el culo. Creyendo que ya ha conseguido en él la fuerza suficiente para intentarlo en el coño, se presenta ante él y su ilusión, sostenida por nuestras caricias y besos libertinos, principalmente por nuestros traseros ofrecidos a sus toqueteos, se cumple y hace saltar la virginidad. Se retira lleno de sangre para volver a enfilar su camino favorito y, tras algunos ataques intercalados de esta forma, vuelve a descargar en el culo de uno de los muchachos que había mantenido a este efecto junto a sí. Se hubiese dicho el resplandor de un rayo: creí que iba a echar la casa abajo. Lo rodeamos; besaba nuestras nalgas, una de las viejas lo azotaba, Durand lo socratizaba, Élise peloteaba sus cojones, él pellizcaba el culo de Raimonde, miraba los del muchachito y la muchacha apostados frente a él; todo, todo concurría a provocar una descarga cuya energía es difícil de pintar.

—¡Oh!, ¡joder! —dice saliendo de allí—, ahora voy a necesitar horrores para ponerme en condiciones.

—¡Pues bien!, los haremos, amigo mío, los haremos —digo consolando su verga, chupándolo, apretándolo, exprimiendo con cuidado hasta la última gota de esperma[127].

Cordelli me agradeció estos cuidados. De nuevo es rodeado mientras yo lo chupo; su boca recae sobre la de la joven que acaba de desvirgar: se diría que quería arrancarle la lengua a fuerza de chupársela. A continuación, ¿quién lo creería?, por una increíble extravagancia, quiere lengüetear durante un cuarto de hora la fétida boca de una de las viejas; y el villano no la abandona más que para sorber con igual delicia la de uno de los verdugos que se acerca a él. Este último exceso lo decide: empiezo a sentir los efectos del milagro, Cordelli coge una de mis manos y, llevándola hasta el instrumento de este criminal, me siento confundida al comprobar que el instrumento que me hace empuñar es más grueso que la parte más fuerte de mi brazo y casi tan largo como mis muslos.

—Coge ese verga, Juliette —me dice el italiano—, y ponlo en el coño de la pequeña que acabo de desflorar; piensa que tiene que entrar a cualquier precio.

Ante la inutilidad de las primeras tentativas, nos vimos obligados

a atar a la víctima: Cordelli quiere que esté como un perro, con los cuatro miembros atados al suelo de madera... sobre todo, que los dos agujeros estén bien expuestos para que si su hombre no puede sumergirse en uno, esté en condiciones de refugiarse en seguida en el otro. Yo conduzco la espada; Cordelli empujaba a su hombre por detrás; a pesar de lo seco y peludo que era ese nalguero, el disoluto lo lamía con placer y parecía dispuesto a joderlo en cuanto el enorme instrumento del agente estuviese enterrado donde él quería. Lo logramos a fuerza de habilidad: el verga penetra en el coño de la joven y los lívidos tintes de la muerte extendidos por su frente anuncian su terrible estado físico. Sin embargo, Cordelli, con el ojo puesto en ese singular mecanismo, ordena a su hombre que cambie: yo ayudo en la operación; la naturaleza comprimida, prensada vivamente por todos lados, parece prestarse más o menos indiferentemente a todo; no obstante, el ano se desgarrar, la sangre corre y el italiano, en las nubes, pegándose al culo del fornicador, le devuelve al momento todo lo que él ha dado.

¡Oh, justo cielo!, ¡qué contraste! No es posible imaginarse ese bonito, interesante y dulce rostro, besado suciamente por el rostro del hombre más repelente y más terrible que sin duda haya en el mundo, mancillando con sus rudos bigotes los lirios y las rosas de la tez más hermosa y mezclando execrables blasfemias a las plegarias dulces y llenas de unción del alma más inocente. Por otra parte, que vuestra imaginación se represente al infame Cordelli prefiriendo el desagradable culo de ese verdugo a las bellezas que lo rodeaban; acariciando ese culo con el mismo ardor que pondría un ser razonable en una joven y bonita novicia; introduciendo su verga en él y ordenando en fin a la Durand que estrangulase a la víctima mientras su hombre descargaba.

Todo se realiza: la desgraciada expira. Y el italiano, desenculando a su hombre, nos ofrece un verga seco y vivaz, en condiciones ahora para todo tipo de ataques.

—¡Ah!, ya estoy repuesto —nos dice—... ¡Ya hay una muerta! Convendréis, amigos míos, en que soy muy bueno: creo que no podría ordenarse un suplicio menos fuerte.

Una de las viejas quiso llevarse el cadáver...

—¡Deja —exclamó—, deja eso, bribona! ¿No sabes que esas perspectivas me excitan?

Y el villano, pegando su rostro al de la desgraciada, se atreve a recoger terribles besos de los rasgos deformados por la agonía y que sólo ofrecen ya las convulsiones de la muerte... las contorsiones de la desesperación en lugar de las gracias anteriores.

—Durand —dice el negociante—, pónsela tiesa de nuevo a ese hombre; quiero que me joda mientras mi verga hurga en los dos

orificios de la pequeña que me queda.

Todo se dispone. Cordelli encula; siempre anteponeía esto. Su hombre le jode sin necesidad de preparación; ¿acaso la necesitaba un culo tan ancho? Élise y Raimonde le ofrecen sus nalgas para que las bese, manosea a derecha e izquierda las de los dos muchachitos, cuyos vergas chupamos la Durand y yo. Del culo, Cordelli pasa al coño y los objetos varían bajo sus manos. Su hombre descarga: llama al otro. Este, por lo menos tan proporcionado como su compañero pero más terrible todavía, si es que eso era posible, sodomiza enérgicamente a su amo y le descarga dos veces en el culo, y las orgías empiezan a tomar un cariz más serio.

—Vamos, ¡por el estúpido Dios! —dice nuestro hombre encolerizado—, necesito crímenes, horrores, y sólo a este precio obtendré nuevas eyaculaciones; y en esto es tal mi egoísmo que aunque os costase la vida a todos los que estáis aquí, os inmolaría para obtener una buena descarga.

—¿Por quién vas a empezar, malvado? —le digo entonces.

—Por ti... por cualquier otro... por no sé quién: ¡qué me importa con tal de que se me empine! ¿Creéis que aprecio más la vida de uno que de otro? ¡Así que veamos a esta zorra! —dice el granuja agarrando a la temblorosa Élise por el seno y arrastrándola así hasta sus pies.

Entonces hizo que le trajesen tenazas y, mientras yo se la meneaba, uno de los verdugos le sujetaba a la víctima y otros le rodeaban de culos, el bárbaro tuvo la paciencia de arrancar brizna a brizna toda la carne de las tetas de esta joven y de aplanar tan bien su pecho que pronto no quedó ni la menor huella de las dos bolas de nieve que lo embellecían unas horas antes.

Hecha esta primera operación, le presentan a la víctima bajo otro aspecto; está sujeta por cuatro personas, los muslos lo más separados posible y el coño bien enfrente de él...

—Vamos —dice el antropófago—, voy a trabajar en el taller del género humano...

Esta vez lo chupaba; sus tenazas hurgan durante un cuarto de hora, las mete hasta la matriz.

—¡Dadle la vuelta! —exclama furioso.

Le presentan las nalgas más hermosas del mundo, su hierro cruel se introduce en el ano y esta delicada parte es tratada con el mismo frenesí que la anterior. ¡Y soy yo, yo, en otro tiempo loca por esta hermosa criatura, soy yo la que ahora excita a su asesino a tratarla con tanta rabia como furia! ¡Funesta consecuencia de las pasiones, he ahí dónde nos lleváis! Si hubiese sido una desconocida para mí, quizás hubiese experimentado por esta criatura algún sentimiento de indulgencia; pero es inaudito lo que se inventa, lo que se dice, lo que

se hace, cuando es la repugnancia la que mancha las tiernas rosas del amor.

Élise, ahogada en su sangre, respiraba todavía; Cordelli la observa con placer en esa voluptuosa angustia: al crimen le gusta siempre gozar de su obra; todo aquello que lo asegura, todo aquello que lo contenta, se convierte en un goce para él. Me obliga a masturbarme encima de ella; con voluptuosidad empapa su verga en la sangre que su mano hace correr y después la remata a puñaladas.

Uno de los muchachos sustituye a mi lesbiana. Cordelli hace abrir las ventanas que dan al mar. Se ata al niño a una cuerda, sujeta a una viga, por medio de la cual se le deja caer bruscamente a cincuenta pies de altura. Allí, Cordelli le grita que se prepare, haciéndole ver que, armado con un cuchillo, puede sumergirlo para siempre según su voluntad en las olas. El niño grita; yo masturbo a Cordelli; él besa la boca de Raimonde, menea el verga de uno de sus verdugos, mientras que el otro lo jode a él pellizcándole las nalgas. Suben la cuerda: el niño vuelve, pero sigue atado.

—¡Y bien! —le dice el negociante—. ¿Has tenido miedo?

—¡Ah!, no puedo más, padre mío, ¡piedad, piedad!, ¡os lo ruego!

—¡Cobarde! —dice Cordelli furioso—. Debes saber que esa palabra, «padre», no tiene ningún sentido para mis oídos; no la entiendo ya: muéstrame tus nalgas, tengo que joderte antes de enviarte a los peces... Sí, mi querido hijo, a los peces... ese es tu destino: ¡ya ves la fuerza que tiene la sangre dentro de mi corazón!

El granuja encula: mientras él fornicaba se alarga la cuerda, la caída será de doscientos pies esta vez. En cuanto dos o tres idas y venidas parecen haberlo satisfecho, los verdugos agarran al niño y lo lanzan violentamente por la ventana, es decir, a doscientos pies de altura, distancia que en cuanto ha sido recorrida por la cuerda, impidiéndole ir más abajo, disloca por completo los miembros a los que está atada. Se le vuelve a subir. El desgraciado, completamente roto, echaba sangre por todas partes.

—Un enculamiento más... —dice el italiano.

—Y después una cabriola —dice Durand.

—Por supuesto: pero la cuerda que hago alargar, lo dejará esta vez a sólo veinticinco pies de la superficie del agua.

Una vez fornicado, el niño es tirado de nuevo, lo suben casi muerto. Su padre lo jode por última vez; y cuando está a diez pies de la superficie:

—Vamos —le grita el feroz italiano— prepárate, vas a morir.

Por fin la cuerda se corta, y el desgraciado se sumerge al fin en el mar.

—Esa pasión es una de las más bonitas que conozco —le digo a Cordelli.

—¿Te excita, Juliette?

—¡Sí, palabra!

—¡Pues bien!, dame tu culo, voy a joderle; eso te calmará.

Cordelli me lima durante un cuarto de hora maquinando nuevos extravíos, y le toca el turno a Raimonde. Su suerte está escrita en los ojos del italiano; puede verla fácilmente en ellos.

—¡Oh!, ¡mi querida ama! —me dice abrazándome—, ¿así que está decidido que vais a entregarme a ese monstruo? ¡Yo que tanto os amaba! ...

Reírme fue mi única respuesta. Y como los verdugos le presentaban ya a la víctima, el traidor la acaricia previamente; palpa y besa todas las partes carnosas; lame, menea el clítoris, encula, se queda diez minutos en el trasero, y Raimonde es echada a una jaula de hierro llena de sapos, serpientes, culebras, víboras, perros rabiosos y gatos que ayunaban desde hacía cuatro días. No es posible figurarse ni los gritos, ni las contorsiones, ni los brincos de esta desgraciada en cuanto la dieron alcance los animales; era imposible ver unas impresiones de dolor más patéticas. No me afectó; Durand me masturbaba bien enfrente de la jaula, cerca de la cual jodía Cordelli chupado por una vieja. En un momento, todas las bestias cubrieron a Raimonde, hasta el punto de que ya no se la veía. Como se dirigieron a las partes carnosas, las nalgas y las tetas fueron devoradas en pocos minutos. Al abrir la boca para gritar, una víbora se deslizó por su garganta y la estranguló, desgraciadamente demasiado pronto para nuestros placeres. En ese último momento, el otro verdugo jodía a Cordelli, el pícaro sodomizaba a una vieja, acariciando el culo de la segunda y manoseando mis nalgas con una mano y las de la muchacha que quedaba con otra; y Durand seguía masturbándose.

—¡Oh!, ¡rejodido Dios, que expulso! —exclamó retirándose rápidamente del culo de la vieja—, había creído protegerme de la descarga sodomizando a esta bribona y heme aquí casi a punto.

—No, no, no partirá, querido —le digo, doblando la cabeza de su verga hacia el suelo—; tendrás tiempo de acabar: pensemos en otra cosa un momento.

—Entonces, dime —dice el negociante—, ¿cómo encuentras ese suplicio, Juliette? Se me ocurrió para esa zorra en cuanto vi su trasero: me basta examinar esa parte en una mujer para al momento dictar su sentencia de muerte. Si quieres, Juliette, escribo la tuya en tus propias nalgas...

Y como las pellizcaba con fuerza mientras decía eso, me separé prestamente presentándole las del muchachito que quedaba. Lo mira con ojos terribles: es aquel cuya madre masacró el criminal, cuyo cadáver embalsamado todavía está ante su vista.

—Me parece que he pedido —dice este temible libertino— que le

hagan sufrir a este bribón el mismo suplicio por el que pereció su señora madre hace tres días. ¿Qué dices, tú, Juliette? El suplicio era el siguiente: primero hay que hundirle los ojos a la víctima; después cortarle todas las extremidades; a continuación romperle los cuatro miembros y por último, encularlo mientras se le remata a puñaladas.

—¿Y eso es lo que le hicisteis sufrir a la madre? —le digo.

—Sí.

—Me parece muy bien; sólo es cuestión de ponerse ya; pero espero que no olvidaréis arrancarle los dientes y cortarle la lengua.

—¡Ah!, ¡me cago en Dios!, tienes razón, Juliette —respondió Cordelli—, lo había olvidado con la que le dio la vida; pero juro que lo recordaré con su hijo. Vamos, trabajad —le dice a sus verdugos.

Y entretanto perfora mi culo, teniendo como perspectiva el de la joven cuyos tormentos debían seguir a estos. La Durand le muestra el suyo a la derecha y observa el espectáculo a la izquierda; las viejas lo azotan.

No es posible describiros la velocidad con que trabajan los verdugos, y todavía es más difícil hacerse idea de los terribles dolores y de la violencia de los gritos de la víctima. Cuando Cordelli se da cuenta de que basta un solo agente para el suplicio, le ordena al otro, teñido todavía de sangre, que me encoñe para así poder gozar mejor de mi trasero. Por muy acostumbrada que yo estuviese a los instrumentos monstruosos, este, lo confieso, no se introdujo en mí más que tras terribles dolores: yo estaba delirante, ¡Dios lo sabe! Aunque este hombre fuese terrible, los horrores que acababa de cometer, la manera enérgica con que me trataba, las blasfemias que salían de su boca, el episodio sodomita con que su amo me regalaba, todo me arrastró pronto e inundé de semen el verga de mi fornicador. Cordelli, extasiado al oír cómo los gritos de mi descarga se mezclaban con los de su hijo, no aguantó más: su esperma corre a pesar de él, y soy mojada por los dos sitios a la vez. Sin embargo, el suplicio no había acabado todavía; el ejecutor pregunta si hay que suspenderlo.

—¡Por supuesto que no! —responde el italiano—. Esta gente es muy singular, siempre se imaginan que es preciso tenerla tiesa para atormentar a una criatura; pero yo actúo tanto a sangre fría como en el seno de la pasión: la naturaleza puso en mi ser el gusto por la sangre y no necesito excitarme para derramarla.

Continuamos. No obstante, para que la escena no languidciese, calenté de nuevo el verga con mi boca y la Durand lo excitaba con estas palabras.

—Cordelli —le dice— la prueba de que no eres lo suficientemente feroz está en que después de ti todavía nos quedan horrores por inventar.

—Probadme eso.

—Fácilmente. Si quieres, yo misma ordenaré el suplicio de la muchacha que te queda; y verás, me apuesto lo que quieras, cosas mucho más fuertes que las que creó hasta ahora tu bonachona imaginación.

—Veamos —dice el negociante.

—Es preciso —dice mi compañera— que con los instrumentos que ves allí hagas levantar delicadamente la piel de esta joven. Una vez despelada viva, la azotaréis con espinas, a continuación la frotaréis con vinagre y repetiréis siete veces esta operación. Cuando se llegue a los nervios, le pincharéis con agujas de acero al rojo vivo, después la sumergiréis en un brasero ardiendo.

—¡Oh!, joder —dice Cordelli—, ¡qué suplicio! Escucha, Durand, acepto; pero te advierto que te lo hago sufrir a ti misma si no descargo...

—Estoy de acuerdo.

—Manos a la obra.

Avanza la doncella. Era la más bonita de las dos; esta desgraciada tenía el talle más hermoso posible, unos soberbios cabellos rubios, un aire virginal y unos ojos que habrían puesto celosa a la misma Venus. El cruel italiano quiere besar una vez más ese culito encantador.

—Tengo que rendirle un último homenaje —dice— antes de que mi barbarie mancille sus rosas... ¡Qué hermoso es este culo, amigas más!...

Y Cordelli, vivamente emocionado por los horrores propuestos, pasa pronto de los elogios a la acción. La joven es enculada y tras dos o tres incursiones el villano quiere gozar del cruel placer de ver el más gordo de los vergas de sus verdugos perforando ese bonito culillo. Se hace la prueba, pero, como os podéis imaginar, sólo tiene éxito a costa del desgarramiento total del ano. Cordelli entretanto sodomizaba al ejecutor; el otro se apodera del coño de la joven que, tratada de esta cruel manera, era la imagen viva de una oveja entre dos leones. El disoluto no puede estar quieto y pasa del culo de uno de los verdugos al del otro y encontrándose por fin suficientemente excitado, ordena que comience el suplicio encargando a la Durand de su dirección.

Es imposible hacerse idea de los dolores que experimentó esta desgraciada cuando el italiano la azotó con espinas, en la nueva piel que quedó tras desollar la otra. Pero fue mucho peor cuando desapareció esta segunda y hubo que azotar la tercera; los rechinamientos de dientes de esta desgraciada, sus brincos, daba placer verlos. Cordelli, viendo que yo me masturbaba con el espectáculo, vino a hacérmelo él mismo; pero, ocupado con el suplicio de su víctima, le encargó a la Durand este cuidado y mi amiga, tan emocionada como yo, se hizo devolver lo que me daba. La operación

fue larga, descargamos tres o cuatro veces; todas las pieles de la criatura fueron levantadas sin que fuesen dañados los órganos de la vida. Ni siquiera lo fueron cuando le atacaron los nervios con puntas de acero al rojo vivo; se redobló la fuerza de sus gritos; era muy lúbrico verlo. Cordelli quiere encularla en este terrible estado; lo logra y continúa pellizcándola con sus hierros mientras la sodomiza. El exceso de dolor absorbe por fin en ella todo lo que la mantenía viva y la desgraciada expira recibiendo en el culo el semen de su verdugo.

Una seriedad glacial se impone entonces en todos los rasgos de su rostro. Se viste, ordena lo mismo a sus verdugos y pasa con ellos y con las viejas a una habitación vecina.

—¿Dónde va? —le digo a la Durand, al quedarme sola con ella.

—Lo ignoro...

—¿Y si ahora fuese a conspirar contra nosotras?

—Nos lo mereceríamos.

—¿Por qué diablos vienes a casa de gente que no conoces bien?

—Me sedujo la esperanza del oro, todavía me seduce. Estoy convencida de que aquí es donde el granuja esconde sus riquezas. ¿Y si pudiésemos deshacernos de él y robarlo? Tengo conmigo el polvo rápido, sería cuestión de un momento.

—Ese comportamiento, querida, chocaría con nuestros principios: respetemos eternamente el vicio y no golpeemos más que a la virtud. Al detener la fuente de los crímenes de este hombre, salvaríamos la vida a millones de criaturas: ¿debemos hacer esto?

—Tienes razón.

Cordelli reapareció seguido de su escolta.

—¿De dónde vienes? —le dice la Durand—... ¿De entregarte, apuesto lo que sea, a alguna infamia secreta que nos ocultas?

—Os equivocáis —respondió el italiano abriendo una puerta que comunicaba la pieza en que estábamos con aquella en la que había entrado por el exterior—; mirad —continuó mostrándonos un oratorio adornado con todos los atributos de la religión—, de ahí vengo. Cuando, como yo, se tiene la desgracia de entregarse a pasiones tan terribles como las que me arrastran, es preciso al menos apaciguar mediante algunas buenas obras la cólera que deben inspirarle a Dios.

—Tienes razón —le digo—, déjanos seguir tu ejemplo. Durand, ven conmigo, vamos a pedir perdón a Dios por los crímenes que este hombre nos ha hecho cometer.

Y tirando de la puerta nos encerramos en el oratorio.

—¡Oh!, por una vez —le digo rápidamente a mi amiga, a la que había llevado allí sólo para hablarle con tranquilidad—, por una vez cambian mis ideas; ese imbécil fanático no merece más que la muerte: no lamentemos el hilo criminal que cortamos al arrancarle la vida. Con un alma timorata como la de ese imbécil, no se recorre durante

mucho tiempo la carrera del vicio; quizás sean estas sus últimas expediciones: actuemos sin escrúpulos.

—Nada más fácil —me dice Durand— que deshacernos de toda esa gente, excepto de una de las viejas, que tenemos que conservar para que nos enseñe el lugar. Vamos, puedes estar segura de que aquí es donde ese negociante oculta sus tesoros y de que nuestra cosecha será buena.

—¿Pero y la gente que viene a recogerlo esta noche?

—Los haremos beber y nos desharemos también de ellos.

Volvimos.

—Aquí estamos tan santas como tú —dijimos— pero, por favor, refrescadnos, nos morimos de sed.

En seguida, a una orden dada por Cordelli, las dos viejas sirven una comida bastante buena que comparten el amo y sus acólitos, En el tercer vaso de vino, Durand desliza hábilmente el veneno, primero a Cordelli y después, sucesivamente, a los otros; no hubo forma de dárselo a las viejas: no tocaron nada. En un instante el polvo produjo todo el efecto que esperábamos de él y nuestros tres criminales caen al suelo como sacos. Entonces Durand saltó sobre la más ágil de las viejas:

—Ve —le dice metiéndole un cuchillo en el corazón—, ve a juntarte con tus indignos cómplices; si tu dueño hubiese sido un libertino como nosotras, hubiese sido perdonado, pero desde el momento en que cree en Dios, quiero que se vaya al diablo. En cuanto a ti —dice la Durand a la otra—, si te dejamos con vida es con la condición expresa de que primero nos ayudes a tirar estos cadáveres al mar y que después nos enseñes todos los rodeos, todos los escondites y todas las habitaciones del castillo. Debe haber tesoros aquí, los necesitamos. Empieza diciéndonos si hay alguien más aparte de nosotras.

—¿Ahora? No, señoras —nos respondió la vieja temblando—, no hay más criada que yo en la casa.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Hay entonces otros amos?

—Creo —nos dice la vieja— que todavía hay algunas víctimas; por lo demás, prometedme que conservaréis mi vida y os conduciré a todas partes.

Nos desembarazamos primero de los cadáveres. Y mientras actuábamos:

—¿Venía tu amo con frecuencia a esta casa? —dijimos.

—Tres veces por semana.

—¿Y terribles matanzas en cada visita?

—Ya lo habéis visto. Venid —prosiguió esta mujer en cuanto acabamos esta primera operación—, os llevaré a los calabozos, todavía encontraréis caza allí.

Allí era, a más de cien pies bajo tierra, donde el criminal encerraba y ocultaba a sus víctimas. Todas estaban en prisiones separadas y de doce habitaciones encontramos nueve llenas; cinco tenían tres bonitas muchachas de alrededor de quince a dieciocho años; cuatro muchachos de trece a dieciséis ocupaban el resto; todas estas víctimas habían sido corrompidas y secuestradas en diferentes ciudades de Italia; dos de ellas, una de dieciséis años y otra de dieciocho, eran de Ragusa, en Albania: era difícil ver criaturas más hermosas.

Mientras las examinábamos, creímos oír ruidos al principio de la escalera del castillo; volamos a aclarar la causa de este acontecimiento: era que regresaba nuestra gente y la del italiano. Empezamos haciendo entrar a estos últimos de tres en tres, y tras darles de beber en la sala donde todavía quedaban los restos de nuestra comida, por medio de nuestro rápido veneno, pronto los pusimos en el mismo lugar de su amo. Volviendo a bajar entonces para hablar con los nuestros, les dijimos:

—Volved a la ciudad, queremos pasar aquí todavía veinticuatro horas; Cordelli se queda con su gente, es todo lo que nos hace falta.

Y el coche se marchó. Volvimos a examinar a las víctimas.

—Durand —le digo—, cojo esas dos albanesas para mí, me resarcirán de Élise y Raimonde; y a los signos de descontento que veo en tu rostro —le digo— respondo que las sacrificaré en cuanto lo desees con la misma facilidad que a las otras.

—¿Así que siempre te hacen falta mujeres?

—Me es imposible pasarme sin ellas, pero no preciso más que un corazón y es el tuyo del que quiero hacer para siempre mi único tesoro.

—¡Zalamera, hay que ceder siempre a todo lo que tú quieras!

Lila (era la de dieciséis años) y Rosalba fueron liberadas en seguida, pero no obstante puestas bajo llave en una de las mejores habitaciones del castillo. Hacía ya ocho días que esas pobres muchachas estaban relegadas a esos calabozos malsanos, mal alimentadas, tumbadas sobre pajas y se veía que estaban indispuestas por su detención. Las dos se asustaban aún, pero después que las hube besado, acariciado, corrieron sus lágrimas y me colmaron de favores. Eran hermanas e hijas de un rico negociante de Ragusa, con el que Cordelli mantenía correspondencia; había convencido a su padre para que las hiciese educar en Venecia y el malvado hacía correr el rumor de su muerte para apoderarse de ellas.

—Voy a seguir tu ejemplo —dice la Durand—, y coger también a una de estas jóvenes.

—¡Oh!, de acuerdo, querida amiga, ve, puedes estar segura de que jamás estaré celosa por esas cosas.

—¡Monstruo! —dice Durand—, más delicada que tú, no deseo nada que pueda distraerme de tu querida presencia.

—Deja, amor mío —respondí—, deja de tomar placeres carnales por distracciones morales. Ya te he dicho que mis sistemas, diferentes de los tuyos, eran inquebrantables: que yo podría joder y masturbarme con todo el mundo sin olvidarme por eso del tierno sentimiento que te he jurado para toda la vida.

Pusimos a las otras tres muchachas y a los cuatro muchachos en la sala de los suplicios y tras habernos divertido con ellos la mitad del día, refinamos los horrores cometidos por Cordelli e hicimos perecer a estas siete criaturas en tormentos mil veces más crueles. Hecho esto, dormimos dos horas y proseguimos nuestra búsqueda.

—No sé el lugar donde guarda su dinero —nos dice la vieja—, incluso ignoro si lo tiene aquí; pero si existe, debe estar en una bodega cercana a otra donde se guarda el vino.

Descendimos. Dos enormes puertas de bronce cerraban estas bodegas y no teníamos ningún utensilio para derribarlas. Cuantas más dificultades encontrábamos, más aumentaba, según es la costumbre, el deseo de vencerlas. A fuerza de dar vueltas, descubrimos una ventanita que daba a esta cueva, guardada sólo por dos barrotes. Nuestro primer impulso fue lanzarnos a mirar a través de ella. Seis grandes cofres se ofrecieron a nuestra vista: os podéis imaginar cómo redobló nuestro celo esa visión. Por fin, tras infinitos trabajos, logramos arrancar los barrotes. Soy la primera en lanzarme; abro uno de los cofres con una agitación increíble. Pero ¡ay!, ¡cuán corta es nuestra alegría al ver que estos inmensos baúles sólo contienen instrumentos de suplicio o trapos de mujeres! Iba a abandonar la operación llena de rabia, cuando Durand me dice:

—Busquemos bien, no puedo quitarme de la cabeza que hay algo aquí dentro.

Hurgo; mis manos tocan un manojo de llaves, una de las cuales tiene como etiqueta: *Llave del tesoro*.

—¡Oh!, ¡mi querida Durand! —exclamé—, no busquemos más aquí; esta es la prueba de que el objeto de nuestros deseos no está en esta bodega. ¡Ay!, primero habíamos encontrado puertas sin llaves, he aquí ahora llaves sin puertas. Donna Maria, ¿sabes algo? Dínoslo, ¡tú fortuna está hecha!

—Aunque me pusieseis entre la muerte y millones no podría deciros más. Busquemos, quizás lo encontremos.

—Id a buscarme —dice la Durand— una varita de avellano que he visto en el patio.

En cuanto mi amiga la tiene en sus manos, se entrega a la observación de esta vara, primero inmóvil en sus manos. Sube. Un impulso secreto le advirtió que girase a la izquierda; sigue una larga

galería, al cabo de la cual se nos presenta una nueva puerta de hierro. Pruebo las llaves al instante; abren; entonces la vara gira en las manos de Durand con increíble rapidez. Había diez enormes cajas en esta habitación y, por cierto, no se trataba ni de vestidos de mujeres ni de instrumentos de suplicio, sino de hermosas y buenas monedas de oro, que había a millones.

—Vamos —digo, llena de valor y de alegría—, sólo se trata ahora de llevárselo.

Pero ¿cómo hacer para conseguirlo? Confiarse a los criados era peligroso: no podían bajarse las cajas, había que vaciarlas. En esta fatal alternativa, preferimos llevarnos menos, pero con seguridad. La vieja, las dos jóvenes, la Durand y yo, nos cargamos al máximo, y durante ocho días seguidos no dejamos de hacer viajes. Entretanto corrimos la voz de que Cordelli pasaría el mes en el campo; que nos había encargado ir a hacerle compañía diariamente; y, bajo mano, fletábamos una falúa para Venecia. Al noveno día por la mañana la utilizamos, tras haber tirado a la vieja a uno de los pozos del castillo, la última vez que estuvimos allí, para enterrar nuestro secreto con ella.

El tiempo de nuestra travesía fue soberbio, las atenciones de nuestras mujeres excesivas, la comida excelente: llegamos a Venecia, no demasiado cansadas gracias al mar calmo y tranquilo que habíamos ido costearo.

Indiscutiblemente es un espectáculo tan magnífico como imponente el ver una ciudad inmensa flotando sobre las aguas; como Grécourt dice en alguna parte, parece que la sodomía haya elegido ahí su santo asilo, para en seguida apagar en el mar los fuegos que podría castigar el fanatismo: es cierto que mora allí como en su templo y que hay pocas ciudades en Italia donde reine con tanta fuerza.

El aire que se respira en Venecia es bochornoso, afeminado, invita al placer, aunque a menudo es poco sano, sobre todo cuando la marea está baja. Entonces la gente rica se va con la mayor frecuencia posible a las alegres casas de campo que tienen en tierra firme o en las islas cercanas a la ciudad. A pesar de esta mala calidad del aire, se ven muchos viejos y las mujeres se marchitan más despacio que en otras partes.

Los venecianos son en general altos y bien contruidos, su rostro es alegre, espiritual, y esta nación merece ser amada cuando se la conoce bien.

Los primeros días de nuestra llegada a Venecia me ocupé de colocar las sumas que acababa de procurarme: y a pesar de que la Durand insistió para que me lo quedase todo, quise compartirlo. Nuestro lote ascendía más o menos a un millón quinientas mil libras de renta para cada una, lo que unido a lo que ya tenía, me hacía una

renta de seis millones seiscientas mil libras para comer por año. Pero temiendo parecer sospechosa en Venecia con una fortuna tan considerable, tomamos las precauciones necesarias para convencer a todo el mundo de que el lujo que afectábamos no era más que el resultado del producto de nuestros encantos y de nuestros conocimientos en el arte de la magia y en los efectos de las plantas. En consecuencia recibíamos en nuestra casa a todas las personas de uno y otro sexo que deseaban voluptuosidades o instrucciones. La Durand había hecho construir, de acuerdo con esto, un laboratorio y un cuarto de máquinas, más o menos del mismo estilo que el que tenía en París. Allí se veían ardidés, cojines, cuartos, calabozos y todo lo que puede impresionar la vista y la imaginación. Tomamos viejas sirvientas, prontamente adiestradas en todas estas maniobras; y nuestras dos jóvenes recibieron orden de prestarse con tanta complacencia como sumisión a todo lo que debía servir a uno y otro de nuestros proyectos. Recordaréis que eran vírgenes; esta razón, unida a todo lo que podíamos esperar de su encantador rostro y su juventud, debía hacernos confiar, con todo derecho, en que estas dos tierras vírgenes nos serían de gran ayuda una vez que estuviesen aradas. Además, yo debía unirme a ellas para volver a los primeros ejercicios de burdel que me habéis visto practicando en París cuando me lancé a la carrera, lo que evidentemente hacía aquí solo por libertinaje, puesto que veis la fortuna inmensa de que gozaba.

El primer individuo que se presentó en nuestra casa fue un viejo procurador de San Marcos que, tras habernos examinado a las tres, me hizo el honor de darme el pañuelo.

—Quizás —me dice delicadamente— mi gusto me llevaría a elegir a una de vuestras doncellas, pero mi pronunciada impotencia no me permitiría gozar de las voluptuosidades que me ofrecería. Sin duda estaré más cómodo contigo, y voy a explicarte de qué se trata. Tendrás la bondad —me dice el villano— de avisarme el día en que tu regla sea más copiosa. Tumbada sobre una cama, los muslos muy separados, me arrodillaré delante de ti y te acariciaré el coño, me embriagaré con esas menstruaciones que adoro: y una vez que me haya excitado devorándolas, terminaré el sacrificio en el mismo templo que acabo de incensar, mientras que una de tus criadas (es absolutamente necesario que el individuo que te pido sea de esta condición), mientras que, digo, una de tus sirvientas hará el favor de zurrarme con toda su fuerza.

—Señor veneciano —respondí—, ¿vuestra serenidad desea repetir con frecuencia esta libidinosa escena o es sólo por una vez?

—Es sólo por una vez —me respondió el procurador—; por muy bella que seáis, ángel mío, me es imposible volver a una mujer cuando ha satisfecho conmigo esta pasión.

—Muy bien, Excelencia —le digo—, con la comida (porque en esta casa es una regla el que un caballero como vos jamás se divierta sin antes hacernos el honor de comer), con la comida, digo, y la anotadora os costará quinientos cequíes.

—Sois cara, señorita —me dice el procurador levantándose—; pero sois bonita y mientras que sois joven hacéis bien en haceros valer... ¿Qué día tengo que venir?

—Mañana: lo que os gusta empieza hoy, y mañana la tormenta.

—Seré puntual —me respondió el procurador...

Y al día siguiente, tras haber satisfecho su repugnante pasión, tras haberlo hecho zurrar enérgicamente con un vergajo, recibí su repugnante homenaje, respecto al que fui lo suficientemente falsa como para hacerle creer que hacía gran caso. Además de los quinientos cequíes, me embolsé un diamante que valía por lo menos el doble, ofrecido como presente por el viejo zorro para demostrarme hasta qué punto estaba satisfecho con mis buenas maneras.

A continuación apareció un negociante muy rico llamado Raimondi.

—Corazón mío —me dice, examinando mis nalgas—, ¿vuestro culo está intacto?

—Por supuesto, señor.

—Hija mía —continuó, abriéndolo—, me engañáis: y eso no es posible con un hombre que está tan habituado como yo a los culos.

—De acuerdo, señor, no os lo ocultaré: una o dos veces, palabra de honor, y no más...

Y Raimondi, sin responder, metió su lengua en el agujero de mi culo. Hizo que me levantara; estaba encendido.

—Escuchadme —me dice—, os explicaré mi pasión: no pasa nada si no os conviene. Todo mi placer consiste en ver joder, eso es lo único que me excita; sería absolutamente nulo si no me inflamase con el espectáculo de los goces del prójimo. Me conseguiréis seis hermosos hombres que os encoñarán sucesivamente ante mis ojos: yo me divierto con ellos mientras os joden, y tan pronto como hayan descargado en el coño, trago con su sumo cuidado el semen que os han lanzado en la vagina; vuestra habilidad residirá en hacer lo imposible para devolvérmelo en la boca. Hecha esta operación, me ofrecéis el trasero: os sodomizo mientras que vuestros seis hombres me enculan uno tras otro. En cuanto ha descargado el sexto, salgo de vuestro culo, me tumbo en una cama; vos os ponéis a horcajadas sobre mí, y me cagáis en la boca mientras que uno de vuestros hombres os acaricia el coño, un segundo os mete la lengua en la boca, el tercero se la menea delante de mí, el cuarto me chupa el verga y yo masturbo a uno con cada mano. En cuanto sale vuestro mojón, me lo como; hecho esto, me levanto; cogéis mi verga en vuestra boca, me lo chupáis con

cuidado; entonces todos los hombres vienen, uno tras otro, a cagar en la mía; trago su mierda, vos tragáis mi semen y este es el desenlace de la escena. Pero, corazón mío, tened cuidado —prosiguió el veneciano—. Hay tres terribles escollos en esta disposición: el que, por muchos esfuerzos que hagáis, os sea imposible lanzarme en la boca el esperma que hayáis recibido en el coño; el que no traguéis el mío y el que no podáis cagar. Ahora bien, es bueno que sepáis que cada uno de estos crímenes está castigado con cien latigazos, que os haré aplicar delante de mí por uno de los seis hombres: de forma que si dejáis de devolverme las seis inundaciones, y os negáis a tragar mi semen y no cagáis, habréis merecido ochocientos latigazos; cien si no habéis cometido más que una de estas faltas: igual para lo demás.

—Señor —le digo a Raimondi—, vuestra pasión no tiene una fácil ejecución, se corren grandes peligros. Por lo tanto imagino que, con todos los accesorios, no es demasiado dos mil cequíes.

—Tu belleza me decide y estoy de acuerdo con todo —dice el negociante.

Pusimos una fecha y dos días después lo satisface.

Algún tiempo después me llamó la Durand para un noble cuya manía no era de ninguna manera tan peligrosa. Mi amiga lo masturbaba, él entretanto lamía los agujeros de mi nariz, el contorno y el interior de mis orejas, mi boca, mis ojos, mi clítoris, el interior del coño, el agujero del culo, el espacio entre los dedos de los pies y las axilas. Al cabo de una hora de esta ceremonia, acaba por hacerse chupar el verga y descargar en la boca. La Durand me había prevenido ocho días antes para que no me lavase ninguna de estas partes, ya que la crisis de ese libertino debía decidirse mejor o peor según el grado de suciedad en que las encontrase.

Se avisaban unos a otros y no nos faltaban parroquianos. Vino uno que traía con él a dos negras. Era preciso que, desnuda entre esas dos mujeres, hiciese el favor de dejarme masturbar por ellas: el contraste del blanco con el negro empezaba a excitarle en seguida. En cuanto lo estuvo, se puso a azotar a las negras hasta hacerlas sangrar mientras yo lo chupaba; después me zurró a mí. Desgarrado por las negras que lo sacudían con látigos de puntas de hierro y con vergajos, acabó enculándome mientras una de sus mujeres negras lo sodomizaba a su vez con un consolador y él maltrataba el culo a la otra. Le robé un diamante soberbio, mientras le chupaba el verga, y todavía exigí mil cequíes por una partida tan extraordinaria.

Apareció otro mucho más singular. Había que atarlo desnudo a una escalera doble; dos de nuestras sirvientas lo zurraban con todas sus fuerzas; la Durand lo chupaba. Encaramada en lo alto de la escalera, yo le cagaba en la nariz. Cuando la tuvo empinada, le hicimos ponerse de rodillas, lo procesamos, lo interrogamos, lo condenamos a ser quebrado. Allí estaban todos los instrumentos; pero la barra era de cartón. Durand lo ató a la cruz; yo golpeé; descargó bajo los golpes, nos dio quinientos cequíes y huyó, completamente avergonzado por habernos confiado una fantasía tan extravagante.

Por fin aparecieron en escena nuestras doncellas. Vendimos dieciocho veces la virginidad del coño de Rosalba, treinta veces la de su culo; veintidós veces la del coño de Lila, treinta y seis la otra. Y tras haber sacado más de seiscientos mil francos de estas cuádruples primicias, las entregamos al brazo secular.

El embajador de Francia me escribió un día que me presentase en su casa con una de las muchachas más bonitas que pudiese encontrar. Le llevé una niña de dieciséis años, más bella que el amor, y que me había costado demasiado cara por haber sido secuestrada del seno de su familia a la que no volvería a ver nunca más. Monseñor nos hizo desvestirnos a las dos en un cuartito situado en la parte más alta de la casa; una especie de agujero profundo, y que se hubiese tomado por un pozo, se hallaba en medio de la pieza. El embajador nos dobla a las dos sobre el borde, como para hacernos ver la profundidad, y se divierte observando muestras nalgas bien a su alcance con esta postura.

—Si os precipitase a las dos ahí dentro, ¿qué sucedería?

—Muy poca cosa, caeríamos sobre buenos colchones.

—En los infiernos caeríais, bribonas: lo que veis es la boca de Tártaro...

Y al mismo tiempo, para asustarnos, salen llamas de ese antro oscuro que nos echan hacia atrás.

—¿Así que esa será nuestra tumba?

—Así lo temo, y vuestra sentencia está escrita en vuestros culos...

Nos los besaba, los pellizcaba mientras decía eso; y sobre todo maltrataba el de la joven que le había traído: lo mordía y lo pinchaba con una aguja. No obstante nada ocurría todavía, y aunque yo lo sacudiese con todas mis fuerzas por orden suya, no había la menor señal de erección...

—¡Oh!, joder —dice el libertino empuñando a mi compañera y levantándola del suelo—. ¡Oh! ¡Santo Dios, qué placer precipitar esta cosa en las llamas!

La ejecución siguió de cerca a la amenaza y en cuanto el verga del disoluto se empina gracias a mis cuidados, con un impulso vigoroso lanza a la joven al agujero...

—¡Menea!... ¡Menea!... ¡Menea ya, jodida zorra! —exclamó al ver salir las llamas que provoca la caída del cuerpo que acaba de lanzar.

Después, armándose con un puñal en el instante en que su descarga está a punto de partir, se precipita él mismo en el agujero para apuñalar a su víctima, cuyos gritos me anuncian su muerte. No lo volví a ver más; una vieja me pagó, me recomendó silencio y jamás hemos oído hablar de ese señor.

Pronto aparecieron las mujeres. Nos asombramos Durand y yo de no haber oído todavía hablar de ninguna cuando signora Zanetti, una de las mujeres más ricas y más libertinas de Venecia, me invitó a visitarla. Esta criatura, de treinta y cinco años, me pareció en cuanto la vi una de esas hermosas romanas cuyos rasgos se han conservado en las esculturas. ¡Qué rostro celestial! Era el de la misma Venus, era su talle, era la suma completa de todas sus gracias.

—Os encontré el otro día en la iglesia de la Salud —me dice esta encantadora mujer—. Sin duda, ibais como yo a descubrir algún objeto de lubricidad; porque os atribuyo demasiada inteligencia para que fuese otra cosa lo que os llevase a semejantes lugares. Aquí es la costumbre: las iglesias nos sirven de burdeles... ¿Sabéis que sois muy bonita, ángel?... ¿Os gustan las mujeres?

—¿Puede no gustar lo que se parece a uno mismo?

—¡Ah!, ¡he ahí la galantería francesa! Diez años que permanecí en París me enseñaron esa jerga. Os ruego que me digáis francamente si os gustan las mujeres y si tendríais placer en masturbaros conmigo...

—¡Ah!, lo juro...

Y para probar mis palabras, me lanzo al cuello de la bella veneciana y le chupo la boca durante un cuarto de hora.

—Eres encantadora, ángel mío —me dice cogiéndome el pecho—, y voy a pasar momentos deliciosos contigo.

Cenamos y las voluptuosidades más excitantes coronaron esta libidinosa velada. Zanetti, la más libertina de las mujeres, poseía mejor que nadie el arte de dar placer; en mi vida había sido masturbada tan bien. Cuando hubimos descargado cinco o seis veces cada una, cuando nos hubimos chupeteado, chupado, jodido con consoladores, en fin, cuando hubimos agotado todos los recursos más refinados del safismo:

—Jodamos ahora —me dice la lesbiana.

Llama.

—¿Tengo hombres ahí? —preguntó a su ayuda de cámara, una joven de dieciocho años hermosa como el día.

—Sí, señora —le respondió esta—, hay ahí diez que esperan vuestras órdenes; como no creían que la señora los necesitase esta tarde, se iban a retirar desolados, porque están muy excitados.

—¿Es que los has manoseado, tú, bribona? —dice la bella

veneciana.

—Sí, señora, he tocado a algunos, pero no los he hecho descargar; señora, puede comprobarlo.

—Vamos, traémoslos, zorra, quiero regalar a mi nueva amiga.

En seguida llega Rosetti con los diez jóvenes, que me parecieron de un porte y un rostro encantador. En un abrir y cerrar de ojos la doncella y el ama ponen en condiciones esas armas; y en un momento me veo amenazada por diez vergas, el más delgado de los cuales apenas habrían podido empuñarlo mis manos...

—¡Muy bien! —me dice Zanetti, completamente desnuda... desmelenada como una bacante—, es para ti la fiesta: ¿dónde quieres que se pongan estos vergas?

—¡Oh!, joder —exclamé, aturdida ante este espectáculo—, mételos por todas partes... por todas partes.

—No —me dice—, hay que desear el placer: conténtate con metértelos en el coño en esta primera vuelta: eso te excitará, luego desearás lo demás; y déjanos hacer.

Entonces Rosetti se desnuda; las dos mantienen a pulso el estado brillante de nuestros atletas; y mi hermosa amiga me los introduce uno tras otro en el coño. En cuanto están ahí, la zorra se tumba sobre mí a la inversa, me pone su coño en la boca y me chupa el clítoris, mientras la enculan dos jóvenes y la doncella mete el verga de un tercero en el culo del que me fornicaba.

No es posible hacerse una idea de los placeres que gocé en esta primera sesión. Cuando los diez acabaron de pasarme por el cuerpo, presento mis nalgas: me enculan; yo tenía el coño chupado por Zanetti, arrodillada ante una cama y meneando un verga con cada mano. Mi fornicador era sodomizado y yo chupaba el coño de Rosetti, que meneaba dos vergas sobre su monte, de forma que yo pudiese alternativamente chupar su coño o los vergas que ella masturbaba. Cuando todos los instrumentos me hubieron pasado por el culo, no formamos ya más que un solo grupo. Me tumbo boca arriba sobre un hombre que me encula; otro me encoña; con mi mano derecha, facilito la introducción del verga de un hombre en el culo de Zanetti, que, tumbada sobre otro, le hacía otro tanto a Rosetti, igualmente jodida por delante y por detrás. Un hombre enculaba al que me sodomizaba a mí y cada una teníamos uno en la boca.

—Todavía hay sitio para dos —dice Zanetti—; puedes ver que los que sodomizan a mi criada y a mi podrían, sin sobrecargar el cuadro, tener cada uno un verga en el trasero. Por lo tanto se puede hacer un grupo de quince y si esos grupos imitan el nuestro, puedes ver que serán deliciosos.

Pero aniquilada, ebria de voluptuosidad, sólo respondí a culetazos; y apoderándose el delirio de todos nosotros a la vez, fue en

medio de un torrente de semen donde apagamos... o más bien adormecemos por un momento nuestra devoradora lubricidad.

Las mismas posturas se ejecutaron sobre Zanetti y al no jugar yo más que un papel secundario tuve entonces el placer de encenderme con las indecibles lubricidades de esta zorra. Ni Safo ni Mesalina tenían nada que hacer allí: ¡era un desvarío... un deshilvanamiento de ideas... una desvergüenza... una serie de blasfemias tan fuertes, suspiros tan ardientes... gritos tan prodigiosos en el momento de la crisis! ¡Oh!, no, lo reverga, jamás tuvo Venus una acólita más fiel... jamás un delirio semejante... jamás una puta más desbordada.

La granuja no para ahí; hubo que beber tras haber jodido; ese fue nuestro remate; la criada se sentó a la mesa con nosotras, pero los hombres fueron despedidos; y cuando estuvimos las tres sin poder razonar, nos pusimos a masturbarnos como zorras hasta que al venir el astro de los cielos a iluminar nuestras saturnales, nos obligó a suspenderlas para encontrar en un poco de descanso las fuerzas necesarias para volver a empezar.

Unos días después vino a verme esta encantadora mujer. Le había vuelto completamente loca, decía, no podía pasarse ya sin mí.

—Ahora que nos conocemos mejor, querida amiga —me dice—, tengo que confesarte todas mis inclinaciones. Estoy llena de vicio y como se dice que eres muy filósofa, vengo a suplicarte que tranquilices mi conciencia.

—¿Y cuáles son, amor —me apresuré a decir—, los vicios que más te gustan? ¿A cuáles te entregas con más placer?

—El robo. Nada me divierte tanto como sustraer el bien de los otros; y aunque tengo ya cien mil libras de renta, no hay un solo día de mi vida que no robe por gusto.

—Consuélate, amor —le digo tendiendo la mano a mi amiga—, y ve en esta a la que tú amas una de las mayores seguidoras de esa pasión. Por supuesto que, como a ti, no me hace falta y, como tú, me gusta entregarme a él... ¿Qué digo?, hago de él, siguiendo tu ejemplo, una de las mayores diversiones de mi vida. El robo, querida, es de institución natural; no solamente no es un mal, sino que es evidente que incluso es un bien. Por lo demás, querida amiga —proseguí abrazando a mi nueva amiga— veo con placer que tus principios en moral no son muy escrupulosos.

—Nadie podría ser más firme que yo a ese respecto —me respondió la amable veneciana—. Arrastrada por mi cabeza a mil infamias, no hay nada que no me permita cada vez que hablan mis pasiones.

—¡Qué! —digo—, ¿hasta el asesinato?

—Hasta el parricidio, hasta el crimen más terrible, si existiese entre los hombres.

—¡Ah!, santo Dios —le digo a mi amiga—, besa un millar de veces a la que tanto se te parece y considérame digna de ti.

—¡Pues bien! —me dice Zanetti—, ya que tú te abres de esta forma, voy a hablarte también con confianza; escucha, no te asustes, y júrame no revelar nada de lo que voy a decirte.

Hice el juramento que mi amiga exigía y he aquí lo que supe de ella.

—Sabes, Juliette, que soy viuda y por consiguiente dueña absoluta de mis actos. No me preguntes cómo he obtenido esta libertad... y adivina, sin hacer que me ruborice por la confesión, que es fruto del crimen.

—¿Fue tu mano la que lo cometió?

—No. Hice asesinar a ese triste enemigo de mis placeres: en Venecia se rompen fácilmente todos los lazos con unos cuantos cequíes.

—Era preferible que lo hubieses hecho tú misma: en este caso, un parecido más nos hubiese unido.

—¡Oh!, Dios, ¡te adoro, alma querida! ¡Qué buena acción deshacernos de esos granujas cuando quieren molestarnos! ¿Y qué derecho tienen sobre nuestra libertad para atreverse a constreñirla así? Que se nos conceda el divorcio y el conyugicidio sería menos común.

»Sea como sea, es preciso que sepas, querida, que en Venecia existe una famosa asociación de criminales cuyo único oficio es robar, hurtar sutilmente, timar, y asesinar en caso de necesidad a los que se le resisten. Los hilos de esta asociación se extienden a más de treinta o cuarenta millas de aquí y todos se juntan en la casa de un tal Moberti, director jefe de toda esta tropa. Ahora bien, querida, ese Moberti es mi amante; estoy loca por él: me es imposible tener por ningún hombre los sentimientos que tengo hacia él. Y sin embargo, querida, si lo vieses te asombrarías sin duda de mi pasión; pero cuando lo conozcas dejarás de sorprenderte y entonces verás que es posible amar a un hombre por sus gustos, sus pasiones, la calidad de su espíritu, más que por los atractivos físicos de su persona.

»Moberti tiene cincuenta y cuatro años; es pelirrojo como Judas; sus ojos son legañosos y pequeños; su boca ancha y mal provista; su nariz y sus labios como los negros; es bajo, mal hecho, pero, a pesar de todo eso, dotado de un instrumento tan prodigioso que a pesar de toda mi costumbre de ser enculada, me deja hecha papilla cada vez que me sodomiza... única forma en la que goza de mí. Este es, querida amiga, el físico singular del hombre por el que enloquezco, aunque le sea infiel cien veces al día; pero me lo permite; sabe que no puedo pasarme sin eso; y si yo se lo tolero por mi parte proporcionándole la caza que le gusta, él me permite por la suya joder si quiero con toda la

tierra. No hay celos por ninguna de las dos partes: es casi lo que podría llamarse una unión moral. Moberti tiene el espíritu que me gusta; es de un desorden de imaginación tan excitante, de un libertinaje tan atroz, de una ferocidad tan salvaje, de un abandono de principios tan prodigioso, de un ateísmo tan profundo, de una corrupción tan completa que todo eso me vuelve loca y me hace idolatrar a ese hombre hasta un punto que sobrepasa todo lo que los poetas y los historiadores han podido hasta ahora escribir sobre el amor.

»Como puedes imaginarte, Moberti tiene varios agentes en Venecia, que coloca en la casa de gente muy rica y que como sólo son frecuentadas por gente de esa misma casta, están en condiciones de proporcionarle buenas informaciones. Soy la primera de sus agentes; todos los otros se ponen en contacto conmigo y a través de mí se indican los principales robos. No hace más que tres años que nos conocemos; sólo le sirvo desde esa época; pero puedo asegurar que en ese breve espacio de tiempo le he valido más de diez millones, que le he hecho asesinar al menos a unas cuatrocientas personas; y eso es lo que me vuelve loca. Descargo tres días y tres noches seguidas, mi querida amiga, cuando he cometido o hecho cometer crímenes de este tipo. A él mismo le gusta el asesinato hasta el punto de que, como el famoso ladrón de Siberia, en sus expediciones abandona los despojos a sus camaradas por el solo placer de degollar a las víctimas con sus propias manos. Te lo reverga, es el granuja más bárbaro y más cruel que sea posible encontrar en el mundo; y sus vicios se acomodan tan bien con los de mi carácter que he ahí por qué lo adoro.

»Por una singular fatalidad y que prueba que el crimen es siempre más dichoso que la virtud con tal de que sea constante y atrevido, hace veinticinco años que mi amante lleva la misma vida: ni siquiera ha sido sospechoso nunca. Algunos capitanes de su tropa han sido castigados a la rueda, colgados, quemados, pero nunca lo comprometieron. Este hombre, raro por su energía, su perversidad, su valor, espera seguir doce o quince años con la misma vida y retirarse después a Dalmacia conmigo, donde ha comprado últimamente soberbias posesiones. Así es como esperamos coronar la vida más criminal con que se hayan manchado los anales humanos.

»Esto es, querida, lo que tenía que decirte: piensa si quieres ser de los nuestros. En el caso de que aceptes, dentro de poco te doy una cena con mi amante; lo verás gozando de mí, de ti si lo deseas, y después los tres haremos los arreglos necesarios para una íntima unión.

—Por supuesto —le digo a mi amiga—, no podías haberme propuesto nada más agradable. Lo acepto todo con dos condiciones: la primera, que si tu amante se divierte conmigo me tiene que pagar muy

caro, e igualmente: sólo le serviré en sus robos si me toca una parte considerable; la segunda, que de ahora en adelante nos repartiremos todos los gastos de nuestras reuniones libertinas: quiero ser tu amiga, no tu puta.

Una deliciosa comida remató esta conversación y nos separamos prometiéndonos volver a vernos pronto.

Como no sabía qué giro tomaría todo ese asunto, creí mejor ocultárselo a mi compañera hasta que todo estuviese más claro. Por otra parte, vivíamos en una libertad suficiente para que cada una hiciese lo que quisiera por su lado.

Unos días después me avisó la signora Zanetti que había hablado a su amigo; que este deseaba infinitamente conocerme, y que en consecuencia me invitaba al día siguiente a cenar a una casa encantadora en el campo que tenía en la isla San Jorge, a muy poca distancia de la ciudad.

No me habían engañado sobre el físico de este asombroso hombre; era imposible ser más feo y difícil al mismo tiempo tener un rostro más espiritual.

—Esta es —dice Zanetti abrazándolo— la bonita muchacha de la que te he hablado; espero que tengas ocasión de estar contento de ella en todos los aspectos.

Entonces el bandido me coge de la mano y me conduce, sin decir una palabra, a un gabinete donde me sorprendió encontrar a dos jóvenes de quince años, hermosos como el Amor.

—No os escandalicéis —me dice el disoluto—: Soy un buen tipo; sin embargo os joderé en el culo; vuestra amiga ha debido ponerlos al corriente. Mostradme vuestras nalgas y disimulad el coño, os lo suplico, hasta el punto que ni siquiera me sea posible creer que tenéis uno.

Este comienzo me pareció caballeresco. No sé lo que este personaje tenía de atrayente, pero desde el primer momento sentí que era muy fácil querer a un hombre así. Moberti se demoró en el examen de mi trasero, no se le escapó ningún detalle; después, dándome dos fuertes azotes en cada nalga, me dice:

—Este sí que es bueno —me dice—, ya veo cómo es vuestro culo, podéis desvestiros.

—¿Y vuestra amiga, señor?

—Ahora vendrá; sabe que no nos pondremos sin ella...

Y mientras yo me desvestía, Moberti acariciaba a los muchachitos.

La bella veneciana apareció.

—¿Te has ocupado de todo? —le dice su amante—. ¿Estaremos completamente solos? ¿Están bien cerradas las puertas? ¿Será buena la cena?

—Confía en mí, amigo mío, conoces mi precisión.

—Vamos, entonces jodamos en paz —respondió Moberti— y entreguémonos seguros a los más extravagantes caprichos de la imaginación.

—Sí, amigo mío, sí, puedes; no queda más que Dios para verte.

—¡Oh!, me cago en ese testigo —dice el libertino—. Mi pena mayor es que no exista realmente y verme privado de esta forma del placer de insultarlo... Pero ¿se puede hablar delante de esta joven, es de los nuestros?

—Sí, ya sabes lo que te he dicho sobre ella, sólo espera su puesto para entrar en acción y me atrevo a creer que estarás contento de ella.

—Ya lo estoy de su culo... tanto como se puede estarlo del de una mujer... Vamos, querida, excita todo eso...

Y Zanetti mientras desabotona los pantalones de los dos jóvenes, mostraba sus nalgas al libertino, quien tumbado sobre un gran sofá se masturbaba mirándolos.

—Apresúrate —me dice mi amiga muy bajo—, estoy segura de que arde en deseos de ver tus nalgas junto a las de los muchachos...

En seguida me coloco con el montecillo bien oculto, y Moberti, sin ninguna preferencia, nos examina un rato a los tres. Sin embargo, besa el mío con ardor, lo acaricia en profundidad; entonces ordena a uno de sus putos que se ponga entre mis piernas y me arranque pelos de forma que diese saltitos, mientras él continúa metiendo su lengua en el agujero de mi culo y su querida lo masturba al tiempo que es masturbada a su vez por un puto.

—Escuchadme bien —dice entonces el bandido— y, sobre todo, ejecutad lo que voy a prescribiros lo mejor que podáis. Tenéis que soltarme un pedo en la boca al tiempo que os arrancan un pelo, y al sexto, al mismo tiempo que el pedo, tenéis que mear en la nariz del joven que os depila, llenándolo de insultos.

Tuve la suerte de satisfacer a este singular libertino con la puntualidad que deseaba, y cuando llego a la inundación y me oye los insultos dirigidos al objeto de su lujuria, para vengar a su bardaje, se apodera de un puñado de vergas y me zurra durante un cuarto de hora.

—¡Qué haces! ¡Qué haces! —exclama Zanetti, siguiendo el hilo de la escena—. ¿Y qué falta ha cometido esta criatura contigo?

—La zorra se ha peído; ha mancillado con su indigna orina el delicioso rostro de mi Ganimedes: no existen castigos bastantes fuertes para uno y otro de esos ultrajes.

—Entonces —dice Zanetti perfectamente al corriente de todo lo que complacía a su amigo—, voy a azotarte, truhán, hasta que hayas dejado de tratar así a mi amiga...

Lo fustiga así un buen cuarto de hora, al cabo del cual el italiano

nos muestra un miembro de un pie de largo por ocho pulgadas de circunferencia.

—¿Has visto algo de ese tamaño? —me dice enseñándomelo.

—¡Oh! ¡Cielos! —exclamé—. ¡Estoy perdida si me perforas con esa máquina!

—Sin embargo, es lo que va a sucederte —dice, ordenando a su querida que se desnude también—; no vas a ser más difícil que esos niños: son vírgenes y tú no.

—Pero los matarás y yo no quiero que me ocurra lo mismo.

Tras estas palabras, Zanetti se acerca para que le bese sus nalgas; y mientras uno de los jóvenes le tira de un pelo del coño, suelta a quemarropa el pedo más enorme en la nariz de su amante, que jura, echa pestes, se lanza sobre ella y la encula. Durante esta operación nos dispone tan bien a los muchachos y a mí, por encima de los riñones de su diosa, que nuestros tres culos se hallan agrupados ante su rostro y puede besarlos indistintamente.

Confieso que estaba maravillada por la presta manera en que Zanetti sostenía en su culo, sin pestañear, la introducción de este enorme miembro; la zorra no se había movido; el italiano juraba, iba, venía y hacía sentir sus dientes sobre nuestras nalgas. Se retira, se deshace el grupo, y nos miraba con unos ojos en los que se pintaba la lujuria más cruel; se tumba en el canapé, con el rostro entre las nalgas de su amante, cuyo ano toquetea, y en esta postura nos ordena que vayamos a meneársela un rato, uno tras otro, teniendo cuidado de besar su verga, lamer sus cojones y meterle tres dedos en el culo.

Su miembro se anima con este juego, tan prodigiosamente que creo que va a perder su semen; pero, perfectamente dueño de sí, se contiene, se vuelve a levantar, pide vergas y nos azota a los cuatro con todas sus fuerzas. Hecha esta operación, me agarra lanzándome unas miradas que me dan miedo.

—Bribona —me dice—, tengo que matarte.

Por muy acostumbrada que yo estuviese a estas escenas, confieso que se apoderó de mí un gran terror y tanto más cuanto que Zanetti, a la que yo miraba fijamente, no me tranquilizaba en absoluto con sus ojos.

—Sí. ¡Tres veces infame Dios! —siguió el italiano lleno de furia—. Sí, zorra, tengo que matarte...

Y diciendo esto me apretaba el cuello para ahogarme; a continuación coge un puñal, lo mantiene suspendido sobre mi seno, mientras su amiga se la menea, pero sin lanzarme una sola mirada, sin tranquilizarme con el menor gesto. Tras haberme tenido unos minutos en esta terrible perplejidad, me tumba sobre el sofá, presenta su verga a la entrada de mi culo y me lo mete sin ninguna preparación en el ano con tal fuerza, que mi rostro se cubrió de un sudor frío y estuve a

punto de desmayarme. Sin embargo, mi amiga me sujetaba y se oponía con todas sus fuerzas a cualquier movimiento que yo hubiese podido hacer, de forma que fui trabajada, perforada por ese tipo monstruoso sin poder oponer la menor resistencia. Entretanto, él manoseaba con cada mano el culo de uno de los muchachitos y besaba a Zanetti en la boca.

Al cabo de un rato, me hace poner en el suelo las manos que yo apoyaba en el sofá y curvar asombrosamente la cabeza, levantando los riñones lo más posible; uno de los muchachos, pasando mi cuello entre sus piernas, se pone así de pie ante él, que lo lame entretanto; los dos se sustituyeron en este puesto y Zanetti, en una postura diferente, vino a poner el agujero de su culo en el mismo lugar donde un momento antes el disoluto sólo encontraba bocas. Pero no descarga, y al retirarse con violencia y sin ninguna precaución, me hace casi tanto daño con esta retirada precipitada como antes al introducirse.

—Su culo es bueno —dice retirándose—, es estrecho, caliente; pero se mueve mientras lo enculo, y tú sabes, Zanetti, que deseo que se esté inmóvil y que sin esta cláusula no puedo descargar.

Entonces, su querida coge vergas y lo azota; yo estaba en el suelo, extendida boca abajo; los dos muchachitos sobre mis nalgas. Al cabo de un rato, me hizo tumbarme boca abajo y atravesada en un canapé. Los dos putos se ponen sobre mi cuerpo muy cerca el uno del otro, y se presenta en el culo del primero, que se halla colocado cerca del mío: pero se resiste con fuerza a este proyecto.

—¡Atémoslos, rediós! —exclama.

Y como Zanetti me ruega que la ayude, atamos y agarrotamos a este muchacho en forma de bola, de forma que su cabeza, pasada entre sus piernas separadas, presenta el goce de su boca muy cerca del culo. Para fijar mejor la posición, Zanetti se pone a horcajadas sobre el muchacho. Moberti se presenta, nada puede molestarlo ahora. Su enorme verga desaparece en tres embestidas en el ano del endeble escolar; entretanto yo le acaricio el culo y él manosea al otro joven.

Las expresiones de este criminal durante su goce eran terribles. No hablaba más que de crímenes, de abominaciones, de asesinatos, de incendios, de matanzas. Sin embargo, no descargó todavía. Por orden suya, el segundo bardaje es puesto en la misma postura; goza de él de la misma forma, pero esta vez había hecho poner al que acababa de joder boca abajo, con los pies en alto y el cuerpo extendido a lo largo del de su querida, de cuclillas sobre el del puto enculado. Tenía así bajo sus besos un culo, un coño y una boca. Yo lo azotaba. Sus expresiones se hicieron más horribles aún y en un abrir y cerrar de ojos vi arroyos de sangre en la habitación; al perder su semen, el cruel había golpeado con veinte estiletaos al muchacho que sodomizaba y al que le servía de perspectiva.

—¡Criminal! —le digo redoblando mis golpes sobre sus nalgas—, jamás se llevó la traición más lejos, y puedes estar orgulloso de ser un monstruo.

La explosión de la descarga de este libertino me había parecido la de un volcán; no era ya un hombre, sino un tigre, un perro rabioso.

Restablecida la calma, los dos cadáveres fueron tirados a un agujero, preparado con este fin al fondo de un jardincillo cercano al gabinete donde acababa de tener lugar esta escena, y nos arreglamos. Moberti se durmió antes de la cena.

—¡Oh, qué hombre! —le digo a su querida.

—Todavía no has visto nada —me respondió Zanetti—; esta vez ha sido muy suave, no será siempre así.

Dos nuevas víctimas lo esperaban al levantarse de la mesa.

—Y como son muchachas, te aseguro que las hará sufrir diez veces más.

—Entonces, ¿nuestro sexo lo emociona más?

—Por supuesto. Siempre pasa igual con toda la gente cruel en la voluptuosidad; la debilidad, la delicadeza de una mujer los irritan mucho más, su ferocidad se ejercita mejor sobre la debilidad que sobre la fuerza; cuanto menos se puede defender uno, con más violencia atacan, y como de esta forma entra mayor maldad en el crimen, obtienen también más placer. ¿Te ha hecho daño?

—¡Ah!, estoy completamente destrozada; he sostenido vergas monstruosos: jamás ninguno que me hiciese tanto daño.

Sin embargo, Moberti no tardó en despertarse; en cuanto lo hizo pidió la cena: se sirve. Estábamos en una sala fresca y solitaria; todo lo que era útil para el servicio estaba colocado cerca de nosotros, sin que necesitásemos criados. Entonces fue cuando el bandido me explicó los servicios que tenía preparados para mí. Se trataba de proteger sus robos, descubrirle víctimas, abandonar a la Durand para tomar yo sola una casa adonde atraería a los simples para él robarlos y matarlos. En un momento me di cuenta de que había muchos más peligros que provecho en la aceptación de ese proyecto; y estando yo muy por encima de una ganancia tan mediocre, me negué interiormente a las propuestas de este hombre. Pero me guardé bien de descubrirle mi pensamiento, y para que nada turbase su ilusión, aplaudí sus proyectos y le prometí servirlo. Así acabamos la comida más magnífica que yo hubiese hecho en mucho tiempo; tras levantarnos de la mesa, me hizo pasar a un gabinete secreto con él.

—Juliette —me dice—, has visto mis gustos desde lo bastante cerca para imaginarte que en el asesinato es donde pongo mis más voluptuosos goces... ¿Puedo estar seguro de que pondrás todo tu ardor en multiplicar mis víctimas? ¿No tengo nada que temer de tus

remordimientos?

—Ponedme a prueba, querido —respondí—; la forma en que me conduciré con vos os mostrará si entro en vuestras miras por gusto o por complacencia.

Y entonces se vino a mi malvada imaginación la idea más páfida. Yo no tenía ninguna gana de ser la querida de ese hombre, ninguna de aceptar sus proposiciones, y no obstante, tan sólo por principio de maldad, me mostré celosa.

—¿De qué me servirá —le digo— ocupar el segundo puesto en vuestros apaños? La confianza, el corazón, esos bienes tan preciosos de poseer cuando son concedidos por alguien a quien se ama, ¿me pertenecerá todo eso? He aceptado todo lo que me habéis propuesto, estoy de acuerdo; pero me sería mucho más agradable ejercer sola ese empleo junto a vos y no tener constantemente ante mi vista a una rival tan peligrosa como vuestra Zanetti...

Y el granuja me escuchaba con tanto interés como sorpresa.

—¡Qué!, ¿me amarías realmente? —me dice después de un rato de silencio.

—¡Ah!, me volveríais loca; como tengo todos vuestros gustos, idolatraría a un hombre que se os pareciese.

—¡Pues bien!, no digas ni una palabra, todo va a arreglarse; eres infinitamente más bella que Zanetti, te prefiero a ti y reinarás sola en mi corazón.

—¡Pero vais a llevarla al borde de la desesperación!, además, ¡qué enemiga me crearíais!, ¿creéis que me perdonaría alguna vez haberos seducido?

—¡Oh!, si nos molestase mucho...

—¡Dios! ¡Qué idea!, hace que me estremezca: una mujer a la que amo, a la que vos habéis amado... ¿pensáis que es un terrible horror?

—Eso no existe, todas nuestras acciones son sencillas; todas están inspiradas por la naturaleza y creía que tú ya no dudabas de esas primeras bases.

—¡Ah! ¡No durarán mucho tiempo mis escrúpulos ante la encantadora perspectiva de ser la única en poseeros!... Pero en tanto que esa criatura exista, os confieso que no estaré tranquila; además, me inspirará un gran pavor y siempre estaré temiendo perderos. Me parece que, ya que estamos en estas, es un asunto que puede ser liquidado en seguida. Esa mujer es mala: si supieseis todo lo que me ha dicho de vos... ¡Ah!, creed que si no le tomamos la delantera, jamás nos dejará vivir en paz.

—Te adoro, muchacha celestial —me dice el italiano echándose en mis brazos—, está decidida la suerte de tu rival, tú triunfas, ya sólo es cuestión de pronunciar juntos su suplicio...

Y Moberti, a quien esta idea encendía tanto como a mí, coge mi

culo y lo enfila sin ninguna preparación; en otro momento ese enorme verga me hubiese hecho lanzar terribles gritos, pero ahora, llena de fuego, me precipité sobre el dardo y descargué a la primera sacudida.

—¿Qué le haremos? —me dice el disoluto jodiendo—. Quiero que pronunciemos sus dolores en el seno de los placeres.

Lo hicimos. Lo que después veréis fue el resultado de la sentencia pronunciada. Volvimos.

Moberti, que quería conservar sus fuerzas, se había guardado bien de perderlas. Zanetti empezaba a inquietarse y pudimos leer fácilmente en sus ojos que el demonio de los celos atormentaba su corazón. Le rogó a su amante que pasase conmigo al mismo salón donde se habían celebrado las orgías de la mañana; y allí le presentó los nuevos objetos para los últimos placeres de la tarde. Eran una madre de veintiséis años, embarazada de siete meses, y llevando de la mano a dos encantadoras niñas, una de once años y otra de nueve. Moberti que conocía la mercancía por haberla elegido él mismo, estuvo encantado de verla por fin en sus redes.

—He ahí lo que me excita increíblemente —nos dice al oído—; es una mujer a la que engaño; cree que voy a prestarle grandes servicios, y los tormentos que le preparo son terribles. Vamos, Zanetti, que se cierren las puertas, que reine el silencio, que no haya en esta casa más ruido que el que yo voy a hacer. Me gustaría que el universo entero dejase de existir cuando yo me empalmo.

Moberti se sienta, ordena a su querida que desvista a Angélique, mientras que Mirza, la mayor de las hijas y la joven Marietta esperarán en respetuoso silencio las órdenes que salgan del bandido.

Zanetti, ocultando muy precavidamente todas las partes anteriores de Angélique, acerca su grupa a Moberti, quien, tras haberla manoseado brutalmente, declara que antes de una hora habrá cambiado de forma ese culo. Toca el vientre repleto, lo golpea con placer y le pronostica las mismas desgracias.

—¡Ah!, señor —dice la interesante Angélique—, me habéis engañado cruelmente; ahora veo fácilmente a qué horrores estoy destinada; respetad al menos el fruto que llevo...

No es posible pintar aquí las risotadas que provocó la intercesión en este criminal.

—¡Puta, más que puta! —exclama, cubriendo de golpes a esta desgraciada—; ¡oh!, sí, sí, no dudes de que vaya a tener las mayores consideraciones por tu estado; no hay a mis ojos nada más respetable que una mujer embarazada, y ya debes estar dándote cuenta de cómo me enternece ese interesante estado. Sin embargo, empieza desnudándome a tu hija mayor y tráemela en el mismo estado en que Zanetti acaba de ofrecerte a mis análisis.

Entretanto yo estaba arrodillada entre las piernas de este libertino

y lo polucionaba ligeramente para mantener su fuego, y, con frecuencia, besaba mi boca inexplicablemente transportado. Nada más bonito que la muchachita que le llevan y nada más cruel que el tipo de lúbricas caricias con que la llena. La pequeña se acerca; la misma ceremonia.

—¡Santo Dios! —dice el criminal exaltado—, ¿no podría encontrar yo un medio de encular a las tres de un golpe?

Tras estas palabras, agarra a la madre, la tumba de espaldas, sujeta sus piernas en el aire con cuerdas y la encula como a una galga. Por orden suya, me lanzo sobre esta madre de forma que mi culo esté a disposición de los besos del disoluto, y sobre mi cintura se sube su querida, presentando un segundo trasero a los besos de este insaciable; con cada una de sus manos manosea a una niña, cuyas nalgas destroza con una tenaza. No contento con maltratar esos dos culitos, se pierde en el de la madre, a la que trata de igual manera; y en cuanto a los nuestros, se contenta con morderlos, mientras nosotras le peemos en la boca.

—Déjate caer sobre esta granuja, Juliette —me dice—, para que ese doble peso ahogue, si es posible, el abominable fruto que infecta sus entrañas.

Zanetti y yo ejecutamos tan bien nuestro encargo que poco falta para que la pobre Angélique perezca ahogada al momento. Al cabo de un cuarto de hora de idas y venidas en el ano de esta pobre mujer, suplicio atroz que le arranca terribles gritos, Moberti desencula y ordena a la mayor de las muchachitas que se acerque a él. Zanetti preparaba las vías, yo presentaba el instrumento, que se había hecho más terrible y más monstruoso aún tras las incursiones en el culo de la madre. Después de infinitos esfuerzos, la veneciana y yo llegamos a introducir esa enorme masa en el estrecho orificio ofrecido a sus furores. En cuanto el disoluto se da cuenta de los progresos de su verga, lo empuja con tanta fuerza que pronto lo introduce por completo; pero la desgraciada se desvanece.

—Esto es lo que yo quería —dice el feroz personaje—, nunca gozo mejor que cuando mis vejaciones las reducen a esto... Vamos, Zanetti, ¿tú me entiendes! —Y después, bajito a mi oído—: Quiero enviarla a los infiernos manchada con un hermoso crimen.

La veneciana se ocupa de que Angélique esté colocada sobre los riñones de su hija, presentando las nalgas al disoluto; las mías están expuestas a la derecha, las de la muchacha más joven a la izquierda, y mi amiga está arrodillada ante el culo de su amante: ¿pero adivináis con qué nuevo episodio regaló el libertino su lubricidad? Su querida, mientras le muerde con fuerza las nalgas, tiene que imitar el ladrido de un dogo, en tanto que él, imitando al mismo animal, devora el culo de Angélique. En mi vida he visto nada tan agradable como ese

concierto de perros; verdaderamente no lo era así para Angélique, cuyas nalgas destroza el bandido de tal forma que caían jirones por los muslos de esta infortunada. De vez en cuando se divertía también con las de la pequeña y las mías; pero no era más que para aguzar sus dientes, que recaían a continuación con mayor furor en las masas carnosas de Angélique, que pronto estuvieron reducidas a un estado tal que se desmayó, igual que su hija. Cambia de culo; la otra hermana es atacada con fuerza y son entonces las nalgas de la que acaba de joder sobre las que se ensañaban sus dientes.

No obstante la Zanetti ejecuta las órdenes que ha recibido. Mientras su amante goza, la granuja apuñala, para determinar el éxtasis de aquel, a una de las muchachas que sirven de perspectiva, y la desgraciada cae al instante, ahogada en los chorros de su sangre.

—¡Criminal! —exclama el italiano—, mira el terrible crimen que acabas de cometer; que el Ser eterno prolongue ahora tus días y te dé tiempo a arrepentirte, porque si murieses cargada con ese crimen sería tu suerte el infierno... Que dejen ahí ese cadáver, me serviré de él en seguida.

Desencula, su semen no había podido contenerse ante este excesivo horror, acababa de soltar sus chorros; y hecha esta operación, deja a Zanetti con esta desgraciada familia y pasa conmigo al gabinete donde hacía un rato habíamos estado hablando los dos a solas.

—Voy a hacer atrocidades —me dice besando mi boca y masturbándose sobre mi trasero—, y tu rival se verá envuelta en ellas. Me gustaría ir más lejos todavía en la sentencia que hemos pronunciado; me gustaría que pudiese existir en el mundo un tormento más cruel que el que ella va a sufrir... y desgraciadamente no será así... ¡Oh!, Juliette, vuelvo a ponerme cachondo; ¡mira qué fuerza tiene sobre mis sentidos la idea de esta insigne traición! (Después, manoseando mis nalgas). ¡Qué hermoso culo, Juliette!, lo adoro, estás llena de imaginación, posees una ejecución fácil del crimen, y si inmoló a Zanetti es para conservarte eternamente.

—Pero —le digo—, querido amigo, ¿no piensas en que esa mujer te idolatra? Estoy indignada por haber cedido un solo instante a tus pérfidos deseos; es terrible tratar así a mujer a la que se está unido.

—¡Ah!, ¡qué me importan los sentimientos de esa puta! No hay nada sagrado para mis pasiones cuando me excito. ¡Oh!, la ramera no se lo espera, es el momento del placer... Cuán deliciosa va a ser esta tarde para mí. Revísteme con esa piel de tigre. Estarán las tres desnudas en la habitación, tendrán el cadáver en medio de ellas; me lanzaré indiferentemente sobre ellas... las devoraré: ese será el primer suplicio por el que podrás ver que ha perdido todos mis sentimientos. Durante la escena, tú te cuidarás de exhortarme a la máxima dureza. Después acabaremos con lo que hemos dicho; si encuentras algo más

execrable todavía, lo añadirás a nuestras decisiones; porque me parece que todo lo que hemos convenido está muy por debajo de mis deseos.

Fui a prevenir a Zanetti. No le hizo gracia la orden que yo le llevaba de que estuviese en el bando de los otros. Acostumbrada a mandar, encontró muy extraña la subordinación y no pudo impedir el preguntarme.

—¿Qué va a hacer entonces? —me dice.

—¡Ya lo veréis! —respondí fríamente.

Y volví al gabinete. Moberti se masturbaba, su imaginación se inflamaba con las execraciones que iba a cometer. Se precipita sobre mi culo, lo llena de caricias y, curvándome, me encula el muy granuja mientras jura que no conoce en el mundo un goce tan delicioso como el de mi trasero. Lo lima durante mucho tiempo. Entretanto mejoramos nuestros proyectos: perfeccionamos nuestros planes de suplicio: concebíamos horrores que hubiesen hecho estremecerse a los animales, incluso a los más salvajes.

—Vamos —me dice el disoluto retirándose—, ya estoy suficientemente excitado...

Y revestido con su piel de tigre, cuyas cuatro patas estaban armadas con uñas monstruosas y el hocico dispuesto de tal forma que podía morder con su propia boca todo lo que estuviese a su alcance, dispuesto, digo, de esta forma, y yo desnuda tras él, armada con una inmensa porra con la que debía despertar su pereza, entramos.

Zanetti es la primera sobre la que se lanza; le arranca una teta con sus garras y la muerde después en las nalgas, con tanta violencia que la sangre empieza a correr en seguida...

—¡Ah! ¡Estoy perdida! —exclama esta infortunada—. ¡Estoy perdida, Juliette! ¡Sois vos la que me traicionáis! Debía habérmelo imaginado. ¡Oh!, cielos, ¿qué puedo esperar ya?... Ese monstruo, al que tanto he amado, eso es lo que me prepara...

Y cada una de sus jeremiadas iba acompañada de terribles tratamientos. Sin embargo, Moberti deja respirar a su víctima un minuto para lanzarse ávidamente sobre los otros objetos que lo rodean. Angélique y su hija quieren huir... ¿Cómo escapar a la rabia de ese furioso? Las mira; pero todavía no las quiere a ellas: el cadáver ocupa toda su atención, lo agarra y su diente carnívero cae un rato sobre los restos inanimados de esa desgraciada, a la que pronto deja para volver con la misma rabia a los dos objetos que huyen. Martiriza con la misma furia a esas dos criaturas; y es precisamente sobre las partes más carnosas sobre las que el criminal cae con mayor placer. La tiene extraordinariamente empinada. Me veo obligada a seguirlo tanto para golpearlo con todas mis fuerzas como para masturbarlo por debajo o excitarle el trasero: operación a la cual procedía yo levantando la cola de la piel de tigre.

Poco a poco se refinan sus crueldades. Salta sobre su querida haciéndome una señal: lo ayudo; atamos y agarrotamos a esta desgraciada a un banco de madera. Se pone a horcajadas sobre ella y con sus afiladas garras, el criminal le arranca los ojos, la nariz, las mejillas; y el infame la besaba mientras ella lanzaba grandes gritos y yo, yo me masturbaba con todas mis fuerzas.

Sin mí, me decía, sin mis traiciones, mis perfidias, mis consejos, jamás hubiese emprendido este horror: yo soy la única causa.

Mi esperma se escapa con esa deliciosa idea; y él proseguía sus horrores sin dejar de besar la boca de esa infortunada, con el fin, decía, ¡de recoger con cuidado los preciosos impulsos del dolor de una mujer a la que tanto había amado! Le da la vuelta, le desgarras las nalgas y sobre sus heridas me hace destilar cera de España encendida. Al final se lanza sobre ella como un furioso y mientras que yo lo masturbo por debajo, el monstruo desgarras, asesina, hace trozos el desgraciado objeto de su antigua llama, al que por fin deja sin vida sobre el suelo.

Ebrio de rabia y de lubricidad, se lanza sobre las otras dos víctimas. Sólo con sus garras arranca al hijo del seno de la madre, lo tira rompiéndolo contra el cráneo de esa desgraciada mujer, se precipita sobre la otra hija, las ahoga, las desgarras y masacra a las dos. Lanzándose en seguida sobre mi culo, allí es donde pierde por fin el execrable verdugo el semen y el delirio que lo rebaja hasta los más peligrosos animales de la naturaleza...

Y volvemos volando a Venecia, prometiéndonos volver a vernos lo más pronto posible para decidir nuestros últimos arreglos, cosa que yo no tenía ningunas ganas de emprender.

Pasé la noche más agitada de mi vida. ¡Dioses! ¡La de veces que me hice masturbar por mis mujeres con la idea de los crímenes con que acababa de mancharme! Entonces fue cuando me di cuenta de que no hay en el mundo un placer más violento que el del asesinato: una vez que esta pasión se introduce en el corazón, no puede arrancarla de allí ningún esfuerzo. Nada, no, nada hay comparable a la sed de sangre. En cuanto se ha gozado de ella es imposible hartarse, y ya sólo se existe para multiplicar el número de víctimas.

Sin embargo, nada en el mundo pudo decidirme a aceptar la propuesta de este hombre. Como os he dicho, veía en ella peligros infinitamente superiores a los beneficios; y completamente decidida a negarme, se lo conté todo a la Durand, que me aseguró que actuaba tanto mejor cuanto que con toda seguridad ese hombre no habría tardado ni tres meses en tratarme como a su querida. Cuando reapareció, hice que le cerraran mi puerta y jamás lo he vuelto a ver desde entonces.

Un día, la Durand me rogó que subiese con ella a la casa de una

mujer que, una vez más, me deseaba con ardor; porque es inaudito cómo excitaba yo mucho más a las mujeres que a los hombres. La signora Zatta, esposa de un procurador, podía tener cincuenta años; todavía bella, y dotada del más ardiente gusto por su sexo, en cuanto me vio, la lesbiana me mima como un hombre e insiste tan encarecidamente que me quita, por así decirlo, cualquier posibilidad de resistencia.

Cenamos juntas y, en los postres, la Mesalina se lanza medio borracha sobre mí y me desnuda. Zatta era de esas mujeres fantásticas que, llenas de inteligencia y de imaginación, les agrada su sexo menos por gusto que por libertinaje, y que con él sustituyen goces reales por los más lujuriosos caprichos. Esta criatura sólo tenía gustos de hombres: descargué seis veces bajo sus sabios dedos o más bien no fue sino una sola eyaculación que se prolongó durante dos largas horas. Una vez que volví en mí, quise atacar la extravagancia de los gustos anteriores de esta mujer; pero la encontré tan hábil en defenderlos como ardiente en gozarlos. Me probó que el extravío al que se entregaba era para ella el más delicioso de todos: me añadió que llevaba sus manías hasta su última expresión y que jamás descargaba tan deliciosamente como cuando se abandonaba a ellas.

Deseó a otras muchachas: vinieron siete; tras haberse masturbado con todas, sacó de su bolsillo un consolador como yo no había visto todavía en mi vida: este singular instrumento tenía cuatro cabezas. Empieza metiéndose una en el culo y sodomizándome con otra; estábamos de espaldas; las otras dos cabezas estaban encorvadas y nos las metimos en el coño. En esta postura, teníamos cada una entre nuestras piernas a una muchacha que chupaba nuestro clítoris, y que movía hábilmente la máquina. Nos quedaban otras cinco muchachas. Dos daban latigazos a las que nos chupaban; dos, subidas en sillas, nos hacían mamar su coño y la quinta presidía todo el grupo y recorría los puestos para que todo se ejecutase en el mayor orden. Luchamos juntas y, tras haber agotado a nuestras siete mujeres, tras habernos hecho cubrir las nalgas de sangre, Zatta quiso vengarse de nuestras azotadoras. Las desgarramos sin piedad; por más que gritaron fuimos inflexibles y tuvimos piedad de ellas sólo cuando los chorros de semen hubieron apaciguado nuestros furores. La infatigable zorrilla, más excitada que calmada con esta serie de lujurias, quiso todavía pasar la noche conmigo y se entregó a mil imaginativos excesos, a cual más extraordinario. Lo que sin duda esta libertina hacía mejor era acariciar el agujero del culo: tenía el arte de alargar y endurecer su lengua hasta tal punto que el dedo más largo y más ágil no hubiese procurado más dulces sensaciones.

La necesidad que de mujeres tuvimos ese día animó a la Durand a consentir por fin en lo que yo venía proponiéndole desde hacía

tiempo: aumentamos nuestro establecimiento con cuatro encantadoras criaturas y, retuvimos fuera a más de quinientas para tenerlas a nuestras órdenes cuando las quisiéramos.

No necesito deciros a qué excesos de bajeza hemos visto entregarse a hombres y mujeres en nuestra casa. A pesar de lo que yo sabía, todavía aprendí y confieso que jamás habría creído que la imaginación humana pudiese alcanzar ese increíble grado de corrupción y perversidad.

Lo que allí vi hacer es inimaginable; nunca se habría creído que el libertinaje pudiese arrastrar al hombre a tal vorágine de horrores y de infamias: ¡oh!, ¡cuán peligroso es cuando está excitado! No, puedo decirlo con propiedad, ni la bestia más feroz y salvaje alcanzó nunca semejantes monstruosidades. La enorme influencia de que gozábamos, el silencio, el orden, la subordinación que reinaba en este asilo, la extrema facilidad con que en él se encontraba satisfacción a todas las orgías, del tipo que fuesen... todo animaba al hombre tímido, todo entusiasmaba al hombre emprendedor, y las pasiones, bajo cualquier forma que se presentasen, cualquiera que fuese el tipo de almas en que se despertasen, siempre tenían la seguridad de ser alimentadas y satisfechas.

Es allí, amigos míos, sí, lo reverga, es allí adonde hay que seguir al hombre para conocerlo bien; es en el seno de la lubricidad donde su carácter, absolutamente al desnudo, ofrece al filósofo que quiere aprehenderlos todos sus diferentes matices y, tras haberlos visto allí, es cuando se puede adivinar con total seguridad el resultado de los chorros de su execrable corazón y de sus terribles pasiones.

Respecto a asesinatos motivados por la lujuria, nos era muy difícil acceder a este tipo de fantasía: no obstante nos lo pedían con tanta frecuencia y nos lo pagaban tan caro que se nos hizo imposible no establecer una tarifa para esta manía demasiado general de los hombres sanguinarios. Por mil cequíes se permitió en nuestra casa hacer perecer, de la forma que uno quisiera, a un joven o una muchacha.

Pero para gozar de todas esas extravagancias y para calentarnos los cascotes, Durand y yo habíamos dispuesto escondites secretos desde donde, sin ser vistas, podíamos distinguir a las mil maravillas todo lo que pasaba en los cuartos que dábamos a nuestros libertinos, y allí fue donde hicimos las dos un curso completo de todos los más extravagantes refinamientos. Cuando las personas que deseaban objetos de libertinaje nos parecían merecer la pena de ser observados, ocupábamos nuestros puestos y allí, haciéndonos joder o masturbar, nos encendíamos a placer con detalles lascivos que ofrecían a nuestras miradas las más excesivas orgías. Con mi carita y mi ángel, me ocurría con frecuencia ser mucho más deseada que cualquiera de las criaturas

de nuestra casa. Si la fiesta me convenía, me prostituía al instante. La extravagancia de los caprichos de la Durand, su decidido gusto por el crimen, sus encantos, aunque ya en decadencia, hacían que también fuese deseada con frecuencia. A veces también nos reunían y nos mezclaban con otras muchachas, ¡y Dios sabe la de orgías que nos corríamos entonces!

Un día se presenta en nuestra casa un hombre de una de las familias más distinguidas de Venecia. El libertino en cuestión se llamaba Cornaro.

—Tengo que confesaros —me dice— la pasión que me devora.

—Ordenad, señor, ordenad; en esta casa no se niega nada.

—¡Pues bien!, querida, tengo que encular a un muchachito de siete años, en los brazos de su madre y su tía, y que estas dos mujeres aflen en persona los hierros con que un hombre que yo traeré trepanará al niño mientras yo lo sodomizo. Hecha esta operación, tengo que encular a la madre sobre el cuerpo de su hijo mientras aquel hombre, sirviéndose igualmente de los hierros afilados por la madre y la tía, corta las nalgas, que yo me comeré asadas con las dos mujeres y contigo, bebiendo sólo aguardiente.

—¡Oh!, señor, ¡qué horror!

—Sí, lo es, lo sé; pero sólo se me empalma con horrores, querida: cuanto más fuertes son, más me excitan y sólo me quejo de mi imposibilidad para aumentarlos.

Pronto fue servido mi hombre. Apareció con su cirujano y se encerró con dos fuertes fornicadores en un gabinete, ordenándome que me retirase hasta el momento en que me necesitara; lo hice, pero fue para ir a ocultarme en una de las salas concebidas, como ya os he dicho, para examinar a todos los individuos de cuyos goces pensaba sacar yo algún placer. Se entregó a ellos y no puedo expresaros el placer que sentí.

Me llamó al cabo de dos horas; entré. El niño estaba en brazos de su madre, lloraba; esta lo cubría con sus lágrimas y sus besos... El cirujano, los fornicadores bebían y la joven tía compartía las lágrimas de su hermana.

—¡Joder! —dice el veneciano—. ¡Contemplemos eso! ¡Oh!, ¡qué sublime escena! —Después, al cabo de un rato de observación, dice—: ¡Cómo!, ¿lloras, puta? ¿Lloras porque voy a matar a tu hijo? ¿Y qué interés puedes tener por ese monigote, una vez que ha salido de tu vientre? Vamos, manos a la obra, Juliette, manos a la obra; jode en el culo ante mis ojos mientras yo actúo, coge a uno de esos buenos mozos, yo me quedaré con el otro; no puedo hacer nada sin un verga en el culo.

Obedezco el capricho del libertino quien, agarrando al niño con brazo enérgico, lo planta en la espalda de su madre, lo enfila mientras

él es jodido y la tía, de rodillas, afila el instrumento de la operación, bajo la inspección del cirujano que entretanto la azota. Yo estaba colocada de forma que no me perdiese ni un solo detalle: aunque mi culo, enérgicamente perforado, se encontraba bajo la nariz de Cornaro, había ordenado que de vez en cuando mi fornicador desenculase para darle a chupar su verga que, en seguida, venía a engullirse de nuevo en mi culo; todo se desarrollaba como él deseaba cuando, sintiendo que su semen estaba a punto de escaparse, le hace una señal al cirujano. Este arranca el arma de las manos de la tía y en menos tiempo del que yo tardo en decírselo, hiende las tres cabezas, hace saltar los sesos y nuestro veneciano descarga, blasfemando como un asno, en el fondo de una de las masas cuya existencia acaba de ser arrancada. Desencula, y los tres desgraciados individuos, que todavía respiran, ruedan por la habitación gritando. ¿Acaso cometerían los tigres atrocidades de este tipo?

—¡Oh!, joder —me dice Cornaro—, nunca tuve tanto placer; rematemos estas víctimas —dice dándoles a cada una un mazazo en la cabeza—; sí, joder, rematémoslas y comámonos sus nalgas asadas.

—¡Criminal! —le digo a este bárbaro—, ¿no te arrepientes entonces de los horrores que acabas de cometer?

—¡Oh!, Juliette, cuando se llega al punto en el que yo estoy, los únicos remordimientos que se conocen son los de los actos virtuosos.

Ebria de voluptuosidad tenía sobre mi seno a este divino criminal; lo masturbaba, trataba de devolverle con sensaciones deliciosas toda la energía que le había hecho perder la eyaculación. Medio se le empinaba, mordisqueaba mi pecho y chupaba mi boca. Yo le decía horrores; unía a los toqueteos materiales la excitación de la más lasciva conversación. Cuando lo oí pedir mi culo creí que mi triunfo era seguro; se arrodilló ante mis nalgas, las manoseó, las estrujó, hurgando en el agujero un cuarto de hora: pero todavía no se le ponía tiesa.

—Una descarga me debilita para ocho días —me dice—; la enorme cantidad de tiempo que tardo en excitarme, la abundancia de licor que pierdo, todo me agota. Comamos; recuperaré mis fuerzas en medio de las lujurias que introduciremos en la comida, y quizás consumemos nuevos crímenes en el seno de la borrachera. Entretanto, hazte joder delante de mí, porque el libertinaje brilla en tus ojos y me doy cuenta de cuánto necesitas una descarga.

—No —respondí—, puesto que tú esperas, yo también esperaré; tú eres el único que me excita, y no los demás: es tu esperma lo que quiero ver correr y el único que puede derramar el mío.

—¡Pues bien! —dice Cornaro—; en ese caso, hagamos nuestra comida lo más impura posible, transformémosla en terribles orgías. No necesito aconsejarte lo que hay que hacer: ahora conoces mis gustos y

no me dejarás nada por desear.

Vestida como una bacante, la Durand en cuanto todo estuvo preparado, vino a avisarnos de que la comida estaba servida. Pasamos a una sala mucho más grande, en el centro de la cual había una mesa con cuatro cubiertos que debían ser ocupados por Cornaro, la Durand, una mujer de cincuenta años llamada Laurentia, conocida como la criatura más desenfrenada, más corrompida, más lasciva y más ingeniosa de toda Italia: yo era la cuarta convidada. Laurentia, decidida como nosotros a comer carne humana, la vio servir sin horror y la devoró sin repugnancia.

La cena que acompañó a estos platos sanguinarios era de lo más delicada. La precedieron y la siguieron ocho servicios con todo lo más raro y exquisito que se pueda imaginar; pero, según se había convenido, no se bebió más que aguardiente muy viejo. Ocho muchachas de catorce años con un rostro delicioso tenían en su boca el aguardiente que se debía beber y a la menor señal se acercaban a lanzarlo con sus labios de rosa en el ardiente gárgate de los convidados. Ocho putos de quince años se mantenían respetuosamente, de dos en dos, apoyados contra el respaldo de la silla de cada uno de los convidados, para ejecutar a la menor señal las órdenes que se les diesen: En las cuatro esquinas de la mesa, frente a cada actor, había un grupo compuesto por dos viejas, dos negras, dos vigorosos fornicadores, dos putos, dos muchachas de dieciocho años y dos niños de siete. Con un sólo gesto podía hacerse que el grupo se acercase y satisfacerse con los individuos que lo componían. Más allá del graderío se elevaban cuatro teatros, en cada uno de los cuales dos negros destrozaban a una hermosa muchacha de diecisiete años, que desaparecía por unas trampillas mientras otra aparecía; a derecha e izquierda de cada uno de estos fustigadores y en el mismo teatro, había otros negros enculando a bardajes mulatos de doce y trece años. Cuatro muchachas de quince años, dispuestas bajo la mesa, chupaban el verga de Cornaro y nuestros coños. Un enorme haz de luz que partía del techo derramaba en esta sala una llama tan pura como la del sol y tenía la particularidad de que los rayos de ese ardiente fuego, dirigidos hábilmente hacia una infinidad de niños colocados en las candilejas, los quemaban hasta el punto de hacerles gritar. Este artificio fue el que más llamó la atención de Cornaro, el que le divirtió más y el que nos valió más elogios. Nuestro hombre, entusiasmado, se sentó tras haber paseado sus miradas por los objetos que más las merecían y asegurando que nunca había visto nada tan lúbrico.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó, mirando a Laurentia.

—Una libertina como tú —dice Durand—, una zorra capaz de superarte en infamia y a la que se le menea el coño como a ti se te chupa el verga.

—Eso esta muy bien —dice Cornaro—, pero me parece que antes de sentarse a la mesa conmigo, esta mujer y la Durand tendrían que haberme enseñado sus nalgas.

—Eso es justo —respondieron las dos levántandose para ir a aposentar sus culos cerca del rostro de Cornaro.

El libertino los examina, los besa y observándolos atentamente, dice:

—Estos son culos en los que el libertinaje imprimió más de una vez su huella; me gusta su degradación; es obra del tiempo y de la lubricidad; esas marcas de heridas me deleitan. ¡Oh!, ¡cuán bella es en sus detalles la corrompida naturaleza, y cuánto más preferibles son en mi opinión las amapolas de la vejez que las rosas de la infancia! ¡Besadme, divinos culos! Perfumadme con vuestros céfiros y volved después a vuestros asientos para prostituiros de común acuerdo... ¿Qué son estas mujeres? —dice a continuación Cornaro, lanzando una mirada a las plañideras que rodean la mesa.

—Son —respondí— víctimas condenadas a la muerte y que conociendo tu autoridad en estos lugares, vienen a implorarte piedad de rodillas.

—No la tendrán, evidentemente —dice el bárbaro lanzándolas una mirada feroz—: He hecho morir a gente con frecuencia, pero jamás he concedido piedad.

En ese momento se puso a comer y todo lo que debía moverse se puso en acción.

Cornaro, a quien se la chupaban constantemente, la tenía ya muy dura; dice que cada una de las víctimas tiene que recibir un suplicio de él. Esas encantadoras criaturas se levantan una tras otra, empiezan presentando su culo al disoluto y a continuación se prestan humildemente a lo que le plazca imponerles. Bofetadas, pellizcos, depilaciones, mordeduras, pullas, quemaduras, papirotazos, azotes en el culo, opresión de senos, arañazos, todo es utilizado; y en cuanto han recibido lo suyo vuelven de rodillas a los mismos puestos que ocupaban antes. Tras estos preliminares, Cornaro se inclina sobre mi seno y me hace empuñar un verga de cuyo estado empiezo a estar muy contenta.

—Esas rameras me excitan —me dice al oído—, no me asombraría nada que de un momento a otro empezase a ponerme malvado.

—Los medios para llegar a ello están ahí, amigo mío —respondí—, sólo estamos esperando los impulsos de tu corazón y las instigaciones de tu espíritu; habla y la más completa sumisión te demostrará nuestro desvelo.

Entonces Cornaro pasó sus dos manos bajo mis nalgas bastante violentamente, me levantó en el aire y mostrando mi culo a uno de los

fornicadores, dice:

—Venid a sodomizarla en mis brazos.

Me enculan; él me chupa la boca; una de las jóvenes sirvientas se apodera de su verga, otra le maltrata el culo.

Vete de ahí, Juliette —me dice—; tú, Laurentia sustitúyela...

La misma ceremonia: enculan a la vieja; Cornaro chupa de tanto en tanto el verga que la jode. Durand pasa después; los mismos episodios. Todas las mujeres corren la misma suerte, todas son encoladas por un nuevo fornicador que, igualmente al cabo de un rato, se acerca para que ese libertino chupe las manchas conseguidas en ese goce. Las masturbadoras cambian como las viejas y, gracias a mí, las más jóvenes y bonitas muchachas manosean el verga del disoluto y les prestan sus nalgas para sus azotes.

—Comamos —dice por fin—, ya es suficiente para una primera escena: dentro de unos momentos lo refinaremos todo. Juliette —me dice Cornaro—, ¿crees que puede existir en el mundo una pasión más divina que la de la lujuria?

—Evidentemente ninguna; pero hay que llegar a sus últimos excesos: aquel que se impone frenos en el libertinaje es un imbécil que jamás conocerá el placer.

—El libertinaje —dice la Durand— es un extravío de los sentidos que supone el total quebramiento de todos los frenos, el más soberano desprecio por todos los prejuicios, la completa destrucción de cualquier culto, el más profundo horror por cualquier tipo de moral; y todo libertino que no haya llegado a este grado de filosofía, dando constantemente bandazos entre la impetuosidad de sus deseos y sus remordimientos, jamás podrá ser completamente feliz.

—Creo —dice Laurentia— que no hay que reprocharle nada al señor por los hechos que acaba de alegar y le imagino con la suficiente inteligencia para estar por encima de todos los prejuicios.

—Es totalmente cierto —dice Cornaro— que no respeto absolutamente nada de los hombres, y esto por la única y gran razón de que todo lo que los hombres han hecho ha sido sólo obra de su interés y sus prejuicios. ¿Hay un solo hombre en el mundo que pueda segurar con legitimidad que sabe más que yo? Cuando se ha dejado de creer en la religión y por consiguiente en las imbéciles confidencias de un Dios con los hombres, todo lo que procede de esos mismos hombres debe ser sometido a examen y después ser vilmente despreciado, si la naturaleza me inspira pisotear esas mentiras. Desde el momento en que se demuestra que en religión, en moral y en política, ningún hombre puede haber aprendido más que yo, desde ese momento puedo ser tan sabio como él y entonces nada de lo que me anuncia puede ser respetado ya por mí. Ningún ser tiene el despótico derecho de someterme a lo que él ha dicho o pensado; por mucho que

yo infrinja esas fantasías humanas, no hay ningún individuo en la tierra que pueda adquirir el derecho de censurarme o castigarme por ello. ¿En qué cúmulo de errores o de imbecilidades nos sumiríamos si todos los hombres siguiesen ciegamente lo que a otros hombres les ha dado la gana de establecer?, ¿y con qué increíble justicia llamaréis *moral* a lo que procede de vosotros, *inmoral* a lo que procede de mí? ¿A quién acudiremos para saber de qué lado está la razón?

»Pero, se objeta, hay cosas tan visiblemente infames que es imposible dudar de su peligro o de su horror. Por lo que a mí se refiere, confieso sinceramente que no conozco ninguna acción de este tipo... ninguna que, aconsejada por la naturaleza, no haya sido en otro tiempo la base de antiguas costumbres; ninguna, por último, que estando sazónada con algún atractivo no sea por eso mismo legítima y buena. De donde concluyo que no hay una sola a la que debemos resistirnos, ni una que no sea útil, ni una por fin que no haya tenido en alguna ocasión la sanción de los pueblos.

»Pero, se dice todavía imbécilmente, puesto que habéis nacido en este clima debéis respetar sus costumbres. Ni una palabra: es absurdo por vuestra parte que me queráis convencer de que debo sufrir las equivocaciones de mi nacimiento; yo soy tal y cómo la naturaleza me ha formado; y si hay cualquier tipo de oposición entre mis inclinaciones y las leyes de mi país, como la equivocación es únicamente de la naturaleza, jamás se me debe imputar a mí...

»Pero, se añade todavía, perjudicaréis a la sociedad si no se os retira de ella. ¡Todo eso son tópicos! Abandonad vuestros estúpidos frenos y dadles a todos los seres el mismo derecho a vengarse de la afrenta que recibieron: ya no necesitaréis códigos, ya no necesitaréis las estúpidas elucubraciones de esos enfáticos pedantes, llamados graciosamente *criminalistas*, que, inclinando la balanza de su ineptia hacia acciones incomprensibles por su lúgubre genio, no quieren darse cuenta de que cuando la naturaleza tiene rosas para nosotros, no puede tener necesariamente más que cardos para ellos.

»Abandonad al hombre a la naturaleza, ella lo conducirá mucho mejor que vuestras leyes. Sobre todo, destruid esas vastas ciudades donde la saturación de vicios os obligan a leyes represivas. ¿Qué necesidad hay de que el hombre viva en sociedad? Devolvedle al corazón de los agrestes bosques que lo vieron nacer, y dejadle que haga allí todo lo que le venga en gana: entonces sus crímenes, tan aislados como él, no tendrán ninguna consecuencia y vuestros frenos ya no serán necesarios. El hombre salvaje sólo conoce dos necesidades: la de joder y la de comer; las dos proceden de la naturaleza: nada de lo que haga para satisfacer a una y otra de esas necesidades puede ser criminal. Todo lo que hace nacer en él pasiones diferentes se debe sólo a la civilización y a la sociedad. Ahora bien,

desde el momento en que esos nuevos delitos no son sino un producto de las circunstancias, inherentes por tanto a la manera de ser del hombre social, ¿con qué derecho, por favor, se los reprocháis?

»Los dos únicos tipos de delitos a los que puede estar sujeto el hombre son los siguientes: 1.º Aquellos que le impone su estado salvaje: ahora bien, ¿no sería una locura castigarlo por esos? 2.º Aquellos que le inspira su unión con otros hombres: ¿no sería más extravagante todavía actuar severamente contra estos? ¿Qué os queda entonces por hacer, hombres ignorantes y estúpidos, cuando veis cometer crímenes? Debéis admirar y callaros; admirar... por supuesto, porque no hay nada más interesante, nada tan hermoso como el hombre arrastrado por sus pasiones; callaros... mucho más evidente todavía, porque lo que veis es obra de la naturaleza, que sólo os debe inspirar respeto y silencio.

»Respecto a lo que a mí se refiere, convengo con vosotros, amigos míos, en que no existe en el mundo un hombre más inmoral que yo; no hay ningún freno que no haya roto, ni un solo principio al que no me haya enfrentado, ni una sola virtud que no haya ultrajado, ni un solo crimen que no haya cometido; y debo confesarlo, solamente con la transgresión de todas las convenciones sociales y de todas las leyes humanas, he sentido a la lujuria palpar en mi corazón y consumirlo con sus fuegos divinos. El verga se me pone tieso con todas las acciones criminales o feroces; se me pondría tieso asesinando en los caminos reales; se me pondría tieso ejerciendo el oficio de verdugo. Y entonces, ¿por qué rechazar esas acciones desde el momento en que aportan a nuestros sentidos una turbación tan voluptuosa?

—¡Ah! —dice Laurentia—... ¡Asesinar en los caminos reales!

—Por supuesto. Es un acto violento: toda violencia agita los sentidos; toda emoción en el sistema nervioso, dirigida por la imaginación, despierta sobre todo la voluptuosidad. Por lo tanto, si a mí se me empalma yendo a asesinar a los caminos reales, puesto que esta acción obedece al mismo principio que me hace sabotear mi pantalón o arremangar una falda, debe ser ejecutada como ella, y entonces la cometeré con la misma indiferencia, pero con mayor placer porque tiene algo que la hace mucho más excitante.

—¿Cómo —dice mi compañera— no detuvo jamás tales extravíos la idea de un Dios?

—¡Ah! ¡No me hable de esa indigna quimera! Ni siquiera tenía doce años cuando ya era objeto de mi risa. No me cabe en la cabeza que gente sensata pueda detenerse un momento en esa repugnante fábula de la que abjura el corazón, de la que reniega la razón, y que sólo puede encontrar partidarios entre los estúpidos, los bribones o los granujas. Si fuese cierto que existe un Dios, dueño y creador del universo, de acuerdo con las nociones recibidas de sus partidarios,

sería sin duda alguna el ser más extravagante, más cruel, más malvado y más sanguinario; y desde ese momento nunca tendríamos la fuerza, la energía suficiente para odiarlo, execrarlo, despreciarlo y profanarlo hasta el punto en que lo merecería. El mayor servicio que podrían prestarle los legisladores sería una severa ley contra la teocracia. No es posible imaginarse hasta qué punto es importante derribar los funestos altares de ese horrible Dios: en tanto que esas fatales ideas puedan renacer, no habrá para los hombres ni descanso, ni tranquilidad sobre la tierra, y la llama de las guerras religiosas estará constantemente suspendida sobre nuestras cabezas. Un gobierno que permite todos los cultos no ha satisfecho por completo la meta filosófica a la que todos deben tender: debe ir más lejos, debe expulsar de su seno a todos aquellos que pueden perturbar su actividad. Ahora bien, cuando queráis demostraré que un gobierno no será nunca fuerte ni estable en tanto que siga admitiendo dentro de él el culto de un Ser supremo, es decir, la caja de Pandora, el arma afilada y destructora de todo gobierno, el terrible sistema en virtud del cual los hombres se creen cotidianamente en el derecho de destruirse entre sí. ¡Qué perezca mil y mil veces aquel al que se le ocurra hablar de un Dios en cualquier tipo de gobierno! El granuja, en nombre de ese ser sagrado y reverenciado por los tontos, no tendrá otro objeto que minar las bases del Estado; quiere formar dentro de él una casta independiente, siempre enemiga de la felicidad y la igualdad; quiere dominar a sus compatriotas, quiere encender el fuego de la discordia, y acabar encandeniendo al pueblo, del que sabe perfectamente que siempre hará lo que él quiera, cegándolo con la superstición, envenándolo con el fanatismo.

—Pero —dice la Durand con la sola intención de hacer hablar a nuestro hombre—, la religión es la base de la moral; y la moral, a pesar de las salvedades que tú has hecho, sigue siendo esencial para un gobierno.

—Sea cual sea el tipo de gobierno que supongáis —respondió Cornaro— os probaré que la moral es inútil para él. ¿Y qué entendéis, realmente, por moral? ¿Acaso no es la práctica de todas las virtudes morales? Ahora bien, por favor, ¿qué importancia tiene para los resortes del gobierno el respeto de todas las virtudes? ¿Acaso creéis que el vicio, lo contrario de esas virtudes, puede poner trabas a esos resortes? Jamás. Incluso es mucho más importante que la actividad del gobierno recaiga sobre seres corrompidos que sobre seres morales. Estos razonan, y jamás tendréis un gobierno sólido allá donde los hombres razonen; porque el gobierno es el freno del hombre, y el hombre inteligente no quiere ningún tipo de freno. Por eso mismo los más hábiles legisladores desearían reducir a la ignorancia a los hombres que querrían regir; se dan cuenta de que sus cadenas

sujetarían durante mucho más tiempo al imbécil que al hombre de genio. En un gobierno libre, ibais a responderme, ese deseo no puede ser el de un legislador. ¿Y cuál es, según vos, un gobierno libre? ¿Acaso existe uno sólo sobre la tierra? Digo más, ¿acaso puede existir uno sólo? ¿Acaso no es el hombre en todas partes esclavo de las leyes y, desde ese mismo momento, no está ya encadenado? En cuanto lo está, ¿no debe desear su opresor, sea cual sea, que permanezca en ese estado en el que puede ser más fácilmente cautivado? Ahora bien, ¿no es ese estado visiblemente el de la inmoralidad? ¿Acaso no es la especie de embriaguez, en la que vegeta constantemente el hombre inmoral y corrompido, la condición en que lo mantiene su legislador con mayor facilidad? Entonces, ¿por qué habría de darle virtudes? Sólo cuando el hombre se refina sacude sus yugos... cuando observa atentamente su gobierno, cuando lo cambia. En interés de ese mismo gobierno, asentadlo en la inmoralidad, y el hombre siempre será sumiso. Además, viendo las cosas en conjunto, os pregunto: ¿qué consecuencia tienen los vicios entre los hombres? ¿Qué le importa al Estado que Pedro robe a Juan o que, a su vez, este asesine a Pedro? Es totalmente absurdo creer que esos diferentes delitos recíprocos puedan tener la menor importancia para el Estado. Pero se precisan leyes que repriman el crimen... ¿de qué sirven? ¿Qué necesidad hay de reprimir el crimen? El crimen es necesario para las leyes de la naturaleza, es la contrapartida de la virtud: ¿acaso les conviene a los hombres reprimirlo? ¿Acaso el hombre de los bosques tenía leyes que contuviesen sus pasiones y no vivía tan feliz como vos? No temáis que la fuerza sea alguna vez mermada por la debilidad; si esta sufre, es una de las leyes de la naturaleza: no os corresponde oponeros a ella.

—Este —digo— es una sistema que abre la puerta a todos los horrores.

—Pero los horrores son necesarios: ¿acaso no os da la naturaleza una muestra convincente de ello haciendo nacer los venenos más peligrosos al pie mismo de las plantas más saludables? ¿Por qué censuráis el crimen? No porque lo creáis un mal en sí mismo, sino porque os perjudica: ¿creéis que aquel al que le sirve se le ocurre censurarlo? ¡Y!, no, no. Y si el crimen hace tantos desgraciados como felices sobre la tierra, ¿será justa la ley que lo reprima? El carácter de una buena ley consiste en hacer feliz a todo el mundo: la que promulgáis contra el crimen no cumplirá ese gran fin; no habrá satisfecho más que a la víctima del delito, pero le disgustará soberanamente al agente. La mayor desgracia de los hombres es que en legislación sólo tienen en cuenta a una parte de la humanidad, sin prestar la menor atención a la otra; y de ahí que haya tantas meteduras de pata.

Estábamos en estas cuando nos anunciaron que una mujer,

sumida en la más extrema miseria, solicitaba con viva insistencia el honor de hablar un momento con Cornaro.

—Hacedla entrar —digo yo sin darle al veneciano tiempo para responder.

Rápidamente, las mujeres que estaban de rodillas alrededor de la mesa se levantaron para hacer sitio a esta nueva escena y fueron a aposentarse en la gradería donde presentaban sus nalgas las cincuenta sultanas.

En seguida vimos aparecer, con modestia, a una mujer embarazada, de treinta años, hermosa como Venus, seguida de dos muchachitos que le pertenecían, uno de catorce años y otro de trece y dos niñas también hijas suyas, una de quince años y otra de doce.

—¡Oh, señor! —exclamó, cayendo con toda su familia de rodillas ante Cornaro, la víctima de la escena que yo había preparado para emocionarlo—... ¡Oh!, ¡señor... señor!, imploro vuestra piedad; en nombre del cielo, apiadaos de la suerte de una madre abandonada por su esposo y cuyos desgraciados hijos veis pidiendo un trozo de pan. Desde hace dos años no tenemos de nada; sin trabajo, sin recursos, los cinco estamos dispuestos a sumirnos en el eterno abismo de la muerte, si la dureza de los hombres persiste en quitarnos todos los medios de prolongar nuestros días... ¡Oh!, querido señor, no veáis sin apiadaros la gran miseria que está a vuestros pies: socorrednos o pereceremos.

Lo he dicho ya, no podía haber nada tan bonito como esta mujer; su traje descuidado, su embarazo, gracias infinitas derramadas por toda su persona, hijos con un rostro encantador, interesantes lágrimas que inundaban las mejillas de esta bonita familia, todo inflamó de tal forma la criminal lujuria de nuestro libertino que por un instante creí que iba a descargar sin que se la tocase; pero se guardó muy bien; el criminal se reserva para escenas mucho más excitantes; y para ejecutarlas pasa conmigo a un gabinete, donde acababa de hacer entrar a las nuevas víctimas que acabo de pintar.

Allí es donde la ferocidad de este antropófago aparece en toda su extensión. Ya no es dueño de sí; sus deshilvanadas expresiones anuncian su nuevo desorden; ya sólo balbucea palabras sucias e incoherentes, palabras terribles o blasfemias. Os lo pintaré en ese extravío: para el artista que desarrolla ante los hombres las monstruosidades de la naturaleza, todos los rasgos son esenciales.

—¡Muy bien, zorra! —dice al entrar—, vengo a traerte ayuda; estás embarazada, vengo a hacerte poner tu huevo. Vamos, desnuda... y nalgas, sobre todo... Juliette, estoy excitadísimo, excitadísimo... Frota mis cojones con el aguardiente... ¡Pero desnuda a esas zorras... date prisa!...

Y con estas palabras, lanza al rostro de la madre un puñetazo furioso que le pone un ojo a la funerala, le rompe un diente, la tira a

veinte pasos de él; y el verdugo, mientras actúa, toca mi culo de una forma tan brutal que, temiendo que la tome conmigo, me apresuro a quitar los harapos que cubren a esta infortunada, ya sobre el suelo que pronto regará con su sangre y sus lágrimas. Como esto me obligaba a estar inclinada, y presentar enteramente mis nalgas al disoluto, se apodera de ellas y me encula.

—¡Desnúdala! —exclama—, ¡jarráncale la piel, desgárrala, estrangúlala si se resiste! ¿No ves lo excitado que estoy?

Y entonces Cornaro exige que esta infortunada venga de rodillas a suplicarme que la desnude; le rompe la nariz mientras lo hace. En cuanto la pobre mujer está en el estado deseado por él, sale de mi culo, la levanta y en un abrir y cerrar de ojos la despoja, así como a los dos muchachos y las dos niñas, llena estos cuatro culos de las más brutales y repugnantes caricias; después, ordenándome que la queme las nalgas con una vela:

—¡Vamos, joder! —dice furioso, al cabo de un rato—, dadme unos vergazos...

En cuanto está armado, tumba a la madre de espaldas, de forma que esté bien expuesto su grueso vientre; a continuación, pone sobre el vientre a los cuatro hijos escalonados, lo que le permite flagelar un vientre y cuatro culos. Primero besa, recorre dulcemente todo eso; se extasía ante la vista de tantos encantos, se asombra de que la miseria y la indigencia de estas desgraciadas criaturas no les haya quitado nada de su frescor y sus carnes. Después, pasando de la sorpresa a la maldad, flagela al mismo tiempo, subiendo con la rapidez del rayo, el vientre más duro, más blanco y las ocho nalgas más apetitosas. Yo lo masturbaba durante la operación, mantenía su energía con detalles más atroces y sanguinarios todavía. De tanto en tanto, cuando descansaba, cuando se extasiaba ante la vista de llagas abiertas por su barbarie, me metía el verga en el culo, se retiraba al cabo de tres o cuatro embestidas, y retomaba sus funestas fustigaciones. Cansado de este primer placer, se pone a comprimir el vientre de la joven madre, a apretarlo, golpearlo, llenarlo de puñetazos, y, entretanto, devoraba a besos las sangrientas nalgas de los cuatro hijos.

Se cambian las posturas: tumba a la madre en mitad de una cama, sobre la espalda, pone entre sus piernas, uno tras otro, a cada uno de sus hijos y los encula llenando el vientre de la madre con los más sensibles ultrajes.

—Amigo mío —digo—, leo en tus ojos que tu semen va a traicionarte; no podrás contenerte ante esta excitante escena; tus fuerzas se perderán, y ya no podrás consumir tu crimen, ni gozar de los nuevos episodios que deben preceder a su realización.

—Y entonces, ¿qué más me preparas todavía? —dice el veneciano, borracho de lubricidad.

—Ven —le digo—, deja descansar un rato a esas criaturas, volverás a ellas dentro de un minuto.

Lo arrastro a una sala donde Durand acababa de preparar, junto con Laurentia, la nueva escena que vais a ver.

Esta sala representaba uno de esos templos donde en otro tiempo se celebraban las Saturnales en Roma. Nueve cuadros lúbricos se le ofrecían al veneciano.

El primero representaba un guapo hombre, con el verga cerca del culo de un muchachito, al que acariciaba otro marica.

En el segundo, se veía una mujer de cuarenta años masturbando a una joven de quince y masturbada a su vez por una de dieciocho.

En el tercero, un forzudo atleta enculando a una hermosa negra y lamiendo el coño de una bonita blanca.

En el cuarto, una madre azotaba a su hija y era azotada a su vez por un hombre.

El quinto ofrecía un hombre enculando a un ternero y sodomizado por un perro.

El sexto, un hombre azotando con toda su fuerza a su propia hija, atada a lo largo de una escalera; era zurrado al mismo tiempo.

El séptimo, un grupo de diez muchachas acariciándose las diez.

El octavo, un grupo de diez hombres enculándose mutuamente y en unas posturas suficientemente extravagantes para no componer sino una masa redonda.

Por último, en el noveno se veía a hombres enculando a muchachas taradas, mientras acariciaban a viejas de sesenta años y unos muchachitos les mordían las nalgas.

En medio de todo esto, dos matronas parecían ofrecer a Cornaro seis niñitas de dos o tres años, completamente desnudas y hermosas como amorcillos; llevaban una corona de flores. Todo estaba en acción; todo excitaba; todo se prestaba. No se oían más que gritos de placer o de dolor y el delicioso murmullo de los cintarazos de las vergas. Todo estaba en total desnudez; todo presentaba la lubricidad en sus aspectos más escandalosos. Abundantes chorros de luz, producidos por lámparas alimentadas con aceite de jazmín cuyo perfume halagaba el olfato tanto como los rayos encantaban la vista, acababan de convertir este templo en uno de los más deliciosos retiros que hubiese nunca visto la lujuria erigirse para ella misma.

Nuestro hombre recorre los diferentes cuadros ofrecidos a su lujuria. Dos azotadores y dos azotadoras le siguen con el fin de irritar su culo de todas las formas posibles[128]. Aquí el disoluto aprieta tetas; de ese lado araña un coño; allá vigorosos puñetazos llenan de sangre los rostros más bonitos. Es el tigre furioso en mitad de un rebaño de ovejas.

—Vamos —dice—, acabemos: no puedo aguantarme más; pero

quiero actuar ante todo el mundo; quiero unir el placer del escándalo a los horrores que por fin determinarán mi esperma. Dame seis muchachas y seis muchachos, los más sensibles y honrados que tengas aquí. Me rodearán mientras yo actúo, y haré todo lo que esté en mi mano para ser lo más terrible posible.

Al momento le traigo lo que me pide y pasamos todos al gabinete donde nos espera la desgraciada familia. Lo rodean; se pronuncia pena de muerte contra aquellos que no puedan soportar el espectáculo o que viertan una sola lágrima. Cornaro se apoderó de la madre; la ata por los pies y la suspende así del techo, con el fin de que su hijo se ahogue. Hace que la muchacha más bonita sea sujeta por su hermana; la encula. Después, armado con una sierra de tres dientes, corta así lentamente la cabeza de esa infortunada, mientras la sigue enculando. El cruel hizo durar más de una hora esa execrable operación. Tres de las espectadoras se encuentran mal y se rompen la cabeza al caer.

—Márcalas —dice Cornaro—, me dedicaré a ellas cuando haya acabado...

La cabeza cae al fin. Otro la sustituye; y sólo en el culo del último de los hijos y recortando el cuello de esta última víctima es como el malvado pierde por fin los chorros del espumeante esperma cuyos burbujes le hacen tan feroz. Otras tres espectadoras se habían desmayado; el resto se deshacía en lágrimas. En cuanto a la madre, no existía ya: su hijo la había ahogado al descender hasta el pecho. En este terrible retiro sólo se veía ya el agotamiento del crimen por un lado y sus siniestros efectos por otro.

—¡Y qué!, amigo mío —le digo acercándome al culpable y sacudiendo su verga—. ¡Qué! ¿Dejarás a esas víctimas sin castigo? ¿No ejecutarás la sentencia que dictaste contra ellas?

—No —dice el veneciano—, estoy agotado; no estoy aburrido del crimen, pero estoy cansado; necesito descansar...

Viendo que no podía sacar más de él, le hago servir un consomé, y se retira, tras haberme pagado cien mil francos por las orgías que acababa de celebrar.

El individuo más aparente que vino a visitarnos, tras este personaje, fue una noble veneciana, muy rica y muy conocida por sus libertinajes. Silvia, de cuarenta y cinco años, alta, digna de ser pintada, y con los ojos más hermosos posible, llegaba para pasar tres días enteros a nuestra casa.

—Amigas mías —nos dice—, tengo una acumulación de semen que no puede derramarse más que con horrores, y los deseo de todos los tipos. En primer lugar —prosiguió esta nueva Mesalina—, quiero que me prostituyáis a algún libertino, cuyos extravagantes gustos me paseen uno tras otro por los senderos más cenagosos de la crápula.

—Hay uno dispuesto abajo —respondí—, señora, y que seguramente hará vuestras delicias; pero os golpeará, os dará una buena tunda.

—¡Ah, corazón mío!, es todo lo que pido; ardo en deseos de ser la víctima de un libertino semejante... ¿Qué me hará después?

—Tras haberos tratado como a la última de las desgraciadas, os obligará a menearle vergas en el rostro; os hará joder en el coño delante de él y acabará enculándoos.

—¡Ah! ¡Es delicioso! —respondió Silvia—; es exactamente lo que deseo. Apresurémonos a comenzar por esa escena: después os contaré cómo quiero acabarla.

Hice subir al hombre en cuestión. Me había pedido alguien de la edad y el carácter de Silvia. Su alegría al verla fue enorme. Nuestros dos actores estuvieron pronto en las nubes; y yo, tras mi tabique, cómodamente tumbada entre dos muchachas, que me masturbaban a la vez por delante y por detrás, no me perdía nada del espectáculo. Dorsini debutó con una docena de patadas en el culo, rápidamente seguidas de unas veinte bofetadas y de ocho o diez puñetazos; pero todo ello asestado con tal rapidez que Silvia creyó que era asaltada por una lluvia de golpes. Sin embargo, aguanta firmemente e incluso sus ojos no anuncian sino placer. A esta tormenta le suceden insultos: jamas se trató a una mujer como Dorsini trató a Silvia.

—Vamos —dice él—, ¡que me traigan, vergas!, quiero ver cómo ejerce su oficio esta puta...

Aparecen seis hermosos fornicadores; Silvia, desnuda, con las nalgas apoyadas en el verga del disoluto, le hace vomitar pollas en el rostro; es regado de esperma; se le unta la nariz con él; apenas se le pone tiesa. Aparecen seis nuevos jóvenes; les ordena que jodan a su puta.

—¡Santo Dios! —exclama al verla agitarse bajo ellos—. ¡Qué zorra, qué desvergonzada...! ¡Oh!, vieja ramera, ¡cómo te domina el temperamento! ¡Jura, puta, blasfema contra Dios!...

Y Silvia responde a esta invitación con mil y un insultos al Eterno. Jamás se lleva tan lejos el idioma de la blasfemia. Al menos me hubiese quedado este convencimiento si Dorsini no la hubiese superado. Entretanto, el granuja se masturbaba él mismo, manoseando alternativamente el culo de los fornicadores y el de su ramera. Al fin la hace darse la vuelta; el fuerte fornicador que la encoña expone sus nalgas a Dorsini, el cual tras un previo examen de ese culo, que, como bien imaginaréis, no tiene lugar sin algunas vejaciones, apunta su verga al orificio inmoral y se sumerge en un minuto. Silvia lo soporta todo sin pestañear, tan cierto es que puede encontrar placer en el papel de paciente como en el de agente: la imaginación es la única cuna de las voluptuosidades, sólo ella las crea, las dirige; no hay más

que un físico grosero... imbécil en todo lo que ella no inspira o embellece.

Pero Dorsini, al que se encula mientras él actúa, no hace más que excitarse previsoramente en el ano; la boca es su templo ordinario, allí es donde se consume su homenaje; la exige lleno de furia y continúa jodiéndola en cuanto está dentro, y el granuja descarga con gran contento de su zorra, que lo chupa con un ardor propio para caracterizar su puterío y todo el terrible desorden de su cabeza impúdica. Dorsini paga y se retira.

—Repantamos —me dice Silvia—, me gusta el dinero que procede del burdel, siempre me ha traído felicidad. Ya estoy bastante excitada —me dice a continuación—, procedamos a lo demás.

Entonces la granuja, reuniendo en un vasto salón a veinticinco hombres soberbios y a veinticinco muchachas de una extrema belleza, se entrega durante dieciséis horas seguidas, delante de mí, a los más monstruosos extravíos del libertinaje, a las pasiones más desordenadas, a los gustos a la vez más sucios y más extraordinarios en una mujer que necesariamente no ha debido contraer semejantes costumbres más que tras haber renunciado a todo interés por su reputación, a todos los principios de pudor y de virtud cuyo depositario parece ser que debe serlo únicamente nuestro sexo, y de los que una no se aleja jamás sin sobrepasar entonces todo lo que los hombres ofrecen de más execrable en ello.

Silvia, inflamada, acaba con la crueldad; es lo normal. Inventó el horror siguiente. Elige como víctima a un muchachito de trece años, guapo como un ángel.

—Le haré mucho daño —me dice—; quizás incluso lo reduzca a un estado tal que lo entierres pocos días después. ¿Por cuánto quieres vendérmelo?

—Mil cequíes.

Se cierra el trato. La granuja hace atar a este niño boca abajo en un banco retorcido de tal forma que le exponía enteramente su trasero: entonces se monta sobre el rostro de un guapo joven tumbado sobre un montón de cojines, y se hace lamer el coño por él, mientras que otro, de rodillas delante de su grupa, le hurga en el culo. Excitada de esta manera, se arma con una vela y se deleita calcinando lentamente las nalgas y el agujero del culo de la víctima que, como os podéis imaginar, lanza terribles gritos durante la operación. En cuanto a Silvia, descarga; la zorra se extasía blasfemando como un carretero y lleva la ferocidad hasta el punto de darle la vuelta al niño y arrancarle con los dientes todas las partes que constituyen su sexo. Lo retiramos desvanecido; el desgraciado murió tres días después; y Silvia, triunfante tras haberme cubierto de oro, no se pasó mucho tiempo sin venir a mi casa a repetir horrores parecidos.

A ella le debimos, unos meses después, el conocer al senador Bianchi, uno de los más ricos ciudadanos de la república, de alrededor de unos treinta y cinco años. La manía de este libertino consistía en prostituir en el burdel a dos sobrinas de las que era tutor. A pesar de todos los intentos de este hombre por aniquilar el pudor en el alma de estas jóvenes, todavía adolecían bastante de la excelente educación que habían recibido para no prestarse con pena a semejante acto de libertinaje. Se ruborizaron al mirarme y entonces fue cuando pude ver hasta qué punto embellecía este candor las gracias con que las había ornado la naturaleza: era imposible ser más bonitas. A partir de ese momento, abrazo con placer el lujurioso proyecto del disoluto y me complazco en escandalizar esos castos oídos con indignos requiebros.

—¿Qué mercancía les va bien a estas putas, amigo mío? —le digo al senador—; ¿gruesa o menuda?

—Míralo tú misma —me respondió Bianchi, arremangando una tras otra a sus dos sobrinas delante de mí—, mide sus coños y ve lo que les va bien.

—Bien —digo tras haber metido bastante brutalmente mis dedos en ellos—... les conviene algo mediocre.

—¡Cómo! ¡No, no, santo cielo! —exclamó Bianchi—, quiero ensancharlos: dame lo más gordo que tengas.

Y tras esta rotunda orden, con la que las pobres muchachas seguían ruborizadas, presento seis jóvenes fornicadores cuyos miembros tenían por lo menos doce pulgadas de largo por ocho de circunferencia.

—Esto es lo que deseo —me dice nuestro hombre manoseándolos—; pero seis no son suficientes, querida, no conoces el apetito de estas señoritas a pesar de su aire cándido, joden como lobas y doce hombres, apuesto lo que sea, apenas si las dejarán satisfechas.

—¡Pues bien! —le digo—, aquí tenéis seis más. ¿Y a ti, qué te hace falta, amable libertino? ¿Qué haces tú mientras se deshonra a tus sobrinas?

—Jodo muchachos; haz que vengan seis de doce años, a todo lo más...

Se los procuro en un momento; empieza la operación y ya estoy yo en mi puesto, porque podéis creer que no me perdía semejantes escenas.

Ese libertino hizo horrores, hizo que ejecutasen otros más terribles todavía sobre sus sobrinas; murió poco después de este episodio, y el bárbaro había desheredado a esas desgraciadas al expirar. La miseria en que las dejó las obligó a venir a pedirnos asilo, que les concedimos al precio de una prostitución que nos valió mucho dinero. Fue la menor, es decir, una de las muchachas más hermosas de Europa, la que entregué algún tiempo después al hombre cuya pasión

merece un artículo aparte en esta interesante recopilación de lubricidades inhumanas.

Alberti era un hombre alto, seco, de unos cincuenta y cinco años, que sólo con su aspecto era capaz de aterrorizar a una mujer. Le mostré la delicada y hermosa niña que le destinaba. Me ordena que la desnude, y la examina después, palpándola brutalmente, como se hace con un caballo cuyos defectos quieren conocerse. Ni una palabra durante el examen; ni un gesto que demostrase lubricidad: sólo sus ojos estaban encendidos; respiraba con dificultad.

—¿Está embarazada? —me preguntó al cabo de un rato, llevando sus manos al vientre, siempre con la misma brutalidad.

—No lo creo —respondí.

—Tanto peor; os lo habría pagado al doble si lo hubiese estado; sea como sea ¿cuánto quieres por este animal?, sabes a qué la destino.

—Dos mil cequíes —digo.

—Los daría si estuviese embarazada; no estándolo, sólo ofrezco la mitad.

Regateamos frente a la víctima; la entrego por fin. A partir de ese mismo momento, es encerrada en una habitación de nuestra casa, tan baja y tan prodigiosamente aislada que no podían oírse sus gritos. Allí, tumbada sobre paja, el suplicio de la desgracia debía durar nueve días; la comida disminuía gradualmente hasta el cuarto día: los cinco últimos ya no se le daba nada. Cada día venía el feroz Alberti a imponer suplicios a la víctima; pasaba dos horas con ella; Rosalba y yo asistíamos a la sesión con otra muchacha que variaba todos los días.

Lo primero que hizo este libertino cruel fue apretar con fuerza las nalgas y las tetas de la víctima; las estrujaba, las pellizcaba, las comprimía con tal habilidad que en menos de una hora esos cuatro globos de carne estaban totalmente magullados. Yo colocada enfrente de él, a la altura de su boca, besaba mis nalgas entretanto, mientras que Rosalba lo masturbaba y la que variaba todos los días lo fustigaba con todas sus fuerzas. Sumido en un total recogimiento, Alberti no dejaba escapar más que palabras entrecortadas, mezcladas con juramentos.

—¡Villanas carnes! —dice irónicamente—. ¡Qué execrable culo! Semejantes mondongos sólo son buenos para ser hervidos.

Y las Gracias embellecían aquellas que se atrevía a tratar de tal manera. No descargó.

Durante los dos primeros días, los procedimientos fueron los mismos. El tercero, las partes carnosas de la víctima se encontraban tan marchitas, tan hinchadas, que se apoderó de su sangre una fiebre altísima.

—Bien —dice Alberti—, así es como yo la deseaba; mi intención era que el régimen comenzase sólo al cuarto día... Pero este nuevo

acontecimiento lo decide para hoy.

Y sigue apretujando. Al final de la sesión, sodomiza a la víctima, pellizcándole con fuerza los muslos; después trató de la misma forma a la nueva muchacha que nos ayudaba, y hurgaba en mi trasero. Los episodios de los tres días siguientes fueron los mismos. No descargó nunca. Para ese entonces, las nalgas y las tetas de la víctima parecían pieles de buey apergaminadas por el sol, y la fiebre, a pesar del régimen, seguía aumentando, y creímos que la desgraciada no llegaría al noveno día.

—Hay que hacer que se confiese —me dice por fin el octavo día al retirarse—; expira sin falta en la sesión de mañana...

Esta precaución me hizo reír: pero cuando supe que este disoluto quería ser el testigo secreto de la ceremonia, que no era más que un vehículo más para su lubricidad, me presté encantada.

Vino un monje y confesó a la desgraciada, mientras que Alberti, Rosalba y yo escuchábamos desde un cuarto cercano todo lo que decía la enferma. Nada pareció divertirlo tanto como este episodio.

—¡Ah, joder! —decía mientras lo masturbábamos—, no obstante, soy yo el que la reduzco a esto... ¡Esas son mis obras! ¡Oh!, la zorra, cómo me encanta oírla...

Y como le habíamos dicho a la moribunda que el confesor era sordo, no nos perdimos una sola palabra de esta santa conversación. El monje desaparece: el disoluto entra. La joven, exhausta por el hombre, la fiebre y las contusiones, parece a punto de entregar el alma. Ese es el espectáculo del que quiere gozar el criminal. La pone enfrente de él y mientras encula a Rosalba... a la que azota la nueva, me ordena que continúe sobre el cuerpo de la víctima en las mismas vejaciones con que él la ha atormentado hasta entonces. Vuelvo a manosear esas pieles colgantes: a la segunda o tercera compresión, la desgraciada, exhausta por tan largos sufrimientos, cae a nuestros pies sin vida. Ese es el momento de la descarga de nuestro hombre. ¡Pero, justo cielo!, ¡qué impulsos!, en mi vida había visto una descarga ni tan larga ni tan impetuosa. Estuvo más de diez minutos en éxtasis; y el efecto de la más abundante lavativa habría sido menos que la eyaculación de este criminal.

Alberti se convirtió en uno de nuestros asiduos mejores: no pasaba un mes sin que hiciese una novena en nuestra casa. Pronto le entregamos a la otra sobrina de Bianchi, pero esta, mucho más deliciosa, expiró al séptimo día.

En media de todo esto, la Durand llevaba su negocio a las mil maravillas. Estaba tan bien informada de todas las intrigas de la ciudad, que al cabo de muy poco tiempo estuvo en condiciones de decir la buenaventura a todo el mundo. Supo que el Senador Contarini, padre de una hija de dieciséis años, hermosa como el día, se

había enamorado perdidamente de ella. Fue a buscarlo.

—Calentadle los cascos —le dice— a vuestra encantadora Rosina con el deseo de descubrir lo que le sucederá a lo largo de su vida; indicadle mi casa; yo os ocultaré allí, y os respondo de haceros gozar de ella ampliamente, en las diferentes ceremonias a que la someteré para decirle la buenaventura.

El senador, fuera de sí, le promete a la Durand todo lo que ella desee si lo logra. La modesta Durand se informa de las pasiones del padre; y como el disoluto exigía muchas cosas, le pide tres mil cequíes. Contarini, muy rico, le dio la mitad por adelantado y la cita es para dos días después.

Rosina, deseosa de que la adivinen el porvenir, escribe a la Durand para pedirle día y esta no deja de indicarle el mismo que ha convenido con el padre. Llega, despide a su aya. Y, lo confieso, cuando esa hermosa muchacha se desembarazó de las gasas que la cubrían, creímos que era el astro del día el que se mostraba, tras una tormenta, en el horizonte de la naturaleza. Representaos lo más perfecto que ha podido formar el cielo y todavía no tendréis sino una imperfecta idea de la interesante muchacha que en vano trataría de pintaros.

Rosina, de dieciséis años, alta y formada como las mismas Gracias, se parecía a esas hermosas vírgenes que inmortalizó el pincel de Albano. Sus cabellos castaños caían en bucles como una cascadas sobre su seno de alabastro; sus grandes ojos azules inspiraban a la vez amor y voluptuosidad; y sobre su boca de rosa se deseaba probar todas las delicias del Dios seductor cuya imagen era su conjunto. Nunca se tuvo una piel tan hermosa, nunca un seno tan redondo, muslos tan bien formados, un coño tan estrecho, tan caliente, tan encantador... ¡Y nalgas! ¿Qué ser en el mundo se hubiese resistido a ese hermoso culo? Confieso que cuando la vi me sedujo hasta tal punto que no pude impedirme llenarla de caricias. Previnimos a esta encantadora niña de todo lo que debía hacer para conseguir las profecías que pedía.

—Seréis azotada, ángel mío —le dijo la Durand—; además, sometida a un hombre que gozará de vos de todas las formas imaginables.

—¡Oh, cielos!, si alguna vez mi padre...

—¿Es severo vuestro padre?

—Celoso de mí como si fuese su querida.

—De acuerdo; pero nunca sabrá ni una palabra de lo que ocurra: es el Ser supremo el que se apoderará de vos, querida niña, y las brechas que ocasionen sus goces serán reparadas al instante. Además, esta ceremonia es indispensable: no sabréis nada de lo que deseáis si os negáis a someteros a ella.

Y, os lo confieso, amigos míos, nada nos divirtió más en todo esto

que los combates del pudor y la curiosidad. Rosina quería y no quería; ya rebelde contra las pruebas, ya seducida por la esperanza de la información, nada era tan gracioso como ese estado de incertidumbre; y a no ser por la llegada del padre, creo que nos habríamos divertido durante todo un día. Pero como el senador ya estaba allí, había que asestarla rápidamente los últimos golpes. Rosine se decide por fin. Paso al lado de su padre; la Durand se queda con la hija.

Por muy grande que fuese el cariño de Contarini por su hija, como en un alma parecida el libertinaje lo es todo y el sentimiento nada, el senador me hizo los arrumacos suficientes como para persuadirme de que no le molestaría que le expusiese mis encantos. Lo satisface, y sus caricias pronto me convencieron de sus gustos. El disoluto amaba apasionadamente el trasero, y estaba todavía acariciando el mío cuando oímos golpear en el tabique.

—Vamos —le digo—, preparaos, el cuerpo de vuestra encantadora hija va a llegaros.

Las planchas se entreabren y la hermosa Rosina, completamente desnuda, cae a disposición del incestuoso senador.

—¡Oh, joder! —exclama en cuanto ese tesoro es suyo—. ¡Mastúrbame, Juliette, mastúrbame! Voy a morir de placer ante tantos atractivos...

Actúo; el libertino recorre todo el cuerpo; por un momento todo es igual para sus deseos; incluso besa el coño; pero pronto lo supera el culo. No es posible hacerse idea del ardor de los besos con que lo cubre.

—Masturba por debajo —me decía— mientras lamo el agujero de este hermoso culo.

Y como ya no podía dominarse, su verga, más duro que el hierro, se presenta en el agujero: encula. Rosine, poco acostumbrada a ataques semejantes, lanza gritos terribles; nada detiene la impetuosidad de este libertino, empuja, presiona, está dentro. El granuja toca mis nalgas; quiere que mi boca se pegue a la suya, que una de mis manos favorezca sus ataques, mientras que la otra le hurga en el agujero de su culo.

—Libertino —le digo mientras le obedezco—. ¿Así que tu intención es quedarte ahí y no vas a atacar ese bonito montecillo de Venus?

—No —me dice el fiel sodomita—, no, se me bajaría con la empresa: hace quince años que no toco ya ese fruto y quince que me da horror; pero quiero azotar...

Diciendo esto, se retira, coge las vergas que yo le presento y se pone a zurrar a su hija con tal violencia que la sangre que necesitábamos para la operación pronto corre por los muslos.

—Me encuentras cruel, hija mía —me decía Contarini—; pero uno

no es dueño de sus pasiones: cuanto más refinadas son aquellas a las que nos entregamos, más terribles son sus excesos...

Y en este punto, el deseo de aumentar los tormentos de esta bonita desgraciada me inspiró espantosos consejos.

—¿Qué proyectos tenéis respecto a vuestra hija? —le pregunté.

—Joderla bien, azotarla cruelmente, divertirme de esta forma con ella durante tres meses, a continuación obligarla a que se meta en el convento...

Y durante este diálogo, los latigazos seguían desgarrando la piel más hermosa del mundo.

—Realmente, señor, me parece que no vale la pena conservarla para eso; y cuando estéis harto de ella, aquí se os darán fácilmente los medios para deshaceros de ella y no tendréis que pagar dote.

—¿Qué dices, Juliette?

—Hay mil formas... ¡Cómo! ¿Acaso nunca ha venido a mancharos la imaginación la idea de un asesinato por libertinaje?

—Sí... alguna vez he concebido esa fantasía... ¡Pero con mi hija!...

Y vi que el verga del disoluto levanta con esta idea una cabeza rubicunda y bermeja, señal segura del placer con que se inflamaban sus excitados sentidos con la sola idea del proyecto.

—Juliette —proseguía, besando lleno de furia las marcas de su crueldad—, me confesarás que sería un crimen horrible, un delito sin igual, y que haría estremecer a la misma naturaleza.

—Sin embargo, gozaríais de él.

Entonces, para acabar de inflamar al disoluto, tiro de unos cordones habilitados. La habitación en que estábamos se queda completamente oscura; golpeo el tabique, y el cuerpo entero de Rosina pasa a la habitación.

—Observad —le digo en voz baja a Contarini—, aquí está entera; pero no digáis ni una palabra...

El libertino se apodera de su hija, se embriaga en su boca y sus tetas con los más divinos besos, la vuelve a encular y descarga.

—¡Oh!, cielos, ¿qué habéis hecho? —le digo—, os la ponía en vuestras manos: ¿qué provecho habéis sacado?... Devolvámosla, y trataré de volveros a la vida, mientras la Durand saca su horóscopo.

Vuelvo a golpear; se abre el tabique, la niña desaparece y entretanto la ingeniosa Durand la vendía a otro. Teníamos tres o cuatro abonados que no se divertían más que con este tipo de prostituciones; y teníamos buen cuidado en entregarles lo que se suponía debía convenirles.

Hago lo imposible para sacar a nuestro hombre de su embotamiento: nada pudo lograrlo. Contarini era uno de esos hombres débiles que no conciben el crimen más que en el delirio de sus pasiones; la idea que yo le proponía era demasiado fuerte para él,

exigió su hija con insistencia. Voy rápidamente a prevenirle a la Durand; pero como estaba demasiado segura de ganar montones de oro con esta deliciosa muchachita, me aseguró que no la devolvería jamás. Opinando exactamente igual, me apresuré a proponerle un medio que satisfacería nuestro fin común; ella lo dispone todo.

—¡Oh!, señor —le digo, volviendo a encontrarme con el padre deshecha en lágrimas—, vuestra desgraciada hija... ¡pues bien!, aterrorizada por la predicción, acaba de tirarse por una ventana: está muerta, señor, está muerta.

Contarini, desolado, pasa al cuarto de mi compañera; se le muestra un cadáver desfigurado de la edad y el tipo de su hija; el bendito lo cree todo. Por un momento quiere utilizar la amenaza, pero pronto se reprime ante el temor de una recriminación demasiado justa que sabía podíamos esgrimir contra él, se calla, sale llorando, como un imbécil, y nos deja a su querida y adorable hija que, seducida rápidamente por nosotras, se convirtió en seguida en una de nuestras mejores putas.

Poco después de esto, un noble veneciano de los más altos vino a comprarnos veneno para una mujer a la que había adorado y con la que se había casado hacía dos años. El desgraciado se creía engañado. No lo era: su mujer era un modelo de bondad y recato. Yo era la única culpable de las sospechas que tenía contra ella; eran obra de mi maldad. Esa mujer me desagradaba; quería perderla: lo logré; el malvado la envenenó él mismo, y podéis imaginaros lo que yo sentí.

Poco después, vino un hijo a pedirlo para su padre. Se trataba de la sucesión; el joven, impaciente, se aburría esperando: por dos mil cequíes le vendimos el secreto de entrar en posesión de ella al día siguiente.

Espero que me hagáis la suficiente justicia para creer que en medio de todo eso, yo no me olvidaba de mí misma. Bastante rica para sufragar mis placeres, y para entregarme a los otros sólo por capricho o sordidez, me sumergí sin ningún freno en un mar de horrores y de impudicias. Seguía ejerciendo mi gusto por el robo y el asesinato; y en cuanto mi pérfida imaginación condenaba a una víctima, era muy raro que no fuese inolada poco después.

Estaba un día en uno de mis desórdenes morales y físicos, cuando recibí de Zeno, canciller de la República, la invitación de presentarme con mis dos amigas en su casa de campo, situada a orillas del Canal de Brenta. Allí nos pasamos un día entero en medio de las cosas más excitantes que podía ofrecernos la lubricidad. Exhaustas de cansancio, estábamos reponiéndonos con una comida deliciosa cuando una muchacha de dieciocho años, hermosa como el día, pidió hablar en ese momento con Zeno.

—¡Cómo! ¡Aquí, en el retiro de mis placeres! ¡Con la hora que es!

—Excelencia —dice la anunciadora—, ha forzado todo, está desesperada, ha venido ex profeso de Venecia, dice que la cosa apremia, y que no hay un momento que perder.

—Hacedla entrar —dice Zeno—... ¡Oh, Juliette! —prosiguió hablándome en voz baja—, o mucho me equivoco o tenemos aquí una buena ocasión para poner en práctica mis principios.

Se abren las puertas y la criatura más hermosa que yo hubiese visto en toda mi vida cae deshecha en llanto a los pies del magistrado.

—¡Oh, monseñor! —exclama la hermosa afligida—. Se trata de la vida de mi padre. Fue detenido ayer por una pretendida conspiración en la que nunca ha tenido nada que ver, y mañana caerá su cabeza en el cadalso... Vos sois el único que puede salvarlo; os ruego que me concedáis su indulto. Si es preciso que corra la sangre de uno de los dos, oh monseñor, tomad la mía y salvad la de mi padre.

—Amable niña —dice Zeno levantando a esta muchacha y poniéndola junto a él—, ¿acaso no sois la hermosa Virginie, hija del noble Grimani?

—La misma.

—Conozco vuestro asunto, señorita, y realmente vuestro padre, a pesar de lo que podáis decir, es totalmente culpable.

—No, monseñor.

—Lo es; pero todo puede arreglarse... Juliette, seguidme... En un momento estoy con vos, Virginie; voy a escribir lo necesario para salvar a vuestro padre.

—¡Oh, valiente señor!

—Un momento, no os deis tanta prisa en darme vuestro agradecimiento; el indulto todavía no está concedido.

—¿Cómo?

—Ya lo sabréis todo, señorita; pronto estará todo en vuestras manos y sólo de vos dependerá si queréis obtener lo que pedís.

Pasamos a un gabinete.

—He ahí —me dice Zeno— una criatura que hace que se me ponga muy dura; es la muchacha más hermosa de Venecia; tengo que tenerla al precio que sea; sin embargo, no puedo salvar a su padre y aunque pudiese, Juliette, no lo haría. Voy a escribir dos cartas: en una pediré su indulto; su rápida ejecución en la segunda; y será esta última la que haga llegar mientras le hago creer que es la otra. Convencida de que envió la que satisface sus deseos, Virginie me lo concederá todo. Pero cuando vea que la he engañado... ¡Oh, Juliette!, eso es lo que me preocupa.

—¿Y qué necesidad hay de dejarla libre?

—Su hija... Venecia... la república entera.

—Hay que denunciarla a ella también.

—Pero si la acuso no puedo gozar de ella ya: me perderá.

—Zeno, vuestras acusaciones son secretas, vuestros tribunales nada claros, vuestras ejecuciones nocturnas; prometedle a esa muchacha el indulto de su padre; enviad, como habéis dicho, el billete contrario a este deseo; gozad de ella; acusadla inmediatamente después: os juro que mis mujeres y yo os serviremos de testigos. Esos pequeños horrores son goces para mi depravado corazón y me entrego a ellos con placer. Certificad que esa criatura vino aquí sólo para seduciros, nosotras sostendremos lo mismo; tratad de calumnias, de recriminaciones, todo lo que ella invente para su defensa; pagad bien al abogado de oficio que se le asigne; que se instruya el proceso con tanta rapidez como secreto y en veinticuatro horas, si queréis, está despachada.

—Tienes razón... Aquí están los billetes escritos... Volvamos... ¡Oh, Juliette! ¡Qué goce!... No, nunca vi una muchacha tan encantadora como tú.

—Aquí está —dice Zeno reapareciendo— el indulto de vuestro padre, señorita; leed ese papel; pero espero que os imaginéis que semejantes favores no se conceden por nada.

—¡Oh!, monseñor, toda nuestra fortuna es vuestra: tomad, disponed, ordenad, tengo orden de mi familia de que haga con vos todos los tratos necesarios.

—No se trata de dinero —dice Zeno—, lo que exijo es mucho más precioso: son vuestros encantos, Virginie, lo que debéis entregarme; esa es la única recompensa que exijo por el indulto que os concedo, y el correo no saldrá hasta que haya obtenido lo que pido.

—¡Gran Dios! ¡Qué sacrificio!... ¡Oh tú al que amo —dice sacando de su pecho el retrato de su amante—, es preciso que se tenga la crueldad de ponerme entre la infidelidad y la infamia! ¡Ah!, monseñor, qué buena acción haríais contentándoos con la dicha de salvar la vida a un inocente...

—Eso es imposible; además, tenéis que decidiros ahora mismo... Son tales los crímenes de vuestro padre que dentro de unos minutos será ya tarde...

Y mientras ella decidía, Zeno fue a encerrarse con Lila para acabar de excitarse con las infamias que lo animaban. Cedo la palabra a Rosalba, cuyo espíritu penetrante hacía cada día nuevos progresos; y para llevar a su culmen la maldad, sermoneamos a esta muchacha en sentido inverso.

—¡Oh!, señorita —le dice Rosalba—, no confiéis en ese libertino; es capaz de todo desde el momento en que ha podido exigiros vuestro honor en precio de la vida de vuestro padre. Os traicionará en cuanto haya gozado de vos; y el monstruo, para tapar su crimen, quizás os inmole sobre los manes todavía palpitantes del respetable autor de vuestros días. Pero, suponiendo que mantenga su palabra, ¿cómo verá

vuestro amante este sacrificio? El amor no perdona nada de estas cosas, y podéis estar segura de que jamás os perdonará; desconfiad de todas las trampas que se os tiende: lo que me habéis inspirado en cuanto os vi me anima a decíroslo... Estáis perdida si flaqueáis...

Cogiéndola en ese momento y con aire de no saber lo que Rosalba acaba de hacer:

—Señorita —le digo—, sé perfectamente que a vuestra edad el sentimiento y la delicadeza son dioses a los que uno cree que se debe inmolar: pero ¿acaso esa loca constancia que guardáis a vuestro amante os debe hacer dudar, por favor, cuando se trata de los sentimientos debidos a vuestro padre? Zeno, el más honrado de los hombres, es incapaz de traicionaros; además, pensad que no es vuestro corazón lo que exige, se contenta con vuestro cuerpo. No seréis menos pura por eso a los ojos de vuestro amante... ¡Ah!, creedme, hermosa Virginie, en la situación en que os ponen las circunstancias, no podéis negaros sin cometer un crimen. ¿Veréis con frialdad a vuestro padre marchando hacia la muerte, cuando un sólo instante de complacencia hubiese podido salvarlo? ¡Ah!, Virginie, ¿estáis bien segura de que esa fidelidad, a la que lo sacrificáis todo, es tan religiosamente observada por vuestro amante como lo es por vos, y acaso no conocéis a los hombres? ¿Y si sucediese que aquel al que amáis no tuviese tanta virtud, qué remordimientos no serían los vuestros en ese caso, por haber inmolado a vuestro padre a un sentimiento en el que no sois correspondida? No, señorita, no podéis negaros a lo que se os propone sin cometer un crimen; os lo reverga: el pudor que vais a sacrificar es sólo una virtud convencional; la piedad filial, a la que ultrajaríais no cediendo, es el verdadero sentimiento de la naturaleza, el sentimiento precioso y querido que no podéis ahogar sin morir de dolor.

No os hacéis idea, amigos míos, de la conmoción que producíamos en esa alma timorata con frases de esta jaez. Su espíritu estaba tan trastornado que sus fuerzas morales estaban a punto de abandonarla. Zeno vuelve... y en tal estado de indecencia que ya no era posible dudar de la perdición de su desgraciada víctima. El granuja la tenía muy tiesa, y Lila, desnuda, nos lo traía por la punta del miembro.

—¿Y bien?, ¿está decidida? —nos dice balbuciendo.

—Sí, sí, monseñor —respondí—, la señorita es demasiado razonable para no darse cuenta de que se debe mucho más a su padre que a su pretendida virginidad y está dispuesta a inmolároslo al momento.

—¡No, no! —exclamó esta pobre muchacha deshecha en llanto—, no, no, prefiero la muerte...

Pero agarrándola entonces mis mujeres y yo, en dos minutos la exponíamos desnuda, a pesar de ella, a las impuras miradas del

canciller.

¡Dios! ¡Qué formas! ¡Qué carne! ¡Qué lozanía! ¡Qué rosada! Flora en persona hubiese ofrecido menos atractivos. Zeno no se cansaba de admirarla, y cada uno de los besos lúbricos con que colmaba a esta encantadora muchacha parecía descubrir un encanto nuevo. Le ofrecimos el culo. ¡Justo cielo! ¡Qué atractivo, qué firme, qué redondo! Y cuando lo entreabrimos, cuando expusimos a los ojos de Zeno el gracioso agujero, objeto de sus deseos, creímos que moría de placer jodiéndolo con su lengua.

—Veamos cómo es en el placer —dice el canciller—; Juliette y tú, Rosalba, acariciadla las dos en todas las partes voluptuosas de su cuerpo. Yo me haré masturbar por Lila enfrente de la operación, y a medida que vayáis encendiéndola las dos, mi boca errante sobre todos sus encantos recogerá en ellos la voluptuosidad...

Este encargo me complacía tanto más cuanto que tenía unas ganas enormes de masturbar a esta hermosa muchacha. Nos pusimos manos a la obra mi compañera y yo con tanta habilidad que los hermosos ojos de Virginie pronto se cargaron de lubricidad; y la bonita granuja, extasiada en nuestros brazos, pronto facilita a Zeno, gracias al semen que perdía en abundancia, la destrucción de su virginidad. Lila presenta en seguida el instrumento del canciller; el disoluto empuja, pero está escasamente provisto y como Virginie descarga, desaparecen todas las dificultades: helo ahí dueño de la plaza mientras yo sujeto sola a la víctima y sigo masturbándola, mientras Lila, montada sobre el seno de Virginie, presenta su hermoso culo a los besos del disoluto y Rosalba lo fustiga.

Estaba dispuesto a perderse cuando lo detengo a las puertas del placer.

—Cuidad vuestras fuerzas —le digo— pensad en que os espera otra fortaleza, no agotéis vuestras municiones de guerra.

—Tienes razón —exclama retirándose.

Y en seguida mostramos a sus lúbricos deseos el culo más divino que hubiese creado la naturaleza después del de Gánimedes. Zeno lo contempla.

—¡Santo Dios! —dice—. ¡Cuántos atractivos!...

Y el granuja, sin entretenerse en alabarlo más, pronto forzó todas las barreras gracias a la ayuda que le prestamos. Virginie, mediante la postura en que yo la había puesto, estaba apoyada sobre mi rostro, y yo chupaba su coño mientras era sodomizada; mis amigas masturbaban, manoseaban, servían a Zeno. Todo lo rodeaba de voluptuosidades, todo apresuraba la pérdida de semen, que pronto lanzó en el fondo del culo más hermoso del mundo, a pesar de los gritos, los saltos de la víctima, que no había soportado este ataque tan pacientemente como el otro.

—¡Qué goce! —me dice al retirarse—. ¡Oh, Juliette!, después del que tengo contigo, no hay otro más delicioso en el mundo... Todavía estoy embriagado...

—Vamos —digo—, apresúrate a enviar el billete.

—Por supuesto —me respondió ese monstruo—; después de joder a esta muchacha, acabo de adquirir mayores derechos para condenar a su padre... —Después, en voz baja—: Pero no me detendré ahí, Juliette. Quiero que mi maldad te asombre, y cuento con ese nuevo episodio para recobrar las fuerzas necesarias para un nuevo goce.

—¿Dejarás vivir durante mucho tiempo al objeto?

—Creo —dice Zeno— que añadiendo una palabra al billete vendrán a detenerla a mi castillo; y como de ahora a entonces ya la tendré dura, quizás esté todavía en su culo cuando lleguen para conducirla a la muerte.

—Actúa rápidamente —le digo a Zeno—; esa idea es deliciosa.

Parte el suplemento del billete, y volvemos a entregarnos a las lujurias. Por la forma en que yo veía que Zeno acariciaba las nalgas de Virginie, era fácil sospechar todas las conjuraciones que maquinaba interiormente contra ese hermoso trasero: no es posible imaginarse las atrocidades que inspira un culo cuando se ha gozado bien de él.

—¿Quieres azotarlo, no es cierto, amigo mío? —le digo a Zeno—, ¿quieres destrozar ese hermoso culo y no te atreves? ¡Y bien! —le digo—, satisface tu deseo; tengo en mi bolsillo un agua que en tres minutos hará desaparecer las marcas; y si como prueba de que ha sufrido, la granuja quiere mostrar las marcas, se verá contrariada por la evidencia, y todo lo que pueda decir después tendrá mucho más todos los visos de la calumnia...

—¡Oh!, ¡Juliette! —exclamó Zeno—, ¡no dejaré de decirte que eres una criatura deliciosa!...

Entonces el malvado, sin escuchar ya más que a su pasión, coge vergas, nos hace sujetar a Virginie y, jurando como un desgraciado, el granuja hace tiras el culo más hermoso del mundo en menos de cien golpes. Redobra; yo lo chupaba entretanto; mis otras dos mujeres lo azotaban; se le vuelve a empinar, se lanza como un poseso sobre esa hermosa muchacha, la sodomiza y descarga dando alaridos.

—¡Oh!, Juliette, —me dice en cuanto acabó—, ¡y que no pueda inmolar yo mismo a esta zorra! ¡Cuánto placer me daría! Su profunda sensibilidad la hace susceptible de mil diferentes suplicios, a cual más divino. ¡Cómo despedazaría ese hermoso seno, cómo quemaría esas hermosas nalgas!... ¡Ah!, ¡Juliette!, ¡Juliette!, me gustaría asar su corazón sobre su vientre y comérmelo sobre su rostro.

Y como yo quería frotarla con mi agua:

—No, no —me dice ese monstruo—, déjale mis marcas, quiero que las lleve a la horca, quiero que tenga la posibilidad de mostrarlas

y que no se atreva; esa idea me divierte...

Y nos entreteníamos desesperando a esa pobre muchacha con terribles discursos, hasta que llegaron las respuestas.

Las fatales cartas de Zeno habían triunfado: venían a detener a la hija de Grimani.

—¡Oh!, ¡justo cielo! —exclama esta infortunada al ver los efectos de las pérdidas maniobras del canciller—, me has engañado, criminal, pero mis jueces me oirán y me vengaré de tus horrores.

—Cumplid con vuestro deber, señores —dice a los esbirros el flemático Zeno, sin parecer preocupado por los insultos que se le dirigen—, llevaos a esa muchacha; ved cómo le ha trastornado el dolor. ¿Se han observado —dice ese monstruo— las recomendaciones que di de que se ejecutase rápidamente a los culpables?

—Excelencia —dice uno de los esbirros, sacando dos cabezas sangrando de debajo de su capa—, así es como han sido ejecutadas vuestras órdenes...

Y Virginie cae hacia atrás al reconocer a su padre y a su amante.

—¡Qué escena! —me dice Zeno en voz baja—; mirad cómo me excita. ¡Ah!, tratemos de estar solos y empecemos de nuevo los horrores.

—Nada más sencillo, quedaos con las cabezas y despedid a los esbirros.

—Tienes razón... Salid, señores —dice el canciller—: Dentro de dos horas, Virginie estará en los calabozos de Venecia; dejad esas cabezas y volved a vuestros deberes.

—Un momento —le digo en voz baja a Zeno—: ¿El esbirro que tiene las cabezas es el mismo que el que las ha cortado?

—Sí.

—Entonces me parece que tenemos aquí un refinamiento de ultrajes esencial para poner manos a la obra. Por muy terrible que sea ese esbirro, tiene que joder a la muchacha, con las manos todavía manchadas con la sangre de su desgraciado padre y de su triste amante...

—Por supuesto —dice Zeno—, hay en todo esto cosas deliciosas que se pueden hacer, guardémonos de dejar de hacerlas.

Se va uno solo de los esbirros, y Zeno se encierra con el otro, con Virginie, las cabezas, las tres mujeres y conmigo. Volvemos en sí a la víctima, teniendo cuidado en poner las cabezas enfrente de ella, para que la impresionen en cuanto abra los ojos. El esbirro está encargado de devolver a la vida a la hermosa muchacha; y en cuanto recobra el uso de sus sentidos, es su padre, su amante lo que ve... se encuentra en los brazos de su verdugo. Yo se la meneaba a ese villano mientras él prodigaba sus cuidados a Virginie.

—Joded a esa hermosa muchacha —le dice el canciller.

—¡Oh!, monseñor.

—Os lo ordeno; habéis asesinado al padre, quiero que jodáis a la hija; habéis matado al amante, quiero que jodáis a la querida.

Y el rayo que tras estas palabras golpea a Virginie la hunde una vez más, casi sin conocimiento, en mi seno.

—Un momento —le digo a Zeno—; desgraciadamente esta será tu última descarga; tiene que ser completa, que sean utilizados todos los medios que tenemos a nuestro alcance para hacerla más brillante.

Y la forma que di al grupo voluptuoso que yo deseaba fue la siguiente. El esbirro pasa bajo Virginie; la encoña, abre y presenta las nalgas de esta sublime criatura a Zeno, que la encula; Virginie sujeta una teta con cada mano; a caballo sobre el pecho del esbirro, le hago chupar mi coño, volviendo mis nalgas a Virginie; Zeno masturba a derecha e izquierda los dos culos de mis amigas; una vieja lo azota. Vencido por tan deliciosas sensaciones, era difícil que el disoluto no llegase; descarga; todos lo imitamos; pero Virginie es sacada inánime de esta prueba de horror.

Nos marchamos. El canciller mete personalmente a su víctima en las prisiones del palacio, y en veinticuatro horas, gracias a nuestras confesiones, Virginie está condenada. Ese era el momento en que la esperábamos. A fuerza de oro y de seducciones, Zeno hace inmolar a otra en su lugar. Virginie cae en nuestras manos; nosotros mismos le servimos de verdugos y la desgraciada no gana con el cambio. ¡Dios!, ¡qué escena!, descargué durante ocho días seguidos: sin duda pocas infamias me habían calentado tanto como esta.

Por su parte, las mujeres seguían frecuentando nuestra casa: unas para que le dijese la buenvventura, otras para revolcarse, con tanto secreto como impunidad, en lo más refinado del libertinaje. Gracias a las medidas que habíamos tomado, podíamos ofrecer muchachos o muchachas a las mujeres que nos frecuentaban, bajo el velo más impenetrable. También arreglábamos encuentrillos de parejas que, molestados por sus padres, estaban contentos de encontrar un refugio en nuestra casa. Otras partidas tenían lugar en cuartos oscuros, donde los hombres no podían reconocer a las mujeres que les entregábamos. ¡A cuántos padres no les hemos dado sus hijas; a cuántos hermanos a sus hermanas, a cuántos curas a sus penitentes!

Un día me vinieron dos mujeres de veinte a veinticinco años, encantadoras, que tras haberse calentado mutuamente los cascos conmigo me suplicaron que dirigiese sus juegos como tercera. Comimos las tres. Su manía consistía en chuparme la boca y el coño: ellas se cambiaban con rapidez, de forma que aquella que acababa de acariciarme, me lamía, y la que acaba de besar mi boca chupaba mi coño. Era preciso que entretanto yo las masturbase a cada una con una mano y que, armada con un consolador, las jodiese a continuación a

las dos, mientras que la que no era jodida se hacía acariciar por la que lo era. Jamás había visto mujeres tan lúbricas: no es posible figurarse lo que inventaron, lo que me dijeron mientras se entregaban a la lubricidad; una de ellas, lo recuerdo, llevó la extravagancia hasta el punto de desear ir a que la jodiesen en mitad de un hospital de sifilíticos.

Bienvenido el que me explique ahora la imaginación de los individuos de mi sexo: en cuanto a mí, renuncio a hacerlo. En general, esas dos libertinas fueron muy vivas, muy amables: creo que la naturaleza favorece infinitamente más a las lesbianas que a las otras mujeres y que como les concede una imaginación más sensible, también les ha prodigado todos los medios del placer y la voluptuosidad[129].

Tampoco debo dejar que ignoréis una hazaña muy extraordinaria que realicé con cuatro ciudadanas venecianas.

Esperaron un día tormentoso y vinieron para llevarme en góndola, en el momento en que los relámpagos surcaban las nubes. Llegamos a alta mar; la tormenta se desencadena, el rayo se hace oír.

—Vamos —dijeron estas pícaras—, es el momento, masturbémonos; que sea haciendo frente al rayo como lancemos nuestro esperma...

Y las zorras se lanzan sobre mí como Mesalinas. A fe mía que las imito; demasiado sensible al placer para dejarme enfriar por fenómenos tan simples de la naturaleza, blasfemo como ellas contra el quimérico Dios que, se dice, los produce. Sin embargo, el trueno suena, el rayo cae por todas partes; nuestra góndola, arrastrada con violencia, no parecía ya sino juguete de las olas: juramos, descargamos, desafiamos a la naturaleza alerta... llena de ira contra todo lo existente, y no respetando más que nuestros placeres.

Otra mujer muy bonita me rogó que fuese a comer a su palacio. Me vi obligada a masturbar delante de ella a su hijo de quince años; después nos masturbamos nosotras delante de su hijo. Hizo bajar a su hija, que tenía un año menos; me ordenó que excitase a esta joven, mientras ella se hacía encular por el hijo; a continuación, ella misma sujetó a su hija contra los ataques sodomitas de su hijo. Entretanto, yo acariciaba a la señorita, y la madre masturbaba con su lengua el agujero del culo del fornicador de su hija. Todavía no había visto nada tan libertino hecho así a sangre fría... nada mejor organizado. En cuanto se enteró de que vendíamos venenos, los compró de todos los tipos. Le pregunté si se iba a servir de ellos para los bonitos objetos con los que acabábamos de gozar.

—¿Por qué no? —me dice—; cuando me entrego a esas infamias, jamás me pongo límites.

—Deliciosa criatura —le digo besando su boca—, es que es ese

caso, cuanto más frenos se rompen más se descarga.

—Entonces yo tengo que descargar muy bien —me dice— porque romperé muchos...

Seis meses después, no tenía ni marido, ni padre, ni madre, ni hijos.

Un miembro del Consejo de los Diez me mandó llamar para que sirviese de goce a su hijo, al que él enculaba entretanto.

Otro, de la misma Cámara, exigía que me masturbase con su hermana, vieja y fea; él enculaba a la hermana. Después, me hizo otro tanto; a continuación recibí cien latigazos de manos de su hermana.

En una palabra, no había lujuria, exceso, infamias a las que no nos entregásemos de la mañana a la noche la Durand y yo; no había día que el cuádruple oficio de puta, alcahueta, bruja y envenenadora no nos reportase mil cequíes, y con frecuencia mucho más.

Sostenidas, queridas, buscadas por los mejores libertinos de ambos sexos que había en Venecia, llevábamos sin duda alguna la vida más deliciosa y más lucrativa, cuando un terrible revés vino a turbar nuestra unión... a quitarme a mi querida Durand y a hacerme perder, en un día, todas las sumas que había colocado en Venecia y todas las que había ganado allí.

La suerte se anunciaba con el castigo que había preparado para la Durand, de la misma forma que se había manifestado para mí. Cuando me vi obligada a abandonar París, había sido castigada por no haber querido llevar el crimen hasta su último extremo. La desgraciada Durand tuvo la misma fortuna; y, una y otra, pudimos convencernos por tan crueles muestras que el más peligroso de todos los partidos, cuando se está en el camino del crimen, es volver a la virtud o dejar de tener la fuerza necesaria para franquear los últimos límites. Porque fue mucho más la falta de valor que la voluntad lo que le falló a mi amiga; y si la desgraciada se perdió fue más bien por no haberse atrevido a todo que por no haberlo querido todo.

Una mañana, los tres inquisidores del Estado mandaron a buscar a la Durand; y tras haberle exigido el secreto más inviolable, le revelaron que necesitaban sus secretos destructores para destruir una numerosa facción que se levantaba en la ciudad.

—Desgraciadamente las cosas han llegado demasiado lejos —le dijeron— para utilizar los medios jurídicos: ya sólo tenemos el del veneno. Sabéis que desde hace tres años que estáis en Venecia os hemos dejado gozar con toda tranquilidad del fruto de vuestras fechorías: hoy tenéis que demostrarnos vuestro agradecimiento, comunicándonos, o realizándolos por nosotros, crímenes cuyos resultados hubiese sido nuestro deber castigar severamente. ¿Poseéis el doble secreto de provocar la peste en una ciudad, y preservar de ella a aquellos que se os indique?

—No —dice la Durand, aunque poseía ambos secretos, pero tuvo miedo.

—Está bien —respondieron los magistrados abriéndole una puerta para despedirla.

Y lo que acabó de hacerla temblar, fue que no se tomaron la molestia de recomendarle silencio.

—Estamos perdidas —me dice cuando volvió.

Y me contó lo que acababa de sucederle. Quise convencerla de que volviese al momento.

—Sería igual —me dice—; aunque lo ejecutase, perdería igualmente la vida: me sacrificarían en secreto. Incluso voy a dejarte rápidamente para no comprometerte, si llegan a sospechar que nos hemos visto después.

La desgraciada me deja.

—Adiós, Juliette —me dice—, quizás no volvamos a vernos jamás...

No hacía ni dos horas que me había dejado cuando vinieron a buscarme en nombre de la República. Sigo a los esbirros; llego al palacio; me hacen pasar, muy agitada, a una sala muy aislada, casi en los desvanes de la mansión. Los esbirros se disponen a mi alrededor y me guardan. Una gran cortina de tafetán negro dividía la sala. Aparecen dos de los inquisidores; los esbirros salen.

—Levantaos —me dice uno de ellos— y responded con tanta claridad como precisión. ¿Habéis conocido a una mujer llamada Durand?

—Sí.

—¿Habéis ejecutado crímenes con ella?

—No.

—¿Habéis hablado mal alguna vez del gobierno de Venecia?

—Jamás.

—Juliette —dice gravemente el otro juez—, lo agraváis con vuestras respuestas; nos informáis menos de lo que lo estamos; sois culpable. Mirad —continuó, bajando la cortina y dejándome ver el cuerpo de una mujer colgada del techo, de la que separé los ojos al momento con horror—; ahí esta vuestra cómplice: así es como la república castiga a los impostores y a las envenenadoras. Salid en veinticuatro horas de este territorio, o esa es la suerte que os espera mañana.

Me desmayé. Cuando volví en mí, estaba en manos de una mujer que no conocía, y los esbirros seguían rodeándome. Me sacan de la sala.

—Id a vuestra casa —me dice el jefe de los esbirros—, ejecutad fiel... puntualmente las órdenes de la república. No apeléis contra el que confisca vuestros bienes; es decir, solamente lo que habéis

colocado en Venecia, vuestros muebles y vuestras joyas. Podéis partir con los demás, o mañana sois una mujer muerta si al amanecer os encontráis todavía en la ciudad.

—Obedeceré, señor —respondí—, obedeceré, no deseo permanecer en un país donde se castiga a la gente por no haber hecho ningún daño.

—Silencio, señora, silencio; si vuestras palabras fuesen escuchadas por otros, no saldríais de este palacio.

—Vamos, valiente —le digo a este alguacil entregándole cien cequíes— os entiendo y os lo agradezco; mañana ya no estaré en vuestros tristes canales.

Pronto estuvo hecho mi equipaje. Lila y Rosalba parecían desear quedarse en Venecia, donde se las arreglaban muy bien; las dejé allí; no me lleve más que a una sola mujer, que no me había abandonado desde mi matrimonio, y de la que jamás os he hablado, porque nunca desempeñó ningún papel en mis aventuras. Como se me había permitido conservar mi cartera y mi dinero suelto, me llevé más de ochocientos mil francos; el resto fue confiscado en beneficio de la república; pero los fondos que me quedaban en Roma, que se elevaban a cinco millones de renta, bastaban para consolarme. Esa misma noche tuve que dormir en Padua, desde donde gané Lyon en menos de ocho días; allí descansé. Esta pequeña cuaresma me había dado muchas ganas de joder; y para satisfacerme, me acerque de forma muy natural a la casa de una celebre alcahueta cuya dirección me habían dado, y que me proporcionó durante los quince días que me pasé en su casa, todo lo que mejor podía satisfacerme de uno y otro sexo.

Viendo que no corría ningún peligro volviendo a París, ya que hacía mucho tiempo que el ministro que me había expulsado de allí no estaba en el mundo, decidí volver. Avisé a Noircueil y esperé su respuesta. Encantado de volver a verme, este querido y buen amigo me aseguró que le daría una gran alegría yendo a mostrarle los progresos de su alumna. Escribí al momento al abad de Chabert para que me llevase a mi hija a París, a un piso alquilado que le indiqué. Llegamos casi al mismo tiempo. Marianne alcanzaba entonces sus siete años; era imposible ser más bonita; pero la naturaleza estaba muda dentro de mí; el libertinaje la había ahogado. Estos son pues sus efectos: parece que al apoderarse tiránicamente de un alma, no quiere dejar en ella ningún otro sentimiento que los que él inspira, o que si por azar, en detrimento suyo, llega a introducirse algún otro, tenga rápidamente el poder de corromperlo o inclinarlo a su favor. Debo convenir en que no sentí al abrazar a Marianne otro impulso que el de la lubricidad.

—¡La bonita alumna por formar! —le digo en voz baja a Chabert —. ¡Oh!, quiero preservarla de las equivocaciones que hicieron a su

madre abandonar París, y las que perdieron a Durand en Venecia. Le haré sentir tan bien la necesidad del crimen que jamás abandonará su camino, y si alguna vez la virtud quisiera hacerse oír en el fondo de su corazón, quiero que encuentre el vicio tan asentado dentro de él que ni siquiera tenga la posibilidad de atacarla.

Chabert, que había presidido la educación de Marianne, se complacía en hacerme admirar todos sus pequeños talentos: sabía música, danzaba a las mil maravillas, dibujaba muy bien... hablaba italiano, etcétera.

—¿Y el temperamento? —le digo al abad.

—Creo que lo tendrá —me respondió Chabert—, y si no se tiene cuidado con ella, la bribonzuela se masturbará pronto.

—Yo la ayudaré —le digo—, y gozaré especialmente recogiendo las primeros pruebas de su nubilidad.

—Hay que esperar —me dice el abad— o pondríais en peligro su salud...

Pero eso me traía sin cuidado. El abad, que había venido varias veces a París después de mi ausencia, me puso al corriente y se encargó de retirar mis fondos de Roma, para con ellos adquirir aquí las dos hermosas casas en la ciudad y en el campo que me conocéis.

Al día siguiente fui a encontrarme con Noirceuil; me recibió con grandes muestras de alegría y me encontró, dice, muy embellecida. Como Noirceuil había seguido aprovechándose del favor del ministro, en tanto este había vivido, desde mi partida había triplicado su fortuna y todo París lo consideraba entre sus primeros puestos.

—Juliette —me aseguró—, puedes estar segura de que jamás subiré sin elevarte conmigo. Eres necesaria para mi existencia; sólo contigo me gusta cometer el crimen; y si obtengo una influencia mayor de la que gozo ahora, ya muy considerable, entonces se nos ofrecerán deliciosos excesos: entonces será necesario que nos entendamos para sacar provecho de esta vena...

A continuación me exigió el relato de mis aventuras; y cuando llegué a la parte de los quinientos mil francos que estaba encargada de entregar a Fontange de Donis, educada en un convento de Chaillot, y que debía tener diecisiete años, me animó vivamente a que nos divirtiésemos con esta muchacha y a que me embolsase los quinientos mil francos. Sus razonamientos a este respecto me convencieron hasta tal punto que no puedo menos de repetíroslos: tengo que preveniros que yo aparentaba dudar, para conseguir que se abriese más a mí. Así es como combatió mis simuladas objeciones, una noche que yo corría en su casita de la Barrera-Blanca.

—Cuando se tienen dos razones para hacer una cosa, Juliette —me dice— y ninguna para no hacerla, os confieso que me parece increíble oír preguntar si se hará. Cuando se tienen treinta años,

inteligencia, y no se tienen prejuicios, ni religión, ni Dios, ni remordimientos, pero sí la costumbre del crimen, mucho interés en hacer tal cosa, os confieso una vez más que me parece muy extraño oír preguntar si se hará esa cosa o no. Cuando uno tiene en sus manos todo lo necesario para actuar, cuando se han hecho ya cosas mucho más fuertes, se ha hallado placer en hacerlas, se ha sentido uno vivamente emocionado con ese placer, os confieso francamente una vez más que, cuando en esa cosa se encuentran la misma dosis de placer y una mayor de interés, me parece muy extraño oír preguntar si se sucumbirá. Por lo tanto, mereceríais el látigo, mi querida Juliette, sí, el látigo, por atreveros a consultarme sobre algo tan fútil, por lo tanto os declaro que si, dentro de cuatro días, no está ejecutado, rompo toda relación con vos y os considero como una mujer débil, sin carácter, que nunca sabe decidirse por nada. ¿Acaso me objetareis que sois suficientemente rica como para pasar de una suma que debe hacer la felicidad de una desgraciada huérfana? ¡Ah!, Juliette, ¿alguna vez se es lo bastante rico? Estoy de acuerdo con que esa suma solo debe servir para cosas superfluas: os pregunto si el goce de esas cosas superfluas no será siempre preferible al vano placer de dárselas a una muchachita que no conocéis, y a la que sólo por eso alejaríais de los únicos placeres a los que debéis someterla.

»Examinemos ahora la existencia de esa muchachita... ¡Oh!, sí, es algo muy importante para merecer una profundización. ¿Qué es ella de vos? Nada. ¿Quién es? La bastarda de una mujer con la que habéis hecho libertinaje: ¡Oh! ¡Cuán respetables son esos títulos! Pero, veamos, ¿qué sucederá si cumplís lo prescrito? Nadie en el mundo os lo agradecerá; solamente se dirá: ha cumplido su deber. Si, por el contrario, guardáis la suma, nadie sabrá nunca que se os fue confiada, y tendréis el delicioso placer de gozar de ella. Decid ahora qué os favorece más, si ese vano y fútil deber o los goces que os procurareis con la suma. ¡Oh!, Juliette, ¿podéis dudarle ni siquiera por un momento? Voy más lejos: no conozco a esa muchacha, pero observadla atentamente, mirad si no está escrito sobre su frente: *Es para tus nimios placeres para lo que el cielo me puso en este mundo; considera todas las fatalidades que nos han unido, y observa si no es una víctima lo que la naturaleza lo ofrece en mi persona...* Sí, esas palabras están escritas sobre su frente, las leeréis en ella; ¿y quién las ha colocado sino la mano de la naturaleza? Pero, quizás me objetéis, es traicionar los intereses de una amiga; cuantas más faltas he cometido con ella, más debo repararlas. Hay que probar dos cosas a ese respecto: primero, que no traicionáis los intereses de vuestra amiga, segundo, que no se comete el menor delito traicionando las intenciones de un muerto, cualquiera que sea el imbécil respeto que en todo tiempo se ha tenido por todo eso. Primero, ¿en qué faltareis a

las intenciones de vuestra amiga? Su intención pura y simple era que esa suma fuese a parar a su hija; pero no ha dicho que no debieseis gozar antes de ella. De esta forma, conservad la suma con la intención de dejársela a la hija después de vos, si es que existe: y así tenéis vuestra conciencia tranquila, si tanto necesitáis calmarla. Lo que traicionaría el deseo de vuestra amiga sería que dejaseis ese bien a un tercero; pero desde el momento en que gozáis de él con el proyecto de dejárselo después de vos, es evidente que la intención se encuentra totalmente satisfecha. Madame de Donis no os ha dicho: conservad los días de esa niña, os la entrego, y si desgraciadamente muere, el bien será vuestro, y sólo en ese caso lo será. Simplemente os ha dicho: Aquí están quinientos mil francos, se los dejo a mi hija. ¡Y bien!, si esa muchacha os sobrevive, que los tenga después de vos, se han cumplido los deseos del muerto. Ahora voy más lejos: aunque traicionaseis las intenciones de ese muerto, ¿qué respeto imagináis que se puede tener por las órdenes de un individuo que ya no está en el mundo? Se lesiona a un individuo faltándole cuando vive, porque su existencia pasiva recibe la lesión, y porque sufre por la negativa a obedecerlo; pero cuando esa existencia está destruida, el dolor ya no puede darse; no existe el choque desde el momento en que ya no hay ser que pueda recibirlo. Por lo tanto es totalmente imposible ofender a un muerto. Por lo tanto, resulta que todo heredero que cumple un legado en detrimento suyo, es un imbécil tan completo como el que tirara su dinero al agua; porque este pierde su dinero, y el otro sacrifica su felicidad a la satisfacción de un ser que ya no tiene ninguna existencia, y creo que lo uno bien vale lo otro. Hay igualmente una gran cantidad de pequeñas instituciones benéficas en el mundo, de las que no queremos deshacernos pero que no por eso son menos ridículas. Ninguna cláusula testamentaria debería ser ejecutada nunca: es absurdo querer cumplirlas; absurdo querer dar a un hombre la facultad de actuar cuando está muerto; por lo tanto, cuestión resuelta: al guardar los quinientos mil francos, no traicionáis las intenciones de vuestra amiga; os lo he demostrado, creo, suficientemente. Analicemos ahora otro de los aspectos de vuestro dilema: si lo entrego, hago la fortuna de esa muchachita; si no lo entrego, hago mi felicidad. A eso se puede responder de la siguiente manera.

»Nosotros no podemos, me parece, estimar las cualidades de los otros más que por las relaciones íntimas que mantienen con nosotros: de esta forma, no debemos amar a cualquier ser porque sus relaciones se crucen con las nuestras; su rostro nos encanta, su inteligencia, su carácter, su forma de ser, todo eso nos da placer, y experimentamos un goce real viendo a ese objeto; pero el buen sentido dicta que, entre dos goces, hay que elegir indudablemente el mejor. Esa es vuestra situación: o hay que gozar de Fontange, renunciando a los quinientos

mil francos, o hay que gozar de los quinientos mil francos renunciando a Fontange. En este punto, no tengo que daros consejos; vos sola podéis elegir el goce que más os convenga. Comparad, decidid, y únicamente recordad que, cualquiera que sea el partido que toméis, necesariamente sentiréis un pequeño remordimiento, porque sabéis que la virtud te da igual que el crimen. De acuerdo con eso, si abandonáis a Fontange y guardáis el dinero os diréis: ¿Por qué he tornado esta resolución? Echo de menos a esa bonita persona. Si es el contrario el que adoptáis, diréis: ¡Qué débil soy!... gozaría de los quinientos mil francos, y me veo obligada a pasarme sin ellos hoy... Pero daos cuenta de que el primero de esos remordimientos lleva necesariamente consigo un consuelo real, un consuelo físico. Es verdad que he perdido a Fontange, diréis, pero gozo; mientras que el segundo, por todo consuelo, no tiene más que un goce aislado, más que un sacrificio inerte a la virtud, por el que no obtendréis más mérito que una satisfacción interior, un placer intelectual muy mediocre en sí mismo y empañado constantemente por los remordimientos. El uno os da una privación de poca consecuencia física; el otro, una privación muy real y un simple goce de espíritu. Además, vuestra forma de pensar se opone a ese pequeño goce moral; cuando no se cree en nada, cuando se detesta la virtud y se adora el vicio, cuando se ama el crimen por interés y por él mismo, entonces es cuando a uno le traen sin cuidado los goces virtuosos. Ahora, comparad eso con el placer de gozar de vuestros quinientos mil francos, y veréis lo que sentís. La cuestión, decís vos, es no tener remordimientos: entonces ejecutad al momento y sin vacilar el crimen que proyectáis; porque os aseguro que si no lo hacéis, tan pronto como hayáis perdido la posibilidad de hacerlo os veréis devorada por el pesar de haber dejado pasar una ocasión tan buena de poseer ese dinero. El crimen no es para vos lo que para los otros: habéis llegado a sentir un cosquilleo muy vivo con él, os causa voluptuosidad: no dudéis de que esa voluptuosidad, de la que gozareis tanto mejor en esta ocasión cuanto que no hay frenos que romper, no es un completo contrapeso de la pequeña pena que cualquier otro ser podría encontrar en esta acción.

»De esta forma, veo para vos, en el caso de que el crimen sea consumado, primero un goce por hacerlo, después un goce por haberlo hecho; y en el otro caso, no veo más que una completa privación... privación con la que sufriréis tanto más cuanto que vuestros caprichos aumentaran de día en día, y todos los días necesitarán dinero para ser satisfechos; y por toda compensación, no veo más que la dulzura aislada... momentánea y débil para todos los seres... completamente frívola para vos, por haber hecho, no una buena acción, sino una muy ordinaria. Porque quizás podría justificarla, si tuviese lo que se llama

heroísmo, dado que por lo menos el orgullo estaría satisfecho, pero en esta no hay el más mínimo goce: vuestra acción no es ni grande ni hermosa; sólo es simple. No hacéis ningún bien dejando gozar a Fontange, y os hacéis un gran mal al no impedirselo. Pero, decís, habrá que deshacerse de esa muchachita, para que no pueda enterarse del robo que le hago. ¡Y bien!, desde el momento en que comprendéis maravillosamente los asesinatos de libertinaje, me parece que debéis comprender con igual facilidad los que no tienen más que el interés como fin. Los dos están inspirados por la naturaleza; los dos tienen el mismo objeto y las mismas pasiones. Se comete el asesinato de libertinaje para excitar a los placeres de los sentidos; se cometen todos los otros tipos de asesinatos con igual perspectiva de satisfacer una pasión. En eso no hay la menor diferencia: todas las que quisierais alegar serían superficiales; sólo el motivo puede establecer alguna distancia. Ahora bien, no hay duda de que es mucho más legítimo entregarse al delito por un poderoso interés que por el único encanto de una agradable eyaculación. Deseáis cometer el asesinato para excitar vuestra mente, para deleitar vuestra imaginación y no os atrevéis cuando se trata de una fortuna.

»Por lo tanto, el resultado es que, si los atractivos que os procura Fontange valen más que los que podéis esperar de su bien, hay que conservar a Fontange, casarla, y gozar del estúpido y frío placer de haber hecho vuestro deber... de haber hecho una hermosa acción, con respecto a Fontange, pero una muy mala con respecto a vos: porque, no os engañéis, privarse de una mala acción no es lo mismo que hacer una buena. En rigor, puede encontrarse algunas veces un cierto mérito en hacer una hermosa acción; nunca lo hay en privarse del placer de hacer una mala; porque la primera se ve, y la segunda no. El segundo aspecto del resultado es que, si los placeres que podríais esperar de esa fortuna suplementaria os importan más que la felicidad de Fontange, hay que desembarazarse rápidamente de ella: porque no podéis gozar de esas dos felicidades a la vez, y necesariamente debéis sacrificar al más débil.

»Analicemos ahora el tipo de sentimiento que le debéis a Madame de Donis... Ninguno, me parece. La voluptuosidad os unió, el crimen os separó. Aunque todavía existiese ella, tampoco le deberíais nada; muerta, mucho menos. Sería absurdo, extravagante, tener un sentimiento cualquiera por un ser que ya no puede gozar de él; no se les debe a los manes de ese ser ni respeto, ni consideración, ni amor, ni recuerdo; no puede ocupar la imaginación en el sentido que sea, porque sólo lo haría de una forma desagradable, y vos sabéis que en nuestros principios está no dejar llegar nunca al espíritu más que ideas agradables o voluptuosas. Ahora bien, esa serie de ideas se prolonga maltratando a la hija, ya que fue por voluptuosidad por lo que os

deshicisteis de la madre: esas ideas serían turbadas, degradadas infaliblemente si ahora prestaseis un servicio a la hija. Por lo tanto, no sólo no hay ningún inconveniente en que no seáis útil a esa muchacha, sino que además es necesario para vuestra voluptuosidad que la hagáis desgraciada. Las ideas nacidas del infortunio en que van a sumirla se unirán a las de las atrocidades extendidas, ejecutadas por vos, sobre el resto de la familia; y de la unión de todas esas ideas nacerá indudablemente para vos un todo voluptuoso, que sería destruido con el comportamiento contrario.

»No me aleguéis los sentimientos de ternura que tuvisteis en otro tiempo por Madame de Donis. Sería absurdo despertarlos, no sólo porque los habéis destruido con vuestro crimen, sino porque hay que guardarse de conservar el más mínimo por alguien que ya no existe: serie utilizar las facultades del corazón para algo inútil e impedir que actuase en cosas más reales; nada debe sernos más indiferente que un ser privado de la vida[130]. De esta forma estáis frente a Madame de Donis en una situación en que muy bien podéis ofenderla, ya que no le debéis nada, y en la que al ofenderla no la ofendéis, ya que no existe; por tanto, os lo reverga, sería una extravagancia que dudaseis. Pero, decís, oís una voz secreta que parece deciros que resistáis; ¿me preguntáis si esa voz es la de la naturaleza? ¡Y!, no, Juliette, no, no; esta voz, con respecto a la cual es inconcebible que os dejaseis engañar, no es otra que la del prejuicio al que todavía tenéis la debilidad de dejar alguna fuerza, porque se trata aquí de un tipo de delito que no os es tan familiar como aquellos a los que entregáis ordinariamente, y que, no obstante, no es más que el del robo que tanto os gusta y al que os entregáis diariamente. Es evidente que tomáis la voz del prejuicio por la de la naturaleza, cuando esta, muy diferente, no os aconseja sino que seáis dichosa, no importa a expensas de quien. Por tanto, depurad esa voz, dejadla desnuda: la oiréis en toda su pureza, y dejando de fluctuar de esta forma tan desagradable, actuareis en paz, sin temor a remordimientos, sin temor a ultrajar una naturaleza a la que, al contrario, servís llevando a cabo el crimen que os indica por el deseo que tenéis de él.

»Lo que yo haría en vuestro lugar sería divertirme totalmente con esa joven, robarle su fortuna, y a continuación ponerla en tal situación de infortunio que en cualquier momento podáis aumentar vuestra dicha con el placer de verla languidecer, lo que para la voluptuosidad será mucho mejor que matarla. La felicidad que os aconsejo será infinitamente más viva: entonces tendréis la dicha física conseguida por el goce y la dicha intelectual nacida de la comparación de su suerte con la vuestra; porque la dicha consiste mucho más en ese tipo de comparaciones que en goces reales. Es mil veces más dulce decirse al ver al desgraciado: Yo no me parezco a él, y eso es lo que me pone

por encima de ellos, que decirse simplemente: Gozo, pero gozo en medio de gente tan feliz como yo. Son las privaciones de los otros las que nos hacen sentir nuestros goces; en medio de seres que tuviesen otros iguales a los nuestros, jamás estaríamos contentos: por esto es por lo que se ha dicho, con mucha razón, que para ser feliz hay que mirar siempre hacia debajo de nosotros, nunca hacia arriba. Si, por tanto, es el espectáculo de los desgraciados el que debe completar nuestra dicha por la comparación de ellos con nosotros, hay que abstenerse de aliviar a los que existen; porque al sacarles con estas ayudas de la clase que os proporcionaba vuestras comparaciones, os priváis de estas y, por consiguiente, de lo que mejora vuestros goces. Pero no hay que quedarse en no aliviar a los desgraciados, para conservar esa clase útil para comparaciones de las que resulta la mayor parte de vuestra felicidad: cada vez que la ocasión se presente hay que hacer más desgraciados, para multiplicar esa clase y para crear una que, al ser obra vuestra, aumente las delicias que os resultarán de las comparaciones. De esta forma, el goce completo sería en este caso apoderaros de la fortuna de esa muchacha, a continuación reducirla a pedir limosna, de alguna manera obligarle a que venga a pedirla a vuestra puerta, desde donde se la negareis cruelmente, por último, al acercar así el infortunado a vos, perfeccionar vuestro goce con una comparación más íntima, y tanto mejor cuanto que el desorden provocado procede de vos.

»Esto es lo que yo os aconsejo, Juliette, esto es lo que yo haría en vuestro lugar... Me excitaría todos los días con esas deliciosas ideas... con el divino espectáculo de las desgracias que hubiese causado yo; y en medio de esos deliciosos placeres, exclamaría: *Sí; ahí está; la he adquirido con un crimen; ella, y ese bien con que pagaré tan dulces voluptuosidades, todo es crimen; gracias a este proceder, estoy en un perpetuo estado de crímenes; no hay uno solo de mis placeres que no esté manchado con él..* Y con vuestra imaginación, Juliette, ¡oh!, ¡cuán divina debe ser esa maquinación!

Noirceuil la tenía muy empinada cuando acabó su digresión, y como todavía no habíamos hecho nada juntos desde mi regreso, nos lanzamos sobre un canapé. Allí le confesé que estaba muy lejos de haber dudado sobre la suerte de esa muchachita, y que lo que le había dicho no era más que para darle ocasión de desarrollar sus sistemas. Le prometí esa joven asegurándole que, por muy interesante que pudiese ser, la hundiríamos en la más deplorable miseria, tras haber sacado de ella lo que hubiésemos querido.

—¡Oh!, Juliette —me dice Noirceuil manoseando y besando mis nalgas—, si tú te has depravado durante tu viaje, yo te he imitado en este espacio de tiempo; y me encuentras mil veces peor aún de lo que era: no ha habido un solo horror al que no me haya entregado desde

que no nos vemos. ¿Puedes creerlo? La muerte de Saint-Fond es obra mía. Aspiraba al puesto; me ha fallado; pero decididamente sucederé al que hoy lo ocupa; todas mis redes están tendidas ya para hacerlo perecer; y cuando tenga ese puesto, que tanto ambiciono porque pone en mis manos todo el poder del imbécil príncipe y toda la riqueza de su reino, ¡oh!, ¡Juliette!, ¡de cuántos placeres gozaremos entonces! Quiero que todos mis momentos estén marcados con crímenes: tú no flaquearás conmigo como con Saint-Fond, y juntos llegaremos muy lejos.

Por fin tuve que presentar el trasero a este furioso; pero se retiró sin perder semen.

—Espero a una persona —me dice—. Tengo que ponerte al corriente: es una criatura muy bonita de alrededor de veintidós años, a cuyo marido he metido en prisión para poseer a la mujer. Si dice una sola palabra, su esposo es ejecutado mañana; pero como lo adora, se guardará bien de hacerlo. Tiene un hijo al que idolatra; quiero hacerla renunciar a todo; quiero joder a la mujer, hacer perecer al marido en la rueda y enviar al hijo al hospicio. Hace dos meses que trabajo en esta operación y todavía no he podido obtener nada del amor y la virtud de esa mujer. Vas a ver qué bonita es; quiero que me ayudes a seducirla.

Los hechos eran los siguientes. Se había cometido un asesinato en su casa; ella estaba sola con el hombre asesinado, su marido y otro hombre. Se convierte en un testigo imprescindible; el hombre ha declarado contra el marido, pero falta el testimonio de la mujer, ya que ella era la única que estaba en ese momento en la casa.

—¡Criminal!, eres tú el que ha urdido toda la trama, has hecho matar al hombre por el testigo que has sobornado, y que ha declarado que era obra del esposo; quieres que la mujer diga otro tanto, por el placer de poseer a esa mujer y por el más excitante todavía de convertirla en asesina de su marido.

—¡Oh!, Juliette, ¡qué bien me conoces!... Sí, tienes razón, he hecho todo eso; pero quiero completar mi crimen y cuento contigo... ¡Ah!, cuán voluptuosamente descargaré esta noche azotando a esa mujer.

Esta llegó. Madame de Valrose era efectivamente una de las criaturas más bonitas que fuese posible ver: bajita, pero digna de ser pintada... rellenita, la piel brillante, los ojos más hermosos del mundo, el pecho y las nalgas moldeadas.

—¡Y bien!, señora —le dice Noirceuil—, ¿estáis decidida?

—¡Oh, cielos! —respondió con lágrimas en los ojos esa encantadora mujer—, ¿cómo queréis que me decida a semejante horror?

—Cuidado, señora —le digo vivamente en este punto—; Monsieur

de Noirceuil me ha puesto al tanto de lo que os ocurre y me ha permitido que os dé un consejo: pensad que vuestro esposo está ya perdido, aunque no tuviese más que un testigo, y sabéis que tiene uno; ese solo testigo basta para perderlo.

—Pero, señora, él no es culpable: el testigo que lo acusa es el mismo asesino.

—Jamás convenceréis de eso a vuestros jueces: ese testigo no tenía ninguna relación con el hombre asesinado, y Monsieur de Valrose tenía muchas. Por lo tanto debéis dar a vuestro marido por perdido; es indudable. Ahora bien, puesto que en esa terrible certidumbre Monsieur de Noirceuil, cuya influencia conocéis, os ofrece salvarlo si declaráis contra él, yo no...

—¿Pero de qué sirve esa declaración, si él quiere salvarlo?

—No puede hacerlo sin esa declaración; de ella se servirá para probar que el proceso tiene un vicio de forma, y que sin duda los hechos son calumniosos desde el momento en que la propia mujer sirve de testigo.

—¿Pero entonces sería castigada yo?

—Un convento..., de donde os sacaremos ocho días después... ¡Oh!, señora, ¿cómo se puede dudar?

—Pero mi marido me creará culpable; sabrá que he querido perderlo: esa idea pesará sobre mi corazón y jamás podré volver a ver a ese esposo adorado: no lo salvo sino a costa de separarme para siempre de él.

—Estoy de acuerdo, ¿pero no es eso preferible a enviarlo a la muerte? Y si verdaderamente lo amáis, ¿no debéis preferir su vida a la dicha de poseerlo? Si él muere, ¿no estaréis igualmente separados?

—¡Funesta alternativa!... ¿Y si se me engaña... si esa confesión acaba de perderlo en lugar de salvarlo?

—Esa sospecha injuriosa —dice entonces Noirceuil— es la recompensa al bien que quiero haceros, señora, y os la agradezco.

—Realmente, señora —retomé con ardor—; mereceríais que Monsieur de Noirceuil os abandonase al momento: ¿cómo os atrevéis a sospechar así del más virtuoso de los hombres?

—Me pone su ayuda a un precio que me deshonra. Yo idolatro a mi marido, no le he engañado en mi vida, y no va a ser cuando está en desgracia cuando colme su infortunio con un ultraje tan sangriento.

—Ese ultraje es imaginario, vuestro esposo jamás lo sabrá. Con lo inteligente que parecéis, me asombra que creáis en esas quimeras. Además no son vuestros sentimientos los que Monsieur de Noirceuil desea, sólo son vuestros favores, y desde ese momento el daño os debe parecer mucho menor. Pero voy más lejos: aunque existiese ese daño, ¿qué os debe importar cuando se trata de salvar a vuestro esposo? Por lo tanto, sólo me queda defender a Monsieur de Noirceuil por el precio

que exige. ¡Ah!, señora, vos conocéis muy poco el espíritu del siglo, si suponéis que hoy se hace algo gratuitamente. Realmente, Monsieur de Noirceuil, por un servicio que ni siquiera estaría bien pagado con toda vuestra fortuna, se contenta, me parece, con muy poco al no exigir más que vuestros favores. En una palabra, tenéis en vuestras manos la vida de vuestro esposo: salvado acusándolo, perdido si no lo hacéis, esa es vuestra suerte; hablad.

Y aquí la querida mujercita cayó en una espantosa crisis de dolores que pesó a Noirceuil tan encendido que el malvado vino a que yo lo masturbase ante sus ojos. Ella se desmayó.

—Vamos, santo Dios, ¡remángala! —dice Noirceuil—, que la jodo...

Y como al aflojarla el corsé, le había descubierto el pecho, Noirceuil lo amasaba ya de esa manera bárbara con que el acostumbra acariciar esa parte. Acabo de desnudar a esa pobre criatura; y colocándola sobre mis rodillas, siempre desmayada, expongo su bonito culo al libertino, que, mientras yo le tiraba de los pelos por debajo, se dispone a la sodomía, según su costumbre. Noirceuil, que de ningún modo pensaba tratar con miramientos a su víctima, penetra con tanta violencia que la moribunda abrió por fin los ojos...

—¿Dónde estoy? —exclamó—, ¿y qué se atreven a hacer?

—Un poco de paciencia, hija mía —respondí con bastante dureza—, y pronto tendremos de vos todo lo que queramos...

—Pero me hacen cosas...

—... que jamás emprendió vuestro esposo, ¿no es cierto?

—Jamás, jamás; ese horror me hace estremecer.

—Pues pensad, señora, —dice el feroz Noirceuil, mientras seguía enculando—, que solo sería cuestión de cortar el tabique que separa, para hacer absolutamente nula la acción contra la que protestáis; y si queréis, Juliette con una navaja de afeitar...

—¡Jode, jode, Noirceuil!, empezas a desvariar...

—¡Oh!, dejadme, ¡es una violencia, una abominación!

—¡Reputa! —dice Noirceuil armándose con una pistola y poniendo el canon sobre la sien—, si me molestas, si dices una sola palabra, eres mujer muerta...

Entonces es cuando la desgraciada comprende que la resignación es su único camino. Baja sobre mi seno su hermosa cabeza, deshecha en lágrimas, yo le pellizco el montecito, se lo depilo, y, en una palabra, le produce dolores tan vivos, que Noirceuil, apretado en ese ano como en un estuche, se siente próximo a lanzar su semen. Agarra las tetas por debajo con tal violencia, los dolores se hacen tan acuciantes, que el granuja descarga gritando con fuerza. Se retira; y, lanzándome sobre esa encantadora mujer, gozo a mi vez de ella, muriendo de placer. Esta escena reanima a Noirceuil; como todavía la

tenía dura, se une; mi postura le presenta mis nalgas, las besa y, poniendo su verga en la boca de Valrose, le ordena que se lo chupe; el primer movimiento es de horror, el segundo de desobediencia. ¡Qué grupo!, yo estaba tumbada sobre Valrose; Noirceuil, en sentido contrario, lo estaba sobre mí; se excitaba en la boca de esta bonita mujercita, y hurgaba en mi culo. Yo cubrí de semen el coño de mi masturbadora; Noirceuil derramó el suyo en su boca. Nos arreglamos.

—¡Pues bien! —dice Noirceuil una vez recuperada la sangre fría—, ya esta la infidelidad cometida; ¿dudareis ahora en salvar a vuestro marido?

—¡Cómo!, señor, ¿eso le salvará? —dice esta encantadora criatura, con el aire más dulce y más interesante—; ¿estáis seguro de que eso le salvará?

—Os he hecho el juramento más sagrado —dice el traidor—, y estoy de acuerdo en no repetir nunca con vos los placeres de que acabo de gozar si os engaño. Venid a buscarme mañana por la mañana, iremos juntos al juez, vos firmareis que vuestro marido es culpable; os lo entrego pasado mañana.

—¡Oh!, Noirceuil —le digo en voz baja a este monstruo—, ¡cómo idolatro en ti esa perseverancia en el crimen, incluso en los momentos en que se apagan las pasiones que parecen llevar a él!

—¿Acaso no he gozado de ella? —me respondió Noirceuil—; ¿y no sabías que mi semen firma siempre una sentencia de muerte?

Nos retiramos. Madame de Valrose, a la que conduje, me suplicó que me interesase por ella; se lo prometí con la sinceridad que se le debe a una puta de la que se está cansada. Al día siguiente declaró; dos días después, Noirceuil arregló las cosas con tanta habilidad que la pobre desgraciada fue declarada cómplice del marido y colgada cerca de él, a la misma hora en que este fue expuesto en la rueda, tras haberle quebrado los huesos. Yo masturbé a Noirceuil en un balcón desde donde vimos todo el proceso; me lo devolvía. Hacía mucho tiempo que no había descargado tan deliciosamente. Noirceuil pidió el hijo por motivos de misericordia: lo obtiene, lo jode y al cabo de veinticuatro horas lo planta en la calle sin darle la más mínima ayuda.

—Es preferible a matarlo —me dice—, sus sufrimientos serán mucho más largos, y durante mucho tiempo gozaré de ser la causa de ellos.

Entretanto el abad Chabert me había encontrado lo que precisaba. Después de ocho días de haber llegado a París, me establecí en una casa deliciosa, vosotros la conocéis; y, cerca de Essones, compré el hermoso terreno donde estamos reunidos; coloqué el resto de mi fortuna en diversas adquisiciones y, una vez arreglados todos mis asuntos, me encontré a la cabeza de cuatro millones de renta. Los quinientos mil francos de Fontange sirvieron para amueblar mis dos

casas con la magnificencia que veis. A continuación, me ocupé de las cuestiones libidinosas; me creé los diferentes serrallos de mujeres que ya conocéis, en la ciudad y en el campo; tomé treinta criados del más hermoso porte y el más delicioso rostro, elegidos sobre todo por el grosor del miembro, y sabéis cuánto los utilizo. Tengo además seis alcahuetas que trabajan sólo para mí en París, y a cuyas casas voy tres días por semana, cuando estoy en la ciudad. Cuando vivo en el campo me envían sus descubrimientos y habéis podido juzgar ya su abastecimiento. Con todo esto, pocas mujeres pueden jactarse de gozar de una vida más deliciosa; y sin embargo, sigo deseando siempre; me encuentro pobre; mis deseos son mil veces superiores a mis facultades; gastarí­a el doble, si lo tuviese; y jamás había nada que no haga para aumentar mi fortuna todavía más; criminal o no, haré cualquier cosa.

En cuanto todo esto estuvo arreglado, envié a buscar a Mlle. de Donis a Chaillot; pagué su pensión y la saqué de allí. En toda la naturaleza no había nada tan bonito como esta muchacha. Representaos a la misma Flora, y todavía no tendréis más que una imperfecta idea de sus gracias y atractivos. Con diecisiete años, Mlle. de Donis era rubia; sus soberbios cabellos la cubrían por completo; sus ojos eran del castaño más hermoso: nunca se vieron unos más vivos, chispeaban a la vez de amor y de voluptuosidad; su deliciosa boca no parecía abrirse más que para embellecerla todavía más; y sus dientes, los dientes más hermosos del mundo, parecían perlas sembradas sobre rosas. Esta soberbia muchacha hubiese podido servir desnuda de modelo a las Gracias. ¡Qué saliente montecillo! ¡Qué redondas y apetitosas nalgas! ¡Qué sublime culo! ¡Oh, Fontange! ¡Se necesita ser a la vez cruel y libertina para no apiadarse de tantos atractivos, y para no salvarte al menos de la suerte rigurosa a la que yo destino a todos mis goces!

Prevenida por su madre desde hacía cinco años de que me rindiese todos los respetos y atenciones posibles, en cuanto supo que era yo la que mandaba recogerla, se felicitó interiormente por esta suerte; y al llegar, deslumbrada por ese fasto, esa multitud de criados, de mujeres, por esa magnificencia de muebles, de los que ella todavía no sabía nada, sin haber salido nunca del convento, se imaginó ver el Olimpo y se creyó transportada, totalmente viva, a la morada celeste de los dioses: quizás hasta me tomaba por Venus. Se echa a mis pies; la levanto; beso su bonita boca de rosa, sus dos grandes ojos y sus dos mejillas de alabastro que el pudor, bajo mis labios, animó con el rojo más hermoso de la naturaleza. La aprieto contra mi seno y siento su corazoncito batiendo sobre mi pecho, como el de la joven paloma arrancada del seno de su madre. Estaba bastante bien vestida, aunque con sencillez: un bonito sombrero de flores, soberbios cabellos rubios cayendo en bucles sobre dos hombros deliciosamente formados. Me

dice con el sonido de voz más dulce y halagador:

—Señora, le doy gracias al cielo que me da la oportunidad de consagraros mi vida; sé que mi madre ha muerto y ya sólo os tengo a vos en el mundo.

Entonces se mojan sus párpados y yo he sonreído.

—Sí, hija mía —le he dicho—, vuestra madre ha muerto; fue mi amiga; murió de una forma extraña... me dejó dinero para vos. Si os portáis bien conmigo, podréis ser rica; pero eso dependerá de vuestra conducta, de vuestra ciega obediencia a todas mis voluntades.

—Seré vuestra esclava, señora —me respondió, inclinándose sobre mi mano.

Y volví a besar su boca por segunda vez con más atención. Le descubrí el pecho... Ella se ruborizaba, estaba emocionada, y no obstante, me dirigía siempre con gracia todo lo que tenía de más honesto y respetuoso. Entonces la tomo por tercera vez en mis brazos, sus cabellos sueltos, su bonito pecho al desnudo, y le digo devorando su boca:

—Creo que os amaré porque sois dulce y fresca...

Entonces se me ocurrió la idea de escandalizarla: nada es tan bonito como el escándalo dado por el vicio a la virtud. Llamo a mis mujeres: hago que me desnuden ante esta bonita muchachita; y examinándome ante un espejo:

—¿Es verdad, Fontange —le digo besándola—, es verdad que mi cuerpo es hermoso?

Y la pobre muchacha desvió los ojos enrojeciendo. Tenía a mi alrededor a cuatro de mis más hermosas mujeres: Phryné, Laïs, Aspasia y Théodore; las cuatro de dieciséis a dieciocho años y más hermosas que Venus.

—Acercaos señorita —le dice Laïs—, es un favor que la señora os concede, hay que aprovecharlo.

Viene con los ojos bajos. Le cojo la mano; la pongo sobre mí.

—¡Qué niña es! —digo a mis mujeres—. Phryné, muestra a esta muchachita lo que tiene que hacer...

Y tumbándome en una otomana, Phryné se sienta a mi lado, pone mi cabeza sobre su seno y me masturba el clítoris. Ninguna mujer cumple este deber como ella. Su ejecución es sabia, sus dedos lascivos; besa y acaricia singularmente el trasero; su lengua, cuando quiere, hurga en el ano a las mil maravillas; sus movimientos en el monte de Cipris concuerdan asombrosamente bien con los del otro templo, que chupa deliciosamente cuando se le pide. Mientras ella actuaba, Laïs, encaramada en mi pecho, me daba su coñito a chupar al inclinarse sobre mi boca; Théodore me masturbaba el culo y la hermosa Aspasia acercaba a Fontange al espectáculo, obligándola a mantener la vista en él, y masturbándola para suavizar sus males.

—¿Es que no habéis hecho nunca lo mismo con vuestras compañeras? —le preguntaba Aspásie.

—¡Oh! ¡Jamás!

—Es imposible —decía yo mientras seguía chupando el culo de Laïs—. Sé que en el convento se masturba mucho... A vuestra edad ya había remangado yo a todas mis compañeras. —Después, dejando el coño que chupo, le digo—: Venid a besarme.

Se acerca; la devoro.

—Desnudadla —les digo a mis mujeres.

Y el grupo se rompe un momento para quitar, todas a la vez, los incómodos vestidos que molestan mis placeres. En un instante las cinco están tan desnudas como yo. ¡Dios! ¡Qué hermosa era Fontange así! ¡Qué blancura! ¡Qué proporciones!

—Vamos —digo—, colocadla sobre mí, de forma que tenga su coñito sobre mis labios. Vos, Aspásie, agarrareis el culo que os ofrecerá con esa postura, y le lengüeteareis el ano. Phryné, vos le masturbareis el clítoris, de forma que el semen que exhale venga a parar a mi boca. Voy a separar mis muslos: vos, Théodore, acariciareis mi coño y vos, Laïs, lameréis el agujero de mi culo. Por favor, mis bellas amigas, poned en práctica todo lo que sabéis; utilizad todos vuestros refinamientos, porque esta muchachita me excita mucho y quiero perder gran cantidad de semen con ella.

No necesito pintaros todo el placer que debía sacar de esta voluptuosa escena: estaba en éxtasis. Por fin, la voluptuosidad se apodera de la joven Fontange; no puede resistirse a las delicadas sensaciones con que es embriagada. El pudor cede ante el placer, y la novicia descarga. ¡Oh! ¡Cuán delicioso es el primer semen!; ¡con qué placer lo devoré!

—Dadle la vuelta —digo a mis mujeres—; que ella ponga su cabeza entre los muslos de Théodore, y que la acaricie; yo la masturbaré el culo con la lengua; Laïs me lo devolverá; manosearé, masturbaré un culo con cada mano.

Nuevo éxtasis, nueva eyaculación de mi parte; no aguanto más; agarro a Fontange; me lanzo sobre ella; uno mi clítoris al suyo; me froto con ardor; devoro su boca; mis mujeres masturban mi culo, lo azotan, pasan sus manos por debajo para cosquillear en mi monte, en una palabra, me colman de placer y descargo al menos por sexta vez, inundando con mi impuro esperma el delicioso coño de la más virgen y más bonita de las muchachas.

Una vez eyaculado el semen, desapareció la ilusión. Por muy hermosa que fuese Fontange, ya no la veía más que con esa indiferencia maligna que en mí revela la crueldad, cuando me he hartado de los objetos, y pronto en el fondo de mi corazón está escrita su sentencia.

—Vestidla —digo a mis mujeres.

Yo hice otro tanto; nos quedamos solas.

—Señorita —le digo con severidad—, no aleguéis ese momento de embriaguez en que me ha sumido la naturaleza a pesar mío; no creáis que por mi parte es una cuestión de predilección; me gustan las mujeres en general; vos me habéis satisfecho; ya está todo. Ahora es preciso que sepáis que vuestra madre me entregó quinientos mil francos como dote para vos: como podríais enteraros por otros, es más sencillo que yo os lo diga.

—Sí, señora, lo sabía.

—¡Ah!, lo sabíais, señorita, os felicito; pero lo que no sabíais es que vuestra señora madre debe esta misma suma aquí a un tal Monsieur de Noirceuil, al que se lo he entregado y que, desde ese momento, se convierte en dueño de dároslo como un presente o de guardarlo, puesto que le pertenece. Mañana os llevaré a la casa de ese Monsieur de Noirceuil, y os aconsejo mucha complacencia, si llega a exigiros algo.

—Pero, señora, las lecciones de moral y de pudor que son la base de la excelente educación que he recibido, se avienen mal con vuestros consejos...

—Añadid: «mis acciones», ya que estáis riñéndome; os aconsejo que me reprochéis hasta las bondades que he tenido hacia vos.

—No digo eso, señora.

—¡Ah!, decidlo, si queréis, os aseguro que vuestros reproches me traen sin cuidado, igual que vuestros elogios; uno se divierte con una muchachita como vos, se la desprecia después.

—¡Desprecio, señora!... Había creído que sólo se despreciaba al vicio.

—El vicio divierte, la virtud cansa; ahora bien, creo que lo que sirve a nuestros placeres debe ser siempre mucho más importante que lo que sólo es bueno para producir humo... Pero vos contestáis, hermosa mía; sois insolente y no tenéis el grado preciso de superioridad que puede hacer excusar esa intromisión; por tanto os ruego que dejéis todas esas discusiones, señorita; el hecho es que yo no os debo nada, que he pagado a un acreedor de vuestra madre lo que se me había encargado que le entregase, y que depende absolutamente de ese acreedor devolveros la suma o guardarla, y os advierto que se la guardará si no tenéis las mayores consideraciones para con él.

—¿Y de qué tipo, señora?

—Del tipo que quiera exigir de vos: me parece que deberíais entenderme.

—En ese caso, señora, que se lo guarde todo vuestro Monsieur de Noirceuil; no estoy hecha para el infame oficio que me proponéis; y si

hace un momento he podido olvidar mis deberes con vos, por debilidad o infantilismo, me habéis abierto demasiado los ojos para no castigarme por mi error...

Y entonces brotaron de los ojos más hermosos del mundo abundantes lágrimas...

—Realmente —digo—, es muy singular que le hagan a una una escena por no estar a los pies de la señorita. ¡Y!, gran Dios, ¿dónde estaríamos nosotros los libertinos si tuviéramos que adorar a todas las putillas que nos masturban?

Y a esa palabra de puta, se hicieron oír gritos de desesperación; se precipitó de cabeza sobre la mesa, vociferó, inundó la habitación de lágrimas; y confieso que era con un placer muy excitante y vivo cómo humillaba así a la que acababa de dedicar mis lujurias. El hecho de que desaparezca la ilusión consuela el amor propio y entonces gusta resarcirse con el desprecio del loco incienso que se quemó al ídolo: esta pecorilla me irritaba hasta un punto que no podría explicar.

—Escuchad —le digo—, hija mía, si Monsieur de Noirceuil no os da vuestra dote, me serviréis: precisamente necesito una muchacha para la cocina, en la mejor hipótesis lavareis los platos...

Y las lágrimas se redoblaron entonces de tal forma que creí que iba a ahogarse...

—En fin —continué—, si ese medio no os complace, os queda el de la mendicidad o la prostitución... Mirad, yo os aconsejaría ese último camino; no estáis mal: es inaudito lo que ganaríais meneando vergas.

—Señora —dice Fontange levantándose hecha una furia—, no estoy hecha ni para uno ni otro de esos oficios; dejadme salir de vuestra casa; me arrepiento de los actos a los que me he entregado; toda mi vida pediré perdón al Ser Supremo... volveré a mi convento.

—No seréis recibida; nadie pagará vuestra pensión.

—Tengo amigas.

—No se tienen amigas ya cuando se es pobre.

—Trabajaré.

—Vamos, vamos, tranquilizaos, pequeña imbécil, secad esas lágrimas; esta noche os cuidarán mis mujeres y mañana ya os llevaré a la casa de Noirceuil, y quizás si sois dulce no lo encontréis tan duro y malvado como yo.

Llamo, les entrego esta joven a mis lesbianas, mando que pongan los caballos y vuelo a casa de Noirceuil. Me pide detalles; sólo con pintarle a Fontange con los tintes de la verdad, debía inflamarlo.

—Mira —me dice mostrándome una verga muy dura—, mira, Juliette, el efecto de tus jodidos pinces.

Y haciéndome pasar a su cuarto, tuve que consentir en satisfacerle algunas de esas extravagantes fantasías que doblan los efectos del

deseo sin apagarlo; que no son goces, pero que, en cabezas libertinas como la de Noirceuil, valen más que todas las uniones lícitas del himeneo o del amor. Estuvimos dos horas, porque a mí también me gustan esos pequeños horrores. Se los satisfacía a los hombres con el mismo placer que ponían en someterme a ellos; su lubricidad enciende la mía: tan pronto les he contentado, quiero que me contenten a mi vez; y tras algunas horas de placer, que nos costaron alguna pérdida, me largó Noirceuil un discurso más o menos así:

—Desde hace mucho tiempo me atormenta una fantasía muy extraordinaria, Juliette, y esperaba con impaciencia tu regreso, al no tenerte más que a ti en el mundo para poder satisfacerla. Quiero casarme... casarme dos veces en el mismo día: a la diez de la mañana, vestido de mujer, quiero casarme con un hombre; al mediodía, vestido de hombre, casarme con un bardaje como mujer. Quiero más... quiero que me imite una mujer: ¿y qué otra mujer más que tú podría servir esa fantasía? Es preciso que, vestida de hombre, te cases con una lesbiana en la misma misa en que yo como mujer, me casaré con un hombre; y que vestida de mujer, te cases con otra lesbiana vestida de hombre mientras yo, que habré recuperado las vestiduras de mi sexo, me casaré, como hombre, con un bardaje vestido de muchacha.

—Es evidente, señor, vos lo habéis dicho, esa pasión es extravagante.

—Sí, pero como Nerón se casó con Tigellin como mujer y con Sporus como hombre, no inventó más que la doble unión en un mismo día y la fantasía de verme imitado por ti. Los lazos que nos unen ya a los objetos que van a servir esa fantasía son también episodios nuevos que Nerón no encontró. Las dos mujeres para ti son primero Fontange, que con vestimenta de mi sexo, se casará contigo como hombre, y tu hija que, con vestimenta del tuyo, se casará contigo en segundas nupcias, cuando tú estés vestida como hombre. Mi esposo y mi mujer son estos: dos hijos, Juliette, si, dos hijos que tú no conoces y que no conoce nadie en el mundo. Uno tiene cerca de dieciocho años, es mi esposo: es vigoroso y hermoso como Hércules; el otro tiene doce años, es el Amor. Los dos son fruto de vínculos muy legítimos; uno es de mi primera mujer, el otro de mi sexta: ¿sabes que tengo ocho?

—Pero me habíais dicho, me parece, que ya no os quedaban hijos.

—Estaban muertos para el mundo; los dos se estaban criando en uno de mis castillos al extremo de Bretaña, y jamás han visto la luz del sol. Acaban de llegar a mi hotel en una caja cerrada; son verdaderos salvajes, apenas saben hablar. ¡Qué importa!, bien llevados servirán a la ceremonia; lo demás es cuestión nuestra.

—Y sin duda seguirán terribles bacanales a una fantasía tan extraordinaria...

—Por supuesto.

—¿Y vos queréis, Noirceuil, que mi desgraciada Marianne, a la que adoro, se convierta en una víctima de esas espantosas orgías?

—No —me dice—, estará allí, es todo lo que necesito para mi lujuria; pero puedes estar segura de que no se le hará ningún daño: tus mujeres la divertirán mientras nosotros estamos en acción; eso es todo...

Lo acepté todo; y ahora veréis cómo mantuvo el malvado su palabra.

Me costó un gran trabajo hacerle comprender a Mlle. de Donis el extravagante arreglo de esta escena: la virtud se aviene mal con las extravagancias del vicio. Mitad temerosa, mitad complaciente, la desgraciada estuvo de acuerdo con todo, bajo la más sagrada palabra de que el desenlace de esas escandalosas bodas no tendría nada que pudiese alarmar su pudor. La primera ceremonia tenía lugar en un pueblecito, a dos leguas del magnífico castillo que Noirceuil poseía en Orleans, y donde debía celebrarse la fiesta; la segunda, en la misma capilla del castillo.

No os aburriré con los detalles de esta doble función; sólo que todo se hizo con decencia, rigor y puntualidad; la parte civil se ejecutó con tanto respeto como la parte religiosa. Hubo anillos, misas, bendiciones, dotes establecidas, testigos: no faltó nada. Los más hábiles arreglos disimularon artísticamente los sexos y los embellecieron cuando fue preciso.

A las dos de la tarde, se cumplió el doble proyecto de Noirceuil; y así como él se encontraba siendo a la vez la esposa de uno de sus hijos y el marido del otro, yo me encontré también como marido de mi hija y esposa de Fontange. Una vez que todo concluyó se cerraron cuidadosamente las puertas del castillo. Como la estación era muy rigurosa, se encendieron ardientes braseros en la soberbia sala donde debíamos estar; y una vez dadas las más severas órdenes de que nadie se atreviese a interrumpir por ningún motivo las bacanales que se iban a celebrar, nos encerramos en este pomposo apartamento doce personas, cuyos nombres eran los siguientes:

Noirceuil y yo, como los dos héroes, nos colocamos en un trono de terciopelo negro en mitad de la sala; al pie del trono se veían, coronados con hojas de cipreses, al mayor de los hijos de Noirceuil, llamado Phaon, de dieciocho años; el segundo, de doce, que tenía por nombre Euphorbe; Marianne, mi hija, y Mlle. de Donis; los dos testigos de los matrimonios, agentes de los placeres sodomitas de Noirceuil, y sus verdugos, que se llamaban uno Desruo, otro Cartouche, de alrededor de treinta años; los dos, vestidos como caníbales, con vergas, puñales y serpientes en la mano, estaban de pie a nuestro lado, y parecían servirnos de guardianes; junto a nosotros y sentadas, se veían dos de mis lesbianas desnudas, Théodore y Laïs; a

nuestros pies, dos putas igualmente desnudas parecían esperar nuestras órdenes. Esas muchachas, sacadas simplemente de un burdel, no tenían más de dieciocho a veinte años, y las dos con un rostro encantador: estaban allí para servir a la escena.

Un poco asustada de estos preparativos por mi pobre Marianne, me apresuré a recordarle a Noirceuil las promesas que me había hecho.

—Querida mía —me respondió—, como verás, mi cabeza está extraordinariamente exaltada; los placeres que he gozado esta mañana para satisfacer la increíble pasión que me devoraba desde hace tiempo me han trastornado, y temo que eliges un mal momento para recordarme promesas de bondad que una dosis más de excitación en el sistema nervioso puede desvanecer en un instante. Gocemos, Juliette, divirtámonos, quizás mantenga mi palabra; pero si eso no sucede, trata de encontrar en las lujurias que van a embriagarnos las fuerzas suficientes para soportar la desgracia que parece temer y que sin embargo, dicho sea entre nosotros, nada tiene de terrorífico. Piensa, querida, que no existe ningún freno para libertinos como nosotros, que la multiplicidad de motivos de respeto no son sino una razón más para redoblar los ultrajes: cuanto más parece exigir la virtud, más se complace en pisotearla el vicio lleno de furia.

Cien velas iluminaban esa sala, cuando la escena empezó.

—Cartouche, y vos, Desrues —dice Noirceuil a sus dos agentes—, dignos émulos de los célebres hombres cuyos nombres os he permitido llevar, vos a los que respeto por ese noble derecho, vosotros que, como vuestros patrones, cuyas hazañas serán transmitidas hasta la última edad del hombre por el buril fiel de la historia, estaríais dispuestos a hacer cualquier cosa por los respetables intereses del crimen, id a desnudad a los cuatro holocaustos coronados por el árbol de la muerte, y haced de sus vestiduras, en adelante inútiles, el uso que os he prescrito.

Los emisarios parten; en un instante están desnudas las cuatro víctimas y, a medida que se les arranca una vestidura, es echada a los ardientes braseros de esta sala.

—¿Qué significa esta funesta ceremonia? —dice Fontange al ver que se quema hasta su camisa—. ¿Por qué echar al fuego lo que me cubre?

—Querida muchacha —le responde Noirceuil bastante brutalmente—, es que, pronto no necesitaréis ya más que un poco de tierra para resguardaros.

—¡Dios! ¡Qué bárbara sentencia! ¿Y por qué la he merecido?

—Que se acerque a mí esa criatura... —dice Noirceuil.

Y mientras que Laïs lo chupa, una de las putas le menea el culo y yo lo excito con palabras, el libertino se pega a la boca de esa

muchacha encantadora y la chupetea durante un cuarto de hora seguido, a pesar de las resistencias que ofrece su pudor a semejantes tentativas. Y después, apoderándose del trasero:

—¡Oh! ¡Hermoso culo, Juliette! —exclama extasiándose ante sus nalgas—: ¡Qué delicioso va ser joder y martirizar todo esto!...

Entonces su lengua se introduce en el encantador agujero, mientras que, por orden suya, arranco con una mano el vello del coño de esta bella muchacha y con la otra le pellizco con fuerza su pecho naciente. La hace ponerse de rodillas, ordena a los dos hombres que la lamen y acaba por hacerle besar su trasero.

No es posible describir la vergüenza y el embarazo de esta joven durante esos terribles comienzos; pero si hay algo que se sobrepone a estos dos sentimientos, es el terror que le inspiran los preparativos de lo que parece debe seguir. Mlle. de Donis, educada en el recato, no habiendo recibido en la casa de la que salía más que los mejores principios, tenía que estar necesariamente en una terrible situación; y nada nos divertía tanto como el combate violento entre su pudor y su necesidad. Por un momento quiere escaparse a todo lo que se emprende sobre su persona.

—Portaos bien —le dice duramente Noirceuil—, ¿no veis lo que es tener una imaginación como la mía? Cualquier nadería la turba y la molesta; en cuanto se deja de servirla, se desanima y los atractivos más divinos se vuelven nulos cuando la sumisión y la obediencia no vienen a ofrecérmolos...

El granuja manoseaba el culo mientras decía esto; era por las nalgas encantadoras de esa muchacha donde se perdían indócilmente las manos más impuras y feroces.

—¡Rediós! —exclamó—. ¡Oh! ¡Cuán desgraciada quiero hacer a esta granuja! ¡Cómo exigen horrores sus atractivos!...

Entonces le hace empuñar el verga de Cartouche, le obliga a meneárselo, complaciéndose en ver la tarea del vicio en manos de la inocencia: y como la pobre muchacha, deshecha en llanto, lo realiza con tanta inhabilidad como repugnancia, le ordena a una de las putas que le dé lecciones, y obliga a la que las recibe a darle humildemente las gracias.

—Quizás ese oficio le sea útil —dice Noirceuil—; la terrible situación de miseria a la que voy a reducirla bastará para obligarle a ello...

Le ordena masturbar con su lengua el coño de esas dos putas; a continuación ir a chupar su verga, y quiere que se le den fuertes bofetadas al menor gesto de repugnancia.

—Vamos —dice—, pensemos en los placeres del himeneo, ya nos hemos ocupado bastante de los del amor... —lanzando entonces una terrible mirada a Fontange, dice—: Que tiemble cuando le haga el

honor de volver a ocuparme de ella.

Laïs y Théodore son enviadas a Phaon, el marido de Noirceuil y su hijo al tiempo; pronto consiguen empinársela y se lo llevan a Noirceuil, que, inclinado sobre mí, presenta indolentemente el trasero al casto esposo que conducen mis lesbianas. Yo le masturbaba por debajo mientras tanto, y él hurgaba en el agujero del culo de las dos putas.

—Que se observen las ceremonias de costumbre —dice a las conductoras de Phaon—, y que ese joven esposo no pueda recoger los favores que se le ofrecen sin antes hacerse digno de ellos.

Phaon se arrodilla, adora religiosamente el culo que se le presenta, lo besa con respeto, se levanta y cediendo a los impulsos que están impresos en él, el hermoso joven se introduce hasta los cojones en el culo de su querido papá. Con un miembro como el de un mulo, sus sacudidas pronto hacen agitarse al que las recibe, y el disoluto se complace imitando los gritos, las quejas y los melindres de la joven esposa a la que se desvirga; suspira, se queja, no hay nada tan gracioso como sus contorsiones. El joven, perfectamente excitado por lo que lo rodea, descarga pronto en el culo que lo cosquillea. En cuanto lo ha hecho, se le obliga a las mismas muestras de respeto a que fue sometido al empezar. Se aleja; pero Noirceuil, encendido, quiere ser jodido; su ano anhelante parece llamar vergas: Cartouche y Desrues lo sodomizan; entretanto él besa las nalgas de Laïs y de Théodore, de las que, dice, no puede hartarse. Acurrucada bajo él, yo lo chupo con todas mis fuerzas; amasa el culo de las putas. Después de ser jodido dos veces por cada uno de los hombres, dice:

—Vamos, probemos el papel de esposo; tras haber cumplido tan bien el de mujer ¿no soy digno del de hombre?

Le traen a Euphorbe, su segundo hijo. Estoy encargada de guiar el instrumento; en tres sacudidas, la virginidad se va al diablo. Noirceuil que se retira sin descargar desea ardientemente a Fontange al salir de allí. Son las putas las que la conducen y las que dirigen la operación.

—Juliette —me dice—, me gustaría que mordieses violentamente el coño de esta muchachita mientras yo la enculo; y como quiero que sienta un dolor infinito durante mi goce, le ordeno a Cartouche y a Desrues que le cojan cada uno una mano y le arranquen las uñas con una navaja...

Se ejecuta todo. Fontange, aturdida, ahogada por la violencia de los males que pesan sobre su existencia, no sabe de qué quejarse más, si de las llagas abiertas en cada uno de sus dedos, de las mordeduras que hacen sangrar su coño, o de las sacudidas del verga monstruoso que le desgarran el trasero. Sin embargo, estas últimas parecen ser los dolores más acuciantes que la martirizan: apenas puede sostenerlas; sus gritos, sus lágrimas, sus gemidos llegan a adquirir tal grado de

violencia que Noirceuil, poderosamente irritado por estas cosas, está en un tris de perder sus fuerzas: se retira.

—¡Oh!, Juliette —exclama—. ¡Qué delicioso culo, y cómo voy a hacer sufrir a esta zorra! ¡Me gustaría que todos los demonios del infierno estuviesen reunidos alrededor de mí para hacerles sufrir a cada uno un nuevo suplicio!

La hace darse la vuelta y sujetar por las putas; separo y presento su coño: se sumerge en él lleno de furia, mientras a esta desgraciada se le dan vapores de azufre y se le arrancan las orejas. La virginidad salta, la sangre corre, y Noirceuil, más excitado que nunca, desencaña, hace que los verdugos sostengan a la víctima en el aire, y se complace en flagelarla así hasta hacerla sangrar, con látigos de hierro que hace poner al rojo vivo. Las putas lo flagelan mientras él actúa, y él besa alternativamente el culo de mis lesbianas, cuyas nalgas se hallan elevadas a la altura de su boca; yo lo chupo, mientras le hurgo en el ano.

—El excesivo frío que hace —dice Noirceuil al cabo de unos instantes— me da una idea única...

Se viste con un abrigo de piel, hace que sus hombres cojan otro, otro tanto a mí, y bajamos a Fontange completamente desnuda. La colocamos en un gran estanque helado que se encuentra enfrente del castillo. Cartouche y Desrues se apostan en el borde, armados con enormes látigos de posta y petardos. Yo masturbo a Noirceuil enfrente del espectáculo; cuando ella se acerca al borde, se la rechaza a latigazos; cuando se aleja se le lanzan petardos que estallan sobre su cabeza o entre las piernas. No había en el mundo nada tan divertido como ver a esta pobre criatura saltar así, que una vez se aleja, otra se acerca, y que la mayor parte del tiempo se escurre y cae sobre el hielo, hasta el punto de romperse las piernas.

—¡Cómo! —dice Noirceuil lleno de cólera al verla a punto de acabar seis vueltas sin accidente—. ¡Cómo! ¿Que no se va a desgraciar la zorra?...

Y apenas había sido formulado ese deseo cuando la desgraciada, alcanzada por un petardo que le vuela una teta, se rompe en ese instante un brazo al caer.

—¡Ah!, joder —dice Noirceuil—, eso es lo que yo quería...

La cogen; está desvanecida. Algunos cuidados interesados la vuelven en sí, y sus heridas son curadas ligeramente. Pensamos en otras escenas.

Noirceuil exige que mi hija me masturbe ante sus ojos; besa con avidez el bonito culo de esta niña, mientras que ella procede a esa fantasía.

—Va ser hermoso ese culo, Juliette —me dice—; ya me excita violentamente...

Y aunque no tenía más que siete años, el malvado la desfloraba ya con su verga enorme; pero, volviendo de repente a su hijo Euphorbe, el villano lo encula, ordenándome que rompa los cojones de este niño. No hay dolores semejantes a los que experimentó ese desgraciado, atormentado a la vez por delante y por detrás. Tras algunas incursiones en ese culo encantador, Noirceuil se retira y hace que los verdugos azoten al muchacho. El que no golpea lo encula entretanto, y yo debo cortar con una navaja de afeitar, absolutamente al ras, las partes viriles de ese infortunado. Noirceuil besa ardientemente las nalgas de Théodore mientras tanto.

—Vamos, Juliette —me dice—, ¡hazte joder!

Yo lo deseaba ardientemente en el terrible estado en que estaba. Los dos caníbales me agarran; uno me penetra en el coño, el otro me enfila el culo; Noirceuil los encula alternativamente, mientras las putas lo azotan. En cuanto me ve descargar, agarra a Fontange. Noirceuil la entrega a los dos verdugos.

—Jodedla como os plazca —les dice—, todo estará bien con tal que la atormentéis mientras la jodéis...

Y los granujas, una vez que tenían manga ancha, trataron tan mal a esta muchacha que se desvaneció de nuevo en sus brazos.

—Un momento —dice Noirceuil—, tengo que encoñarla una vez más...

Y mientras él se satisfacía, lo sorprendo con una nueva crueldad: con un bisturí arranco el ojo derecho de mi pupila. Noirceuil no puede contenerse ante este horror; la sacudida que el dolor produce en la paciente es tan viva, que el libertino pierde su semen en el fondo del culo de la doncella, mientras que él mismo es sodomizado y está rodeado de culos.

—Ven, granuja —le dice a esta criatura al cabo de unos instantes...

Y agarrándola con fuerza por un brazo, la arrastra al gabinete vecino. Los sigo.

—Mira —prosiguió señalando sobre una mesa los quinientos mil francos que pertenecen a la pobre muchacha y que había cambiado por oro—, esa es tu dote; el ojo que te hemos dejado para que vieses estas riquezas hará pasar a tu alma, estamos seguros, la terrible pesadumbre de no poseerlos en tu vida. Te destino a morir de hambre, zorra; y voy a tratarte de forma que te sea imposible quejarte nunca, aunque te devuelva la libertad. Mira —le dice cogiéndole la mano—, toca ese oro, es tuyo, y sin embargo, jamás lo tendrás. Vamos, bribona —prosiguió enfurecido—, esta es la última función que quería que hiciesen tus órganos: ahora te serán inútiles...

Y diciendo esto le ata las dos manos a un banquillo, la encula y yo corto las manos mientras él actúa; se restaña la sangre, se vendan las

llagas. A continuación, mientras sigue jodiendo, el bárbaro ordena a la víctima que saque la lengua; agarro esa lengua con tenazas y la extirpo también; le saco el otro ojo... él descarga.

—Bueno —dice retirándose y revistiendo a la víctima con una camisa basta—, ya estamos seguros de que no gritará, de que no verá ni tres en un burro, y de que no hablará a nadie...

La bajamos hasta el camino principal.

—Ahora búscate la vida como puedas, zorra —le dice Noirceuil dándole una enorme patada en el culo—; la idea de verte perecer de esta forma excita mejor nuestra lubricidad que la de asesinarte... Ve... ve, si puedes, a denunciar a tus perseguidores...

—Al menos puede oír las preguntas —digo—, el oído está todavía intacto.

Y el bárbaro Noirceuil, metiéndole en seguida hierros en las orejas, pronto la priva del único órgano que le queda. Volvemos.

—Excitadme, tunantas —les dice a las cuatro mujeres—; acabo de descargar; tengo que recuperar mis fuerzas... Masturbad a esos hombres, y que ellos me jodan; jamás tengo una necesidad tan grande de horrores como cuando acabo de cometerlos.

Noirceuil está rodeado: culos, vergas, lo rodean por todas partes; es masturbado, jodido, acariciado.

—¡Oh!, Juliette —me dice en cuanto la tiene tiesa—... Juliette, quiero joder a tu hija...

Y sin darme tiempo a responder, el criminal se lanza sobre ella, hace que sus satélites la sujeten y la encula con la rapidez del rayo. Los agudos gritos de mi pobre Marianne son la única advertencia que recibo de su terrible ultraje.

—¡Dioses! ¿Qué haces, Noirceuil?

—Enculo a tu hija; ¿tenía que ocurrir, no?; además, ¿no es mucho mejor que esta rosa sea recogida por tu amigo que por otro cualquiera?

Tras haber destrozado, cubierto de sangre a esta desgraciada, se retira sin perder nada; y echando una mirada extraviada sobre las dos putas, anuncia que va a sacrificar a una. La infortunada cae a sus pies; quiere implorarle, pero en vano. Se la agarra y se la ata a caballo en lo alto de una escalera doble. Noirceuil, sentado a unos pies de la escalera, se convierte en su dueño gracias a una cuerda que se ata al pie de aquella. Théodore y Laïs, arrodilladas, le chupan el verga, los cojones y el agujero del culo: los dos salvajes me joden delante de él; la puta que queda está atada a un poste, con la cabeza para abajo, esperando dolorosamente su suerte. Por veinte veces seguidas el granuja hace caer la escalera, vuelve a poner a la muchacha, la hace caer, y no deja ese abominable juego hasta que la víctima se ha abierto la cabeza y roto las piernas. Como estas infamias le habían

excitado, la otra puta es condenada a tener los ojos vendados, mientras que cada uno de nosotros, alrededor de ella, le hará heridas. Sólo nombrando a su agresor será liberada: cae desmayada y ahogada en su sangre, antes de poder nombrar al culpable. Por orden de Noirceuil y de acuerdo con mis ideas, esas dos desgraciadas que apenas respiran son colgadas en la chimenea para que las llamas puedan devorarlas poco a poco y para que el humo las asfixie.

Ebrio de voluptuosidad, Noirceuil yerra como una fiera por el salón; entonces se le presentan cinco objetos capaces de encender su rabia: mis dos lesbianas, mi hija y sus dos hijos. Al verle se diría que quería inmolar a todos a la vez.

—¡Dios infame y cobarde! —exclama—, ¡no limites mi poder de esta forma, cuando quiero imitarte y cometer el mal! No te pido ninguna facultad para la virtud, pero comunícame al menos todos los poderes para el crimen; déjame hacerlo, siguiendo tu ejemplo, ¡si te atreves, pon por un momento tu rayo en mis manos y cuando haya destruido a los mortales, todavía me verás deseando lanzarlo al seno de tu execrable existencia para consumirla, si puedo!

Tras estas palabras se lanza sobre su hijo Phaon, lo encula, se hace joder, y me ordena, haciéndome masturbar por Théodore, que arranque el corazón del hijo que jode y que se lo ofrezca para devorarlo. El villano lo traga, clavando en el mismo instante de su descarga un puñal en el pecho de su otro hijo.

—Dime —me dice—, Juliette, dime, ángel mío, ¿he hecho suficientes cosas? ¿Estoy suficientemente manchado de sangre y de horrores?

—Haces que me estremezca, pero te imito.

—Sin embargo, no creo que me quede en esto...

Sus centelleantes ojos recaen una vez más sobre mi hija; la tiene extraordinariamente dura; la coge, la hace sujetar y la encoña.

—¡Oh!, ¡sagrado Dios jodido! —exclama—. ¡Cómo me vuelve loco esta criaturita! ¿Qué quieres hacer con ella, Juliette? ¿Llevarías tu imbecilidad hasta el punto de tener algún sentimiento... alguna consideración por ese repugnante resultado del bendito cojón de tu abominable esposo? Véndeme a esta zorra, Juliette, te la pago; quiero comprarla; manchémonos los dos, tú con el bonito pecado de vendérmela, yo con el más excitante todavía de no pagártela más que para asesinarla. ¡Oh!, sí, sí, Juliette, ¡asesinemos a tu hija! Y sacando su verga para mostrármelo, dice: Mira hasta qué punto inflama todos mis sentidos esa execrable idea. Hazte joder, Juliette, y no me respondas más que cuando tengas dos vergas en el cuerpo.

El crimen no tiene nada de terrorífico cuando se jode; y cuando hay que acariciar sus atractivos es siempre en medio de los chorros de semen... Me joden. Noirceuil me pregunta por segunda vez lo que

pienso hacer con mi hija.

—¡Oh! ¡Malvado! —exclamé descargando—, tu pérfido ascendente me la arrebató, apaga en mí cualquier otro sentimiento que no sea el del crimen y la infamia... ¡Haz lo que quieras de Marianne, jodido bribón! —digo llena de furia—, te la entrego...

Tan pronto oye estas palabras, desencoña, agarra a esta desgraciada niña y la tira, desnuda, a las llamas; yo lo ayudo y, como él, me armo con un hierro para rechazar los movimientos naturales de esta infortunada, a la que levantan y empujan hacia nosotros saltos convulsivos; se nos masturba a los dos, se nos encula; Marianne es asada... está consumida. Noirceuil descarga, yo hago otro tanto; y pasamos el resto de la noche el uno en brazos del otro felicitándonos por una escena cuyos episodios y circunstancias son el complemento de un crimen que todavía encontramos demasiado pequeño.

—Así pues —me dice Noirceuil—, ¿hay algo en el mundo equivalente a los placeres divinos que proporciona el crimen? ¿Existe algún sentimiento que proporcione a nuestra existencia una sacudida más viva y más deliciosa?

—¡Oh!, amigo mío, no lo conozco.

—Entonces vivamos eternamente en él; ¡que nada, en toda la naturaleza, pueda reducirnos a principios diferentes! Es muy desgraciado aquel al que los remordimientos arrastran a volverse atrás, lo que es tan funesto como imbécil; ¡porque, débil y pusilánime en todas las acciones de su vida, no será más feliz en el camino que va a recorrer de lo que lo era en el que abandona! La felicidad reside en la energía de los principios: no puede haber felicidad para el que fluctúa constantemente.

Pasamos ocho días en el terruño de Noirceuil, durante los cuales nos entregamos diariamente a nuevas infamias. Allí fue donde quiso que yo probase una de las pasiones de la emperatriz Teodora, mujer de Justiniano. Yo me tumbaba en el suelo; dos hombres esparcían granos de cebada sobre mi monte y los labios de mi coño; doceocas soberbias y enormes venían a picotear estos granos; y me causaban con sus picotazos en esta parte una irritación tan violenta, que me veía obligada a joder al acabar esta operación. Noirceuil, que ya lo preveía, me entregó a cincuenta campesinos de su dominio, que hicieron proezas conmigo. Quiso hacerse igualmente picotear el culo y encontró sensaciones más vivas que las del látigo. A estas orgías unió la de ordenar al maestro y a la maestra del burgo de su tierra que le proporcionasen cada uno treinta individuos del sexo que instruían. Los mezcló, hizo que los muchachos desvirgasen a las muchachas y acabó azotándolos y sodomizándolos, y los envenenó a todos.

—¡Oh!, amigo mío —le digo a Noirceuil—, todo lo que hacemos aquí es muy simple: ¿no podríamos coronar nuestras orgías con algo

más brillante? Todos los habitantes de este burgo no tienen más agua que la de sus pozos; poseo un secreto de la Durand que los envenena en dos días: mis mujeres y yo nos encargamos de empozoñarlos todos.

Y masturbaba a Noirceuil mientras le hacía esta propuesta, para que no se negase.

—¡Oh!, joder —me dice el disoluto, no pudiendo contener ya su esperma ante esta propuesta—. ¡Oh! ¡Santo cielo, Juliette, qué extravagante imaginación te ha dado la naturaleza! Haz lo que quieras, ángel mío, los chorros que haces salir firman mi aceptación: actúa.

Cumplí mi palabra; en cuatro días todo estuvo envenenado; mil quinientas personas fueron enterradas, y casi otras tantas reducidas a tal estado de dolor que se les oía invocar a la muerte: todo fue atribuido a una epidemia. La ignorancia de los médicos de la provincia nos libró de toda sospecha; y nos marchamos después de una expedición que nos había valido mucho semen.

Esta es la feliz posición en que me veis, amigos míos. Lo confieso, me gusta el crimen de una forma horrorosa, sólo él irrita mis sentidos, y profesaré sus máximas hasta el último momento de mi vida. Libre de todos los temores religiosos, sabiendo ponerme por encima de las leyes gracias a mi discreción y a mis riquezas, ¿qué poder, divino o humano, podría entonces contrariar mis deseos? El pasado me estimula, el presente me electriza, temo poco al futuro; espero pues que el resto de mi vida sobrepasará con mucho todos los extravíos de mi juventud. La naturaleza no ha creado a los hombres sino para que se diviertan con todo sobre la Tierra; es su ley más preciada, será siempre la de mi corazón. Tanto peor para las víctimas, es necesario; todo se destruiría en el universo sin las leyes profundas del equilibrio; la naturaleza se mantiene sólo gracias a las fechorías, y reconquista así los derechos que le quita la virtud. Por tanto, nosotros la obedecemos entregándonos al mal; nuestra resistencia es el único crimen que jamás nos perdonará. ¡Oh!, amigos míos, convenzámonos de estos principios: en su ejecución se encuentran todas las fuentes de la felicidad del hombre.

Así fue como Madame de Lorsange acabó el relato de sus aventuras, cuyos escandalosos detalles habían arrancado más de una vez lágrimas amargas a la interesante Justine. No pasaba lo mismo con el caballero y el marqués: los excitados vergas que sacaron probaron la diferencia de sentimientos que los había animado. Se maquinaba ya algún horror cuando se oyó que volvían al castillo Noirceuil y Chabert, que, como se recuerda, habían estado pasando unos días en el campo, mientras la condesa ponía a sus otros dos amigos al corriente de hechos que aquellos sabían desde hacía mucho tiempo.

Las lágrimas que inundaban las hermosas mejillas de nuestra desgraciada Justine, su aire interesante... abatido por tantas desgracias... su natural timidez, esta atrayente virtud extendida por cada una de sus facciones, todo irritó a Noirceuil y a Chabert, que quisieron someter a esta infortunada a sus sucios y feroces caprichos. Fueron a encerrarse con ella mientras que el marqués, el caballero y Madame de Lorsange se entregaban a otras voluptuosidades igualmente extravagantes con los numerosos objetos de lujuria instalados en el castillo.

Eran alrededor de las seis de la tarde cuando volvieron y se reunieron todos; entonces se deliberó sobre la suerte de Justine; y ante el rechazo formal de Madame de Lorsange a conservar en su casa a una mojigata semejante, ya sólo se trató de decidir si esta desgraciada criatura sería echada o inmolada en alguna orgía. El marqués, Chabert y el caballero, más que hartos de esta criatura, eran los tres de esta última opinión, cuando Noirceuil pidió ser escuchado.

—Amigos míos —dice a la feliz reunión—, con frecuencia he visto que en aventuras semejantes era extremadamente instructivo tentar la suerte. Se está formando una horrible tormenta; entreguemos esta criatura al rayo; me convierto si la respeta.

—¡Maravilloso! —exclamó todo el mundo.

—Es una idea que me gusta con locura —dice Madame de Lorsange—, no dudemos en ponerla en práctica.

Brilla el relámpago, silba el viento, el fuego del cielo agita las nubes; las mueve de una forma horrible... Se hubiese dicho que la naturaleza, aburrida de sus obras, estuviese dispuesta a confundir todos los elementos para obligarlos a formas nuevas. Se pone a Justine en la calle, no solamente sin darle un céntimo sino incluso quitándole lo poco que le quedaba. La desgraciada, confusa, humillada ante tanta ingratitud y tantos horrores, demasiado contenta por escapar quizás a mayores infamias, llega dando gracias a Dios al camino real que bordea la avenida del castillo... Apenas ha llegado cuando un rayo la tira al suelo, atravesándola de parte a parte.

—¡Está muerta! —exclaman en el colmo de su alegría los criminales que la seguían—. ¡Acudid! ¡Acudid, señora!, venid a contemplar la obra del cielo, venid a ver cómo recompensa a la virtud: ¿merece pues la pena amarla cuando aquellos que mejor la sirven se convierten tan cruelmente en víctimas de la suerte?

Nuestros cuatro libertinos rodean el cadáver; y aunque estuviese totalmente desfigurado, todavía conciben terribles deseos sobre los sangrientos restos de esta infortunada. Le quitan los vestidos; la infame Juliette los excita. El rayo había entrado por la boca y había salido por la vagina: se hacen terribles bromas sobre los dos caminos recorridos por el fuego del cielo.

—¡Cuánta razón hay en elogiar a Dios! —dice Noirceuil—; ved cuán decente es: ha respetado el culo. ¡Es todavía hermoso, ese sublime trasero que tanto semen hizo correr! ¿Es que no te tienta, Chabert?

Y el malvado abad responde introduciéndose hasta los cojones en esa masa inanimada. Pronto se sigue el ejemplo; los cuatro, uno tras otro, insultan las cenizas de esa querida muchacha; se retiran, la dejan y le niegan hasta los últimos deberes.

¡Triste y desgraciada criatura, estaba escrito en el cielo que ni siquiera el reposo de la muerte te salvaría de las atrocidades del crimen y de la perversidad de los hombres!

—Realmente —exclama Madame de Lorsange mientras volvía al castillo con sus amigos—, eso me afirma más que nunca en el camino que he recorrido toda mi vida. ¡Oh, Naturaleza! —exclamó en su entusiasmo—. ¡Así pues es necesario para tus planes ese crimen que a los estúpidos se les ocurre castigar!, tú deseas, puesto que tú mano castiga de esta manera a aquellos que lo temen o que no se entregan a él... ¡Oh!, esos son acontecimientos que colman mi felicidad y aumentan mi tranquilidad.

Apenas llegaban al castillo cuando una berlina de posta se acercaba por el otro camino; entra en el patio casi al mismo tiempo que el grupo. Una mujer alta, bien plantada, desciende, Juliette avanza hacia ella. ¡Justo cielo!: es la Durand, es la querida amiga de Madame de Lorsange, condenada por los inquisidores de Venecia y que Juliette creía haber visto pendiendo del techo de la sala de esos terribles jueces...

—¡Alma querida! —exclama echándose en brazos de su amiga—... ¡Qué suceso!... ¡Gran Dios!... explícate... no se ni dónde estoy...

Se abre un salón, se instalan, y cada uno escucha en silencio el esclarecimiento de una aventura tan singular.

Mi querida Juliette —dice la Durand con tranquilidad—, vuelves a ver a la que habías creído perder en los horrores de una muerte violenta, y que gracias a sus intrigas, a sus malas artes, a su ciencia, te encuentra más afortunada que nunca, ya que con los considerables bienes que conserva, es suficientemente dichosa como para devolverte lo que te habían confiscado en Venecia... Sí, Juliette —continuó esta querida amiga poniendo sobre la mesa un fajo de papeles—: Ahí está el fondo de tus mil quinientas libras de renta que te devuelvo; es todo lo que he podido salvar; gózalas en paz y en agradecimiento no me concedas más que la certidumbre de acabar mis días junto a ti.

—¡Oh!, amigos míos —exclama Juliette borracha de alegría—, ¿se equivocará aquel que un día escriba la historia de mi vida, si la titula: LAS PROSPERIDADES DEL VICIO? Apresúrate, Durand, apresúrate a contarnos más detalladamente hechos tan singulares, y puedes estar

segura de que soy yo la que te suplico que no nos abandones en toda tu vida.

Entonces esta mujer, celebre para siempre, informó al grupo, lo más sucintamente que pudo, que al prometer entregar y ejecutar todos sus secretos, se le aseguraba que se ejecutaría a otra mujer en su lugar, siendo el ejemplo preciso para Juliette, cuyos bienes y partida deseaba el Consejo, por miedo a una imprudencia. El engaño había tenido éxito, había satisfecho a los inquisidores, y producido una epidemia en Venecia en la que habían muerto más de veinte mil personas; hecha su operación, había exigido como favor particular y especial que se le devolviesen los bienes de su amiga; se los habían concedido; a partir de ese momento ya sólo pensó en escapar de Venecia, totalmente convencida de que esos pérfidos venecianos, alimentados con los principios de Maquiavelo, pronto inmolarían a su cómplice.

—Por lo tanto he acudido rápidamente a ti, ángel mío —prosiguió la Durand—; te hago feliz y eso me pone contenta. Ríete ahora de la fatalidad de la suerte que me ha hecho escapar dos veces de la cuerda; seguramente ahora ya no debo temer ese fin. No se cuál será el que me destina la mano de la suerte: ¡ah!, que sólo me golpee en brazos de mi querida Juliette, y jamás me quejaré de sus golpes.

Y las dos amigas, echándose en brazos una de la otra durante un cuarto de hora, no dejan de prodigarse las manifestaciones más sinceras de amistad, de confianza y de cariño de las que goza el vicio igual que la virtud, a pesar de lo que puedan decir los fríos partidarios de esa fastidiosa divinidad. Todo el mundo compartía los sentimientos de esas dos tiernas amigas, cuando un correo de Versalles llega con gran estrés llega al patio; pregunta por Noirceuil; sólo a él puede entregar las órdenes de que está encargado.

—¡Oh, cielos! —exclama este en cuanto lo ha leído—; mi querida Juliette, es que todos los tipos de felicidad deben afluir hoy sobre nuestras cabezas. El ministro acaba de estirar la pata; aquí está la carta, de mano del rey, que me ordena me presente rápidamente en la corte para tomar las riendas del gobierno. ¡Qué gran cantidad de felicidades nos promete esto! Seguidme las dos —continúa Noirceuil dirigiéndose a Juliette y a Durand— no quiero separarme de vosotras en la vida. ¡Cuán necesarias vais a serme en el gobierno del buque que voy a conducir! A vos, Chabert, os doy un arzobispado; marqués, os nombro para la embajada de Constantinopla; a vos, caballero, os concedo cuatrocientas mil libras de renta; os quedareis en París para velar por mis asuntos. Vamos, amigos míos, alegrémonos, en todo esto sólo veo a la virtud desgraciada: quizás no nos atreviésemos a decirlo si estuviésemos escribiendo una novela.

—¿Por qué temer publicarla —dice Juliette— cuando la verdad misma arranca los secretos de la naturaleza, aunque los hombres

tiemblen por ella? La filosofía debe decirlo todo.

Se marcharon al día siguiente; los mayores éxitos coronaron a nuestros héroes durante diez años. Al cabo de ese tiempo, la muerte de Madame de Lonsange la hizo desaparecer de la escena del mundo, como se desvanece ordinariamente todo lo que brilla sobre la tierra, y esa mujer, única en su género, muerta sin haber escrito los últimos acontecimientos de su vida, le quita a todo escritor la posibilidad de mostrarla al público. Aquellos que quisieran intentarlo no lo harían más que ofreciéndonos sus fantasías por realidades, lo que significaría una asombrosa diferencia para la gente de buen gusto, y particularmente para los que se tomaron algún interés en la lectura de esta obra.



MARQUÉS DE SADE. Donatien-Alphonse-François, marqués de Sade (París, 1740-Charenton, Francia, 1814). Escritor y filósofo francés. Conocido por haber dado nombre a una tendencia sexual que se caracteriza por la obtención de placer infligiendo dolor a otros (el sadismo), es el escritor maldito por antonomasia.

De origen aristocrático, se educó con su tío, el abate de Sade, un erudito libertino y volteriano que ejerció sobre él una gran influencia. Alumno de la Escuela de Caballería, en 1759 obtuvo el grado de capitán del regimiento de Borgoña y participó en la guerra de los Siete Años. Acabada la contienda, en 1766 contrajo matrimonio con la hija de un magistrado, a la que abandonó cinco años más tarde.

En 1768 fue encarcelado por primera vez acusado de torturas por su criada, aunque fue liberado al poco tiempo por orden real. Juzgado

y condenado a muerte por delitos sexuales en 1772, consiguió huir a Génova. Regresó a París en 1777, donde fue detenido a instancias de su suegro y encarcelado en Vincennes.

En 1784 fue trasladado a la Bastilla y en 1789 al hospital psiquiátrico de Charenton, que abandonó en 1790 gracias a un indulto concedido por la Asamblea surgida de la Revolución de 1789. Participó entonces de manera activa en política, paradójicamente en el bando más moderado.

En 1801, a raíz del escándalo suscitado por la publicación de *La filosofía del tocador*, fue internado de nuevo en el hospital psiquiátrico de Charenton, donde murió.

Escribió la mayor parte de sus obras en sus largos períodos de internamiento. En una de las primeras, el *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo* (1782), manifestó su ateísmo. Posteriores son *Los 120 días de Sodoma* (1784), *Los crímenes del amor* (1788), *Justine o Los infortunios de la virtud* (1791) y *Juliette o Las prosperidades del vicio* (1798).

Calificadas de obscenas en su día, la descripción de distintos tipos de perversión sexual constituye su tema principal, aunque no el único: en cierto sentido, Sade puede considerarse un moralista que denuncia en sus trabajos la hipocresía de su época. Su figura fue reivindicada en el siglo XX por los surrealistas.

[1] EL vampiro chupaba la sangre de los cadáveres. Dios hace correr la de los hombres; ambos se muestran quiméricos a un simple examen: ¿nos engañaríamos si diésemos a uno el nombre del otro? (*N. del A.*) < <

[2] ¿Sobrevivirían sin estos medios? Sólo dos clases de individuos deben adoptar los sistemas religiosos: primero, la de aquellos que maquinan estos absurdos y, la de los imbéciles que creen eternamente todo lo que se les dice sin profundizar nunca en nada. Apuesto a que ningún ser razonable y espiritual puede afirmar que cree de buena fe en las atrocidades religiosas. (*N. del A.*) < <

[3] No olvidemos que Volmar es una encantadora religiosa de veintitún años y que Flavie es tina pensionista de dieciséis, con el rostro más delicioso que pueda imaginarse. (*N. del A.*) < <

[4] Dulces y voluptuosas criaturas a las que el libertinaje, la pereza o la adversidad reduce a la lucrativa y deliciosa posición de putas, imbuíos de estos consejos; podéis ver que sólo son el fruto de la sabiduría y la experiencia; fornicad por el culo, amigas mías, es el único medio de enriqueceros y de divertirlos. Esposas delicadas y sensibles, recibid el mismo consejo; convertíos en Proteos con vuestro maridos, si queréis retenerlos; estad seguras de que, de todos los recursos que la coquetería os ofrece, este es a la vez el más seguro y el más sensual. Y vosotras, jovencitas seducidas en plena inocencia, recordad bien que, si ofrecéis sólo el culo, corréis muchísimos menos riesgos, tanto en lo que respecta a vuestra felicidad como a vuestra salud: nada de niños, casi nunca enfermedades, y placeres mil veces más dulces. (*N. del A.*) < <

[5] El hombre no se ruboriza por nada cuando está solo; el pudor empieza en él solo cuando se le sorprende, lo que prueba que el pudor es un prejuicio ridículo, absolutamente desmentido por la naturaleza. El hombre nació impúdico, la impudicia pertenece a la naturaleza; la civilización puede cambiar estas leyes, pero nunca las ahoga en el alma del filósofo. *Huminem planto*, decía Diógenes mientras jodía a la orilla de un camino. ¿Y por qué ocultarse cuando se planta a un hombre más que cuando se planta una col? (*N. del A.*) < <

[6] Hay que señalar que las memorias de Justine y las de su hermana fueron escritas antes de la Revolución. (*N. del A.*) < <

[7] ¡Hombre! Crees que cometes un crimen contra la naturaleza cuando te opones a la propagación o cuando la destruyes, y no piensas que la destrucción de tantos hombres como hay en la superficie de la tierra, no le costaría ni una lágrima a esta naturaleza, y no le produciría la más mínima alteración en la regularidad de su marcha.

(N. del A.) < <

[8] Existió en Persia. Los brahmanes se reunían igualmente entre ellos, y se entregaban recíprocamente a sus mujeres, sus hijas y sus hermanas. Entre los antiguos bretones, ocho o diez maridos se reunían y ponían a sus mujeres en común. Entre nosotros, los intereses, los partidos diferentes se oponen a estos tráficos deliciosos. ¿Cuándo seremos suficientemente filósofos para establecerlos? (N. del A.) < <

[9] Véase el sexto volumen de las *Cérémonies religieuses*, en pág. 300. (N. del A.) < <

[10] Esta es la mejor y la más sabia de todas las leyes, sin duda alguna; un delito que se comete en la sombra debe ser castigado sordamente, y la venganza solamente debe corresponder siempre al ultrajado. (N. del A.) < <

[11] Todas estas leyes no son más que fruto del orgullo y de la lujuria. (N. del A.) < <

[12] Es decir, Juliette. (N. del E.) < <

[13] Es evidente que Juliette hace hablar aquí a su orador de los campesinos del antiguo régimen: la miseria oprimía a estos algunas veces, pero los de hoy, inflados de lujo e insolencia, no pueden servir ya de ejemplo. (Nota del autor, aunque este la atribuye a su editor). < <

[14] La igualdad prescrita por la Revolución no es más que la venganza del débil sobre el fuerte: es lo que se hacía antiguamente en sentido inverso; pero esta reacción es justa, es preciso que cada uno tenga su turno. Todo cambiará una vez más, porque nada es estable en la naturaleza, y porque los gobiernos dirigidos por hombres deben ser móviles como ellos. (N. del A.) < <

[15] La pereza y la imbecilidad de los legisladores les hicieron imaginar la ley del talión. Era mucho más sencillo decir: *Hagámosle lo que ha hecho*, que dar una pena equitativa a la ofensa. Se necesita infinita inteligencia para este último procedimiento, y más allá de tres o cuatro que me citan en Francia, desde hace ochocientos años, no conozco más que un sólo realizador de leyes que haya tenido solamente sentido común. (N. del A.) < <

[16] El padre de Enrique IV tenía el mismo gusto. (N. del A.) < <

[17] *Sic.* (N. del A.) < <

[18] Mujeres mojigatas, devotas o tímidas, aprovechaos diariamente y sin temor de estos consejos: es a vosotras a quienes los dirige el autor. (N. del A.) < <

[19] Amable La Mettrie, profundo Helvecio, prudente y sabio Montesquieu, ¿por qué si estabais tan infundidos de esta verdad no habéis hecho más que indicarla en vuestros libros divinos? ¡Oh siglo de la ignorancia y de la tiranía, cuántas faltas habéis cometido contra los conocimientos humanos, y en qué esclavitud mantenéis a los mayores genios del universo! Por consiguiente, atrevámonos hoy a

hablar, puesto que podemos; y ya que debemos a los hombres la verdad, atrevámonos a desvelarla toda entera. (N. del A.) < <

[20] No hay nada tan divertido como la multiplicidad de las leyes que el hombre dicta todos los días para hacerse feliz, mientras que no hay una de estas leyes que no le quite, al contrario, una parte de su felicidad. ¿Y por qué todas estas leyes? Ciertamente, es preciso que los bribones se inflen, y que los imbéciles sean subyugados. En una palabra, este es todo el secreto de la civilización de los hombres. (N. del A.) < <

[21] Aristóteles, en su Arte poética, quiere que el objetivo y el trabajo del poeta sean curarnos del temor y de la piedad, que él considera como la fuente de todos los males del hombre; incluso podría añadirse que de todos sus vicios. (N. del A.) < <

[22] Sin duda, el mejor de todos los alimentos para obtener abundancia y espesor en la materia seminal. No hay nada tan absurdo como nuestra repugnancia a este respecto; un poco de experiencia la vencerá pronto: una vez que se ha probado esta carne, se hace imposible querer otras. (Véase Paw sobre este tema, *Investigaciones sobre los indios, egipcios, americanos*, etcétera, etcétera). (N. del A.) < <

[23] Se encuentran en varios burdeles de París; entonces, la muchacha pasa la cabeza entre las piernas, vosotros tenéis su culo en perspectiva, y ella corta el cuello del animal en el momento de vuestra descarga: quizás pronto veréis esta fantasía en práctica. (N. del A.) < <

[24] Hay una gente mal organizada a la que este espectáculo le haría excitarse todavía mejor, y que, al verlo, sólo lamentarían no haber participado ellos mismos. (N. del A.) < <

[25] Eso es fácil de comprender: se hace lo que nadie hace; por lo tanto, se es único en su género. Ese es el pasto del orgullo. (N. del A.) < <

[26] ¡Helos aquí, hélos aquí, esos monstruos del antiguo régimen! No os los habíamos prometido guapos, sino verdaderos: mantenemos la palabra. (N. del A.) < <

[27] Por otra parte, este sistema se encuentra ampliamente desarrollado más tarde. (N. del A.) < <

[28] Ved las *Memorias de la marquesa de Frène*, el *Diccionario de los Hombres ilustrados*, etcétera. (N. del A.) < <

[29] Se sabe que Saint-Croix, amante de la Brinvilliers, murió haciendo un veneno cuya receta se encontrará más adelante. Se había puesto una máscara de vidrio para evitar respirar las exhalaciones: la violencia del veneno rompió la máscara, y el químico expiró. La imprudente Brinvilliers reclamó al momento la cajita donde su amante encerraba sus otros venenos. Eso fue lo que la traicionó. A continuación, esta cajita fue llevada a la Bastilla, y lo que encerraba

ha servido a todos los miembros de la familia de Luis XV. Esta famosa mujer fue convicta de haber envenenado igualmente a sus dos hermanos y a su hermana, y, en consecuencia, se le cortó la cabeza en 1776. (N. del A.) < <

[30] Es del mariscal de quien se habla aquí. (N. del A.) < <

[31] Expresiones de Brantôme, en el mismo artículo, que se va a citar en seguida. (N. del A.) < <

[32] Tomo I de las *Vidas de las Damas galantes* de su tiempo, edición en Londres, 1666, in-12. Quizás tendríamos que haber copiado literalmente al autor citado; dos razones nos lo han impedido: la primera es que las citas siempre forman abigarramientos desagradables; la segunda, que Brantôme no ha hecho más que esbozar lo que nosotros hemos querido pintar con más fuerza, sin alejarnos, no obstante, de la verdad. (N. del A.) < <

[33] Todo esto no es más que un mínimo informe de lo que el lector encontrará sobre este importante tema en los volúmenes siguientes. (N. del A.) < <

[34] Pronto se sabrá lo que era. (N. del A.) < <

[35] Mujeres lúbricas y arrebatadas, leed con atención estos consejos; se dirigen a vosotras como a Juliette, y si tenéis inteligencia, debéis extraer como ella el mayor partido de ellos. El más ardiente deseo de vuestra felicidad nos los sugiere; no llegaréis nunca a esa felicidad por la que nos esforzamos al dirigiros esto, no, nunca la alcanzaréis si estos sabios avisos no se convierten en la única base de vuestra conducta. (N. del A.) < <

[36] «El infierno, dice un gracioso, es el hogar de la cocina que hace hervir en este mundo la marmita sacerdotal; fue fundado en favor de los curas; para que hagan buena comida, el Padre eterno, que es su primer cocinero, pone en el asador a los niños que no hayan tenido hacia sus lecciones la deferencia que se les debe; en los festines del cordero los elegidos comerán a incrédulos asados, ricos en pevergaria, financieros a la salsa Robert», etcétera, etcétera. Ved la Teología portátil, p. 106. (N. del A.) < <

[37] Eusebio, en su Historia, lib. III, cap. 25, dice que la epístola de Santiago, la de Judas, la segunda de San Pedro, la segunda y tercera de San Juan, los hechos de San Pablo, la revelación de San Pedro, la epístola de Bernabé, las instituciones apostólicas y los libros del Apocalipsis no eran reconocidos de ninguna manera en su tiempo. (N. del A.) < <

[38] Oh, tú, que, según dicen, has creado todo lo que existe en el mundo; tú, de quien nada en absoluto sé; tú, a quien no conozco más que de oídas y de lo que los hombres, que se equivocan todos los días, han podido decirme; ser extraño y fantástico al que llaman Dios, declaro formalmente, francamente, públicamente, que no creo ni un

ápice en ti, y ello por el excelente motivo de que no encuentro nada que pueda convencerme de una existencia absurda cuya solidez nada en el mundo atestigua. Si no me equivoco, y por lo tanto yo no existiría, si tú vinieras a demostrarme mi error, y entonces (lo cual atenta contra todas las leyes de la verosimilitud y de la razón), si vinieras a convencerme de esta existencia tan intensamente negada por mí en este momento, ¿qué ocurriría? Me alegrarías o me pondrías triste. En el primer caso, te admitiría, te veneraría; en el segundo caso, te aborrecería; o, si es evidente que ningún hombre razonable puede hacer otro cálculo que este, ¡cómo, con el poderío que debe de ser el primero de tus atributos, si tú existes, dejas al hombre ante una alternativa que tanto injuria a tu gloria! (*N. del A.*) < <

[39] El lago de Asfaltita existe actualmente en el emplazamiento de Sodoma y Gomorra, cuyo incendio ya no existe; las llamas que se observan algunas veces en ese lugar provienen de los volcanes con que está rodeado: así es como el Etna y el Vesubio están ardiendo constantemente; nunca ardieron de otra forma las ciudades de que se trata. (*N. del A.*) < <

[40] ¿Quiénes son los únicos y verdaderos perturbadores de la sociedad? —Los curas—. ¿Quiénes son los que pervierten diariamente a nuestras mujeres y a nuestros hijos? —Los curas—. ¿Cuáles son los enemigos más peligrosos de cualquier gobierno? —Los curas—. ¿Cuáles son los culpables e instigadores de las guerras civiles? —Los curas—. ¿Quiénes nos envenenan constantemente con mentiras y engaños? —Los curas—. ¿Quiénes nos roban hasta el último suspiro? —Los curas—. ¿Quiénes abusan de nuestra buena fe y de nuestra credulidad en el mundo? —Los curas—. ¿Quiénes trabajan constantemente en la extinción total del género humano? —Los curas—. ¿Quiénes se mancillan con más crímenes e infamias? —Los curas—. ¿Cuáles son los hombres más peligrosos de la tierra, los más vengativos y más crueles? —Los curas—. ¡Y dudamos en extirpar totalmente este gusano pestilente de la superficie del globo!... — Entonces, nos merecemos todas nuestras desgracias. (*N. del A.*) < <

[41] Nadie más que el débil predicará ese absurdo sistema de la igualdad; sólo le puede convenir al que, no pudiendo elevarse a la clase del fuerte, es compensado al menos rebajando a este a su clase; pero no hay un sistema más absurdo, más opuesto a la naturaleza que este; y sólo se erigirá entre la canalla, que a su vez renunciará a él en cuanto pueda cambiar sus harapos. (*N. del A.*) < <

[42] Mujeres voluptuosas y filósofas que os dignáis leernos, una vez más es a vosotras a quienes va dirigido esto: sacad provecho de ello y no hagáis inútiles los cuidados que nos tomamos para iluminaros. Jamás conoceréis verdaderos placeres sin la más ciega sumisión a estos excelentes consejos: creed que al dároslos sólo

tenemos en cuenta vuestra felicidad. (N. del A.) < <

[43] Casi todas las mujeres castas mueren jóvenes, o se vuelven locas, desgraciadas, enclenques, en la época de la menopausia. Todas tienen además un carácter desabrido, imperioso, que las hace insoportables en sociedad. (N. del A.) < <

[44] Siempre se hace bien lo que a uno le gusta; y el lector no debe olvidar que Juliette nos ha dicho que su mayor pasión consistía en excitar vergas. ¿Acaso hay en el mundo otra más voluptuosa? En efecto, ¡qué delicias se sienten al ver a un hermoso miembro enderezarse bajo los lúbricos movimientos que se le imprimen! ¡Qué halagador es para el amor propio y para la lujuria sentir de esta forma el avance de la obra de uno! ¡En qué estado debe encontrarse, sobre todo en el momento de completar su obra, y cómo no descargar uno mismo al ver saltar lejos esos chorros divinos de semen! ¡Ah! ¿Hay que ser mujer para gozar de este placer? ¿Qué hombre voluptuoso no lo comprende? ¿Y quién es el que, al menos una vez en su vida, no ha meneado más vergas que el suyo? (N. del A.) < <

[45] Fue el célebre Caylus quien gravó las estampas. (N. del A.) < <

[46] Con seguridad, ni siquiera legislador; una de las mejores pruebas del delirio y el desatino que caracterizaron el año de 1789 en Francia fue el entusiasmo ridículo que inspiró ese vil espía de la monarquía. ¿Qué idea queda hoy de ese hombre inmoral y tan poco inteligente? La de un impostor, un traidor y un ignorante. (N. del A.) < <

[47] Véase la parte física de estos efectos, explicada más arriba. (N. del A.) < <

[48] De forma que, hasta entonces, estas dos honradas criaturas, sin contar la boca, que no produce una sensación lo suficientemente marcada como para ser tenida en cuenta, habían sido fornicadas: Clairwil, ciento ochenta y cinco veces, y Juliette, ciento noventa y dos, tanto en el coño como en el culo. Hemos creído que debíamos establecer esta suma para evitar el trabajo a las mujeres, que, sin eso, se habrían interrumpido en este punto para hacer el cálculo. Dadnos las gracias, señoras, e imitad a nuestras heroínas, es todo lo que os pedimos; porque vuestra instrucción, vuestras sensaciones y vuestra felicidad son realmente el único objeto de nuestros fatigosos trabajos; y si nos habéis maldecido en Justine, esperamos que nos bendigáis en Juliette. (N. del A.) < <

[49] Por experiencia, garantizamos a las mujeres lo bastante bien constituidas como para probar esta manera, que esta voluptuosidad es tan excitante, tan rijosa, que es muy difícil soportarla sin perder el conocimiento; si estas mujeres son lo bastante avezadas como para que un tercer hombre las encule durante ese rato, sin duda habrán

gozado del más violento deseo que puede procurar el sexo. (Nota comunicada por una mujer de treinta años, que la ha probado más de cien veces en su vida). (N. del A.) < <

[50] Que se comparen los chorros de sangre que han hecho correr esos malvados desde hace dieciocho siglos con los que haría verter el método que indica Belmor, y se verá que es preciso que el medio que él ofrece sea tan violento como dice: es indudablemente justo, y sólo después de su ejecución reinará la paz entre los hombres. (N. del A.) < <

[51] ¡Cuán fácil sería probar que la revolución actual es, sin lugar a dudas, obra de los jesuitas, y que los orleaneses-jacobinos que la fomentaron no eran y no son todavía más que descendientes de Loyola! (N. del A.) < <

[52] Este pueblo es el que servía en otro tiempo a la casa de Austria, bajo el nombre de Pandours. Ocupa la parte meridional de la Croacia austríaca. *Pandour* quiere decir «ladrón de caminos». (N. del A.) < <

[53] Salvo vuestro respeto. (N. del A.) < <

[54] No hay duda que hay una diferencia tan cierta, tan importante, entre un hombre y una mujer como entre el hombre y el mono de los bosques. Estaríamos tan bien fundados negando que las mujeres forman parte de nuestra especie como lo estamos al negar que esa especie de mono sea nuestro hermano. Que se examine atentamente a una mujer desnuda junto a un hombre de su edad y desnudo como ella, y fácilmente nos convenceremos de la sensible diferencia que existe (sexo aparte) en la composición de estos dos seres: veremos claramente que la mujer no es más que una degradación del hombre; las diferencias existen igualmente en el interior, y la anatomía de una y otra especie, realizada al mismo tiempo y con la más escrupulosa atención, descubre esas verdades. (N. del A.) < <

[55] Véase lo que dice de esto la célebre Ninon de Lenclos, aunque entusiasta y mujer. (N. del A.) < <

[56] ¡Un *Dios muerto*! Nada tan agradable como esta incoherencia de palabras del diccionario de los católicos: *Dios* quiere decir «eterno»; *muerto* quiere decir «no eterno». Imbéciles cristianos: ¿qué queréis hacer entonces con vuestro *Dios muerto*? (N. del A.) < <

[57] Aquí se plantea una pregunta importante: su respuesta estaría a la altura, me parece, del testimonio de la gente de letras, y nosotros se la proponemos con el deseo de verla resuelta por ellos. En un pueblo, ¿procede la corrupción de las costumbres de un gobierno blando, de su emplazamiento o de su excesiva población, en el caso de las grandes ciudades? A pesar de lo que dice en este caso Juliette, la corrupción moral no depende del emplazamiento, ya que hay tantos

desórdenes morales en las ciudades septentrionales de Londres y París como en las ciudades meridionales de Mesina y Nápoles; tampoco de un gobierno débil, ya que sobre estas cuestiones son mucho más severos en el Norte que en el Sur, y, sin embargo, el desorden es el mismo. La corrupción de las costumbres, cualquiera que sea el suelo o el gobierno, sólo depende entonces del excesivo apiñamiento de individuos en un mismo lugar: todo lo que constituye masa se corrompe, y todo gobierno que no quiera corrupción deberá oponerse a la población excesiva, y, sobre todo, dividir las asociaciones de gente para mantener así su pureza. (N. del A.) < <

[58] No habría ningún gran inconveniente dentro de un Estado en permitir a la gente rica que hiciese todo lo que quisiera por dinero, y que, por sus tesoros, obtuviese la absolución de todos los crímenes. Seguro que sería mucho mejor que hacerles perecer en un cadalso: este último medio no reporta nada al gobierno; el otro podría convertirse en un medio muy importante de conseguir riquezas, con las que se haría frente a una infinidad de gastos inesperados, que sólo se cubren multiplicando los impuestos onerosos, los cuales pesan igualmente sobre el culpable y el inocente, mientras que lo que yo propongo sólo afectaría al culpable. (N. del A.) < <

[59] Véase el segundo viaje de Cook. (N. del A.) < <

[60] Véase Ramusio Dapper. (N. del A.) < <

[61] Véase la *Historia de los pueblos de Europa*, tomo III. (N. del A.) < <

[62] Véase Heródoto. (N. del A.) < <

[63] Pág. 192 de sus *Cartas persas*. (N. del A.) < <

[64] Debe observarse que estos detalles son exactos en la época en que Madame de Lonsange viajaba por Italia. Se conocen los cambios operados después, tanto en esta ciudad como en otros lugares de esta hermosa región. (N. del A.) < <

[65] Dice Maquiavelo que es preciso que la lealtad del cómplice sea muy grande si el peligro a que se expone no le parece todavía mayor; lo que prueba que o hay que elegir a un cómplice muy íntimamente ligado a uno mismo o deshacerse de él en cuanto nos ha servido. (*Disc., Lib. III, cap. VI*). (N. del A.) < <

[66] Todas las personas que tienen alguna inclinación al crimen ven en este párrafo su retrato; por lo tanto, que aprovechen cuidadosamente todo lo anterior y todo lo que le sigue sobre la manera de vivir deliciosamente según el tipo de vida para el cual han sido creadas por la naturaleza, y que se convenzan de que la mano que escribe esta opinión tiene la experiencia de ello. (N. del A.) < <

[67] Se puede aclarar esta idea diciendo que la buena cena puede producir una voluptuosidad física, mientras que salvar a tres millones de víctimas no produciría más que una voluptuosidad moral, incluso

en un alma honrada; lo cual establece una gran diferencia entre estos dos placeres, porque las voluptuosidades del espíritu no son más que goces intelectuales que dependen únicamente de la opinión, de tal forma que un alma viciosa no siente los de la virtud, mientras que las voluptuosidades del cuerpo son sensaciones físicas absolutamente separadas de la opinión, sentidas igualmente por todos los seres, e incluso por los animales; así pues, la vida salvada a tres millones de hombres no sería más que un placer de opinión, que sólo sentiría un tipo de seres, mientras que la buena cena sería un placer sentido por todo el mundo y, por consiguiente, muy superior: de donde resulta que no hay que dudar entre un dulce y el universo entero. Este razonamiento sirve para demostrar las inmensas ventajas del vicio sobre la virtud. (*N. del A.*) < <

[68] No es posible imaginarse lo que se obtiene de las mujeres haciéndolas descargar. No hay más que determinar la eyaculación de un poco de semen para decidir las a las más indignantes atrocidades, y si aquellas que aman esas atrocidades de modo natural quisieran darse cuenta de sus emociones, convendrían en la singular relación existente entre las emociones físicas y los extravíos morales. Más iluminadas a partir de este momento, ¿hasta qué punto no multiplicarían la suma de sus voluptuosidades, ya que encontrarían en ellas el germen de los desórdenes que entonces podrían llevar tan lejos como se lo exigiese su lubricidad? Me explico. Arsinoé no tenía más que un placer, el de joder; un amante libertino se aprovecha de su arrobamiento para sugerirle proyectos de crímenes; Arsinoé siente aumentar su voluptuosidad; ejecuta lo que se le propone, y el fuego de su lubricidad se inflama con el de la fechoría que acaba de cometer: Arsinoé ha aumentado sus medios de un placer más. Que todas las mujeres la imiten, y todas, como ella, añadirán a los atractivos de un primer goce la sal de un segundo. Todas las inmoralidades se encadenan, y cuanto más inmoralidad haya en la fornicación, más placer se sentirá. (*N. del A.*) < <

[69] Ved sus *Poesías*, tomo I, pág. 28, última edición. (*N. del A.*) < <

[70] Jacques Vallée, señor Des Barreaux, íntimamente unido a Théophile de Viau, nació en París en 1602. La impunidad y el libertinaje de estos dos amigos llegaron a su máxima expresión. El famoso soneto que se cita de él (que, entre paréntesis, es una de las peores piezas de verso que sea posible leer) fue, se dice, compuesto durante una enfermedad; no lo reconoció como suyo y ciertamente no estaba hecho para reconocerlo. Parafraseado de esta manera, nuestros lectores lo hallarán quizás un poco más soportable. (*N. del A.*) < <

[71] Todo el mundo ha conocido a este héroe de la bribonería, quemado públicamente en la plaza de Grève por el juicio de las putas

que entonces dirigían lodo en París. (*N. del A.*) < <

[72] El de Juan Bautista, marica amado por el hijo de María. (*N. del A.*) < <

[73] Es considerado generalmente como el patriarca de los monjes y el autor de sus reglas. (*N. del A.*) < <

[74] Último rey de los judíos. (*N. del A.*) < <

[75] Aquellos que se ponen a excitar a mujeres no saben suficientemente la gran necesidad que tienen entonces de que el placer penetre absolutamente por todos sus poros. El que quiera procurarles una voluptuosa emisión debe arreglárselas, pues, para tener la lengua en su boca, para excitar los senos, para tener un dedo en la vagina y el otro en el agujero del culo. Que no crea que alcanzará su objetivo si descuida una sola de estas recomendaciones. Por eso se necesita al menos ser tres para sumir realmente a una mujer en la embriaguez. (*N. del A.*) < <

[76] Se llama así a los que hacen la ronda y detienen a los ladrones en Roma. (*N. del A.*) < <

[77] Ved su obra sobre la voluptuosidad. (*N. del A.*) < <

[78] Sólo de esta voluptuosidad nace la costumbre de encerrar a las mujeres en Asia; ¿pueden existir los celos en el alma de un hombre que tiene doscientas o trescientas mujeres? (*N. del A.*) < <

[79] Así es como los romanos llamaban a sus excursiones al campo. (*N. del A.*) < <

[80] Este proyecto fue concebido realmente mientras yo estaba en Roma; no he cambiado más que el nombre de los actores. (*N. del A.*) < <

[81] Déjame rendirte este homenaje, encantador amigo al que jamás olvidaré. Eres el único cuyo nombre no he querido disimular en estas Memorias. El papel de filósofo que te he hecho jugar te va demasiado bien como para que no me perdones que te describa al universo entero. (*N. del A.*) < <

[82] No hay que dudar de que cuanto más singular era la extravagancia, más placer debía dar: es la historia de todas las lubricidades. No hay ninguna pasión en el mundo que exija más alimentos que esta, ninguna que haya que servir con más cuidado: cuanto más exige, más hay que darle; y lo que recibimos de ella depende exclusivamente de los sacrificios ofrecidos a sus altares. (*N. del A.*) < <

[83] Es inaudito que los jacobinos y la Revolución francesa hayan querido derribar los altares de un Dios que hablaba exactamente su lenguaje. Lo que toda vía es más extraordinario es que aquellos que detestan y quieren destruir a los jacobinos lo hagan en nombre de un Dios que habla como los jacobinos. Si esto no es el *non plus ultra* de las extravagancias humanas, exijo que inmediatamente se me diga cuál

es. (N. del A.) < <

[84] El Pedro de los cristianos no es otra cosa que el Anac, el Hermes y el Jano de los antiguos; individuos todos a los que se les atribuía el don de abrir las puertas de alguna beatitud. La palabra *pedra*, en fenicio o en hebreo, quiere decir «abrir»: y Jesús, que jugaba con la palabra, pudo decir a Pedro: «Puesto que eres Pedro, es decir, el hombre que abre, abrirás las puertas del paraíso», de la misma forma que, tomando el significado de la palabra *pedra* sólo de la palabra *cepha*, de los orientales, que significa «piedra para construir», le había dicho: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». El verbo latino *aperire* tiene el mismo sonido que la palabra *pedra*. Se llama *mina* lo que sale de la mina: ¿no ha podido igualmente llamar *abertura* a la salida de una carrera, a la que primitivamente se daba el nombre de *abertura*? De ahí que la palabra *abrir* y la palabra *pedra* puedan tener el mismo significado, y de ahí el juego de palabras de Jesús, que, como se sabe, siempre hablaba por logogrfos. Todo esto son insulsas alegorías, donde los lugares son añadidos a los nombres, los nombres a los lugares, y los hechos siempre son sacrificados a la ilusión. De todas formas, esta palabra apostólica es de las más antiguas. Es, con mucho, anterior al Pedro de los cristianos. Todos los mitologistas han reconocido esta palabra como el nombre de una persona encargada de abrir. (N. del A.) < <

[85] Había entonces en Roma un cierto Gérard Brazet considerado como el envenenador titular de la Santa Sede; había envenenado a ocho Papas por orden de los que querían sucederles. Los soberanos pontífices eran entonces, dice Baronio, tan grandes criminales que ninguna época había producido semejantes monstruos ni tan gran número de escenas de horrores. (N. del A.) < <

[86] De él es de quien se decía: «subió al trono como un zorro, reinó como un león y murió como un perro». (N. del A.) < <

[87] De ella nos dice el poeta Sannazzaro, el Petrarca de Nápoles: «*Hic jacet in tumultu Lucretia nomine sedra, / Thais Alexandri filia, sponsa nurus*». (N. del A.) < <

[88] Oigamos hablar al mismo Tácito: «Hizo morir cruelmente a los cristianos como incendiarios de la ciudad de Roma. Estos cristianos, prosigue Tácito, eran gente odiada por su infamia y a causa de un bribón llamado Jesús, su fundador, el cual murió entre los peores suplicios bajo el reinado de Tiberio. Pero esta perniciosa secta, después de haber sido reprimida algún tiempo, corrompía todo de nuevo, no solamente en su lugar de origen, sino en la misma Roma, que es el punto de cita y una especie de alcantarilla de todas las basuras del mundo. Primero se cogía a los que confesaban pertenecer a esta secta infame, y por sus confesiones se descubrieron a una infinidad de otros zorros parecidos que habían sido convencidos, así

como crímenes atroces y seres llenos de odio hacia el género humano. La prueba de hasta qué punto se les odiaba es que se les insultaba a su muerte, cubriéndoles con pieles de bestias salvajes, mientras eran devorados por perros, o atándolos a cruces; también, algunas veces, quemándolos como haces de leña para iluminar las calles y los caminos principales (por una vez se podía decir: *lux in luce*). Nerón daba con gusto sus jardines para estos espectáculos. Se le veía entre el pueblo, con traje de cochero, o sentado él mismo sobre un carro. Estos suplicios de los cristianos le divertían infinitamente, y con frecuencia él mismo cooperaba en ellos».

Escuchemos ahora a Luciano sobre esta misma secta: «Es», dice, «un grupo de vagabundos, andrajosos, de mirada torva, paso de energúmenos, lanzando suspiros, haciendo contorsiones, jurando por el Hijo que ha salido del Padre, prediciendo mil desgracias al imperio, blasfemando contra todo el que no piense como ellos». Esto era la religión cristiana en sus comienzos: una horda de bribones y de criminales, seguida por putas. Los infortunios de esta secta acabaron por interesar a la gente débil, como es habitual: si no se les hubiese perseguido, jamás se hubiese oído hablar de ella. Es inaudito que semejante cúmulo de imposturas y atrocidades haya cegado durante tanto tiempo a nuestros padres. ¿Cuándo seremos lo suficientemente sabios para destruirlas, para pulverizarlas para siempre? (N. del A.)

< <

[89] Aquellos que me conocen saben que he recorrido Italia con una mujer muy bonita; que únicamente por un principio de filosofía lúbrica he presentado esta mujer al gran duque de Toscana, al Papa, a la Borghèse, al rey y a la reina de Nápoles; por lo tanto, pueden estar seguros de que todo lo referente a la partida voluptuosa es exacto, que son las costumbres habituales de los personajes indicaros lo que he pintado, y que si hubiesen sido testigos de las escenas, no las habrían visto descritas con más exactitud. Aprovecho la ocasión para asegurar al lector que ocurre lo mismo con la parte de las descripciones y de los viajes: es de la más rigurosa exactitud. (N. del A.) < <

[90] Casi todos los pueblos de la Tierra han tenido el derecho de vida y muerte sobre sus hijos. Este derecho está perfectamente en la naturaleza; ¿y de qué se puede disponer mejor que de lo que se ha dado? Si pudiese haber gradaciones en el pretendido crimen de asesinato, es decir, si se pudiese asignar una categoría de mayor o menor mal a algo que en sí mismo no encierra ninguno, seguramente el infanticidio estaría en el rango más bajo: la pronta facilidad que todo hombre posee de reparar este pequeño delito destruye enteramente todo el mal. Estudiando bien la naturaleza, se verá que los primeros sentimientos del instinto nos llevan a destruir a nuestra progenitura, e infaliblemente ocurriría esto si el orgullo no viniese en

su ayuda. (*N. del A.*) < <

[91] Hay que llamar regeneración o, más bien, transformación a este cambio que vemos en la materia; no está perdida, ni destruida, ni corrompida por las diferentes formas que adopte; y quizás una de las principales causas de su fuerza o su energía consiste en las aparentes destrucciones que la sutilizan, le dan más libertad para formar nuevos milagros. En una palabra, la materia no se destruye por cambiar de forma y adoptar una modificación, del mismo modo, dice Voltaire (de quien está extraída esta nota), que un cuadrado de cera que se hace redondo no periclita al cambiar de figura. Nada más sencillo que estas resurrecciones perpetuas, no es más sorprendente nacer dos veces que una. Todo en el mundo es resurrección: las orugas resucitan en mariposas; una semilla que se planta resucita en árbol; todos los animales enterrados resucitan en hierba, en plantas, en gusanos, y alimentan a otros animales de los que pronto constituyen una parte de su sustancia, etcétera, etcétera, etcétera. (*N. del A.*) < <

[92] La pena promulgada contra el infanticidio cometido por las mujeres es una atrocidad sin parangón. ¿Quién es mejor dueño de ese fruto que la que lo lleva en su seno? Si hay en el mundo una propiedad contra la que no se puede hacer ninguna reclamación es seguramente esta. Molestar a esta mujer en el uso que hace de su propiedad es el más inconcebible colmo de la imbecilidad. Ciertamente hay que darle un valor muy grande a la especie humana para castigar a una desgraciada criatura solamente porque no está deseosa de duplicar su existencia y de confirmar el presente hecho por ella involuntariamente. ¿Y no es un cálculo extravagante, además, sacrificar la madre al hijo? Una vez cometido el crimen, había una persona menos en la Tierra; una vez castigado el crimen, hay dos. ¡Qué falta de inteligencia en un cálculo como este!, ¡y qué agudos son nuestros legisladores! ¡Y dejamos que esas leyes sigan existiendo!, ¡y tenemos la cobardía de no pulverizarlas, a ellas y a la memoria de los que las hicieron! (*N. del A.*) < <

[93] Ahora la cosa se entiende infinitamente mejor. (*N. del A.*) < <

[94] Testimonio de Beaulieu. (*N. del A.*) < <

[95] Vayamos al hecho y describamos a lo grande. ¡Oh, Braschi!, ¡no nos das más que detalles! Quiero ofrecer un montón de ellos en pocas palabras: ¡las proscripciones de los judíos, de los cristianos, de Mitrídates, de Mario, de Sila, de los Triunviros, las carnicerías de Teodosia y Teodora, los furores de las Cruzadas y la Inquisición, los suplicios de los Templarios, la historia de las matanzas de Sicilia, de Merindol, de la noche de San Bartolomé, las de Islandia, del Piamonte, de las Cévennes, del Nuevo Mundo han costado veintitrés millones ciento ochenta mil hombres, fríamente degollados por sus opiniones!

El hombre que ama el asesinato fomenta opiniones para que se asesine por ellas. (*N. del A.*) < <

[96] Atestiguo esto por haberlo visto yo mismo. (*N. del A.*) < <

[97] Al mismo tiempo era el pueblo más afeminado; y la crueldad está muy cerca del lujo y la molicie. (*N. del A.*) < <

[98] Se les cortaba los dedos, los puños, los pies, los dientes, los ojos, las carnes grasas, la punta de la nariz, la lengua, las partes viriles y el clítoris en el caso de las mujeres. (*N. del A.*) < <

[99] Una vez que las mujeres se han habituado a no excitarse al placer más que despertando su crueldad, la excesiva delicadeza de sus fibras, la prodigiosa sensibilidad de sus órganos les hacen ir más lejos que los hombres. (*N. del A.*) < <

[100] La onza de Nápoles vale más o menos once libras diez céntimos de Francia. (*N. del A.*) < <

[101] ¡Con qué habilidad se ha desarrollado aquí el alma de los tiranos! ¡Cuántas revoluciones explicadas con esta sola palabra! (*N. del A.*) < <

[102] Se previene al lector de que los nombres de los conjurados de este célebre asunto están todos disfrazados. (*N. del A.*) < <

[103] Espíritu de la revolución de Estocolmo, ¿por azar no habrás pasado por París? (*N. del A.*) < <

[104] Ved en La Fontaine la ingeniosa fábula de Las ranas que querían un rey. ¡Desgraciados habitantes del globo, esa es la historia de todos vosotros! (*N. del A.*) < <

[105] Es aquel que Ankerstroeum mató en 1789. (*N. del A.*) < <

[106] Aquellos que han visto de cerca a esta mujer, tan célebre por su inteligencia como por sus crímenes, la reconocerán aquí sin duda y convendrán en que ha sido exactamente pintada. (*N. del A.*) < <

[107] Este látigo es de vergajo; se le atan tres agujas de cuero para impulso. Cada golpe hace brotar la sangre: el uso de estos instrumentos sirve para aquellos a los que gusta, sea activa sea pasivamente, los placeres de la flagelación. Cuando se quiere hacerlos más crueles se les provee de tiras de cuero con puntas de acero; entonces sus azotes levantan la carne sin el menor esfuerzo; aplicados con un brazo fuerte, uno moriría antes de los cien golpes. Todos los rusos voluptuosos tienen estos látigos más o menos guarnecidos. (*N. del A.*) < <

[108] Está tan arraigada esta costumbre que los que están sujetos a ella no pueden pasarse sin esta; y quizás no lo harían sin peligro; cuando llega la época en que tienen la costumbre de renovar la ceremonia, experimentan un cosquilleo tan violento que no pueden apaciguarlo más que a latigazos. Ved la Historia de los flagelantes por el abad Boileau; la excelente traducción de Meibomius, por Mercier de

Compiègne. (N. del A.) < <

[109] Las cincuenta verstras equivalen más o menos a quince leguas en Francia. (N. del A.) < <

[110] En Tiflis hay más que musulmanes; son los que tienen mayor número de iglesias. (N. del A.) < <

[111] Recuérdese que es el nombre de Madame de Borghèse. (N. del A.) < <

[112] Cuando estos excelentes principios germinan en buenas cabezas empujan a destruir para siempre los peligrosos prejuicios que nos hacen considerar esas pasiones como enemigas, cuando sólo de ellas nace la única felicidad que podamos esperar en la tierra. (N. del A.) < <

[113] Hay que remitirse aquí al tiempo en que se escribió eso. (N. del A.) < <

[114] No ocurre lo mismo en los pueblos que, siguiendo un impulso falsamente filósofo, creyeron destruir la superstición destruyendo los altares. ¿Qué les queda ahora? El mismo prejuicio y ninguna riqueza... ¡Imbéciles! Desconocían la mano que los hacía actuar, creían abolir el culto y no hacían sino darle fuerzas; viles instrumentos de los granujas que los movían, los desgraciados creían servir a la razón cuando no alimentaban sino a puercos. Las revoluciones religiosas se preparan con buenas obras, instrucción, y se terminan con la extinción total, no de las futilidades de la estupidez religiosa, sino de los criminales que la predicán y la fomentan. (N. del A.) < <

[115] María-Antonieta de Francia. (N. del A.) < <

[116] Se ha observado que nunca hubo tantos reglamentos de policía, de leyes referentes a las costumbres, etcétera, como en los últimos años de los reinados de Carlos I y de Luis XVI. (N. del A.) < <

[117] Sólo cuando la patria estaba en peligro nombraban los romanos un dictador. (N. del A.) < <

[118] Este esbozo es real. (N. del A.) < <

[119] La onza vale 11 libras, 10 céntimos. (N. del A.) < <

[120] Los primeros impulsos de la naturaleza son siempre crímenes; aquellos que nos inclinan a la virtud no son más que secundarios y siempre fruto de la educación, de la debilidad o del temor. El individuo que saliese de las manos de la naturaleza para ser rey, que, por consiguiente, no hubiese recibido educación, y se convirtiese, por su nueva posición, en el más fuerte de los hombres y al abrigo de todo temor, ese digo, se bañaría diariamente en la sangre de sus súbditos: no obstante, sería el hombre de la naturaleza. (N. del A.) < <

[121] A este respecto ved el discurso del obispo de Grenoble en el primer volumen de Justine, páginas 348 y siguientes. (N. del A.) < <

[122] Es costumbre en Italia hacer del confesor una alcahueta; entre los grandes hombres, la unión de ambas cosas es frecuente y los curas, un poco intrigantes, ejercen comúnmente muy bien las dos a un tiempo. (*N. del A.*) < <

[123] En Justine tuvimos el fallo de no introducir en la escena más que a criminales masculinos. ¡Gracias a Dios, aquí estamos libres de esos desoladores reproches! ¡Ay!, el mal, una de las primeras leyes de la naturaleza, se manifiesta más o menos de la misma forma en todas las producciones de la naturaleza; cuanto más sensibles son los individuos, tanto más los doblega la mano de esa naturaleza atroz bajo las leyes invencibles del mal; y es de aquí de donde resulta que las mujeres se dediquen a él con más calor y refinamientos que los hombres. Pero todos son malos porque deben serlo; en todo esto lo único absurdo e injusto son las leyes del hombre, que se atreven a tener la imbécil y vana pretensión de reprimir o combatir las de la naturaleza. (*N. del A.*) < <

[124] Las putas de esta nación son muy solicitadas en los países extranjeros. Su extrema complacencia, su habilidad, su libertinaje, y su belleza les procuran una preferencia decidida sobre las prostitutas de las otras naciones, casi siempre feas, torpes y sucias. (*N. del A.*) < <

[125] La más famosa de Italia. (*N. del A.*) < <

[126] Así lo escribe Sade, pese a que la narradora es la propia Juliette. (*N. del E.*) < <

[127] Pocos hombres saben hacerse cuidar después de la descarga: aniquilados, se retiran fríamente y ya no piensan en nada. Sin embargo, de los cuidados que siguen a la eyaculación depende el vigor necesario para volver a gozar de nuevos placeres, y para retirarse de los antiguos en un estado menos abatido. Esos cuidados consisten en hacerse chupar perfectamente, en hacerse consolar y manosear los cojones y en aplicar paños muy calientes. Es igualmente útil tomar, tras la crisis, comida o alcoholes. Estos últimos, aplicados como loción en los cojones, tienen un resultado excelente. (*N. del A.*) < <

[128] Jamás se desea más vivamente un verga en el trasero que cuando se acaba de ser azotado, y jamás más vivamente un látigo que al acabar de ser jodido. Es inaudito cómo esos dos placeres se sirven mutuamente y se encadenan. (*N. del A.*) < <

[129] Esas encantadoras criaturas, tratadas severamente por la opinión de los estúpidos, aportan en la sociedad las mismas cualidades que en el placer: son siempre más vivas, más espirituales que las otras; casi todas tienen gracias, talentos, imaginación: ¿y por qué achacarles entonces una falta que sólo es de la naturaleza? Torpes partidarios de los placeres ordinarios, las censuráis porque os rechazan; pero que se

analice a las que os aman y siempre se las hallará tan estúpidas como vosotros. (*N. del A.*) < <

[130] Sin duda aquí viene al caso examinar el indignante absurdo que hay en llorar a un muerto. Más bien habría que alegrarse, ya que al parecer se libra de todas las dificultades de la vida. Además, nuestra pena, nuestras lágrimas no pueden servirle de nada, y nos afectan desagradablemente. Ocurre lo mismo con las ceremonias del entierro de un muerto, y con el respeto que se pueda tener todavía hacia él: todo eso es inútil, supersticioso. A un cadáver sólo se le debe el ponerle en una buena tierra donde pronto pueda germinar y transformarse rápidamente en gusano, en mosca, o en plantas, lo que en los cementerios es difícil. Si se le quiere prestar un último servicio a un muerto, hay que ponerle al pie de un árbol frutal, o en una buena tierra de pasto; es todo lo que se le debe: todo lo demás es absurdo. (*N. del A.*) < <